



TESIS DOCTORAL

Los cuidados en las familias.

***Un estudio a través de tres
generaciones de mujeres en Andalucía***

Autora:

María Teresa Martín Palomo

Directora:

Constanza Tobío Soler

Tutor:

Nombre y apellidos

DEPARTAMENTO DE ANÁLISIS SOCIAL

Getafe, abril 2014



Universidad
Carlos III de Madrid
www.uc3m.es



(a entregar en la Oficina de Posgrado, una vez nombrado el Tribunal evaluador , para preparar el documento para la defensa de la tesis)

TESIS DOCTORAL

LOS CUIDADOS EN LAS FAMILIAS. UN ESTUDIO A TRAVÉS DE TRES GENERACIONES DE MUJERES EN ANDALUCÍA

Autora: *María Teresa Martín Palomo*

Directora: *Constanza Tobío soler*

Firma del Tribunal Calificador:

Firma

Presidente: (Nombre y apellidos)

Vocal: (Nombre y apellidos)

Secretario: (Nombre y apellidos)

Calificación:

Leganés/Getafe, de de

A la pequeña gran red que sostiene mi vida,

a Elia Adriana, a José María,...

Agradecimientos

La doctoranda ha tenido la gran suerte de ir encontrándose con muchas personas de valía intelectual, honestas y fascinadas por la investigación, que la han acompañado y ayudado en su trayectoria investigadora. El primer «gracias» en este momento es para la profesora Constanza Tobío Soler, por haber aceptado dirigir esta tesis y por haberlo hecho de manera firme, estimulante y respetuosa, lo que ha llevado a que sea presentada hoy para su defensa. Muchas gracias, por haber sabido estar cerca, dando libertad en cuanto a ritmos y contenidos, pero sin dejar de exigir e incentivar un trabajo estructurado y constante. Su orientación y recomendaciones han sido determinantes para centrar el tema y fundamentarlo siempre en el rigor científico. Y quiero unir a este agradecimiento a todo el Departamento de Análisis Social de la Universidad Carlos III de Madrid, en la persona de su Director, Julio Alguacil, por el soporte proporcionado durante esta etapa, primero como investigadora contratada y después como Profesora Ayudante; y al del extinto Departamento de Ciencia Política y Sociología.

Igualmente, mi agradecimiento va para tantas personas e instituciones, que, formando parte, de uno u otro modo, de la genealogía de este trabajo, solo podré mencionar parcialmente. Desde las amigas y compañeras integrantes del Grupo Feminismo y Cambio Social que, a partir de 1998, lidera con su singular brillantez y magisterio M^a Jesús Miranda en la Universidad Complutense de Madrid y que en 2000 se integra en el Instituto de Investigaciones Feministas, en especial a Begoña Marugán, Cristina García Sainz y Sandra Gil Araújo; pasando por los compañeros y profesores del Dpto. de Cambio Social de la Facultad de C. Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, en especial a Carlos Prieto y Andrés Bilbao (†); los años en el Instituto de Economía y Geografía del CSIC, con Juan Antonio Fernández Cordon y Teresa Castro Martín, de quienes he aprendido el compromiso con la investigación aplicada y rigurosa, y además de permitirme un acercamiento privilegiado al campo de la Demografía, me han orientado y animado durante años para trabajar en mi tesis; y así también tantas y tantos colegas del CSIC, del Instituto de Investigaciones Feministas de la UCM, del Instituto de Género de la Universidad Carlos III de Madrid, del Instituto de Estadística de Andalucía, de la Universidad de Almería, de la de Jaén, de la Pablo de Olavide, de la Universidad de Sevilla, de la Universidad del País Vasco, del CNRS, de la Universidad Nacional Autónoma de México, y de la Carlos III, a quienes deben algo estas páginas.

Sin la fascinación por el conocimiento compartida durante años con A. Javier Izquierdo (†), que se nos fue desgraciadamente demasiado pronto, la pasión por la investigación no hubiera anidado en la doctoranda con tanta fuerza. Gracias a Elitxabete Imaz, que ha sabido transmitir siempre la idea de una relación lúdica y placentera con la investigación. A Matxalen Legarreta, con quien he tenido la suerte de compartir varios años de intensa colaboración e intercambio, de cuyas lecturas y comentarios se han beneficiado muchos de los primeros borradores de la tesis. A Inma Zambrano y Eva Olid por enseñarme a no perder el aliento aún en las circunstancias más adversas. Gracias a Malen Gordo y las bibliotecarias del IISJ, que hicieron de mi estancia en Oñati en 2006, un espacio privilegiado para el trabajo intelectual. Y a Mercedes Pedrero y Norma G. Gutiérrez que hicieron sentir a la doctoranda en casa, tanto en Mexico D.F. como en Cuernavaca, durante una breve estancia de investigación en el CRIM (Universidad Nacional Autónoma de México), y con quienes se ha sentido honrada de compartir inquietudes y colaborar en investigaciones. A Patricia Paperman, que nos abrió las puertas del “labo” del Groupe de Sociologie Politique et Morale, de la EHESS, en el verano de 2009 y propició la calurosa acogida de Aurelie Dammame, Pascale Molinier y Sandra Laugier durante una inolvidable estancia de investigación en París. Y gracias a María Jesús Miranda que me invito a gozar de un tiempo

tranquilo para poder escribir en un entorno privilegiado, su entrañable casa de Cercedilla, estimulante y divertido al disfrutar a menudo de su conversación y de su biblioteca.

Una ayuda del Instituto de Estadística de Andalucía me permitió financiar parte del trabajo de campo, reentrevistando a varias mujeres que participaron en la encuesta Redes Familiares en Andalucía, gracias al entonces director, Juan Antonio Fernández Cordón, que creyó desde el principio en la potencialidad de realizar una aproximación de carácter etnográfico para intentar profundizar en algunos aspectos del cuidado familiar. Gracias a los compañeros del equipo técnico del Instituto de Estadística de Andalucía, a Rubén Martín y Elena González Montero, por su colaboración en una explotación *ad hoc* de dicha encuesta para el diseño de los perfiles de las entrevistas. A las entrevistadas, sin cuya colaboración no hubiera podido escribir estas páginas. Y a Cayetana Díaz, Vicky Coronado, Paz Rodríguez, Ethel Pedrezola Monzón y Gloria Martín Palomo por sus inmejorables transcripciones.

La financiación por la Obra Social Fundación La Caixa, de un proyecto coordinado por Constanza Tobío y en el que colaboraron María Victoria Gómez y María Silveria Agulló, desarrollado en el marco del Grupo de Investigación “Familia, Trabajo y Género”, permitió trabajar y reflexionar en equipo sobre el tema del cuidado; la discusión sobre el índice y los contenidos a incluir para tratar un tema tan amplio permitieron tomar tierra a muchas de las ideas aún dispersas de la doctoranda sobre el universo del cuidado.

También quiero dar las gracias a las amigas, compañeras de camino, de vida. Todas ellas saben mucho de los cuidados, porque han estado siempre ahí comprensivas con las prisas, los retrasos y el poco tiempo disponible para hacer cosas juntas. A las sevillanas (Lola Santos, Lola Álvarez, Rocío Carbonero, Rosa Terrón, Amparo Gimeno, Vicky Fresnel, Mercedes Concepción, Alicia Domingo). A las madrileñas (Elena Jiménez, Natalia Molina, Marta Sánchez (†), Mario Colsa, Palmira Morán, Maribel Moreno, Julia González, Ángeles Oliva). A las vascas (Pili González, Rosa y Jesús Galparsoro, Idoia Gorroño y Leire Saitúa). A las de Almería (Pilar Rodríguez, Isabel y Juan Sebastián Fernández Prados). Y a las chilenas, que desde su presencia/ausencia no han dejado de animar el cierre de este proyecto: Alejandra Nuñez, Valeria Herrera, Ernesto Pérez Arocas, Christian y Gabriela Martini, que revisó toda la tesis haciendo sugerencias muy oportunas en el tramo final. Con todas ellas, la doctoranda ha compartido dudas y certezas, los momentos en los que ha habido grandes avances, pero también los parones y retrocesos, han seguido de cerca su día a día y han sabido acompañar todos estos años animando y respetando su trabajo. Gracias así mismo a mi red familiar, en especial a Gloria, a Juli, y a mi madre, María Lucía, que han animado y apoyado este proyecto desde el principio y, como una auténtica tribu, han cuidado de mi hija Elia durante muchas horas, para que su madre pudiera seguir trabajando, día a día hasta el final, en el borrador de la tesis, con la tranquilidad de saber temporalmente depositado este cuidado en las mejores manos.

Gracias, en fin, a la confianza, el apoyo y el calor de cada día transmitido por José María Muñoz Terrón, lector infatigable de borradores, con quien la doctoranda ha compartido tanta conversación y práctica cotidiana de cuidados, estancias de investigación en México y París, seminarios y visitas a bibliotecas y librerías, además de deliciosos paseos en que hemos hablado de muchos aspectos de esta tesis. Y a Elia que, con sus cuatro años me ha enseñado a ver la vida de otro modo, y que me preguntó un día, “¿Qué vamos a hacer cuando acabes la tesis?”, gracias.

Madrid, 7 de abril de 2014

Índice

PRESENTACIÓN	3
PRIMERA PARTE. HERRAMIENTAS TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS	15
Capítulo. I. El tratamiento del cuidado en el estudio de las familias. Hacia una genealogía disciplinar	19
1.1. Cuidar en familia: del Mundo Antiguo a la Ilustración.....	20
1.1.1. Necesidad, dependencia y subordinación	21
1.1.2. El lugar de las virtudes morales.....	24
1.1.3. Hacia una diferenciación de lo público y lo privado.....	28
1. 2. El cuidado en la teoría sociológica clásica	33
1.2.1. La familia como objeto de estudios científicos	34
1.2.1.1. Un objeto “natural” para la sociología: individuo, familia, sociedad	38
1.2.1.2. Sociología de las condiciones de vida de las familias obreras.....	50
1.2.2. El cuidado en la disciplina sociológica consolidada	54
1. 3. El cuidado en la sociología contemporánea	62
1.3.1. El estructural-funcionalismo: una herencia controvertida	64
1.3.2. Un diálogo con otras ciencias sociales	70
1.3.2.1. El cuidado en los estudios históricos: corporalidad, relaciones y sentimientos familiares	71
1.3.2.2. El cuidado en los estudios antropológicos: dar, recibir, responder.....	76
1.3.3. La familia como objeto de observación e intervención	80
1.3.3.1. El auge de la demografía: de la familia a las familias	81
1.3.3.2. El (re)descubrimiento de las solidaridades familiares	84
1.3.4. El cuidado en la sociología (de la familia) en España	86
1.4. Nuevos planteamientos en torno a la familia y al cuidado	93
1.4.1. Complejidad de las relaciones familiares: del núcleo a la red	94
1.4.2. Relaciones de intercambio entre generaciones de mujeres	97
1.4.3. El lugar del cuidado en las familias	102
Capítulo II. El cuidado como trabajo: aproximaciones a su estudio	107
2.1. Mujeres y trabajos: fronteras que se transforman	110
2.1.1. Presencias y ausencias de las mujeres en el mundo del trabajo	110
2.1.1.1. El trabajo y el empleo: un largo y disputado camino	111
2.1.1.2. El registro del trabajo de las mujeres: la invención de la inactividad	113
2.1.1.3. Protección del trabajo de las mujeres: una actividad extradomiciliaria	115
2.1.2. <i>Vivir decentemente la vida digna</i>	121
2.1.2.1. Cabeza de familia y ganador de pan: el mito de la mujer inactiva	122
2.1.2.2. La abnegación de todos los días: un deber social ineludible	126
2.1.3. Revisar el concepto moderno de trabajo: abrir una prisión conceptual	128
2. 2. Trabajos en los entornos familiares	130
2.2.1. Definir el estatuto del trabajo doméstico	131
2.2.2. Estudios sobre medición y cuantificación del trabajo doméstico. ¿Un viaje de ida y vuelta?	137
2.2.2.1. La Nueva Economía de la Familia	139
2.2.2.2. El valor del trabajo doméstico	141
2.2.2.3. Encuestas de usos o presupuestos de tiempo	143
2.2.2.4. Críticas a los intentos de estimar el valor del trabajo doméstico	147
2.2.3. Trabajo doméstico-familiar: emociones y culturas del trabajo femenino	149

2.3. Poner en relación el trabajo remunerado y el familiar	154
2.3.1. Las interrelaciones producción-reproducción	155
2.3.1.1. División sexual del trabajo	157
2.3.1.2. Las relaciones producción-reproducción	158
2.3.1.3. El sistema de reproducción social	159
2.3.1.4. La carga global del trabajo	161
2.3.2. Los estudios sobre conciliación de la vida familiar y profesional	162
2.3.2.1. Mediar entre contrarios: desafíos de la conciliación	164
2.3.2.2. Estrategias para conciliar la vida familiar y profesional	166
2.3.3. Las temporalidades de la vida y del mundo del trabajo	169
2.4. Analizar el cuidado desde la perspectiva del trabajo	170
2.4.1. Cuidar es una forma de trabajo	172
2.4.2. Especificidades del trabajo de cuidados	172
2.4.2.1. Una labor relacional	174
2.4.2.2. <i>Tempus Omnia Revelat?</i>	177
2.4.3. El trabajo de cuidado remunerado	185
Capítulo III. El cuidado como objeto y como campo sociológico	185
3.1. El cuidado como objeto sociológico	187
3.1.1. La potencialidad de la noción <i>care</i>	189
3.1.2. Dimensiones del cuidado	193
3.2. El cuidado como herramienta crítica: aproximaciones para su análisis	197
3.2.1. El cuidado como ética	198
3.2.2. El cuidado como práctica	203
3.2.3. El cuidado como política	205
3.3. El mundo familiar del cuidado	206
3.3.1. Las actividades de cuidado	207
3.3.2. Emociones y sentimientos en el cuidado	209
3.3.3. Aspectos morales en el cuidado	215
3.3.4. La trama de los asuntos humanos	218
Capítulo IV. Políticas de cuidado	221
4.1. ¿El cuidar en crisis?	225
4.2. Estado y familia en las teorías de género	230
4.2.1. Relación de exterioridad entre género y Estado	231
4.2.2. Polémica entre género y Estado de Bienestar	234
4.2.3. El dilema <i>Wollstonecraft</i> : interrogar las políticas de conciliación	238
4.2.4. Políticas del cuidado	242
4.2.4.1. Regímenes de Cuidado	243
4.2.4.2. Organización social del cuidado	244
4.3. Cuidado, democracia, ciudadanía	247
4.3.1. Interrogar la dependencia	248
4.3.1.1. De la discapacidad a la diversidad funcional	250
4.3.1.2. Sobre la salud y la enfermedad	254
4.3.2. Un mundo vulnerable	257
4.3.3. ¿Hacia qué modelo de ciudadanía?	260
4.3.4. Una sociedad decente	264

Capítulo V. Diseño metodológico	267
5.1. Fundamentos epistemológicos	267
5.1.1. Una mirada reflexiva, situada y encarnada	267
5.1.2. El género como perspectiva de investigación	269
5.1.3. Hacer investigación, generar teoría	270
5.2.4. El relato de vida en la perspectiva etnosociológica	271
5.2. Metodología de la investigación	274
5.2.1. Objetivos	275
5.2.2. La entrevista como herramienta metodológica	277
5.2.3. Entrevista a tres mujeres de diferentes generaciones en una familia	278
5.2.3.1. Selección de los perfiles	280
5.2.3.2. Desarrollo del trabajo de campo	283
5.2.3.3. Dar cuenta de una vida: el arte de la memoria	288
5.3. El trabajo en el despacho	291
5.3.1. La transcripción	291
5.3.2. El análisis: explicar <i>sin sujetar con alfileres</i>	293
5.3.3. Presentación de los resultados	295
SEGUNDA PARTE. ANALISIS Y RESULTADOS	297
Capítulo VI. Vidas en contexto	299
6.1. Las mujeres en un nuevo modelo cultural	302
6.1.1. Primer tercio del siglo XX: inicio de las crisis contemporáneas	303
6.1.1.1. República democrática de trabajadores	304
6.1.1.2. Bandidos con frailes negros bendiciendo	304
6.1.2. El inmovilismo de la dictadura franquista	305
6.1.2.1. Días de represión y miedo: <i>tiempo de silencio</i>	306
6.1.2.2. Desarrollismo- apertura del régimen: <i>los tiempos están cambiando</i>	320
6.1.3. Último tercio del siglo XX: el camino hacia Europa	323
6.2. Un contexto de grandes cambios para las tres generaciones	326
6.2.1. Primera generación: abuelas, madres, algunas, bisabuelas	327
6.2.2. Segunda generación: madres, hijas, algunas, abuelas	332
6.2.3. Tercera generación: nietas, hijas, y a veces, madres	334
Capítulo VII. Las fronteras del trabajo	345
7.1. Las mujeres en el mundo del trabajo	346
7.2. Cambios en el mercado laboral	350
7.2.1. Cambios en el modelo de «empleo»	356
7.2.2. Trayectorias laborales	359
7.2.2.1. Modelo tradicional: actividad no remunerada dominante	360
7.2.2.2. Modelo de transición: actividad discontinua	366
7.2.2.3. Modelo nuevo: actividad continua	367
7.3. El trabajo remunerado en las tres generaciones	370

Capítulo VIII. El mundo familiar del cuidado	377
8.1. De la familia a las familias	378
8.1.1. Cambio en los comportamientos sexuales y reproductivos	379
8.1.1.1. Cuerpo, sexualidad y control de la fecundidad: grandes enigmas	382
8.1.1.2. Progresiva disociación matrimonio, sexualidad y reproducción	386
8.1.1.3. Placer, poder, violencia: otras visiones de la familia	395
8.1.2. Nuevas necesidades, nuevos problemas	398
8.1.2.1. Familias diversas y cambiantes	398
8.1.2.2. Familias más frágiles	404
8.1.2.3. Familias más largas	405
8.1.2.4. Familias con más necesidades de cuidado	407
8.2. Ampliando el espectro de la provisión de cuidados	408
8.2.1. La importancia de la proximidad	409
8.2.2. Intercambios dentro de la red familiar	413
8.2.3. Relaciones de intercambio entre generaciones de mujeres	415
8.2.4. Transmisiones intergeneracionales: entre la continuidad y el cambio	422
8.2.4.1. Elementos de continuidad	426
8.2.4.2. Elementos de cambio	427
8.3. Viejos y nuevos modelos de género en el mundo del cuidado	430
8.3.1. La tímida aparición de hombres cuidadores	431
8.3.1.1. Modelo tradicional: ganador de pan	434
8.3.1.2. Modelo en transición: la doble presencia	437
8.3.1.3. Modelo nuevo: hacia la corresponsabilidad	441
8.3.2. Negociación y conflicto en las relaciones familiares	444
8.3.2.1. La familia como escenario de violencia	444
8.3.2.2. Figuras de autoridad y de democracia	446
8.4. Perpetuar el mundo común	451
Capítulo IX. Comprendiendo el cuidar	455
9.1 Dimensiones del cuidado	456
9.1.1. Las actividades materiales de cuidado	457
9.1.1.1. El tiempo de los cuidados	457
9.1.1.2. El espacio de los cuidados	458
9.1.1.3. Lo que vale cuidar en la familia	463
9.1.2. Responsabilidad moral del cuidado	466
9.1.2.1. Cuidar, como es natural	467
9.1.2.2. Tensiones en el cuidado	471
9.1.2.3. Descubrir el cuidar: desvelos, valor, afecto	482
9.1.3. Emociones y sentimientos en el cuidado	491
9.1.3.1. En nombre del amor	491
9.1.3.2. El buen cuidado	492
9.1.3.3. Justicia en los intercambios	497
9.2. Ser cuidado, cuidar, cuidarse: un mismo tema bajo tres prismas diferentes	498
9.2.1 El difícil autocuidado	500
9.2.1.1. Ser para otros	500
9.2.1.2. Un tiempo propio	502
9.2.2. El cuidado de otras personas	508
9.2.2.1. Cuidar y educar	508
9.2.2.2. Cuidar y curar	510
9.2.2.3. Cuidar para la autonomía	516

Capítulo X. Los cuidados atraviesan fronteras	523
10.1. Un futuro que preocupa: ¿Quién va a cuidar? ¿Cómo se va a cuidar?	524
10.2. El cuidado más allá de las relaciones familiares	527
10.2.1. La difícil institucionalización	528
10.2.1.1. Residencias y otras instituciones residenciales para mayores.....	528
10.2.1.2. Guarderías, escuelas infantiles u otras instituciones para el cuidado de menores	531
10.2.2. El mercado como recurso	533
10.2.2.1. Cuidado remunerado en el hogar	534
10.2.2.2. Profesionalizar el cuidado	545
10.3. La atribución de responsabilidad a las familias, el mercado y el Estado en la provisión de cuidado	550
Capítulo XI. Conclusiones	559
Anexos	595
Bibliografía	609
Abstract and Conclusions	661

LISTA DE ABREVIATURAS Y SIGLAS

a. C.	Antes de Cristo (<i>también</i> a. de C.; <i>cf.</i> d. C.)
cap.	capítulo (<i>también</i> c. y cap. ^o)
CC.AA.	Comunidades Autónomas
CES	Consejo Económico y Social
Cfr.	Citado en
CIS	Centro de Investigaciones Sociológicas
CSIC	Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Dir. (<i>fem.</i> Dir. ^a)	director dirección
EB	Estado de Bienestar
ed.	edición editorial (<i>también</i> edit.) editor, -ra
EDAD	Encuesta de Discapacidad, Autonomía Personal y Situaciones de Dependencia
EET	<i>Encuesta de Empleo del Tiempo</i>
EE. UU.	Estados Unidos
EPA	Encuesta de Población Activa
ERF	Encuesta Redes Familiares en Andalucía
et ál.	et ál <i>ii</i> (<i>lat.</i> : 'y otros')
etc.	etcétera
Eurostat	Oficina Estadística de la Comunidad Europea
EUSTAT	Instituto Vasco de Estadística
EUT	Encuesta sobre el Uso del Tiempo en España
fig.	figura
GD	Grupo de discusión
ib.; ibíd.	ibídem (<i>lat.</i> : 'en el mismo lugar')
íd.	ídem (<i>lat.</i> : 'el mismo, lo mismo')
INE	Instituto Nacional de Estadística
INSTRAW	Instituto para la Promoción de la Mujer
LAPAD	Ley 30/2006, de 14 de diciembre, de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia
Ley de Conciliación	Ley 39/1999, de 5 de noviembre, para promover la conciliación de la vida familiar y laboral de las personas trabajadoras
Ley Igualdad	Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, de Igualdad Efectiva entre Mujeres y Hombres
Ley Igualdad Andalucía	Ley 12/2007, de 26 de noviembre, para la promoción de la igualdad de género en Andalucía
Ley Integral	Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género
loc. cit.	loco citato (<i>lat.</i> : 'en el lugar citado'; también l. c.)
NEF	Nueva Economía de la Familia (<i>New Home Economics</i>)
N. del T.	nota del traductor
núm.	número (<i>también</i> n. ^o y nro.; <i>cf.</i> #, en <i>apéndice 4</i>)
OCDE	Organización de Cooperación y Desarrollo Económico
OIT	Organización Internacional del Trabajo
ONU	Naciones Unidas

óp. cit.	ópere citato (<i>lat.</i> : 'en la obra citada'; <i>cf.</i> ob. cit.)
QUIT	<i>Centre d'Estudis sobre la vida Quotidiana i el Treball</i>
PCE	Partido Comunista de España
PIB	Producto Interior Bruto
R. D.	Real Decreto [Esp.] (<i>cf.</i> R. O.)
R. O.	Real Orden [Esp.] (<i>cf.</i> R. D.)
RES	Revista Española de Sociología
REIS	Revista Española de Investigaciones Sociológicas
RIS	Revista Internacional de Sociología
s.	siglo
s. a.; s/a	sin año [de impresión o de edición] (<i>cf.</i> s. d., s. e. y s. l.)
SAAD	Sistema para la Autonomía y la Atención a la Dependencia
s. d.	sine data (<i>lat.</i> : 'sin fecha [de edición o de impresión]'; <i>cf.</i> s. a., s. e. y s. l.)
s. e.; s/e	sin [indicación de] editorial (<i>cf.</i> s. a., s. d. y s. l.)
s. f.; s/f	sin fecha
sig.	siguiente
ss.	siguientes
s. v.; s/v	sub voce (<i>lat.</i> : 'bajo la palabra', <i>en diccionarios y enciclopedias</i>)
t.	tomo
trad.	traducción traductor, -ra
UE	Unión Europea
v. g.; v. gr.	verbi gratia (<i>lat.</i> : 'por ejemplo'; <i>cf.</i> p. ej.)
vol.	volumen
vv. aa.; VV. AA.	varios autores (<i>cf.</i> aa. vv., AA. VV.)

En contadas ocasiones acabo yendo donde pretendía ir pero a menudo termino en algún sitio al que era preciso que fuera

Douglas Adams, 1988

PRESENTACIÓN

(1) Aproximación al tema de investigación

Toda investigación tiene su origen en un asombro, en una curiosidad o en una cierta extrañeza. En la aquí presentada, el asombro ha tenido dos caras: por un lado, el hecho de que el ser humano necesita cuidado, ciertamente más en unos determinados momentos de la vida, más unas personas que otras, siendo en todo caso una actividad imprescindible para la vida humana; por otro lado, el escaso reconocimiento que el cuidado tiene, tanto en el ámbito académico como en la vida social. Se ha partido, pues, de una vaga inquietud inicial sobre los aspectos morales y emocionales que subyacen a una adscripción de género, por la que las mujeres se convierten en las principales cuidadoras de los miembros de sus familias, sumada a la extrañeza ante el hecho de que, pese a los cambios que se han producido en las relaciones de género en nuestra sociedad, fundamentalmente la participación activa de las mujeres en la esfera pública, continúan siendo ellas quienes cargan con el cuidar, sobre todo en las familias. La preocupación por el tema se fragua, además, en el marco de un espacio colectivo de conocimiento, el Seminario Feminismos y Cambio Social que empezó a andar en el Departamento de Cambio Social (Sociología I) en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid en 1998. Y es con la aproximación empírica durante la preparación de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía*, 2005 (en adelante, ERF), su coordinación y los resultados tremendamente significativos que arroja, que cobra forma la idea de investigar sobre el cuidado en las familias en el formato de una tesis doctoral.

(2) Breve descripción del estado de la cuestión

El estudio del cuidado prestado en los entornos familiares se ha convertido en un tema de gran actualidad en el contexto del incremento creciente de la participación de las mujeres en el trabajo remunerado, de su amplio protagonismo en las migraciones, de la reducción creciente de las atribuciones del Estado de Bienestar y del envejecimiento de la población. El cuidado se ha convertido en una categoría de análisis en nuestras sociedades, categoría que ha adquirido una importante dimensión política, se ha instalado en el lenguaje de los estudios de género, en la praxis feminista, y que ha calado en los discursos institucionales de las políticas públicas.

Los cambios que se han producido en las últimas décadas contribuyen a poner en cuestión algunas dicotomías sociológicas clásicas (vida familiar/vida laboral, trabajo/ocio, privado/público) y algunas no tan clásicas (autonomía/dependencia,

trabajo/empleo, activo/pasivo). En gran medida, los análisis teóricos formulados en el seno de los estudios de género han contribuido a reconceptualizar varias de las categorías centrales de los discursos sociológicos, económicos, politológicos y filosóficos contemporáneos (sujeto social como sujeto masculino, trabajo como trabajo productivo o empleo, gobierno como intervención, ser humano como ser racional e independiente). De tal suerte que las aportaciones conceptuales de nuevas corrientes de pensamiento (*care*, *social care*, *cadenas globales de cuidados*, *domesticación* del trabajo, *disability studies*, o la vulnerabilidad de la *condición humana*, entre otras) se muestran particularmente adecuadas para formular un marco interpretativo del cuidado de las personas, sobre todo las que se encuentran en situación de dependencia pero también del cuidado propio. Estos nuevos desarrollos teóricos presentan un enorme potencial para estudiar la complejidad de las interacciones e intercambios que tienen lugar en las familias en torno al cuidado.

Se ha perseguido, pues, realizar una reflexión teórica que, enraizada en un trabajo de campo original, proporcione herramientas que permitan analizar el cuidado. Durante el tiempo dedicado por la doctoranda a la investigación, en nuestro país ha tenido lugar un importante desarrollo legislativo en relación con este tema, de gran repercusión social y política¹. La crisis económica desencadenada a partir de 2007, momento en que se cierra el trabajo de campo, tendrá sus consecuencias sobre las prácticas y culturas del cuidado, sobre la reflexión teórica en torno a las diferentes modalidades de provisión de cuidado así como sobre las políticas (y los fondos) orientadas a la gestión de los diferentes regímenes de cuidado, pero ello dará pie probablemente a otro tipo de investigaciones.

(3) Metodología y lógica interna de la investigación

Con la intención de conocer las dinámicas que atraviesan el cuidado, se ha efectuado un trabajo de campo original sobre mujeres de tres generaciones en una misma familia. Partiendo de ello, y entrelazando este trabajo con la reflexión teórica, se analizan los discursos de las mujeres entrevistadas en torno a la transmisión de los saberes, las

¹ Véase, por ejemplo: Ley 39/1999, de 5 de noviembre, para promover la conciliación de la vida familiar y laboral de las personas trabajadoras (en adelante, Ley de Conciliación); Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género (en adelante, Ley Integral); Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, de Igualdad Efectiva entre Mujeres y Hombres (en adelante, Ley de Igualdad); Ley 12/2007, de 26 de noviembre, para la promoción de la igualdad de género en Andalucía (en adelante, Ley Igualdad Andalucía); Real Decreto Legislativo 1/2013, de 29 de noviembre, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley General de derechos de las personas con discapacidad y de su inclusión social.

competencias, el sentido del deber y de lo justo, acerca de quién cuida de hecho y cómo; sobre quién y cómo debe hacerlo y la afectividad que impregna estas relaciones. El núcleo de la investigación bascula sobre el eje de las percepciones de las mujeres, las estrategias que desarrollan y los dilemas morales que ellas enfrentan en relación con el universo del cuidado. El estudio se centra, pues, en el análisis de las representaciones que construyen las mujeres sobre lo que hacen, y lo que no hacen, en relación con el cuidado de sus familiares, en qué medida se introducen cambios en cada una de las generaciones estudiadas, qué es lo que permanece y, especialmente, qué tipo de justificaciones elaboran sobre estas cuestiones. La propuesta de Patricia Paperman y Sandra Laugier (2005: 16) de realizar una suerte de etnografía moral para estudiar el cuidado se convirtió en un auténtico reto asumido en este trabajo.

Desarrollo de la investigación

A lo largo de más de diez años, el texto ha ido cobrando forma muy lentamente, debido a diferentes razones. En primer lugar, ha costado acotar el tema de investigación, sobre todo porque desde que en el curso 1998/1999, en el marco del seminario *Feminismos y Cambio Social*, despuntó el interés de la doctoranda por el mundo del cuidado, hasta el momento actual, este se ha convertido en un campo de investigación con un espacio propio. Así, a medida que la doctoranda se ha adentrado en lecturas que le permiten profundizar en el tema, éste se ha ampliado y complejizado cada vez más. Como resultado de este proceso, y de la evolución del trabajo de investigación desarrollado, hay partes que se han “caído” del boceto de tesis inicial, planteado en la segunda mitad de 2002 (por ejemplo, todo lo que tiene que ver con el análisis del cuidado como trabajo y sus relaciones con el empleo, cuyas primeras aproximaciones teóricas han sido publicadas en los últimos años). Por tanto, algunas secciones que inicialmente parecían ser necesarias, ahora lo parecen menos y, pese a haber invertido muchas horas en ellas, han sido eliminadas. Paulatinamente, la doctoranda se fue sumergiendo en lecturas próximas al campo de la sociología moral y de la sociología de las emociones que le han permitido encontrar una perspectiva de análisis rica y aún poco explorada para abordar el tema. En especial, desde que, durante una estancia de investigación en el Instituto Internacional de Sociología Jurídica (IISJ), en el primer trimestre de 2006, tuvo ocasión de trabajar en profundidad algunos artículos, adentrándose en el ámbito de la sociología moral de la mano de las obras de Patricia Paperman y Patrick Pharo².

² Véase: *L'Année Sociologique*, 54 (2), 2004.

En segundo lugar, las opciones, decisiones y acontecimientos de la vida profesional, académica y personal de la doctoranda se han cruzado en determinadas ocasiones con el devenir de la escritura de la tesis. En todo caso, este tiempo ha permitido madurar muchos aspectos de su investigación. A lo largo de estos años de trabajo intelectual sobre el cuidado (no exclusivamente en la tesis, como se puede deducir de esta presentación) hay partes de la idea inicial del contenido de la memoria que se han sido publicadas en revistas científicas como ocurre con los desarrollos teóricos en torno a la “domesticación del trabajo” (2008a, 2008b, 2008c; 2009a, 2011b), la vulnerabilidad (2010b), la moral y las emociones en el cuidado (2013) o bien se ha incorporado parcialmente en otras publicaciones (2010a; 2011a), aunque buena parte de estos desarrollos teóricos siguen estando en la base de las propuestas defendidas en la tesis. En estos años la doctoranda se ha implicado en compromisos paralelos, unos que ciertamente han permitido financiar buena parte del tiempo dedicado a esta investigación, otros que aunque aparentemente la desviaban del camino (participación en congresos y seminarios, conferencias públicas, docencia impartida en master, licenciatura, grado y otros cursos especializados) indirectamente también la han alimentado y alentado. Contar públicamente de vez en cuando los avances parciales del trabajo en vías de desarrollo ha contribuido a clarificar, reorientar o confirmar la pertinencia de un enfoque o una manera de plantear una cuestión. Tanto el camino efectivamente seguido por la tesis, como el itinerario trazado para trabajar en ella han sido muy plásticos, han ido cobrando forma poco a poco y, en definitiva, las decisiones teóricas y metodológicas, las estancias de investigación, los paréntesis, los borradores abandonados,... cobran desde el presente un enorme sentido.

La tesis ha quedado emplazada sobre dos ejes principales: a) la reflexión teórica que se sustenta en la indagación desde una perspectiva de género de la historia de la sociología de la familia y en la literatura actual sobre la configuración de los estudios sobre cuidado, arrancando inicialmente con una mirada a la sociología del trabajo y con un especial desarrollo del enfoque que proporciona la sociología moral y de las emociones; se ha procedido para ello a revisar fuentes bibliográficas específicas en centros de investigación y en bibliotecas especializadas de diversos organismos e instituciones científicas³; y, b) la observación directa de la realidad, llevada a cabo

³ Red de bibliotecas del CSIC, Universidad Carlos III de Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad de Sevilla, Instituto Internacional de Sociología Jurídica, Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad de Bogotá, Centre Nationale de la Recherche Scientifique, La Sorbonne, Bibliothèque Nationale de France François Mitterrand, entre otras.

mediante un trabajo de campo *ad hoc*, en el que bajo el paraguas del método etnográfico, adaptado a las circunstancias personales (temporales y presupuestarias), se ha analizado un total de treinta relatos de vida obtenidos a partir de las entrevistas mantenidas con mujeres integrantes de diez tríadas de tres generaciones diferentes (abuelas, madres e hijas) de una misma familia en la provincia de Sevilla. Durante el desarrollo de la investigación ha habido una cierta circularidad y una retroalimentación muy positivas entre el trabajo de campo, las herramientas analíticas y la reflexión teórica.

Preguntas de investigación

La presente investigación trata de responder a la pregunta de cómo ocurre para que aún cuando las mujeres han cambiado su papel en la sociedad, sobre todo en el espacio público, apenas cambie su situación en el ámbito doméstico-familiar en relación con el cuidado. Así, se intenta conocer el modo en el que se organizan las familias para dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus miembros, las justificaciones que posibilitan que la transmisión de habilidades, competencias y saberes, así como la responsabilidad del cuidado, continúe recayendo en las mujeres de diferentes generaciones, los tipos de dilemas morales que enfrentan las mujeres estudiadas para dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus familiares y a sus propias necesidades de cuidado, el papel que desempeñan las emociones en estos procesos, así como el que juegan las políticas públicas en los procesos de construcción de los diferentes modelos de cuidado.

Objetivos de investigación

El objetivo central de la presente investigación es obtener un mayor conocimiento de qué es lo que entienden las mujeres por cuidado, así como las formas que adoptan las relaciones entre mujeres de diferentes generaciones en los entornos familiares andaluces para hacer frente a las necesidades de cuidado de sus familiares y a su propio cuidado, y en qué medida las diferentes formas de dar respuesta a dichas necesidades afectan a las relaciones de género en las familias. En este sentido, se pretende revisar si existen discursos diferentes entre las mujeres procedentes de las distintas clases sociales, para conocer en qué medida se ven condicionadas por su posición de clase y por la relación familiar. También se pretende aportar luz sobre el modo en que conviven diferentes modelos de relaciones de género en la provisión de cuidados de los diferentes miembros de la familia así como del autocuidado, intentando profundizar en las tensiones, dilemas y estrategias que desarrollan. Se incide en el

análisis de las decisiones que toman las mujeres de las diferentes generaciones, especialmente en los momentos de tensión entre cuidar de los otros y cuidar de sí mismas, así como la medida en que dichas decisiones tienen relación con diferentes modelos de relaciones de género en cada una de las generaciones estudiadas, con su correspondiente “deber ser” cada uno, en qué medida estas formas del cuidado “construyen” los modelos de relaciones de género y el modo como conviven dichos modelos en la provisión de cuidado de los diferentes miembros de la familia.

Metodología

En esta memoria de tesis doctoral, con la intención de dar respuesta a las preguntas anteriormente señaladas, se presenta un estado de la cuestión de los debates teóricos más relevantes desarrollados en torno al cuidado, acompañados de la evidencia que aportan los resultados de un conjunto de investigaciones realizadas en la última década en el Instituto de Economía, Geografía y Demografía (IEGD) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), integrado en 2007 en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS), la Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas de la Universidad Carlos III de Madrid y el Instituto de Estadística de Andalucía por el equipo de investigación que dirige Constanza Tobío Soler. Dichas investigaciones se han desarrollado en torno al diseño, aplicación y publicación de los resultados de la ERF (de 2002 a 2010). Y, especialmente, en el marco de un convenio entre la Universidad Carlos III de Madrid y el Instituto de Estadística de Andalucía, orientado a la producción de tres monografías temáticas (Tobío, 2010; Barbadillo et al, 2010; Martín Palomo, 2010a) una de las cuales es una investigación empírica desarrollada a partir de la re-entrevista a una selección de mujeres que participaron en la ERF y que conforma el sustrato empírico de la tesis doctoral (Martín Palomo, 2010a).

La elección de un método particular para hacer un estudio sociológico tiene sus implicaciones, en tanto que compromete a quien investiga con la decisión tomada, pues inevitablemente contiene unas formas de pensamiento y excluye otras. Para el desarrollo de esta investigación se ha recurrido a la herramienta metodológica “relato de vida”, un instrumento precioso para adquirir conocimientos prácticos a partir de la descripción de las experiencias vividas por la persona entrevistada. A partir de la exploración de la ERF, se elaboró una tipología con la que seleccionar los perfiles de mujeres de tres generaciones de un mismo linaje familiar, que permitiera profundizar en los aspectos diacrónicos del cuidado que, a modo de fotografía, quedaron plasmados en los resultados de la encuesta. En total se entrevistó a diez tríadas completas, una treintena de mujeres

que integran diez tríadas generacionales (abuela-madre-hija) en un estudio sobre el terreno a pequeña escala (provincia de Sevilla).

En tanto que son las mujeres quienes habitualmente se hacen cargo del cuidado de los miembros de sus familias, esta investigación se ha centrado en el análisis de las justificaciones sobre las formas de transmisión entre mujeres de diferentes generaciones de los saberes, de las competencias sobre el cuidado así como del sentido del deber acerca de quién cuida y quién debe hacerlo, cómo lo hace y cómo debería hacerlo, las emociones de que se impregnan y cómo se justifican dichas formas de proceder. Las entrevistas con que se han construido los relatos de vida se han centrado en el cuidado prestado a su proge, a otros miembros de su red familiar, así como el cuidado de sí mismas⁴. Con esta finalidad, se analizan las representaciones que construyen las mujeres entrevistadas sobre aquello que hacen, pero también sobre lo que no hacen, es decir, el modo en que dan cuenta de las estrategias que desarrollan y de los dilemas prácticos (Bateman, 2004: 391) a los que deben hacer frente para compaginar el cuidado de aquellos familiares que lo necesitan con el cuidado propio y con otros aspectos de su vida. Y, especialmente, qué tipo de justificaciones elaboran sobre estas prácticas.

(4) Estructura de la investigación

Tal como sugiere la obra de Ludwik Fleck, en cada comunidad de pensamiento se prefigura de algún modo lo que es posible observar y, por tanto, de lo que es posible dar cuenta, es decir, es necesario tomar en consideración el factor social en la génesis del conocimiento (1994: 283). Por ello, la mayor parte de las investigaciones se desarrollan en simbiosis con los valores dominantes en cada época ya que la cognición es “una interrelacionalidad viva y activa, un reformar y ser reformado” (1984: 253). Hay un sustrato, un humus en la comunidad científica, que hace posible que un tema pueda consolidarse como un nuevo ámbito de estudio y hacerse un lugar por derecho propio en el territorio de las ciencias sociales. Esto es algo que la doctoranda ha podido comprobar, a lo largo del trabajo de estos años, a medida que ha visto emerger este nuevo campo de investigación en torno al cuidado que, por más que se trate de un tema cuestionado, ha tenido un innegable desarrollo y una considerable institucionalización en muy poco tiempo.

⁴ La doctoranda recibió financiación para desarrollar este trabajo del Instituto de Estadística de Andalucía (en adelante, IEA). A cambio se adquirió el compromiso de publicar un avance de resultados de dicha investigación con el Departamento de Estudios del IEA (Martín Palomo, 2010a).

Como trabajo de investigación, la tesis doctoral posee unas peculiaridades académicas claras que hacen de ella algo más que una pura indagación científica. Escribir una obra de estas características posee sobre todo la finalidad de acreditar ante la comunidad experta la adquisición de la habilidad de la investigadora, así como su capacidad de comunicar sus descubrimientos siguiendo para ello las pautas de quienes nos preceden y de quienes trabajan en el campo de investigación en que una se inserta. Por ello, en una tesis adquiere tanta importancia el exponer un “estado del arte” o de la cuestión, como presentar una aportación original propia del ámbito del conocimiento en que se trabaja.

La tesis se organiza en dos partes siguiendo un formato clásico en tanto que se ha considerado que con ello se da cuenta con más claridad del itinerario seguido por la doctoranda. La primera corresponde al marco teórico y metodológico de la investigación desarrollada; la segunda presenta el análisis y las conclusiones. La primera parte abre con un capítulo dedicado a analizar el tratamiento que ha recibido el cuidado en el estudio de la familia en la sociología mediante un recorrido genealógico realizado desde una perspectiva de género (capítulo I); el segundo capítulo se centra en el estudio del cuidado en tanto que trabajo, desde los seminales debates sobre el trabajo doméstico a los actuales que versan sobre la consideración del cuidado como trabajo, lo que reviste cierta complejidad y no pocas dificultades. La tradición sociológica carece de referentes históricos que analicen del cuidado en su dimensión no solo material sino también afectiva y moral, por ello es difícil ofrecer un marco conceptual acabado y perfectamente delimitado, si bien se ha intentado describir en el capítulo tercero qué se entiende por cuidado en esta tesis doctoral, así como proporcionar una clarificación conceptual al respecto realizando un breve estado de la cuestión que parte de la tradición anglosajona (estudios sobre el “care”). Tal como se pretende mostrar, los estudios sobre el *care* han posibilitado tanto un desarrollo teórico como una hermenéutica propia para el estudio del cuidado abordado desde la doble perspectiva de la sociología de las emociones y de la sociología moral. Jane Lewis y Mary Daly (1998, 2000) señalan que no es posible estudiar el cuidado en nuestras sociedades si no se da el paso al campo de la política; por ello, buena parte de los estudios sobre el *care* buscan la conexión entre vida cotidiana y política invitando a una revisión de la noción de ser humano que subyace a ciertas concepciones liberales de ciudadanía, intentando trascender dicotomías modernas que dificultan el estudio del cuidado (capítulo IV). Una vez situado el marco teórico del estudio, se pasa a detallar cómo se ha desarrollado la investigación y, para dar cuenta de

cada una de las decisiones epistemológicas tomadas, se intenta reflexionar en torno algunos aspectos metodológicos desde una mirada cualitativa (capítulo V).

En la segunda parte, una vez configurados los conceptos y herramientas metodológicas con que se ha trabajado, tomarán la palabra las propias mujeres a través de los discursos obtenidos en los relatos de vida. Así, en los capítulos VI al X, se procede a presentar diferentes aspectos de los resultados del análisis cualitativo. La memoria se cierra con un apartado de conclusiones del estudio realizado, en el que también se da cierto espacio para las dudas y preguntas que quedan pendientes para futuras investigaciones (capítulo XI).

(5) Relevancia del estudio

La investigación aquí presentada busca pensar en lo que hacemos y cómo lo hacemos cuando investigamos, tal como propusiera Hannah Arendt (1999), en el sentido de darse la libertad de explorar, desafiando los lugares comunes y no solo presentar una serie de argumentos y conclusiones a los interrogantes planteados sino incluso creando problemas donde no los había. Probablemente, los aportes que cabe considerar más innovadores de esta tesis consistan en su forma de aproximación al tema del cuidado, universo que es extremadamente complejo y escurridizo. Esta forma de buscar evidencia sobre cómo se producen o cómo tienen lugar los diferentes fenómenos sociales estudiados se puede resumir en dos aspectos: por un lado, el aplicar la perspectiva etnográfica al estudio del cuidado, realizando una aproximación situada y plural; por otro lado, se trata de una perspectiva teórica original, en la que se parte de la perspectiva de la sociología del género, la sociología moral y la sociología de las emociones.

El mundo del cuidado resulta tan familiar que siempre parece estar rozando la invisibilidad; de hecho se trata de cuestiones vulgares (Molinier et al, 2009), que frecuentemente escapan a análisis sociológicos realizados de forma estandarizada. Es necesario, pues, idear métodos de investigación que abran nuevas vías para profundizar en su conocimiento. En la investigación aquí presentada se incorporan los análisis más relevantes de los enfoques teóricos sobre el cuidado y los debates que tienen lugar en los países europeos en torno a la gestión pública de la atención a las personas en situación de dependencia y como se definen y delimitan dichas necesidades. En dichos análisis se exploran, tanto los aspectos materiales, afectivos y morales, como la forma en que se ha transformado el significado del cuidado en un marco de progresiva individualización y de importantes cambios en la institución familiar que se caracterizan por la complejidad y diversidad de las formas y las relaciones familiares. También se ha pretendido estudiar

y conocer las implicaciones que los diversos enfoques teóricos tienen sobre la gestión pública del cuidado, así como la manera en que se articulan las políticas públicas con las solidaridades familiares en la atención a las personas en situación de dependencia en un contexto en que el desarrollo y aplicación de la Ley para Promoción de la Autonomía Personal y atención a las Personas en Situación de Dependencia⁵ precisa de herramientas teóricas y empíricas que permitan analizar los cambios derivados de la aplicación de dicha ley en nuestra sociedad. Contexto que se complica considerablemente con el estallido de la crisis económica que asola buena parte de los países desarrollados, especialmente los del sur de Europa, y que está golpeando con fuerza en España en los últimos años.

La forma de aproximación al tema probablemente abre una puerta a la difícil conclusión de este trabajo. Como se planteó al inicio de esta presentación, el reto era grande, pues sigue siendo un asunto sobre el que queda mucho por investigar. La mayor aspiración que este trabajo espera haber cumplido, es la de respetar la complejidad del tema, y acertar en el camino recorrido para acercarse al mismo, por reunir evidencias sobre el esfuerzo material, la coloratura de las emociones o la construcción del deber ser moral que le acompañan, y cómo se plasma en las dinámicas cotidianas del cuidar en los entornos familiares. Era necesario poder mirar el universo del cuidado desde una perspectiva “respetuosa”, contemplarlo y categorizarlo para poder medir aquello conmensurable, pero también revisar los marcos teóricos y aceptar que muchos aspectos que atraviesan el cuidado no son, ni pueden, ni deben ser cuantificados. Igualmente ineludible era dar cuenta de cómo la historia de la disciplina sociológica ha ido tejiendo una mirada sobre el cuidado absolutamente naturalizada (estableciendo una conexión automática entre mujer-crianza- espacio doméstico-vida familiar que ni la tardomodernidad logra romper del todo), aplicando las herramientas de la ciencia social para el estudio del cuidado. Revestir de cientificidad a una ciencia que ha dado muestras de ser muy poco científica a la hora de analizar el cuidado a lo largo de su historia, hasta las rupturas que los estudios de género impulsaron, contribuir a desandar lo andado, revisar los detalles sobre los que se ha construido este gran edificio sociológico, son también algunas de las ambiciones latentes del estudio aquí presentado.

⁵ Ley 30/2006, de 14 de diciembre, de Autonomía Personal y Atención a las Personas en situación de Dependencia (en adelante, LAPAD).

(6) Conclusiones centrales

La invitación de Patricia Paperman y Sandra Laugier a analizar el cuidado desde una aproximación que permita estudiar de forma pormenorizada las dimensiones emocionales y morales en el actuar cotidiano, realizando para ello una etnografía moral es la intención que ha nutrido desde el inicio la investigación de la que se da cuenta en estas páginas, en la que se intenta avanzar en el análisis de las múltiples imbricaciones existentes entre dichas dimensiones. Efectivamente, constituye un reto encontrar formas de dar expresión a este silencio, a esa necesidad del cuidado, de ser discreto o apenas visible para funcionar adecuadamente.

Al incorporar simultáneamente las dimensiones emocionales y morales, se ha buscado mostrar algunos aspectos de cómo se transmiten y negocian entre diferentes generaciones los saberes y competencias sobre el cuidado, los afectos, así como la responsabilidad moral que lleva asociada, en el propio sentido que los sujetos dan a sus prácticas, los principios en que estas se sustentan, y que las sustentan, esto es, cómo cobra forma la explicación del sentido de su acción; pero también del sentido que dan a las consecuencias de dichas acciones. Se ha argumentado sobre el carácter social y construido de dichas normas morales en función del modo en que varían de unas generaciones a otras así como sus posibilidades de transgresión, que son mayores en unos aspectos (la forma en que se cuida de una criatura) que en otros (quién tiene la responsabilidad de este cuidado). Buena parte de las dinámicas que atraviesan el cuidar dan cuenta de la férrea permanencia de determinadas prácticas y discursos que se enraízan en unos modelos de relaciones de género que muestran enorme resistencia al cambio.

Tal como se ha podido desgranar en el análisis de los discursos de las entrevistadas, parece muy difícil establecer la frontera entre unos y otros aspectos: se entreteje lo afectivo con lo moral de tal modo que resulta casi imposible efectuar un corte entre un tipo de aspectos y otros en la transmisión del saber, de la responsabilidad y de la afectividad que atraviesa la relación en el cuidado. Más bien se retroalimentan en la construcción de los saberes y competencias sobre el cuidado. Todo apunta a que el saber hacer, el afecto y la responsabilidad se hilan en un complejo *continuum* en el cuidado del que aún queda mucho por conocer.

PRIMERA PARTE

HERRAMIENTAS TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS

Capítulo I.

EL TRATAMIENTO DEL CUIDADO EN EL ESTUDIO DE LAS FAMILIAS. HACIA UNA GENEALOGÍA DISCIPLINAR

Y es bien raro pensar en una persona feliz como una persona solitaria, pues el ser humano es una criatura social y está naturalmente dispuesta a vivir junto a otros

Aristóteles, Ética a Nicómaco, IX: 9

... los sistemas complejos conectados pueden mostrar no sólo una robustez formidable ante la adversidad, sino también una sorprendente fragilidad

Duncan J. Watts, 2005: 295

Introducción

En el presente capítulo se realiza un recorrido por el modo en que son tratados los cuidados en las familias en el ámbito de la sociología. Teniendo presente que cada teoría se inserta en un contexto social concreto y en un momento de desarrollo del conocimiento, se identifican ciertos elementos presentes ya en los orígenes del pensamiento occidental y que, elaborados en el siglo XIX (temas, enfoques y preocupaciones), se encuentran a comienzos del XXI. Esta aproximación no es, ni pretende ser, una suerte de estudio histórico, tampoco se intenta realizar una interpretación exhaustiva o detallada de las figuras más emblemáticas ni de las teorías que proponen. Se parte de una relectura de los autores clásicos más relevantes, rastreando cómo aparece el tema en la disciplina desde sus orígenes. En suma, se ha realizado una revisión crítica desde el punto de vista del género de la obra de aquellos autores más reconocidos, e incluso enseñados, en las ciencias sociales, tal y como proponen Chabaud- Rychter et ál. (2010:11), reconociendo que la selección de autores es subjetiva en parte. En todo caso, se ha tenido en cuenta a aquellos que más han marcado la evolución de la sociología en nuestro país, ya por ser fundadores, ya por su influencia directa o por haber contribuido a formar escuelas de pensamiento, y teniendo presente, además, que en sus obras se tratan las grandes cuestiones de las ciencias sociales.

Dicha relectura encuentra una tradición de pensamiento, es decir, sopesa en qué medida las teorías sociológicas contemporáneas extraen de las obras clásicas, de forma consciente o no, instrumentos de comprensión útiles para analizar los cambios familiares que se han identificado desde la década de los sesenta del siglo pasado¹. En primer lugar, se sigue la obra de algunos de los más significativos autores en la tradición occidental

¹ El método genealógico recomienda partir de un problema tal como se plantea en la actualidad (Foucault, [1971] 1994, Tomo II: 136), en el doble sentido que apunta Deleuze del origen de los valores y del valor del origen que encierra la noción de genealogía en Nietzsche.

que se inicia con las ideas platónicas en la Grecia clásica. En segundo lugar, se revisan los desarrollos teóricos de los maestros fundadores en la sociología clásica, cuando la familia se convierte en objeto de estudio científico gracias a figuras como Engels, Comte o Durkheim, que empiezan a considerarla como una institución social con una historia propia. En tercer lugar, se examinan algunas de las contribuciones dentro de la disciplina ya consolidada, especialmente los trabajos que se desarrollan tras la Primera Guerra Mundial, momento en que coinciden un importante despliegue de investigaciones empíricas impulsadas por la Escuela de Chicago y el auge de los estudios funcionalistas con Talcott Parsons en EEUU. En este recorrido se identifican los aportes más relevantes en el campo sociológico actual respecto al cuidado y, para ello, se examina cómo se entiende la institución familiar y el modo en que ésta ha cambiado a lo largo de la historia. Y, finalmente, se da cuenta del modo en que el cuidado emerge como un tema central en los estudios sobre la familia, especialmente aquellos realizados con un enfoque de género. Esta nueva etapa va tomando forma a partir de los años setenta del pasado siglo, de la mano, tanto de la Sociología Crítica como de los Estudios de Género, así como de los aportes de otras ciencias sociales, en ella se abren nuevas perspectivas en el estudio de la familia, se plantean diferentes y novedosos problemas que dotarán de una mayor complejidad al análisis del cuidado, simplemente al estudiar el lugar diferencial que ocupan hombres y mujeres en las familias. Por tanto, aquí se elabora una breve genealogía del modo como aparece el cuidado en la familia tal como ha sido revisada al incorporar una perspectiva de género.

1.1. Cuidar en la familia: del Mundo Antiguo a la Ilustración

En este apartado se analiza la concepción de la familia en occidente desde la obra de los filósofos más representativos de la Antigua Grecia hasta que nace la sociología como ciencia, para indagar qué imágenes sociales de la familia existían y cómo aparecen en ellas representado el cuidado. Siguiendo la propuesta realizada por Cristina García Sainz se buscan huellas y rasgos que estos autores han dejado en la disciplina:

El pensamiento filosófico surgido en la Grecia clásica, junto con las creencias manifestadas por los representantes de la Iglesia a lo largo de la Edad Media y la labor de los primeros científicos, en el siglo XVI, fueron, poco a poco, dejando huellas y describiendo rasgos –teóricos- sobre el quehacer, la ocupación y las distintas formas de actividad humana asociadas con la necesidad de subsistencia. (García Sainz, 1999: 21-22)

En esta búsqueda, se persigue reconstruir desde el punto de vista histórico y social el modo en que ha sido naturalizada una determinada forma de familia (Lenoir, 2005: 220), y en ella ha cristalizado una manera de concebir el cuidado. Se debe señalar, no obstante, tal como se advierte desde los estudios históricos, que existen limitaciones para conocer determinados aspectos de la vida cotidiana de tiempos lejanos (Laslett, 1987), especialmente aquellos más invisibles. Es difícil obtener información del pasado, si no es a través del análisis de los documentos literarios o filosóficos (que incluyen tanto ideas como fantasías sobre la realidad que se pretende explorar, lo cual aporta otra limitación a su estudio) y, probablemente, no habrá modo de conocer ciertos aspectos sobre cómo era la cotidianeidad de nuestros antecesores (rutinas, afectos, moral, hábitos y costumbres), incluso pese a que, en las últimas décadas, los estudios históricos hayan aportado mucha luz sobre estas cuestiones, empujando a revisar importantes supuestos de la sociología dominante en el siglo pasado.

1.1.1. Necesidad, dependencia y subordinación

La idea moderna de familia aparece imbuida de ideales amorosos, compromiso y satisfacción emocional. Pero, hasta donde se sabe, estas ideas no estaban presentes en la Antigüedad, momento en que la institución familiar, más que fuente de satisfacción personal o de sentimientos amorosos, tiene un significado de tipo político (Kowalewski y Say, 1998; 2004: 33-35). Se puede tomar como modelo la familia romana típica. En el mundo greco-romano se reconoce la dependencia del Estado respecto de la familia patriarcal, y se equipara el funcionamiento ordenado de la familia con el orden público (Lerner, 1990a; 1990b: 121). La pertenencia a una familia, entendida como casa familiar (*oikos*), supone dos tipos de relaciones: una, jerárquica en la que la autoridad reside en el *pater familias*; otra, basada en lazos de sangre o de amistad, que también puede incluir una serie de obligaciones y expectativas para cada uno de sus miembros. El patriarca tiene responsabilidades con, y espera un determinado grado de sumisión, no sólo de su familia inmediata sino también de sus esclavos, trabajadores contratados, e incluso de aquellos con quienes hace negocios y a los que alquila un lugar para vivir dentro de la casa. Según el sociólogo alemán Franz Carl Müller-Lyer, el *pater familias* en la casa (*domus*) es el dueño de todos los bienes familiares y tiene autoridad sobre su esposa, hijos y nietos, y sobre siervos y esclavos, quienes incondicionalmente le deben obediencia ilimitada. Por ello, apenas hay en la historia romana ejemplos del amor de los hijos hacia el padre, pues la antigua familia romana es una institución de esclavitud: el *pater familias* es el señor de los *famuli*, de sus esclavos, tiene poder sobre la vida de

todos sus miembros. No obstante, a medida que se desarrolla el Estado, y prevalece esta autoridad sobre la paterna, dichas potestades van disminuyendo (1930: 174-175 y 190). Así pues, la familia se define por relaciones de dependencia y subordinación más que por lazos de sangre y, como estructura social jerárquica y asociada al concepto de propiedad, sirve para crear lazos de lealtad que benefician los intereses del Estado, y dan estabilidad y continuidad en asuntos de herencias y derechos de propiedad. En la Antigüedad griega y romana, el individuo no satisface sus necesidades afectivas e intelectuales ni en el matrimonio ni en la vida familiar, sino que la familia tiene el objeto tanto de satisfacer ciertas necesidades económicas, como de perfilar las obligaciones individuales (Moller Okin, 1982: 31-50). En aspectos como la propiedad y la herencia, esta concepción antigua de la familia es similar a la moderna; en otros es muy diferente, sobre todo porque en el mundo antiguo la familia no tiene la función de satisfacer las necesidades emocionales y afectivas de sus miembros, como se ha indicado anteriormente.

Contemplándola con escasa simpatía, Platón (428/427-347 a.C.)² considera a la familia como un riesgo para el bien social. En el libro V de *La República*, el filósofo ateniese desarrolla un modelo ideal en que los intereses del individuo coinciden con los intereses del Estado, y en el que el compromiso con el Estado es superior a la lealtad a la familia. Así, prescribe a los ciudadanos de su República el vivir juntos, sin propiedad privada, de modo tal que todos los hombres y mujeres formarían una comunidad cívica (Platón, 1996). Esta tensión entre familia y Estado también se encuentra en autores como Sófocles (496-406 a.C.). La tragedia de *Antígona*, se puede interpretar como el dilema entre la lealtad al Estado o a la familia cuando la protagonista, en abierta desobediencia a Creonte –quien considera que la obediencia al Estado es anterior a la obediencia a la familia–, entierra a su hermano (Butler, 2001: 15-43).

Aristóteles (ca. 384/3-332 a. C.) coincide con Platón en que el objetivo de la familia no es tanto satisfacer las necesidades individuales como las del Estado (Nussbaum, 2002: 223-268; 2003), y considera que, aunque ésta no sea parte integral de la *polis*, es necesaria para su funcionamiento. Más que en la familia, es en la *polis*, en el espacio propio del ciudadano, donde la necesidad humana de compañía puede ser satisfecha. Al igual que ocurre con tantos otros aspectos de nuestra tradición política,

² Las fechas de nacimiento y muerte de los filósofos citados en este capítulo se han obtenido del *Diccionario de Filosofía* de José Ferrater Mora (1990).

tiene un importante desarrollo en la obra aristotélica la primera distinción entre actividad pública y privada: el ámbito privado se configura por la privación de participar en la política, mientras que la actividad del ciudadano pertenece a la esfera pública. Por tanto, lo privado se define de forma negativa como lo que no es público y es valorado de modo superior a lo privado (Elshtain, 1982; 1983: 300-311). Asociadas a ésta, en el Estagirita se plantean otras dos dicotomías: por un lado, la que opone necesidad y libertad, en tanto que ser libre es primero y ante todo estar liberado de tener que cubrir las necesidades de la existencia, que son satisfechas a través de otros, bien se trate de mujeres o bien se trate de esclavos. Con esta consideración, se desprecia tanto la necesidad como el trabajo manual que impide disponer de los ocios necesarios para la vida política. La segunda dicotomía opone los vínculos políticos a los vínculos naturales, considerando al varón como un ser político, mientras que la mujer queda estrechamente ligada a la naturaleza, lo que tiene sus consecuencias también para todo lo que ocurre en la esfera pública y en la atribución de valor a las diferentes actividades realizadas por cada uno de ellos. El gobierno de la casa le corresponde al hombre adulto en tanto que por naturaleza es más apto que la mujer para desarrollar esta tarea, a la par que a ellas les corresponde servir: “no es la misma templanza la de la mujer que la del hombre, ni la misma fortaleza, como creía Sócrates, sino que la del hombre es una fortaleza para mandar, la de la mujer para servir, y lo mismo las demás virtudes” (Aristóteles, 1989: 22). Justifica esta división entre los sexos en la calidad moral diferenciada de los hombres adultos frente a jóvenes y mujeres (*Ibid.*: 25). Estas dicotomías encadenan a la mujer a la necesidad y a la naturaleza, ligazón que ha calado profundamente en los fundadores de la disciplina sociológica y en su herencia posterior.

Aristóteles, que muestra una gran preocupación por la crianza y la educación del ciudadano³, propone un modelo pedagógico encaminado al logro de la excelencia. Educación que, según prescribe, ha de desarrollarse en tres fases, de siete años cada una. Durante la primera fase, los niños deben permanecer en casa. ¿Quién se ocupa de ellos? No especifica quién debe encargarse del cuidado y educación de los niños durante estos primeros años en el ámbito doméstico, aunque sí pone la condición de que lo hagan personas libres (*Ibid.*: 148), lo que lleva a interpretar que adjudica la responsabilidad de dichos cuidados a las mujeres. De hecho, asegura que el deber del cuidado de la criatura

³ La cualidad de “ciudadano” se vincula con el desempeño de una actividad política en la vida pública, sea en las asambleas, sea en los tribunales. Tanto los esclavos como la mayoría de las mujeres quedan excluidas de esta categoría (Mosse, 1995).

empieza para la madre con el embarazo mismo, proceso en el que ésta tiene una gran responsabilidad como generadora corporal e intelectual del futuro ciudadano:

Es preciso también que las mujeres embarazadas se cuiden de sus cuerpos, haciendo ejercicio y alimentándose suficientemente. El legislador puede conseguirlo con facilidad ordenándoles ir a diario a dar culto a los dioses que prenden los nacimientos. En cambio, la mente, al contrario que el cuerpo, debe estar relativamente ociosa, pues las criaturas absorben evidentemente su alimento de la madre como las plantas de la tierra. (*Ibid.*: 144-145)

De este modo, con Aristóteles quedan sentadas las primeras bases sobre dónde y quién debe cuidar de los miembros de la familia, así como la consideración que dichas actividades tienen, y esta línea de argumentación será retomada por muchos otros pensadores. Por ejemplo, siglos más tarde, Agustín de Hipona (354-430) da forma a una versión cristianizada del pensamiento aristotélico al considerar que la familia debe satisfacer las necesidades de la sociedad más que las del individuo. El *pater familias* acepta sus obligaciones como un deber impuesto por Dios, gobernando la casa de tal modo que su funcionamiento encaje con los requerimientos de la paz ciudadana. En *La Ciudad de Dios* Agustín examina la relación entre familia y Estado partiendo de bases aristotélicas (Arendt, 2001). En las *Confesiones*, argumenta las razones de su preferencia por la vida célibe frente al matrimonio en tanto que, a su parecer, una esposa y una familia limitan la vida intelectual del hombre, su relación con otros hombres y su necesidad de contemplación. La obra de San Agustín contribuye más que los escritos de ningún otro padre de la Iglesia a conformar la doctrina católica posterior llegando a tener una gran influencia política también en su época.

1.1.2. El lugar de las virtudes morales

La Edad Media es un periodo largo en que el modelo de familia dominante se va transformando. En relación con la Antigüedad, pese a que la casa familiar continúe teniendo importancia, empieza a cobrar peso la idea de transmisión de patrimonio y de la línea de descendencia, que adquieren una función política (Ariès, 1987) por lo que, en esta época, se da más importancia al parentesco, al linaje, que a la convivencia (Flandrin, 1979). Los trabajos realizados por historiadores de la familia (por ejemplo: Laslett y Wal, 1972; Burguière et ál., 1998), ponen de manifiesto que muchos de los supuestos más difundidos sobre la familia en la época medieval en occidente no estaban bien fundados, subrayando la necesidad de matizar las clasificaciones efectuadas hasta el

momento. Así, dedican buena parte de sus investigaciones a revisar los mitos, basados en el viejo tópico evolucionista, que han dado forma durante varios siglos a la creencia en una historia de la familia que evoluciona de un modelo *salvaje* a la progresiva nuclearización. Por ejemplo, René Köning argumenta que la familia conyugal ha sido el tipo de familia más extendido entre las clases inferiores de la Antigüedad y de la Edad Media, pero que por tratarse de grupos de población iletrados apenas han dejado testimonios relativos al funcionamiento de su vida familiar (1970: 602-622). Sydney H. Coontz considera, basándose en estudios realizados por historiadores como H. S. Bennet, G. C. Boulton o B. S. Phillpotts, que en la época medieval para los pobres la familia no puede ser considerada dentro de los parámetros con que en la actualidad nos referimos a esta institución:

Hay, pues, una ambigüedad al hablar de la “familia” del pobre durante el periodo medieval, si por “familia” se entiende ya sea el sistema patriarcal de propiedad organizada que legan las instituciones romanas, o bien una asociación autónoma, voluntaria y monógama para la vida doméstica común. (1979: 157)⁴

En el mundo cristiano, la obra de Tomás de Aquino (1225-1274) es considerada como representativa del pensamiento medieval. Para el Aquinate, al igual que ocurre con Aristóteles, tanto la familia como el matrimonio monógamo están ordenados por el derecho natural: la procreación es el objetivo natural de la unión sexual por lo que es natural que el mismo hombre y la misma mujer se mantengan juntos el uno con el otro para el cuidado y educación de su descendencia, y que la base de dicha relación sea la amistad. Sin embargo, esta amistad no implica igualdad entre hombre y mujer ya que, del mismo modo que la vida política está formada por gobernantes y gobernados, también la familia debe estar gobernada por el marido y padre. Para Tomás de Aquino, la misión de la familia es educar a los hijos en las virtudes morales y sociales, contribuyendo a formar buenos cristianos y buenos ciudadanos (Kowalewski y Say, 2004: 35-36).

En España, además, se presenta la peculiaridad histórica de la convivencia de tres culturas durante varios siglos y, pese al predominio de la cultura cristiana posterior, es innegable la herencia tanto islámica como hebrea. Ello, aporta aún más complejidad al conocimiento de la cotidianeidad de un mundo del que se sabe muy poco. Amalia

⁴ Salvo que se indique lo contrario tanto el entrecomillado como las cursivas son las que presenta el original.

Zomeño rastrea la herencia del mundo andalusí entre los siglos VIII y finales del XV de la era cristiana, señalando la peculiaridad que presenta España en esta época en que es frontera entre tres civilizaciones, musulmana, cristiana y hebrea (2011). Desde el punto de vista del Islam, la sociedad andalusí era periférica en tanto que se encontraba geográficamente muy alejada de los centros de poder y de conocimiento del Islam Medieval, esto es, Damasco, Bagdad o El Cairo. Pese a ello, mantiene un estrecho vínculo tanto con la cultura como con la doctrina islámica a la par que debe adaptarse a su estrecho contacto con la sociedad cristiana (*Ibid.*: 35). Sin embargo, no está claro hasta qué punto el contacto y el conocimiento mutuo llegaron a producir influencias decisivas en la sociedad, las familias y los individuos. Siguiendo los trabajos desarrollados en el siglo XIV por Ibn ‘Abjūn [Jaldún] en Sevilla, el gran pensador tunecino de origen andalusí [1332-1406], Zomeño narra cómo este autor describe la existencia de unas viviendas que se conforman como refugio frente al mundo, donde se protege y vigila a sus habitantes, replegados frente al exterior, a menudo haciendo su vida en torno a un patio, con una morfología familiar que oscila de familias más amplias a otras más restringidas, en tanto que dichas familias pueden estrecharse o ampliarse para dar a sus miembros o parejas garantías suficientes como para reproducir o transmitir el patrimonio (*Ibid.*: 46-47). En dicho estudio, en que se describe con detalle el peso de la herencia árabe en la familia andalusí, apenas se menciona el tema del cuidado, excepto cuando se hace referencia a la normativa que regula el divorcio, donde el cuidado de los hijos es descrito como un derecho de la madre, o de la familia de la madre, si bien la obligación de costear dicho cuidado recae sobre el padre (*Ibid.*: 47).

Ibn Jaldún fue uno de los más brillantes pensadores musulmanes del Medievo, y por el contenido sociológico de sus obras se le ha hecho predecesor de Comte y de Durkheim, incluso de Marx, por su presentación materialista de la historia, si bien se debe advertir que no debe leerse su obra descontextualizada al traerlo al presente (Trabulce, 1997: 14-15). Heredero de la versión islámica del aristotelismo, apuesta por una sociedad cimentada en cuerpos intermedios (clanes, tribus, pueblos), entendiendo que existe un tipo de solidaridad que emana de los lazos de sangre y que establece vínculos de vida en la sociedad que llegan a ser tan importantes como los de sangre (De Lucas, 1999). En su voluminoso tratado dedica al menos unas páginas, cuando habla del beneficio y de la adquisición, a reflexionar sobre la dependencia y de la vulnerabilidad del ser humano:

El hombre, en todos los estados y en todos los periodos de su vida, desde su nacimiento hasta la época del pleno desarrollo y desde ahí hasta la vejez, está sometido por la naturaleza a la obligación de tomar alimentos y de proporcionarse la subsistencia. (Ibn Jaldún, 1977: 673) [escrito entre 1378-1404]

Destacados historiadores de la familia coinciden en que a partir de finales del siglo XVI y principios del XVII tanto la Reforma protestante como la Contrarreforma católica jugaron un papel clave en dar forma a las nuevas concepciones de la familia (Flandrin, 1979; Ariès, 1987). Así, las iglesias reformadoras impulsan un estatuto más igualitario para las mujeres en su esfuerzo de moralización de las relaciones conyugales y sociales, lo que tiene un gran impacto en el desarrollo posterior de la ideología sobre la familia, aunque no por ello deje de arrastrar cierta carga misógina.

Todos tenemos miedo al carácter extraño de las mujeres, a los gritos y los chillidos de los pequeños, nos preocupan los gastos crecidos que acarrear, los vecinos incómodos, etcétera. Por eso, preferimos vivir sin ataduras, pues al estar libres, podemos hacer lo que nos venga, andar con prostitutas, despreocupados, etcétera.... Y también por este motivo, ningún padre ha escrito nada que merezca la pena sobre el estado matrimonial. (Lutero, [1529-1533] 1977: 448; Cfr. Morant, 2002: 87)

Con el argumento de que la familia fue instituida por Dios cuando creó a Eva para ser la mujer de Adán, Lutero eleva la familia a un lugar de importancia sagrada (Ariès, 1979) y, entendiendo que ambos son órdenes creados por Dios para el bien de la humanidad, establece un paralelismo entre la vida doméstica y el gobierno civil. A diferencia de Platón, para Lutero el matrimonio no es un *mal necesario* sino un mandato divino y, a diferencia de Agustín, para quien la familia distrae de las cosas espirituales, para el reformador alemán es en la familia donde se aprenden y cultivan las virtudes cristianas. Dentro de la familia, la crianza de los hijos es una vocación sagrada tanto para la madre como para el padre, es el mejor trabajo, lo más valorado por Dios (Kowalewski y Say, 2004: 36). No es de extrañar que progresivamente, la infancia y los cuidados que requiere empiecen a adquirir un nuevo protagonismo. También en la teología católica posterior a la Reforma evangélica la familia se convierte en el centro de la vida, se perfila como la institución en la que se aprenden y practican las virtudes cristianas, por lo que pasa a ser considerada como esencial para la sociedad. Esta visión de la familia conforma el ideal normativo para el cristianismo hasta nuestros días (véase, por ejemplo, Riesgo Ménguez y Pablo de Riesto, 2006).

1.1.3. Hacia una diferenciación de lo público y lo privado

Durante la Edad Media, las condiciones de vida no permitirían la separación de la estructura familiar del resto de la sociedad, el aislamiento era prácticamente imposible. Así pues, hasta finales del siglo XVII, la moderna distinción entre familia privada y vida pública no tiene significado porque ambos ámbitos estaban íntimamente identificados. Sin embargo, con la aparición de la estructura familiar moderna se desarrolla un proceso de *privatización* de la sociedad y de emergencia del universo de lo privado. Y, en la esfera privada (en el sentido de doméstica), concebida como un espacio íntimo, las relaciones internas adquieren cada vez más densidad afectiva. Edward Shorter (1977) afirma, por ejemplo, que el sentimiento experimenta un desarrollo importante en la familia hacia la segunda mitad del siglo XVIII, mientras que Lawrence Stone sitúa este ascenso de los sentimientos en el ámbito familiar a comienzos del XVII (Stone, 1990). Más allá de los desacuerdos relativos a la periodización, este enfoque tiene la virtud de interpretar las consecuencias de la naciente modernidad sobre el funcionamiento del mundo familiar. Aunque se debe señalar que estas teorías relativas a la falta de sentimientos familiares y al abandono de menores en tiempos pretéritos han sido revisadas por la historiografía reciente (véase epígrafe 1.3.2.1 *supra*).

A lo largo de los siglos XVII y XVIII se gesta un espacio público con enormes cambios a raíz de la descomposición del orden feudal, lo que genera suficientes tensiones como para que un ámbito en el que guarecerse desempeñe un importante papel. Tal como lo describe Philippe Ariès, la familia moderna se caracteriza por ser un espacio separado del mundo exterior en el que se opta por la intimidad y privacidad de padres, madres e hijos, y se convierte en el envés de la esfera pública. Los sirvientes y otros cohabitantes dejan de formar parte del concepto de familia (*household*). Este nuevo estatus de la familia privada no emerge por igual en todos los ámbitos de la estructura social. Durante un tiempo ha sido patrimonio exclusivo de las clases privilegiadas, ya que únicamente éstas tienen posibilidad de replegarse sobre sí mismas (Ariès, 1987). Pero este esquema se irá generalizando progresivamente y, en este sentido, se puede afirmar con Lluís Flaquer que la privacidad moderna es producto de una construcción social e histórica concreta (1982: 27).

Los teóricos del liberalismo, ofrecen un modelo contractual de gobierno, y describen el matrimonio en los mismos términos de tal modo que las diferencias entre los sexos quedan establecidas con firmeza así como la división de espacios entre

hombres y mujeres. En general, las teorías del contrato social parten de una definición de la esfera pública centrada sobre un individuo cuyas características esenciales son la independencia, la responsabilidad y la razón, mientras que la esfera privada se reduce a lo íntimo y a la familia, y en ella se da respuesta a las necesidades de sus miembros. Los grandes pensadores ilustrados –Hume, Rousseau, Kant– no ven ninguna incoherencia en que la universalidad de sus principios quede ceñida exclusivamente a los varones (de Miguel, 1994: 54). La tendencia de los ilustrados a describir la familia como una institución natural hace posible que intelectuales tan brillantes como David Hume o Jean Jacques Rousseau ignoren la relación frecuentemente opresiva entre maridos, esposas e hijos.

Para John Locke (1632-1704), la familia es un mero contrato entre dos individuos, un hombre y una mujer, cuyo objetivo principal es la procreación, si bien cuando es necesario también pueden ofrecerse apoyo mutuo. En su *Segundo Tratado sobre el gobierno civil*, el empirista inglés asienta el fundamento teórico de la separación liberal entre lo público y lo privado, estableciendo una clara diferencia entre poder paternal y poder político. Así, sostiene que el poder político sólo se puede ejercer sobre individuos adultos, libres e iguales, y siempre con el consentimiento de éstos. En la esfera privada y familiar, una relación natural que llegaría a su fin con la madurez de los hijos varones, Locke otorga el dominio de los maridos sobre las esposas partiendo de la suposición de que ambos cónyuges poseen entendimientos diferentes y, en caso de disenso, la última decisión corresponde naturalmente al varón que es más capaz y más fuerte ([1690] 2010). Carol Pateman destaca que una persona que está subordinada, por naturaleza al mismo tiempo no puede ser un ser libre e igual, por lo que las mujeres son automáticamente excluidas del estatus de “individuos” y de la participación en el mundo público de la igualdad, el consenso y la convención.

Una de las consecuencias importantes de esta concepción de lo privado y lo público es que la teoría liberal (y de hecho, prácticamente toda la teoría política) conceptualiza y trata el mundo público, o la sociedad civil, haciendo abstracción de – o como algo separado de– la esfera doméstica privada. (Pateman, 1996: 34-35)

La teoría lockeana muestra también cómo las esferas privada y pública se fundamentan en principios de asociación antagónicos, que se manifiestan en el distinto estatus de mujeres y hombres: la familia se basa en vínculos naturales de sentimientos y de consanguinidad y en el estatus, adscrito sexualmente, de la esposa y del marido (un

estatus de madre y de padre). La participación en la esfera pública se rige por criterios de éxito, intereses, derechos, igualdad y propiedad universales, impersonales y convencionales; es decir, por los criterios liberales aplicables únicamente a los hombres. Locke destaca así el derecho de propiedad como fundamento para el logro de la ciudadanía (Molina Petit, 1994: 54).

Jean Jacques Rousseau (1712-1778), paradójicamente, el más radical de los ilustrados en su apelación a la libertad e igualdad, plantea con rotundidad la diferencia entre mujeres y hombres, sobre todo a partir del *Emilio*. Por ello, ha sido considerado como el teórico de la feminidad normativa de la modernidad (Cobo, 1995: 22). En la concepción rousseauiana se establece una fórmula muy elaborada de la división de ambas esferas en función de los sexos, por la que la mujer desempeña un papel importante en el plano afectivo dentro de la familia, para que el hombre pueda desarrollarse como un ser independiente y autónomo (Rubio, 1995: 147-167). La educación de las mujeres se debe orientar a que desarrollen, como Sofía, el modelo de la joven educada a la medida de Emilio, las cualidades morales que les pongan al servicio de las necesidades materiales y afectivas del hombre, proveerles de cuidado desde su infancia hasta su vejez:

[T]oda la educación de las mujeres debe estar referida a los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, criarles de pequeños, cuidarles cuando sean mayores, aconsejarles, consolarles, hacerles la vida agradable y dulce: estos son los deberes de las mujeres de todos los tiempos y que ha de enseñárseles desde la infancia. (Rousseau, [1762] 1983; Cfr. Morant y Bolufer, 1998: 116)

Rousseau encierra a la mujer en el ámbito de lo privado para con ello conjurar la *fuera maléfica* que la mujer-pasión ejerce sobre el hombre-razón, la convierte en esposa y madre virtuosa del cuidado. Naturaliza a la mujer construyéndola como dependiente y socialmente invisible al asimilar *mujer a madre*. Y, según este autor, la madre no puede participar en el contrato social puesto que no puede alcanzar la imparcialidad necesaria para ello. De este modo, el cuidado prestado a su progenie es presentado como un obstáculo para su condición ciudadana. Celia Amorós señala que si bien Rousseau, en líneas generales, tiene un pensamiento complejo y lleno de matices, revela una tosquedad y falta de reflexión profunda cuando se acerca a los temas que conciernen a las mujeres (1985: 36).

David Hume (1711-1776), en el ensayo “Del amor y del matrimonio”, fue por delante de su tiempo, tanto al concebir el matrimonio como un contrato privado en régimen de igualdad entre hombres y mujeres, como al asegurar que en la familia, el padre está obligado a proporcionar a los hijos sustento y educación y, por tanto, tiene responsabilidad en su crianza. No obstante, añade que cuando la naturaleza es generosa, el cuidado de la criatura es responsabilidad de la madre.

El matrimonio es un compromiso que se adquiere por mutuo consentimiento y tiene como finalidad la propagación de la especie [...] Cuando un hombre se une a una mujer, está ligado a ella según los términos estipulados en su compromiso. En lo que se refiere a la procreación de los hijos, está obligado por vínculos tanto naturales como humanitarios a procurarles sustento y educación. (Hume, 2006: 91)

Estos planteamientos, con diferentes variaciones, seguirán vigentes en pensadores de su época y de siglos posteriores (véase, por ejemplo: I. Kant, G. W. F. Hegel, P. J. Proudhon y F. Nietzsche). Una percepción de esferas separadas y jerárquicas que se alimenta de un discurso acerca de la diferencia natural entre los sexos y una determinada definición del amor romántico en el que la familia proporciona el sustrato emocional indispensable tanto para el varón como para el funcionamiento de las instituciones (Canto-Sperber, 1998: 54). Para Immanuel Kant (1724-1804) la familia es el espacio del fundamento moral y del orden social, el espacio de lo privado, pero lo privado sometido al padre, que domestica los instintos sometiendo a la mujer ([1785] 2007). También la filosofía hegeliana justifica la exclusión de las mujeres de la jefatura de la familia, así como su participación en la sociedad civil o en el Estado (Butler, 2001). Así, Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) en sus *Principios de la filosofía del Derecho* (1821) ve la familia como fundamento de la sociedad civil, garantía de la moralidad natural, y a ella debe subordinarse el individuo (Pateman, 1996: 33). Aun considerando que es la célula de la sociedad, Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), mantiene una visión conservadora y poco científica de la familia; para este pensador, hombre y mujer en el matrimonio forman un todo orgánico a nivel moral y a nivel físico, y sus partes son complementarias, siendo lo justo en esta relación que la mujer esté subordinada y dependiente del hombre y que no participe en la vida política (Michel, 1974: 23-24). Tanto Proudhon como Friedrich Nietzsche (1844-1900) desarrollan un pensamiento crítico con la modernidad, por lo que no persiguen el ideal de igualdad, que tampoco cumplen los pensadores ilustrados (Valcárcel, 1997). Un ejemplo elocuente del modo en que se describe la naturaleza femenina, el segundo sexo, y sus atribuciones,

entre las que se incluye el cuidado de los infantes, es el siguiente que se encuentra en la obra de Arthur Schopenhauer (1788-1860):

Las mujeres al ser faltas de inteligencia, solo pueden ser aptas para los cuidados y educación en la primera infancia, es que ellas mismas continúan siendo pueriles, fútiles y limitadas de inteligencia. Toda su vida son como niños grandes; o sea, un intermedio entre el niño y el hombre, pues si observamos a una mujer, la veremos todo el día con un niño en los brazos, bailando y cantando con él; en cambio, un hombre no lo haría. (1998: 57)

Sin embargo, la sociología, al considerar que el hombre es un ser social, que existe en virtud de su inserción en una red de cuerpos intermedios que vinculan al individuo y la sociedad, e inscribir sus acciones en marcos colectivos, debía nacer abandonando cualquier concepción universalizadora del hombre (Dumont, 1983). Por esa razón, admitir el carácter íntegramente contractual de la familia en la nascente sociología era teóricamente difícil de aceptar (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 44).

François Poulain de la Barre (1674-1723) probablemente es una de las pocas excepciones⁵ a la idea, generalizada en la época, de una naturaleza diferente para hombres y mujeres, en tanto que pretende conocer las causas de la desigualdad histórica entre hombres y mujeres. Defiende la igualdad como un derecho, y lo hace desde una perspectiva cartesiana, al considerar que la razón es única y, por tanto, igual para hombres y para mujeres ([1673] 2007). Por su análisis sobre las causas de la desigualdad entre los sexos, bien puede ser considerado como uno de los fundadores de la sociología (Cobo, 1995: 15). Un pensador de fines del siglo XVII, cuya obra, pese a permanecer oculta y silenciada hasta mediados del XX, será referente teórico para autores posteriores, como John Stuart Mill, llegando a adquirir una gran influencia en el desarrollo del denominado feminismo de la igualdad o Ilustrado.

La obra de Poulain de la Barre se inscribe en la polémica sobre los sexos que se desarrolla en la Ilustración, momento en que surgen dos tipos de discursos, que tienen en común su carácter biológico o esencialista, y que justifican las diferentes funciones y posiciones sociales sobre la base de una naturaleza diferente, pero complementaria, de

⁵ La transición de los siglos XVII al XVIII es un momento fundamental en la redefinición del estatuto de la mujer. En España, la figura de Fray Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), es clave al favorecer con su obra el desarrollo de una línea de pensamiento igualitario. En el primer tomo del *Teatro Crítico Universal* (1726), en el discurso XVI titulado “Defensa de las mujeres” aboga por la igualdad de las mujeres con los hombres (Blanco, 1994: 31-32).

mujeres y hombres: a) el discurso de la inferioridad de la mujer, según el cual, la debilidad, el infantilismo, la maldad o, en definitiva, la precariedad de cualidades físicas, intelectuales y morales de ésta determinan que tenga que estar tutelada o sometida al varón, que posee todas aquellas cualidades de las que carece la mujer; y b) el discurso de la excelencia o superioridad, por el que la mujer alberga grandes y excelentes cualidades específicamente femeninas, tales como la virtud, la abnegación, la intuición intelectual y la agudeza de ingenio, por lo que considera a la mujer como reserva moral de la humanidad y del varón. Frente a ello, la obra de Poulain de la Barre supone una ruptura teórica muy profunda al fundar su análisis de la diferencia de sexos sobre el concepto de igualdad (Fraisie, 1985).

Se plantea aquí la igualdad total de los sexos porque los consideramos independientemente de la costumbre que a menudo coloca a quienes tienen más inteligencia y méritos en situación de dependencia respecto de los otros. (Poulain de la Barre, 2007, Tomo II: 9)

Este debate se mantendrá hasta fines del siglo XIX, e incluso bien entrado el XX, y tendrá enormes repercusiones en relación con el cuidado en las familias, en tanto que parte de una base de pensamiento sobre la diferencia sexual que favorece la naturalización de esta actividad como una extensión de la identidad femenina y de los quehaceres asociados a la feminidad.

1.2. El cuidado en la teoría sociológica clásica

En el presente apartado se realiza un breve recorrido por la obra de algunos autores clásicos desde los orígenes de la sociología, intentando ver cómo aparecen en sus obras el cuidado en la familia. Tal como se advirtió en la presentación de este capítulo, aquí no se pretende efectuar una lectura de su obra descontextualizando su pensamiento, queriendo ver en sus textos problemas que en su época no eran contemplados como tales, sino que, sin ánimo de abordar todos los aportes realizados en el campo de la sociología, se busca identificar de qué manera aparece, cuando lo hace, el cuidado en sus obras y conocer parte de su herencia intelectual en el ámbito sociológico actual. La referencia a la historia es importante porque los instrumentos de análisis, las técnicas de observación de la realidad social, así como las categorías del conocimiento sociológico son en gran medida instrumentos heredados, forman parte de un fondo común de conocimiento que los sociólogos clásicos han contribuido a forjar. Además, tal como afirma María Ángeles Durán:

No creo que sea posible mirar para otro lado. Los padres fundadores están ahí, son nuestra raíz inmediata y más vale encararse con ellos que olvidarlos. Buscar su contradicción, su parcialidad y sus límites pero también su alcance. (1996: 221)

1.2.1. La familia como objeto de estudios científicos

El contexto en que los padres fundadores de la sociología europea elaboran sus conceptos es inestable, rico en debates apasionados que mezclan lamentos y profecías, nostalgias del pasado con sueños utópicos. La Revolución Industrial, política, demográfica y social que tiene lugar desde la segunda mitad del siglo XVIII y a lo largo del XIX, genera preocupaciones que impregnan el análisis de muchos pensadores que estudian los cambios sociales y familiares. Sus inquietudes giran en torno a las consecuencias que tienen los procesos de industrialización, urbanización y migración sobre las relaciones de producción y su repercusión en el proceso de individualización, el sentimiento de familia y la percepción que los individuos tienen tanto de la familia como del sistema social (Chacón y Bestard, 2011: 13).

El siglo XIX es el momento del desarrollo de las grandes teorías, la mayor parte de los pensadores que inauguran los estudios sociológicos, sean liberales, tradicionales o materialistas, arrastran en sus obras cosmovisiones sobre el origen de la familia y sobre el papel en ella de las mujeres. La familia se convierte en objeto de estudios científicos, desde el momento en que autores como H. Spencer, F. Engels, J. J. Bachofen o E. Durkheim pasan a considerarla como institución social:

Muchos pensadores hacen hincapié en los grupos intermedios entre el individuo y la sociedad porque no creen que el vínculo social encuentre garantías suficientes en la agregación de individuos separados. Recurren al concepto de *instituciones* para designar esos grupos intermedios. (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 45)

Al definir el carácter institucional de la familia se afirma su historicidad, es decir, que su forma y contenido dependen del contexto social. De hecho, la dimensión comparativa pase a ser una característica de los trabajos sociológicos sobre la familia. Se evocan a continuación algunos aportes al tema del cuidado que es posible entrever en las obras de A. Comte, A. de Tocqueville, F. Le Play, K. Marx, F. Engels y H. Spencer. En general, en sus escritos subyace una concepción de la familia como cuerpo intermedio que liga al individuo con la sociedad; la analizan con la finalidad de estudiar la sociedad, reconociendo su carácter institucional, su variabilidad en el espacio y el tiempo, y

elaboran las primeras tipologías sociológicas de los vínculos familiares (Ibíd.: 37-46). Unos teóricos observan las formas familiares estableciendo tipologías (como Tocqueville o Le Play), otros reconstruyendo su evolución (Comte, Durkheim). Así, por ejemplo, Johann Jakob Bachofen (1815-1887), desde la perspectiva del derecho, materializa un primer intento de elaborar una historia científica de la familia considerada como institución social ([1861] 1987). Bachofen establece un modelo evolutivo, que será referencia para muchos sociólogos posteriores, en el que señala que se ha evolucionado de un primer estadio de promiscuidad sexual (hetairismo) a la instauración de la monogamia, pasando por la definición del parentesco por la línea materna (derecho materno) y el establecimiento de la ginecocracia (Martín López, 1993: 15). Propuestas similares llevan a cabo otros autores coetáneos, como John F. MacLennan (1827-1881)⁶ o Lewis H. Morgan (1818-1881)⁷. Este último, que mantiene una tesis evolucionista lineal del desarrollo histórico de la familia semejante en muchos puntos a la de Bachofen, intenta comprobar, comparando las instituciones desde la Antigüedad, que la humanidad ha progresado del salvajismo a la civilización, y para ello divide la evolución humana en tres estadios, siguiendo la formulación de S. Ferguson en *An Essay on the History of civil Society* (1767): salvajismo, barbarie y evolución. Este esquema que, generalmente, parte de un supuesto estadio de promiscuidad sexual (Martín López, 1993: 16-21), lo retoman diversos autores (Veblen [1899] 1974; Müller-Lyer, 1930) a lo largo del siglo XIX y hasta bien entrado el XX. Sin embargo, unas décadas más tarde, los aportes procedentes de diversas y numerosas investigaciones etnográficas así como de las realizadas en el ámbito de la demografía histórica echan por tierra las interpretaciones evolucionistas de la familia y de la sociedad.

En 1930, Müller-Lyer describe el estado de los estudios en la sociología a comienzos del siglo XX, celebrando el gran éxito que tiene en aquel momento la perspectiva evolucionista de la historia en relación con la familia (el interés de la cita justifica su extensión):

⁶ J. F. MacLennan, *Primitive Marriage: An Inquiry Into the Origin of the form of Capture in Marriage Ceremonies* (1865) (Cfr. Spencer, s.d.: 332; Martín López, 1993: 16).

⁷ Henry Lewis Morgan, considerado el fundador de la antropología, inaugura la investigación sobre los estudios de parentesco en su obra *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family*, 1871, Washington. Su obra más conocida es *Ancient Society, or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbaries to Civilization*, 1877, London, McMillan and Co. Fue altamente considerado por Marx y Engels por haber abordado los principios del materialismo histórico; de hecho, Engels recurre constantemente a los trabajos de Morgan (véase: Engels, 1963).

Constituye el mérito inmortal de Darwin –y, en el terreno sociológico, de Bachofen y de Morgan – el haber resucitado la doctrina del origen social del hombre y el haber intentado aportar pruebas de su legitimidad con una serie de descubrimientos, algunos de ellos verdaderamente sorprendentes. Un gran número de los sociólogos más importantes (MacLennan, Lubbock, Lippert, Wilken, Kohler, Post, Bernhöfer, Hellward, Spencer, Ratzel, Achelis, Lamprecht, Wundt, Wilutzky, Fr. Oppenheimer, von Reitzantein, Paul Barth, Frazer, Hörnes, Hartland, etcétera.), le siguieron, y no sólo establecieron la teoría del origen social del hombre sino que, en parte, defendieron también el punto de vista de que los hombres primitivos o prehombres no debieron vivir en matrimonios constantes ni familias diferenciadas, sino en régimen de comunidad de hembras, de promiscuidad. Sin embargo, los muchos errores y precipitaciones teóricas en que se cayó con este motivo, dieron lugar, en los últimos tiempos a una reacción (Andrew Lang, Northcote, W. Thomas, entre otros). Y una serie de nuevos sociólogos –sobre todo Westermarck (al que siguieron Forel, Kuhlénbeck, etcétera.)- retornaron al punto de vista de que el hombre había vivido originalmente en parejas. Esta oposición de criterios dio lugar a enconadas disputas, pero fueron insospechadamente fecundas para la ciencia, pues cada uno de los grandes investigadores que tomaron parte en ellos aportó un considerable número de hechos, reunidos al cabo de perseverantes estudios. (1930: 18-19)

En sus orígenes, la teoría sociológica parte de una explicación no social de las diferencias entre los sexos, naturalizando su fundamento y, por tanto, atribuyendo tareas, funciones y responsabilidades diferentes a hombres y a mujeres sobre la base de estas diferencias de origen biológico, por lo que invariablemente las mujeres son las responsables, tanto de velar por la moralidad familiar, como del cuidado de los hijos. Del resto de miembros de la familia, tales como enfermos o ancianos, generalmente no se habla, es decir, no se enuncia ni como necesidad ni como problema. Louis Dumont considera que esta separación sexual de las funciones, marcada por caracteres naturales, se apoya en una división holística de acuerdo a una distinción entre activo/pasivo, interior/exterior que gobierna todo el siglo XIX (1983). Se debe señalar la excepción del trabajo realizado por Friedrich Engels, por los primeros socialistas, o por Poulain de la Barre, a esta corriente general. Los primeros socialistas, como Pierre Leroux, Constantin Pecqueur, Louis Blanc o Flora Tristán, se pronunciaron a favor de una modernización de la familia, de la igualdad de sexos y del divorcio. En este contexto, François Maria Charles Fourier (1772 –1837) representa un radicalismo excepcional al preconizar en su conocida utopía, el falansterio, la igualdad completa entre ambos sexos, con funciones intercambiables, así como un matrimonio fácilmente disoluble (Perrot, 1989: 107). Sin embargo, la concepción saint-simoniana de las relaciones entre los sexos mantiene una

base biológica diferencial para hombres y mujeres y, también desde una perspectiva esencialista, exalta las cualidades y valores femeninos (Campillo, 1996: 76).

A lo largo del proceso de industrialización, va cobrando forma el modelo de familia moderno, asociado al desarrollo de la ideología de la domesticidad y del amor romántico. Así, por un lado, con la generalización de la idea romántica del amor heterosexual, se divulga también la de que sólo la familia formada por amor puede ofrecer a los hombres el terreno emocional indispensable para mantener el orden social. El ideal de amor romántico puede ser leído como un código simbólico, se difunde a todos los estratos sociales a través de la literatura, el melodrama y la comedia, pasando a representar el modelo de conducta para todos los grupos sociales⁸. Por otro lado, la literatura decimonónica se centra en la idea de que los roles especializados por género son el resultado de diferencias naturales, es decir, biológicas, entre los sexos, y que ello es beneficioso para la mujer (Perrot, 1989). De este modo, con la retórica de la *domesticidad* se legitima la institucionalización de una división sexual del trabajo que contrapone producción y reproducción a lo largo del siglo XIX (Nash, 1993). La maternidad y la domesticidad se convierten en sinónimos de feminidad, lo que, tal como señala Joan W. Scott, también tiene importantes consecuencias salariales para las mujeres que trabajan en las fábricas (1989) (véase capítulo 2 *infra*).

De hecho, se puede afirmar que este modelo de familia es un modelo normativo construido por el orden social burgués, en el que familia y sociedad constituyen dos ámbitos de sociabilidad escindidos, separados y, en parte, contradictorios. La familia está, en cierto sentido, “fuera” de la “sociedad”, es externa y distinta de ella, así como lo privado está apartado de lo público y es diferente de ello⁹. En este orden se considera indistinto lo privado y lo doméstico¹⁰. Cicchelli-Pugeault y Cicchelli describen cómo en este modelo las relaciones familiares se caracterizan por tres elementos: unos patrones educativos definidos en función del sexo desde la primera infancia; la asignación de la

⁸ Es posible considerar el amor no tanto como un sentimiento sino como un código simbólico que estimula la génesis de los sentimientos correspondientes (Luhmann, 1985: 10).

⁹ Se ha señalado que la relación privado-público puede ser vista como el hilo conductor de la Teoría Sociológica de la Familia (Bergoglio, 1986: 50).

¹⁰ Soledad Murillo señala que el concepto de privacidad tiene dos acepciones diferentes: para los hombres, supone recogimiento en la vida familiar, al margen de obligaciones y prestaciones públicas; para las mujeres, implica un conjunto de prácticas afectivas y materiales que las orientan al cuidado y atención de otros miembros de la familia, lo que para ellas convierte lo privado en sinónimo de privación (Murillo, 1996: XV-XVI).

mujer al hogar, del que se convierte en su *ángel*, encargada de las tareas de educación de los hijos y del mantenimiento de las relaciones con el exterior; y, por último, la atribución al hombre del papel de proveedor exclusivo de los ingresos familiares (1999: 21-22). También en el modo de vida obrero, la economía social dibuja poco a poco los perfiles de sus miembros, donde la mujer es consagrada al trabajo doméstico “elevado a la altura de un oficio” (Donzelot, 1990). De este modo, el trabajo doméstico, profesionalizado, al menos simbólicamente, detallado y racionalizado, en suma, redimensionado, revaloriza la posición de la mujer, le ofrece un estatus y le compromete moralmente al confiarle el cuidado del hogar y de la familia.

La actitud de los sociólogos clásicos con respecto a la familia es ambivalente y está en permanente tensión entre, por un lado, el descubrimiento del lugar ocupado por el afecto en las relaciones familiares y, por otro, la negativa a hacer descansar el mantenimiento de la institución únicamente en la elección. En general, los primeros sociólogos insisten en el papel esencial que la familia debe desempeñar en la canalización de las pasiones privadas durante el proceso de socialización del individuo, cumpliendo así una función reguladora en el mantenimiento del vínculo social (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 30-55). En las fronteras del campo científico y de los valores políticos, los fundadores reconocidos de la sociología retoman el interrogante como un desafío central lanzado a la joven ciencia en gestación.

1.2.1.1. Un objeto “natural” para la sociología: individuo, familia, sociedad

¿Cómo pensar el vínculo social y el vínculo familiar?, se preguntan C. Cicchelli-Pugeault y V. Cicchelli (1999: 37). La crisis política que abre la Revolución Francesa junto con el impacto de la Revolución Industrial, hace que los sociólogos observen con preocupación la desestabilización de las sociedades de la segunda mitad del siglo XIX y pongan un enorme interés en lo que ocurre en el ámbito de la familia. La proliferación de discursos y la difusión de las prácticas que tienen a la familia como objeto de intervención manifiestan la intención de encontrar en la esfera familiar una respuesta a ese interrogante sobre el vínculo social. El higienismo, el pauperismo y el voluntarismo educativo proporcionan marcos de pensamiento para captar las mutaciones del siglo en general y las transformaciones familiares en particular. Científicos y positivistas tienen

una enorme fe en el progreso y en la intervención social¹¹. Haciéndose eco de este contexto, en los escritos de la sociología naciente, las primeras teorizaciones se orientan por las actitudes de sus autores en materia de reforma familiar y social. Jacques Donzelot sostiene que quienes en la época se preocupan por la familia, lo hacen desde una posición conservadora, sea desde una perspectiva o desde otra:

¿Quiénes defendían la familia? Fundamentalmente los conservadores, partidarios de la restauración de un orden establecido que girase en torno a ella, de un retorno al Antiguo Régimen idealizado; pero también los liberales, que veían en ella el garante de la propiedad privada, de la ética burguesa de la acumulación, el garante también de una barrera contra la intervención del Estado. Los que atacan a la familia, los socialistas utópicos o científicos, lo hacen en contra de esas mismas funciones que le atribuyen las clases dominantes. (1990: 9)

Auguste Comte (1798-1857)¹², heraldo de la filosofía positivista, también se preocupa de la familia como fuente del orden social. Afirma que los afectos familiares contribuyen a elevar la vida moral del individuo, motivo por el que percibe la vida doméstica como un eslabón decisivo de la cadena social (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 58). El inventor de la palabra *sociología*, sostiene que la teoría sociológica de la familia puede ser reducida al examen racional de dos órdenes fundamentales de relaciones necesarias, la subordinación de los sexos y la de las edades, cada una de las cuales tiene una función específica, pues mientras una instituye la familia, la otra la mantiene (Segalen, 1992: 26). Así, con un enfoque moralista, se adhiere al juicio sobre la crisis de la familia contemporánea, que proviene de la percepción del debilitamiento de la autoridad del padre y del espíritu de obediencia, y se opone a las reivindicaciones sufragistas pues considera que la igualdad social que propician altera la natural complementariedad existente entre dos sexos que están abocados a cumplir funciones diferentes en distintos ámbitos de la vida social. No por ello desarrolla argumentos acerca de la inferioridad de las mujeres sino que, al contrario, elabora un discurso de la excelencia que otorga al *bello sexo* un papel clave en el ámbito de lo doméstico, en el cuidado tierno de su descendencia, del esposo, y en el sostenimiento de los pilares

¹¹ Siguiendo los trabajos desarrollados por Michel Foucault, Donzelot muestra cómo a partir del siglo XVIII en los países europeos se desarrolla un campo de prácticas (que Foucault denomina Biopolítica) por el que proliferan tecnologías políticas que actúan sobre el cuerpo, la salud, las formas de alimentación y alojamiento, las condiciones de vida y la organización de la vida cotidiana en las familias (1990: 9-10).

¹² Salvo que se indique lo contrario, la fecha de nacimiento y muerte de los sociólogos clásicos se ha obtenido de la obra de George Ritzer (2001) y de Martín López (1993).

espirituales de la civilización, debiendo asumir las funciones domésticas al servicio de la actividad masculina renunciando a sus propias aspiraciones (Molinier, 2010: 35-36). Pero la división sexual del trabajo genera un incremento de las tendencias al conflicto, que sólo pueden encontrar salida por la vía de las relaciones de autoridad, cuya fórmula operativa consiste en el predominio del hombre sobre la mujer y de la sociedad sobre la familia mientras que a la mujer le corresponde la supremacía moral. Justifica esta división de papeles sobre la base de las diferencias biológicas, que a su juicio permiten establecer la jerarquía de los sexos demostrando a la vez anatómica y fisiológicamente que “el sexo femenino está constituido en una suerte de infancia radical que le torna esencialmente inferior al tipo orgánico correspondiente” (Carta de Comte a J. S. Mill del 16 de julio de 1948: cfr. Molinier, 2010: 31). El matrimonio, según A. Comte está destinado al perfeccionamiento mutuo de ambos sexos que se produce a través de la especialización de cada uno, siendo la vía científica para los hombres y la vía ética para las mujeres (Ibíd., 32). Apela, pues, a la diferencia de los sexos para, basándose en ello, reorganizar moralmente la sociedad, lo que significa romper con algunos ideales ilustrados y ciertos principios científicos (Campillo, 1996: 114). Esta suerte de doble discurso de exaltación y exclusión de la diferencia de las mujeres va a ser una idea clave en buena parte de las aproximaciones sociológicas posteriores, tal como se ha apuntado en el epígrafe anterior.

Según el diagnóstico realizado por el aristócrata liberal Alexis de Tocqueville (1805-1859), la familia norteamericana, modelo de familia democrática, constituye una suerte de cálido refugio frente a los avatares de un mundo externo marcado por la competitividad y el aislamiento, por lo que contribuye al mantenimiento del orden social. Tocqueville explora los efectos del igualitarismo sobre las relaciones institucionales y, al considerar que la organización de la familia depende de la organización de la sociedad, pone de relieve el carácter social e histórico de la institución familiar. Por este motivo, Cicchelli-Pugeault y Cicchelli sostienen que Tocqueville es uno de los primeros en elaborar una verdadera sociología de las relaciones familiares (1999: 48). Los ideales democráticos, que son básicos en las sociedades modernas, abren los cauces para un desarrollo más intenso de la intimidad y de la afectividad así como de las relaciones igualitarias entre padres hijos, hombre y mujer. En su célebre obra, *La Democracia en América*, en el Capítulo XII, que lleva por título “De qué manera los norteamericanos comprenden la igualdad del hombre y de la mujer”, pone de ejemplo el modelo de igualdad para las mujeres de la sociedad estadounidense de la época que considera como el más deseable, frente a las ideas igualitarias y más perturbadoras que se desarrollan en

aquel momento en Europa ([1840] 1978: 544-556). No obstante, la mayor igualdad dentro de la familia que sirve de modelo a Tocqueville presenta ciertos matices en el caso de las mujeres. Todo lo que influye en la condición de la mujer, en sus opciones y hábitos presenta para este autor un gran interés político (*Ibid.*: 545), en tanto que son las costumbres las que hacen buena la sociedad democrática, y las mujeres deben recibir una educación democrática, en parte, por ser las responsables de la transmisión cultural, en parte, para que se adapten a las instituciones y costumbres de la democracia. Situación que cambia en el momento en que la mujer entra en la sociedad conyugal: en el matrimonio, la mujer se impone libremente y con satisfacción la abnegación y el sacrificio que supone para ella vivir en la morada del marido, a la par que pierde su independencia. La educación dada a las mujeres pretende únicamente elevar el poder de la mujer al nivel del hombre en el mundo intelectual y en el moral, pero dicha educación no altera la existencia de una rígida división de tareas y funciones dentro del matrimonio. Al considerar, además, que la igualdad total –de derechos, deberes, trabajos– les degrada a ambos, Tocqueville propone que hombres y mujeres desempeñen sus respectivas obligaciones del mejor modo posible, para lo que se deben repartir cuidadosamente las funciones, siendo el hombre el jefe natural de la asociación conyugal (*Ibid.*: 546-548)¹³.

Del conservador católico Frédéric Le Play (1806-1882), filósofo social muy considerado en su época por sus estadísticas, fueron famosos sus esfuerzos de medición y cuantificación de los presupuestos familiares, datos que utiliza para analizar la estructura y el funcionamiento de la familia (Garrigós, 2003: 157). Por su visión moralizante de la familia, ha sido más valorado por los políticos de su tiempo que por sus colegas del ámbito académico, y ha ocupado un lugar poco relevante en la historia de la teoría sociológica. Le Play interpreta la sociedad como un agregado de familias, de hecho considera la familia como la unidad a efectos del análisis sociológico, aunque no se interesa por las familias en sí mismas, sino por la función social de la familia y su lugar moral en la sociedad. Pese a elaborar una tipología de familias en la que describe tres tipos esenciales, fruto de las observaciones realizadas en sus monografías (familia patriarcal, troncal e inestable), es la familia extensa, troncal (*souche*), la familia de referencia para este autor, el modelo de orden social y estabilidad, que incluye aprendices y empleados en el hogar, y que cuida de todos sus miembros, especialmente

¹³ Paul Janet citará y apoyará estas palabras, dando muestra de lo que la Europa católica y conservadora demanda en la época: la justificación moral de la necesidad de la familia nuclear con una fuerte división sexual y moral de los trabajos y las funciones (Janet [1886], s.d.).

de aquellos más vulnerables (Garrigós, 2003: 171-172). Según su diagnóstico, la estructura familiar que caracteriza a la sociedad industrial, que denomina “familia inestable”, es decir, aquella integrada por la pareja más los hijos solteros, se autodisuelve al no permitir la continuidad de la familia. Para dar respuesta a los problemas relativos al desorden social y de difusión de esta familia inestable, considera que se debe buscar el fortalecimiento moral de los vínculos familiares¹⁴. Si la familia es el instrumento ideal de la reforma social es porque, según Le Play, la esfera privada sostiene a la esfera pública, y el orden social se mantiene únicamente con una familia estable. A su juicio, la estabilidad social depende de la estabilidad familiar; y ésta “sólo podía prevalecer merced a un eficiente desempeño de ese «ministerio del afecto» que correspondía a la mujer como encarnación de los valores comunitarios y religiosos” (Terrén, 1997: 165-166). El sociólogo regeneracionista español Joaquín Costa también ve la familia como contrapartida de la esfera pública e, igualmente, se preocupa por las familias inestables (Casey, 2011: 82).

En la obra de Le Play, pese a que no le dedicó ni siquiera un capítulo, la mujer desempeña un papel fundamental como muro de contención frente a los excesos innovadores de la por entonces creciente sociedad industrial. Otorga una naturaleza subordinada a la mujer, que tiene asignada la exclusividad de la crianza de los hijos y es la encargada de transmitirles los valores tradicionales de la comunidad así como los hábitos religiosos, la mujer se conforma como un instrumento básico para mantener el orden social, subordinada al poder paterno tanto por el mandato de la naturaleza como de la religión. En las últimas décadas, este autor está siendo rehabilitado por sus aportes, singulares en su época, sobre todo debido al interés que mostró por la vida cotidiana y lo doméstico¹⁵; así, Julio Iglesias de Ussel ha lamentado el ignorante olvido de su obra y la marginación de Le Play como uno de los padres fundadores de la sociología (1996: 113), y ha destacado que convertir lo doméstico en el núcleo de su investigación científica es una opción original, innovadora y meritoria en la época del desarrollo de las grandes teorías (Ibíd.: 123-128); Gerardo Meil sostiene que Le Play bien puede ser considerado

¹⁴ Le Play es uno de los autores que, ante la práctica generalizada de abandono de los hijos, se muestra como partidario del torno social, dispositivo técnico de ingeniería social que aparece a mediados del siglo XVIII como una primera versión instrumental de las políticas de familias, que si bien con los años se verá como un fracaso, según asegura Donzelot, su desarrollo dará lugar a las primeras ayudas familiares a comienzos del siglo XX (1977, capítulo 2).

¹⁵ Louise Tilly y Joan W. Scott en su conocida obra *Women, Work and Family* (1978) recurrieron a los datos de Le Play para su análisis acerca del papel que desempeñan las mujeres en la economía doméstica de las sociedades preindustriales (Garrigós, 2003: 159).

como el fundador de la Sociología de la Familia (1995: 29). En España, además, su obra resulta de especial relevancia pues influye mucho sobre las investigaciones realizadas por Severino Aznar, que cita a Le Play en reiteradas ocasiones (por ejemplo, 1943, 1942, 1926), y Manuel Fraga¹⁶. Siguiendo los trabajos de Bodart Silver, Ignacio Garrigós señala la importancia que Le Play concede en sus monografías a aspectos tales como el tiempo que las mujeres dedican al trabajo doméstico y otros directamente relacionados con el cuidado familiar, recogiendo, además de información económica, aspectos sociales y emocionales de las relaciones humanas, lo que denominó *hábitos morales*:

Le Play se refería con ello al comportamiento social que mejora la felicidad de la familia, como el respeto a la autoridad paterna, el afecto entre todos los miembros de la familia y en concreto del matrimonio, el trato adecuado a los animales como garantía de una buena atención a la familia, el cuidado y la deferencia concedida a los padres ancianos. (2003: 146)

El evolucionista Herbert Spencer (1820-1903)¹⁷ plantea la escisión entre una moral privada, doméstica, y otra pública, propia del Estado. Los principios de ambas morales son, para este autor, opuestos y complementarios. Opuestos, porque según la primera, el individuo debe recibir ayuda en proporción a su incapacidad; y, de acuerdo a la segunda, debe recibir ganancias en la medida de su capacidad. Complementarios, en tanto que el bienestar de las sociedades requiere que ninguna de ellas sea suprimida, ni que el campo de una sea invadido por la otra. El principio de la moral doméstica, que favorece al débil, es el único susceptible de garantizar la preservación de la especie, en vista del desvalimiento de las criaturas al nacer (Spencer, *Las inducciones de la sociología*, s.d.: 215-216 [1876]). Y el de la moral pública, como aplicación del principio universal de la competencia, estimula el progreso, de tal modo que la sociedad que no se rige por estos principios y recompensa a los incapaces, pierde mucho en la lucha general por la supervivencia:

¹⁶ Una de sus obras conocidas es *L'Organisation de la Famille* (1871). Manuel Fraga Iribarne, en un artículo publicado en 1956, "La Influencia de Le Play en la Sociología Española del siglo XIX", reconoce el peso de este autor en la producción sociológica española, de la mano de los católicos decimonónicos. De hecho, entre 1947 y 1953, Fraga dirige una serie de monografías sobre la familia en España siguiendo el modelo de encuesta diseñado por Le Play.

¹⁷ Las obras de H. Spencer en las que aborda el tema de la familia son *Las inducciones de la sociología y las instituciones domésticas* (s.d.); y, *La moral de los diversos pueblos y la moral personal* (s.d.). Trabajos publicados en España hacia 1900, forman parte de los Principios de Sociología.

Para sobrevivir, todas las especies se ven obligadas a conformarse a dos condiciones opuestas entre sí. Durante cierto período debe recibir socorros en proporción a su incapacidad. Después de este período debe recibir provechos en proporción a su capacidad. (Spencer, *Las instituciones domésticas*, s.d.: 354-355 [1876])

Spencer muestra preocupación por aquellas situaciones en las que se produce el abandono, por parte de su familia, de las personas mayores necesitadas de cuidado o de los hijos, situaciones en las que el Estado debe encargarse de proveer, lo que, a su entender, implica enfrentar la amenaza de la posible desintegración de la familia:

En realidad, la sociedad ha asumido funciones familiares cuando por las leyes sobre el pauperismo ha puesto a cargo del público los hijos cuyos padres no podían o no querían prestarles todos los cuidados que necesitaban. Lo ha hecho también cuando ha tomado a su cargo padres abandonados por sus hijos. Desde hace algún tiempo la legislación ha relajado algo más los lazos de la familia, aliviando a los padres del cuidado del desarrollo intelectual de sus hijos, poniendo la educación bajo la dirección del Estado en lugar de dejarla a la de los padres. (*Ibid.*: 351)

Así pues, en el marco de su análisis evolucionista y biologicista, en Spencer es posible leer que lo que ahora denominamos cuidado pertenece a un tipo de moral particular doméstica, inscrita en un espacio concreto, el hogar, sin el que la vida humana sería imposible. Precisamente, partiendo críticamente del análisis de esta separación estricta, tan nítidamente establecida por este autor, se desarrollan en la actualidad ciertos planteamientos sobre la ética y la política del cuidado: aquellos que toman en consideración la vulnerabilidad humana y sus consecuencias políticas (por ejemplo: Paperman, 2013, 2011, 2010; Laugier y Paperman, 2008; Paperman y Laugier, 2006; y Molinier, Laugier y Paperman, 2009; Martín Palomo, 2010b).

El republicano Émile Durkheim (1858-1917) manifiesta un profundo interés por la familia y, pese a no consagrar ninguna obra específica a las relaciones entre hombres y mujeres, es una cuestión presente en casi todos sus escritos, siempre en el marco de la familia, tema al que consagró numerosas contribuciones (Pfefferkon, 2010: 40). De hecho, hasta su muerte, se encarga de la sección “Organización doméstica” de *L'Année Sociologique*, la revista que funda en 1898, y define el objeto de estudio que se asigna a la joven disciplina, el hecho social, a través del ejemplo de la familia (Durkheim, [1895] 1988). En 1888, en la Universidad de Burdeos, imparte un curso titulado “Introducción a la sociología de la familia”, en el que afirma que el germen de la verdadera unidad social es la familia (Segalen, 1992: 27). Al igual que los otros tres autores revisados, Durkheim

no separa la familia de su medio ambiente, el medio social en el que se integra, sino que analiza la compenetración entre lo privado y lo público, intentando demostrar de qué forma la familia, como arquetipo de la comunidad, cada vez se torna más pública (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 60). Además, considera que la separación entre la vida privada y la vida pública provoca un aumento de la dependencia mutua, tanto entre los sexos como entre familia y sociedad (Durkheim, [1893] 1995: 65-70). En las tesis sobre la división social del trabajo explica cómo en la evolución de las sociedades, la división sexual del trabajo se ha acentuado, y la especialización que conlleva es la fuente de la solidaridad conyugal (*Ibid.*: 56). Este autor considera que la sociedad es mucho más que la suma de individuos que la componen, que hay estructuras que implican pautas estables de comportamiento que tienen una realidad objetiva por encima de las vidas individuales.

Hace tiempo que la mujer se ha retirado de la guerra y de los asuntos públicos y su vida se ha reconcentrado toda entera en el interior de la familia. Posteriormente, su papel no ha hecho sino especializarse. Más hoy día en los pueblos cultos, la mujer lleva una existencia completamente diferente a la del hombre. Se diría que las dos grandes funciones de la vida psíquica se han disociado, que uno de los sexos ha acaparado las funciones afectivas y el otro, las funciones intelectuales. (Durkheim, [1893] 1995: 70)

Al mismo tiempo, al igual que hiciera Comte, identifica dentro de la familia tendencias al conflicto, que solo pueden encontrar salida por la vía de las relaciones de autoridad, cuya fórmula operativa consiste en el predominio del hombre sobre la mujer y de la sociedad sobre la familia. Reserva para la mujer el papel de la cohesión moral, como guardiana de las buenas costumbres (Durkheim, [1906-1909] 1999: 193), pese a reconocer que el lugar de las mujeres en la familia es el que determina su lugar en la sociedad¹⁸. Según muestra el trabajo de Ramón Ramos, Émile Durkheim considera a la mujer como un fósil evolutivo cuyo comportamiento debe explicarse más en relación con la naturaleza que en relación con lo socio-cultural, lo que la convierte en un individuo presocial y refractario a la disciplina y los ideales colectivos de la vida

¹⁸ En una reseña crítica de una obra de Marianne Weber (*Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung* (*Esposa y madre en el desarrollo jurídico*), publicada en *L'Année Sociologique*, vol XI, 1906-1909, y reeditada en *Política y Sociedad*, 36, 1999), Durkheim realiza una crítica despiadada de los planteamientos igualitarios que sostiene esta autora al promover la igualdad jurídica de mujeres y hombres en la familia, haciendo frente a las tesis de Bachofen y Engels sobre el matriarcado.

social¹⁹. Durkheim recurre finalmente al postulado de una diferencia ontológica entre mujeres y hombres en contradicción total con la ambición de la ciencia que estaba construyendo (Pfefferkon, 2010: 45). La estabilización de las familias necesita de las diferencias funcionales entre mujeres y hombres que permitan asegurar la solidaridad conyugal; las tensiones, los conflictos y las contradicciones intrafamiliares o conyugales son consideradas como factores de anomia en tanto que amenazan la unidad social de la familia (Ibíd.: 46).

Frente a las propuestas de moralizadores y de reformistas sociales, Durkheim asegura que la familia, la *sociedad doméstica*, al igual que ocurre con otros campos de lo social, puede ser objeto de generalizaciones científicas, si bien para comprender la estructura familiar es necesario apoyarse en el estudio de los hábitos, en el derecho y en las costumbres. Su análisis está impregnado del evolucionismo característico del siglo XIX: ve en la familia contemporánea el resultado de la transformación de formas antiguas, una contracción progresiva de las relaciones familiares, de tal modo que la familia moderna contiene dentro de ella todo el desarrollo histórico de la familia (Varela, 1999). No obstante, se debe señalar que este evolucionismo no va acompañado de una escala de valores, los tipos de familia que aparecen a lo largo de la historia no están jerarquizados, son distintos porque también las circunstancias lo son (Segalen, 1992: 28). Durkheim pone el acento en el papel desempeñado por el Estado y sus agentes en la definición social y en la estructuración de la familia, concretamente en el nacimiento de este tipo *sui generis* que es la familia conyugal, el grupo doméstico europeo contemporáneo, considerando que el Estado deviene en un factor clave de la vida doméstica (Pfefferkorn, 2010: 46).

Siguiendo la investigación realizada por Alice Rossi (1973), Anthony Giddens llama la atención sobre, Harriet Martineau (1802-1876), una fundadora olvidada que bien podría ser considerada como la primera socióloga, si bien, al modo de Weber o Marx, no se dedicó en exclusiva a la Sociología. Además de sus investigaciones sobre la sociedad norteamericana, se le atribuye la introducción de esta disciplina en Gran

¹⁹ Sirviéndose del análisis del suicidio de las mujeres en el matrimonio, Ramón Ramos sostiene que un problema explicable desde lo social, Durkheim lo resuelve de forma poco sociológica: manteniendo una postura antidivorcista durante toda su vida y, por tanto, obviando el grave problema social que el matrimonio constituye para las mujeres casadas cuando el matrimonio es “indivisible” y no existe la posibilidad de salida a través del divorcio, lo que puede inducirles al suicidio, mientras que constata que para los hombres el matrimonio constituye un protector (1996: 65-66). A. Michel también revisó este estudio durkheimiano llegando a conclusiones similares (1974: 97-98).

Bretaña al traducir al inglés el *Curso de Sociología Positiva* de Auguste Comte (Rossi, 1973: Cfr. Giddens, 2002: 43). Giddens destaca la importancia del trabajo de esta autora como referente para los sociólogos actuales por diversas razones, entre otras se destaca aquí la insistencia de Martineau en que un análisis social también debe intentar comprender la vida de las mujeres y, además, es la primera autora que observa con mirada sociológica cuestiones antes desatendidas como la vida doméstica, el matrimonio y los hijos: “El cuarto de los niños, el tocador y la cocina son escuelas excelentes en las que aprendemos la moral y los modales de las personas” (Martineau, 1962: 53: Cfr. Giddens, 2002: 43). Harriet Martineau es una intelectual comprometida con todas las cuestiones sociales de su tiempo, cuyas evidentes aportaciones a las ciencias sociales, tanto en el ámbito de la sociología, como en el de la economía, aunque reconocidas por algunos hombres ilustres de su época, fueron posteriormente silenciadas a la hora de elaborar la historiografía de ambas ciencias, su obra fue olvidada por los teóricos clásicos de la sociología como Spencer, Weber o Durkheim (Ritzer, 2001: 10). A día de hoy apenas existen manuales de sociología que comenten su obra.

El gran pensador liberal John Stuart Mill (1806-1873) es uno de los pocos autores del siglo XIX que muestra respeto y sensibilidad ante las demandas de los movimientos de mujeres²⁰. De hecho, considera que el de la mujer es el más importante problema social de su época (Campillo, 1996: 104). Stuart Mill afirma que la humanidad no se emancipará en tanto no se emancipen las mujeres, por lo que reclama, en nombre de la modernidad y del progreso, la igualdad entre los sexos ([1869], 2005). Mantiene una clara defensa de la igualdad de derechos de las mujeres basada en principios ilustrados y argumenta, frente a la visión naturalista, que la definición del sexo se realiza en términos culturales, y no biológicos, a partir de relaciones de poder histórica y culturalmente determinadas. Se enfrenta a su colega A. Comte precisamente por la falta de racionalidad de sus opiniones sobre las mujeres (Molinier, 2010:31).

Si las mujeres son mejores que los hombres en algo, no cabe duda que será en su capacidad de sacrificio a favor de los miembros de su familia. Sin embargo, no haré hincapié en esto, teniendo en cuenta que se les enseñan universalmente que han nacido y han sido creadas para sacrificarse. Creo que la igualdad de derechos mitigaría la abnegación exagerada que actualmente el ideal artificial del carácter

²⁰ El ensayo *The Subjection of Women*, publicado en 1869 (Mill, 2005), ha tenido una enorme influencia en el movimiento feminista. Fue traducido al castellano, con un prólogo escrito por Emilia Pardo Bazán en 1892 y su publicación tuvo un efecto inmediato en España coincidiendo con la fundación del movimiento feminista (De Miguel, 1994: 51-52).

femenino, y creo también que una mujer buena no sería más sacrificada que el mejor de los hombres. (Mill, 2005: 143-144)

Reconoce que hay una naturaleza común a hombres y mujeres, por lo que no es posible sostener el argumento de la inferioridad de las mujeres, y rebate tanto a quienes defienden su supremacía moral como a quienes sostienen su inferioridad intelectual (de Miguel, 2005). María Ángeles Durán considera que este autor debería obtener un mayor reconocimiento en la sociología académica (1996: XIV). También Kate Millett destacó el valor mostrado tanto por Engels como por J. S. Mill al sostener ideas igualitarias, que poco tenían que ver con lo que en general se opinaba en medios intelectuales al respecto (1995: 118-144). Mill ve en el contrato matrimonial la peor de las esclavitudes al justificar el pleno dominio de un ser sobre otro en todos los planos, incluso en el sexual, la única servidumbre que admiten las leyes. Además, en la familia se priorizan los derechos del grupo sobre ciertos individuos, concretamente mujeres y niños. Frente a ello, sostiene que el matrimonio debe ser una asociación voluntaria y contractual fundamentada en la libertad individual de los implicados, y la familia una escuela de igualdad: “La familia constituida con justicia sería la verdadera escuela de las virtudes de la libertad” (2005: 148). La emancipación de las mujeres aparece, pues, como un imperativo moral. Si se aplicaran a las relaciones entre los sexos los modernos principios de moral, sería el mérito de cada persona lo que dotaría de legitimidad para ejercer el poder y la autoridad dentro del matrimonio; es más, ello constituiría una fuente para el aprendizaje de la justicia en el interior de la familia. Reflexiona también sobre el problema que tienen las mujeres en las familias al no disponer de tiempo propio, un tiempo para sí mismas, porque la vida cotidiana genera constantes demandas de servicios a las mujeres desde la intendencia y dirección de la casa al tiempo dedicado a los otros: “Con independencia de las tareas habituales de la vida que recaen sobre la mujer, se espera de esta que tenga siempre su tiempo y sus facultades a disposición de todo el mundo” (*Ibíd.*: 202-203). Y, sin embargo, la justicia en las relaciones entre hombres y mujeres es condición para que el resto de las relaciones sociales puedan ser justas y libres:

Los cimientos básicos de la vida moral de los tiempos modernos deben ser la justicia y la prudencia; el respeto por parte de cada uno de los derechos de todos los demás, y *la capacidad de cada uno para cuidarse de sí mismo* (*Ibíd.*: 223-224) [las cursivas son añadidas].

No obstante, al margen de esta referencia puntual al autocuidado de los adultos, la obra de Mill presenta ambigüedades y contradicciones en relación con la igualdad entre los sexos: considera que es conveniente que los hombres ganen el sustento y las mujeres se dediquen al hogar y al cuidado de la descendencia hijos (*Ibid.*: 154), excepto en el caso de aquellas mujeres especialmente dotadas para el desarrollo de una vida profesional. Aún cuando la capacidad de ganar dinero es esencial para la dignidad, el trabajo fuera del hogar supone una sobrecarga para ellas; motivo por el que las mujeres “eligen” voluntariamente la profesión del hogar al igual que los hombres eligen las suyas fuera del hogar. Harriet Taylor (1804-1858), esposa y compañera intelectual de Mill, es más clara y radical en ciertos aspectos, por ejemplo al abordar el problema de la división sexual del trabajo, pues afirma que las mujeres deben poder elegir tener o no hijos y, con ello, desaparece cualquier atisbo de mística de la maternidad (Campillo, 2001: 67):

No existe una razón o necesidad inherentes de que todas las mujeres elijan dedicar sus vidas a una función animal y sus consecuencias. Numerosas mujeres son esposas y madres sólo porque no les queda otra trayectoria abierta, ninguna otra ocupación para sus sentimientos o actividades. (Mill y Taylor, 2001: 130)

Aunque Taylor fue mucho más coherente en cuestiones nada secundarias como la del trabajo doméstico, a Mill se debe buena parte de los razonamientos típicamente sociológicos que rebaten la escasa presencia de la mujer en la historia de la ciencia o del pensamiento como una prueba tradicional de su inferioridad. Harriet Taylor tuvo una gran influencia sobre la obra del que fuera su marido, tal como él mismo reconoce en su *Autobiografía* (Campillo, 2001: 32). De hecho, tras el fallecimiento de su esposa, Mill da un giro conservador en sus consideraciones sobre el trabajo de las mujeres (Campillo, 1996). Pero ni H. Taylor ni J. S. Mill, pese a plantear el problema de la doble jornada de las mujeres, llegan a ofrecer una fórmula de solución más allá de la tradicional división sexual del trabajo (de Miguel, 1994: 66).

Los Mill, vinculados al feminismo radical y universalista de Mary Wollstonecraft (1759-1797) (Wollstonecraft, [1792] 1994), hicieron un esfuerzo por dar cabida a la igualdad social y política de las mujeres en el programa de una sociedad guiada por el progreso científico. Su argumentación se basa en la idea de que el progreso moral de la sociedad necesita de la igualdad (Campillo, 1996: 86); y, por tanto, la igualdad entre ambos sexos, además de ser una cuestión de justicia, es una condición necesaria para el

desarrollo de la competencia moral de la humanidad (Mill, 2005: 146-149; de Miguel, 1994: 65).

1.2.1.2. Sociología de las condiciones de vida de las familias obreras

Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895) abordan la cuestión familiar considerada como un elemento orgánico de la patología general del cuerpo social, sin que llegue a ser un objeto central en sus análisis (Engels y Marx, [1848] 1998). El contenido de la obra de estos autores es a la vez teórico y abiertamente orientado por el objetivo revolucionario. La constatación de partida de los sociólogos marxistas es similar a la de los liberales: la crisis de la familia en el siglo XIX y, al igual que ocurre con el pensamiento liberal, el análisis socialista vincula los efectos de la miseria sobre la vida familiar con las condiciones inciertas del mundo del trabajo remunerado, sobre todo en las fábricas. No obstante, la separación y jerarquización de los roles que marca el modelo liberal no se corresponde con lo que observan Engels y Marx en el medio obrero: identifican el efecto del trabajo femenino sobre la vida doméstica como destabilizador y preocupante, al igual que respecto a la socialización de los hijos, pues las largas jornadas en las fábricas no dejan lugar a las actividades de crianza y educación y el trabajo de los menores son una influencia disolvente sobre la familia (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999:18-23). Consideran que los seres humanos son intrínsecamente interdependientes y que tanto producción como reproducción humanas son a la vez procesos sociales y biológicos (Marx, Engels, 1974). Señalan que en tanto que los individuos humanos vivientes:

El hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a *producir* sus medios de vida, paso éste que se haya condicionado por su organización corporal (Marx y Engels, 1974: 19). Ahora bien, para vivir hace falta comer, beber, alojarse bajo un techo, vestirse y algunas cosas más. El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma, y no cabe duda de que es este un hecho histórico, una condición fundamental de toda historia, que lo mismo hoy que hace miles de años, necesita cumplirse todos los días y a todas horas, simplemente para asegurar la vida de los hombres. [...] Lo segundo es que la satisfacción de esta primera necesidad es la acción de satisfacerlo y la adquisición del instrumental necesario para ello conduce a nuevas necesidades, y esta creación de necesidades nuevas constituye el primer hecho histórico. [...] El tercer factor que aquí interviene de antemano en el desarrollo histórico es el de que los hombres que renuevan diariamente su propia vida comienzan al mismo tiempo a

crear a otros hombres, a procrear: es la relación entre hombre y mujer, entre padres e hijos, la *familia* (Ibíd.: 28-29) [las cursivas son de los autores]

La producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo, como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación — de una parte, como una relación natural, y de otra como una relación social —; social, en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos, cualesquiera que sean sus condiciones de cualquier modo y para cualquier fin (Ibíd.: 30)

En una glosa marginal que realiza Marx a continuación, se puede leer: “Los hombres tienen historia porque son obligados a producir su vida y deben, además, producirla de un determinado modo: esta necesidad está impuesta por su organización física, y otro tanto ocurre con su conciencia (Ibíd.: 31)

A lo largo de toda su obra, Marx mostró un profundo desinterés por la familia, la esfera doméstica y, en general, la actividad realizada por las mujeres (Fernández Enguita, 1996: 37-40), suponiendo que cualquier atisbo de desigualdad existente en la sociedad sería resuelto a partir de la igualdad que establecería la futura dictadura del proletariado. Ignora así ámbitos de vida social no monetarios (como la economía doméstica). Sin embargo, es Marx quien pone de relieve el mecanismo por el cual el auge del maquinismo contribuye a dislocar la economía doméstica tradicional en tanto que la máquina favorece el trabajo de mujeres y niños (Marx, [1859] 1980: 16), aunque desde su perspectiva ideológica sea incapaz de desarrollar instrumentos conceptuales apropiados para abordar desigualdades distintas a las de clase. Marx asegura que dentro de la familia opera la división natural del trabajo, pero mantiene esta figura ajena a todo su análisis del modo de producción capitalista (García Sainz, 1999: 114-117). Elabora el concepto de reproducción ampliada (capital y fuerza de trabajo) incluyendo en el salario el coste de reproducción: para Marx el mantenimiento y la reproducción de la clase obrera es una condición necesaria de la reproducción del capital (Marx, 2007).

Al contrario que Marx, Engels muestra una gran preocupación por lo que ocurre en el ámbito doméstico y, especialmente, por la situación de las mujeres en la familia, cuestionando la naturaleza de las relaciones familiares tradicionales, que son calificadas de *patriarcales*. En una obra publicada un año después de la muerte de K. Marx, en 1884, *El origen de la familia...*, que tuvo un enorme eco, sobre todo en el movimiento obrero, y que sería retomada por los estudios feministas sobre el trabajo doméstico en los años setenta del pasado siglo, que le reconocen el mérito de mostrar, con sus estudios

históricos y antropológicos, que la situación de las mujeres es producto de las relaciones sociales y que puede ser modificada a lo largo de la historia. Pero no todo ha sido reconocimiento, también se le ha reprochado una aproximación “naturalista” a la división sexual del trabajo (Trat, 2010: 318). Siguiendo los postulados evolucionistas de Morgan y Bachofen, describe los rasgos de la familia patriarcal que nació en la antigüedad al derrocar el derecho materno:

En su origen, la palabra *familia* no significa el ideal, mezcla de sentimentalismos y de disensiones domésticas, del filisteo de nuestra época; al principio, entre los romanos, ni siquiera se aplica a la pareja conyugal y a sus hijos sino tan solo a los esclavos. *Famulus* quiere decir esclavo doméstico, y *familia* es el conjunto de los esclavos pertenecientes a un mismo hombre. (Engels, [1884] 1963: 73)

Muestra cómo las relaciones sociales de producción afectan la dinámica de las relaciones familiares al subrayar la separación del hogar y la empresa que acompaña la industrialización. En los escritos de Engels, la relación público-privado cristaliza alrededor de dos formas opuestas de trabajo: la producción y la reproducción:

Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, la producción y reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos clases. De una parte, la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo eso se necesitan; de otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por esas dos especies de producción, por el grado de desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra. (Engels, 1963: 8; prefacio a la primera edición, 1884)

Una reflexión original, que articula la evolución de la sociedad familiar, la división del trabajo entre los sexos y las relaciones de producción, reconociendo la relación desigual que existe entre hombres y mujeres. También se apunta en la obra de Engels lo que más tarde será conceptualizado como el *problema de la conciliación de la vida familiar y laboral* que surge con el desarrollo de la sociedad industrial, y que introduce una fractura irresoluble entre el universo familiar y el universo productivo (véase capítulo 2, *infra*):

El gobierno del hogar se transformó en servicio privado; la mujer se convirtió en la criada principal, sin tomar ya parte en la producción social. Solo la industria de

nuestros días le ha abierto de nuevo – aunque solo a la proletaria –el camino de la producción social. Pero esto se ha hecho de tal suerte, que si la mujer cumple con sus deberes en el servicio privado de la familia, queda excluida del trabajo social y no puede ganar nada; y si quiere tomar parte en la industria social y ganar por su cuenta, le es imposible cumplir con sus deberes de familia. (Engels, 1963: 93)

Para Engels, la división sexual del trabajo se enraíza en lo biológico, siendo una suerte de prolongación de la división del trabajo entre hombres y mujeres en la procreación. Este supuesto no lo llega a cuestionar y este es uno de los límites de su pensamiento pues considera que el cuidado de las criaturas corresponde, naturalmente, a las mujeres incluso cuando se preste de forma colectiva (Trat, 2010: 322-325). Apoyándose en materiales antropológicos e históricos proporcionados por eruditos ingleses y alemanes, plantea la hipótesis de que la aparición de la familia conyugal monógama, en la que un sexo está subordinado a otro, está relacionada con el deseo del cabeza de familia de transmitir la herencia asignando a las mujeres el papel de cuidadoras del hogar doméstico y de los miembros de la familia (Engels, 1963: 81-82). Su célebre afirmación “La familia individual moderna se funda en la esclavitud doméstica franca o más o menos disimulada de la mujer. [...] El hombre en la familia es el burgués; la mujer representa en ella al proletariado” (*Ibid.*: 94) presupone que la familia es un microcosmos que reproduce el orden social en su totalidad. Entiende que esta desigualdad es el efecto de la opresión económica de las mujeres en el espacio doméstico y no tanto producto de la posición de las mujeres en la sociedad, por lo que su emancipación solo será posible cuando la mujer salga del ámbito doméstico, donde desarrolla un trabajo privado, y participe a gran escala en la producción para lo que será necesario transformar el trabajo doméstico en una industria pública:

[l]a emancipación de la mujer y su igualdad con el hombre son y seguirán siendo imposibles mientras permanezca excluida del trabajo productivo social y confinada dentro del trabajo doméstico, que es un trabajo privado. La emancipación de la mujer no se hace posible sino cuando esa puede participar en gran escala, en escala social, en la producción y el trabajo doméstico no le ocupa sino un tiempo insignificante. Esta condición sólo puede realizarse con la gran industria moderna, que no solamente permite el trabajo de la mujer en vasta escala, sino que hasta lo exige y tiende más y más a transformar el trabajo doméstico privado en una industria pública. (*Ibid.*: 208-209)

Esta idea de socializar las tareas domésticas y educativas fue propuesta por los socialistas utópicos del s. XIX, sobre todo por William Thompson (1825) en Gran Bretaña, para quien toda igualdad real entre mujeres y hombres implicaría la supresión

de la propiedad privada y el cuidado colectiva de niños y niñas; también Charles Fourier era favorable a un cuidado colectivo de las criaturas en los falansterios; Claire Démar, igualmente preconizó una cierta mixticidad en la educación de los más pequeños. Respecto al cuidado de los hijos, en su modelo utópico imagina un mundo en que todos los trabajos relacionados con la crianza y educación se conviertan en un asunto social:

[E]n cuanto los medios de producción pasen a ser propiedad común, la familia individual dejará de ser la unidad económica de la sociedad. La economía doméstica se convertirá en un asunto social; el cuidado y la educación de los hijos también. La sociedad cuidará con el mismo esmero de todos los hijos, sean legítimos o naturales. (Engels, 1963: 96-97)

Pese a que otros autores como Thompson desde la primera mitad del siglo XIX se habían preocupado por el control de la natalidad para poder separar placer y reproducción, Engels no muestra interés por la contracepción. Insiste en la necesidad de avanzar en la igualdad jurídica entre el hombre y la mujer en el matrimonio, así como en la igualdad de derechos y deberes, especialmente el derecho al trabajo remunerado para las mujeres. La historia le ha dado la razón pues en la mayor parte de las sociedades occidentales así ha ocurrido (Trat, 2010: 324).

Durante el siglo XIX, las diversas formas de percibir la familia se ven afectadas por una triple revolución médica, política y cultural. Todos los trabajos, desde los escritos higienistas y los primeros análisis del pauperismo a aquellos textos que consagran la disciplina sociológica mezclan la referencia científica con la toma de posición práctica buscando la forma de sentar las bases de un lazo social estable a través de un lazo familiar reformado. Se puede concluir, siguiendo a Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, que si la familia ocupa un lugar teórico importante en obras que, sin embargo, son muy diferentes, es porque los sociólogos la consideran como un catalizador social, es decir, como una institución que permite unir a los individuos más allá de sus voluntades personales y sus intereses particulares (1999: 53).

1.2.2. El cuidado en la disciplina sociológica consolidada

En la segunda mitad del siglo XIX y durante el primer tercio del XX, predomina entre los investigadores la preocupación por establecer los orígenes y evolución de la familia. Pero más entrado el XX dichas preocupaciones evolucionistas desaparecen casi por completo. La atención prioritaria se dirige de ahí en adelante a detectar hacia dónde

va la familia, considerada a lo largo de todo el siglo como una institución en crisis, con escasas excepciones. Así, por ejemplo, en la década de los años veinte, la prosperidad económica genera una cultura hedonista que prima la búsqueda del placer y enfatiza lo romántico y en la que la relación conyugal se convierte en el núcleo de la imagen familiar, y la familia pasa a ser considerada como la principal fuente de satisfacción individual (Coontz, 1979: 73). Cultura que se desmorona a raíz de la crisis de 1929.

En los diversos diagnósticos realizados, las múltiples formas de la crisis de la familia pueden ser generadas por la acción exterior del Estado o por la amenaza que supone la inmoralidad y la miseria de las familias obreras (Castel, 1997) o, más directamente, por las enfermedades que transmiten las prostitutas, en tanto que la preocupación por la higiene familiar es una constante entre los reformadores sociales que ven en ella un reflejo de la higiene social (Segalen, 1992: 31). El impacto de la Revolución Industrial en el hogar introduce cambios en la organización doméstica, tal como ponen de manifiesto diversos estudios. Así, por ejemplo, Ruth Schwartz analiza el modo en que los cambios tecnológicos transforman la vida familiar de las mujeres de clase media en EEUU en la década de 1920, el impacto de los nuevos utensilios con los que se realiza el trabajo doméstico cotidiano así como los que se incorporan en las rutinas de la higiene personal. Cambios tales como: la electrificación, y generalización del uso de aparatos eléctricos (planchas, lavadoras), de calefacción central, la estandarización del cuarto de baño (bañera empotrada, suelo y paredes alicatadas, inodoro y lavabo esmaltado), implantación del nuevo modelo de cocina (gas o petróleo frente al carbón o la leña), y los nuevos alimentos y hábitos alimenticios (ampliación de los alimentos en conserva disponibles, transformaciones en las tecnologías de comercialización de alimentos como el uso de vagones refrigerados, que permiten encontrar fruta o verdura en los mercados en cualquier momento del año, alimentos fáciles de preparar, etcétera.) (2011: 100-109). Por todo ello, considera que se puede hablar de una “Revolución Industrial asociada al trabajo doméstico” (*Ibíd.*: 104).

Los autores clásicos de la sociología, que produjeron la mayor parte de su obra antes de la Primera Guerra Mundial, tales como Ferdinand Tönnies, Georg Simmel, o Max Weber, mantienen una mirada común en muchos aspectos en relación con la tendencia progresiva a la diferenciación de funciones entre los sexos. En la obra de estos autores, el hogar en tanto que núcleo de la vida privada, es considerado el ámbito propio de la mujer. Por tanto, hablar de la progresiva diferenciación de funciones entre los sexos supone señalar un distanciamiento entre lo doméstico y la vida pública, y una asignación

por defecto de todo lo que tiene que ver con los cuidados en las familias a las mujeres, que conquistan un nuevo estatus social precisamente al ser reconocidas sus funciones maternas y educativas.

La imagen de la familia proporciona al sociólogo alemán Ferdinand Tönnies (1855-1936) materiales para la construcción del concepto de *comunidad* (Tönnies, [1887]1947; [1931] 1946), en el sentido de vida íntima, interior y exclusiva, un mundo de sentir común y recíproco; a la par que la imagen del mercado cumple un correlativo papel, es decir, lo público, el mundo de lo racional que se funda en el cálculo y el egoísmo:

Estas relaciones sociales tienen, pues, su origen normal en el sentimiento y conciencia de esa dependencia mutua, que determinan las condiciones de vida comunes, el espacio común y el parentesco; comunidad de bienes y males, de esperanzas y temores. (Tönnies, 1999: 23, libro segundo)

Este autor sitúa la *comunidad doméstica* en un lugar privilegiado dentro de su propia teoría, como la forma de vida que está en el origen de todas las demás (Tönnies, 1947: 43), modelo de relaciones sociales en el que se mantiene y restaura el lazo social. Describe tres clases de relaciones dentro de la familia: a) entre madre e hijo, vínculo muy fuerte cuya tendencia será la separación, aunque el hijo mantenga el recuerdo de los cuidados recibidos de la madre; b) entre marido y mujer como cónyuges: el instinto sexual no origina ningún tipo de convivencia duradera ni exige relaciones recíprocas, por lo que la relación entre hombre y mujer solo se convierte en matrimonio cuando se establece como relación duradera para procrear de común voluntad (para tener hijos, aceptarlos, cuidarlos), construir un patrimonio y administración domésticos; y c) entre hermanos (los hijos de la misma madre), en los que el recuerdo contribuye a “originar, conservar y consolidar el vínculo del corazón” (*Ibid.*: 25-27). Al igual que la mayor parte de sus contemporáneos, mantiene una explicación evolucionista de las diferencias entre sexos, concibe una fuerte división sexual del trabajo en la familia, que se basa en peculiaridades psicológicas reconocibles en cada sexo (*Ibid.*: 203-207), si bien sostiene que las diferencias entre hombres y mujeres se van diluyendo con los años a medida que las mujeres van dejando atrás su ciclo reproductivo. Todo lo emotivo así como la conciencia moral son característicos de la mujer, que es entregada por naturaleza y se guía por el sentimiento, mientras que el cálculo, lo abstracto, la ambición y la conciencia intelectual caracterizan al hombre que se guía por el entendimiento:

[L]as mujeres suelen dejarse guiar por sus sentimientos mientras que los hombres siguen a su entendimiento. Los hombres son más prudentes. Sólo ellos son capaces de cálculo, del pensar, reflexionar y combinar serenos (abstractos), de lógica; por lo regular, las mujeres se mueven muy defectuosamente por esta senda. (*Ibid.*: 191)

La mujer, como toda hembra en cualquier especie de mamífero “tiene que consagrar parte de su tiempo y cuidados a las crías” (*Ibid.*: 191), a ella corresponde encargarse de los hijos hasta que estos sean capaces de hacerlo por sí mismos; ello genera gratitud en su descendencia por los cuidados recibidos.

[C]orresponde a la madre la nutrición, protección y dirección del nacido hasta que éste llegue a ser capaz de nutrirse, protegerse y dirigirse por sí solo. [...] Esta tendencia a la separación puede ser a su vez anulada u obstaculizada por el recuerdo de las alegrías que recíprocamente se hayan proporcionado, y sobre todo a causa de la gratitud del hijo por los cuidados y desvelos de la madre. (*Ibid.*: 26)

Más que en la elección radica en el destino de las mujeres el tener que encargarse de los servicios personales:

Todas las actividades de la mujer constituyen más bien una tarea hacia dentro que una acción hacia fuera. Su finalidad está en ellas mismas, no en su meta. De ahí que las mujeres parezcan destinadas a los servicios personales, que en ellos completa su existencia y ni siquiera pueden tener como fruto suyo una cosa. (*Ibid.*: 208)

Es en el círculo estrecho del espacio doméstico donde las mujeres completan su existencia; y donde mujeres, niños y adolescentes viven en relación de dependencia. Para los hombres, sin embargo, está reservado el espacio público donde pueden desarrollar sus ambiciones; su naturaleza respectiva marca destino en tanto que existe una disposición natural para ello:

El espíritu femenino es un espíritu de dedicación. Intelectualmente considerado es más sencillo que el masculino, es un espíritu que se apoya en la intuición y en la experiencia y, por consiguiente, en lo habitual, en los usos y costumbres, a cuyo cultivo se siente inclinado por disposición natural. (Tönnies, 1999: 241)

En sus trabajos empíricos intentó ir más allá de la estadística social descriptiva, que aportaba una mera acumulación de citas y datos, mediante la creación de una ciencia empírica descriptiva, que denominó *sociografía*, contribuyendo tanto a conocer mejor las condiciones de vida de las clases trabajadoras como a crear los fundamentos de la sociología empírica (Monereo, 1999: XXV). Además, debe destacarse su herencia y reactualización o el redescubrimiento comunitario de Tönnies y su crítica del

pensamiento individualista y de la racionalidad en su trabajo; sobre todo en la idea de integración que preside la noción de comunidad, y que, al igual que ocurre en el concepto de “solidaridad orgánica” de Durkheim, es capaz de movilizar valores y afectos (Ibíd.: XXXII-XXXIV).

Franz Carl Müller-Lyer (1857-1916), realiza un sistemático análisis de la familia a lo largo de la historia y, siguiendo las ideas de moda en el siglo XIX, sostiene que la sociedad más evolucionada reconoce un estatus legal más igualitario para mujeres y niños, lo que permite el desarrollo de relaciones afectivas entre padres e hijos y, a su vez, mejora y alarga la crianza de los hijos (que es responsabilidad de las madres), pero también fomenta que los hijos se interesen por el cuidado de los padres ancianos. Dicha evolución genera un mayor desarrollo moral, en tanto que se avanza en la cooperación y en la expansión de los sentimientos dentro de las familias. Müller-Lyer es uno de los primeros sociólogos en cuya obra se encuentran referencias explícitas al cuidado de los mayores en las familias como parte de las actividades desarrolladas en las sociedades más evolucionadas, y lo considera como un rasgo inequívoco del progreso.

La separación completa entre la economía comunitaria doméstica y la economía societaria industrial es para el gran sociólogo alemán Max Weber (1864-1920) una característica original del moderno capitalismo occidental (Weber, [1922] 1979; [1901] 1998). Esta escisión supone para la comunidad doméstica una reducción del ámbito de aplicabilidad de sus modos específicos de relación (básicamente afectos y tradición). El principio del comunismo doméstico entraña solidaridad frente al exterior, así como ausencia de cálculo en el uso y consumo de los bienes cotidianos en el interior, pero la racionalización, el cálculo creciente del comportamiento se oponen a él y lo empujan como residuo hacia áreas cada vez más periféricas de la vida. La familia es descrita como una “comunidad sexual duradera”, que está integrada por el padre, la madre y los hijos. En ella se dan dos tipos de relaciones primordiales: la primera, es la que se da entre madre e hijo, que Weber denomina “comunidad económica del cuido”, se trata de una comunidad de sustento que dura hasta que el hijo es capaz de encontrar el alimento por sí mismo; y, la segunda, es la que se da entre hermanos, pero no tanto por el vínculo biológico como por pertenecer a la citada comunidad (Weber, 1979: 289). En la obra de Weber hay una tensión permanente entre la exigencia de un resultado científico libre de juicios de valor y el lugar privilegiado que Weber da a los valores en el proceso de producción del conocimiento (Varikas, 2010: 378). Su obra es probablemente una de las contribuciones individuales más importantes para la disciplina sociológica. Considera

que una de las tareas básicas de la sociología es construir tipos ideales y explorar su utilidad; es tanto un concepto teórico como una herramienta heurística, de alcance medio, que sirve para describir y explicar pautas de relaciones sociales (Macionis y Plumer, 1999: 85). Dos grandes autoras feministas rescatan la idea de la fluidez de los tipos ideales weberianos, Susan Hekman y Nancy Fraser (Varikas, 2010: 375); Hekman en su tentativa por reinventar un paradigma del derecho en el que el principio de la generalidad de la ley pueda coexistir con el respeto a la singularidad del caso particular que funda la lógica de los cuidados (Hekman, 1999: 67-78); Fraser se inspira en la obra weberiana para formular su propia distinción entre políticas de distribución y políticas del reconocimiento (Fraser, 2000).

Junto a Marianne Weber, su esposa, compañera e interlocutora privilegiada, que tuvo un gran papel en su vida intelectual, Max Weber lucha por la liberación de la mujer desde una perspectiva no socialista, argumentando contra las teorías evolucionistas en boga que postulan la existencia histórica de un matriarcado femenino o que mantienen cierta ambigüedad respecto a la idea de igualdad entre hombres y mujeres. Marianne Weber será una de las figuras más importantes del feminismo alemán y una de las “madres fundadoras” de la sociología²¹. De hecho, tiene una gran producción sociológica, largamente ignorada, sobre las relaciones de sexo, la familia, el matrimonio y la moral sexual, trabajos en los que reivindicó explícitamente un punto de vista de las mujeres prefigurando, de algún modo, las aproximaciones feministas contemporáneas del conocimiento situado (*Standpoint Theories*) (Varikas, 2010: 374-377).

Thorstein Veblen (1857-1929), en su interpretación del consumo y el ocio analiza el comportamiento de las mujeres en tanto que indicador de estatus. De hecho, buena parte de su *Teoría de la clase ociosa* ([1899] 1974) puede leerse como una visión irónica de las mujeres de los nuevos ricos norteamericanos de finales del siglo XIX. Los datos que utiliza para dar ejemplo o corroborar una argumentación los toma de la vida cotidiana por observación directa, como el mismo afirma en el prefacio de su obra (1974: 6). Eduardo Terrén señala que en el trasfondo de su estudio de la desigualdad de género a partir del consumo ostentoso, el ocio vicario y la emulación envidiosa, hay una teoría que vincula la evolución de la división sexual del trabajo con las fases del desarrollo de la humanidad. Así, en un principio, la salida de la fase del salvajismo

²¹ Marianne Weber, feminista y activista política muy conocida en su época, 1934 recibió un doctorado *honoris causa* en sociología por la Universidad de Heidelberg en reconocimiento a su trabajo sociológico (González García, 1996: 190-191).

conlleva un aumento del estatus de la actividad productiva de los varones, que está vinculada con la caza y la guerra; posteriormente, el status se asocia con las prácticas no productivas, es decir, con la exención de un trabajo considerado como denigrante. Dicha exención afecta a aquellas mujeres cuyo cometido pasa a ser el ocio; un ocio, en cualquier caso, vicario o delegado (1997: 168). Reconoce la penosidad y la fatiga de unos cuidados domésticos que requieren dedicación de tiempo y que, sin embargo, son calificados en su obra como *ocio vicario*. De este modo, en la obra de Veblen, de forma residual, es posible encontrar una lectura puntual y ambigua del cuidado:

El ocio vicario al que dedican su tiempo las esposas y criados – y al que se clasifica como cuidados domésticos- puede convertirse, con frecuencia, en tráfigo rutinario y penoso, en especial cuando la competencia por la reputación es viva y dura. Así ocurre con frecuencia en la vida moderna. (1974: 66-67)

Georg Simmel (1858-1918), desde la mirada original que le caracteriza, realiza un análisis muy sutil de la vida social propia de la familia, del matrimonio y de las comunidades parentales (Simmel, [1908] (1977), si bien dicho análisis aparece dividido y disperso en su obra, en la forma de textos breves en los que generalmente se presentan algunos ejemplos de formas de socialización (Martín López, 1993: 240). A pesar de su agudeza, a lo largo de toda su obra, Simmel mantiene ambivalencias y contradicciones respecto a las mujeres, especialmente en sus trabajos sobre “la cultura femenina” ([1905-1911] 1999) y sobre el amor, uno de sus textos póstumos (2001, [1895] 1998). Algunas de estas dualidades que pueblan las páginas de su obra se pueden interpretar como: unas veces parece confiar en que las mujeres sean capaces de crear una cultura objetiva propia y autónoma, otras veces las relega a una cultura de la subjetividad y la pasión frente a la cultura masculina de la objetividad y la razón (de Miguel, 1996: 59-64). Raquel Osborne proporciona algunos ejemplos de esta ambivalencia. Por un lado, enuncia: “la limitación histórica en que la mujer viene viviendo, reducida la esfera de su actividad a la labor doméstica” (Simmel Cfr. Osborne, 1987: 100); por otro lado, sostiene la firme convicción de que mujeres y hombres son ontológicamente diferentes y complementarios, y ensalza a la mujer adjudicándole de forma tradicional las actividades que corresponderían a su naturaleza, y que no contribuyen al ámbito objetivo de la cultura sino que dichas actividades están al servicio de quienes la construyen (Osborne, 1987); por tanto, el lugar de las mujeres es el ámbito doméstico: “su condición general de mujer está, así *a priori*, destinada a circunscribirse al círculo de intereses de la casa” (Simmel, 1977: 467); y su hacer queda restringido a lo subalterno: “La existencia femenina encuentra su sentido en aquello que el hombre no quiere o no puede ser o

hacer” (*Ibid.*: 468). Así, pues, Simmel acepta la división sexual del trabajo y la segregación de los sexos según el espacio público y privado, a la par que señala que entre lo público y lo privado se está produciendo una diferenciación progresiva. Entre sus aportaciones, está la de introducir una mirada novedosa sobre el conflicto en las relaciones sociales, que considera como una característica de los grupos humanos, y que juega un papel positivo para dar cohesión a los mismos: tal como lo describe, sería un constante proceso de fuerzas asociativas y disociativas que proporcionan coherencia a la sociedad, siempre y cuando estas fuerzas entren dentro del marco de unas normativas. Y, en el ámbito familiar, dicho conflicto presenta sus propias características. Se distancia con ello de la idea de familia aconflictiva que alimenta buena parte de la sociología de la familia en la segunda mitad del siglo XX.

El conflicto familiar constituye una forma de lucha *sui géneris*. Sus causas, su agudizamiento, su extensión a los que no tenían parte en él, las características de la lucha y de la reconciliación, son completamente peculiares, porque se realizan sobre la base de una unidad orgánica, formada por mil lazos internos y externos, y no puede compararse con ningún otro conflicto. (*Ibid.*: 310)

Enorme repercusión ha tenido, aunque no sea tan reconocida en el ámbito de la sociología, la obra del gran teórico José Ortega y Gasset (1883-1955), uno de los mayores valedores de Simmel en España. Escribió muchas páginas sobre mujeres y hombres, pero no favorece la igualdad entre mujeres y hombres, sino lo contrario. Raquel Osborne considera que Ortega termina haciendo suyo al peor Simmel (1987). Y se refiere en concreto a la idea, que posiblemente éste toma de Simmel, de que el hombre busca su excelencia en el hacer mientras que la de la mujer radica en su ser: “La excelencia varonil radica, pues, en un *hacer*; la de la mujer, en un *ser* y en un *estar*; o, en otras palabras: el hombre vale por lo que *hace*; la mujer, por lo que *es*” (Ortega y Gasset, 1940: 18). Desde esta perspectiva, no considera el cuidado y otras tareas realizadas por las mujeres en el ámbito doméstico como un trabajo, sino que negando explícitamente que estas actividades puedan ser consideradas como tal, entiende que se trata de tareas asociadas al oficio propio de la mujer, que se caracteriza por su invisibilidad, pues parecen ser borradas tras ser ejecutadas:

¿Es por ventura, trabajar lo que hace la madre al ocuparse de sus hijos, la solicitud de la esposa o la hermana? ¿Qué tienen todos estos afanes de increíble misterio, que les hace como irse borrando conforme son ejecutados, y no dejar en el aire acusada una línea de acción o faena? Pues esta fluidez del acto es eminente en el oficio titular de mujer. (*Ibid.*: 18)

Sostiene una teoría sobre la diferente esencia de la mujer o se refiere a la mujer cuando habla del amor y a otros sentimientos bellos, y en ese sentido convierte a la mujer en una criatura *deliciosa*. Estas reflexiones no dejan de ser sorprendentes en la obra de un pensador que mantiene que el ser humano es historia (Durán, 1996b: 220) y proyecto, consideración que parece no afectar a las mujeres.

Norbert Elias, en su gran obra sobre el proceso de civilización propone un modelo de análisis sociológico que apenas toma en cuenta las experiencias de las mujeres y da un peso minúsculo al problema de las relaciones de género así como las relaciones de dominación y subordinación en las que las relaciones de género pueden interferir con otras variables como la edad, la clase social o la pertenencia étnica (Hargreaves, 2010: 390-393). El concepto de poder desarrollado por Elías (1982) se ha mostrado como productivo en el análisis de las estrategias de negociación cotidiana en la vida en pareja (Botía, 2007). Para este autor que las relaciones sociales son interdependientes, no están cerradas ni fijadas y pueden ser modificadas. De hecho, el equilibrio de poder puede variar en el tiempo dependiendo del aumento o la disminución de los recursos con los que juegan los diferentes actores implicados (económicos, temporales, políticos...), que pueden ser movilizadas en la práctica social cotidiana. Ello influye en las condiciones de posibilidad de las diferentes estrategias de negociación que ponen en funcionamiento en sus relaciones cotidianas. Este modelo de análisis permite estudiar las relaciones de género como relaciones de conflicto continuo, aunque dichas relaciones muestren una aparente calma o un aparente consenso explícito.

La Primera Guerra Mundial pone fin al optimismo decimonónico y al imperio del positivismo y es, por tantas razones, divisoria política y social entre el siglo XIX y el XX, lo es también en el terreno intelectual. Emilio Lamo de Espinosa señala como, a partir de este momento, la vida intelectual quedará “marcada a fuego por la terrible historia europea del siglo XX que, desde la Revolución Rusa y la Gran Guerra, y a través de los años veinte, la crisis del 29, la República de Weimar y el ascenso del fascismo, lleva a la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto y la Guerra Fría” (2001: 31-32).

1.3. El cuidado en la sociología contemporánea

En el campo de la familia, las teorías sociológicas contemporáneas combinan el diálogo con la tradición sociológica clásica y con las propuestas innovadoras. Sus interrogantes principales siguen estando cerca de los planteados en el siglo XIX. No

obstante, es posible entrever los límites teóricos de una tradición sociológica cuyos marcos han sido inventados en un contexto concreto y no siempre tienen la capacidad de adaptarse a nuestro presente. A partir del primer tercio del siglo XX se produce una renovación de la sociología de la familia de la mano de cambios que tienen lugar tanto en materia social como dentro del campo científico que favorece la expansión de dichos estudios. Es así como, de los años cincuenta en adelante tiene lugar un enorme desarrollo que se caracteriza por el auge del funcionalismo así como de las investigaciones empíricas (Hill, 1958), preocupación por el empirismo que es en gran medida fruto de la influencia de la sociología norteamericana (Segalen, 1992).

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, de forma progresiva empiezan a desarrollarse aproximaciones constructivistas al estudio de las relaciones sociales. De hecho, se plantea que la familia como institución social es cambiante y que las diferentes conceptualizaciones en torno a ella no son neutrales (Lenoir, 2003, 2005). La familia, pues, deja de ser analizada como una institución inmutable que desempeña funciones esenciales para el bienestar de las personas y se constata que, bien al contrario, está en continua evolución, fruto de los condicionamientos sociales; y, que es probablemente uno de los objetos de investigación más difíciles de abordar, al menos teóricamente, apuntándose la necesidad de una aproximación interdisciplinar y reflexiva²². En este marco, se produce una suerte de (re)descubrimiento de la familia tanto por la historia, la antropología y la demografía como por los estudios realizados desde una perspectiva de género, y se inicia una apertura teórica al respecto.

Frente a aquellas perspectivas que tienden a examinar la familia como si fuera estática en el tiempo, se desarrollan estudios que intentan develar los procesos de modernización y de modernidad y sus efectos en las familias. En adelante, hay al menos dos dimensiones básicas que se toman en consideración: por un lado, la evolución histórica de las formas de familia que se asocian con la modernización, con su diferente desarrollo en las distintas esferas sociales; y, por otro lado, la evolución de una misma familia en el tiempo, que remite a las etapas del ciclo de vida familiar y que incorpora una dimensión diacrónica. Y se reactualizan los cuestionamientos sobre las relaciones entre vínculo familiar y vínculo social, si bien las interpretaciones son menos intervencionistas y los aportes teóricos se disocian de aquellos posicionamientos

²² Por ejemplo, tiene lugar un intenso debate sobre si la familia es o no una institución (Déchaux, 1995). E, incluso, algunos autores se preguntan sobre la pertinencia de la propia noción de familia (Roussel, 1989; Thèry, 1996).

cargados de valores morales y políticos. Además, las investigaciones pierden ambición de reforma y el diálogo con otras disciplinas cobra un nuevo protagonismo. La complejidad y variedad de los enfoques sociológicos contemporáneos expresan esta tensión entre la reivindicación de la herencia y la ruptura epistemológica innovadora (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 87). También en España, tras una lenta institucionalización, en las últimas décadas, se puede hablar de una auténtica explosión de la investigación sociológica sobre la familia, como se verá más adelante (véase epígrafe 1.3.4 *infra*).

1.3.1. El estructural-funcionalismo: una herencia controvertida

Los estudios funcionalistas se desarrollan a partir de la Segunda Guerra Mundial. Su tesis predominante es la progresiva nuclearización de la familia, asociada a los procesos de modernización de las sociedades. La perspectiva funcionalista considera la sociedad como un conjunto de instituciones que desempeñan funciones de consenso y estabilidad, y, en este sentido, la familia realizaría un importante papel para el mantenimiento del orden social, donde la mujer tendría un rol central como ama de casa a tiempo completo, experta consumidora y gestora del hogar (Schwartz, 2011: 110-111).

En 1936, Ralph Linton (1893-1953) afirma que todos los sistemas sociales conocidos contienen instituciones intermedias que se establecen por lazos de afecto y de interés común, y que corresponden a lo que de forma general denominamos familia (Linton, [1936] 1985):

Todas las sociedades reconocen la existencia de ciertas unidades cooperativas compactas, organizadas internamente, intermedias entre el individuo y la sociedad total a la que pertenece. Teóricamente, toda persona pertenece a una u otra de estas unidades, por razón de las relaciones establecidas por el ayuntamiento sexual o la ascendencia común. De hecho, tal asignación puede también apoyarse sobre la base de sustitutos reconocidos, como son la paternidad supuesta y la adopción [...] Idealmente, los miembros de una familia están unidos tanto por lazos de afecto como por lazos de interés común, y las disputas entre ellos se consideran más reprobables que las desavenencias entre miembros de la familia y extraños. (Linton, citado en Martín López, 1993: 47)

Describiendo de manera sistemática una gran variedad de tipos y formas de organización de familias, matrimonio y comunidades parentales, se enfrenta con rotundidad a los enfoques evolucionistas y etnocentristas de los estudios realizados por

los científicos sociales a lo largo del siglo XIX (Linton, 1985: 5-6). De hecho sostiene que “las instituciones sociales son uno de los artefactos humanos más perecederos” y que la familia, la más antigua de las instituciones sociales, sobrevivirá mientras exista nuestra especie, aunque adopte diferentes formas y funciones según las culturas y las épocas (Linton, 1970: 5). En su obra, la cultura se presenta como aquello que modela lo que el hombre hace, y actividades tan elementales y vitalmente necesarias como la crianza y el cuidado de los niños se describen como controladas por pautas culturales (Linton, 1985: 454-455), dando por sentado que son las madres quienes asumen estas tareas, pese a la multiplicidad y diversidad de las pautas que, en distintas sociedades, regulan diferentes aspectos de la crianza (la atención prestada a la criatura por parte de la madre, o por otra mujer de la comunidad; regularidad, o discrecionalidad en su alimentación; atención cuidadosa, o rápida y descuidada; destete temprano, o prolongación de la lactancia durante años, entre otros). También sostiene que en todas las sociedades conocidas existe una división de las actividades por sexo que permite que un hombre y una mujer puedan tener una vida autosuficiente:

En todas las sociedades conocidas, se prepara a los hombres para ciertas actividades y a las mujeres para otras, y la división funciona de tal manera que un hombre y una mujer pueden constituir una unidad casi autosuficiente para la producción y el consumo. (*Ibid.*: 10)

De este modo, deposita sobre la pareja la capacidad de sostenerse al margen de otras relaciones de parentesco o afinidad. Como se verá a continuación, con Parsons, esta autosuficiencia se diluye cuando se dibuja el modelo de familia nuclear.

Talcott Parsons (1902-1979) es una figura eminente en la sociología norteamericana en la que tiene una enorme influencia durante al menos dos décadas, llegando a adquirir un gran reconocimiento internacional. Elabora su primera gran teoría a partir de una reinterpretación de los clásicos, si bien somete constantemente a revisión sus aportes teóricos (Almaraz, 1981; Alberdi, 1996). El análisis de la familia de las clases medias urbanas americanas que propone en sus primeras publicaciones es un capítulo incuestionable de la sociología de la familia aun cuando este autor sea objeto de numerosas críticas y confrontaciones. Representante genuino del funcionalismo sociológico norteamericano, considera a la familia como un subsistema social, cuya función es la reproducción y la socialización. Y ve en la familia nuclear, la forma más simple de familia, un producto específico de la modernidad (Parsons, [1951] 1976). Tal como son descritos por Parsons y su equipo, los procesos de industrialización segmentan

la familia, aislándola de sus relaciones de parentesco, y limitan el tamaño del grupo doméstico al de la familia conyugal con un pequeño número de hijos. Este grupo ha perdido sus funciones de producción, sus funciones políticas y religiosas; tan solo es una unidad de residencia y de consumo; comparte sus responsabilidades financieras y educativas con otras instituciones. La función principal que le queda a la familia nuclear es, pues, la socialización de los niños y la estabilización emocional de las personas adultas, que necesitan apoyo emocional y solidaridad para compensar los desgastes sufridos en el mundo exterior, el reino de la competencia. Prolongando las tesis de Durkheim, describen como la organización de dicha familia se sustenta en una clara y rígida diferenciación de funciones entre los sexos (Parsons y Bales, 1955): a) el hombre, como proveedor económico por medio de su inserción en el mercado de trabajo, el reino de la eficiencia, la neutralidad afectiva y el universalismo (*rol instrumental*); y b) la mujer, encargada de la atención personal y afectiva de los hijos, del cuidado y la “estabilización” de las necesidades emocionales de los adultos, y el mantenimiento de aquellas relaciones que conectan a la familia con el exterior basadas en el afecto, la amistad o el parentesco (*rol expresivo*).

[L]a reunión de ciertas necesidades de sus personalidades constituyentes representa una de las clases fundamentales de prerequisites funcionales para el funcionamiento estable de cualquier sociedad como sistema. Estos prerequisites, a su vez, corresponden a las dos clases básicas de la «estabilización» de la personalidad adulta en sus relaciones con el desempeño de rol, y el proceso de socialización merced a cual el niño llega a integrarse al sistema social y puede así, oportunamente, asumir un complejo adulto normal de roles. La coincidencia de esta doble significación funcional, en relación con las personalidades y en tanto esencial a las sociedades, es lo que constituye el punto primario de referencia para el análisis de la familia. (Parsons, Bales y Shils, 1973: 253)

Los conceptos de *instrumentalidad* y de *expresividad* desarrollados por estos autores marcan, en palabras de Martine Segalen, “el punto más extremo de estos análisis descarnados, deseosos de elaborar una teoría general relativa a la restricción de los roles familiares necesarios para el desarrollo de la sociedad industrial” (1992: 29). Parsons valoriza todo lo que tiene relación con las dimensiones culturales morales y afectivas, dejando en la sombra la dimensión laboriosa de las tareas, es decir, que hay un contenido de trabajo que, dependiendo de las situaciones sociales, puede llegar a ser muy exigente. Esta proposición se ha mantenido durante largo tiempo en la sociología de la familia (Fougeyrollas- Schwebel, 2010: 127 y 132-133). En la sociedad industrial moderna, la vinculación de la estructura familiar con la estructura ocupacional se realiza a través de

un solo nexo: el varón adulto, único miembro de la familia que participa en los dos ámbitos a la vez. La exclusión de la mujer del mundo laboral es una característica propia de este tipo de familia (Parsons, Bales y Shils, 1973: 233-257).

Siendo ambos roles complementarios, las relaciones entre hombres y mujeres en las familias deberían ser armoniosas en tanto que, con la complementariedad, desaparecería el conflicto:

El conflicto entre familia y sistema ocupacional es impedido, además, a través de otros mecanismos: limitando la solidaridad familiar a la unidad conyugal aislada y subrayando sus elementos afectivos. Esta acentuación de la afectividad confiere a la familia una suerte de ‘especialización’ y muestra, finalmente, la función compensadora, adaptativa, que cumple en el marco de un sistema social que insiste tanto, en otras áreas, en la neutralidad afectiva. (Parsons, 1976: 52)

Parsons reconoce la indefensión del niño al nacer y, por tanto, sus necesidades de cuidado, que son cubiertas por la madre, en las que el contacto corporal es muy importante en razón de las exigencias prácticas del cuidado infantil (Parsons, 1976: 206-207), y señalando el carácter dual del cuidado, anticipa algunos aspectos que serán ampliamente discutidos décadas más tarde en la construcción de este objeto para la disciplina sociológica, al sostener que cuidar va más allá de la provisión de servicios, que también implica una determinada actitud o actitudes:

La generalización hasta una vinculación difusa en la que ella [la madre] es la persona que «se cuida» del ego, y no meramente en el sentido de unos servicios, sino de unas actitudes, exige dar un paso más. La dualidad de los sentidos de la palabra «cuidado» en el lenguaje podría ser significativa. (Ibíd.: 207)

Frente a este rol desempeñado por la madre, la paternidad no conlleva una implicación en el cuidado rutinario de los hijos, el papel del padre consiste en erigirse en referente para las orientaciones de valor del mundo adulto (Ibíd.: 211-214). Y ello pese a las diferencias culturales existentes entre diferentes sociedades:

Aún con toda la diversidad que el rol sexual presenta entre unas sociedades y otras, puede aceptarse como un hecho universalmente cierto que el rol adulto masculino implica en menor proporción que el femenino el cuidado detallado de los niños, y que se le atribuye un mayor prestigio y responsabilidad en la sociedad que queda más allá del estrecho círculo familiar. (Ibíd.: 212)

Introduciendo una apertura en el análisis funcionalista de la familia, Robert King Merton (1910-2003), realiza una primera crítica interna al desarrollar el concepto de *disfunción* lo que, a su vez, le permite incorporar la perspectiva del conflicto y del cambio social (1949). Merton considera que “la familia es la principal correa de transmisión para la difusión de las normas culturales en la generación siguiente” ([1938] 1970: 75), así como los valores y objetivos de los grupos de que forman parte, sobre todo de su clase social o de la clase con que se identifican (*Ibíd.*: 103).

Tras el enorme éxito que tuvo en la década de los cincuenta, el enfoque funcionalista domina a fines de los sesenta en el campo de la familia, si bien su popularidad irá disminuyendo progresivamente a raíz del desarrollo de investigaciones empíricas que ponen en cuestión muchos de sus postulados básicos. La familia conyugal integrada por dos consortes (hombre y mujer) y sus hijos biológicos constituiría la verdadera familia, la familia nuclear; las otras modalidades familiares, que no se ajustan a este modelo, son consideradas como desviadas, y esta es una de las muchas razones por las que la obra de Parsons ha recibido críticas (Michel, 1974; de Singly, 1991; Alberdi, 1996). La investigación empírica ha matizado enormemente el supuesto aislamiento estructural de la familia nuclear, e incluso ha aportado indicios de todo lo contrario, tal como señala Andrée Michel: “ningún dato empírico ha permitido extender a otras familias, aparte de las familias americanas blancas y protestantes de clase media, ciertas características estructurales de la familia descrita por Parsons” (Michel, 1974: 119). Toda una escuela sociológica de pensamiento sobre la familia prospera erróneamente al considerar que la industrialización y la urbanización transformaron las multigeneracionales familias extensas del pasado en las familias nucleares pequeñas y ultraprivatizadas del presente. Escuela de pensamiento que domina los estudios sobre la familia hasta que la investigación empírica muestra que en casi toda Europa y América la familia nuclear ha sido decisivamente dominante en el pasado, en tanto que ni la familia nuclear ni las características que se le atribuyen son una innovación reciente (Thompson, 1993: 67-69). Tal como añade Julio Iglesias de Ussel, desmintiendo otro de los supuestos básicos del funcionalismo, la separación geográfica no ha implicado la ruptura de la red familiar, cuyos lazos son fundamentales en momentos clave: apoyo en momentos de crisis económicas, laborales o personales, enfermedades o en otros acontecimientos importantes de la vida de los individuos (1996: 295). El ideal de familia nuclear también ha sido atacado por feministas, progresistas, homosexuales y, en EEUU, por académicos afroamericanos.

Kate Millet asegura que tras el modelo funcionalista se puede entrever el carácter nostálgico de la infancia burguesa de los autores y que “lo instrumental” es un mero eufemismo para designar de una nueva forma una categoría más antigua: la capacidad de dominación intelectual, a la par que el término “expresivo” sirve para hacer referencia a lo emotivo (Millet, 1995: 386-407):

Debemos al eminente funcionalista Talcott Parsons el haber descubierto que el hombre es «instrumental» y que la agresividad, originalidad, etc., son rasgos instrumentales que «pertenecen al papel masculino». Parsons define a la mujer mediante el calificativo eufemístico de «expresiva», que engloba diversas cualidades: obediencia, jovialidad, amabilidad, etc. Mientras que el adjetivo «instrumental» se reduce fácilmente a la antigua categoría de la capacidad intelectual, «expresiva» no es sino un sinónimo de «emotiva». Tal vez no sea original el matiz introducido por Parsons, pero presenta la ventaja de suavizar la terminología claramente misógina con que suele describirse la personalidad femenina. (*Ibid.*: 401 y 403)

Las teorías parsonianas han recibido también críticas por justificar la división del trabajo doméstico entre hombres y mujeres, naturalizándola y considerándola carente de problemas y tensiones (Schwartz, 2011). Asimismo, olvida que el confinamiento de la mujer adulta en el ámbito doméstico, requisito de esta estructura familiar, puede convertirse en un foco permanente de tensiones y frustraciones, tal como pone de manifiesto Betty Friedan en su célebre *Mística de la feminidad* ([1965]1974). En esta obra describe lo que denominó el *problema sin nombre*, es decir, el aislamiento y aburrimiento de las mujeres de clases medias, esposas y madres ideales del modelo de familia nuclear, denunciando así el mito de la feliz ama de casa, del *ángel del hogar* (1974). Inés Alberdi señala, además, que el sesgo conservador y androcéntrico de la obra creada por Parsons impide a la teoría funcionalista explicar la creciente incorporación de las mujeres al trabajo remunerado, y su capacidad manifiesta de jugar roles tanto expresivos como instrumentales, así como el, cada vez mayor, desempeño de roles expresivos por parte de los hombres en la medida en que estos se implican en el cuidado de su descendencia (1996: 248). Es más, las tesis de Parsons pueden ser consideradas como una contribución a la invisibilización social del trabajo profesional de las mujeres en beneficio de sus “funciones” de esposa y madre (Fougeyrollas-Schwebel, 2010: 130). Es necesario preguntarse por las representaciones que subyacen a los análisis relajados por Parsons que marcan una contradicción entre trabajo y familia:

La dicotomía propuesta por Talcott Parsons entre trabajo y familia, en el marco de una teoría general de la sociedad, deviene para los estudios sobre el doble rol de las mujeres un conflicto a nivel individual frente a las dificultades que tienen las mujeres para conciliar su doble aspiración en tanto que madres-esposas, en tanto que trabajadoras [...] El dilema es reducido a una tensión subjetiva entre dos roles con dimensiones prescriptivas y normativas (Fougeyrollas-Schwebel, 2010: 132).

También desde la Escuela de Frankfurt²³, así como desde los estudios de género que se implantan en la academia a partir de los años setenta del pasado siglo, se cuestionará el modelo ideal-normativo de relaciones desiguales entre los sexos, que tienen en Talcott Parsons el blanco principal. La teoría crítica inscribe a las mujeres en una crítica general de la dominación en la que cada experiencia concreta debe ser analizada en tanto que tal, con categorías y conceptos nunca cerrados ni definidos (Dayan- Herzbrun, 2010: 468). Los trabajos desarrollados por Theodor W. Adorno (1903-1969) y Max Horkheimer (1895-1973), pulverizan la concepción de familia dominante en las sociedades modernas, al afirmar que se trata de una de las instituciones más conservadoras, una construcción ideológica burguesa totalmente irracional en tanto que se basa en lazos de sangre (Adorno y Horkheimer, [1947] 1978: 177-187). También Herbert Marcuse (1898-1979) vincula la crisis de la familia con el auge del totalitarismo, y entiende que la familia ha perdido tanto el papel económico como el emocional y ya solo le queda el ideológico (1968). Jürgen Habermas, pese a haber mostrado un interés precoz por los trabajos de Carol Gilligan sobre el cuidado (véase cap. 3 *infra*), deposita la esfera privada sobre la doméstica, lo que le impide ver el problema que para las mujeres supone el acceso a la esfera pública (Habermas, 1986, 1992b), olvidando que el hogar es un lugar de trabajo no remunerado (Fraser, 1989: 119 y ss.; Ferrarese, 2010: 422-423).

1.3.2. Un diálogo con otras ciencias sociales

Tal como muestra Martine Segalen, familia es un término polisémico que designa a la vez individuos y relaciones, un conjunto muy restringido o muy amplio de personas emparentadas (1992: 23). Desde disciplinas como la historia o la antropología se revisan buena parte de las tesis manejadas desde el siglo XIX, y se llega a la conclusión general de la universalidad del hecho familiar si bien constatando que existen

²³ Instituto para la Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Frankfurt, lugar de encuentros intelectuales, producciones comunes y de debates “sin dogmas”.

y han existido diversos arreglos según las sociedades y épocas. Tras encendidas polémicas sobre el origen de la familia y su supuesta universalidad, cristalizan teorías que dan por sentado el hecho de que la familia nace con la cultura, por la necesidad que tienen los grupos humanos de cuidar de sus criaturas, si bien se cuestiona tanto su necesidad en las sociedades modernas como la de un determinado modelo de división sexual del trabajo. Así, por ejemplo, Kathleen Gough afirma:

El pasado de la familia no limita su futuro. Aunque la familia apareció probablemente al mismo tiempo que la humanidad, ni la familia ni las formas familiares concretas están determinadas genéticamente. Si la división sexual del trabajo fue necesaria hasta el presente, no tiene por qué ni debe sobrevivir en una sociedad industrial. El cuidado prolongado de la prole no puede ya constituir la base para la subordinación femenina, cuando el control artificial de nacimientos, los alumbramientos espaciados, los alimentos preparados y las guarderías comunales permiten compartir dicho cuidado con los hombres. (1987: 152)

1.3.2.1. El cuidado en los estudios históricos: corporalidad, relaciones y sentimientos familiares

Los estudios históricos han cuestionado añejos esencialismos y naturalizaciones y han mostrado la enorme variabilidad que tanto el trabajo doméstico (sobre todo) como el cuidado (ha sido menos estudiado, hasta el momento) han experimentado a lo largo del tiempo, las encrucijadas que se plantearon sobre distintos modos posibles de organizarlos así cómo y por qué unas opciones prevalecieron sobre otras. Se han desarrollado diferentes corrientes historiográficas, de la segunda ola de la *Escuela de los Annales*, y su interés renovado por el mundo de lo privado, a la historia de la familia, tanto en su perspectiva demográfica como en la denominada historia de los sentimientos, pasando por la historia de la infancia, de la maternidad (lactancia, higiene doméstica) y de la medicina (Carrasco, Borderías y Torns, 2011: 16-18). La familia pasa a ser territorio de los estudios históricos cuando la disciplina deja de concentrarse en la historia de las élites y se abre a una historia de toda la sociedad²⁴. Los primeros pasos surgen de la demografía histórica a partir de las bases que pone la escuela francesa desde de la Segunda Guerra Mundial, en concreto los primeros trabajos de Philippe Ariès (1914-1984) (Ariès, 1948). Ariès estudia la familia, la infancia, la vida y la muerte, las relaciones entre hombres y mujeres, el matrimonio, la contracepción... e incluso, ya al

²⁴ Véase: Stone, 1990; Köning, 1970; Reher, 1997; Todd, 1988; Burguière et al, 1998; Bestard, 1980, entre otros.

final de su vida, junto con G. Duby, explora un nuevo espacio histórico que será un territorio por el que mostrarán predilección los primeros trabajos sobre la vida de las mujeres: el mundo de lo privado; siendo especialmente sugerente la introducción del tomo III de la *Historia de la vida privada*, que será publicado de forma póstuma (Edelman, 2010: 408).

También los historiadores de Cambridge²⁵ hacen de la familia objeto de sus investigaciones y contribuyen a reanimar los estudios sociológicos sobre la familia, que tiende a convertirse de nuevo en un observatorio privilegiado del vínculo social. Desarrollan una metodología para clasificar los hogares europeos de la época Moderna en función de su tamaño y estructura, que pone en cuestión la tesis de la progresiva nuclearización de la familia occidental y, en general, las elaboradas en el siglo XIX y prolongadas en el XX con la sociología de Parsons. El equipo liderado por Peter Laslett (1915-2001), a partir de un estudio de los censos de cien parroquias inglesas, urbanas y rurales, revisados a lo largo de un período que va desde 1574 hasta 1871, elabora una tipología de cinco tipos de hogares llegando a la conclusión de que la reducción del tamaño y la simplificación de la estructura de los hogares no es consecuencia del proceso de industrialización tal como se venía dando por supuesto (Laslett y Wal, 1972; Laslett, 1987), desde una concepción marcadamente evolucionista. Muestran que con el proceso de industrialización se constituyen grupos domésticos ampliados que permiten asegurar la ayuda mutua frente a los constreñimientos económicos del trabajo industrial (escasez de alquileres, obligación del trabajo remunerado de la madre, el cuidado de niños de corta edad, etcétera) (Laslett y Wal, 1972). Y que, en vez de debilitarse, la solidaridad familiar parece aumentar como forma de supervivencia para muchos grupos sociales frente al proceso de modernización (Casey, 2011, 2003; Montigny, 2011). También describen cómo eran comunes las segundas nupcias tras la muerte de alguno de los cónyuges, por lo que el grupo doméstico de antaño era relativamente más inestable que en las sociedades modernizadas, si bien es poco lo que se sabe sobre las relaciones entre sus miembros, las consecuencias que ello tendría para el equilibrio psíquico de los hijos, así como sobre el cuidado por ellos recibido. Los descubrimientos de este equipo británico contribuyen a modificar la percepción de las relaciones complejas que vinculan el cambio social con el cambio familiar, relaciones menos lineales de lo que pretendían las sociologías clásicas o la teoría funcionalista. La familia entendida a través del hogar

²⁵ *Cambridge Group for the History of Population and Social Structure*, creado a mitad de los años setenta del siglo pasado.

marcará la nueva historiografía mientras que el interés por el parentesco se postergará hasta fechas recientes, en que surge la preocupación por comprender los sistemas de reproducción social y se introducen conceptos clave para ello, como estrategia, red, trayectoria, movilidad y diferenciación social (García, 2011: 160)²⁶.

Jean-Louis Flandrin advierte que el concepto de familia es ambiguo, y que incluso puede significar realidades diversas (1979: 10-11), destacando que distintos tipos de familia existían en diferentes partes de Francia en un mismo periodo dado (variedad que en España documenta décadas más tarde el estudio realizado por David Reher) y señala que P. Laslett, al relegar la familia extensa al museo de los mitos sociológicos, ignora lo que ocurre con los sistemas de parentesco y de alianza, dimensión que los etnólogos no han perdido de vista en sus trabajos:

Es que los historiadores de la familia, lo mismo que los demógrafos y los sociólogos, se interesan demasiado exclusivamente por la célula doméstica y no tanto por los sistemas de parentesco o de alianza que, por el contrario, obsesionan a los etnólogos. (*Ibid.*: 10)

A diferencia de los trabajos desarrollados por el grupo de Cambridge, la denominada historia social centra su atención en otros elementos que el tamaño y la estructura de los hogares: la vivencia, la mentalidad, el tipo de relaciones entabladas en la familia son igualmente importantes, y el interés que va a mostrar por estos aspectos influye en todo un sector de la sociología familiar. Si los datos estadísticos y demográficos proporcionan imágenes precisas de las familias del pasado, los historiadores sociales promueven el estudio complementario de otra dimensión: al privilegiar el análisis de las relaciones familiares internas y las configuraciones de sentido asociadas a ellas, destacan la necesidad de no confundir la estructura de los hogares con su funcionamiento interno y mantienen una actitud crítica con respecto a los datos puramente morfológicos, en tanto que, tal como señalara Lawrence Stone (1919-1999), una misma forma de residencia puede encerrar variaciones importantes en lo que se refiere a la forma de las relaciones humanas (1977). De hecho, algunos historiadores sitúan en el núcleo de sus trabajos las transformaciones de los diferentes actores que integran la vida familiar y las relaciones y afectos existentes entre ellos. Entre los elementos descritos, que marcarían el nacimiento de un modelo específico de relaciones

²⁶ Un ejemplo de la aplicación de este método en España puede verse en: García, 2011; Elizalde, 2013.

familiares, pueden señalarse: el auge del modelo de *matrimonio por amor* frente a la desaparición del *matrimonio arreglado* (Shorter, 1977) y el *descubrimiento* de la infancia en los tiempos modernos, que describe Ariès a través del surgimiento de la figura del *niño rey*, es decir, cómo se configura la infancia en el Antiguo Régimen (1977), básicamente como una etapa de aprendizaje moral, relación que da origen a un sentimiento en las mujeres que cuidan de los pequeños, una revolución afectiva: el “mimoseo”, de madres y nodrizas (Ariès, 1975: 179). El matrimonio por amor y la infancia son territorios de investigación en los que Comte y Tocqueville ya habían empezado a adentrarse en la nascente sociología, y que tienden a prolongarse en la obra de los autores clásicos (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 100).

También Ariès puede ser considerado como un descubridor del cuerpo como objeto de cuidados constantes, sea para controlar la fecundidad o sea para aumentar la longevidad (Ariès, 1971: 404; Cfr. Edelman, 2010: 414). Es el primer historiador que se preocupa en su obra por la contracepción, señalando como razones globales para una restricción de los nacimientos tanto las económicas, sobre todo aquellas vinculadas al coste de educar a los hijos, como el riesgo para la salud de las mujeres de embarazos y partos (Ariès, 1993: 327; Cfr. Edelman, 2010: 412), indicando que las prácticas de control de la natalidad siempre son resultado de las iniciativas de las mujeres (Ariès, 1971: 347; Cfr. Edelman, 2010: 413). La técnica de la “marcha atrás” (retirada de la vagina antes de la eyaculación) es una decisión que depende sobre todo de los hombres; sin embargo, parece que es la técnica más popular y difundida en el siglo XIX hasta la primera Guerra Mundial, siendo en el siglo XX el preservativo la primera forma de contracepción. Como se verá en la segunda parte de esta memoria de tesis doctoral, hasta bien entrado el siglo XX, la técnica de la “marcha atrás” será la forma más difundida de control de la fecundidad por parte de las mujeres entrevistadas, siendo una técnica sobre la que no pueden tener control sin la colaboración de sus parejas sexuales.

Especialistas en historia de la maternidad subrayan que en las sociedades preindustriales existen contextos en los que muchas mujeres tienen que desarrollar trabajos remunerados que les impiden ocuparse de sus criaturas por lo que la crianza se externaliza frecuentemente recurriendo a las nodrizas y el cuidado de menores se deja en mano de otras mujeres de la familia y de la comunidad (Knibiehler y Fouquet, 1976; Knibiehler, 2000), y es frecuente, además, el abandono temprano del hogar por menores que tienen que trabajar como sirvientes domésticos y como aprendices en otros hogares. También las mujeres de la burguesía y de la aristocracia delegan el cuidado de sus hijos

en el servicio doméstico. Elisabeth Badinter (1991), estudia la aparición de una *moderna* sentimentalidad en las mujeres en relación con el racionalismo ilustrado, a partir del *descubrimiento* del amor maternal. Aun pervive una antigua controversia entre especialistas en el tema, concretamente entre Catherine Fouquet e Ivonne Knibiehler y Elisabeth Badinter, desarrollada en torno a la noción de amor maternal. Y la controversia surge a partir del análisis del recurso de dar para su crianza sus hijos e hijas a nodrizas. Esto es algo que en muchos países europeos se limita inicialmente, en torno al siglo XVIII, a la aristocracia y la burguesía, generalizándose a partir de este momento a las diferentes capas sociales, sobre todo en las ciudades. Se trata de una práctica que conlleva una alta mortalidad infantil. Fouquet y Knibiehler consideran que fundamentalmente se trata de prácticas a las que recurren mujeres ricas que pagan por ello o bien mujeres pobres que deben desempeñar algún tipo de trabajo remunerado; pero no encuentran signos de desinterés por la criatura ni ausencia de amor maternal. Sin embargo, Badinter afirma que las mujeres aristócratas rechazan el amamantamiento para poder vivir libres sin tener que estar dependientes de sus criaturas. Con ello, critica la idea tan difundida sobre el *instinto maternal*. Y defiende que el amor maternal tiene una historia y, como tal, tiene unos inicios y también puede tener un fin.

Isabel Morant y Mónica Bolufer apuntan que a partir de las teorizaciones de Michel Foucault sobre los discursos como instrumentos de poder se abre una perspectiva distinta (1998: 16-17). Ponen como ejemplo el libro editado por Foucault en colaboración con la historiadora Arlette Farge, *Le désordre des familles* (1982), en el que analizan las demandas sobre mala conducta presentadas en relación con los conflictos internos en las familias, entre padres e hijos y entre los cónyuges, lo que permite conocer algo más sobre la vida cotidiana de las clases populares en París en el Antiguo Régimen (p. 9); e inscriben en esta línea los trabajos desarrollados por Jacques Donzelot sobre la construcción de las formas de vida y los sentimientos familiares a partir de las políticas (Donzelot, 1977). También destacan el impacto de los estudios sobre la vida privada que se desarrollan siguiendo la estela de Norbert Elias en torno a la relación cambiante de lo público y lo privado en la historia de las sociedades, como los anteriormente citados desarrollados por Georges Duby y Philippe Ariès (1989). En la nueva historia de la familia, la vida familiar y doméstica ha cobrado un nuevo protagonismo, lo que ha ido de la mano de la preocupación por la historia de las mujeres (Morant y Bolufer, 1998: 18-19). Es más, tal como Ana Aguado señala, no es posible hacer una historia de la familia sin hacer al mismo tiempo una historia de las mujeres (2011: 743-806). No obstante, en la historiografía de género ha predominado el afán de deconstruir el proceso

de identificación entre identidades femeninas y maternidad (Aresti, 2000, 2001; Bolufer, 2010; Nash, 2010) sobre la historia del cuidado (Carrasco et ál., 2010).

1.3.2.2. El cuidado en los estudios antropológicos: dar, recibir, responder.

Los trabajos desarrollados desde la antropología, al igual que los realizados desde la historia, contribuyen a dar una visión de la familia contextual y diversa. En este epígrafe se revisarán las contribuciones de algunos de los autores más emblemáticos en el estudio de la familia y sus aportes en relación con el universo de los cuidados: el don, la división sexual del trabajo o la dominación masculina.

Para Marcel Mauss (1872-1950) el *don* es mucho más que don, es la roca de la sociabilidad humana ([1923-1924] 2009). En el *Ensayo sobre el don*, explora la forma en que se organizan las sociedades previas a la formación del Estado. Tomando como ejemplo una tribu de Micronesia, describe como una persona daba regalos en nombre de su tribu o aldea a otra que los recibía en nombre de su tribu o aldea. En esas sociedades, el intercambio de regalos funcionaba como una forma de diplomacia y conllevaba obligaciones de *dar*, *recibir* y *responder*. Estos estudios sobre el *don* tendrán una enorme influencia en los estudios sobre el cuidado en nuestras sociedades (Chanial, 2012); de hecho, ciertos autores vinculan las culturas del don con los mecanismos de solidaridad intrafamiliar sea en términos de tiempo o en términos de ayudas materiales e inmateriales (Tobío 2008a; Legarreta, 2008). Pese a atribuir un papel fundamental a la educación en la forma que adopta la división por sexos en las diferentes sociedades, en su obra no problematiza la dominación masculina ni las formas que adoptan las divisiones entre los sexos, ni siquiera al encontrar estados intersexuados en su trabajo de campo que podrían haber puesto en cuestión su formulación.

Margaret Mead (1901-1978) ha sido considerada como una de las antropólogas más influyentes de su tiempo, y en relación con los estudios sobre la familia introduce una perspectiva novedosa al poner en relación las variaciones en la división del trabajo con las diferentes culturas y, por tanto, al destacar el aspecto construido de dicha división. En su obra incorpora una nueva visión sobre la división sexual del trabajo al destacar cómo ésta adopta formas diferentes según las culturas; así en su estudio de los Arapesh, Mundugumuer y Tchambuli en Nueva Guinea (1935) constata que lo que una cultura considera como masculino puede ser considerado femenino en otra (Macionis y Plumer, 1999: 351).

Germaine de Tillion (1907-2008), discípula de Marcel Mauss, intentará comprender y explicar las razones de la *dominación* masculina en las sociedades mediterráneas que pone en relación con los diferentes sistemas de parentesco y matrimonio que identifica. Esta original investigadora, que considera la etnografía como una “sociología de lo externo” (1993: 21-22 [1966]) fue traducida pronto al castellano y citada por autores como Carlos Moya (1972) en sus reflexiones sobre “la condición femenina” en su análisis de la familia española en el tardofranquismo.

Siguiendo el método de Émile Durkheim, y apoyándose en la lingüística estructural de Roman Jakobson (1896-1982) y de Ferdinand de Saussure (1857-1913), así como en los trabajos sobre el *don* de Marcel Mauss, el más conocido y principal representante del estructuralismo, Claude Lévi-Strauss (1908-2009) hace una lectura revolucionaria de las relaciones de parentesco, intentando aportar una solución a muchas de las grandes cuestiones planteadas desde el siglo XIX en las ciencias sociales. Encuentra que las diversas formas de vida familiar están presentes en prácticamente todas las sociedades conocidas, y señala la contradicción y mutua dependencia existente entre familia y sociedad (Lévi-Strauss, [1956] 1987: 49). Ve en el matrimonio un fenómeno social total (Lévi-Strauss, [1947] 1988), arquetipo del intercambio y condición para que se realice la reciprocidad, a la par que sostiene que el instinto maternal empuja a las mujeres a cuidar de sus hijos:

Es cierto que *existe un instinto maternal que compele a la madre a cuidar de sus hijos(as) y que hace que encuentre en el ejercicio de dichas actividades una profunda satisfacción*; también existen impulsos psicológicos que explican por qué un hombre puede sentir afecto por los hijos(as) de una mujer con la que vive y cuyo crecimiento presencia paso a paso, aun en el caso de no creer (como sucede en las tribus de las que se dice desconocen la paternidad fisiológica) que haya tomado parte alguna en la procreación. (1987: 24) [las cursivas son añadidas]

Lévi-Strauss considera la familia como una realidad enteramente cultural, artificial, y considera que lo que la funda socialmente es la *prohibición del incesto* y la *división sexual del trabajo*, así como la ley de la *exogamia* que le acompaña. Para el antropólogo, tanto la división sexual del trabajo como las formas familiares son producto de disposiciones sociales más que de disposiciones naturales.

[H]emos de ser en extremo cuidadosos y distinguir entre el *hecho* de la división sexual del trabajo, que es prácticamente universal, y la *manera* según la cual las

diferentes tareas son atribuidas a uno u otro sexo, donde debiéramos descubrir la misma importancia decisiva de los factores culturales, podríamos decir la misma *artificialidad* que reina en la organización misma de la familia. (Lévi-Strauss, 1987: 32)

De tal modo que si bien la división sexual del trabajo es prácticamente universal, las formas según las cuales las tareas son atribuidas a uno u otro sexo varían de unas sociedades a otras. Esta división implica que uno de los sexos debe realizar determinadas tareas que le son prohibidas al otro, estableciéndose así un vínculo de dependencia mutua; en palabras de Lévi-Strauss, “la división sexual del trabajo no es más que un dispositivo para instituir un estado recíproco de dependencia entre los sexos” (*Ibid.*: 33). Incluso teniendo presente el hecho de que, por su especialización biológica, son las mujeres las que paren y cuidan de la prole en todo grupo humano, existen, sin embargo, en algunas sociedades casos cargados de ambigüedad, en relación con actividades básicas, como la crianza de los hijos. Pone algunos ejemplos de ello: el padre nambicuona que cuida de su bebé mientras que el noble europeo apenas veía a su hijo desde que se lo presentaban hasta que podía cabalgar a caballo o jugar a esgrima (*Ibid.*: 31). Pero, al tiempo que afirma que en toda sociedad conocida la crianza de los hijos recae sobre las mujeres, reconoce que existen diferentes grados de colaboración de los hombres en las tareas de cuidado. Es decir, atribuye a disposiciones de tipo biológico el cuidado de las criaturas, en el caso de las mujeres, mientras que introduce elementos culturales en la paternidad. En suma, para este autor, que tiene una teoría muy elaborada y bien tejida en otros aspectos, la paternidad es cultural mientras que la maternidad es biológica (Imaz, 2007: 79-80).

Es de destacar también la contribución de Pierre Bourdieu (1930-2002), uno de los autores más prolíferos de la segunda mitad del siglo XX, quien desarrolla, desde lo que denomina *estructuralismo genético*, los conceptos de *campo*, *estrategia*, *sentido práctico* y de *habitus*, que tendrán una enorme influencia en la sociología posterior. Aunque se niega a ser incluido entre los estructuralistas, en tanto que estos últimos tienden a obviar a los agentes que precisamente él mismo pretende introducir, necesita mucho tiempo para romper con algunas de las propuestas fundamentales del estructuralismo (1996b: 18-24). Ya en sus primeros trabajos sobre el Bearn realiza importantes críticas a la sociología de la familia como subdisciplina, considerando que la

familia es menos una institución que una red de costumbres y de acuerdos y que debería ser estudiada desde el marco de la sociología política²⁷:

[L]a sociedad bearnesa sugiere que la sociología de la familia, a menudo abandonada a los buenos sentimientos, podría no ser más que un caso particular de la sociología política: la posición de los cónyuges en las relaciones de fuerza domésticas y sus probabilidades de éxito en la competencia por la autoridad familiar, es decir, por el monopolio en el ejercicio legítimo del poder en los asuntos domésticos, no son nunca independientes del capital material y simbólico (cuya naturaleza puede variar según las épocas y las sociedades) que detentan o han aportado. (1991: 259)

Desde sus primeras investigaciones, sobre la “fenomenología de la vida afectiva” o sobre las estructuras temporales de la experiencia, se ha mostrado como un sociólogo muy original, que intenta borrar las fronteras entre la etnología (así prefiere denominar a la disciplina, en lugar de antropología) y la sociología. Este es el motivo por el que se ha osado incluir la referencia a la obra de Pierre Bourdieu en un epígrafe sobre la contribución de la antropología al estudio del cuidado en la familia. Lamo de Espinosa considera que *La distinción* ([1979] 1988).

[Q]uizás es la primera sociología de los sentimientos, una poderosa e inteligente síntesis entre el objetivismo durkhemiano y el marxismo hegeliano (típico de la sociología francesa, como lo es también un funcionalismo encubierto pero poderoso), y que encontramos en autores tan variados e influyentes como Althusser, Foucault o el mismo Baudrillard. (2001: 28)

La obra de Pierre Bourdieu ha recibido numerosas críticas desde diversas posturas feministas, especialmente por no tener en cuenta los efectos del feminismo sobre la evolución de la sociedad y sobre el pensamiento sobre las relaciones entre los sexos (Devreux, 2010: 79-90). Además, salvo excepciones, Bourdieu ha ignorado también los trabajos que sociólogos, etnólogos, sean o no feministas, han realizado sobre las mujeres y el género. Tal vez la necesidad de preservar los contornos de su marco teórico le llevó a ignorar tanto el pensamiento feminista como las investigaciones que se habían realizado sobre las relaciones entre los sexos (Ibíd.: 77- 78). Incluso en obras como *La dominación masculina* (Bourdieu, 2000b), donde trata diversos aspectos de las relaciones de género, no llega a abordar el tema del cuidado con la profundidad que caracteriza su pensamiento sociológico, pese a llamar la atención sobre la contribución

²⁷ Algunos trabajos de P. Bourdieu sobre la familia: 1972, 1993, 1994, 1996 y 1997.

considerable al capital *familiar* que proporciona el *trabajo doméstico* que desarrollan las mujeres para mantener la integridad y la solidaridad familiar. Contribución que, a su entender, generalmente suele pasar desapercibida. Considera que el hecho de que dicho trabajo esté devaluado probablemente tiene que ver con que no tenga una equivalencia monetaria (*Ibid.*: 121-122).

1.3.3. La familia como objeto de observación e intervención

Ya desde comienzos del pasado siglo, especialmente entre 1915 y 1940, en EE.UU. se venían desarrollando numerosos trabajos empíricos, una de cuyas perspectivas de análisis más próspera ha sido el estudio de la degradación de las familias tradicionales de inmigrantes tras su llegada a la sociedad americana, tema especialmente trabajado por la Escuela de Sociología de Chicago²⁸, muy sensible a los fenómenos de urbanización (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 87-88). Se debe destacar una investigación comparada, realizada por William Isaac Thomas (1863-1947) y Florian Znaniecki (1882-1958), *The Polish Peasant in Europe and in America* ([1918-1920] 2006), en la que se analiza las familias de origen polaco, sus redes de solidaridad a través de las generaciones y cómo éstas se transforman en la segunda generación de inmigrantes. Se trata de un estudio de primer orden que anticipa el importante papel que en las ciencias sociales desempeñará el uso tanto de los documentos personales (facturas, correspondencia familiar, archivos periodísticos, documentos públicos y cartas de instituciones) como de las historias de vida y la observación participante (Plummer, 2006; Coulon, 1992). Otra investigación destacable, último producto remarcable de la Escuela de Chicago, es la obra de Franklin Frazer (1939) sobre la familia negra en Estados Unidos (Segalen, 1992: 29).

En la Escuela de Chicago, se inicia un proceso de “problematización” del tema de la familia, que implica a investigadores, políticos y trabajadores sociales, que reemplazarían a los médicos, observadores sociales y administradores del siglo XIX. Más allá de estos estudios, la sociología americana de la familia en esta época tiende a confundirse con un tratamiento técnico de los problemas sociales ligados al desempleo y a la crisis o a la inmigración. Progresivamente y, en gran medida, empujados por las constataciones demográficas, los estudios sociológicos se van distanciando de las

²⁸ José Ignacio Garrigós encuentra un hilo conductor entre el método de investigación Le Play, especialmente sus monografías de familia, y los trabajos desarrollados desde la Escuela de Chicago (2003: 162).

prácticas moralizantes al abordar la familia e inician un trabajo de redefinición de las formas de vida familiar, de las atribuciones o sentido de la familia (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 91), lo que a su vez tiene implicaciones en la gestión política.

1.3.3.1. El auge de la demografía: de la familia a las familias

La demografía, que en el Estado moderno se integra en continuidad con el modo de gestión y control racionalizado de las poblaciones (Lenoir, 2005: 22), a partir de los años sesenta del siglo pasado experimenta un desarrollo tal que invita a investigar la vida familiar y a hacerlo desde nuevas perspectivas. Especialistas de las ciencias sociales atribuyen a los datos demográficos la fuerza de imágenes condensadas que reflejan grandes transformaciones domésticas (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 90). Se advierten modificaciones profundas y duraderas en las familias, especialmente a partir de 1965, momento en que los *sismógrafos demográficos* se vuelven locos en casi toda Europa (Roussel, 1987). La alarma se centra en la caída de la fecundidad (Lenoir, 2003) que, debilitada en el siglo XIX, sigue descendiendo en Occidente, disolviendo la ilusión que surge con el *baby boom* de un cambio de tendencia histórico, de tal modo que en la mayoría de los países occidentales ya no se alcanza el umbral de reemplazo generacional que garantizaría una población estable calculada en nuestro régimen de mortalidad en 2,1 hijos por mujer.

Según muestran datos recientes del INE, en 2013 el índice coyuntural de fecundidad se estima en 1,32 hijos por mujer en España (1,39 en Andalucía; 1,42 para Sevilla), cuando en 1975 ascendía a 2,80 hijos por mujer en España (3,13 en Andalucía y 3,29 en Sevilla) (INE, 2013). Tal como apuntan Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, la interpretación de estos cambios demográficos es delicada y tanto los profesionales de la demografía y de la sociología como los responsables de las políticas familiares se han visto confrontados con un gran interrogante: ¿los nacimientos pospuestos se recuperarán más adelante? Dar respuesta a esta cuestión complica la definición teórica del hecho familiar, en tanto que, en función de la respuesta dada a dicha pregunta se puede sostener la hipótesis de cierta continuidad con el pasado o bien habría que replantearlo en términos de ruptura y/o recomposición de las dinámicas familiares. Con el paso de los años, va cobrando fuerza esta segunda hipótesis (1999: 90). Efectivamente, los estudios sobre el tema ponen de manifiesto que se ha producido un retraso en la edad de la primera maternidad que se ha visto ayudado por los avances científicos y tecnológicos (sobre todo en relación con la reproducción asistida y la “fecundación *in vitro*”) así como

el desarrollo de la adopción internacional o diferentes modalidades de maternidad subrogada. Juan Antonio Fernández Cordon, señala que en cualquier caso, este comportamiento reproductivo pone de manifiesto la contradicción existente entre las formas de organización de vida familiar y la gestión política de la reproducción demográfica:

El peso de la reproducción que ha recaído tradicionalmente en las familias, y por tanto en las mujeres, como parte del ámbito privado, no parece poder ni querer ser asumido en las mismas condiciones por las nuevas familias. La superación de esta contradicción constituye el objeto de las políticas demográficas que pueden plantearse en la actualidad. (1994: 95)

En las últimas décadas del siglo XX ha tenido lugar un fenómeno que se ha denominado la *Segunda Transición Demográfica* (Van der Kaa, 1987) y que se caracteriza por una rápida evolución de los comportamientos sexuales, reproductivos y familiares, ligados a su vez a transformaciones socio-económicas, institucionales e ideológicas. Como consecuencia de dicho fenómeno son cada vez más complejas y diversas las formas de convivencia y hay mayor pluralidad en las trayectorias de vida individuales. Esta transición demográfica que, según Teresa Castro, se produce en distintos grados, ritmos y calendarios en los países desarrollados, se caracteriza por (2004: 44): matrimonios menos frecuentes, más tardíos y menos permanentes; matrimonio como modelo en creciente competencia con otros modos de convivencia; disociación de sexo, matrimonio y reproducción; y pluralidad e inestabilidad de las formas familiares y estructuras de hogar (especialmente la tendencia al incremento de los hogares más pequeños o unipersonales y el desarrollo de formas de convivencia de varias unidades familiares en el mismo hogar) (Barañano y de la Paz, 1999). Han tenido lugar, pues, grandes cambios (pérdida de centralidad del matrimonio como institución, incremento del trabajo asalariado de las madres, de las parejas de hecho, del divorcio, el desarrollo de una legislación que regula y da legitimidad al matrimonio homosexual) que han diversificado los modelos, las formas de las familias y las relaciones entre sus miembros, así como los modos en que son contempladas en el diseño de las políticas públicas. Todos estos cambios, y posiblemente muchos otros derivados de los procesos de globalización y del desarrollo de la sociedad del conocimiento, de la información y de la tecnociencia, han alterado de forma significativa las relaciones entre hombres y mujeres, así como entre generaciones, en el contexto de nuevas y ambiguas formas familiares. De hecho, buena parte de la problemática descrita en torno a la presunta *crisis de los cuidados* –sobre la que se volverá en el capítulo 3, *infra*, se apoya en diagnósticos

realizados sobre la base de datos demográficos, fundamentalmente referido al envejecimiento de la población y la imposibilidad de asegurar el reemplazo poblacional que proporcionan las cifras de fecundidad, así como la disminución de cuidadoras potenciales en la red familiar (véase, por ejemplo, Tobío et ál., 2010).

Nuevos interrogantes sociológicos sobre la familia, así como del lugar que ocupa el cuidado, se plantean a partir del hecho descrito por los demógrafos de la diversificación de las formas familiares, en un panorama que cada vez se torna más complejo. Un importante corpus de obras sociológicas centra su atención primordial en las grandes transformaciones que tienen lugar en los tipos de familia (Giddens, 2002: 237). Se ha dibujado la diversidad de tipos de familias y hogares como un rasgo de nuestra época y, en este sentido, parece más adecuado hablar de familias que de familia (Gittins, 1993: 8)²⁹. Nuevas formas de familia, o nuevas formas de clasificación de las familias, tal como apunta Remi Lenoir (2005: 215-216). En torno a estas denominaciones, o categorías, se ha generado un importante volumen de investigaciones, de marcado carácter empírico, que también cuestionan las teorías dominantes sobre la familia. Ciertamente, nuevos objetos de estudio impulsan la reflexión sociológica: emergen categorías que se corresponden con diferentes modalidades familiares sobre las que, a su vez, se van consolidando líneas de estudio³⁰. Estas transformaciones van desde el vocabulario al derecho y no necesariamente nombran fenómenos nuevos (Tobío, 2008a: 7), pues muchas de las realidades descritas han existido en otras sociedades o en otros momentos históricos, fueran más o menos reconocidos y respetados como tales. La

²⁹ Véase, por ejemplo, la entrada “Familias”, *Diccionario de Sociología* de Anthony Giddens (2002: 229-232). Nótese que dice *familias* y no *familia*: “Muchos sociólogos creen que no podemos hablar de «la familia» como si solo hubiera un modelo familiar más o menos universal” (p. 231). Frente a ello invita: “La utilización del término en plural subraya la diversidad de sus manifestaciones” (p. 232).

³⁰ Algunos ejemplos de estas categorías son: familias monoparentales: por separación, divorcio, viudedad, libre elección, con y sin padre (re)conocido (Saraceno, 1988; Fernández Cordón y Constanza Tobío, 1999); familias pluriparentales, recompuestas, reconstituidas o rehechas, esto es, familias divorciadas o viudas cuyos progenitores vuelven a casarse o bien cohabitan con una nueva pareja y aportan hijos nacidos de anteriores relaciones (Lefaucheur, 1991; Meulders-Klein y Thèry, 1993; Thèry, 1996; Le Gall y Martin, 1993); divorcios con y sin custodia compartida de sus hijos; familias homosexuales, con y sin hijos; familias interculturales; de adopción nacional o transnacional (Marre, 2011; Jociles y Charro, 2008) o con maternidad subrogada (Bonilla, 1998); que recurren a formas artificiales de procreación, maternidad tardía (Langevin, 1982); matrimonios *sin papeles* (Castro y Domínguez, 2008) o parejas de hecho (Meil, 2003); matrimonios o parejas cohabitantes que optan por no tener descendencia; parejas que aún siendo estables mantienen residencias, cuentas bancarias, amistades... separadas, denominadas *adosadas, de tiempo parcial* (Bauman, 2005), o *LAP* (Levin, 2004); familias transnacionales (Parella, 2003; Suárez, 2004; Hondagneu-Sotelo, 2001, 2004), matrimonios de conveniencia, matrimonios a distancia o de fin de semana (por razones de trabajo fundamentalmente), soltería voluntaria (Iglesias de Ussel y Klosé 2011), etcétera.

historia de la especie humana muestra la existencia de multitud de tipos de familias, en el pasado y en el presente (Pérez Díaz, Chuliá y Valiente, 2000; Iglesias de Ussel, 1998). Pero en el momento actual, se ha desarrollado una nueva semántica, que muestra el aspecto esencialmente político de los discursos sobre familia, ya que “lejos de ser una mera estructura social, la noción de familia es también una categoría de clasificación que permite incluir o excluir modos de vida” (Lenoir, 2005: 219); dicho de otro modo, la manera en que se construye y asegura el orden social es a través de las familias (Renoir, 2003).

Estos variados tipos, costumbres y estilos de relación familiar imponen nuevos retos y tensiones a sus miembros (Tobío, 2008a: 7) y también plantean nuevos interrogantes a las políticas públicas. Zygmunt Bauman considera que las estructuras familiares en la *modernidad líquida* presentan una nueva fragilidad: las redes de parentesco son más vulnerables, más confusas y conflictivas, por lo que es más difícil calcular sus expectativas de supervivencia (2005: 49-50).

1.3.3.2. El (re)descubrimiento de las solidaridades familiares

En el siglo XIX, Émile Durkheim ponía el énfasis en el papel jugado por el Estado moderno y sus agentes en la definición social y en la estructuración de la familia. Primero, mediante el higienismo, la filantropía, el fomento de la natalidad y más tarde, a través de normas de naturaleza cada vez más psicológica, la esfera doméstica empieza a formar parte de manera creciente del ámbito de actuación de la política (Lenoir, 2005: 221). Durante el siglo XX, en las sociedades occidentales, la generalización del Estado de Bienestar (en adelante EB) intensifica el proceso de definición y de (re)codificación de la familia a la par que garantiza a cada uno de sus miembros una serie de derechos que les incrementa sus posibilidades de autonomía (de Singly, 1993). De este modo, el EB ha resultado ser un poderoso agente que favorece el proceso de individualización. Hasta tiempos muy recientes, en una sociedad de casi pleno empleo masculino, se han mantenido las condiciones de existencia del lazo social en gran medida gracias a un sistema de protección social que reduce las dependencias tradicionales de familia y de vecindad (Castel, 2004). No obstante, en aquellos países de Europa en los que el Estado como garante del bienestar de todos los ciudadanos alcanzó un alto grado de desarrollo, esta situación parece debilitarse a finales del siglo XX, y se pone en cuestión a medida que avanza el XXI, con especial virulencia en los países del sur en los que el EB no acabó de desplegarse. La menor centralidad del trabajo remunerado en el proceso de

integración social (Prieto, 1999) se combina con el envejecimiento de la población poniendo en cuestión la cobertura estatal de los gastos sociales (Attias-Donfut y Rozenkier, 1995), lo que no ha hecho sino agravarse con la crisis que se desencadena a partir de 2007. Aunque aún es pronto para conocer las consecuencias que tendrá a medio plazo, todo apunta a un progresivo desmantelamiento del EB. Si hasta los años sesenta la parte relativa de esos gastos se incrementa constantemente con respecto al Producto Interior Bruto, en materia de prestaciones familiares y servicios de salud y educación, a partir de la década del setenta del pasado siglo tiende a limitarse en la mayor parte de los países europeos (Sgritta, 1997).

Con el retroceso del EB, la familia adquiere un nuevo protagonismo. Así, se redefine la división de las responsabilidades entre las familias y el Estado lo que implica un proceso de reorganización de las relaciones existentes entre la esfera doméstica y la esfera pública. La pérdida progresiva de responsabilidad del Estado se ve favorecida por (y favorece a su vez) el redescubrimiento y la promoción de instancias capaces de reemplazarlo, es decir, la red de las solidaridades privadas, que articulan los miembros de la familia, y que habían quedado en el olvido en un período de crecimiento económico y de mayor protagonismo del Estado como proveedor de seguridad (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 93). Este nuevo interés por las familias se basa en la idea de que éstas pueden convertirse no sólo en entes generadores de empleo, sino sobre todo en distribuidoras de servicios, lo que incrementa la carga de trabajo de las mujeres (Balbo, 1996: 63). A ello se suma el hecho de que se trata de un servicio gratuito para los Estados, o muy barato si se piensa, sin ir más lejos, en los convenios efectuados al amparo de la ley de dependencia (Martín Palomo, 2010b), con la potencialidad que presentan las familias de generar estructuras flexibles con capacidad de reforzar los vínculos interindividuales, así como asegurar la coordinación de los diferentes servicios y recursos que garanticen la continuidad en la provisión de cuidado a sus miembros (Damamme, 2011). De tal modo que las familias son redescubiertas en el momento en que otras instituciones o marcos sociales parecen perder protagonismo (Pitrou, 1995, 1996), y en ellas son las mujeres las que son interpeladas como garantes de la solidaridad intergeneracional (Tobío, 2013).

Este nuevo *familiarismo* cobra sentido al ponerse en relación con el tipo de familia al que está orientado. Sin negar la protección a la familia conyugal, los poderes públicos exaltan las relaciones familiares, que son identificadas a partir de los intercambios de bienes y servicios que cada hogar mantiene con su red familiar, de modo

que puede hablarse también de un oportuno redescubrimiento del parentesco (Martin, 1995). Por lo tanto, tal como afirman Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, lo que está en juego “es menos científico que político” (1999: 93). También Remi Lenoir, recurriendo al método genealógico propuesto por M. Foucault, realiza un análisis crítico de la vinculación de los diferentes modelos de familia con distintas formas de mantener y reproducir un determinado orden social. Para este autor, al igual que planteara Pierre Bourdieu (véase epígrafe 1.3.2.2. *supra*), política y familia son indisolubles (2003, 2005).

Sin embargo, aun aceptando este vínculo entre familia y política, tal como muestran las investigaciones desarrolladas en este campo, las solidaridades que existen en la familia no pueden ocupar el lugar de las responsabilidades estatales (Tobío, 2013). Por su cometido, sus formas de regulación y sus consecuencias sociales, los intercambios entre familiares son de una naturaleza diferente a la de las ayudas proporcionadas por los poderes públicos (Déchaux, 1995b). De hecho, depositar de nuevo estas responsabilidades sobre la familia puede tener consecuencias perjudiciales tanto para sus beneficiarios como para la red familiar de la que forman parte, en la medida en que debilita tanto la capacidad de autonomía individual, al reforzar al dependencia familiar, como la capacidad de movilizar los vínculos que pueden favorecer tanto la integración como la promoción social (Kaufmann, 1994; Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999: 94).

1.3.4. El cuidado en la sociología (de la familia) en España

El escaso grado de institucionalización de la sociología en España, el retraso en relación con otros países europeos en los procesos de industrialización y urbanización de la sociedad española, pueden explicar el pobre desarrollo de la sociología de la familia durante la primera mitad del siglo XX, pese a haber presentado indicios de un incipiente despliegue a fines del XIX. La obra de Le Play fue prontamente traducida en nuestro país, así como la de autores feministas lo que, junto con los tempranos estudios antropológicos sobre temas de noviazgo, matrimonio o familia en otras culturas, apuntaban un desarrollo de esta subdisciplina que, sin embargo, se demoró más de medio siglo (Iglesias de Ussel y Flaquer, 1993: 52-58).

En la España del cambio de siglo y hasta bien entrado el primer tercio del XX, se pueden localizar diversas contribuciones y debates que ponen las bases para el desarrollo posterior de esta subdisciplina: el estudio sobre el cambio en el papel de las mujeres en

las familias, los efectos de su trabajo fuera del hogar o las consecuencias de la incipiente y obstaculizada emancipación de la mujer. Por ejemplo: la encuesta realizada por el Ateneo de Madrid en toda España en 1901-1902, los aportes de los juristas, los trabajos de Quintiliano Saldaña o de Severino Aznar sobre la natalidad, los desarrollados por Adolfo Posada en Asturias a fines del siglo XIX sobre la mujer en España, en los que sigue el método de encuestas de Le Play, o sobre el patriarcado y matriarcado primitivos; o las reflexiones de intelectuales como Concepción Arenal, María Zambrano o María de Maeztu, que trajeron aires de cambio y modernidad a nuestro país, pero cuyo pensamiento quedó en la sombra durante décadas (Ussel y Flaquer, 1993: 58-59).

Los años de la República y la Guerra Civil (1931-1939) son muy interesantes por las innovaciones introducidas, y pese a que éstas apenas tuvieron repercusión en la sociedad de la época, han tenido una enorme relevancia posterior:

La importancia de este período proviene de las consecuencias de la separación entre la Iglesia y el Estado, que permitirá replantear la política familiar. Frente al conservadurismo de raíz católica que había imperado hasta entonces, la legislación civil intentó promover el cambio social y la modernización de las instituciones familiares. Muchas de las disposiciones adoptadas durante la Segunda República sobre la familia y el matrimonio fueron incorporadas a las legislaciones de países europeos occidentales treinta años después. (Ibíd.: 60).

Sin embargo, desde los inicios del franquismo tanto los estudios demográficos como la legislación sobre familia invierten esta tendencia (García Ferrando, 1987: 302-305), se suprimen las medidas innovadoras adoptadas en el período republicano y se impone una política familiar de corte autoritario que, con ayuda de la Iglesia, pondrá a la familia al servicio de los intereses del nuevo Estado (Iglesias de Ussel y Flaquer, 1993: 61). La familia es abordada como una estructura natural y, durante décadas, los estudios contribuyen a legitimar y a difundir un determinado modelo de familia, que sólo será disputado a partir de los años setenta. Al tratarse de una disciplina que inicia la andadura muy pegada al modelo nacional-católico del régimen (Moya, 2004), el estudio de la familia será visto con mucho recelo en nuestro país, al atribuírsele un carácter moralizante y conservador hasta bien entrados los años setenta, momento en que la familia empieza a ser analizada desde una perspectiva más plural, ideológicamente hablando.

Tras la Guerra Civil española, se produce una expansión del pensamiento social católico, a través de instituciones tales como el Instituto de Estudios Políticos (1939), el Instituto Balmes de Sociología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1943) y el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, que influyen decisivamente sobre el desarrollo de la disciplina durante el franquismo (del Campo, 2001). Valentina Fernández Vargas muestra cómo la labor intelectual de figuras como Severino Aznar o Martín Artajo, y de centros como los citados más arriba, sintonizan con una visión de lo femenino y lo familiar como baluartes frente a los riesgos de la sociedad moderna. Hay textos que registran la impronta que las ideas procedentes del nacional-catolicismo tienen en la posguerra española sobre el ideal normativo de familia, como el Fuero del Trabajo en su Declaración XII, nº 3, en que se explicita que la familia es la célula natural y el fundamento de la sociedad, y se confirma este ideal normativo de familia que prohíbe el acceso de la mujer al trabajo remunerado (1996: 176). En este sentido, es muy sugerente el aporte que la literatura procedente de la historia social reciente proporciona en relación con la *Sección Femenina de la Falange* como correa de transmisión de los valores morales y políticos del régimen, que insisten en llevar a las mujeres a sus *funciones tradicionales*, esto es, el mantenimiento del hogar y el cuidado de los hijos (Richmond, 2004; Gallego, 1984, 1982) (véase capítulo 2 *infra*).

Severino Aznar (1870-1959), el primer director del Instituto Balmes de Sociología y de la *Revista Internacional de Sociología*, ha sido uno de los más ilustres representantes del catolicismo social. Pese a que gran parte de su obra tiene un objetivo propagandístico y legitimador del modelo familiar impuesto por el franquismo (1942, 1943), ha sido considerado como el iniciador de la moderna sociología de la familia en España (Iglesias de Ussel y Flaquer, 1993: 61-62). Aznar realiza estudios demográficos desde una perspectiva natalista, mostrando una gran preocupación por la pérdida de potencial demográfico de la familia española (1926: 35), por lo que propone el desarrollo de políticas demográficas, con el objeto de tutelar y proteger a las familias numerosas, con exenciones fiscales y otras acciones positivas, como premio a su patriotismo (*Ibid.*: 38-41):

Toda familia que conserva más de cuatro hijos merece la calificación de familia numerosa, y ya he dicho los motivos en los que me fundaba [pérdida del potencial demográfico]. Todas ellas merecen estímulo y protección. Pero la merecen de un modo especial las que conservan una opulencia de hijos que compensa la pérdida de varias familias. Con relación a la protección del Estado, podrían, pues, hacerse dos grupos de familias numerosas; primero, el de las que conservan más de diez hijos, y

para ellas la protección será máxima; segundo, el de las que conservan más de cuatro hijos y menos de once; para ellas una protección menor, aunque en diferente graduación. (*Ibíd.*: 41).

Aboga en sus obras por la abnegación, el deber y el sacrificio de las mujeres en la familia: las mujeres están ligadas a la familia y a la procreación, y, como madres, tienen la misión de permanecer en el hogar cuidando de dicho entorno y de sus hijos (Fernández Vargas, 1996: 173-175). Por ello, propone que se forme a las mujeres en la “profesión de madre” en *Escuelas Domésticas*, *Escuelas de Puericultura*, *Gotas de Leche* e instituciones análogas, y que se prohíba a las madres el trabajo en los talleres y en las fábricas, lo que además tendría la ventaja de ahorrar mucho dinero del Seguro de Maternidad (Aznar, 1926: 63-67). Las primeras formulaciones encontradas en las que se trata, aunque sea tangencialmente, sobre el cuidado en la familia sitúa a la sociología española de las primeras décadas del siglo XX en discursos muy próximos a los de los inicios de la disciplina en el XIX. De este modo, la naturalización con la que la condición femenina es interpelada, como bastión y salvaguarda de los valores y sentimientos más nobles, alcanzó al pensamiento social católico ya bien mediado el siglo XX.

Las primeras investigaciones de marcado carácter empírico sobre la familia toman impulso a partir de finales de los cincuenta, pero hasta dos décadas más tarde, no se puede hablar de verdadero auge de la sociología de la familia en nuestro país. Enrique Gómez Arboleya (1910-1959), pese a haber sido inicialmente discípulo de Simmel y desarrollado propuestas originales para el estudio de la vida cotidiana (Morente, 1998: 299), siguiendo la estela de Parsons y Bales (1955), intenta combatir las propuestas de los krausistas y de la Institución Libre de Enseñanza, que formularon una crítica de la familia impulsando una educación de ambos sexos sobre bases más igualitarias. De hecho, toma como modelo la familia tradicional, el ideal sancionado por la ley y la iglesia, y único objeto de estudio y de protección social y jurídica. En el que puede leerse como primer estudio sociológico sobre la familia realizado en España, Gómez Arboleya y del Campo rechazan firmemente la hipótesis de una supuesta crisis de aquella planteando que, bien al contrario, se asiste a una revitalización de la misma; así, afirman: “La Familia, con mayúscula, no está en cuestión: lo que está en cuestión son las “formas” de realizarse los fines de la familia en el tiempo y espacio” (1959: 83). Sin embargo, presentando cierta ambigüedad, también en dicho estudio muestran un gran interés por los cambios en la posición de las mujeres dentro de la familia, lo que apuntan

como indicio de un gran cambio social. A fines de los cincuenta se inauguran los *Congresos de la Familia* en los que, apoyándose en la obra de Gómez Arboleya y del Campo, y aportando investigaciones marcadas con un fuerte sesgo ideológico, se sostiene la ideología oficial del régimen sobre la familia revistiendo de cientificidad dicho discurso. En el primero de estos congresos, que tiene lugar también en 1959, Manuel Fraga presenta una monografía, *La familia española ante la segunda mitad del siglo XX*, en la que se describe a la familia como una institución básica de la sociedad española, fundamento del Movimiento Nacional.

En las décadas siguientes se asiste a un lento, pero imparable, proceso de modernización de la sociedad española, lo que conlleva un cambio progresivo en el papel de la mujer. Se realizan numerosos estudios, en su mayor parte empíricos, en los que se analizan los cambios que conlleva el proceso de industrialización y urbanización (inmigración, educación, etcétera.), que utilizan técnicas importadas de las universidades norteamericanas, en las que trabajan jóvenes investigadores que intentan abrir paso al desarrollo de una sociología más científica, como Amando de Miguel, Díez Nicolás o Isidoro Alonso; estos autores se dedican casi exclusivamente al estudio de la familia nuclear y de la fecundidad (García Ferrando, 1987: 313-329). Muchas de estas investigaciones se llevan a cabo mediante encuestas, una de las más interesantes queda plasmada en el estudio publicado en 1975 por la Fundación FOESSA en el que se constata ya una importante transformación en la sociedad española en lo que a las familias se refiere (1975: 345-405). Se analizan también los datos del censo de 1970 en el que utilizan por primera vez en España las categorías de hogares familiares según la tipología elaborada por Peter Laslett, lo que permite iniciar el estudio de la morfología familiar, uno de los temas de investigación que mayor desarrollo ha tenido en las décadas de los ochenta y noventa del pasado siglo (Meil, 1998).

En esta época, en el campo de la familia, la sociología española apenas cuenta con aportes teóricos, los trabajos que se publican son adaptaciones de los de otros intelectuales foráneos, generalmente funcionalistas americanos³¹. Así, Alonso Hinojal

³¹ William Josiah Goode (1917-2003), fue el autor más citado en la producción sociológica española de los años sesenta y setenta (García Ferrando, 1987: 331). Goode, una de las mayores autoridades en el tema, muestra que la familia no es un objeto pasivo de las mutaciones sociales sino un actor dinámico que contribuye a definir las modalidades y direcciones del cambio. Pronostica que el modelo de familia conyugal se extenderá por todo el mundo, de la mano del universo industrial, asegurando individuos independientes para un mercado laboral flexible, en tanto que familia y economía se deben

publica una *Sociología de la Familia* en 1978 sin citar a ningún autor español. No obstante, el trabajo realizado por Carlos Moya sobre la familia y la ideología política (1972), es de gran rigor teórico y muestra, desde un enfoque interdisciplinar, cómo una cierta imagen del *orden familiar* legitimaba el sistema político franquista. También a comienzos de la década de los setenta, ve la luz el estudio pionero realizado por María Ángeles Durán, *El trabajo de la mujer en España: un estudio sociológico* (1972), en el que destaca la fuerte discriminación que sufren las mujeres en el mercado laboral, y que inaugura en nuestro país los estudios realizados desde una perspectiva centrada en la experiencia de las mujeres.

Con la transición, de forma acelerada, la normativa sobre familia tiene que adaptarse rápidamente a los cambios acontecidos o que estaban teniendo lugar en aquel momento, y que dan paso a la visibilidad y emergencia de una mayor pluralidad y diversidad en las familias. Nacen nuevas controversias entre los diversos defensores de una sociología más conservadora, que buscan legitimar un orden familista, y los disidentes que ponen énfasis en el estudio de los cambios en las costumbres y anuncian, teniendo presentes dichos cambios, formas más *modernas* de vida, más allá del modelo tradicional de familia, lo que no es ajeno a las polémicas que tienen lugar en otros países de nuestro entorno (Lenoir, 2003). Temas como la planificación familiar, la regulación del divorcio y del aborto o la educación de los hijos llegan al debate público y hay que buscar una solución a estos nuevos problemas en plena transición política, viéndose acompañado este proceso de acaloradas discusiones teóricas así como de movilizaciones políticas, algunos de ellos continúan siendo protagonistas bien entrado el siglo XXI (como el matrimonio homosexual o el aborto).

El desarrollo de la sociología española desde fines de los años setenta ocasiona durante años el estancamiento relativo de esta especialidad. Se ha atribuido al auge de los estudios sobre las mujeres, y a su relativa institucionalización, una suerte de compensación a la decadencia de la sociología de la familia (Iglesias de Ussel y Flaquer, 1993: 63). La relevancia pública y política que tiene la familia durante del período franquista provoca, más allá de temas concretos - como se ha señalado más arriba-, su desaparición de la arena política una vez se va dejando atrás la dictadura. Los estudios realizados en la naciente democracia se centran sobre todo en temas de pobreza, marginación y exclusión social, pero desaparece el interés por la protección de la familia

ajustar para asegurar un comportamiento más eficiente en los aspectos productivos y reproductivos y garantizar la movilidad territorial (Goode 1966).

como tal. Entre finales de los setenta y primeros de los ochenta se asiste a un verdadero auge de los estudios realizados sobre la familia: la participación laboral de las mujeres y su relación con el cambio familiar, la planificación familiar, el aborto, la vejez o la infancia (García Ferrando, 1987: 341-352). Estudios que reciben la influencia de los enfoques, métodos y planteamientos epistemológicos que la perspectiva de género empieza a adquirir.

La transición a la democracia trae consigo la actualización de numerosos preceptos tocantes a la familia, en línea con las legislaciones occidentales más avanzadas. Con el establecimiento de la igualdad de derechos entre los sexos, con la introducción del divorcio (1981), con la supresión de la discriminación legal entre hijos legítimos e ilegítimos y con la despenalización de la contracepción, del adulterio y de determinadas formas de interrupción del embarazo, España consigue al fin equiparar sus leyes sobre familia con las de otros países europeos. (Iglesias de Ussel y Flaquer, 1993: 64-65)

El Instituto Nacional de Estadística (en adelante, INE), el Centro de Investigaciones Sociológicas (en adelante, CIS), los Institutos de Estadística de las Comunidades Autónomas, el Centro de Investigación de la Realidad Social (en adelante, CIRES), la Fundación FOESSA, el Instituto de la Juventud, el Instituto de la Mujer, el Instituto de Demografía del CSIC, el Centro de Estudios Demográficos de la Universidad Autónoma de Barcelona, el Instituto de la Mujer, entre otros, han sido los principales protagonistas en la producción de datos que han permitido a los sociólogos dar un gran impulso a la investigación sobre familia en nuestro país. Al acabar el siglo XX, Gerardo Meil lamenta que el desarrollo de la Sociología de la Familia en España está aún lejos del nivel alcanzado en otros países europeos (1998: 180). Una década más tarde, dichos estudios han logrado un amplio reconocimiento tanto a nivel internacional –participación en congresos internacionales, en redes de investigación europeas, y en otros proyectos de investigación transnacionales- como a nivel nacional. Bernard Vicent señala que desde mediados de los años ochenta del pasado siglo han ido apareciendo de manera continuada monografías, han tenido lugar reuniones científicas sobre el tema, con una enorme variedad de enfoques (2011: 7). Así, la familia ha pasado a ser una de las mayores preocupaciones sociales y políticas no sólo de los gobiernos en los países europeos, sino también de la ciudadanía, siendo en la actualidad la institución más valorada por los españoles, incluso entre los más jóvenes (Chacón y Bestard, 2011: 10).

Tal como señalan Chacón y Bestard, es una constante en la historia reciente en España la controversia entre modelos de familia tradicional y otros que dan muestra de una concepción más abierta y plural: “Ambos modelos implican concepciones muy diferentes y encontradas de lo que puede ser la sociedad” (2011: 11). Si bien señalan que los datos ponen de manifiesto el incremento de la segunda modalidad, un número de matrimonios civiles que supera el de los religiosos, el aumento progresivo de los hijos fuera del matrimonio, el reconocimiento social y jurídico de las parejas de hecho, un constante incremento de divorcios y separaciones. La preocupación se sitúa así en el futuro de la familia (Iglesias de Ussel y Mari-Klosé, 2011: 1104 y ss.) lo que una vez más remite a la preocupación sobre el tipo de orden social que los diferentes modelos de familia salvaguardan (Renoir, 2003: 15-16).

1.4. Nuevos planteamientos en torno a la familia y al cuidado

El estudio de la familia se amplía y diversifica enormemente a partir de los años setenta. Pero, es en el marco de las investigaciones realizadas con perspectiva de género, al analizarla como un grupo integrado por individuos que se relacionan entre sí más allá de la mera convivencia, en el que cobra una mayor protagonismo el cuidado prestado en la familia. De hecho, las investigaciones más novedosas se han desarrollado desde la perspectiva feminista y/o de género (véase Cap. 5 *infra*), y esto en al menos dos sentidos. Por un lado, la crítica feminista no ha desembocado en una nueva definición de familia sino que ha desencadenado una discusión sobre la idea de un modelo único y estático. Por otro lado, se cuestiona la visión de la familia como un espacio armónico e igualitario, y se señala que también puede ser escenario de explotación, de profundas desigualdades (Giddens, 2002: 232), de abusos y de violencia (Beck-Gernsheim, 2003). Ulrick Beck y Elisabeth Beck Gernsheim señalan que las normas y tradiciones que regían las referencias personales ya no están vigentes en la construcción, mantenimiento o disolución de las relaciones familiares lo que genera tensiones y enfrentamientos. Amor, sexo, hijos, matrimonio, tiempos, libertad, trabajo, economía..., son objeto de negociación y de conflicto (1995). Anthony Giddens renueva los debates sociológicos sobre la vida personal y familiar al plantear que tiene lugar un cambio social rápido a raíz del que se produce en la naturaleza de las relaciones íntimas de tal modo que hombres y mujeres deben confrontarse de forma reflexiva a sus necesidades emocionales (1992: 6), y localiza la iniciativa de este cambio en las mujeres. Describe una intimidad más profunda entre parejas, padres e hijos, hombres y mujeres fuera del ámbito familiar, considerando que la modernización entraña una democratización del dominio

interpersonal (Ibíd.,:3), siendo por tanto su planteamiento más optimista que el de los Beck. No obstante, Giddens no logra estimar bien hasta qué punto las relaciones de género en la vida íntima están determinadas por la estructura de la vida pública, del mundo del trabajo y del empleo, y de las instituciones económicas así como de las estructuras de poder que continúan produciendo género (Waschaman, 2010; Illouz, 2012). Su visión, centrada en el contenido emocional y comunicacional de las relaciones olvida, como también hiciera Parsons las tareas materiales de la que estas se nutren en tanto que en el espacio familiar la cobertura de las necesidades del otro (trabajo de cuidado) recae siempre de forma desproporcionada sobre las mujeres (Waschaman, 2010: 118).

1.4.1. Complejidad de las relaciones familiares: del núcleo a la red

El interés de la sociología de la familia por las relaciones familiares más allá de la convivencia se desarrolla en buena medida como reacción a la tesis del aislamiento estructural de la familia moderna, poniendo de relieve la intensidad de los contactos e intercambios existentes más allá de la convivencia (Meil, 1998: 196). Aún en la época de auge del modelo parsoniano, para las familias pobres, el ideal de familia nuclear, autosuficiente y protegida del mundo exterior era algo difícilmente alcanzable, ya que su supervivencia requería, como requiere en la actualidad, el recurso a redes extensas de parentela, vecindad y amistad (Requena, 1994). La red familiar, lejos de ser un residuo del pasado, tal como sostiene la influyente teoría funcionalista, presenta una enorme potencialidad en el análisis del nuevo papel que están desempeñando y/o que se está adjudicando a las familias.

La noción de redes familiares subsanaría en gran medida las carencias analíticas del concepto de familia nuclear, como también la limitación que genera la visión del hogar como el único espacio de análisis de las familias y de sus intercambios. Desde el marco generado por el análisis de redes (*network analysis*) se han desarrollado investigaciones con las que se estudia la forma que adoptan las interacciones sociales, reconstruyendo y manteniendo los vínculos entre un grupo de actores que, a través de sus relaciones, conforman una entidad social, su familia (*family network*). Desde la perspectiva de la red, las familias pueden ser estudiadas como una realidad compleja y cambiante: operarían con una estructura reticular en la que circularían afectos, normas, valores, servicios, bienes materiales y simbólicos y recursos económicos. Se contempla así, por un lado, los contenidos de los intercambios entre los miembros que conforman la

red y, por otro lado, el impacto de los cambios sociales y de las políticas públicas en la organización de las familias. Esta visión dinámica es imprescindible en el análisis de redes, aunque también lo complejiza enormemente, tal como señala Duncan Watts, “nuestras redes cambian, y la estructura global de la red social a la que pertenecemos también” (2005: 55).

¿Qué se entiende por red? Watts defiende que la red es el mundo real, el mundo en que viven los seres humanos, de los rumores, de la amistad, de las enfermedades, de las tendencias y modos culturales e incluso de las crisis financieras, y para su estudio recomienda empezar por lo más sencillo, como etapa inicial para comprender lo complejo (Ibíd.: 15-17). Tomando como referente las definiciones relativamente amplias propuestas por S. Nadel (1957) y J. Mitchell (1969), la noción de red tiene una doble acepción: en primer lugar, remite a una estructura construida por la existencia de lazos o de relaciones entre diversos individuos y, por tanto, puede ser descrita en términos de morfología; en segundo lugar, es un sistema de intercambios en el seno del cual los vínculos o las relaciones permiten la realización de la circulación de bienes o servicios. De tal modo que los intercambios realizados dentro de una red pueden ser calificados de vínculos (Bertrand, 1999: 199). Este tipo de análisis concibe la familia como un sistema de relaciones que se construye a partir de una doble lógica: linaje y afinidad, es decir, por un lado, filiación y sucesión de generaciones; y, por otro lado, vínculo parental o creado por alianzas. No obstante, lo relevante en esta perspectiva es el análisis de la proximidad de los vínculos y de la capacidad de movilizarlos, más que la naturaleza del vínculo en sí (Ibíd.: 118). Definida en términos de morfología, de contenido y de dinámica interna, permite realizar un análisis de las elecciones que efectúan las personas–actores sociales en la movilización de sus relaciones, entendiendo que la red es un complejo sistema de vínculos que permiten la circulación de bienes y servicios, materiales e inmateriales, en el marco de las relaciones establecidas entre sus miembros (Ibíd.: 119-120). La unidad básica de análisis de redes es la díada, es decir, una relación entre dos personas; Anatol Rapoport introduce una noción para analizar las redes sociales, la tríada o el triángulo, *triadic closure* (clausura triádica), que es el siguiente nivel de análisis más sencillo y base de toda estructura de grupo (Rapoport, 1957; Cfr. Watts, 2005: 59).

Una de las primeras investigaciones en las que se aplica la teoría de redes al análisis de la familia es en la realizada por Elisabeth Bott ([1957] 1990). Esta autora desarrolla el concepto de *entorno social inmediato* a partir de la idea de que las redes se

forman gracias a los vínculos personales que establecen los individuos en su vida cotidiana, que tienen una estructura que es analizable y que está relacionada con los modelos de conducta³². La proximidad relativa, sea geográfica o sea afectiva, de los miembros de la familia es fundamental para vincularlos y desarrollar la capacidad de movilizarlos (para lo que no es un requisito la co-residencia). Pero también se pueden reactivar los vínculos de parentesco más lejanos o más laxos si el interés del grupo familiar o de alguno de sus miembros se impone. Entre estos parientes lejanos, E. Bott distingue entre el parentesco *efectivo* (es decir, aquellos parientes con los cuales no hay contacto y de los que apenas se conoce un determinado número de informaciones, tales como el nombre, profesión, el número de hijos o donde residen) y de los parientes *alejados* (de los cuales no se sabe nada, sólo de su existencia). Estos vínculos pueden ser activados y dar lugar a intercambios, sean para proporcionar ayuda a la subsistencia (hacer frente a dificultades imprevistas, enfermedades o accidentes), sean orientados a la promoción, es decir, a la mejora del estatus (Pitrou 1977: 80-82). En su investigación utiliza entrevistas en las que dedica un apartado a preguntar sobre el cuidado de los hijos así como sobre el modo cómo se reparte dicho cuidado entre hombres y mujeres (Bott, 1990: 228).

En la Encuesta *Redes Familiares en Andalucía* (ERF) se dibuja la red familiar como un grupo de parientes que se organizan en racimos según tres lógicas en torno a la persona entrevistada, a la que se denomina “ego”: filiación, conyugalidad y hermandad. En dicha encuesta se definen tres tipos de redes según su amplitud: la *familia-hogar*, formada por los parientes que conviven; la *red familiar básica*, integrada por ascendientes y descendientes directos de los entrevistados, además de hermanos y hermanas y del cónyuge o pareja; y, la *red familiar ampliada*, en la que se extiende el círculo de los parientes, e incluye a tíos, sobrinos, primos y otros parientes lejanos. Así, desde el punto de vista estadístico, la red familiar es una característica del individuo: cada individuo puede integrarse en diferentes redes, lo que da una medida de la densidad de su red (Fernández Cordón y Tobío, 2006: 25-27). Los datos de la ERF ponen de manifiesto que no es tanto la parentela desarrollada lateralmente como el eje de filiación lo que da forma al nodo central de la red familiar, eje integrado por padres-hijos-abuelos-nietos, siendo especialmente fuerte el vínculo entre madre e hija.

³² Dichas redes también tiene ciertas propiedades que son igualmente analizables: tamaño, densidad, articulación, elasticidad, duración, homogeneidad (Bott, 1990: 360).

1.4.2. Relaciones de intercambio entre generaciones de mujeres

El tema de la ayuda familiar no es nuevo en las ciencias sociales (véase 1.3.3.2 *supra*). Entre los años cincuenta y sesenta, numerosas investigaciones desarrolladas en Europa y EEUU versan sobre la familia en relación con la sociedad y con la parentela. Estas últimas estudian como los individuos se integran en un grupo doméstico y en una red de parientes. Sin embargo, en los años cincuenta dicha red apenas es estudiada debido a la fuerte influencia de las teorías parsonianas sobre la familia a excepción de los trabajos desarrollados por Bott (1957) y Moge y (1956). Tal como señalan Jim Ogg y Catherine Bonvalet, a partir de los años ochenta esta red de relaciones familiares va cobrando mayor protagonismo en los estudios empíricos, si bien es sobre todo a partir de mediados de los años noventa cuando se desarrollan estudios que buscan comprender como los sistemas de protección social modifican las solidaridades familiares. Se empiezan a plantear la cuestión del impacto de los cambios sociodemográficos sobre las relaciones familiares en un momento de retroceso del EB y en el que empiezan a ser visibles los efectos de la crisis económica de 1973³³, por lo que el estudio de estas relaciones de intercambio adquiere un nuevo protagonismo. En este contexto, el comportamiento de los individuos, marcado por los valores de autonomía, igualdad y meritocracia, es clave para entender las nuevas estructuras familiares así como sus consecuencias sobre la sociedad y sobre los sistemas de solidaridad familiar (2004: 80).

La importancia de las relaciones y de los intercambios que se producen en el seno del conjunto de familiares, incluso cuando no conviven ha sido destacada por numerosos estudios, que subrayan la solidaridad entre mujeres, especialmente entre mujeres de diferentes generaciones³⁴ (Tobío, 2001, 1999; Attias-Donfut y Rozenkier,

³³ Los efectos combinados de las crisis del petróleo de los años 1973-74 y 1978-79 ponen en evidencia la interdependencia de las economías europeas alterando, además, el escenario de prosperidad y casi pleno empleo masculino. Se ha denominado *la Edad Dorada* del capitalismo del bienestar (*Golden Age*, 1945-75) en el que el EB ha dado muestras de mutaciones y un alto grado de resistencia y adaptación. La ofensiva neoliberal de los años 80 y 90 del siglo pasado cuestiona los fundamentos y la legitimidad sobre la que se había desarrollado aquel tras la segunda guerra mundial, bajo un discurso que enfatiza los efectos de la globalización y la mundialización de la economía y los cambios en el mercado laboral (Moreno y Serrano, 2007: 34-35). La crisis que se desencadena en 2007 ha sido la excusa sobre la que se ha asentado una ofensiva brutal sobre el EB cuyas consecuencias aún están por determinar.

³⁴ Danièle Debordeux y Pierre Strobel en un trabajo en el que intentan deconstruir la noción de solidaridad familiar, remarcan que el término *solidaridad* en los países anglosajones no se utiliza para estudiar las relaciones de intercambios familiares sino que el debate se focaliza en el *family support*, término que equivale a ayuda más que a solidaridad (2003).

1995; Roussel, 1995; Pitrou, 1977). Las relaciones de intercambio entre generaciones de mujeres cobran en la actualidad una importancia central en las familias, sobre todo en la Europa meridional, ya que están jugando un papel fundamental a raíz de los cambios que se han desencadenado con la incorporación generalizada de mujeres de diferentes grupos sociales, sobre todo de las clases medias, al mercado laboral en las últimas décadas, a la par que se mantiene la necesidad de dar respuesta a las necesidades de cuidado de una población cada vez más envejecida, de niños, de enfermos y de otras personas frágiles en un contexto de progresivo adelgazamiento del EB. Efectivamente, un gran número de trabajos dan cuenta de un intenso intercambio y transferencias entre generaciones tanto de dinero, de bienes materiales y de servicios, como de bienes culturales³⁵. No obstante, se subraya que dichos sistemas de intercambios, reciprocidad y solidaridad intrafamiliares (Tobío, 2008a: 9), también presentan su parte oscura, en tanto que los altos niveles de solidaridad familiar no suponen necesariamente un mayor bienestar ni para quienes prestan ni para quienes reciben cuidado.

¿Qué se entiende por generación? Constanza Tobío, siguiendo los trabajos de Attias Donfut y Arber (1999), desgana el concepto de generación y considera que es posible identificar “cinco categorías diferentes: cohortes demográficas, diferencia entre la edad de los padres y la de los hijos, generaciones históricas, generaciones familiares y generaciones del bienestar” (2008b: 91). Aquí se ha optado por nombrar las generaciones familiares en el sentido que lo hacen estas autoras, es decir, en términos de la relación vertical de filiación (hijas, madres abuelas), sin obviar por ello que éstas se relacionan estrechamente con la de generación del bienestar, tal como apunta Tobío (2008a: 9-10).

Uno de los primeros trabajos en los que se aborda el estudio de las relaciones entre generaciones es el panel sobre tres generaciones en Puerto Rico y EEUU, a través de cuyos datos se analiza el cambio cultural y familiar. Sin embargo, la mayor parte de los estudios posteriores se han limitado a comparar dos generaciones y, generalmente,

³⁵ Véase: Attias-Donfut y Segalen (1998), Coenen-Huther et ál. (1994), Arber y Attias-Donfut (2000), Bawin-Legros (2002), Bloch y Buisson (1994), Gregory y Windebank (2000), Kohli (1999), Bengtson y Achenbaum (1993), Nave-Herz (2002), Terrail (1995), entre otros. En España, véase: Meil (2011), Agulló (2002), Sarribe (1995), Izquieta (1996), Rivas (1999), Leal (1998), Bazo (2008, 2004, 2002a, 2002b), Rivera (2001), Fernández Cordon y Tobío (2013, 2006), Tobío (2001, 1999); entre muchos otros.

han centrado en los miembros más jóvenes³⁶, con la más que notable excepción de los estudios realizados por Claudine Attias-Donfut en Francia y Julia Brannen en Gran Bretaña. Los trabajos desarrollados por estos autores han servido de referente e inspiración para el diseño del trabajo de campo de la tesis aquí presentada. La investigación coordinada por Reuben Hill se centra, por un lado, en cuatro microconceptos a partir de lo que observa en las familias: el encierro de las mujeres en el hogar, la autoridad paterna, el control de la dimensión familiar y la indisolubilidad del vínculo matrimonial; por otro lado, en el análisis de cinco tipos de comunidad, categorización que va de rural a urbana. A partir de este esquema lleva a cabo diversas incursiones sobre el terreno: un examen de los censos y de las estadísticas especializadas, el desarrollo de entrevistas dirigidas intensivas y la observación participante. Mediante estas aproximaciones obtiene material empírico sobre tres parejas diferentes de un mismo linaje familiar y, considerando que la generación intermedia es la que ha conocido tanto a la generación mayor como a la joven, ésta se constituye en el punto de referencia ideal para verificar el testimonio tanto de los más jóvenes como de los mayores (1970: 88-89). Además, en dicho estudio se incorpora un análisis contextual-histórico, de modo que las características básicas de los tres períodos, con su diferente nivel de desarrollo social y económico, están presentes en el análisis de las tres generaciones consideradas (por ejemplo, lo que supone contar con recursos materiales en la vida cotidiana tales como electricidad, agua corriente, etcétera). Para cada uno de los conceptos-problemas analizados, una generación puede entrar en la clasificación como *tradicional*, *en transición* o *moderna*³⁷ (*Ibid.*: 88). Se analizan semejanzas y diferencias entre generaciones en la continuidad profesional, las relaciones amorosas y las prácticas de educación de menores. Los resultados que proporciona dicha investigación son sorprendentes en tanto que se pone de manifiesto que los cambios en los conceptos morales son más marcados que los cambios en los comportamientos:

[A] pesar de los cambios de la tecnología y de la economía, nuestras observaciones de los comportamientos familiares de una generación a otra en el seno de los mismos linajes familiares nos han mostrado que las prácticas familiares se caracterizan más por la continuidad que por el cambio [...] No obstante, tras tres generaciones, *los cambios más marcados se han producido en las normas*. Los cambios van en la

³⁶ Véase, v.gr. el estudio realizado en México por Martha Caballero en el que se analizan tres generaciones buscando comprender la vida de las nietas a través de las continuidades, las rupturas, las transiciones y el cambio con las generaciones anteriores (2007: 17).

dirección esperada: preferencia por menos hijos, aceptación del divorcio y de la separación, valores familiares igualitarios más que autoritarios, resistencia decreciente frente al trabajo exterior de la mujer. (*Ibid.*: 91-92) [Las cursivas son añadidas].

La investigación coordinada por Claudine Attias-Donfut en la década de los noventa sobre tres generaciones de un mismo linaje familiar (hombres y mujeres) subraya el papel esencial de las relaciones entre mujeres de diferentes generaciones en el mantenimiento de la vida cotidiana (Attias-Donfut, 2000; Attias-Donfut y Segalen, 2000). En una obra más reciente, se llega a la conclusión de que en la actualidad, probablemente más que en ningún otro momento histórico, las relaciones intergeneracionales están desempeñando un papel esencial (Attias-Donfut *et ál.*, 2003). De hecho, se argumenta que familia y modernidad no son contradictorios, sino todo lo contrario, ya que en todas las clases sociales existe un *espíritu de familia*, una forma de relación de los miembros entre sí que mantiene vínculos y continuidades a la par que, aún más que en el pasado, se fomenta la autonomía de cada uno de sus miembros (*Ibid.*: 7). En un contexto en que se producen cambios constantes en las relaciones familiares, la cuestión de la continuidad entre generaciones es central, al ser las parejas cada vez más inestables. Fenómeno que coincide con el incremento paulatino de la esperanza de vida, lo que tiene como consecuencia que cada vez sea más habitual la coexistencia de tres o cuatro generaciones. Esta extensión vertical y temporal de los vínculos genera nuevas formas de relación, surgen nuevas y más intensas formas de solidaridad y reciprocidad que permiten mejorar la calidad de vida de algunos de sus miembros (por ejemplo, cuidado de los niños y otras personas adultas en situación de dependencia; ayuda material para la emancipación de jóvenes, entre otros), a la par que emergen tensiones, crisis, rupturas y violencia. En un momento en que las parejas presentan una mayor fragilidad (Bauman, 2005) y los individuos una más fuerte individualidad (Beck, Giddens y Lash, 2003; Beck y Beck-Gernsheim, 1998), las relaciones entre generaciones son más estrechas que en ningún otro momento histórico.

Las transferencias intergeneracionales se producen en tiempos concretos y están condicionadas, tanto por los contextos históricos, por el ciclo de vida, como por la provisión generada desde los sistemas públicos de protección social, como se ha señalado anteriormente. Además, las condiciones históricas están marcadas por las

³⁷ Esta clasificación ha sido tomada como referente para el diseño de los perfiles de las entrevistas en el trabajo de campo de la tesis doctoral aquí presentada.

culturas del dar y del recibir que evolucionan a través de las generaciones. Tal como ha puesto de manifiesto Julia Brannen, las transferencias de recursos económicos, servicios y cuidados juegan papeles distintos en las diferentes formas del curso de la vida cotidiana para cada una de las generaciones por ella estudiadas. Estas transferencias nacen en respuesta a las necesidades particulares (Brannen, 2006: 138-140; Brannen y Nielsen, 2003). No obstante, dichas necesidades están sujetas a una continua (re)definición social y a procesos de negociación (Finch, 1989). Los cambios en los modelos de relaciones de género, suponen también negociaciones de cómo va a ser la nueva forma de hacer y de organizar las cosas, y a *quién* le corresponde hacer *qué*. Y donde hay negociación, hay posibilidad de conflicto, sea entre mujeres y hombres, sea entre mujeres de diferentes generaciones.

Las diferentes culturas en las familias, así como sus vías de expresión sobre las obligaciones familiares, representan un importante aspecto del cambio y la continuidad intergeneracional según argumenta Brannen. En este análisis, el concepto de cultura³⁸ aporta luz en el estudio de las obligaciones familiares y de las diferentes influencias que estas tienen sobre las transmisiones, materiales, culturales, o simbólicas. Diferencia entre culturas familiares que prevalecen y se transfieren a lo largo del tiempo y culturas familiares que cambian a través de las generaciones. Los diferentes valores que adoptan tienen, a su vez, consecuencias sobre las actitudes respecto a las obligaciones familiares, qué se considera *obligación familiar* y qué le corresponde hacer a cada miembro (Brannen, 2006: 140-141). En las *culturas de la continuidad*, los intercambios familiares generalmente se van acomodando en el tiempo, van adoptando la forma de reciprocidades entre individuos específicos y, habitualmente, se transmiten a través de líneas de género (Brannen y Nielsen, 2003). Las mujeres proveen de cuidado, y de las culturas sobre el cuidado, generalmente en la forma de la incondicionalidad, es decir, que los recursos se transmiten sin cálculo *racional* de expectativa de retorno, justificándose en términos de amor, de afectos (Brannen, 2006: 141-142). Las *culturas de la discontinuidad*, que se expresan en una mayor independencia o distancia entre los diferentes miembros de la familia, generalmente son características de familias que han

³⁸ En las ciencias sociales se concibe la cultura como un complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y hábitos adquiridos por los individuos en tanto que miembros de la sociedad y que se transmiten de generación en generación. (Es la clásica definición de Edward Burnett Tylor; cfr. Giménez, 1998: 167-169). Clifford Geertz considera al ser humano como un animal suspendido en unas telarañas de significados que él mismo ha ido tejiendo, en la que la cultura quedaría representada en esas telarañas (1995: 5).

experimentado gran movilidad social y geográfica, depositando gran parte del soporte del cuidado en el Estado proveedor y/o en el mercado.

1.4.3. El lugar del cuidado en las familias

La obra de Simone de Beauvoir tiene una enorme influencia sobre la crítica familiar producida a partir de los años setenta desde los estudios feministas, al subrayar el fracaso de la moral burguesa tradicional así como del matrimonio, considerado lugar de alienación de las mujeres ([1948]1998). En *El Segundo sexo* sostiene que el amor y la sexualidad no tienen el mismo significado para los hombres y para las mujeres, pues el modelo del amor romántico permite subyugar y explotar a las mujeres: el amor para las mujeres se traduce en construirse como *un ser para el otro*, un otro al que se admira, y este es un fenómeno que está marcado por la desigualdad. La célebre frase con que da comienzo al primer capítulo de la segunda parte de esta obra, pasó a ser una consigna para el movimiento feminista:

No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico, económico define la imagen que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana... (De Beauvoir, 2008: 371)

Décadas más tarde, los estudios de género propician una auténtica explosión de estudios sobre la vida doméstica que analizarán la experiencia de las mujeres en el mundo familiar. Se cuestionan ideas tan arraigadas como que la familia sea una unidad cooperativa, de apoyo mutuo y basada en intereses comunes, y se denuncia que, lejos de esa mítica imagen, dentro de la familia existen relaciones de poder desiguales (Giddens, 2002: 236), en las que unos individuos se benefician más que otros de los recursos existentes. La familia pasa a ser analizada como un espacio en que interactúan miembros, con poder, recursos, tiempo y capacidad de negociación desiguales y asimétricas (Glaude y de Singly, 1987) y también como ámbito para el ejercicio de derechos individuales. Aparece como un escenario en que también puede haber opresión y violencia, y no sólo como refugio afectivo o de amor, tal como se consideraba antes de que se pusiera sobre la arena política el que ha pasado a ser definido como problema

social³⁹. Un ejemplo de este tipo de reflexiones puede encontrarse en la obra de Martha C. Nussbaum, en relación con el amor, los cuidados y la dignidad en la familia:

[L]a familia ha sido, si no el mayor, al menos uno de los más importantes sitios de opresión de las mujeres. Existen amor y cuidados en la familia. Pero también existen en ella violencia doméstica, violación marital, abuso sexual de niños, malnutrición de las niñas, desigual cuidado de la salud, desiguales oportunidades educativas, e incontables violaciones menos tangibles de la dignidad e igualdad de las personas. [...] En muchos casos, el daño que las mujeres sufren en la familia asume una forma particular: la mujer es tratada no como un fin en sí mismo, sino como un agregado o un instrumento de las necesidades de los otros, como una mera reproductora, cocinera, fregadora, lugar de descarga sexual, cuidadora, más que como una fuente de dignidad en sí misma. [...] La familia, por tanto, puede significar amor, pero puede significar también desatención, abuso y degradación. (2002a: 322)

Diferentes líneas de investigación se centran en el análisis de las relaciones de poder y el reparto de trabajos y responsabilidades en las familias, en la crítica del modelo de familia normativo impulsado por el funcionalismo y por una tradición de más de dos siglos de rígida división entre lo público y lo privado, entendiendo que se trata de una dicotomía históricamente construida. Y se insiste en la visibilización del hecho, contrastado históricamente y en diferentes sociedades, de que las mujeres han trabajado siempre fuera del hogar, y que el modelo que describe el funcionalismo que, aún siendo un modelo teórico controvertido continúa teniendo un gran peso, no es más que un modelo ideológico de organización de las familias. Incluso llegan a considerar la familia como un ámbito de explotación de las mujeres, como ocurre con el feminismo materialista (Delphy, 1982). Con ello, se logra ir visibilizando tanto la contribución socialmente invisible de las mujeres a la vida económica como la forma que adopta la división sexual del trabajo en las sociedades modernizadas (Battagliola, 1988; Barwin-Legros, 1988). Especialmente complicado resulta dar cuenta de una amplia variedad de procesos, que tienen relación con diferentes tipos de cuidados prestados a los miembros de la familia. Diversos estudios muestran que las mujeres realizan muchas más tareas domésticas que los hombres y dedican más tiempo que ellos a cuidar de menores, además es más probable que terminen cuidando de enfermos y de mayores (Finch, 1989; Hoschchild, 1989), al igual que es habitual que apoyen a sus cónyuges en sus carreras

³⁹ Una línea de análisis de las relaciones de poder entre los cónyuges se orienta hacia la violencia de género y la violencia doméstica en las relaciones familiares (por ejemplo: Alberdi y Matas, 2002; Miranda, Martín Palomo y Marugán, 2009; García Selgas y Casado Aparicio, 2011; Casado, 2012).

profesionales o que presten cuidados en el hogar de forma no remunerada (Elliot, 1996: 22-46). Siguiendo los trabajos de Ducombe y Marsden (1983), Giddens destaca que las mujeres no solo se hacen cargo habitualmente de tareas como la limpieza o el cuidado de las criaturas, además “invierten una gran cantidad de trabajo emocional en el mantenimiento de las relaciones personales” (2002: 236). Y pese a que dichas actividades se basen en sentimientos de amor y en otro tipo de emociones profundas, “también son un tipo de trabajo que exige una capacidad para escuchar, percibir, sortear situaciones y actuar de forma creativa” (Ibíd.). Se profundizará sobre estas cuestiones en el capítulo 2, *infra*.

Se ha realizado, efectivamente, una intensa crítica al modo en que el liberalismo describe lo que ocurre en las que identifica como esfera pública y esfera privada, que equivale a la separación del mundo de las mujeres y de los hombres, sobre todo por el modo como se presentan los agentes, como si carecieran de relaciones y compromisos con los demás. Así, autoras como Carole Pateman (1995), Eleni Varikas (1999) o Martha C. Nussbaum (2002a) han señalado que dicotomías herederas del pensamiento ilustrado ya presentes en la obra de grandes filósofos de la Grecia clásica de la talla de Aristóteles, tales como la autonomía/ la dependencia, la justicia / la solidaridad, los derechos / los cuidados, que han tratado de preservar la pureza de la esfera pública, hacen abstracción del contexto de las personas relegando las relaciones personales y las familias al margen de la aplicación de los principios de justicia, de modo tal que los derechos de ciudadanía han encontrado sus fronteras en la esfera privada, lo que ha tenido como consecuencia considerar que la violencia doméstica es un asunto privado (Sánchez, 2003: 74) o que las relaciones de poder, y el reparto desigual de tareas y responsabilidades entre hombres y mujeres, hayan quedado ocultos durante siglos bajo la bandera de la privacidad. Se ha cuestionado así el carácter abstracto, ambiguo y ahistórico de dichas dicotomías que han permitido elaborar una concepción de la sociedad civil que prescinde de la vida doméstica. Por ello, algunas autoras, como Soledad Murillo (1996), insisten en la importancia de destacar la dimensión pública de lo doméstico. Dicho de otro modo, tal como argumenta Susan Moller Okin, si no hay justicia dentro de las familias, las mujeres no pueden alcanzar la igualdad (1989). El estudio del cuidado, que se caracteriza por su transversalidad, contribuye a deconstruir dichas categorías como se verá en el capítulo 3, *infra*.

Recapitulando

Tal como señala Martín López, “los clásicos son los pensadores capaces de hablar con el futuro. Lo cual alude a su capacidad de alumbrar nuestras preocupaciones actuales y de hacernos pensar y suscitar soluciones a nuestros problemas, pero también, críticas a nuestras presuntas soluciones” (1993: 23). A lo largo del capítulo se ha intentado mostrar cómo un tema que es vital para el desarrollo de la vida humana, para el mantenimiento del vínculo social, el cuidado, ha pasado de tener una casi absoluta invisibilidad o, en caso de aparecer de algún modo, ha sido naturalizado como parte de la identidad femenina y de las atribuciones a las mujeres por la división del trabajo sexual en las familias, a ir cobrando presencia progresivamente en la investigación sociológica más reciente, sobre todo a partir de las investigaciones desarrolladas desde una perspectiva de género. También la sociología crítica, la antropología, la demografía y la historia han tenido mucho que ver en esta emergencia del cuidado como tema puntero en la investigación en el siglo XXI (Tobío et ál., 2010). Los teóricos desde la antigüedad han dejado un legado que proporciona herramientas con una enorme potencialidad analítica para el estudio de la vida social pero también prejuicios que siguen pesando en la elaboración sociológica. En este diálogo, el cuidado interroga a la teoría y empuja a buscar aperturas epistemológicas que también permitan analizar muchos fenómenos que se escapan a herramientas que han envejecido en las últimas décadas, como se ha puesto de manifiesto en otro lugar (Martín Palomo, 2008a; 2008b).

Capítulo II.

EL CUIDADO COMO TRABAJO:

APROXIMACIONES PARA SU ESTUDIO

Las normas conceptuales y teóricas están en el origen de los sesgos estadísticos que hacen que se infravalore el trabajo de la mujer en las estadísticas de población activa y en las cuentas nacionales.

(Benería, 1999: 321)

Los trabajos de cuidados se han construido, así, históricamente en una estrecha relación entre su dimensión de trabajo – aún no siendo remunerado (trabajo experto, cualificado, normativizado) –, su dimensión emocional y de responsabilidad y su desempeño dentro de un sistema determinado de relaciones familiares y de género.

(Borderías, Carrasco y Torns, 2011: 26)

Introducción

El proceso por el que el cuidado ha venido a ser considerado como trabajo ha sido largo y controvertido. En este capítulo se revisa el debate sobre el cuidado prestado en entornos familiares a partir del modo como ha sido estudiado con la introducción de una perspectiva de género y, por tanto, deja de ser atribuido por una adscripción esencialista o naturalista al universo de lo femenino. Se realiza una breve revisión de las bases teóricas y analíticas que han estado detrás de las diferentes aproximaciones al cuidado como objeto sociológico, desde estos primeros intentos por conceptualizar el trabajo doméstico, que aún hoy continúa teniendo la condición de “objeto de estudio borroso” (Torns, 2008: 54 y 57-58), al desarrollo de un concepto de cuidado que, avalado por la tradición anglosajona y más recientemente la francesa, ha suscitado un enorme interés en especialistas en políticas de bienestar y, pese a la falta de acuerdo para definirlo, parece estar teniendo una buena acogida. De tal modo que en el curso de varias décadas se ha pasado de reivindicar las tareas domésticas como trabajo, a una situación en la que el cuidado, para el que se ha reclamado también la misma consideración, ha generado un campo de investigación propio.

La clasificación de los estudios sobre el cuidado prestado en el ámbito doméstico-familiar se ha organizado, a grandes rasgos, en torno a tres ejes de investigación que tienen múltiples conexiones entre sí: un primer eje, en el que se analizan las actividades realizadas en el espacio doméstico desde la perspectiva del trabajo; un segundo eje, que parte de la interrelación entre los trabajos realizados en el ámbito familiar y el profesional; y, un tercer eje, centrado en la consideración de la especificidad del trabajo de cuidado. No obstante, antes de avanzar es necesario hacer

algunas advertencias. No se ha pretendido dar ni se ofrece una visión lineal ni homogeneizadora del pensamiento social en torno al cuidado. Tampoco se puede hablar de una progresión argumentativa, pues ello significaría que cada propuesta ha sido invalidada por las posteriores cuando más bien son enfoques que dialogan y se retroalimentan. Y, además, no pueden leerse como excluyentes en tanto que las líneas divisorias entre ellos no son claras. El primero de los ejes tiene su origen en la sociología del trabajo y en la economía, concretamente en los estudios marxistas sobre el trabajo doméstico, y ha sido fuente de estudio sociológico desde hace varias décadas a partir del momento en que algunos científicos sociales plantearon la ruptura con el concepto de trabajo vigente en aquel momento; el segundo, proviene de los estudios realizados desde la sociología de la familia y la sociología del tiempo, con sus aperturas hacia, y sus interrelaciones con, las políticas de empleo; el tercero, se gesta en un nuevo campo, el cuidado, y se nutre de la filosofía moral y política y de la psicología del desarrollo cognitivo y moral.

2.1. Mujeres y trabajos: fronteras que se transforman

¿Qué es lo que hace que una actividad, una tarea determinada sea considerada como femenina o masculina? ¿Cómo se construyen las cualificaciones? ¿Cómo se adjudican las competencias y saberes? En cada época esta discusión se ha centrado en torno a diferentes cuestiones. La conceptualización del trabajo y los significados con que se designa han cambiado a lo largo del tiempo: se trata de una categoría negociada (disputada) y (re)inventada constantemente entre diferentes actores sociales (Prieto, 2007: 22-23). El trabajo como concepto social no es cerrado, sino que es el resultado de confrontaciones sociales en las que algunos grupos intentan imponer sus intereses al conjunto de la sociedad y consolidar aquellas instituciones que mejor se adaptan a los mismos, y así diversas definiciones han clasificado las actividades emprendidas por los seres humanos sobre la base de diferentes representaciones culturales. Por ello, una mirada histórica a las actividades realizadas por las mujeres se torna fundamental, en tanto que permite deconstruir las cambiantes fronteras entre lo considerado *trabajo* y *no trabajo* (Gardey, 2000: 53).

2.1.1. Presencias y ausencias de las mujeres en el mundo del trabajo

Entre las especialistas en historiografía feminista existe cierto consenso en afirmar que las mujeres han trabajado siempre, dentro y fuera de los hogares (Scott y

Tilly, 1978; Schweitzar, 2002). Pero la historia del trabajo de las mujeres no puede leerse como una historia lineal, sino que avanza, retrocede, y presenta sus contradicciones e incoherencias (Battagliola, 2004: 107). Si el concepto de trabajo, tal como se ha conformado a partir del proceso de industrialización, se ha mostrado incapaz de ser una herramienta adecuada para analizar el cuidado, la categoría de *trabajo* tampoco logra explicar en su momento la realidad social que pretende analizar¹. Incluso, según muestran algunos estudios históricos que han sacado a la luz una historia ocultada por una historiografía escrita en masculino, se trata de un concepto restringido que impide ver gran parte de las actividades realizadas por las mujeres (Scott, [1986] 1990; Arbaiza, 2003; Pérez Fuentes, 2003a).

2.1.1.1. El trabajo y el empleo: un largo y disputado camino²

Desde los inicios del proceso de industrialización, la gran mayoría de mujeres de clases populares han realizado diversos trabajos a cambio de remuneración: en las fábricas, como sirvientas o costureras, elaborando alimentos para el mercado en sus hogares, etc. También antes desempeñan de forma continua trabajos remunerados y no remunerados en sus hogares, bajo modelos protoindustriales y premodernos de trabajo, y contribuyen a la economía familiar, sea produciendo para el mercado, o para el autoconsumo (Battagliola, 2000: 3). Si bien es cierto que las mujeres han trabajado siempre, no lo es menos que generalmente lo han hecho en sectores menos cualificados, con escasa remuneración y de forma transitoria, concentrándose en actividades poco permanentes, compatibles con el cuidado de las criaturas, consideradas como una extensión de su cotidianeidad doméstica (Benería, 1983: 61-62). Y es que, con escasas excepciones, hasta tiempos muy recientes, tras la mujer trabajadora, se ha dibujado la esposa y la madre.

Es difícil conocer qué miembro de la familia realizaba cada trabajo en la era preindustrial así como cuáles eran las estrategias familiares orientadas a la satisfacción de las necesidades básicas (Pahl, 1991: 44). Sí es posible encontrar muchos y variados estudios sobre las diferentes experiencias de trabajo de las mujeres en la transición a la sociedad industrial (Pérez Fuentes, 2003b: 242). En el siglo XVIII, tanto en el campo

¹ Véase: Arbaiza (2000), Borderías (2003a), Escartín (2003), Muñoz (2003), Pérez-Fuentes (2003b), Nash (2000), Sarasúa (1994), Morant y Bolufer (1998), entre otras.

como en las ciudades, las mujeres desarrollan múltiples actividades remuneradas. En el ámbito rural trabajan como jornaleras, cultivan, venden sus productos en el mercado, cosen, son nodrizas que acogen a los hijos de las mujeres ocupadas en los comercios o en los talleres familiares (Sarasúa, 1994: 139-193). En las ciudades también hay numerosas oportunidades de trabajo remunerado para las mujeres, que administran pequeños comercios, son vendedoras ambulantes, lavanderas, costureras, o ejercen diversas ocupaciones vinculadas a la industria naciente – por ejemplo, regentan pensiones o toman pupilos (Pérez-Fuentes, 2003: 229; Arbaiza, 2000: 440); prácticas estas que se mantienen durante el siglo XX (Battagliola, 2004: 9-10). El sector doméstico tiene una fuerte implantación en la estructura ocupacional de la sociedad española tal como muestran los estudios históricos sobre los censos y otros registros de los siglos XVIII y XIX. Se trata de un conjunto de diversos trabajos que se reúne bajo el rótulo “*servicio doméstico*”: criados y sirvientes de distinto rango, nodrizas, escribientes, lavanderas. Estos trabajos se llevan a cabo de forma diversa tanto en el mundo urbano como en el rural: a domicilio, fuera del hogar, remunerados – con frecuencia solo en especie –, para el autoconsumo, etc., pero no todas estas actividades se captan³ y se incluyen en los censos, como ocurre con el trabajo realizado por las nodrizas (Sarasúa, 1994: 183).

El proceso de industrialización se desarrolla inicialmente en algunas zonas de Inglaterra y Gales a partir de la segunda mitad del siglo XVIII y se extiende al resto del continente europeo más tardíamente. En nuestro país, exceptuando la industria textil en Cataluña a fines del siglo XVIII, no es hasta las postrimerías del siglo XIX o la primera mitad del XX, en algunas regiones como la andaluza, cuando se produce un cambio en la estructura productiva que posibilita un crecimiento considerable de la productividad y que se acompaña de profundas consecuencias sociales como la urbanización, la formación de la clase obrera y una creciente división del trabajo. Proceso que favorece la construcción del concepto social de trabajo vigente en la actualidad, que toma como

² La redacción de este epígrafe se ha basado en gran medida en dos capítulos de un libro publicado por la doctoranda (Martín Palomo, 2010a): “Una biografía en contexto: historia social de la vida cotidiana” (pp. 21-39), y “Mujeres y trabajos: más allá del empleo” (pp. 41-51).

³ La importancia del trabajo de cuidado de las niñas y de los sirvientes en las clases más altas es casi invisible en la literatura de investigación. Kari Waernes, pone el ejemplo de los estudios de Sigmund Freud que, al analizar cómo se forman las relaciones entre madre, padre e hijo, no tiene en cuenta en absoluto las relaciones de las criaturas con sus niñas y sirvientes; y, teniendo presente que la mayor parte de los pacientes del padre del psicoanálisis procedían de hogares burgueses o de clase alta, es fácil suponer que a muy temprana edad el cuidado que recibieran sería prestado sobre todo por sirvientes (1996: 269).

referencia formas de ejecución que son propias de la actividad industrial, llevadas a cabo en el taller o en la fábrica por mano de obra mayoritariamente masculina y asalariada. Se define entonces el trabajo como actividad extradoméstica y el empleo pasa a ser la actividad desde la que se decide qué es trabajo, mientras que otras actividades no monetarizadas, ejercidas al margen del mercado laboral formal y realizadas mayoritariamente por mujeres, difícilmente adaptables a los criterios metodológicos establecidos para registrar y cuantificar la actividad económica, quedan fuera de la definición del trabajo y de las formas de recuento del mismo.

La obra de los maestros fundadores de la Ciencia Social, como Max Weber o Durkheim, su descripción de la sociedad industrial, ya postergaba el interés por estudiar el significado del trabajo en su vertiente extramercantil. Las formas de trabajo han evolucionado desde entonces, pero prevalece una visión paradigmática del trabajo concebido como actividad industrial, asalariada, mercantil y extradoméstica. Por todo ello, nombrar otras actividades no industriales, no remuneradas, domésticas, se convierte en una tarea problemática (García Saínz, 1998: 164-165).

2.1.1.2. El registro del trabajo de las mujeres: la invención de la inactividad

Siguiendo los trabajos de A. Desrosières, F. Battagliola subraya que las mujeres oscilan entre las diversas convenciones de clasificación pues su trabajo, cualquiera que sea, tiene siempre una pluralidad de significados sociales y, por tanto, es susceptible de diversos tratamientos estadísticos (2004: 22). La concepción actual del trabajo doméstico es en gran medida consecuencia de la escisión cada vez mayor que se produce con la industrialización entre el trabajo realizado para el mercado y el trabajo realizado para el hogar. La construcción, a fines del siglo XIX, de categorías dicotómicas que separan lo que es trabajo de lo que no lo es, al instituir normas y representaciones sociales, contribuye a dejar en los márgenes del trabajo una parte de la actividad de las mujeres (Ibíd.: 4-5). Dicho de otro modo, el trabajo doméstico se vuelve invisible en la medida en que el *auténtico trabajo* se define como asalariado.

En España, la constatación del subregistro de la actividad femenina en la estadística moderna ha llevado a que se replanteen algunas de las hipótesis tradicionales sobre el trabajo de las mujeres. J. Scott ha encontrado ajustes censales de características similares en el contexto europeo (1993: 434). Estos registros son reflejo del discurso social sobre las formas de división sexual del trabajo de la sociedad industrial, de modo que algunos censos

y padrones, por la forma en que han sido elaborados, más que medios para acceder a datos cuantitativos sobre el trabajo efectivamente realizado por las mujeres, son en sí mismos fuentes para analizar cambios ideológicos y culturales, como también lo es el desarrollo legislativo sobre el trabajo.

[E]l aparato estadístico moderno, instrumento de la política reformista de los gobiernos liberales, no era sólo un medio de conocimiento de las necesidades materiales y humanas en que habían de fundamentarse los programas de asistencia social, sino un mecanismo de articulación de los modelos sociales en que habría de fundarse dicha reforma, en particular de los modelos de empleo, salario y división sexual del trabajo. (Borderías, 2003a: 246)

Las estadísticas oficiales de la primera mitad del siglo XX muestran que la tasa de actividad para las mujeres era muy baja: un 12,6%, en 1930; un 12,0%, en 1940; y, un 15,8%, en 1950. A partir de los años 50, empieza a incrementarse tímidamente, con periodos de leves retrocesos, siendo un 20,1% en 1960, un 19,6% en 1970 y un 21,3% en 1975 (Gobernado, 1991; cfr. en Valiente, 2003: 146). En 1976, el primer año en que se dispone de datos homogenizados y diferenciados por sexo y por regiones, la tasa de actividad femenina en Andalucía es de 20,69% (Gálvez, 2011: 80). Pero tal como señala Celia Valiente, estas cifras oficiales se encuentran sustancialmente por debajo de los datos reales de actividad pues dichas estadísticas no recogen información de todos los trabajos remunerados realizados por las mujeres (Valiente, 2003: 146-147).

Las fuentes utilizadas en el análisis de la actividad desarrollada por las mujeres parecen ser poco fiables, en tanto que los recuentos y estadísticas oficiales proyectan, más que la realidad que pretenden describir, unas ciertas representaciones sobre un deber ser que se nutre del ideal de domesticidad y del modelo familiar del “proveedor” o *male breadwinner* (Pérez-Fuentes, 1995; Arbaiza, 2000). A lo largo del siglo XX se va dejando sentado el sentido de improductividad del trabajo doméstico (Pérez-Fuentes, 1995). En 1900, las mujeres son clasificadas como *amas de casa*. Con el correr del siglo tiene lugar una progresiva naturalización del trabajo desarrollado por las mujeres en sus familias, actividad que pasará a denominarse, en 1940, *sus labores*. El Censo de 1950 introduce los conceptos de *actividad* e *inactividad*⁴. En 1964, la *Encuesta de Población Activa* (en adelante, EPA) profundiza en esta tendencia clasificando el trabajo de las mujeres

⁴ El concepto de inactividad surge en Francia a finales del siglo XIX, momento en que se separa la producción para la subsistencia y para el mercado (Maruani, 1991).

desarrollado en el ámbito familiar como *improductivo* (Borderías, 2003a: 257)⁵. Aún hoy, entre las diferentes situaciones profesionales recogidas en esta encuesta se encuentra la singularidad de la noción de *ayuda familiar*, que se refiere al trabajo mercantil no retribuido desempeñado por personas en la empresa de un familiar con el que conviven (García Sainz, 1999: 272-274).

2.1.1.3. Protección del trabajo de las mujeres: una actividad extradomiciliaria

En la España decimonónica surgen, con el fin de siglo, las primeras instituciones oficiales que tienen como finalidad la asistencia y la defensa de los trabajadores. En 1873, el diputado catalán Antoni Carné presenta en las Cortes una proposición de ley que establece las horas de trabajo en las fábricas de vapor y en los talleres. Esta propuesta, de corte higienista, cristaliza en el desarrollo de una legislación protectora que reduce las horas de trabajo de la población considerada más débil (mujeres y niños). El primer reformismo social construye así diferencias al regular el trabajo de hombres y mujeres, especialmente con el desarrollo de leyes proteccionistas que refuerzan la segregación ocupacional y envían a las mujeres a la periferia del mercado de trabajo (Nielfa, 2003). Los observadores sociales insisten en los cambios en las condiciones de vida que introduce la irrupción del trabajo asalariado en las familias y sus efectos nefastos sobre la moralidad y la salud de los miembros de las clases populares, sobre todo de mujeres y niños. Cristina Borderías, en su estudio sobre el Censo de Ildefonso Cerdá, describe cómo se propone el modelo del salario familiar al identificar como principal factor de desorden y conflicto social la extendida explotación del trabajo femenino e infantil (Borderías, 2003a: 247-248). El estudio llevado a cabo por la *Comisión de Reformas Sociales*⁶, una de las primeras y más interesantes investigaciones empíricas realizadas en

⁵ Incluso, pese a que en las estadísticas desarrolladas a partir de los años treinta del siglo pasado se incluyen algunas categorías no asalariadas, tomando como referencia el marco conceptual propuesto por la Organización Internacional del Trabajo (OIT), dichas estadísticas tampoco se han adaptado a las modificaciones exigidas por los cambios que han tenido lugar en los propios procesos productivos en las últimas décadas (Véase: Pedrero, 2008, 2011; Pedrero y Rendón, 2005).

⁶ El primer congreso nacional sociológico tuvo lugar en Valencia en 1883. En dicho congreso se muestra la preocupación por la cuestión social, especialmente por la situación de la clase obrera. Ese mismo año se crea la *Comisión de Reformas Sociales* a propuesta del entonces ministro de gobernación, el liberal Segismundo Moret. Se crean comisiones locales y provinciales que recogen una amplia información sobre los aspectos que tenían encomendados: retiros y socorros a enfermos y discapacitados por el trabajo, de niños y mujeres, higiene de las viviendas obreras, etc. En 1894, por Real Decreto, se crea el Servicio de Estadística del Trabajo en el Ministerio de la Gobernación; en el preámbulo de dicha ley se explica cómo se persigue lograr información orientada a la política social, motivada por la preocupación por las condiciones de vida, morales y materiales, de los clases trabajadoras.

el campo de la sociología a nivel nacional, evidencia ya a fines del siglo XIX el alcance y la difusión de la ideología del *salario familiar* que, en buena medida, tuvo como consecuencia el infrarregistro de la actividad femenina, lo que también está relacionado con las propias características del trabajo de las mujeres en la época, a caballo entre el mercado y el hogar, muchas veces desarrollado en la economía sumergida (costura, servicio doméstico) (*Ibid.*: 254, nota a pie nº 6). En 1903, se crea el *Instituto de Reformas Sociales* (en adelante IRS)⁷, donde se preparan los proyectos de legislación social que se llevan al parlamento sobre: protección de niños, baja por maternidad, descanso dominical, aprendizaje, jornada máxima, seguros sociales, derecho de huelga, entre otros. Las primeras leyes laborales promulgadas en España son la Ley de Accidentes de Trabajo y la Reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, en 1900⁸. En ellas se establecen las características básicas del trabajo a proteger y, por tanto, se define lo que a partir de ese momento pasa a ser considerado como trabajo. Estas características son: manualidad, carácter extradomiciliario, ajenidad, pudiendo ser realizado con o sin remuneración. Así, ser extradomiciliario se conforma como un elemento constitutivo del trabajo, central en su definición; en cambio, el carácter asalariado es considerado accidental. Al sostener que cualquier actividad que realizan las mujeres en sus hogares *no* es trabajo, dichos textos legales reflejan el sentir social, lo refuerzan, justifican y legitiman ideológicamente⁹. Los servicios que se prestan – por ejemplo, el pupilaje, que tuvo un papel muy importante en la industrialización en el País Vasco¹⁰ –, al igual que otras muchas actividades que se realizan en los hogares a cambio de dinero – por ejemplo, hacer en casa los dulces que vende una pastelería local, o encargos de confección

⁷ Presidido por Gumersindo de Azcárate, político de inspiración krausista, fue uno de los centros pioneros que inspiraron la política social en España del incipiente Estado Asistencial; su nacimiento conlleva la desaparición de la *Comisión de Reformas Sociales*.

⁸ Puede encontrarse un interesante análisis de la implicación de las primeras normas legislativas en la vida y en el trabajo de las mujeres en: Martínez Veiga (1995: 16) y Capel (1986: 79-101).

⁹ También con estas leyes se inicia el desarrollo de una legislación protectora de la maternidad, cuyo contenido es fuertemente discriminatorio en tanto que no se contempla ninguna compensación económica. La baja por maternidad, uno de los caballos de batalla de la regulación del trabajo remunerado para las mujeres, como revelarán los convenios de la OIT a partir de 1919, se instituye en la Ley de 1900, con una duración de tres semanas, no retribuidas, ampliables a cuatro mediante certificado médico y, en todo caso, potestativa (Barrachina, 2003: 71-72). Hasta 1923 no hay ningún tipo de compensación económica por los salarios no percibidos durante la baja maternal. En este año se establece el Subsidio por Maternidad, como paso previo al Seguro de Maternidad – asistencia médica gratuita por parto – que es fijado por la ley de 1929 pese a que ésta no sea efectiva hasta octubre de 1931 (Nielfa, 2003).

¹⁰ Si bien las mujeres generalmente no trabajan en las minas, su contribución como proveedoras de servicios de hospedaje – encargándose de la limpieza, cama y alimentación de los mineros – supone

artesanal –, el trabajo comunitario y/o voluntariado, u otras actividades imprescindibles para el desarrollo de los trabajos remunerados, quedan fuera de esta definición (Feminismo y Cambio Social, 2001: 281-298).

La llegada de la II República supone la posibilidad de enunciar y promulgar reformas legislativas y sociales favorables para el trabajo remunerado de las mujeres. Dichas reformas son impulsadas a partir de la Constitución de 1931 que incorpora el precepto de la igualdad de todos los españoles ante la ley¹¹, a la par que se desarrolla una legislación laboral específica para las mujeres, de marcado carácter protector, con la que se pretende apoyar el mantenimiento de los puestos de trabajo de las madres. Todo ello mejora sustantivamente la situación jurídica de las mujeres, aunque la breve duración del período republicano impide materializar muchos de los cambios jurídicos. Avances jurídicos y sociales que son erradicados con contundencia por la dictadura franquista¹² (Ruiz Franco, 2003).

En el *Fuero del Trabajo*¹³, promulgado el 9 de marzo de 1938, una de las primeras leyes destinadas a dar forma al nuevo régimen nacionalcatólico (Moya, 2004), se defiende la necesidad de que el Estado libere a las mujeres casadas de los talleres y de las fábricas, propiciando su regreso al hogar, sometiéndolas al papel de amas de casa mediante las políticas educativas y la represión ideológica (Nash, 1996: 279-307). La exclusión por ley de las mujeres de determinadas profesiones, la excedencia forzosa en caso de boda, la *tutela marital* y una fuerte discriminación salarial, se instituyen como

una importante carga de trabajo para ellas y resulta decisiva para la supervivencia de las economías familiares (Pérez-Fuentes, 2003a: 229; Arbaiza, 2000: 440).

¹¹ En 1931, las mujeres obtienen el derecho al voto, en 1932 se aprueba la ley del divorcio – que lo hace posible de mutuo consentimiento –, la del aborto – que incluye la maternidad no deseada como causa legítima –, y la del matrimonio civil. En 1934, se reconoce la igualdad de derechos entre mujeres y hombres en el matrimonio, suprimiendo la *licencia marital* que convierte a la esposa en una menor bajo la tutela de su cónyuge.

¹² Con el franquismo, el matrimonio católico pasa a ser el único considerado como válido, y la separación o el divorcio simplemente no son posibles, como tampoco lo es el aborto, que pasa a ser constitutivo de delito en cualquiera de sus formas. La única vía de disolución del vínculo matrimonial es la nulidad que conceden los tribunales eclesiásticos en muy contadas ocasiones tras muy costosos procesos (Tobío, 2005: 46). Hasta la reforma del Código Civil de 1975, la mujer debía obediencia al varón, necesitaba su consentimiento para abrir una cuenta corriente, pedir un préstamo o trabajar fuera del hogar, y estaba obligada a seguir a su marido si este se cambiaba de ciudad pues él tenía la patria potestad de los hijos (Gálvez, 2011: 82).

¹³ De corte fascista, se inspira en la italiana *Carta del Lavoro* (Ruiz Franco, 2003). Pierre Vilar sostiene que el *Fuero del Trabajo* básicamente es una declaración de derechos, que instaura una modalidad de empleo abusivo y un programa social modesto: vacaciones, seguros, salario mínimo familiar (1979: 157).

mecanismos disuasorios impulsados por el régimen franquista para expulsar a las mujeres del trabajo desarrollado fuera de sus hogares. Durante las primeras décadas se exige de ellas que renuncien a ejercer trabajos asalariados, entre otras razones, para ocultar el enorme desempleo existente en una economía arrasada por más de tres años de guerra civil y para hacer factible una política natalista barata, sin necesidad de crear infraestructuras públicas tales como guarderías. Para ello, se desarrolla un paquete de medidas financieras, que incluye el subsidio familiar, los préstamos a la nupcialidad o los premios a las familias numerosas que, a su vez, acompañan a otras medidas de carácter represivo como la prohibición del aborto y las prácticas anticonceptivas (Barrachina, 2003).

Sin embargo, incluso en el franquismo, momento en que la participación de las mujeres en actividades remuneradas alcanza las cotas más bajas en la historia estadística de nuestro país, muchas mujeres trabajan en empresas familiares o realizan en sus domicilios labores remuneradas, aunque buena parte de dichos trabajos han quedado invisibilizados en las estadísticas oficiales como se ha señalado más arriba (véase epígrafe 2.1.1.2., *supra*). Durante el primer franquismo (1939-1959)¹⁴ tan sólo las mujeres solteras y las mujeres casadas cuyas familias necesitan sus ingresos para la subsistencia, se ven autorizadas a desempeñar trabajos como asalariadas o a cambio de una remuneración que, por lo general, es bastante escasa y considerada como mera ayuda para la economía familiar, incluso cuando constituya un aporte fundamental para su supervivencia. En este contexto, el trabajo asalariado de las mujeres pasa a ser considerado un mal menor y se contemplan esencialmente sus aspectos negativos, tales como los riesgos sanitarios (sobre todo para la prole), y los morales y sociales (en términos de desorden), como se hiciera ya en el primer reformismo social. Así lo expresa Guliana Di Febo: “La mujer trabajadora, como proyección de la emancipación moderna, constituye una amenaza a la feminidad, a la maternidad y a la dedicación total al hogar” (2003: 35). Una carrera profesional es incompatible con la maternidad intensiva tal como la define y fomenta el régimen.

¹⁴ La periodización del franquismo se ha efectuado de diferentes formas según diversos criterios, por lo que hay un gran debate al respecto entre expertos. Se ha tomado como punto de referencia aquí la propuesta por Jordi Roca I Girona. Según este autor, el periodo 1939-1959 representa una cierta unidad ya que, por un lado, incluye el final de la etapa de autarquía y del aislamiento internacional que impone el régimen dictatorial de Franco, pues en 1959 con el decreto *Ley de Plan de Estabilización Económica*, impulsado por tecnócratas del *Opus Dei*, se dará paso a la etapa del desarrollismo (2003: 51).

A fines de los años cincuenta, el crecimiento económico, la progresiva desruralización del país, el impacto del turismo, el despliegue de los medios de comunicación de masas – especialmente, el nacimiento de la televisión, en 1956 – empiezan a impulsar un importante cambio social y cultural. A comienzos de los años sesenta, un nuevo desarrollo en la legislación laboral, la Ley de 1961, de derechos políticos, profesionales y de trabajo, abrirá nuevas posibilidades profesionales para las mujeres, generando un cambio cualitativo en relación con su participación en el mercado laboral (Ruiz Franco, 2003: 135). Así, ya de forma imparable, se impulsa una transformación social y económica (apertura de fronteras, desarrollo de la economía a partir del Plan de Estabilización de 1959, y de una incipiente sociedad de consumo, etc.) que desencadenará un importante cambio cultural, si bien tanto en los registros como en el comportamiento laboral de las mujeres tardará en notarse el cambio cuantitativo. Pilar Pérez Fuentes apunta algunas razones de la escasa participación de las mujeres en el trabajo remunerado en estos años relacionados con la legislación franquista y el peso de la retórica de la domesticidad, que es reforzada desde los aparatos ideológicos del Estado.

La norma del hombre *ganapán* se fue convirtiendo a lo largo del siglo XX en una construcción mental muy potente, vinculada a la moralidad de las poblaciones, y, en el caso de España, a la idiosincrasia nacional definida por el régimen político. Vivir *decentemente la vida moral y digna* a la que se refería el Fuero del Trabajo – significaba que las esposas estuviesen en el hogar y los hijos en las escuelas, independientemente de si el cabeza de familia podía o no satisfacer los gastos familiares. La ocultación en los registros oficiales de una importante proporción del trabajo remunerado de las mujeres arroja unas tasas de actividad femenina en España, en los años 40, 50 o 60, increíblemente bajas que reflejan un modelo de reproducción social acorde con las políticas del Estado franquista. [...] La legislación social se estableció precisamente desde la defensa de este modelo de familia: prohibición de inscribir en el registro de parados a mujeres casadas, salvo que fuesen responsables económicas del hogar, préstamos de nupcialidad más elevados, si las mujeres se comprometían a abandonar el trabajo después del matrimonio, dote por excedencia en las empresas, o el Subsidio Familiar y el Plus Familiar, que solo podían cobrar los hombres a modo de complemento del salario familiar que decía defender el régimen franquista; con el agravante de que el plus familiar requería que las esposas no tuvieran ingresos y se dedicasen exclusivamente a '*sus labores*'. De esta manera se limitaba su participación en el mercado de trabajo, fomentando la ocultación del trabajo de las mujeres casadas. En realidad, el Fuero del Trabajo no supuso una prohibición del trabajo de las mujeres casadas sino que marcó una tendencia a seguir: que estas no dejaran el hogar aunque realizaran trabajos remunerados a domicilio. (2003a: 223)

En los primeros años de la década de los setenta, son visibles las señales de cambio en el modelo cultural: caída de la fecundidad, incorporación las mujeres a la educación superior, incremento de su participación en el mercado laboral, entre otros. El trabajo remunerado pasa, de ser el destino maldito de las mujeres, de clases populares, a ser reivindicado por las mujeres, de clases medias, como símbolo de emancipación y autonomía personal, como una forma de obtener reconocimiento social e independencia económica. Este cambio tiene lugar en un momento de expansión del sector servicios, que se feminiza progresivamente. Tal como sostiene Joan Scott, lo que sacó a las mujeres de sus hogares no fueron las fábricas sino las oficinas. Desde los años sesenta, las mujeres entran masivamente en los servicios públicos y en las administraciones: secretarías, mecanógrafas, telefonistas (Borderías, 1993). También continúan desempeñando las profesiones tradicionales: enfermeras, maestras y trabajadoras sociales (Tobío et ál., 2010). Sin embargo, en los primeros informes FOESSA se da cuenta de que había una fuerte resistencia al empleo de las mujeres, sobre todo de las casadas. De hecho, los años del desarrollismo coincidieron con un uso excesivo de las horas extraordinarias y el pluriempleo masculino, lo que evidentemente solo podía ser compatible con unas tasas de actividad femeninas muy bajas (Gálvez, 2011: 83). Teresa Torns afirma que tras analizar por qué las mujeres no desempeñaban trabajos remunerados a mediados de los años ochenta del siglo pasado en nuestro país, buena parte de los estudios reorientaron su enfoque pasando a considerar que el trabajo femenino por excelencia, el que tenían en común la mayor parte de las mujeres, era aquel que no era considerado social y económicamente como trabajo, el trabajo doméstico-familiar. En España ocurre lo mismo que en Europa, solo que el proceso de participación generalizada – estable y con ciertos derechos – de las mujeres en el mercado laboral se inició más tarde (2000).

El cambio cultural, el desarrollo del Estado de Bienestar (en adelante, EB) y el acceso a la educación de las mujeres contribuyen a explicar el cambio de tendencia desde mediados de los años ochenta. Efectivamente, la actividad laboral de las españolas se incrementa de forma significativa a partir de la segunda mitad de los años ochenta, entre otras razones porque las mujeres casadas no abandonan el mercado laboral al casarse o al tener su primer hijo (en todo caso lo hacen al tener el segundo o el tercero) como ocurría hasta el momento (Tobío, 2005). De hecho, se ha destacado que más significativo que el incremento global de mujeres en el mercado laboral ha sido el hecho de que cada vez son menos las que interrumpen sus trayectorias profesionales por la maternidad (Tobío, 2001). En 1993, las mujeres representaban un tercio de la población

activa española (CES, 1994). Dos décadas más tarde, en 2013, según datos de la EPA para el III trimestre, las mujeres representan el 53,13% de la población activa española (los hombres, el 66,42 %); con una tasa de desempleo (26,55 %) más elevada que la de hombres (25,50 %); en Andalucía, la tasa de actividad es más baja para las mujeres en relación con el total nacional (51,26%), mientras que la tasa de desempleo es más elevada (38,06%). No obstante, hay que leer los datos sobre “actividad” con cierta prudencia: según los datos de la EPA, de 2013, las mujeres “inactivas” en nuestro país son en total 9.191.000 (INE, 2013); los hombres inactivos son 6.221.500. La principal razón inactividad de mujeres es la realización de labores del hogar (45,2%), para los hombres este porcentaje es diez veces menor, 4,3% (INE, 2008).

Por tanto, en la primera década del siglo XXI, se puede afirmar que, en buena medida, las desigualdades entre mujeres y hombres se mantienen tanto en el mercado laboral como en la esfera familiar, y la combinación de trabajo remunerado y no remunerado, especialmente por el cuidado prestado a sus familiares, que continúa recayendo sobre las mujeres, engendran la doble jornada y el problema de la conciliación (véase epígrafe 2.3., *infra*).

2.1.2. *Vivir decentemente la vida digna*

Tal como se avanzó en el epígrafe anterior, en el siglo XIX se gesta un modelo de división sexual del trabajo que está fuertemente marcado por dos discursos ideológicos: el ideal de la domesticidad y el del salario familiar. Discursos que tendrán un gran peso a lo largo del XX, revitalizado en nuestro país por el régimen franquista. El modelo hegemónico de división sexual del trabajo que se consolida a partir de la industrialización se basa en la progresiva salarización del trabajo remunerado y la externalización fuera del hogar de la producción para el mercado, y relaciona en el imaginario colectivo y en la vida cotidiana la actividad masculina con la producción, el trabajo asalariado y el espacio público, y la femenina con lo familiar-doméstico y con las actividades necesarias para la subsistencia. Se excluye a las mujeres del ámbito extradoméstico y cobra forma una organización social que asocia a los hombres con el poder, la autoridad y lo público, y a las mujeres con la dependencia, la sumisión, el cuidado, lo doméstico. La segregación de esferas se combina con una estricta división de tareas y responsabilidades por sexos, que asigna a las mujeres el cuidado en la familia y otros trabajos domésticos que condicionan su participación en el mercado laboral a la par que permite la disponibilidad plena de los hombres.

Con estos términos –ganadores de pan y amas de casa – se define un modelo de reproducción social – *male breadwinner family* – vinculado a las sociedades industriales, que comporta una división sexual del trabajo según la cual los hombres quedan adscritos a la producción para el mercado y las mujeres a los trabajos de reproducción. De esta manera, el hogar familiar como unidad de reproducción social estaría formado, en su acepción más simple, por un hombre ganador de pan, cabeza de familia y responsable de obtener los recursos monetarios suficientes para el sostenimiento del grupo doméstico –salario familiar–, y una mujer ama de casa cuyas funciones serían el mantenimiento de la fuerza de trabajo y el cuidado de los hijos (Pérez-Fuentes, 2003a: 217).

El estatuto del ganador de pan se acompaña para el hombre de una serie de privilegios, siendo el más evidente el de ser servido en el espacio doméstico lo que conlleva una *cierta* obligación de respeto. Las mujeres son impelidas a obtener un máximo con muy pocos medios como, por ejemplo, el arte culinario que caracteriza a los hogares obreros: lograr una nutrición abundante, constante y gustosa sin facilidades presupuestarias (Neveu, 2010: 345-346). Este contrato material engendra un régimen específico de privación femenina que se inscribe en sus cuerpos: tal como describe R. Hogarth, en las clases populares, la madre envejece rápido (1970: 82 [1957]; Cfr. Neveu, 2010: 346). Las mujeres deben mantener las relaciones familiares en un mundo cerrado, el de las generaciones que coexisten y algunos colaterales, desarrollando unas competencias sobre la memoria familiar (aniversarios, genealogías, accidentes biográficos, etc.) que se centra sobre un microcosmos mínimo, que puede llegar a ser asfixiante (tal como muestran algunas novelas como: *Yerma* de Federico García Lorca o, *Juanita la Larga*, de Juan Varela).

2.1.2.1. Cabeza de familia y ganador de pan: el mito de la mujer inactiva

El modelo del ganador de pan considera el salario del denominado cabeza de familia como suficiente para garantizar la reproducción de la mano de obra a la par que permite mantener amas de casa a tiempo completo. Esta idea, que se ha presentado como una conquista de la civilización, de que la mujer tiene una misión particular en la sociedad que es vigilar el hogar, educar a los hijos y mantener la vida del hogar, es relativamente reciente, y su concreción depende en gran medida de condiciones prácticas de existencia. De hecho, para que se imponga en el imaginario de las sociedades occidentales es necesario que se den dos condiciones *sine qua non*: por un lado, que las tareas domésticas estén totalmente separadas del trabajo productivo y, por otro lado, para que las mujeres puedan “optar” por el estatuto de *inactivas* para lograr “unas condiciones

de vida decentes” tiene que haber un cónyuge capaz de reunir él solo todos los recursos económicos necesarios para el hogar (Lallement, 2010: 335). Pero, tal como indica Pierre Naville, las fronteras entre trabajo doméstico y trabajo productivo son extremadamente porosas, sobre todo en las familias de pequeños comerciantes o artesanos y, por tanto, cuestiona el mito de la mujer inactiva que, a su modo de ver, la propia sociología ha contribuido a crear (Naville, 1954: 63).

Daniel Bertaux señala que en los inicios de la era industrial el salario de cada miembro de la familia (hombres, mujeres y niños) estaba calculado para que cada individuo asegurase su propia existencia en la familia, y se refiere estos ingresos como *fracciones de salarios* (1977: 208-210). También Heidi Hartmann, siguiendo los trabajos de Ivy Pinchbeck sobre las mujeres obreras en la revolución industrial, destaca que el salario familiar es un fenómeno reciente, pues hasta fines del siglo XIX se esperaba que las mujeres de clase trabajadora se mantuvieran por su cuenta. Y sostiene que este salario supone un avance para las mujeres en varios sentidos.

La revolución industrial marcó un progreso real, puesto que llevó a creer que los salarios de los hombres debían ser pagados en base a la familia, y preparó el camino para el concepto más moderno de que en el cuidado de los niños y en el trabajo doméstico la mujer casada realiza una contribución económica importante (Pinchbeck, 1930: 312-313; Cfr. Hartmann, 1994: 275).

Michelle Barrett y Mary McIntosh cuestionan que las mujeres obtuvieran realmente beneficios de este modelo del salario familiar argumentando que sus intereses siempre quedaron subordinados a los de las luchas de clase. De hecho, destacan que precisamente la idea de que el salario de las mujeres era secundario tuvo como consecuencia empujar a las mujeres solas a la pobreza severa (Barrett y McIntosh, 1980: 59). En España, Pilar Pérez-Fuentes señala que hay indicios para dudar de que este ideal fuera realmente asumido por las clases trabajadoras por dos razones: la escasa fiabilidad de las fuentes utilizadas y el pequeño número de hogares que podía cubrir sus necesidades sin el aporte de los trabajos desarrollados por mujeres y niños (2003a). También Cristina Borderías subraya, en relación con las clases obreras barcelonesas, que todo parece indicar que el nuevo discurso sobre el salario familiar fue un modelo ideológico más que una realidad aunque tuviera consecuencias en la formación de un mercado laboral fuertemente segmentado que presenta el trabajo femenino como mero complemento de los ingresos familiares, desconsiderando el hecho de que sólo los estratos más cualificados

pueden vivir solo del salario familiar, incluso pese a los riesgos de pobreza que este modelo supone para los hogares encabezados por mujeres (Martínez Soto, 2003: 80).

El aumento del poder adquisitivo de los trabajadores a partir de los años veinte no bastó para que la gran mayoría llegara con su salario a cubrir el presupuesto familiar; a ese salario llegaban solo los trabajadores más cualificados del sector industrial o del transporte y comunicaciones, los artesanos de oficio, como carpinteros, sastres, ebanistas o los trabajadores de cuello blanco. (Borderías, 2003a: 271)

Los sindicatos tienen un papel importante en la legitimación del salario familiar en tanto que se mostraron abiertamente hostiles a la participación de las mujeres en las fábricas. De hecho, elaboran discursos que destacan la importancia de la familia para los obreros, de resistencia a la entrada de las mujeres en el trabajo asalariado industrial, de fomento del trabajo en el domicilio para éstas, y sobre la aspiración a que el salario del hombre sea suficiente para toda la familia (Frader, 1996; Perrot, 1976; Battagliola, 2000: 43; Sarasúa y Gálvez, 2003). Así, a través de estas organizaciones, se contribuye a mantener la frontera entre identidades masculinas y femeninas, entre trabajos para hombres y trabajos para mujeres. Jane Humphries sugiere que la fuerte oposición de los sindicatos a la incorporación de las mujeres al empleo puede interpretarse como fruto del deseo de mantener el salario familiar restringiendo la oferta de fuerza de trabajo (1977). Esta autora originó una fuerte polémica al interpretar que el salario familiar es fruto de una estrategia conjunta de los grupos domésticos obreros (mujeres y hombres), con la que se busca incrementar los salarios de los hombres y, por extensión, los ingresos familiares, con el fin de poder mantener a todos los miembros de la familia. Susana Narotsky sostiene que todos los agentes sociales con sus diferentes objetivos (grupos obreros, sindicatos, empresarios, Estado) contribuyen conjuntamente a la institucionalización de la ideología del salario familiar, si bien persiguiendo distintos objetivos (1995: 146). En España, esta campaña a favor del salario familiar, y contra la presencia de mujeres en el mercado laboral, emprendida por los sindicatos, fue apoyada por otras instancias sociales como la Iglesia, que durante una buena parte del siglo XX lo reincluyó en su doctrina oficial (Borderías, 2003b: 57-58). Las políticas familiares favorecen la dependencia económica y civil de las mujeres respecto a sus maridos aunque, tal como señala Cristina Borderías, con poco éxito.

Tampoco el franquismo logró generalizar el salario familiar. La implantación de subsidios familiares (1938) o los pluses de cargas familiares (1942-1946) concedidos a las familias en las que la mujer no trabajaba, podían llegar a imponer el 70% de la

nómina y, sin embargo, en 1945 el régimen reconoció el fracaso de esta política y el descenso de los salarios reales obreros, admitiendo la necesidad imperiosa del trabajo de las mujeres. El propio régimen explicó el espectacular aumento del trabajo femenino en el momento más álgido de restricciones legislativas del trabajo de las mujeres por el descenso de los salarios obreros y el fracaso en la implantación del salario familiar. (Borderías, 2003a: 271)

Todo parece apuntar a que el salario familiar fue más un modelo que tuvo un enorme peso ideológico, tal como apunta Cristina Borderías, que una realidad fuertemente implantada. No obstante, el eco que este modelo tuvo es claramente visible en el discurso de las mujeres de una generación, las abuelas entrevistadas (véase capítulo 6, *infra*).

El capital humano de las mujeres era muy escaso como fruto de las restricciones legales, culturales y económicas que sufrían a la hora de incorporarse a la educación o al empleo donde poder adquirir experiencia. Además, tras casi cuatro décadas de intensa y sistemática discriminación legal, educativa y laboral, cuando llega la crisis económica de la década de los setenta, las mujeres estaban mucho peor preparadas que los hombres para mantener su empleo, y, por tanto, pasaron a engrosar en masa las cifras del pro: tenían menor formación y cualificación, debían realizar una doble jornada de trabajo, en casa y en el mercado, lo que reducía drásticamente sus posibilidades de dedicar más tiempo a formarse o actividades sindicales. Tenían ingresos más bajos que sus maridos y menos posibilidades de promoción. Además, se concentraban en sectores menos competitivos, menos intensivos en capital, que se convirtieron fácilmente en sumergidos (la industria de bienes de consumo y los servicios), por lo que muchas de ellas, aunque pasaban a estar desempleadas oficialmente, en realidad, pasaron a trabajar en su domicilio o en talleres clandestinos. Y a pesar de que estaban peor pagados, muchas de ellas preferían estos empleos, así como los de a tiempo parcial o irregulares, donde podían ocuparse de los niños cuando estaban enfermos o atender los requerimientos de trabajo doméstico que recaía en ellas de forma “natural”. Y, sobre todo: la fuerte presión social que defendió los empleos de los cabeza de familia no existió nunca para defender los de las mujeres (Molinero y Sarasúa, 2009: 346) porque socialmente su trabajo principal era sin lugar a dudas, el de ama de casa proveedora de cuidados para el conjunto de la familia. (Gálvez, 2011: 80-81)

En la década de los sesenta, el crecimiento económico y la terciarización de la economía española empiezan a requerir mano de obra femenina. Sin embargo, sólo muy lentamente fueron incorporándose las mujeres a la educación formal y un mercado laboral fuertemente segregado.

2.1.2.2. La abnegación de todos los días: un deber social ineludible

El discurso de la domesticidad surge y se consolida como un ideal burgués (finales del siglo XVIII y durante el XIX) que, en cierto modo, es emulado por la clase obrera en el siglo XIX y comienzos del XX (Nash, 1993). En el siglo XIX, el modelo predominante de división sexual del trabajo vincula el destino y la vocación de las mujeres con la maternidad y el espacio doméstico, justificándose su incapacidad para desarrollar otro tipo de tareas o trabajos en la esfera pública en base a su supuesta inferioridad intelectual. Sin embargo, en las primeras décadas del XX emerge un nuevo modelo de mujer, la *mujer moderna*, en gran medida como consecuencia del calado que van teniendo en determinados círculos (progresistas, intelectuales) los planteamientos más igualitarios (Aresti, 2001, 2000). Se trata de un momento de apertura del acceso a la educación intelectual, física y moral de las mujeres. La influencia de las nuevas teorías *científicas* sobre la complementariedad entre los sexos desplaza progresivamente a aquellas basadas en la supuesta superioridad de los hombres. Desde esta perspectiva, se argumenta, basándose en el planteamiento de una diferencia necesaria, que para las mujeres la maternidad continúa siendo un deber social ineludible (Tobío, 2005: 43). Asimismo, se agrega a lo anterior, la inquietud que despierta la caída progresiva de la fecundidad. Todo ello alienta el desarrollo de un ideario que ensalza la maternidad, denostando el control de la natalidad o el trabajo remunerado desempeñado por las mujeres de forma extradomiciliaria. De hecho, en tanto que discurso social, el de la domesticidad tiene la capacidad de proyectarse y de encarnarse en prácticas, y de operar como un principio estructurante de las relaciones e instituciones sociales. Sin embargo, este cambio cultural no se produce sin fricciones. Mercedes Arbaiza refiere la fuerte resistencia de las obreras en la segunda mitad del XIX a la implantación en sus vidas de los valores de la domesticidad. Pero, finalmente, en el primer tercio del siglo XX, va cobrando forma una cultura obrera que toma de la burguesía el modelo de familia que consagra la figura del *ganador de pan* para el obrero y la de *ama de casa* para la mujer del obrero (Arbaiza, 2003: 191-192).

[L]a construcción de la figura del ama de casa trascendió la realidad estadística, de forma que a lo largo del primer tercio del s. XX las mismas mujeres se apropiaron de este ideal, ocultando las actividades productivas que las identificaran como “mujeres obreras”, un modelo estigmatizado entre la clase obrera de los años treinta (Ibíd.: 198).

En estos años, se exalta el trabajo doméstico tanto desde una perspectiva moral como económica; con la noción de *economía doméstica* se defiende y dignifica una imagen

de ama de casa que nace con una fuerte carga ideológica. Tanto el Estado que, como se ha visto en el epígrafe anterior, empieza a desarrollar una legislación paternalista hacia las mujeres, como la propia clase médica, que adquiere un progresivo protagonismo en la sociedad española y que, con sus persuasivas campañas higienistas, que exaltan la maternidad y la maternología, a la par que contribuyen a una mejora de la salud (Nash, 1996; Aresti, 2001: 163-186), van despojando a las mujeres de legitimidad ante sus deseos de independencia económica, de desempeñar un trabajo remunerado fuera de sus hogares (Arbaiza, 2003: 214-215) o de controlar su fecundidad. Bajo el predominio cultural de la ideología de la domesticidad, impulsado por la política franquista, mientras que el trabajo remunerado es un vector de identidad para los hombres, la maternidad y la atención a la familia constituyen las principales señas de identidad para las mujeres. De hecho, maternidad y atención a la familia pasan a convertirse en misiones sagradas y patrióticas de la *mujer nueva*, frente a la peligrosa modernidad que representa la mujer republicana. Una misión cuya mayor heroicidad es la entrega cotidiana a los otros de su familia.

¿Cabe también en las mujeres la entrega hasta llegar al heroísmo? Sí, cabe, aunque, en las mujeres, el heroísmo consiste más en hacer que en morir heroicamente. [...] Y, porque su temperamento soporta mejor la constante abnegación de todos los días que el hecho extraordinario. (Lecciones para Las Flechas, 1949; Cfr. Domingo, 2007, portadilla)

La *Sección Femenina de la Falange*, con sus cursillos de formación y sus detallados manuales (V.gr. 1949, 1956), desempeña la tarea de redefinir a través de la ciencia doméstica la identidad femenina y reglamentar cada aspecto de la existencia, la nuevamente denominada *ángel del hogar* (Richmond, 2004; Gallego, 1983). Esposa y madre convertida en la responsable de mantener el orden micro en el hogar, creando la *familia santuario* que garantice, a su vez, el orden macro que necesita el *Nuevo Estado* (Nash, 1996: 279). Esta organización se encarga durante décadas de fijar y transmitir las directrices para la mujer que propicia el régimen (Domingo, 2007: 18) y de fomentar el natalismo (Nash 1996: 284 y 300). El binomio hombre proveedor más ama de casa queda así definido y anclado durante casi cuarenta años.

En tiempos más recientes, especialmente a partir de la segunda mitad de los años ochenta, la progresiva y constante incorporación de mujeres al mercado laboral erosiona este modelo hegemónico de división del trabajo, en la medida en que las mujeres se ven obligadas a reajustar su dedicación al trabajo doméstico-familiar, a negociar y desarrollar

diversas estrategias para poder participar de ambos mundos, cuya interrelación ha mostrado estar atravesada por múltiples contradicciones. También se ha producido una reestructuración de los trabajos que se desarrollan en los entornos domésticos: a raíz de la incorporación generalizada de las mujeres al mercado laboral, se transfiere gran parte de las actividades anteriormente desempeñadas por las familias al sector público y al mercado, aunque obviamente esta transformación varía considerablemente según las clases sociales. Muchos de los trabajos que se hacían en las casas pasan a ser extradomésticos, convirtiéndose en ocupaciones independientes y asalariadas. Pues, como Anthony Giddens señala: “Uno de los rasgos más característicos del sistema económico de las sociedades modernas es el desarrollo de una división del trabajo sumamente compleja” (2001: 483). Las relaciones de género, pese a la mayor presencia de mujeres en el mercado laboral, siguen marcadas por una división sexual del trabajo que apenas se ha modificado en lo sustancial (Crompton y Lyonette, 2005), orientada por pautas y valores propios del modelo del ganador de pan vigente en los imaginarios colectivos de la clase trabajadora (Torns, Borrás y Carrasquer, 2004). La división sexual del trabajo ha sido sustentada por una supuesta correspondencia entre el quehacer femenino y una determinada concepción de lo privado, cuestionada por distintos especialistas que dejan constancia de la participación de las mujeres a lo largo del tiempo en diferentes sectores de actividad dentro y fuera de casa, como ya se ha destacado en el epígrafe anterior.

2.1.3. Revisar el concepto moderno de trabajo: abrir una prisión conceptual

Las estadísticas oficiales que contemplan el mercado laboral formal del que las mujeres son expulsadas a partir de la industrialización, la división sexual del trabajo así como la invisibilidad y desvalorización social del trabajo doméstico y de cuidado ha llevado a definir a las amas de casa como inactivas y, por tanto, dependientes, tanto de los ingresos del cónyuge como de los derechos sociales que emanan de un trabajo reconocido así como de los beneficios sociales que conlleva (Pahl, 1991). Un rasgo de la modernidad es la centralidad que tiene el empleo como institución social, es decir, como aquel que da al individuo las coordenadas de referencia en la sociedad, permite la interacción con los otros, otorga estatus y autoestima, está sancionado con una remuneración y una identidad en el grupo social de referencia, estructura la vida y el sentido que el individuo le da a ésta (Prieto, 2003), en definitiva, define una manera de estar y de insertarse en la sociedad, de participar en lo público (Casas, 1988). De este modo, el empleo como norma social implica que este es considerado como un valor en

sí, sea entendido como experiencia vital global (Prieto, 2007), eje de integración social (Prieto, 2003; Castel, 1997), vehículo de protección social, de seguridad y de proyección en el futuro (Castel, 2004). El trabajo industrial, extradoméstico y asalariado, circunscrito a los límites del mercado, es el objeto de estudio sobre el que se ha centrado la sociología del trabajo desde sus inicios, focalizado en temas de organización taylorista¹⁵ y fordista del trabajo y del proceso productivo en las fábricas, cuyo modelo de trabajador tipo es el obrero industrial. El trabajo entendido como empleo se conforma, además, como el elemento central de una ciudadanía masculina típica del EB de posguerra, que implica la dependencia de otros colectivos sociales de un grupo considerado como normal y mayoritario (Alonso, 2007: 91). Únicamente el empleo tiene protección social, lo que también implica desigualdades de género significativas a efectos de pensiones de viudedad o de jubilación (Guillén, 1999: 318) o en caso de separación o divorcio. De hecho, el sistema de pensiones de la Seguridad Social, en base a su mecanismo redistributivo, refuerza la desigualdad económica entre hombres y mujeres pues penaliza a las mujeres por dedicarse durante una parte o toda su vida adulta al trabajo doméstico y al cuidado de su familia (Sarasúa y Gálvez, 2003: 18).

Esta norma del trabajo entra en crisis en las últimas décadas del siglo XX, en tanto que la actividad laboral ya no permite definir un proyecto de vida (Bauman, 2003: 149). De hecho, los cambios que tienen lugar en el mercado transforman los modos de gestionar los procesos productivos así como la implicación de las personas en ellos, por el efecto combinado de la desregularización, la flexibilización, la terciarización, así como por el impacto de la globalización y de la generalización de las nuevas tecnologías de la información y comunicación (Castells, 1999: 257). En este contexto, el empleo pierde centralidad como lugar de reconocimiento simbólico, eje de ciudadanía y núcleo de los derechos sociales (Hopenhayn, 2007: 74).

Tanto la incorporación generalizada de las mujeres (sobre todo de clase media) al mercado laboral como el debate mismo en torno al trabajo remunerado y no remunerado provocan ciertos cambios en las perspectivas de distintas disciplinas a la par que abren la puerta a la idea de reconceptualizar el trabajo (Martín Artiles, Miguelez y Prieto, 2007: 199). Se trata de cambios que pretenden ir más allá del estudio de las mujeres como otro

¹⁵ El modelo taylorista, basado en la organización científica del trabajo, se caracteriza por despreciar las capacidades creativas de las personas en el trabajo, centrándose en una racionalización que fragmenta y descompone las distintas fases y tareas de la producción, estandariza los métodos y herramientas. Ha recibido muchas críticas, entre otras, por quitarle todo sentido humano al trabajo (Alonso, 1999).

tema más a investigar, y se replantean tanto los problemas como la forma de enfocarlos y resolverlos. Siguiendo la propuesta de Frank Heller, se recurre a la expresión “*prisión conceptual*” para referirse al concepto de trabajo (Castillo, 2000). Efectivamente, desde la propia sociología del trabajo surge la necesidad de actualizar la definición del trabajo para pueda reflejar los cambios que ha sufrido, la realidad que pretende describir, lo que implica ciertas rupturas epistemológicas “que suelen suponer cambios en el propio objeto de estudio” (Castillo, 1998: 738-739). Y pese al gran avance que supone que se estudie una actividad como el cuidado, que anteriormente habría sido ignorada por esta subdisciplina¹⁶, continúa pendiente la tarea de ampliar y domar este concepto para poder conceptualizar el o los cuidados como trabajo (Martín Palomo, 2008a, 2008b y 2011).

María Ángeles Durán, investigadora pionera en España en el estudio del trabajo de las mujeres (1975, 1988), señala que incluso hoy en día se debe seguir reivindicando que “trabajo no es lo mismo que empleo” (2012: 21) y destaca que no se trata de una frontera que se defina en términos lingüísticos sino políticos. En otro lugar se ha invitado a reflexionar en torno a la potencialidad de la “doma” del trabajo, argumentando que la investigación social fructifica en base a provocaciones, reinterpretaciones e incluso confusiones que se dan en el contexto de una determinada “comunidad de pensamiento” en la que se marcan los límites de lo que es posible conocer (Atienza, Blanco e Iranzo, 1994: 245-246). Por tanto, se señala que los conceptos no surgen espontáneamente, sino que están ligados al pasado, a nociones del pasado, aunque nuestra relación con ellas sea desconocida o inconsciente (Fleck, 1986: 67). Así, nociones como *trabajo doméstico*, *doble presencia* o *carga global del trabajo* pueden ser vistos como antecedentes de la propuesta de *domesticar el trabajo* con la que, precisamente a raíz del estudio del cuidado, se ha invitado a repensar los diversos trabajos, incorporando, además de las materiales, las dimensiones afectiva y moral (Martín Palomo, 2008a).

2.2. Trabajos en los entornos familiares

Desde finales de la década los años sesenta, con la explosión de estudios sobre temas colindantes tales como la condición de la mujer, las amas de casa, o los problemas familiares asociados al desarrollo del trabajo remunerado por parte de las mujeres, el

¹⁶ Un ejemplo de estos nuevos estudios lo representan varios números de revistas científicas clásicas del campo la Sociología del Trabajo como *Cuadernos de Relaciones Laborales* de la UCM: el Volumen 31 (1), *Los cuidados entre el trabajo y la vida*; el 30 (1) de 2012, *¿Quién los necesita? Trabajo de Cuidados, Migración y Política Pública*; o el volumen 29 (1) (2011), *Dependencia y discapacidad como riesgo social: políticas de protección social, cuidados informales y autonomía*.

trabajo doméstico pasa a ser considerado como un tema de análisis específico (Borderías *et ál.* 1994: 18)¹⁷. Así, se desarrollan investigaciones con las que se intenta registrar la contribución económica y social de las mujeres, desde diferentes aproximaciones con las que medir el valor que tienen los trabajos realizados en el ámbito doméstico. En general, ni en la sociología del trabajo que, como se ha visto, únicamente consideraba trabajo el realizado en el mercado a cambio de remuneración, ni la historiografía del trabajo, que tampoco incluía el trabajo doméstico como objeto propio, ni la economía, que desconsideraba la producción doméstica como parte de la producción, abordan el tema de forma específica hasta los años setenta. A partir de este momento, se realiza una importante labor teórica y empírica para saber más sobre el trabajo que realizan las mujeres, emergiendo en torno a ello nuevos conceptos como *trabajo doméstico*, *trabajo no remunerado*, *trabajo reproductivo*, *doméstico-familiar* o *producción para el intercambio*. En torno a ello se desarrolla una gran actividad académica, con reconceptualizaciones y replanteamientos de categorías y métodos de análisis en diferentes disciplinas (Borderías *et ál.*, 1994: 17-46): desde el debate sobre el estatuto del trabajo doméstico iniciado por las feministas materialistas, a los estudios que toman en consideración aspectos culturales y subjetivos en el estudio del trabajo doméstico-familiar.

2.2.1. Definir el estatuto del trabajo doméstico

En los años sesenta y setenta, el marxismo cobra protagonismo como teoría explicativa de los cambios sociales y de las relaciones sociales de dominación (Beltrán y Maquieira, 2001: 115). De hecho, los primeros estudios sobre el trabajo doméstico se llevan a cabo a partir de las categorías económicas de dicha teoría que ve en la base material y en la economía los fundamentos de la producción de lo social (Daune-Richard, 2010: 95), y durante años se discute y analiza cuál puede ser el marco teórico más adecuado en el que situar el trabajo doméstico. El denominado *debate sobre el trabajo doméstico*¹⁸ se origina en el enfrentamiento entre dos tipos de lecturas, la del feminismo radical y la del feminismo socialista (Pérez Orozco, 2006: 97), y tiene como

¹⁷ En EEUU, se localizan algunos precedentes en estudios desarrollados en los años cincuenta sobre el aislamiento, la falta de conexión social y el aburrimiento del ama de casa, blanca, de clase media, por ejemplo, F. Zweig, *Woman's life and labour* (1952); las relaciones de poder en las familias que se vinculan a la dependencia económica de las mujeres, por ejemplo, D. Heer, "Dominance and the working Wife" (1958), que desmitifican la imagen del ama de casa que había surgido tras la posguerra (Cfr. Borderías *et ál.*, 1994: 23).

¹⁸ Buenos balances del debate se encuentran en: Molyneux (1994), Alonso (1982), Rubio (1982).

consecuencias tanto la apertura de una brecha en la reducción del concepto de trabajo a la producción asalariada, como la de señalar la insuficiencia de los conceptos marxistas para analizar el trabajo doméstico (Benería, 1999: 332). El debate que resulta del choque entre diferentes interpretaciones tiene una doble vertiente: teórica, esto es, aclarar el estatuto analítico del trabajo doméstico; y política, en tanto que se considera que comprender las raíces de la subordinación de las mujeres es fundamental para abolir la opresión que sufren. Las diversas propuestas revisadas claman por el reconocimiento del trabajo doméstico, por lo que cabe atribuir a la segunda ola del movimiento feminista el importante papel de denunciar la invisibilidad de una buena parte de las tareas desarrolladas por las mujeres, impulsando con ello elaboraciones teóricas que ponen las bases para establecer un método de cálculo de dichas actividades entre las que ocupa un lugar central y muy resbaladizo el cuidado, como se verá más adelante.

La polémica se desata con un breve artículo de Margaret Benston quién afirma que el trabajo no remunerado de las mujeres es muy rentable para aquellos que poseen los medios de producción y que, de hecho, la mujer como ama de casa mantiene a su marido en buen estado de funcionamiento para que este pueda llevar a cabo su papel como trabajador asalariado; su trabajo, pues, no es marginal, simplemente es un trabajo no asalariado (Benston, 1969; Cfr. Borderías et ál., 1994: 26). Esta autora introduce los temas que serán centrales en el debate posterior al menos en los años setenta y ochenta siendo uno de los textos fundadores de la corriente de análisis materialista de las estructuras sociosexuales: considerar el trabajo doméstico como objeto de la economía política, analizar la función económica del trabajo doméstico o identificar a las mujeres como un ejército de reserva del mercado capitalista. Peggy Morton, un año más tarde, introduce, además, la discusión sobre el carácter productivo o no del trabajo doméstico (Morton, 1971; Cfr. Pérez Orozco, 2006: 97).

Dando un giro en el debate, Christine Delphy publica un artículo, *L'ennemi principal*, en 1970 (1982), en el que denuncia la familia como lugar de explotación económica de las mujeres. A su entender, a través del contrato matrimonial, que legitima las relaciones patriarcales, se fija la posición de las mujeres en las familias, lo que las configura como una clase social específica y antagonica, marcada por la apropiación por parte de los hombres del trabajo gratuito que ellas realizan, cualquiera que sea su estatus familiar, ya se trate de esposas, madres, hijas o hermanas. En su obra aparece por primera vez la consideración de las mujeres como clase social y el análisis del trabajo doméstico como trabajo productivo (Oliva, 2005: 110). Delphy considera que el

funcionamiento de nuestras sociedades está regido por dos modos de producción diferenciados y autónomos: el modo de producción industrial (definido por relaciones capitalistas de propiedad) y el modo de producción familiar o doméstico que organiza la educación de los niños y la producción de servicios y mercancías domésticas (definido por relaciones familiares patriarcales), si bien en su análisis uno de ellos tiene más peso que el otro en tanto que “la explotación patriarcal constituye la opresión común, específica y principal de las mujeres” (1982: 270). Expone varias tesis: a) en las familias, el trabajo de las mujeres ha constituido un aporte esencial a la economía, a pesar de que este no haya sido reconocido; b) históricamente, las mujeres han realizado otros trabajos además de las tareas domésticas, sea en pequeñas explotaciones agrícolas, sea en comercios minoristas o en talleres artesanales, aunque no quede constancia de dicha aportación en los registros económicos, porque históricamente muchos de estos trabajos se han desarrollado sin recibir ningún tipo de remuneración a cambio; c) pese a que con la industrialización muchas mujeres empezaron a desempeñar trabajos asalariados, ello no altera de manera significativa su posición global en tanto que las mujeres, al margen de su trabajo extradoméstico, continúan realizando la mayor parte de los trabajos domésticos; por tanto, no se puede comprender el trabajo asalariado de las mujeres sin tener en cuenta la explotación que sufren en el trabajo doméstico (análisis que se inspira en Engels). Y, d) diferencia el cuidado del trabajo doméstico y de la producción para el intercambio. Buena parte de sus argumentos y observaciones siguen estando vigentes, especialmente la consideración del trabajo doméstico como una actividad importante y escandalosamente subvalorada, que oprime a las mujeres (Borderías *et ál.*, 1994: 18-27) o la necesidad de diferenciar entre trabajo doméstico y trabajo de cuidado. Los planteamientos de Delphy provocan un alud de respuestas, y buena parte de los análisis posteriores se centran en torno a las relaciones conflictivas entre clase y sexo (Michel, 1974; Millett, [1970] 1995; Firestone, [1970] 1976; Delphy y Leonard, 1992). Retomando la crítica realizada por Michelle Barrett y Mary McIntosh¹⁹, Máxime Molyneux llama la atención sobre lo que interpreta como una carencia importante en la propuesta de Delphy: el hecho de reducir la subordinación de las mujeres a la relación matrimonial y dejar sin explicar los efectos opresivos de la maternidad (1994).

La obra de María Rosa Dalla Costa, en que desafía el principio socialista de liberar a las mujeres a través del empleo, al reivindicar un salario para el ama de casa (1972), se convierte en otro revulsivo para el movimiento feminista, una parte del cual

¹⁹ M. Barrett y M. McIntosh se preguntan si sobre si es posible que las mujeres escapen a la

reacciona vigorosamente en contra, denunciando que este tipo de propuestas encierra el peligro de consolidar el trabajo doméstico como exclusivamente femenino y encerrar a las mujeres en sus casas²⁰. Dalla Costa se defiende de estas acusaciones afirmando la necesidad de socializar el trabajo doméstico entre mujeres y hombres y, reconociendo su aportación a la economía, así como la de situar el trabajo que realizan las mujeres en el centro de la actividad productiva. De hecho, las propuestas de huelgas de trabajo doméstico y de cuidados en la década de los setenta se toparon con un límite profundo al ver cómo las cuidadoras no estaban dispuestas a dejar de cuidar si ello implicaba poner en peligro el bienestar de su entorno (Dalla Costa, 2006).

Progresivamente, el debate se pluraliza, aplicando la teoría marxista, sus herramientas analíticas y sus posibles implicaciones en el análisis del trabajo doméstico, y se abordan en otros aspectos: considerarlo o no como un modo de producción; definir si tiene un carácter productivo o improductivo; o bien encontrar una forma de atribuirle valor. Los autores más conocidos que protagonizan este debate son John Harrinson (1975), Wally Seccombe (1975), Jean Gardiner (1975), Susan Himmelweit y Susan Mohum (1977). Considera Harrinson el trabajo doméstico como un modo de producción clientelar o subsidiario del capitalismo, y desarrolla una teoría basada en dos aspectos: apartando a las mujeres de la fuerza de trabajo se mejora la posición negociadora de los trabajadores varones, a la par que se crea un ejército de reserva de mujeres que es susceptible de debilitar ese poder negociador²¹. De este modo, se presenta a las mujeres como mano de obra barata, poco conflictiva, flexible y elástica.

[L]a expulsión de las mujeres del mercado de trabajo puede mejorar el poder de negociación del trabajo masculino. Por supuesto, los efectos de la creación del trabajo doméstico como modelo subsidiario sobre el valor de la fuerza de trabajo masculina *no han de ser* todos favorables. La existencia del trabajo doméstico también provee al capital de un mercado de trabajo más flexible. Los individuos

subordinación mediante el sencillo recurso de no casarse (1979: 95–106).

²⁰ Alisa del Re argumenta también contra el salario para el ama de casa apuntando que dicho salario cuesta menos al Estado que el aumento de los servicios sociales, motivo por el que interpreta que los líderes de la extrema derecha proponen un salario de este tipo (1995: 79).

²¹ K. Marx, en *El Capital*, desarrolla la idea de que cada modo de producción tiene una ley de población peculiar que en el capitalismo se traduce en la conversión de Tomo III, Cap. XXIII). Y lo describe como sigue: “Constituye un ejército industrial de reserva disponible, que pertenece al capital de un modo tan absoluto como si se lo hubiera criado a expensas suyas [...] Le brinda el material humano, dispuesto siempre para ser explotado a medida que lo reclamen sus necesidades variables de valorización, e independientemente de los límites que pueda oponer el desarrollo real de la población”

pueden entrar y salir del sector doméstico, y de hecho lo hacen. Esto tiende a debilitar el poder de negociación del trabajo masculino. Al aportar una fuente alternativa de fuerza de trabajo, con frecuencia a precios inferiores, el sector doméstico cumple algunas de las funciones del ejército industrial de reserva. (1975: 36)

Harrinson, al igual que Delphy, define a las mujeres como una clase, Delphy las considera, además, sujetas a una relación de esclavitud, como ya lo hiciera Flora Tristán (Oliva, 2005: 114). Se ha señalado que ninguno de estos autores contempla el problema de la especificidad histórica y cultural del trabajo doméstico, y al remontar los orígenes del trabajo doméstico opresivo a los inicios del capitalismo moderno y, en particular, a la descomposición de la familia como unidad productiva principal, pecarían de un exceso de simplificación si se tiene en cuenta el cuidado, siendo así que este, además, debe diferenciarse del trabajo doméstico dedicado al consumo familiar. Asimismo, Molyneux constata que los procesos de trabajo y las relaciones sociales se han visto afectados por las transformaciones en la organización económica, de tal modo que muchos aspectos del trabajo doméstico son modificados a raíz de los cambios introducidos tanto en el diseño de las viviendas, como al incorporar un mayor número de servicios tales como la calefacción, el agua corriente o la electrificación, avances técnicos como la refrigeración, el envasado de alimentos cocinados, o una mayor tecnologización del espacio doméstico por el uso de pequeños electrodomésticos, amientras otros aspectos del trabajo doméstico son reacios al cambio (Molyneux, 1994: 131-132). Y argumenta que ello tiene que ver con la especificidad del trabajo de cuidado prestado en el universo familiar, un vínculo que difícilmente pueden romper las mujeres.

[E]l trabajo de cuidado de las criaturas constituye la relación material más difícil de eludir para las mujeres y, al mismo tiempo, también es el que mayores beneficios reporta al Estado capitalista. En efecto, mientras la carga del trabajo doméstico puede reducirse potencialmente al mínimo y repartirse equitativamente entre los miembros adultos de una familia, en el caso del cuidado de las criaturas la solución requiere una importante reasignación de recursos y que el Estado y otros agentes organizados asuman la responsabilidad en este ámbito. (*Ibid.*: 146-147)

Por su parte, tanto Wally Seccombe (1975) como Susan Himmelweit y Susan Mohum (1977), sostienen que es posible encajar el trabajo doméstico en el modo de producción capitalista, y se preguntan cómo se integra el cuidado de las criaturas en el

(2007: 95). También en torno a las teorías del ejército de reserva surgen intensos debates en la década de los setenta (véase, por ejemplo: Harrinson, 1973; Seccombe, 1973; Beechey, 1977).

mismo. Seccombe considera el trabajo doméstico como necesario, pues contribuye a la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo así como a la reproducción biológica; y al referirse a la reproducción de la fuerza de trabajo, valora específicamente el cuidado, concretamente el referido a las criaturas, distinguiendo la consecución del equilibrio psicológico – absorción y control de las tensiones –, el fomento de las relaciones familiares cordiales y las relaciones sexuales y la socialización de los niños – esta última compartida con la escuela (1975: 71). Gardiner (1975) al igual que Himmelweit y Mohum (1977) considera que el trabajo doméstico produce valores de uso destinados al consumo, aunque no exista un mecanismo para cuantificarlo.

En España, esta discusión se lleva a cabo bastante más tarde. Retraso que puede explicarse por dos circunstancias: la existencia de la dictadura franquista y el hecho de que los partidos comunistas en la clandestinidad, como el Partido Comunista de España (en adelante, PCE), se opusieron tanto a las ideas del feminismo marxista como a la posibilidad de que las mujeres formaran grupos independientes para defender sus intereses. Una recepción particular de la obra de Delphy se encuentra en el trabajo de Lidia Falcón, activista fundadora del *Partido Feminista* en el año 1979 (Falcón, 1992: 269 y ss).

El debate sobre el trabajo doméstico insiste en la importancia de mantener y reproducir de manera cotidiana a las personas (“fuerza de trabajo”), procurando comprender el significado de dicho trabajo, sus nexos con el mercado y las relaciones de poder económico y social que se establecen entre trabajo doméstico remunerado y no remunerado así como entre hombres y mujeres. Estos análisis apuntan buena parte de la problemática que en adelante atravesará el estudio de los trabajos desarrollados por las mujeres en el ámbito familiar, y especialmente el del cuidado, aunque también dejan muchos cabos sueltos, probablemente por estar marcados por una perspectiva excesivamente economicista (Borderías et ál., 1994: 34). La lectura de los textos marxistas llevó a las feministas a posiciones dispares e incluso contrapuestas (Beltrán et ál., 2001: 118), y se llega a dudar de la pertinencia de aplicar el concepto de explotación al trabajo doméstico (Folbre, 1982). Según se argumenta en el marxismo clásico, la explotación de las mujeres es consecuencia del modo de producción capitalista y, por tanto, con su incorporación al trabajo asalariado, así como su participación en la esfera pública, desaparecería la división sexual del trabajo. Pero esta teoría no permite explicar por qué se produce esa división sexual del trabajo concreta ni por qué unos trabajos son asignados a las mujeres y otros no. La historiadora Heidi Hartmann señala que si bien el

análisis marxista aporta una visión fundamental de las leyes del desarrollo histórico, las categorías del marxismo son ciegas al género y por ello, afirma, ha tenido lugar un desgraciado matrimonio, entre el feminismo y el marxismo (1980). Con una crítica más profunda, Alison Jaggar plantea que el problema no radica tanto en la ceguera de género de estas categorías sino, bien al contrario, en que estas se rigen por el género, por un exceso de género, y en ello radica su mayor dificultad como herramienta analítica (1987: 78).

Pese a todos los problemas señalados, el debate en torno al trabajo doméstico tiene una gran repercusión al esclarecer y resaltar la importancia económica del mismo, así como al provocar la búsqueda de métodos que permitieran medir su aportación a la producción y al bienestar general. Además, se pone de manifiesto que las mujeres no solo aportan bienes y servicios en el ámbito doméstico sino que también dan respuesta a una serie de necesidades emocionales difíciles de cubrir fuera de los entornos familiares. Por tanto, en cierto modo, dicho debate permite superar una concepción estrecha y limitada del trabajo. De hecho, a la par que se ha reivindicado que se trata de trabajo, primero con el trabajo doméstico, después con el de cuidado, se ha insistido en la dificultad que entraña apreciar la contribución de las mujeres al *encajarla* en la preexistente categoría *trabajo* (Himmelweit, 2011).

2.2.2. Estudios sobre medición y cuantificación del trabajo doméstico. ¿Un viaje de ida y vuelta?

La investigación sobre la experiencia de las mujeres en las familias advierte sobre la existencia de una esfera de actividad económica que opera en el ámbito doméstico. A partir de esta constatación, se estudian las causas de la exclusión de estos aportes de los sistemas de contabilidad nacional, y se discute sobre cómo debería ser una metodología que permitiera dimensionar los trabajos llevados a cabo de forma no remunerada dentro y fuera de los entornos domésticos. Pese a que la mayor parte de estos estudios son de carácter empírico, el tema de la valoración económica en sí misma implica problemas conceptuales y ha dado lugar a discusiones teóricas relevantes. Si bien ya en los inicios del siglo XX se pueden encontrar estudios empíricos sobre el tema, es sobre todo a partir de la década de los setenta cuando esta cuestión empieza a suscitar un enorme interés. Louise Vandelac considera que dicho interés tiene que ver con dos razones: por un lado, el movimiento feminista, al hablar de explotación económica, pone de relieve la importancia de la contribución de la actividad doméstica, sea en términos de

tiempo sea en términos de valor imputado; por otro lado, la perspectiva económica, tanto con el desarrollo de una nueva rama de la economía, la *Nueva Economía de la Familia*, como con las primeras críticas planteadas a la contabilidad nacional por pasar por alto las producciones no monetarias, estimulan el desarrollo de un campo de análisis centrado en las actividades no contabilizadas, desde el trabajo voluntario al sumergido, siendo el trabajo doméstico el principal componente de esta economía informal u oculta. También contribuyen a esta crítica los movimientos contraculturales y ecológicos de los años setenta con sus ataques a la sociedad de consumo, al desarrollismo, a la creencia en el crecimiento ilimitado, la desconsideración del medio ambiente y el ideal de vida individualista que conlleva (1994). En países en vías de desarrollo estas cuestiones se plantean igualmente de forma crítica, y se insiste en que la contabilidad nacional oculta las contribuciones no monetarias que desempeñan un papel particularmente importante en estas economías, actividades de subsistencia en las que las mujeres tienen un enorme protagonismo y cuya inclusión o no en los cálculos repercute en las relaciones Norte-Sur, tal como subraya Esther Boserup: “Las actividades de subsistencia que no recogen normalmente las estadísticas sobre producción y rentas son en gran parte obra de las mujeres” (1970: 163).

Los seminales intentos de medir el trabajo doméstico desde parámetros equivalentes al trabajo asalariado tienen lugar a comienzos del siglo XX en EE.UU. con el *Movimiento para las Ciencias Domésticas*, que trata de mostrar cómo los nuevos métodos de trabajo desarrollados en el ámbito industrial por el taylorismo, pueden ser aplicados al ámbito doméstico²² (Ehrenreich y English, 1990: 162-207). Una primera estimación de 1921, realizada simplemente al multiplicar el número de amas de casa a plena dedicación por el salario medio de las empleadas domésticas, arroja el dato de que el valor del trabajo doméstico en EE.UU. se situaba en alrededor del 25-31% de la renta nacional (Vandelac, 1994: 168-169). La investigación feminista ha localizado un

²² Barbara Ehrenreich y Deirdre English destacan que el resultado de la comercialización masiva de utensilios para “*ahorrar trabajo*” en EE.UU. en los años 1920, que marcaron las formas de reorganizar las tareas domésticas, no redujeron el tiempo dedicado a la casa tal como se pone de manifiesto en la memoria de tesis doctoral defendida por Heidi I. Hartmann (*Capitalism and Women's work in the home 1906-1930*, disertación doctoral inédita, Yale University; cfr. Ehrenreich y English, 1990: 203). Y, además, estas autoras señalan que no solo *no* se logró elevar las tareas domésticas a la categoría de profesión, tal como el *Movimiento para las Ciencias Domésticas* pretendía, sino que se convierte al ama de casa en objeto científico para los estudios desarrollados para el mercado del consumo emergente, ávido de estimular a compradoras compulsivas (Ehrenreich y English, 1990: 204-207). Las repercusiones de algunos postulados de dicho movimiento son visibles en las transformaciones del espacio doméstico que propulsa sobre todo en el diseño de las cocinas (Schwartz, 2011: 100-109).

precedente en la obra de Margaret Reid, que identificó el problema de la exclusión de la *producción doméstica* del cómputo de la renta nacional e ideó un método para estimar el valor de los trabajos realizados en el hogar, delimitando así el contenido del trabajo doméstico. Reid plantea que para considerar la producción doméstica se debe aplicar el *principio del tercero* o *criterio de la tercera persona*, determinando que *trabajo* es aquella actividad que puede ser delegada en otra tercera persona o bien substituida por bienes y servicios obtenidos vía mercado (1934). Al tomar como modelo de actividad económica el mercado, esta propuesta ha recibido críticas, en tanto que el trabajo doméstico y, sobre todo, el cuidado es difícilmente comparable con la producción mercantil, pues las modalidades y las condiciones en que estos se realizan son también muy diferentes (Benería, 1999: 330-331).

María Ángeles Durán describe cómo desde que inició sus investigaciones a mediados de los años setenta, cuando no existían fuentes empíricas disponibles sobre trabajo no remunerado, hasta el momento actual, se ha generado una rica corriente de investigación que incorpora el trabajo no remunerado y el cuidado como temas básicos, y destaca que ello tiene profundas implicaciones sociales, políticas, económicas y éticas (2012: 17). Efectivamente, a lo largo de cuatro décadas se han realizado numerosos esfuerzos para la cuantificación de este tipo de actividades, siendo pionero el trabajo de Marilyn Waring (1994 [1988]), quien difunde el problema entre un amplio público. Los esfuerzos por incorporar lo que inicialmente se denomina *producción doméstica* a los indicadores económicos oficiales, junto con la diversidad observada en las formas de empleo, contribuyen a que el concepto de trabajo empiece a ser también replanteado.

2.2.2.1. La Nueva Economía de la Familia

La delimitación realizada por Reid es retomada en la segunda mitad del siglo XX por los estudios desarrollados por la *New Home Economics* (Nueva Economía de la Familia, en adelante, NEF) de la Escuela de Economía de Chicago. La NEF considera el trabajo doméstico como una categoría económica y la familia como si fuera una pequeña empresa; y en el marco del paradigma neoclásico, estudia los miembros de la familia entendiendo que su comportamiento es analizable desde el punto de vista microeconómico (Borderías *et ál.*, 1994: 19). Su objeto de estudio es la actividad material realizada en una sociedad dada, y dar respuesta al problema de la difícil consignación del hogar como espacio económico con los instrumentos que posee la economía en ese momento; por tanto, no se busca cuantificar el trabajo doméstico en sí

mismo, sino que este aparece indirectamente en sus investigaciones sobre las distintas actividades que realizan los miembros de la familia. El análisis de la actividad doméstica es situado así al mismo nivel conceptual que el mercado laboral, y se le aplican los postulados básicos de maximización de la utilidad: la familia como un lugar de decisión que optimiza la utilidad de sus recursos y la división sexual del trabajo como un criterio de obtención de rentabilidad económica; las decisiones sobre cómo distribuir el trabajo total entre sus miembros persiguen los beneficios más elevados posibles para la familia (Rendón, 2003: 28-30). Por tanto, aunque se estudian las diferencias entre mujeres y hombres, se hace desde una posición que las acepta y justifica.

El premio Nobel de Economía Gary Becker desarrolla una teoría que genera un amplio programa de investigación (1997 [1993]), para analizar las economías familiares²³ en torno a las decisiones sobre: el comportamiento demográfico, esto es, el número y la *calidad* de los hijos; los determinantes de la actividad laboral de las mujeres y de la economía del matrimonio, que asigna tiempos a sus miembros en relación con el trabajo doméstico, el asalariado y el ocio (Borderías *et ál.*, 1994: 32). Un artículo publicado en 1965, en el que Becker sintetiza su teoría sobre la distribución del tiempo en los hogares, considerado como recurso escaso, constituye el comienzo del reconocimiento formal de los hogares como unidades productoras de bienes y servicios. Se destaca así la importancia de las tareas domésticas pese a que estos estudios no dan, no se preocupan de hacerlo, una explicación de por qué esa división concreta del trabajo entre mujeres y hombres.

Los trabajos desarrollados por la NEF han tenido una enorme relevancia para los estudios feministas posteriores, y una de las virtudes que se les ha reconocido es considerar la familia como una unidad de producción y no solo de consumo, lo que sirve como punto de partida para el estudio de las decisiones de asignación de trabajos en el hogar, de gasto, de fecundidad, etc. (Fougeyrollas-Schwebel, 2002: 176); y, además, se pone de relieve la importancia de las relaciones que tienen lugar en el interior de la familia, situando el análisis de la cotidianeidad doméstica al mismo nivel conceptual que el trabajo remunerado (Borderías *et ál.*, 1994: 34-35). Pero también ha recibido numerosas críticas. Por centrarse exclusivamente en la cuantificación y, al identificar todos los comportamientos humanos como los del *homo oeconomicus*, queda la familia desprovista de mecanismos propios (Vandelac, 1994: 161-162). El universo de las

²³ Véase en especial el capítulo 2 (sobre cómo se distribuyen los trabajos en los hogares) y el capítulo 5 (sobre la demanda de hijos).

teorías neoclásicas es un mundo donde reina el capital y el modo de estimación del valor a través del dinero aparece como el único posible. Así, aunque se asume indirectamente que las mujeres no asalariadas desarrollan un papel económico, su objeto de estudio es la familia y no las mujeres (concretamente, la familia nuclear de la sociedad de consumo). Por tanto, la NEF, aun permitiendo una revalorización de la familia en general, simplifica el problema del trabajo doméstico en su comprensión y estructuración sociológica reduciéndolo al nivel macro (su registro), sin apenas entrar en lo cualitativo (Muñoz, 1996: 156). Por basarse en ciertas creencias que reproducen un determinado modelo de relaciones de género: que cada miembro de la familia se especializa en aquello para lo que tiene una ventaja comparativa y, desconsiderando el origen de tal ventaja, se olvida que las mujeres tienden a realizar el trabajo doméstico (Humphries y Rubery, 1994: 401-402); considerar la familia como una unidad armónica integrada, sin conflictos internos, obviando las diferencias de poder entre sus miembros en el proceso de toma de decisiones, así como que sus intereses pueden ser contrapuestos y que pueden existir diferentes preferencias (Mincer, 1962); y, ver a la familia como una unidad de toma de decisiones racionales, sin tomar en cuenta la influencia de las normas sociales interiorizadas en el comportamiento de las personas (Borderías *et ál.*, 1994: 35-37) o el papel que juegan las emociones (Martín Palomo, 2008a).

2.2.2.2. El valor del trabajo doméstico

Dos tipos de aproximación se han realizado, *grosso modo*, con diferentes propósitos teóricos, para medir el trabajo doméstico (Borderías *et ál.*, 1994: 38): a nivel macroeconómico, se intenta valorar el trabajo doméstico no mercantil en tanto que el Producto Interior Bruto (en adelante, PIB) no es considerado una medida adecuada del bienestar nacional y, por tanto, no permite establecer comparaciones internacionales rigurosas; a nivel microeconómico, los esfuerzos se centran en estudiar cómo se distribuye el trabajo doméstico entre los miembros de la familia y cuál es la aportación de las mujeres. Se han aplicado distintos métodos para atribuir valor al trabajo doméstico (Carrasco, 1991: 255-275): por un lado, la cantidad y calidad del tiempo de trabajo utilizado para obtener bienes y servicios; por otro lado, los productos obtenidos. Para estimar el valor del trabajo doméstico es necesario encontrar una convención sobre cómo poner un precio al tiempo dedicado a dicho trabajo y sobre la forma de determinar el número de horas que se deben imputar a cada actividad, ya que se trata de un tipo de actividades que no genera rendimientos económicos, que apenas tiene reconocimiento social, ni computa a efectos de prestaciones futuras.

El debate metodológico deja traslucir las dificultades teóricas que arrastra la conceptualización del trabajo doméstico. El problema más acusado que acarrea, además del que conlleva el propio concepto “*tiempo*” y su medición, radica en la traducción a términos económicos del tiempo dedicado a cada actividad o en la forma de determinar el precio de mercado de los productos o servicios obtenidos²⁴. Los estudios sobre el tiempo han conocido un avance espectacular en las últimas décadas. Sin embargo, ni la definición ni la medición del tiempo son tareas sencillas. M. A. Durán recuerda que la reflexión sobre el tiempo y los intentos de medirlo son tan antiguos como la humanidad misma; relatos míticos, calendarios y la propia estructura gramatical de las diferentes lenguas dan cuenta de ello, lo que entraña no pocos debates ideológicos y conflictos políticos (2007a: 29-48). Pero, la introducción de instrumentos de medida como el reloj analógico construye un tiempo único, que se mide en horas y conlleva una homogenización que puede ocultar las cualidades de un trabajo que podría expresarse en múltiples tiempos:

¿Es el tiempo cronométrico la mejor unidad de medida para valorar actividades que se realizan en un contexto de flexibilidad horaria, condicionadas por múltiples necesidades ajenas, que pueden percibirse o vivirse subjetivamente, realizarse simultáneamente, etc.? (García Saínz, 1999: 306).

2.2.2.3. Encuestas de usos o presupuestos de tiempo

El interés en los presupuestos y usos del tiempo tiene un largo recorrido, iniciado a principios del siglo XX en ámbitos relacionados con la vida urbana, la actividad productiva industrial o las actividades no remuneradas de las familias (Rodríguez, 2006:

²⁴ Y para realizar dicha estimación, se utilizan diferentes vías: a) el *coste de oportunidad*, por el que las horas dedicadas al trabajo doméstico se valoran en relación a los salarios hipotéticos (actuales o potenciales) no percibidos por dedicarse a estos trabajos; b) el *coste de reemplazamiento*, que toma como referencia el coste de comprar los servicios a una persona que realizase el trabajo doméstico; y, c) el *coste de servicios*, por el que se valora por separado cada una de las funciones realizadas en el hogar según el precio que tenga su equivalente en el mercado cuando el trabajo es realizado por personal especializado; este último valor es más elevado que el anterior, pues se cuantifican por separado actividades que habitualmente son realizadas de forma simultánea. Todas estas modalidades han sido cuestionadas, en tanto que cada una de ellas tiene sus ventajas y sus inconvenientes: la primera de ellas ha recibido críticas al señalarse que generalmente los hombres perciben salarios más altos que las mujeres y, por tanto, el coste de oportunidad para ellos será mayor que para las mujeres; la segunda modalidad ha recibido críticas, porque se entiende que encierra el sesgo potencial de infravalorar el coste del trabajo doméstico, un tipo de trabajo que de partida ya está infravalorado y, efectivamente, esta modalidad suele arrojar estimaciones muy bajas; y, la tercera, al contrario, presenta el inconveniente de generar estimaciones elevadas. Pese a ello, este último método es uno de los más utilizados (Borderías *et ál.*, 1994: 37-41).

53). Las primeras encuestas sobre usos del tiempo cuentan ya con casi un siglo de existencia. Se puede datar el origen de la realización de estudios de presupuestos de tiempo, o de usos de tiempo (*time budget*), en 1922, cuando Stanislav Gustavovich Strumilin lleva a cabo en varias ciudades rusas el primer estudio sobre el tiempo. Entre 1965 y 1966, se realiza el primer estudio Szalai que da paso a estudios comparados de tiempo (cfr. Durán y Rogero, 2009: 12 y 172). Poco a poco, se incrementará el número de países en los que se elaborarán encuestas de usos del tiempo, si bien hasta los años ochenta no tendrán cierta periodicidad. La Oficina Estadística de la Comunidad Europea (en adelante, Eurostat) consolida este proceso comprometiéndose a elaborar una encuesta armonizada a nivel europeo, a mediados de los años noventa (Álvarez, Ángulo y Casero, 2003), y posteriormente, elaborando un documento de carácter metodológico con el que pretende promover las bases comunes para el desarrollo de encuestas de uso del tiempo en el ámbito europeo, guía que se ha tornado esencial para los institutos nacionales de estadística (Eurostat, 2008).

Desde los años setenta se han dado importantes pasos, M. A. Durán destaca que en tres niveles: político, estadístico y teórico (2007b: 94-95). En el plano político, en Europa, las demandas vinculadas al envejecimiento y la creciente dependencia de la población mayor han contribuido a visibilizar “el coste de las medidas alternativas a los cuidados no remunerados tradicionales” (*Ibid.*: 95). En el plano estadístico, la proliferación de las encuestas de usos del tiempo ha provocado un cambio de gran magnitud, a la par que se incluye el sexo como variable en la recogida y presentación de los datos. Y, si bien este tipo de investigación ha avanzado mucho a nivel empírico, pues cada vez se realizan más estudios centrados en el trabajo no remunerado desde nuevas perspectivas, a nivel teórico no se ha avanzado tanto. A lo largo de cuatro décadas, se constata una importante proliferación de encuestas de usos del tiempo – con cada vez más presencia en el análisis económico y social –, en las que se pretende armonizar las metodologías con el ánimo de garantizar la comparabilidad internacional.

Una amplia variedad de estudios en diversos países se han ocupado de cuantificar y valorar en términos económicos la dimensión del trabajo no remunerado a partir de las encuestas de presupuestos de tiempo que permiten medir el tiempo de trabajo invertido en las distintas tareas diarias. Estudios que arrojan el dato de que el valor económico de estos trabajos se puede estimar entre la tercera parte y la mitad del valor del PIB oficial (Durán, 1997a), siendo gran parte producido por mujeres en el ámbito doméstico-familiar. El desarrollo experimentado por las estadísticas oficiales y la elaboración de

nuevos instrumentos que permiten identificar y analizar la actividad desarrollada por mujeres, tanto la que está monetarizada como la que no, ha recibido un fuerte impulso de organismos internacionales como Naciones Unidas (en adelante, ONU). Las conferencias mundiales sobre la mujer, auspiciadas por dicho organismo desde 1975, han sido decisivas para incorporar este tema a sus programas y planes de acción. La investigación sobre el valor económico del cuidado y de otros trabajos domésticos se ha fomentado desde el Instituto para la Promoción de la Mujer (en adelante, INSTRAW) que ha instado a los gobiernos a desarrollar estadísticas e indicadores relacionados con la situación de las mujeres, que permitan conocer su dedicación a los diferentes tipos de trabajos (INSTRAW, 1989: 15 y 33), y que a modo de contabilidad separada o complementaria, permite aumentar el PIB (Benería, 1999: 329-330)²⁵. La *International Conference on Unpaid Work*²⁶, auspiciada por el gobierno de Canadá en 1993, es el marco en el que surge la propuesta de llevar a cabo uno de los intentos más interesantes de superar esta invisibilidad del trabajo no remunerado a nivel macrosocial o macroeconómico: la preparación de *cuentas satélite* para los hogares (Durán, 1995: 5-6). La propuesta de contabilizar el valor del aporte del trabajo desarrollado por las mujeres ocupa buena parte de los temas planteados en la *IV Conferencia Internacional de la Mujer de Beijing* (1995) y la *Cumbre Social de Copenhague* (1995). En ambos foros internacionales se insiste en la necesidad de elaborar nuevos indicadores económicos y cuentas satélite que se pongan en relación con las cuentas nacionales²⁷, y que permitan

²⁵ En los últimos años, antes de ser absorbido en 2010 por ONU-Mujeres, dicho instituto ha llevado a cabo jornadas de discusión y trabajos de investigación sobre el servicio doméstico y las cadenas globales de cuidados. Por ejemplo, el proyecto Construyendo redes: mujeres latinoamericanas en las cadenas globales de cuidado UN-INSTRAW o las jornadas celebradas en el Museo Reina Sofía el 17 de noviembre de 2009, *Un lugar justo para el empleo de hogar y sus trabajadoras*.

²⁶ La noción de “trabajo no remunerado” es muy amplia pues abarca tanto el sector informal como el trabajo doméstico o las actividades que contribuyen a la economía de subsistencia, siendo la mayor parte de estos trabajos realizada por mujeres. M. A. Durán identifica tres versiones principales: doméstico, voluntario y forzoso (1995: 5). Y plantea que sería mucho más adecuado hablar de “trabajo no monetarizado” que de “trabajo no remunerado” para destacar que aunque este tipo de trabajo no da lugar a transacciones monetarias inmediatas e, incluso, que la remuneración puede ser de otro tipo. En el uso internacional se ha consolidado la terminología de *paid and unpaid work*, y, por ello, pese a ser la opción menos convincente, a efectos de comparación Durán se decanta por este último uso (2010: 86; 2012: 40).

²⁷ La elaboración de cuentas satélite fue propuesta por la australiana Duncan Ironmonger, quien utiliza datos de encuestas internacionales para estimar la magnitud relativa de la división de género en horas de trabajo remunerado, no remunerado y total en doce países de la OCDE, realiza una estimación monetaria del producto total del hogar en Australia, observando con mayor detenimiento quién proporciona el cuidado y quién se encarga de la crianza de los niños en los hogares (Ironmonger, 1996).

un análisis más exhaustivo de la actividad económica subterránea, ocultada o no observada, según se ponga el énfasis en uno u otro aspecto (Durán, 2007b: 92-93).

En España, las primeras investigaciones sobre usos del tiempo se inician en la segunda mitad de los años sesenta y reciben su primer impulso con el desarrollo de los medios de comunicación. En 1975, María Ángeles Durán intenta introducir una nueva línea de investigación que, ante la falta de fuentes estadísticas, se ve impelida a realizar sus propias estimaciones sobre la duración de la jornada de trabajo doméstico (Durán y Rogero, 2009: 12-31) a partir de métodos cualitativos (entrevistas, observación participante). En 1984, el CSIC realiza una *Encuesta sobre Desigualdades Familiares y Domésticas* en la que se recogen algunas preguntas sobre actividades y sobre el tiempo estimado que dedican las amas de casa a las tareas domésticas; este trabajo se complementó con un estudio cualitativo también realizado por Durán (1988); Jesusa Izquierdo y su equipo analizaron los aspectos temporales de la *Encuesta Metropolitana de Barcelona* (1988). En 1987, el CIS pone en marcha una encuesta sobre empleo del tiempo que Ramón Ramos analiza en una obra emblemática (1990). A partir de estos trabajos, desde la segunda mitad de la década de los ochenta se desarrollan numerosos estudios sobre el género y los usos del tiempo, identificando significativas diferencias entre mujeres y hombres, que además tienen distintos itinerarios según el momento del ciclo familiar. Y se pone de manifiesto que la distribución del tiempo dedicado al trabajo doméstico y cuidado es diferente según la edad, el estado civil, el número de hijos que viven en el hogar familiar así como la edad de estos²⁸. A lo largo de los años noventa los estudios sobre el tiempo se consolidan (Durán, 1997a) y se dan pasos para que los datos de las encuestas españolas de usos del tiempo puedan ser comparables con los de las que se realizan en otros institutos del mundo²⁹.

Tomando las encuestas de presupuestos de tiempo como una herramienta básica para estimar la dimensión oculta del trabajo que se realiza fuera de la esfera mercantil, se han desarrollado diversas investigaciones que pretenden registrar la contribución de las

²⁸ Véase por ejemplo: Durán (1988, 1991), Izquierdo et ál. (1988), Page (1996), Ramos (1990), Colectivo IOÉ (1996), Martínez, Mayordomo, Recio y Serrano (2003); entre otros.

²⁹ Véase por ejemplo: *Encuesta de Nuevas Demandas* (1990), realizada por el Instituto de Economía y Geografía del CSIC, y otras realizadas en 1995, 1998, 2003, 2005 y 2008, todas ellas bajo la dirección de M. A. Durán, que analizan cómo se distribuyen las actividades en el interior de los hogares; la *Encuesta CIRES sobre usos del tiempo* (1993 y 1996); las del Instituto de la Mujer (1996, 2001, 2006), que al igual que las encuestas realizadas en el CSIC, prestan especial atención al trabajo no remunerado en el hogar; y algunas iniciativas de ámbito local como las realizadas en Barcelona entre 1980 y 2000.

mujeres en las familias, y su traducción en términos económicos³⁰. María Ángeles Durán ha impulsado en nuestro país una línea de investigación sobre el cuidado (1999b), e incluso ha coordinado encuestas, como la realizada en el CSIC sobre el *Uso del Tiempo en España*, 2003 (en adelante, EUT), para poder elaborar una cuenta satélite del trabajo no remunerado centrada “en la obtención de información sobre el trabajo doméstico y sobre el cuidado a niños y personas mayores” (2010: 24).

También Durán ha coordinado estudios que han servido de base para elaborar la *Cuenta Satélite del Trabajo no Remunerado* de la Comunidad de Madrid: dos encuestas sobre usos del tiempo que se han orientado a conocer mejor el trabajo no remunerado (2005 y 2008). Son reseñables igualmente los trabajos desarrollados por Institutos de Estadística, como la *Encuesta de Presupuestos de Tiempo* (1993, 1998, 2003 y 2008) realizada por el Instituto Vasco de Estadística-EUSTAT³¹, o las submuestras con las que se han realizado análisis en otras CC.AA., como los Institutos de Estadística de Andalucía, Cataluña, Asturias o Galicia. Y el *Barómetro sobre Uso del Tiempo* que el CIS llevó a cabo en junio de 2008, el Estudio 2.766, en relación con las actitudes y aspiraciones de nuevas formas de redistribución del tiempo diario³². Finalmente, en 2002-2003, el INE levanta una encuesta a nivel nacional en la que se siguen los criterios de armonización de Eurostat. La *Encuesta de Empleo del Tiempo* (en adelante, EET) a juicio de los expertos guarda un enorme potencial para el estudio de la vida cotidiana y de las condiciones de vida (Durán y Rogero, 2009: 15). Esta encuesta se ha replicado en 2009-2010, pero se ha realizado con restricciones presupuestarias que han limitado los trabajos de campo en algunas comunidades autónomas.

³⁰ Por ejemplo: Durán (2006a, 1999b, 1997a, 1997b, 1995), Carrasco (1998), Carrasco et ál. (2001), Carrasco et ál. (2003), Carrasco et ál. (2004), García Díez (2003), García Sáinz y García Díez (2000), Rodríguez, (2006), García Sáinz (2005).

³¹ Ramón Ramos advierte que la EET es más limitada para estudiar el cuidado que las encuestas sobre usos del tiempo levantadas por EUSTAT. Así en la EET se crea la categoría *familia y hogar*, cuando ya EUSTAT venía denominando con más acierto *trabajo doméstico y cuidado a las personas en el hogar* (2006: 22).

³² Existen otras fuentes de ámbito nacional que, sin estar especializadas en estudios del tiempo, también ofrecen información relevante sobre usos del tiempo entre las que se destacan aquí por tener una mayor relación con los tiempos de los cuidados: la *Encuesta de Población Activa*, que recoge información sobre el tiempo de trabajo remunerado; y, el *Panel de Hogares de la Unión Europea*, que ofrece datos sobre usos del tiempo que permiten conocer el tiempo dedicado al cuidado de niños y adultos (y de otras actividades relacionadas con el cuidado), y que desde el año 2004, ha pasado a denominarse *Encuesta de Condiciones de Vida* (Durán y Rogero, 2009: 15-16).

La necesidad de elaborar encuestas sobre la distribución o empleo del tiempo a nivel nacional se convierte en un importante eje de renovación conceptual e instrumental en las ciencias sociales, si bien las preocupaciones de carácter económico como la medición de la economía informal, invisible, oculta, ocupan un lugar dominante en el desarrollo del instrumental estadístico para medir los usos del tiempo. Los análisis de tiempo ofrecen estimaciones sobre algunas actividades que están sujetas a una enorme invisibilidad, y dichas estimaciones varían según sea el instrumento de recogida de información que se utilice (diarios, observación, encuesta,...) y, además, los resultados siempre están mediados por la percepción de las personas que están involucradas en el estudio tanto sobre su propio trabajo como sobre el que desarrollan los demás (García Sainz, 1998: 299-300).

2.2.2.4. Críticas a los intentos de estimar el valor del trabajo doméstico

Las encuestas de presupuestos de tiempo han recibido numerosas críticas, siendo una de las más consideradas las realizadas por María Sagrario Floro, que refiere la incapacidad que este tipo de herramientas metodológicas tienen para captar la realización simultánea de tareas diversas y, por tanto, su intensificación, así como las consecuencias que todo ello puede tener sobre la salud de las mujeres y el bienestar de los niños, sobre todo en el caso de las mujeres pobres (1995: 1-25). Esta autora ha destacado la necesidad de obtener informaciones más precisas sobre las actividades cotidianas, lo que ayudaría tanto a calibrar con más fundamento su calidad de vida como a diseñar indicadores de intensidad en el trabajo, de la tensión, de las dificultades que encierra la realización simultánea de varias tareas, su incidencia sobre la salud individual o sobre la imposibilidad de atender a los hijos, y sugiere también que la dimensión cualitativa del uso del tiempo debe ser atendida por académicos y responsables políticos (Floro, 1996: B4 y B5; Cfr. Benería, 1999: 338). La división cronométrica, aunque útil a efectos analíticos, resulta insuficiente cuando no improcedente, como criterio para analizar la distribución del trabajo de cuidado (García Saínz, 1998: 359). Gershuny y Jones señalan que pese a disponer de un considerable volumen de información sobre el uso del tiempo no hay un marco analítico capaz de abarcar los nuevos conocimientos y que las estimaciones sobre usos del tiempo son insulsamente descriptivas, teóricamente uniformes y poco esclarecedoras (Gershuny y Jones, 1986: 3-4; Cfr. Picchio, 1994: 454). En general, se destaca la dificultad de medir los trabajos no remunerados a partir de los indicadores con que se hace habitualmente en tanto que su valor difícilmente es mensurable con las herramientas del trabajo productivo (Letablier, 2007: 64). E incluso

se elaboran críticas más radicales, como la realizada por Louise Vandelac, quien no solo duda que esto sea realmente posible sino que encuentra que puede ser contraproducente.

Comparadas con estos enfoques que cuestionan, a partir del punto de vista de las mujeres, los fundamentos mismos del discurso económico, las valoraciones monetarias del trabajo doméstico, presas en la trampa del *economicismo*, causan la impresión de ser capaces de describir sólo (y aún...) ciertos efectos de la exclusión de la actividad doméstica del campo del valor, sin permitir comprender, sin embargo, sus mecanismos. Además, con su asimilación de las esferas doméstica y mercantil, contribuyen a enmascarar la naturaleza y el funcionamiento de las relaciones de sexo y de clase propios de la esfera de reproducción doméstica, que es la familia (1994: 161)

Y señala que en dichas mediciones se obvia la cuestión de la sexualidad: la norma heterosexual, el deber, el amor, la obligación, la violencia, o el acceso al dinero, que operan de modo desigual según se trate de hombres o mujeres, del mismo modo que no son consideradas sus implicaciones económicas. Y argumenta que las limitaciones y los atolladeros a que conducen las valoraciones monetarias son consecuencia de que estas son una prolongación de los paradigmas de la economía clásica, y de ahí su incapacidad para explicar adecuadamente las actividades y las relaciones domésticas.

[S]e limitan a explicar el trabajo doméstico en función del mercado, cuando su primera característica es su exclusión del mismo. De tal manera que esta inclusión en el mercado, si llegara a tener lugar, transformaría tanto el aspecto de la economía como el de las relaciones económicas y hasta los cálculos sobre el valor monetario (Ibíd.: 162)

En los primeros años del siglo XXI, Cristina Carrasco y su equipo han desarrollado una propuesta de EPA no androcéntrica, que pretende poner en el centro del análisis la satisfacción de las necesidades humanas, diferenciando entre las dimensiones objetivas – como son las necesidades biológicas – y las subjetivas, que incluyen las necesidades afectivas, seguridad psicológica, creación de relaciones y lazos humanos (Carrasco, 2005, 2008). Dicha encuesta desarrolla una propuesta metodológica que permite analizar el trabajo a la vez que se intenta hacer frente a algunas de las limitaciones que presentan las encuestas de presupuestos de tiempo (Carrasco et ál., 2004: 17). Se contempla tanto la distribución de tiempos como de aquellas tareas que contribuyen al bienestar de las personas, y pretenden captar tanto la simultaneidad e intensificación de tareas como la gestión y la organización. Y, para ello se redefine el

concepto de persona activa al partir de la pregunta sobre el número de horas dedicadas no solo a las actividades remuneradas, sino también a la ayuda familiar, el trabajo doméstico, el estudio y el voluntariado (Carrasco et ál., 2001). No obstante, pese a las limitaciones que presentan los diferentes métodos para cuantificar el trabajo no remunerado, el uso del tiempo es uno de los mayores indicadores para dar cuenta de la dedicación de hombres y mujeres a cualquier tipo de trabajo: “las encuestas de uso del tiempo son, por ahora, el mejor instrumento disponible para el conocimiento del trabajo no remunerado” (Durán, 2012: 212).

2.2.3. Trabajo doméstico- familiar: emociones y culturas del trabajo femenino

El debate sobre el trabajo doméstico, los intentos de cuantificarlo, no da cuenta de todas las contribuciones que en la década de los setenta aparecieron enriqueciendo y complejizando el análisis (Borderías et ál., 1994: 23-25). Las aportaciones realizadas desde la historiografía son decisivas para construir el objeto sociológico del trabajo doméstico sea a partir del análisis del papel desarrollado por las mujeres en el proceso de modernización, en la industrialización, en el estudio de la familia o de la vida cotidiana.

Trabajo doméstico, producción doméstica, economía doméstica, trabajo del hogar, actividades del hogar, actividades domésticas, atención a las personas..., ama de casa, esposa, madre..., todos estos términos tienen connotaciones disciplinarias y conceptuales distintas que suscitan controversias sobre el sentido que ha de darse a la expresión “trabajo doméstico”. Definimos el trabajo doméstico como el conjunto de tareas vinculadas a los cuidados prestados a las personas comprendidas en el marco de la familia – hogar conyugal y red externa familiar- trabajo gratuito desempeñado esencialmente por las mujeres (Fougeyrollas-Schwebel, 2002: 274).

El trabajo doméstico empieza a constituirse como objeto específico de estudio también desde la sociología de la familia (Sarraceno, 1988; Laslett, 1972), perspectiva desde la que el concepto de trabajo se redefine y amplía al incluir el trabajo doméstico (Carrasco, 1999). Borderías y su equipo presentan el diálogo que se establece entre la obra de Anna Gavron, *The Captive Wife* (1966), con la problemática que presentan en una vena funcionalista Peter Willmont y Michael Young (1957) y J. M. Mogey (1956), como muestra de una línea de investigación sobre el trabajo doméstico mucho más concreta y empírica, centrada en las prácticas de trabajo femeninas dentro de la familia. De igual modo, Ann Oakley (1974), desde la perspectiva del feminismo radical, se aproxima a la realidad más tangible del trabajo doméstico, rompiendo, además, con el

ahistoricismo y el nivel de abstracción al que habían llegado los autores implicados en el debate sobre el estatuto del trabajo doméstico, que se desarrolla a caballo entre la dimensión económica y la política (Borderías et ál., 1994: 42-43). Oakley abre una vía de investigación empírica centrada en las prácticas de trabajo concretas de las mujeres, recurriendo para ello a las aportaciones de la antropología y la historia. Analiza la experiencia del trabajo doméstico y muestra que esta actividad es trabajo en el mismo sentido que cualquier otra ocupación, un trabajo cuya responsabilidad recae sobre las mujeres. Incluso considera que existen más similitudes que diferencias entre el trabajo remunerado y el no remunerado. En su investigación pone de manifiesto que aquellas mujeres que se dedican en exclusiva al trabajo doméstico pueden terminar sintiéndose aisladas y con una enorme insatisfacción, señalando que el papel de ama de casa es una construcción social por la que las mujeres quedan subordinadas a los hombres, un trabajo no remunerado y alienante y que, sin embargo, tiene prioridad para el sostenimiento de la vida cotidiana. Y concluye que la única forma en que las mujeres pueden obtener libertad y desarrollarse plenamente como individuos en la sociedad es mediante la abolición del papel del ama de casa, de la división sexual del trabajo y de la propia familia tal como se entiende y estructura en la sociedad que analiza en ese momento.

En España, un pequeño libro, *El ama de casa*, titula uno de sus capítulos “El trabajo doméstico es trabajo” (Durán, 1975), y en él también se aboga por considerar las actividades domésticas como auténtico trabajo. En estos años, la sociología, intentando conocer y explicar cómo se estructura el trabajo doméstico y cuáles son sus modalidades, se apoya en las aportaciones de otras disciplinas entendiendo que éstas iluminan los grandes cambios que se han producido en la sociedad, identificando cuáles son las características y las modalidades propias tanto de la familia como del trabajo doméstico en las sociedades modernizadas (véase capítulo 1 *supra*). De hecho, entre finales de los años setenta e inicios de los ochenta se constatan importantes cambios en el trabajo doméstico por el impacto del desarrollo de la sociedad del consumo y del EB y la provisión de servicios públicos para las familias, cambios que serán profusamente analizados entre finales de los años setenta y principios de los ochenta (véase capítulo 4 *infra*).

Con el tiempo, el debate sobre el trabajo doméstico pierde intensidad y cobran mayor protagonismo otros tipos de enfoques. Se desarrollan metodologías específicas y diferentes para el estudio del trabajo doméstico con estudios cualitativos que reconstruyen las prácticas concretas del trabajo doméstico (Borderías et ál., 1994: 44-

47): estudios sobre la socialización diferencial de hijos e hijas y cómo se interiorizan las normas sociosexuales; el impacto de la tecnología en la organización del trabajo doméstico; diferentes relaciones de hombres y mujeres con el trabajo doméstico, sobre todo en relación con el cuidado de la prole (Devreux, 1984); el carácter colectivo del trabajo doméstico y su circulación entre mujeres de diferentes generaciones (Pitrou, 1977; Fougeyrollas et ál., 1985); las temporalidades del trabajo doméstico (Chabaud-Rychter et ál., 1985); y se desarrollan conceptos como el de carga mental (*charge mentale*) insistiendo en los aspectos subjetivos del trabajo (Haicault, 1998). Se realizan investigaciones para conjurar la reducción del trabajo doméstico a un mero hacer, subrayando las dimensiones intelectuales y emocionales del mismo (Martín Palomo, 2008a).

A fines de los años setenta, Laura Balbo (1977) propone hablar del trabajo familiar, insistiendo en el carácter relacional del trabajo desempeñado en el espacio doméstico e incorporando el cuidado como eje central para estudiar las actividades desarrolladas en el ámbito doméstico y en el marco de relaciones familiares³³. En una vena próxima, Marina Bianchi, define el trabajo familiar como,

[E]l trabajo asignado en y para la familia. Comprende obligaciones y tareas asociadas a la reproducción (relaciones sexuales, procreación, crianza de los hijos e hijas, desarrollo de la comunicación y de la afectividad); áreas domésticas (mantenimiento de la casa y del vestuario, compras, preparación de la comida, etc.); tareas burocráticas (relaciones con los servicios, las entidades, las instituciones); tareas asistenciales (cuidado de personas enfermas, ancianas o inválidas). El trabajo familiar es un trabajo destinado a la reproducción, ausente del mercado laboral y, por tanto, gratuito (1994: 493).

A comienzos de la década de 1980, la obra de Pahl (1991[1984]) pone de manifiesto que a la noción de trabajo le rodea una enorme ambigüedad, y aboga por extender la mirada hacia otras formas de trabajo que hasta ese momento quedaron al margen, rechazando que la remuneración tenga que ser un elemento definitorio o consustancial al mismo. Con esta base, defiende que las tareas domésticas son una forma más de trabajo.

³³ Siguiendo esta propuesta en otro lugar se ha defendido el uso de la noción de ámbito doméstico-familiar en lugar de ámbito doméstico o relaciones familiares puesto que ambos, espacio y relación, interactúan (Martín- Palomo, 2008a).

[E]l trabajo tampoco puede medirse de forma estrecha por medio de definiciones constreñidas, las cuales lo limitan, o bien al empleo, o bien a ser un resultado de filosofar de forma abstracta sobre la naturaleza del trabajo “productivo”. El trabajo puede entenderse únicamente en conexión con las relaciones sociales específicas en que se halla inmerso. (166)

Tal como señala Susan Himmelweit, el problema de fondo es el concepto de trabajo con el que se opera para definir los rasgos por los que el trabajo doméstico pasa a ser considerado “trabajo”, un concepto que necesita ser discutido y revisado en profundidad (2011: 203).

[L]amentablemente, al insistir en que las actividades domésticas obtengan reconocimiento mediante su adecuación a una categoría indiscutida de trabajo, se sigue sin reconocer la importancia de las actividades de cuidado y autocuidado, y tampoco se reconoce la contribución de las mujeres que realizan la mayor parte de este no-trabajo. (Ibíd.: 218)

Es significativo que a comienzos del siglo XXI, un concepto tan fundamental como "trabajo" sea tan ambiguo e impreciso, lo que puede leerse como síntoma de un proceso de profunda transformación. Tal como se ha visto en epígrafes anteriores, son muchas las limitaciones que presentan las teorías y categorías tradicionales sobre el trabajo para analizar la diversidad y complejidad de las actividades desarrolladas por las mujeres, e invitan a construir enfoques, objetos y metodologías que permitan captar las interrelaciones entre existentes entre los mundos por los que transitan (Borderías *et ál.*, 1994: 17). La investigación sobre mujeres y trabajos se desplaza se desplaza cada vez más desde una focalización en la denuncia y el análisis de la exclusión, la discriminación y la subordinación, hacia una reflexión sobre el *valor* de las actividades realizadas por las mujeres en su gran diversidad, el análisis de su experiencia y subjetividad. Por ello, se realizan estudios ligados al método biográfico, metodologías que por su propia multidimensionalidad permiten una reflexión sobre las culturas del trabajo femenino que conecte las diferentes esferas por las que transcurren las vidas de las mujeres (Borderías *et ál.*, 1994: 77).

2.3. Poner en relación el trabajo remunerado y el familiar

La segunda línea de investigación se dibuja a partir de una serie de trabajos que enfatizan la necesidad de construir objetos de estudio y categorías transversales al ámbito de lo familiar y de lo profesional. Tanto desde los estudios históricos sobre la

familia, los realizados sobre el proceso de industrialización, así como en buen número de los desarrollados por economistas y sociólogos a lo largo de los años setenta, se pone de manifiesto la necesidad de establecer vínculos entre el universo doméstico-familiar y el profesional en los diferentes análisis realizados. Son perspectivas, todas ellas, diferentes y complementarias que ponen en relación el trabajo remunerado y la familia, o la producción y la reproducción, y que depositan la mirada en las interrelaciones o interdependencias cuando se estudia el trabajo en sentido amplio. También la familia es estudiada como un espacio social cuyo comportamiento solo se comprende al observar cómo se articula con otros campos, muy particularmente la esfera del trabajo profesional. De este modo, se pone de manifiesto el *continuum* existente entre todos los trabajos, y se investiga en torno a la articulación entre estructuras económicas y estructuras familiares, sea desde la perspectiva del trabajo, del uso del tiempo o desde las estrategias desplegadas por las mujeres para la conciliación de la vida familiar y laboral³⁴.

Una gran cantidad de investigaciones se desarrolla a partir del análisis del modo en que mujeres y hombres comparten, o no, el cuidado de sus hijos, de otros miembros de la familia, así como las tareas del hogar, siendo uno de los primeros y más sugerentes trabajos el realizado por Ann Oakley comentado más arriba (véase epígrafe 2.2.3. *supra*). Otros estudios realizados desde una perspectiva micro, analizan el uso del tiempo de los diferentes miembros de las familias lo que permite conocer la participación de los hombres en las tareas domésticas cuando las mujeres trabajan fuera del hogar (Michel, 1970, en Francia; Young y Wilmott, [1973] 1975, en Inglaterra); se constata la invariabilidad en la participación de los hombres en las tareas domésticas, y el hecho de que, trabajen o no fuera, las mujeres tienen menos tiempo libre que los hombres, y trabajan mucho en general (Hochschild y Machung, 1989). Sobre la base de los datos arrojados por el estudio Szalai, señala Antonella Picchio que, comparando los tiempos de trabajo de las *amas de casa* con los de aquellas mujeres que desempeñan trabajos asalariados y los de hombres con trabajos asalariados (no se incluye en este estudio hombres que realicen solo trabajo doméstico no asalariado), los datos revelan un elevado número de horas de trabajo doméstico para las *amas de casa*, también para las asalariadas, siendo muy bajos los datos de participación de los hombres en el trabajo doméstico (1994: 467-471). Dichos estudios cuestionan la idea de que la familia sea cada vez más igualitaria (Wilmott y Young, 1975), al mostrar cómo las mujeres que trabajan fuera del hogar, en familias denominadas de *doble ingreso*, o de *doble carrera*, siguen

³⁴ Véase, por ejemplo: Tobío, Arteta y Fernández-Cordón (1996), Tobío (1998, 2001, 2002, 2003,

siendo también ellas mismas las principales responsables de las tareas domésticas y del cuidado de sus miembros (Rapoport, 1969)³⁵, y por tanto, tras su trabajo remunerado tiene un “segundo turno”, es decir, numerosas horas de trabajo adicional que muchas mujeres tienen que realizar para no alterar el funcionamiento de su hogar (Hochschild y Machung, 1989). Progresivamente se va dibujando una corriente sociológica que busca estudiar simultáneamente cómo se articulan estructuras, tiempos y prácticas en la vida cotidiana al poner en relación ambos mundos.

2.3.1. Las interrelaciones producción-reproducción

El proceso de deconstrucción de la categoría *trabajo*, y de otras categorías específicas utilizadas en las investigaciones sobre la familia o el trabajo, se ha desarrollado de forma simultánea a la reconsideración de algunas dicotomías temáticas y disciplinares tales como producción/reproducción, trabajo/familia y trabajo asalariado/trabajo doméstico, mercantil/no mercantil, activo/pasivo. Investigaciones que invitan a adoptar una perspectiva analítica que tenga en cuenta ambos universos para entender todas las experiencias de trabajo femeninas (Borderías et ál., 1994: 85). Pero, hay que esperar a los años ochenta del pasado siglo para que surjan estudios que se sitúen en el terreno de las interrelaciones y que, en función de éstas, empiecen a “construir objetos de estudio propiamente transversales” (Borderías et ál., 1994: 86). Incluso algunos trabajos ponen en entredicho la separación del trabajo doméstico, de la familia y de la producción de seres humanos o *producción antroponímica* (Bertaux, 1977), y lo hacen a partir de una concepción ampliada de la reproducción (Combes y Haicault, 1994: 544-546).

En ese intento de elaborar conceptos que permitan estudiar simultáneamente ambas esferas sociales, se reflexiona en torno a nociones como *división sexual del trabajo*, *carga global del trabajo*, *sistema de reproducción social*, *doble trabajo*, *doble jornada o jornada interminable* (Durán, 1986: 33), *doble presencia* (Balbo, 1994: 503-513), *conciliación de la vida familiar y laboral*, o más recientemente, *pluripresencia* (Ortega 2011: 25). Delphy propone sencillamente plantear el problema del trabajo desarrollado por las mujeres en términos de relaciones de género, entendiendo que el

2005), Tobío y Díaz (2003), Flaquer (2004), entre otros.

³⁵ En un estudio reciente se constata que apenas se han producido cambios en las parejas de doble ingreso en las últimas décadas respecto de los resultados obtenidos en estudios realizados en esta línea en EEUU hace varios decenios (Dema, 2006).

género es la resultante de varios sistemas de opresión entre los que la explotación económica es tan solo uno de ellos (Delphy, 1982: 297).

2.3.1.1. La división sexual del trabajo

Uno de los conceptos clave en el análisis de las interrelaciones entre trabajo remunerado y familia ha sido el de división sexual del trabajo o división social del trabajo entre los sexos. Una noción que permite vincular analíticamente las dos esferas, destacando sus mecanismos de relación e interdependencia, así como las relaciones de poder y de subordinación que crean estructuras de privilegio y discriminación. Utilizado inicialmente por los antropólogos para designar un reparto complementario de tareas entre mujeres y hombres, este concepto pasará a tomar valor como concepto analítico tanto en el campo de la historia como en el de la sociología. Las primeras rupturas con las burdas generalizaciones de las teorías biologicistas, que diferenciaban por naturaleza las tareas entre los sexos, precisamente provienen de las observaciones que algunos antropólogos realizan en sus trabajos de campo al comprobar como la ascripción de las tareas a uno u otro sexo varía con las culturas (V.gr. Lévi-Strauss o Margaret Mead, capítulo 1 *supra*).

La división sexual del trabajo es la forma de división del trabajo social resultante de las relaciones sociales entre los sexos; esta forma es modulada históricamente y societariamente. Tiene como características la asignación prioritaria de los hombres a la esfera productiva y de las mujeres a la esfera reproductiva, así como, simultáneamente, la captación por parte de los hombres de las funciones con fuerte valor social añadido (políticas, religiosas, militares, etc.).

Esta forma de división social del trabajo tiene dos principios organizadores, el *principio de separación* (hay trabajos de hombres y trabajos de mujeres) y el *principio jerárquico* (un trabajo de hombre “vale” más que un trabajo de mujer) que no han cambiado pese a que sus modalidades (concepción del trabajo reproductivo, lugar de las mujeres en el trabajo asalariado, etc.) varían mucho en el tiempo y en el espacio. (Kergoat, 2002: 66-67)

Danièle Kergoat elabora este concepto en los años ochenta retomando el análisis planteado por Engels de la articulación entre producción y reproducción e incluyendo esta problemática en la de las relaciones sociales de dominación (Trat, 2010: 328; Kergoat, 2005). Existen opiniones diferentes sobre la aparición de la división sexual del trabajo: unos autores la consideran como una consecuencia del capitalismo industrial, y

otros, afirman que está relacionada con el patriarcado y que es anterior al proceso de industrialización. Así, la historiadora Heidi I. Hartmann cuestiona que esta división fuera siempre jerárquica.

La división del trabajo por sexos parece haber sido universal en toda la historia humana. En nuestra sociedad la división sexual del trabajo es jerárquica, con los hombres arriba y las mujeres abajo. La antropología y la historia sugieren, sin embargo, que tal división no siempre fue jerárquica. ([1976]1994: 255)

Los estudios desarrollados desde la historia y la antropología evidencian que en todas las sociedades conocidas ha existido una cierta división del trabajo por edad y sexo entre los distintos miembros de la familia. De hecho, las formas de trabajo se han desarrollado a lo largo de la historia: "bajo distintos marcos sociales, con distintas tecnologías, realizadas por distintos miembros familiares, dentro o fuera del hogar, con o sin remuneración" (Carrasco, 1998: 8). Es en las sociedades industriales donde trabajo y hogar se conciben como esferas separadas, pues en otras sociedades la división del trabajo tiene una enorme plasticidad y no existe una noción como la de trabajo que unifique y englobe la multiplicidad de quehaceres que comprende éste término en las sociedades modernizadas (García Saínz, 1999: 209). A partir del enfoque de la división sexual del trabajo, sus categorías y sus formas históricas y geográficas se han desarrollado numerosos estudios que enfatizan el carácter descriptivo de esta noción. Con ellos se da cuenta de las diferentes formas de las actividades realizadas por las mujeres y de las lógicas sociales implicadas en ellas, poniéndose en cuestión la oposición entre trabajo en el ámbito doméstico y en el trabajo asalariado (Battagliola, 2004: 8).

2.3.1.2. La relaciones producción-reproducción

Ya en 1884, tal como se señaló en el capítulo1 *supra*, Friedrich Engels desarrolla una argumentación sobre la existencia de dos tipos de trabajo, la producción y la reproducción, que funcionarían de forma opuesta y complementaria en la sociedad capitalista (1963). Esta reflexión es retomada en los estudios feministas a partir de la década de los setenta, que para poder dar cuenta de las experiencias de las mujeres, se plantean la necesidad de reflexionar sobre el concepto de trabajo desde la perspectiva de las interrelaciones producción-reproducción (del Re, 1995: 75-81; Kergoat, 1998: 319-329).

Antonella Picchio señala que el concepto de trabajo es problemático en sí mismo para analizar el trabajo doméstico, al obviar las interconexiones entre ambos mundos y sostiene que en el análisis del trabajo desarrollado por las mujeres es indisociable el trabajo de reproducción y el asalariado, por lo que considera necesario diseñar un marco analítico en el que poder “leer” ambos trabajos conjuntamente, con objeto de comprender dónde se sitúan las nuevas estrategias de las mujeres para salir de una situación de explotación, sus nuevas formas de conciencia y sus proyectos.

La inclusión del trabajo doméstico entre los trabajos (Pahl, 1984) constituye un paso necesario para la equidad, pero no favorece la claridad. En efecto, en el caso del trabajo doméstico lo importante no es tanto ampliar la definición del término sino sobre todo especificar las relaciones entre producción y reproducción y entre mercado y reproducción. (1994: 454)

¿Qué se entiende por trabajo reproductivo? Bridget Anderson señala que con el concepto *trabajo reproductivo* se pretende enfatizar la dependencia del sistema de producción capitalista respecto de las actividades realizadas por las mujeres, como la crianza y el cuidado de niños, padres y cónyuge en las unidades domésticas, un tipo de trabajo que generalmente es invisibilizado y gratuito (2001). Existen, no obstante, definiciones diferentes, unas más restringidas, y otras más amplias. Algunas tanto, que incluyen el consumo. Como la que propone Alisa del Re, que tomando como punto de partida el cuidado, define el trabajo de reproducción, encontrando analogías con ciertas características del trabajo asalariado.

En primer lugar, defino las actividades de cuidados, la educación de los hijos, la reproducción psicológica, material y social de los individuos, las relaciones entre la familia y las instituciones públicas y privadas dedicadas a la reproducción física y social de los individuos (desde los hospitales a la administración pública, desde las escuelas a las residencias de ancianos), incluso la actividad de consumo cotidiano, como “*trabajo de reproducción*”. Empleo la palabra trabajo por analogía con el trabajo asalariado. Las analogías son varias. El trabajo es esfuerzo y fatiga, pero también fuente de satisfacción, amor por lo que se hace. Como en todo tipo de trabajo, en el trabajo de reproducción se pueden describir, modificar, organizar, generalizar, varias actividades. Necesitan también de competencias y actitudes específicas (1995: 76).

2.3.1.3. El sistema de reproducción social

Alisa del Re sostiene que es a partir de esta indisociabilidad que se puede analizar de manera diferente la estructura del desarrollo democrático de un país (la constitución de una ciudadanía plena para todas las personas) y, dentro de su desarrollo económico, los niveles de libertad de elección entre los individuos en sus relaciones sociales de sexo. Advierte además que no es posible efectuar una medición de la calidad del trabajo de reproducción, que se caracteriza por su enorme rigidez y heterodeterminación, puntualiza, pues está determinado “por las necesidades de los sujetos reproducidos” (1995: 76), sobre todo por los horarios y la estructura de las instituciones de reproducción social y por los tiempos de las ciudades (*Ibid.*).

Enzo Mingione hace notar que pese a utilizarse el término *reproducción* como equivalente de trabajo no remunerado, no deben tomarse como sinónimos, ya que las actividades consideradas reproductivas engloban, además del cuidado y del trabajo doméstico, tareas relacionadas con la procreación (1993: 113). Probablemente el concepto que se ha puesto más en relación con el trabajo de cuidado, ha sido el de *reproducción social*, surgido con especial fuerza desde el feminismo italiano. Siguiendo los trabajos de Máxime Molyneux, autoras como Maria Rosa Dalla Costa o Antonella Picchio han propuesto definir la reproducción social como la renovación diaria e intergeneracional de la población y de las relaciones sociales mediante un complejo proceso de tareas, trabajos y energías (Borderías et ál., 2011: 31). A. Picchio lo denomina *sistema de reproducción social*.

El sistema de reproducción social incluye la estructura familiar, la estructura del trabajo asalariado y no asalariado, el papel del Estado en la reproducción de la fuerza de trabajo, y las organizaciones sociales y políticas de los trabajadores y trabajadoras, asalariados y no asalariados. (2011: 122-123)

Tanto la noción de *reproducción* como la de *sistema de reproducción social* son controvertidas y ambiguas en tanto que, si bien muchos procesos que las constituyen tienen lugar en el ámbito de la familia, las prácticas familiares no se agotan con la reproducción social ni esta se limita a la familia (Humphries y Rubery, 1994: 395-396).

Una visión ampliada de la reproducción es la propuesta antroponímica que desarrolla Daniel Bertaux (1977: especialmente en las págs. 46-50). Este modelo analítico amplía la noción de reproducción así como su ámbito “al hacer hincapié en la riqueza

multiforme de la producción de energía humana” (Combes y Haicault, 1994: 246). Riqueza que no es abarcable por el análisis de la producción-distribución de bienes y servicios, ni por los centrados sólo en la familia, ni por la comprensión de las relaciones sociales en el ámbito de la producción. Se refiere a las formas de vida que se elaboran en una comunidad sobre la base de las prácticas materiales de existencia (Bertaux, 1977: 237).

2.3.1.4. La carga global del trabajo

Como se ha visto más arriba, en las últimas décadas se realizan esfuerzos por hacer visibles y contabilizar los trabajos realizados por las mujeres, lo que impulsa un considerable número investigaciones empíricas. Los estudios sobre medición y valoración del trabajo doméstico intentan construir categorías y conceptos adecuados, que permitan superar las dificultades que los conceptos tradicionales presentan. La noción de carga global del trabajo (*workload*) se empieza a utilizar en la década de los noventa por especialistas que estudian el uso del tiempo y el trabajo no monetarizado (Rydenstam, 1993: 143; Cfr. García Saínz, 1999: 310), y contribuye a ampliar el debate, al intentar captar la transversalidad de las prácticas de trabajo entre mercado y familia, así como englobar el trabajo remunerado y no remunerado (García Saínz, 2002a).

Esta noción se apoya en estudios descriptivos de usos del tiempo cuya aplicación al trabajo tiene una larga trayectoria en algunos países europeos, EE.UU. y Canadá. De hecho, este último es un país pionero en la elaboración de estadísticas de trabajo global. Teniendo presente las advertencias señaladas en el epígrafe 2.2.2. *supra*, la información que los estudios sobre usos del tiempo proporcionan permite obtener una estimación de la carga global del trabajo y analizar el trabajo desde una perspectiva integrada. En España, la carga global de trabajo arroja un balance ventajoso para los hombres en la medida en que ellos, por término medio tienen una hora menos de carga global del trabajo que las mujeres (García Sainz, 2006: 116). Si este balance se pone en comparación con los datos que arrojan las estadísticas de otros países europeos, tal como apunta Ramón Ramos, se pueden extraer algunas interesantes conclusiones. De hecho, según los datos que proporciona Eurostat, se puede deducir que existe una importante brecha de género en los usos del tiempo para todos los países, especialmente en los dedicados al trabajo remunerado y al doméstico, siendo esta brecha más acentuada en España que en otros países europeos. Así, los españoles dedican, de media, 1:30 al trabajo doméstico, mientras que en el resto del continente, los hombres le dedican por

término medio unos treinta minutos más. Estas diferencias, sin embargo, no aparecen cuando se consideran los datos para el trabajo doméstico de las mujeres (2006: 47). En general, si se exceptúan los países ex-socialistas, en cuanto a la carga global del trabajo, la situación de las mujeres no presenta diferencias muy grandes entre países europeos aunque la media es mayor en España. Sí es muy diferente, en cambio, en el caso de los hombres. Ramos destaca que en Noruega la situación ha dado un vuelco y allí la carga global del trabajo de los hombres es superior a la de las mujeres. Sin embargo, en España como en el resto del sur de Europa las desigualdades son muy grandes, consecuencia de ello es que las mujeres españolas cuentan con menos tiempo libre (2006: 48-49). También M. A. Durán destaca que son mayores las diferencias en relación con el trabajo doméstico no remunerado que en relación al empleo tanto entre hombres y mujeres como entre países. Y considera que habría que analizar en profundidad la estructura de los ingresos y gastos de hogares y administraciones públicas, que son el marco monetario de los posibles trasvases de funciones entre Estado, familia y mercado, además de las diferencias culturales e históricas que efectivamente puedan existir entre los diferentes países si se pretende tener una visión de futuro (2010: 165-166).

En España, la carga global del trabajo es 6:13 para los varones y 7:07 para las mujeres. Eso significa que por cada 100 horas trabajadas por los hombres, las mujeres trabajan 114. Acumulada a lo largo del año, esta diferencia de 54 minutos se transforma en 328 horas anuales, que equivalen a más de ocho semanas de 40 horas cada una. Y si se acumula a lo largo de 54 años (la población estudiada es la de 20 a 74 años de edad), equivale a 443,4 semanas de jornada completa; o tres años de dedicación completa sin vacaciones. Una cifra abultada que bien merece servir de reflexión sobre los modelos de distribución del tiempo que las sociedades europeas quieren para sí en el futuro. (*Ibíd.*: 169)

Los estudios sobre la carga global del trabajo tienen la virtud de situar el *no mercado* al mismo nivel de análisis que el *mercado*. Se ha señalado, sin embargo, que la remuneración sigue estando en el centro de su definición, ya que el trabajo remunerado se define en contraposición al no remunerado, el mercado continúa siendo el centro de atención, y son los instrumentos y los criterios del mercado los que se utilizan para contabilizar el trabajo en cualquiera de sus acepciones, como en las valoraciones monetarias del tiempo de trabajo no remunerado, la contabilidad de la producción doméstica a través de las cuentas satélite, o las EPAs alternativas (Legarreta, 2006: 227). Más adelante, se reflexionará sobre las dificultades específicas que presenta la medición de los tiempos en los cuidados (véase epígrafe 2.4.3, *infra*).

2.3.2. Los estudios sobre conciliación de la vida familiar y profesional

El problema que el movimiento feminista de los años setenta del pasado siglo enuncia como *trabajo doméstico*, décadas más tarde empieza a ser desplazado por su traducción al problema de la articulación de la familia y el trabajo remunerado, lo que finalmente ha venido a condensarse en una pregunta: “¿cómo conciliar trabajo y familia?” (Blachmann et ál., 2004: 4). La conciliación es un tema que lleva más de dos décadas en las agendas políticas de los países integrantes de la UE, más recientemente, pero con gran intensidad, en América Latina (*Debates Feministas*, 2005), y ha suscitado un enorme interés tanto para el empresariado como para los Estados, e incluso para los propios ciudadanos varones. Los empresarios, por disponer de mano de obra femenina; los Estados, en tanto que la integración profesional de las mujeres resuelve parcialmente el problema de la financiación de la Seguridad Social; y los individuos *masculini generis*, maridos y compañeros, porque les permite escapar del trabajo doméstico y, por tanto, les son favorables aquellas medidas que lo facilitan a las mujeres (Blachmann et ál., 2004: 5-6).

Los estudios sobre conciliación analizan simultáneamente las dimensiones familiares y profesionales de la vida de las mujeres, en su vida cotidiana y en sus trayectorias profesionales. A partir de la segunda mitad de la década de los ochenta han proliferado estudios sobre el terreno impulsados por la creciente preocupación social y política por la conciliación familiar y laboral, así como por los problemas que de ella se derivan³⁶.

2.3.2.1. Mediar entre contrarios: desafíos de la conciliación

En los estudios de conciliación considera María Victoria Gómez que no se debe obviar la dimensión de conflicto e incertidumbre que conlleva esta problemática descrita como *conciliación entre la vida laboral y la vida familiar*, que necesariamente entra en relación con los sistemas de solidaridad colectiva y la implicación del Estado y las políticas públicas en su gestión (2008: 14-15). Teresa Torns advierte que la denominada conciliación de la vida familiar y laboral es presentada como una acción de mediar entre contrarios u opuestos a la que deben hacer frente las mujeres como si se tratase de un

³⁶ Por ejemplo, algunos Barómetros del CIS (en 2004, el estudio 2556; en 2006, el estudio 2636) o el *Estudio sobre Fecundidad y Valores*, el 2639 (2006b) invitan a profundizar en las opiniones de los españoles sobre temas de conciliación.

tema individual, advirtiéndole que con ello se olvida la dimensión de un problema que es mucho más amplio³⁷.

El conflicto derivado de la división sexual del trabajo, que tiene como escenario el hogar-familia, es ocultado o negado. O cuando sale a la luz tiende a ser contemplado como un asunto privado. Las tareas domésticas y de cuidado de las personas que llevan a cabo las mujeres de la familia, a lo largo de todo su ciclo de vida, no suelen ser consideradas como trabajo, a no ser que las realicen sirvientes. Y la jerarquía patriarcal que enmarca tal situación ha sido más capaz de reducir su impacto en sentido vertical (entre progenitores e hijos) que en sentido horizontal (entre los miembros de la pareja), según apunta Bimbi (1999) (Torns, 2005: 18).

Ya Hannah Arendt descacó en una de sus primeras publicaciones que la emancipación de las mujeres por el trabajo remunerado las situaba en una situación de doble conflicto en el que su trabajo es necesariamente mal pagado en tanto que se presupone que ellas son las únicas encargadas de las tareas domésticas (Arendt, 1986 [1933]). Un conflicto que supone un enorme desafío. No obstante, por mucho que se plantee como un problema de las familias, de las empresas o de los gobiernos, quienes ajustan y componen suelen ser las mujeres y ello les lleva a experimentar una cotidianidad tensada al límite (Narotsky, 2001: 77), viviendo dilemas morales que muchas veces empujan a situaciones extremas; se perfila de este modo una extraña geometría que tiene mucho de imposible (Tobío, 2005: 11). De hecho, la problemática social y sociológica de la conciliación se puede interpretar como derivada de la superposición de dos modelos diferentes:

[l]a contradicción entre un nuevo modelo laboral, caracterizado por la incorporación de las mujeres a la actividad extradoméstica, y un viejo modelo familiar, todavía en gran parte vigente, basado en la división del trabajo según el género en el que a la mujer corresponde el cuidado y mantenimiento del hogar. El nuevo modelo laboral se ha superpuesto al viejo modelo familiar, en vez de integrar con él una nueva articulación laboral-doméstica; de ahí el carácter contradictorio e incluso conflictivo de su relación. (Tobío, 2005: 19)

³⁷ En este sentido, Z. Bauman sostiene que si las tensiones generadas por la economía de mercado no llegan a alcanzar niveles insostenibles es gracias a la válvula de la 'economía moral'. Con ello se refiere, siguiendo la formulación de A. D. Harvey, al intercambio familiar de bienes y servicios, ayuda vecinal y cooperación entre amigos, es decir, un mundo caracterizado por la solidaridad, el intercambio y la ayuda mutua (2005: 96-97).

Contradicción, conflicto, escisión de mundos que son conceptualizados como si estuvieran atravesados por lógicas diferentes. Lógicas que, como señala Tobío, atraviesan las ciencias sociales.

Familia y empleo frecuentemente se han conceptualizado como mundos separados con lógicas de funcionamiento diferentes. Esta dicotomía que reproduce lo que opone las esferas de lo público y lo privado se da también en las ciencias sociales. Por ejemplo, la sociología del trabajo y la sociología de la familia han sido tradicionalmente disciplinas muy distintas. [...] Probablemente sea la división del trabajo según el género lo que explique que el mundo del trabajo y el mundo de la familia se hayan considerado como áreas escasamente relacionadas. (2005: 103)

Esta dimensión de conflicto entre espacios, áreas de investigación, intereses contrapuestos, generalmente, es obviada en el diseño de las medidas políticas. Alisa del Re recuerda que en los países desarrollados, tanto la creciente presencia de las mujeres en el mercado laboral, como el descenso de la fecundidad han hecho de dicho problema un tema central y se han desarrollado diversas políticas sociales en esta línea, desde las leyes de protección de la maternidad al permiso de paternidad, del establecimiento de servicios sociales para la infancia a los subsidios familiares, e incluso las políticas de igualdad de oportunidades... Todas estas políticas han tenido como objetivo hacer *compatibles* para las mujeres estos dos trabajos, que al no poder superponerse han tenido como consecuencia prolongar la jornada para las mujeres y empujarles a desarrollar, tanto estrategias de adaptación y supervivencia como formas de resistencia. De forma muy crítica, argumenta que las políticas diseñadas para la mujer son especialmente peligrosas cuando fijan la doble explotación y no dan soluciones aceptables para el trabajo de reproducción (1995: 77- 80).

A pesar de haberse popularizado el término conciliación, son pocos los estudios que abordan su conceptualización. Torns, Borrás y Carrasquer (2003/2004) recordando que las raíces históricas del concepto lo vinculan con la idea de acercar mundos contrarios (Junter-Loiseau y Tobler, 1999), proponen estudiar la cuestión desde la perspectiva de la doble presencia, de los tiempos y las nuevas necesidades de hombres y mujeres. En un trabajo anterior, Torns, Carrasquer, Borrás y Roca insisten en esta idea de resistencia cultural ante la conciliación revisando el modelo del *male breadwinner* y el contrato subyacente social entre los géneros (2002). R. Crompton y C. Lyonette también analizan la problemática de la conciliación tomando como referencia el fuerte arraigo cultural de este modelo tradicional de relaciones de género en que radica el

conflicto que conlleva (2006). Con un planteamiento próximo, Inés Alberdi aboga por la transformación de la cultura laboral y de las mentalidades para hacer posible que sean compatibles familia y desarrollo profesional tanto para hombres como para mujeres, cambio que permitiría empujar a los hombres para que asumieran en mayor medida las responsabilidades domésticas y de cuidado de sus familiares (2005). Pero como se verá más adelante, este cambio es lento y complejo.

2.3.2.2. Estrategias para conciliar la vida familiar y profesional

Diagnosticado como un mundo dividido y contradictorio, con políticas que no son capaces de dar respuesta a la necesidades de conciliación de las familias sin reproducir y complejizar aún más las relaciones de género (véase capítulo 4, *infra*), las mujeres continúan siendo las responsabilizadas del mantenimiento cotidiano de la vida familiar, sobre todo, en relación con el cuidado de sus miembros. Esta acumulación de tareas y responsabilidades requiere, cuanto menos, desplegar algunas estrategias de ajuste. Constanza Tobío entiende las estrategias como una serie de prácticas sociales en las que los componentes de intencionalidad e innovación cobran especial importancia (2005: 133-140). Para estudiar cómo hacen las madres trabajadoras para hacer compatibles ambos mundos, familia y trabajo extradoméstico, estructura las diferentes estrategias utilizadas en: a) estrategias principales, tales como la sustitución del papel del ama de casa tradicional por otra mujer, que puede ser la abuela o una persona remunerada; b) estrategias complementarias, que pueden ser espaciales y/o temporales (como por ejemplo, vivir cerca de los abuelos, realizar tareas domésticas en fin de semana o por las noches...); c) estrategias indirectas, como retrasar la llegada o reducir el número de hijos; y, d) estrategias extremas, como sería llevar a los niños al trabajo, ausentarse del empleo si los hijos están enfermos o, sencillamente, no ser madres, si bien esta no considera que sea realmente una estrategia, ya que no se da la posibilidad de elegir (Ibíd.: 115 y 243). En este modelo acumulativo son las mujeres quienes asumen la ardua tarea de *conciliar* buscando soluciones de forma creativa, con muchas tensiones, dilemas y frustraciones.

Si la mayoría de las madres trabajan y lo hacen a tiempo completo, los recursos colectivos son escasos y la ayuda de los padres muy limitada, la pregunta es ¿cómo hacen las madres que trabajan para compatibilizar en términos prácticos estos dos mundos?, ¿qué recursos o estrategias están desarrollando para responder a las demandas exigentes que uno y otro plantean?, ¿con quién pueden contar para ayudarlas o sustituirlas en su ausencia?, ¿en qué medida adaptan su participación

laboral a las responsabilidades de cuidado de la familia?, ¿en qué medida simplifican, modifican o gestionan de otra manera el funcionamiento del hogar?, ¿Cuáles son los principales obstáculos a los que se enfrentan? Son múltiples y variadas las estrategias que desarrollan las madres trabajadoras para hacer posible su doble presencia en la familia y en el trabajo remunerado, pero no todas consiguen responder satisfactoriamente a las demandas de ambos mundos. Con frecuencia se enfrentan a dilemas... (Ibíd.: 17)

También Alisa del Re trabaja en torno a la noción de estrategia para analizar cómo hacen las mujeres para *compaginar* ambos mundos. Estructura las estrategias en tres modalidades: elección de un trabajo remunerado que sea compatible con las obligaciones familiares; mantener y desarrollar redes de solidaridad entre mujeres; y organizar los tiempos de tal modo que aún comprimiéndolos se pueda organizar el día a día de la vida cotidiana. En relación con la primera modalidad, la estrategia consiste en el desempeño de un trabajo remunerado que sea compatible con el trabajo doméstico-familiar, en la administración pública, con reducción horaria o en profesiones cuya organización temporal del trabajo se muestre más compatible con las obligaciones familiares, también en el sector terciario, o en formas “atípicas”, buscando siempre la flexibilidad en los tiempos de trabajo remunerado para establecer un equilibrio entre profesión y familia. El teletrabajo podría considerarse como una estrategia de este tipo, pero estudios recientes advierten que como medida de conciliación puede convertirse en un arma de doble filo: si bien por un lado permite ahorrar tiempos en los desplazamientos y una mayor autonomía en la gestión de los diferentes trabajos, por otro, puede limitar las posibilidades de acceso y promoción a la par que, al tratarse de una estrategia mayoritariamente desplegada por mujeres, reforzaría el modelo imperante de relaciones de género. Además, tiene sus costes subjetivos, profesionales, salariales y en términos de beneficios sociales. Por ello, Alisa del Re afirma que ninguna de estas soluciones, por radical o extrema que sea, es realmente eficaz, ni por ello deja de existir una doble explotación (1995: 77-79).

[L]as mujeres tratan de hacer flexible el tiempo de trabajo (cuando esto es posible) y de escoger un trabajo que permita esta flexibilidad. Se trata de una adaptación subjetiva a las distintas dificultades que, evidentemente, no siempre resulta satisfactoria. (Ibíd.: 79)

La segunda estrategia descrita, es la de construir o activar una red de mujeres solidaria, sea mediante la organización de un sistema de intercambio intergeneracional o con otras mujeres de la familia, sea la red de amistades y vecindad, sea combinando la

actividad de estas redes con la aproximación de servicios. Tal como señala Constanza Tobío, entre las mujeres que son madres, este tipo de estrategia tiene una enorme implantación en nuestro país. Efectivamente, triunfan las soluciones informales (micro) en tanto que hay un enorme déficit en los aspectos públicos para cubrir las necesidades (macro). Por tanto, los nuevos problemas se arreglan por y entre mujeres (2001). Así lo describe también Alisa del Re,

Abuelas retiradas o hijas de amigas utilizadas como *baby-sitters*, compras hechas por turnos, ayuda entre vecinas para diversos servicios: una red femenina se construye generalmente para subvertir una falta de servicios sociales adecuados y para permitir la compatibilidad entre trabajo asalariado y reproducción de los individuos (1995: 78).

La tercera estrategia sería la comprensión del tiempo de trabajo doméstico (higiene de la casa, calidad de la alimentación, reorganización de los quehaceres, utilización de electrodomésticos): el tiempo se convierte así en un recurso escaso para las mujeres a la par que constituye una de las medidas fundamentales de las desigualdades de género (Meda, 2002).

2.3.3. Las temporalidades de la vida y del mundo del trabajo

Las diferentes propuestas para contabilizar los tiempos han dejado patente que existen dificultades para su medición desde sus primeros desarrollos, como se ha apuntado en el epígrafe 2.2.2. *supra*, siendo especialmente complicado medir la sincronía que la doble presencia genera (Torns, 2001). Las feministas italianas son las precursoras del debate sobre tiempos para el cuidado, a raíz del impulso del conocido lema *El tiempo atrapa a las mujeres*³⁸. Desde la perspectiva de la vida cotidiana se ha reflexionado también acerca de los límites teóricos y metodológicos que encierran la mayor parte de los estudios sobre tiempos y las políticas sociales que de ellos derivan³⁹ y

³⁸ El origen de la argumentación teórica procede de la tradición del feminismo italiano, siendo Laura Balbo un referente obligado (1987, 1991).

³⁹ El *Centre d'Estudis sobre la vida Quotidiana i el Treball* (QUIT) que se consolida en el departamento de Sociología de la Universidad Autònoma de Barcelona en 1991 mantiene una intensa actividad científica desde hace más de dos décadas, desarrollando investigaciones sobre trabajo y vida cotidiana.

se han recomendado análisis más complejos para la estimación del tiempo de los cuidados introduciendo para ello una perspectiva cualitativa⁴⁰.

Marina Blanchi y Laura Balbo con sus investigaciones sobre la denominada *doble presencia* abren una nueva línea de estudio en el panorama sociológico. Tal como expone Laura Balbo, el incremento de la tasa de actividad de las mujeres ha sido acompañado por la doble jornada, no se trata de un hecho puntual sino todo lo contrario, la organización familiar se basa en la doble presencia/ausencia, caracterizada por la suma de dos presencias parciales, que requieren una gran capacidad de coordinación y que, por supuesto, genera grandes tensiones. Considera, además, que este es un rasgo que caracteriza a la sociedad capitalista tardía.

La institucionalización de las fases de presencia-ausencia en el mercado y en la organización familiar aquí descritas, la institucionalización del dato de la doble presencia de la mujer adulta, constituye de hecho la especificidad que caracteriza la sociedad capitalista tardía (1994: 508).

El trabajo doméstico, entendido como cuidado de la casa, de los objetos y de las personas, se ha modificado en parte en cuanto a las formas de su realización, pero en conjunto no ha disminuido en relación al pasado. A él se suman otros nuevos aspectos, determinados por las estructuras concretas de la distribución en gran escala (supermercados, grandes almacenes, venta a plazos), por la burocracia de los servicios, por la organización territorial metropolitana (los grandes barrios residenciales, las distancias y los tiempos de desplazamiento); una parte importante del trabajo para la familia debe realizarse fuera de casa – en oficinas, ambulatorios, centros de venta e instituciones varias – y sus tiempos y modalidades, la “profesionalidad” requerida, han modificado las prestaciones tradicionales de la mujer para la gestión familiar. (*Ibid.*: 510)

Es un fenómeno que ha sido estudiado contemplando también las consecuencias subjetivas, emocionales y morales que genera la doble presencia, que es descrita como un sentimiento de escisión de la propia vida, y conlleva múltiples contradicciones de difícil solución por más que se sumen los intentos de jerarquizar las diversas situaciones de trabajo, sea el profesional sea el familiar; ellos implica además dificultades de pensarse sólo en una de las esferas y como consecuencia genera sentimientos de estrés, culpabilidades, etc. (Bertaux-Wiame et ál., 1988)

⁴⁰ Un referente para el estudio del tiempo y el género son los trabajos de Barbara Adam (2004, 1999, 1995). En relación con el análisis de los cuidados son destacables los trabajos de Michael Bittman y

Manuel Castells lo denomina el cuádruple turno diario que, tal como lo describe, incluye: trabajo remunerado, tareas del hogar, cuidado de los hijos y turno nocturno para el cónyuge (1999: 160). En tanto que son las mujeres quienes deben enfrentar cotidianamente los conflictos y dilemas de tener que elegir entre carrera profesional u ocupación laboral y maternidad, entre trabajo remunerado y afectos, entre cuidado propio y cuidado de los otros, entre disponibilidad profesional y familiar:

Sin querer renunciar a los logros de la independencia económica, las mujeres, cada vez más, se resisten a pagar el precio personal de un tipo de emancipación que les exige subordinar, cuando no renunciar, a toda una serie de valores relacionados con su identidad personal y su experiencia cultural, con el deseo de maternidad y la familia, con las relaciones personales, con una forma de vivir los tiempos y las actividades menos utilitaria y productivista... (Rodríguez, 1998: 30)

Por ello, el proceso de visibilización del trabajo remunerado desempeñado por las mujeres, el significado de la doble presencia y la consolidación de un segmento de mujeres en empleos estables, está contribuyendo a poner en cuestión la rentabilidad, desde el punto de vista de género, de la organización socio-temporal del trabajo remunerado (Torns, 2001). En nuestro país, la reflexión teórica ha acompañado tanto la elaboración de encuestas de usos de tiempo como los estudios de corte cualitativo⁴¹. Se han realizado algunos interesantes intentos de medir la simultaneidad de tareas, el estar pendiente, la preocupación, pero es más complicado incorporar la dimensión emocional y afectiva, como por ejemplo el desgaste de las personas que prestan cuidados que requieren una dedicación exclusiva durante años (Tobío y Martín-Palomo, 2003), la doble presencia que implica planificar, controlar vía teléfono, organizar infraestructuras de sustitución, la agenda de citas médicas (vacunas, dentista, otras visitas rutinarias...), organizar el plan de comidas y cenas antes de hacer las compras, recabar información sobre colegios, guarderías, sobre sus estilos educativos y condiciones de inscripción, matriculación, organizar sistemas de cobertura de necesidades antes situaciones extraordinarias, entre otras. Balbo apunta que es importante preguntarse si empieza a perfilarse una suerte de doble presencia también para los hombres aunque sea embrionaria, lo que constituiría, a su modo de ver,

Nancy Folbre (2004), en España los de Matxalen Legarreta (2008,2013).

⁴¹ Por ejemplo: Durán (1991, 1988, 1978), Murillo (1996), Colectivo IOÉ (1996), Ramos (2007), Callejo (2007), Legarreta (2008), Ramos Palomo et ál. (1998), Prieto, Ramos y Callejo (2008).

[E]l eslabón crucial que en estos momentos hace posible para las mujeres la nueva fórmula de presencia en el trabajo familiar y en el trabajo para el mercado. Como es bien sabido, ningún aparato doméstico, ningún servicio colectivo resuelve el problema de las particulares presiones y vínculos que hasta ahora han pesado exclusivamente sobre las mujeres. (1994: 512)

Parece que este aspecto está cambiando según apuntan algunos estudios. Efectivamente, los hombres participan más que antes el trabajo doméstico y en el cuidado si bien se ha destacado que se trata de un proceso de adaptación postpuesta (Gershuny et ál., 1994). La negociación para el reparto de trabajo doméstico y de cuidado entre hombres y mujeres avanza con más lentitud que la entrada de estas en el mercado laboral, aunque todo apunta a que las variables de clase social y nivel sociocultural tienen un peso enorme en la implicación de los hombres en estos trabajos (Muñoz Terrón y Martín Palomo, 2013). Pese a estos desarrollos incipientes de la corresponsabilidad, el problema fundamental radica en que las mujeres continúan siendo las principales responsables del cuidado, a la par que los hombres continúan dedicados de forma *unidimensional* al mercado de trabajo (Hochschild, 2008). Esta rígida distribución de tareas y responsabilidades que parece empezar a remitir hoy día, ha contribuido a ocultar la contribución al bienestar familiar y social de una parte importante del trabajo realizado por las mujeres. Los aspectos afectivos del cuidado han estado más presentes en las corrientes radicales y culturales (también en el feminismo de la diferencia) que en las corrientes marxistas y en el debate sobre patriarcado y capitalismo. Con algunas excepciones destacadas, como los trabajos realizados por Laura Balbo (1996): con sus colchas locas advierte de la complejidad de las actividades realizadas por las mujeres en sus hogares.

2.4. Analizar el cuidado desde la perspectiva del trabajo

Desde sus inicios la producción científica en torno al cuidado ha logrado un mayor peso en los estudios académicos que los seminales intentos por considerar las tareas domésticas como trabajo (Torns, 2008: 65). Se ha llegado a afirmar incluso que “el trabajo de cuidados es uno de los campos de investigación más prometedores en la sociología” (Borderías et ál., 2011: 29). Desde finales de la década de los setenta, autoras como Kari Waerness, que reflexiona en torno al *Invisible Welfare State of care* (1978), Laura Balbo, que habla del *trabajo familiar* (1978) y del *Lavoro di cura* (cfr. Torns, 2008: 64), y unos años más tarde en el ámbito anglosajón, las sociólogas británicas Janet Finch y Dulcie Groves, que plantean si cuidar puede ser considerado como una *labor de*

amor, con el libro colectivo que alcanzará categoría de texto fundador, *A labour of love: women, work and caring* (1983) (Cfr. Carrasco, Borderías, Torns, 2011: 32-35) inauguran un espacio teórico con estos primeros trabajos y los de otras autoras como Hilary Graham (1983) o Claire Ungerson (1983). Las investigaciones en torno a este tema generan una importante producción teórica y empírica, a lo largo de la década de los años noventa, muchos de estos trabajos incorporan los afectos a la investigación del cuidado desde diferentes perspectivas, siendo muy conocida y revisada la obra de Arlie R. Hochschild (1983)⁴².

2.4.1. Cuidar es una forma trabajo

Tal como se ha puesto de manifiesto en los epígrafes anteriores, desde los años setenta se ha desarrollado una gran actividad académica en torno al trabajo doméstico/no remunerado/de reproducción... desarrollado en los espacios domésticos en el marco de relaciones familiares, generalmente por las mujeres y con un escaso reconocimiento social. Los estudios sobre el cuidado vuelven a mirar hacia estas discusiones, revisando los elementos que integran los debates y sus categorías de análisis, intentando encontrar herramientas y tramas discursivas para abordar el objeto “cuidado”.

[L]as investigaciones comparativas han permitido volver a preguntarse por las nociones de reproducción social: “trabajo doméstico”, trabajo remunerado y no remunerado, actividades formales e informales, privado/público, es decir, las oposiciones binarias sobre las que la crítica feminista se había construido. (Letablier, 2007: 69)

De este modo, en el ámbito de la sociología, se realizan aproximaciones desde una concepción del cuidado como trabajo y como conjunto de prácticas sociales orientadas hacia la interpretación y respuesta a las necesidades del otro (Finch y Groves, 1983). Aún presentando ciertas limitaciones conceptuales, cada vez se acepta más la tesis de que cuidar es una forma de trabajo,

⁴² En los años noventa enriquecerán el debate los trabajos de otras autoras ya consideradas también clásicas en el estudio del cuidado, como Abel y Nelson (1990), Bubeck (1995), Graham (1991), Ungerson (1990), y más recientemente, los trabajos de Daly y Lewis (2000, 1998), Bettio y Platenga (2004), Ducombe y Marsden (1999), Folbre (2001), Badgett y Folbre (1999). En España, véase los trabajos de: Izquierdo, 2003; Del Valle, 2003; Precarias a la Deriva, 2004; Caixeta et al, 2004; Pérez Orozco, 2006; Vega, 2009; Tobío et ál., 2010; Martínez Buján, 2010, 2013; Carrasquer, 2013; Tobío, 2013, entre otras.

[C]on independencia de cuánto cariño implique el cuidado, esto es en primer lugar y sobre todo una forma de trabajo. Y a menudo una forma dura de trabajo y muy escasamente recompensada o apreciada. (Durán, 1999b: 260)

Así, frente a su naturalización como parte extensiva del *deber ser* que conlleva un determinado modelo de feminidad o por haberse enraizado en un prototipo de relaciones familiares que considera el cuidado como una de las *funciones de la familia* (v.gr. Macionis y Plumer, 1999: 468), pese a su fuerte carga afectiva y su contenido relacional, el trabajo de cuidados es, sobre todo, trabajo (Moliner, 2008). Pascale Molinier señala además que se trata de un trabajo que puede ser o no realizado, y que participa directamente en el mantenimiento o la preservación de la vida del otro, de asistir a sus necesidades básicas o en promover su autonomía (Molinier, 2005: 299-301). Por ello, una aproximación al estudio del cuidado a partir del concepto de trabajo presenta muchas dificultades, se trata de un fenómeno que se muestra complejo, multidimensional y difícil de delimitar (Martín Palomo, 2008b, 2008c). En tanto que trabajo no puede ser realizado sin un vínculo, sea este el deber sea el que se genera en el marco del desempeño de una competencia profesional; y, como tal, puede dar lugar a una remuneración, para compensar el tiempo y la energía consagrados al cuidado, o para garantizar un salario a un profesional. Al devenir público, aún cuando también puede ser desarrollado en el ámbito doméstico a cambio de una remuneración, se transforma en trabajo asalariado y se pueden analizar y descubrir sus características: sus formas de valoración, sus cualidades y las competencias que requiere⁴³. Estos diferentes aspectos deben ser tenidos en cuenta antes de pasar a analizar las posibles combinaciones de modelos de organización social del cuidado, es decir, antes de pasar a reflexionar sobre el papel de las políticas, del mercado y de la sociedad civil en la contribución al bienestar de las personas (véase capítulo 4, *infra*).

2.4.2. Especificidades del trabajo de cuidado

Claude Martin señala tres aspectos a considerar en relación con el cuidado (2008:32): a) El trabajo de cuidado realizado en la esfera familiar debe ser considerado como un trabajo y, aunque sea difícilmente mensurable, excepto en términos de coste de oportunidad o de reemplazo, como se ha visto más arriba, debe ser considerado como tal. b) Se debe poner el acento sobre este carácter social fundamental del trabajo de cuidado en tanto que es el que establece los vínculos sociales primarios y es difícilmente

⁴³ En su acepción técnica la “competencia” sería una cualificación para desarrollar una tarea.

sustituible. Por tanto, en este sentido, el papel de las políticas públicas sería no tanto sustituirlo como hacerlo sustentable. Y, c) hay que destacar que este trabajo está siendo desarrollado mayoritariamente por mujeres sea o no de forma remunerada, dentro y fuera de los hogares.

2.4.2.1. Una labor relacional

Todos los seres humanos necesitamos cuidado; constituye una actividad irremplazable en todas las sociedades humanas. De hecho, el cuidado es fundamental para crear y mantener el lazo social. Kari Waerness argumenta que la acción de cuidar se rige por unos criterios distintos a los demás trabajos, precisamente por la relación personal que se desarrolla entre quien cuida y quien recibe cuidado. Este aspecto relacional constituye un rasgo definitorio de su especificidad, si bien el peso de las herramientas conceptuales heredadas dificulta elaborar una teoría sobre este tipo de trabajo.

No existe un modelo conceptual que se pueda aplicar al analizar experiencias y actividades que trasciendan nuestras dicotomías sociológicas tradicionales tales como público/privado, hogar/trabajo, labor/ocio. Esto dificulta la formulación de una teoría sobre el trabajo de cuidado. (Waerness, [1987] 1996: 242)

La insistencia en el aspecto relacional del cuidado está en las primeras teorizaciones que se han desarrollado sobre el tema, en la que se reflexiona en torno a su motivación y al contenido emocional que tiene, tal como muestran M. V. Badgett y Nancy Folbre:

[U]n tipo de trabajo que precisa atención personal, servicios que habitualmente se proporcionan en interacciones cara a cara o en primera persona, que a menudo van dirigidos a personas que no pueden expresar claramente sus propias necesidades, tal y como sucede con los niños, las personas enfermas o ancianas. Pero además de descubrir un tipo de trabajo, el trabajo de cuidado describe una motivación intrínseca para realizarlo, con sentido de vínculo y conexión emocional con la persona a la que cuida. (1999: 229)

Diemunt Bubeck interpreta el cuidado como una forma de interacción social, mediante la que unas personas, por su edad o estado de salud, reciben cuidado de otras. De hecho, esta autora considera que es “una actividad o práctica destinada a satisfacer las necesidades de los otros” (1995: 9). Por tanto, las cualidades de atención y

responsabilidad hacia el otro son fundamentales al ser la necesidad la que dota de sentido a dicha actividad. Por su parte, Francesca M. Cancian y Stacey J. Olicker señalan que, además de tener esta orientación hacia las necesidades de los otros, la actividad de cuidar incorpora las dimensiones de los sentimientos y pensamientos que motivan y dirigen la acción: “El cuidado incluye sentimientos de preocupación, responsabilidad y afecto, así como el trabajo de atender las necesidades de una persona” (2000: 2).

Sí, efectivamente, cuidar es una labor que depende de lo relacional, dentro de la familia las cuestiones afectivas y morales le confieren una dimensión distinta ya que entran en juego las emociones que atraviesan el universo familiar, que contribuyen a construir y mantener dicho universo (Letablier, 2007: 66). En torno a este debate se ha desarrollado una línea de investigación que se centra en el análisis del cuidado en el interior de las familias partiendo de la consideración de que este tipo de actividades, además de trabajo implican una considerable inversión emocional. Hilary Graham plantea la cuestión en 1983 explorando las fronteras del concepto de cuidar (*caring*), mientras que Abel y Nelson mantienen la propuesta de diferenciar entre “caring for” y “caring about”.

El trabajo de cuidado es una actividad que abarca tanto las tareas instrumentales como las relaciones afectivas. [...] se espera de las personas cuidadoras que proporcionen tanto amor como esfuerzo, que realicen la actividad de cuidar tanto como preocuparse de la persona cuidada. Cuidado también es una actividad esencial. El tejido social se basa en nuestra capacidad para mantener la vida, cuidar a los débiles, y responder a las necesidades de los íntimos. (Abel y Nelson, 1990:4)

También más allá de las relaciones familiares, el cuidado implica atención, preocupación, entrega, como se ha demostrado en los estudios realizados con enfermeras y cuidadoras profesionales (Molinier, 2005, 2006). Para Nancy Folbre cuidar significa generar un vínculo afectivo. Y considera que las personas que prestan cuidado son *prisioneras del amor*, independientemente de que las actividades por ellas desarrolladas reciban algún tipo de retribución económica. Así, la dedicación, la compasión, el coraje, se convierten en pilares fundamentales para que quienes cuidan se sientan vinculadas a las personas que cuidan, más allá de la relación laboral. Pero esta es una mala posición para negociar sus condiciones de trabajo (cuando se trata de un trabajo remunerado). Más allá de la cuestión relacional, se debe tener en cuenta que los diversos contextos sociales e institucionales pueden favorecer o, al contrario, impedir que se preste el

cuidado adecuado (Garrau y Golf, 2012: 11), y en ello, como se verá en el capítulo 4, *infra*, tiene mucho que ver las políticas que inciden sobre dichos procesos.

2.4.2.2. *Tempus Omnia Revelat*?⁴⁴

En la obra de Susan Himmelweit se llama la atención sobre el hecho de que en los diferentes intentos de medir el trabajo no remunerado, se han excluido aspectos del cuidado que son fundamentales y que ponen en cuestión el concepto de trabajo con que se opera.

[C]on este proceder también se perdió algo, a saber: la capacidad de dar valor a los aspectos personales y relacionales de buena parte de la actividad doméstica. Al reclamar que las aportaciones domésticas se valore como “trabajo” se excluye una gran parte de esa actividad de cuidado o autorrealización, que queda relegada a un segundo plano, ignorada por la economía del trabajo y por una sociedad que opera en su marco aun siendo esencial para ambas. (2011: 200)

Un concepto de trabajo que considera como una abstracción que el desarrollo del capitalismo impone progresivamente sobre todo lo demás. Encuentra problemática esta definición no solo para el trabajo doméstico sino también para el trabajo de cuidado remunerado, en tanto que entiende que es una actividad inseparable de quién la realiza y, por tanto, cuestiona *el criterio de la tercera persona* en el que se basan los diferentes estudios realizados para valorar el trabajo doméstico (véase epígrafe 2.2.2. *supra*).

Si bien las actividades de lavar ropa y cocinar alimentos pueden ser separables de la persona que se ha encargado de lavar o cocinar, gran parte de lo que se considera trabajo doméstico no es de este tipo. El “cuidado” es un concepto ambiguo que abarca desde el cuidado físico, que hasta cierto punto puede ser independiente de la relación entre la persona que cuida y la persona cuidada, hasta el cuidado emocional, en el cual la persona que cuida es inseparable del cuidado que presta. No es necesario afirmar que una persona en particular tenga que ser la cuidadora principal de una criatura, o ni siquiera que deba existir una cuidadora o cuidador principal, para reconocer la relación entre la persona que cuida y la criatura no es separable del “trabajo” que realiza la primera al cuidar de la segunda (Ibíd.: 209-210)

Y, continuando con su argumentación, Himmelweit constata que resulta más fácil registrar y categorizar actividades físicas como la limpieza del hogar o el lavado de

⁴⁴ El tiempo revela todo (Traducción de Durán y Rogero, 2009: 35).

ropa, que otras que tienen un carácter más personal, como el apoyo emocional o el cuidado, en tanto que las últimas implican una relación, y las personas que las realizan entran de algún modo a formar parte de la misma.

De hecho, sospecho que dichas encuestas muestran una reducción tan acusada de la cantidad de cuidados que requieren los hijos e hijas mayores no tanto debido a que no los necesiten, sino porque resulta más difícil definir en qué consisten esos cuidados cuando no se pueden reducir a actividades bien diferenciadas y separadas como dar de comer y bañar, o no se pueden comparar con las horas de presencia física que exige el cuidado de criaturas pequeñas o de progenitores ancianos obligados a guardar cama (Michael Bittman, 1991). (Ibíd.: 211)

También M. A. Durán, probablemente una de las profesionales más rigurosas en el estudio del tiempo en nuestro país, acepta que existen ciertas dificultades que no se han logrado solventar en este dispositivo de investigación entre las que ella identifica el problema de que se infraestima el tiempo dedicado al cuidado al no prestar atención a las actividades simultáneas o secundarias que son más fáciles de reconocer y medir (2010: 104).

Las encuestas de uso del tiempo tropiezan con un problema de percepción en la actividad de cuidado. Los hombres tienden a dar resultados más altos que las mujeres cuando reportan la actividad, siendo este tema de gran interés metodológico. Los varones que cuidan son más conscientes de lo que hacen y su tiempo se superpone en menor medida con otras actividades domésticas como el cocinado o la limpieza. [...] El tiempo de dedicación resulta difícil de medir, tanto por la carencia de conceptos pactados y utilizados del mismo modo por todas las instituciones, como por la carencia de instrumentos de observación precisos. La mayoría de los cuidadores no son conscientes de que cuidan y la consciencia emerge generalmente por el empeoramiento de las condiciones de vida del familiar dependiente o por el traslado de las tareas de cuidado a un nuevo cuidador (Ibíd.: 103).

Efectivamente, los aspectos materiales (preparar alimentos, limpieza, compras) son más fáciles de medir, pero es en aquellos que no se traducen en cambios físicos de la persona entrevistada donde se concentran las diferencias conceptuales y los criterios de definición que, por ejemplo, marcan la diferencia entre la encuesta del uso del tiempo del INE y la del CSIC: ¿qué se puede considerar gestiones del hogar?, ¿cómo marcar la diferencia entre las obligaciones familiares y la vida social?, y fundamentalmente, ¿qué se entiende por cuidado? (Ibíd.: 25), sobre todo cuando se refiere al cuidado de las personas más vulnerables, lo que arrojaría como resultado que algunas actividades de

cuidado quedarían invisibilizadas (Ibíd.: 102-103). Existen importantes aspectos subjetivos que están presentes en la estimación de los tiempos de cuidado, tanto prestado como recibido, y ello presenta, además, diferencias por género (Casero y Angulo, 2003: 29-40) y por tipo de persona a la que se presta el cuidado:

El cuidado es un campo relativamente novedoso de investigación, que crecerá considerablemente en los próximos años por su externalización respecto a los hogares y por el envejecimiento demográfico. Con la ETT, que restringe el cuidado a las atenciones físicas y sólo permite registrar intervalos de diez minutos, el cuidado de niños y mayores resulta muy infraestimado. [...] El cuidado a los niños del propio hogar es una actividad de atención y de disponibilidad necesaria [...] En la EET, lo que respecto a los niños se denomina *cuidados* al referirse a no niños se transforma semánticamente, deviniendo en *ayuda a adultos miembros del hogar*. De este modo se marca la separación entre las atenciones dedicadas a los adultos que pueden atenderse a sí mismos y los que precisan “ayuda”, sin que por ello se les describa como enfermos o dependientes. (Durán, 2010: 26-27)

La consecuencia más grave de la infraestimación de las actividades secundarias se produce en las tareas que se realizan dentro de los hogares, especialmente por la invisibilización de los tiempos de cuidado que frecuentemente se superponen a otras actividades más fácilmente recordadas y reconocibles. (Ibíd.:72-73)

Las necesidades cuya satisfacción a través del mercado no parece sencilla (*self-satisfying activities*), en tanto que son inseparables de la persona que las realiza, incluyendo cuidado y autocuidado, son las que permanecen invisibles en los diferentes sistemas de registro cuantitativos. Susan Himmelweit señala que es irónico que,

[L]as mismas tendencias que condujeron al descubrimiento del “trabajo” doméstico estén llevando ahora a su aparente reducción y a la creciente invisibilidad de aquellas actividades, todavía realizadas mayoritariamente por mujeres, que no cumplen el criterio de constituir un “trabajo”. (2011: 212)

Himmelweit acusa al método mismo y, a la voluntad de cuantificar en términos económicos, de tender la trampa en que caen los diferentes intentos de medir el trabajo doméstico y el cuidado.

[C]uando el tiempo puede convertirse en dinero es cuando comienza a contabilizarse de un modo que excluye los aspectos menos fácilmente cuantificables de la vida, como el cuidado y el apoyo emocionales, que no permiten computar tan claramente como “trabajo” el tiempo dedicado a ellos. (Ibíd.: 214)

Con estas reflexiones se pretende señalar que ciertamente, resulta muy difícil analizar las prácticas del cuidado desde una perspectiva exclusivamente cuantitativa, independientemente de los números que logren arrojar mucha luz sobre las mismas.

2.4.3. El trabajo de cuidado remunerado

Las primeras publicaciones en torno al cuidado comienzan planteando cuestiones sobre su naturaleza dual (por tener el doble componente del amor y del trabajo). Inicialmente no tuvieron en cuenta los trabajos de cuidados más allá de las relaciones familiares. Las teóricas pioneras en este campo, herederas del debate sobre el estatuto del trabajo doméstico, estaban interesadas en el reconocimiento de las actividades domésticas como un trabajo que no puede ajustarse a los cánones mercantiles en tanto que, tal como lo concebían, cuidar no permite obtener un beneficio económico y, además, tiene un contenido emocional, en tanto que ofrece cariño. En estas primeras obras, se insiste en resaltar estas dos vertientes del cuidado: en tanto que cuidar es dar cariño, pero también es una actividad que proporciona bienestar a través de diferentes tareas (Graham, 1979). Pero, tal como señala Raquel Martínez Buján, estas primeras tentativas para definir el cuidado lo conciben únicamente como una labor doméstica, desarrollada en el hogar familiar y por mujeres. Desde esta perspectiva, analizar el trabajo mercantil de cuidado resultaba muy complicado. No obstante, este concepto limitado del cuidar se renueva en posteriores investigaciones en las que se busca incorporar los trabajos desempeñados por profesionales, voluntarios y personas contratadas en el servicio doméstico (2010). Y al aparecer nuevos agentes en la escena surge un nuevo interés por analizar los nexos existentes entre el ámbito público y privado del cuidado (Ungerson, 1990; Thomas, 1993). Los desarrollos teóricos de los años noventa buscarán la forma de conocer mejor qué ocurre con el trabajo de cuidado cuando se desarrolla de forma remunerada. Un nuevo protagonismo adquiere el papel desempeñado por las mujeres migrantes así como las consecuencias que tiene para ellas y para sus familias el cuidar profesionalmente de otros. Los países más ricos han visto cómo las mujeres, sobre todo de clases medias y más acomodadas, tomaban nuevos lugares en el espacio público en el que han luchado para participar y quedarse activamente, a la par que un auténtico “ejército de servidoras” se hacía cargo del cuidado de sus familiares, que en generaciones anteriores se habían encargado madres y abuelas. El incremento de los flujos migratorios, las redes de mujeres en ellos, en el marco de un imparable proceso de globalización y tecnificación de las sociedades, unido a la fuerte demanda de las familias de los países más ricos, introducirán nuevas segmentaciones en

torno al cuidado. Progresivamente se van dando a conocer estudios sobre migraciones y cuidados que abren varias líneas de investigación: cadenas globales de cuidado, criadas de la globalización, migración y envejecimiento... Cambios que han modificado sustantivamente la división sexual del trabajo, si bien han generado otras divisiones: reconfiguraciones étnicas, de clase social y de origen en la floreciente economía del cuidado.

El trabajo de cuidado se inserta en la economía global, lo que presenta como Juno una doble cara. Por un lado, refleja el reconocimiento de este tipo de actividad como trabajo remunerado, en tanto que está retribuido y existe un mercado que lo demanda, dando lugar a una verdadera economía del cuidado. Sin embargo, por otro lado, se reproducen y multiplican las desigualdades de género, así como la división sexual e internacional del trabajo y se identifican nuevas asimetrías, basadas en el origen nacional o en la etnia (Nakano Glenn, 2000, 1992; Razavi, 2007). El ámbito los servicios de cuidado se han convertido en un sector en auge en nuestra sociedad, un sector que, a su vez, emplea a muchas mujeres tanto en los hogares como en instituciones públicas o privadas. Sin embargo, dicho sector es altamente sensible a las presiones de un mercado laboral crecientemente flexibilizado, y sufre las presiones competitivas que resultan de una combinación de remuneraciones bajas, malas condiciones laborales y, en muchas ocasiones, ausencia de reconocimiento de derechos, lo que tiene un impacto negativo tanto para las personas trabajadoras del cuidado como para la propia recepción de estos servicios. Y no porque quienes desarrollan sus trabajos en este sector de incipiente creación de empleo, que ha sido definido como un nuevo nicho laboral, sean ajenos a las demandas de calidad y otras cuestiones de índole moral y afectiva que están presentes en este tipo de trabajos, como se ha señalado más arriba, sino porque se trata de trabajos con una fuerte carga de estrés y frecuentemente son precarios (Tobío et ál., 2010).

La irrupción de las mujeres en el mercado laboral de forma estable y al parecer irreversible, una tendencia que como se ha señalado más arriba, se ha generalizado en nuestro país en las últimas décadas, ha limitado el tiempo que tienen disponible para hacerse cargo del cuidado de los miembros de su familia. Si bien es cierto que cada vez hay menos niños a los que cuidar, el envejecimiento demográfico y los problemas derivados del incremento de la dependencia de determinados sectores de población han intensificado las necesidades de cuidado. Gran parte de estas necesidades se cubren más allá de los relaciones familiares. Sea que de algún modo sustituyen, o bien que complementan, el cuidado prestado por las familias, en este campo se ha visto la

potencialidad de la creación de empleo en los años venideros (IMSERSO, 2005). De hecho, en torno al cuidado se está generando mucho trabajo remunerado: sobre todo para atender a criaturas, a personas en edad avanzada o aquellas con algún tipo de diversidad funcional que les dificulta subvenir a su propio cuidado; buena parte de este trabajo se desempeña en los hogares, otra parte en instituciones como escuelas infantiles e instituciones preescolares, geriátricos, centros de día, comedores escolares, centros especializados u otros, o acompañan el tránsito entre diferentes esferas. En los países ricos, los servicios de cuidado remunerado se han convertido en un sector al alza en la economía lo que supone que es un importante generador de empleo; servicios que contratan a muchas mujeres.

2.4.3.1. La difícil profesionalización

Al considerar el cuidado como un trabajo se plantea el problema tanto de su remuneración y otras condiciones de trabajo, como de sus cualidades y las competencias que requiere (Martin, 2008: 38). Son profesiones que están frecuentemente feminizadas, son poco valoradas, con escasa remuneración y, en conjunto, con una mínima cualificación reconocida (por ejemplo, auxiliar de ayuda a domicilio, gerocultor, auxiliar de enfermería geriátrica, auxiliar infantil, etc.). Y cualificación no es solo cuestión de especialización, sino que supone la capacidad de efectuar ciertos trabajos y ciertas tareas gracias a un aprendizaje completo y apropiado, y por tanto está ligada al aprendizaje (Naville 1948: 81, cfr. Lallament, 2010: 337).

Este tipo de análisis pone en relación el sistema educativo y el sistema productivo yendo más allá de la cualificación formal. Pero, es con la noción de cualificación tácita (Wood, 1984) con la que es posible integrar la parte invisible de las competencias socialmente inculcadas, generalmente por las familias, un trabajo de socialización efectuado sobre todo por las madres (Kergoat, 1998: 74), también por otras mujeres de la familia, como se verá más adelante (cap. VII, *infra*). En tanto que en su desempeño se ponen en acción saberes y competencias adquiridas en el mismo proceso de construcción de la identidad femenina, los trabajos de cuidado están afectados por la desconsideración que han sufrido históricamente (como se ha señalado más arriba, muchas de estas competencias tienen que ver con lo relacional y con lo emocional). El del cuidado es un sector de gran desarrollo en torno al que se están definiendo nuevas profesiones, si bien muchas de ellas aún continúan con un grado insuficiente de profesionalización. De hecho, es posible diferenciar el trabajo de cuidado según el tipo

de cualificación, su reconocimiento y el grado de profesionalización e institucionalización (Tobío et ál., 2010).

2.4.3.2. Cuidado remunerado en los hogares

La escasez y limitación de servicios públicos para proveer de cuidado, así como la todavía incipiente distribución de los trabajos de cuidado entre hombres y mujeres en las familia se traducen a menudo, cuando se dan las condiones materiales para ello, en una transferencia del mismo a mujeres inmigrantes (Bettio, Simonazzi y Villa, 2004). El progresivo envejecimiento de la población y el aumento de la participación laboral femenina han provocado la mercantilización de buena parte del trabajo familiar de cuidado (King y Zontini, 2000) y la inserción de mujeres extranjeras en esta actividad. De hecho, Martínez Buján destaca que inmigración y envejecimiento “son los fenómenos demográficos más relevantes con los que ha comenzado el siglo XXI” (2010: 21). También han revitalizado la utilización del servicio doméstico como sistema privilegiado de conciliación, sobre todo en los países de la Europa Meridional.

En los últimos años, las mujeres inmigrantes están cobrando un importante protagonismo al conformar gran parte de la mano de obra que desempeña este tipo de trabajos en los hogares españoles. Se trata de una nueva forma de organización del trabajo. De hecho, las migraciones femeninas en la última década en España, al igual que en otros países de la Unión Europea y en EE.UU.⁴⁵, están intensamente relacionadas con la fuerte demanda de servicios en el campo del trabajo doméstico y, sobre todo, del de cuidados. Para las mujeres existe una creciente oferta de trabajo remunerado en este sector, junto con los servicios sexuales (Agustín, 2005), generalmente en condiciones laborales *flexibles*, con deficiente protección social y reconocimiento de derechos, cuando los tienen (Caixeta et al, 2004). Efectivamente, ya desde los años noventa se inicia la tendencia a la extranjerización del servicio doméstico (Oso, 1998). Muchas de estas mujeres generan *cadenas de cuidado* transnacionales, dejando a sus hijos en el país de origen al cuidado de otras de su red familiar (abuelas, tías, hermanas, etc.), o a otras que cuidan de sus descendientes a cambio de una remuneración, generalmente hasta poder reagruparlos. Estas cadenas globales de afecto (*global chains of affection*), Arlie R. Hochschild las define como:

⁴⁵Véase, por ejemplo: Anderson (1999, 2000, 2001), Ehrenreich y Hochschild (2003), Hochschild (1983, 2001, 2003), Salazar Parreñas (2001, 2003).

[L]as que yo llamo cadenas mundiales de afecto o asistencia, una serie de vínculos personales entre gentes de todo el mundo, basadas en una labor remunerada o no remunerada de asistencia [...] varían en el número de eslabones: algunas tienen uno, otras dos o tres, y cada eslabón supone un vínculo de distinta fuerza [...] Estas cadenas, muchas veces, conectan tres series de cuidadoras: una se encarga de los hijos de la emigrante en el país de origen, otra cuida de los hijos de la mujer que cuida de los hijos de la emigrante, y una tercera, la madre emigrante, cuida de los hijos de las profesionales en el Primer Mundo. (2000: 188-189).

Más recientemente, nuevos estudios complejizan esta conceptualización, e introduciendo una perspectiva dinámica e intergeneracional se reflexiona en torno a la circulación del cuidado (*circulation of care*) en relación con las familias transnacionales y la circulación de ayuda en diferentes direcciones y no en una única dirección tal como considera la literatura sobre cadenas globales de cuidados, el intercambio de la prestación de cuidado se sustenta redes intergeneracionales de reciprocidad y obligación, amor y confianza que conviven con la tensión y las relaciones de poder desigual, destacando la agencia de miembros de la familia en los procesos transnacionales de cuidado (Baldassar y Merla, 2014b: 9-11). Estos cambios acarrearán otro a nivel conceptual, en relación con los modelos de familia que emergen a partir de los procesos descritos, por ejemplo: la *maternidad transnacional*, que rompe con la noción de familia como unidad geográfica y la maternidad como unidad física madre-hijo (Hondagneu Sotelo y Avila, 2001; Parella 2003, 2004); las *madres globalizadas* (Zarembka, 2004: 142) o familias transnacionales encabezadas por mujeres (Parreñas, 2002: 39; véase también: Zontini, 2009; Goulbourne et al, 2010). Los procesos migratorios siempre implican una fragmentación de las unidades familiares, afectando a la organización familiar tanto en los lugares de origen como en los de destino y se incorporan nuevas divisiones globales del trabajo que apuntarían a la consolidación de un nuevo desequilibrio de género, entre mujeres de diferentes estratos sociales o procedencias, que se basan en la etnicidad, en la racialización (Anderson, 1999, 2000) y en la extranjería (Bettio *et ál.*, 2004), en las que otros aspectos que van más allá de los estrictamente laborales, como son la confianza, los afectos, la intimidad y la relación personal juegan un papel muy importante (Caixeta *et ál.*, 2004: 50). El trabajo de cuidado recae sobre las mujeres más pobres y vulnerables o bien que tienen menos derechos reconocidos. Se advierte que dichas transferencias pueden reproducir y reforzar la división sexual del trabajo en tanto que naturalizan el supuesto carácter femenino de las cualidades que lo acompañan.

En España se han llevado a cabo investigaciones sobre este tipo de vínculos transnacionales de trabajos de cuidados, cuyos eslabones ocupan generalmente mujeres, de diferentes países, generaciones y estratos sociales, de tal modo que las cargas se van transfiriendo de unas mujeres a otras (Tobío y Díaz, 2003; Caixeta et ál., 2004; Díaz, 2008; Vega, 2009). Aunque en nuestro país, todavía sea un tema novedoso de investigación, el vínculo entre inmigración y cuidado aparece en la literatura que analiza los flujos migratorios femeninos como un recurso de los países desarrollados para ocupar aquellos huecos que la inserción laboral de las mujeres autóctonas ha propiciado dentro de los hogares, tal como pone de manifiesto Martínez Buján (2010, 2013). Por un lado, este sector se configura como un nicho laboral, sobre todo para las mujeres inmigrantes, y por otro, se han generado nuevas actividades que se pueden desempeñar en el interior de los hogares. Así, se ha producido un desplazamiento del contenido del servicio doméstico que ha pasado en centrarse en el cuidado de las criaturas y en la limpieza del hogar a cuidar de personas mayores en situación de dependencia. Una mezcla de causas entre las que se pueden destacar el envejecimiento poblacional, la inserción de las mujeres autóctonas en el mercado laboral formal así como la ausencia de una política de cuidado adecuada han contribuido a ello (2010: 15).

Términos como “*criadas de la globalización*” (*servants of globalisation*) acuñado por Rachel S. Parreñas (2001), o “*mujeres globales*”, acuñado por Barbara Ehrenreich y Arlie R. Hochschild (2003), hacen referencia a las inmigrantes ocupadas como niñeras, enfermeras y criadas, y con ellos se intenta categorizar estos procesos. Muchas de estas investigaciones se centran en el estudio del cuidado de las criaturas, pues analizan la situación de EE.UU., donde el Estado tiene un papel residual en el bienestar y, por tanto, la ausencia de una provisión pública de servicios o ayudas es el elemento fundamental bajo el que se forma ese nicho laboral en el servicio doméstico. En Europa, las investigaciones realizadas por Bettio et ál. (2006) y Dwan Lyon y Miriam Gluksmann (2008) exploran de forma comparativa las interrelaciones entre los sistemas de provisión de cuidado y las migraciones. Estos estudios ofrecen explicaciones que integran numerosas causas para analizar el recurso de las mujeres inmigrantes en el sector doméstico del cuidado y, más que determinar su aparición por la insuficiencia de servicios sociales adecuados, llegan a la conclusión de que las políticas públicas tienen una enorme influencia sobre los diferentes modelos de provisión de cuidados (Martínez Buján, 2014). Hablan de “configuraciones de cuidado” (Lyon, 2006; Lyon y Gluksmann, 2008). Por ejemplo, coinciden en afirmar que la proliferación de transferencias monetarias directamente gestionadas por las familias que demandan trabajo intensivo de

cuidado ha incentivado la contratación de trabajadoras domésticas para realizar estas tareas. Tomando como referencia el caso de Italia, Bettio et ál. (2006) explican cómo las mujeres inmigradas están reemplazando en la actualidad el trabajo familiar de cuidado de las mujeres autóctonas. Ello ha supuesto un cambio radical en la organización de la cobertura de las necesidades de cuidado de estos países que han pasado de un modelo familiar de cuidados a un modelo de cuidado basado en integrar una “*migrante en la familia*”.

En la obra coordinada por Mary K, Zimmerman et ál. sobre las dimensiones globales del trabajo de cuidado se señala que, si bien las deficiencias en la provisión de cuidado son presumiblemente tan antiguas como las relaciones humanas, en la actualidad se asiste a múltiples *crisis de los cuidados*. Y ponen el foco en cuatro ejemplos de esta compuesta crisis. La primera hace referencia al denominado déficit de cuidado (*care deficit*), y se ha descrito como los cambios que han tenido lugar en la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo que ha generado un nuevo escenario en el marco de las dinámicas de la globalización: “el déficit de cuidado en el primer mundo crea oportunidades de trabajo de cuidado remunerado” (2006: 16). La segunda crisis está relacionada con la mercantilización del cuidado y cómo quienes prestan cuidado a cambio de dinero, por lo general, suelen estar dirigidos a distancia por personas que emiten juicios de valor sobre las formas de trabajo de cuidado; ello significa que viven la presión del control y la vigilancia constantes, aun a distancia, debiendo aceptar formas de cuidar que pueden no coincidir con sus forma de entender un cuidado determinado. Además, no todos los acuerdos a los que se llega se pueden calificar como un buen cuidado, y algunos arreglos podrían no ser lo suficientemente buenos ni para la autonomía ni para una buena salud global de la persona cuidada. La tercera crisis que describen está relacionada con el impacto negativo de las organizaciones internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial en la formación del mercado trabajo de cuidado. La cuarta crisis, está relacionada con el impacto de la globalización sobre el trabajo de cuidado que ha intensificado la estratificación global en términos de raza, clase y género. Se retomará el tema de la crisis del o de los cuidados en el capítulo 4, *infra*.

En este contexto, la calidad del cuidado prestado, la remuneración y otras condiciones laborales y salariales de las personas que trabajan en este sector se han convertido en temas centrales, muchas veces controvertidos, en las políticas del cuidado (Razavi, 2007). Especialmente en relación con la crianza de descendientes y el bienestar

de los más mayores, enfermos crónicos y otro tipo de personas en situación de dependencia, estos trabajos han sufrido presiones competitivas que generan servicios mal pagados y de escasa calidad, afectando a la vez a quienes lo prestan y a quienes los reciben (Folbre, 2006).

Recapitulando

En este capítulo se ha llevado a cabo una revisión del debate sobre el cuidado en entornos familiares a partir del momento en que empieza a ser estudiado con una perspectiva de género y, por tanto, deja de ser atribuido por una adscripción esencialista o naturalista al universo de lo femenino. Su estudio se ha organizado en torno a tres ejes de investigación que mantienen múltiples conexiones entre sí: un primer eje, en el que se analizan las actividades realizadas en el espacio doméstico desde la perspectiva del trabajo; un segundo eje, que parte de la interrelación entre los trabajos realizados en el ámbito familiar y el profesional; y un tercer eje, centrado en la consideración de la especificidad del trabajo de cuidado. Se ha reflexionado en torno a las bases teóricas y analíticas que han estado detrás de las diferentes aproximaciones al estudio del cuidado como objeto sociológico, partiendo de estos primeros intentos por conceptualizar el trabajo doméstico, al desarrollo de un concepto de cuidado que, avalado por la tradición anglosajona, y más recientemente la francesa, ha suscitado un enorme interés en especialistas en políticas de bienestar y, pese a la falta de acuerdo para definirlo, parece estar teniendo una buena acogida también en el ámbito académico. De tal modo que en el curso de varias décadas se ha pasado de reivindicar las tareas domésticas como trabajo, a una situación en la que el cuidado, para el que se ha reclamado también la consideración de trabajo, ha generado un campo de investigación propio.

Capítulo III.

EL CUIDADO COMO OBJETO Y COMO CAMPO SOCIOLÓGICO

Es una paradoja trágica que las bases del amor, la dependencia y el altruismo en la vida humana y la opresión histórica de las mujeres se encuentren dentro de una misma matriz.

(Eli Zaretsky, 1982: 193)

No se trata de anteponer el cuidado de los otros al cuidado de sí; el cuidado de sí es estéticamente lo primordial, en la medida en que la relación consigo mismo es ontológicamente lo primero.

(Foucault, 1999: 400)

Introducción

El cuidado se ha configurado como un campo de investigación a lo largo de la última década aun cuando continúe pendiente consensuar qué se entiende por cuidado(s). Hay, sí, cierto acuerdo en que se trata de un trabajo y que es fundamental, pero las definiciones más clásicas son muy restringidas y las más amplias han resultado ser demasiado genéricas y, en consecuencia, se torna en un territorio ambiguo, empezando por la propia denominación del “objeto”: cuidado, cuidados, trabajo de cuidado, trabajos de cuidados... Una aproximación a la noción de cuidado(s) desde el campo de la sociología incluye el revisar qué conlleva a nivel teórico, qué implicaciones analíticas tiene y qué figuras le atraviesan. El concepto de cuidado emerge como una nueva perspectiva de análisis que tiene vocación transversal desde sus inicios, tanto entre espacios sociales como entre disciplinas y subdisciplinas. Este tercer capítulo se inicia, pues, partiendo de la consideración de que la perspectiva de «cuidado igual a trabajo», que como se ha señalado en el capítulo anterior ha sido fundamental para dotar al cuidado de valor y reconocimiento, no es ni la única ni la más relevante para abordar el/los cuidado(s) desde la sociología. Se adelanta que aún queda mucha elaboración teórica por hacer y que dicha elaboración debe ir de la mano de estudios empíricos de diferente calado realizados con una perspectiva de género. El carácter relacional e invisible, así como la transversalidad del cuidado, hacen que sea un ámbito de investigación muy escurridizo. Como ha señalado Patricia Paperman, los estudios sobre el *care* (sic) definen más una perspectiva que una teoría (2009: 103).

3.1. El cuidado como objeto sociológico

La incorporación del cuidado al saber académico ha tenido lugar por diferentes vías a través de las que se ha buscado su reconocimiento y admisión como objeto, con un campo propio en la disciplina sociológica. Efectivamente, en las últimas décadas se ha

desarrollado un amplio y variado bloque de estudios sobre el cuidado, en el que existen oposiciones teóricas y diferentes aproximaciones disciplinares (Garrau y Le Goff, 2012: 9). Señalan Mary Daly y Jane Lewis (1998) que el cuidado define un *campo de investigaciones*, con sus actores, sus instituciones, sus formas de relación. Un campo, además, que está situado en la intersección de las familias con las políticas sociales y está vinculado con cuestiones de ciudadanía. De hecho, el cuidado constituye un campo de actuación de las políticas hacia las familias. M.T. Letablier apunta un triple origen de la reflexión sobre el cuidado: por un lado, la noción de trabajo no remunerado (*unpaid work*) desarrollado por las mujeres en las familias o en la comunidad ; por otro, los estudios sobre la ética del cuidado; y una tercera filiación se localiza en las investigaciones comparativas europeas sobre los sistemas de protección social y el papel que juegan las familias y las mujeres en dichos sistemas así como las alertas que desencadena la rehabilitación de la institución familiar como fuente de protección social de los individuos (2007: 65). En los tres casos, se propone otorgar un valor (reconocimiento) económico y social (por la reactivación-activación del vínculo social) al cuidado y a quienes cuidan, generalmente las mujeres.

Los estudios sobre cuidado, ya en sus inicios, intentan dar forma al trabajo no remunerado de ayuda y de atención prestado de forma cotidiana en los entornos familiares a las personas que tienen necesidad de ello por su vulnerabilidad o por su carencia total o parcial de autonomía (criaturas, enfermos, ancianos, discapacitados,...). Las primeras investigaciones se han dedicado sobre todo al análisis conceptual del trabajo doméstico no remunerado desempeñado en las familias así como a establecer la distinción entre las tareas domésticas y el cuidado propiamente dicho. Con ello se pone de relieve que las familias, concretamente las mujeres, han sido y continúan siendo las proveedoras más importantes y constantes de bienestar (Letablier, 2007: 67). Así, el concepto de cuidado (*care*) se ha ido construyendo paulatinamente basándose en la observación de las prácticas cotidianas y mostrando la complejidad de los *permanentes malos arreglos* (Torns, 2005).

Otra filiación del concepto se encuentra en los estudios sobre desarrollo moral abordados en los años sesenta por autoras como Nancy Chodorow (1976) o Carol Gilligan ([1982] 1985), y cómo dichas autoras incorporan los sentimientos en el cuidado. Esta línea de desarrollo en su vertiente más esencialista, como los trabajos desarrollados por Nel Noddings (1984), vincula el cuidado a la expresión de la naturaleza femenina. Ante ello se plantea si el cuidado es o puede ser considerado como *una labor de amor* (Finch y Groves, 1983). En la medida en que se asigna al cuidado un papel central en la

construcción de la identidad femenina, esta línea de análisis adquiere sentido (Finch, 1993). Esta corriente reactiva el valor del papel tanto de las emociones como de la moral en el cuidado. Algunos de los tratamientos del cuidado que esta postura desencadena, en sus versiones más conservadoras, reivindican su reconocimiento como un trabajo por el que se debe recibir una remuneración en términos de *salario maternal*, que permita el acceso a los derechos sociales (Letablier, 2007: 71-72).

Un tercer enfoque se desarrolla a partir del análisis de las potencialidades del concepto de organización social del cuidado (*social care*) y se pregunta por las vías de acceso a la ciudadanía social para las mujeres. A partir del debate sobre el cuidado – y sobre el cuidado y la protección social – surgen a su vez distintas corrientes de investigación: en torno a la profesionalización del cuidado, en torno a las competencias específicas que requieren los diversos cuidados, sobre la maternidad en el sentido de la interrelación entre maternidad e identidad femenina (*mothering*), sobre las políticas públicas en relación con la provisión de cuidados, etc. (Letablier, 2007: 68). Los estudios que analizan el cuidado desarrollados desde una diversidad de perspectivas como las familias, las migraciones, la dependencia, la discapacidad, las políticas públicas, la justicia, la salud, la educación, entre otras, o bien ponen de manifiesto una gran ambigüedad terminológica, o bien se generaliza de tal modo que no se sabe muy bien de qué se está hablando. La forma en que se define el cuidado varía considerablemente de unos estudios a otros. Se ha destacado la amplia variedad de significados que tiene, en tanto que refiere, tanto a los cuidados concretos efectivamente prestados, como a la responsabilidad que entrañan, e implica aspectos materiales, afectivos y morales. Además, el cuidado puede ser proporcionado por miembros de la familia y/o por personas ajenas, a cambio, o no, de remuneración, dentro y fuera del entorno familiar.

3.1.1. La potencialidad de la noción *care*

En el ámbito europeo se asiste a una prolífera reflexión sobre el *care* en la teoría sociológica, noción inglesa de problemática traducida a otras lenguas incluida el castellano¹. Se trata de un término que también tiene difícil traducción al español si bien

¹ Otro amplio campo de uso habitual de los términos cuidado y *care* lo constituyen las denominadas ciencias de la salud, desde la medicina a la enfermería (*nursing*), donde también numerosas expresiones como *health care*, *primary/secondary/tertiary care*, *intensiv care unit*, son fuente de dificultades, y a la par de interesantes sugerencias, a la hora de encontrar equivalencias de *care* en castellano que no son precisamente *cuidado/s* pero que revelan facetas semánticas del concepto *care* (atención, servicio) muy relevantes en el marco de la investigación social sobre el trabajo de cuidado. (cfr. Navarro, 2000: 77, 263, 464)

es posible encontrar muchos matices del *care* en palabras castellanas, como ocurre con el verbo *cuidar* o el sustantivo *cuido*. La discusión sobre las posibilidades de traducción del término *care* se aborda en otro lugar (Martín-Palomo, 2008a). Muchos matices del término se encuentran en palabras castellanas, ya que cuidar se ha cuidado siempre y siempre ha estado revestido de una enorme complejidad pese a que fuera una actividad poco visible y, por tanto, en el lenguaje queda reflejado. En los diccionarios consultados, se recogen varias acepciones del verbo cuidar que tienen que ver con la preocupación, el interés y la atención². Se ha rastreado el habla cotidiana, intentando encontrar en castellano palabras que nombren el cuidado en su complejidad, evitando así importar anglicismos innecesarios pero el concepto *care* es mucho más complejo que las acepciones de cuidado(s) o cuida más amplias. Hay un amplio consenso en la necesidad de esta noción (Letablier, 2007: 65), sobre todo en los debates sobre protección social impulsados desde una perspectiva de género (Daly y Lewis, 2000, 1998), pero su contenido, su definición y sus fronteras hasta el momento no están claras. M. T. Letablier considera que esta denominación, *care*, pertenece al lenguaje comunitario europeo, y que la mayor parte de los países la utilizan sin traducirla por no existir un equivalente simple en su idioma (Letablier, 2007: 67). No se dispone por ahora de una definición completa, exhaustiva de *care*. Se utiliza generalmente el término para hablar del cuidado de las personas mayores, enfermas, con algún tipo de discapacidad, y sobre todo del cuidado de menores y de otras personas con las que compartimos nuestra vida cotidiana.

La noción de *care*³ esconde diferentes niveles: individual, relacional, colectivo e institucional. Se puede leer en términos de relación, de actores, de prácticas y de dispositivos. El *care* representa a la vez una dimensión privada (en el sentido de la vida privada) y una dimensión pública, se parece a la vez a un deseo y a una

² En la lengua francesa, Letablier encuentra el equivalente más próximo para traducir *care* en la perífrasis *le travail centré sur autrui* (Letablier 2001). Patricia Paperman y Sandra Laugier (2005) lo denominan *le souci des autres*, pero finalmente han optado por nombrarlo con el término inglés *care*, subrayando su dimensión política (Molinier, Laugier y Paperman, 2009: 7-31; Paperman, 2011), propuesta que también sostiene Claude Martin (2008). Aquí, generalmente se utilizará la palabra inglesa al referirnos al cuidado en sentido amplio, mientras que se mantiene la acepción en plural, *cuidados*, para referirnos a las actividades concretas de cuidar. “Cuidado” y “care” aparecerán, pues, a veces en este texto como indistintos, aunque se empleará preferentemente el término “care” en relación con aquellas reflexiones que toman como base la producción teórica anglosajona o su recepción francesa (cuando los autores analizados mantienen la palabra inglesa en textos originales en francés), sin que ello implique que se dé por supuesta una total equivalencia de ambos términos, más bien se trata de una correspondencia muy aproximada entre las principales acepciones en inglés y español (preocupación, atención, hacerse cargo de).

³ En el original utiliza el término en inglés.

responsabilidad, toma las formas de prácticas remuneradas o no, puede ser dispensado de manera informal o formal. (Martin 2008: 29)

Con dicha palabra también se nombran una serie de actividades desarrolladas en el ámbito doméstico, de lo higiénico a lo social, de ayuda a personas que carecen de, o tienen una autonomía insuficiente; es decir, todo lo que asegura el cuidado de la vida (Cresson y Gardey, 2004: 26). Una razón estratégica – no teórica – para evitar el uso exclusivo, o generalizado, del término inglés *care* es la poca receptividad del idioma español para incorporar palabras en otras lenguas para las que se pueda encontrar equivalencia – aunque sólo sea aproximada – pues ello, dificulta, más que favorece, la configuración de un ámbito o campo de estudios nuevo, sobre el que pueden recaer acusaciones de esnobismo o neocolonialismo teórico (intelectual). En todo caso, es justo reconocer que sin la existencia de un término como el inglés *care*, con su pluralidad de acepciones vivas, ni este concepto ni el campo de estudios correspondiente se habrían abierto paso, ni en la teoría ni en la práctica. Desencadenado por la corriente feminista en las ciencias sociales, el debate académico sobre el contenido del *care* se remonta a los años setenta en el ámbito anglosajón. El concepto se ha precisado y definido durante estas décadas pasadas pero sigue sin tener una definición de uso común aceptada por la comunidad sociológica.

Bajo la designación *care* se empieza a conocer en Francia un *corpus* de conocimiento que se organiza en la intersección de los campos de la sociología moral y de las emociones, con la filosofía moral y política, orientado en torno a la recepción y relectura de la obra de Carol Gilligan y la de Jean Tronto, que ha elaborado una propuesta teórica interdisciplinar centrada en el desarrollo de dicha categoría (ver Paperman, Laugier, Molinier, Damamme, entre otras)⁴, sin por ello dejar de trabajar en la elaboración de una sociología del cuidado (Paperman, 2013). Por ello utilizan la palabra en inglés, su difusión en la arena política y mediática ha sido enorme en el último lustro. Patricia Paperman y su equipo de colaboradoras consideran que la dificultad para traducir la palabra inglesa *care* es probablemente sintomática de un problema con el lenguaje pero también con el pensamiento y el concepto. En esta línea, argumenta Vanessa Nurock que este término escapa a las estructuras binarias y las supera (2010: 11). Ante la desconfianza y recelos que provoca la obra de Gilligan y, por

⁴ La editorial Presses Universitaires de France (PUF) ha creado en 2012 una colección, coordinada por Fabienne Brugère y Claude Gautier, sobre “*Care Studies*”, en la que hasta la fecha se han publicado cinco títulos.

tanto, los desarrollos en torno a las éticas del *care*, Nurock ve ineludible establecer una clara delimitación definiendo lo que *no* es:

No es una posición esencialista, binaria, que afirme la oposición irremediable del eterno femenino y de lo masculino, ni una promoción absoluta de la caridad y de la abnegación, ni una aproximación sentimental que reemplace la moral por los buenos sentimientos o por una empatía extrema, ni, finalmente, una concepción relativista e individualista opuesta a toda forma de universalidad (Ibíd.: 12).

Molinier et ál. (2009) consideran que, además de tener una enorme potencialidad como herramienta analítica, recurrir a este término para analizar el cuidado en cualquiera de sus dimensiones supone una toma de posición política. El término inglés se ha convertido en una noción clave frente a las limitaciones que las herramientas conceptuales y teóricas de nuestra tradición sociológica presenta para analizar un fenómeno que se ha revelado tan complejo como el del cuidado (Waerness, 1996: 245). Paulatinamente, la noción de *care* permite analizar la complejidad del cuidado al incorporar simultáneamente tanto los sentimientos como los tipos de acción, al distinguir entre el cuidado como actividad o trabajo, como aspecto práctico (*caring for*, ocupación) – por ejemplo, la actividad sería el vestir a un niño, llevarle al colegio, recogerle, bañarle, darle la cena –, y el cuidado como disposición o actitud, un aspecto cognitivo/afectivo (*caring about*, preocupación) – por ejemplo, la constante focalización en la atención sobre las necesidades de quienes están de un modo u otro a nuestro cargo o responsabilidad, la inquietud por su bienestar, su salud, el cariño con que se trata al menor, el interés que se pone en ayudarle con las tareas escolares, educarle, la ternura. La primera acepción del cuidado es más fácilmente medible por dispositivos estadísticos sofisticados, si bien no se puede disociar simplemente de los aspectos afectivos/morales (Feder-Kittay, 2002: 260). La articulación del cuidado como práctica y como sentimiento reviste de dificultades su análisis y, por ello, se torna más lábil (Paperman, 2004). Pero, tal como señala Patricia Paperman (2005), es posible que el interés que la noción de *care* tiene, se deba precisamente a la indeterminación del concepto así como a la apertura teórica que ofrece.

Aunque el objeto de la presente investigación es otro que establecer una definición de «cuidado (s)», parece, sin embargo, ineludible clarificar qué se entiende por cuidado, para con ello contribuir a un debate en el que se debería establecer un mínimo acuerdo. También para el desarrollo de una investigación con una fuerte base empírica, como la presentada en esta memoria de tesis doctoral, ya que los conceptos median entre teoría y observación (Alvira, 1983: 67). Ahondar en esta noción se traduce

así en contar con una herramienta más en las ciencias sociales para el análisis que, aunque no se acepte el reto de dar una definición de “*cuidado(s)*”, sí se requiere entrar a clarificar qué se entiende por cuidado aquí. Para ello, se ha tenido como referencia la propuesta de definición de Berenice Fisher y Joan C. Tronto, que es la más amplia que se ha encontrado, sin caer en ambigüedades, y se desarrollará aquí más adelante (cfr. *infra*, 3.2.1.) al analizar la obra de Tronto:

En el plano más general, sugerimos que el cuidado (*caring*) sea visto como *una actividad característica de la especie humana que incluye todo lo que hacemos para mantener, continuar o reparar nuestro ‘mundo’ de tal modo que podamos vivir en él lo mejor posible*. Este mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno, que intentamos mantener en una red compleja que sostiene la vida. (1990: 40)⁵

3.1.2. Dimensiones del cuidado

Carol Thomas ha destacado la transversalidad y la enorme complejidad de las dimensiones que operan en el cuidado: la identidad social de quien cuida, de la persona cuidada, la relación personal entre la persona que cuida y la cuidada, la naturaleza del cuidado, el ámbito social en el que se ubica, el carácter económico de la relación de cuidado y el contexto institucional en que se ejerce, así como las asimetrías de las relaciones entre unas y otras personas implicadas ([1993] 2011). Se trata de un concepto que – como señala esta autora – no se había considerado problemático hasta hace muy poco tiempo, más allá de algún debate sobre el problema del doble significado de la palabra *care*. En un artículo que ha tenido una gran difusión, argumenta que la forma en que se ha conceptualizado el cuidado en sociología, incluso en aquellas propuestas teóricas más armadas, es problemática por la falta de concreción que tiene, lo que ha dado lugar a una imagen parcial y fragmentada del cuidado en la sociedad, y en particular en tanto que no se ha clarificado el rango epistemológico del término (Ibíd.: 145-146).

Para desarrollar una comprensión teórica del cuidado hay que empezar por preguntarse si el término “cuidados” es, o puede ser, una categoría *teórica* en sí

⁵ El original: “On the most general level, we suggest that caring be viewed as a species activity that includes everything that we do to maintain, continue and repair our “world” so that we can live in it as well as possible. That world includes our bodies, our selves, and our environment, all of which we seek to interweave in a complex, life-sustaining web” (Fischer y Tronto, 1990: 40).

mismo, o si las formas de cuidados son entidades *empíricas* que se han de analizar en función de otras categorías teóricas.⁶

Parte de la consideración de que cuidar “es una actividad predominantemente de mujeres y su estudio parece exigir un análisis enraizado en el orden de género” (Ibíd.: 148). Esta es una reflexión que está presente en la mayor parte de los estudios sobre el cuidado pero, más allá de esta convención, reina en la investigación sociológica una enorme diversidad de significados, por lo que Thomas pone en relación diversos conceptos de cuidado(s) descomponiéndolos en los elementos que lo constituyen. Así, presenta un modelo unificado, cuya combinación da lugar a diferentes definiciones de cuidado y permite construir diferentes tipologías de cuidados (véase cuadro n.1):

- a) *La identidad social de la persona cuidadora.* Esta dimensión “remite a las características sociales que definen a una persona como cuidadora” (Ibíd.: 149). Destaca que lo más significativo es la adscripción de género de los roles ocupados por las personas cuidadoras sea en las familias (esposas, madres, hijas) o en el trabajo de cuidado desarrollado fuera, sea este remunerado (trabajadoras o asistentes domésticas, enfermeras,...) o voluntario.
- b) *La identidad social de la persona receptora de cuidado.* Esta dimensión remite a las características sociales que definen a quienes reciben cuidado si bien destaca que “la variable más significativa para la investigación es la situación de dependencia” (Ibíd.: 149).
- c) *Las relaciones interpersonales entre la persona cuidadora y la receptora de cuidado.* Esta dimensión se refiere al carácter de la relación entre la persona que presta cuidado y quién los recibe, en ella se incluyen tanto los lazos familiares como la *relación de cuidado contingente*, es decir, aquella relación que existe entre personas que no se conocen y que se establece para fines específicos como un servicio (Ibíd.: 150). En el ámbito de la investigación esta relación se define en función de los lazos o vínculos que indican los grados de familiaridad y de obligación personales (Ibíd.: 149-150).
- d) *La naturaleza del cuidado.* Esta dimensión ha sido base de muchas reflexiones sobre el cuidado en tanto que su análisis entraña diversas dificultades. De hecho, la dificultad comienza con el doble significado del verbo *cuidar* en inglés (*to*

⁶ Thomas 2011(1993), 146-147. La cita se ha extraído de la traducción al castellano; nótese que *care* es traducido aquí como “cuidados”.

care). Tal como se ha señalado, este puede designar un estado afectivo (emoción, afecto, amor) – *caring about someone or something* (apreciar a alguien o algo, interesarse o preocuparse por esa persona, o cosa) – o un estado de actividad (trabajo, tareas, labor): *caring for someone* (cuidar de alguien) (Ibíd.: 150)

- e) *El dominio social en que se localiza la relación de cuidado.* Esta dimensión hace referencia a la división entre el ámbito de lo público y el de lo privado o doméstico, y en última instancia remite para Thomas a la división sexual del trabajo en la sociedad capitalista (Ibíd.: 150).
- f) *El carácter económico de la relación de cuidado.* Esta dimensión gira en torno al carácter remunerado o no remunerado del trabajo de cuidado. Y abarca tanto aquellas situaciones en las que prestar cuidado viene determinada por una obligación normativa (sea familiar o sea de otro tipo) o por el vínculo económico y laboral (Ibíd.: 151).
- g) *El marco institucional en el cual se presta el cuidado.* Esta dimensión hace referencia a la localización física de las actividades concretas de cuidados, marcando una clara diferencia entre el ámbito doméstico y el extradoméstico.

La discusión que plantea esta autora a partir de la combinación de dichas dimensiones resulta sugerente, en tanto permite abarcar buena parte de la pluridimensionalidad y complejidad que atraviesa el cuidado y, por tanto, su análisis. Tomando como referencia los trabajos desarrollados por tres autores emblemáticos, C. Thomas intenta deconstruir las diferentes nociones de cuidado que Hilary Graham, Roy Parker y Clare Ungerson, desarrollan en sus obras. Roy Parker introduce el concepto de “atención” (*tending*) en lugar del de cuidados y se refiere al “trabajo real de atención a las personas que, temporal o permanente, no pueden valerse por sí mismas” (1981: 17). Thomas apunta que en la literatura británica el cuidado tiende a ser definido de forma más restringida que en la literatura escandinava.

Hilary Graham, por su parte, diferencia una dimensión material, el cuidado como trabajo, de una dimensión psicológica, el cuidado como fenómeno emocional, es decir, que para esta autora el cuidado incluye trabajo y amor y dicha naturaleza dual explica su adscripción de género y el que se integre en el marco de las relaciones familiares como compromiso y afecto “que son justamente las que transforman el trabajo de cuidados en un trabajo de toda la vida, de una tarea en un deber” (1983: 29) (dimensiones que aquí se analizarán con más detalle en el siguiente epígrafe). En un trabajo posterior, Graham

revisa esta formulación y, en buena medida a partir de los estudios sobre el servicio doméstico, amplía la definición de cuidado(s) reconociendo que este no se puede comprender si no es considerando las divisiones sociales de raza y clase, además del género, el escenario más allá del cuidado prestado en el hogar a cargo de familiares y señala, además, que el problema para identificar dichas divisiones sociales ha estado en la fusión del cuidado prestado en el hogar y en el marco de relaciones familiares (Graham, 1991: 65 y 74).

Clare Ungerson añade, además, que la falsa dicotomía entre trabajo y amor que ha estado presente en la investigación británica sobre cuidado ha dificultado los estudios en este ámbito, en tanto que ha considerado que los aspectos emocionales tan sólo se dan en los espacios domésticos (1987). Sostiene Ungerson que en una relación de cuidado pueden existir distintas combinaciones de trabajo y estados afectivos (1990, 1991).

A modo de síntesis conclusiva, Thomas señala que:

Gran parte de la literatura sobre cuidados trata de forma bastante confusa y unilateral toda la cuestión de las emociones. La confusión procede principalmente de que no se establece una distinción clara entre: 1) el estado emocional o afectivo experimentado privadamente por la persona que realiza el trabajo de cuidados: 2) el “input” emocional de la persona cuidadora expresado públicamente en la relación de cuidados (el concepto de trabajo emocional de Hochschild [Hochschild, 1983] resulta claramente pertinente en este contexto); y 3) el estado emocional o afectivo experimentado privadamente por la persona que recibe cuidados. (2011: 167)

Apostilla, además, Thomas que en dichas investigaciones se pone el énfasis en las emociones positivas, tales como el amor, el cariño, olvidando que las relaciones familiares de cuidado pueden estar desprovistas de amor y de afecto e incluso pueden ser abusivas tal como ponen de manifiesto investigaciones como las realizadas por Land y Rose (1985; Cfr. Thomas, 2011: 166). Para finalizar su argumentación, afirma que el cuidado “no existen desde un punto de vista teórico” sino que se trata de un concepto meramente descriptivo (Thomas, 2011: 172). Y añade que la práctica de cuidados analizada en su posición transversal y multiactorial es un lugar para impulsar la reflexión teórica.

En el contexto de esta tesis, el modelo propuesto por Carol Thomas presenta la enorme ventaja de permitir descubrir y analizar los diversos tipos de cuidado y las figuras que lo atraviesan y, al mismo tiempo, el enorme inconveniente de dejarlo desprovisto de un marco conceptual clarificador.

Cuadro 1. Análisis de los conceptos de cuidados (según Carol Thomas).

SIETE DIMENSIONES DE LOS CUIDADOS	HILARY GRAHAM DÉCADA DE 1980 (1983, 1985)	ROY PARKER (1981)	HILARY GRAHAM DÉCADA DE 1990 (1991)	CLARE UNGERSON (1990)	CONCEPTO UNIFICADO DE CUIDADOS
Identidad social de la persona cuidadora	Mujeres: - esposas - madres - hijas	Personas adultas	Identificadores: - género - raza - clase	Identificador: -género (se podrían incluir otras dimensiones)	Definida en términos de: - género (principalmente mujeres) - clase - raza - diversos roles ocupacionales dentro de los servicios sociales y sanitarios
Identidad social de la persona receptora de cuidados	Personas adultas sanas y dependientes y niños y niñas	Personas dependientes	Personas adultas sanas y dependientes y niños y niñas	Personas adultas sanas y dependientes y niños y niñas	Personas adultas sanas y dependientes y niños y niñas
Relación interpersonal entre la persona cuidadora y la receptora de cuidados	Familiar: - parentesco - matrimonio - consanguinidad	Familiar: - amistad - vecindad - profesional o de servicio	Familiar: - parentesco - matrimonio - consanguinidad	Familiar: - parentesco - matrimonio - consanguinidad No familiar	Familiar, amistad, vecindad, contingente legal o profesional
Naturaleza de los cuidados	- trabajo reproductivo - trabajo y afecto	Tareas de atención: - dar de comer - lavar - levantar - limpiar - proteger - consolar	- trabajo reproductivo - trabajo y afecto	Principalmente: - actividades de trabajo En segundo lugar: - estado emocional o afectivo	Actividades de trabajo estados afectivos
Dominio social	Privado/doméstico	Privado/doméstico o público formal o informal	Privado/doméstico	Privado/doméstico o público formal o informal	Privado/doméstico o público formal o informal
Relación económica	No salarial	No salarial o salarial	No salarial o salarial	No salarial o salarial	No salarial o salarial
Contexto institucional	Hogar	Hogar Diversos contextos de servicios sociales y sanitarios	Hogar	Hogar Diversos contextos de servicios sociales y sanitarios	Diversos, por ejemplo: Hogar; instituciones residenciales; hospital de crónicos; guarderías; otros contextos de servicios sociales, sanitarios y de voluntariado

Fuente: Carol Thomas, 2011: 156-157 [1993]

3.2. El cuidado como herramienta crítica: aproximaciones para su análisis

Claude Martin propone tres niveles de discusión en relación con el concepto cuidado (2008: 27-42), que permiten clarificar y estructurar el estado de los debates sobre este tema y que guardan una estrecha relación con las filiaciones que también

describe M. T. Letablier (véase epígrafe 3.1., *supra*). El primer nivel, corresponde con el debate filosófico y moral en torno a la ética del *care* que se interroga por los fundamentos filosóficos y morales del cuidado de los otros, cuestionando la existencia de una moral específicamente femenina. El segundo nivel, se fija en un plano más estrictamente sociológico y pone en evidencia las prácticas de cuidados, cuestionando las relaciones de solicitud, sobre todo desde un punto de vista de género, de las categorías sociales y de las posturas y actitudes de los individuos en este tipo concreto de relación social. El tercer nivel de discusión, se refiere al conjunto de diferentes reflexiones en el campo de las políticas públicas, que C. Martin denomina el *social care*, y que en castellano se puede traducir como “organización social del cuidado”. Esta aproximación al estudio del cuidado pone de manifiesto que este campo entra en relación con otros muchos, y, en todo caso, se revela como un útil conceptual crítico.

3.2.1. El cuidado como ética

Una parte importante de la literatura sobre el cuidado se desarrolla en torno a la ética o éticas del cuidado (*care ethics*, *ethics of care*). En esta perspectiva se reflexiona en torno a los fundamentos políticos y morales del cuidado de los otros. Autoras como Carol Gilligan, Jean Tronto, Selma Sevenhuijsen o Eva Feder Kittay se interrogan sobre la existencia de una moral específica femenina (Paperman y Laugier, 2005) Alice Le Goff y Marie Garrau señalan tres etapas distintas en la historia del desarrollo de las teorías del *care* (2012).

La primera etapa se gesta en el campo de la psicología moral a raíz de la publicación de la obra de Carol Gilligan, *In a different voice* (1982), que polemiza con los trabajos de su maestro, Lawrence Kohlberg, cuya teoría del desarrollo moral determina que la madurez moral se corresponde con los estadios de desarrollo de las capacidades cognitivas de los individuos. Kohlberg realizó investigaciones detalladas sobre el razonamiento moral, utilizando para ellas una serie de dilemas a tenor de los cuales el sujeto entrevistado tiene que elegir entre dos conductas la que considere más adecuada y, sobre todo, razonar sus respuestas, pues este autor quería analizar precisamente las formas de argumentar, los esquemas de razonamiento, en suma las razones aducidas por el individuo para justificar su respuesta. Se trata, por tanto, de un punto de vista moral de tipo kantiano que obliga a hacer abstracción de los motivos de las personas implicadas, de las circunstancias concretas, de las instituciones y formas de vida existentes así como de las identidades (Ferrarese, 2010: 426). Gilligan desafía esta teoría escuchando las voces y experiencias de las mujeres, hasta el momento, excluidas de las teorías y análisis sobre el

desarrollo y la capacidad moral. Argumenta que la teoría kohlbergiana está sesgada al construirse exclusivamente sobre la base de las experiencias de los hombres⁷. Sus trabajos muestran que existe una visión de género del desarrollo moral, en la que la madurez moral para las mujeres sería aquella que desarrolla la preocupación por mantener las relaciones con los otros. Tomando como tema central la responsabilidad hacia los otros, se da una respuesta a las filosofías morales universalistas o pretendidamente universales contemporáneas (Kohlberg, Rawls, Habermas): la capacidad de percibir y de dar respuesta a las responsabilidades que nacen de nuestra relación con los otros. Insiste en nuestra *dependencia intrínseca* y en las necesidades, en la noción de responsabilidad, frente a la noción de deber, y equidad, frente a la de igualdad; ello implica que la capacidad de percibir y de dar respuesta a una necesidad o a un sufrimiento a la vez supone tomar en cuenta al otro en un contexto concreto y no en general. Según Seyla Benhabib (1992), este trabajo marcó la mayoría de edad de los estudios de la mujer en el terreno de la ciencia moral. Lo novedoso del trabajo de Carol Gilligan es que aporta un modelo propio de razonamiento moral basado en la orientación hacia el cuidado y no exclusivamente en la perspectiva de la justicia y los derechos, como el de L. Kohlberg. Los ámbitos de parentesco, amor, amistad y sexo, tenidos regularmente como cuestiones de la esfera personal (en detrimento de los derechos de la mujer), así como el matrimonio y el divorcio pasan a revelarse como cuestiones morales.

La distinta voz que yo describo no se caracteriza por el sexo sino por el tema. Su asociación con las mujeres es una observación empírica, y seguiré su desarrollo básicamente en las voces de las mujeres. Pero esta asociación no es absoluta; y los contrastes entre las voces masculinas y femeninas se presentan aquí para poner de relieve una distinción entre dos modos de pensamiento y para enfocar un problema de interpretación, más que para representar una generalización acerca de uno u otro sexo. (Gilligan, 1986: 14)

La obra de Carol Gilligan situó el cuidado en el debate sobre la justicia y la ética. Tal como destaca Muñoz Terrón (2012: 465), para Benhabib, tanto L. Kohlberg como Habermas no habían tenido en cuenta suficientemente la intuición central de C. Gilligan

⁷ Para sus investigaciones Kohlberg entrevistó en principio sólo a varones lo que hace sospechar a Gilligan que las conclusiones de este autor sobre las etapas del desarrollo moral presentan un sesgo masculino, tanto por el tipo de problemas que plantea en las entrevistas, como por el tipo de razonamiento moral que convierte en modelo. De ahí que en los estudios que Gilligan inicia con mujeres, estas parecen quedar siempre clasificadas en etapas menos avanzadas de desarrollo del razonamiento moral. Por eso, Gilligan (1982) plantea estudiar el desarrollo moral femenino centrándose en otros temas (amor, amistad, cuidados) y esboza un modelo diferente de razonamiento moral, orientado por la preocupación por las relaciones personales y la atención a las otras personas en su particularidad (Benhabib, 1990: 119-149).

de que las personas “antes de ser adultas hemos sido niñas y de que la nutrición, el cuidado de las demás y la responsabilidad hacia ellas nos es esencial para que lleguemos a convertirnos en personas moralmente competentes y autosuficientes.” De ahí que Seyla Benhabib termine apostillando:

En términos ontogenéticos ni la justicia ni el cuidado poseen primacía alguna, pues ambas dimensiones son esenciales para que la niña recién nacida, frágil y dependiente, se desarrolle como una persona autónoma y adulta. Y no sólo vivimos en el «tejido de los asuntos humanos», por decirlo en palabras de H. Arendt, o en redes de «cuidado y dependencia», por hacerlo con las de Gilligan, cuando somos niñas sino que también vivimos así como seres concretos y corporales que tienen necesidades, emociones y deseos, y que son vulnerables. (1992: 49)

A partir de esta aportación, el cuidado sale de los entornos familiares, del conglomerado reduccionista del *trabajo doméstico* para situarse en la esfera pública. Tras la publicación de esta obra de Gilligan, numerosos trabajos se desarrollan en diálogo o abierta confrontación con esta autora. Por ejemplo, Hilary Graham señala que el cuidado tiene que ver con diferencias de poder, que los marginados tienen que adoptar una ética de la responsabilidad y del cuidado porque tienen conciencia de que la ayuda mutua es lo que les sostiene como comunidad (1983). En trabajos posteriores, Gilligan tendrá en consideración el reconocimiento de otras voces, captando en su obra las experiencias racializadas, de opción sexual y de clase social:

En una sociedad y una cultura democráticas, que se basan en la igualdad de voces y en el debate abierto, el cuidado es una ética *feminista*: un ética que conduce hacia una democracia liberada del patriarcado y de los males que tiene asociados, el racismo, el sexismo, la homofobia y otras formas de intolerancia y de ausencia de cuidado. (2010: 25)

Otras críticas que ha recibido Gilligan aluden: al carácter ahistórico de su análisis y que no da cuenta de las diferencias entre mujeres; a un presunto esencialismo; a que su trabajo defiende o perpetúa la diferencia sexual basada en la potenciación de la “*cultura de las mujeres*”; que ofrece un modelo de “*niñas buenas*” y de “*mujeres buenas*” que no es sino el resultado de la domesticación de las mujeres y de su adscripción al orden heterosexual. Sin embargo, aún desde el autodenominado feminismo ilustrado, o de la igualdad, desde el que siempre ha habido una clara confrontación con los planteamientos de Gilligan, enmarcándolos en el denominado feminismo de la diferencia, se reconocen los dilemas que afrontan las mujeres, por ejemplo, cuando el cuidado se convierte en descuido personal y explotación (Amorós, 1997; Camps, 2005). El temor a considerar el

cuidado como una tendencia inscrita en los genes femeninos queda conjurado al reconocer el carácter de construcción social y aprendizaje de una ética del cuidado.

La segunda etapa surge en el campo de la filosofía moral, desde la que se desarrollan algunas tentativas de definir la ética del cuidado como una orientación moral con marcado acento diferenciador. Así es la aportación de Nel Noddings (1984), quien al trabajar a partir de ciertas posiciones de Gilligan para elaborar una ética del *care* argumenta sobre la existencia de una orientación moral naturalmente femenina. Con este desarrollo, Noddings presenta una concepción más restrictiva que la de Carol Gilligan, en tanto que para la primera, el *care*, o *caring*, guarda relación con una sensibilidad emocional y afectiva respecto de las personas que conocemos, insistiendo en el carácter de reciprocidad de las relaciones de cuidado. Esta tesis ha sido criticada por su esencialismo de género como por su ceguera ante los factores sociales que determinan la división sexual del trabajo y de la acción moral⁸ (Garrau y Goff, 2012: 10). Diana Meyers y Eva F. Kittay destacan que se han producido importantes avances en el ámbito de la filosofía moral, impulsados por los aportes de la teoría feminista (1987).

La tercera etapa, desarrollada en el campo de la filosofía política, abre dos vías. Una pretende integrar las teorías del cuidado en las teorías de la justicia al subrayar que una teoría de la justicia es incompleta e inestable si no incorpora ciertos aspectos de la teoría del cuidado: poniendo el acento en el rol de la empatía en el razonamiento sobre los principios de la justicia (Moller Okin, 2008); haciendo del cuidado un operador central en la adquisición de capacidades fundamentales y un juego distributivo (Nussbaum, 2007, 2002); o elaborando un tercer principio de justicia susceptible de fundar una distribución equitativa del cuidado y que garantice una protección a aquellos que lo necesiten, especialmente a los agentes de especial vulnerabilidad (Kittay, 1999). La segunda vía, se abre con la ruptura que introduce el trabajo de Jean Tronto, quién pretende sociologizar las reflexiones sobre el cuidado. Esta autora ve en el cuidado la fuente de una teoría crítica de la organización social y del trabajo mismo, integrando un campo de problemáticas en torno suyo. Dialoga con las teorías de la justicia de J. Rawls subrayando la complementariedad de las dos aproximaciones así como la capacidad de explorar los conceptos de autonomía y de reciprocidad (Tronto, 2008: 244).

Los trabajos de Jean Tronto, a diferencia de los de Carol Gilligan o Nel Noddings, permiten sistematizar una definición de cuidado en una teoría más abarcante.

⁸ Véase el número de la revista *Hypatia* que reúne varios análisis críticos de la obra de Nel Noddings, *Symposium on Nel Noddings*, 1990, 5 (1).

Tronto pretende ir más allá de la relación diádica (y desigual) de cuidado, entre dos personas (una cuidadora, otra cuidada), que en teorías anteriores otorgaba un lugar preponderante a la relación madre-hijo; extiende la problemática a la sociedad y al rol de las instituciones políticas. Retoma Tronto (2009b: 11-22) tanto la definición de cuidado como el proyecto analítico que presentaba con Berenice Fisher en 1990, que se citó más arriba. Se trata de una definición muy abierta que engloba un gran número de actitudes, la capacidad de adquirir responsabilidades, el trabajo de cuidado y la satisfacción de las necesidades, convirtiéndolo en una actividad central y esencial de la vida humana. El proyecto presentado por Fisher y Tronto (1990, 40-46), y posteriormente desarrollado por Tronto (1993) enfatiza el carácter procesual del cuidado: “En tanto que proceso activo, comporta cuatro fases analíticas distintas, pero íntimamente vinculadas. Estas son las siguientes: preocuparse de, encargarse de, dar cuidado y recibir cuidado” (2009a: 147). Según esta autora, estas cuatro fases constituyen la gramática del cuidado, del buen cuidado y cada una de ellas implica una distinta disposición moral (véase cuadro 2):

- a) *caring about*, consiste en atender y reconocer una necesidad, en el sentido de que tiene que ser satisfecha. Implica disposición moral/atención a los otros;
- b) *take care of*, supone que la necesidad puede ser efectivamente satisfecha y concebir los medios necesarios para hacerlo; implica el hecho de asumir una cierta responsabilidad en relación con la necesidad identificada. Implica la disposición moral a la responsabilidad, en el sentido de asumir una responsabilidad;
- c) *care giving*⁹, el trabajo efectivo de cuidado, la respuesta efectiva a la necesidad. Esta fase representa la plena dimensión práctica de la actividad de cuidar, en tanto que supone la implicación en un trabajo material y en un contacto directo con el objeto del cuidado; e implica unas competencias determinadas para realizarlo;
- d) *care receiving*, la capacidad de dar respuesta del beneficiario. Es la verificación del buen cuidado por parte de quién o quienes lo han recibido.

Es necesario tener presente, no obstante, el carácter inseparable de la disposición y de la actividad para reconocer la especificidad del trabajo de cuidado (Tronto, 2009a,

⁹ Fernando Navarro recomienda que se utilice en castellano esta expresión, *care giving*, cuando se trata de un cuidado, atención o servicio “voluntario”, mientras que en un contexto más institucional sería más correcto utilizar la expresión *care provider* (Navarro, 2000).

147-150). Pues, en efecto, el cuidado involucra una variedad tal de facetas, “como ocupación y como disposición, como actividad y como pasividad, como actitud y como práctica”, que se ha llegado a proponer, en línea precisamente con la definición de Tronto y Fischer, “la posibilidad y la necesidad de reconocerle [al cuidado] una dimensión pública, política, al considerarlo, en términos arendtianos, no sólo como *labor*, sino también como *trabajo* y como *acción*.” (Muñoz Terrón, 2012: 464)

Cuadro 2. El concepto de cuidado (*care*), según Joan Tronto

Fases del <i>proceso</i> de cuidado		Elementos de la <i>ética</i> del cuidado	
Denominación según acepciones de cuidado (<i>care</i>)	Contenido práctico; actividades implicadas	Actitudes, disposiciones morales correspondientes	Aspectos de la existencia humana involucrados
<i>caring about</i> [preocuparse, cuidarse de]	<i>noting needs</i> [notar –darse cuenta de– las necesidades]	<i>attentiveness</i> [atención, solicitud]	<i>attention</i> [atención]
<i>taking care of</i> [cuidar de]	<i>assuming responsibilities</i> [asumir responsabilidades]	<i>responsibility</i> [responsabilidad]	[hábitos, prácticas, más que reglas formales u obligaciones]
<i>care giving</i> [dar, procurar cuidado/s]	<i>work (of care)</i> [trabajo (de cuidado)]	<i>competence</i> [competencia]	[importancia de los resultados efectivos]
<i>care receiving</i> [ser cuidado/a]	<i>response</i> [responder al cuidado]	<i>responsiveness</i> [responsividad]	<i>vulnerability</i> [vulnerabilidad]

Fuente: Adaptado de Muñoz Terrón, 2012. Elaborado a partir de Tronto, 1993, 102-108; 127-137.

3.2.2. El cuidado como práctica

El concepto de cuidado se ha ido construyendo progresivamente a partir de la observación de las prácticas cotidianas que muestran la complejidad y multidimensionalidad de la cobertura de las necesidades de las personas. Uno de los aportes fundamentales de Jean Tronto es orientar la reflexión sobre la ética hacia una doble vinculación, por un lado, con la política y, por otro, con la práctica, la praxis social concreta del cuidar. De este modo, establece una relación entre lo particular y lo universal. Se preocupa fundamentalmente de las desigualdades sociales (de género, de clase, de etnia o de nacionalidad) que resultan, constatando que existe una enorme diversidad en las prácticas de cuidados, que varían de unas sociedades a otras, de unas culturas a otras. Tronto propone salir de la concepción instrumental y diádica del

cuidado y lo redefine como un proceso social complejo, central para el desarrollo de las subjetividades, el mantenimiento de la cohesión social y la perpetuación del mundo común (Garrau y Goff, 2012: 12)

Eveling Nakano Glenn enuncia tres características principales del cuidado (2000): a) Todo el mundo tiene necesidad de cuidado y no solo los ancianos, niños, enfermos y discapacitados. b) El cuidado crea una relación en tanto que el trabajo de cuidado se constituye en y por la relación de interdependencia (y de poder) que surge en la relación. Tanto quien presta cuidado (*care-giver*)¹⁰ como quién lo recibe (*care-receiver*) tienen una capacidad de acción (*agency*) en la relación. c) El cuidado es una práctica y como tal puede ser organizada de una multitud de formas. Nuestras formas de concebir los cuidados adecuados (el buen cuidado) son variadas y están condicionadas por los anclajes culturales y sociales, sin dejar por ello de ser una práctica universal.

Son muchas, ciertamente las propuestas teóricas que clasifican los tipos de cuidado haciendo referencia a otros diferentes criterios:

- a) Cuidar para la vida o cuidar para la muerte. Soledades puede distinguir dos grandes tipos de cuidado: por una parte, el proporcionado a niños, niñas y adolescentes, donde junto con la obligación/responsabilidad hay una enorme gratificación; por otra parte, el dedicado a la atención ante una enfermedad, crónica o aguda, el denominado cuidado asistencial (Murillo, 2003).
- b) Cuidar y educar frente a cuidar y sanar (Tobío el ál., 2010). Esta es una relación ampliamente desarrollada en el campo de la sociología de la educación. En el cuidado infantil hay una frontera difusa entre cuidado y educación. La relación entre cuidado y cura es también una oposición clásica de la sociología de la salud.
- c) Distinguir entre el cuidado prestado a personas inevitablemente dependientes, enfermas, discapacitadas o demasiado pequeñas (*dependency care*) de aquel prestado a las personas con buena salud que podrían encargarse de su automantenimiento (Feder Kittay, 2005: 443-469).

¹⁰ El antes citado *Diccionario crítico de dudas inglés-español de medicina*, de Fernando A. Navarro señala que el término *care giver* debería reservarse para denominar a “la persona que atiende o cuida un enfermo, pero solo si lo hace de forma desinteresada, como amigo íntimo o miembro de su familia”, pues “si se trata de un profesional sanitario o si recibe un pago por los cuidados ofrecidos yo no lo llamaría *care giver*, sino *care provider*.” (Navarro, 2000: 77)

- d) Realizar tareas nobles o realizar tareas sucias. En tanto se considera que hay unas tareas presuntamente más nobles que otras, es posible diferenciar en el trabajo de cuidado dos tipos bien diferentes en función del valor y del reconocimiento que obtienen. Es decir, un determinado tipo de tareas goza de mayor prestigio o respetabilidad social, se trata de aquellas que tienen que ver con el bienestar, ligadas al cuidado directo de las personas, relacionadas con la salud, la educación o la asistencia social. Y otro tipo de tareas consideradas “*sucias*” (Anderson, 2000), menos nobles, es decir, aquellas relacionadas con el mantenimiento de las condiciones materiales de vida, los objetos y el espacio doméstico en que se desarrollan las antes dichas actividades: aseo, limpieza, alimentación. Esta oposición binaria, dicotómica, se entrecruza con otras oposiciones, tan propias de la modernidad, como cuerpo y espíritu, o pureza y contaminación. De tal modo que los trabajos de educación y de crianza de las criaturas tienen un mayor valor reconocido que los trabajos del cuidado del cuerpo de las personas adultas. E incluso, el cuidado corporal de las personas adultas puede diferenciarse según las partes del cuerpo con las que se entra en contacto y el objetivo de este contacto (estético, sanador, higiénico, sexual). Cada uno de estos contactos corporales recibe una consideración (o reprobación) socio-moral diferente (Arango, 2011).

Es difícil elaborar una cartografía intelectual de toda la literatura del campo de la filosofía y las ciencias sociales que analiza el universo del cuidado, un terreno cruzado por múltiples aproximaciones teóricas y metodológicas. Estos aspectos serán abordados con más detalle en el epígrafe 3.3., *infra*.

3.2.3. El cuidado como política

La pertinencia del concepto *care* ha sido testada en el seno de las redes europeas de investigación mediante la confrontación de las experiencias nacionales integrando la variedad y productividad de los diferentes conceptos teóricos. Y ha experimentado un amplio desarrollo en las investigaciones comparadas de los sistemas de protección social en Europa y sobre las políticas de ayuda a las familias (Gerhard, 2005). Laura Pautassi considera que abordar la problemática *cuidado* consiste en instalar su estudio y análisis como un campo de conocimiento y de regulación por parte de la legislación y las políticas públicas (2007: 9). Y se refiere a campo como arena social en que se llevan a cabo luchas y maniobras en torno al acceso diferenciado a los recursos (Bourdieu, 1983). Efectivamente, todo un campo de problemas se desarrolla a partir del lugar que ocupa el cuidado en las políticas públicas. Siguiendo la propuesta de M. T. Letablier, es posible

centrar esta dimensión política en sus aspectos macro y micro y ponerlos en relación, como ocurre con el modelo analítico del *social care*. En la perspectiva macro, se interroga a los diferentes modelos de organización del cuidado entre el Estado, las familias, el mercado y el tercer sector, considerando la dotación de infraestructuras, los servicios y las prestaciones, así como el tipo de políticas públicas existentes en relación con el cuidado. En la perspectiva micro, es posible analizar la distribución de tareas en una familia o en una comunidad determinada. Estas cuestiones serán retomadas en el capítulo 4, *infra*.

3.3. El mundo familiar del cuidado¹¹

Si el universo del cuidado es complejo y escurridizo para el análisis sociológico, su estudio en el entorno doméstico-familiar reviste una complejidad aún mayor. Una propuesta que facilita su comprensión es considerar en la vida familiar tres formas de cuidados: afectivo, moral y material. Así lo hace, en relación con la crianza, Rachel Salazar Parreñas:

En la crianza, hay tres formas principales de *cuidado* de las que se espera que aseguren la reproducción de la familia: (1) el *cuidado* moral, es decir, la disposición de la disciplina y la socialización para asegurar que los dependientes sean criados para ser "buenos" ciudadanos morales de la sociedad, (2) el *cuidado* emocional, es decir, la provisión de seguridad emocional a través de palabras de preocupación y sentimientos de calidez y de afecto, y (3) el *cuidado* material, es decir, la provisión de las necesidades físicas de las personas dependientes, incluyendo alimentación, vestido y educación o capacitación técnica, para garantizar que se conviertan en productores para la familia. Las expectativas de cuidado moral, emocional o material varían considerablemente en las distintas sociedades y culturas. Normas ideológicas, en particular la ideología de género, y la ubicación de las familias en la economía política determina, sin lugar a dudas, las capacidades y expectativas de los progenitores hacia la reproducción social de la familia. (2001: 117)

La primera de las formas de cuidado descritas se refiere al sentido de lo bueno, lo justo y lo adecuado, engloba tanto cuestiones disciplinarias como de socialización de los menores, así como la responsabilidad que conlleva, una implicación que puede ir de la abnegación y el sacrificio hasta el abandono. La segunda entroncaría con la dimensión emocional de las relaciones familiares: la calidad humana, la preocupación por el otro, la compasión, el amor; pero también las tensiones, los chantajes, los conflictos e incluso la

¹¹ La redacción de este epígrafe desarrolla y amplía problemas abordados en varias publicaciones en relación con la propuesta de "domesticar el trabajo" (Martín Palomo, 2008a, 2008b, 2009, 2011).

violencia¹². Y, la tercera, hace referencia a todo relacionado con la oferta y el consumo de servicios dentro del hogar. Pese a desagregarlos aquí por necesidades de análisis, no es tarea sencilla distinguir cada dimensión ni diferenciar el trabajo doméstico respecto del cuidado, en tanto que operan simultáneamente. Hay muchas preguntas que se abren desde esta perspectiva que contempla los aspectos materiales a la par que los afectivos y morales, que por un lado, se han abordado en relación con el tiempo (véase cap. 2 *supra*) y, por otro lado, se abordan desde la perspectiva doble de la sociología moral y de las emociones; en ello se profundizará más adelante (véase epígrafes 3.3.2. y 3.3.3., *infra*).

3.3.1. Las actividades de cuidado

En general, los aspectos materiales de los intercambios permiten que estos sean cuantificables tanto en términos de tiempo como de dinero y, por tanto, se pueden estimar mediante diferentes métodos, tal como se ha visto más arriba. Es, sin embargo, sumamente complicado medir los tiempos en los cuidados en tanto que, por un lado, a menudo se desarrollan de forma simultánea con otras actividades: y, por otro lado, tienen mucho de anticipación, de disponibilidad y de preocupación. Los diferentes métodos de medida han dado muestras de ser limitados para analizar aspectos como la densidad e intensificación de tareas, la disponibilidad, pero también la preocupación por el otro, los afectos o la responsabilidad que conlleva el cuidar. Limitaciones que están en estrecha relación con el hecho de que en el ámbito doméstico se da un tipo de vínculo muy específico entre las personas: la disponibilidad del tiempo de las mujeres al servicio de los miembros de su familia (Fougeyrollas-Schwebel, 2002: 175-178).

Esta relación de servicio que caracteriza al cuidado, no se circunscribe al núcleo conyugal sino que está presente en el conjunto de la red familiar (véase cap. 1 *supra*). De hecho, la actividad no se puede acotar fácilmente en horas o en jornadas, las tareas implicadas requieren, por lo general, niveles de ejecución, de cualificación y de responsabilidad diversos, una versatilidad que difícilmente se encuentra, como cualificación profesional, en ningún otro puesto de trabajo remunerado. Muchas actividades domésticas se ejecutan de forma simultánea o secuencial, con una dedicación constante, constituyen un “mundo temporal contingente”, dependiente y sometido a las demandas ajenas (Ramos, 1994: 53). En el cuidado, además, hay necesidades que se caracterizan por una gran rigidez (hay que alimentar a un recién nacido cada dos o tres horas para que no tenga una hipoglucemia; se deben cambiar los pañales a bebés,

¹² No se pueden dejar de lado los problemas de opresión, violencia y abuso que pueden surgir en, y a partir de, las propias relaciones de cuidado, tanto de quien cuida a quien es cuidada, como a la inversa.

encamados y paraplégicos en el momento preciso que surge la necesidad, para evitar irritaciones o infecciones; los medicamentos y los cambios de posturas tienen sus horarios;...) y por ser vitales para la supervivencia de quienes reciben dichos cuidados.

Por ejemplo, actividades como cuidar a otras personas comportan un sentido diferente en función de a quién se cuida, cuándo se cuida, cuánto tiempo se dedica al cuidado (en jornada y en duración), cuál es la posición socioeconómica de la persona cuidadora, el momento del ciclo vital, etc., pero las encuestas no dan cuenta ni pueden abordar todas estas características (García Sáinz, 2006: 88).

Las actividades, señala Ramón Ramos, llevan prendido un sentido, el que le asignan las personas en sus acciones; por ello, el tiempo dedicado a ellas es algo más complejo que la simple duración cuantitativa, entre otras razones porque somos seres corpóreos. En el cuidado, las disposiciones corporales, el contacto con la piel, los desechos o los fluidos de los cuerpos, tienen además una considerable componente emocional (por ejemplo, el asco, puede estar presente, y quienes cuidan han de manejarse con dicha emoción, tanto cuando se cuida de un familiar querido como cuando se cuida de una persona ajena a la familia, si el cuidado prestado obliga a entrar en contacto con cuerpos o residuos con olores desagradables o poco gratos al tacto).

[H]ay otros aspectos encarnados en lo que se hace que hacen referencia al tiempo y ni lo miden ni lo ordenan. En razón de todo esto, hay que reconocer desde el principio que las indagaciones sobre uso del tiempo no son la panacea ni pueden abarcar más allá de lo que abarcan. Cuando se utilizan sus datos ha de reconocerse que están sometidos a un límite y hay que ser consciente de cuál es ese límite. (Ramos, 2006: 20)

Así, pues, tanto los tiempos, como las actividades mismas, son algo más complejo que la simple duración, en tanto implican significados y matices que desbordan los instrumentos estandarizados de recogida de datos que son las encuestas. Por ello es tan complicado dotar de visibilidad al cuidado así como su medición y valoración (Legarreta, 2008). El cuidado se presta, con muchísima frecuencia, a la par que se desarrollan otras actividades, de cuidado o no, y en ellas, como se ha señalado más arriba, la preocupación y la anticipación juegan un papel fundamental, requieren de un saber hacer discreto, de escasa visibilidad. De hecho, sostiene Pascale Molinier, los cuidados se caracterizan por su invisibilidad, de esta invisibilidad y de su discreción depende su éxito en tanto que sólo se hacen notar cuando algo falla, cuando faltan o no se cubren adecuadamente. Por eso, esta autora afirma que *los cuidados sufren un déficit crónico de reconocimiento ordinario* (Molinier, 2005: 299-301). Como afirma Hannah

Arendt respecto a las actividades tipo “labor”, es propio de ellos un cierto ocultamiento y que no dejen nada tras de sí, como huella de que existieron (1999)¹³.

En el cuidado, probablemente con más claridad que en otro tipo de actividades, el tiempo es multidimensional y puede aprehenderse desde diversas perspectivas (Adam, 2004: 50). Pese a las críticas señaladas aquí y en el capítulo segundo, se debe indicar que las encuestas de usos del tiempo reflejan una concepción del mismo meramente aritmética y homogénea. No obstante, dichas encuestas permiten operacionalizar la noción de cuidado a través del tiempo dedicado a las diferentes actividades. Y ponen de relieve que existen importantes diferencias entre géneros y generaciones en los usos del tiempo, sobre todo cuando hay personas que necesitan cuidado en el entorno familiar, y ello ha permitido dotar de una enorme visibilidad a los aspectos materiales del cuidado. En cambio, para poder profundizar en otros aspectos es necesario recurrir a otro tipo de aproximaciones teóricas y metodológicas, como la que proporciona por un lado, la sociología moral y de las emociones, y por otro, las indagaciones empíricas realizadas con las herramientas que proporcionan la microsociología y la antropología, como se verá aquí, más adelante, en el capítulo quinto.

3.3.2. Emociones y sentimientos en el cuidado

En el pensamiento cartesiano, dominante en las ciencias sociales desde sus orígenes, lo emocional se ha contrapuesto a lo racional, es lo indomesticable, lo incontrolable, lo que queda fuera del marco de estudio de estas disciplinas, excepto cuando su exceso les confiere carácter de patología y entra en el reino de la psicología (clínica). La investigación sociológica ha prescindido hasta tiempos relativamente recientes, de los afectos, de las emociones, las pasiones, los sentimientos y ello pese a

¹³ En las actividades humanas, Hannah Arendt distingue entre *labor*, *trabajo* y *acción*. La *labor* produce todo lo necesario para mantener vivo el organismo humano; el *trabajo* crea todo lo necesario para albergar el cuerpo humano; y *acción* es la actividad propia de la vida política, del actuar en común. Mientras la *labor* remite a la necesidad, a la subsistencia de la especie humana, a productos que se agotan en su consumo, a la vitalidad como dimensión de la condición humana, en la que todo es repetitivo, cíclico; el *trabajo*, en cambio, es la actividad productiva por excelencia, sus resultados están destinados no tanto a ser consumidos como a ser usados, tienen carácter duradero; en el trabajo hay un principio y un fin, su huella es visible, deja rastros, permanece. Por último, la *acción* se caracteriza por ser impredecible en sus consecuencias, ilimitada en sus resultados e irreversible, es el inicio de una cadena de acontecimientos, no tiene fin. Los seres humanos tenemos el extraño poder de interrumpir los procesos naturales, sociales e históricos, por tanto la idea de acción incorpora la de responsabilidad sobre nuestros actos (Arendt, 1999). Muchas autoras feministas han criticado este planteamiento precisamente porque no encuentran unas fronteras claras entre las tres categorías. Para una discusión sobre la pertinencia de entender el cuidado no sólo como actividad del tipo *labor*, sino también como *trabajo* y como *acción*, véase: Muñoz Terrón, 2012.

que en los orígenes de la disciplina, especialmente en la obra de Max Weber ([1901] 1998), se concede cierta importancia a las emociones. Weber reconoce el importante papel que desempeñan las emociones en el origen del capitalismo aunque no fuera consciente de la riqueza de los contenidos emocionales que incluyó en su tesis. De hecho, el modelo weberiano se construye sobre la interdependencia de los componentes cognitivos, valorativos y emotivos, aunque lo emocional aparece en su obra bajo el calificativo de *psicología* (Bericat, 2001: 16-17). Sin embargo, postula un modelo de acción social que define la acción que se basa en la emoción como un componente de la *acción no-racional*, que considera basado en la ignorancia y en la tradición. Ello plantea dos tipos de problemas: por un lado, se confunde la racionalidad con la falta de emoción; y, por otro lado, implica que las emociones y los sentimientos no son requeridos por la acción racional de los individuos o para el funcionamiento óptimo de las instituciones (Waerness, 1996: 256-257; Hochschild, 1975: 284). En desarrollos teóricos posteriores, han sido tratadas de forma residual, sin considerar que puedan tener relevancia para los estudios sociológicos (Bericat, 2000; Barbalet, 2002).

Es legítimo preguntarse cómo es posible que durante dos siglos de historia de la sociología se haya prescindido de los afectos, las pasiones, los sentimientos o las emociones, cuando dichos aspectos forman indudablemente parte de la condición humana y no deja de sorprender que en el campo de la sociología del conocimiento apenas se hayan investigado antes estas cuestiones (Bericat, 2000: 146). Si bien es cierto, que los maestros fundadores de la disciplina tratan los fenómenos emocionales, lo hacen de forma tan residual, que hay que rastrearlos con lupa en sus obras, por lo que su trabajo no ayuda al desarrollo de una sociología de las emociones, de modo similar a la dificultad de elaborar una sociología del cuidado (de la que ya se ha tratado aquí en los capítulos primero y segundo, *supra*). Resulta plausible explicar esta evolución por el racionalismo, el cognitivismo y el positivismo a ultranza que ha caracterizado la corriente central de la sociología (*Ibid.*: 147).

¿Cómo entender las emociones en el marco de la sociología? Una vez más los aspectos encarnados del comportamiento social plantean interrogantes a esta ciencia social. El conocido neurobiólogo Antonio Damasio define las emociones como “un conjunto de cambios que tienen lugar a la vez en el cerebro y en el cuerpo, por lo común producidos por un determinado contenido mental” (1996: 246); y los sentimientos, como la percepción de esos cambios. Desde la antropología se ha mostrado que tanto los momentos como las condiciones de las expresiones colectivas de los sentimientos están regulados, predefinidos, al igual que lo están, tanto qué personas están obligadas a

expresarlos, como la intensidad con que ha de hacerse (Mauss, 1968: 81). En las ceremonias de duelo de los aborígenes australianos, Marcel Mauss analizó la regulación de la forma de manifestar los sentimientos como algo ritualizado y que sigue pautas social y culturalmente determinadas:

No solamente el llanto, sino que todo tipo de expresión oral de los sentimientos, no son esencialmente un fenómeno exclusivamente psicológico o fisiológico, sino fenómenos sociales, marcados eminentemente con el signo de la falta de espontaneidad y de la más perfecta obligación. (*Ibid.*: 81-88)

Mauss recalca explícitamente que el hecho de que estos sentimientos y sus formas de expresión estén pautados social y culturalmente no implica que las personas que los expresan no los sientan efectivamente. Desde una perspectiva constructivista, otros autores analizan las emociones en las ciencias sociales sosteniendo igualmente que esto no pone en cuestión la sinceridad de los sentimientos y las emociones, sino que simplemente aleja el análisis de las emociones de los supuestos biologicistas y propone desarrollar una concepción más cognitiva de las emociones, entenderlas como artefactos culturales, en un sentido foucaultiano (Torregrosa, 1984: 186). Por su parte, el sociólogo José Manuel Iranzo dota a los sentimientos y emociones de un contexto cultural que los articula y que permite comprenderlos. Subraya Iranzo que las bases analíticas del análisis sociológico de las emociones se pueden vincular con los discursos recientes sobre la construcción social del sentido de la acción¹⁴.

[E]l sentimiento es la percepción consciente, y articulada de acuerdo con los parámetros culturales locales de representación y expresividad de las emociones. Los sentimientos de emociones universales básicas son la percepción, conceptualización y enjuiciamiento culturales de las emociones antedichas. (1999: 12)

Siguiendo la propuesta de Eduardo Bericat, se considera aquí que la sociología tiene ante sí tres líneas de trabajo para incorporar las emociones: la sociología *de* la emoción, la sociología *con* emociones y la emoción *en* la sociología (2000: 149-151):

- a) La sociología *de* la emoción, tendría como objeto de estudio las emociones utilizando para ello todo el aparato conceptual de la sociología, al entender que las emociones humanas tienen sentido en, y están condicionadas por, las

¹⁴ Según J. M. Iranzo, las emociones básicas universales parecen ser: alegría, tristeza, ira, miedo y asco (1999: 12). Aunque permite organizar un esquema básico, desde la filosofía y la antropología se han planteado diversas críticas a dicha clasificación (véase por ejemplo, el monográfico de la Revista *Thémata*, que lleva por título *Emociones* (núm. 25, 2000).

relaciones sociales. Es más, sin la perspectiva relacional no es posible entender gran parte de las emociones humanas. Un representante de este tipo de aproximación al estudio de las emociones es Theodore Kemper quien muestra la necesidad de la perspectiva sociológica para comprender las emociones, considerando que generalmente derivan de algún tipo de relación social, aunque efectivamente tengan un sustrato biológico (1990, 1978). Desde esta perspectiva, Kemper es el autor, entre los reseñados, que se encuentra más cerca del positivismo (Bericat, 2000: 154).

- b) La sociología *con* emociones intenta incorporar el componente emotivo a la investigación con lo que al proporcionar datos añadidos, contribuye a descubrir nuevos fenómenos sociales o a clarificar nuevos aspectos que ayuden a su mejor comprensión. Al incluir en sus investigaciones, las emociones como una ruta clave de acceso al análisis de cualquier fenómeno o situación social, Arlie R. Hochschild se convierte en una de las primeras representantes de esta perspectiva (1975, 1983, 1989, 2008). Ya en 1975, en un artículo pionero Hochschild propone las emociones como vía de conocimiento de cualesquiera fenómenos sociales, explora la estructura emocional de la vida cotidiana de hombres y mujeres en las familias y revoluciona con ello los estudios sobre el trabajo doméstico, al poner de manifiesto que las emociones están condicionadas por normas sociales, a la par que problematiza los lazos afectivos en las relaciones intrafamiliares al preguntarse cómo se construyen y manifiestan los afectos entre sus miembros (Hochschild, 2008). En su obra queda ampliamente demostrado que las emociones tienen una dimensión social, es decir, que éstas no pueden ser reducidas a lo biológico sino que están condicionadas por normas sociales. Esta línea de análisis es la más cercana a los trabajos de Erving Goffman, aunque en algunos aspectos se aleja del marco de análisis del interaccionismo simbólico, en tanto que esta teoría parte de un diseño racional de las normas y los marcos relacionales que Hoschschild no suscribe (Bericat, 2000: 154).
- c) La emoción *en* sociología intenta abordar las emociones desde una perspectiva metateórica, que permite retomar la pregunta por el vínculo social que bien podría estar representada por un autor como Thomas J. Self (1990), quien ha desarrollado un amplio y riguroso programa de investigación, tanto a nivel teórico como empírico, sobre la vergüenza y el orgullo, que él considera definen y expresan el vínculo social. En su teoría sociológica de la vergüenza argumenta que es ésta la emoción social por antonomasia, la que regula el estado de

nuestros lazos sociales, así como un sutil, eficaz y permanentemente activo, sistema de control social, en estrecha interrelación con el orgullo (Bericat, 2000: 167-170). La vergüenza constituye, ciertamente, una emoción de baja visibilidad, por lo que para conocerla mejor es necesaria una fenomenología de la misma. Eduardo Bericat destaca que el conjunto de la obra de Self no es sino un diálogo con la de Émile Durkheim, a quien complementa mediante la inclusión de las emociones en un esquema metateórico similar (Ibíd.: 167).

Arlie R. Hochschild se basa en el supuesto de que las emociones son el punto de vista del sujeto, en el que el cuerpo está involucrado: “Defino la emoción como la cooperación corporal con una imagen, un pensamiento, un recuerdo: una cooperación de la cual el individuo suele ser consecuente” ([1979] 2008: 130). Esta perspectiva es la que se ha mostrado más idónea para el análisis del cuidado en los entornos familiares. Al menos en dos de sus obras, esta autora analizará la estructura emocional de la existencia cotidiana de hombres y mujeres en las familias: *The Second Shift* (1989) y *The Time Bind* (1997). En la primera, estudia las tensiones emocionales e ideologías de género en parejas cuyos dos miembros desempeñan un trabajo remunerado, y el coste emocional de las estrategias desplegadas por las mujeres para dar respuesta a las demandas de ambos mundos, el familiar y el profesional; en la segunda, analiza la atención que los progenitores que trabajan prestan a sus hijos y el tiempo tan escaso que tienen para estar con ellos, lo que les genera numerosos conflictos. Argumenta que necesitamos una nueva imagen del actor social. Se inspira y profundiza en la perspectiva actoral de Goffman y, apoyándose en la observación del trabajo desempeñado por las azafatas de vuelo, muestra que en la relación que éstas mantienen con el pasaje no se limitan a desempeñar un rol superficial, sino que toda su personalidad está implicada en una actuación profunda¹⁵. Describe cómo, hasta el momento, en las ciencias sociales se han perfilado dos imágenes protagonistas. Una primera imagen, que ha predominado, la del sujeto social consciente y cognitivo, que representa a las personas como seres que desean algo y que conscientemente calculan los medios que pueden servir para conseguir sus objetivos. Una segunda imagen, que se debe a la herencia del psicoanálisis de Sigmund Freud, es la de un sujeto inconsciente y emocional, un sujeto guiado por motivaciones

¹⁵ En una publicación de 1983, recientemente reeditada, *The Manager Heart*, Hochschild, realiza una investigación sobre auxiliares de vuelo en la que añade esta dimensión emocional al análisis del mundo laboral. El “trabajo emocional”, como ella lo denomina, se refiere al manejo de los propios sentimientos en el entorno laboral, estudiado a raíz de su consideración del papel de la sonrisa como herramienta de trabajo. Esta línea de trabajo también ha tenido un interesante desarrollo en el ámbito de la sociología del trabajo (por ejemplo, Calderón, 2008; Marrero, 2010).

inconscientes. Hochschild considera que ambas imágenes niegan la conciencia afectiva¹⁶. Y sugiere añadir a éstas una tercera imagen, la de un ser consciente y sintiente, cuyos sentimientos se configuran y se gestionan en determinados contextos sociales y culturales asociados a circunstancias morales. Este *sujeto sensible* representa a aquel ser humano que es más que un mero calculador racional o una persona que expresa ciegas emociones descontroladas. Y subraya que lo emocional crea vínculos tan sólidos o más que cualquier acuerdo económico. Un sujeto sensible que se muestra como el más adecuado para analizar el fenómeno del cuidado (Hochschild, 1975; Waerness, 1996), y esta ha sido una razón de peso para priorizar esta perspectiva en el estudio aquí presentado.

Hochschild (1979) encuentra, pues, una gran potencialidad en el estudio de nuestras propias emociones y propone un modelo analítico con sus propias herramientas conceptuales (Cfr. Bericat, 2000):

- *Trabajo emocional o gestión emocional (emotion management, o emotion work)*: se refiere al intento de modificar el grado o la cualidad de una emoción, suprimiendo o reprimiendo sentimientos o bien estimulándolos cuando están ausentes y se requieren para la acción.
- *Normas emocionales (feeling rules)*: constituyen una norma de control social sobre qué es lo que debemos sentir en determinadas circunstancias. Indican cuál es el sentimiento apropiado en cada momento.
- *Normas de expresión emocional (expression rules)*: serían aquellas normas a las que se recurre para controlar externamente la conducta dejando sus sentimientos internos intactos. Distingue entre experiencia y expresión emocional, en tanto que existen contextos de pleno control de la expresión de las emociones, sin que ello implique que no se tengan tales sentimientos ni que los demás esperen que tengan sentimientos (Hochschild, 1975).

La noción de *gestión de las emociones*, tal como señala Elixabete Imaz, encierra una cierta contradicción:

¹⁶ Una aproximación al estudio de la “conciencia afectiva” ha sido abordada por la doctoranda en otro lugar, precisamente en relación con la violencia de género sufrida en el marco de relaciones de pareja, en el que se lleva a cabo un análisis de la obra de la artista brasileña Beth Moysés, especialmente una *performance* titulada “Memoria del afecto” (Martín Palomo, 2009b).

[P]arece adquirir la forma de un oxímoron al aunar dos términos en apariencia contradictorios: por una parte *gestión* que remite a la instrumentalidad y a la racionalidad; y por otra *emoción*, definida precisamente como aquello que escapa a cualquier análisis racional y utilitarista. Por eso, referirse a la gestión de las emociones es asumir que no es posible establecer una frontera entre los sentimientos pertenecientes a lo insondable en el ser humano, por una parte, y la razón guiada por el interés y el cálculo por la otra. Indica así mismo que se asume la domesticación de las emociones e incluso determinado grado de construcción de las mismas, frente a la naturalización con la que, habitualmente, se tratan. (2010: 131)

Esta reflexión sobre las emociones lleva a problematizar los lazos afectivos en las relaciones intrafamiliares y a preguntarse cómo se construyen y manifiestan los afectos entre sus miembros (Torregrosa, 1984). Se profundizará en estos aspectos en relación con el cuidado prestado a los familiares más adelante (véase capítulo 8, *infra*).

3.3.3. Aspectos morales en el cuidado

La sociología ha establecido siempre una relación privilegiada con la moral¹⁷, tanto en sus precursores británicos, caso de David Hume o Adam Smith, como en sus fundadores franceses, caso de Aguste Comte o Émile Durkheim. Por ejemplo, Durkheim sostiene en *La división del trabajo social* que “la moral es el *mínimum indispensable*, lo estrictamente necesario, el pan cotidiano sin el cual las sociedades no pueden vivir” (1995 [1893]: 60), y asegura que “la solidaridad social es un fenómeno absolutamente moral” (Ibíd.: 75) y que su estudio es asunto de la sociología (Ibíd.: 78). Sin embargo, pese a estos inicios tan prometedores, dicha relación ha conocido a lo largo del siglo XX eclipses notables, siendo desplazada por otro tipo de aproximaciones desarrolladas bajo la influencia de las ideas marxistas y estructuralistas (Pharo, 2004a; 2004b). En definitiva, los estudios que abordan cuestiones morales en sociología son relativamente recientes. Desde fines de los años setenta, se asiste en Francia a una renovación de la sociología moral, que recibe la influencia del interaccionismo simbólico y de la etnometodología. Son especialmente relevantes las investigaciones realizadas desde el grupo de Sociología Política y Moral del CNRS, como, por ejemplo, los trabajos de Luc

¹⁷ Es habitual en la actualidad, distinguir, e incluso contraponer, ética y moral, dando a la raíz griega (*ethos*) un sentido menos prescriptivo y más prospectivo que a la raíz latina (*mos, moris*). La moral hace pensar, en efecto, en un orden normativo en el sentido de ‘pesado’, e incluso convencional y preestablecido, mientras que la ética aparece como aquello a lo que un individuo libre y responsable debe recurrir en las situaciones inhabituales o de incertidumbre. Toda la tradición de la filosofía moral que utiliza regularmente y de forma indiferenciada uno y otro término, muestra la dificultad de oponer de forma clara ética, moral, e incluso moralidad (Pharo, 2004b: 324). En la filosofía moral española, el problema de la distinción (o no) entre “ética” y “moral” ha sido abordado por diferentes autores (Aranguren, 1990: 19-26; Savater, 1991: 59; Cortina y Martínez Navarro, 1996: 21ss.).

Boltanski (2007, 2004, 1999, 1993, 1990) o Patrick Pharo (2004a, 2004b, 2004c) o los que se han desarrollado en torno al debate sobre el uso de nuevas tecnologías reproductivas (Bateman, 2004: 391). En EE.UU., la discusión se ha centrado en la mutación de la red de cuidados y sus efectos sobre la cualidad moral de las relaciones entre cuidadores y beneficiarios de cuidado (Abel y Nelson, 1990; Harrington, 2000).

Sostiene Patrick Pharo que las normas, al igual que los valores morales, pueden ser analizadas como *hechos sociales* (Durkheim, 1995). Al estudiar las posibles vías para adentrarnos en la descripción de los hechos morales, afirma este autor que hay espacios de negociación (y, por lo tanto, de conflicto) en todo lo que tiene que ver con la evaluación moral. Es decir, las formas en que los individuos en su actuar cotidiano sopesan valores, enfrentan sus conflictos y tomas de decisiones (2004a: 73-74), varían considerablemente de unas sociedades a otras, de unos tiempos a otros, de unas culturas a otras, y, por tanto, de unas generaciones a otras.

La dimensión moral del cuidado hace referencia al sentido normativo de la responsabilidad de los mismos, que se expresa cotidianamente en las tensiones y dilemas existentes en su provisión. Pese al aparente carácter abstracto de estas cuestiones, se trata de disyuntivas muy concretas, formas de enfrentar, sopesar y decidir (o no) sobre cuestiones candentes de la vida cotidiana que tocan de una forma u otra a todas las personas: en tanto seres sociales, el vínculo social atraviesa principios morales últimos que orientan nuestro comportamiento, y el cuidado es tan fundamental para la existencia humana, que sin él la vida no sería posible, dado el desvalimiento de los seres humanos al nacer, que de un modo u otro les acompaña durante toda su vida. Dichos principios son aquellas ideas, valores, razonamientos, normas, por las cuales las personas actuamos o creemos que debemos actuar, es decir, aquellas construcciones que definen lo que está bien y lo que está mal, lo que consideramos correcto, lo que nos parece justo y adecuado para una vida buena (Muñoz Terrón, 2007). Atraviesan la vida cotidiana de todas las personas, ya que todo ser humano tiene que decidir qué conducta seguirá, qué va hacer con su vida. Y, al escoger entre distintos cursos de acción posibles, se encuentra en la necesidad de justificar – ante sí y ante el mundo –, de explicar (aunque sea tácitamente) por qué ha optado por ese determinado comportamiento. Estas explicaciones son en sí mismas descripciones morales (Pharo, 2004a^a: 321-326; 2004b: 359-388; 2008c: 69). Y esas explicaciones y justificaciones de la acción son precisamente lo que se ha analizado en el material empírico recopilado para esta memoria de tesis doctoral.

Ello implica un doble plano. Por un lado, los principios, razonamientos o normas a los que la persona acude, o puede acudir, cuando pretende decidir o justificar su comportamiento o decisión; y, por otro, las formas de las normas sociales, las costumbres que guían el actuar cotidiano (Thiebault, 1987: 131-136). Siguiendo las reflexiones de Ludwig Wittgenstein, se parte aquí de la consideración de que nuestros conceptos morales no son estáticos, ni se aplican de forma mecánica a la realidad, sino que dependen de la descripción que damos de nuestra existencia así como de lo que es importante para nosotros en la vida ordinaria; se negocian y se recrean constantemente (Paperman y Laugier, 2005: 15-16), muchas veces de forma conflictiva. Tal como señala Zygmunt Bauman, la moralidad es incurablemente aporética pues constantemente nos enfrentamos con dilemas en tanto que todo yo moral se mueve en un contexto de ambivalencia y siempre está acosado por la incertidumbre, por lo que siempre queda pendiente responder a la pregunta si se ha hecho todo lo que podía hacerse¹⁸. Es lo que este autor define como *crisis moral posmoderna*. La moralidad no es universal, señala Bauman, pero esta constatación no tiene por qué avalar el relativismo moral en tanto que “cualquier moralidad es una costumbre local – y temporal –” (Bauman, 2005: 19).

Cada uno de nosotros debe decidir cuáles de las reglas en conflicto obedecer y cuáles desechar. [...] Con tal *pluralismo* de reglas- y nuestra época se caracteriza por el pluralismo - las elecciones morales - así como la conciencia moral que dejan como secuela - nos parecen intrínseca e irreparablemente *ambivalentes*. Vivimos en tiempo de *una fuerte ambigüedad moral*, que nos ofrece una libertad de elección nunca antes vista, aunque también nos lanza a un estado de incertidumbre inusitadamente agobiante. (Ibíd.: 28) [las cursivas son del original]

En las familias se generan y transmiten valores morales. En general, cada familia es una referencia normativa y de construcción de la propia identidad para sus miembros (Thiebaut, 1987: 129). El valor moral atribuido a cada acción está asociado al proceso de integración social y tiene que ver con la forma de construcción de significados en normas e imágenes. Estas normas e imágenes operan en la regulación de las relaciones entre las personas en sus vidas cotidianas, es decir, aparecen como costumbres que guían la acción en la vida de cada día (Ibíd.: 131-136), rutinas más o menos conscientes, o expectativas de comportamiento. La conformidad con las normas sociales no siempre es consciente, e incluso el régimen de voluntad, de justificaciones, que la acompaña puede ser extremadamente débil. Parece necesario que la persona se sienta vinculada

¹⁸ En las entrevistas sobre juicio moral, para sus investigaciones, Kohlberg y Gilligan, emplean precisamente dilemas – hipotéticos en el caso de él, reales, en el caso de ella.

emocionalmente en la incitación normativa para que se pueda hablar de comportamiento normativizado, si no, no habría una norma que se cumple, sino una cierta regularidad factual (Pharo, 2004a: 81-82). Por tanto, las emociones se integran en estas justificaciones complejizando enormemente su elaboración y, evidentemente, su análisis. Por este motivo, tal como señala Carlos Thiebaut (1987: 125-130), resulta de interés conocer: si se introducen modificaciones significativas en las formas de socialización moral en relación con las transformaciones que tienen lugar en las relaciones intrafamiliares, cómo ocurre, si la percepción de estos cambios que aparecen en los discursos sociales sobre las familias tiene (o no) efectos sobre la actuación de cada uno de sus miembros y, de ser así, de qué efectos se trata. Y, por tanto, se remarca su capacidad performativa.

Los estudios sobre desarrollo moral realizados a partir de los años sesenta por autoras como Nancy Chodorow (1984) o Carol Gilligan (1985) incorporan las emociones, los sentimientos, al desarrollo moral¹⁹. En su vertiente más esencialista, buena parte de los trabajos que desencadenan estas publicaciones, vinculan los cuidados con la expresión de la naturaleza femenina, frente a lo cual se plantea en qué medida cuidar es, o puede ser considerado como, *una labor de amor* (Finch y Groves, 1983) tal como se ha señalado más arriba. En sus formas más problemáticas algunas de estas formulaciones encierran diferentes versiones del “instinto” maternal que, como se verá más adelante, tiene un gran calado en los discursos de las entrevistadas de todas las generaciones. Desde esta perspectiva también se reactiva la importancia del papel de las emociones en el estudio del cuidado (Martín Palomo, 2008a: 24-27).

3.3.4. La trama de los asuntos humanos²⁰

En este capítulo, se ha argumentado que el cuidado, en primer lugar, supone una gran cantidad de trabajo y que, generalmente, este suele ser prestado en entornos familiares y por mujeres. Se ha interrogado, con las teorías conocidas, cómo se producen estos procesos en nuestras sociedades. Y, parece que la perspectiva de estudiar el cuidado como trabajo presenta ciertas limitaciones frente a una perspectiva doble, la de la sociología de las emociones y la de la sociología moral, que se presenta como

¹⁹ Es posible considerar el desarrollo moral como la capacidad de los seres humanos para establecer relaciones con sus congéneres, lo que no está determinado de forma hereditaria como en otros animales, por tanto, ello implica la necesidad de pautas culturales que regulen la conducta de los individuos entre sí. La moral sería entonces ese conjunto de normas que regulan las relaciones entre los individuos en sus aspectos más básicos.

²⁰ Hannah Arendt (1998: 205; capítulo 5).

sugere para mostrar evidencia sobre los procesos sociales en torno al cuidado. También parece ser idónea para enfocar el análisis del material etnográfico recopilado en el trabajo de campo con el que se ha buscado conocer e interpretar cómo se transmiten entre diferentes generaciones los saberes y competencias sobre el cuidado, así como la responsabilidad moral sobre el mismo. En especial, para conocer las múltiples imbricaciones entre ambos aspectos en la construcción de los saberes y competencias, en la negociación sobre las relaciones y las prácticas en torno a los cuidados concretamente prestados. En esta compleja urdimbre se conectan entre sí diferentes aspectos del lazo social que los cuidados conectan en la trama de los asuntos humanos (Arendt, 1985: 205).

Capítulo IV.

POLÍTICAS DE CUIDADO

Tiene unas necesidades un poco peculiares, pero eso solo significa que estamos más pendientes de su fragilidad [...] la mayoría de las veces se trata solo de hacerlo de otra manera

Màrius Serra, *Quieto*, 2008: 7

En principio, importa hacer visibles las actividades de care con la finalidad de poner en evidencia la importancia que tienen, a la vez en el mantenimiento de la cohesión social y en la formación de sujetos autónomos; seguidamente, es necesario interrogar los desplazamientos que se producen en la perspectiva del care en la forma de pensar qué sería una sociedad justa o decente

Garrau y Le Goff, 2012, 8

Que las mujeres se hayan encargado de los hijos y de la familia ha generado una historia de intereses específicamente femeninos por el establecimiento y desarrollo de instituciones del bienestar y servicios asistenciales, algunas creadas para ayudar concretamente a las mujeres y otras dirigidas hacia la promoción de ayuda material para la vida familiar. Mujeres como Octavia Hill, Florence Nightingale, Marie Stopes, Eleanor Rathbone y muchas otras han contribuido de modo significativo a los desarrollos legislativos en materia de sanidad, vivienda y bienestar que establecieron lo que Marshall describió como ciudadanía social

Crompton, 1994: 188

Introducción

El bienestar de las personas, al menos el material, en la medida en que llega a lograrse, se alcanza a partir de un complejo ensamblaje de recursos, económicos unos, por lo general conseguidos a través del mercado, vinculados otros con las prestaciones de los sistemas de protección social, y finalmente, también, a través de lo que aportan las propias familias. Por ello, a la hora de analizar el bienestar social, no se pueden disociar Estado, que puede llegar a adquirir un gran protagonismo en la garantía de dicho bienestar, mercado y familias (Sojo, 2007: 157). Mary Daly y Jane Lewis han destacado que el tratamiento del cuidado se revela como clave para comprender cómo el Estado de Bienestar (en adelante, EB) se despliega en la actualidad y cómo, de hecho, los desarrollos de políticas en torno al cuidado conforman algunos de los aspectos más interesantes en la política social en este momento (2000, 1998). El desarrollo del EB coincide con el de las sociedades industriales y, tal como propone T. S. Marshall (1893-1981), equivale a la ampliación de los derechos de ciudadanía (civiles, políticos y sociales)¹. Antes de continuar, se debe advertir que, al igual que muchos otros conceptos

¹ Marshall sostiene la tesis de que las igualdades básicas que comparten todos los ciudadanos de las democracias industrializadas contemporáneas sirven tanto para reducir como para legitimar desigualdades existentes entre las diferentes clases sociales (Crompton, 1994: 175): Se le ha reprochado que se trata de un análisis etnocéntrico, tras el que se esconde un modelo evolucionista, excesivamente optimista con el desarrollo de la ciudadanía (Ibíd.: 178).

utilizados en las ciencias sociales, el de EB (*Welfare State*) proviene del mundo anglosajón (como también las nociones de *régimen de bienestar* o de *cuidado social*) y, por tanto, es generado en un contexto histórico, social y político concreto. Efectivamente, la dimensión histórica y los referentes territoriales son atributos esenciales para la comprensión de la gestación, desarrollo y transformación de los Estados modernos. En este contexto, los países mediterráneos y, en especial, España, con su característico régimen de bienestar no se adaptan a las características con las que éste se define².

En el pasado, las políticas de familia se han caracterizado por la defensa de la familia como una institución, con un modelo único e invariable. Sin embargo, desde hace varias décadas, se ha transformado el papel de las familias como medio para obtener el bienestar, la satisfacción de las necesidades de todos sus miembros; y, desde una perspectiva feminista, se reivindica que en este papel que juegan las familias es necesario que se respeten los derechos individuales. Por tanto, no se trata de diseñar e implementar políticas que, de algún modo, produzcan y reproduzcan un determinado tipo de familia sino del diseño de políticas a través de las familias, del mercado y con la colaboración de la sociedad civil o el denominado tercer sector, que permitan el bienestar de todas las personas (Montaño, 2007: 85). También desde una perspectiva feminista, el concepto de ciudadanía ha sido foco de un intenso debate en las últimas décadas. Una de las voces más críticas con la convencional neutralidad del *ciudadano* ha sido la de Carole Pateman, quien sostiene que las mujeres se han incorporado al Estado como miembros de la familia, no como ciudadanas (Pateman, 1996). Con ello pone de manifiesto que el carácter doméstico-familiar del cuidado ha servido de base para excluir a las mujeres de los derechos de ciudadanía. Sostiene Pateman que “el contrato social fraternal” que acepta la dominación de los hombres sobre las mujeres en el matrimonio: “constituye la sociedad civil patriarcal y la moderna dominación adscrita a los hombres sobre las mujeres” (1989: 43). Por tanto, para esta autora, la “ciudadanía” es un concepto “cargado” de género. De hecho, los beneficios materiales de la ciudadanía han tenido consecuencias muy diferentes para los hombres y para las mujeres. El EB ha incorporado a las mujeres, no como trabajadoras o ciudadanas sino como personas dependientes y suministradoras de asistencia y, por tanto, las políticas del bienestar han contribuido a reproducir las estructuras patriarcales de la vida familiar (Crompton, 1994: 184-185). De modo que aún cuando el EB pueda haber supuesto muchas ventajas para las mujeres ha

² Véase, por ejemplo: Moreno, 2001; Sarasa y Moreno, 1995; Moreno y Serrano, 2007; Salido y Moreno, 2007; entre otros.

reproducido el modelo del sustentador masculino. Por tanto, las mujeres siguen siendo las principales proveedoras de cuidados: como trabajadoras mal remuneradas en la esfera pública y como trabajadoras poco o nada remuneradas en la esfera doméstica (Finch y Groves, 1983). En esta línea, otros autores plantean hasta qué punto se acumulan los derechos sociales de las mujeres en tanto que cuidadoras y se analiza en qué medida cuidar es, o puede pasar a ser, una responsabilidad pública (Saraceno 2004; Leira y Saraceno 2002). Incluso, yendo un poco más lejos, otros pensadores han propuesto el desarrollo del concepto de *ciudadanía social* con el que se reconozca la importancia del cuidado y de las responsabilidades domésticas para la sociedad (Lewis, 1992; Orloff, 1993; Sainsbury, 2001, 1996, 1999; Saraceno, 2004).

4.1. ¿El cuidar en crisis?

En 1995, Arlie R. Hochschild plantea que en las sociedades occidentales más desarrolladas se constata un déficit en el cuidado (*care deficit*). Esta noción, que en castellano se ha traducido generalmente como *crisis de los cuidados*, en plural, hace referencia a las consecuencias que sobre el cuidado recibido por las personas vulnerables y/o dependientes, y sobre quienes habitualmente les cuidan, provocan un conjunto de fenómenos sociodemográficos:

- a) El incremento de mujeres en el mercado laboral, que reduce su disponibilidad para el trabajo de cuidado que las mujeres han desempeñado tradicionalmente.
- b) El envejecimiento global de las sociedades europeas, que ya no producen un reemplazo generacional, y el incremento de la esperanza de vida, que podría aumentar la demanda de cuidado por parte de los más mayores en los años venideros. La tasa de natalidad es baja mientras que la esperanza de vida es alta por lo que esto puede representar, en opinión de algunos expertos, una “bomba demográfica”, en tanto que implica una elevada tasa de dependencia³ (MacLachlan y Plummer, 1999:376).
- c) La reducción del tamaño de los hogares y la tendencia a disminuir la cohabitación intergeneracional, que ha incentivado el establecimiento de mecanismos de ayuda a distancia entre los hogares.

³ Por tasa de dependencia se considera la proporción entre el número de descendientes dependientes y el de las personas jubiladas, por un lado, y el número de individuos en edad productiva, por otro (Coleman y Salt, 1992: 542).

- d) Los cambios y la inestabilidad de los vínculos familiares que podrían alterar las solidaridades familiares. El divorcio, la pérdida de centralidad del matrimonio heterosexual, la aparición de nuevas formas de familia y de relaciones familiares, que podrían generar vínculos más frágiles entre sus miembros, aunque este es un aspecto discutido, sobre el que no existe *quorum* (véase, Capítulo 1, *supra*).

En España, en el intervalo de dos décadas, las que van de 1988 a 2008, se ha pasado de un 42% de mujeres dedicadas a tiempo completo a las labores del hogar a un 23%, es decir, casi la mitad, lo que supone alrededor de dos millones de mujeres (INE, 2009). Por tanto, hay menos mujeres que pueden hacerse cargo del cuidado de sus familiares en el marco del modelo del ganador de pan. A la par que las familias tienen estructuras más diversas y formas de relación más flexibles y democráticas que van más allá de la mera convivencia y, por tanto, la negociación sobre atribuciones de responsabilidades y derechos tiene un peso mayor que en el modelo autoritario en el que los papeles estaban firmemente establecidos y existía poco margen para la negociación y el cambio, como se ha destacado también en el Capítulo 1, *supra*.

En el caso de las personas mayores, las proyecciones de población apuntan a que su proporción se incrementará enormemente en los próximos años⁴, a la par que, como señalamos más arriba, cada vez habrá menos mujeres disponibles en las familias para hacerse cargo de su cuidado. En España, la esperanza de vida al nacer es la más elevada de Europa, tanto para varones como para mujeres: en 2006 para los hombres es de 77,6 años y para las mujeres 84,1 años. Más significativo, aun que este incremento, ha sido la mejora de la esperanza de vida para las edades avanzadas, así en el periodo 1980-2006, ha aumentado el horizonte de años de vida tanto para hombres (en 2,4 años) como para las mujeres (en 3,8 años). A ello se une el fenómeno descrito como *envejecimiento del envejecimiento*, es decir, el aumento de los mayores de 80 años, grupo en el que se localizan las personas más frágiles, con mayores necesidades de cuidado; en el mismo periodo, para el grupo de edad de 85 y más años, el horizonte de vida ha aumentado en 0,9 años para los hombres y en 1,3 años para las mujeres (INE, 2009: 10, 16, 57). Claro que los datos que reseñados más arriba no implican que se viva más años con buena salud ni que esto sea autopercebido de este modo. De hecho, si bien las mujeres son más

⁴ Se estima que la población de 65 y más años representará en España, en 2020, el 19,2 % del total, y en 2050, el 30,8%; la población de 80 años y más, será el 6,2% en 2020 y el 11,1% en 2050 (INE, 2005). En base a las proyecciones demográficas, para el año 2050 el porcentaje de mayores de 65 años aumentará a nivel global, llegando a constituir casi una tercera parte de la población total en los países ricos (el 33,5%).

longevas que los hombres también es cierto que declaran tener peor estado de salud. Así, en el año 2006, los años de esperanza de vida en buena salud al nacer son ligeramente superiores para los hombres que para las mujeres). Por tanto, si bien es cierto que la esperanza de vida es mayor para las mujeres que para los hombres, también lo es que ellas viven con mala salud un mayor número de años (INE, 2009: 58). En su estudio *The future of the work in Europe*, analizaba María Ángeles Durán la estructura de la demanda de servicios en los países europeos para los siguientes veinte a cincuenta años y preveía que el número de los demandados para atender niños descenderá levemente, mientras que para cuidar a personas mayores de 80 años para 2050 se incrementará en un 297% (Durán, 1999a: 257). Efectivamente, con menos mujeres disponibles en las familias para cuidar de sus miembros más vulnerables o dependientes, unido al envejecimiento previsto de la población, se dibuja un panorama preocupante. El problema fundamental de este desajuste se ha localizado en el denominado *long-time-care*, es decir, el cuidado de larga duración, que, teniendo en cuenta los importantes cambios que el envejecimiento de la población provoca, requiere la búsqueda de nuevas formas de organización social del cuidado (Bettio *et ál.*, 2004).

El número de personas mayores de sesenta y cinco años crece de forma considerable, lo que se convierte en una transformación crucial en el mundo desarrollado. Contar en nuestra sociedad con unas elevadas tasas de mayores constituye un claro indicador de desarrollo, éxito y progreso. Desde esta perspectiva, se amplía la mirada en lo que las personas mayores aportan a nuestra sociedad. Silveria Agulló plantea que es necesario *desproblematizar* la vejez; y para ello propone un cambio de perspectiva en el estudio de las personas mayores, partiendo de la consideración de que ellas también aportan a la sociedad, y mucho (2001a, 2001b), especialmente los mayores más jóvenes⁵. Diferente es el grupo denominado de “cuarta edad”, periodo en el que es más posible depender de los otros (se trata de los mayores más ancianos).

Entre los diversos tipos de necesidades de cuidado que presentan los diferentes grupos sociales, el grupo de las personas mayores es uno de los más numerosos y heterogéneos. Así, cuanto menos, el envejecimiento presenta una doble cara (Agulló, 2001a, 2001b; Agulló y Garrido, 2001). Por un lado, el envejecimiento activo,

⁵ La película *Arrugas*, estrenada en 2012 es un largometraje de animación 2D para un público adulto basado en el cómic del mismo título de Paco Roca (Premio Nacional de Cómic 2008). y que ha recibido numerosos premios (Goya a la mejor animación) marca esta diferencia en una dolorosa conversación en la que varios ancianos en una residencia hablan del paso irreversible del “encargarse del cuidado de nietos y ayudar a los hijos” a residir en una residencia, donde el camino acaba con la muerte.

participativo, lúdico, e incluso mayores que cuidan de otras personas mayores (Agulló et al., 2012), de sus hijos o de sus nietos, como ocurre con muchas abuelas, y algunos abuelos, que cuidan de sus nietos regularmente y que son un pilar básico para que muchas madres puedan “conciliar” (Tobío, 2005, 2010, 2013) o que realizan diversas actividades y/o participan en algún tipo de actividad voluntaria comunitaria. Sin embargo, por lo general, ni las personas mayores ni lo mucho que aportan, o pueden aportar a nuestra sociedad, son siempre tenidos en cuenta. Por otro lado, una vejez cada vez más dependiente, enferma, discapacitada, y una previsión de futuro que anticipa que este grupo será cada vez más numeroso.

Del total de mayores, más del 32% tiene alguna discapacidad, cifra que supera en 26 puntos porcentuales al resto de la población, de la que, presenta algún tipo de discapacidad el 5%. Este porcentaje se incrementa progresivamente con la edad configurando así nuevos perfiles de mayores que presentan un mayor riesgo de dependencia y, con ello, una mayor fragilidad: aquellas personas que viven solas, mujeres mayores que también son cuidadoras de sus familiares, algunos de ellos viven en situaciones económicas muy precarias al contar con los escasos ingresos que le reportan sus pensiones no contributivas), personas mayores inmigrantes o que pertenecen a minorías étnicas o culturales, quienes residen en zonas deterioradas, quienes presentan múltiples enfermedades, entre otros grupos.

En definitiva, mientras el número de personas mayores aumenta progresivamente, paralelamente descende el número de cuidadoras mujeres que están disponibles en las familias. Los datos de la Sociedad Española de Geriatria y Gerontología ponen de manifiesto que las familias asumen la mayor parte del cuidado de las personas mayores en situación de dependencia en nuestro país. Además, son sobre todo las mujeres, esta última generación de amas de casa, quienes prestan estos cuidados en gran medida, y lo hacen contando con muy escasas ayudas de su entorno. El perfil de las personas que cuidan de mayores corresponde a las mujeres de la familia (83%), de las cuales un 43% son hijas, un 22% son esposas y un 7,5% nueras, cuya edad media es de 52 años, en su mayor parte casadas (77%) y sin ocupación remunerada (80%); más de la mitad de estas cuidadoras habituales no reciben ayuda de otras personas (60%)⁶. Son datos similares a los que arroja la Encuesta Redes Familiares en Andalucía (Tobío y Fernández Cordón, 2007).

⁶ Véase: http://www.segg.es/segg/html/cuidadores/cuidador/quienes_son.htm. Consulta: 21.01.2010.

Los países del sur de Europa se han caracterizado por un modelo de Estado *asistencial familiarista*, en que los niveles de gasto social son bajos (Trifiletti, 1999). Y España, en particular, por el que se ha denominado modelo *familiarista extremo*, basado en la provisión directa de una parte muy importante del cuidado por parte de las familias, es decir, que el bienestar en las familias está sustentado por las mujeres fundamentalmente a través de la solidaridad intergeneracional. No obstante, se viene advirtiendo que, al cambiar el estatus de las mujeres en nuestra sociedad, el modelo ya no es viable (Moreno, 2003; Pérez Díaz et ál., 2000). Entre otras razones porque está desarrollándose un proceso acelerado de *desfamiliarización* (Esping Andersen, 2007). De ahí que se haya diagnosticado una situación de crisis en las estructuras de provisión de cuidados en la Europa meridional (Bettio et ál., 2004).

En España, las políticas públicas desarrolladas a partir de la década de los ochenta heredan el modelo franquista de familia organizada en torno al hombre proveedor y cabeza de familia (y su correlato, el ama de casa entregada a las tareas domésticas y al cuidado de sus miembros). Por su intermediación, tanto las mujeres como los hijos acceden a la protección social. Las mujeres, entonces, dependen económicamente de sus maridos por una doble vía: el salario y la protección social. Aún hoy, exceptuando la sanidad y determinados niveles de educación, la protección social tiene un marcado carácter contributivo. De hecho, se ha destacado que la carencia de una adecuada provisión pública de *servicios de cuidado* continúa mostrando una concepción subyacente de las mujeres como amas de casa, y de «la familia» – es decir, las mujeres –, como la principal proveedora de seguridad social para sus miembros (Carrasco, 1997).

En este contexto emerge la pregunta sobre cómo se van a organizar los diferentes grupos sociales para cubrir las necesidades de cuidado en la actualidad y, sobre todo, en un futuro cercano ante el panorama descrito. En tanto que el cuidado de las personas en situación de dependencia se ha definido como un problema de primera magnitud para nuestra sociedad y constituye uno de los mayores obstáculos para la igualdad de género, las investigaciones que centran su análisis en las relaciones entre mujeres y hombres en las familias son de gran utilidad para explorar y proponer medidas y nuevos modelos de cuidado diseñados para contrarrestar la presión diferencial que estos ejercen sobre las mujeres. Lo que cobra especial relevancia en un momento en que se vive una tensión creciente entre el reto de impulsar el desarrollo del Sistema Nacional de Autonomía y de Atención a la Dependencia (en adelante, SAAD) previsto por la Ley 30/2006, de 14 de diciembre, de Autonomía Personal y Atención a las Personas en situación de Dependencia (en adelante, LAPD) y las medidas de restricción de gasto público en políticas sociales

que se vienen realizando a raíz de la crisis económica desencadenada en 2007. En la ley se reconoce el derecho a recibir cuidados como un derecho público y universal. Sin embargo, el SAAD se sostiene, en gran medida, en el cuidado prestado por las familias, habitualmente por las mujeres (Tobío et ál., 2010). En el momento actual, se asiste en España a una situación de precario equilibrio en la que las necesidades de cuidado están atendidas gracias a las solidaridades familiares intergeneracionales (de mujeres principalmente), entretejidas con el recurso al mercado y el insuficiente apoyo que proporcionan los servicios públicos. Pero ante las dificultades señaladas para asegurar la provisión de cuidados que parecen avecinarse en un futuro no muy lejano, se plantea el reto de encontrar nuevas formas de reparto del cuidado dentro y fuera de las familias. En este sentido, las políticas públicas se encuentran ante al desafío de dar una respuesta equitativa a estas situaciones diferenciales a que se enfrentan las familias, o bien compensarlas en la medida de lo posible, fomentando la solidaridad entre las generaciones y la equidad de género (Nussbaum, 2002a).

4.2. Estado y familia en las teorías de género

Laura Pautassi considera que abordar la problemática “cuidado” consiste en instalar su estudio y análisis como un campo de conocimiento y de regulación por parte de la legislación y las políticas públicas (2007: 9). Y se refiere a *campo* en un sentido bourdieuano, como arena social en que luchas y maniobras en torno al acceso diferente a los recursos (Martín Criado, 2008: 11-34). Suponiendo que el cuidado entre a formar parte de las políticas públicas, la cuestión es *¿cómo?* Muchos estudios proponen *desfamiliarizar* (Orloff, 1993) el problema social, sociológico, del cuidado y analizarlo en el marco más amplio de la reorganización de los sistemas de protección social, la reforma de los sistemas de salud y el desarrollo de los servicios sociales. Así, mediante dicho proceso de desfamiliarización, buscando reducir las desigualdades de género y entre los diferentes sectores sociales (Aguirre, 2007: 188 y ss.), externalizando o colectivizando el trabajo de cuidado, se permitiría además a las mujeres acceder al trabajo remunerado y, con ello, se podría renovar el contrato de género (Martín, 2008: 35). Precisamente, una de las líneas de reflexión sobre el *care* ha progresado a partir del desarrollo de estudios comparativos sobre los diferentes sistemas de protección social en Europa y sobre las políticas de ayuda a las familias (véase cap. 2, *supra*). Los debates sobre género y EB recibieron un gran impulso a comienzos de los años noventa⁷. Las

⁷ Por ejemplo, Esping-Andersen (1990); Lewis (1992, 1993, 1997); Langan y Ostner (1991); Daly (1994); Sainsbury (1994, 1996); Hobson (1990); Orloff (1993); O'Connor (1996); Leira (1992); Saraceno (1997), entre otros. Como precedente se puede señalar el debate que se inició en los países

primeras investigaciones se realizaron principalmente a partir de las experiencias de los países nórdicos, también de Italia y Francia, incorporando la dimensión de género en el campo de las políticas sociales. Progresivamente, estos debates se orientan cada vez más hacia el análisis del problema del cuidado de las personas en situación de dependencia, los hijos menores y, sobre todo, las personas de edad avanzada⁸. En un intento de sistematizar, en la literatura sobre género en relación con el Estado y las familias se pueden distinguir cuatro momentos: 1) exterioridad en la relación entre género y EB; 2) incorporación de la perspectiva de género en relación con el EB; 3) desarrollo de las teorías de la conciliación; y 4) desarrollo de los estudios sobre *social care*.

4.2.1. Relación de exterioridad entre género y Estado

Los especialistas en el análisis del EB, en general, coinciden al afirmar que la concepción moderna de dicho EB surge en el marco de postulados keynesianos, en el contexto de la posguerra y de un replanteamiento del papel de los estados en la garantía de una serie de derechos sociales y civiles, si bien sus bases se habían sentado con anterioridad (Esping-Andersen, 1990; Moreno, 2001; Rodríguez Cabrero, 2001). Durante las décadas del setenta y la del ochenta del pasado siglo la perspectiva de género se encuentra relativamente ausente del análisis sobre el Estado y las políticas públicas. Pero, paulatinamente se empiezan a desarrollar discursos feministas que vinculan el género con las políticas públicas y analizan cómo éstas se relacionan entre sí desde dos puntos de vista:

- a) En primer lugar, se sostiene que la construcción social del sistema sexo-género se vincula con la escisión público-privado. Así, al definir la familia como la institución central del ámbito privado se obvia que se define y se regula en relación con el ámbito público. Las políticas públicas contribuyen a escindir ambas esferas público/privado atribuyendo, o presuponiendo la adscripción de papeles diferentes a mujeres y hombres.
- b) En segundo lugar, se reconoce que, desde su emergencia, el EB habría desarrollado una serie de funciones que anteriormente correspondían a las familias y que desarrollaban en general las mujeres (salud, nutrición,

nórdicos en la década de los ochenta, centrado en si el EB era realmente “amigable” (favorable) para las mujeres (Hernes, 1987; Borchorst y Siim, 1987; Waerness, 1978; Sassoon, 1987).

⁸ Véase por ejemplo: Hobson *et ál.* (2002), Bytheway *et ál.* (2002), Lewis (2002), Badget y Folbre (1999), Bettio y Platenga (2004), Daly (2004), Sainsbury (1999).

educación...). Así, el Estado entra en interrelación directa con la esfera doméstica, cuestionando esta dicotomía entre público/privado que él mismo contribuye a construir. Las familias y las mujeres se convierten en pilares del EB. Como las familias siempre han provisto de servicios y cuidado a sus miembros, las políticas sociales no cuestionan estas atribuciones sino que inciden en qué tareas deben cumplir las familias, redefiniendo así el contenido del trabajo doméstico y del cuidado prestado en entornos domésticos por familiares.

Las políticas tienen una enorme incidencia directa o indirecta sobre las formas y tipos de relaciones familiares, como conjunto de medidas o instrumentos de actuación que tratan de reconocer y apoyar el papel que se considera deben cumplir las familias. A lo largo de la historia, la familia ha sido objeto explícito o implícito, directo o indirecto de políticas. Desde la legislación en materias tales como matrimonio, divorcio, patria potestad, adopción, aborto, etc., al desarrollo de diferentes tipos de políticas sociales. En el pasado, en nuestro pasado franquista, el Estado era considerado como el actor principal de las políticas sociales con un enfoque paternalista y asistencialista de atención (véase, Capítulo 1, *supra*). Estos enfoques se escudan a veces en su apologética defensa de la familia (un determinado modelo de familia), otras veces se acercan a fundamentalismos de diverso tipo (Montaño, 2007: 84). Un tipo concreto de políticas sociales, las políticas familiares, fueron formuladas y guiadas por la idea de la subordinación al modelo de mujer como madre y del varón como sustentador. En esta primera fase del desarrollo del EB, numerosas políticas y prestaciones sociales se ligan con la inserción laboral del perceptor formal de ingresos (el hombre proveedor, o *ganapán*) reforzando la dependencia económica de las mujeres (Sojo, 2007: 160).

Wilfrid Dumon establece una distinción entre *política familiar* y lo que los americanos denominan *family impact analysis*. La *política familiar*, al contrario, explora una cuestión esencialmente europea que se remonta al periodo de la Primera Guerra Mundial, y se refiere a aquellas medidas orientadas a promover el bienestar de las familias. Con dichas medidas se pretende ayudar y proteger a las familias, aunque también pueden tener, y tienen de hecho, influencias sobre su estructura y *funciones*. Por tanto, “se puede calificar de ‘política familiar’ a toda acción ejecutada por el gobierno para mantener, sostener o cambiar la estructura y la vida familiares” (1987: 291). Por su parte, el *family impact analysis* remite al menos a dos aspectos: uno, que cualquier ley tiene que tener un anexo en el que se contemple el impacto que las medidas propuestas tendrán sobre las familias; dos, que se deben contemplar los efectos no queridos que determinadas medidas gubernamentales pueden tener sobre la familia (medidas

económicas, sociales, como por ejemplo las medidas de trabajo a tiempo parcial o la desregulación del mercado de trabajo). En relación con las políticas familiares, Dumon diferencia entre dos tipos de medidas: las legislativas y las de transferencias sociales. Las medidas de tipo legislativo están orientadas a influenciar la formación de familias y hogares o bien están orientadas a su disolución. Dichas medidas conciernen sobre todo a la institucionalización de las relaciones entre los cónyuges, los padres y los hijos y los colaterales (y, por tanto, el tipo de modelo de familia y las posibles relaciones que se pueden dar entre ellos). Y, con ellas se regulan dos problemas: la atribución a un individuo de una posición en la sociedad y la transferencia o transmisión de bienes materiales e inmateriales según dicha posición y las relaciones establecidas por la institución del matrimonio y, en consecuencia, de la familia. La segunda serie de medidas no concierne a las transferencias individuales sino a las transferencias sociales: se trata de la redistribución. Se pueden distinguir dos tipos de medidas de redistribución: las que tratan de las transferencias monetarias entre los diferentes sistemas (fiscal, seguridad social y el sistema de asistencia pública o ayuda social) y las que regulan la infraestructura y los servicios puestos a disposición de las familias (1987: 292).

Dumon distingue tres fases en el desarrollo de la política familiar en Europa occidental, destacando que cada uno de los tipos de política familiar descritos ha dado respuesta a necesidades específicas de ciertas épocas: 1) Política de *sostén económico o financiero de la familia*, que se califica en términos parsonianos de *política instrumental*: dos ejemplos de este tipo de medidas son las ventajas fiscales y las prestaciones económicas familiares. 2) Medidas de *política expresiva*, que no son de tipo económico: por ejemplo, cursos de preparación al matrimonio, talleres de sexualidad o centros de mediación familiar. 3) Medidas que tratan de sustituir parcial y temporalmente a la familia, que descargan, por así decir, a ciertos miembros de la familia de las responsabilidades de cuidado que asumen, con la finalidad de permitirles asumir otras tareas y roles de la vida social, y a la inversa. Aquí cabe mencionar los servicios de ayuda familiar (por ejemplo, auxiliares de ayuda a domicilio, centros de día, guarderías infantiles). Estos diferentes tipos de medidas contienen buenos indicadores para comprender la división de las obligaciones, de tareas y roles entre las familias y el Estado. Cada uno de estos tipos de políticas tiene unas características propias, diferentes y, en ocasiones, opuestas o contradictorias. No obstante, Dumon señala que estos tres tipos de políticas, si bien han aparecido históricamente en el orden aquí señalado, no son sustituidas la una por la otra, sino que más bien las medidas antiguas son mantenidas y a

menudo desarrolladas simultáneamente cuando se introduce un nuevo tipo de política familiar (Dumon: 292-294).

En los años ochenta, los debates sobre familia y EB obviaron explicitar el papel específico desempeñado por las mujeres en el que se apoyaban sus formulaciones, sobre todo, en las políticas familiares. Muchas veces el concepto de familia se convirtió en un eufemismo que no dejaba ver el papel desarrollado por cada uno de sus agentes y, en especial, las mujeres. Como se ha señalado en el Capítulo 2, *supra*, los esfuerzos realizados para tener un amplio conocimiento respecto al trabajo no remunerado (especialmente doméstico y de cuidado) así como su valor social y económico, han puesto de manifiesto que gran parte de estos trabajos recaen sobre las mujeres. A raíz de esta constatación y también debido a las críticas recibidas por el hecho de que las políticas familiares precisamente no tenían en cuenta el género, se insiste en que éstas deben orientarse a facilitar, y no a limitar, las opciones individuales, proporcionando los recursos necesarios para el bienestar de todas y cada una de las personas de la familia. Se cuestiona así que la familia sea un ámbito de decisiones privadas, en tanto que en la toma de decisiones influye de forma determinante tanto la normativa legal vigente como las políticas económicas, sociales y de población que se apliquen, que interactúan, además, con las normas de género vigentes. Y, bien al contrario, se subraya que la familia es muy permeable a la intervención externa (Arraigada, 2002:146).

4.2.2. Polémica entre género y Estado de Bienestar

En los años noventa, en el marco del estudio de las reformas del sector público, se extiende la investigación comparativa de los EB entre diferentes países. Cobra entonces gran ímpetu el desarrollo de teorías elaboradas a partir de una perspectiva de género, que cuestionan la forma en que había sido conceptualizado el EB, cuyos postulados son redefinidos por autores como Esping-Andersen (2002). Gana así un espacio creciente el reconocimiento de las relaciones de género en las estructuras y políticas del EB. Las mujeres pasan a ser comprendidas como clientes y empleadas del *Welfare*, además de correctoras de su mal funcionamiento, mediante el trabajo gratuito de cuidado. Alisa del Re va incluso más allá, al identificar un componente disciplinario en dicho EB en el que considera que no es posible identificar un proyecto de cambio, bien al contrario, que éste siempre ha aceptado y hecho si cabe aún más funcionales las compatibilidades de la reproducción con el sistema productivo. E incluso, afirma que uno de los elementos constitutivos del EB es haber "pensado" la reproducción como un hecho social a la par que considera el trabajo de reproducción de las mujeres como algo

controlable y disciplinable, lo que se traduce en el control y la disciplina de la vida de las mujeres. De tal modo que en el EB la reproducción se convirtió en la base de la relación específica entre las mujeres y el Estado. El Estado, por tanto, no es neutro con el género: nunca ha pretendido sustituir a las familias, en todas las políticas sociales siempre se han encargado las mujeres del cuidado de los miembros de la familia (1997/1996).

Además, estas críticas emergen en un momento en que también se consolidan compromisos en los países en el marco de la Unión Europea, (en adelante UE) en favor de la igualdad de género. Se señala que el vínculo existente entre Estado, mercado y familia ya se contemplaba en los desarrollos teóricos sobre el EB. De hecho, en la tipología elaborada por Richard Titmuss en 1958, modelo que hasta fines de los años ochenta ha sido el principal referente analítico en los estudios comparados sobre sistemas de bienestar social, ya se distinguen tres formas, precisamente según las participaciones relativas del Estado, del mercado y de las familias en la provisión social (Sojo, 2007: 160). En los años noventa del pasado siglo, Esping-Andersen desarrolla tres modelos o tipologías para los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (en adelante, OCDE) en relación con la forma combinada e interdependiente de producir bienestar entre los tres actores sociales anteriormente mencionados (1990). Su tipología de *regímenes de bienestar* (*Welfare regimes approach*) desarrollado en la década de los noventa (1990, 1999) es una de las formulaciones que más éxito ha tenido y también que más debates ha suscitado. En ella diferencia tres modelos: el socialdemócrata (redistributivo o de ciudadanía social), el conservador corporativo (de raíz demócrata-cristiana) y el liberal de mercado. Cada uno de estos modelos desarrolla, a su vez, diferentes tipos de política sobre las familias. Los Estados del Bienestar se caracterizan por ser una constelación de encajes institucionales de tipo económico, político y social, en que se interrelacionan normas legales y formas organizativas; de este modo los países son agrupados en función de su *lógica del bienestar*:

- *Régimen liberal*, o *anglosajón*, propio de los países de habla inglesa, como Australia, EEUU, Irlanda, Nueva Zelanda y Reino Unido. Este modelo presenta como atributos: la preponderancia del mercado, la base individual de la solidaridad, unos grados mínimos de desmercantilización, y un Estado residual (enfocado a la asistencia social, y muy focalizado en sus intervenciones, como ocurre con los programas en Reino Unido para madres solteras).
- *Régimen conservador-corporativo*, propio de países como Alemania, Austria, Francia, y otros países de Europa continental. Este modelo destaca por el lugar

central de la familia en la provisión social, con la acción subsidiaria por parte del Estado, y por el carácter marginal que tiene el mercado. Se estructura a partir de sistemas de cobertura social vinculados al empleo y no incentiva la *desfamiliarización* sino que más bien es un modelo implícitamente familiarista.

- *Régimen socialdemócrata*, propio de los países nórdicos (Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia). Se caracteriza por el papel central del Estado y las posiciones marginales de la familia (incentiva la *desfamiliarización*) y el mercado en la provisión social, base universal de la cobertura representada en el Estado, con el grado máximo de *desmercantilización* de los tres, un régimen de protección pública integral que vincula los derechos sociales con los individuos y no con la familia o la relación laboral, y cuenta con una amplia provisión de servicios sociales.

La política familiar tiene diferente orientación según el tipo de Estado: el régimen socialdemócrata propicia una política familiar explícita orientada a la igualdad de género; el régimen liberal se caracteriza más bien por la ausencia de políticas familiares y un *familiarismo implícito*; el régimen conservador se caracteriza por fomentar con su política un modelo familiarista extremo - integrado por una familia nuclear con hombre proveedor y mujer cuidadora; las mujeres son así concebidas como dependientes y subordinadas a sus maridos accediendo a los derechos de seguridad social de manera indirecta.

Esta propuesta ha recibido múltiples críticas que se han centrado en dos aspectos: se advierte que hay países, como los mediterráneos, que no encajan en este esquema; y, se insiste en que esta modelización obvia el trabajo gratuito que realizan las mujeres en las familias y el efecto diferencial de las políticas sobre las mujeres y los hombres (Lewis, 1992; Borchorst, 1994; Hernes, 1987). Las críticas realizadas desde una perspectiva de género se centran en que el modelo de familia que subyace a este tipo de modelización es el *family breadwinner model*, con lo que no se toma en cuenta el acceso desigual a los recursos económicos y de ciudadanía que existe en el interior de las familias en el diseño de las políticas públicas. Jane Lewis ha sido una de las primeras autoras en remarcar la necesidad de desarrollar investigaciones de carácter comparativo sobre los regímenes de bienestar que se centraran en los servicios, en lugar de hacerlo exclusivamente en la concesión de subvenciones o de ayudas económicas, y sobre el impacto diferencial de las políticas públicas sobre las mujeres y los hombres en las familias (1992). Lewis considera que las carencias del EB en relación con las mujeres

deben subsanarse ampliando la dotación de servicios de atención a la vida diaria (1998). Estos son fundamentales para lograr la equidad de género y, tal como añade Teresa Torns, para ello deben tener carácter universal y ser reclamados con carácter de urgencia como derechos de ciudadanía (2005: 27).

Se ha planteado si acaso es posible hablar de un modelo distinto de EB que podría ser el característico de los países del Sur de Europa (Castles, 1995; Ferrera, 1995). A raíz de estas reflexiones, se ha propuesto un cuarto modelo, el *modelo mediterráneo, latino o familiarista*, que sería aquel propio de los países del Sur, como Grecia, Portugal o España, y en algunos casos Italia, organizado en torno a un rol central desempeñado por la familia, complementada con un sistema de mercado de fuerte desarrollo y de magras contribuciones públicas (Petrella y Richez-Battesti, 2009; Moreno y Serrano, 2007). También ha recibido este modelo la denominación de “*la vía mediterránea*” (Moreno, 2001; Ferrera, 1996; Sarasa, 1993; Flaquer, 1995), y de “*modelo postautoritario*” (en relación con la especificidad española).

En su origen el EB español sigue el modelo corporativista y sus raíces se hunden en la creación de la Comisión de Reformas Sociales en 1883 y del Instituto Nacional de Previsión en 1908. En esta primera etapa. El Estado tiene un papel meramente residual, si bien la creación en 1919 de un programa de pensiones obligatorio para los trabajadores de la industria supuso un primer paso para la creación de un sistema de seguridad social. Pero el EB propiamente dicho se creó durante la dictadura de Franco (Rodríguez Cabrero, 1989). Con la ley de Bases de la Seguridad Social (1963) el EB español pone en relación los derechos sociales con el empleo al basarse en las cotizaciones, y por tanto, el cabeza de familia se convertía en el eje principal de la provisión estatal, aceptando la dependencia del resto de los miembros de la familia. A la par que la familia quedó encargada de cuidar de los miembros dependientes junto con las instituciones benéficas católicas. Con la Transición se intensifica el incremento del gasto social y el EB se consolida políticamente con la Constitución de 1978. Mientras que en los años setenta, la mayor parte de los países europeos habían desarrollado el EB, España tenía un rudo sistema *pseudo* asistencial con un gasto público muy por debajo de la media europea y con las mujeres en las familias como principales proveedoras de bienestar. En los años ochenta comienza el proceso de convergencia con los estados de la UE; pero justo en ese momento, tanto España como Andalucía tuvieron que construir su EB a contrapelo, ya que las corrientes neoliberales favorables a la privatización (educación, sanidad, pensiones, servicios sociales....) empiezan a calar en el discurso

económico y político. Pese a ello, en los años ochenta se logró un gran avance hasta que la firma del Tratado de Maastricht da prioridad a la reducción del déficit.

En respuesta a las críticas recibidas por su tipología, Esping-Andersen ha apuntado que, efectivamente, las mujeres pueden ocupar en las sociedades postindustriales un lugar protagónico emergiendo como bisagra en la arquitectura de un nuevo bienestar. Y describe dos tipos de procesos: a) *de-commodification*⁹ (desmercantilización) en relación con el grado en que el EB garantiza los derechos de las personas independientemente de su participación en el mercado y, por tanto, hace referencia al nivel de universalidad de los derechos sociales; b) *de-familiarisation* (desfamiliarización), en relación con los sistemas familiares de cuidado y protección, y que hace referencia al grado de la dependencia del individuo respecto a la familia (2002: 68-69).

4.2.3. El dilema Wollstonecraft¹⁰: interrogar las políticas de conciliación

A comienzos de los años ochenta del siglo pasado se impulsa desde la UE el Primer Plan Estratégico de la Comunidad Europea para la Igualdad de Oportunidades entre hombres y mujeres (1981-1985) y, a partir de este momento, se encadenarán actuaciones y avances legislativos en materia de conciliación (Guillén et ál., 2009: 126-131). Ya a mediados de las década de los noventa surge el término *políticas de conciliación* en los países de la UE. Se han dado dos posibles explicaciones a la emergencia de este tipo de políticas. Una de ellas tiene que ver con la caída de la tasa de natalidad y la interpretación de este fenómeno en clave feminista:

La insatisfacción de las mujeres con la reclusión en el hogar y sus arduas inclusiones en el mercado y en la vida pública en ausencia de políticas vigorosas sobre los cuidados domésticos, así como la vigencia de disposiciones laborales rígidas en cuanto a jornadas o la falta de licencias paritarias de maternidad y paternidad parecen haber incidido en tales decisiones reproductivas. (Sojo, 2007: 163).

Otra explicación se relaciona con el desigual reparto de tiempos entre hombres y mujeres: “en estudios sobre el ámbito privado y en el análisis de las encuestas de usos

⁹ El concepto de desmercantilización fue acuñado por Karl Polanyi en 1944 (2007).

¹⁰ Emanuela Lombardo analiza la política de género en la UE con el prisma del dilema que describe Carole Pateman en 1989 sobre las contradicciones que enfrentan las mujeres para lograr una ciudadanía igualitaria y que esta autora denomina “*Dilema de Wollstonecraft*” y se refiere a incorporarse o no como los hombres a la ciudadanía o ver qué especificidades tienen las mujeres (2002: 225).

del tiempo de muchos países se resalta la lentitud del cambio de normas que rigen la división del trabajo doméstico, y especialmente los cuidados, entre hombres y mujeres” (Ibíd.: 164). Y se señala que a raíz de los cambios sociodemográficos señalados más arriba, el modelo de familia cada vez más generalizado ya no es el del varón proveedor y la mujer ama de casa, sino la de un varón con salario, si bien insuficiente para dar cobertura a las necesidades de toda la familia, acompañado por una mujer que cumple doble o triple jornada (Montaño, 2007: 84). Se plantea, por tanto, la necesidad depositar la mirada en las familias (sobre todo en las relaciones entre géneros y generaciones) en tanto que, pese a la participación cada vez más elevada de mujeres en el mercado laboral, continúa existiendo una sobrerrepresentación de mujeres en el cuidado familiar. Así, la tan denunciada carencia de servicios obliga a las mujeres a buscar estrategias basadas en la red familiar y en asumir la sobrecarga de responsabilidades. Las políticas de conciliación emergen al comprobarse que el proceso de incorporación de las mujeres al mercado laboral y las transformaciones en las familias requiere de políticas públicas más efectivas que las anteriormente desarrolladas. Por tanto, surge a partir de una revisión de las políticas sociales, especialmente las familiares, para incorporar la perspectiva de género, de tal modo que se puedan conciliar trabajos remunerados y no remunerados de mujeres y hombres. De hecho, hay autores que quieren ver las políticas de conciliación como políticas de familia en un sentido más específico (Montaño, 2007: 86).

A fines de los años ochenta, las mujeres del Partido Comunista de Italia ponen en marcha un proyecto de Ley de iniciativa popular *Las mujeres cambian los tiempos*, basado en la propuesta de Elena Cordoni (1993), diputada por la Toscana, que si bien no prospera en el nivel parlamentario deja un legado importante de acciones y reflexiones relacionadas con el tiempo, algunas de las medidas que proponen en el proyecto de ley, las denominadas *crono políticas* se aplican a nivel local por parte de algunos ayuntamientos (Milán, Roma, Modena, entre otros), también en España (Oviedo, Gijón, Barcelona, entre otros). Esta iniciativa convierte el tiempo en una cuestión política con la que se pretende superar la concepción liberal y productivista de las ocho horas de trabajo, ocho horas de descanso y ocho horas de tiempo libre y se reclaman los tiempos de vida (Balbo, 1991) así como el reconocimiento del cuidado como central en la existencia de las personas, reivindicándolo como un derecho, tanto a prestarlo como a recibirlo. De esta forma, como señala Teresa Torns, las mujeres del Partido Comunista italiano fueron las primeras en reclamar la *conciliación* pero con otras palabras (2000). Hablar del *malestar del tiempo* pone sobre la mesa la idea de que esta es una variable de desigualdad social y ello da pie al desarrollo de iniciativas como los bancos de tiempo,

cuya filosofía se basa en el intercambio de servicios entre personas, siendo las primeras experiencias las desarrolladas en Canadá, Nueva Zelanda y Reino Unido; en España, se inicia esta experiencia en Barcelona y con un desarrollo desigual según las regiones, se ha implantado al amparo de los programas de igualdad entre hombres y mujeres (Recio et al, 2009: 6-7).

Pese a estos antecedentes, en la Unión Europea, la conciliación de la vida familiar y laboral aparece vinculada a las políticas de igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres, llegando a ocupar un lugar central en dichas políticas, sobre todo en las políticas sociales (Bustelo y Lombardo, 2007). Ya desde los primeros años ochenta, la Comunidad Europea dicta disposiciones en materia de permisos especiales para trabajadores/as con hijos/as. En 1982, con objeto de introducir algunas normas mínimas que permitan armonizar los distintos permisos entre los Estados miembros, el Primer Programa de Acción de la Comunidad sobre Igualdad de Oportunidades solicita la redacción de una directiva sobre permisos parentales y por razones familiares. Pero es, sobre todo, en los años noventa cuando la problemática de la conciliación de la vida familiar y laboral llega a plasmarse en textos legales de carácter vinculante (González, 2011: 6-11). Es tal el protagonismo que llega a tener esta temática, que finalmente la conciliación de la vida familiar y laboral forma parte del contenido de los tratados fundacionales. Y, efectivamente, tiene lugar un notorio despliegue normativo en la UE en relación con este tema; se trata tanto de textos vinculantes como no vinculantes, que se refieren a mundos que es preciso armonizar, articular, compaginar, equilibrar, conciliar, y en los que escasamente se habla del conflicto, desde la Carta comunitaria de los derechos sociales de los trabajadores de 1989 (contenido que quedó incorporado al Tratado de Lisboa en 2007) y que se refiere a compaginar obligaciones profesionales y familiares hasta el Pacto Europeo por la Igualdad de Género (2011-2020), en el que se alude a la necesidad de promover un mejor equilibrio entre la vida familiar y laboral (*Ibid.*: 17-21).

Estas políticas han recibido numerosas críticas por sus efectos sobre la igualdad de género (Nuño, 2009: 224-226). Se ha querido ver las raíces de la ineficacia de las medidas de conciliación en la propia configuración de las políticas europeas de igualdad de oportunidades, destacando la naturaleza sexuada de éstas en términos de construcción de identidades y roles estereotipados que, en lugar de eliminar desigualdades de género, las habrían reproducido, en perjuicio de las mujeres (Ostner y Lewis, 1994; Dandurand

et ál., 2002; Dauphin et ál., 2008; Bustelo y Lombardo, 2007)¹¹. Dichas políticas toman como base el modelo de familia con la fórmula del doble ingreso y un solo cuidador (Campillo, 2010; Martín Palomo, 2008a, 2009) focalizándose en el empleo y, por ello, se ha señalado, crean un determinado orden de género (Lombardo, 2002). En este sentido, se han considerado como un gran avance algunos textos legales que, si bien surgen bajo el paraguas de la neutralidad, tienden a conceder derechos a los hombres en el marco del cuidado: uno de los puntos más emblemáticos es el desarrollo de permisos específicos para los varones, como un derecho individual e intransferible orientado a que estos atiendan a sus hijos recién nacidos¹². Pero se denuncia que, aún proyectando la idea de la corresponsabilidad o responsabilidad común de hombres y mujeres en el cuidado, se trata de textos que no obligan a los Estados, a diferencia de lo que ocurre con el permiso de maternidad y el parental, ambos regulados por directivas comunitarias. En conclusión, gran parte de la orientación a la corresponsabilidad en las políticas de conciliación aparece como una mera declaración de intenciones. Claude Martin ha señalado también el carácter ambiguo del objetivo de la igualdad entre hombres y mujeres en las políticas de la UE.

[E]l examen de las políticas adoptadas por la UE revela la ambigüedad del objetivo de igualdad entre hombres y mujeres. La evolución de las medidas que se han adoptado tiende a mostrar que la temática de la conciliación, puesta en marcha a principios de los años 90, se ha ido deslizándose hacia un enfoque económico centrado sobre el empleo. El objetivo de modificar los comportamientos de los hombres en la esfera privada, defendido por las feministas, tiende a convertirse en secundario en relación con una lógica exclusivamente económica que pretende facilitar la participación en el mercado de trabajo tanto de las mujeres como de los hombres. Por otra parte, la conciliación se convierte en un desafío central de la agenda política europea a partir del momento en que se la vincula estrechamente con las políticas de empleo. A fin de cuentas, las medidas de conciliación no modifican el reparto desigual de tareas entre hombres y mujeres en la esfera privada sino que, al contrario, pueden contribuir a mantener el modelo de la mujer como principal proveedora de cuidados. (2010: 117)

¹¹ Se refieren a la dimensión “*gendered*” (generizada), es decir, constructora de identidades y roles de género estereotipados, que restaría efectividad a las políticas de conciliación.

¹² Véase la *Plataforma por los Permisos Iguales e Intransferibles de Nacimiento y Adopción* (En línea: <http://www.igualeseintransferibles.org/>; Fecha de última consulta: 7 de abril de 2013).

4.2.4. Políticas del cuidado

Los estudios de género ponen de manifiesto que la familia es parte inseparable de las estructuras del EB, que los sistemas familiares son complejos e involucran aspectos económicos, morales, culturales y religiosos. Se destaca así que las formas de EB se pueden clasificar desde otras perspectivas que consideren aspectos tales como los tipos de familia que se contemplan en su diseño, los grados de autonomía para las mujeres que fomentan o no, las singulares combinaciones entre las tareas de cuidado a cargo de las familias, mercado o pública, etc. (Sojo, 2007: 162). Y se reflexiona sobre el *contrato familiar implícito*, es decir aquel que gobierna las relaciones entre los sexos, en términos de derechos y obligaciones (Goldani, 2007: 224). Este contrato, ahora roto por los cambios sociales, económicos, demográficos, culturales, entre otros (descritos brevemente en el Capítulo 1, *supra*), se mantiene, sin embargo, de forma idealizada en el diseño de las políticas públicas hacia la familia al dar por supuesto el altruismo femenino y olvidar el carácter tan complejo de la solidaridad familiar, las tensiones y negociaciones entre sus miembros. Tensiones y conflictos en un marco desigual de relaciones de poder en las relaciones familiares que pueden tener sus consecuencias sobre la violencia doméstica.

En adelante, la preocupación fundamental será contribuir a la construcción del tema del cuidado como problema público objeto de políticas. Se aspira a que adquiera visibilidad y se valore por su aporte al bienestar social mediante la producción de conocimientos y la discusión y difusión de argumentaciones y propuestas (Aguirre, 2007: 188). De tal modo que el cuidado pasa a convertirse en un campo de actuación propio en el diseño de las políticas públicas, un ámbito con sus propios actores e instituciones (Daly y Lewis, 2000). La idea es incluir el cuidado en las agendas políticas, como ocurrió hace más de una década con la conciliación, con el objeto de lograr mayor equidad entre género, generaciones y estratos sociales.

Y es que la manera en que una sociedad aborda los problemas relativos al cuidado tiene importantes consecuencias para la igualdad de género: sea que se incrementen las capacidades de mujeres y hombres, sea que se perpetúe la reducción de las mujeres a las funciones tradicionales que las vinculan con ciertos modelos de feminidad y de maternidad. Se ha destacado además que la forma con la que se responde a la provisión de cuidados está indisolublemente ligada a otras estructuras de desigualdad tales como la raza, la clase social y el lugar de procedencia, entre otras (Razavi, 2007).

4.2.4.1. Regímenes de Cuidado

La reflexión sobre el *care* ha progresado a partir del desarrollo de estudios comparativos sobre los diferentes sistemas de protección social en Europa y sobre las políticas de ayuda a las familias (Letablier, 2007). A finales de los años noventa, se comienza a defender la utilización de un nuevo marco analítico para definir a los regímenes de bienestar que incluye las estrategias familiares en la provisión de cuidados, las relaciones existentes entre Estado, familias, y los elementos de subordinación y dependencia entre unos y otros. Efectivamente, los estudios comparativos de la política social empiezan a poner en su centro el cuidado; de hecho, esta es la actividad principal a la que se dirigen los servicios sociales actuales y de cuya cobertura depende en gran medida el avance en la autonomía de las mujeres.

De este modo las clasificaciones de los estados en regímenes de bienestar dejan paso a las tipologías de los regímenes de cuidado (Williams y Gavanas, 2008). Esta aproximación teórica que se desarrolla en un contexto de creciente envejecimiento demográfico y de incorporación de las mujeres al mercado laboral, se centra en el análisis del volumen de los servicios sociales de atención dirigidos a los niños y a los adultos mayores, y en ellos cobra un nuevo protagonismo el vínculo entre la inserción laboral de las mujeres y la implantación de dichos recursos públicos. Son destacables, de entre estas primeras aproximaciones, los trabajos de Anneli Anttonen y Jorma Sipilä, quienes sentaron las bases de esta perspectiva de análisis. En su trabajo se dibujan dos áreas geográficas muy diferentes: Europa del Sur (España, Grecia, Italia y Portugal) que se caracteriza por un limitado y deficiente suministro de servicios sociales, donde las mujeres se ocupan a tiempo completo del bienestar de los miembros de sus familias, y en los que, por tanto, su incorporación al mercado laboral es baja; y los países nórdicos (Suecia, Noruega y Finlandia) que cuentan con una amplia red de servicios públicos y, también, con unas elevadas tasas de inserción laboral femenina (Anttonen y Sipilä, 1996).

También en esta línea de investigación se pueden localizar los trabajos de Sigrid Leitner (2003) y Francesca Bettio y Janneke Plantenga (2004). Leitner desarrolla una clasificación a partir del papel desempeñado por las familias en la provisión de cuidados así como el que puede jugar la protección social en términos de reforzar o suavizar el familismo. Identifica cuatro tipos de familismo y encuadra a España entre los países de familismo implícito, es decir, aquel tipo de países que se caracterizan por una débil red de servicios sociales y de escasas transferencias económicas y, por lo tanto, por una delegación total del cuidado a la parentela. Esta clasificación coincide con la realizada

por Bettio y Plantenga (2004) que, analizando los modelos de cuidado en Europa, destacan la insuficiencia de servicios de cuidados es común en países como Grecia, Italia, Irlanda y España, aunque las consecuencias sociales y económicas de esta situación no son uniformes. Así, en el caso de España (al contrario que en otros países) el resultado es una elevada intensidad del cuidado familiar (que denominan “*informal*”) y una escasa incorporación de las mujeres al mundo laboral.

Sin embargo, estos análisis comparativos sobre la fuerza de los servicios sociales, la intensidad del cuidado familiar y la tendencia de los programas de protección social hacia la familiarización no son suficientes para explicar las estrategias para dar cobertura a las necesidades de cuidado que se estaban implantando progresivamente en los países de Europa del Sur y en España. Estas autoras observaron que en los últimos años la aceleración de los flujos migratorios a esta región, caracterizados por su feminización e irregularidad (Castles y Miller, 1993) han modificado las características esenciales de este régimen de cuidado (Benería, 2008).

Utilizando el término *configuraciones de cuidado* en vez de *regímenes de cuidado*, Lyon y Gluksmann (2008) examinan la naturaleza de los nexos entre la provisión familiar, profesional, remunerada y no remunerada, y concluyen que tanto en Italia como, en general, en los países del sur, la cobertura de necesidades de cuidado se garantiza en buena medida con el trabajo de mujeres inmigrantes que se insertan en el servicio doméstico. En España, la investigación sobre los “regímenes de cuidado” aún se encuentra en un desarrollo embrionario si bien son destacables algunos trabajos en los que se ha analizado la complementariedad entre el régimen de cuidado y la recepción de mano de obra inmigrante son los realizados por el Colectivo IOÉ (2005), Rogero y Coppola (2010), Marcu (2009) o Martínez Buján (2010a, 2010b, 2014).

4.2.4.2. Organización social del cuidado

El modelo analítico de organización social del cuidado (*social care*), propuesto por Mary Daly y Jean Lewis (1998, 2000), parte de una visión no fragmentada, transversal, del cuidado, que implica a tres pilares en el bienestar social: las familias, los mercados y las políticas sociales. Jane Lewis encuentra que la definición proporcionada por Thomas, probablemente la más conseguida y amplia, resulta, a pesar de todo, un tanto confusa (véase Capítulo 3, *supra*). Por ello, intenta centrarla inscribiéndola en su relación con el EB, en tanto que para Lewis la economía política del concepto no puede entenderse si se lo desvincula del papel desempeñado por el Estado, y en torno a estas cuestiones desarrolla el concepto de *social care* (1997). Y, señala que en tanto que

categoría descriptiva, el cuidado hace referencia al trabajo cotidiano de cuidado de las criaturas o de adultos dependientes, a los servicios de ayuda a las personas y a la protección social. Y, por tanto, concierne a la vez a las prácticas, los marcos más o menos institucionales que las hacen posibles y las políticas públicas. Reitera este argumento en los trabajos desarrollados junto a Mary Daly:

Pese a su amplio uso, el concepto de cuidado es ambiguo y también discutido. Parte del problema reside en que se ha utilizado de formas tan distintas que corre el riesgo de perder su significado central. Por nuestra parte, nos proponemos utilizarlo con precisión y, sobre todo, desarrollarlo como categoría de análisis referida al Estado de Bienestar [...] con este fin proponemos la categoría heurística de *social care* (Daly y Lewis, 2011: 230)

Con este modelo, que propone la creación de un sistema integral de provisión de cuidados, se amplía el campo social del cuidado: de las familias y el espacio definido como privado al entorno social más amplio, trastocando dicotomías tan enraizadas como la que escinde el universo de lo privado y de lo público. Además, con dicho modelo analítico se reclama una visión multidimensional del cuidado como organización social en la que la categoría heurística *social care* estaría integrada por todas las actividades y relaciones implicadas en el sostenimiento de las necesidades físicas y emocionales de los niños y adultos en situación de dependencia, así como en los marcos normativos, económicos y sociales en los que se desarrollan (Daly y Lewis, 2000: 285). El interés de este concepto reside en que implica dos niveles de análisis: el de las políticas y el de las prácticas cotidianas, preguntándose cómo se reparte el cuidado entre el Estado, las familias, los mercados y la sociedad civil, y dentro de la familia entre géneros y generaciones (Letablier, 2007). Con ello se pone de manifiesto la importante contribución de las mujeres al EB.

Tabla 4. El concepto de ‘social care’

	Escala Macro	Escala micro
Referencia conceptual	División del cuidado (trabajo, responsabilidad y coste) de niños y niñas y personas adultas ancianas o enfermas entre el Estado, el mercado, la familia y la comunidad	División del cuidado (trabajo, responsabilidad y coste) entre las diferentes personas en el seno de la familia y de la comunidad, y el carácter del apoyo del Estado a los cuidados y las personas cuidadoras
Indicada empíricamente por	<ul style="list-style-type: none"> - La infraestructura de cuidados (servicios y prestaciones monetarias) - La distribución de la provisión de cuidados entre los diferentes sectores. 	<ul style="list-style-type: none"> - Quién cuida - Quién recibe las prestaciones y servicios disponibles, cualesquiera que estos sean - Qué tipo de relaciones existen entre la persona cuidadora y la receptora de cuidado - Bajo qué condiciones económicas, sociales y normativas se desarrollan los cuidados - Los patrones de actividad económica de las mujeres en edad de cuidar
Trayectorias de cambio	Más/menos: Estado, mercado, familia, comunidad	<ul style="list-style-type: none"> - Una modificación en la distribución de la actividad de cuidado - Una modificación en la identidad de las personas cuidadoras - Una modificación en las condiciones bajo las cuales se desarrollan los cuidados y en el carácter del papel del Estado en relación a las mismas. - Una modificación de las relaciones entre la persona cuidadora y la receptora de cuidado

Fuente: Daly y Lewis, 2011: 234

El proyecto SOCCARE, financiado por la Comisión Europea, dentro del Quinto Programa Marco, se ha orientado a estudiar las posibilidades que tienen las familias para abordar el cuidado de sus miembros articulando de forma flexible los distintos recursos, domésticos, públicos y privados (Kröger, 2001a, 2001b). En dicho proyecto se presentó una definición ampliada del modelo de cuidado social, concepción en que, se quiere destacar aquí, las cuestiones morales y afectivas son esencialmente relevantes:

El cuidado social es aquí entendido como el apoyo proporcionado con la finalidad de ayudar a las personas adultas y a la infancia para que éstas puedan llevar a cabo las actividades de la vida cotidiana. Este apoyo puede ser asalariado o no, pueden realizarlo profesionales o no profesionales y puede desarrollarse tanto en la esfera pública como en la privada. En particular, lo distintivo del cuidado social es que trasciende las dicotomías conceptuales de lo público y lo privado, de lo profesional y

lo profano, de lo asalariado y lo no asalariado. El cuidado social incorpora elementos personales, *afectivos*, normativos y *morales* específicos (Kröger, 2001a: 4) [Las cursivas son añadidas].

Algunos trabajos de autoras emblemáticas en este sentido son: Waerness (1990, 1985), Ungerson (1990), Finch (1993), Leira (1993), Thomas (1993) o Sevenhuijsen (2000). Todos ellos destacan que la organización del *social care* afecta a las relaciones entre mujeres y hombres, entre clases sociales y grupos étnicos y que las políticas de cuidado conforman la esencia del nexo entre Estado y familia. El hecho de que socializar el cuidado implica hacer materia de interés público las cuestiones relativas a la dependencia/vulnerabilidad/carencia total, parcial, o temporal de autonomía de las personas (Izquierdo, 2003). Esto incita a revisar los conceptos teóricos sobre los que se construyen las nociones como dependencia, vulnerabilidad o autonomía (Martín Palomo, 2010b). A ello se dedica el epígrafe siguiente.

4.3. Cuidado, democracia, ciudadanía¹³

La forma en la que se concibe el cuidado prestado a sí o a otros está íntimamente relacionada con los conceptos de independencia y autonomía. La modernidad, y especialmente el pensamiento liberal, obvian, tal como señala Patricia Paperman (2005), que todos los seres humanos somos dependientes en algún momento de nuestras vidas, sobre todo al inicio y al final del ciclo vital, o cuando enfermamos o desfallecemos. Sin embargo, una revisión feminista de estas nociones como la realizada por Jean Tronto (2012) cambia totalmente la perspectiva. Así, partiendo de la consideración de la condición vulnerable de todo ser humano, incluso de aquellas personas que cuentan con un elevado grado de autonomía en sus vidas cotidianas, se interroga, en primer lugar, la noción de dependencia, especialmente a la luz tanto de los estudios sobre discapacidad como los realizados sobre la frontera imprecisa de la salud y la enfermedad. Seguidamente, desde estas reflexiones revisa la propuesta desarrollada desde una perspectiva feminista, desde el punto de vista del *care*, de considerar el cuidado como una vía para la ampliación de lo político.

Dependencia y vulnerabilidad han de dejar de ser consideradas como situaciones raras, excepcionales o accidentales, que les suceden sólo a *otras* personas, para pasar a ser vistas como rasgos inherentes a la condición humana (Paperman y Laugier, 2005: 16), propios a la existencia de cualquiera, constatación ésta que demanda un análisis

¹³ Este epígrafe retoma y desarrolla algunos aspectos abordados en dos publicaciones de la doctoranda (Martín Palomo, 2008a y 2010b)

amplio de las relaciones sociales. Ello implica, a su vez: por un lado, revisar la concepción de relaciones asimétricas de cuidado y de atención a personas que se encuentran en situación de dependencia (Paperman, 2004: 414); por otro, preguntarse por la responsabilidad moral y política del cuidado y el lugar central que deben ocupar en nuestra sociedad (Leira y Sarraceno, 2002:18). Uno de los debates más fructíferos, en este sentido, es el que gira en torno a la autonomía como una construcción social que tiene que ver con un modelo de normalidad determinado. Estos debates ponen el foco en la consideración de que todos los seres humanos somos dependientes de un modo u otro en algún momento y/o en alguna faceta de nuestra vida, algunos toda su vida y, por tanto, que la vulnerabilidad y la dependencia están en el centro de la definición del ser humano (Molinier, 2005: 301, 310). Esta perspectiva permite encontrar una alternativa al modelo hobbesiano que presupone la autonomía de los individuos (hombres) considerados como adultos eternamente sanos e independientes, tal como lo hace el modelo del *homo oeconomicus* (Amorós, 1992; Benhabib, 1990). También Martha Nussbaum subraya que esta propuesta implica poner en cuestión la noción kantiana de persona (2002b: 196).

4.3.1. Interrogar la dependencia

Las políticas de dependencia son resultado de un concepto evolucionado de EB que se ha ido instituyendo en los estados de la UE con enorme heterogeneidad al amparo de un Modelo Social Europeo en constante desarrollo, al menos hasta el freno que impuso la crisis económica a partir de 2008. El Libro Blanco de la Dependencia retoma la recomendación aprobada por el Comité de Ministros del Consejo de Europa en septiembre del año 1998, que define la *dependencia* como:

Un estado en el que se encuentran las personas que, por razones ligadas a la falta o pérdida de autonomía física, psíquica o intelectual, tienen necesidades de asistencia y/o ayuda importantes a fin de realizar los actos corrientes de la vida diaria y, de modo particular, los referentes al cuidado personal (IMSERSO, 2005: 21).

Sin embargo, en el desarrollo legal posterior, en el artículo 2.2 de la LAPAD, se define la dependencia como:

El estado de carácter permanente en que se encuentran las personas que, por razones derivadas de la edad, la enfermedad o la discapacidad, y ligadas a la falta o a la pérdida de autonomía física, mental, intelectual o sensorial, precisan de la atención de otra u otras personas o ayudas importantes para realizar actividades básicas de la

vida diaria o, en el caso de las personas con discapacidad intelectual o enfermedad mental, de otros apoyos para su autonomía personal

La definición que presenta es, pues, más restrictiva en tanto habla de la dependencia como un estado permanente. Y, tal como lo describe este documento, y se recoge en el desarrollo legislativo en torno a este tema¹⁴, las características esenciales sobre las que se vertebra el concepto, son las siguientes: a) existencia de una limitación física, psíquica o intelectual que merma determinadas capacidades de la persona; b) incapacidad de la persona para valerse – o realizar – por sí misma las actividades de la vida diaria (AVD); y, c) necesidad de asistencia o cuidado de parte de una tercera. De entrada, esta es una definición rotunda. Sin embargo, para abordar el tema resulta problemática en tanto que, por un lado, existe una estrecha relación entre dependencia y envejecimiento, como lo pone de manifiesto el hecho de que el porcentaje de personas con limitaciones en su capacidad funcional aumenta con la edad (especialmente a partir de los ochenta años): fenómeno que ha sido denominado como *ultralongevidad*, *sobreenvjecimiento* o *envejecimiento del envejecimiento*, y que hace referencia al incremento del grupo de ochenta y más años (Tobío et ál., 2010: 56). Por otro lado, las situaciones de dependencia se pueden dar, y de hecho se dan, en todas las etapas de la vida: menores, personas con discapacidad, personas muy mayores, enfermos crónicos o puntuales, y adultos sanos que no se valen por sí mismos (por razones no estrictamente materiales), o bien pueden ser reflejo de deterioros generales de las funciones fisiológicas. Y, si bien no se trata de un fenómeno nuevo, se ha convertido en uno de los mayores retos actuales de la política social.

Se hace preciso, entonces, interrogar la dependencia, cuestionar una noción cerrada, estrecha, universal y atemporal de las necesidades de cuidados que tenemos las personas. La respuesta a las demandas que genera la dependencia varía, como señala M. A. Durán, en función de la estimación potencial de la oferta de cuidados, lo que no es una categoría demográfica sino social y política, en la medida en que no depende de la estructura de la población sino de la respuesta colectiva que se ofrezca a las siguientes cuestiones: “1. ¿Quién tiene el derecho/obligación de cuidar a quién? 2. ¿Sobre qué bases legales, morales o sociales? 3. ¿Hasta qué límite? 4. ¿Con qué contrapartida? 5.

¹⁴ En la LAPAD se reconoce el derecho a recibir cuidados como un derecho público y universal. A lo largo de los años 2005-2013 se han dado pasos importantes para crear un sistema integral de atención a la dependencia, el Sistema para la Promoción de la Autonomía y Atención a la Dependencia (SAAD), si bien constituye un enorme desafío para nuestra sociedad la forma en que implemente dicha ley, especialmente ahora en un contexto de crisis que ya ha tenido una fuerte impronta sobre dicho sistema.

¿Cuáles son los mecanismos sociales y legales que actúan para garantizar/premiar/castigar el incumplimiento de estos derechos y obligaciones?” (2006b: 57). No existe una adscripción natural a la dependencia, se trata de una categoría que se construye socialmente, como ocurre con la enfermedad o la discapacidad. Así, la asignación de la categoría de *dependiente* se puede producir por múltiples vías: a) psicológica (autopercepción); b) social (percepción de los demás); c) médica (dictamen clínico); d) administrativa (Ibíd.: 59). Sin embargo, tanto las agencias de la Administración Pública, como las compañías de seguros y otras instituciones, dedican una parte considerable de sus recursos a vigilar el acceso administrativo a la condición de *dependiente*, en tanto que tiene implicaciones económicas. Esto se ha vuelto especialmente relevante en el contexto de la implantación en nuestro país del SAAD previsto por la citada ley.

En un modelo dual, que divide la sociedad en dependientes y cuidadores, se enfatiza la idea de que la dependencia mutua entre las personas implica una situación “típica” referencial en la que hay, al menos, dos sujetos implicados en la relación, quien necesita cuidados y quien los presta. Sin embargo, esta relación puede variar en el tiempo y no tiene por qué darse en una única dirección: quien recibe ha dado en algún momento de su vida, tal como muestran las investigaciones desarrolladas a partir del análisis de la dimensión temporal, diacrónica, en el cuidado (Damamme, 2011), en tanto que muchas de estas relaciones se entretajan en redes familiares que permanecen a través de varias generaciones, estén más o menos activas (Fernández Cordón y Tobío, 2006).

En este contexto, la dependencia ha cobrado un matiz peyorativo pese a que, como señala Zigmund Bauman, “es la base de la responsabilidad moral hacia el otro” (2005: 121).

4.3.1.1. De la discapacidad a la diversidad funcional

De una u otra forma, el fenómeno de la discapacidad está presente en todas las sociedades, en tanto que suele haber personas con limitaciones concretas, determinados modelos conceptuales con que identificarlas, interpretarlas y tratarlas, así como también se suele implementar algún tipo de política social orientada a darles respuesta (Barton, 2008). A partir de la década de los setenta, las investigaciones desarrolladas en el campo de los estudios sobre discapacidad (*disability studies*) comienzan a destacar los aspectos sociales en el análisis de las restricciones que sufren las personas con alguna discapacidad física, psíquica o sensorial (Ferreira, 2010a). Desde una de las corrientes

que ha tenido un desarrollo mayor en las últimas décadas, la teoría social, se estudian los procesos discriminatorios, los ambientes y los espacios que, según se denuncia, dificultan, más que facilitan, la funcionalidad, lo que puede incrementar la vulnerabilidad de las personas con funcionalidades diversas. Se denuncia, además, el enorme poder que tienen los expertos sobre el control de la vida de una persona en situación de discapacidad al tener el monopolio de la traducción y definición de los problemas que su condición pueda acarrear (Finkelstein, 1980). Por ello, se insiste en que más que actuar sobre el síntoma, se debe trabajar con las posibilidades funcionales que tiene un individuo para el máximo desarrollo de su autonomía. El modelo social que defienden rompe la cadena causal que instaura el paradigma del modelo médico, según el cual la enfermedad o el accidente son la causa de la exclusión, y operan un desplazamiento que torna necesario interrogar las formas sociales, económicas y políticas que mantienen la exclusión de ciertas personas (Ibíd.: 64-65). Proponen definir la discapacidad como aquellas restricciones, incluyendo los prejuicios, las discriminaciones institucionales (edificios públicos, medios de transporte, educación segregadora, mercado laboral excluyente), que se le imponen a determinadas personas, no tanto como seres individuales sino como grupo y, por tanto, se trataría de una discriminación institucionalizada en toda la sociedad (Oliver, 1996). Corriente que mantiene una estrecha vinculación con la acción política, y pone en el centro de sus acciones reivindicativas el punto de vista de las personas en situación de discapacidad, sobre todo en lo que tiene relación con las políticas y programas que les afecta (*nothing about us without us*) (Damamme, 2012; Toboso y Guzmán, 2010; Romañach y Lobato, 2005). Estos colectivos defienden que las personas con alguna discapacidad son consideradas limitadas y etiquetadas como dependientes. Por tanto, demandan a las políticas públicas que vayan más allá de la respuesta asistencial o rehabilitadora, fomentando y promoviendo la máxima autonomía de las personas, y reivindican sus derechos de ciudadanía de forma que se respete y reconozca su diversidad a la par que se les permita su desarrollo y expresión. En lugar de hablar en términos de limitaciones, desde el movimiento por la Vida Independiente proponen el concepto *diversidad funcional*¹⁵, acentuando y yendo incluso más allá de lo que se supone pretende apuntar el término inglés *disability*. Y, desde ahí, se propone redefinir la autonomía al sugerir una universalización de la experiencia de la discapacidad, las personas *válidas* son descritas

¹⁵ M. A. Ferreira señala, que si bien el concepto de diversidad funcional no está teóricamente fundado, se ha convertido en la herramienta ideológica de la que se provee el *Foro de la Vida Independiente* para luchar contra la discriminación (2010b: 59). Sobre el origen de la propuesta del concepto de *diversidad funcional* (Romañach / Lobato, 2005; Toboso y Guzmán, 2010).

como *not yet disabled* o *temporay able bodied* (Albrecht, Ravaud y Stiker, 2001). Esta demanda lleva implícito un cuestionamiento de la idea tan arraigada, de la unidireccionalidad del cuidado, una persona cuida y otra recibe cuidados (de forma pasiva), y se reivindica un modelo de buen cuidado que fomente dicha autonomía respetando la diversidad. El Movimiento de vida independiente incluso propugna la sustitución del *cuidado* (al que ven inevitablemente cargado del peligro de ignorar la visión de quién lo recibe e incluso de un contenido relacional que pretenden diluir) por un modelo de asistencia personal (cuyas diferencias con propuestas más elaboradas del cuidado es difícil de ver, salvo el énfasis puesto en que la asistencia se convierta en una cuestión técnica obviando el contenido de la relación de cuidado).

Desde la Antigüedad el trato otorgado a la persona considerada discapacitada se ha movido entre el rechazo radical, que ha llevado a su eliminación social e incluso física, a la compasión o la asimilación a la enfermedad, olvidando, tal como señalan Toboso y Guzmán, que muchas deficiencias no están asociadas a ninguna causa patológica (2010: 69-70). M. A. Ferreira, siguiendo a Michel Foucault, señala que la génesis moderna del campo de la discapacidad está vinculada a la de las técnicas de poder disciplinario en el siglo XVIII, con las que el saber médico desarrolló todo un trabajo de homogenización, clasificación, normalización y prescripción de los cuerpos (Foucault, 1996: 146; cfr. Ferreira, 2010b: 53-54), de modo que la discapacidad, entendida como desviación o anomalía, es asimilada a enfermedad, al ser interpretada como una desviación de la norma de salud (Ferreira, 2010b: 55). En tiempos más recientes, el concepto de discapacidad se diversifica y enriquece a partir de los aportes de diversas disciplinas. Así, por ejemplo, desde una perspectiva socio-antropológica se cuestiona el concepto de normalidad - frente a anormalidad-, reconociendo los procesos sociales, históricos, políticos que han dado lugar a una idea de normalidad como forma prescriptiva y clasificatoria (Almeida et ál., 2010: 30), y se investigan las posibilidades de análisis de las limitaciones desde la perspectiva de la diversidad. También se destaca que en dichas formulaciones se niega la capacidad que tienen las personas discapacitadas para prestar cuidados, invisibilizando sus aportes al bienestar. Por tanto, el concepto de dependencia a partir del que se diseñan gran parte de las políticas públicas actuales resulta, visto desde la perspectiva de la diversidad funcional, resulta un tanto limitado, cuando no limitante. Martha Nussbaum realiza un sugerente apunte sobre esta terminología en la literatura sobre la discapacidad:

‘Deficiencia’ es la pérdida de una función corporal normal; ‘discapacidad’ es algo que no puedes hacer en tu entorno como resultado de una deficiencia; ‘minusvalía’

es la desventaja competitiva resultante. [...] aunque la frontera entre la deficiencia y la discapacidad resulta difícil de precisar, sobre todo si consideramos que el contexto social no es algo fijo, sino debatible.[...] no podemos prevenir todas las discapacidades: algunas deficiencias seguirán afectando al funcionamiento incluso en un entorno social justo. Lo que debemos hacer es prevenir la minusvalía en relación con los derechos básicos. (2007: 109).

Lola Puga y Antonio Abellán señalan que se ha prestado más atención a la elaboración de instrumentos de medida y valoración, así como a la construcción de clasificaciones, que a la discusión del marco conceptual mismo (2004: 6-13). Afirmar esto no implica que las clasificaciones no encierren una determinada forma de entender la discapacidad, por el contrario, toda clasificación de hecho es una operación de exclusión. Más bien pone de manifiesto la carencia de un debate teórico en profundidad sobre estas cuestiones. Según los datos que arroja la Encuesta de Discapacidad, Autonomía Personal y Situaciones de Dependencia (EDAD, 2008), en España hay más de 2,30 millones de mujeres que afirman tener una discapacidad y 1,55 millones de hombres. La edad media de mujeres con discapacidad es de 67,6 años y para los hombres de 59,4 (INE, 2009: 63).

En nuestro país, además, la preocupación por constituir estas clasificaciones tiene que ver con las consecuencias económicas que estas pueden tener, especialmente a raíz de la implantación de la LAPAD. Es elocuente, en este sentido, el debate mediático y la preocupación política existente en torno al establecimiento de los diferentes grados de dependencia y los conflictos asociados a la dificultad de encajar situaciones concretas en las categorías que impone la administración pública: cada grado de dependencia conlleva un volumen de recursos diferentes en un cierto repertorio de posibilidades que pretende dar cobertura a toda la población¹⁶.

¹⁶ Según los datos de la Encuesta de Discapacidad, el número de personas con discapacidad residentes en hogares españoles alcanza los 3,8 millones (8,5% de la población). De ellas, un total de 608.000 personas viven solas en su hogar, 1,3 millones no puede realizar alguna de las actividades básicas para la vida diaria sin ayuda, y 269.000 personas residen en centros de personas mayores, centros de personas con discapacidad, hospitales psiquiátricos y hospitales geriátricos (92,7% del total) (INE, 2008: 1). La edad media de mujeres con discapacidad es de 67,6 años y la de los hombres de 59,4 años. En general, parece ser que la discapacidad aparece a edades más tardías en tanto que ha aumentado el período de exposición al riesgo de discapacidad como consecuencia del incremento de la esperanza de vida (INE, 2009: 63). Sin embargo, estos datos podrían ser muy diferentes si se utilizaran otras escalas de medida.

4.3.1.2. Sobre la salud y la enfermedad

Si bien es cierto que la medicina tiene su origen vital y su finalidad moral en la necesidad de los seres humanos de ser cuidados, no lo es menos que, en el ámbito de la salud la investigación moderna mantiene una relación muy estrecha con la política social (Gadamer, 1996). Los costes cada vez más elevados del cuidado de la propia salud se amplían al adquirir el carácter de una nueva obligación pública, además de privada. En el ámbito de la salud, de modo similar a lo que está ocurriendo con el de la dependencia, se ha construido un modelo de ser humano que parte de una asimetría profunda y constitutiva de las relaciones de cuidado: aquella que se da entre quienes tienen una debilidad por la que deben recibir ayuda para sus necesidades cotidianas y alguien a quien se presume plena y permanentemente sano y autónomo, la persona que cuida habitualmente a otra. La mayor fragilidad de las primeras muchas veces se convierte en una mayor vulnerabilidad que puede llegar a generar situaciones de abuso de poder, de abandono o, incluso, de maltrato (Martín Palomo, 2008a).

Sin embargo, la categorización de lo normal y lo patológico son construcciones sociales y, por tanto, cambian a lo largo de la historia y en las diversas culturas (Canguilhem, 2005). Las enfermedades no son universales, sino que en cada sociedad concreta se genera un tipo específico de enfermedades, del mismo modo que hay una forma específica de hacerles frente. La salud, a la que se dedican enormes cantidades de recursos, se convierte así también en un bien en disputa entre los distintos grupos sociales (Tobío et ál., 2010: 66). La identificación de necesidades y soluciones conlleva una enorme cantidad de trabajo y de recursos públicos y privados. Una mirada genealógica permite identificar con nitidez estos procesos. Así, por ejemplo, con la modernidad, el hospital empieza a desarrollar funciones muy diferentes a aquellas estudiadas por Foucault (1991): de ser la institución donde recalán los ‘infames’, los indeseables, los locos y los desechos sociales, se transforma progresivamente en un espacio central en la definición moderna de salud. En el siglo XIX, con los avances de la medicina y de la ciencia, emerge un concepto de salud que se basa en el desarrollo de políticas de control de las poblaciones a partir de medidas higiénicas y de prevención. El impulso de la estadística permite planificar y organizar la gestión pública de la salud de un modo hasta el momento desconocido (Desrosières, 2004).

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la salud como un estado de bienestar físico, mental, social, y no solamente como ausencia de enfermedad o dolencia. Con ello, tener salud implica el disfrute de una cierta calidad de vida y ello empuja a que

se incorporen elementos subjetivos en dicha autopercepción. María Ángeles Durán (2006a: 9-10) augura que los conceptos de salud y de enfermedad serán muy diferentes en el futuro próximo, ya que los avances tanto en genética como en cirugía o en bioquímica, propiciarán una nueva relación con el propio cuerpo. La tecnología médica se adentra, pues, en campos nuevos, más allá de la salud y la enfermedad, tales como la génesis de vida y la posibilidad de postergar la muerte, desarrollando la prevención y el cuidado paliativo un protagonismo desconocido hasta el momento. La atención a la subjetividad, que se reconoce en la Ley de Dependencia, obviamente tiene implicaciones en relación con la cobertura de las necesidades de cuidado que garantice el estado de salud de la población, así como en la definición de las profesiones del cuidado y de los saberes y competencias que son requeridas para este cometido. En este contexto se muestra la complejidad del cuidado. La existencia de una concepción rígida, o en exceso normativa, de lo que se considera “buen cuidado” difumina la frontera entre cuidado y maltrato, tal como muestra Pascale Molinier en sus trabajos sobre la compasión de las enfermeras en el medio hospitalario.¹⁷ Se trata de una frontera moral, pues en la medida en que el derecho a recibir cuidados sea considerado como un derecho subjetivo, la persona que los necesita tendrá opción a rechazar determinadas atenciones si, por diferentes motivos, no está de acuerdo con la forma en que dichos cuidados son prestados y puede negarse a recibirlos, si considera que el tratamiento prescrito le provoca más sufrimiento de lo que está dispuesta a soportar. Este límite conecta con el debate sobre la muerte digna, en tanto que una mayor “democratización” en la longevidad no siempre se ve acompañada de una buena calidad de vida de las personas más ancianas, pues con frecuencia la enfermedad y la discapacidad, que generan una dependencia creciente, acompañan los últimos años de la vida. En verdad, las ambigüedades y complejidades que aparecen cuando se tiene en cuenta una perspectiva contextual y concreta de los cuidados son parte del cuidado mismo (Tobío et ál., 2010: 66; Molinier, 2006).

Resulta complicado definir la perspectiva desde la que el cuidado pueda ser considerado como de calidad o a quién puede atribuirse su valoración. No obstante, la introducción de un componente subjetivo en la Ley de Dependencia plantea, cuando menos, la necesidad de reflexionar sobre qué puede entenderse por cuidado de calidad. No todas las necesidades de cuidado se alargan en el tiempo. De hecho, hay

¹⁷ Así, lo que para las profesionales puede ser entendido como un buen cuidado (cambiar de postura en la cama para evitar que se formen escaras, asear con frecuencia a la persona enferma o mantener un ambiente aséptico en su habitación), puede ser vivido por quien recibe estos cuidados como una agresión (Molinier, 2008).

enfermedades o limitaciones episódicas que requieren únicamente un cuidado puntual o exclusivamente técnico. Tal como pone de manifiesto la Encuesta Nacional de Salud 2006 realizada por el Ministerio de Sanidad y Consumo y por el INE, en los últimos doce meses antes de ser realizada la encuesta, una tercera parte de las mujeres, esto es un 35,5%, han sufrido limitación en sus actividades debido a problemas o enfermedades crónicas de larga evolución; en el caso de los varones esta cifra es inferior (29,7%). Esta diferencia, que es superior para las mujeres en todas las edades, se acentúa a partir de los 65 años (INE, 2009: 59). Los datos que muestra la Encuesta Nacional de Salud cobran forma y permiten visualizar lo vulnerables que, en realidad, somos todas y cada una de las personas. A lo largo de nuestra vida tenemos una elevada probabilidad de encontrarnos con un problema de salud incapacitante (Damamme, 2011). También hay enfermedades que se cronifican y que se tornan discapacitantes. En estos casos, tampoco se puede decir que exista una frontera definida pues generalmente se trata de un proceso gradual de pérdida de autonomía. Claro que dicho proceso puede ser reversible y de hecho, existen recursos médicos, técnicos y terapéuticos que pueden frenarlo o revertirlo. Una ayuda técnica, un PC, una residencia o medios de transporte adaptados, un trasplante de órganos, entre otros muchos ejemplos, pueden contribuir a generar más autonomía para la vida cotidiana o multiplicar las funciones (Toboso y Guzmán, 2010).

Y, al considerar los aspectos temporales, también difuminan los límites entre el cuidado que se prestan en contextos institucionales (hospitales, clínicas, residencias o centros de día, fundamentalmente) y los que se prestan en los hogares, bien sea por familiares o allegados, bien sea por personal remunerado. Cuando surge la enfermedad o se cronifica, la necesidad de recibir cuidado es constante, sin solución de continuidad. A menudo, la persona cuidadora principal (*caregiver*) es el hilo conductor que establece el enlace entre los diferentes proveedores de cuidado o supervisa la asistencia recibida en la institución, asegurándose de que se cubran adecuadamente las necesidades de sus familiares enfermos (Damamme, 2011). Asimismo, las luchas por el reconocimiento y la profesionalización de nuevos y viejos trabajos de cuidado, como ocurre por ejemplo en el caso de las enfermeras, afectan al desplazamiento de fronteras entre cuidado y curación (Tobío et al., 2010: 67).

Estas cuestiones son relevantes en tanto que los distintos tipos de necesidades de cuidado de personas enfermas, incluso cuando lo son de forma esporádica, generan una enorme cantidad de trabajo y de responsabilidad para quienes se ocupan de ellas y, en este sentido, pueden tanto permitir un mayor grado de autonomía como reforzar la dependencia.

4.3.2. Un mundo vulnerable

Todos los seres humanos necesitamos atención y cuidado, pero ciertas personas tienen necesidad de una atención especial pues les puede ir en ello la vida (Molinier, 2009: 434). Es decir, aun admitiendo que todos somos vulnerables, hay personas que son más vulnerables y dependientes que otras (Tronto, 2009a: 50-51). Reflexionar sobre la vulnerabilidad implica cuanto menos *pensar* en quienes cuidan de otros habitualmente, y en las vulnerabilidades intrínsecas al trabajo remunerado de cuidado por su falta de reconocimiento (véase Capítulo 2, *supra*), y en la propia vulnerabilidad, lo que supone caer en la cuenta de que aún siendo adultos, sanos, independientes, somos frágiles.

La vulnerabilidad desmiente el mito de que somos siempre ciudadanos autónomos y potencialmente iguales. Asumir la igualdad entre los humanos implica dejar de lado e ignorar importantes dimensiones de la existencia humana. A lo largo de nuestras vidas, todos nosotros atravesamos grados variables de dependencia e independencia, de autonomía y vulnerabilidad. Un orden político que suponga únicamente la independencia y la autonomía como la naturaleza de la vida humana se pierde con ello una buena parte de la experiencia humana y debe de algún modo ocultar este punto en otro lugar. Por ejemplo, un orden tal debe separar rígidamente vida pública y vida privada. (Tronto, 1993: 135)

Nuestra subsistencia, nuestra vida, nuestros proyectos, los sustentan cada día buen número de cuidados (tan básicos como el descanso, la nutrición, el aseo...), que nos dispensan otras personas o que nos prestamos a nosotros mismos. Desde esta perspectiva, se pone de manifiesto que, no sólo los más pequeños o los más mayores, las personas discapacitadas, accidentadas o enfermas, sino “todos los individuos, en tanto existencias carnales necesitadas de cuidados, participan, aunque no lo sepan, quieran o puedan ver, de esta condición vulnerable, cuyo reconocimiento tiene consecuencias morales, sociales y políticas” (Muñoz Terrón, 2012: 467). No se trata de borrar la división entre vida pública y vida privada, sino de trascenderla: “Si pensamos en los dos ámbitos, social y privado, como ámbitos en los que encontramos cuidado, entonces las divisiones existentes entre público y privado, las jerarquizaciones de ocupaciones actualmente existentes, las organizaciones de las instituciones de política social existentes, tienen considerablemente menos sentido.” (Tronto, 1993: 168). Joan C. Tronto argumenta que existe una continuidad entre los diferentes grados de cuidados de los que cada persona tiene necesidad. Más que una división estanca entre aquellas personas que son cuidadas por otros y aquellas personas que cuidan, podemos ver a cada persona como el centro de una red compleja de relaciones de cuidado en la que generalmente cada una es cuidada y cuidadora según qué aspecto, momento o

circunstancias. Sin embargo, esta es una idea que no suele ser considerada. Aceptarla supone revisar el ideal de total autonomía que preconiza un cierto pensamiento liberal:

[L]a interdependencia es difícil de aceptar, pues ello significa no solo que dependamos de otros para nuestras necesidades elementales, lo que ya es bastante, sino que dependemos de otras personas en *todos* los ámbitos de la existencia, y comprende todos aquellos que son considerados los más singularizados. Como, por ejemplo, nuestro genio personal. Pues en una sociedad fundada sobre el ideal de autonomía, reina también la idea de que somos autores de nosotros mismos, los propietarios de nuestras ideas y de nuestras obras, los artesanos de nuestra inmortalidad. La perspectiva del *care* invita a plantear algunas dudas sobre la individualización de nuestras *performances*. (Molinier et ál., 2009: 25-26)

Esta toma de conciencia de nuestra vulnerabilidad de base obliga, pues, a cambiar nuestra forma de pensar las responsabilidades sociales (Tronto, 2009a: 51). Tal como describe Patricia Paperman, esta es una de las potencialidades políticas que presenta el enfoque del *care*:

La perspectiva del *care* implica reconocer de forma más realista de lo que hacen las teorías sociales y morales ‘mayoritarias’ que la dependencia y la vulnerabilidad no son accidentes que suceden a ‘otros’ si no que son rasgos de la condición de toda persona. Ello se explicaría por la experiencia de quienes desarrollan la función de contribuir a la autonomización de las personas (niños, pero también adultos competentes cuya autonomía reposa sobre las respuestas no reconocidas a sus necesidades...) o de paliar sus deficiencias de autonomía (mayores o enfermos dependientes). [...] Esta percepción del *care* pone en primer lugar la cuestión de la responsabilidad y de la distribución de las actividades del *care*, de una forma justa y apropiada. (2004: 427)

Buena parte de las personas realizamos actividades de cuidado en la vida cotidiana, en menor o mayor medida, incluso cuando somos receptoras de cuidado. La cobertura de necesidades de cuidado en las familias hasta tiempos recientes quedaba garantizada por las mujeres, principalmente por las “amas de casa a tiempo completo”, pese al escaso reconocimiento social de la enorme cantidad de trabajo que supone. Las mujeres en las familias han cuidado de las criaturas y de las personas con autonomía reducida o de extrema vulnerabilidad por razón de edad (demasiado pequeños o demasiado mayores), estado de salud (enfermedad episódica o crónica) diversidad funcional o socialización (determinadas personas adultas). Pese a que el cuidado es absolutamente necesario para el funcionamiento de nuestra sociedad, solo ha sido objeto de debate recientemente. De hecho, las preocupaciones del *care* son tan evidentes, habituales y cotidianas que siempre están rondando con la invisibilidad, se trata de

cuestiones vulgares (Molinier et ál., 2009:7) que escapan frecuentemente a aquellos análisis realizados de forma estandarizada, por lo que se impone encontrar las maneras de dar forma política a este silencio, a esa necesidad del cuidado de ser discreto o apenas visible para funcionar adecuadamente. Para ello, siguiendo a Joan C. Tronto, es necesario tomar conciencia de que todas las personas somos beneficiarias de cuidados de una u otra forma, que somos interdependientes y que esa es la base para nuestra autonomía (2009a, 2009b, 2012). Tal como se remarcó anteriormente, esta perspectiva pone de manifiesto que la autonomía es siempre relativa, pues subraya la dependencia y la vulnerabilidad de todas las personas, es decir, que nadie puede ser considerado como autosuficiente. E, igualmente, invita a reconsiderar las bases de la ciudadanía. Pero, una politización del mundo del cuidado no se conforma con incluir en la ciudadanía las cuestiones cruciales de nuestras dependencias, también habría que pensar en las figuras que transitan por la ciudad y que no tienen reconocidos los mínimos derechos, pese a ser centrales para dar respuesta al cuidado de quienes sí gozan de pleno reconocimiento de sus derechos de ciudadanía (Nakano Gleen, 2009). Es un problema que se plantea a la democracia: numerosas relaciones de cuidado no son relaciones igualitarias en tanto que los seres humanos no somos iguales en capacidades, sobre todo si tomamos en cuenta los más jóvenes o los más mayores, los más frágiles o enfermos de la sociedad (Tronto, 2009a: 40). Con su reconocimiento, el cuidado puede devenir en una premisa fundadora de la sociedad democrática:

“La inclusión del cuidado en las actividades, los intereses y la vida de los ciudadanos democráticos representa verdaderamente la próxima frontera (y puede ser la última) a atravesar por la teoría de la democracia” (Ibíd.: 41).

Pero, tal como apunta Tronto para que el cuidado sea verdaderamente democrático debería contemplar tres supuestos/requisitos: “todo el mundo tiene derecho a recibir un cuidado adecuado durante su vida; todo el mundo tiene derecho a participar en relaciones de cuidado que den sentido a su vida; todo el mundo tiene derecho a participar en el proceso público para juzgar cómo debería garantizar la sociedad esas dos premisas.” (2004: 20-21). De este modo, al ser considerado como el cuidado de todas las personas, para todas las personas, la praxis del cuidado podría dar cuenta de las prácticas de una ciudadanía democrática (Ibíd.: 15-16). A través de la doble experiencia de dar y recibir cuidados, todas las personas pueden llegar a ser, no sólo individualmente más morales y comprometidas con las otras, sino en general mejores conciudadanas de las sociedades democráticas, más reflexivas y atentas a las necesidades de las demás; pues, al fin y al cabo, de lo que se trata en democracia es de prestar atención a la gente con

quien convivimos en los términos en que ella se siente y se piensa a sí misma (Tronto, 1993: 167-169; cfr. Muñoz Terrón, 2012: 476). El cuidado como *concepto político* necesita del reconocimiento de cómo el cuidar –en especial la cuestión ¿quién cuida de quién?– marca relaciones de poder en las sociedades actuales, y afecta a la intersección de género, clase, etnia, con la condición de las personas proveedoras de cuidados (Ibíd.: 168-169). El desempeño del cuidar está atravesado por desigualdades varias (de sexo/género, de clase, de etnia, de edad), encerrado en paradójicos círculos viciosos, que llevan a que quienes asumen el cuidado de sí mismas y de otras personas, estén reforzando precisamente patrones de subordinación y de exclusión. La solución que se apunta es “volver a conceptualizar el cuidado como valor público” (Tronto, 2004: 15-22).

Al considerar la vulnerabilidad como un rasgo constitutivo de lo humano, se debe evitar obviar la mayor vulnerabilidad social que tienen determinados grupos sociales, que les sitúa en un contexto de mayor fragilidad e indefensión cuando no existe un régimen de seguridad social universal (Castel, 2004). Se ha destacado que esta noción de una vulnerabilidad constitutiva, frente a aquella que se limita a categorías diferenciadas (como discapacidad, envejecimiento, u otro tipo de dependencias diversas) presenta una idea de la condición vulnerable como un rasgo compartido. Desde ahí se desarrolla una crítica sobre el ser vulnerable como una condición humana universal: ¿cómo conciliar la vulnerabilidad genérica con las vulnerabilidades concretas?, ¿cómo partir de esta consideración de la interdependencia y de la vulnerabilidad sin contribuir a banalizar o ignorar las vulnerabilidades particulares?, ¿cómo evitar que la vulnerabilidad se transforme en una mera abstracción?, ¿cómo impedir que se convierta en una vía de victimización de los dominados restándoles capacidad de agencia? Y, todo esto también invita a pensar en todas las personas como receptoras de cuidados (Molinier et ál., 2009: 29). Se impone, pues, analizar el cuidado y las vulnerabilidades desde una perspectiva micro, para conocer cómo las formas diversas de vulnerabilidad se manifiestan en hombres y mujeres concretos que tienen sus problemas concretos.

4.3.3. ¿Hacia qué modelo de ciudadanía?

Desde la literatura feminista se discute sobre las diferentes formas de dar respuesta pública a lo que se considera y se formula como un problema político, esto es, la organización social del cuidado (Martín Palomo, 2008a). Desarrollando un análisis histórico y sociológico de las condiciones por las que el cuidado ha devenido un asunto de mujeres, para Tronto se trata de mostrar cómo una dimensión central de la vida humana ha sido invisibilizada, marginalizada, desvalorizada (Tronto, 2009b). En

general, los discursos y prácticas de ciudadanía han ignorado las necesidades de cuidado y las relaciones de dependencia e interdependencia (Saraceno, 2004). Ello, pese a que el EB, como se ha comentado, institucionalizó las dependencias familiares: apoyándose en disposiciones tradicionales de género, se asignó asimétricamente a las mujeres el trabajo familiar no remunerado, en particular el de cuidado. No obstante, a la hora de construir modelos de ciudadanía no se puede continuar dando por supuestas las estructuras del cuidado herederas del modelo de rígida división de lo público y lo privado, que ignora que todas las personas somos vulnerables (Tronto, 2004: 2). Algunas autoras remarcan que precisamente las dificultades del acceso de las mujeres a la ciudadanía tienen mucho que ver con la separación sexuada entre privado y público (Varikas, 1999: 375), así como la descripción errónea de lo que sucede en la esfera privada y en la esfera pública. Sobre todo critican su presentación de los agentes, como si carecieran de relaciones y de compromisos con los demás:

La perspectiva del *care* reinterroga la oposición entre esfera privada y esfera pública, haciendo de esta separación la condición de la invisibilidad de las actividades y de las disposiciones necesarias para la constitución de los individuos autónomos y el mantenimiento de una red de relaciones sociales. (Paperman, 2004: 432)

Si ya resulta sumamente complicado que las reglas de *lo público* se adentren en el terreno de lo doméstico, de lo familiar, no lo es menos trascender estas fronteras en el sentido inverso. ¿Cómo se puede hablar de cuidado (*care*) en el espacio público? Seyla Benhabib, siguiendo los trabajos de Gilligan, argumentará que los temas referentes al cuidado son genuinamente morales (1992: 46). La teoría moral ha adoptado el punto de vista del otro generalizado como propuesta normativa del sujeto moral y político; la alternativa que propone esta autora a partir de la revisión de los trabajos realizados por Carol Gilligan, es pensar en unos *otros concretos*, es decir, considerar a todos los seres humanos como un individuo, con una historia y una constitución afectivo-emocional particulares, en vez de como un *otro generalizado*. Se trataría de pensar en sujetos situados, encarnados, contextualizados, con sus afectos, sus intereses, sus vulnerabilidades y dependencias:

La filosofía moral moderna, y en concreto las teorías universalistas de la justicia, han acentuado nuestro valor como personas morales a costa del olvido y de la represión de nuestra vulnerabilidad y dependencia como seres corporales. (Ibíd.: 49)

Benhabib presenta una teoría integradora, que mantiene el universalismo como horizonte normativo si bien lo matiza y lo denomina *universalismo interactivo*. Su propuesta requiere de una teoría moral que instaure algún tipo de equilibrio entre justicia, cuidado, universalidad, contexto, principios universales y prácticas locales para conseguir mejores definiciones de lo bueno y lo justo (Benhabib, 1996). Sin embargo, es necesario demostrar cómo funcionará el cuidado más allá de las relaciones personales, en la esfera pública, articulándose y complementándose con la justicia (Held, 2004; 1995). La hipótesis de una organización social y política que sea más cercana a las necesidades reales, garantizando la continuidad entre lo privado y lo público, ha llevado a Virginia Held a proponer que el contrato social sea *como* las relaciones de cuidado, más concretamente, como las relaciones que existen entre madre e hijo. Es una forma de imaginar un tipo de relación social y política más próxima a las necesidades de los ciudadanos, pero también implica ciertos riesgos (López de la Vieja, 2004: 152-153).

La perspectiva del cuidado lleva, pues, a ampliar la noción de lo político, como una reivindicación fundamental al destacar la importancia del cuidado para la vida humana, de las relaciones que organizan así como de la posición social, y moral, de las personas que prestan cuidados (Laugier, 2009: 196). Empujan a pensar la forma de trasladar los principios de la ética del cuidado a la acción política (McLaughlin, 1997). todas las instituciones deben desempeñar un papel en el cuidado. El Estado, concretamente, le correspondería intervenir en beneficio de quienes tienen necesidades especiales (Rohde, 1994), distribuyendo las cargas de tal modo que se promueva la justicia social, lo que supone articular medios y programas para atender a situaciones y agentes de especial vulnerabilidad (McLaughlin, 2003; Feder-Kittay, 2002; Nussbaum, 2007). Iris Marion Young cuestiona que al espacio público se le caracterizase por la imparcialidad y la racionalidad, mientras que el deseo y el sentimiento se relegaría a la esfera doméstica y a aquellas que son sus guardianas, es decir, las mujeres, lo que supone que hay una realización imperfecta de la universalidad (2000).

En la década de los ochenta reaparece en el debate sobre ciudadanía el *maternalismo*, de mano de autoras como Sandra Ruddick, Jean Bethke Elshtain (1997; 1983) o Virginia Held (1989), que siguiendo los trabajos de Nancy Chodorow (1984) y de Carol Gilligan (1985), consideran que en ámbito político se deberían poner en primer plano los valores específicos de las mujeres: el amor, el cuidado, el reconocimiento de las necesidades concretas y la amistad. Held sostiene que conseguir equilibrio entre lo privado y lo público permite criticar el modelo contractualista y *del hombre económico*, al argumentar que este ofrece una versión pobre, reductiva, de la realidad social,

económica y política. A su vez, el énfasis en la maternidad también revelaría la importancia de los aspectos relacionales de los individuos, en contra del sujeto clásico, el modelo de los *hombros* hobbesianos (Held, 1989). Para esta autora, la maternidad, como relación primaria, debería servir de paradigma para definir las relaciones sociales en su conjunto (Held, 1987). Aunque ya Sara Ruddick (1989) advertía que las habilidades emocionales e intelectuales desarrolladas en la práctica de la maternidad no responden a una base biológica, sino que pueden ser desarrolladas tanto por mujeres como por varones. También Nel Noddings describe el cuidado como una diada formada por una persona que provee de cuidados y otra que la recibe, tomando como modelo la relación materno-filial, idealiza las relaciones de cuidado, así como el papel de la mujer cuidadora (1984). Joan C. Tronto señala que fragmenta así el *continuum* que constituye el universo del cuidado.

Estos enfoques han recibido críticas tanto feministas (Sevenhuijsen, 1998; Tronto, 1993) como desde la perspectiva de la diversidad funcional (Shakespeare, 2000): esencialismo implícito, heterosexismo, etnocentrismo, la composición de un determinado modelo de normalidad (joven, bello, sano), o la reducción de la identidad política de las mujeres a su papel de madres. Este tipo de idealizaciones del cuidado olvidan aspectos más controvertidos tales como el control, el maltrato, la coacción o el abuso por parte de las personas que cuidan (Collin, 1992: 87). Además, se objeta que este modelo ético, esta forma de relación con el mundo que supone cuidar no es ni más ni menos que la actitud tradicional que se ha adjudicado a las mujeres. Y olvida también la vulnerabilidad o la incompetencia de las personas que prestan cuidados, el problema intrínseco de la desigualdad entre quien presta y quien recibe cuidado. En definitiva, en esta propuesta de política desde lo cotidiano, no hay problema en hablar de una determinada ética del *care*, sí lo tiene, sin embargo, el que ésta se considere una ética femenina o se deslice hacia cualquier otro tipo de presupuestos esencialistas. Cada vez más estudiosas insisten en que debe incorporarse el *care* como concepto público y político (Lewis y Daly, 2000) o bien como una cuestión de ciudadanía¹⁸ (Saraceno, 2004).

[L]a ética del *care* da a las cuestiones concretas y ordinarias – quien se ocupa de qué, y cómo – la fuerza y la pertinencia necesarias para examinar de forma crítica nuestros juicios políticos y morales pero también para cambiar el mundo. Nos permite imaginar una verdadera política de lo ordinario (Laugier, 2009: 200)

¹⁸ Se han realizado diversos esfuerzos por construir un modelo de ciudadanía que contemple los cuidados como dimensión central (Fraser, 1997).

Esta proximidad con la experiencia tiene consecuencias para la filosofía práctica - moral y política -, como, por ejemplo, el debilitamiento de las fronteras entre lo privado y lo público (Elshtain, 1997).

4.3.4. Una sociedad decente

Los conceptos de dependencia, autonomía y vulnerabilidad están estrechamente relacionados entre sí y con la forma en la que se concibe el cuidado prestado a otros, así como el autocuidado. El modelo de individuo independiente y autónomo que construye la modernidad, en particular el del pensamiento liberal, obvia que todos los seres humanos son dependientes en diferentes sentidos y circunstancias de sus vidas, aunque esto se ponga de manifiesto sobre todo en algunos momentos, como en los inicios y en los finales del ciclo vital. El ciudadano ideal moderno es concebido como un sujeto que debe sustentar económicamente a todos sus familiares “*dependientes*” – mujeres, descendencia, personas enfermas, ancianas, con diversidad funcional, en tanto que las mujeres se encargarían del mantenimiento de la vida cotidiana. Además de este modelo, en este capítulo se ha interrogado también la noción de dependencia al uso, para proponer la búsqueda de un modelo de ciudadanía que incorpore las interdependencias, la fragilidad y vulnerabilidad propias de todo ser humano. Desde planteamientos feministas se pone en cuestión una concepción de los seres humanos como individuos productivos, en nombre de la que disfrutaban de determinados derechos en exclusiva o de forma jerárquica; y desde los movimientos sociales de la diversidad funcional se propugna una relectura ampliada de la noción de autonomía. Un modelo que considera la vulnerabilidad consustancial al ser humano, como el que se propugna desde la perspectiva feminista del *care*, implica una apelación al derecho a recibir y a prestar cuidados de calidad, lo que, al menos indirectamente, exige también un más adecuado cuidado de sí para quienes cuidan, independiente del tipo de relación que se establezca entre personas cuidadoras y personas cuidadas. Tal como ha quedado dicho en otro lugar (Tobío et ál., 2010), son muchos los interrogantes abiertos en relación con la diversificación y extensión del cuidado más allá de las familias, en torno al cuidado como un nuevo derecho, sobre qué modelo de cuidado es necesario y qué modelo es posible, o hasta dónde llegará la universalización del cuidado, y qué implicaciones tendría para la igualdad social. El reto, hoy, es lograr idear un sistema que, desde la igualdad de género, permita desarrollar las potencialidades de todas las personas a la par que permita asumir y respetar sus limitaciones, es decir, avanzar en el camino hacia una “*sociedad justa o decente*”.

Capítulo V.

DISEÑO METODOLÓGICO

Las teorías son una especie de mapas; cada una puede representar una parte de la realidad

(Sandra Harding, 1995: 13)

5.1. Fundamentos epistemológicos

La organización, programación y desarrollo de una investigación consiste en la planificación del trabajo a llevar a cabo en función de una estructura de decisiones y con una estrategia que oriente el modo de obtener datos adecuados al tema de estudio. Tras cada opción metodológica existen premisas y supuestos teóricos que, en conjunto, dan cuenta de una determinada manera de entender qué es la *realidad* social, los fenómenos que en ella ocurren, las personas y grupos sociales que participan en ella: “toda mirada sobre la realidad es un acto de selección, de construcción y de interpretación que se hace desde un sujeto en un contexto” (Alonso, 1998: 17). Por tanto, se intentará explicitar a continuación los presupuestos epistemológicos de la investigación desarrollada, sus puntos de partida, así como el enfoque desde el que se ha abordado el problema de los cuidados en los entornos familiares.

5.1.1. Una mirada reflexiva, situada y encarnada

La perspectiva reflexiva contempla a los investigadores como sujetos posicionados dentro del sistema formando parte de él y dando cuenta de las modificaciones que producen sus observaciones: “La investigación social no clásica está regulada por el presupuesto de reflexividad, que postula un objeto definible sólo en relación con el sujeto.” (Ibáñez, 1991: 11). Así, siguiendo la propuesta de Jesús Ibáñez, se parte una epistemología en la que el propio sujeto generador de conocimiento, la investigadora en este caso, es parte del proceso mismo que investiga y, por lo tanto, no es un sujeto neutro, sino que toma una posición determinada desde el inicio, modificando lo estudiado con dicha investigación a la par que es modificado por ésta. *Situated Knowledge* (conocimiento situado) ha denominado Donna Haraway (1995) a esta toma de conciencia que se hace explícita. Al considerar que toda investigación carga con la subjetividad, valores, creencias, intereses, problemas y prejuicios de quien investiga, se ha intentado alejar el estudio de cualquier posible connotación positivista tanto en el diseño, en el trabajo sobre el terreno, así como en el modo en que quien investiga crea representaciones sobre lo estudiado y, por tanto, es también portador de sesgos (Combessie, 2000: 15). El aporte de las reflexiones que grupos feministas y otros

minorizados han hecho sobre las teorías del punto de vista (*stand point theories*) ha puesto en cuestión la supuesta neutralidad de las creencias sociales y de la producción del saber en general. Y se invita a profundizar y complejizar el estatuto epistemológico de la subjetividad y de la producción de conocimiento que es necesariamente situado. Revisitar los debates sobre las diferentes experiencias y configuraciones de poder y de la diversidad de puntos de vista feministas (Black feminismo, feminismo lesbiano, postcoloniales, subalternos, diversos...) y sobre la dificultad de pensar conjuntamente. Y se plantea que no se puede hacer ciencia social de calidad sin echar una mirada reflexiva sobre el punto de vista adoptado (Chabaud- Rychter et al, 2010: 15-15). Se pone así de manifiesto, tras más de cuatro décadas de reflexión epistemológica feminista el fabuloso potencial a la vez teórico y empírico que introduce la perspectiva de género en la investigación sociológica.

Feministas negras y de los países en vías de desarrollo señalan que las principales escuelas de pensamiento feminista no tienen en cuenta las divisiones de tipo étnico que existen entre las mujeres. E insisten en que no tiene validez el intento de generalizar teorías sobre el conjunto de las mujeres a partir de un determinado grupo, considerando, además, que la simple idea de que haya un tipo de opresión de género “única” que experimentan todas las mujeres por igual es problemática; así, por ejemplo, bell hooks señala que los marcos explicativos de feminismo “blanco”, tales como considerar la familia como un baluarte del patriarcado, pueden no ser aplicables a las mujeres negras para quienes la familia es un ámbito de solidaridad fundamental frente al racismo (hooks, 1981). Además, los factores de género, raza y clase social, forman un complejo entramado de divisiones sexuales en que la posición de determinados individuos puede ser subordinada o privilegiada dependiendo del eje de división puesto en juego en cada caso (Anthias, 2006; Muñoz Terrón, 2008).

La elección de un método particular para una investigación tiene sus implicaciones, en tanto que compromete a quien investiga con la decisión tomada, lo que, si bien inevitablemente contiene unas formas de pensamiento, también excluye otras. Además de herramientas para abordar la realidad en la investigación, los métodos empleados son guías para el itinerario. Pues “los métodos no se pueden aislar, no son independientes de las vías abiertas por los 'intereses' de quien investiga, así como los problemas, valores, ideologías o teorías que orientan sus objetivos ni de las características de los datos accesibles” (Combessie, 2000: 16). No es una decisión baladí, ya que son varios los años dedicados a la investigación, en los que la pasión es fundamental como motor del descubrimiento, pero también lo son las dudas en los

avances y retrocesos, tanto como la revisión o la creación. Así pues, la inclinación por el método biográfico tiene mucho que ver con el temperamento de quien investiga (Bertaux, 1989: 87). Esta reflexión, situada y encarnada, está en la base misma de la investigación aquí presentada.

La perspectiva o enfoque seguido en la presente investigación es de corte cualitativo, en tanto ésta es el más coherente con los objetivos de la investigación y con el tipo de información buscada, pues la perspectiva cualitativa permite analizar las diferentes visiones y formas de dar sentido a los fenómenos. El empleo de técnicas estructurales permite captar los procesos de construcción del sentido que las personas dan a sus actos, adentrándose en la búsqueda de las representaciones sociales expresadas a través de los discursos de quienes están involucrados en la investigación, intentando hacer emerger su subjetividad.

La representación social puede ser conceptualizada como un sistema de valores, ideas y prácticas, que tiene una doble función: en primer lugar, establecer un orden que permita a los individuos orientarse en el mundo social y ‘aprehenderlo’ y, en segundo lugar, facilitar la comunicación entre los miembros de un medio social proporcionándoles los códigos para nombrar y clasificar los diversos aspectos de su mundo, así como su historia individual y colectiva (Jodelet, 1996: 469 y ss.).

Se ha optado por las entrevistas abiertas por tratarse de una técnica que cumple dicho requisito en tanto que reproduce los dispositivos conversacionales en que se genera y expresa la opinión pública. Con esta herramienta se pueden captar las trayectorias concretas de vida y con ellas elaborar un relato de vida.

5.1.2. El género como perspectiva de investigación

La perspectiva de género ha orientado esta tesis doctoral desde sus primeros balbuceos, es más, se puede decir que esta investigación no hubiera existido sin dicho punto de vista. En el análisis de las familias, desde luego, uno de los avances más innovadores ha sido fruto de la incorporación de enfoques feministas y/o de género. El uso de términos como *estudios de género*, *estudios feministas*, *estudios de mujeres*, enlaza con un triple debate, proveniente del ámbito anglosajón (Casado, 2002). En el inicio de los estudios feministas no se hablaba de *género* sino de *mujeres*: de su invisibilización por parte de una sociedad y de una ciencia androcéntricas, de su opresión, explotación o subordinación por los hombres, y de las condiciones posibles de su necesaria emancipación. A partir de los años ochenta, se empieza a hablar cada vez más de género y de su funcionamiento jerárquico, considerado como una herramienta

interpretativa que permite identificar y caracterizar el contenido de las desigualdades y explicar su falta de visibilidad. En España, el concepto de *género* ha tenido más aceptación en el ámbito académico que en otros países no angloparlantes como Francia, probablemente porque se busca remarcar el carácter científico del enfoque, frente al término *feminista* que posee connotaciones más políticas. El concepto de género se introduce como categoría de análisis que permite diferenciar y separar lo biológico, atribuido al sexo, de lo cultural que determina el género. Así, el género se ha definido en relación con los contextos sociales y culturales donde están inscritas las relaciones entre mujeres y hombres y en interacción con otras categorías (edad, etnia, status socioeconómico, nacionalidad...) Por tanto, al ser una construcción social, lo que se entiende por masculino o femenino cambia en las distintas sociedades y a través del tiempo, siendo susceptible de reinterpretación y modificación. El género, cabe decir, es actuado. La literatura al respecto es muy extensa, diferentes conceptualizaciones de la relación sexo-género se pueden encontrar en: Joan W. Scott (1992), Carole Pateman (1996), Judith Butler (1989, 1990). Algunos de estos desarrollos teóricos argumentan que tanto el sexo como el género están contruidos:

Si el género es una forma de existir el propio cuerpo, y el propio cuerpo es una situación, un campo de posibilidades culturales a la vez recibidas y reinterpretadas, entonces tanto el género como el sexo parecen ser cuestiones simplemente culturales. (Butler, 1990: 201)

Tomando en consideración estos trabajos, se parte aquí de una definición de género muy amplia siguiendo la propuesta de Joan W. Scott de vincular el género, en tanto que elemento constitutivo de las relaciones sociales, con las relaciones de poder (1988: 141),.

5.1.3. Hacer investigación, generar teoría

El diseño de la aproximación empírica de que se nutre este estudio toma como punto de partida inicial orientaciones epistemológicas que entroncan con ciertos planteamientos que surgen con la *Grounded Theory* o Teoría Fundamentada (Trinidad *et ál.*, 2006), concretamente, la idea de intentar descubrir lo general entre las formas particulares. Aunque a la postre no ha sido éste el marco metodológico principal de esta investigación sobre tres generaciones de mujeres, que es más ecléctica y más discreta en su ambición que lo que dicha teoría propone (Glaser y Strauss, 1967), algunas de sus recomendaciones han resultado muy sugerentes para orientar el plan de trabajo.

El enfoque etnosociológico impulsado originalmente por autores como Anselmo Strauss y Barney Glasser en la Escuela de San Francisco constituye un referente axial de esta etnografía. La propuesta de Glasser y Strauss (1967) no sólo supone un esfuerzo de sistematización del análisis cualitativo, también es una perspectiva teórica y metodológica abierta a los datos cuantitativos. Su singularidad nace del propósito de generar los conceptos y su trabazón mediante hipótesis y abstraer a partir de conexiones empíricas, frente a la descripción que se obsesiona por el número de casos. Pese a la distancia existente entre sus diferentes marcos, que en ningún caso se pretende obviar aquí, es posible encontrar cierta similitud en los trabajos desarrollados por estos autores con los realizados en Francia por Daniel Bertaux (2005; 1993b:156-159; 1993a), si bien Glasser y Strauss centran sus estudios en la observación directa¹.

La saturación del discurso en los relatos de vida confiere a la idea de representatividad un significado diferente de lo que ocurre, por ejemplo, en las encuestas; en tanto que la muestra no es representativa en términos morfológicos sino en términos sociológicos (Bertaux, 1993a: 28). Asimismo, más allá de la representatividad, este marco ha servido para afianzar el desarrollo de nuevas nociones o herramientas conceptuales a partir del trabajo sobre el terreno. El estudio aquí presentado ha contribuido en gran medida a realizar una nueva revisión teórica del concepto de trabajo, y plantear la propuesta de *domesticarlo* (Martín Palomo, 2008a, 2008b, 2009, 2011). Así pues, durante el desarrollo de la investigación ha habido cierta circularidad y retroalimentación entre el trabajo de campo, como vía de conocimiento del objeto de estudio, las herramientas analíticas y la reflexión teórica. Y todo ello, en tanto que, tal como señala Francisco Alvira, los conceptos tienen una función mediadora entre la teoría y la percepción: “organizan, categorizan y hacen posible la observación” (1983: 67).

5.1.4. El relato de vida en la perspectiva etnosociológica

La perspectiva etnosociológica orienta un tipo de investigación empírica basada en el trabajo de campo que, inspirándose para sus técnicas de observación en la tradición etnográfica, que pretende revelar los significados que sustentan las acciones sociales, construye sus objetivos por referencia a ciertas problemáticas de carácter sociológico. Esta perspectiva permite estudiar un fragmento determinado de la realidad social para comprender cómo opera y cómo se transforma. Por ello, el recurso a los relatos de vida no excluye la utilización de otras fuentes, como las estadísticas:

¹ B. Glaser y A. Strauss centraron sus investigaciones en el funcionamiento de los servicios hospitalarios (Glaser y Strauss, 1967; Glaser, 1978).

[L]a perspectiva etnosociológica lleva a orientar los relatos de vida hacia la forma de *relatos de prácticas en situación*, en los que prevalece la idea de que a través de los usos se pueden empezar a comprender los *contextos sociales* en cuyo seno han nacido y a los que contribuyen a reproducir o a transformar. (Bertaux, 2005: 15) [las cursivas son añadidas]

En las ciencias sociales, el relato de vida es considerado como una forma particular de entrevista, la entrevista narrativa, en la que una persona solicita a otra que le cuente parte de su experiencia en el marco de una investigación. Por tanto, se puede considerar que hay un relato de vida cuando se realiza una descripción en forma narrativa de un fragmento de la experiencia vivida. Existen claras limitaciones de tiempo para realizar el trabajo de campo etnográfico, por lo que estas narraciones han estado efectivamente condicionadas por dichas restricciones; no debe perderse de vista que una vida puede ser contada en una, diez o cincuenta horas, lo que genera diferentes niveles de aproximación (Lejeune, 1994: 369). Es necesario, en todo caso, distinguir entre la historia *real* de una vida y el relato que se elabora en determinadas circunstancias. Bertaux considera que sería más adecuado hablar de una perspectiva etno-histórico-sociológica, porque así es posible incorporar la dimensión temporal que es constitutiva de todos los fenómenos sociales (2005: 16 y 36-37).

El relato de vida se conforma como un instrumento de gran utilidad para adquirir conocimientos prácticos, a condición de que, como *relato de prácticas* (Bertaux-Wiame et ál., 1988: 62), sea orientado hacia la descripción de las experiencias vividas por la persona entrevistada y los contextos en que esas experiencias se han desarrollado, entendiendo que cualquier experiencia vivida encierra una dimensión social (Schütz y Luckmann, 1977). Este relato de prácticas, referido al estudio de los cuidados prestados por las mujeres de diferentes generaciones en las familias, se convierte en una descripción de la acción en la situación concreta (por ejemplo, en torno al acontecimiento que supone el nacimiento de un hijo, al responder a preguntas del tipo: *¿cómo hacía usted para atender a su hijo recién nacido?*, *¿cómo lo alimentaba?*, etc. Pero también da cuenta de los dilemas concretos que enfrentan o que han enfrentado ellas en algún momento de sus vidas. Y, en tanto que la acción se desarrolla en el tiempo, la forma más adecuada para dar cuenta de ello, la que mejor la puede describir, es el *relato narrativo* (Bertaux, 2005: 21-22). Al sostener esto, no se pretende obviar la triple ilusión que esconde, y por la que ésta ha sido una metodología contestada: pretender describir el transcurso de un acontecimiento completo, la ilusión de un principio y un fin definidos, y sostener la creencia en la imagen objetiva del pasado

(Frankre, 1993: 63); como tampoco se olvida el peso que puede llegar a tener el marco de la experiencia en la elaboración discursiva que hace la persona entrevistada. Así, Erving Goffman plantea que sostener ciertos enunciados del tipo de los mantenidos por William Isaac Thomas, “cuando los hombres definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias”, es como “disparar a ciegas”, en tanto que se obvia que existe un marco en el que estas definiciones deben ser interpretadas (2006). Jean Claude Passeron critica ferozmente lo que denomina “utopía biográfica”, advirtiendo de los peligros que la reducción del método biográfico puede arrastrar, en el sentido de una “regresión infrasociológica” (Passeron, 2011: 284), es decir, reflexiona en torno a la inquietud teórica que le provoca ante el riesgo de perder “el aspecto longitudinal de los fenómenos” (Ibíd.). Pese a ello, el relato narrativo permite rastrear muchas de las cuestiones que motivaron la investigación sobre el universo de los cuidados y las mujeres en las familias.

A modo de contrapeso, se ha vinculado el análisis de los relatos de vida con otras formas de observación y análisis documental que, a su vez, se complementan con los datos cuantitativos obtenidos de la explotación *ad hoc* de la Encuesta de Redes Familiares (en adelante, ERF). No obstante, en la perspectiva etnosociológica, los datos desempeñan funciones muy distintas a las de los datos estadísticos (que ofrecen descripciones fiables de fenómenos sociales y verifican hipótesis). El enfoque etnosociológico pretende mostrar cómo funciona un determinado mundo o situación social mediante una descripción más detallada, articulando hipótesis y propuestas de interpretación de los fenómenos observados (más que propuestas de explicación). Un elemento que diferencia la investigación etnosociológica del proceso hipotético-deductivo es el estatuto de las hipótesis, ya que no se trata de identificarlas, sino de elaboradas a partir de todos los elementos que se puedan observar y analizar y que permiten ayudar a comprender cómo funcionan (Bertaux, 2005: 23-30). Y ello empuja, igualmente, a avanzar en la reflexión teórica, tal como se ha señalado más arriba.

En la investigación cualitativa el criterio de la validez externa – es decir, las posibilidades de generalización de los resultados obtenidos – ha sido el más criticado. No se ha cuestionado que la investigación cualitativa sea útil y sirva para conocer las opiniones y los procesos de construcción del sentido de los participantes, lo que se ha cuestionado es lo que se supone que es el punto débil de este tipo de investigación: la generalización de los resultados. Sin embargo, las técnicas cualitativas tienen criterios bien diferenciados para evaluar su propia fiabilidad y validez. El criterio de *saturación de los discursos*, por ejemplo, permite observar cuándo los discursos comienzan a ser

coincidentes y convergentes, y cuándo los marcos de referencia empiezan a ser reiterativos. Cuando se ha alcanzado ese momento de saturación en el desarrollo de las entrevistas en el trabajo de campo, se puede considerar que se ha logrado obtener un mapa conceptual de aquello que se pretende estudiar. Estos criterios propios de la perspectiva metodológica cualitativa, permiten definir el grado de fiabilidad y el grado de posibilidad de generalización de los resultados obtenidos. En este tipo de investigación no tiene sentido partir de una noción de muestra *estadísticamente representativa*. Es más razonable que ésta se reemplace por la de *construcción progresiva de la muestra* (Glasser y Strauss, 1967).

5.2. Metodología de la investigación

La preocupación por el tema de los cuidados se fragua en un espacio colectivo de conocimiento, el *Seminario Feminismos y Cambio Social* en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense a fines de los años noventa. Las primeras reuniones del grupo *Feminismos y Cambio Social* se desarrollan en torno a la problemática del estudio de las actividades realizadas por las mujeres en la vida cotidiana y el desafío que supone encontrar herramientas teóricas y epistemológicas para estudiar el tema en su complejidad, lo que llevó a proponer, bajo el estímulo fleckeano, una revisión del concepto de trabajo (Martín Palomo, 2008a). Así, durante más de una década, los cuidados han estado presentes en los seminarios y las reuniones de trabajo del grupo, generando conferencias, tesis doctorales y diversas publicaciones (Miranda y Marugán, 2008).

Es, sin embargo, con la aproximación empírica durante el proceso de preparación y desarrollo de la Encuesta Redes Familiares en Andalucía, 2005 (en adelante, ERF), y los resultados tremendamente significativos que arroja, cuando cobra forma la idea de profundizar en el tema de los cuidados prestados en los entornos familiares a través de una aproximación etnográfica. El proyecto de la ERF se desarrolla en tres fases a lo largo de varios años:

- 1) La fase de preparación, en la que: a) se elabora un documento exhaustivo de las encuestas levantadas hasta la fecha sobre las redes familiares, los intercambios generacionales en el ámbito familiar, el cuidado, la conciliación de la vida familiar, laboral y personal, y los usos del tiempo; b) una aproximación cualitativa de *reconocimiento del terreno*, en la que se realizaron siete Grupos de Discusión, con los que se buscaba captar la génesis de los discursos ideológicos sobre las familias

así como los cambios y retos que estas enfrentaban, y veinticuatro entrevistas semiestructuradas, que buscaban conocer los discursos sobre las prácticas de intercambio familiares; y, c) un *workshop* con expertos de diferentes países donde se debatió en torno a la idea general de la encuesta.

- 2) La fase de puesta en marcha de la encuesta, en la que: a) se diseñó un cuestionario que se aplicó con un microordenador de bolsillo y que fue probado en diferentes momentos (para conocer su funcionamiento, su aplicabilidad y su duración); b) se realizó un pre-test de la encuesta, con el que se simuló el funcionamiento del modelo de trabajo en red con las universidades andaluzas implicadas en el trabajo de campo; y, c), se lanzó la encuesta 2005, en la que se entrevistó a 10.000 personas en toda Andalucía con una muestra extraída del Padrón de Habitantes. Se aplicó, por lo tanto, a individuos y no a hogares, y en ello radica buena parte de la originalidad y de la riqueza, pero también de la complejidad y de las dificultades que tuvo al ser levantada (Fernández Cordón y Tobío, 2006).
- 3) La tercera fase de difusión de resultados, en la que: se diseñó un plan de publicaciones que incluía realizar monografías y trabajos de investigación a partir de la encuesta. En 2006, se presentó una propuesta para hacer un estudio complementario, una etnografía sobre tres generaciones de mujeres en una misma familia y su relación con el cuidado (véase nota 1, *supra* en este capítulo), que se desarrolló en 2006 y 2007. Para ello se elaboró una tipología de perfiles para entrevistas a mujeres de tres generaciones, que permitiera profundizar en los aspectos diacrónicos del cuidado que, a modo de fotografía, quedaron plasmados en la explotación de la Encuesta.

Los modelos de tríadas fueron diseñados a partir de tres variables de clasificación: actividad, clase social y posición familiar. Se entrevistó, en forma de conversaciones abiertas, a diez mujeres que colaboraron en la encuesta, a sus madres y a una de sus hijas adultas, o bien a una hija y a una nieta adulta, según la vía de contacto elegida.

5.2.1. Objetivos

La investigación que sustenta esta tesis trata de responder a la pregunta de cómo ocurre para que aún cuando las mujeres han cambiado su papel en la sociedad, sobre todo en el espacio público, apenas cambie su situación en el ámbito doméstico-familiar

en relación con los cuidados. Más concretamente, las preguntas que dan origen a esta investigación, y a las que se intenta dar respuesta son las siguientes:

- 1) ¿Cómo se organizan las familias para dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus miembros, al participar progresivamente las mujeres, del trabajo remunerado?
- 2) ¿Qué justificaciones posibilitan que, pese a todos los cambios demográficos, sociales y culturales, en las sociedades modernizadas la transmisión de ciertas habilidades, competencias y saberes, así como la responsabilidad de los cuidados siga a cargo de las mujeres de diferentes generaciones?
- 3) ¿Qué tipos de dilemas morales enfrentan las mujeres de las diferentes generaciones estudiadas para dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus familiares?
- 4) ¿Qué papel juegan las emociones en las construcciones de los diferentes modelos de cuidados?
- 5) ¿Qué papel juegan las políticas públicas en la construcción de los diferentes modelos de cuidados?

Por lo tanto, con esta investigación se pretende estudiar y conocer la percepción de las mujeres ante los cuidados así como las estrategias que desarrollan y los dilemas morales prácticos (Baterman, 2004: 391) a que deben hacer frente para poder compaginar el cuidado de las personas de las que se responsabilizan con otras esferas de su vida personal y profesional. Por todo ello, se trata de identificar: 1) qué es lo que las mujeres consideran cuidado, identificando los cambios y permanencias en las tres generaciones estudiadas así como las diferencias y similitudes atribuibles a su posición de clase; 2) qué sentimientos experimentan cuando lo prestan o cuando se niegan a hacerlo (afectos, sentido del *deber*, etc.); 3) dilemas morales que enfrentan y estrategias que despliegan; 4) las soluciones concretas que adoptan y/o plantean.

Con la intención de profundizar a través de estas preguntas que han guiado el estudio se pretende tener un mayor conocimiento de qué es lo que entienden las mujeres por cuidado, así como las formas que adoptan las relaciones entre mujeres de diferentes generaciones en los entornos familiares andaluces para hacer frente a las necesidades de cuidado de sus familiares y en qué medida las diferentes formas de dar respuesta a dichas necesidades de cuidados afecta a las relaciones de género en las familias. En este

sentido, se busca conocer si existen discursos diferentes entre las mujeres procedentes de distintas clases sociales para saber en qué medida se ven condicionadas por su posición de clase y en la relación familiar. También se pretende aportar luz sobre el modo en que conviven diferentes modelos de relaciones de género en la provisión de cuidado a los diferentes miembros de la familia así como del autocuidado, intentando profundizar en las tensiones, dilemas y estrategias que desarrollan en función de sus diferentes posiciones en las familias. Se incide en el análisis de las decisiones que toman las mujeres de las diferentes generaciones especialmente en los momentos de tensión entre cuidar de los otros y cuidar de sí mismas, así como la medida en que dichas decisiones tienen relación con diferentes modelos de relaciones de género para cada una de las generaciones estudiadas, con su consecuente *deber ser* para cada uno de ellos y en qué medida *construyen* dichos modelos de relaciones de género. Y el modo como conviven estos diferentes modelos de relaciones de género en la provisión de cuidado de los diferentes miembros de la familia. En tanto que son las mujeres quienes habitualmente se hacen cargo del cuidado de los miembros de sus familias, esta investigación se ha centrado en el análisis de las justificaciones sobre las formas de transmisión entre mujeres de diferentes generaciones de los saberes, de las competencias sobre cuidado así como del sentido del deber acerca de quién cuida y quién debe hacerlo, cómo lo hace y cómo debería hacerlo.

5.2.2. La entrevista como herramienta metodológica

El objetivo perseguido al utilizar la entrevista abierta es analizar cómo las entrevistadas construyen y viven su propia cotidianeidad, manteniendo y mediatizando las estructuras de la sociedad. No se ha buscado tanto obtener información *objetiva*, como comprender sus acciones, lo que se esconde tras sus intentos de decir lo adecuado, el modo como elaboran ellas sus justificaciones de los actos y cómo dan cuenta de sus dilemas. Con el uso de esta herramienta se ha buscado indagar a fondo y en detalle las situaciones personales de cada entrevistada, su visión y valoración de la situación social en que está inmersa. La entrevista abierta es un proceso comunicativo por el que se extrae información de la informante, de forma no directiva. No obstante, se ha empleado cierto directivismo en esta investigación con el fin de evitar la *ansiedad* que pueden producir las preguntas demasiado abiertas, especialmente al principio de una entrevista.

La situación de interacción que se produce en este tipo de entrevista da lugar a un intercambio transferencial en que se juegan las relaciones proyectivas a través de la relación entrevistadora-entrevistada, en la que emergen patrones o modelos de referencia

culturales o sociales. La entrevista, como conversación dirigida y registrada – en una grabadora en esta investigación –, favorece la producción de un discurso continuo y lineal sobre un tema definido. La definición de la situación es importante que sea muy clara desde el principio, comunicando de antemano la intención de grabar las entrevistas –definidas como de investigación, y así efectivamente se ha hecho.

5.2.3. Entrevista a tres mujeres de diferentes generaciones en una familia

En el estudio realizado a partir de la ERF se ha buscado acceder a la combinación de datos cualitativos y cuantitativos que permita profundizar en el conocimiento del tema propuesto. Para ello se ha seguido el siguiente modelo de recogida y explotación de los datos obtenidos:

- a) En primer lugar se ha realizado una explotación sociodemográfica de la encuesta Redes Familiares en Andalucía, con el fin de obtener un análisis detallado de las estructuras familiares e intercambios intergeneracionales intra e intergéneros, a través de la descripción de los posibles modelos de tríadas generacionales y de diseñar una aproximación cualitativa a partir de los datos obtenidos en la explotación de los datos de la Encuesta Redes Familiares en Andalucía.
- b) En segundo lugar, se ha realizado un trabajo de campo *ad hoc* con el que se busca profundizar en algunos aspectos mediante el análisis de los discursos de las mujeres entrevistadas, cuyos perfiles han sido seleccionados según las variables de segmentación social de posición en la familia (abuela, madre, hija), relación con la actividad y clase social.

La explotación sociodemográfica de la ERF pone de relieve una intensa actividad relacional y de intercambio entre las diferentes generaciones de mujeres del entorno familiar. Una vez identificadas, perfiladas y descritas las diferentes tríadas generacionales se ha profundizado mediante el estudio cualitativo en la naturaleza, las motivaciones que subyacen a cada uno de estos intercambios. De algún modo, se ha seguido el modelo de trabajo desarrollado por el equipo liderado por Claudine Attias-Donfut (2003: 21-25). Así, se ha tomado como persona de referencia la denominada *generación pivote*², es decir, la de las hijas que son madres, y que por ello han establecido el contacto tanto con sus hijas como con su madre.

² Sobre la importancia de esta generación pivote en las relaciones familiares concuerdan las entrevistadas con expertas como Martine Segalen, pues tienen la relación más intensa con la abuela y con la hija: “En toda genealogía existe un pariente al que podría llamarse ‘pivote’ y que sirve de punto

El diseño metodológico inicial se realizó a partir explotación de la encuesta *Redes Familiares en Andalucía* sobre la base de un modelo de cinco tipos de tríadas, elaborado a partir de la relación con la actividad de cada una de las integrantes de la tríada para dos tipos de posición en la escala social (clase baja³ y media/media-alta), por entenderse que tanto la relación con la actividad como el nivel socio-económico condicionaría los discursos de las entrevistadas en relación con el cuidado. Dicho nivel socioeconómico se ha determinado a partir del status de la generación intermedia, la madre, siguiendo los parámetros de la ERF (nivel de estudios y actividad laboral). Los modelos diseñados originalmente son tres: a) modelo tipo tradicional: la actividad principal de las tres generaciones integrantes de la tríada es el trabajo del hogar no remunerado (amas de casa a tiempo completo); b) modelos tipo en transición: a partir de la segunda o tercera generación las integrantes de la tríada tienen como actividad principal el trabajo remunerado (hay dos posibilidades: transición en la segunda generación y transición en la tercera generación); c) modelo tipo moderno: la actividad principal de las tres generaciones integrantes de la tríada es el trabajo remunerado. Además, se consideró que podría existir algún tipo de modelo regresivo debido a los cambios en el contexto sociocultural para las diferentes generaciones estudiadas (trabajo remunerado en la primera generación y ama de casa a tiempo completo en la segunda y tercera generación) así como un modelo moderno con salto en la segunda generación (primera generación, trabajo remunerado; segunda generación, ama de casa a tiempo completo; y tercera generación, trabajo remunerado). Para la variable clase social se establecen los modelos a partir de las regularidades detectadas en la explotación de la ERF. Explotación que, además de permitir obtener los diferentes modelos de tríadas, aporta otros datos muy sugerentes. Así, el posible modelo de tríada tradicional con salto en la segunda generación no ha sido identificado en la explotación de la encuesta tal como era de prever, en tanto que este tipo de tríada es poco probable teniendo presente lo que los estudios recientes de sociólogos e historiadores sociales han puesto de manifiesto (véase cap. 2 *supra*). Sin embargo, pese a no ser incluido en el diseño original, en el

de unión dentro de la estructura por su interés por estas cuestiones o por el conocimiento de las ramificaciones genealógicas.” (1992: 89). Las entrevistadas se refieren a esta figura como *el pilar* de la familia.

³ Tal como señalan Martín Criado y Moreno Pestaña en su estudio sobre los hábitos alimenticios de las clases populares, éstas no forman un grupo homogéneo en tanto que se hallan, al igual que ocurre con el conjunto de la sociedad, “sometidas a fuertes procesos de transformación, ligados a las transformaciones económicas, a la creciente importancia de la escolaridad, a la redefinición de la división de género, al creciente acceso de la mujer al mundo laboral...: procesos que afectan de manera desigual a las distintas fracciones de clases populares” (Martín Criado y Moreno Pestaña, 2006: 12).

trabajo de contactación se identificó un quinto modelo tipo de tríada, que se ha denominado *regresivo*, pero solo para la clase social baja, se trata de un modelo en el que la primera generación realizó trabajo remunerado (en gran medida, en empleos sin regulación, fuera de los límites formales del mercado de trabajo, sea por su temporalidad, como los desarrollados en el campo, o por ser desarrollado en el ámbito doméstico, sea en otros hogares sea realizando en el propio algún tipo de trabajo remunerado, como la costura; es decir, aquel tipo de trabajo que no se registró en las estadísticas de la época por no ser considerado trabajo, aunque este fuera fundamental para la subsistencia familiar), y la segunda y tercera generación eran amas de casa a tiempo completo. En la ERF, si bien se confirmó la excepcionalidad de este modelo, se identificó posteriormente en la ronda de llamadas de contactación que estaba más generalizado de lo que la ERF pudo identificar sobre todo en los medios populares (precisamente por el concepto de trabajo remunerado con el que se trabajó en la encuesta así como por el peso que dicho modelo tiene en la consideración de qué se entiende por trabajo para la segunda y tercera generación, es decir, aquellas entrevistadas de la ERF a través de las que se realizaron los contactos).

5.2.3.1. Selección de los perfiles

La primera tarea a realizar para proceder a la selección de las entrevistadas es delimitar el marco poblacional. Para ello es necesario contar con datos sociodemográficos y/o listados procedentes de diferentes fuentes que sean consideradas más exhaustivos y que recojan una información actualizada y fiable. Los listados con las posibles entrevistadas para la investigación los facilitó el Instituto de Estadística de Andalucía, se trata de mujeres que ya fueron entrevistadas para la *Encuesta Redes Familiares* y a las que se propuso participar en esta nueva investigación colaborando con una entrevista más, esta vez sin apenas estructuración, y con el compromiso de animar a las otras dos integrantes de su tríada a participar también. Todos los contactos se han establecido bajo secreto estadístico desde las oficinas del IEA, con la inestimable colaboración de sus técnicos para elaborar rigurosos listados según los criterios solicitados por la doctoranda. Los perfiles para participar en la etnografía se han seleccionado sobre modelos de tipos de tríadas generacionales diseñados a partir de la explotación *ad hoc* de la ERF (Martín Palomo, 2010a: 135-148). Los modelos han sido diseñados con las siguientes variables: actividad, clase social y posición familiar (Ibíd.: 149-150). Cristina García Sainz se pregunta por la noción misma de medida en sociología, a raíz de algunas reflexiones proporcionadas por metodólogos, tanto por parte de quienes postulan que una clasificación en sí misma es una forma de medición, como

aquellos que asocian la medición a las propiedades mismas de los objetos (1998: 250-251). Destacados pensadores como Jesús Ibáñez o Aaron Cicourel afirman que no es posible realizar una medición objetiva o rigurosa en sociología. Ibáñez (1985: 109), por considerar que siempre hay un sujeto que mide y, por lo tanto, la medida es subjetiva, Cicourel (1982: 42-43), al sostener que convertir los enunciados teóricos en conceptos cuantificables es quizás la mayor dificultad a la que se enfrentan los investigadores sociales. Es sugerente esta reflexión en tanto que para medir y clasificar, primero hay que categorizar lo que se va a medir o clasificar y esta operación crea los datos científicos en los que se apoyan los estudios sociológicos.

Este diseño de trabajo de campo implicaba una serie de requisitos que, en principio, se perfilaban en el horizonte como un auténtico reto: había que lograr que tres mujeres de una misma familia de diferentes generaciones, todas ellas residentes en la provincia de Sevilla, estuvieran dispuestas a colaborar en la investigación propuesta. No obstante, la investigación se ha desarrollado sin apenas dificultades. Se dan a continuación algunas pinceladas acerca de cómo transcurrió. En general, el primer contacto se estableció a través de la generación pivote. Para efectuar el trabajo de campo, se adoptaron las siguientes decisiones metodológicas: entrevistar a mujeres adultas de tres generaciones de una misma familia siguiendo el eje de filiación femenino; y proponer a las mujeres seleccionadas que participasen en el proyecto y que, a su vez, implicasen a su madre y a su hija, o a su hija y a su nieta. El estudio se ha limitado a aquellas tríadas cuyas integrantes residían en la provincia de Sevilla. Aunque de entrada no parecía sencillo lograr que tres mujeres de una misma familia de diferentes generaciones estuvieran dispuestas a colaborar en la investigación propuesta, el trabajo de campo se desarrolló no obstante, sin apenas dificultades.

Se debe destacar que el hecho de contactar una tríada completa en una misma familia presenta el inconveniente de introducir un sesgo fundamental en la investigación y en sus resultados en tanto que aquellas familias que aparentemente no mantuvieran relaciones armónicas en el momento de contactar a las posibles entrevistadas tenían muy pocas posibilidades de participar en la investigación. Ello condiciona en buena medida los resultados. Sin embargo, esto es propio de cualquier análisis cualitativo: siempre se introducen sesgos en cualquier trabajo de campo que se realice; lo importante es controlarlos y hacerlos visibles, como es este caso. Forma parte de las propias limitaciones y bondades de la investigación cualitativa.

Cuadro. Relación de entrevistas efectuadas (perfiles)

Número de entrevista	Nombre Entrevistada	Modelos Tríadas	Posición familiar	Actividad Principal	Clase social
E1	Felicidad	Tríada 1: MODERNA	Abuela	Trabajo remunerado	Media-alta
E2	Andrea		Madre	Trabajo remunerado	Media-alta
E3	Natalia		Nieta	Trabajo remunerado	Media-alta
E4	Concha	Tríada 2: MODERNA CON SALTO EN SEGUNDA GENERACIÓN	Abuela	Trabajo remunerado	Baja
E5	Lola		Madre	Trabajo hogar	Baja
E6	Alicia		Nieta	Trabajo remunerado	Baja
E7	Carmen	Tríada 3: TRANSICIÓN TRADICIONAL - MODERNA EN TERCERA GENERACIÓN	Abuela	Trabajo hogar	Baja
E8	Carmina		Madre	Trabajo hogar	Baja
E9	Ana		Nieta	Trabajo remunerado	Baja
E10	Fernanda	Tríada 4: TRANSICIÓN TRADICIONAL - MODERNA SEGUNDA GENERACIÓN	Abuela	Trabajo hogar	Baja
E11	Teresa		Madre	Trabajo remunerado	Baja
E12	Rosario		Nieta	Trabajo remunerado	Baja
E13	Antonia	Tríada 5: TRADICIONAL	Abuela	Trabajo hogar	Media-alta
E14	Mercedes		Madre	Trabajo hogar	Media-alta
E15	Lucía		Nieta	Trabajo hogar	Media-alta
E16	María	Tríada 6: MODERNA	Abuela	Trabajo hogar	Baja
E17	Mari		Madre	Trabajo hogar	Baja
E18	Ruth		Nieta	Trabajo remunerado	Baja
E19	Josefa	Tríada 7: TRANSICIÓN TRADICIONAL - MODERNA SEGUNDA GENERACIÓN	Abuela	Trabajo hogar	Media-alta
E20	Isabel		Madre	Trabajo remunerado	Media-alta
E21	Manuela		Nieta	Trabajo remunerado	Media-alta
E22	Blanca	Tríada 8: MODERNA CON SALTO EN SEGUNDA GENERACIÓN	Abuela	Trabajo remunerado	Media-alta
E23	Marisa		Madre	Trabajo hogar	Media-alta
E24	Mónica		Nieta	Trabajo remunerado	Media-alta
E25	Consolación	Tríada 9: REGRESIVO	Abuela	Trabajo remunerado	Baja
E26	Juani		Madre	Trabajo hogar	Baja
E27	Juana		Nieta	Trabajo hogar	Baja
E28	Encarna	Tríada 10: TRANSICIÓN TRADICIONAL - MODERNA TERCERA GENERACIÓN	Abuela	Trabajo hogar	Media-alta
E29	Elena		Madre	Trabajo hogar	Media-alta
E30	Julia		Nieta	Trabajo remunerado	Media-alta

NOTA: Modelo de tríada tipo 2 (tradicional) no disponible para clase baja: se ha sustituido por tipo 6 (regresivo), modelo que inicialmente no se contemplaba en el diseño de la investigación.

5.2.3.2. Desarrollo del trabajo de campo

El muestreo 'estructural' a realizar ha constado de dos fases: en la primera, se han seleccionado modelos y perfiles; y, en la segunda, se han seleccionado las posibles personas a entrevistar. Los criterios para seleccionar los perfiles han sido: relación con la actividad, nivel socioeconómico, posición familiar. Los criterios para seleccionar a las entrevistadas han sido: las posibilidades de localización de las entrevistadas en la provincia de Sevilla y la aceptación de cada una de las integrantes de la tríada a conceder una entrevista. Tal como suele hacerse en el trabajo cualitativo, la investigadora ha garantizado el anonimato y la confidencialidad de la información. Finalmente, se ha entrevistado, en forma de conversaciones abiertas, a diez mujeres que residen en la provincia de Sevilla, a sus madres y a una de sus hijas adultas, o bien a una hija y a una nieta adulta (siguiendo la línea de filiación femenina), según la generación a la que pertenece la vía de contacto elegida en cada caso. Se han realizado treinta relatos de vida en total. Se ha buscado que cada persona sea entrevistada de forma individual, pero algunas abuelas entrevistadas han estado acompañadas por su respectiva hija o nieta, que, pese a haberse mantenido en un discreto segundo plano en esa entrevista, pueden haber condicionado el desarrollo de la misma; no fue posible encontrar otra forma de entrevistar a dichas abuelas pues por su delicado estado de salud sus hijas o nietas no querían dejarlas solas con la doctoranda.

a) Contactar con las entrevistadas

Las labores de contactación requieren tiempo, paciencia y capacidad de comunicación. Como todas las fases del proceso investigador, ésta es delicada y el modo de realización afecta a la información producida. Los discursos que producen las personas – especialmente durante los primeros minutos de entrevista – están fuertemente marcados por el modo de contactación. Por ello, se suelen utilizar varias vías con el fin de que los posibles sesgos procedentes de esta fuente de error se anulen entre sí. Obviamente, al existir una única vía de contacto, este sesgo lo presenta el trabajo de campo desarrollado, lo que se ve en cierto modo compensado por el hecho de que ha sido una operación estadística la que ha realizado la primera selección de los listados para establecer los contactos y ello puede leerse como una suerte de muestreo estructural. En el primer contacto telefónico se ha intentado hacer una presentación clara y sincera de lo que se pretende con la investigación; se explicó que esta investigación tenía como finalidad tanto servir a la elaboración de una tesis doctoral como para elaborar una monografía que sería publicada por el Instituto de Estadística de Andalucía.

En el mismo momento en que la investigadora enunció su objeto de estudio y la entrevistada aceptó colaborar se estableció un pacto inicial: *la entrevista se centrará en el tema de los cuidados*.⁴ En esta presentación ha sido importante conseguir la confianza de la persona contactada: una vez implicada ésta, ha sido relativamente sencillo que, a su vez, se involucran las otras dos integrantes de la tríada en la investigación. En cada llamada se ha buscado encontrar “las puertas de entrada” a su mundo social (Bertaux, 2005: 61), animando a cada persona telefoneada a colaborar, utilizando para ello términos familiares y evitando el recurso a la jerga sociológica. Como es habitual en este tipo de indagación empírica, a todas las entrevistadas se les ha garantizado el anonimato en el tratamiento de la información, por lo que los nombres, lugares y otros datos que pudieran identificarlas han sido sustituidos por otros o bien por una letra. En general, la respuesta a la propuesta de colaborar en el proyecto ha sido positiva (Martín Palomo, 2010a: 17). Una vez contactada una entrevistada, se entiende que si la persona acepta colaborar es porque, de alguna manera, tiene interés o curiosidad por participar en el estudio propuesto. Y así ha sido: las entrevistadas se han comportado como aliadas que han facilitado el trabajo de la doctoranda. Además, se han mostrado satisfechas del reconocimiento social que implica el que sean interpeladas como informantes para una investigación, más cuando se trata de cuestiones que tienen lugar en los entornos domésticos y bajo una fuerte naturalización, lo que, en ocasiones, ha causado una sorprendente, a la par que grata, sensación.

Las entrevistas han tenido lugar entre noviembre de 2006 y febrero de 2007, todas ellas se han desarrollado en el hogar de las entrevistadas, en la casa de sus madres o de sus hijas, lo que ha permitido, paralelamente, efectuar un trabajo de observación sobre las características del barrio, municipio y vivienda de la entrevistada (de su madre o de su hija). Se ha obtenido así una rica información del contexto en el que se desarrolla la vida cotidiana de las entrevistadas.

b) Aportes y limitaciones del recurso al guión en la entrevista

La fórmula idónea para obtener los relatos de vida es una entrevista lo más abierta posible, y por ello, se ha intentado crear una relación dinámica en que, por su propia lógica comunicativa, los temas se generen de acuerdo con la persona entrevistada. No obstante, se ha utilizado una guía que ha servido como eje en el transcurso de la

⁴ Tal como la define la Escuela de Palo Alto, la entrevista queda determinada por una negociación de significados, con lo que se establece un contrato comunicativo entre entrevistadora y entrevistada (Watzlawick, Beavin y Jackson, 1971).

entrevista, como memento, recordatorio (Combessie, 2000: 39); es el mínimo marco pautado en el que se recogen los objetivos de la investigación y que permite focalizar la interacción sin estar estructurado secuencialmente. Se ha revisado el estudio cualitativo que sirvió de base para la elaboración del cuestionario de la ERF⁵ para su diseño, perfilando una estructura general que abarque los principales acontecimientos que ha vivido la persona entrevistada en relación con el cuidado.

El relato de vida se genera en una combinación de preguntas y exploraciones en un contexto de diálogo con la persona entrevistada. La investigadora llega a conocer así, al menos en parte, lo previsto; pero igualmente es importante que pueda suceder lo imprevisto, como a menudo pasa, emergiendo información que surge desde el punto de vista de la entrevistada sobre su propia vida (Thompson, 1993: 70). Si bien es cierto que las entrevistas se han desarrollado siguiendo una pauta, también lo es que se ha dejado que cada entrevistada articule su propio discurso y que el protagonismo narrativo esté en la forma personal en que cada una lo elabora, de tal modo que vaya construyendo a su manera su propia narración. Como es habitual en relatos de vida, la persona entrevistada construye una autopresentación en la que da orden y estructura a su vida e intenta dar una imagen buena de sí misma (Berg, 1990: 8-9). Este relato de coherencia, necesariamente parcial, forma parte de las reglas del juego, que aquí han sido aceptadas. Se ha intentado conducir la entrevista sin brusquedad, evitando que la entrevistada se pierda en digresiones, o que (re)oriente su relato hacia aquellos aspectos de su vida que se alejan de los temas tratados en la investigación (de Tourtier-Bonazzi, 1989: 181-189). Tras una presentación, las entrevistas se han centrado en la narración biográfica que cada entrevistada elabora en torno al momento en que nace su primer hijo y el cuidado que esta criatura requiere: movilización y adquisición de ciertas habilidades y competencias orientadas a prestar estos cuidados, cambios en la interacción intergeneracional, en las relaciones de género, el papel desempeñado por los discursos expertos así como las tensiones o continuidades que mantienen con los saberes y competencias transmitidos en las líneas de filiación femeninas; pero también el cuidado prestado a otras personas en las familias, o el cuidado de sí mismas. Para las abuelas, el relato se ha iniciado generalmente tomando como punto de partida algunos rasgos generales sobre su familia de origen; para las nietas entrevistadas, cuando no eran madres, el relato se ha centrado en su vivencia de experiencias cercanas de maternidad, así como en sus expectativas y su proyección en relación con una posible maternidad futura. Además, en el transcurso de

⁵ Para dicho estudio se realizaron siete grupos de discusión y 24 entrevistas en Andalucía, entre octubre de 2002 y febrero de 2003 (Tobío, Martín Palomo y Fernández Cordon, 2003).

las entrevistas han surgido temas relacionados con la vida en pareja, con la interrelación de trabajo remunerado y no remunerado, los tiempos, así como el papel desempeñado por las políticas públicas y por el mercado en la provisión de cuidado. Para cerrar las entrevistas, se han planteado una serie de preguntas con el objetivo de conocer la valoración subjetiva de los temas referidos a cuestiones sobre el deber y la responsabilidad moral del cuidado en las familias (véase Anexo I). Tal como recomienda Daniel Bertaux, la doctoranda ha intentado no caer en ninguno de los dos extremos: ni hablar demasiado ni estar completamente en silencio, situación esta última que generalmente provoca malestar en la persona entrevistada y tiende a inhibir la comunicación. Adoptando algunas recomendaciones de este autor, se ha procurado preguntar recurriendo a la palabra *cómo* (por ejemplo, *¿cómo aprendió usted a cuidar de su hijo recién nacido?, ¿a alimentarlo?...).* Para manifestar un interés que contribuyera a animar el desarrollo de la entrevista, tal como recomiendan los expertos, se ha recurrido a procedimientos tales como la mímica, murmullos de aprobación, repetir algunas palabras de la entrevistada para invitar a que continúe, interrumpir lo menos posible, permitir los silencios como momentos de reflexión, dejando que tome su tiempo mientras se espera que finalice su explicación.

Las entrevistas han durado alrededor de noventa minutos, generalmente se han alargado más cuando se trataba de las abuelas, y han sido algo más breves para las nietas, sobre todo cuando estas no son madres. Cuando se han quedado temas sin tratar, se ha concertado una segunda cita lo más próxima posible a la primera cita para dar continuidad al relato de vida. Han tenido lugar en las salas o comedores de las viviendas, en torno a una mesa camilla, siempre en el espacio propuesto por las entrevistadas, allí donde se podían sentir más cómodas, rodeadas de sus fotografías y objetos queridos. En algunas ocasiones, sobre todo con las nietas, la entrevista se ha desarrollado en un sofá, en torno a una mesa de comedor, un velador, o en su cuarto propio, lo que da cuenta de los cambios en el estilo de vida de esta tercera generación respecto a la de sus madres o abuelas y su vivencia del espacio doméstico. Todas las entrevistas han sido grabadas⁶

⁶ Ha existido un sugerente debate sobre si es oportuno grabar las entrevistas o no. Algunos autores, detractores de esta práctica, consideran que es mejor no efectuar grabación pues ello implica problemas asociados tales como: la transcripción, dificultosa y costosa en términos de tiempo y de dinero; distrae la habilidad de escuchar y observar durante el trabajo de campo; condiciona a la persona entrevistada; y, en general, provoca cierta desconfianza ante las grabaciones frente a las clásicas notas con lápiz y papel (Hammer y Wildavsky, 1990: 35-35). Con un planteamiento inverso, otros autores insisten en que no sólo es necesario grabar sino que, además, puede llegar a convertirse en una parte necesaria de la formación básica en etnografía. El uso inicial de grabaciones sonoras como metodología de trabajo de campo data de 1890, aunque la grabación ha sido considerada novedad hasta bien entrada la década de los setenta del pasado siglo, excepto en campos como la

completas, con el permiso previo de las entrevistadas, garantizado el anonimato. Por precaución y seguridad se ha efectuado una doble grabación (analógica y digital) lo que ha permitido, asimismo, obtener transcripciones de calidad. Esta decisión metodológica ha sido fundamental para las entrevistas realizadas a abuelas, ya que muchas de ellas, debido a la avanzada edad o la mala salud, tenían problemas de dicción que han convertido la transcripción en una labor ardua. La doble grabación ha contribuido a incrementar la comprensión de las grabaciones de audio para su posterior paso a la escritura, pese a que esta operación no deje de presentar problemas, como se verá.

En numerosas ocasiones, al acabar la entrevista y apagar las grabadoras, las entrevistadas se pusieron a hablar sobre ciertos aspectos de sus vidas que preferían no dejar registrados en una grabación, pues los consideraban más íntimos - algunos de ellos han sido claves para analizar algún pasaje de lo narrado en la entrevista -, o mostraban fotos a la entrevistadora, y al enseñarlas recordaban cosas de las que no hablaron en la entrevista y que han sido de interés para la investigación. En estas situaciones, se tomaron notas en el cuaderno de campo, para incorporar posteriormente estos datos al análisis. La entrevistadora también ha podido complementar estos relatos con la información que transmitía el aspecto general y la forma de vestir de la entrevistada, las características de los muebles y la decoración del hogar, entre otros elementos del ámbito doméstico. En el cuaderno de campo quedaron registrados estos y otros datos del contexto de cada entrevista que han ayudado al análisis de los discursos, como ocurre en cualquier trabajo de campo de tipo etnográfico.

Cabe preguntarse por el aspecto afectivo del trabajo de campo (Dunaway, 1990: 76). Para la entrevistada, la emoción, la confusión, en ocasiones son profundas, pero también hay momentos de placer, por ser escuchada por alguien que reconoce el valor de

etnomúsica y la lingüística. Por ello, sorprende la falta de bibliografía relacionada con la grabación de campo, más teniendo presente el enorme uso que se hace de este tipo de registros sonoros para la investigación (Dunaway 1990: 63-64). Obviamente, la grabación de campo es complicada por la propia naturaleza interactiva del trabajo de campo, y esto ocurre igualmente tanto si se utiliza libreta, grabadora o cámara filmadora. Hasta fines de la década de los cuarenta los sociólogos e historiadores norteamericanos utilizaban la taquigrafía para tomar nota de los relatos de vida; pero a partir de ese momento y de forma exponencial, los avances tecnológicos impulsan un auge impresionante de esta otra forma de recogida de datos. Desde 1948 se empiezan a difundir los primeros magnetófonos de banda, que entonces eran pesados y costosos, pero a partir de 1963, la aparición de magnetófonos de casete, de tamaño y precio reducidos, y de mayor sencillez de manejo, hacen de la grabación un procedimiento sin problemas al alcance de cualquiera (Lejeune, 1994: 349). Más recientemente, el mundo digital proporciona además una mayor calidad en las grabaciones así como nuevas formas de almacenamiento y tratamiento del material recopilado en audio para el análisis (programas como *Nudist*, *ATLAS.ti*, *QSR*, entre otros). No obstante, se ha producido una naturalización de este tipo de herramienta como si estas hubieran existido siempre; es una cuestión metodológica que, si bien no es este el lugar donde desarrollar, debería tener una mayor centralidad en los manuales sobre el tema.

su propia vida para el mundo, para la esfera pública, y así como de liberación, por decir algo que se estaba deseando poder expresar. Para la entrevistadora las emociones también, entre otras razones por su forma de estar en cierto modo dividida en la entrevista, entre el plano de la conversación y el de perseguir un objetivo de investigación en dicho contexto. En este sentido, Erving Goffman sostiene que el entrevistador es un cínico notable, ya que construye y participa en la representación de una situación de entrevista, buscando siempre otras relaciones en la historia, mientras que la persona entrevistada se concentra en contar de la forma más sincera y comprensible la historia de su vida (1981). La situación de entrevista significa algo distinto para la entrevistadora, lo que se hace visible cuando las entrevistadas cuentan vivencias personales dolorosas o circunstancias que les afectan o han afectado mucho pero cuyos contenidos alejan la entrevista de los objetos de la investigación; en estos casos, la entrevistadora se ha visto obligada a realizar un gran esfuerzo para reconducir el hilo narrativo. Así ocurre, por ejemplo, cuando hablan de la muerte de un ser querido. Por otro lado, la entrevistadora y la entrevistada no se han visto nunca antes, pero es esta última quien, en el desarrollo de la entrevista, ofrece información sobre sí misma.

El clima en el que se desarrollaron las entrevistas ha sido agradable, tanto para las entrevistadas – según manifiestan en numerosas ocasiones como para la entrevistadora. Cada entrevista concluyó con un momento más distendido: un café, un vino, una chacina o unos dulces compartidos, en algunos casos –como ocurrió con unos exquisitos pestiños de Utrera –, elaborados *ex profeso* para la ocasión. Pese a la actitud de colaboración con la investigación que han mostrado las entrevistadas, el desarrollo de las entrevistas, de todas y cada una de las realizadas, ha implicado una tarea de seducción de principio a fin (Lejeune, 1994: 371). Pues es la investigadora quien sabe lo que va a hacer después, o al menos lo que tiene intención de hacer, con el relato obtenido en la entrevista. Durante el desarrollo de la entrevista se han dado momentos en los que las entrevistadas, sobre todo las abuelas, han intentado modificar la situación de entrevista para convertirla en diálogo, o invertir los papeles interrogando a la doctoranda sobre su vida. Así, en ocasiones, le han preguntado por sus opiniones o sobre determinados aspectos de su vida que tienen relación con los que se han tratado en la entrevista.

5.2.3.3. Dar cuenta de una vida: el arte de la memoria

Los esquemas de percepción y evaluación de cada persona se interponen entre la situación social o el acontecimiento vivido y el relato que se realiza del mismo:

[E]ntre la memorización de las situaciones, acontecimientos y acciones y su evocación posterior se interpone la mediación de los significados que el sujeto atribuye retrospectivamente mediante la totalización más o menos reflexiva que ha hecho de sus experiencias. (Bertaux, 2005: 40)

La narración del pasado no es necesariamente lo vivido en ese pasado (Thompson, 1993: 65). Generalmente, la persona entrevistada organiza el relato sobre los hechos de su vida en forma coherente en tanto que la entrevista le concede la oportunidad de desarrollar sus propios pensamientos e ideas sin apenas contradicción, así como poner a prueba su propia habilidad para narrar (Bertaux, 2005: 40). La narración, pues, está mediada por la memoria, por la subjetividad de la persona entrevistada (Berg, 1990: 6). Las abuelas entrevistadas son muy conscientes de las limitaciones que tiene su capacidad de recordar los hechos tal como sucedieron, y en ocasiones lo expresan con cierta resignación, otras lo aceptan como parte de las *reglas del juego*, del paso del tiempo, de su edad: sencillamente cuentan lo que recuerdan y del modo en que lo recuerdan. Tal como describe Daniel Bertaux (1993b: 150, 164), la persona entrevistada reelabora de una manera u otra su pasado, reconstruyéndolo desde el punto de vista del presente, incluso en lo que contiene de proyectos, proporcionando un significado al pasado que da sentido a su vida actual, y no tanto el que los hechos tuvieron en su momento. En ello radica la importancia de dejar que las entrevistadas organicen sus relatos a su manera (Bertaux-Wiame, 1993: 275); y como consigna metodológica se ha intentado respetar esto al máximo en el desarrollo de cada entrevista.

Un relato de vida no revela directamente la forma de vivir de otra época sino lo que se recuerda de esa época vivida. Y, tal como se viene argumentando, la memoria es selectiva, el discurso de la memoria se asemeja a un laberinto por el que la entrevistadora intenta orientarse, recurriendo para ello a dos ejes de coordenadas: el cronológico, aunque éste no sea el procedimiento natural de la memoria le ha dado pistas para ubicar los acontecimientos descritos y las reflexiones en torno a los mismos; y el temático, que es más fácil para dar continuidad narrativa al relato sobre lo acontecido. Se ha intentado seguir el hilo discursivo de la persona entrevistada, su forma de asociar asuntos o de desviar el tema de conversación propuesto, recurriendo al eje cronológico para retomar un tema, o para profundizar en algún aspecto de lo narrado en su contexto. La historia de

cada persona se estructura a partir de orígenes, umbrales, acontecimientos clave, que frecuentemente son las grandes rupturas históricas y sociales que han marcado su vida, pero también hay acontecimientos individuales que generan su propia estructura dramática y la persona entrevistada, trasladando el pasado al presente, valora la forma de darle continuidad o cambio. Nacimientos, bodas o muertes de familiares tienen un peso tan fuerte para organizar el hilo de la memoria como lo puede tener la Guerra Civil o la transición a la democracia, en tanto que son acontecimientos que marcaron o estructuraron muchos de los relatos de las entrevistadas, sobre todo en el caso de las abuelas. La dimensión temporal de sus vidas se escapa a una cronología que intenta dar cuenta de hechos que pueden haber ocurrido hace más de medio siglo.

En el desarrollo de las entrevistas pueden darse, y de hecho así ha ocurrido en este estudio, diferentes factores de bloqueo de la memoria (Lejeune, 1994: 377- 380): a) aspectos físico-biológicos, tales como la enfermedad o el cansancio; b) consideraciones de orden moral o intelectual (valores familiares y sociales); c) factores personales, emotivos, psicológicos (como la imagen que la persona entrevistada tiene de sí, en que transcurre la confianza que tenga en sí misma); d) factores del desarrollo de la propia entrevista (la entrevistadora y sus torpezas o despistes, el ambiente en que transcurre). Teniendo presente todo esto, se ha animado a hablar a las entrevistadas mediante sencillas aprobaciones y palabras de ánimo, interrumpiendo lo menos posible el hilo narrativo, e intentado tranquilizarlas cuando la falta de memoria les dificultaba recordar ciertos hechos o fechas concretas que pretendían traer a su relato. Pero se debe señalar que no es tan difícil dirigir la entrevista, como “lograr que se cree una situación de entrevista” (Bertaux, 2005: 53). Y éste ha sido un reto constante para cada una de las mantenidas en esta investigación.

Tal como han puesto de manifiesto múltiples investigaciones, el manejo de la expresión oral es muy diferente según el origen social de las personas entrevistadas. Son muchas explicaciones las que se han dado ante este hecho, entre las cuales es especialmente relevante la que formulara Pierre Bourdieu sobre el capital cultural y simbólico con que cuenta cada grupo social⁷. Las propias entrevistadas, particularmente

⁷ En el marco de su teoría de la práctica, Pierre Bourdieu desarrolló dos conceptos que han tenido un enorme impacto en la obra sociológica de varias generaciones de investigadores: *capital cultural* y *capital simbólico*. Se refiere el primero al conjunto de habilidades y conocimientos que las personas movilizan en su acción en la vida social, lo que otorga poder y competencia en las relaciones. Con el segundo se alude a la adquisición, acumulación y uso instrumental de los valores que son considerados legítimos en sus grupos de pertenencia y en los que participan, y se manifiesta bajo distintas formas de reconocimiento social (prestigio, reputación, notoriedad, carisma,...) que dan algún tipo de aporte inmaterial en las relaciones sociales. El primer concepto lo desarrolla Bourdieu en

las abuelas de clase baja, para las que es más palpable la brecha de clase en la escolarización o educación formal recibida, son conscientes de estas limitaciones para elaborar un relato de su propia vida; así se pone de manifiesto cuando hablan de su miedo a *decirlo bien* o cuando buscan reconocimiento a la validez de su forma concreta de expresión en la entrevista. En esta confrontación de su propia limitación es posible identificar un discurso reflexivo en torno a ello: acerca de sus propias dificultades y limitaciones en la expresión oral, así como las que conlleva dar cuenta de la vida, de las trampas de la memoria (Muxel, 1996). Con esta reflexión se pone de manifiesto, también se explicita, la diferencia de capital cultural entre entrevistadora y entrevistada o las diferentes expectativas generadas respecto al encuentro comunicativo para una y para otra. Pero, igualmente, es posible identificar cierto miedo a la pérdida de intimidad que puede conllevar el hecho de narrar esta historia, una historia concreta, encarnada, de su vida cotidiana: de este ser que da cuenta de su propia percepción del mundo, de su mundo de vida (Schütz y Luckmann, 1977), y se expone con ello a la mirada extraña de la investigadora y de otras personas a quienes no conoce, que leerán los informes y publicaciones en que quedarán presas algunas de sus palabras.

5.3. El trabajo en el despacho

Una vez finalizado el trabajo sobre el terreno, se ha procedido a analizar los discursos al hilo del material obtenido de las transcripciones de los relatos de vida de las mujeres entrevistadas, contextualizando dichos discursos con el material empírico reunido en el trabajo de campo (fotos, notas en el cuaderno de campo, etc.), así como de la explotación *ad hoc* de la encuesta.

5.3.1. La transcripción

El paso del lenguaje oral al escrito implica necesariamente una elaboración del relato original, en tanto que la oral y la escrita son dos lenguas diferentes (Bertaux, 1989: 94). El primer problema presentado para el análisis de un discurso oral es la transcripción, “un texto bastardo”, en la medida en que se crea de forma escrita una organización discursiva y sintáctica propia de lo oral (Willens, 1989: 103). De un modo u otro, toda representación textual del sonido va acompañada de una pérdida de elementos significativos tales como gestos, ritmos, pausas, suspiros, énfasis, silencio (Van Dijk, 2000). Sin embargo, apenas se trata en los escritos metodológicos esta

La distinción. Criterio y bases sociales del gusto (1991); el segundo, en *El sentido práctico* (1992) y en *Esquisse d'une theorie de la pratique* (2000).

carencia de procedimientos aceptados para obtener los datos orales, así como de los aspectos problemáticos de la transcripción de dichos datos. Del mismo modo, en cada estudio concreto se da muy escasamente cuenta del cómo se ha hecho la investigación, a excepción de los estudios etnometodológicos y de conversación, aunque se trate de un trabajo insustituible, esencial, en el análisis cualitativo (Izquierdo y Martín-Palomo, 2004, 2005).

En las transcripciones quedan, pues, sin resolver muchas cuestiones en relación con las aportaciones de lo oral: entonación, acentuación, dudas, rapidez o lentitud en las reacciones, risas, repeticiones, etc. Cualquier transcripción, por muy bien hecha que esté, no deja de ser una interpretación, una recreación, un artificio⁸. Es muy importante, sin ir más lejos, el papel que tiene la ortografía y la puntuación en el producto textual final. Tal como señala Lejeune, generalmente se trata de un trabajo negativo de arreglo en el que se suprimen o maquillan los elementos que perturban demasiado la comunicación en el código escrito, un ejercicio de estilización del discurso para adaptarlo a sus leyes. Este tipo de *arreglo* corresponde, de hecho, a la reacción automática de la mayoría de los transcriptores: generalmente al escribir se tiende a eliminar las vacilaciones, las repeticiones, las coletillas, se eliminan las repeticiones y los giros ‘orales’ (1994: 383-387). Para compensar de algún modo esta pérdida de información, algunos autores recomiendan incluir como notas de transcripción los apuntes tomados en el cuaderno de campo incluyendo informaciones sobre el entorno físico, los objetos reveladores de la personalidad, comentarios sobre el tono y ambiente de la entrevista (Dunaway, 1990: 69). Tomando en cuenta estas sugerencias, se han hecho fotos digitales de las entrevistadas y del entorno donde ha tenido lugar la entrevista, para poder contar con información complementaria, además se han tomado notas sobre el entorno físico, el medio social (vestimenta, espacio doméstico, etc.), la interacción entre las participantes (humor, interrupciones, confidencias, etc.), el desarrollo de la entrevista (ritmo, entusiasmo, coherencia, franqueza, etc.), sentimientos y emociones expresados (risas, llantos, suspiros, etc.), y otras observaciones varias que intentan burlar el deterioro de la memoria que, en sus intentos de evocar las entrevistas, para la entrevistadora también produce el paso del tiempo.

Las recomendaciones realizadas por Chantal de Tournier-Bonazzi para efectuar una transcripción en la que se pierdan los mínimos datos posibles han resultado

⁸ Siguiendo la propuesta de H. Sacks, la pregunta entonces sería: “¿cómo se puede hacer una transcripción que guarde el máximo de fidelidad?” Cfr. B. Blount y M. Sánchez (eds.), *Sociocultural dimensions of language use*, N. York, Academic Press, 1975, 57-80.

enormemente útiles (1989: 186). Se destacan algunas de ellas: realizar la transcripción cuanto antes; identificar los pasajes poco audibles; anotar información sobre dudas, silencios y rupturas sintácticas, las risas, llantos, cambios de tono u otras expresiones de emociones; nombrar a las personas designadas con iniciales o bien cambiar sus nombres para garantizar el anonimato; anotar las interrupciones de las entrevistas por terceras personas, teléfonos, cambio de cinta, problemas con las grabadoras, animales domésticos u otras circunstancias así como los errores flagrantes de la persona entrevistada (fechas, lugares, nombres...). Así, se han cambiado nombres y apellidos por otros ficticios, también algunos lugares o denominaciones concretas que pudieran comprometer a las entrevistadas. Cada entrevista ha sido identificada con un número.

Las transcripciones, realizadas por un equipo de colaboradoras⁹, siguiendo instrucciones precisas de la doctoranda siguiendo instrucciones precisas de la doctoranda, han sido revisadas detenidamente por la doctoranda con el fin de obtener la máxima calidad en los datos recopilados. Obviamente, todo depende del tipo de transcripción que se busque. Los esfuerzos por transcribir los datos conversacionales pueden ser tan complejos y exhaustivos como se requiera. Aunque se ha calculado que se necesita al menos cinco veces el tiempo de duración de la entrevista para realizar una transcripción, en esta investigación, debido a dificultades específicas (acentos muy marcados, problemas de dicción, etc.), en algunos casos estos tiempos se han duplicado, y han sido necesarias alrededor de diez horas de trabajo para transcribir una hora de grabación, además de dedicar varias horas a la revisión de la transcripción de una entrevista, y en ocasiones varias jornadas para revisar las transcripciones de una tríada completa.

5.3.2. El análisis: explicar *sin sujetar con alfileres*¹⁰

Pese a todas las precauciones y consideraciones señaladas, queda la sensación de haber ‘congelado’ las palabras: las conversaciones que surgen en una interacción social, por muy recreada y pautada que estuviera por la propia investigadora, son grabadas en audio y se puede reproducir en parte la grabación, pero las circunstancias de la misma quedarán en la memoria de las personas que participaron en dicha interacción. Este tipo

⁹ Han colaborado realizando las transcripciones: Gloria Martín Palomo, documentalista; Ethel Pedrezola Monzón, antropóloga; Cayetana Díaz, socióloga; Victoria Coronado, socióloga; Paz Rodríguez, socióloga. Agradezco el gran esfuerzo que han realizado para obtener transcripciones de calidad.

¹⁰ En esos términos pregunta Pierre Bourdieu sobre la labor del analista en ciencias sociales (Bourdieu, 1999: 8).

de problema ya se planteó en los años sesenta, momento en que se popularizó el recurso en la investigación de las tecnologías de grabación en audio (Véase supra epígrafe 5.2.3.2. y Félix Díaz, 2002: 9-38). Si bien, no se ha llegado al extremo de pretender realizar el análisis que proponen los etnometodólogos, muchas de sus aportaciones en torno a la producción de significado en el contexto conversacional han estado presentes en el estudio desarrollado. Efectivamente, por mucho que se trate de una situación artificial, cualquier entrevista, incluso las aquí realizadas como relatos de vida, no deja de ser una conversación.

En el análisis del material recabado en las entrevistas hay que tener presente que éste tiene su propio ritmo de maduración, que si bien no tiene en cuenta los plazos de entrega de informes finales u otras obligaciones que imponen las administraciones o la academia (como la presentación de un informe final o la defensa de una tesis doctoral), ya que la aprehensión de fenómenos sociales toma su tiempo (Bertaux, 1989: 91), muchas veces se ve aprehendido por dichos plazos. Por lo tanto, el análisis cualitativo se va haciendo a lo largo del desarrollo del estudio. Si desde la investigación sociológica se deben explicar aquellos fenómenos que escapan a la comprensión o que resultan intrigantes, se han de encontrar las causas que los producen (Boudon, 2006: 219), descendiendo así a un nivel micro de la realidad social para entender los aspectos macro, tal como hiciera Max Weber; si bien, tal como propusiera este autor, se acepta aquí que no puede haber una explicación suficiente o plenamente satisfactoria en sociología, por lo que este mismo material empírico revisado desde una perspectiva de segundo orden (Ibáñez, 1991) daría lugar a resultados que probablemente introducirían nuevos matices para profundizar en el conocimiento del universo del cuidado. La investigación social cualitativa, como indicó Luís Enrique Alonso, se centra en el análisis de cómo las personas construyen y viven sus propias cotidianidades, manteniendo y mediatizando las estructuras de la sociedad así como en el análisis de los efectos reales que esos discursos producen. Desde esta perspectiva, descubrir algo se traduce en conceptualizarlo (Alonso, 1998).

La investigación social es una *construcción interpretativa*, pues ineludiblemente se ha realizado una labor de *selección y reconstrucción* de los discursos obtenidos (Ibíd.: 21). La comprensión es fundamental para reconstruir los procesos sociales (Bourdieu, 1999: 532). Pero al intentar comprender interpretamos y, por lo tanto, los discursos adquieren sentido desde quien investiga, nada tiene un significado independiente de quien observa, selecciona y reconstruye. El objetivo último de la investigación implica buscar un significado amplio a los datos obtenidos, por ello, éstos se introducen en una perspectiva de contextos, relaciones

mutuas, etcétera, que permitan profundizar en la comprensión de por qué pasa lo que está pasando, esto es, conocer el proceso de producción social del sentido. Desde el análisis sociológico del discurso se pretende descifrar la forma en que “la realidad social construye los discursos y cómo los discursos construyen la realidad social” (Alonso, 1998: 201). Tanto el análisis como la interpretación tienen mucho de trabajo artesanal, y en esta labor interviene la *imaginación sociológica* (Mills, 1975).

Es importante proteger a quienes colaboran en las entrevistas poniéndoles "...al abrigo de los peligros a los que expondríamos sus palabras si los abandonáramos sin protección, a las tergiversaciones del sentido" (Bourdieu, 1999: 7). La función del analista sería recordar las condiciones sociales y condicionamientos de que es producto el autor/a del discurso, su trayectoria, experiencias, formación, lo que disimula, los silencios, los sobreentendidos y los lapsus. El análisis de discurso debe situarse sociológicamente y, por tanto, ser una puesta en relación del discurso con sus condiciones de producción, es la propuesta realizada por Enrique Martín Criado (1988) basada, entre otras, en las aportaciones teóricas de Eliseo Verón (1987).

5.3.3. Presentación de los resultados

Se han utilizado fragmentos de relatos de vida para ilustrar tal o cual punto de la argumentación, teniendo presente que su validez reside en otra parte: o bien la saturación alcanzada en los discursos o bien la coherencia interna de la argumentación, o ambas cosas. De entre la enorme riqueza de las más de cuarenta y cinco horas de entrevistas, el análisis se ha centrado en la transmisión de saberes sobre cuidados entre generaciones y el significado de las justificaciones que refieren, así como los intercambios que son producto de los mismos. Pero también en otros aspectos de sus vidas que tienen relación con el objeto de estudio aquí abordado (por ejemplo, los conceptos diferentes de trabajo con que se vinculan las entrevistadas). Tras el estudio realizado hay un gran interés en marcar un *continuum* entre el trabajo que realiza la investigadora y el sentido común, pretendiendo seguir de algún modo la propuesta de reflexividad radical de H. Sacks, citada al inicio de este capítulo. La mirada es local, aunque está absoluta y necesariamente abierta y relacionada con el orden social en el que está inserta (contextualizada). Estos son los aspectos que eventualmente interesa descubrir para un análisis sociológico de corte etnográfico. Siguiendo la huella de Thomas Reid, filósofo del S. XVIII, se parte aquí de la convicción de que el lenguaje común enseña, tiene mucho que mostrar: el sentido común no es un mero conjunto de prejuicios, conocimientos ordinarios y lugares comunes, condenados a ser denostados o superados

por la filosofía y por las ciencias sociales en sus diversas modalidades, sino que es una estructura de capacidades mentales y creencias que hace posible el contacto práctico de los seres humanos con el mundo que les rodea, de un modo más o menos afortunado (Hernández, 1996: 14). La exposición analítica está fundada en la determinación de los hechos tal como los muestran las experiencias de las propias protagonistas. Se ha buscado transmitir una visión comprensiva de lo particular y lo general.

SEGUNDA PARTE

ANÁLISIS Y RESULTADOS

Capítulo VI.

VIDAS EN CONTEXTO

La memoria y la profundidad son lo mismo, o mejor aún, no se puede lograr la profundidad si no es a través del recuerdo.

Hannah Arendt

Hay que haber empezado a perder la memoria, aunque sea sólo a retazos, para darse cuenta de que esta memoria es lo que constituye nuestra vida. Una vida sin memoria no sería vida... Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella, no somos nada...

Luis Buñuel

Introducción

Generalmente, cuando miramos atrás nos damos cuenta de cierta coherencia y cierta estabilidad. Sin embargo, la existencia de las personas, en ocasiones, se tambalea debido a fuerzas colectivas, acontecimientos y contextos que reorientan su recorrido de forma imprevista y generalmente incontrolable, como puede ocurrir con una guerra o un golpe de Estado, que desvían el curso de millones de existencias individuales. De igual modo, las crisis económicas que tienen fuertes impactos locales, tales como el cierre de fábricas y de otro tipo de empresas o negocios, el desarrollo o decadencia de un sector de actividad, de una región o de un país, así como la reorganización de la estructura productiva, pueden afectar las trayectorias personales de multitud de vidas. Pero también los pequeños acontecimientos, particulares, un accidente, una enfermedad, un encuentro no previsto, un cambio de residencia o de empleo, un embarazo inesperado, pueden modificar el curso del vivir (Bertaux, 2005: 38). Entrelazar esos acontecimientos de las trayectorias individuales con los contextos sociales en los que se hallan insertos no es tarea sencilla. Se necesita cierta imaginación para conectar historia y biografía, y la relación entre ambas en la sociedad (Elder, 1993: 228).

Las consecuencias de los sucesos históricos en la vida personal tienen un impacto diferente según el momento o la fase vital en que se encuentra cada individuo, por ello es conveniente encuadrar lo narrado por la persona entrevistada, en relación con el contexto vivido (Ibíd.: 207). Por ello, antes de iniciar el trabajo de campo, así como durante el desarrollo del mismo, se ha revisado documentación sobre el período histórico en que se insertan dichos acontecimientos (para cada una de las generaciones de la tríada), material que permite enmarcar las narraciones de las entrevistadas; por tanto, esta primera aproximación al análisis de los discursos parte de un planteamiento

contextualista¹. Esta necesidad de incluir el contexto en el análisis cualitativo no es algo nuevo, pues ya desde la década del cincuenta del siglo pasado se reclama la reconsideración de los entornos inmediatos de la interacción social en los estudios sobre la vida cotidiana, realizados tanto en EE.UU. como en Europa, mostrándose con ello su ineludible relevancia.

En este capítulo se tratan algunos aspectos del contexto centrando el análisis en los cambios que tienen lugar en el modelo cultural a lo largo del siglo XX, tomando como referencia los discursos de las entrevistadas sobre su entorno y sobre dichos cambios. No se trata de un análisis exhaustivo del contexto sino de integrar el análisis global en el contexto cultural, político, económico y social que han vivido las entrevistadas. Se realiza un breve recorrido sobre aquellos acontecimientos que son más relevantes por su impacto en la vida cotidiana de las mujeres entrevistadas, relacionados con su identidad, muchas veces condicionada por los papeles de esposa y madre. Cambios que se insertan en procesos sociales vinculados con aspectos culturales tales como la secularización, la individualización, la libertad sexual y una mayor autonomía de las mujeres así como el desarrollo de la sociedad de consumo. Muchas de estas transformaciones son, en gran medida, fruto del impacto de la lucha de las mujeres, especialmente a través de los movimientos feministas.

6.1. Las mujeres en un nuevo modelo cultural

En las décadas finales del siglo XX tiene lugar un intenso cambio cultural que viene de la mano de una profunda transformación política y económica en la sociedad española, sobre todo con la instauración y el declive de la dictadura franquista. Las mujeres entrevistadas han nacido en momentos históricos diferentes: las abuelas entre 1908 y 1950; las madres entre 1950 y 1974, y las hijas-nietas entre 1975 y 1990 (véase

¹ Se han revisado revistas y periódicos (Vgr. *El Mono azul*; *Y. Revista para mujeres*; *Teresa*, *Medina*, *Vértice*, *Triunfo*, *La Codorniz*, *Cambio 16*, *Cuadernos para el Diálogo*, *El País*, *ABC*, *El Mundo*, *La Vanguardia*...), estudios históricos (Vgr. Nash, 1983; Martín Gómez, 1996; Palacios, 2001; Gibson, 1993; Juliá, 1999; Townson, 2004), sociológicos (Vgr. Borderías, 1993; Villarós, 1998), y de corte periodístico (Vgr. Domingo, 2007; Otero, 1999); además de obras literarias de autoras que relatan el clima de la pre y posguerra (Miguel de Unamuno, 1921, Josefina Aldecoa, 1990, 1994, Carmen Laforet, 1945; Carmen Martín Gaité, 1958, Luis Romero, 1951, Camilo José Cela, 1946, Luís Martín Santos, 1962...); películas (vgr. *Plaza Mayor*, de Juan Antonio Barden; *Raza*, de Sáenz de Heredia con guión de Francisco Franco bajo el seudónimo de Jaime de Andrade; *Tierra y Libertad* de Ken Loach; *Caudillo* de Martín Patino, *Bienvenido Mister Marshall* y *Plácido*; de Berlanga, *La lengua de las mariposas*; de José Luis Cuerda, *La colmena* y *Los santos inocentes*, de Mario Camus; *Camino*, de Fesser; *El desencanto*, de Jaime Chavarrí; *Arrebato*, de Iván Zulueta, las primeras cintas de Almodovar, entre otros).

epígrafe 6.3., *infra*). Las tres generaciones viven en un siglo que ha experimentado importantes cambios en diferentes ámbitos: económico, social, político y cultural.

6.1.1. Primer tercio del siglo XX: inicio de las crisis contemporáneas

La Restauración sigue a un siglo XIX muy turbulento en el que el liberalismo pugna por lograr un espacio, con grandes nombres (Cánovas, Sagasta) que ejercen alternativamente el poder hasta 1902, momento que, a raíz de las guerras de Cuba y de Filipinas, supone el definitivo fin del Imperio Español. En la España peninsular, el proceso de modernización avanzaba muy lentamente. Así, para dar muestras del enorme cambio que ha tenido lugar en la vida cotidiana en un siglo, debido, sobre todo, a las condiciones materiales de existencia, puede ser ilustrativo el relato de una de las abuelas entrevistadas. Ella cuenta como en las primeras décadas del siglo XX aún en Cataluña, que tenía un más avanzado desarrollo que Andalucía, desplazarse unos kilómetros, de un pueblo a otro, era una enorme aventura:

- Antes no había coches ni nada. Mi pueblo, había muchos pescadores, porque C. [*pueblo de Gerona*] es un puerto de mar, al lado de Cabo C.. No sé si usted lo habrá sentido nombrar.
- Sí.
- Y, en ese pueblo no había carretera. La gente hacía el paso por la montaña a pie, en el aquel tiempo. Pero, después, fue un ingeniero, hizo la carretera de C. a R. [*pueblo de Gerona*], que son dieciocho kilómetros de vueltas: pum, pum, pum, pum, la montaña, pum, pum. Y, mi padre fue una vez a C. y se arregló con mi madre. Y, se casaron. Y, mi padre fue allí con una tartana. ¿Usted sabe lo que es la tartana?
- Un coche de caballos².
- Como un coche de caballos, pero, eso redondo. Como algunas veces salen en los Estados Unidos y un caballo de correr. Porque, para ir ocho horas de carretera se tiene que ir a todo correr. Y, después, fue con un carro para transportes, con sus animales. Porque, en C. no había nada, nada más que pescado. Si había de comer habichuelas, mi padre había de traerlas, las patatas,... En C., nada más había vino y pescado. Y, todo lo que comíamos, después, todo lo traía mi padre. Y, llegó hasta tener siete carros de carga. Después, se llevaba el pescado de allí y traía las cosas para comer. (Antonia, E13, junto a su hija Rosa)

² Intervenciones de Rosa, hija de la entrevistada que vive con ella y es su cuidadora principal.

6.1.1.1. República democrática de trabajadores³

Las tensiones sociales y políticas del inicio de siglo se agravan bajo el reinado de Alfonso XIII y se profundizan con la Dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923). Además, estos primeros años del siglo XX son un momento de grandes convulsiones mundiales. De hecho, el historiador francés Pierre Vilar (1979) considera que 1917 marca el paso a las crisis contemporáneas. En varias décadas se viven dos guerras mundiales, el inicio de la Guerra Fría, y en España, además, una terrible Guerra Civil con la secuela de una larga posguerra y una férrea dictadura a la que sigue un proceso de transición a la democracia más largo de lo que inicialmente se suponía.

Los años previos a la contienda y la dictadura tuvieron ciertos aires de modernidad, la Exposición Iberoamericana de 1929 en Sevilla trajo el mundo a esta ciudad y le dio un claro impulso para su modernización. De hecho, se instalan en la capital hispalense profesionales procedentes de otras regiones o países (Cataluña, Portugal o Francia), atraídos con la posibilidad de tener mejores ingresos que en sus localidades de origen. Da cuenta Antonia del movimiento que supuso la construcción de los pabellones de los diferentes países y las posibilidades de desarrollo profesional y de hacer negocios que este acontecimiento generó para ingenieros y maestros de obras, como su padre y su abuelo:

- Mi marido, maestro de obras. Como mi suegro era ingeniero, trabajaron en la Plaza de España. Mi suegro hizo el pabellón de Estados Unidos, verlo empezar y el acabar. Y, el de Chile. Que por eso venimos nosotros para acá, porque mi suegro se quería estar aquí, que decía aquí se ganaba más dinero que por ahí. (Antonia, E13)

6.1.1.2. *Bandidos con frailes negros bendiciendo*⁴

La sublevación militar contra la II República (el “alzamiento”, como lo llamó después el régimen de Franco) el 17 de julio de 1936 en Melilla, que se extiende el 18 y 19 de julio a todo el territorio nacional, marcando el devenir de la nación durante cuarenta años. Como el golpe inicialmente no llegó a triunfar ni a fracasar, dividió al país degenerando en una cruenta Guerra Civil. Una guerra total que llevó a una sistemática represión con bombardeos sobre la población civil (vgr. Guernika, Brunete,

³ Frase extraída de la Constitución de la II República española, título preliminar, disposiciones generales.

⁴ Frase tomada del Poema de Pablo Neruda, *Explico algunas cosas*.

Almería...), hecho que no tenía precedentes en las guerras europeas⁵. Una de las abuelas entrevistadas narra cómo se bombardeó a la población en un pueblo de la rivera del Guadalquivir y el modo como huyeron al campo: “Venían los aviones para bombardear, pues, cómo en todas partes en aquel tiempo. Entonces, dejamos el pueblo vacío y nos fuimos al campo.” (Consolación, E25).

6.1.2. El inmovilismo de la dictadura franquista

La Guerra Civil marcó la historia de España hasta 1975. En plena contienda, Franco legitima su poder y se empieza a desarrollar el contenido doctrinal de la dictadura que impuso, un sistema político marcado por la influencia militar, que acentúa la estructura centralista del Estado en detrimento de los poderes provinciales y locales así como de cualquier aspiración nacionalista de los territorios que habían obtenido estatuto de autonomía con la República, se refuerza la tecnocracia y el organicismo corporativo productivista, dotando de un poder enorme a la Iglesia católica y al clericalismo más reaccionario.

*Caudillo de España por la gracia de Dios*⁶

Aunque ciertos historiadores sostienen que “el franquismo consistió, sobre todo, a pesar de sus matices cambiantes, en un inmovilismo” (Vilar, 1979: 11), otros señalan que es posible identificar diferentes periodos a lo largo de las casi cuatro décadas que duró la dictadura. Como se ha señalado en el capítulo 2, *supra*, el periodo de 1939-1959 representa una cierta unidad, ya que, por un lado, incluye el final de la etapa de autarquía y de aislamiento internacional que impone el régimen dictatorial de Franco, cuyo final comienza en 1959 con el decreto *Ley de Plan de Estabilización Económica*, impulsado por tecnócratas del *Opus Dei*⁷. Es este también el año en que la economía española

⁵ Pablo Ruiz Picasso, genial pintor andaluz, inmortalizó esta violencia al pintar el bombardeo que sufrió Guernica el 26 de abril de 1937; el Guernica, presentado en la Exposición Internacional de París, en 1937, como un grito de protesta, al igual que el manifiesto firmado por intelectuales contra las agresiones italianas y alemanas, y algunos poemas de autores tan conocidos el citado en la nota anterior, de Pablo Neruda, han quedado en la memoria como ejemplo de la crueldad e irracionalidad de la guerra.

⁶ En las monedas españolas acuñadas en el periodo dictatorial aparece la efigie de Francisco Franco rodeada de esta expresión.

⁷ Como es sabido, el *Opus Dei* es una organización religiosa católica que llegó a jugar un papel decisivo en el aparato gubernamental, en las finanzas y en la industria de toda una etapa de la dictadura (Vilar, 1977: 169-170; Casanova, 1983).

empieza a integrarse en el mercado internacional. La apertura de fronteras posibilita la entrada masiva de turistas así como el inicio de un proceso migratorio del campo a la ciudad y hacia otros países europeos o, en el caso de Andalucía, también hacia otras regiones del norte del país, y, con ello, las llegadas de remesas y de noticias sobre nuevas formas de vida, sobre los cambios culturales que vive Europa y otros países del mundo desarrollado. Además, en esta época aparecen las primeras disensiones entre la Iglesia católica y el gobierno franquista, lo que da comienzo al fin de la supremacía ideológica de un nacionalcatolicismo que dio sustento al régimen o, quizá mejor, en el que éste se quiso sustentar.

El franquismo supone, en muchos sentidos, una regresión al modelo decimonónico de mujer (Tobío, 2005: 45). Un retroceso que no es exclusivo de España, pues también en otros países desarrollados, a partir del primer tercio de siglo, sobre todo tras la Primera Guerra Mundial, se asiste a un reflujo de la actividad laboral femenina y a un refuerzo de los roles tradicionales de esposa y madre, que convierten en mero recuerdo su activa participación en la vida pública en los años de la contienda mundial (Battagliola, 2000: 5). No obstante, incluso en este momento en el que la participación de las mujeres en actividades remuneradas alcanza las cuotas más bajas en la historia estadística de nuestro país, muchas trabajan en empresas familiares, en el campo, en otros hogares o realizan en sus domicilios labores remuneradas, pese a que dichos trabajos hayan quedado invisibilizados en los cómputos oficiales (véase Cáp. 2, *supra*). E, incluso, las profesionales que tomaron las riendas de la formación ideológica de varias generaciones de mujeres, las entusiastas formadoras de la *Sección Femenina de la Falange*, tenían formas de vida más independientes que aquellas a quienes pretendían inculcar un *modelo “higienista” de ángel del hogar* (como ocurre con una de las abuelas entrevistadas, Felicidad, E1).

6.1.2.1. Días de represión y miedo: *tiempo de silencio*⁸

La victoria nacionalista fue completa, sin perdón ni posibilidad de reconciliación para los vencidos. La sumisión total, la prisión o el exilio fueron las únicas opciones: más de medio millón de españoles cruzaron las fronteras como única alternativa a la eliminación física o la cárcel. Entre 1938 y 1966, estuvo vigente la censura con duras sanciones para aquellos que no la respetaran; se controlaba toda la actividad cultural y de

⁸ El título de este epígrafe se ha tomado de la obra de Luís Martín Santos, que publicó en 1961 una novela con este título: *Tiempo de silencio*.

los medios de comunicación desde la Delegación Nacional de Prensa, los mínimos detalles de fondo y de forma de todo tipo de publicaciones: se prohíbe hablar de dimisiones, sabotajes, las fotos de la Sección Femenina en las que estas mujeres enseñaran las rodillas, incluso información relativa a catástrofes naturales e incidentes deportivos o vender fotografías de Rita Hayworth en la película *Gilda* (Palacios, 2001:207, 224-226)⁹. En 1966 se introducen algunos cambios con la intervención de Manuel Fraga Iribarne que darán paso a una mayor apertura,

Ya no hay patria. La hemos matado todos¹⁰

Las dos Españas de las que hablara el universal poeta sevillano siguen escindidas tras la Guerra Civil, incluso quedan aún más divididas que nunca a raíz de la barbarie de esos años. De un modo u otro, habiéndoles tocado estar en alguno de los dos bandos, para las entrevistadas, que generalmente han mostrado mucho recelo a la hora de hablar de este tiempo, la posguerra es la época del luto, del llanto por los muertos, por el exilio, por las rupturas sociales, comunitarias y familiares, que la contienda y la represión posterior dejaron. Encarna y Consolación, abuelas entrevistadas, una del bando ganador, otra de los que perdieron, dan cuenta de la crueldad de la guerra en las citas que siguen:

- Me asomé por la mirilla, y vi un carrito de estos que se usan en las obras para llevar los ladrillos de un sitio a otro, con dos cadáveres, dos así. Y, una camilla con otros dos que iba delante. Y, todo eso, con una juerga y unas carcajadas horribles. Cuando yo bajé, digo: «¡Ay dios mío!». Bajé, medio llorando las escaleras me las tiré. Y, dice mi padre: «¿Qué te pasa, hija, qué te pasa?». «Pues, qué me pasa, papá, que a los que se quedaron en la cárcel, ya los han echado». Dice: «Pobre Miguelito Fernández, pobre secretario, pobre no sé cuantos». Cuatro personas. (Encarna, E28)
- Me acuerdo que había una familia allí conocida mía y, entonces, llegó un coche de C. [*pueblo de Sevilla*], un particular. Claro, todos fuimos al coche: «¡Ay, ay, ay! ¿Qué pasa en C.? ¿Qué pasa en C.?». «Pues, en C. los...- ¿cómo era? - Los fascistas están por C.». Dice: «Bueno, y ¿quiénes son?». Dice: «Pues, Fulano». Verás, y una de las muchachas dice: «¡Ay, ese se carga a mi hermano!». Porque, pelearon por las pretendientas, porque, pretendían a la misma. Y, ese fue el que se cargó a su hermano, fíjate. Y, la muchacha dice: «¡Huy! ¡Ese tiene muy malas idea,

⁹ Camilo José Cela ejerció de censor, aunque no pudo librar de la censura su propia obra *La familia de Pascual Duarte* (Palacios, 2001: 226).

¹⁰ Frase tomada de un poema de León Felipe.

y ese se carga a mi hermano!». Y, se lo cargó, ¡hay que ver! Porque, pretendían a la misma. Te lo estoy diciendo porque eso lo he conocido yo. Y, cómo eso un montón de cosas, ¡horroroso! Por eso te digo que he conocido muchas cosas. De tirar a las criaturas por las carreteras montadas ¡por dios! (Consolación, E25)

María, una de las abuelas entrevistadas, aún una niña en los primeros años después de la guerra, evoca el recuerdo del color negro como una metáfora de ese momento: “... es que nosotros todos vestíamos de negro, los zapatos, los calcetines... [...] Allí en X [*pueblo de la provincia de Sevilla*] eran, eran ya las personas todas vestidas de negro” (María, E16). Aún no queriendo hablar de ello, una vez se adentra en sus laberintos, esta memoria frágil es obstinada, se niega a olvidar a los muertos cuyos cuerpos nunca aparecieron, cuerpos olvidados en su juventud rota y, como Antígona, madres, hermanas, hijas que no pueden enterrarles y décadas más tarde siguen clamando por ello, pues, tal como continúa narrando María, “no se sabe dónde echaron los muertos” (E16). Consolación cuenta como sus primos fueron fusilados por sus ideas:

- Cuando el movimiento aquí en el pueblo que, como en todas partes, pasó, en Sevilla y en todo. Murieron personas. Después, fusilaron personas, que por desgracia me fusilaron a mi dos primos, que los crié como hermanos. Claro, si los crié como hermanos. Eso lo he sufrido yo. [...] Yo con veinte años cuando el Movimiento de la guerra, cuando el Movimiento.
- Sí.
- Y eso [*silencio*].
- ¿De qué bando eran sus primos?
- Mis primos, mis primos de nada,... Porque, algunos ni sabían leer y escribir, nada. En aquel tiempo no tuvieron ajustes para nada. Y, lo mismo el más que el menos. Todos, y tuvieron esa mala suerte. Ya, después, los demás se fueron a la guerra y ya está. El que tuvo suerte y el que no tuvo pues ya está.
- ¿Por qué fusilaron a sus primos?
- ¿Qué?
- ¿Por qué fusilaron a sus primos?
- Porque, como fusilaron a muchos, a personas muy buenas, unos que,... Porque, no hicieron nada, si hubieran hecho algo muy bien. Pero, ellos aquí no mataron a nadie.
- ♦ Que tenían otras ideas de lo que había¹¹.
- Cómo hoy las hay. ¿Hoy no hay lo mismo en el fútbol que en los políticos?

¹¹ Hija de la entrevistada que está presente durante toda la entrevista, de vez en cuando interviene, si bien intenta estar en segundo término.

- ¿Qué ideas tenían?
- Nada, ideas, yo que sé...
- Por saber, porque como había ...
- Unos eran comunistas, otros eran anarquistas, otros eran republicanos. Y, ya está...
- ¿Los mataron por eso?
- Fíjate, había reuniones como hoy las hay. Igualito que hoy era antes, ni más ni menos, ni menos ni más, ¿sabes? Es lo mismo que si hoy se terciara y dijeran pues: «A los socialistas». O: «A los de estos o a los de los otros».. Igual era antes. (Consolación, E25)

*Toda la libertad para la verdad, ninguna libertad para el error*¹²

Una historia, además, en la que el miedo a decir, impuesto por una política de represión ideológica que marcó esta época de silencios, lo inunda todo hasta el presente. Estos cuerpos permanecen en la memoria familiar, como una herida que no cicatriza aunque hayan pasado más de setenta u ochenta años desde aquellos asesinatos. Las hijas de las entrevistadas abuelas saben sobre este silencio y de las dificultades que conlleva el intento de romperlo. Son varias las entrevistadas que tienen recuerdos de los fusilamientos, de los asesinatos: “ésta madre de ésta prima mía, pues, sus hermanos fue los que les fusilaron” (Juani, E26). Pero, para las nietas queda demasiado lejos y se refieren a las historias que narran las abuelas sobre aquella época como “las batallitas de la abuela” de las que habla, por ejemplo Juana (E27).

La muerte está presente en la vida cotidiana de una sociedad erosionada, arrasada por la guerra. Padres que mueren asesinados en una desesperada búsqueda de recursos para asegurar la manutención de su familia en la economía sumergida, prohibida, la escasa vida económica que dejó la contienda, sobre todo para los represaliados: el estraperlo. La Ley contra la Ocultación y la Especulación de 1941 intentará controlar el estraperlo, que supuso la formación de varias fortunas en España, aún siendo duramente perseguido por el régimen y con penas de muerte, en ocasiones. El estraperlo, el mercado negro y la autarquía van íntimamente unidos en estos años. En el mercado negro, que acompaña el racionamiento, el precio abusivo se aplica de forma clandestina a los productos controlados por el racionamiento (Gómez, 1996). Los niños y las niñas, hijos e hijas de las familias, muchas de ellas devenidas monoparentales a consecuencia de la

¹² Declaraciones de Gabriel Arias Salgado en su etapa de ministro, alrededor de 1951 (Cfr. Sinova, 2006: 35-36).

propia guerra, pese a los decretos que invitan a lo contrario y de los deseos del régimen, se ven obligados a trabajar para poder asegurar su propia subsistencia o la de sus hermanos más pequeños. En pleno siglo XX, una de las abuelas entrevistadas cuenta como su madre trabajaba combinando empleos de nodriza con el estraperlo, arriesgando su vida, cualquier cosa para poder sacar adelante a sus hijos:

- Me fui también a Sevilla porque mi madre era estraperlista, porque como se quedó viuda con cinco hijos, pues teníamos que trabajar para poder comer. [...]
- Me contaba que su madre se quedó viuda y que estuvo dando el pecho a otro niño rico...
- Sí, sí.
- Y estuvo trabajando para sacar adelante a los niños...
- Sí, sí.
- ¿Cómo hizo para sacarlos adelante?
- En el estraperlo. De ir a Sevilla a llevar cosas, al estraperlo. El estraperlo, como ahora las tiendas, ahora es las tiendas. Antes, se llevaba carne, pan y eso. Y, lo vendía en las casas. (María, E16)

Cartillas de racionamiento+ estraperlo=pluriempleo¹³

La reconstrucción del propio mundo de la vida se enfrenta con muchas dificultades cuando las entrevistadas son abuelas, desde la precariedad del recuerdo hasta el mutismo plagado de miedos, huella de la guerra, de la posguerra, y sobre todo, de una pérdida total de la libertad de expresión. Como se ha señalado más arriba, las entrevistadas rememoran esos años como la época del luto, de la escasez, de la pobreza, del hambre, de la enfermedad, de la desnudez, de la penalidad, del estraperlo, del silencio. Además de dar cuenta de este silencio, muchas veces a través de su silencio, relatan las dificultades que sufrieron para poder asegurar su propia supervivencia y la de su familia, sobre todo la de las criaturas más pequeñas. Las abuelas narran las penalidades que vivieron sus madres, o ellas mismas, para asegurar la subsistencia cotidiana, cómo enfrentaban cada día enormes retos para sobrevivir, desde la pelea para ver cómo y dónde encontrar víveres hasta prepararlos de tal modo que parecieran “comida de verdad”: elaborar una tortilla de patata sin huevo (así lo relata Antonia, E13¹⁴) o comer unos perritos, cocinados en un ritual casi mágico con el que se pretende

¹³ Evaristo Acevedo, humorista que se autodenominaba “Evaristóteles” (Cfr. Palacios, 2001: 244).

¹⁴ Tras apagar la grabadora y compartir con su hija y con la doctoranda un vino y unas exquisitas chacinas de Huelva, la entrevistada contó cómo tras la contienda se desarrolló la imaginación para

conjurar el raquitismo (como narra Fernanda, E10). Cuenta Fernanda que sus hijos, efectivamente, pasaron hambre:

- Se llevaba a los hijos mejor que ahora. [...] Anteriormente, era darles todo lo que hay de bueno, y no les faltaban de nada; algunos pasaban, pobrecillos, en los años cuarenta, pasaron una poquita de hambre, y como éramos tantos... (Fernanda, E10)

Cabe destacar, por ejemplo, la pervivencia de elementos pertenecientes a un universo mágico, premoderno, en el discurso de Fernanda, una de las abuelas entrevistadas (E10) o en el de Blanca (E22). En la inmediata posguerra, en los años del hambre, Fernanda, ante la enfermedad desarrollada por uno de sus hijos pequeños - lactante aún-, a causa de la carencia de una nutrición adecuada, busca ayuda entre sus redes familiares. Entonces, junto a una mujer mayor que ella (prima suya procedente del medio rural, que organiza y conduce el rito), recurre a un remedio que será, según interpreta la entrevistada, el que devuelva la salud al hijo. Consistió en cocinar e ingerir la carne de unos perritos tanto la madre como el hijo desnutrido. Fernanda sabe que narrar estos hechos es desconcertante en un universo en el que la ciencia y la medicina ortodoxa tienen el control del saber sobre la salud y la enfermedad; por ello, ríe medio avergonzada, medio juguetona, al recordarlo, pues es consciente de su trasgresión al orden de poder/saber sobre el cuerpo, sus necesidades y sus enfermedades, que está depositado en el discurso experto. De hecho, comprende que este ritual se sitúa en el extremo más opuesto a la lógica del ámbito médico, y oculta estos hechos al doctor que trató al pequeño. Así, en un intento de restituir a toda costa la salud para su hijo, recurre tanto a la magia esotérica y ancestral como a la científica y ortodoxa medicina moderna¹⁵. En los dos extractos de la entrevista seleccionados queda patente este choque entre los dos mundos referidos (el interés de la cita justifica su extensión):

- [la entrevistada está hablando de cómo amamantó a sus hijos]...El quinto estuvo más de dos años. Pero, como,... estaba malito. Sí, está malito porque [*silencio*]
- ¿Qué le pasaba?
- Tenía raquitismo. Tenía inflado, redondo. Le tenía que dar el pecho nada más. Y, en ese momento fue cuando me quedé embarazada del otro. Y, me dice: «Pues,

hacer frente a la pobreza de aquellos años para no tener tanta sensación de hambre (Notas del cuaderno de campo).

¹⁵ El trabajo de Luc Boltanski (1969) pone de manifiesto cómo el proceso de construcción de la madre moderna y de una infancia necesitada de cuidados especializados, cuya prestación generalmente recae en una mujer dedicada en exclusiva a la familia, se inicia entre los sectores más acomodados de la sociedad y, progresivamente, se va extendiendo a otros ámbitos. Esto es algo que se ha podido comprobar también en la investigación realizada.

sigue dándole el pecho, que eso es bueno para el niño». Y, estuve dos o tres años dándole el pecho.

- ¿Dos años?
- Por lo menos [*silencio*].
- ¿Eran épocas duras para comer y eso...?
- [*Afirma con un gesto*][*silencio*].
- ¿Se recuperó su hijo...?
- Sí, se recuperó. Pero hubo que darle,... que se mataran dos perritos. Y, le dieran el caldito. Y, que él se comiera la carne.
- ¿De los perritos?
- De los perritos. Y, ya, pues fue recuperándose. [...] Dos perritos que mató mi madre, porque decían que era bueno. Cómo éste tenía raquitismo. ¿Tú sabes lo que es eso? Eso que tienen los niños negros ahora.
- Sí.
- Raquitismo. Y, dicen que, que, por lo visto, era muy bueno darle los perritos.
- ¿Los perritos se los dieron para que se recuperara?
- Sí. Porque dicen que la carne esa era buena para que se recuperara.
- ¿Usted la tomó también para el pecho?
- [*Asiente*]
- Y, eso, ¿quién se lo dijo?
- No, es que eso era antigua.
- ¿Quién lo sabía? ¿Su madre o...?
- Eso... Una prima de mi madre, una prima que me dice que le había crecido mucho la tripita [...].
- ¿Era el tiempo justo después de la guerra? ¿Era la época...?
- Sí, eran los cuarenta, la época que hubo [*silencio*]. [...]
- Cuando su hijo tuvo raquitismo, como me contaba antes...
- Con ese sí, ahí estuve mucho tiempo con el médico. Los médicos me decían lo que tenía que hacer.
- ¿De qué? ¿De comer o de... o de qué?
- De comer. Y, y, de medicinas.
- ¿Le contó al médico que le dieron los perros?
- No.
- ¿Por qué no se lo contó?
- Me parecía que no [*risas*] Me parecía una cosa... Que él iba... Que se iba a guasear de mí. (Fernanda, E10)

Blanca cuenta como los medicamentos para curar las enfermedades comunes eran un lujo para la mayor parte de las personas de clases populares. Los elaboraban con hierbas en las casas a partir de las recetas que habían aprendido de generación en generación:

- Antes no había medicinas, antes plantas. Habían.., En la playa, había en un sitio, me acuerdo, una hierbas que se cogían, se echaba mucho azúcar. Y, tomabas el jarabe para la tos. Y, no se compraba jarabe. (Blanca, E22)

Los años de la posguerra son duros, la vida diaria es una lucha constante por la supervivencia. Y esta pelea se da tanto en los años que dura la Guerra Civil, la comida ya empieza a faltar en el otoño del '36, a los pocos meses de comenzar la guerra, como en el tiempo posterior. Al terminar la guerra los productos de primera necesidad escasean y la mayor parte de las familias no podían hacer frente al gasto de aquellos productos que podían consumir.

- Y, luego, la posguerra, donde se pasó mucha hambre, mucha hambre, mucha. [...] Fue un desastre, los primeros años también de la posguerra fue un desastre, porque había tal cantidad de hambre que iban muchos pobres a las puertas a pedir (Encarna, E28)

En 1939, intentando establecer un riguroso control de los alimentos, aparece la cartilla de racionamiento y, como consecuencia, las largas colas para obtener alimentos, enfermedades, mercado negro y estraperlo. Estas dificultades las enfrentan tanto las mujeres de sectores populares como las que proceden de ámbitos sociales más privilegiados o bien que salieron triunfantes de la contienda. En el caso de las primeras, porque no tenían ni dinero para comprar comida ni donde hallarla; en el de las segundas, por la escasez de alimentos que había disponibles hasta que llegó la ayuda internacional, tal como relatan Antonia y su hija Rosa:

- Hasta el año del hambre que no había qué comer la crié, que es esa Mary que usted ha conocido. Ésa nació el año del hambre. ¡No vea usted el hambre que pasábamos!
- ¿Pasaron mucha hambre?
- Bueno, más vale no hablar¹⁶.

¹⁶ Hija de la entrevistada, vive con ella y es su cuidadora principal, está presente en algunos momentos de la entrevista e interviene activamente en la “conversación”.

- Yo no sé ni cómo tenía leche. Pero la tuve, Dios me la daba, me la mandaba. Porque, es que no podías comprar leche a ningún sitio porque no había ni cabras. Usted ya de la guerra sabrá cosas, ¿no?
- Sí.
- Ella no estaba.
- Ella no estaba. Pero usted para comprar un litro de leche se las veía y se las deseaba.
- ¿No había?
- No había.
- ¿No había leche o no había dinero?
- No había vacas. El ejército se llevó las vacas por delante.
- Aunque tuvieras dinero no lo podías comprar. A ella le hizo el médico de cabecera una cartita para una señora que tenía una vaquería, allí en Triana, para que le diera todos los días un litro. (Antonia, E13, acompañada por su hija Rosa)
- Plantábamos patatas y hambre no pasábamos ...
- ¿No pasaron hambre, ni con la guerra ni nada?
- No, no. Porque teníamos pan. Y, también, para las niñas nos daban, en un coche que pasaba, una botella de leche y unas cosas. A los que eran pobres. (Blanca, E22)

De este aspecto de la posguerra sí hay un recuerdo nítido: cuentan que había mucha pobreza, apenas había alimentos disponibles ni recursos para adquirirlos. Con mucha crudeza se relata cómo los niños morían de hambre, como animales, en las calles:

- Los niños se morían. Los encontraban muertos como los perros y los gatos.
- Pobrecitos.
- ¡Ay!, de la guerra vale más no hablar porque la vida que tuvimos... [*silencio*] (Antonia, E13, acompañada por su hija Rosa).

Los niños con raquitismo o que morían de hambre por las calles, los hombres con grietas en la piel, la pobreza, los muertos... Para quién no viviera aquellos tiempos, es difícil imaginar lo duros que fueron los años de la guerra y de la más inmediata posguerra.

- ¡No se puede imaginar la cantidad de penas! Las criaturas se iban de un pueblo a otro pidiendo, se morían por el camino, era horroroso. Hasta que ya las cosas... Porque, claro, tampoco...
- ¿Cuánto tiempo estuvieron así?

- Con ese hambre, pues, se estuvo por lo menos dos años, por lo menos dos años. Hasta que ya las otras naciones..., Argentina es la primera que empezó a mandarnos. Argentina mandaba trigo, mandaban..., en fin, lo que tenían pero, trigo sobre todo. Y, luego, después vino ya de otros sitios. Pero, como también empezó la otra Segunda Guerra Mundial, pues ya... (Encarna, E28)

*Ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan*¹⁷

Precisamente, en los hogares españoles faltaba pan y calor, sobre todo en los difíciles años cuarenta en los que lo prioritario era sobrevivir, momentos que recuerdan las entrevistadas abuelas con tanta claridad y dolor. En los primeros años de la posguerra adquiere un papel protagónico el *Auxilio Social*. Se trata de una organización asistencial, que contaba entre sus servicios comedores gratuitos y guarderías, y que se mantuvo hasta el final de la dictadura. Dicha organización se encargaba de tutelar a los huérfanos de guerra y de adoctrinarlos en valores nacionalcatólicos. Esta organización fue creada, y estaba dirigida, por Mercedes Sanz de Bachiller, viuda del líder de la Falange Onésimo Redondo (Orduña, 1996). En sus comedores populares recalaban niños hambrientos, que buscaban llevarse algo a la boca para poder alimentarse, como cuenta María, abuela de clase popular e hija de republicado represaliado: “Iban todos los niños que no tenían padre y eso. Les daban de comer...” (E16)

Una vez instaurado, a partir de 1940, este organismo benéfico se llenó de un contenido fundamentalmente católico ya que la España del Régimen no quería dar imagen de debilidad, aunque a su pesar, tal como relata Carmen Domingo, esa era precisamente la que transmitía (2007: 39-40, 138 y 197-198). Así lo narra Encarna, una de las entrevistadas, abuela del “bando ganador”, que participa en su juventud como voluntaria en la preparación y racionamiento de la comida que se elaboraba con los donativos de los más pudientes en comedores populares. De un modo u otro, el contacto con la pobreza, con el hambre y con sus consecuencias impregnaba el día a día:

- Como eran muchas personas pidiendo, porque estaban, vamos, muertas de hambre. En vez de darle..., Se reunieron todas las personas mayores del pueblo y las que tenían un poco de..., de dinero, ¿no? Dijeron: «Vamos a reunirnos». Y, en vez de darles una limosna, que con eso, con una perra gorda - porque entonces, existían las perras gordas, las perrillas, los veinticinco céntimos, los cincuenta... -, en vez de darle eso, que eso no les sirve de nada, vamos a tener en un sitio. El que era un

¹⁷ Eslogan de Franco que figura en un calendario del *Auxilio social* de los años cuarenta. Es un lema que aparecerá también repetido en varios periódicos (Palacios, 2001: 264).

sitio, que había sido *obra pía*, donde recogían a las personas mayores, pues se hicieron unas cocinas. Y, había dos cocineras, dos ya personas mayores, que ya sabían lo que se traían entre manos. Y, estábamos, pues, después, chicas jóvenes que nos ofrecimos para dar la comida. ¡Si vieras lo que pasábamos! Porque cuando nosotras íbamos para, sobre las doce o así, para dar la comida, para repartírsela, ellos llevaban cacharros, se acercaban a ti y me decían: «¡Ay, Encarnita! – me decían Encarnita entonces – ¡Ay, Encarnita, hija mía! Que me eches un cacito más». Y, yo decía: «Pero, hija, si yo no mando, hay una comida hecha para tantas personas». Poníamos cocido, poníamos un arroz, poníamos un potaje, poníamos patatas, poníamos lo que fuera. El caso es que, por lo menos..., Y, se les daba pan. Pan y el plato de comida, por lo menos. Pero, los pobres, los hombres, ¿por qué las mujeres seremos más resistentes que los hombres? Los hombres, se les abrían grietas en las piernas, eso no lo habrá visto usted nunca: ¡grietas en las piernas! En la parte esta de la pantorrilla [*señalando con la mano la parte alta de la pantorrilla*]. Pero, vamos, grietas de las cuales sangraban, yo no sé,... Y, las mujeres no. Del hambre, del hambre, de la poca...[*Silencio*]

- Eso, ¿quién lo organizaba?
- Lo organizaban las personas mayores del pueblo, sí, gente mayor del pueblo, y gente que..., pues eso, pues que tenía..., Pues, como nosotros seríamos después de la guerra. Aunque nos lo robaron todo, todo, todo, vamos, todo, lo dejaron hecho... Vamos, todo,... Mi padre, después, cuando terminó la guerra, puso el comercio de tejidos, tejidos y paquetería, ya no quería más ultramarinos. Pero, vamos, teníamos, estábamos un poquito..., No teníamos mucho, pero, teníamos un poquito. Y, entonces, en vez de darles ese poquito, que a nadie le hace nada, pues hacíamos la comida y repartiéndoselo. (Encarna, E28)

En España, en esta época, la cobertura social para las viudas es prácticamente inexistente. Para las mujeres responsables de una numerosa familia monoparental, en ocasiones a raíz del fallecimiento del marido o del padre en la contienda o en la inmediata posguerra en los fusilamientos con que se represalió a muchos republicanos, o su ausencia por el exilio, tiene como consecuencia una sobrecarga de trabajo para muchas mujeres, que en interminables jornadas combinan las variadas y diversas estrategias para la supervivencia de los suyos, en un contexto de hambre, de pobreza y desarraigo familiar. De este modo, narra María, una de las abuelas del “bando perdedor”, cómo su madre viuda tuvo que apañárselas, como pudo, para sacar a toda su familia adelante: “Mi madre se puso, ya..., Cuando sacó el niño para adelante, ya se tuvo que poner a trabajar. Porque, antes, no había paga ni había nada: estraperlo” (E16). De esta cara de la represión es de la que menos se habla: las penalidades, la pobreza y el hambre

que pasaron las mujeres e hijos de los represaliados por el franquismo. Si bien ya se empieza a indagar en esta memoria, antes de que se la engulla el olvido¹⁸.

Un grifo en el centro para reñir

La vida se articula alrededor de un gran patio, sin cuarto de baño, ni frigorífico ni lavadora. Antonia describe como era la vida en los corralones, o casas de vecinos, incluso para una familia con posibles en aquellos tiempos; sin embargo, ella que procede de una familia de clase media no acepta lo que considera una forma indigna de vida:

- Era un patio muy grande, y una de puertas..., Y, una ventana. Y, a cada puerta siete, ocho viviendo. Un grifo en el centro para reñir con todos los vecinos, porque todos querían llenar el cubo al mismo tiempo. Eso es para haberlo visto. Y, yo cuando me llevó allí, digo: «¿Que yo vengo a vivir aquí? Yo, mañana estás en la estación. Y, el billete y ya estoy yo en mi casa. Tú te quedas aquí con esos vecinos». Y, me vino a buscar mi suegro. Mi suegro me quería mucho y no quería que el hijo se fuera porque le hacía mucha falta. Y, me llevó a ese chalet, me llevó muebles y todo. Me acuerdo que compraron seis platos, seis cubiertos. En aquel tiempo no se iba como hoy. Y, ya me arregló la cocina y una habitación. Y, el chalet era precioso.
- ¿Allí tenía agua corriente en el chalet?
- No, tenía un pozo.
- ¿Tenía un pozo?
- Un pozo, que ese pozo era hecho para cuatro chalets que iban así alrededor. (Antonia, E13)

No consintió nunca que trabajara

Durante el primer franquismo (1939-1959) tan sólo las mujeres solteras y las mujeres casadas que lo necesitan para la subsistencia de los suyos se ven autorizadas a desempeñar trabajos como asalariadas o a cambio de una remuneración que, por lo general, es bastante escasa y considerada como mera ayuda para la economía de la familia. Aun cuando pueda ser un aporte necesario para la supervivencia familiar, el clima social de la época continúa dando legitimidad a un modelo de familia, basado en el

¹⁸ Véase, por ejemplo: Aguilar, 2003, 1996; Álvarez-Fernández, 2009; Valles et ál., 2011; Ferrandis y Baer, 2008. Dar visibilidad a estas y otras formas de represión en el franquismo es uno de los objetivos del Grupo de Investigación *Memoria de la Represión* del que la doctoranda forma parte desde su constitución. [Véase en línea: http://www.uc3m.es/portal/page/portal/investigacion/nuestros_investigadores/grupos_investigacion/memoria_de_la_represion. Última consulta: 24.04.2013].

sostén económico del varón proveedor que, en las circunstancias de posguerra, no es sostenible para las familias más empobrecidas. Fernanda, una de las abuelas entrevistadas (también es bisabuela), en los “*años del hambre*”, con una numerosa familia y con grandes dificultades para asegurar el sustento de su prole (de hecho, uno de sus hijos pequeños tenía raquitismo tal como se ha visto más arriba), será penalizada por su marido en su intento de aportar a la economía familiar los exiguos ingresos recibidos por un trabajo de temporada en el campo recogiendo patatas:

- Una vez me fui a trabajar, teniendo el mayor con tres o cuatro meses, me fui a trabajar. Pero, no volví a ir más [...] Me dice [*la prima de la entrevistada*]: «Vente a trabajar conmigo». Y, nos fuimos a coger papas al campo ¿Sabes lo que es coger, coger papas?, ¿no?
- ¿Coger papas en el campo?
- Coger papas. [*Silencio*]
- Sí, ¿arrancarlas de la tierra?
- Sí. Dice: «Vente conmigo, y echamos las dos... Para, a ganar cinco duros». Y, entonces, pues me fui con ella.
- ¿Cinco duros por un día de trabajo?
- Por un día de trabajo. Y, entonces me fui con ella. Y, se lo dije a él. Y, dice: «Sí, vete».
- ¿Su marido?
- [*Asiente*] «Vete..., con lo que tú ganes comemos y con lo mío pues nos compramos ropa, nos compramos cosas». Yo, como soy tan, tan consentida. Pero cuando eché los dos meses de trabajo no tenía una chica [*una perra chica*], todo lo gastó. En vez de decirme que no vaya, gastó todo, para que no fuera. (Fernanda, E10)

El deshonor que supone para el marido que la esposa desempeñe algún tipo de trabajo remunerado es bien conocido en los medios burgueses desde el siglo XIX pero no es tan habitual en los sectores populares, por razones de supervivencia. Lo que Fernanda pone de manifiesto con su relato es el alto poder normativo que llegó a tener el modelo de cabeza de familia y de ama de casa a tiempo completo bajo el régimen franquista, aún siendo un modelo difícil de mantener en familias de sectores populares (Borderías, 2003a: 271). Se trata de una norma generalizada entre las mujeres de sectores sociales más favorecidos, entre las que habitualmente se veía como una mancha en el honor de la familia, sobre todo para el cónyuge, que la esposa trabajara a cambio de remuneración, incluso dentro de su hogar, y aun desempeñando tareas “femeninas”. Así lo relata Felicidad, una de las abuelas, de clase media-alta, en relación con su madre,

quién teniendo la formación para ello, quiso impartir clases de piano en su casa tomando a varias alumnas y su marido no le permitió hacerlo:

- Mi madre tenía la carrera de piano y tocaba el piano que era una delicia. Porque la carrera de piano ocho años que eran. Y, lo tocaba que era,... Mi padre todas las noches: «Luisa, toca el piano un ratito». Y, en el verano se ponía a tocar el piano que estaba en el despacho, con la ventana que daba a la puerta, y acudía todo el mundo a oírla. Y, se ponía así la ventana [*haciendo un gesto de aglutinar con los dedos de su mano derecha*], escuchándola. Sí, tocaba *El anillo de hierro*, que me acuerdo ¡Qué bonito era! Tantas cosas tocaba,... Todas las sevillanas, todas. Tocaba muy bien. Y, mi madre quería dar clase pero mi padre era de los antiguos, que le parecía que trabajar la mujer no era bueno. Y, no lo consintió nunca que trabajara. No consintió nunca que trabajara. Y, solamente, me daba clases a mí y a una amiga mía. (Felicidad, E1)

Sin embargo, si le permitió a la entrevistada estudiar Magisterio, tal vez por la impronta de los aires de modernidad que trajo la IIª República que, incluso entre las familias conservadoras, tuvo su eco. Por tanto, lo que para un grupo social es una forma de distinción (en los términos de “no hay ninguna necesidad de más ingresos”), para otro grupo social se convierte en norma a seguir (en los términos de “es un deshonor”, por lo que el marido “no consiente”, pese a que la necesidad apremie). Tal como se señaló en el cap. 2, *supra*, el trabajo remunerado de las mujeres es considerado un mal menor y se contemplan esencialmente sus aspectos negativos, tales como los riesgos sanitarios, morales y sociales.

En los años sesenta empiezan a producirse importantes transformaciones que, una década más tarde, culminarán en un cambio profundo de signo. La relación de la Iglesia con el régimen dictatorial se transforma como consecuencia de las reformas liberales emprendidas por el II Concilio Vaticano II entre 1962 y 1965, momento a partir del cual se distanciará la Iglesia de la dictadura y establece una relación más distante con el nuevo Concordato. La transformación de la sociedad española como consecuencia principalmente del desarrollo económico, iniciado a fines de 1950 y consolidado con el II Plan de Desarrollo (1969-1971), que se preocupa por el crecimiento, por mantener contactos con el resto de Europa así como por dar impulso a la sociedad de consumo, el nombramiento del Príncipe de Asturias en 1969, el asesinato de Carrero Blanco y la desunión de la clase política tras su muerte, un crecimiento notable del terrorismo (ETA, FRAP, en la izquierda; las Guerrillas de Cristo Rey, en la derecha), la estrategia de Arias Navarro de desbancar a los tecnócratas del *Opus Dei* para poner en su lugar a los reformistas vinculados a Manuel Fraga, el apego al poder de Franco pese a su notable

declive físico y psíquico, las ejecuciones de septiembre de 1975 que identifican el régimen con la represión, las protestas estudiantiles y obreras, así como el enfrentamiento con la Iglesia, el hastío que empezaba a cansar la *futbolización* de la opinión pública, el *cantiflismo* y la estrechez de miras, van minando el régimen dictatorial y preparando el cambio político (Townson, 2004: 256-257 y 265-266; Palacios, 2001: 244).

6.1.2.2. Desarrollismo- apertura del régimen: *los tiempos están cambiando*¹⁹

España es una sociedad en movimiento: del campo a la ciudad y al extranjero, llegada masiva de turistas, las clases sociales experimentan cambios sustanciales, con vertiginosas aunque desiguales mejoras en el nivel de vida, la transformación está en marcha. Las entrevistadas dan cuenta de este cambio sociológico: por ejemplo, Blanca (E22), madre soltera, cuya familia de origen es muy humilde, que trabaja como asistenta en la casa del alcalde de su pueblo durante muchos años, ve como su hija Marisa (E23), a quien no pudo pagarle los estudios de secundaria, quién a su vez, debe trabajar como aprendiz de modista y cuidando niños, se casa con un empresario, deja su Galicia natal para vivir primero en Barcelona y luego en Sevilla, experimentando en esta segunda generación un enorme ascenso social. Así, en los primeros años de la década de los setenta, son visibles las señales de cambio en el modelo cultural, entre las que son destacables: la caída de la fecundidad, la incorporación paulatina de las mujeres a la educación superior, o que las mujeres de clases medias participen cada vez más de forma constante en el mercado laboral sin interrumpir sus trayectorias profesionales por el matrimonio o la maternidad.

Vamos corriendo, hay muchas comodidades

Hasta el desarrollismo, el hogar familiar resolvía la mayor parte de las necesidades de sus miembros, la economía familiar como la nacional en la mayor parte de los hogares era de subsistencia. Con el desarrollo de la sociedad de consumo, el mercado progresivamente ofrece una cada vez mayor diversidad de productos a quienes los puedan adquirir que va convirtiendo los hogares en unidades de consumo, desde los productos más sencillos, como la fregona, a los más sofisticados como los

¹⁹ *The Times They Are A- Changin'* es el título de una canción escrita por Bob Dylan en 1963.

electrodomésticos que cocinan solos como la Termomix, a la vez que la vida cotidiana cobra un ritmo cada vez más frenético:

- Les poníamos unos encajitos arreglados con unas cintitas, que ahora no veas que cosa más rápida..., Y, sin embargo, eso es lo que hay ahora. Pero, entonces... Y, yo tenía una secadora, ¿eh? Una secadora que era como una lavadora redonda y ahí metía los pañales. Hombre, estando el tiempo bueno no, pero cuando estaba el tiempo de agua era...Pero, que era mucho más trabajo, la ropa no es como ahora mismo... Ahora hay más comodidad. Pero, sin embargo, todo el mundo vamos corriendo. [...] Vamos corriendo, hay muchas comodidades, la lavadora, la secadora, el lavavajillas, todo. Pero, sin embargo, se corre quizás más que antes (Concha, E4)
- Entonces, no había fregona. Que lo de la fregona lo pongo yo en los altares, es para ponerlo en los altares [*risas*] al que inventó la fregona. Yo no sé quién era el que lo ha inventado [*risas*] (Josefa, E19)

No necesitaba mi sueldo

Tal como se señaló en el capítulo 2, *supra*, también la legislación laboral abre nuevas posibilidades laborales para las mujeres, impulsando un cambio cualitativo en relación con su participación en el mercado de trabajo (Ruiz Franco, 2003: 135). Pero el cambio cuantitativo tendrá que esperar aún un par de décadas. Pese a lo señalado, en los años sesenta, las únicas profesiones aceptadas para las mujeres son aquellas que tienen relación de alguna manera con la “maternidad simbólica”, tales como la enseñanza, como ocurre con Andrea (E2), la enfermería o la asistencia social; o bien el trabajo en las oficinas, como Isabel (E20), que desarrolló su actividad profesional en la administración pública, tras aprobar unas oposiciones:

- Yo estudié Magisterio. Pero, en cuanto terminé, me casé con mi primer marido, que no es éste. Y, enseguida tuve cuatro hijos. Empecé con mellizas, fíjate. Entonces, no trabajaba. No, no pensé,... teniendo cuatro niños. Y, bueno, pues, vivíamos bien y no necesitaba mi sueldo. Y, yo, pues, cuando mi hijo pequeño tendría cuatro años o cosa así, que fue a la guardería, entonces empecé a estudiar Filología. Me fui por las tardes. Me fui por las tardes, por las mañanas, alternaba los cuidados del hogar con estudiar. Y, terminé muy bien. Y, cuando terminé pues, entonces, es cuando nos separamos. Y, entonces, pues me salió, una amiga me dijo que hacía falta en este colegio una plaza y entré, entré para dar clase de inglés. Es lo que hacía falta en el colegio hasta que unos años después, pues, ya mi especialidad. Y, allí estoy. (Andrea, E2)

Estas serían las primeras salidas profesionales para las mujeres de clase media que se insertaron progresivamente, a partir de los años setenta del siglo pasado en el mercado laboral formal. Sin embargo, las mujeres vieron, como se verá más adelante, como fueron desapareciendo sus trabajos en las fábricas (vgr. María, E16). A mediados de los años ochenta, este incremento será cada vez mayor y con una diversificación profesional creciente, como se verá más adelante, en el cap. 7, *infra*.

Había que ir a la fuente

En las entrevistas se habla del enorme cambio que supone para la vida cotidiana contar con determinados servicios en sus domicilios como el agua corriente, la electricidad o incluso una lavadora y las comodidades que se generalizaron con el desarrollo de la sociedad de consumo. Así lo narra, una de las abuelas entrevistadas en relación con determinadas tareas que conllevaba el cuidado de sus hijos recién nacidos y cómo ha ido cambiando progresivamente el acceso a este tipo de recursos: “Antes, no había agua en casa, había que ir a la fuente a buscar con un balde de agua” (Blanca, E22).

No había plástico antes

En las entrevistas se describe el enorme cambio que supone para la vida cotidiana contar con determinados servicios en sus domicilios como el agua corriente, la electricidad o incluso una lavadora y las comodidades que se generalizaron con el desarrollo de la sociedad de consumo. El mercado ofrece una cada vez mayor diversidad de productos, a quienes los puedan adquirir:

- ¿No tenían agua corriente?
- Del pozo, del pozo. Una vez ahí en la tienda, en la tienda, se puso agua en el portal. Porque, a mi madre le daban el agua, pusieron todos los grifos. Pero, yo no los podía poner porque era tres mil pesetas, que todavía me acuerdo. No podía poner ni tres mil pesetas. Mi, mi marido, vendió un camión de cartón y mil pesetas que le dio la madre y me puso. Fui al Ayuntamiento, pero me lo puso sin dinero, los del Ayuntamiento. Luego se lo pagué, sin contador y sin nada. Cuando les dije lo que me pasaba, tenía que esperar al camión del agua para comprar los bidones, los bidones a quince pesetas. [*risas*] ¡Me cago en la leche! Yo he pasado lo mío también. [*risas*] Yo he pasado lo mío, pero... Y, ahora digo. Y, ahora ha venido la cosa bien, estamos, pero lo malo lo he pasado yo bastante. [...] Los pañales, los

pañales eran gasas. Con seis tenía para los dos, porque lo lavaba, secaba... Y, si no, un de eso de que se calentaba en la coca en el invierno.

- ¿Gasas?
- No había plástico antes. (María, E16).

- Así los bañaba. Un bañito de zinc, entonces no había plástico ni nada de esas cosas. El piso no tenía cuarto de baño. Tenía un tocador, que era de mi madre, era tan antiguo, que era muy bonito, con una palangana muy bonita de loza blanca. Y ya últimamente pusimos nosotros una pila de ducha en el rincón que había, había un cuarto de aseo en la cocina, que no tenía cuarto de baño. (Josefa, E19)

- No sabe ahora la mujer que tiene un hijo no sabe de lo que... Porque hay que ver lo que es ahora, lo que es la vestimenta de un niño. Mi nieta, una camiseta, el piquito éste con su gomita aquí, que eso le sirve por lo menos dos o tres horas, por lo menos. Y si quiere más, más. , luego, después, su moniato o su pantaloncito, o lo que sea, eso es, eso es la Julia. Pero, ¿usted se imagina lo que eran esos pañales, que había que lavarlos por lo menos seis u ocho - seis u ocho, eso es poco Encarna - o doce al día? Y en los inviernos lo que era eso, teníamos en los braseros una cosa así de unos alambres, donde poníamos la ropita a secar, porque es que no había manera. (Encarna, E28)

En 1976, por fin se estrena en España “El dictador”, las película de Charlot y, en 1977, “El acorazado Potemkin”, de Eisenstein, cuanta años después de su estreno. También vuelven del exilio personas que juegan un importante papel en la cultura: José Juís López-Aranguren, Enrique Tierno Galván, Rafael Alberti... Y, como símbolo de la reconciliación, llega a España el Guernica en 1981 (Palacios, 2001: 424). La libertad de expresión se pide a gritos, Jarcha lo canta en los años del referéndum para la Constitución: “Libertad, libertad sin ira libertad, guárdate tu miedo y tu ira. Porque hay libertad, sin ira libertad y si no la hay sin duda la habrá”. La transición fue aparentemente tranquila, sin juicio a la dictadura, sin cuestionar cómo se forjaron las grandes nuevas fortunas del país o cómo se reforzaron las viejas oligarquías económicas... el país entero deseaba dejar atrás la estela de pobreza y de ignorancia, se daba un portazo al franquismo y se empezaba a fijar la vista en Europa.

6.1.3. Último tercio del siglo XX: el camino hacia Europa

El paso de la dictadura franquista a la democracia está jalonado por cambios legales y culturales que posibilitan una mayor participación y visibilidad de las mujeres en la vida pública, un más amplio acceso a los derechos de igualdad, a la educación y,

por tanto, más autonomía. No hay un consenso al respecto, pero en relación con el cambio cultural, diversos autores coinciden en localizar el final de la transición a la democracia, que se inicia con la muerte de Franco y los Pactos de la Moncloa, cuando España ingresa en la Unión Europea, momento en que se dan por efectivamente erradicados los intentos golpistas, y el consecuente temor a las conspiraciones militares, que se vivió en el país hasta fines de los años ochenta (Villarós, 1998).

La primera separación que hubo en el grupo

Hay una tendencia progresiva, en los diferentes grupos sociales estudiados, hacia una mayor igualdad entre hombres y mujeres. La Ley de 2 de mayo de 1975 elimina la “*licencia Marital*”, la obediencia de la mujer al marido, establecida por ley (Ruiz Franco, 2003: 141-142); también introduce una mayor libertad en este sentido la mención a la no discriminación de las personas por sexo, edad, y otro tipo de categorizaciones, que recoge la Constitución de 1978 o la aprobación de la ley del divorcio en 1981 (véase cap. 2, *supra*). En los últimos años del franquismo se empiezan a notar indicios de cambio, aunque todavía una separación matrimonial resulta extraña y conlleva reprobación social, tal como lo relata Andrea, entrevistada de clase media-alta, que se separa en 1974:

- Los niños, me imagino que sobre todo sería, como luego me han confesado las mellizas, que las madres de las amigas lo veían eso muy mal. Porque, es que fue la primera separación que hubo en el grupo. Ahora ya ves tú, ahora eso es lo más común, pero, entonces, pues, algunas eran reticentes y me lo han contado luego (Andrea, E2).

Con el desarrollismo el plástico empieza a aparecer en la vida cotidiana, que se moderniza y facilita la tarea a las abnegadas amas de casa, pero hay que esperar un poco hasta que aparezcan los desechables:

- Ahora no es como entonces. Entonces era la gasita, el pañal, el plastiquito. No es como ahora de pañales y... No, no. Eso había que hacerlo cómo antiguamente, que no es esto del dodotis.
- ¿Cómo tenía que hacer?
- Pues, poner una gasa, había que doblarla de tal forma que le cayera bien, el piquito bien colocadito, el plastiquito, y todo muy bien. Que aunque sirviera poco pero se le ponía. (Lola, E5)

Ganamos mucho dinero

En Sevilla, el símbolo de modernidad lo representa la Exposición de 1992 (conocida entre los sevillanos como “La Expo”), pues significó una entrada de capitales considerables, mucho trabajo e inversión en infraestructuras. Una de las entrevistadas describe como guarda el recuerdo de la Expo como el momento en que su vida se transformó, pasó de la pobreza en que vivió desde niña a tener una vida mejor, más holgada:

- ¡Gracias a Dios pusieron la Expo! Y, ahí si ganamos mucho dinero, con la Expo, mucho dinero, mucho dinero. Porque, es que venía muchísima gente, todo el día lleno esto. Venga comidas, venga comidas, venga bocadillos; me tenía yo que llevar, la, la olla de caldo que la hacía de puchero. Porque, ahí cuando tenían que echar hormigón, entonces, no podían echar hormigón, no podían pararlo. Entonces, le llevaba a mi marido la olla grande de caldo, ollas con café, termos y eso con café, bocadillos, les llevaba de todo. Y, por aquí todo el día lleno.
- ¿A partir de la Expo, esto se quedó...?
- Esto se quedó más parado. Pero, vamos, vamos tirando como sea. Pero, la Expo fue... Dio al barrio mucho, mucho, mucho, dio al barrio. Pero al barrio entero, eh. Mucho, mucho. [...] Está muy cerquita, tenía la salida por ahí, y venían los obreros de aquí a comer, y venían todos. Y, aquí las pensiones..., todo lo que había, se ha beneficiado mucho, mucho, mucho. El barrio se acuerda mucho. [...] Cuando vinieron los trabajadores esos, dio mucha vida aquí. Nosotros cogimos un poquito. Y, ya, gracias a Dios, estamos por lo menos..., tenemos para vivir. Hay que trabajar, porque, si no trabajas el dinero se acaba. Pero, sí, mientras vas trabajando, vas eso, pues te vas manteniendo con tu sueldo, no como cuando me casé que no tenía nada, nada. (Teresa, E11)

Un punto de la historia del mundo

Una de las nietas entrevistadas cuenta como para ella la vida de su abuela es casi una epopeya, a sus veintitrés años recién cumplidos el final del siglo XX, los primeros años del XXI le parece que apenas han tenido acontecimientos de importancia, su vida, la historia de su contexto vital está por construir:

- Contaba unas cosas que, que te quedabas diciendo, es que, es que no es lo mismo la época de mi abuela que mi época. Incluso la de mi madre. La guerra, después los partidos, las huelgas, las no sé qué, las manifestaciones, los rojos, los grises, no sé qué, ¿y yo? ¿qué problema he tenido yo? El 11S que a mí, a mi no me ha afectado ni nada. Vale, ETA, vale, muy bien, muy bien. Pero, no es tan importante cómo lo que se ha vivido en esa época que es que te empieza a contar su vida y una

sabiduría y una cosa, que a mí mi vida me parece una estancia. Para lo que ella ha sido, yo qué sé, una aventura, una cultura, un punto de la historia del mundo. Para mí ha sido, hombre, que lo será también, pero que para mí no. Para mí no y, muchas veces, no quiero ni preguntar, no quiero ni preguntar (Julia, E30)

Finalizada la etapa franquista, en el último tercio del siglo pasado, si bien la participación de forma igualitaria de hombres y mujeres en tareas y responsabilidades domésticas y de cuidados va ganando terreno frente al anterior modelo de hiperespecialización por género, tanto los estudios sobre usos del tiempo como los estudios sobre conciliación (Tobío, 2005, 2003a, 1998) ponen de manifiesto que se trata de actividades que siguen siendo realizadas fundamentalmente por mujeres. Obviamente, estos hechos tienen repercusiones negativas derivadas de la dificultad de compatibilizar un trabajo remunerado con el trabajo doméstico y los cuidados así como la situación de sobrecarga que la doble jornada / doble presencia implica (véase cap. 2, *supra*). Cuando las mujeres no pueden compaginar sus presencias, el desajuste que este hecho produce desencadena muchos conflictos y tensiones en las relaciones familiares.

6.2. Un contexto de grandes cambios para las tres generaciones

La explotación *ad hoc* de la ERF realizada para obtener datos contrastados de las tres generaciones estudiadas (abuelas, madres, hijas) tuvo como punto de partida la relación de filiación, tomando como nodo central la denominada “generación pivote”. Por tanto, se pueden dar situaciones en que una entrevistada, considerada desde la perspectiva de ser madre de una hija de dieciséis o más años, y con su madre viva, sea a su vez abuela, y sea coetánea de otra integrante de una triada que ha sido contactada por ser abuela. Como también puede ocurrir que muchas abuelas sean, de hecho, bisabuelas, o que alguna nieta adulta, a su vez, sea madre. Y es que es la filiación, y no la edad, la que ha marcado su inclusión en la muestra y en el diseño de la misma (véase cap. 5, *supra*). De ahí las grandes posibilidades que las entrevistas nos ofrecen de tener una perspectiva de los cambios experimentados en cuanto a su acceso a la educación, su participación en el mercado de trabajo y su vivencia de la vida familiar, a través de estas tres generaciones de mujeres, que dan cuenta del cambio general de las mujeres a lo largo del siglo XX (véase, cap. 7 y 8, *infra*). Así pues, en adelante, los datos que se muestran son los que se han obtenido de la explotación de la ERF cruzando datos de tres generaciones (madres, hijas y abuelas).

Para dar una muestra de este enorme cambio cultural se han revisado los datos de la explotación de la Encuesta realizada para este estudio tomando en consideración a las tres generaciones así como los testimonios de las entrevistadas en relación con su acceso a la educación formal. Las posibilidades de acceso a la educación han cambiado radicalmente para cada una de las generaciones entrevistadas: se ha pasado de una situación en la que la mayor parte de las mujeres eran analfabetas o no llegaron a terminar sus estudios primarios, como ocurre con las abuelas, a otra en la que la mayor parte de las mujeres tiene estudios secundarios e, incluso, superiores, como ocurre con las nietas. Por tanto, se ha producido una generalización del acceso a la educación para las mujeres de todos los grupos sociales, sobre todo para las de la tercera generación estudiada – nietas –. Las abuelas, que han logrado completar el primer o segundo ciclo escolar, son parte de un pequeño grupo, un grupo social privilegiado, de un medio dotado de más recursos económicos y culturales. Ya desde la segunda generación estudiada – madres –, para todas las clases sociales, las oportunidades educativas para las mujeres se han incrementado, especialmente a partir de la segunda mitad de siglo, siendo más generalizado el acceso a la educación primaria y secundaria (véase Anexo II, tablas n.º 1 y n.º 2). Se estima que el grado de urbanización y de desarrollo también tiene relación con el acceso a la educación para cada una de las generaciones estudiadas, siendo siempre más elevado en la provincia de Sevilla que en el resto de Andalucía (Barbadillo et ál., 2010).

6.2.1. Primera generación: abuelas, madres, a veces, bisabuelas

Según datos de la ERF (2005), para toda Andalucía, las abuelas que tienen hijas y nietas adultas, en general son mayores de cincuenta y cinco años; aunque hay casos excepcionales que son más jóvenes²⁰. Estas abuelas vivieron su infancia y juventud en la primera mitad de siglo, que se ha caracterizado por los duros y terribles acontecimientos de los que se ha hablado más arriba: dos guerras mundiales y una guerra civil. Según las edades, estas mujeres han vivido su infancia-juventud en:

- La IIª República (1931-36): son las abuelas que tienen más de ochenta años. Algunas de ellas son bisabuelas (vgr. Antonia, Felicidad, Encarna, Blanca y Josefa).

²⁰ Para un mayor detalle véase: Martín Palomo, 2010a.

- Guerra Civil (1936-39): también son abuelas de entre setenta y ochenta años. Y algunas de ellas son también bisabuelas (vgr. Carmen, María).
- Posguerra/primer franquismo (1939-59): son abuelas que tienen entre sesenta y setenta años. Algunas de ellas también son bisabuelas. (vgr. Concha).

En el acceso a la educación para las mujeres se ha producido a lo largo del siglo XX una auténtica transformación tal como se pone de manifiesto con la explotación de la encuesta. Según los datos obtenidos a partir de la explotación de la ERF para las abuelas estudiadas, hay *un 34% de analfabetas* en la provincia de Sevilla, un 29,3% para Andalucía que, junto al 51,4% de abuelas sevillanas y el 52,1 % de las andaluzas de esta primera generación que no han terminado los estudios primarios, se traduce en que apenas un 10% de las abuelas tiene completados los estudios primarios o han finalizado algún tipo de estudios medios o superiores, tanto en la provincia de Sevilla como en Andalucía en su conjunto (véanse gráficos nº 1. y nº 2). El 4,7% de las abuelas de la provincia de Sevilla son diplomadas; para Andalucía el porcentaje es menor, tan solo un 1,5% de las abuelas tienen este nivel de estudios completado (véase Anexo II, tablas nº 1 y nº 2).

Saber escribir, leer y presentarte

Por lo tanto, en la primera generación se observa una enorme polarización en el acceso a la educación, lo que está estrechamente relacionado con el grupo social de origen.

- ¿Fue al colegio?
- Sí, fui. Pero antes los colegios no es cómo ahora, normalmente no. Sabía muy bien leer y escribir, pero con el lío de firmar y cosas así me sirve. Ya no puedo, ya no puedo firmar pero siempre era eso. [...] Antes se iba al colegio muy pocas veces, menos tiempo. Porque yo era muy chica y mi madre..., Me fui a una sastrería de aprendiz, ¿comprendes? Y, no estuve yo ya en el colegio. Pero, ahora mismo, no sé el tiempo que estuve. (Consolación, E25)
- Fui a la escuela pero como cogió, me cogió toda la guerra de chica. Y, ya, pues, no, no fui a la escuela.
- ¿Le cogió la guerra con muy pocos años?
- Con siete u ocho años, sí. Y ya, pues, ya,...no tuve tiempo de ir a la escuela. (Fernanda, E10)

Para las mujeres de grupos sociales con más recursos, clases medias y medias altas, también el acceso a la educación era limitado, siendo bastante excepcional que accedieran a la enseñanza universitaria, tal como describen las abuelas entrevistadas. De hecho, relatan cómo la programación familiar de su educación estaba más orientada al desarrollo de actividades “propias de su sexo” (coser, bordar, escribir, leer, tocar el piano o “presentarse en sociedad”), al menos entre quienes vivieron su adolescencia y juventud en el primer cuarto de siglo. Antonia, que contaba con 98 años en el momento de ser entrevistada, narra cómo, salvo excepciones, las mujeres de su época y grupo social tenían bloqueado el acceso a los estudios universitarios:

- En aquel tiempo era lo,... saber escribir, leer y presentarte. Pero, de carreras, en aquel tiempo, había pocas. Para tener una carrera ya había de ser de gente de otras carreras. Yo fui al colegio hasta los veinte años porque iba con las monjas dominicas. Y, cuando dejamos de estudiar, pues, nos pusimos a bordar y a eso. A coser, a bordar, a dibujar. Yo tengo un cuadro muy bonito, no sé dónde lo tengo. Y nos enseñaron varias cosas. Pero, carrera, en aquel tiempo, había bien poquísimas. (Antonia, E13)

Una de las abuelas entrevistadas más longeva, tenía 98 años en el momento en que se le entrevistó, procede de Cataluña y su familia tiene recursos. Cuenta con orgullo como su abuela era una mujer instruida que, no solo lleva las cuentas del negocio y cocina para toda la familia, sino que además lee el periódico cada día e informa a todos los hombres del pueblo de las novedades. Es consciente, pues, del poder y el respeto que obtenía su abuela de sus paisanos precisamente por saber leer y estar al tanto de los acontecimientos de la vida política y social:

- En mi pueblo, cuando yo era chica habían dos *Vanguardias*, que salieron al mismo tiempo que el *ABC* de aquí. En aquel tiempo salieron esos dos periódicos. Y, había un periódico en el casino y otro en mi casa. Compré uno. Y, mi abuela cuando ya había terminado de la comida, porque ella era la que guisaba, que guisaba de orden. Ya los platos no los fregaba, ya había quien fregaba, después. Y, se sentaba a la puerta de su casa. Y, era una calle que venían muchas fincas de la montaña. Y, todos los hombres que bajaban se paraban a preguntarla, a la María, qué pasaba con la política. [...] Las novedades de la política, si el rey, si el arquitecto,... Ella ya, cuando ellos bajaban, ya lo había leído todo. Y, se enteraba de todo. Y, el que quisiese enterarse sabía venir allí. Porque, ni los del casino ni los hombres se dedicaban a leer, se dedicaban a darle,... (Antonia, E13)

Algo parecido ocurre con otra de las abuelas, Josefa, también nonagenaria procedente de un medio social privilegiado, más joven que Antonia, cuya educación

básica, que tuvo lugar en el colegio francés, acaba con un título de “corte y confección” del que, además, la entrevistada se muestra muy orgullosa:

- ¿Usted qué estudios tiene, Josefa?
- Yo no, entonces no se estudiaba bachiller ni nada, eso las mujeres no... [*afirma avergonzada*]
- ¿Fue al colegio hasta qué edad?
- Pero, nada más que la primaria, en francés, en el colegio *parisienne*. Ya te digo que introdujo la, la ésta mi abuelo, fue el que introdujo la Sociedad Francesa aquí en Sevilla. Monsieur P., Monsieur no se qué, Monsieur M., que era el director del colegio, todos esos eran amigos de mi abuelo [*el abuelo de la entrevistada procedía de Francia; se instaló en Sevilla con motivo de la preparación de la Exposición Iberoamericana de 1929*]. Ya después, no,... no estudié. Lo que aprendí fue, estudié esto de corte y confección, que me gustaba mucho la costura.
- ¿Le gusta a usted...?
- Tengo mi título de corte y confección. [*con orgullo*] [...] Entonces, las mujeres no estudiábamos carrera para colocarnos en los sitios. Y, empecé a aprender a corte y confección, que tengo mi título de corte y confección. Lo tengo. Y siempre he cosido yo, y me he hecho mis cosas, y a mis hijos. Y, hasta que mi hijo tuvo por lo menos diez u once años, le hacía yo sus chaquetas y todo. (Josefa, E19)

En aquellos tiempos es lo que había

Felicidad, otra de las abuelas entrevistadas nonagenaria, también de clase media alta, narra su experiencia de estudiante en la Barcelona de la IIª República, donde cursó la carrera de Magisterio, que la capacita para desempeñar una actividad profesional que ya empieza a ser aceptada para las mujeres y, por tanto, muy feminizada: profesora de escuela. La entrevistada da cuenta de una experiencia muy curiosa y, a la par, significativa: fue maestra en diferentes destinos hasta lograr obtener “la plaza en propiedad”. Reside en diferentes municipios del país, e incluso siendo madre, continúa el ejercicio de su profesión pese a residir en una localidad diferente a la de su marido. Cada uno de los progenitores tiene de forma rotativa un hijo a su cargo, con encuentros los fines de semana, durante un período de alrededor de unos cuatro años. Hija de capitán de la Guardia Civil profranquista, en la posguerra, se integrará en el equipo de formadoras de la *Sección Femenina de la Falange*, realizando sus correspondientes cursillos de formación en materia de domesticidad en el Castillo de la Mota²¹, donde se ubica el

²¹ La entrevistada mostró varias fotos de estos cursos de formación que dan respaldo a la veracidad de su relato. Una vez apagada la grabadora, dio detalles de este tiempo, algo que se esforzó en *no* hacer cuando se estaba grabando, tras varios intentos de profundizar en el tema por parte de la doctoranda.

célebre centro formativo de esta organización, en el que se adoctrina a una generación de educadoras.

- Aquí en Sevilla estuve. Y, en la *Sección Femenina*, que yo pertenecía a la *Sección Femenina*. En aquellos tiempos es lo que había, ¿sabes? Y, muchas veces, pues con la *Sección Femenina* estaba...
- ¿Qué les enseñaban en la *Sección Femenina*?
- Pues, lo mismo que en cualquier otro colegio. Pero, también los temas de la *Sección Femenina*.
- Ah, ¿usted estaba como profesora en la *Sección Femenina*?
- Eso es.
- ¿Qué temas enseñaban?
- Pues los mismos que en cualquier otro colegio. Pero, con los puntos de la *Sección Femenina* y las cosas de la *Sección Femenina*. [Silencio]
- ¿Qué cosas eran las que enseñaba?
- Pues, ya ni me acuerdo. [Risas]
- No se acuerda. Bueno, si...
- Ya no me acuerdo. Lo mismo que en el colegio.
- Sí, pero, ¿qué enseñaban? Cosas para...
- La jefe de la *Sección Femenina* era la hermana de... Primo de Rivera. Pilar Primo de Rivera. Eso. Todo eso. ¡Qué tiempos aquellos! [*dando por zanjado el tema*] (Felicidad, E1)

Para los grupos populares, el acceso a la educación era mucho más restringido en el primer tercio de siglo XX, incluso en la enseñanza básica. Este déficit educativo, de una sociedad apenas desarrollada se agudiza con la contienda y, sobre todo, en la fase de reconstrucción de un país arrasado tras la guerra, que se alarga por la política autártica de la dictadura franquista, y por la II Guerra Mundial. Tal como cuenta María, abuela de clase popular, más joven que Antonia, Josefa o Felicidad, muchos niños y niñas se vieron obligados a dejar sus estudios y trabajar para contribuir con su trabajo

Sin embargo, fuera de grabación contó detalles que confirman su implicación en esta organización. La entrevistada es consciente – se debe tener presente que su hija se ha manifestado abiertamente como feminista-, de la curiosidad que despierta esta experiencia en generaciones más jóvenes, pero también del recelo con que se ha visto, desde una perspectiva feminista, el papel que desempeñaron las formadoras de la *Sección Femenina* como correa de transmisión ideológica de un tipo de valores tradicionales por los que la mujer queda sometida al varón, a la Iglesia y a la nación, y debe hacerlo, además, con alegría. No obstante, Felicidad recuerda esos años como el tiempo que hacía lo que “tenía que hacer”, es decir, sentía que cumplía con una misión para con la sociedad de su época. Muestra orgullosa la invitación para el baile de la victoria celebrado para festejar que los “nacionales” habían tomado Sevilla, que guarda en una caja, junto con sus fotos más queridas y las cartas que le escribió su marido (Notas del cuaderno de campo).

remunerado a la supervivencia de sus familias: “El estudio, antes no se estudiaba como ahora. Estuve hasta los catorce años. Y, ya empecé a trabajar.” (E16)

6.2.2. Segunda generación: madres, hijas y, a veces, abuelas

También según los datos de la ERF, las madres entrevistadas con al menos una hija adulta, y con sus madres vivas, tienen entre treinta y sesenta y cuatro años. Hay casos excepcionales, del total de madres que tienen entre sesenta y cinco y setenta y, generalmente, son abuelas. El grupo de madres de entre cuarenta y cinco y cincuenta y cuatro años es el mayor, seguido del grupo de treinta a cuarenta y cuatro años, y del de entre cincuenta y cinco y sesenta y cuatro años. Estas mujeres vieron su infancia y juventud en el segundo y tercer tercio del siglo pasado en un contexto de:

- Posguerra / primer franquismo (1939-59): son aquellas madres que tienen sesenta y más años. Es el grupo menos numeroso, en su mayor parte son abuelas. (vgr. Andrea, Mercedes).
- Desarrollismo-apertura (1960-1974): se trata de madres de entre cincuenta y cincuenta y nueve años. Algunas son abuelas (vgr. Concha, Teresa).
- Transición (1975-1990): son las madres más jóvenes, tienen menos de cuarenta y nueve años (vgr. Mary).

Sólo como adorno

Las mujeres que tienen hijas de dieciséis o más años han nacido y se han educado en la segunda mitad del siglo XX. Pese a que, en general, cuentan con un mayor nivel de formación completado, en los sectores sociales más pudientes poseer un título universitario tiene valor, sobre todo, por su carácter ornamental, para una futura esposa, más que como una auténtica vía de desarrollo profesional, tal como pone de manifiesto Andrea, una de las madres entrevistadas. Su madre, Felicidad (E1), sin embargo, tuvo una experiencia profesional más moderna al inicio de su vida que esta que relata su hija Andrea. Pese a todo, en un momento en que los cambios venideros se empiezan a vislumbrar, se mantiene cierta ambivalencia en tanto que un diploma o una licenciatura pueden operar como una suerte de seguro si eventualmente es “necesario” desempeñar un trabajo remunerado (o cambia el modelo social que pauta las relaciones de género y la división sexual del trabajo):

- Yo hice Magisterio porque mi padre se empeñó. Yo iba a hacer Filosofía y Letras, que es lo que se hacía antes pero, Magisterio eran tres años. Digo: «Más fácil tres años». Y, era solo como adorno. Mi padre decía: «Si quieres como adorno. Y, si te hace falta, pues, para trabajar». (Andrea, E2)

Es muy diferente la educación que me dieron

Para las madres, siguiendo los datos proporcionados por la ERF, es posible identificar un salto cuantitativo considerable en tanto que para ellas se generaliza el acceso a la educación básica, si bien aún es difícil para esta generación acceder a la educación secundaria o universitaria entre las clases populares. De todos modos, el acceso a la educación secundaria ha sido un proceso muy lento; Teresa cuenta como dejó de ir al colegio con tan solo once años; y, Blanca cuenta como le hubiera gustado que estudiara su hija Marisa pero no tenía recursos para ello:

- No he ido al colegio. Yo con once años, fue una vecina de allí de donde vive mi madre - ella vive en el Tardón -, y fue que hacía falta una aprendiz que hacía falta para una sastrería, que si me quería ir, y me fui, para trabajar de aprendiz en una sastrería. (Teresa, E11)
- Me decía que era muy buena, que le diera estudios. Pero, como no podía...
- ¿No podía usted pagar los estudios?
- ¿Cómo lo iba a pagar? (Blanca, E22)
- Yo hice lo que es el graduado escolar.[...] Tenías que tener dinero, pues yo conozco gente y amigas mías que estudian pero se tienen que desplazar a Pontevedra, que es donde estaba, claro. Y, yo, todo eso, yo no lo podía hacer. Y, entonces, pues, te ventilabas... Entonces, es muy diferente la educación que me dieron a mí, a la educación que tienen los niños. Se han criado en casa con todo tipo de comodidades, todo. Y yo no las he tenido. Pero, no digo por mi madre, sino porque las circunstancias eran de otra manera. (Marisa, E23)
- Me gustaba mucho pero no había medios y nada, a trabajar. A trabajar. Que siempre me ha gustado, eh, que yo siempre lo he dicho. Que yo les he dado carreras a mis hijas. Y, si yo si hubiera sido en los tiempos de ahora, yo estudiaba, yo estudiaba. Si, porque a mí me gustaba mucho. Pero, entonces, no había, no había medios. [...] Hasta los catorce estuve en el colegio, pero vamos tampoco era el colegio como ahora que lo primero es el colegio. Antes el colegio era lo último, allí porque había un colegio y se iba, pero que si había que hacer otra cosa era antes que el colegio. (Carmina, E7)

Según datos de la ERF, han terminado sus estudios primarios un 35,8% de las madres de la provincia de Sevilla y un 40,5% de las de Andalucía. El porcentaje de madres que carecen de estudios o que son analfabetas desciende considerablemente, a un 7,5% para Sevilla y a un 5,2% para Andalucía. A la par que se incrementa en varios puntos porcentuales la participación de las mujeres en educación superior; así, hay un 3,8% de madres de la provincia de Sevilla que ha finalizado sus estudios universitarios, un 3,1% para Andalucía (véase Anexo II, tablas n.º 1 y n.º 2). No obstante, para las mujeres de esta generación el acceso a los estudios universitarios solo se muestra como un camino a seguir para aquellas de un grupo social privilegiado, como Andrea (E2), por ejemplo, tal como se ha señalado más arriba.

6.2.3. Tercera generación: nietas, hijas y, a veces, madres

Las entrevistadas de la tercera generación estudiada, con su madre y su abuela viva, todas tienen más de dieciocho años (la muestra de la ERF es de mayores de edad). Se trata de un grupo de mujeres que han vivido su infancia y juventud en la segunda mitad de siglo:

- Transición (1975-1990): aquellas hijas y nietas que tienen más de treinta y años. Varias de estas entrevistadas son madres (vgr. Lucía, Natalia).
- Democracia (ingreso en la Unión Europea, 1990-actualidad): aquellas hijas y nietas que tienen entre dieciocho y veintinueve años. (Julia, Ruth).

En total, las nietas adultas tienen una media de edad que va de los dieciocho a los cuarenta y cuatro años, por lo que todas ellas han nacido y se han educado en el tercer tercio del siglo XX. Y, las más jóvenes han nacido tras la dictadura de Franco en plena transición. En total, alrededor de un 20% de las nietas han accedido a la educación superior tanto en Sevilla como en Andalucía. La educación para las mujeres empieza a cobrar una gran importancia para todas las clases sociales. Hasta el punto de que, entre las clases más pudientes, de ser un mero ornamento y un “por si acaso”, pasa a ser objeto de una considerable inversión económica familiar desde la educación infantil al postgrado.

Nos encantaba el estilo de vida americano

Andrea, una de las madres entrevistadas, cuenta como envió a todos sus hijos a estudiar a EE.UU., durante un año escolar y, en los veranos, a Inglaterra. Con ello pretende que sus hijos logren adquirir un buen nivel de inglés amen de la experiencia de vivir en otro país, de conocer de primera mano como es el “estilo de vida americano”, estilo de vida a emular en aquellos años en que en España se lucha por salir del pobre desarrollo en que estaba sumida y de su aislamiento:

- Yo tenía esos amigos. Y entonces yo... De hecho, nos encantaba el estilo de vida americano. Y nos pareció... Bueno, a Inglaterra sí han ido, en verano, pero en un mes o mes y medio. Y, dijimos: «Bueno, pues es más interesante y, además, más fácil». Había muchas agencias, ahora no tanto. Ya no está, hay mucha decadencia de EE.UU. Y, no se prima tanto eso de mandarlos allí. Y, entonces, fueron las dos. Primero, una fue a casa de unos amigos, de mis amigos a los que yo les había dado clase de español aquí, estos tan cercanos, los del doctor Spock, que terminaron la carrera de Medicina aquí y se fueron. Y, entonces, dijeron... Tenían una niña igual que Natalia, meses se llevan con las mellizas. Y, entonces, una se fue a casa de ellos y, la otra, a una casa que buscamos por la agencia. Y, los otros también. Pero, es que mis hijos han estado siempre deseando irse, nunca han dicho como otros: «Yo no voy». En esta casa estamos muy abiertos. Mi padre era el primero que le encantaba viajar y eso que, en sus tiempos, no pudo viajar mucho. Y, entonces, pues, nunca, ni yo he sentido miedo ni ellos, ni nada. Dábamos por hecho que iba a ser maravilloso, como así fue la experiencia de los cuatro. Las cuatro familias fantásticas. Todavía en Navidades se mandan postales de Navidad. (Andrea, E2)

Es bilingüe hasta...

Entre las clases más acomodadas, de ser un mero ornamento y un “por si acaso”, la educación pasa a ser objeto de una considerable inversión económica familiar que va de la educación infantil bilingüe al postgrado. Elena (E29) cuenta que su hija Julia estudió en EE.UU. un curso. Por tanto, parece que se trata de una práctica extendida en los sectores sociales más pudientes:

- Es bilingüe hasta, no sé..., Es que ahora han cambiado mucho. Antes, se daba mucho inglés, te daban medio bien inglés, eh. Luego, los niños allí, por ejemplo, el profesor no se movía de las clases, es como... El colegio son como chalecitos, entonces los niños son los que se mueven, no el profesor, no cambia el profesor. Y, tenían mucho deporte. Y, tenían música, no sé... [...] El meterlos en el *Europa*, teníamos un vecino que tenía los niños allí, iba muy bien. Y, hemos ido a verlo y,

la verdad, que el colegio nos gustó. Un colegio nuevo, y todo nos gustó. Tiene mucho terreno para jugar, en medio del campo, era un cortijo. (Marisa, E23)

Eso nadie se lo va a quitar

La educación de las mujeres empieza a cobrar una gran importancia para todas las clases sociales.

- Como por mi no lo podía hacer, pues digo por lo menos con ellas lo he conseguido. Han cogido carrera las dos están con sus preparaciones, les sirvan o no les sirvan, eso nadie se lo va a quitar, eso nadie se lo va a quitar. (Carmina, E7)

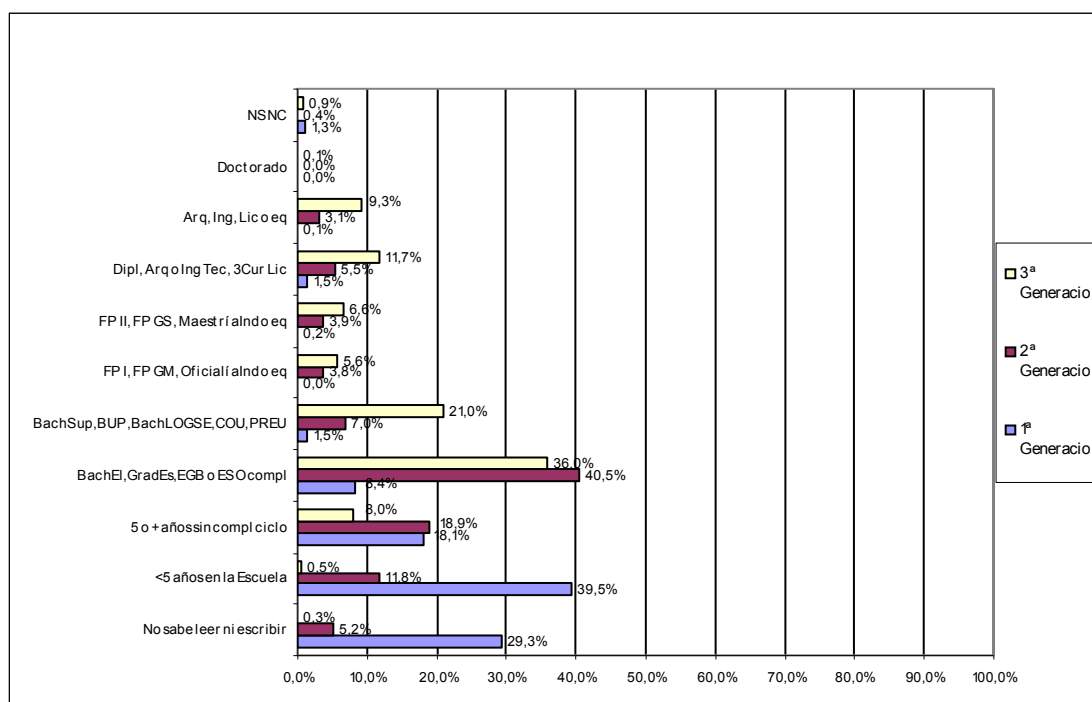
A lo largo del siglo XX, se experimenta un enorme avance, un salto cualitativo, en el acceso a la educación, tal como lo evidencia la ERF (véase Anexo II, tablas n.º 1 y n.º 2), se asiste a la práctica erradicación del analfabetismo para las nietas (0,9% para Sevilla y 0,3% para Andalucía), la generalización de la educación secundaria (casi un 30% para Sevilla y un 28% para Andalucía), el incremento de diplomadas (9,4% para Sevilla y el 11,7% para Andalucía) y licenciadas (9,9% para Sevilla y 9,3% para Andalucía), así como un perceptible, si bien pequeño aún, grupo de mujeres que han finalizado estudios de postgrado, con un 0,5% de doctoras para Sevilla y un 0,1% para Andalucía.

La evolución de los niveles de formación adquiridos para cada una de las generaciones estudiadas, pone de manifiesto que existe un proceso similar tanto en la provincia de Sevilla como en el conjunto de Andalucía. Si bien, como se señaló anteriormente, para la primera generación, las abuelas, los niveles de formación alcanzados son más elevados en la provincia de Sevilla que para Andalucía en su conjunto, lo que bien se puede explicar por el mayor grado de urbanización y modernización de esta ciudad, en el primer cuarto de siglo, en relación con el resto de Andalucía (Barbadillo et ál., 2010). En el gráfico n.º 1 se puede observar el cambio cualitativo en el acceso a la educación reglada producido entre las tres generaciones estudiadas: abuelas, madres y nietas.

En el gráfico n.º 1, así como en las tablas n.º 1 y n.º 2 (véase Anexo II *infra*), se puede notar que en la provincia de Sevilla, el porcentaje de madres que han finalizado estudios primarios y secundarios se ha incrementado enormemente en relación con el de las abuelas, a la par que descende, de forma considerable, el de las que no saben leer ni escribir. En los gráficos n.º 1 y n.º 4, se puede ver cómo el acceso de las nietas a la

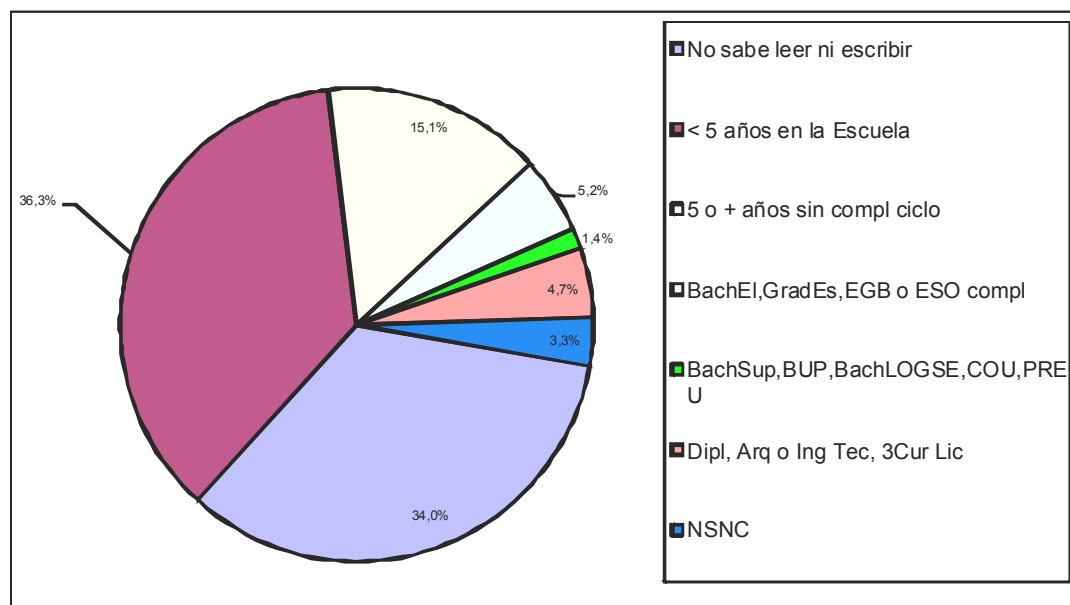
educación secundaria y superior se incrementa enormemente en relación con sus madres y sus abuelas, con un amplio porcentaje de nietas que han finalizado los estudios superiores. Además, la proporción de nietas que no sabe leer ni escribir es cada vez menor. Se mantiene una pauta similar, con una diferencia más acusada, en relación con los estudios secundarios finalizados para la provincia de Sevilla, así como para Andalucía en su conjunto. En la tercera generación, se han incrementado de forma generalizada los niveles de formación en toda la región, con leves diferencias en relación con la provincia de Sevilla, lo que da cuenta de un proceso de generalización del acceso a la educación para la población femenina andaluza en su conjunto.

Gráfico nº 1: Nivel de estudios completados para las tríadas. Sevilla.



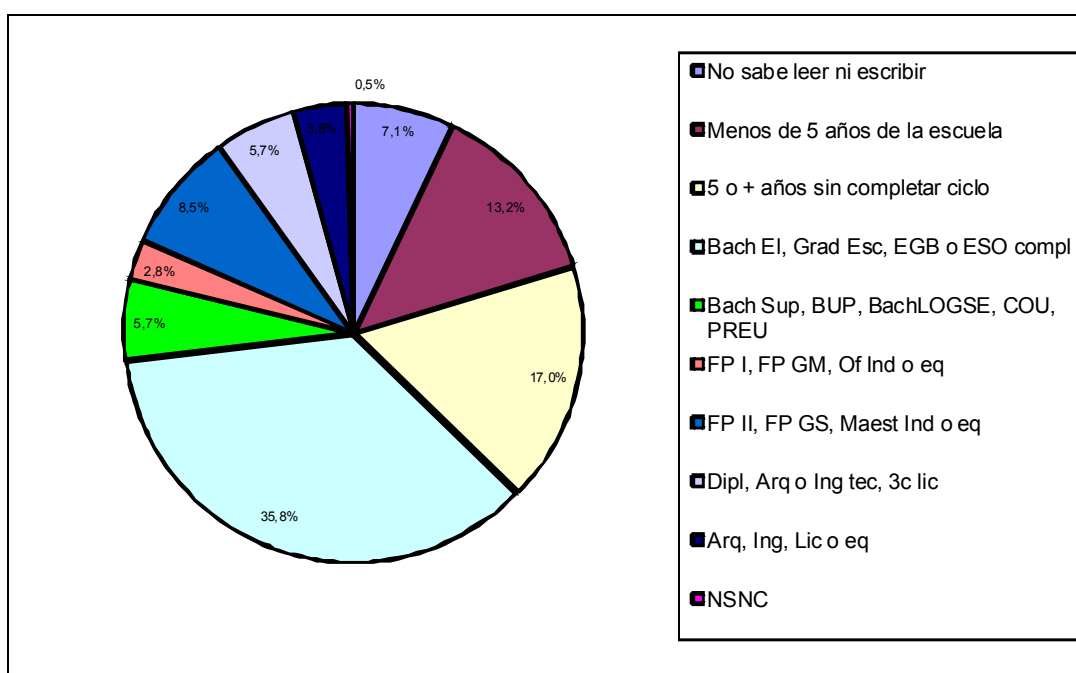
Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía*, 2005 (IEA)

Gráfico nº 2: Nivel de estudios completados. Datos para las abuelas. Sevilla.



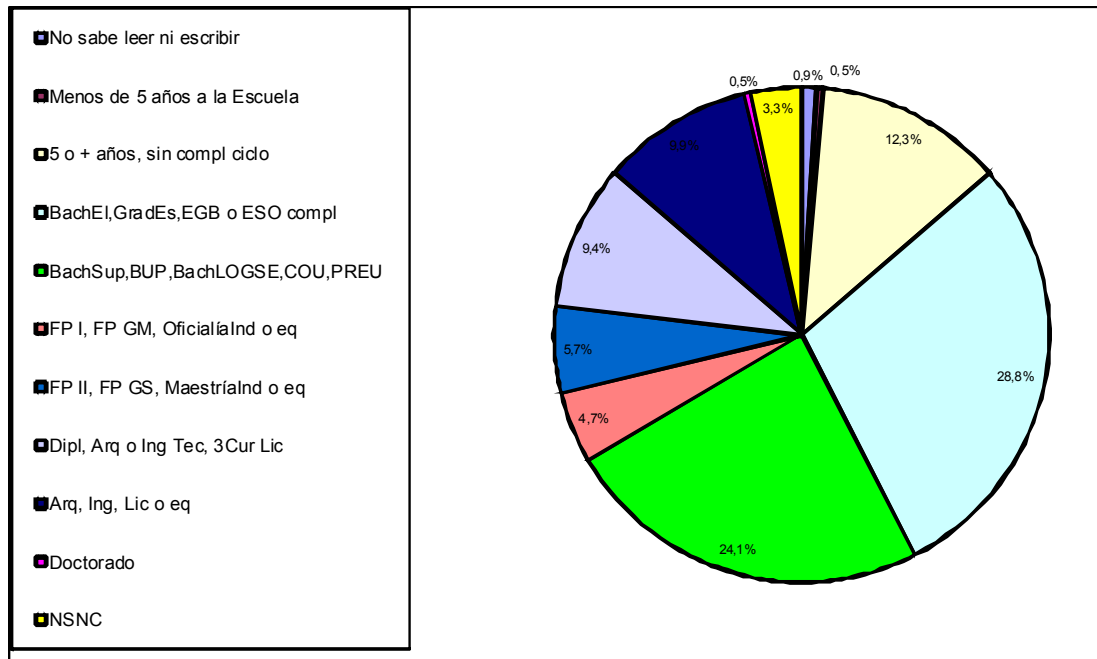
Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía, 2005* (IEA)

Gráfico nº 3: Nivel de estudios completados. Datos para las madres. Sevilla.



Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía, 2005* (IEA)

Gráfico nº 4: Nivel de estudios completados. Datos para las nietas. Sevilla.



Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía*, 2005 (IEA)

Recapitulando

El modo concreto en que las tres generaciones de mujeres estudiadas se ven interpeladas a cuidar tiene una estrecha relación con el peso de un modelo de feminidad, el decimonónico, reformulado por las formadoras de la Falange, un modelo de maternidad intensiva entregada, sacrificial y alegre que se construye en el franquismo. Décadas más tarde de que los hicieran otros países europeos, nuestro entorno geográfico y cultural más inmediato, las mujeres españolas protagonizan la misma revolución silenciosa que ha caracterizado a los países industriales desarrollados en la segunda mitad del siglo XX y que tiene que ver con su participación en la esfera pública, concretamente en la educación y en el mercado laboral formal; en España, y en Andalucía, tiene lugar a partir de los años setenta, siendo el cambio cuantitativo más fuerte desde la segunda mitad de los años ochenta. Las consecuencias de los sucesos históricos en la vida personal tienen un impacto diferente según el momento o la fase vital en que se encuentra cada individuo, por ello se ha considerado conveniente encuadrar lo narrado por las personas entrevistadas, poniéndolo en relación con el contexto vivido.

Capítulo VII.

LAS FRONTERAS DEL TRABAJO

Sobre la vida espontánea debe abrir de vez en cuando su clara pupila la teoría ().... el espectador especula, mira; pero lo que quiere ver es la vida según fluye ante él

Ortega y Gasset, *El Espectador*, 1916

[E]l concepto y análisis del trabajo de las mujeres hoy en día también necesita ser repensado si queremos apreciar completamente su relevancia para el funcionamiento en general de la sociedad.

Para intentar esta tarea doble, estamos obligadas a inventar palabras nuevas o darle nuevos significados a palabras convencionales, lo que nos lleva a observar los fenómenos cotidianos y la organización social de una nueva manera.

(Balbo, 1996: 57)

Introducción

En este capítulo se tratan algunos aspectos del contexto centrando el análisis en los cambios que tienen lugar en la participación de las mujeres en el trabajo remunerado, tomando como referencia los discursos de las entrevistadas sobre dicho entorno y sus cambios. Desde los años setenta del siglo pasado, se han desarrollado una amplia variedad de estudios sobre los trabajos que realizan las mujeres, que han provocado una profunda ruptura conceptual (Vgr. Borderías et ál., 1994), al poner de manifiesto el *continuum* existente entre los trabajos independientemente de *quién*, *cómo* y *dónde* se desempeñan. Ello ha contribuido a generar, tal como se ha señalado en el capítulo 2, *supra*, una larga y compleja discusión en torno al concepto de trabajo en las distintas disciplinas (Martín-Palomo, 2008a, 2008c).

El concepto de trabajo vigente en la actualidad se remonta al proceso de industrialización, cuando el trabajo asalariado, el empleo, pasa a ser prácticamente la única actividad designada como trabajo, lo que conlleva que otras formas del mismo queden ocultas o sean marginadas. Según han puesto de manifiesto los estudios historiográficos sobre el trabajo, se trata incluso de un concepto restringido que oculta gran parte de las actividades desempeñadas por las mujeres. Todo ello ha sido contrastado en la investigación de campo desarrollada para la tesis, lo que ha empujado a realizar una revisión del concepto de trabajo, a partir del análisis de cómo dicho término ha evolucionado a lo largo del siglo pasado, para poder abordar desde una perspectiva amplia las actividades realizadas por las entrevistadas.

7.1. Las mujeres en el mundo del trabajo

Las formas de trabajo han cambiado a lo largo de la historia, las familias se han organizado de diferentes maneras para asegurar su subsistencia Sin embargo, con la industrialización se inicia un proceso de asalarización del trabajo, a la par que se externaliza, fuera del ámbito doméstico, buena parte de la producción de bienes y de servicios para el mercado. Así, hogar y trabajo se conciben como esferas separadas, y gradualmente, se relega a las mujeres al hogar y al cuidado de los diferentes miembros de la familia. Sin embargo, tal como se ha señalado en el capítulo 2, *supra*, en algunas zonas de Andalucía, hasta bien entrado el siglo XX, tanto en el campo como en las ciudades, las mujeres realizan múltiples actividades remuneradas.

Le daba a otro niño también leche

En el campo, las mujeres trabajan como jornaleras, recogiendo patata o aceituna, venden sus productos en el mercado, son nodrizas, sirven en casas, trabajan como costureras o desarrollan otro tipo de trabajos vinculados a la industria naciente –por ejemplo, limpian pensiones, como ocurre en el caso de una de las abuelas entrevistadas. Bien entrado el siglo XX aún trabajan algunas mujeres de sectores populares como nodrizas; en el campo sobre todo, se han encontrado varios relatos al respecto, tanto de abuelas que cuentan como sus madres o ellas mismas han recurrido a otras mujeres para amamantar a sus hijos (Encarna, Consolación, por ejemplo, entrevistadas E28 y E25 respectivamente), como aquellas que han desempeñado ellas mismas esta faena, tal es el caso de Blanca o el de Josefina.

- Usted, ¿cuánto tiempo le dio el pecho a las niñas?
- [Silencio].
- ¿Les dio usted pecho?
- Sí.
- ¿Cuánto tiempo les dio?
- Le daba a otro niño también leche.
- ¿Le daba a otro niño también usted?
- Como tenía tanta leche les daba a los dos.
- A su hija y al otro niño.
- Y, al otro niño. [Silencio]. (Blanca, E22)

- Y a los señores esos que eran los más ricos de allí de Aldea de Segura, que eran los más ricos y ella estaba de ama de cría, y lo crió al muchacho. A la vez que le daba la leche a su hijo, criaba al hijo de los señores, eso que eran dueños de no sé qué cosa. (Josefa, E19)

Yo no miento

Pero estas actividades, cuando eran aceptadas y permitidas, eran definidas más como una extensión de sus obligaciones domésticas que como trabajo y, como consecuencia de ello, gran parte de dichas actividades han sido ignoradas, incluso por las propias hijas. Así se desprende de un fragmento del comienzo de la entrevista con Josefa (E19), momento en que su hija Isabel (E20) entra a despedirse y se incorpora brevemente a la “conversación”:

- Yo he cosido mucho para...
 - Ha cosido en casa...¹
- Yo he cosido hasta para la calle.
- ¿Pero antes de casarse o después?
- No, y después de casada.
- Pero, para la casa... Para darnos los estudios.
- O sea que, ¿usted llegó a trabajar de modista?
- Sí, sí, sí. Yo tengo mi título de corte y confección.
- Pero, yo no recuerdo...
- Yo no miento... [*dirigiéndose a su hija con firmeza*]
- No, que yo no recuerdo haber trabajado tú, en casa. Yo no tengo conocimiento ni tenía edad, era cuando después de la guerra y todas esas cosas.
- No, porque entonces no eras... Pedrito era chico [*dirigiéndose a su hija*]. Se llevan seis años. [*dirigiéndose a la entrevistadora*]
- Desde que nací yo. Yo no te he visto trabajar para la calle. Tú sabes, era la época de después de la posguerra, los años esos... [*dirigiéndose a la entrevistadora*] (Josefa, E19, junto con su hija Isabel, E20)

¹ Intervenciones de Isabel, hija (E20), que participó también en la investigación. Esta presente al inicio de la entrevista, tras su partida se queda, en un discreto segundo plano, su nieta, Manuela (E21).

Una vez su hija sale de la casa y ya avanzada la entrevista, Josefa insiste en que ella trabajó como modista en su casa, tanto para hacer trajes a sus hijos, como por encargo de personas ajenas a su familia.

- Usted me comentó que trabajó alguna temporada de modista, que trabajó...
- Sí, sí. Yo tenía mi título de corte y confección, que aprendí. Y, lo que me salía de costura, pues, lo cosía para la calle.
- ¿Eso antes de casarse o...?
- No, no, estaba, ya, casada, ya. Yo estuve cosiendo mucho tiempo.
- ¿Cuánto tiempo?
- No sé. Antes de ser madre, ya después ya con los niños. [...] No tenía criada ni nada. Por eso te digo, ya dejé de coser porque no podía atender la casa, mi marido y dos niños. Yo no podía. No podía [...] Yo no he trabajado en la calle, yo cosía para la calle pero en mi casa. Todavía tengo la máquina. Me compró mi padre una Singer, que le puse un mueble de estos de pedal, y le he puesto yo un mueble, de estos que se cierran y quedan como un comodín, que es muy mono. Todavía lo tengo yo en mi casa. (Josefa, E19)

Hacían todo en casa

Se ha producido una reestructuración de los trabajos que se desarrollan en los entornos domésticos. A raíz de la incorporación generalizada de las mujeres al mercado laboral y del desarrollo de la sociedad de consumo, se ha transferido gran parte de las actividades anteriormente desempeñadas por las familias al sector público y al mercado: muchos de los trabajos que se hacían en las casas pasan a ser extradomésticos, convirtiéndose en ocupaciones independientes y asalariadas. Carmen, abuela de clase popular, narra como en los hogares se elaboraban muchos productos que se adquieren en ahora en las tiendas: “Entonces es que hacían todo en casa y, ahora no se hace nada. Ahora no, ahora todo comprado, todo comprado” (Carmen, E7)

Una organización en la economía

Esta transformación, no obstante, varía considerablemente según las clases sociales. Entre las más pudientes la entrada en el universo del consumo es, lógicamente, más rápida, en tanto que se cuenta con más medios para modernizar hogares y estilos de vida (como se ha visto en capítulo 6, *supra*). Pero, en la segunda generación, el agua corriente, la lavadora y los pañales desechables son el indicio de un cambio colosal en la vida cotidiana de los hogares y, sobre todo en relación con el cuidado de las personas

más dependientes, muchas tareas domésticas se simplifican y se reducen los tiempos de dedicación, aunque tal como se señaló en el capítulo 1, *supra*, el trabajo doméstico se llena de nuevos contenidos. En la tercera generación el cambio es visible en las palabras de Lucía (E15).

- Llevar una casa no es limpiar un día y ya está.
- ¿Qué implica?
- Pue, una organización en la economía, en la compra, que no es: «Voy al supermercado y compro y...». No sé, no podría decirte: yo no paro y tengo una hija nada más. (Lucía, E15)

- ¿Tu actividad ahora?
- Ahora mismo, ama de casa.
- ¿Ama de casa?
- Y además, encantada. Sí, porque tengo amigas que quieren trabajar y que quieren... Y yo no. Porque ni, gracias a dios, me hace falta ahora mismo económicamente, ni, es que no quiero trabajar, vamos. Que tengo muchas amigas que quieren trabajar, aunque no les haga falta económicamente, pero yo no. Yo soy muy maruja [*risas*]. Soy muy maruja. Yo siempre le digo a ella que parezco la hermana pequeña de mi madre y mis tías porque soy muy... más madura de, a lo mejor, mi edad. O, más... metida en las generaciones de ellas. Más moderna por supuesto, con otras ideas y todo, pero muy metida... Que tengo amigas mías que no comparten tanto con las tías o las madres, que no... Van más a su rollo, más con amiga,... Y yo comparto mucho (Juani, E27)

Esto ha tenido importantes consecuencias en el concepto de empleo, que durante más de dos siglos se ha identificado con el de trabajo, como se ha subrayado en el capítulo 2, *supra*. Actualmente, la conceptualización del trabajo permanece relacionada con la del empleo de forma muchas veces confusa, pues, dependiendo del contexto, pueden ser sinónimos o antónimos. No hay definición que sea comúnmente compartida y admitida sobre qué se entiende por empleo y en qué se distingue éste del trabajo. Confusión semántica que se ha tratado de clarificar desde distintas perspectivas. Aquí se ha seguido la propuesta de Margaret Maruani que define el trabajo como “actividad de producción de bienes y servicios, así como el conjunto de las condiciones de ejercicio de esta actividad”, y empleo como “el conjunto de las modalidades de acceso y de suspensión del mercado laboral, así como la traducción de la actividad laboral en términos de estatus sociales” (2002: 86).

7.2. Cambios en el mercado laboral

El mercado laboral es uno de los lugares en que se construyen cotidianamente diferencias y disparidades entre hombres y mujeres (Ibíd.). El hecho importante del aumento de la población activa femenina en las últimas décadas, es decir, del número de mujeres que desempeñan trabajos remunerados, y con ciertos derechos, va acompañado de un mayor aumento del desempleo femenino y, en general, de unas condiciones más desventajosas.² Persisten importantes discriminaciones en el mercado laboral (segregación ocupacional, vulnerabilidad y desigualdad en condiciones laborales y salariales), a la par que continúa sin estar resuelta la organización de la provisión de los cuidados en los entornos domésticos-familiares, y sus costes en términos de doble presencia/doble jornada. Los datos muestran que las mujeres no se han incorporado al trabajo remunerado en igualdad de condiciones que los hombres. En general, las mujeres ocupan categorías profesionales inferiores, tienen formas de contratación más precarias, ingresos más bajos, y menos continuidad en sus puestos de trabajo: es decir, es el sector de población que sufre de forma más contundente los efectos de la progresiva desregulación y de la flexibilización del mercado laboral.

La flexibilidad se ha presentado como una noción polisémica que ha calado en las políticas públicas y ha transformado los derechos del trabajo en diferentes aspectos: 1) en relación a los cambios en la organización del trabajo y de la producción, pues surgen o experimentan una enorme expansión la polivalencia, la rotación, la integración de tareas, el trabajo en equipo, la movilidad, etc.; 2) en relación al mercado laboral, en términos de flexibilidad del empleo y del trabajo (Prieto, 1999); y, 3) en relación al tiempo de trabajo se desarrollan diversas modalidades: trabajo a media jornada, a tiempo parcial, por turnos, diferentes modos de reparto y duración de la jornada laboral, etc. En general, con estas formas de desregulación y de búsqueda de un determinado tipo de flexibilización se persigue fundamentalmente reducir el coste del trabajo y aumentar la competitividad aunque también ha sido visto como una vía para hacer más factible la compatibilización de la vida familiar y laboral. Los puntos 2 y 3 se refieren a lo que se denomina *flexibilización externa*, lo que se expresa en la vida cotidiana bajo la forma de empleos precarios, trabajo a tiempo parcial, horarios flexibles..., generalmente desarrollados por mano de obra femenina y/o emigrante, lo que agrava las desigualdades de condiciones de trabajo, de empleo y de salud según los sexos (Maruani, 2002).

² Metáforas como la del «suelo pegajoso» o la del «techo de cristal» ilustran dos tipos de discriminación que sufren las mujeres en el mercado laboral.

Es que cunde más todo

Natalia, una de las nietas entrevistadas, considera que una combinación de varias formas de flexibilidad del empleo (trabajar en casa, ir un par de días al centro de trabajo...) son formulas idóneas para poder compatibilizar cuidado de la familia y desempeño profesional.

- Deberían de dar más facilidades para que la mujer estuviese en su casa trabajando. Yo qué sé.
- Que la mujer pueda trabajar en casa te parece una...
- Una opción muy buena, sabiendo siempre. Claro, tampoco todo el mundo puede hacerlo, porque hay que saber distinguir muy bien las horas, bien. Mi hermana no lo sabe hacer [*risas*]. Yo pienso, porque muchas veces que he ido a su casa, he estado en Madrid: «Espérame, que voy a terminar, que no sé qué». Y, venía de la oficina. Yo creo que ahora sí lo está aprendiendo, porque con el niño ella quiere pasar más horas, hay que buscarle el momento, pero esa es una buena opción.
- ¿Trabajar en casa?
- Sí. Aunque tengas que ir un día a la oficina o dos a la semana pero el resto pienso que estaría muy bien que se pudieran... Es que cunde más todo. Y, la mujer, seguro que aprovecha muchísimo más el tiempo.
- Esto, ¿para las mujeres, para los hombres...?
- Para todos. Bueno, sí, pero, es que como ahora todavía [*risas*] Yo sigo pensando un poco, intento no hacerlo, pero,... se cunde más todo. Yo cuando estaba trabajando aquí, a lo mejor, había días que me levantaba, llevaba a Pedrito a la guardería con Julio, Julio se dormía, esas horas aprovechaba, pero ahora mientras estaba no sé qué, ponía la comida, no sé... En fin que, como está todo aquí, es más fácil. Y, si, a lo mejor, los niños se han dormido a las nueve de la noche, pues tú cenas algo y te puedes poner: «Bueno, venga, es que tengo muchas cosas que hacer. Una horita». No sé, es otra... (Natalia, E3)

La flexibilidad y la precariedad van a menudo de la mano en el ámbito laboral, y han sido las mujeres las principales destinatarias de las políticas actuales de fomento de los empleos denominados *atípicos*: flexibles en sus diferentes modalidades frente a la norma social de empleo fordista, que significa la estabilidad, la regulación, el reconocimiento de derechos y el acceso a beneficios sociales (Cattaneo e Hirata, 2002: 111). Progresivamente, se generaliza una nueva norma social de empleo que se caracteriza por una enorme variabilidad, es decir, proliferan distintos tipos de empleo y de trabajo. Los empleos de nueva creación o reconversión presentan características que los alejan cada vez más de aquel empleo para toda la vida, con derechos, creador de

identidad y, cada vez más, constituyen la “norma” en el caso de las mujeres, que generalmente los viven en liza con otras fuentes de identidad (maternidad, familia...).

Diversas investigaciones han mostrado ampliamente el carácter sexuado de la flexibilidad y, especialmente, de la media jornada, con los costes que ello implica (tales como ingresos menores y, por tanto, mayor dependencia del “salario completo” de la pareja; restricciones en la promoción laboral y en el desarrollo de una carrera profesional, etc.). La mayor presencia de las mujeres en empleos temporales, a tiempo parcial o en la economía sumergida, no es ajena a la división sexual del trabajo en la familia (Lipietz, 1995). Véase, sin ir más lejos, la respuesta sobre las razones de tener un empleo a tiempo parcial según datos de la EPA, IV Trimestre, 2008: una tercera parte de las mujeres que trabaja a tiempo parcial (30%) afirma que tiene esta modalidad de empleo frente al 3% de los hombres, por el cuidado de menores o de personas adultas enfermas, discapacitadas o mayores o bien por otras obligaciones familiares o personales (INE, 2009).

En muchos países europeos (de los que Holanda constituye el paradigma) ha tenido un gran desarrollo la modalidad de trabajo a tiempo parcial, desempeñado mayoritariamente por mujeres, lo que ha permitido reducir, o encubrir, las fricciones entre los universos del trabajo remunerado y no remunerado a que habitualmente se enfrentan las mujeres. En España, dicha modalidad si bien inicialmente no tuvo un desarrollo tan espectacular como en otros países de Europa, en los últimos años se está experimentando un aumento exponencial del trabajo a tiempo parcial para las mujeres, pues uno de cada cuatro empleos a tiempo parcial lo desempeña una mujer³ y, por tanto, está muy feminizado (Maruani, 2002).

Son muchas horas fuera de casa y quema

El problema se agudiza cuando, como ocurre con Ruth, trabajo a tiempo parcial y temporal van de la mano. Efectivamente, Ruth, una de las entrevistadas más jóvenes, de clase popular, describe su itinerario laboral como el peregrinaje por varias empresas en diferentes modalidades de empleo temporal y precario, que ella intenta hacer compatible, como puede, con sus estudios de un módulo de grado medio en artes gráficas:

- ¿Trabajas?

- Sí, de teleoperadora.
- ¿Cuánto tiempo llevas trabajando como teleoperadora?
- En esta empresa llevo, pues, un año y algo. Y he estado también en otra empresa, otro año. [...] He trabajado antes en el McDonald's, seis meses. Pero, vamos, que en lo que más tiempo llevo es en eso.
- ¿Como teleoperadora?
- Sí.
- ¿Cómo haces? Para quedar [*para hacer la entrevista*] tenías unas complicaciones... ¿Qué horario tienes?
- Es difícil. Yo ahora estoy de... Trabajando de seis... Entro a las seis de la tarde y salgo a las doce de la noche. Y en el instituto entro a las ocho de la mañana y salgo a las tres de la tarde. Y el año pasado estaba,... tenía otro horario en el trabajo, entraba a las cuatro y salía a las diez. Pero, es que era mucho correr... Tenía, a lo mejor, que salir un poquito antes del instituto para irme, comía en el trabajo. Y, me quemaba, me quemaba más que este, este horario. Pero, vamos, [*risas*] fatal. Yo estoy deseando terminar. [...] Son muchas horas fuera de casa, y quema. Y ahora, al menos, ya te digo, vengo a comer aquí. Quieras que no, estás aquí un poquito, descansas, ¿no? Comes tranquila, y ya te vas para el trabajo. Pero, vamos, llego a las doce y media de la noche, a las tantas. Mientras te duchas, te acuestas y todo... Un pasote, vamos. (Ruth, E18)

Cuando, además, es desempeñado por mujeres con descendencia, en el marco de una pareja heterosexual, el trabajo a tiempo parcial conlleva el riesgo de convertirse en una forma de actualización del modelo del cabeza de familia, pero con dos ingresos y un solo cuidador (Lewis, 2001), en tanto que el modelo de doble ingreso no esté acompañado del modelo de doble cuidador (Bettio et ál., 2004).

No es que me echaran, es que no seguí

El contexto, efectivamente, no contribuye a que las mujeres puedan desarrollar una carrera profesional y ser madres. De hecho, Natalia cuenta cómo se le rescindió el contrato en su primer embarazo. Y, precisamente por esta experiencia, en su segundo embarazo ideó diversas estrategias para no quedarse en la calle por la gestación y para después poder hacer compatibles ambos mundos:

- Ahí me hicieron una jugarreta. Porque, ahí estaba yo muy contenta. Pero, ahí estuve hasta que se enteraron que estaba embarazada de Pedro. Y estaría un año.

³ En 2011, trabajan a tiempo parcial el 23,5% de las mujeres y el 6% de los hombres, frente al 4,1% de los hombres y el 22,8% de las mujeres en el año 2007 (INE, 2013).

Me echaron directamente. Teníamos un contrato por obra y servicio. Y y, no dije nada porque había una cierta amistad [...] Tenía un contrato por obra y servicio. Y antes, no era, tampoco... Vamos, hace diez años, por mucho que tú pudieses demandar y decir, no estaba la cosa como ahora. Que ahora no se le ocurre a una empresa echar a una mujer embarazada. Pero, antes, pues, no pasaba nada. Un contrato por obra y servicio y eso cada... Si te dicen algo, se acaba el mes y se acabó el contrato. Que son de esos contratos que puedes estar hasta tres años así. Eso. Y entonces, pues nada, me echaron y me echaron. Vamos, no me renovaron. No es que me echaran, es que no seguí. (Natalia, E3)

Relata Natalia cómo tras su segunda maternidad, las opciones que encontró viables eran tres: a) dejar su empleo y cobrar el seguro del desempleo el primer año de vida de su hijo y durante el segundo año buscar un nuevo trabajo mientras continuaba cobrando esta prestación; b) contratar una suerte de “sustituta” para cuidar, aunque en este caso, calculando sus propios ingresos con lo que le costaría contratar a otra persona una jornada completa, no le salían las cuentas; y, c) pedir una reducción de jornada. Tras sopesar estas tres posibilidades optó por pedir la reducción de jornada; y ante la negativa de su empleador en primera instancia, decide dejar la empresa, y su empleador termina accediendo a permitirle una jornada reducida.

- Cuando me faltaban quince días para incorporarme, ahí me entró la depresión posparto directamente [*risas*]. Yo era todo el día: «Yo no puedo pensar...». En el mes de septiembre me tenía que incorporar, finales de septiembre. Y yo decía: «Uy, mi niño Julio». Que era un pepón, que le estaba dando el pecho, que seguía dándole el pecho, y era un buenazo. «Y ahora yo me tengo que quitar el pecho, no le puedo dar ya. Porque, es que ahora... Y ahora tengo que meter a alguien todo el día». Claro, no solo por la mañana. Porque, hombre, Pedro mi marido, la verdad es que cada vez hace más cosas y ahora que él está ayuda un poco más. Pero, él con un bebé toda la tarde se hubiese muerto, de darle de comer y todo eso. No hubiese comido la mitad de las veces las frutas y no sé cuántos. Entonces, pues te lo planteas y dices: «Es que tengo que meter alguien por la mañana, alguien que esté por la tarde, o llevarlo a la guardería, o no sé, algo». Que yo, para el sueldo que yo estaba ganando no me merecía la pena. Y ya te pones a... cuando se va a acercando. Total, que solicité una reducción de jornada, por lo menos el primer año. Me dijeron que no. Y entonces, le dije: «Bueno, pues nada, no te preocupes, yo estoy contenta, hasta donde hemos llegado hemos llegado y punto, yo me voy, disfruto de mi niño en su primer año, estoy cobrando el paro y ya tranquilamente me buscaré un trabajo». Pero, entonces: «Espérate, pero eso ¿cómo lo vas a hacer? Vamos a ver la manera de hacerlo». Total que me la dieron.
- ¿Te dieron la reducción de jornada?
- Sí, un año.

- ¿Cuántas horas trabajabas?
- Iba de ocho y media a una y media, que era el horario que teníamos de mañana. Alguna tarde tuve que ir, pero, además, me las pagaban extras. Eso sí me lo hicieron muy bien, la verdad. Después de todas las horas que yo había estado trabajando,... Además, yo seguía teniendo la conexión aquí en casa, que yo podía seguir aquí en casa si tenía trabajo atrasado o lo que fuese, podía seguir. Pero, ya era otra cosa. Porque, yo continué dándole el pecho a Julio hasta los seis meses. Por la mañana, sí, tenía una mujer pero luego por las tardes estaba yo con ellos en el parque, recogíamos a Pedrito de la guardería, en fin que era diferente, era otra cosa. Aparte no me tocaron el sueldo, eso estuvo muy bien.
- ¿Reducción de jornada sin reducirte el sueldo?
- Me redujeron, como decirte, tres o cuatro mil pesetas, una cosa muy poco... (Natalia, E3)

Para poder efectuar esta negociación contaba con tres requisitos, que en su caso, se cumplían sin problema: uno de ellos, poder permitirse reducir los ingresos de la unidad familiar (la prestación de desempleo y la jornada reducida reducen también sus ingresos, cobrando entre un 50 y un 70% del sueldo completo); dos, un mercado de trabajo con posibilidad de reincorporación (es decir, que con un margen de tiempo, tenía la confianza en que encontraría un nuevo trabajo sin problema); y, tres, su cónyuge tiene un trabajo fijo.

Estamos los dos en el aire

Distinto es el caso de otra entrevistada, que fue madre en la década de los noventa, en la segunda mitad; como se verá más adelante, Manuela, con un contexto laboral más incierto en el que la crisis económica empezaba a dar sus primeras señales de aviso el segundo requisito ya no se cumple y al faltar el tercero, en la práctica supone un freno para su deseo de maternidad.

- A nosotros nos gustan muchísimo los niños. La vida no está tampoco como para tener muchos, pero,... Gustarnos, nos gustaría tener, por lo menos, dos o tres.
- Y, ¿tenéis planes de tener hijos pronto?
- Según la situación laboral, porque estamos los dos en el aire. (Manuela, E21)

Además, existe el peligro de legitimación de un modelo en el que los hombres trabajen en el mercado a jornada completa y las mujeres repartan su tiempo entre el trabajo doméstico y el cuidado, por una parte, y un trabajo asalariado a tiempo parcial, por otra, como ocurre, por ejemplo, en las investigaciones desarrollados por Catherine

Hakim (2006). El resultado dentro del ámbito de las relaciones laborales es el de una organización del trabajo concebida para un trabajador tipo exento de responsabilidades familiares, que parte de una filosofía del trabajo que favorece la competitividad y penaliza a quienes asumen cuidados y otras tareas en el ámbito doméstico. En resumen, se han eliminado algunas discriminaciones, pero las dos fuentes de desigualdades básicas con rasgos estructurales apenas se han modificado: la permanente discriminación de las mujeres en el trabajo asalariado, y la ausencia de equidad con los hombres en el trabajo doméstico y, sobre todo, en los cuidados de los miembros de la familia. Tal como sostiene Margaret Maruani: “los progresos se miden, ciertamente, en términos de libertad y de autonomía. Los estancamientos y retrocesos se llaman sobrecualificación, subempleo, niveles no proporcionales de desempleo...” (2000: 15). En estos términos, se puede medir, y de hecho buena parte de las investigaciones sociológicas lo hacen, en el impacto de la vida familiar en la trayectoria profesional de las mujeres.

7.2.2. Cambios en el modelo de «empleo»

En el mercado laboral han tenido lugar cambios importantes a lo largo del siglo XX en el marco de un proceso de modernización que ha presentado ritmos muy diferentes, con periodos de estancamiento (posguerra/primer franquismo) y otros de acelerado cambio (sobre todo en el último tercio del siglo XX). Y, en este contexto, también a lo largo del siglo XX, la creación de empleo se ha ido desplazando de la economía de mercado hacia el sector público y, posteriormente, hacia la economía informal que, en gran medida, está constituida cada vez más por diferentes modalidades de trabajos y empleos flexibles (Alonso, 2007). Si se analiza por sectores de actividad, a grandes rasgos, el pasado siglo ha atravesado tres etapas diferentes: una primera, en que tiene lugar una pérdida progresiva de empleos en la agricultura y en la minería acompañada del auge de la industria; una segunda, en la que tiene lugar una caída de los empleos en la manufactura y en la construcción y crecimiento del sector servicios, básicamente en el sector público; y, una tercera etapa, que se caracteriza por una disminución generalizada y progresiva del empleo industrial y un estancamiento, e incluso declive, del sector público, a la par que se produce una mayor flexibilización de las condiciones de empleo y de trabajo.

En la recogida de la aceituna

El primer período es el contexto para el trabajo desempeñado por la generación de las abuelas estudiadas, especialmente por las más mayores que desarrollaron su actividad remunerada sobre todo en la agricultura, con un alto grado de informalidad en relación con las condiciones laborales de su ejercicio (Vgr. Fernanda, E10; Carmen, E7), o en la industria textil (Josefa, E19), o en la alimentaria, con más derechos pero igualmente con bajas remuneraciones y apenas reconocimiento de su cualificación (Vgr. María, E16; Consolación, E25). Se trata de actividades que generalmente no se han desarrollado bajo la norma de empleo fordista, en palabras de Pilar Carrasquer: «Son entornos laborales que se imbrican en una cultura laboral de marcada centralidad reproductiva y que se apoya en una red familiar o comunitaria de soporte femenino al trabajo doméstico» (Carrasquer, 2007: 11). Así, por ejemplo, Carmen, una de las abuelas entrevistadas, vivió largas temporadas en un cortijo de una localidad próxima a Sevilla, en el que su marido era capataz, y también ella trabajaba en estos campos, en la recogida de la aceituna, una actividad agrícola de temporada que combinaba con su otra actividad principal, ocuparse de la crianza de sus tres hijos:

- Usted, ¿trabajaba en el campo también?
- Sí, trabajaba, en la aceituna, en la finca. En la recogida de la aceituna.
- ¿Trabajaba con la aceituna usted?
- Sí, trabajaba, sí trabajaba. Nada más que la temporada porque estaba delicada. Y entonces, podía trabajar muy poquito y sacar adelante tres hijos. [...]. En la aceituna, en los campos [...] Y para adelante con todo íbamos, siempre, con eso... Que eso, costaba mucho trabajo criarlos [...].
- ¿En aquella época había menos...?
- ¡Oh! ¡Cómo las hemos pasado! (Carmen, E7)

- ¿Cómo cuántos años tenía cuando fue usted a la sastrería, se acuerda usted?
- Pues, tendría unos doce o trece años.
- Empezó a trabajar de aprendiz en la sastrería y ahí, ¿cuánto tiempo estuvo, se acuerda?
- Allí estuve un poco de tiempo, después fui a otra. Y aprendí a hacer el pantalón, como antes se hacía, con todo [risas]. Que una hacía el pantalón, otra hacía el chaleco, otra hacía la americana. Y yo me dedicaba al pantalón. El pantalón me gustaba más hacerlo. (Consolación, E25)

Las fábricas chicas las cerraron

El segundo período es el contexto laboral vivido por algunas de las abuelas más jóvenes así como de la mayor parte de las madres entrevistadas. Las mujeres que trabajan en las industrias manufactureras, tras la crianza de sus hijos, a raíz de cuyo nacimiento salen temporalmente del mercado laboral, encuentran que gran parte de estas industrias han desaparecido, o están desapareciendo, y que ellas ya no cuentan con una cualificación reconocida como para desempeñar otro tipo de trabajo similar (como le ocurre, por ejemplo, a María, abuela, E16). Es la generación más cercana al modelo del *male breadwinner* que da soporte a la norma de empleo fordista (Carrasquer, 2002):

- Después de los mellizos, ¿ya no pudo volver a trabajar en el almacén?
- Ya no pude, ya lo cerraron. A los cinco años, lo cerraron. Ya estaban cerrando... Vamos a poner, yo no le echo las culpas ni a los populares ni a los socialistas. Pero, cuando empezó los socialistas, ya empezó, los, los, la... De eso, chicas, todas las cerraron. Porque, estaba mi hijo trabajando, con catorce años, el mayor, y esa fábrica lo, la cerraron, por la carretera esa de la Hacienda Dolores, por ahí, por... Para ir a Sevilla. Todas, todos los almacenes los cerraron, todos las tiend... Las fábricas chicas las cerraron, todo lo estaban cerrando. (María, E16)

Entre las mujeres que son madres, un empleo estable de jornada completa, con reconocimiento de derechos laborales, se consigue a través de unas oposiciones a la función pública, para las que no es necesario tener más que estudios secundarios finalizados, y ello garantiza un trabajo para “toda la vida”. Tal es el caso de Josefina, una de las madres entrevistadas: “desde los dieciocho años, hice oposiciones, las saqué y me puse a trabajar”. (Josefa, E20)

Todavía no tiene un trabajo ni una cosa estable

El tercer período es el contexto laboral de las hijas/nietas. Un contexto de segmentación de los mercados, de flexibilización y de precarización del empleo, tal como se ha señalado más arriba. Carmina, una de las entrevistadas de clase popular, ama de casa a tiempo completo, explica cómo su hija de treinta años depende económicamente de ella, aún cuando ya ha finalizado sus estudios superiores. Cuenta cómo tuvo menos hijos de los que hubiera querido con la intención de poder garantizarles una educación que les permita acceder a mayores oportunidades laborales y, por tanto, a una mejor calidad de vida. Sin embargo, constata cómo, a pesar de sus

esfuerzos, su hija continúa estando ligada económicamente a ella y que la situación laboral que vive es incierta y precaria:

- También podían haber venido, porque a mucha gente le ha pasado, pero, a mí no ha sido. Y yo veía que con dos las iba a poder tener mejor que si tenía más. No era... Si yo hubiese tenido más, quizás... Ella misma, que tiene treinta años, ¿iba a estar todavía yo preparándola? Que todavía está dependiendo de mí, todavía está dependiendo de mí. Porque ella todavía no tiene un trabajo ni una cosa estable ni nada, pues todavía está dependiendo de mí. Si tuviese unos pocos no podría ser así, no podría ser. (Carmina, E8)

La esperanza de una inserción laboral estable, para estas entrevistadas de la tercera generación que proceden de medios populares, pasa por el acceso al empleo público y, por ello, se esfuerzan por preparar oposiciones a la Administración Pública, lo que convive con una imparable inversión en formación (preparación de oposiciones en academias, estudio de máster, etc.), como ocurre con Ana y Rosario, dos de las entrevistadas:

- Ahora, tengo un empleo, a partir de mediados de febrero, para dar un curso de la Junta de Monitor de Tiempo Libre. Ese lo voy a dar como monitora durante febrero, marzo, abril y mayo, cuatro, tres meses y medio. Y estoy pendiente de entrevistas. [...] Y no sé, también estoy opositando, tal como está el mercado. Yo estoy en un momento profesional en que la única manera de conseguir un trabajo es siendo un buen profesional. Pues también estoy intentando formarme con el máster, que creo que me puede abrir más puertas que no tenía, más a nivel de terapia que me gusta mucho. Y, después, pues, opositar también, nunca lo descarto. (Ana, E9)
- Ahora mismo estoy en lo que estoy.
- ¿En tus oposiciones?
- Ahora mismo, sí, estoy en ello.
- ¿Lo que quieres tener el tema profesional como un poco...?
- Sí, tener yo, ya, algo que... Yo diga: «Esto es mío, esto es lo que yo quiero, esto es lo que a mí me gusta». Y, ya tener, también, mi independencia económica, ¿sabes?, O, cualquier cosa que pueda pasar, yo tengo ya lo que sea. No por... Me gustaría, me gustaría independizarme, también, me gustaría. (Rosario, E12)

7.2.3. Trayectorias laborales

Con objeto de diseñar los modelos de tríadas que permitieran seleccionar los perfiles para realizar las entrevistas, tal como se detalla en el capítulo 5, *supra*, se pensó

a priori en diferentes modelos-tipo de trayectorias laborales para las tres generaciones de mujeres estudiadas. Se trata de modelos ideales y, por tanto, hay que leerlos desde esta perspectiva. Sin embargo, desde el inicio, este diseño se mostró como muy forzado en tanto que se basan en este concepto de trabajo afianzado en las ciencias sociales, que presenta, tal como se ha señalado anteriormente, muchas limitaciones y sesgos.

A lo largo del desarrollo del trabajo de campo estos modelos se fueron flexibilizando para adaptarse a las situaciones descritas ya desde las labores mismas de contactación. Y se aceptó, por ejemplo, que no era posible encontrar tríadas tradicionales en clases populares, es decir, tríadas en las que tanto las abuelas, como las madres y las nietas tuvieran como actividad principal ser amas de casa. Este modelo se ha sustituido por otro que se denominó “regresivo”, en el que la abuela desarrolló algún tipo de actividad remunerada por muy inestable, temporal e informal que ésta fuera.

7.2.3.1. Modelo tradicional: actividad no remunerada dominante.

En este modelo, las mujeres jóvenes, solteras en su mayoría, desempeñan actividad remunerada. Sin embargo, después de casarse o tras el nacimiento del primer hijo, segundo, o tercer hijo, acontecimientos que marcan enormemente su relación con la actividad laboral, dejan de trabajar de forma remunerada definitivamente, pasando a dedicarse en exclusiva a los trabajos desarrollados en el entorno doméstico-familiar para el cuidado del hogar familiar y de sus miembros. Para las mujeres de clases populares esta actividad no remunerada dominante es fruto de dos circunstancias: una es lo complicado que resulta lograr un trabajo remunerado en el mercado formal, con derechos, ingresos aceptables, continuidad y reconocimiento; y, en el caso de haber dejado la actividad remunerada, durante los años más intensivos en la dedicación a la crianza de sus hijos, no han podido retornar a los trabajos en los que se ocuparon antes de su maternidad; la otra, tiene relación con el enorme peso que llegó a tener un modelo ideológico de familia, el del ganador de pan, por el que los cónyuges masculinos no permiten a sus esposas desarrollar determinadas actividades remuneradas por considerarlas un deshonor y una vergüenza, aún cuando sus ingresos pudieran ser determinantes de la subsistencia familiar. Generalmente, se trata de trabajos como sirvientas, limpiando casas o en el campo, en la recolección de algunos productos agrícolas de temporada, sobre todo en la aceituna; el desempeño de otro tipo de trabajos en los almacenes o las fábricas tienen una mayor legitimidad y aceptación.

Me castigaba con eso

Fernanda da cuenta de la presión a que fue sometida por su cónyuge para que no realizara ninguna actividad remunerada fuera de su hogar aun cuando su familia necesitaba estos ingresos y a ella le gustaba aportar también recursos económicos:

- ¿No quería que trabajara, su marido?
- Él no quería, él no quería que intente trabajar. Se ponía problemas, no tiene una chica y me castigaba con eso.
- ¿Con lo que usted ganaba se podían apañar?
- [*Gesticula señalando que no*] Así que...
- Y, usted, ¿quería trabajar?
- Hombre, yo... Me gustaba. Porque, entonces, yo podía ganar. Y como se quedaba mi suegra con él [*se refiriere a su hijo pequeño*] Pues tenía yo (...) Pero, que lo que había entonces era campo. Que no es como ahora, que hay otras cosas para hacer,... Lo que había entonces era campo. Y él nunca ha consentido... Y yo tenía mucha ayuda con mi madre, con mi suegra, tenía yo mucha ayuda. [...] Yo vivía en un corralón⁴, y mi suegra vivía en ese lado de la calle que han hecho frente a la [...] Ahí, en un patio, y ahí vivía mi suegra. O sea que, tenía a las d,... Pero él nunca ha querido, nunca. (Fernanda, E10)

La relación con la actividad laboral se plantea de forma dicotómica, de modo que se ha de elegir entre una de las dos formas de vida: el trabajo remunerado en el mercado o el trabajo no remunerado en la familia. Este es un modelo de trayectoria laboral que se ha identificado para muchas de las abuelas estudiadas. No obstante, las mujeres de esta generación en las clases populares no han dejado de aportar ingresos a su unidad familiar en diferentes modalidades, desempeñando trabajos remunerados dentro y fuera de su hogar. Trabajos que son percibidos como un aporte económico complementario para la economía familiar y considerados, incluso por sus propias protagonistas, como subordinados a otros trabajos no remunerados realizados para el mantenimiento del hogar y para el cuidado de su familia. Aún cuando estas puedan haber sido, de hecho, fundamentales para la supervivencia de las familias no han tenido esta consideración en ocasiones ni por las propias conseguidotas de estos aportes. Fernanda (E10), por ejemplo, considera que la actividad fundamental que desarrolló a lo largo de su vida fue

⁴ La entrevistada residía en una vivienda construida alrededor de un gran patio en el que había un pozo y en torno al cual vivían varias familias (el corralón es un tipo de construcción habitual en Sevilla y su entorno, en el que el patio articula la vida vecinal que gira en torno a una fuente o un pozo), siendo una de ellas la madre de la entrevistada (Notas del Cuaderno de Campo).

el cuidado del hogar y de sus miembros, pese a sus infructuosos intentos de trabajar fuera de su hogar.

Que no me moviera de mi casa

Este modelo finalmente se impone, incluso entre las familias de clases populares, pero tendrá que enfrentar la resistencia de las mujeres y, finalmente, gana terreno como consecuencia de la presión ejercida por el cónyuge y por el contexto cultural. Presión que se convierte en una imposición sobre la que las mujeres no tienen elección, según manifiestan las entrevistadas: maridos que penalizan a sus parejas por trabajar fuera, tal como relata Fernanda (E10) o por realizar un tipo de actividad remunerada que no es aceptada como digna por el marido (el servicio doméstico, limpiar casas), como ocurre con María (E16); por tanto, los esposos “obligan” a sus cónyuges a dejar de realizar estos trabajos, independientemente de lo importantes que puedan ser los recursos que estos proporcionan para la supervivencia familiar:

- ¿Por qué se quedó asustado? [*cuando el médico le dijo que estaba embarazada de mellizos*]
- ¿Cómo se va a quedar?, ¿cómo se va a quedar con...? Para mantener a, a seis personas. Porque, antes, con dos jornales éramos cuatro. Y luego, con uno...
- ¿Ya no volvió a trabajar más usted fuera?
- Ya no fui más a trabajar, cuando me fui porque me hacía falta. Y y se vino. Y se tuvo que dar de baja porque es que dos veces que vino estaba limpiando, Y eso. Y le decía, a mi hija: «Y, ¿tu madre?». Y dice: «Ahí, en casa de la prima». «Pues, venga, anda ve y le dices que estoy aquí». Al otro día lo mismo. Y, ya se dio de baja. Y ya, la que lo perdí fui yo. Ya no fui más a trabajar. No quería que trabajara.
- ¿O sea que su marido...?
- Que no quería que trabajara a la calle, que limpiara. Me tuve que venir. Yo me iba para echar unas horas, para ganar algo. Pues, nada, ni eso.
- ¿No la dejaba?
- Se dio de baja [*en su trabajo*]. Lo perdí yo. Porque, ya dado de baja, y a los primeros meses, le daban muy poco. Ya estaba, y... Ya no me voy más a trabajar, ¡ni para dios!
- ¿Así que se dio de baja él en su trabajo?
- Sí [*risas*]. Sí, sí, sí. Se dio, le pidió la baja al médico [*risas*]. Y estuvo un mes o dos meses: «A ver si se va más a trabajar» [*risas*].
- ¿No la dejó...?
- No quería él. Como la gente de antes que quería que las mujeres estuvieran en su casa. Otra vez me cerró la puerta porque fui a casa de mi hermana y tardé un

poquito más. Y cuando llegó del bar, porque el bar él lo tiene cerca, las puertas cerradas. Media hora me tuvo en la puerta hasta que le dio la gana a él. Se acostó sin comer. Y cuando le dio la gana me abrió, y ya... [*risas*] Eso de salir de mi casa, ni pensarlo.

- ¿No quería que saliera?
- Iba a la peluquería por la mañana. Porque, es que yo la peluquería la tenía enfrente. Pues, iba, además, que iba: «Y mi mujer, ¿está ahí?». Y «si estoy ahí». Ya se iba tranquilo. No, que no me moviera de mi casa. De los antiguos, antiguos. [...]
- Antes de los mellizos, ¿estuvo usted trabajando?
- Trabajando sí, iba. Pero, oye, que de todos los lados me venía por causa de que no quería. De Sevilla, estuve también en *X* [*pueblo de Sevilla*], a donde estaban los soldados, con uno de *Y* [*otro pueblo de Sevilla*]. Ahí, no le hablaba yo a él. También me dejó el otro por causa de... La gente en *Y* no le gustaba que fuera a servir, a servir a Sevilla. También me dejó por eso, el otro.
- Usted cuando trabajaba en el almacén, ¿su marido eso sí lo veía bien?
- No, en el almacén no se metía...
- ¿Lo que no quería era verla servir?
- Servir, no quería, no le gustaba [*risas*]. (María, E16)

Aun cuando muchos de estos trabajos no tuvieran reconocimiento como tales en las estadísticas oficiales, incluso por parte de hijas y nietas, en el caso de las abuelas, es tal la determinación con la que se afirma que la actividad que desempeñaban era trabajo el modo como reivindican la importancia de sus aportes, por muy puntuales e «informales» que fueran éstos, para la supervivencia y/o bienestar de la economía familiar, que como ocurre en el caso de Josefa, le llevan incluso a enfrentarse con su hija. Josefa finalmente se auto clasificó como ama de casa, pero insistió siempre en que ella había trabajado cosiendo para otros en su casa, por tanto a pesar de haber clasificado esta tríada en el formato de “en transición en la segunda generación” también podría haber sido clasificada como “moderna” (véase epígrafe 7.1., *supra*)

Cuando me casé dejé de trabajar

Las madres de clase popular describen como el modelo de ama de casa a tiempo completo en su generación se acepta sin problema, es más, para ellas casarse equivale a dejar un empleo que ni les gusta, ni les aporta muchos recursos ni consideración social. El mecanismo de legitimación del modelo de ganador de pan que encontró resistencias en la generación de las abuelas, encuentra unas madres dóciles en este sentido, por tanto logra adquirir un gran éxito, aunque, como se verá más adelante (capítulo 8, *infra*),

tendrá también sus consecuencias. Tanto Carmina, como Marisa y Juani dejan de trabajar al casarse.

- En lo que había, en un almacén de aceitunas, recogiendo, también, las aceitunas. Las cosas en el campo, en la recolección del campo de la aceituna, que es lo que había allí. Después, en un almacén durante el año, que las echábamos en salmuera para conservarlas. Y ya cuando terminaba la recolección, pues, a partir de enero y eso, ya terminaba la recolección. Y al almacén a recoger las que están malas, las que están buenas. Y estamos así casi todo el año. [...] Hasta septiembre que llegaba otra vez la recolección de la otra aceituna. Así estuve hasta los veinticuatro años que me casé. Cuando me casé, dejé de trabajar y ya no he vuelto a trabajar más.
- Ya no ha vuelto más...
- No, no, ya no he vuelto a trabajar más. Porque, también, a mí me pasó que me casé. Tenía a mis dos hermanos solteros aquí conmigo, los tenía que cuidar. Ella estaba aquí conmigo [*su madre*], estaba mayor, que no tenía ella ánimo con lo de mi padre, ella no ha estado con ganas de luchar, había que estar pendiente de ella. Entonces, yo ya me casé, enseguida también tuve niños como ya te he dicho, y ya mi casa. Yo tenía que estar en la casa de ella, entonces. (Carmina, E8)
- De casada no, de soltera sí estuve cuidando niños en Madrid. Mi madre me puso a coser en los pueblos. Lo que pasa es que, antes, no podías estudiar con la, tenías que desplazarte del pueblo, muy complicado. Y estuve cosiendo como... aburrida. Y después, estuve en Madrid trabajando, estuve cuidando unas niñas. (Marisa, E23)

Una vez que los hijos son mayores y que el entorno cultural se vuelve más “permisivo” con el trabajo remunerado realizado por las mujeres casadas, para éstas no es fácil encontrar trabajo.

- Dejé el colegio, pues ya, aquí había una fábrica de envasado de pita y ahí me coloqué.
- ¿Con cuántos años?
- Con catorce años. Estuve siete años.
- ¿Siete años estuvo ahí?
- Siete años estuve. Y con veinte me casé, mira qué ignorante.
- ¿Se casó usted y dejó de trabajar en la fábrica...?
- Sí, ya dejé de trabajar.
- ¿No ha vuelto a trabajar?

- No. Estuve trabajando en el campo, que estaba allí mi marido. Y me iba yo, temporalmente, en la nave a hacer, a envasar espárragos, espárragos blancos. Pero, eso era, duraba dos meses, los meses de la recogida de los espárragos.
- ¿Eso cuánto tiempo lo estuvo haciendo?
- Eso lo hice yo un par de años. Pero, era cuando mi Juana tenía su edad, tendría ocho o nueve años. Mi niña tenía un añito, lo iba a cumplir, mi chica se quedaba con mi madre, como dice ella, mi chica se quedaba con mi hermana [...] Y, mi grande con mi madre, porque yo me iba por la mañana y volvía sobre estas horas... Vamos, que me iba a media mañana, no estaba... Y a medio día estaba aquí. [...] Un par de años, ya luego ya no, ya trabajar, después de casada ya no he trabajado. Cómo tampoco estoy preparada para irme a trabajar otras cosas y no me hace falta. Y para irme a limpiar, pues, aquí estoy sin trabajo. (Juani, E25)

Aquellas mujeres que han estado durante varios años fuera del mercado laboral o que nunca desarrollaron una actividad remunerada les resulta muy difícil acceder a un empleo ya que carecen de cualificaciones reconocidas, o bien las cualificaciones que fueron reconocidas en su momento han quedado obsoletas para las oportunidades que ofrece el mercado.

Lo que yo sé es llevar una casa

Ya mediado el siglo de vida, acusan el paso del tiempo fuera del mercado laboral y el proceso de “descualificación” que conlleva. Elena (E29) descarta trabajar fuera de casa pues considera que no tendría oportunidades de desarrollar una carrera profesional; como mucho podría acceder a un trabajo en un sector escasamente considerado, sin apenas cualificación reconocida y con baja remuneración. En el momento en que tuvo lugar la entrevista, el sector del cuidado remunerado de personas mayores se mostraba como un nicho laboral que tenía la capacidad de asimilar a estas mujeres a las que, tras una breve formación especializada, no les resultaba difícil encontrar un empleo en este campo. Pero, la entrevistada encuentra que este tipo de trabajo se debe desarrollar con cierta vocación o bien porque no quede más remedio. Elena, señala que en tanto su familia cuenta con recursos económicos suficientes como para no verse obligada a desempeñar este tipo de trabajos, siendo que no tiene vocación, pues ni se lo plantea:

- Yo me digo a mí misma: «¿Qué hago?, ¿Dónde me voy?». Porque, lo que yo sé es llevar una casa, ¿eh? Imagínate, yo otra cosa no... ¿Qué hago? Tengo una prima hermana separada, eh. Y con cincuenta años. Y ¿qué está haciendo? Cuidar a personas mayores. Es una salida. Pero, yo no me voy a poner a cuidar a personas mayores. Primero, que tengo a mi madre que si algo me necesita allí estoy yo, pero

eso no es una... De verdad, para mí no es una devoción ir a trabajar a cuidar a personas mayores. Es como más una necesidad. Mi prima lo ha hecho por necesidad. Y bueno, pues, eso es lo que yo me planteo. Para yo trabajar, ahora, tendría que reciclarme. Yo, sin reciclarme, ¿dónde voy? Tengo una vecina que está apuntada ahí en el INEM aprendiendo cursos. Y ahora, está de, cómo de Auxiliar Administrativa. Y ocho horas diarias fuera de su casa, sus dos niñas,... Pero, se ha separado y está muy mal de dinero. Yo, ahora mismo, eso no me lo planteo ¡Gracias a dios! [*risas*]. Es otra historia. Ahora, tengo dinero, tengo más tranquilidad, estoy más estable emocionalmente. También, todo un poco, que te influye todo. Todo (Elena, E29).

7.2.3.2. Modelo de transición: actividad discontinua

En este modelo, las mujeres que han realizado alguna actividad remunerada dejan de desempeñar dicha actividad a raíz del nacimiento de su progenie y durante el periodo más intensivo de la crianza, regresando al mercado laboral cuando sus hijos están escolarizados y son más autónomos. De tal modo que optan por una fórmula de alternancia, esto es, la entrada-salida-entrada al mercado laboral.

Pedí excedencia

Se trata del modelo de trayectoria laboral generalizado entre las madres entrevistadas que han desempeñado actividad laboral remunerada y también en el caso de algunas abuelas de sectores sociales medios y medios-altos. Felicidad (E1), una de las abuelas, narra cómo mantuvo su empleo durante un tiempo, el más duro de la crianza de sus hijos, en el que, además, reside en una localidad diferente a la de su marido. Tras vivir así unos años, acepta la propuesta de su cónyuge de solicitar una excedencia para poder vivir junto a éste y sus hijos. Como era funcionaria, agotó el tiempo máximo de excedencia permitido y, después, retoma la actividad profesional hasta su jubilación:

- ¿Ejerció usted como maestra?
- Sí, sí. Toda la vida.
- ¿Toda la vida?
- Sí. Y estoy jubilada, cobrando ya jubilación. [*Dice con orgullo*]
- ¿A qué edad empezó a trabajar usted?
- Pues, empecé en cuanto terminé el Magisterio. Primero, empecé estudiando, claro. Primero, el colegio; después, segunda enseñanza; después, Magisterio con algo... En Barcelona.
- ¿En Barcelona?

- En Barcelona empecé a estudiar. Es que mi padre era capitán de la Guardia Civil. Entonces, lo destinaban. Porque, mi padre era de Málaga, mi madre de Sevilla. Y aquí es donde se conocieron. Y aquí nació yo. Pero, después, lo destinaban a Valencia, a Madrid, a... otros sitios. Y a Barcelona fue uno de ellos. Y allí es donde yo empecé a estudiar Magisterio. [...] Ya cuando tuve la parejita dijimos: «Se ha acabado». Porque, yendo y viniendo y con tantos niños. Primero, él se quedaba con un niño y yo con el otro. Cuando ya los niños estaban creciditos,...
- ¿Cómo cuánto tiempo?
- Ya eso no puedo yo acordarme cuánto tiempo. Pero, él se queda con un niño aquí en el colegio y yo con la otra allí. Él iba y me cambiaba el niño. Él llevaba, que me acuerdo que cuando mi hijo... me lo llevaba. Mira, se me abrazaba aquí y aquí [*se abraza el pecho*], con tantas ganas de ver que no me veía, que no me soltaba, abrazado, abrazado. ¡Cómo es la teta y la madre! Que siempre es más que un padre. Aunque mi marido era encantador. Pero, él no le ha dado la teta y yo sí. Y claro, se cogía con la teta, loco de contento. Y la niña se venía entonces con él y la niña se venía lloriqueando. Y así estuvimos hasta que ya, como pasaba esto y no podíamos estar separados, dice mi marido: «¿Por qué no pides excedencia? Pide excedencia». Y pedí excedencia. [...] Vivimos juntos aquí en mi casa. Estuvimos bastante tiempo. Pero llegó un momento en que si yo no me incorporaba perdía los derechos. Y cuando hubo un tiempo en que convenía, pues, me reingresé otra vez. Y entonces, estuve. Pero, ya los niños eran mayorcitos. (Felicidad, E1)

7.2.3.3. Modelo nuevo: actividad continua

En este modelo, la actividad profesional no se interrumpe ni con el matrimonio ni con la primera, segunda o siguientes maternidades (más allá de las lógicas semanas de descanso en el puerperio). De tal modo, que las mujeres simultanean la actividad remunerada con la no remunerada que realizan en sus hogares, lo que supone la ejecución, o supervisión, de la mayor parte de las tareas domésticas así como la responsabilidad del cuidado de los menores y de otras personas con necesidades de cuidados en la familia. En el caso de las mujeres de clases populares, se adaptan al trabajo remunerado y, viceversa, adaptan su vida familiar al trabajo remunerado, recurriendo para ello a la ayuda de otras mujeres de su red familiar, generalmente sus madres y hermanas.

Tenía el medio día

Consolación, una de las abuelas entrevistadas, cambia de tipo de trabajo remunerado para adaptarse a las necesidades de su familia: al ser madre, deja de trabajar en una fábrica para desempeñar trabajos de temporada en la industria agroalimentaria, primero, y en el puesto de pescado que regenta su marido en el mercado local, después. Consolación cuenta cómo su marido tenía un puesto de pescado en el mercado y cómo ella iba todas las mañanas a trabajar, allí mientras su madre y su hermana se encargaban del cuidado de sus hijas.

- Por la mañana se abría el puesto. Por ejemplo, a las ocho o a las ocho y media. Y ya a eso de las dos o las tres de la tarde, pues, ya terminaba y se recogía.
- Entonces, ¿se venía usted para casa?
- Ya yo me venía para acá a arreglar mis hijos. Mi madre me arreglaba mis hijos para el colegio y yo me iba al puesto. Como es natural. Porque, tan temprano no se iban a ir al colegio. Mi madre les daba el desayuno y los mandaba al colegio.
- ¿Usted luego les daba la comida?
- Mi madre le mandaba yo para que hiciera el almuerzo, por ejemplo. Cuando yo venía, mi madre ya tenía... Porque, mi madre era todavía joven. Pues lo arreglaba..., tenía hecho el almuerzo cuando yo venía. Pues yo tenía el medio día de por la tarde para arreglar mi casa, de mi lavado, mi casa, lo que sea, de mis hijos... Hasta el otro día. (Consolación, E25)

Cuando venía ya la tenía acostadita

Blanca, madre soltera de dos criaturas, trabajó siempre, en el campo, como asistenta en casas, cuidando niños, como nodriza; se muestra orgullosa de su cotización a la Seguridad Social, aunque este trabajo implicase no ver a sus hijas entre semana, aun residiendo en la misma localidad en la que trabajaba, tan larga era su jornada laboral:

- Un señor que se llamaba X del ayuntamiento, que trabajaba yo allí.
- ¿Trabajaba usted en el ayuntamiento?
- No, en la casa de ese señor.
- ¿Usted trabajaba limpiando la casa?
- Sí, trabaja allí. Tenía un niño que se llamaba Antonio no me quería más que a mí [...] Trabajo, trabajo, yo estaba a todo lo que me iban diciendo. Este señor tan bueno fue que me puso un seguro. Y, estoy con seguro.
- ¿Tiene usted cotización?

- Sí. [...] Y nosotros salíamos solo el sábado por la tarde de paseo, lo demás estábamos siempre en casa. A ver.
- ¿Trabajando en la casa?
- [*Asiente*]
- Y con las niñas se quedaba entonces su madre, cuidando a las niñas.
- Claro.
- ¿Quién las daba de comer, y quién las preparaba y eso, su madre o usted?
- Mi madre, si yo trabajaba, cuando venía ya la tenía acostadita, dormidita.
- O sea que, ¿usted las veía sólo el sábado?
- Claro. (Blanca, E22)

La continuidad con la actividad profesional no es sencilla cuando se tiene descendencia, aún cuando se cuente con recursos para poder organizar el cuidado de las criaturas, sea contar con la ayuda de otras mujeres de la familia, como se ha visto que ocurre con las abuelas de clase popular, sea contar con la posibilidad de recurrir a la ayuda remunerada, como ocurre con madres y nietas de clase media alta. Encajar esta maquinaria reviste una enorme complejidad.

Dispuesta a trabajar desde casa

Natalia, una de las nietas entrevistadas, tras haber tenido la experiencia de perder su trabajo con el primer embarazo, en la gestación de su segundo hijo toma la decisión de ofrecer a la empresa la posibilidad de trabajar incluso durante la baja maternal para conciliar mejor ambos aspectos de su vida, su desempeño profesional y la maternidad.

- Acordé que si había problemas, pues, que yo estaba dispuesta a trabajar desde casa. Yo sabía que a nadie iban a meter en mi lugar. Entonces, que, mi trabajo que se lo iban a comer entre todos mis compañeros. Y después, iba a tener un montón de trabajo para cuando volviese, me reincorporase. Entonces: «Mira, yo en lo que pueda. Si podemos poner una conexión a mi casa y me traigo aquí un equipo. Y mientras, voy sacando trabajo en el tiempo que yo pueda, ¿no? A lo mejor, la primera semana no puedo. Pero, después, en los ratitos libres y demás que me vayan surgiendo pues puedo hacer algo». Y así fue. [...] Entonces, sí tenía por las tardes una chica que venía, pero yo llevaba a Pedrito a la guardería, lo recogía a la hora de comer, venía, en fin,... un trajín.
- Un trajín.
- Un trajín. Claro, no podía engordar ni un gramo. Ya me instalaron aquí el ordenador. Tuve un mes de vacaciones, eso sí. Dije: «Mira, yo un mes me voy con mis niños, cuando pase la cuarentena, me voy a la playa con los dos». Y, estuve un

mes con ellos en la playa. Ahora, constantemente me sonaba el teléfono: «Que pasa que no sé cuántos... Que esto, ¿cómo era? Que lo otro, que no sé qué».

- Tuviste una baja maternal bastante...
- Movidita. (Natalia, E3)

La ruptura con el espacio de trabajo (a través del trabajo a domicilio o el teletrabajo) contribuye a fomentar el desarrollo de formas flexibles, enormemente apoyadas en la división sexual y étnica del trabajo. No obstante, como se ha visto en el epígrafe 7.2., *supra*, el teletrabajo es reivindicado como medida de conciliación por las entrevistadas de la tercera generación, aunque esta medida termine alienando otros derechos laborales ampliamente reconocidos, como la baja maternal.

Este modelo se ha descrito como de “doble presencia-ausencia” (Izquierdo, 1998). En él se acumulan los trabajos y las responsabilidades familiares sin salir del mercado laboral y, en todo caso, se comparten con otras mujeres de la familia (de diferentes generaciones), de fuera de la familia (a cambio de una remuneración) y, en menor medida, con cónyuges, hermanas o amigas (generalmente, debido a circunstancias especiales, como ocurre con Pedro, el marido de Natalia, que está jubilado de la vida militar si bien está capacitado para la vida civil y tiene mucho tiempo disponible para cuidar de sus hijos; o el cónyuge de Juani, futbolista profesional retirado que tiene negocios inmobiliarios que le dejan mucho tiempo libre para poder ocuparse de su hijo). Se trata de un modelo de trayectoria laboral que mantienen cada vez más las nietas, y algunas de las madres entrevistadas.

- Cuando me quedé embarazada me planteé si seguir o no. Yo soy una persona que siempre ha querido ser independiente. Yo estoy casada porque quiero. Pero, siempre he tenido la idea de ser independiente. Si yo, me, quiero algo me lo compro. Y lo que hay, para los dos, en la casa. Se lo he transmitido a mi hija también: «Tu estudia, tú sé independiente. Tú tienes tus cosas, que te va bien con tu marido, fenomenal, que no, por un plato de comida nunca aguantes a nadie, mi vida. Se está con una persona porque se quiere». Así que pido a Dios que le salga un matrimonio como el mío. [*risas*] ¡Lo pido a Dios! (Isabel, E20).

7.3. El trabajo remunerado en las tres generaciones

En la práctica ha resultado muy difícil identificar claramente las trayectorias individuales de muchas de las mujeres de la primera generación, esto es, las abuelas, especialmente las de clases populares, debido al carácter de subsistencia de la economía familiar. Así, estas mujeres han realizado sus aportes económicos en formas más

cercanas a un modelo de trabajo protoindustrial y pre moderno, que al modelo moderno de que partió el diseño presentado más arriba de modelos-tipo de trayectorias laborales (por ejemplo, como modistas, cosiendo en casa, como ocurre con Josefa, abuela E19). Esta dificultad de identificar las trayectorias laborales para la primera generación se ha reflejado en el infraregistro en la ERF de la actividad desempeñada por las abuelas.

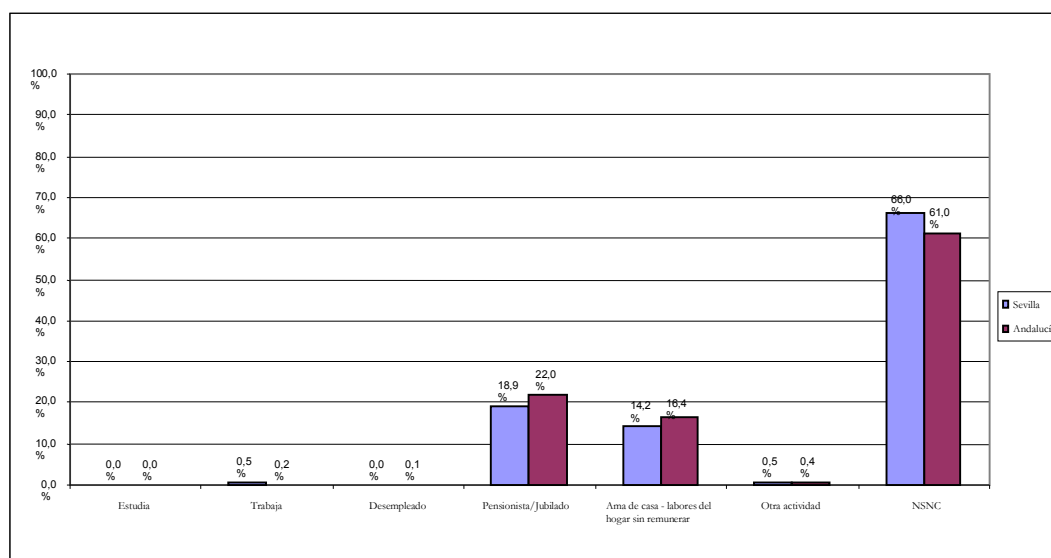
Tal como se puede observar en gráfico nº 5 (véase Anexo II *infra*: Tabla nº 3), estadísticamente existe un problema importante en los datos de dicha encuesta en relación con la actividad principal de las abuelas. Así, tanto para Sevilla como para Andalucía en su conjunto, se ha constatado la existencia de una elevadísimo índice de no respuesta para la actividad principal, un 66 % y un 61% respectivamente de “No sabe/No contesta”. Debido a este elevado índice de no respuesta, los datos relacionados con la actividad desempeñada por la primera generación, esto es, las abuelas, carecen de relevancia para ser estudiados tal cual. Y, por lo tanto, no ha sido posible establecer ninguna comparación en relación con la actividad que mantiene cada una de las tres generaciones estudiadas. Esta constatación, si bien fue decepcionante al principio, ha dado finalmente sus frutos, en tanto que ha propiciado la reflexión teórica y crítica sobre el concepto de trabajo con el que se estaba operando en los inicios de la investigación; un concepto ampliamente generalizado en las ciencias sociales y, en especial, en el ámbito de la sociología del trabajo (para esta discusión, véase, Martín Palomo, 2008b, 2008c, 2009, 2011).

Antes de cerrar el diseño del trabajo de campo, y con el objeto de indagar en el origen de estos datos, se llevó a cabo una ronda de llamadas telefónicas a las entrevistadas integrantes de las triadas sin clasificar de la provincia de Sevilla. Es decir, se llamó a aquellas entrevistadas que habían respondido a la pregunta sobre la actividad principal desempeñada por sus madres o abuelas con un “no sabe/no contesta”. De este modo, se pudo comprobar que, cuando la entrevistada era integrante de la segunda o de la tercera generación, no sabía cómo clasificar la actividad principal realizada por su madre o su abuela, si ésta había desempeñado un trabajo remunerado que no reunía todas las características por las que una actividad es definida como trabajo. El motivo de esta respuesta estaba relacionado con el hecho de que la mayor parte de las abuelas de clases populares habían desarrollado algún tipo de actividad remunerada aunque dicha actividad por su temporalidad, informalidad, o falta de derechos laborales reconocidos, no fuera incluida en los registros estadísticos de la época ni reconocida como tal por sus hijas o nietas; sin embargo, éstas tampoco lograban identificar a sus madres o abuelas

como amas de casa; dichas categorías resultaban muy rígidas para poder clasificar la actividad realizada por sus madres o abuelas y antes que forzar los hechos, respondían con un “no sabe/no contesta”. Sin embargo, cuando la persona entrevistada para la ERF era la abuela, no mostraba dificultad a la hora de clasificar la actividad principal que desempeñó a lo largo de su vida, independientemente de la consideración que tuviera dicha actividad. Es más, cuando se ha preguntado este dato a las abuelas, la respuesta ha sido clara: no tienen ninguna duda acerca de cuál ha sido la actividad que han desarrollado. Y, en caso de haber desempeñado algún tipo de trabajo remunerado, lo han denominado trabajo aun cuando este no sea reconocido como tal, por su falta de regulación, su informalidad o temporalidad, por sus propias hijas o nietas o porque no fuera registrado por las estadísticas de la época (véase, cap. 2, *supra*).

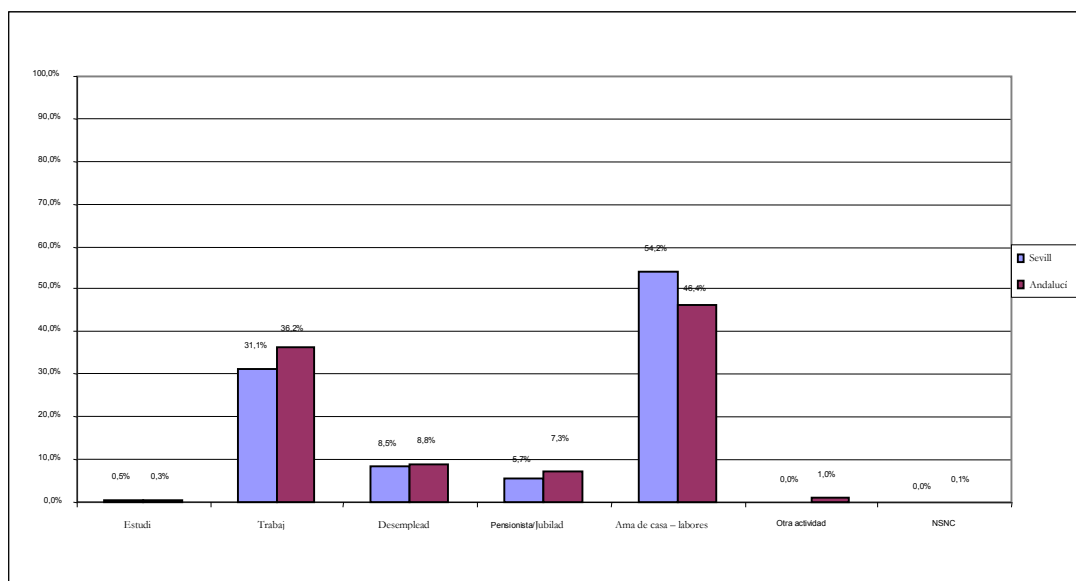
En conclusión, si bien se ha producido una incorporación generalizada de las mujeres de la segunda y tercera generaciones estudiadas al trabajo remunerado formal, en el caso de la primera generación, también había una participación en el mundo del trabajo remunerado, tan solo que, sobre todo para las mujeres de clases populares, esta ha tenido lugar por vías más informales, con inestabilidad, temporalidad y, sobre todo, vinculadas a otros trabajos no remunerados realizados en el entorno doméstico que permitían, a su vez, asegurar el cuidado de sus familiares.

Gráfico nº 5: Actividad de los miembros de las tríadas. Abuelas. Sevilla y Andalucía



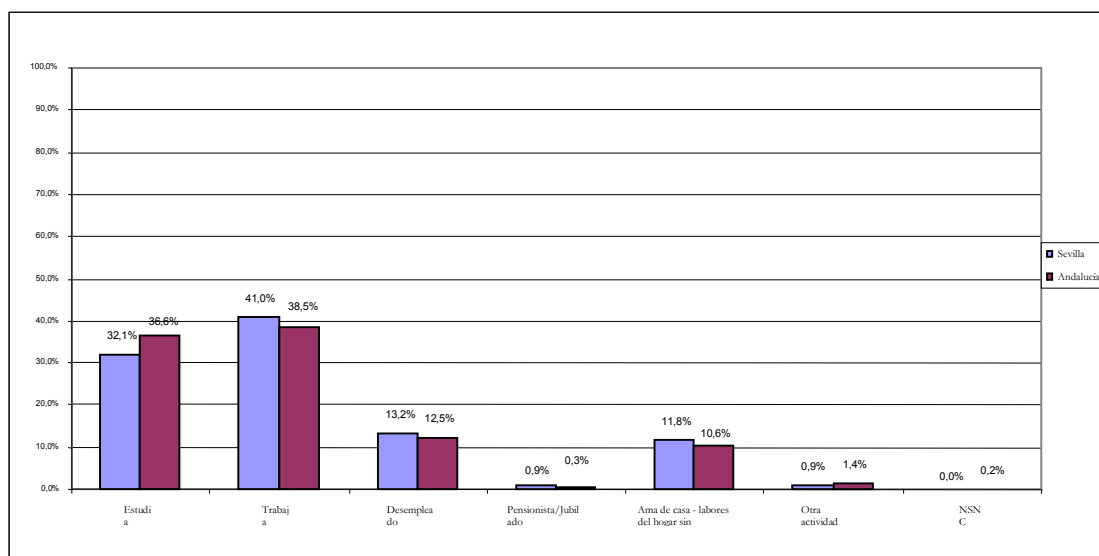
Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía*, 2005 (IEA)

Gráfico nº 6: Actividad de los miembros de las tríadas. Madres, Sevilla y Andalucía



Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía*, 2005 (IEA)

Gráfico nº 7: Tríadas según actividad. Nietas, Sevilla y Andalucía



Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía*, 2005 (IEA)

Recapitulando

En este capítulo se han tratado algunos aspectos del contexto centrando el análisis en los cambios que tienen lugar en la participación de las mujeres en el mercado laboral y tomando como referencia los discursos de las entrevistadas sobre dichos cambios. Ha resultado muy difícil identificar claramente las trayectorias individuales de muchas de las mujeres de la primera generación, esto es, las abuelas, especialmente las de clases populares, debido al carácter de subsistencia de la economía familiar. Así, estas mujeres han contribuido con sus aportes económicos en formas más cercanas a un modelo de trabajo protoindustrial y premoderno, que al modelo moderno de que partió el diseño de tríadas para la selección de los perfiles de las entrevistas. Esta dificultad de identificar las trayectorias laborales para la primera generación se ha reflejado en el registro realizado en la ERF. De hecho, al intentar realizar un análisis comparado de la actividad para las tres generaciones, se detectó un problema importante en los datos de dicha encuesta. Así, tanto para Sevilla como para Andalucía en su conjunto, se ha constatado la existencia de un elevadísimo índice de no respuesta para la actividad principal, un 66 % y un 61% respectivamente de “No sabe/ No contesta”. Debido a este elevado índice, los datos relacionados con la actividad desempeñada por la primera generación, esto es, las abuelas, carecen de relevancia para ser estudiados tal cual. Y, por lo tanto, no ha sido posible establecer ninguna comparación en relación con la actividad que mantiene cada una de las tres generaciones estudiadas. Esta constatación, si bien fue decepcionante inicialmente, ha dado sus frutos en tanto que ha propiciado la reflexión teórica y crítica sobre el concepto de trabajo con el que se estaba operando en la investigación desde sus inicios. Si bien se ha producido una incorporación generalizada de las mujeres de la segunda y tercera generaciones estudiadas al trabajo remunerado formal, en el caso de la primera generación, su participación en el trabajo remunerado, sobre todo para las mujeres de clases populares, ha tenido lugar por vías más informales, con inestabilidad, temporalidad y, sobre todo, vinculadas a otros trabajos no remunerados realizados en el ámbito doméstico que permitieran, a su vez, asegurar el cuidado de sus familiares.

Capítulo VIII.

EL MUNDO FAMILIAR DEL CUIDADO

La familia es el conjunto de individuos que viven en una casa, bajo la autoridad del señor de ella; y la serie de ascendientes, descendientes, colaterales y afines del linaje [...] Es el áncora de la moralidad, la salvaguardia del honor de la mujer, el dique de la corrupción desenfrenada, el puerto de salvación de los hijos, el faro que iluminará su carrera por el mar proceloso de la vida. Es el hogar doméstico la primera y más importante escuela del carácter.

Sección Femenina, 1948, 190-191

No hay función más sagrada, ni servicio más vital para la sociedad que el prestado por las madres dándoles hijos y conservándolos fuertes y útiles.

Aznar, 1926: 63

El amor, más quizá que la gestación de los hijos, es el baluarte de la opresión de las mujeres en la actualidad.

Shulamith Firestone, 1976: 159

Introducción

La extensión vertical y temporal de las familias que caracteriza a la modernidad tardía en las sociedades desarrolladas genera nuevas formas de relación entre sus miembros y, por tanto, nuevas necesidades y problemas y, en respuesta a algunas de estas necesidades, diversas e intensas formas de intercambio. Dichas relaciones de intercambio, a la par que permiten mejorar la calidad de vida de quienes intervienen en ellas (por ejemplo, en el cuidado de las criaturas y de las personas adultas que se encuentran en situación de dependencia, en el apoyo para la emancipación de los jóvenes, en momentos de enfermedad, de crisis económica o personal, y producen nuevos modelos de cuidados (como ocurre con los denominados “abuelos golondrina”, “abuelos cuidadores” o con los “padres implicados”), también ocasionan tensiones, crisis, rupturas y violencias. De este último aspecto se tiene un conocimiento más limitado en este estudio. El propio dispositivo de captación de las entrevistas tiende a seleccionar informantes que no tienen inconveniente en mostrar cómo son las relaciones entre sus familiares (véase, Capítulo 5, *supra*). Precisamente, las mujeres que accedieron a colaborar en la investigación lo hacían sabiendo que otras personas de su familia también participarían y, aunque pudiera haber conflictos más o menos latentes, no tienen inconveniente en hablar de su vida familiar ni en que ésta sea abordada desde una triple mirada entrecruzada. Mantenían, pues, entre sí relaciones familiares aparentemente armónicas, de colaboración mutua y de buen entendimiento. De existir conflictos, estos apenas son explícitos para las entrevistadas, si no hubiera sido muy difícil lograr que una

de las generaciones contactara con la tríada completa y que las otras integrantes de la tríada accedieran también a participar en el estudio.

Esta condición (el que las tres generaciones mantengan un estrecho vínculo) es un elemento que incide en el desarrollo y en el contenido de las entrevistas y, por ende, en los resultados de la investigación. El mismo sesgo estaría presente si se tratara de tres generaciones de mujeres con relaciones familiares más conflictivas o de diferentes familias, claro que entonces el contenido y el resultado del estudio podrían ser también distinto. Este hecho obedece a la propia naturaleza de la investigación de tipo cualitativo y a los factores subjetivos que le son propios. No obstante, pese a que las entrevistadas, en principio, parecen mantener buenas relaciones con el resto de las integrantes de la tríada, en sus discursos han dado muestras de la existencia de conflictos y tensiones, de los que tal vez no tienen conciencia, al menos antes de la entrevista, o que no han tenido como consecuencia la ruptura del vínculo o el deterioro de la relación. En este capítulo se da cuenta de cómo las entrevistadas perciben la familia y sus relaciones con los cuidados de sus miembros en la actualidad. El análisis se centra en tres aspectos: como se percibe el impacto de los cambios familiares así como las necesidades y problemas que dichos cambios plantean a sus miembros, los intercambios entre diversas generaciones y las modificaciones así como las dinámicas que se generan en las relaciones de género para dar respuesta a las necesidades de cuidados de los miembros de sus familias.

8.1. De la familia a las familias

En las últimas décadas se han producido grandes cambios en las familias: pérdida de la centralidad del matrimonio como institución, incremento del trabajo asalariado de las mujeres, sobre todo de las madres, aumento exponencial del número de parejas de hecho y de los divorcios; cambio en los modos de reproducción entre los que se pueden destacar el mayor control de la natalidad, con menos hijos y más tardíos, o el incremento de la adopción internacional; desarrollo de un proceso encaminado a dar legitimidad tanto a la pareja como al matrimonio homosexual; diversificación de las formas de convivencia, entre otros (Castro, 2004). En el primer tercio de siglo XX, no era extraño que en las clases populares el matrimonio, la reproducción e incluso la residencia, tuvieran poca relación con el modelo descrito por los funcionalistas. De hecho, algunas abuelas entrevistadas describen cómo la maternidad bien podía producirse antes, después, o al margen, de la boda. También entre las clases más privilegiadas se da cuenta

de variaciones en el modelo de familia nuclear, tales como la existencia de una pareja estable con hijos que reside en dos hogares diferentes. Por tanto, existían diversas formas de familia que no encajaban en el modelo del ganador de pan, pero, además, a lo largo del siglo tienen lugar cambios en las formas y en las relaciones familiares que tienen que ver con la pluralización de modelos en ambos sentidos, es decir, hay una mayor diversidad de formas familiares y de convivencia que varían a largo del ciclo vital, las relaciones se tornan más democráticas y hay una mayor aceptación social de aquellos modelos que son diferentes de la norma nuclear funcionalista. Así, el modelo de familia dibujado por Parsons en la década del cincuenta – hombre proveedor de los recursos económicos para el mantenimiento del hogar y de la familia; mujer como la responsable de la regulación afectiva, del cuidado de los hijos y de las tareas domésticas – ya no constituye el referente ideal ni para la mayor parte de las entrevistadas ni para la mayoría de las investigaciones desarrolladas. “La” familia no puede ser considerada esa institución inmutable que desempeña funciones esenciales para el bienestar de las personas, sino que se diversifica y se pluraliza en sus formas y en sus estilos de relación, tal como se señaló en el Capítulo 1, *supra*. Al tiempo que las formas familiares se diversifican, como también se democratizan las relaciones entre sus miembros (hombres y mujeres, padres e hijos) y se introducen nuevos problemas. Y dichos cambios plantean nuevos interrogantes a la investigación sociológica. Las familias son más fluidas, como también lo es la sociedad contemporánea, a lo que se añaden mayores dosis de incertidumbre ante sus formas futuras.

8.1.1. Cambios en los comportamientos sexuales y reproductivos

En todas las sociedades conocidas, la maternidad se ha asociado a la feminidad, incluso en muchas culturas se ha identificado con la esencia femenina. Esta identificación de lo femenino con lo materno está intensamente relacionada con la capacidad biológica para engendrar y gestar otro ser humano que tienen las mujeres (Tubert, 1996: 7). Creencia que está presente en nuestra cultura desde la antigua Grecia, que concedería una enorme importancia a la maternidad y a la que es posible remontar la génesis de la ideología de la domesticidad que lleva asociada; visión que fue atravesada por el cristianismo, la época feudal y ha llegado así hasta el presente atravesando incluso las aguas turbulentas de la modernidad tardía. Esta definición de la maternidad que va asociada a la feminidad, y viceversa, también lleva aparejada una concepción de las mujeres como seres inferiores. Es algo que dejó sentado Aristóteles en el siglo IV A.C. al afirmar la superioridad del varón, a quien concede la suprema autoridad hasta sobre

los hijos no nacidos (véase Capítulo.1, *supra*). Ciertamente, durante mucho tiempo, la función reproductora ha sido considerada como la principal tarea a desarrollar por las mujeres; tan sólo en tiempos recientes se ha llegado a cuestionar este rol, fundamentalmente desde la investigación feminista (Fineman, 1995; Fineman y Karpin, 2000), pues se muestra que la idea de la maternidad como destino o como esencia de la feminidad se ha construido históricamente (Beauvoir, 1949).

La maternidad ha ido aumentando su importancia como objeto de estudio en las últimas décadas. En tanto que ha cambiado enormemente a lo largo del siglo XX la forma en que se la entiende, se la vive y se la expresa, las Ciencias Sociales no podían quedar al margen de estos procesos. En los estudios recientes sobre maternidad, se señala que este es un concepto impreciso¹. Unos autores la limitan al embarazo, el parto y la lactancia (procesos biológicos) y, otros, la vinculan también con la crianza y la educación de la prole (procesos sociales). Así, por ejemplo, una autoridad en el tema, Elisabeth Badinter, señala que la maternidad acaba cuando la madre logra que su criatura sea adulta (1991: 12). Sin embargo, muchas de las madres entrevistadas se refieren a la maternidad como un proceso que no acaba nunca, en tanto que la madre continúa preocupándose por el bienestar de sus descendientes casi hasta el final de sus días.

El modelo de maternidad dominante hasta tiempos muy recientes en buena parte de las sociedades occidentales, que ha sido definido como *maternidad intensiva* (Hays, 1998), naturaliza las atribuciones a las mujeres como principales responsables de la crianza de sus hijos. Desde una perspectiva sociológica, interesa conocer cómo se produce este proceso social de construcción de la maternidad, y la naturalización de sus atribuciones, máxime cuando el centro del estudio es el cuidado. No es mero capricho: pues de la mano de la construcción social o de la naturalización de la maternidad derivarían una serie de derechos y de deberes diferentes. “Naturaleza obliga”; mientras que “cultura” permite el cambio. El modelo de maternidad intensiva es el referente normativo para las tres generaciones estudiadas, y adquiere un gran peso en tanto que se entreteje con un determinado modelo de afecto maternal. El “amor de madre” se muestra en sus discursos como incondicional, y se traduce en el deber de una entrega absoluta de la madre a la criatura. Estudiando la sociedad americana, Hays señala cómo la misma sociedad que difunde una ideología que insta a las madres a dar con abnegación su tiempo, dinero y amor a sus hijos, al mismo tiempo les impulsa a ser individualistas y

¹ Véase, por ejemplo: Chodorow (1984), Badinter (1991), Hays (1998), Imaz (2007, 2010).

competitivas en el trabajo remunerado (1998). Por tanto, el proceso de individualización y los requerimientos del mundo laboral chocan con este modelo de maternidad intensiva. La tensión entre un modelo de mujer que expresa la necesidad propia y exige tiempo para sí (en los menos casos), para sus parejas (especialmente entre las entrevistadas más jóvenes) o al menos para el universo laboral (en todas las entrevistadas que desempeñan trabajos remunerados) y los requerimientos del cuidado familiar, que este modelo de maternidad intensiva conlleva y que implica un alto contenido sacrificial, tiene un desenlace conflictivo al menos en el interior de cada una de las mujeres que se debate entre las demandas de su autocuidado y las del cuidado de otros miembros de su familia y también es una fuente de tensiones en las relaciones familiares (sobre dichas tensiones se volverá en el capítulo 9, *infra*).

Todas las entrevistadas se adhieren a la idea de que existe un instinto² maternal. No obstante, en sus discursos naturaleza, cultura y agencia se ensamblan: algo hay de naturalización (la biología impone su peso) pero también de aprendizaje y de elección. Es decir, se considera que la maternidad es un acontecimiento que puede o no suceder, y que, cuando acaece puede adoptar diversas formas; también que estas diferentes modalidades están permeadas de “instinto”, aunque dicho instinto se puede, de algún modo, “educar”. Es decir, se concibe que exista una cierta dosis de construcción social en los cuidados prestados a las criaturas aunque naturalmente se asignan a la madre basándose en el fuerte vínculo biológico que tiene con su descendencia y que consideran que se establece a través de la gestación. Por un lado, las mujeres que trabajan dentro y fuera de sus hogares pelean cada día con dilemas que giran en torno a los mandatos de ser una “buena madre” y “ser persona”. Por otro lado, las amas de casa a tiempo completo, sufren las consecuencias de una entrega excesiva al cuidado y, algunas de ellas, padecen o han padecido depresiones, experimentan o han experimentado sensación de vacío o de inutilidad en algún momento de sus vidas (v.gr. Carmina, Juani, o Elena, entrevistadas E8, E26 y E29, respectivamente), e intentan reinventar y dignificar su papel profesionalizándolo y dotándolo de cualificaciones altamente especializadas (v.gr. Andrea, Marisa y Elena, madres E2, E23 y E29 respectivamente; o Lucía, nieta E15), si bien son sobre todo mujeres de clase media-alta las que intentan darle este nuevo barniz al papel del ama de casa y madre.

² Según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, “instinto” es una palabra que tiene varias acepciones entre las que se destacan aquí dos: “conjunto de pautas de reacción que, en los cuidados, contribuyen a la conservación de la vida”; y, “móvil atribuido a un acto, sentimiento, etc., y obedece a una razón profunda, sin que se percate de ello el que lo realiza o lo siente.” (*sic*)

8.1.1.1. Cuerpo, sexualidad y control de la fecundidad: grandes enigmas

Las entrevistadas abuelas relatan que la única vida sexual que era considerada como legítima para las mujeres en su época era la que tenía lugar en el marco del matrimonio y cuya finalidad era la reproducción o bien cumplir con los requerimientos del débito conyugal, es decir, servir como vehículo de placer a su cónyuge. Se debe señalar, no obstante, que dicho modelo tiene un peso mayor para las mujeres de clases medias y altas que para otros sectores de población, aunque no solo, ya que con la intención de controlar los embarazos, también el placer de las mujeres es sacrificado.

Tal como se verá más adelante, entre las mujeres de las clases populares existe, para la generación de las abuelas, una mayor flexibilidad en el orden de los factores: no hay problema por ser madre primero y casarse después, como ocurre con Fernanda (E10) o en que maternidad y matrimonio estén disociados, como ocurre con Blanca (E22), que fue madre soltera, y aun manteniendo relación de pareja estable con el padre de sus hijos hasta la muerte de éste, nunca llegó a casarse ni a convivir con él. En todo caso, en esta época no hay margen para planificar ni cuándo ni cuántos hijos se pretenden tener, más allá de la abstinencia sexual. Y esto ocurre, por la combinación de una serie de factores, debido a la ausencia de medios de anticoncepción eficaces y accesibles, a la moral represora de la época en relación con la sexualidad femenina, o a la falta de información disponible sobre salud sexual y reproductiva. Las abuelas apenas hablan de ello, pero las madres y las nietas sí son conscientes de la revolución que supuso el acceso a métodos anticonceptivos fiables y cómo esto cambió sus vidas. Las nietas han podido disfrutar tanto de acceso a la información como a métodos anticonceptivos diversos y fiables. No obstante, algunas abuelas, muchas madres y casi todas las nietas han utilizado algún tipo de mecanismo de control de su fecundidad, fuera este más o menos seguro.

Crees que a ti no te va a tocar

Blanca y Fernanda, entrevistadas E22 y E10 respectivamente, fueron madres de varias criaturas al margen del matrimonio. Ambas proceden de familias muy humildes, si bien la primera ha vivido el ascenso social de sus descendientes, a raíz del matrimonio hipergámico de su hija con un empresario al que, además, le ha ido muy bien en los negocios. Blanca tuvo dos hijos con su única pareja, con la que no se casó ni convivió, pues su madre la había destinado a ser el báculo de su vejez y su novio era demasiado pobre para que su familia lo aceptara como marido:

- Yo no me casé, lo que le llaman casarse [...] Mi madre me quería para atenderla. Y, me enseñó a coser. Me iba con ella a la finca a plantar las patatas, a trabajar en la casa. Tenía que estar con ella allí. (Blanca, E22)

Fernanda narra cómo fue madre y se casó años más tarde del nacimiento de su primer hijo, llegando a tener tres retoños antes de recibir las bendiciones. Ella, su futuro marido y su prole, residieron con su suegra y con su madre, por temporadas, en la casa de una o de otra, a lo largo de varios años. Tras ser padres de tres criaturas, se casaron y, finalmente, vivieron con sus hijos, todos en el mismo hogar:

- Metimos la pata y no pudo ser. [*Risas*] [...] Mi padre cuando enteró se enfadó mucho. Y me tuve que ir con él a su casa.
- ¿Antes de casarse?
- Antes de casarse. Entonces ya, empezamos a hacerlos, a mover los papeles del casamiento, cuando... ¡No me podía casar!
- ¿Por qué?
- Porque era hijo de viuda. Y no podían casarnos. Tuvimos que esperar cuatro años a casarnos.
- ¿No los dejaban casarse?
- Porque mantenía a la madre y no se podía casar. [...] Por la iglesia me casé yo con veinticinco años. Ya tenía yo tres [*hijos*]. (Fernanda, E10)

Entre las clases sociales más pudientes, un embarazo fuera del matrimonio es un escándalo así que se fuerza un matrimonio rápido, para que no se note la falta en relación con el sentido de la decencia y de la moralidad de la época. Esta es una experiencia que han vivido varias de las madres entrevistadas y alguna nieta. Andrea y Natalia, entrevistadas, E2 y E3, madre e hija respectivamente, se casaron embarazadas, además, muy rápidamente nada más tener noticia de que la gestación estaba en curso. Para Andrea, este acontecimiento es, en parte fruto de su deseo de escapar a la rígida tutela paterna, en parte del descuido; para Natalia, su primer embarazo es consecuencia tanto de la falta de precaución como del deseo de consolidar una relación de pareja en la que el orden de los factores aparentemente no tenía mucha importancia (planeaban, primero, vivir juntos, luego casarse, más tarde tener descendencia; finalmente, el orden fue embarazo, boda y convivencia). En ambos casos, explican el embarazo no programado en términos de azar:

- Estaba delgadísima, delgadísima. Nadie podía decirlo por mi aspecto. Y, luego, tener dos niñas tan grandes. Fíjate, qué sorpresa [*risas*] [...] Estaba viviendo estupendamente y no tenía ganas de complicarme. Pero claro, me quedé

embarazada. Bueno, era mi novio y lo quería. Pero yo no pensaba casarme tan pronto, sinceramente. O, bueno: «Me voy a casar pero ahora voy a vivir mi vida». Mis amigas, salir y entrar. Que mis padres no me dejaban mucho salir por la noche. Y entonces, pues, de pronto caí. (Andrea, E2)

- Yo me quedé embarazada de Pedro. [...] Nosotros siempre estábamos... Bueno, pues, los fines de semana, al principio. En fin. Y ya dijimos: «Bueno, pues es una tontería, la verdad». Pues: «¿Por qué no te quedas aquí ya a vivir? Ya vemos si ponemos fecha de boda y no sé qué». Vamos, que lo teníamos ya en mente pero surgió antes lo otro que... Y entonces, pues, primero... Además, yo me enteré, tuve una serie de problemas de hemorragias y demás... Y cuando me enteré que estaba embarazada, ya estaba bastante avanzado el tema. Vamos, que ya,...
- ¿De cuántos meses estabas?
- Pues de seis y medio.
- ¿De seis y medio?
- Sí. Hasta ahí dejé de sangrar. Porque es una cosa que es un caso de mil mujeres, vamos. Que tienes desprendimiento de placenta, pero, justo en los momentos que es el periodo. Vamos, que tienes la regla. Entonces, pues, yo seguía... Y vamos, ni más gorda ni má,... Normal.
- ¿No notabas nada?
- Nada, nada. Vamos, ya cuando me lo dijeron de repente, bum, salió un poco la barriga. [...] A finales de agosto más o menos nos enteramos. Y el nueve de octubre. Y Pedro nació el veintiuno de noviembre. O sea que fue todo así muy... Aunque luego ya, después, el veintiuno de marzo nos casamos por la iglesia [...] Más que nada, eso, porque el niño estuviese inscrito en el libro de familia, porque pudiera tener el niño en el hospital militar, por una serie de papeleos. Más que nada que... Porque podíamos haber esperado, y haber nacido el niño, y habernos casado por la iglesia directamente. Y haberlo hecho todo de golpe. Pero, más que nada, porque estuviese todo más legal por el niño. (Natalia, E3)

Otras tres entrevistadas de la segunda generación, de clases populares, también se casan tras detectar un embarazo no planificado, y cuentan cómo este tipo de situaciones era bastante común en aquellos tiempos. Una época en que empieza a desarrollarse una cultura de cierta libertad sexual para las mujeres, pero no hay anticonceptivos fiables accesibles y pese a todo el deber sagrado de una mujer continúa siendo la maternidad, un embarazo imprevisto no es extraño. Tal como señala Lola, de hecho, lejos de ser una excepción, era bastante habitual en ese tiempo (década de los ochenta):

- Coincidió una época que se... Todas casaron jóvenes. Muchas, embarazadas, por supuesto. Que yo eso no lo he negado nunca: yo me casé de tres meses. Y, me parece que es una cosa que es tontería negarla. (Lola, E5)

Efectivamente, cuatro de las diez madres entrevistadas se casaron embarazadas. Teresa se casó con veinte años, el anuncio de su embarazo fue recibido inicialmente con enojo por su futura suegra, con la que trabajaba y residía, pues en aquel momento vivían una situación de muchas privaciones. Hay una cierta sorpresa, como si de pronto el embarazo surgiera de la nada, como una suerte de lotería que toca: “Lo que pasa, es que cuando haces las cosas, te crees que a ti no te van a pasar las cosas... No hay otra cosa, es que te crees que a ti no te va a tocar”. (Teresa, E11)

Mary, que fue madre con dieciséis años, señala que su primer embarazo fue consecuencia de un comportamiento irresponsable, ya que no utilizó ningún método anticonceptivo. Y, se “responsabiliza” de su maternidad a una edad tan temprana entendiendo que se trata de un justo “castigo” a su conducta temeraria e inconsciente. En consecuencia, renuncia a vivir otras dimensiones culturales de su “juventud”, para dedicarse en exclusiva a sus deberes de madre, obligándose a aceptar las consecuencias de sus actos con madurez:

- Yo no dejaba ni que la bañara a mi hija. Porque, decía: «Para eso la habías hecho. Yo... tenía que...» [risas]. Y de salir a ningún lado. Por eso te digo yo que, ahora es cuando una ya está empezando medio a vivir. Porque, de salir a ningún lado. Porque, primero, porque no se podía; y, segundo, que la niña era muy chica... Y tampoco... aunque mi hija, la chica, era muy buena, la podía dejar. Pero tampoco es abusar. Que para la edad que era, tenía... Era muy responsable para la edad que tenía. (Mary, E17)

El truco de quitarse

No había muchas opciones para controlar la fecundidad: o no se mantenían relaciones sexuales con penetración, o se mantenían asumiendo el riesgo de embarazo pues los únicos mecanismos de control de la natalidad eran de escasa fiabilidad (saliva, marcha atrás, prolongar la lactancia o similares). Efectivamente, para la primera generación, los métodos utilizados eran poco eficaces (v.gr. “quitarse”, como dicen María y Fernanda, entrevistadas E16 y E10 respectivamente) o sencillamente se recurría a la abstinencia:

- Entonces, no había truco ni nada. Él tuvo un truco con los mayores, con el mayor. Pero, vio que a los siete meses me quedé embarazada de, de la niña... O sea que, mira.
- ¿Qué truco era el que tenía?
- El truco de quitarse [...] Así que ya no, no puse medios ni yo tomaba nada ni ... (Fernanda, E10)

Nos cortábamos

Tal como cuenta Carmen, la ausencia de métodos eficaces termina imponiendo una sexualidad muy restringida, donde el goce siempre está teñido del miedo al embarazo.

- Nos cortábamos, hija. Yo solía quedarme embarazada muy pronto. Y no podíamos hacer nada. Y mientras que he estado criando... Pero, luego ¡oh! Nos cortábamos mucho, nos cortábamos mucho. Eh, había que andar con cuidado. Lo poco que hemos estado juntos no hemos disfrutado, que ninguno... (Carmen, E7)

Tal como dicta la naturaleza, si no se utilizan métodos anticonceptivos fiables la probabilidad de que se den embarazos “no previstos” es bastante elevada, sobre todo cuando las mujeres son jóvenes. Para las abuelas, buena parte de las madres y algunas nietas, en sus primeros encuentros sexuales apenas existe disociación entre sexo y reproducción, la vida sexual activa en una relación heterosexual (otro tipo de opción sexual no se menciona en las entrevistas realizadas) es sinónimo de embarazo: no hay disponibles métodos anticonceptivos seguros (v.gr. “yo estaba ignorante de todo”, Fernanda, entrevistada E10), no hay goce sexual para las mujeres (v.gr. “yo no me enteraba de nada y él sí se enteraba”, María, entrevistada E16), hay embarazos no planificados (v.gr. Andrea, Natalia, Lola, Antonia, Mary o Blanca; entrevistadas E2, E3, E5, E13, E17 y E22, respectivamente); matrimonios por un “accidente” (“hoy van a por ello para casarse”, Fernanda, entrevistada, E10); hijos no deseados (v.gr. “Antes no se querían y se tenían”, María, entrevistada, E16). El itinerario descrito es el mismo en todos los casos: la falta de planificación familiar, la carencia de información adecuada y la creencia de que el embarazo tiene lugar a resultas de una suerte de lotería. Se disocia así la vida sexual de la reproducción hasta que el embarazo restablece el vínculo.

8.1.1.2. Progresiva disociación matrimonio, sexualidad y reproducción

En los años sesenta, la contracepción oral abre a las mujeres la posibilidad de anular o limitar su fecundidad por el tiempo que deseen. Y, también, elegir ser o no madres biológicas y cuando serlo. Nadine Lefacheur considera que con la generalización de los modernos métodos de contracepción se genera un “nuevo régimen de maternidad” (1992). En España, la suma de una política pronatalista y del concepto de decencia (de las mujeres) impuesto por la política cultural franquista hace que sea prácticamente imposible el acceso a auténticos métodos anticonceptivos durante varias décadas. Pese a que algunas de las madres entrevistadas tenían información de su existencia, los contraceptivos no estaban disponibles para las mujeres de todas las clases sociales. Para ello, hubo que esperar a los años ochenta del siglo pasado. A partir de ese momento, y aunque continúe habiendo embarazos no deseados, se ha producido un verdadero vuelco en el comportamiento reproductivo de las mujeres españolas, hasta el punto que desde los primeros ochenta nos alejamos de la tasa de reposición (2,1 hijos por mujer) siendo este uno de los fenómenos demográficos más preocupantes en nuestros días (Castro, 2013).

El método de la saliva

Durante la dictadura, si se contaba con capital cultural y relacional para poder acceder a ello se podían encargar los contraceptivos al Reino Unido, donde sí estaban permitidos (V.gr. Elena, E29). Pero incluso en la transición, el cambio en la actitud de los profesionales al respecto fue lento, muy lento. Los médicos ponían reparos en recetar la píldora anticonceptiva o en poner un dispositivo intrauterino, en la farmacia daba mucha vergüenza comprar preservativos, por tanto era muy difícil hacerse con un medio anticonceptivo eficaz para utilizar incluso en el marco del matrimonio. Elena cuenta cómo en sus relaciones sexuales utilizó preservativos durante mucho tiempo, aunque tanto su marido como ella misma pasaban mucha vergüenza a la hora de adquirirlos en la farmacia; más tarde, intentó que le insertaran un dispositivo intrauterino (DIU), pero le costó encontrar un ginecólogo que aceptara ponérselo. Y, termina tan cansada de las diversas dificultades que halla para controlar su fecundidad, que al serle extirpado el útero, a raíz de un problema de salud, se siente por fin liberada; esta amputación le parece un auténtico regalo pues así se acaba el problema de la contracepción para ella, definitivamente:

- Le dije al ginecólogo: «Mire, usted, yo ya no quiero tener más hijos». Se me ocurrió decírselo a un ginecólogo del *Opus*. Y me mandó a la mierda. Y me dijo que hiciera el método de la saliva. Digo: «¿Cuál es el método de la saliva?». ¿Tú lo sabes?
- No.
- Por lo visto, la mujer cuando ovula tiene más saliva en la boca. Entonces: «Tú ya sabes que si tienes mucha saliva en la boca es que estás ovulando. Así que no hagas nada». Y le dije: «Vale muy bien, pues nada».
- ¿Qué hiciste?
- Pues nada, volví a la farmacia a por preservativos. Y cuando llegué a Sevilla me busqué un ginecólogo. Y le dije que yo no quería tener más niños y que quería ponerme un DIU. Me dijo que no. Así que, me fui a otro. Y me dijo: «Vale». Y me lo puse. Y me fui al ginecólogo aquel y me puse un DIU. Y me lo quité tres veces hasta los cuarenta y dos años. Estuve doce años con DIU. Y a los cuarenta y dos años me detectaron que tenía un mioma. Y me tuve que operar. Y me quitaron el útero y el DIU. Y ahí se acabó la historia [*risas*]. Y entonces, ya: «Gracias señor, gracias, gracias». [*risas*]. Ah, ¡viva la vida!, ya puedo tener relaciones sin DIU, sin preservativos y sin nada, ¡qué fuerte! Un poco fuerte la historia [*risas*]. (Elena, E29)

Me operaron para no tener más niños

También Teresa o Mary, tras ser madres de dos criaturas y haber tenido su primer embarazo siendo bastante jóvenes, sin tenerlo previsto, optan por hacerse una ligadura de trompas. Elena, Teresa o Mary sienten la tranquilidad de, por fin, tener controlada su fecundidad, aunque para ello hayan tenido que pasar por el quirófano; una, por una cuestión de salud, las otras, para hacerse una intervención, todas ellas irreversibles para la fecundidad. En adelante, no podían cambiar de opinión.

- Empecé a tomarme unas pastillas que había para no quedarse embarazada. Y me las estuve tomando dos años o así, me las estuve tomando. Pero, ya, después, cuando decidimos de tener niños, pues ya dejé de tomármelas. Y entonces, pues, cuando tuvimos al niño. Pues, entonces, otra vez con las pastillas. Hasta que tuve treinta y un años que, que me sacaron azúcar. Entonces, yo ya dije yo que no iba a tener más niños. Porque, yo y mi marido somos muy niños los dos. Y yo... Verás, que yo lo podía... Yo, más o menos, podía tener ya en esa época tres niños. Estaba yo un poquito mejor, yo podía tener a mi hijo, yo podía comprarle todo lo que le hiciera falta, de ropita, de comida y de todo. Pero yo no quería más niños, me gustan los niños, me gustan mucho. Pero, a mí me daba miedo, me daba miedo después de catorce años para arriba, como estaba la vida como estaba... Yo pensaba mucho en eso. Y entonces, fui al médico, le dije que si me podía operar. Y

me dijo que sí. Y me operé, como no me asustaba, me operaron para no tener más niños.

- ¿Tiene una ligadura?
- Sí.
- Cuando tomaba las pastillas, ¿también se las recetó el médico?
- Sí, también. Sí porque yo no quería... Entonces, las pastillas no se recetaba tanto, entonces, me las tenía que recetar. Pero antes no recetaban pastillas. (Teresa, E11)

Le hablaba de los preservativos

Las madres hablan a sus hijos, especialmente a sus hijas, de la anticoncepción, forma parte de las cosas importantes de la vida que consideran que les deben enseñar, tal como comenta Elena, aunque esto ocurre con las madres de familias más “modernas” en sus hábitos culturales, las procedentes de medios sociales más humildes o que son más “conservadoras”, muestran mucho pudor a la hora de tocar temas que se refieran a la vida sexual, como le ocurre a Juani (E26).

- Yo le hablaba de las drogas, le hablaba de los preservativos, le hablaba de todo. Miguel me decía: «A los niños no les digas lo de los preservativos». Digo: «¿Cómo que no?». «Eso les está incitando al sexo». Digo: «Al sexo están solitos ya ellos incitados, ¿eh? Así es que déjame que se lo diga». O sea, una cosa. Yo eran cosas que las tenía muy claras [*risas*]. (Elena, E29)

La pescadilla que se muerde la cola

En el polo contrario del temor a los embarazos no planificados de que dan cuenta madres y abuelas entrevistadas, se encuentran quienes conscientemente están retrasando la maternidad. Estas mujeres de la tercera generación estudiada tienen muy claro que la disociación entre sexualidad y reproducción es posible; quizás lo más complicado para ellas no sea tanto el cómo controlar la fecundidad, sino cómo y cuándo ser madres. Encontrar una pareja dispuesta, tener unas aceptables condiciones materiales para procrear, (un empleo estable, una vivienda, una red familiar de apoyo, buena salud, tiempo disponible para la crianza) y, querer ser madres, son muchas condiciones que es difícil que se den simultáneamente.

No quiero ser una madre mayor

Julia, una de las entrevistadas más jóvenes, cuenta que desea ser madre y describe cómo ha hablado con su pareja sobre este asunto manteniendo cada uno de ellos un punto de vista diferente: él asegura que primero quiere acabar sus estudios, conseguir un empleo, asentarse profesionalmente, y ya después casarse, etc.; mientras, ella, que ya ha terminado sus estudios y tiene un empleo en la empresa de su padre, preferiría ser madre pronto, ya que desea tener energía para poder hacer muchas actividades con sus hijos:

- Yo no quiero ser madre de treinta, ni de treinta y uno ni de treinta y tres. Que, que yo, antes. Que yo me quiero llevar a los niños a esquiar, me quiero llevar a los niños a hacer surf, me quiero llevar a los niños a patinar... Me quiero ir con ellos, y quiero hacer mil cosas. Y quiero que cuando mi niño tenga treinta años, sea yo, ¿sabes? oye, como mi madre, ¿sabes? Una mujer, oye, guapa. Y, pues eso, que no quiero ser una madre mayor, que no. (Julia, E30)

Todas las nietas entrevistadas que no son madres han manifestado que desean serlo en algún momento de sus vidas. Las que tienen pareja estable esperan que llegue el momento en que esté consolidada su situación laboral o, al menos, tener una coyuntura de más estabilidad en el trabajo, pues temen que un embarazo conlleve algún tipo de penalización o, incluso, pueda implicar la pérdida del empleo, tal como relata Manuela:

- Estamos los dos en el aire.
- ¿Estáis los dos en el aire?
- Así que ya, a ver si este año se resuelve, si no, yo tengo treinta años. Mucho tiempo tampoco me gustaría esperar, porque si quieres tener dos o tres... no te puedes plantear empezar por... Porque tampoco sabes qué te vas a encontrar, si vas a tardar poco tiempo, si te va a llevar años, si al final tienes que adoptar.. [...] Habrá que pensárselo porque, si te quedas en la calle sin encontrar trabajo, los hijos hay que mantenerlos. [*Silencio*] Porque, es difícil la situación. Y él está igual. Lo que pasa es que si a él se le acaba un trabajo, se busca otro. Si tú te quedas sin trabajo con una barriga... tienes que esperar a tenerlo. [*Silencio*] Así que esperando y esperando. (Manuela, E21)

En general, esto confirma lo que los estudios sociodemográficos han puesto de manifiesto en la últimas décadas: se tienen menos hijos de los que se desea y se tienen, además, más tarde de lo que se querría, por temor a las consecuencias negativas de la maternidad sobre el empleo (Delgado, 2006), sea por no contar con una trayectoria profesional consolidada, sea por carecer de una adecuada infraestructura de servicios

para el cuidado de las criaturas, por la incertidumbre con la que se viven tanto las relaciones de pareja como las perspectivas laborales, sea porque se pretende tener tiempo para poder cuidar de la descendencia y no es fácil que se den las condiciones adecuadas para ello. De este modo, continúa Manuela reflexionando sobre sus dilemas ante la maternidad:

- Tengo amigas, amigas con niños... Y lo típico, no tienes tiempo de nada. No puedes hacer nada que no sean los niños. Y bueno, al fin y al cabo, supongo que eso es durante un montón de años. Es la meta, ¿no?, digamos. Un niño chico es dedicación plena. Y si trabajas por la mañana, tienes que tener la tarde para ellos. O, por lo menos, a mí me gustaría disfrutarlos, no como el concepto de obligación.
- Te gustaría tener tiempo para...
- Para disfrutarlos. Y tener la tarde para irte al parque, para jugar, para disfrutar de ellos. (Manuela, E21)

Estos cambios generan otro tipo de preocupaciones pues pueden surgir dificultades derivadas de la edad o del estilo de vida para lograr un embarazo y/o llevarlo a término. Es decir, que con los años, o por no tener una pareja heterosexual dispuesta a involucrarse en la aventura, se incrementan los problemas de fertilidad. De hecho, se sabe que cuando la edad de las mujeres supera los cuarenta años e, incluso antes, es más difícil y más arriesgada una gestación. Si bien parece que ya se está eliminando del lenguaje médico, hasta hace poco tiempo a las embarazadas de más de 35 años se las denominaba “añosas”; la Seguridad Social cubre tratamientos de fertilidad solo para las mujeres menores de cuarenta años, siempre y cuando reúnan unos determinados requisitos, esto solo por poner algunos ejemplos de cómo se van estigmatizando y cercenando las posibilidades de ser madre biológica a medida que avanza la edad. Preocupación que, por otro lado, no toca del mismo modo a los hombres y que afecta sensiblemente la forma en que se comprometen en una relación de pareja, considerablemente más parsimoniosa para ellos frente a la urgencia que tienen ellas, tal como se ha puesto de manifiesto en otros estudios (Illouz, 2012). Postergar la edad para la primera maternidad conlleva el riesgo de que sea demasiado tarde en términos biológicos, es decir, expresado en palabras de Rosario o de Ana, de que “se pase el arroz”³ (E12, E9) y ello provoca una enorme ansiedad en las mujeres de la tercera generación.

³ La edad media a la maternidad en el año 2011 era 31,13 años (INE, 2012), mientras que en el año en que se realizó el trabajo de campo de esta investigación, en 2007, era de 30,83 años, un poco más baja para Andalucía, 30,41 años (INE, 2009b).

- Ahí está la pescadilla que se muerde la cola: se te pasa el arroz. Como se suele decir por aquí. [risas]
- ¿Se pasa para qué?
- Para tener el hijo, para tener el hijo. No sé, tener un primer hijo a los cuarenta. Cada vez se está retrasando más la edad de la maternidad. Yo no me lo planteo tampoco mucho antes ... (Ana, E9)

Con una pareja en condiciones

Las entrevistadas sin pareja, que desean ser madres, contemplan la posibilidad de la reproducción asistida, lo que era prácticamente impensable en la generación de las abuelas o algo muy excepcional en la de las madres⁴ (de hecho, ninguna madre y ninguna abuela entrevistada hablan de ello). Y la adopción se plantea como una opción más para ampliar la familia, incluso en el marco de una relación heterosexual, pues si la edad a la primera maternidad se retrasa demasiado, igual no hay tiempo para tener más de un hijo biológico: “si por las condiciones, por las cosas que pasaran, no pudiéramos tener un segundo, yo adoptaría” (Manuela, E21). Independientemente de que pueda o no concretarse finalmente, el simple hecho de que estas opciones formen parte de los planes de una mujer casada de treinta años, que hasta el momento no ha tenido ningún indicio de tener problemas de fertilidad, ni ella ni su cónyuge, implica que está teniendo lugar un cambio significativo en relación con los modelos de maternidad y paternidad en nuestra sociedad.

- A mí me gustan muchos los niños, y sí me gustaría. Sí me gustaría. Pero, vamos, se me va a pasar el arroz, como se suele decir [risas]. Pero, vamos, sí me gustaría. Pero, hombre, me gustaría con una pareja en condiciones y como tienen que ser las cosas.
- ¿Cómo tienen que ser las cosas?
- Bueno, como tiene que ser, entre comillas. No tienen por qué ser... Porque te pueden pasar por la cabeza muchas cosas. Porque tú, llega un momento, que ya voy llegando a una edad, y no encuentro a esa persona que yo quiero con la que compartir mi vida y tener mis hijos y... Aunque no me case. Porque a mí eso de casarme me da igual, casarme que no casarme, que me da igual firmar un papel que

⁴ El primer bebé probeta en España nació en el año 1984, en el Instituto Universitario Dexeus de Barcelona mediante fecundación in vitro. En 1978 nació el primer ser humano en el mundo con una fecundación artificial en Gran Bretaña, Louise Brown [Véase en línea: <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2009/07/09/mujer/1247145566.html>; y, <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2008/07/16/mujer/1216227057.html>; fecha última consulta: 11.08.2013]. Se estima que en este siglo XXI entre el 2 y el 3% de los niños nacidos en el mundo

no firmarlo. Eso me da igual. Pero ahora, que la otra persona quiere, pues, a mí no me importa. Que no, pues mira... de escándalo, me parece estupendo. Pero, también, me he planteado, a lo mejor, tener un hijo de otra forma. [Risas] Como por lo de *in vitro* o con una parejilla de... [risas], y ya está. Porque, a mí sí me gustaría tener hijos. La pareja me da un poco más igual. Pero, hijos sí me gustaría tener.

- Me comentabas así, haciendo un gesto con una mano que se te iba a pasar el arroz, ¿qué quieres decir con eso?
- Es que es lo que se suele decir [risas]. Porque es que una tiene treinta y tres y va para treinta y cuatro años. Tú sabes que ya te queda, también, poco tiempo. Es que biológicamente no está la cosa... Aunque haya salido una con sesenta o setenta años que ha tenido ahora un hijo. Pero, no es igual, ¿sabes? La opción de adoptar pues, verás, respeto. Respeto todo lo que tú quieras, todo. Pero me gustaría que fuera mío. En todo caso, que tuviera pareja que no pudiera... Pues, a lo mejor, tuviera que adoptar. Pues no sé lo que haría. Porque tampoco me lo voy a plantear eso ahora. No lo sé. Pero la opción de adoptar no, no lo sé, la verdad. (Rosario, E12)

Ni in vitro, ni hormonas, ni nada

Aún cuando se trata de un conjunto de técnicas médicas que están destinadas a paliar diversas formas de esterilidad, la reproducción asistida ha permitido salvar algunas trabas derivadas del implacable “reloj biológico” (Vvgr. Rosario, entrevistada E12), es decir, del retraso progresivo, para la tercera generación de entrevistadas, de la edad para tener su primera gestación. Muchas de estas técnicas son muy duras para las mujeres: estimulaciones hormonales intensivas, punción quirúrgica de óvulos, implantaciones, tratamientos hormonales, inseminación artificial, fecundación *in vitro*, congelado de óvulos o embriones, entre otras (Martín Palomo et ál., 2002). Pero, este no es el único motivo posible de rechazo al uso de técnicas reproductivas, también están los aspectos religiosos o ideológicos. Lucía tiene dificultad para quedarse embarazada pero se niega a recurrir a este tipo de técnicas pues quiere tener los hijos vengan de forma “natural”:

- Somos muy felices de la forma que estamos. Pero nos encantaría tener más. Pero de forma natural, no queremos ni *in vitro*, ni hormonas, ni nada, nos gusta que sea natural. Sí vienen, vienen, y si no, también estamos muy bien.
- ¿Cuántos hijos os gustaría tener?
- Los que vinieran. Los que vinieran. Y nos encantan los niños. Los dos somos profesores, nos encantan y... los que vinieran. Y vamos, por la edad que nos

serán concebidos en los procesos industrializados gracias a las nuevas técnicas de reproducción (Macionis y Plumer, 1999: 475).

casamos tampoco íbamos a tener diez o doce, pero... [*Risas*] Si hubieran venido, ¡ojala! Yo quería ser una madre gorda con mi delantal, de familia numerosa, sí. (Lucía, E15)

Además, en estos tratamientos reproductivos hay considerables fracasos, ya que se estima que tan sólo en torno al diez por cien de los intentos se ven culminados por el alumbramiento de un bebé (o de varios), si bien muchas veces su nacimiento es prematuro (Laboire, 2002: 264-265) y, de ser así, tendrá/n necesidades de cuidados más intensos durante sus primeros meses de vida, lo que a su vez, dificultará previsiblemente la participación de sus madres en el mercado laboral.

Las tecnologías de la reproducción humana, así como la adopción, introducen además fuertes perturbaciones en lo que se refiere a la definición de los vínculos de filiación así como la distinción entre biológico y simbólico y, especialmente, sobre qué significa y qué contenidos tiene la maternidad, además, permite distinguir entre madre genética, madre uterina y madre social (aquella que después de la adopción, educa al niño), de tal modo que se pueden definir diversos tipos de madres: “por tanto, la vieja certitud sobre la madre ha saltado en pedazos” (Collin y Laboire, 2002: 151).

Una forma de vida diferente

La sexualidad al margen del matrimonio en la tercera generación se acepta como una nueva normalidad entre las familias con talante más abierto, entre aquellos padres que entienden que sus hijos no van a pasar por las nupcias, lo que tal como afirma Marisa, es algo que les pasa a muchos jóvenes. Hay cierto grado de aceptación, incluso, de que hijos e hijas tengan relaciones sexuales en la casa familiar aún estando los padres en la misma vivienda, aunque estos prefieren hacer como que no saben lo que ocurre pues les cuesta aceptarlo, sobre todo cuando se trata de hijas:

- Al principio, te choca cuando, por ejemplo... Sobre todo, una niña. Cuando ya, que ya la ves haciendo, la ves mayor. Y dice: «Me voy el fin de semana con...». Entonces, lo que pasa es que luego dices: «Bueno, es que es así». Entonces ya ahora, al principio te cuesta, sobre todo la niña, fíjate. El niño no tanto, parece que... Pero la niña te choca un poquito. Y a Pablo más, a Pablo le costó más, con la niña, sí. No pero ahora ya... Tiene un novio, que es un chaval muy bueno. Y ya es normal. Luego hablas con unas, mis amigas, todas estamos igual. Pues digo: «Pues ya está. No te queda otro remedio». Y lo aceptas. Y te acostumbras. [...] Nosotros tenemos aquí, te dije, en Isla Antilla una casita. Y Mónica empezó... Claro, ¿qué pasa?, que nos íbamos nosotros. Pero, ellos no querían venir. Porque, sola no

quería venir, claro. Con Arturo era un corte. Y Pablo no quería. Pero todo fue empezar. Y luego, al final pensé: «Pues, mira, vale más que vengan los dos y estemos más juntos allí que no venga ninguno». Entonces ahora ya...

- ¿Pablo aceptó?
- Sí, sí, sí. Ya, luego,...
- ¿Fuiste tú la que mediaste ahí?
- Sí, porque o te quedas sin niños y te quedas tú solo. O, si te apetece que vengan, también para disfrutar. Y que luego lo pasas bien. Y entonces, pues, empezó quedando, quedando. Allí tengo tres plantas. Yo duermo arriba. Y ellos abajo que duerman como les da la gana. (Marisa, E23)

8.1.1.3. Placer, poder, violencia: otras visiones de la familia

Se ha señalado en el capítulo 1, *supra*, cómo, ya desde los años setenta, se pone en cuestión la idea de que la familia sea una unidad cooperativa, o que se base en intereses comunes y de apoyo mutuo. Se denuncia que, lejos de esa imagen de fábula, en el interior de las familias existen relaciones de poder desiguales, en las que unos individuos se benefician más que otros de los recursos existentes. Y, además, lejos de ser ese lugar mítico en que reina la armonía y la solidaridad, la familia es un escenario en el que, además de relaciones de poder y tiempo desiguales, también pueden darse la opresión y la violencia.

Ni me tocó siquiera

En la generación de las abuelas, el noviazgo se configura como una etapa central en la vida de las mujeres, en la que deben “elegir” al hombre adecuado, previsiblemente su único compañero sexual y padre de su futura descendencia, buen compañero y proveedor material de los recursos para toda la familia. Elección que, en principio, se lleva a cabo sin tener apenas experiencias sexuales previas con otras personas y, en buena parte de los casos, sin ni siquiera tener relaciones prematrimoniales con su futuro cónyuge.

- No como ahora las novias, a mí ni me tocó siquiera [...] Con dieciocho, un año estuvo, hablando. Hablar, nada más que hablar. Nada más se hablaba, porque yo no,... a mí no me tocó siquiera... [...] A los veintinueve años, se,... Nos casamos, se casó. Se casó él, y yo tenía veinticuatro. (María, E16)

Lo que requiere un matrimonio

Una de las consecuencias de este modelo de sexualidad femenina subordinada a las normas del recato, a una determinada concepción de la “decencia”, al matrimonio y sus deberes, es decir, una vinculación directa de la conducta sexual femenina con la reproducción, generalmente ordenada dentro de la institución matrimonial, es la ausencia, proclamada, callada, o insinuada, de placer, de goce sexual para las mujeres. Es posible establecer un vínculo entre esta falta de goce con un desplazamiento del propio autocuidado, lo que es más visible en la segunda o tercera generaciones estudiadas. Algunas abuelas, las procedentes de clases populares, lo denuncian con desparpajo; otras abuelas, de clases medias, lo sugieren, apenas, con vergüenza, con pudor. No obstante, todas esconden entre risas una queja consciente: por un cuerpo enajenado, al servicio del placer del otro, de un orden de poder sobre los cuerpos de las mujeres que legitima el “débito conyugal”⁵; por su propia ignorancia del derecho al goce, o por la imposibilidad de elegir. Uno de los deberes de la esposa en la generación de las abuelas era mantener relaciones sexuales con sus cónyuges, lo que algunas de ellas recuerdan como una de las actividades más ingratas de su vida familiar, si bien, como Josefina, no lo llegan a cuestionar.

- Bastante aguanté yo de casada, yo de...
- ¿Aguantó?
- Hombre, aguantar, lo que requiere un matrimonio, ¿no? ¿eres soltera?
- No
- ¿Eres casada?
- Sí.
- Ah, entonces ya sabes [*risas*] lo que requiere. Así que eso, esa es mi historia.[*zanjando el tema*] (Josefina, E19)

No he disfrutado ni antes ni después

Algunas abuelas se lamentan nostálgicas al saber que sus hijas o sus nietas han tenido la posibilidad de acceder a un tipo de experiencias y de vivencias de la propia sexualidad que a ellas les fueron ya para siempre negadas:

- No he disfrutado ni antes, ni después [*risas*]. Ni antes disfruté y, a última hora, tampoco.

⁵ María Jesús Miranda recuerda que la penalización de la violación dentro del matrimonio, la abolición del denominado “débito conyugal” por el que las mujeres deben someterse a los requerimientos sexuales de su marido, se produjo en 1989 (2007: 84). Hasta ese momento estaba permitido el abuso sexual dentro del matrimonio.

- ¿Por qué?
- Porque, no. Porque, yo, a mí se me retiró [*la menstruación*] con cuarenta y dos años. Y... siempre haciendo trampas.
- ¿Qué trampas hacía?
- Que, la trampa, que se quitaba antes de tiempo... [*risas*]
- ¿Y funcionaba?
- Funcionaba para él, yo no [*risas*]. Hay personas más duras que otras. Yo no, yo cuando eso, me quedaba a media miel. Pero que... [*Risas*] Y eso, es lo que... [*silencio*]
- ¿Es lo que había?
- Eso es lo que había. Y no más. Y yo te digo que no me acuerdo si le di un beso a mi marido. De eso no me acuerdo yo.
- ¿No se acuerda?
- No me acuerdo.
- ¿Ni de soltera, ni de casada ni nada...?
- ¡Uf!, no me acuerdo; en la boca, no. Yo no recuerdo,... Yo me parece, porque yo me acuerdo de todo. Y ahora, de esas cosas, de eso no me acuerdo.
- ¿No se acuerda?
- Yo sé que haciendo la faena, se... como los conejos, se caía para un lado. Y se acabó. Y yo no me enteraba de nada y él sí se enteraba. (María, E16)

Tragas lo que no te puedes imaginar

El beso en la boca representa la frontera de la dignidad, que para alguna de las entrevistadas es hasta dónde puede llegar el sometimiento corporal en la relación sexual, es decir, hasta donde llega el límite de un sistema sexual y del deseo que objetualiza a las mujeres. Por ejemplo, Elena, una de las madres entrevistadas describe cómo tras una infidelidad de su marido, que provocó una tremenda crisis en su relación de pareja, con un gran coste emocional para ella, durante un tiempo después de reconciliarse con su marido y, aunque afirma que “libremente” mantiene relaciones sexuales con él, es decir, se sitúa en un plano muy diferente a la situación de abuelas como Josefina, se siente incapaz de besarle y puede decir “no” en el marco del matrimonio. Sin embargo, en nombre del amor, como ella dice, “traga”:

- Mi vida íntima después de treinta y tantos de casada, la verdad, es que es un poco complicada. ¿Qué quieres que te diga? Miguel y yo hemos tenido un problema hace cinco ó seis años que a mí, todavía, al recordarlo me produce muchísima amargura. [...] Llegaba el viernes y eran las tres o las cuatro de la mañana y no

había llegado a casa, que una noche no viene a casa a dormir, que si esto, que vamos a la fiesta de tal. Yo veía cosas rarísimas con unas, con otras, y yo decía: «¡Ay, por dios!». Siguiéndolo, dejamos de salir con los amigos, yo por estar detrás de él. Por eso te digo que, el cariño... Si no te importa lo mandas a la mierda, pero, si te importa la persona con la que estás, pues, tragas. Porque tragas lo que no te puedes imaginar, mucho. Pero, lo quería y lo quiero. Y tragué. Hasta que un día me dijo que sí, que le gustaba otra. Entonces pues, cogí y le dije que se fuera, que hasta ahí podíamos llegar, que yo había estado intentando resistir, pero que hasta ahí podíamos llegar. Y entonces se fue. Se fue de casa. Y estuvimos separados un mes o cosa así. Pero, yo veía a mi hijo... Mi hija Julia estaba en EE.UU. Pero mi hijo, bueno, Miguelito se encerró en sí mismo. Y él dijo que él querría a su padre según me lo hiciera a mí. Y a mí aquello me llegó al alma. Y Tito era el intermediario. ¡Uf! Y, ¡aquello fue horroroso! Y decía: «Bueno, ¡por dios bendito!». Y entonces, le dije a Tito: «Dile a papá que esta es su casa. Y que si quiere venir a su casa, aquí está. Que no cuente conmigo para... Porque yo, ahora mismo, no estoy en situación de poder estar con él. Pero que se venga». Se vino. Yo dormía en el cuarto de mi hija y mi marido dormía arriba. Y poco a poco, pues, él venía todas las mañanas cuando se iba al trabajo, entraba al cuarto y me decía: «Adiós, me voy». Y poco a poco, poco a poco, porque por su parte también había cariño, hemos ido... Pero te dejas mucho, te dejas mucho ahí, ¿eh?, te dejas mucho. Y volver a tener una vida íntima con él... Yo me he tirado dos años que no le podía dar un beso en la boca, no podía. Era como si ahí perdiese yo. Podía echar un polvo, pero no podía darle un beso en la boca, y que no podía, pero... Y al final, pues, ya te das cuenta que sí, que es que hemos hecho tanto juntos, que dices tú: «Si es que lo quiero, si es que...». Yo muchas veces, digo: « ¡Dios mío! Mira ya aunque me venga uno bueno conocido». Pero no, lo quiero. Me quedo con lo malo conocido que lo bueno por conocer. (Elena, E29)

La gente no se aguanta tanto

El matrimonio ya no es para siempre. Las madres y las nietas piensan que se puede elegir continuar o no con una relación, en base precisamente al entendimiento mutuo en dicha relación, al modo como se negocian las diferencias entre ambos cónyuges o a los afectos que la atraviesan, tal como cuenta Mary, una de las madres entrevistadas: “Él [*marido de la entrevistada*] está de acuerdo en todo, por eso nos llevamos bien, si no, ¿vamos a aguantar tanto tiempo?” (E17). En este sentido, es de enorme relevancia la forma en que se da cuenta del supuesto deber de “aguantar”, y el significado que esto tiene, en sus relaciones de pareja, en las tres generaciones estudiadas: para las abuelas forma parte del *deber ser* de un determinado modelo de relaciones de género, jerárquico y de enorme desigualdad, que será cuestionado por las mujeres de las otras dos generaciones, por las madres y, sobre todo, por las nietas,

quienes consideran que hay un límite claro entre lo que se puede y lo que no se puede aceptar en una pareja; y es algo que se da en los diferentes estratos sociales. Hay una clara conciencia de que dicho límite se ha desplazado, tal como señala Mónica también el lazo del compromiso es más débil:

- Sin vivir juntos ni nada, va lento, va lento todo. Pero bueno. Yo creo que ya casi la gente no se aguanta tanto, ¿no? [*risas*] Que, antes aguantaban más, ¿no? (Mónica, E24).

8.1.2. Nuevas necesidades, nuevos problemas

En los albores del siglo XXI, la situación se ha transformado en relación con la segunda mitad del XX en que prevalece el modelo de familia nuclear, tanto en el imaginario social como en el diseño de las políticas o de los estudios sociológicos: en la actualidad se contemplan y se identifican múltiples formas y modelos de familias y de relaciones familiares, y en su diversidad son objeto de regulación y de intervención política. De hecho, la noción de familia es un terreno en disputa y de negociación entre los diferentes grupos políticos, precisamente de su contenido y definición derivan determinados derechos y servicios, o no, para diferentes tipos de organización familiar (véase, Capítulo. 1, *supra*). Esta multiplicidad de formas y de relaciones tiene sus consecuencias sobre las formas de organizar el cuidado de las personas en las familias.

8.1.2.1. Familias diversas y cambiantes

La gran diversidad de tipos de familias y hogares puede ser considerada como un rasgo de nuestra época. A lo largo de la historia, y en diferentes sociedades, ha habido diversos tipos familiares, pero, ahora, además, se están generalizando y multiplicando tanto las nuevas modalidades como aquellas que eran conocidas en otros momentos, consideradas “atípicas”, tal como afirma Rosalía (E12), es decir, fuera de la norma. De estas nuevas, y viejas, formas se da cuenta en las entrevistas en las que se habla tanto de la diversidad de modelos de familias como de las formas de convivencia, más allá del modelo de familia nuclear, así como del modo en que estas se transforman a lo largo del ciclo vital. Por ejemplo, se habla de: familias monoparentales, sea por soltería (v.gr. Blanca, E22), separación (v.gr. el hijo de Mercedes, E14), divorcio (v.gr. Andrea, E2; la hija de Fernanda, E10), viudedad (todas las abuelas entrevistadas); familias reconstituidas o rehechas, es decir, familias divorciadas cuyos padres / madres cohabitan o se vuelven a casar (v.gr. Andrea y Natalia; E2, E3, respectivamente); familias

transnacionales (v.gr. empleadas internas en el servicio doméstico de Felicidad y Encarna, E1 y E28, respectivamente); familias de adopción (v.gr. Manuela, E21, sopesa esa posibilidad, si el tiempo no le alcanza para tener más de un hijo biológico); familias que recurren a formas artificiales de procreación (v.gr. relato de las alternativas posibles a una maternidad tardía de Rosario, E12; Mercedes, E14, en relación con Lucía, una de sus hijas), familias nucleares no corresidentes (v.gr. Felicidad, E1), entre otras.

Hay una gran diversidad de formas de convivencia de las que hablan las entrevistadas: entre no familiares, como ocurre con las abuelas que viven en sus propias casas con trabajadoras internas que se encargan de sus cuidados, en los dos casos descritos son mujeres inmigrantes (v.gr. Felicidad y Encarna; entrevistadas E1 y E28, respectivamente); parejas cohabitantes (v.gr. Nietas de Encarna y de Blanca, entrevistadas E28 y E22, respectivamente); convivencia de dos generaciones adultas (Antonia, E10, vive con dos de sus nietas; Juani, E26, vive con su marido, una de sus hijas y su madre, Consolación, E25; Josefa, E19, vive con su hija Isabel, E20, y el marido de esta) o de tres generaciones adultas en una misma vivienda (v.gr. Tríada 3 y 8). Hay hijos e hijas adultos, que conviven o han convivido con sus padres, por tener dificultades para emanciparse (v.gr. Rosario, Ana o Ruth; entrevistadas E12, E9 y E18, respectivamente), de forma provisional hasta que se concrete en proyecto de convivencia en pareja o de emancipación (v.gr. Alicia, Mónica o Julia; entrevistadas E6, E24 y E30, respectivamente), tras una separación (v.gr. Hijo de Mercedes, entrevistada E14), o un embarazo no planificado (v.gr. Blanca, Antonia, o Mary, entrevistadas E22, E13 y E17, respectivamente), abuelos e hijos que han vivido en casas de hijos o de padres y suegros de forma rotativa (los denominados “abuelos golondrina”), o por alguna circunstancia especial durante una temporada (Encarna, E28).

Desde entonces vive aquí

Tal como describen las abuelas entrevistadas, la diversidad de modelos de familias y de formas de convivencia, sobre todo entre las clases populares, en las primeras décadas del siglo XX era mayor de lo que se supone habitualmente. Además, dichos modelos se transforman a lo largo del ciclo vital, tal como se deduce de los relatos que siguen. Las abuelas entrevistadas dan cuenta de haber experimentado diferentes modalidades de convivencia debido a cuestiones laborales, familiares, razones de salud, económicas o de otro tipo. Felicidad (E1), relata cómo durante varios años, por motivos laborales, su unidad familiar tiene su fijada su residencia en dos localidades

diferentes, aun teniendo dos hijos pequeños, uno de ellos lactante. Ello la permite mantener su empleo y cuidar de sus hijos con la ayuda de su marido, redes familiares y servicio doméstico. Finalmente, se instalan todos en Sevilla. Una vez sus hijos adultos se emancipan reside con su marido hasta la muerte de este; desde ese momento y por espacio de varios años vive sola, hasta que por sus necesidades de cuidado termina contratando a una empleada que reside con ella. Otras dos abuelas entrevistadas, procedentes de sectores muy humildes, cuentan cómo tuvieron varias modalidades de convivencia tras ser madres solteras. Blanca tuvo dos hijos sin llegar a casarse y nunca vivió con el padre de sus criaturas. De hecho, reside, a lo largo de su vida, con sus padres y sus hijas, primero, pues su madre la había “reservado” para sí, la había destinado a ser su cuidadora en la vejez y, efectivamente, Blanca cuidó de ella hasta su muerte; después con su hija adulta, el cónyuge y los descendientes de ésta:

- Yo viví con mis padres.
- ¿Siempre?
- Siempre.
- ¿Marisa también es hija del mismo padre?
- Sí.
- ¿Cómo se veía en aquella época que tuviera usted hijos sin haber estado casada?
- Ah, eso era corriente allí. [Procede de un pueblo de Galicia].
- ¿Era corriente allí?
- Sí, era corriente de tener. Yo tuve dos hijos. (Blanca, E22)

- Yo me vine aquí embarazada de siete meses. Y entonces, se vino conmigo, ya tuve al niño. Y, entonces, ya se quedó conmigo.
- ¿Desde entonces vive aquí?
- Desde entonces vive aquí. (Marisa, E23)

Blanca y su hija Marisa, reflexionan sobre las nuevas costumbres de los jóvenes, que prefieren la cohabitación al matrimonio. Y señalan que los hijos se emancipan sin casarse o formar pareja, tal como está planeando hacer Mónica, que ha comprado un piso en el mismo barrio y donde tiene previsto irse a vivir sola. En estas tres generaciones tiene lugar un gran cambio en el estilo de vida y los modos de convivencia. Tanto Blanca como su hija Marisa tienen claro que sus nietos e hijos, respectivamente, no tienen intención de casarse, cohabitan o tienen previsto cohabitar:

- Ya no se casan, ya se juntan. (Blanca, E22)

- Mis hijos no se van a casar ninguno, se van a ir a vivir con sus parejas, y yo lo veo muy bien. (Marisa, E23)

De temporada en temporada

Fernanda fue acogida en casa de su suegra cuando pensaba, equivocada, que estaba embarazada y ante la reacción de su padre, que se enfadó mucho con ella. Una vez se da cuenta que no hay tal embarazo, continúa haciendo vida marital en casa de su suegra y tiene tres hijos antes de casarse con el padre de estos. Por temporadas, reside con sus hijos en casa de su madre y en casa de su suegra hasta que logra tener una vivienda donde instalarse con su marido y sus niños.

- Unas veces me iba con mi suegra, otras veces me iba con mi madre, vamos. Y, ahí estábamos así un tiempo, de temporada en temporada. (Fernanda, E10)

Una vez sus hijos se emancipan y ella queda viuda, vive durante varios años por periodos sucesivos en casa de sus hijos hasta que, finalmente, tiene necesidad de una residencia adaptada y se instala en casa de su nieta:

- Yo vivo con, con mis nietas [...] La casa es de la niña, de una de las nietas, de la pequeña, es la casa, que la compró en su momento para que me viniera yo. Para que viniera yo con ella. [...] He vivido con mis hijos por temporadas, he ido en casa de ellos y he estado un tiempo con ellos. Ahora es cuando no voy a ningún lado. Ahora el que quiera venir, que venga aquí. (Fernanda, E10)

Ha vivido con nosotros siempre

Carmina cuenta cómo al casarse se llevó a vivir con ella a su madre enferma y a sus dos hermanos más jóvenes hasta que estos se casaron y se fueron a vivir por su cuenta. Y, señala cómo desde entonces, su madre ha vivido siempre con ellos:

- Él sabía que yo tenía que cuidarlos. Y que yo tenía que estar pendiente de ella y eso. Pues hija, él no podía decir nada. Ha sido un poco difícil, porque yo, de decir... Porque claro, tú te metes en una casa, una persona joven se mete con una persona mayor, con otras ideas, con otra forma de pensar... En fin, ha sido un poco difícil, pero, vamos. Ha vivido con nosotros siempre, ya nos hemos acostumbrado. (Carmina, E8)

Cinco años en casa de mi madre

Mary (E17) cuenta cómo a raíz de un embarazo adolescente se casó y vivió con su marido e hija en la casa de su madre durante cinco años hasta que reúne recursos suficientes para instalarse con ellos en una vivienda independiente:

- Yo sabía lo que hacía. Pero, que tampoco sabía que me iba, que me iba quedar embarazada. Y luego, pues yo era una persona responsable, decía: «Bueno, pues si yo... Me ha pasado esto, me hago cargo». Y yo no quería ni que me ayudara mi madre, yo me metí cinco años en casa de mi madre hasta que junté para comprar un piso. [...] Nos casamos y nos metimos allí. Cinco años para... Mientras que juntamos para un piso y... para este piso, vamos. (Mary, E17)

Lo que se ve normalmente como modelo de casa

Considera, Rosario que el modo como pululan por su casa los miembros de su red familiar lo convierte en un hogar atípico si se pone en relación con otros que conoce, que parecen responder mejor al modelo de familia nuclear que parece tener un carácter normativo o, cuanto menos, un fuerte peso ideológico.

- Muchas veces, las circunstancias que hay aquí ¡Tanta gente! ¡Todo el día! Aquí no hay mucha intimidad. Me agobia, porque me llega a agobiar. [...] Yo miro a mi alrededor y veo que todas las casas no son como la mía, que no es como en mi casa. Llego a las casas de la gente y no es como la mía.
- ¿Te parece que tu casa es una casa...?
- Atípica.
- ¿Sí?
- Algo, sí. Es... No es normal, ¿sabes? Porque, no lo es [*risas*]. Porque es que no lo es. Porque, es que yo pregunto. Y yo pregunto. Y yo veo a mis amigas, a lo mejor... Y a mis compañeras de, de la facultad, o de las, de las oposiciones. Y tienen unas casas normales, en las que yo qué sé qué, sus cosas. Y yo me siento. Y yo esto, y yo lo otro. Y normal, lo normal. O lo que se ve normal. Pero esto no es lo que se ve normalmente como modelo de casa, no. Porque no lo es [*risas*]. Y tú ya lo verás cuando vengan los leones, que vendrán chillando. (Rosario, E12)

Con estos relatos se puede vislumbrar hasta qué punto el modelo de familia nuclear corresidente está lejos de ser el único modelo para la primera generación, pero también para la segunda y la tercera generaciones estudiadas.

8.1.2.2. Familias más frágiles

Parece haber cierto consenso en torno a que en la modernidad tardía las familias son más frágiles y sus relaciones más fluidas que en otros momentos de la historia. En tiempos premodernos, las guerras, las enfermedades o los accidentes hacían que las familias reconstruidas fueran más frecuentes de lo que se suponía, pero también la idea de la indisolubilidad del matrimonio tenía un fuerte peso, sea por asegurar la legitimidad de la descendencia sea por organizar de una forma pautada y estable la transmisión del patrimonio. El proceso de individualización que conlleva la modernidad, el auge del modelo del matrimonio por amor y la existencia del divorcio han modificado esta certeza de que un enlace es para toda la vida. Con los cambios que tienen lugar en las familias, se desarrolla una mayor conciencia de la fragilidad de las relaciones conyugales. La posibilidad de la disolución del matrimonio entra en escena, lo que es interpretado en términos de riesgo, sea para sus hijos e hijas, sea para sus nietas y nietos. De tal modo que, si bien para la generación de las abuelas el matrimonio constituía un compromiso para toda la vida y la separación era una excepción, ahora aparece incluso en el horizonte de aquellas familias más tradicionales y, aparentemente, más consolidadas, como un riesgo intrínseco del propio vínculo matrimonial, aunque continúe sin ser visto con buenos ojos. Efectivamente, se acepta que las relaciones íntimas en las sociedades modernas se pueden disolver en cualquier momento, tal como apuntó Giddens (1995). De hecho, en las últimas décadas el número de separaciones y divorcios ha seguido una senda ascendente, si bien descendió levemente entre los años 2007 y 2009 lo que viene siendo atribuido a la crisis económica que se desencadenó en estos años⁶.

Siendo parte de una tríada tradicional (las entrevistadas de las tres generaciones tienen como actividad principal el cuidado del hogar y de sus miembros), y conservadora en sus ideas (lee habitualmente el diario *ABC*, es católica practicante), Mercedes, considera que la opción de su hija por la maternidad intensiva, renunciando a su empleo y a la continuidad de su carrera profesional para dedicarse en exclusiva al cuidado de su familia, es muy arriesgada. “Dejó el trabajo para cuidar de su casa. A mí costó mucho trabajo asumirlo” (E14). De hecho, pone en relación esta decisión de su hija con la separación reciente de su otro hijo. La decisión de Lucía (E15) preocupa mucho a

⁶ En España, en 2006 se registró el número más elevado de separaciones y divorcios de la última década, en total se produjeron 18.793 separaciones y 126.952 divorcios. Tras este año, entre 2007 y 2009, tuvo lugar un considerable descenso que ha sido atribuido al impacto de la crisis económica, en tanto que la tendencia vuelve a remontar para 2010 y 2011 (INE, 2013).

Mercedes, le provoca una gran incertidumbre; pero, el que su hijo haya tomado la decisión de separarse le causa, además, vergüenza y sufrimiento:

- Yo sufro mucho con la... Verás tú, lo voy a decir clarísimamente: tengo un hijo separado [*Con tono de confidencia*]⁷. [...] Lo que pasa es que no quiero ni hablar del tema. Y ahora puedo hablar. Pero yo he llorado tanto, ¡he llorado tanto! [...] Tiene dos niñas. Hace un año que se separó. Y está aquí. Está viviendo aquí.
- ¿Ahora vive con usted?
- Sí. Entonces, ocurre una cosa. Un hijo separado, yo pienso que esto es una marca para toda la vida. Después, él tiene dos niñas. Yo no sé cómo les iba a ir a las niñas, porque los niños son los que pagan el pato de muchas cosas. Pero lo están llevando estupendamente. Y después, que he perdido una nuera. (Mercedes, E14)

8.1.2.3. Familias más largas

La estructura demográfica envejece. Tal como ha teorizado Bengtson (2001), las familias son cada vez más largas y más estrechas; “familia espárrago” las denomina, con lo que se refiere al hecho de que coexisten un mayor número de generaciones, a la par que hay menos hijos, nietos y sobrinos en las familias. En este nuevo marco, tal como se señaló en el capítulo 1, *supra*, la cuestión de la continuidad entre generaciones es central, y más en una coyuntura en la que las parejas son cada vez más inestables. Esta transformación tiene lugar en un contexto en el que la esperanza de vida se incrementa progresivamente (siendo mayor para las mujeres que para los hombres), de tal modo que cada vez es más habitual que tres o cuatro generaciones coincidan en el tiempo (Tobío, 2013). De hecho, en varias de las tríadas estudiadas (las número 1, 5, 9 y 10) coexisten cuatro generaciones: en la tríada número uno (v.gr. Felicidad, Andrea y Natalia; entrevistas E1, E2 y E3, respectivamente), en la tríada número cinco (v.gr. Antonia, Mercedes y Lucía; entrevistas E13, E14 y E15, respectivamente), en la tríada número nueve (v.gr. Consolación, Juani y Juana; entrevistas E25, E26 y E27, respectivamente) y

⁷ La entrevistada, en principio, no pretendía hablar de este hijo separado, hasta el punto que solo en la recta final de la entrevista la doctoranda supo que el hijo convivía con ella. Cuando al inicio de la entrevista se le preguntó con quién residía ocultó este dato, pues es una situación que le provoca mucha vergüenza, tal como comentó tras apagarse las grabadoras y seguir la conversación con la doctoranda al calor de un café. Se trata de una relación que Mercedes había considerado siempre como un “matrimonio ideal” y no logra comprender los motivos que empujaron a su hijo a tomar tal decisión y dar el paso de separarse. Esta situación le produce sufrimiento pues lo interpreta como un síntoma de que su mundo ordenado, en cierto modo, se desmorona. (Notas del cuaderno de campo).

en la tríada número diez (v.gr. Encarna, Elena y Julia; entrevistas E28, E29 y E30, respectivamente).

Algunas abuelas entrevistadas dan cuenta, además, de lo activo que está el vínculo con sus nietos y biznietos. Aún cuando no residan en la misma ciudad o en el mismo barrio, las tecnologías de la comunicación y los sistemas de transporte generalizados en el siglo XX facilitan un contacto que les permite mantener información de las actividades de cuidados y de mantenimiento de la vida cotidiana.

- Mira, ahora he tenido yo una biznieta, que ella [*la madre*] tiene leche para dar y regalar, vaya. Se tiene que quitar la leche a vasos, porque se le sale... Y ahora, ya le ha quitado el pecho a la niña. Eso no está bien, porque ahora le da la leche de otros, le cuesta el dinero, has de trabajar para tenerlo... Pero eso está perdido ahora. (Antonia, E13)

E, incluso, actúan como potenciales redes que se activan cuando es necesario, como ocurre con Encarna, abuela que debe privarse de los servicios de su empleada doméstica interna durante un mes para que ésta, inmigrante procedente de Bolivia, pueda viajar a su país de origen y gestionar los papeles que le permitan regularizar su situación laboral en España. Encarna “aprovecha” esta ausencia para estar con una de sus hijas una temporada y visitar a otra hija que vive en otra ciudad andaluza y, así, pasar un tiempo con su biznieto: “Me voy con Elena. Y después, me iré con Amelia otro poquillo de tiempo para estar con mi biznieto unos días, hasta que venga Eva de Bolivia”. (Encarna, E28)

Frente a la situación de dependencia del cuidado de otra persona que viven las abuelas más mayores, las abuelas más jóvenes, como Concha o Andrea, desempeñan un importante papel ayudando a sus hijas en el cuidado de su descendencia. Estos datos sugieren que ha tenido lugar un cambio cualitativo, pues mientras casi la mitad de las abuelas entrevistadas son bisabuelas, es decir, viven cuatro generaciones, otras relatan que sus hijos no llegaron a conocer a sus abuelas, es decir, tan solo vivieron a la vez dos generaciones. Cuenta Concha que cuando nació su primera hija, su madre tenía 46 años, su abuela ya no vivía, y su padre acababa de morir, sin llegar a conocer a su primer nieto. Las abuelas más jóvenes han visto como sus madres y abuelas tuvieron una vida más corta (conviven dos o tres generaciones como máximo), a la par que las más mayores están viendo coexistir a cuatro generaciones.

8.1.2.4. Familias con más necesidades de cuidado

Si bien es cierto que hay menos criaturas a las que cuidar (menos hijos y más tardíos) que en otros momentos de nuestra historia (Miranda, 2006), también lo es que la presión para el cuidado de las personas mayores se incrementa con el envejecimiento de la población, sobre todo con el denominado *envejecimiento dentro del envejecimiento*, es decir, el crecimiento del número de personas mayores de ochenta años, que engloba a las más necesitadas de cuidado. Un grupo de población que cuenta con una proporción creciente de mujeres; un fenómeno que se ha denominado *feminización del envejecimiento*, y que hace referencia a las diferencias, favorables al sexo femenino, en lo que se refiere a la esperanza de vida⁸. Y, se ha incrementado en años posteriores esperándose un incremento considerable para las próximas décadas, por encima de los 87 años para las mujeres y de los 83 para los varones (INE, 2012). Sin embargo, como se indicaba en el capítulo 4, *supra*, esta mayor esperanza de vida para las mujeres, unos seis años de media más que los hombres, no significa que se envejezca en buenas condiciones de salud⁹. Y, por tanto, es posible que continúe aumentando de forma exponencial la demanda de cuidado de una población cada vez más envejecida (Durán, 2012).

Efectivamente, la mayor parte de las abuelas entrevistadas tenían necesidades de cuidado en su vida cotidiana, sobre todo las mayores de ochenta años: Felicidad (E1), Fernanda (E10), Antonia (E13), Blanca (E22) o Encarnación (E28). Las abuelas más mayores necesitaban cuidado cada día, desde el acompañamiento, como es el caso de Encarnación, a una asistencia para casi todas las actividades de la vida diaria, como ocurre con Felicidad y Fernanda, que no pueden caminar y solo se pueden desplazar en silla de ruedas o con la ayuda de una tercera persona, o Blanca y Antonia, que, si bien pueden caminar, tienen dificultades para hacerlo sin ayuda o para realizar su aseo cotidiano.

- Hay días que estoy yo muy bien. Pero hay otros días, como hoy... Hoy es que no me puedo mover, ni ir al váter.
- Cuando quiere ir al váter, ¿qué hace?...

⁸ Para las mujeres españolas, la esperanza de vida al nacer se sitúa en los 83,48 años y, para los hombres, en 76,96 años, según los datos proporcionados por el INE para 2009 (INE, 2009).

⁹ Según los datos de la EDAD, 2008, para el grupo de entre 65 y 79 años se produce un importante aumento de la tasa de dependencia, que se sitúa por encima del 25% en el caso de las mujeres; y esta cifra se duplica para los mayores de ochenta años (EDAD, 2008).

- Cuando eso, me lleva ella.
- ¿La lleva ella?
- Cuando no está ella, llevo el pañal. Y cuando viene ella me lo quita [...] Mi hija llega por la mañana. Y ella es la que... Vamos, ella está al cargo de todo. Estoy con mis nietas, pero la que está encargada es mi hija. Porque, las niñas están trabajando. Están todo el día ahí, están todo el día ahí, por el día están trabajando. Ella trabaja por la noche. Pero de día está, de día está aquí conmigo. [...] Ella me levanta a mí, desayuna, me levanta. Y ya se acuesta, se acuesta ella un poquito, un rato hasta las tres o las cuatro de la tarde. Ya me quedo aquí. Y ya hasta que se levanta ella. (Fernanda, E10)

Las abuelas octogenarias y nonagenarias, que antes eran una excepción, interrogan a la sociedad en su conjunto y, en especial, a sus familias, sobre el modo como se va a dar respuesta a sus necesidades de asistencia, de cuidado. Ellas han cuidado de los suyos, mayores, pequeños, coetáneos..., todos los miembros de la familia que han necesitado cuidado, o bien se han ocupado de que recibieran las atenciones que estos necesitaban. Pero, el sistema que aseguraba el cuidado de los más vulnerables y dependientes está cambiando y, en buena medida, empujado por los cambios demográficos y sociales descritos, esto genera enormes problemas para sus familias, especialmente en el caso de las de clases populares, que cuentan con menos recursos económicos para poder buscar sus respuestas en el mercado y, que por tanto, dependen de las respuestas públicas y de cómo se organicen sus redes familiares combinando unos y otros recursos para cuidar de los suyos.

8.2. Ampliando el espectro de la provisión de cuidado

El interés de la sociología por las relaciones intergeneracionales más allá de la convivencia se desarrolla, en buena medida, como reacción a la tesis que mantuvo Parsons acerca del supuesto aislamiento de la familia moderna, tal como se señaló, en el Capítulo 1, *supra*. Los estudios que pretenden confrontar esta tesis ponen de relieve la intensidad de los contactos e intercambios que mantienen entre sí los miembros de la familia, convivan o no. La noción de redes familiares permite subsanar en gran medida las carencias teóricas y empíricas del concepto de familia nuclear, pero también de la visión del hogar como único espacio de análisis de las familias y de sus relaciones e intercambios. De hecho, se pone de manifiesto que el concepto “hogar” conduce a una visión sesgada de la complejidad de la vida familiar que no permite integrar tres dimensiones de la realidad social en su análisis: la temporal, ya que los hogares representan un estado momentáneo en el discurrir de trayectorias familiares que

progresivamente se diversifican y van cambiando su morfología, como se ha señalado más arriba y se ha ilustrado con los relatos de algunas entrevistadas (v.gr. tríadas 5 y 10); la complejidad de las solidaridades familiares, y la variedad de intercambios intergeneracionales, que cada vez tienen más importancia para los individuos, sobre todo los más frágiles, y para la sociedad en su conjunto; y, el género, que es clave para entender las tensiones y los cambios que atraviesan las relaciones familiares.

En el estudio de los cuidados, efectivamente, poco se sabría de lo que ocurre en el interior de las familias para dar cobertura a las necesidades de cuidado de sus miembros, si solo se tuviera en perspectiva el hogar, es decir, si no se tuvieran en cuenta las relaciones que se mantienen más allá de dicho entorno obviando lo que ocurre en la red familiar y cómo dichas relaciones interactúan con otros ámbitos de la vida social (mercado, políticas...). La *Encuesta Redes Familiares en Andalucía* (ERF), al tomar como base el individuo, y no el hogar o la unidad familiar, permite dar cuenta de la intensidad de los intercambios que tienen lugar en su seno así como de la centralidad que estas presentan para asegurar los cuidados a sus miembros más necesitados (Fernández Córdón y Tobío 2007: 25-27). Todo individuo se inserta de alguna manera en redes de intercambios familiares complejas que, a su vez, pueden ser modificadas y modeladas por las políticas públicas; y, aún cuando no se quiera implicar en ellas o aspirar a mantenerlas, son las redes que han hecho posible que sea un ciudadano adulto autónomo.

La ampliación del campo de la familia desde el núcleo del hogar a la red familiar, permite dar visibilidad a las relaciones de solidaridad y de reciprocidad entre mujeres, especialmente entre mujeres de diferentes generaciones, si bien estas relaciones de intercambio también se dan entre otras mujeres de la red familiar (primas, tías, sobrinas, etc.) y en ellas participan también los hombres, y, pese a que hasta el momento no han tenido un gran protagonismo, empiezan a detectarse indicios de cambio en la tercera generación.

8.2.1. La importancia de la proximidad

Los estudios realizados desde la perspectiva de las redes familiares han señalado que la proximidad relativiza los miembros de la familia, sea geográfica o sea afectiva, es fundamental para vincularlos y desarrollar la capacidad de movilizarlos en caso de necesidad (Fernández Córdón y Tobío, 2007; Bott, 1990). La proximidad en la residencia permite construir vías para mantener estrecho el vínculo.

Cerquita de mi madre

Esta conciencia se trasluce en los discursos de las entrevistadas, que saben de la fuerza y de la potencialidad que encierran estos vínculos, y se esfuerzan por desplegar estrategias que les permitan vivir más cerca de aquellos familiares con los que mantienen o pretenden mantener una relación estrecha.

- Yo quiero separarme, independizarme de aquí, de mi casa, pero cerquita de mi madre, como casi todo el mundo [*risas*]. ¿No? Todo el mundo quiere lo mismo. Yo quiero a mi madre tenerla cerca, ¿sabes? Que eso es normal, es mi familia. Aunque yo quiera tener mi casa. (Rosario, E12)

En algunas tríadas se da la circunstancia de que conviven las tres generaciones en una misma vivienda (v.gr. tríada 3 y 8), en un mismo edificio (v.gr. tríada 7), o en un mismo barrio (v.gr. tríadas: 5 y 10). El resto de las entrevistadas residen todas en la provincia de Sevilla y, por tanto, la tríada completa vive bien en el mismo municipio (v.gr. tríadas: 2, 6 y 9), bien en la misma ciudad (v.gr. tríadas: 1 y 4).

Esta cercanía en el lugar de residencia no es casual, es fruto, generalmente, de una estrategia residencial (Tobío, 2005) con la que se persigue además de compañía y afecto poder contar con la familia más cercana cuando sea necesario. Para mantener esta red es fundamental el esfuerzo que despliegan las mujeres en su día a día pero también en su planificación y en las decisiones estratégicas que toman en momentos clave de sus vidas. De ello dan cuenta las entrevistadas más jóvenes que buscan o han buscado esta proximidad pensando en su futura maternidad o en la enfermedad o decrepitud de sus mayores. Así lo relatan algunas nietas, como Alicia, Ana, Mónica, Juana o Julia, entrevistas E6, E9, E24, E27 o E30, respectivamente; madres, como Juani (E26) y Andrea (E2); y, abuelas, como Felicidad (E1) o Consolación (E25). Además del apoyo para la crianza presente o futura de la descendencia, se busca la proximidad por si acaso un familiar enferma o tiene necesidad de ayuda.

¿Por qué no os venís?

Andrea cuenta cómo la vecindad con su madre, quien vive en el mismo complejo residencial que ella, gracias a la propuesta que hizo años atrás, precisamente cuando su padre empezó a necesitar una vivienda adaptada, y antes de que Felicidad entrara en una situación de grave dependencia, es ahora fundamental para que ella pueda supervisar su cuidado. Esta previsión ha sido fundamental, tal como argumenta Andrea, pues Felicidad

no puede caminar, necesita ayuda para comer, para ir al baño, para asearse, acostarse y levantarse, y otros muchos cuidados cotidianos. Andrea puede estar pendiente del modo en que su madre es cuidada gracias a que vive muy cerca.

- Mis padres tenían un chalet. El chalet grande donde iban mis niñas y donde lo pasaban tan bien. Pero cuando mi padre estuvo muy mal... Que, la casa, escaleras para arriba, el cuarto de baño arriba y lo otro. Y entonces, yo dije: «Mira, se vende un piso aquí en H. [*residencial del centro de Sevilla*] ¿Por qué no os venís?». Mi padre insistió que no, porque tenía un jardincito detrás, tenía tomates y tenía de todo y árboles frutales. Pero se dio cuenta de... Y se vinieron. Y mi padre solo estuvo viviendo aquí cuatro o cinco meses, porque se murió. Un infarto y fue ya. No sufrió más. Porque ya había sufrido antes el hospital varias veces. Pero ya... Y claro, muy bien porque se quedó mi madre ahí. Si llega a estar en el chalet, ahora hacerle el traslado, yo qué sé... (Andrea, E2)

Estamos muy unidos

También Alicia relata cómo la decisión de instalarse a vivir en su pueblo, cerca de su familia ha sido muy meditada y para tomarla ha sopesado diversas cuestiones, entre las que se encuentra el valor que tiene para ella su carrera profesional, el precio de la vivienda y la cercanía física de su red familiar. De hecho, para dar este paso ha tenido que renunciar a dar continuidad a una trayectoria profesional exitosa en otra ciudad. A fin de cuentas, considera que la maternidad tendría este coste de un modo u otro, pues sin redes familiares que apoyen en el cuidado de su descendencia, en el futuro, le resultaría muy difícil mantener su puesto de trabajo, al igual que le ha ocurrido a su prima:

- Para eso, precisamente, nos hemos venido. Porque, si yo... Por ejemplo, en Zaragoza, yo no me hubiera planteado tener nunca un niño porque allí tendría que dejar de trabajar yo. Porque claro que sí, que puede ser que durante un embarazo te dejen parar o que te puedas, yo qué sé, dedicar al niño seis meses o un año como mucho, ¿no? Pero, después, tú tienes que seguir trabajando en tus cosas. Y en Zaragoza, en Málaga, o donde sea, yo no tengo a nadie. ¿Qué hago? ¿Dónde lo dejo? No es plan de dejarlo siempre en la guardería desde tan chicos porque también necesitan a su madre, necesitan a... ¿Sabes? Igual que a su padre, pero... Eso sigue siendo más fuerte que no veas. Entonces, sí, nos venimos para acá. Aquí, ya, está mi madre, están mis tías, están ¿sabes? Entonces, siempre, pues: «Oyes, ¿te puedes quedar con mis niños?» A lo mejor, mi madre es la primera que se queda con los niños de toda la familia. Es más que nada eso. Porque, después, tengo a mi prima fuera, tiene una... Lo tuvo con veinte años. Y con veintiuno ella, ella sigue sin trabajar. Ella tiene ahora veintidós, sigue sin trabajar. ¿Por qué? Porque no ha

tenido a su familia. Es de Jaén y ella está en Zaragoza. Entonces, ¿qué hace? Pues cuidarlo ella. Y ya lo meterá en una guardería cuando pueda, así que...

- ¿Habéis venido a X [*municipio próximo a Sevilla*] pensando en...?
- En un futuro. Claro, tener niños. O, bueno, también, estás fuera y le pasa algo a alguien de tu familia y también te preocupas, son muchos kilómetros para venir para acá. (Alicia, E6)

Alicia destaca la importancia que para ella tienen las relaciones cotidianas, los momentos del día a día, así como las fiestas, celebraciones y otros momentos “especiales” compartidos con los miembros de su familia. Pero, para poder hacerlo es necesario vivir no muy lejos unos de otros. Remarca el valor que estos encuentros tienen para ella, para su bienestar:

- Es complicado, la verdad. Tus tradiciones, Semana Santa, las fiestas más... El treinta y uno [*de diciembre*]. Este año lo pasé aquí, el otro lo pasé fuera [*gesto y tono de fastidio*] Entonces, hay cosas que...
- ¿Te dio mucha rabia?
- Sí, porque allí las dos solas comiendo las uvas no tiene emoción. Como aquí que estoy juntada con mucha gente, comiendo uvas, no sé qué...
- ¿Con la familia?
- Claro, el otro corriendo. El otro: «¡Ah! ¿Qué nos haces?». Es que mucho mejor que dos solas allí comiendo uvas. Después, sales con los amigos, y todo. Y te lo pasas bien, igual que aquí. Pero, no es lo mismo comer con toda la familia que te hartas de reír que las dos solas allí mirando el tele [*risas*], como las viejas. Y todo ahí... Es que no, no tiene sentido. [...] Si me establezco en un sitio tiene que ser cerca de un familiar, sobre todo si tienen que ayudarte para algo... Lo primero, es que Zaragoza está a 900 kilómetros, ¿sabes? Es mucha tela. Y si no Málaga, o cerquita. Pero Málaga es muy cara. Así que ya, empezamos a mirar más cerca y X [*pueblo de Sevilla*] es lo más barato que hemos encontrado, ha sido por aquí. (Alicia, E6)

Su abuela, Concha, también evoca con placer la alegría que le proporciona juntarse con sus hermanos y sus descendientes todas las semanas y argumenta que es posible mantener esta relación tan viva porque residen todos cerca:

- Es una alegría, ¿eh? [*han sido doce hermanos, ahora son diez los que viven*]
- Sí.
- Pues sí, nosotros los domingos nos juntamos todos los hermanos. Hasta uno que tengo en Sevilla viene los domingos a...
- ¿Se siguen juntando?

- Sí, sí, a tomar café. Todos los domingos, nos juntamos todos los hermanos. Y en verano vienen también los sábados y vamos a cenar. O sea que... que estamos muy unidos.
- ¿Están muy unidos?
- Sí, estamos por aquí también. Y de Sevilla a X [*pueblo cercano a Sevilla*] está rápido, en veinte minutos. (Concha, E4)

Es muy importante la red de apoyo

Destaca Ana, otra de las nietas entrevistadas, también de clase baja, que está comprando una vivienda en el mismo pueblo donde vive con su madre y su abuela, que estas redes son muy importantes. Además de estas redes familiares más activas en sus relaciones cotidianas hay una reserva de vínculos potenciales que puede, en cualquier momento, ser movilizada y dar lugar a intercambios, y que pueden ir más allá de la propia familia.

- Es muy importante la red de apoyo social, de los otros familiares, de tíos, de primos, de hijos de amigos, de amigos, de conocidos, yo creo que eso es muy importante. (Ana, E9)

Efectivamente, los vínculos de parentesco más lejanos o más laxos se pueden reactivar si el interés del grupo familiar o de alguno de sus miembros se impone, por ejemplo, cuando nace un hijo o alguien de la familia se pone enfermo y tiene necesidad de cuidados. En previsión de ello, se diseñan las estrategias, muchas de ellas residenciales para que esta actividad se pueda dar. Se llame red familiar ampliada (Fernández Cordon y Tobío, 2007) o parentesco efectivo (Bott, 1990), se describe como una estructura viva y flexible que reacciona con rapidez a las necesidades de sus miembros cuando existe una relación fluida y las entrevistadas le dan un gran valor y se esfuerzan por mantenerla activa.

8.2.2. Intercambios dentro de la red familiar

En los discursos de las entrevistadas se da cuenta de una gran intensidad de intercambios, en los que tienen un papel central los cuidados, que se expresan con la lógica del *don-contra-don*, es decir, se crean obligaciones en el tiempo: bajo la fórmula “cuido porque me han cuidado” o bien “cuido porque me van a cuidar”.

Lo mismo en momentos de dolor que de alegría

Así lo narra Juani, una de las madres entrevistadas, que atendió durante más de cuatro años a una tía suya que estuvo postrada en la cama por enfermedad, hasta su muerte; refiere como esta tía ha sido un apoyo constante a lo largo de su vida y como ha compartido con ella los momentos más importantes de la biografía familiar:

- Nos hemos criado juntas y ha sido muy buena con nosotros. Mi marido decía... Cuando se murió mi tía, dice: «Hay que ver». ¡Qué gracia! Me decía mi marido cuando se murió mi tía. Dice que yo cuando me puse yo de parto... Cuando me ponía yo de parto llamaba, yo, a mi madre. Y cuando eso, digo: «Nos vamos ya para Sevilla que estoy para parir». Y la primera que se metía en el coche era mi tía, a la vera de mi madre. Y mi marido, cuenta él, dice: «¿Qué hago yo ahí de parto con tu madre y tu tía?». Estaba con las dos. Por eso te digo que ella ha sido muy buena con nosotros. Y claro, yo lo he hecho por... Vamos lo he hecho por ayudarle a mi prima. Pero la consideraba, hombre, no como mi madre, pero casi. Porque ha estado con nosotros en todos los momentos. Lo mismo eso que cuando se ha muerto mi padre... Lo mismo en momentos de dolor que de alegría, porque el parto es alegría, ¿no? [*risas*]. Y ella ha estado con nosotros. (Juani, E26)

Siempre juntos para todo

También Teresa da cuenta de la relación tan estrecha que mantiene con sus cuñadas, sobrinas y sobrinos-nietos. La vida cotidiana compartida, así como los momentos de expansión y los ritos van tejiendo a lo largo de los años un afecto y un estilo de relación en el que el apoyo mutuo y el bien del grupo priman por encima de los intereses individuales. Considera a sus sobrinos como sus propios hijos, insiste en ello varias veces. Además, deja claro que son los lazos que se tejen en el día a día, los que tejen los afectos en la familia, lejos de lo que marcan los lazos de sangre, el vínculo de afinidad puede ser tanto o más fuerte y este vínculo es fundamental a la hora de movilizar la solidaridad en los cuidados de los otros.

- Con ellos siempre, de toda la vida, de toda la vida... Nosotros somos más que cuñados y que... Con ella, tengo... Mis hermanas son mis hermanas. Pero, ésta, desde los doce años, con ella, siempre, siempre, siempre... [...] Esa es hija suya [*nieta de su cuñada*]. Y está aquí siempre, ¡la chica la queremos nosotros! La ha ido a llevar mi hija al médico, la ha traído, la ha dado de comer, la ha preparado. La tenemos aquí siempre.
- ¿La sobrina...?
- A la chiquitita.

- ¿La sobrina de su sobrina?
- Sí, a la niña... Sí, a la sobrina de ella. A esa la tenemos aquí... Y a ella igual. Porque la madre tenía el bar en la Macarena. Entonces, ellos se quedaban aquí, cuando salían del colegio, se quedaban aquí. Y hasta que venían ellos a las cuatro o las cinco de la tarde, a medio día, a las cuatro o las cinco, que venían del bar. Entonces, se quedaban, se quedaban aquí. Igual que mis hijos, igual... Ellos son hermanos, no son primos. Y es que desde siempre hemos estado... Ellos tienen un campo, nos hemos ido siempre al campo de ellos, los fines de semana... Hemos estado siempre juntos para todo. Si hemos salido de vacaciones, nos hemos ido todos juntos: ellos, los padres de ellos y la madre de mi cuñado y mi suegra, nos íbamos todos siempre, a todos sitios juntos. [...] Ellos me dicen Tata.
- ¿Tata le dicen?
- Sí, siempre. Y me quieren muchísimo, muchísimo. Igual que yo los quiero a ellos. (Teresa, E11)

Estas prácticas se encuentran entrelazadas con los sentimientos y el deber con el que dichos afectos se entretejen: un deber por el que una entrevistada se siente interpelada a cuidar de la tía de su marido, mientras que su marido, sobrino carnal de esta tía que necesitó cuidados durante varios años, no se siente igualmente llamado a actuar (sobre estos aspectos de índole moral y afectiva en relación con el cuidado de los otros se profundiza, en el Capítulo 9, *infra*).

8.2.3. Relaciones de intercambio entre generaciones de mujeres

En el ámbito de los estudios de género no se ha desarrollado una literatura amplia en la que se analice el cambio familiar y social a través de las generaciones, aunque ya desde los años sesenta se han realizado algunas aproximaciones empíricas a este tema, a las que se ha seguido la pista para incorporar sus aportes a la investigación aquí desarrollada. Estos estudios visibilizan el importante papel desempeñado por las redes de ayuda entre mujeres, especialmente entre mujeres de diferentes generaciones de una misma familia. Claudine Attias-Donfut y su equipo destacan cómo las relaciones intergeneracionales en la actualidad, probablemente más que en ningún otro momento histórico, están desempeñando un papel esencial en el mantenimiento de la vida cotidiana (2003). En un momento en el que las parejas presentan una mayor fragilidad, son más inestables e inciertas sus expectativas de supervivencia en el largo plazo, y en el que las personas tienen una individualidad más fuerte, las relaciones intergeneracionales son, paradójicamente, muy estrechas. Efectivamente, diversos estudios han puesto de manifiesto la importancia de las relaciones e intercambios que se producen en el seno del

conjunto de familiares de diferentes generaciones, sobre todo entre mujeres (v.gr.: Tobío, 2013, 2010; Attias-Donfut, 1994; Begtson *et ál.*, 1995; Bloch y Buisson, 1996; Attias-Donfut y Segalen, 1998). En todas las tríadas estudiadas se da cuenta de estas relaciones de apoyo y ayuda mutua, de una gran intensidad de intercambios; además, se debe tener presente que por el tipo de tríadas seleccionadas (se trata de entrevistadas que mantienen una buena relación aparente entre sí), los intercambios son frecuentes y pueden llegar a tener una gran intensidad.

Se auxilian unos a otros

El ejemplo de la tríada número 1, moderna, es ilustrativo, aún cuando se trata de una familia de clase media-alta y que, por tanto, cuenta con recursos económicos para poder contratar trabajos de cuidados en el mercado que den respuesta a sus necesidades. Sea para atender a los mayores y enfermos, sea para el cuidado de los más pequeños, las entrevistadas de esta tríada dan cuenta del apoyo que unas generaciones se prestan a otras. Las mayores a las más jóvenes, sobre todo a partir del nacimiento de sus primeros hijos: asistiendo a la madre en el puerperio, llevándose a las criaturas a sus casas algunas tardes o el fin de semana completo cuando éstas son un poco más mayores... Con ello, ayudan a la madre a descansar, a recuperarse tras el parto o de los despertares nocturnos, a tener tiempo libre para sí mismas, para estar con sus parejas o para hacer vida social. Pero, también ocurre a la inversa, las hijas y, cuando éstas no están disponibles, las nietas, se vuelcan en su atención, o bien en asegurar una adecuada atención, cuando las más mayores tienen necesidad de ser cuidadas. En sus relatos muestran cómo esta ayuda, prestada y recibida, es fundamental para lograr una mayor calidad de vida de todos los miembros de la familia, además del modo en que se tejen las relaciones intergeneracionales con afectos reforzando con ello el vínculo familiar, tal como se puede observar en los extractos de las entrevistas a Felicidad, Andrea y Natalia:

- Cuando hay madres que están todavía en condiciones y la madre del niño tiene obligaciones, pues, la madre la ayuda. Y se puede quedar con él, cuando está buena de salud y de edad. Que no muy mayor. Que muy mayor, más bien, hay que ayudarla a ella. Pero, si está todavía joven pues te ayudan, te ayudan: «Te lo voy a sacar de paseo un ratito, te lo voy a... Vete a comprar, que yo lo cuidaré». Todas estas cosas. Se auxilian unos a otros. (Felicidad, E1)

- Mi madre no es que viniera tanto a mi casa. Yo me doy cuenta. Yo tampoco soy de ir a casa de mis hijos. No, no, no, meterse no. «Tráemelas aquí, tráemelas». Entonces, a veces, los viernes se las llevaba y las recogía el domingo por la noche.

Y a veces, hasta el lunes por la mañana. Fíjate. Fíjate, ¡qué ayuda! Pero, luego, cuando estaba yo en casa, era yo sola en casa. Bueno, ya te digo, una asistente o una muchacha, incluso un tiempo tuve una que se quedaba a dormir. Pero, eso, en casa, yo. A veces, llamar: «Mira, que me pasa esto». Mi padre venir, a llevarle al pediatra si tenían fiebre, recuerdo. Sí, sí, me ayudaban en eso.

- Cuando se las empezaron a llevar, ¿cuánto tiempo tendrían las niñas?
- Desde que casi nacieron. Bueno, tanto no, porque yo les daba el pecho al principio. Pero, bueno, cuando nacieron yo me fui la cuarentena casi a casa de mi madre. (Andrea, E2)

- Mi madre fue la ayuda fundamental, la verdad. Porque, mi madre, al ser el primer nieto... Además, ella, le gustan mucho los niños. Y entonces, realmente, Pedrito... Ella se lo llevaba cada dos por tres. [...] Mi madre venía todos los viernes, se llevaba a Pedro y me lo devolvía el domingo. Vamos, prácticamente... Y Pedro, cuando yo iba a recogerlo, yo iba o ella venía, nunca se quería venir conmigo: «No, me quedo con la abuela y no sé cuántos». De hecho él siempre con mi madre tiene un trato especial. Porque claro, es que, realmente, ella... Vamos ella estaba más joven, también. Y entonces, pues, era todos los fines de semana prácticamente. (Natalia, E3)

Y, tal como relata Natalia, esta ayuda no solo se da entre madres e hijas, también tiene lugar entre abuelas y nietas, unas mujeres se apoyan unas a otras, o bien las sustituyen, para garantizar el cuidado adecuado de los suyos. E, incluso, eventualmente, los abuelos, los padres y los hijos también asumen un papel en la provisión de cuidados. Y, ello aún cuando se cuenta con recursos económicos suficientes para dar una adecuada respuesta a las necesidades de cuidados recurriendo al mercado. La supervisión del modo como se prestan estos cuidados es importante y las entrevistadas relatan cómo se esfuerzan para que siempre una mujer de la familia esté pendiente de ello:

- Colaboro cuando mi abuela..., mi madre se va de viaje. Aunque mi abuela tiene una chica que está. Pero, estamos pendientes. El fin de semana que se va, intento ir allí a verla. En fin, pero, vamos, más tiempo no tengo. (Natalia, E3)

Estuvo mi madre conmigo

Antes las criaturas, generalmente, no venían al mundo en las clínicas o en los hospitales, sino en los hogares familiares, en la cama de sus padres. Carmen y Concha, dos abuelas entrevistadas de origen popular, cuentan cómo era una práctica habitual instalarse en casa de los padres o bien que las madres vinieran el tiempo del puerperio a ayudar a sus hijas, al menos hasta que se le cayera el ombligo a la criatura ayudaban

tanto en el cuidado del retoño, mostrando con sus prácticas el modo de hacer las cosas que consideraban como adecuado (por ejemplo, en el baño de los neonatos, que son muy frágiles). En las clases populares también ayudaban con las tareas domésticas y el cuidado de otros miembros de la familia hasta que la recién parida pudiera retornar a sus habituales tareas: “Para tenerla íbamos a la casa de mi madre. Y tú sabes, cuando se le caía el ombliguito, ya dejé esta casa y me fui para el campo”. (Carmen, E7)

Concha cuenta cómo su madre estuvo en la casa con ella desde el último tramo del embarazo, a la espera del parto, durante el puerperio; y, como, también, contaba con la ayuda de su hermana para cuidar de su hija:

- La tuve allí en la casa. Porque entonces no se iba a la clínica. La teníamos en la casa. Pues, nada, mi madre era joven, mi madre tenía entonces veinte años más que yo, nada más. Yo tenía veinticinco y ella tenía cuarenta y cinco. Y ella se subía allí, a la casa, conmigo. Bueno, la cuarentena estuvo mi madre conmigo allí. Iba todos los días. Y mira que mi hermana también pasaba, a lo mejor, a la compra y eso: «Me llevo a la niña». Y así todos los días, hasta que mi marido decía: «Ésta nunca está aquí cuando yo vengo en el día» [*risas*]. Pero vamos, que lo llevaba muy bien. (Concha, E4)

Eso lo tengo muy claro

Las entrevistadas de todas las generaciones son muy conscientes de cómo funcionan estos sistemas de intercambio y de apoyo mutuo, sus ventajas e inconvenientes, cuentan con ello para su vida cotidiana, y lo tienen presente en sus proyecciones de futuro, sea porque tienen intención de ser madres, sea porque piensan en la vejez, en el accidente o en la enfermedad suyos o de sus mayores.

- Eso lo tengo muy claro. A mí me gustaría cuidarla entre mi hermana y yo. Y cuidarla en su casa. Porque yo sé que ese es su deseo. A mí, por ejemplo, no me importaría que me cuidaran en otro sitio [*risas*]. Yo creo que podría estar mejor rodeada de mis iguales. Pero ellos sí que tienen ese concepto de que quieren que les cuiden en las casas. Y en su casa y... Entonces yo lo haría, haría todo lo posible. Igual si no puedo, cada vez este trabajo se está profesionalizando más, ¿no? Y hay muchas mujeres y hombres, que hay más cada vez, también que se dedican al cuidado de ancianos y... O sea que... Además, tampoco me... Si en un momento dado, no sé, si ya estuvieran alguno de los dos solos no me importaría vivir con ellos o ellos conmigo. (Ana, E9)

Para lo bueno y para lo malo

Todas ellas sopesan y valoran sus recursos presentes y futuros, estudiando con detalle con qué y con quién se podrá contar; se esfuerzan en construir, mantener y reforzar estos lazos, y cuidan de ello en su día a día. Es una suerte de contrato que ata para compartir todo lo que traiga el devenir a las familias, un contrato entre generaciones de mujeres.

- Cuando yo me vine para Galicia, cuando yo me vine para aquí, como me vine embarazada, pues, la traje conmigo [*a su madre*]. Porque yo nunca había estado aquí. Y entonces, ella se quedó conmigo. Y me cuidó a mis hijos y todo eso. [...] Yo me vine aquí embarazada de siete meses. Y entonces, se vino conmigo. Ya tuve al niño. Y entonces, ya se quedó conmigo.
- ¿Desde entonces vive aquí?
- Desde entonces vive aquí.
- ¿Siempre ha vivido contigo?
- Siempre vive... Hombre, para lo bueno y para lo malo ahora. (Marisa, E23)

Con mi madre será igual

Así, frente a las presiones que tienen, han tenido o prevén tener en el futuro, es difícil encontrar, en las más de mil páginas de transcripciones de las entrevistas realizadas palabras que aludan a la exigencia, al chantaje o al sufrimiento que podrían generar en muchas ocasiones estas situaciones. Es más fácil hallar expresiones que se refieren a estos cuidados en términos de afectos, de un deber que se asume con gusto (como Isabel, E20) por ese familiar con el que mantienen unos lazos estrechos o con quién se siente en deuda. Lola (E5), por ejemplo, describe cómo, junto a otros familiares, ayudó a su madre, trabajando en la tienda que esta regentaba durante los últimos años de su vida laboral, especialmente, durante el tiempo en que su madre cuidó de su padre en el hospital, hasta la muerte de éste:

- Estuve ayudando hasta que cumplió los sesenta y dos años. Me parece. Que es lo que le hacía ya pensionista. Porque no tenía suficientes años cotizados [...] Y le ayudé en el comercio. Estábamos allí por turnos. Después cuando mi padre se puso malo iba al hospital. Estuvo mucho tiempo en el hospital. Mi madre, ella de allí no se movía. Ella venía, se duchaba y en casa no paraba nada.
- ¿Se quedaba en el hospital en Sevilla?
- Sí, sí, sí. En el Rocío. [*Hospital Virgen del Rocío, Sevilla*] Mi madre ha estado con él hasta el día de su muerte, allí. Y le decíamos: «Mamá, ¿no descansas un poco?».

Y no descansaba. No se quedaba en casa nunca, nunca. Y claro, nosotros era porque no estuviera mi madre sola. Vamos pero, no se dejaba. Y si hacía falta cualquier cosa: «Mira, pues tráeme ropa, pues tráeme...». Lo mismo, allí hacíamos todos por ir. Y con mi madre será igual, vamos. A mi padre ha tocado un tiempo, pues lo que sea. Eso es una cosa que nos han enseñado desde chiquititos. (Lola, E5)

La responsabilidad de tenerlos todo el día

Sí se encuentran expresiones que dan cuenta de la tensión vivida entre demandas de los otros y el cuidado propio, pero esto ocurre sobre todo en los discursos de las entrevistadas de la tercera generación y en relación con las redes familiares más amplias (Capítulo 9, *infra*). Se recuerdan con detalle las ocasiones en que se ha recibido apoyo y se espera poder hacer lo mismo cuando otra persona de la familia se encuentre con la necesidad. Y este “saber” está cargado de afectos y de valores, así como de responsabilidades y obligaciones. Marisa cuenta cómo no quisiera perder su autonomía, su tiempo para sí misma por tener que hacerse cargo del cuidado de sus nietos en el futuro. Pero sabe que si su hija no cuenta con recursos para hacerlo de otro modo, ella la tendrá que ayudar y renunciará a lo que sea menester, a sus aficiones y al tiempo que reserva para el cuidado propio.

- Como tenía la abuela, yo cuando salía le dejaba al niño, pero yo me dedicaba al niño, a mí sí me gusta. Y espero dedicarme a los nietos [*risas*]. Hombre, no me gustaría tener la responsabilidad de tenerlos todo el día, no. No, a mí cargar, no. No sé sabe, yo ya no puedo decir nada porque hay cosas... Pero no me gustaría a mí tener que... no. Hombre, no me gustaría quitarme yo de mis cosas que hago ahora. [...] Yo vivo a la puerta del colegio. Y aquí todas son abuelas recogiendo niños. Y yo tengo una amiga que van tres, ¿tú sabes lo que es? Y entonces, tampoco sabes, a lo mejor, lo dices y luego caes. Pero que a mí no me gustaría tener esa responsabilidad de: «¡Ala, venga y...!». No, no me gustaría. A mí me gusta ir a gimnasia, me gusta ir a pintura, me gusta hacer una serie de cosas que me quitaría. A mi... O sea, yo pienso que todo tiene una edad. Y que también...
- ¿Todo tiene una edad?
- Claro, el cuidar unos niños tiene una edad. Hombre, si los ves muy mal... Pero vamos, de momento no creo que tenga ningún problema, no. (Marisa, E23)

Me lo vas a traer a mí para que te lo cuide

Efectivamente, las nietas entrevistadas “saben” que su madre será un apoyo fundamental si tiene hijos algún día, o lo ha sido si ya ha tenido esta experiencia de maternidad (v.gr. Alicia, Ana o Julia, entrevistadas E6, E9 y E30, respectivamente).

- Yo es que lo pasé muy mal con Ana. Lo que le digo: «Como tengas un hijo y se parezca a ti hija, ya verás. Pero lo malo, lo malo es que no vas a ser tu, me lo vas a traer a mí para que te lo cuide». Porque ella está trabajando, y la que me va a tocar cuidar el niño va a ser a mí. Yo lo estoy temiendo, yo lo estoy temiendo, vamos [risas]. Como se parezca a ella me lo estoy temiendo [risas]. (Carmina, E8)
- Las he ayudado muchas veces. A ésta he venido muchas veces, contaba conmigo muchas veces. Cuando eran los niños chicos, me he venido muchas veces, para quitarle, para darle una mano. (Fernanda, E10)

En mi casa siempre lo he visto

Las madres “saben” que ayudarán en todo lo que puedan a sus hijas cuando lo necesiten, esperan este momento en su agenda vital, les han ayudado o les ayudan. Del mismo modo, las abuelas saben que las cuidan, sus hijas, sus nietas, o que les proveen de cuidadoras, o que lo harán en el futuro si tienen necesidad de ello.¹⁰

- Yo creo que eso, eso es lo natural, ¿no? Yo por lo menos, en mi casa siempre lo he visto. Mis abuelos vivieron con nosotros. Se murió mi abuelo y mi abuela vivía con nosotros y...
- ¿Vivían con su padre y con su madre?
- Sí, sí. Mi abuela, por parte de mi madre. Porque, tenía su hermano niños más chicos, ¿entiendes? Y siempre han tenido... Que nunca han estado solos, se han llevado siete u ocho años. Muerto la pareja, han estado con mi madre. (Lola, E5)

No quería vivir con nadie

Es posible identificar una cadencia y una lógica comúnmente aceptada en estos intercambios, que se expresan bajo la forma de “ahora recibo ayuda, luego la doy” (V.gr. Lola, E5), o la inversa, “doy porque me dieron” (V.gr. Marisa, E23; Blanca, E22). Es una forma de estar que se aprende en la infancia y que forma parte de la cultura familiar, integrándose de tal modo en la cotidianeidad que es considerado como lo normal. Por

¹⁰ La aproximación cualitativa realizada para preparar la ERF puso de manifiesto que, en este aspecto, hay una importante diferencia de género. En un GD realizado con abuelos en Jaén en 2002, éstos daban por supuesto que serán cuidados en el futuro, cuando tengan necesidad de ello, y no manifestaron ninguna preocupación por quién o cómo se prestarían estos cuidados; sin embargo, en un GD realizado en la misma época en Córdoba con abuelas, éstas mostraron una enorme inquietud y preocupación, expresando tanto su temor a terminar sus días en un geriátrico (en el mejor de los casos, asumido con estoicismo) como a sobrecargar a sus hijas con sus cuidados. Se trata de un dilema de difícil solución pues las abuelas más jóvenes así como las madres dan indicios de que no quieren ninguna de las dos posibilidades y, sin embargo, no encuentran otra opción, sobre todo cuando las familias no cuentan con recursos económicos para acudir al mercado (Tobío y Martín Palomo, 2003).

ejemplo, que los abuelos mayores residan con sus hijos y nietos, o visiten de forma cotidiana a sus mayores que residen solos (cuando los mayores así lo eligen):

- Y eso que ella tenía hijos solteros. Pero ella quería seguir en su piso. Pero ella no quería vivir con nadie.
- ¿No quería vivir con nadie?
- No, no. Pero yo la veo todos los días [...]. Yo se que está bien, pues ya está. En el momento que necesite algo pues estoy allí. O sea que, en eso no, en eso lo mismo uno que otro. (Lola, E5)

8.2.4. Transmisiones intergeneracionales: entre la continuidad y el cambio

Es posible identificar una cadencia y una lógica comúnmente aceptada en estos intercambios, que se expresan bajo la forma de “ahora recibo ayuda, luego la doy” (v.gr. Lola, E5), o la inversa, “doy porque me dieron” (v.gr. Marisa, E23; Blanca, E22). Es una forma de estar que se aprende en la infancia y que forma parte de la cultura familiar, integrándose de tal modo en la cotidianidad que es considerado como lo normal (véase, Capítulo 1, *supra*)

Las necesidades están sujetas a una continua (re)definición social y a procesos de negociación y, por tanto, deben insertarse en un marco cultural que las reconozca como tales. Hay un tipo de actitudes que mantienen los hombres, en la generación de las abuelas, que ahora son absolutamente inaceptables para las mujeres de la generación de las madres o nietas, pero que eran consentidos y comprendidos por las abuelas que lo han aceptado como parte de sus obligaciones: por ejemplo, recoger la ropa sucia del suelo del cuarto de baño tras el aseo de su marido o hijo varón. Práctica que provoca irritaciones en las nietas y en algunas madres (Kaufmann, 2009, 1999). Como también en la generación de las nietas, e incluso de algunas madres de clase media-alta, se considera inadmisibles una excesiva entrega a los otros. Por ejemplo, la idea de un amor de madre que suponga, en cierto modo, la pérdida de los límites de sí. Sobre ello reflexiona Ana, una de las nietas entrevistadas, pensando en aquellas actitudes de su propia madre que considera demasiado sacrificiales:

- Tú crees que los consejos y recomendaciones de tu madre, ¿llegarán a ser importantes para cuidar y educar a tus hijos si decides tenerlos finalmente?
- Hay muchos consejos que, que sí, son recomendables. Hombre, yo en la educación en mí, en el sentido de la honestidad, de la bondad, de la generosidad, todos esos valores...

- ¿Valores?
- Sobre todo, los valores, sí. La constancia, el saber de dónde vienen las cosas, el trabajo, todo eso, igualmente, también. Sobre todo, eso, el saber de dónde vienen las cosas. Hay muchas otras cosas que no.
- Como, por ejemplo...
- Como, por ejemplo... [*risas*]. Eh... Esas cuestan más trabajo, pero hummm..... [*silencio*]. El... el no reprochar, a lo mejor, tantas cosas por... El aceptar que se es diferente, que no es como un padre... Como tú quieras que sea, como tú tenías pensado que sea. Cada persona es distinta y tú no puedes vivir la vida de tu hijo o implicarte tanto en la vida de tu hijo. Es tu hijo pero tú tienes que tener tu vida al margen, eso es lo que yo creo que a esta generación le falta a veces. Que ya va cambiando. Pero que, muchas veces, le falta porque no han tenido su vida propia. Entonces, su vida ha sido únicamente, eso, dedicarse a sus hijos. Y muchas veces, absorben demasiado ese papel. Yo eso no lo haría. O sea, mi hijo podrá hacer lo que... Verás podrá hacer cosas bien, cosas mal, pero a mí no me van a afectar tanto, o saber cómo encajarlas mejor, costándome menos o más. (Ana, E9)

Una generación de mujeres que se han visto empujadas a cuidar de padres, de hijos y de nietos, la denominada generación pinza, generación sándwich, aquellas mujeres que son “los pilares”, o los nodos centrales de la red familiar. Y, estas mujeres lo asumen como parte de lo que les ha tocado en suerte, aunque son conscientes de que no es el mejor de los modelos posibles. Lo han aceptado como el destino que les ha correspondido vivir, con cierta resignación, tal como manifiesta Carmina, una de las madres entrevistadas:

- Tenemos que hacerlo porque es que tenemos que ayudarles, a ver, ¿qué vamos a hacer, hija, si tienen que trabajar? [*Risas*].
- Y, ¿con el cuidado de las personas mayores?
- También nos ha tocado a los abuelos. Es que a nosotros nos ha tocado vivir en una época muy mala [*risas*].
- ¿Les ha tocado cuidar de todos?
- Ahí, ahí, ahí. Nos ha tocado cuidar de los padres, cuidar de los hijos, para que ustedes os forméis y eso. Y luego cuidar de los nietos para que ustedes sigáis trabajando. Conque esa es la época que nos ha tocado vivir a los de los cincuenta [*risas*]. ¿A que sí? ¿A que es así? [*insistiendo*].
- Sí.
- Así es. Pero no es la mejor, vamos, no es la mejor, eh. Pero que, aún así, yo quiero vivir muchos años como estoy ahora mismo para ayudarles mucho, seguir ayudándoles muchos años. Así pienso, ayudarles en todo lo que pueda. La he ayudado a ella [*a su hija*], y ayudaré también a sus hijos si los tiene. Y cuidarlos, y

hacer lo que pueda. Y seguiré ayudándola a ella, a ver qué... si quiere venir a comer, que venga y ya está. [...]

- Ha estado cuidando a su madre, a sus hermanos, a sus hijos?
- Así estoy todavía cuidándola a ella. [*risas*].
- Para esta investigación de cuidados usted es la persona...
- La ideal, ideal, hija, la ideal, la ideal. [*risas*]. [...] Ahora los abuelos somos los que tenemos de ayudar mucho, porque claro, si ellos están los dos trabajando, pues los abuelos tenemos que... También los abuelos de ahora parece que estamos ya más mentalizados y más de otra forma de pensar que los abuelos de otra generación y ahora los abuelos también cuidamos mucho de los nietos, de los hijos, es así.
- Entonces los abuelos tienen que hacer
- Tenemos que hacerlo porque es que tenemos que ayudarles, a ver qué vamos a hacer, hija, si tienen que trabajar [*risas*]. (Carmina, E8).

Los cambios en los modelos conllevan negociaciones de cómo va a ser la nueva forma de hacer las cosas, de organizarlas, y a *quién* le corresponde hacer *qué*. Sea entre mujeres de diferentes generaciones sea entre mujeres y hombres, estos cambios implican ajustes entre los diferentes miembros de la familia. Y, donde hay negociación hay posibilidad de conflicto. Entre mujeres y hombres, entre diferentes generaciones, las tensiones entre los diferentes modelos de feminidad están relacionadas con las diferentes culturas del cuidado.

Así, en una perspectiva biográfica, ciertas necesidades emergen de una forma privilegiada sobre otras, y permiten capturar los procesos de transmisión de dinero, cuidados, servicios, bienes, valores y afectos, entre otros (Guillaume, 2002). Por ejemplo, Rosario da cuenta de las tensiones que genera esta necesidad que tiene de cambiar el modelo del cuidado propio para ella, frente a la inercia de la vida familiar, y cómo choca este intento de introducir cambios con el espíritu de sacrificio de su madre y la incompreensión de ésta frente a las necesidades propias que ella le plantea. Entiende que habría que introducir algunos cambios para lograr una calidad de vida, en cuanto a tiempos y espacios, mejor para ambas de la que tienen en el momento en que se desarrolla la entrevista. Rosario considera que económicamente se pueden permitir algunos cambios que faciliten un mejor autocuidado para cada una de ellas. Pero, su madre, que ha tenido una vida llena de privaciones, entregada al trabajo y al cuidado de los otros desde muy joven, no logra comprender estas necesidades, que ve como lujos innecesarios. De hecho, si acepta algunos cambios es por la insistencia y, sobre todo, ante el sufrimiento, que ve en su hija. Son conflictos que requieren ajustes pues cada una

de ellas tiene un concepto de cuidado muy diferente cuando se trata del cuidado propio; para Rosario tener tiempo para sí misma es un síntoma de modernidad frente al sacrificio del tiempo propio que caracteriza el actuar cotidiano de su madre que “se quedó en el pasado”, en opinión de su hija. Y, en este sacrificio, Rosario encuentra un cierto halo de indignidad en tanto que ella piensa que “no tiene que hacer eso” que considera bajo, degradante y que le ocasiona “muchas fatigas”, es decir, muchas penalidades. Véase a continuación el *verbatim* seleccionado donde se da cuenta de esta reflexión:

- Ella no entendía que para mí esto es importante, muy importante. Que yo, por ejemplo, ya tenía las dos casas esas, las tenía alquiladas a gente. Había que ir a limpiarlas. Había allí un viejo y he quitado muchísima mierda, muchos meados, que meaba por todos lados, lo he pasado muy mal. He pasado muchas fatigas. Yo no veo que estemos tan mal como para que yo tenga que hacer eso. Y veía que es que no lo comprendía, no me comprendía, yo no quería ir. ¿Por qué tenía que ir? ¿sabes? Es que es algo que ella a mí no me... ¿Sabes? Se quedó en el pasado. Y: «Las cosas son así y así y así y así...» ¡No, señor!, las cosas no son así. Y eso tiene que ir cambiando. Ha cogido, las han alquilado las dos, las tienen bien alquiladas. No tienes que ir a limpiar, no tiene que ir para allá, yo tampoco... ¿Sabes? Claro, llegó un momento que le tuve que decir: «Que yo ya no voy a la casa a limpiar». (Rosario, E12)

Las diferentes culturas acerca de las transferencias de recursos en las familias, así como sus vías de expresión sobre las obligaciones familiares, representan, tal como se ha visto en el Capítulo 1, *supra*, un importante aspecto del cambio y la continuidad intergeneracional: muchas veces se condensa en la forma que adopta aquello sobre lo que se puede hablar. Es algo que se trasluce en las palabras de una de las nietas entrevistadas:

- Con mi abuela hay mucha diferencia de, de mentalidad. Le tocó una época muy diferente a ahora e identificarme con ella... Yo creo que lo que sí que ha transmitido en las dos generaciones ha sido la educación y el respeto en todos los aspectos. En casa el respeto empieza desde la mesa, desde no levantar la voz... desde chiquititos. Y eso, al cabo de los años, no tiene nada que ver con la cultura ni con los colegios, ni... Que hoy día se confunde cultura con educación: que si es médico, que si licenciado... No tiene nada que ver una cosa con la otra, puede no tener estudios y ser una persona correcta. (Manuela, E21)

En unos aspectos se producen las transferencias familiares – ligadas a valores tradicionales – en la misma línea, a la par que, en otros aspectos, se dan importantes diferencias entre las generaciones, con ruptura en relación con los patrones de valores de referencia. Siguiendo los trabajos de Julia Brannen, se ha expuesto en el Capítulo 1,

supra, que el concepto de cultura tiene un valor analítico muy sugerente para hablar de obligaciones familiares y de las diferentes influencias que puede tener sobre las transmisiones, materiales, culturales, o simbólicas. Además de proveer de cuidados, las mujeres transmiten las culturas sobre los cuidados, y siguiendo la propuesta de esta autora, se pueden identificar dos grandes grupos de tendencias culturales, hacia la continuidad y hacia el cambio. Por lo tanto, se diferencia entre las culturas familiares que prevalecen y se transfieren a lo largo del tiempo, y las culturas que cambian a través de las generaciones, adoptando diferentes valores con consecuencias sobre sus actitudes respecto a las obligaciones familiares (Brannen, 2006: 140-141). Efectivamente, cambia lo que se considera *obligación familiar*, así como lo que le corresponde hacer a cada uno de sus miembros, en función de estos patrones previamente establecidos.

8.2.4.1. Elementos de continuidad

Las *culturas de la continuidad* son las más marcadamente familistas. En ellas, los intercambios familiares generalmente se van acomodando en el tiempo, adoptando la forma de reciprocidades entre individuos específicos y, habitualmente, se transmiten a través de líneas de género (Brannen y Nielsen 2003). El deber moral del cuidado se transmite, generalmente, en forma de incondicionalidad, es decir, que los recursos y servicios se transmiten sin cálculo “racional” de expectativa de retorno, justificado en términos de amor y de afectos (Brannen, 2006: 141-142). Sin embargo, esta expectativa de retorno está implícita en las propias reglas del juego de los intercambios que se mantienen en la red familiar, y, muchas veces, permanecen invisibles hasta que su ruptura hace emerger el conflicto latente, así como la regla que subyacía y que permitía mantener el orden social y ese modelo de relaciones familiares. Esto se pone de manifiesto en las reflexiones que mantienen algunas entrevistadas abuelas sobre la posibilidad (o imposibilidad) de ser cuidadas por sus hijas en el futuro si no pueden valerse por sí mismas en su vida cotidiana (b.gr. Concha, Carmen, Fernanda, María o Consolación, entrevistas E4, E7, E10, E16 y E25, respectivamente). Consideran, que esta suerte de contraprestación es una obligación que se genera en un intercambio justo, en tanto que ellas han cuidado de sus hijos, sus nietos, o de otros miembros de su familia (v.gr. Carmen, Fernanda, Antonia y Blanca; entrevistas E7, E10, E13 y E22, respectivamente). Sin embargo, las mujeres de la segunda generación estudiada, las madres, son conscientes de que los tiempos han cambiado, que las circunstancias de las familias en el futuro van a ser muy distintas a las que ellas mismas han vivido. Y, cuando se proyectan en un futuro próximo como necesitadas de cuidados, estiman los

condicionantes que tienen sus hijas (y que previsiblemente tendrán en el futuro) no les permitirán hacerse cargo de su cuidado como ellas hicieron con sus propias madres o abuelas.

Pero, a su vez, ellas han recibido ayuda de sus madres o abuelas y, por eso, intentan o intentarán corresponder, se sienten en deuda:

- Yo he tenido a mi abuela, mi abuela, la madre de mi madre que vivía ella sola. Tenía una mujer que la cuidaba. Me la he traído aquí yo, muchas veces, cuando nació Natalia. Fíjate, recuerdo... Y se sentaba aquí y la cogía en brazos. Y me la he traído yo e, incluso, se ha quedado a dormir algunas veces aquí mi abuela. Después, ya se murió. (Andrea, E2)
- Yo vivía en la calle Recaredo con mi madre y mi abuela Adela, que era Adela L. Mi abuela francesa, que ya no tenía mi abuelo - mi abuelo Félix había muerto- , y mi madre. Y yo me casé y me quedé en la casa. Porque el piso era bien grande, era enorme. Unas habitaciones tremendas, ya te digo, el vestíbulo era más grande que esto. [*Abarcando el espacio del salón donde se desarrolla la entrevista con la mirada*]
- Ahí estuvieron viviendo las tres generaciones.
- Mi abuela Adela, Adela L., mi abuela Adela, mi madre y yo, las tres. Y, mi marido. (Josefa, E19)

8.2.4.2. Elementos de cambio

Las *culturas de la discontinuidad*, que se expresan en una mayor independencia o distancia entre los diferentes miembros de la familia, generalmente son características de aquellas familias que han experimentado una considerable movilidad social y geográfica, sea a raíz del acceso a la educación y al trabajo remunerado ‘nuevo’ de la segunda o de la tercera generación, sea por un matrimonio hiper o hipogámico. Estas culturas son menos tradicionales en cuanto a las culturas del cuidar, menos familistas, desplazan el protagonismo de las mujeres en las familias en la provisión de cuidados, otorgando un papel más importante y, por tanto, depositando gran parte del soporte del cuidado, en el Estado proveedor y en el mercado (v.gr. Felicidad y Encarna, abuelas entrevistadas E1 y E28, respectivamente). Probablemente, es en las culturas de la discontinuidad donde es posible observar con más claridad cómo se negocian y renegocian la reglas del intercambio intragénero y entre generaciones. Es difícil saberlo

a partir de la investigación realizada¹¹, aunque todo parece indicar que es así (Tobío y Martín Palomo, 2003). Por ejemplo, el concepto de cuidado varía enormemente entre una madre y una nieta en relación con Isabel, su madre y su abuela respectivamente. La gran diferencia estriba en qué puede ser considerado como cuidado de calidad, si aquel que proporciona la posibilidad de mantener durante un mayor periodo de tiempo la autonomía, o aquel que pretende proveer de todo lo que necesita la persona cuidada, independientemente de que ésta pueda realizar su autocuidado por sí misma. El primer modelo, prevalece entre las entrevistadas más jóvenes, sobre todo las nietas. Y, el segundo modelo, entre las madres y abuelas, que tienen un concepto más sacrificial del cuidado de sus familiares. También se han expresado con más claridad las tensiones entre las exigencias del cuidado de los otros con el cuidado de sí mismas entre las más jóvenes, mientras que las mujeres de la segunda generación (que son las que están cuidando, o bien organizando la provisión de cuidados, de sus madres, hijos y, a veces, nietos) tienden más a ponerse a sí mismas entre paréntesis, con tímidas reivindicaciones del cuidado propio (aspectos que se tratarán en el Capítulo 9, *infra*). Esto se puede observar en los comentarios que Ana, una de las nietas entrevistadas (E9) y Carmina, su madre (E8), ambas de clase popular, realizan sobre las mujeres cuidadoras se sitúa en lugares muy diferentes. Ana es la primera generación de su familia que ha finalizado estudios universitarios y pretende desarrollar una carrera profesional en la que pueda “realizarse”; se distancia de su madre, Carmina, ama de casa a tiempo completo, quién se ha dedicado a cuidar de madre, hermanos, marido e hijos y tiene la expectativa de cuidar también de sus nietos en el futuro. Ana intenta poner distancia con su madre en cuanto al papel que ha desempeñado en su familia como cuidadora de todos sus miembros y lo hace argumentando que ella pertenece a otra generación de mujeres (para las consideraciones de Carmina, véase epígrafe 8.2.3., *supra*):

- Pienso que su generación es la cuidadora de las cuidadoras. O sea que, realmente, quienes cuidan a los mayores, cuidan a los jóvenes. Mi generación yo la veo yo desde otro punto de vista. [...] Desde pequeñas nos educaron para ser educadoras, educadoras, cuidadoras, para ser sensibles, para estar al frente de la familia. Cada vez menos, y en mi familia tampoco lo he visto mucho porque somos dos hermanas. Entonces yo no he visto un cierto machismo con hermanos, si lo he visto con mi padre. Pero porque es una estructura de familia clásica: el padre trabaja y la mujer no. (Ana, E9)

¹¹ Tal como se señaló al inicio del capítulo, por el propio dispositivo de captación, en esta investigación no se ha entrevistado a mujeres de tríadas en las que el vínculo estuviera roto o muy deteriorado, o fuera laxo, ya fuese debido a los conflictos entre algunas de sus integrantes, la distancia o cualquier otro motivo.

Así, para la generación de las abuelas es aceptable y razonable, dentro de sus atribuciones de responsabilidades y competencias, aquello que para las nietas bien puede ser considerado servil, todo lo que tiene que ver con el cuidado de adultos cuyas necesidades de cuidado se definen más por ciertos mandatos culturales que por necesidades o limitaciones funcionales específicas. Por lo tanto, lo que es considerado aceptable y respetable, así como lo que se considera abusivo, humillante o servil, cambian con el tiempo y con la distribución de poder entre hombres y mujeres en las familias y en las generaciones. Mónica (E24) considera que su abuela Blanca (E22) tiene una actitud indigna, demasiado solícita, cuando se relaciona con su padre, y en un doble desplazamiento de clase y generación se distancia de ella:

- [refiriéndose a su abuela] El día que falte, vamos, se notará... ¡Uf!... Ella hace de todo, hace un montón de comentarios. Se te pone a recoger, y los fines de semana que no están mis padres: «Venga, Mónica, vamos a hacer la camas, vamos a...». Yo creo que está acostumbrada a servir, porque antes trabajaba ella en Madrid sirviendo a una familia y viene mi padre y le pone su servilleta con el nudo y todo: «No, ahí no, que ese es el de tu padre». ¿Sabes?, a mi padre lo tiene como... (Mónica, E24)

Entre las entrevistadas del estudio que aquí se expone, es más frecuente encontrar el modelo de continuidad que el de ruptura, aunque se detecten elementos de continuidad y cambio en diferentes generaciones para cada una de las triadas de mujeres entrevistadas. El factor clase social tiene un peso muy importante en relación con el papel de las mujeres en los cuidados de sus familiares. Así, no es extraño que las mujeres de clase media-alta, supervisen y creen las condiciones para que sus familiares reciban el mejor cuidado posible, delegando en el servicio doméstico o en una empleada interna dedicada *ex profeso* a los cuidados de sus mayores a la par que se pueden permitir que sus madres continúen residiendo en sus hogares. Para estas mujeres, asegurar los cuidados de sus mayores significa un enorme sacrificio del tiempo propio y para los mayores no poder recibir toda la atención que necesitan; Antonia (E10), por ejemplo, está mucho tiempo sola y no puede desplazarse sin ayuda por la vivienda: sus nietas, que residen con ella, trabajan todo el día fuera; su hija, que cuida de ella, trabaja por las noches en un geriátrico y por la mañana, antes de acostarse le pone el desayuno, y cuando se levanta, le hace la comida. Aún así, Antonia solo siente preocupación por lo agotada que debe estar su hija y le gustaría tener ayuda para que su hija pudiera descansar.

- Me gustaría que me echaran una mano porque mi hija sale a las once de la noche, a las diez de la noche y ya no viene hasta otro día a las nueve. Y las niñas se van a

trabajar y hasta las dos no vienen, así que estoy desde las diez hasta las dos y pico de la mañana que estoy sola. [...] Ella se organiza muy bien, ella se organiza muy bien sola, cuando se va ya me deja acostadita con el televisor puesto. Ahora si me ve mala, pues ya...

- ¿Qué hace?
- Ya faltaría, pero si no me ve mala... Pues se va.
- O sea que usted piensa que para cuidar de las personas mayores que necesitan ayuda...
- Para que la ayudaran a ella. Que aunque sea un poquillo no esté, no esté cansaina pero me gustaría, que la ayudaran a ella. [*silencio*] (Antonia, E10)

Las mujeres de clases populares, son ellas mismas quienes deben hacerse cargo del cuidado directo de sus familiares, o bien organizar su provisión con los servicios públicos disponibles o, en muchos casos, componer el puzzle del cuidado coordinando recursos propios, familiares, públicos y privados. Esto se destila con claridad en los discursos de las entrevistadas madres; ellas tienen a sus propias madres ya con ciertas necesidades de cuidado o bien vislumbran estas necesidades para un futuro más o menos cercano (toman en cuenta la previsible decrepitud progresiva de sus mayores y el consecuente incremento de sus necesidades de cuidado), así como las necesidades de sus hijos y nietos, si sus hijas deciden ser madres. Para las abuelas, en general, la familia tiene un peso fundamental pero difiere el modo en que reciben o esperan recibir cuidados en función de sus recursos fundamentalmente: entre mercado (clase media-alta) y familia (clases populares), el Estado queda siempre en un segundo plano en sus preferencias. Sobre ello se volverá más adelante, en el capítulo 10, *infra*.

8.3. Nuevos y viejos modelos de género en el mundo del cuidado

El modelo social de relaciones de género imperante hasta tiempos relativamente recientes incluía un rígido reparto de los roles sociales, que a las mujeres asignaba en exclusiva las responsabilidades familiares, en tanto que imponía a los hombres la obligación de aportar los ingresos económicos principales al núcleo familiar (modelo del cabeza de familia, del *varón proveedor*). Es decir, que los hombres prácticamente se desentendían de cualquier tipo de obligación doméstica y, caso de asumir alguna, lo hacían en clave subalterna, en términos de *ayuda generosa*, siempre subordinada a sus *responsabilidades* profesionales. Con dicho reparto, el trabajo de las mujeres se vinculaba con el espacio “privado” del hogar, con lo doméstico, con el universo de lo

reproductivo, y el trabajo de los hombres con el espacio público, con el mercado laboral y el universo de lo productivo.

Constanza Tobío señala cómo en los últimos decenios del siglo XX se ha pasado de un modelo familiar y laboral, en el que la división de roles de género era muy marcada a otro modelo en el que hombres y mujeres participan cada vez más a lo largo de su vida del trabajo remunerado (2000: 1-2, 11). Sin embargo, este cambio de modelo cultural, que tiene como protagonistas principales a las mujeres, no ha estado acompañado por una transformación de similar envergadura en las relaciones de género que, en lo fundamental, no han sufrido grandes cambios ya que, aún hoy, se mantienen profundas desigualdades en el ámbito de lo doméstico-familiar.

Las mujeres han sido señaladas por diversos especialistas como motor de cambio de las relaciones familiares y conyugales, en tanto que a partir de sus mayores cuotas de independencia económica y emocional, el poder de negociación de las mujeres ha aumentado de forma significativa (Castells, 1998: 199). El trabajo remunerado desempeñado por las mujeres en la esfera pública les ha servido para debilitar las dependencias establecidas con los cuidados, con ello han logrado mayor poder para la negociación en el interior de la familia logrando más independencia y autonomía (Botía, 2007). No obstante, una vez que se encuentran en el mercado laboral no dejan de responsabilizarse del cuidado. Así, pese al incremento de la presencia de las mujeres en el mercado laboral, las mujeres siguen siendo las responsables del cuidado, por tanto el modelo sigue perpetuándose.

Los datos que arroja la *Encuesta de Empleo del Tiempo 2009/ 2010* permiten dar cuenta de los diferentes modos de asignación del tiempo a distintas actividades diarias atendiendo a la variable sexo: hombres y mujeres hacen desigual uso de su tiempo diario, manteniéndose, si bien con pequeñas modificaciones, el patrón de asignación de lo laboral a los primeros y de lo doméstico-familiar a las segundas. Teniendo presente la suma de los tiempos, es decir la representación en términos temporales de la carga global del trabajo, que reúne el doméstico-familiar y el extradoméstico, se pone de manifiesto que existe una mayor carga de trabajo para las mujeres, que para los hombres (INE, 2012). Entre las actividades relacionadas con el trabajo doméstico-familiar tiene especial importancia la atención y el cuidado de criaturas y de personas adultas que no pueden valerse por sí mismas. Sin embargo, también el mantenimiento cotidiano del hogar, del espacio doméstico conlleva una dedicación desigual y un coste temporal diferente para

hombres y mujeres. Estas diferencias entre hombres y mujeres en las formas de administrar sus tiempos implican, a su vez, diferencias de calidad de vida y distintos grados de autonomía personal en unos y otras. Tanto para los hombres como para las mujeres, la participación de las mujeres en el ámbito laboral así como el incremento de su autonomía personal aparecen como valores deseables, sobre todo entre las generaciones más jóvenes (Tobío, 2005: 59 y ss.)¹².

Así, pues, pese a un importante aumento de la participación masculina en las tareas domésticas y de cuidado, el reparto de tareas de cuidados no es equitativo: son las mujeres las principales responsables del cuidado de niños, personas enfermas y personas mayores, mientras que los hombres participan muy poco en las tareas domésticas, y cuando lo hacen es como algo voluntario, muy positivamente valorado por el entorno social, y solo en un determinado tipo de tareas, por lo general, les cuesta planchar o limpiar los baños, es decir, realizar “tareas sucias” (Anderson, 2000). Pese a que tanto

¹² Los barómetros del CIS más recientes, sobre participación de hombres en las tareas domésticas y en los cuidados así lo confirman. Efectivamente, los datos respecto a opinión sobre la participación de hombres en las tareas domésticas y en los cuidados resultan muy expresivos. En febrero de 2004, a la pregunta sobre el modelo de familia ideal, la respuesta “*Una familia en la que tanto el hombre como la mujer trabajara fuera de casa y repartan las tareas del hogar y del cuidado de los niños*”, es escogida por el 68 % de las personas entrevistadas (66 % de los hombres y el 69 % de las mujeres). En los grupos de edad más jóvenes se incrementa el porcentaje enormemente: 83 % para el grupo de edad de 18-24, y 79,5 % para el grupo de 25-34 años. En el Barómetro del CIS de septiembre de 2010, los porcentajes de respuesta se mantienen más o menos constantes: un 67,6 % de las personas entrevistadas (65,2 % de hombres y 69,9 % de mujeres) consideraba como modelo de familia ideal aquel en que ambos miembros de la pareja poseen un trabajo remunerado con parecida dedicación y se reparten las tareas domésticas y el cuidado de hijos/as. Estas opiniones tienen sus importantes matices, que rebajan ya un tanto el posible optimismo respecto al avance real de la equidad de género como opinión consolidada. En ese mismo Barómetro (septiembre, 2010), a la pregunta de quién se tendría que ocupar de las tareas del hogar y del cuidado de hijos/as en caso de que uno de los miembros de la pareja tuviese menos trabajo remunerado, quienes asignarían este papel a “la mujer” son fuerte mayoría (45,7 % de las personas entrevistadas), tanto entre varones (46,6 %) como entre mujeres (44,9 %), frente a una mucho menor incidencia de opciones de respuesta que podemos considerar más igualitarias, tales como “Cualquiera, indistintamente” (así responden el 20,9 % de personas entrevistadas, 21,5 % de hombres, 20,4 % de mujeres) o “Según el acuerdo que tomen entre ambos” (sólo 0,7 % de personas entrevistadas, un 0,6 % de varones y un 0,9 % de mujeres). Los propios Barómetros del CIS y otros estudios muestran, sin embargo, que las prácticas cotidianas distan bastante de los buenos propósitos expresados en términos de opinión, en tanto que la implicación de los hombres en las tareas domésticas y en los cuidados continúa siendo notablemente inferior a la de las mujeres. En el citado Barómetro de septiembre de 2010, a la pregunta “¿Quién se encarga principalmente en su hogar de realizar las tareas domésticas más importantes tales como limpiar la casa, hacer la colada, hacer la compra, cocinar, etc.?”, tan sólo a un 16 % de varones entrevistados corresponde la respuesta “La persona entrevistada”, mientras que entre las mujeres el porcentaje se eleva al 64,1 %. En correspondencia, un 55,9 % de hombres responde que tales tareas las desempeña en su hogar “otra persona”, frente a un 13,8 % de las mujeres. Es precisamente en la situación de convivir en pareja cuando más se produce el desplazamiento del trabajo del hogar por parte de los hombres hacia el cónyuge o pareja (un 68,7 % de los hombres así lo reconoce, frente a un 40,9 % de las mujeres). (Muñoz Terrón y Martín Palomo, 2013)

para hombres como para las mujeres el trabajo femenino fuera del hogar y el ideal de pareja igualitaria están dotados de legitimidad (Alberdi, 1999: 235 y ss.), son las mujeres de diferentes generaciones – o de “otros” orígenes sociales o étnicos, cuando se opta por el mercado para dar respuesta a las necesidades de cuidados de las familias – las que redistribuyen entre ellas las tareas.

8.3.1. La tímida aparición de hombres cuidadores

El modelo de relaciones entre hombres y mujeres no es estático, se va transformando con el tiempo. De tal modo que los límites que se establecen entre lo que es adecuado para dar respuesta a determinadas necesidades de cuidado y la forma en que estos se definen, así como las tensiones que se generan en relación con el autocuidado, se van renegociando entre las diferentes generaciones. ¿Cómo se negocia en las relaciones heterosexuales y en relación con los cuidados de los descendientes? Tal como mantiene Norbert Elias, cualquier estrategia negociadora debe modificar el equilibrio de poder, y ello significa la posibilidad de conflicto. Buena parte de la desigualdad en las parejas heterosexuales, incluso aquellas más cercanas al sostenimiento de relaciones igualitarias, emerge a partir del momento en que se tiene y se cuida de descendencia. En general, las mujeres acomodan sus expectativas familiares, profesionales, laborales, personales, vitales, con sus prácticas cotidianas, en relación con el cuidado de las criaturas. Sin embargo, en los hombres no se perciben cambios tan relevantes —en el ciclo vital, en el uso del tiempo, en su subjetividad—, pues sus prácticas cotidianas no se ven tan condicionadas por acontecimientos como el nacimiento o la adopción de un/a hijo/a (Imaz, 2010). La cotidianeidad, el día a día, moldearían las ideas sobre la relación, influyendo en las expectativas sobre éstas. Generalmente, tanto hombres como mujeres expresan el deseo de que sean igualitarias pero en la práctica las mujeres, incluso las de las generaciones más jóvenes continúan asumiendo mayoritariamente los cuidados y otros trabajos del hogar, por lo que sus expectativas iniciales tienden a acomodarse a sus prácticas. Además, se ha señalado que las estrategias de negociación, con las que se intenta modificar un determinado equilibrio de poder, pueden tener costes altos, por ello ponerlas en juego debe compensar, tanto cuando se intenta cambiar la situación como cuando se intenta mantenerla (Botía, 2007, 2013). Las mujeres enfrentan cada día dilemas, cansancios, tensiones, conflictos, escisiones, dobles jornadas, dobles presencias, dobles ausencias, entre las demandas de las diferentes esferas de sus vidas. Muy a menudo las mujeres ceden sin llegar a plantear o hacer explícitas las situaciones de

conflicto o asumen el conflicto en forma de consenso, pese al malestar o el desafecto que las genera (Rodríguez, 2008: 245-250)

8.3.1.1. Modelo tradicional: ganador de pan

Este modelo tiene un peso muy fuerte entre las mujeres que son amas de casa a tiempo completo. Pero, incluso entre las entrevistadas que integran una tríada tradicional consideran que en nuestra sociedad ser ama de casa a tiempo completo constituye, en cierto modo, un riesgo, que desmerece la inversión en estudios, en formación, como señala Mercedes (E14), al expresar sus temores en relación con la decisión de su hija de dejar su empleo interrumpiendo una trayectoria profesional exitosa para dedicarse en exclusiva al cuidado de su hija:

- La mayor ha estudiado Magisterio y Pedagogía.
- ¿Es la que está ahora como ama de casa?
- Sí, porque dejó el trabajo para cuidar de su casa. A mí costó mucho trabajo asumirlo.
- ¿Le costó mucho trabajo?
- A mí me costó trabajo que lo asumiera. Después, pienso todo... Son dos... son dos... Dos caras de la moneda. O sea, por una parte, pienso que tiene derecho a disfrutar de su hija. Además, quería tener más, que no los tiene de momento, eso es delicadísimo, que ella quiere pero no le vienen. No le vienen. [...] Y entonces, por otra parte, quería ampliar estudios, quería... eso, estar con su hija, disfrutar de su familia.
- ¿A usted le costó mucho porque...?
- Sí, porque la mujer ha luchado mucho para ser independiente. Y, ¿cómo somos independientes? Ganando dinero, teniendo preparación y pudiendo mandar al marido si... no vas bien, a *hacer puñetas*. Así debe de estar de claro. Que, en este caso, hasta ahora van estupendamente pero, no se sabe. Y, entonces, yo decía: «Tanto que se ha luchado... » (Mercedes, E14)

Eso no lo puedo resistir, eso para ti

Los padres han cambiado mucho en cuanto a implicación en el cuidado de sus hijos, por ejemplo en relación con el aseo. Las abuelas asumían el cambio de pañal, el baño, alimentar y vestir a las criaturas, era su trabajo y no se planteaban nada diferente. Las madres, aun siendo amas de casa, empiezan a pedir la implicación de los hombres en alguna de estas tareas, aunque se trate de algo excepcional, por una circunstancia muy

particular, pero a los hombres aún les cuesta cambiar un pañal a un bebé, cosa que en la generación de las nietas ya no ocurre. Elena cuenta cómo su marido no podía hacerlo pues le daba mucho asco.

- Un día me puse mala con... Tuve infección de orina y estaba yo embarazada de Tito. Y Miguelito se había hecho caca y, nada. Pues yo casi con cuarenta de fiebre en la cama y embarazada, Y además, muy mal, me encontraba fatal. Y le dije que el niño se había hecho caca, que lo cambiase, por favor. Y me acuerdo que lo hizo, pero dando arcadas para vomitar, se ponía que vomitaba. Imposible. Él decía que no podía, que le mandase que hacía otra cosa. Digo: «Pero, Miguel, vamos a ver, es que el niño eso es lo que necesita ahora. El niño no necesita otra cosa ahora mismo. Quítale la caca». Y pero, horrible. O sea que Miguel muy mal, en ese sentido muy mal. En otros, ya te digo que, estupendo. Pero, en el sentido de la higiene... Él, además, me lo ha dicho siempre: “eso no lo puedo resistir, eso para ti, eso te encargas tú”. No me importaba. (Elena, E29)

Hago lo que me da la gana

El cuidado de los miembros de la familia permite también poner en práctica un estilo propio de trabajo que, generalmente, se desarrolla con una libertad que, además, es muy valorada. Se intenta desmitificar la idea de que en el hogar las mujeres están “prisioneras”; probablemente, al tratarse de un ama de casa a tiempo completo que siempre ha contado con algún tipo de ayuda remunerada para el trabajo doméstico, se ha descargado de la parte más pesada de este trabajo, y ha podido centrarse en los aspectos más gratificantes del cuidado de los miembros de su familia. Tal como describe Marisa, es posible sentirse bien sin tener un trabajo remunerado:

- A mí me encantan los niños. Y me encanta la casa y todo, no tengo ningún problema. Yo siempre digo que hay gente que paga a una muchacha para trabajar porque no le gusta la casa. Y yo me encuentro bien. Hago lo que me da la gana. Soy una persona muy independiente, o sea que a mí tampoco me ata mucho la casa. Yo me voy y salgo y entro y hago lo que quiero. (Marisa, E23)

Un máster en ama de casa

Lucía está encantada de dedicarse a su hija y a la vida familiar, un mundo que le apasiona y disfruta redescubriendo las actividades artesanales de toda la vida, como coser, hacer adornos navideños, o cocinar:

- Me casé, tuve a la niña, ya no me congeniaban los horarios de... Mi madre se quedó con ella el primer año pero después mi madre empezó a tener nietos y nietos y

nietos y, ¿por qué se va a quedar con la mía y no con los de los demás?, ¿no? Entonces, pensé que era un buen momento para una excedencia porque quería cambiar de sitio, de trabajo, con la experiencia que tengo de este sitio, quería disfrutar de María, de mi hija, quería hacer un máster en ama de casa, en cocina, en... He descubierto un hobby.

- ¿Te gusta?
- La cocina. Me compré la *Termomix* [risas] [...] Yo siempre he sido, me ha gustado, no sé, disfruto, me pongo música, empiezo a hacer la comida o hago las camas. Disfruto, no sé, siempre me invento, ahora quiero hacer unas cosas de adornos de Navidad que las hago yo. No sé, estoy aprendiendo a coser, que veo que mi generación sólo ha sido, yo lo único que he hecho en mi vida ha sido estudiar. Y la vida profesional, sí, pero después tienes tú otra vida en casa y la mayoría de la gente de mi generación hacen un filete, que es vuelta y vuelta. O no saben organizar una casa, que no es solo hacer una cama, sino no sé, una casa implica mucho. Eso es lo que yo estoy aprendiendo, me he dado la oportunidad de formarme a mí misma, de forma autodidacta, con un marido muy paciente: «Sí lo quieres hacer, lo haces» ¿Sabes? Muy... Y eso y, como yo me estoy... yo siempre le digo a todo el mundo que estoy haciendo un máster en ama de casa.
- ¿Te parece importante?
- Sí, totalmente. Pienso que, de hecho quiero inculcárselo a Alba, a ella le encanta la cocina, tiene su delantal y todo, porque pienso que, que la vida de trabajo muy bien, pero después tienes que disfrutar en casa con tu familia o si no tienes familia o no se casa, tener su, su vida plena. Y la vida no está plena yéndote bien en lo profesional, porque a mí me ha ido muy bien en lo profesional cuando estaba allí, que siendo casi una adolescente, casi, empecé a trabajar en un proyecto que ya hubieran querido muchas con experiencia. Entonces, en este sentido estaba plena pero me faltaba la otra mitad. (Lucía, E15)

Juego desatinada

El papel de los hombres en el cuidado está cambiando aun cuando se trate de familias más tradicionales en que las mujeres son amas de casa a tiempo completo, pero ellos se centran en las tareas más gratas y desarrolladas fuera del hogar, aunque ello no es obstáculo para que se despierte por la noche cuando, lo que se percibe como un indicador de “implicación real” en el cuidado de la criatura. Juana, por ejemplo, cuenta cómo su marido, que dispone de mucho tiempo libre y de gran flexibilidad, se implica en cotidianamente en el cuidado de su hijo e incluso es el padre el que se despierta por las noches, pero ella es la que se siente interpelada cada día para el mantenimiento del cuidado doméstico y familiar, lo que se traduce en no poder centrarse en jugar con su hijo pues siempre está pendiente de realizar alguna tarea doméstica pendiente:

- El se levanta muchas veces, él está...
- ¿Se despierta también él por la noche?
- Cuando dormía en la habitación estaba muy pendiente. Porque ya te digo, dormía en el lado de él. Pero cuando ahora duerme, yo por ejemplo, lo escucho y ya me quiero levantar. Y el padre dice: «Espérate que a lo mejor se está moviendo, a lo mejor es que no quiere nada». Yo soy más nerviosa y yo me despierto más pronto. [...] No trabajo fuera, pero, ya te digo, es una casa muy grande y siempre tengo cosas que hacer. Porqu, el niño al ser muy inquieto y no para, yo todos los días a las doce de la mañana me bajo con él y voy a casa de mi madre, me voy ahí a la plazoleta, me voy al parque, me voy a la compra. Entonces siempre voy atrasada en la casa. Es cómo yo digo, que quiero que vaya a la guardería, porque a él le encanta estar con niños, y él está ahí dos horas, que son dos horas que yo estoy... Y ya estoy yo toda la tarde con él para estar con él. Pero el padre, pues claro cuando llega él, tiene tiempo para estar jugando con él, como ahora mismo. Se lo ha ido a casa de mi madre a por él. Porque lo hemos dado allí de comer y era para jugar con él. Y yo, sin embargo, ir a la cesta, a recoger la ropa, he estado recogiendo otra cosa, he recogido el lavavajillas... Y juego, también, yo me pongo muchas veces a jugar con él, pero, juego desatinada (Juana, E27)

Elena, ama de casa a tiempo completo considera que ha cambiado mucho el papel asignado a las mujeres, que ahora existe más posibilidad de elegir el tipo de vida que se quiere vivir y que el papel de ama de casa ya no se vive como una imposición, tal como ella lo vivió en su momento:

- Ya creo que si se es ama de casa, se es por decisión propia, no por, casi como por imposición. Que es otra cosa, que es otra historia.
- ¿Tú lo ves casi como imposición?
- No, lo viví como casi una imposición, por supuesto. Yo sí, yo me sentí impuesta porque, casi. Y es que... Y decía: «Ahora, ¿vas a dejar a los niños solos?, ¿vas a dejar a los niños solos? Y tú, y tú, y tú,...» (Elena, E29)

8.3.1.2. Modelo en transición: la doble presencia

Pese al generalizado, constante y, al parecer, irreversible incremento en la participación de las mujeres en la actividad laboral, no se ha producido una implicación de dimensiones similares de los hombres en la vida cotidiana, en la responsabilidad sobre los cuidados de las criaturas, de otras personas en situación de dependencia en los entornos familiares. Las mujeres continúan dando respuestas a las necesidades de cuidados de su familia compaginando como pueden las demandas tanto de mundo familiar como del mundo laboral. Así, las mujeres enfrentan cada día dilemas,

cansancios, tensiones, conflictos, escisiones, dobles jornadas, dobles presencias, dobles ausencias... entre las demandas de las diferentes esferas de sus vidas, y despliegan aquellas estrategias que les permiten sobrevivir, si bien no siempre encuentran una solución satisfactoria, y hay muchas renunciaciones: al tiempo propio, al autocuidado, al cuidado de los suyos, a la promoción laboral, e incluso se renuncia a tener hijos (v.gr. Manuela, entrevistada E21). La hiperplanificación es fundamental para poder hacer compatible la doble jornada, para reducir al máximo la brecha de la escisión de presencias, espacios, implicaciones, intereses... El antagonismo entre las demandas de la maternidad y las del trabajo remunerado está presente ya desde el embarazo (Imaz, 2010), siendo una fuente de tensiones y en ocasiones de angustia.

Las mujeres que tienen hijos ya no interrumpen sus trayectorias laborales por la maternidad, lo que es un comportamiento cada vez más generalizado, sobre todo entre las generaciones más jóvenes, es decir, las nietas. De tal modo que el modelo de familia de doble ingreso va progresivamente generalizándose entre las nietas, como ocurre con Natalia (E3, por ejemplo). Mujeres y hombres entienden las tareas que asumen estos últimos, no en términos de responsabilidad, sino más bien como una “ayuda” a las mujeres, que continúan asumiendo la organización de la vida cotidiana en tanto que lo sienten como su responsabilidad. Por ejemplo, Natalia cuando se refiere a la participación de Pedro, su marido, en las tareas domésticas o en los cuidados de sus hijos (E3). Sea por jubilación, por desempleo o porque son abuelos, los hombres empiezan a implicarse en los cuidados de sus hijos asumiendo nuevas responsabilidades y dedicándoles mucho más tiempo de lo que han hecho en otras generaciones. Aunque la gestión, la logística o ciertos trabajos más pesados o los menos agradables continúen recayendo sobre las mujeres, se apunta un cambio que era impensable para los propios protagonistas, y del que da cuenta Natalia:

- ¿Cómo deben organizarse estos cuidados cuando la madre está trabajando fuera de casa?, ¿cómo crees que deberían de organizarse?
- Es que como es tan complicado. Depende de las familias. Porque, hombre, en mi caso yo trabajo y Pedro, en mi caso, lleva un año sin trabajar. [...] Es un inválido del ejército, pero la vida civil le permite. Entonces, en mi caso, por ejemplo, él ahora mismo tiene más peso de las tareas domésticas, por así decirlo, y cuidado de niños y demás. De llevarle al pediatra. Porque yo, a lo mejor, cojo la cita, pero él es el que va o... Yo es que estoy menos horas, la verdad. Pero lo normal, entre comillas, es que el hombre sea el que está las más horas del mundo fuera de la casa, más que la mujer, aunque ahora también hay, veo yo, porque lo que veo por amigas y mi hermana. (Natalia, E3)

Generalmente, son las mujeres las que como “malabaristas de la vida” (Carrasco et ál., 2003) son responsabilizadas de cubrir las necesidades domésticas y de cuidado, ellas se encargan de reducir, recortar aquí y allá, encajar y debatirse internamente sobre qué hacer para combinar todo. Para que este modelo sea viable, aun cuando las mujeres sean las encargadas, las responsables, los hombres también deben estar presentes, deben “ayudar”, tal como asegura Felicidad, una de las abuelas entrevistadas (E1):

- Los hombres ayudar lo que puedan cuando vienen de su trabajo, ayudar lo que puedan.
- ¿Por ejemplo?
- Pues, mecerlos y dormirlos.
- Eso.
- Claro, porque teta no le puede dar. Cuando es biberón, sí. Que biberón, también los hombres le dan biberón.
- O sea que, ¿usted piensa que los hombres tienen que estar ahí como de...?
- De ayuda.
- ¿De ayuda?
- Claro.
- La responsabilidad de....
- Pero, siempre la madre es la madre. (Felicidad, E1)

- Es difícilísimo... lo estoy viendo que es difícilísimo. Es difícilísimo. Y yo como profesora, verás, no quiero decir esto, porque si digo esto entre mis amigas feministas les da el ataque. Pero, efectivamente, tantísimas madres trabajando, pues es que a veces es que llegan tan tarde. Y, los niños están muy solos, muy solos,... Esa es la verdad. Mis amigas dirían: «Bueno, pues que venga el padre». Bueno, uno u otro, uno u otro. Pero es difícilísimo, es difícilísimo... Uno de los dos debería tener media jornada si quieren tener niños de verdad y que tengan alguna educación, la educación que se necesita para entrar en la escuela, que vienen sin ella, sin ella, absolutamente. Es tremendo. (Andrea, E2)

En la medida en que cada vez más las mujeres realizan trabajos remunerados y ello no ha ido acompañado de una participación equivalente de los hombres en la vida doméstica y en los cuidados, se ha multiplicado la carga de trabajo para las mujeres. Y el reto se encuentra no tanto en cuanto al tiempo que se dedica sino en la responsabilidad compartida. Y se analizan fenómenos descritos como *doble jornada* (Durán, 1986) o *doble presencia* (Balbo, 1978). Muchas veces, estas estrategias se despliegan antes del nacimiento de la criatura, en la previsión y organización (espacial, recuento de las

posibles redes familiares o puntos de apoyo con los que se podrá contar para organizar el cuidado de la criatura). Es un fenómeno que ha sido estudiado desde diversas perspectivas, pero en todos los casos se insiste en que la sobre presencia genera un sentimiento de escisión, de tener que optar constantemente entre los requerimientos de ambos mundos).

Las mujeres que tienen un trabajo remunerado no quieren renunciar a los logros de la independencia económica. Pero, igualmente, sobre todo cuando son madres, y, desempeñan trabajos remunerados, se resisten a pagar el precio personal de un tipo de emancipación que les exige renunciar o postergar una serie de valores relacionados con su identidad personal y su experiencia cultural, como ocurre con el deseo de ser madres. Esto queda ilustrado en la proyección que realiza para su futuro (como madre), Alicia, una de las nietas entrevistadas, que ha dejado su profesión como azafata de vuelos en una compañía para poder dedicarse a su vida de pareja, trasladarse a vivir a un pueblo próximo a Sevilla, donde reside su familia, y busca empleo como dependienta o similar (no aspira a desarrollar una carrera profesional, a la que ha renunciado para poder formar una familia sino a tener unos ingresos), con la consciencia de que la maternidad tendrá otros costes adicionales para su vida laboral:

- Si yo pudiera compaginarlo de alguna manera, ya vería yo... Y si no puedo, pues, me tendré que fastidiar, ¿no? Es una cosa con la que tienes que contar. Pero tampoco dedicarme exclusivamente toda mi vida ya a eso, a criar a hijos y ya está, ¿no? Pero, sí, que si vas a tener hijos plantearte: «Puede ser que no me cojan en cierto... que en cierto tiempo no me cojan para trabajar. O, puede ser que necesite atenciones por lo que sea». Entonces tienes que plantearte eso por si sucede que un año se te vaya, tienes que planteártelo. (Alicia, E6)

También, se estudia con detenimiento cuál puede ser el momento más oportuno para poder plantearse un embarazo, postergando el deseo de maternidad, incluso contando con una red familiar de apoyo o con recursos económicos para contar con ayuda remunerada, como relata Manuela en el *verbatim* citado más arriba (véase epígrafe 8.1.).

8.3.1.3. Modelo nuevo: hacia la corresponsabilidad

En las últimas décadas se han producido cambios perceptibles¹³ en la participación de los hombres en el trabajo no remunerado en general, y en el cuidado de los hijos e hijas en particular, sobre todo entre las generaciones más jóvenes. Sin embargo, aunque el modelo de familia con dos salarios tiende a convertirse en norma en Europa, ello no significa que el modelo sea la familia de doble carrera profesional. Se habla, por ejemplo, del modelo de familia de proveedor y medio, con lo cual si bien se ha producido un acceso generalizado de las mujeres al mercado laboral, y ello atenúa su dependencia económica de los ingresos aportados por su pareja o cónyuge, no es tan sencillo lograr que desaparezcan las desigualdades (Letablier, 2007: 80). Parece ser que los cambios en los patrones de trabajo remunerado en relación con el género no se acompañan de modificaciones significativas en el ámbito doméstico-familiar: no hay un salto hacia los trabajos y las responsabilidades compartidas. Las mujeres desempeñan la mayor parte de las tareas que se engloban en el trabajo doméstico y los cuidados así como también asumen la responsabilidad sobre estos (Carrasco, 2003; Carrasco et al, 2001; García Saínz, 2003). Esta situación se mantiene incluso cuando las mujeres trabajan de forma remunerada y a tiempo completo (Tobío et al, 2010).

Así, la proporción de familias en las que el hombre asume parte de las tareas domésticas y de cuidado de sus hijos es actualmente mayor que hace unos años, algo que a menudo afirman las mujeres mayores entrevistadas al comprobar cómo el comportamiento de sus hijos en el hogar ha cambiado considerablemente respecto al de sus cónyuges o parejas (Tobío y Martín Palomo, 2003). Es algo que incluso las abuelas que han vivido un contexto muy diferente para ellas o para sus propias hijas, aceptan como lo más razonable, es una cuestión de derecho, de justicia:

- Dicen que los hombres ahora le ayudan mucho a las mujeres, que hacen todas las cosas.
- ¿Eso a usted qué le parece?
- Hombre, deben, porque, si la mujer está trabajando. Porque, los mismos derechos tiene la mujer que el hombre, ¿no? [...] Yo veo bien que su marido le dé una mano a su mujer, que para eso lo está trabajando. Si está trabajando, pues, entre los dos y,

¹³ Como prueba de este enorme cambio destacaremos que, según datos del Colectivo Ioé, el número de mujeres que se dedican a tiempo completo al trabajo doméstico-familiar y a los cuidados de los miembros de su familia (las denominadas amas de casa), entre 1975 y 2000 ha descendido en un 32%, siendo mayor el descenso entre 1985 y 1990 (2001). Así, se ha ido produciendo una “jubilación” progresiva de familias tradicionales basadas en la división sexual de roles y esferas (pública / privada) que Jane Lewis denomina declive del modelo del *male breadwinner*. (2001)

si no está trabajando, pues, que se quede allí con los hijos. Porque los hombres algunos hasta limpian.

- ¿Eso qué le parece a usted?
- Muy bien. Hombre, el mismo derecho tiene. (Consolación, E25)

Hay algunos indicios de cambios en las generaciones más jóvenes, a la generación de sus padres les daba asco cambiar los pañales y ahora hay muchos padres jóvenes que cambian pañales sin problema o bañan a sus criaturas. O, se sorprenden ante la actitud de sus cónyuges que ahora, como abuelos, descubren la ternura en la relación con sus nietos, juegan con ellos, los llevan de paseo, algo que no hicieron con sus propios hijos e hijas. De todos modos hay excepciones, pues se ha encontrado el relato de una de las abuelas entrevistadas, de las más longevas, que cuenta como su marido era el que se despertaba por la noche cuando lloraba su hijo, siendo ama de casa a tiempo completo, en el marco de una familia tradicional:

- Cuando el niño lloraba por la noche ¿quién se levantaba a atender al niño?
- Solía cogerlo mi marido, ponerlo en el medio y le ponía el pecho a la boca y se dormía en medio los dos.
- ¿Era su marido el que se levantaba?
- [*Risas*] Nada más sabía hacer que cogerlo de eso, cómo lo llaman, un... una cunita de madera de aquellos tiempos. Y él lo cogía. Y le daba. Porque yo, a veces, no me enteraba que lloraba.
- ¿Usted no se enteraba? ¿por qué? ¿dormía usted bien?
- Él, sí. Él era muy fino [*risas*]. (Antonia, E13)

- Yo veo que eso es una cosa de dos, yo creo que es de dos. Ahora, que también veo que si la madre es una persona que puede llevar el tema pues siempre están mejormente que con los padres, eso normalmente es así. En mi generación por lo menos es así, siempre estamos más pendientes de los hijos que el padre, no es por nada, sino porque el padre siempre con los trabajos y esas cosas, aunque ahora el hombre trabaja igual que la mujer, o sea la mujer trabaja igual que el hombre. Pero no sé, en mi generación que la mujer no trabajaba tanto, siempre la mujer ha sido la que se ha ocupado más de los hijos que el hombre. [...] Entre los dos, entre los dos, entre los dos porque las cosas están muy distintas. Hombre, si tú sales a la misma hora que sale tu marido, no te lo va a dejar a ti todo tu marido, pues veo que lo tenéis que llevar entre los dos. Y hacer las cosas de la casa entre los dos. De otra manera es que no hay, eh, y que cuando venga él, pues... (Carmina, E8)

- Pienso que, primero, que el cincuenta por ciento debería de ser [*participación del padre en el cuidado de sus descendientes*]. Pero eso tienen que pasar muchas generaciones. No sé si la de mis hijos, que ya los estoy yo intentando educar para que sean de esa manera, lo sería. Seguramente, sus hijos sí estará ya el mundo más equiparado, pero de momento. (Natalia, E3)
- Yo con mi pareja, además es algo muy importante, yo no quiero que me ayude yo quiero que comparta la responsabilidad, que es lo que quema realmente a una persona, el tener la responsabilidad y el tener todas las... O sea, las tareas que tienes que hacer, o todas las ideas de lo que tienes que hacer, lo que tienes que realizar. Yo no quiero que me ayuden, yo quiero dar un paso más en ese sentido. No sé si lo conseguiré, pero desde luego lo voy a intentar. Es muy difícil, pero también es muy cómodo a veces hacer las cosas y no mandarlas hacer, porque no te guste cómo las hagan, y yo qué sé, eso sí lo tengo claro. Yo en ese sentido sí lo tengo muy claro, de cómo sería la educación de mi hijo. (Ana, E9)

También se detectan indicios de cambio en los discursos de las entrevistadas, por ejemplo, Natalia (E3) narra como su padre en su segundo matrimonio participa activamente en el cuidado de las criaturas:

- Cuando tenías algún tipo de duda o algún tipo de dificultad... ¿a quién recurrías?
- A mi madre o a mi padre. Mi padre también. Mi padre es muy niñoero.
- ¿También?
- Sí, sí. De hecho mi padre, su pareja no ha tenido nunca niños. Y yo le dejaba a Pedrito, a lo mejor, en feria de Sevilla. Además, que están aquí al lado. Y nosotros somos súperferiantes. Y entre los dos se lo dividían. Y cuando Pedro iba a casa... Pedro o Julio o cualquier bebé, va a casa de mi padre, Elena sabe ponerle los pañales ya porque ha aprendido de mis hijos. Pero ahí era todo mi padre el que hacía, lo bañaba, le daba el biberón, la papilla, no sé qué... Porque él ha bregado mucho con nosotros, el tiempo que ha podido. Mientras no estaba trabajando y, entonces... (Natalia, E3).

En cambio, cuando se trata de cuidar personas mayores y/o enfermas, la implicación masculina se da en mucha menor medida. Es decir, que sí hay algunos hijos adultos que cuidan de sus padres dependientes, lo que ocurre es que siempre que hay alguna mujer disponible en la familia - hermana, hija, madre, nuera, o cuñada de... – será generalmente ella quien asuma estos cuidados.

Hasta el momento, con andamiajes frágiles esta situación se ha ido componiendo con mejor o mayor éxito, pero, ¿hasta qué punto este modelo es sostenible si los

hombres no cambian sus actitudes, sus prácticas? ¿Cómo se va a organizar el cuidado de las personas en nuestra sociedad?

8.3.2. Negociación y conflicto en las relaciones familiares

Los cambios en las formas y dinámicas familiares generan nuevas necesidades y problemas y, por ende, nuevas, diversas e intensas formas de intercambio. Estas, a la par que permiten mejorar la calidad de vida de quienes intervienen en ellas, y producen nuevos modelos de cuidado también ocasionan tensiones, crisis, rupturas y violencias.

8.3.2.1. La familia como escenario de violencia

La violencia está presente en las narraciones de las entrevistadas, sobre todo en aquellas procedentes de clases sociales menos privilegiadas, así como la consciencia de qué tipo de violencia se puede ejercer, hasta qué punto es legítima, cuáles son los límites de lo que se puede aceptar. Al afirmar esto no se pretende sostener que en las clases medias- altas no exista violencia intrafamiliar, simplemente se da cuenta de que las entrevistadas que hablan de dicha violencia son todas de clases populares y el resto de las entrevistadas no han hecho ninguna alusión a este problema. Tal vez precisamente porque se trata de un asunto que, o bien es tabú para ellas o que se atribuye en exclusiva a las clases populares, o lo uno y lo otro.

Le tenía que dar un tortazo

Reflexiones de este tema quedan cristalizadas en el siguiente *verbatim*, en el que una de las abuelas entrevistadas distingue la violencia que ella ha recibido de la que han recibido sus hijos, y marca una clara frontera entre lo que consideraba aceptable y lo que no, en relación con su marido y con sus propios hijos. La violencia verbal para ella es peor que la violencia física. De hecho, María considera que la violencia psicológica puede hacer aún más daño que un golpe, lo que resulta significativo como reflexión de una mujer, abuela, de un medio social popular, en que la violencia física en la familia, siempre dentro de unos límites, sin estar bien vista, ha sido tolerada. Pero no solo en relaciones de pareja, también está presente en las relaciones de madres y padres con sus hijos, en el colegio, o allí donde hubiera relaciones de poder y, por tanto, mayor vulnerabilidad para las personas peor dotadas en este sentido. Tal como se puso de manifiesto desde los primeros años ochenta, parece que primero era necesario que

existiera una conciencia social que permitiera ver la violencia física en las relaciones de pareja, en el ámbito doméstico y familiar, como un problema social, público, para que el maltrato psicológico pudiera obtener también la consideración de problema social, en tanto que este tipo de violencia en cierto modo es más “sutil” en sus formas y, aparentemente, menos visible en sus consecuencias (Martín Palomo, 2001). Sin embargo, para María, que sufrió maltrato físico de parte de su propia madre, y que justifica una bofetada dada a los hijos cuando se supone que es necesario, la violencia verbal resulta menos admisible que la violencia física. En la violencia verbal encuentra el límite de lo que está dispuesta a tolerar para ella y para sus propios hijos:

- Si le tenía que dar un tortazo, sí, se lo daba. Ahora, como no se le dan a los niños tortazos... Pero que yo sí se lo he tenido que dar. A mi hijo mayor, venido del servicio, le di un tortazo porque me dio un grito y eso. Qua, que me grite, me mata.
- ¿No dejaba que le gritaran?
- A mí no, eso de que, que me... Y que mi marido me grite, me hubiera gritado. Le temía gritarme, se tenía que quedar callado.
- ¿Le gritó alguna vez?
- No, no me ha... me grita. Una vez empezó a... Y digo: «Ssshshsh. La primera vez y la última». Y ya no me ha gritado más. Yo eso de, de que me grite, eso lo... Pero es que, me caía pero malamente. Eso es lo que yo hacía por los niños. Pero que los niños tenían que estar a la hora que llegaba el padre, tenían que estar aquí, si no, ya le daban.
- O sea que le tenían...
- Estaban bien educados, educados. Y aunque viniera ‘mareado’ [*su marido*], le hacían caso, no le contestaban. (María, E16)

Con este relato, la entrevistada pone de manifiesto que la vida familiar puede estar atravesada por diversas formas de violencia. De hecho, narra como ella misma recurre a una bofetada cuando lo consideraba oportuno y no da muestras de avergonzarse de ello, le parece lo más natural. Más adelante, también cuenta como su propia madre golpeaba a sus hijos y como este era el motivo de los mayores desacuerdos y de las discusiones que mantenían su madre y su padre, quien no aceptaba estos malos tratos. María interpreta una negociación con su marido como un sinónimo de conflicto y de violencia y, por tanto, en la relación conyugal evitaba la discrepancia, excepto cuando su marido traspasaba un límite que a ella le resultaba inaceptable: el grito.

No se han encontrado en los discursos de las entrevistadas alusiones a malos tratos a las personas mayores en el marco familiar más allá de las acusaciones de

supuesto “abandono” de los más desvalidos en residencias de ancianos. Tampoco se ha abordado este tema por parte de la doctoranda en las entrevistas, dado que no estaba en el foco de la investigación: ha salido cuando las entrevistadas así lo han querido tratar. La violencia intrafamiliar es un tema del que se suele hablar muy poco (Martín Palomo, 2001), por el tipo de estudio realizado no es muy probable que este tema emergiera.

8.3.2.2. Figuras de autoridad y democracia

Es posible identificar estos aspectos claramente en las múltiples referencias al papel del padre como máxima autoridad en la familia en la socialización de los menores. En la generación de las abuelas, esta autoridad se considera indiscutible y las mujeres – como madres- refuerzan este modelo, ocultando, por ejemplo, determinados hechos con la intención de proteger a sus descendientes y de reservarse una figura última de autoridad para cuando sea menester. Así, un hijo que se salta ciertas reglas de comportamiento, si la madre considera que no son de gravedad, le sanciona con una regañina o un pequeño castigo pero no involucra al padre, que permanece ignorante de lo que ha sucedido. La madre protege así al menor de la ira del padre, a la par que refuerza su autoridad: solo cuando juzga los hechos como graves la madre introduce al padre como autoridad última para que establezca el castigo que considere adecuado a un comportamiento considerado como más peligroso. Así es visible cuando María (E16), narra cómo intenta evitar que su marido golpear a sus hijos:

- Yo lo que no quería era que les pegara delante mío. Me disgustaba porque yo, me disgusta cuando se pega, porque yo he estado en el colegio, a mí me han pegado. Y yo eso de pegar, mi madre pegaba mucho. Y mi padre le hacía muy mala gracia que pegara. Esa es la falta que tenía mi madre, y eso. Y siempre las peleas que mi padre ha tenido con mi madre ha sido que ha pegado mucho. Y ya está. Y a mí me hace muy mala gracia que se pegue, a mí me parece que se me encoge aquí en el pecho, un algo en el pecho, o, o, o que se me encoge el pecho o el corazón... yo no sé.
- ¿Cuando su marido les pegaba a los niños usted lo llevaba mal?
- Sí, cuando hacía algo, sí le pegaba. Hasta, hasta con la correa. Al grande lo ha puesto derecho. Dice: «Yo lo que le tengo que agradecer los palos que me ha dado». Digo: «No haya sido ». Ahora no se les da los palos, si tú... Él te ha dicho: «Tú no te juntes con esta persona, que son personas que no dé...». Y tú te juntas. Se entera, te pega, claro que te pega. Pero esta gente no han sido... Y la grande, la grande se fue una vez a la esquina. Y llega del bar: «Y, ¿la Mari?». Y digo: «Yo qué sé, ha desaparecido». Cuando, cuando se sale, llega, cuando llega, le dio un

bofetón. Y otra vez que venía con el novio en una moto, y no era tarde, el bofetón se lo ganaba.

- Cuando su marido le pegaba a los hijos, que no le gustaba nada, ¿qué hacía? Lo hablaba con él, o ¿cómo hacía?
- No, no, yo no he peleado nunca con mi marido, eso sí que no, eso lo pueden decir mis hijos, yo no... Yo no he peleado más que, que no me gustaba que le pegara, y ya está. (María, E16)

Era todo muy delicado

Las abuelas describen cómo en la relación con sus padres y, posteriormente, con sus hijos existía una mayor autoridad de la figura paterna que en el momento actual. Esta autoridad queda sintetizada en la figura del “respeto”. Sin embargo, pese a que las entrevistadas dan muestras de los cambios individuales en el papel de los padres en las familias, que se caracterizan por una progresiva democratización, en todas las entrevistas el padre está presente como una figura fuerte, casi arquetípica, a la que se recurre cuando hay problemas, y en este sentido, es la figura última de autoridad. En la segunda generación se inicia una progresiva transformación de esta figura, dando paso a diferentes modelos de paternidad y autoridad que bien se pueden calificar como “modelos de paternidad en transición”, para, en la tercera generación, dar paso a figuras paternas más cercanas, amistosas y afectivas, en suma, más democráticas. No obstante, en cada generación conviven rasgos de la figura mítica de autoridad, incluso de violencia, o bien se descubren velados signos de ternura. Así lo relata Consolación, una de las abuelas entrevistadas (el interés de la cita justifica su extensión):

- ¿Él se encargaba de algo de los niños?
- No.
- ¿De nada?
- No tenía tiempo.
- Cuando los niños tenían algún problema o tenían alguna cosa que les preocupara, ¿a quién recurrían...?
- Hombre, su padre les reñía a los niños, como es natural, de cualquier cosa, claro. [...] Los niños obedecían a su padre, como es natural...
- ¿Y a usted?
- Y a mí también, pero al padre más.
- ¿Al padre más?
- Hombre, le tenían más respeto que a una, vamos, no es que tuviera sino que los padres no son las madres.
- ¿Cómo son los padres en diferencia con las madres? Cuénteme...
- [Silencio].

- ¿Cómo son?
- Hombre, varía siempre, las madres no es como los padres...
- ¿En qué varía? Cuénteme algún ejemplo.
- Hombre, un ejemplo, le voy a poner un ejemplo que pasaba. A lo mejor tenía yo la mesa puesta para... Estaban los niños jugando en la calle, a lo mejor, yo les llamaba y no me echaban cuenta. Pues salía el padre y los llamaba y ya estaban aquí. Es un ejemplo.
- ¿Al padre a la primera?
- Claro. [...] Los padres tienen un poquito de más respeto.... No sé, digo yo.
[Silencio]
- Si alguna vez usted no estaba de acuerdo con su marido, con lo que su marido pensaba hacer con los niños y eso, ¿cómo hacían?
- Yo lo que dijera él se hacía, no tenía por qué decirle. Yo sé que él hacía y no tenía por qué irle a la contra, ¿comprendes?
- Entonces, ¿lo que él decía es lo que se hacía?
- Eran condiciones de él, tenía que... Él quería sus cosas todo con condiciones y todo muy derecho. Y no tenía por qué decirle yo nada. Porque él sabía bien lo que hacía. Y yo confiaba en él.
- ¿Usted confiaba en él?
- [asiente].
- Era para saber cómo eran antes las cosas entre las parejas...
- Claro [...] Nos llevábamos muy bien los dos, hasta que él murió, no puedo decir más [risas].
- ¿Se querían mucho?
- Sí que nos queríamos mucho. Yo es el único novio que tuve. Y él se portó muy bien. Me miraba muy bien, no tenía por qué tener nada con él. Hombre en el matrimonio siempre discute una cualquier tontería pero eso no tiene importancia.
- ¿Por qué cosas discutían?
- No, no me voy a acordar ahora, de cualquier conversación, de cualquier tontería... ¿Ahora mismo me voy a acordar yo de lo que era?, ¡chiquilla!?
- Además, para qué se va a acordar de las discusiones, si se acuerda de las cosas que le gustan más, ¿no?
- Ah, ah, una vez me dice la madre: «Mira, voy a mandarte a Margarita para que tenga cuidado con la niña o con el niño o con lo que fuera». Y claro, era la hora del almuerzo a mediodía [risas]. Y digo: «Margarita ándale allí a, al bar y dile a tu tío que venga a almorzar». Y cuando vino, porque era un hombre que no le gustaba... A él le gustaban las cosas... Y eso estuvo feo. Y cuando llegó, dice: «Que sea la primera y la última que tú me mandes a llamar de un bar». Porque eso estuvo feo. Que ya yo, yo sabía que no tenía que llamarlo más. Que yo lo que quería es que

viniera a almorzar. Digo: «Niña, dile a tu tío que venga ya a almorzar». Que le dio a él vergüenza que lo mandara llamar. Es que antes era todo muy delicado y todo tenía que ser muy derecho. No es como hoy, hoy no hay ese respeto y esas cosas... ¿hay o no hay?

- Usted conoce mejor la diferencia que yo.
- Es que yo comprendo que antes había que estar muy derecha y ahora está todo el mundo torcido.
- ¿Le parecía bien lo de antes?
- Hombre, por un lado me parecía bien, por otro lado, veo que la vida se vive mejor que antes, pero esas cosas de antes eran muy bonitas.
- ¿Le gustaba todo eso...?
- Claro que sí. Ese respeto que había y esa cosa que había, no la hay hoy. Hoy está la vida muy mala y, antes, había menos pero se vivía de otra forma. Está muy bonito. Lo mismo en el marido que en los hijos que en todo. (Consolación, E25)

Las mismas obligaciones

De este modo, se habla de otro tipo de respeto, a los valores familiares, con los que se define un buen modelo de educación, la consideración de unos miembros de la familia a otros (Pharo, 2001). Son aspectos que se consideran centrales entre las entrevistadas que integran tríadas de clase media-alta, como afirma Encarna, una de las abuelas:

- Más pendiente, la madre, porque es la que más está en contacto con ellos, pero no quiere decir esto que el padre no tenga las mismas obligaciones. El padre debe de tener las mismas obligaciones. Y el mismo cariño, y el mismo respeto. Y respetarlos también a los hijos. Porque, no solamente nos tienen que respetar a nosotros, tenemos que respetar su... sus opiniones, sus charlas. Y si vemos que no están... Que no van por buen camino ya tenemos que salir al paso y decirles que eso no está bien hecho, pero... (Encarna, E28)

Le tengo mucho respeto

Sin embargo, en la generación de las madres, cuando se mantiene este papel es más como un juego - en gran medida se da por carecer de referentes de formas de autoridad menos violentas o jerárquicas -, que con la firmeza y rotundidad en que se da este papel autoritario y jerárquico del padre en la generación de las abuelas entrevistadas. También en la generación de las nietas es perceptible en los discursos de las entrevistadas como existe una relación más igualitaria entre mujeres y hombres incluso

para ejercer la autoridad moral última, tal como relata Ruth, una de las nietas entrevistadas.

- Lo que pasa que siempre... O al menos, aquí en mi casa, la figura así más de esto es la de mi padre, ¿no? Con mi madre podemos hacer un poco lo que queramos, ¿no?, digámoslo así. Le damos la vuelta y al final, pues... Pero mi padre ya es la figura. Yo a mi padre le tengo mucho respeto, ya la, mi hermana ya no ¿sabes? Por eso te digo que esa generación es todavía peor [*risas*]. Mi hermana ya no le tiene tanto respeto, digo: «Coño si es mi padre». Mi padre aparecía por la puerta y ya... Pero vamos que mi padre no nos ha tenido que pegar nunca ni nada, eh, que solamente con que dé una voz y diga: «¡Ruth!». Y ya te *acojonas*, ¿no? Dices: «Sí, vale, vale». (Ruth, E18)

Efectivamente, a través de las tres generaciones estudiadas se ha podido identificar que los cambios que han experimentado las familias (descritos brevemente en el Capítulo 2, *supra*) tienen un fuerte eco en las formas de involucrarse en el cuidado de sus criaturas por parte de los progenitores. Por ejemplo, la expectativa de comportamiento en relación con los padres como figura de autoridad ha ido progresando hacia una mayor democratización de las relaciones con sus cónyuges y con sus hijos. Así, “ese respeto que había”, del que hablan las abuelas y algunas madres entrevistadas, teñido de temor y en ocasiones con entreverados rastros de violencia (coacciones, amenazas, y también violencia física), pierde progresivamente vigencia como valor moral, como norma de comportamiento, para pasar a tener un mayor peso aquellos discursos sobre las relaciones más igualitarias entre diferentes miembros de las familias, hombres y mujeres pero también padres e hijos. Y empieza a cobrar valor, asimismo, la figura de los hombres cuidadores, sean padres, abuelos, parejas o hijos.

El padre ponía orden

Es el diálogo intergeneracional, y en él la confianza, la negociación, lo que va ganando peso progresivamente, primero entre las generaciones de abuelas que, en gran medida gracias a su mayor autonomía económica por desempeñar trabajos remunerados han tenido una relación más igualitaria con sus cónyuges (v.gr. Felicidad, Concha o Consolación, entrevistas E1, E4 y E25, respectivamente); pero también, estos discursos más igualitarios van calando entre las madres entrevistadas, incluso las más jóvenes (v.gr. Mary, entrevistada E17), aunque se mantenga cierta mítica en torno a la figura de autoridad que representa el “padre”:

- Si yo no podía, pues el papi.

- ¿Si tú no podías qué...?
- Yo sí, por ejemplo, decía, pues... O a lo mejor, no me hacían caso en algo, bueno pues: «Cuando venga el papa pues se lo...». Y el padre ponía el orden. A él le tienen mucho más respeto que a mí, yo soy mucho más blanda. Además le digo, a lo mejor, pues, un suponer: «Pues, no vas a salir». Dice: «Bueno, ¿me vas a dejar?». «Bueno, venga, vete». (Mary, E17)

Las responsabilidades tienen que ser para los dos

En relación con el cuidado de la descendencia, las entrevistadas consideran que tanto hombres como mujeres tienen la misma responsabilidad, pero en tanto que se mantenga vigente el modelo del ganador de pan, el cuidado concreto y cotidiano recaerá inevitablemente sobre las mujeres, tal como expresa Juana:

- Tiene mi marido mucho tiempo libre. Un padre que esté trabajando todo el día, que llegue reventado y que la madre no trabaje, pues, le dejará más responsabilidades del niño a ella.
- ¿Sí?
- No responsabilidades, más que los... Más cuidados. Las responsabilidades tienen que ser para los dos. Porque yo eso de que cuando tu padre venga... A mí eso me da mucho coraje. Porque a la madre la tiene que respetar también. (Juana, E27)

8.4. Perpetuar el mundo común

En este capítulo se han analizado las percepciones de las entrevistadas sobre los cambios en las familias y su impacto en el cuidado de sus miembros. La extensión vertical y temporal de las familias que caracteriza a la modernidad tardía en las sociedades desarrolladas genera nuevas formas de relación, nuevas necesidades y problemas y, por ende, nuevas, diversas e intensas formas de intercambio. El sistema que aseguraba el cuidado de los más vulnerables y dependientes está cambiando, en buena medida empujado por los cambios demográficos y sociales descritos, y esto genera retos para sus familias, especialmente en el caso de las de clases populares, que cuentan con menos recursos económicos para poder buscar sus respuestas en el mercado y, que por tanto, dependen de las respuestas públicas y de cómo se organicen sus redes familiares combinando unos y otros recursos para cuidar de los suyos. De hecho, la red familiar cobra un enorme protagonismo en relación con el cuidado. Tenerla en cuenta permite hacer visibles las relaciones de solidaridad entre mujeres, especialmente entre abuelas, madres e hijas, pero también con frecuencia entre otras mujeres de la parentela, como primas, tías, sobrinas. E, igualmente, permite ver cómo empiezan a participar los

hombres en el cuidado de sus familiares, y pese a que hasta el momento no han tenido un gran protagonismo, se detectan ya en la tercera generación, también en algunos de los abuelos más jóvenes, indicios de cambio, en relación con el cuidado de su descendencia. Esta conciencia de la *dependencia intrínseca* que atraviesa las relaciones entre los miembros de la red familiar se trasluce en los discursos de las entrevistadas, que saben de la fuerza y de la potencialidad que encierran estos vínculos, y se esfuerzan por organizar tácticas que les permitan vivir más cerca de aquellos familiares con los que mantienen o pretenden mantener una relación estrecha. En todas las tríadas estudiadas se da cuenta de estas relaciones, de las responsabilidades contraídas, de una gran intensidad de intercambios. Las mujeres de todas las generaciones son muy conscientes de cómo funcionan estos sistemas de intercambio y de apoyo mutuo, sus ventajas e inconvenientes, cuentan con ello para su vida cotidiana, y lo tienen presente en sus proyecciones hacia el mañana. Todas ellas sopesan y valoran sus recursos presentes y futuros, estudiando con detalle con qué y con quién se podrá contar; se esfuerzan en construir, mantener y reforzar estos lazos, y cuidan de ello en su día a día, perpetuando su mundo común. Es una suerte de contrato tácito que compromete a compartir todo lo que traiga el porvenir a las familias, un pacto entre generaciones de mujeres.

Capítulo IX.

COMPRENDIENDO EL CUIDAR

Albert se dio cuenta de que el simple acto de determinar la hora a la que ocurría un suceso – como el paso de una onda de luz o de una locomotora – estaba plagado de problemas epistemológicos y suposiciones. Estamos acostumbrados a pensar que las cosas ocurren en el mismo instante en que las vemos, como si la transmisión de la luz fuera instantánea. La luz es rápida, pero no infinitamente rápida, y su velocidad enmascara la extraña elegancia del mundo

Overbye, 2005:220

La sociedad de mercado condensa toda la emoción del mundo en esos setenta metros cuadrados que compartimos tan intensa y apretadamente. Allí, la razonable discusión sobre el presupuesto familiar se mezcla con el amor y el deseo y la tensión acumulada en una larga jornada laboral amargan la tortilla y cierran los ojos antes de tiempo.

María Jesús Miranda, 2007: 834

Considero el amor como un microcosmos privilegiado para dar cuenta de los procesos de la modernidad, pero a diferencia de ellos, no vengo a contar la historia del triunfo heroico de los sentimientos frente a la razón ni la igualdad de género frente a la explotación de la mujer, sino un relato mucho más ambiguo.

Eva Illouz, 2012: 17

Introducción

Si el universo del cuidado es complejo para el análisis sociológico, tal como se señaló en el Capítulo 3, *supra*, su estudio en el marco de las relaciones familiares reviste una aún mayor dificultad. Jean Tronto se pregunta cómo ha sido posible que a lo largo de la historia los cuidados hayan sido tan desconsiderados y propone buscar fórmulas que permitan darles visibilidad (2009b). En este capítulo se indaga, a través del análisis del discurso de las entrevistadas, en la complejidad que reviste el cuidado en el universo de las familias y el modo en que se mantiene y reproduce el deber ser del cuidado para las mujeres. Se repara, en esta exégesis, tanto en los indicios de cambio como en las permanencias.

Cuidar implica un saber, un saber discreto y de escasa visibilidad. De hecho, es de esta invisibilidad, o al menos de su discreción, de lo que depende su éxito, en tanto que el cuidado se hace notar cuando algo falla, cuando falta o no se cubre adecuadamente la necesidad que lo motiva y, en este sentido, presenta un déficit cotidiano de reconocimiento (Molinier, 2005: 303). Así, por ejemplo, los medios de comunicación dan cuenta de tanto en cuanto (generalmente, con tono de alarma, “¿dónde vamos a llegar?”), de cómo un descuido en la cadena de cuidados ha podido ser fatal: olvidar a un bebé o un anciano demente en un vehículo, un despiste en una piscina con

una criatura..., y el drama está servido¹. Cada uno de los días en que se trasladó a estas personas o se las vigiló sin descanso se diluye, y es el fallo el que permite hacer visible que hubo mucho cuidado para que ni esto ni cosas menos graves pasaran antes. Es decir, que alguien tuvo que estar muy al tanto de ello, lo cual pone de manifiesto que cuidar es algo extremadamente complejo, que exige de mucha *atención* (¡precisamente uno de los sentidos básicos de ‘cuidado’!)², algo que resulta particularmente difícil de mantener cuando tantos reclamos compiten por captarla en la vida cotidiana de las sociedades modernizadas. Y, tanto la invisibilidad, como la naturalización del cuidado como parte esencial de la identidad femenina, hacen que el reto de comprender el cuidado en los entornos familiares sea aún mayor.

9.1. Dimensiones del cuidado

La propuesta planteada por Rachel Salazar Parreñas es uno de los hilos conductores de la aproximación aquí desarrollada para abordar las complejidades que muestra el mundo del cuidado para el análisis sociológico. Considera esta autora que en la vida familiar hay que diferenciar al menos tres tipos de aspectos (2001: 117): a) Los afectivos, que entroncan con la dimensión emocional de las relaciones familiares; b) Los morales, es decir, aquellos que se ponen en relación con el sentido de lo bueno, lo justo y lo adecuado; y, c) Los materiales, a saber, todos los relacionados con la oferta y el consumo de servicios dentro del hogar. Pese a desagregar estos tres tipos de aspectos para el análisis, se debe señalar que no es tarea sencilla diferenciar cada uno de ellos, como tampoco lo es separar el trabajo doméstico del de cuidado, en tanto que ambos operan simultáneamente. Por ejemplo, una tarea cotidiana, como la de procurar

¹ Algunos ejemplos los muestran estas noticias: “Fallece un niño italiano tras ser olvidado en el coche por su padre durante 8 horas”, <http://www.elmundo.es/elmundo/2013/06/06/internacional/1370519340.html> [Fecha de consulta: 31/07/2013]; “El cuidador que se olvidó de los dos ancianos fallecidos dice que “una llamada” le distrajo”, <http://www.rtve.es/noticias/20100920/detenido-tras-muerte-dos-ancianos-furgoneta-les-llevaba-a-geriatrico/355295.shtml> [Fecha de consulta: 31/07/2013]; “Fallece ahogado un niño en una piscina de Montserrat”, <http://www.levante-emv.com/sucesos/2013/07/03/fallece-ahogado-nino-piscina-montserrat/1012862.html> [Última fecha de consulta: 31/07/2013].

² Sobre este par de conceptos *cuido* y *descuido* se podría plantear una investigación que profundizara en estos aspectos o “cara oculta” del cuidado, es decir, el descuido en varias facetas. 1. Por una parte, el des-cuido como una falta “positiva” de cuidado, es decir, un deliberado no cuidar/se, o no preocuparse, de algo o de alguien, o del entorno; y a su vez, este descuido con dos modalidades, una, más como *actitud* de descuido (con diferentes grados, que pueden ir desde la dejadez o abandono hasta el extremo de la indiferencia), y otra más de *inactividad*, cuyo resultado, de no estar siendo algo o alguien bien cuidado. 2. Por otra parte, el des-cuido como error (humano, muy humano), por inadvertencia, por distracción, por una falla – más o menos momentánea, más o menos accidental o inevitable – de la atención, algo muy propio de la fragilidad y vulnerabilidad que quienes están al cuidado de otras personas comparten en mayor o menor medida con éstas.

manutención a los miembros de la familia, generalmente conlleva que éstos se alimenten conforme a ciertos parámetros de calidad, esté todo “más rico”, y se hace con amor (Martín Criado, 2004; Martín Criado y Moreno Pestaña, 2006), una práctica que está cargada de afectos, de moral e incluso puede significar una marca de estatus.

9.1.1. Las actividades materiales de cuidado

En los Capítulos 2 y 3, *supra*, se han destacado las dificultades que conlleva medir los tiempos en los cuidados en tanto que, generalmente, se prestan de forma simultánea a otras actividades y, además, tienen mucho de anticipación y de preocupación. Es un tipo de actividad en que la dimensión subjetiva, que incluso reconoce la Ley de Dependencia, LAPAD, tiene un peso considerable. Aunque se trate de un trabajo absolutamente necesario, probablemente ha sido y es posible ignorarlo porque las mujeres lo realizan de forma gratuita, “presumiblemente por amor”, cuando la acción se desarrolla en el marco de las relaciones familiares y, se prestan aparentemente al margen de cualquier consideración mercantil. Tanto en el cuidado propio como en el cuidado prestado a otros, la percepción los agentes implicados carga de sentido la acción. Por ello, es tan problemático su medición y valoración en términos cuantitativos, aunque buen número de académicas no han cejado en su empeño de darle visibilidad a través de los números. El cuidado se caracteriza por su contingencia, por su orientación hacia las necesidades de quien lo recibe, por no dejar nada tras de sí, tal como ha descrito Hannah Arendt la labor, excepto la necesidad atendida. Además, más allá del autocuidado, depende de las demandas de los otros, que son heterogéneas y cambiantes. Por tanto, el sentido que lleva prendido la actividad de cuidar se va transformando aún cuando esta pueda ser aparentemente la misma a lo largo de varios años. Así, cambiar un pañal a un bebé o a un anciano, limpiar una escara, cambiar de postura a una persona postrada en una cama, o acompañar a quien no puede hacerlo por sus propios medios, a dar un paseo por el barrio, son actividades que se pueden realizar de muy diferentes formas aún cuando los agentes que intervengan en la acción sean los mismos.

9.1.1.1. El tiempo de los cuidados

La medida temporal de la dedicación a los cuidados no es tarea sencilla, pues además de los aspectos morales y encarnados (Legarreta, 2013), cuidar es una actividad que se desarrolla a la par que otras, en las que la preocupación y la anticipación juegan un papel fundamental, aunque parte de esta anticipación sea estética, es la madre la que se encarga de los aspectos logísticos sea en un plano, sea en otro.

- Me sacrifico de mi libertad. Por ejemplo, yo estoy ahora en un curso, que estoy aquí en esta hermandad, bordando para la hermandad. Y vengo dos días en la semana, mañana y pasado. Y mis hermanas se vienen a estar con mi madre. Para que no se quede sola allí cuando no estoy yo allí con ella. (Juani, E26)
- El padre lo viste pero la que le combino la ropa soy yo.
- ¿Cómo es eso?
- Vamos que le combino, que le digo: «Toma, ponle esto, esto y esto». Ahora, a la hora de irle a comprar la ropa, le compramos los dos, vamos los dos y le compramos los dos. Pero que el padre, a lo mejor, vale, que yo me voy al curso. Por ejemplo, cuando yo me voy y le digo: «Ahí te dejo la ropa». Y le dejo la ropa preparada, la que le tiene que poner. (Juana, E27)

Las actividades tienen el sentido que las personas que las realizan les asignan, por tanto son más complejas que la simple duración temporal (tal como se ha señalado en los Capítulos 2 y 3, *supra*). Si se tiene en consideración el componente subjetivo que atraviesa su consideración tanto por parte de quién los presta como por quien los percibe, es difícil tener un rasero material para dar valor a dichos cuidados.

- Yo he tenido que comer sola porque ella no quería comer. Y, la espero. Espero, porque si me pongo a comer y se quiere levantar, ya no como yo. Me corta la comida. Digo: «Mamá, ¿te vas a levantar?». «Que no, que no». Digo: «Bueno, pues, yo voy a comer»³.
- Y, la vieja no se va. Y, tiene que estar...
- Y, ahora se ha levantado a las cinco. Y, le he dado de comer, o sea que ha terminado de comer ahora. (Antonia, E13, junto a su hija Rosa, que cuida de ella habitualmente)

9.1.1.2. El espacio de los cuidados

Al ser la demanda ajena o la urgencia de dar respuesta a una necesidad que pide ser satisfecha (dar alimentos, limpiar desechos, dar una medicación, cambiar de pañal o de postura...) requiere de una dedicación constante. Dedicación que conlleva una sujeción temporal pero también liga a un lugar, que en el marco de las relaciones familiares, generalmente es el del espacio doméstico. Por tanto, la disponibilidad para el cuidado encierra una gran complejidad al incorporar tanto aspectos temporales, como espaciales y afectivos.

³ Intervenciones de Rosa, hija de la entrevistada que vive con ella y se presenta como su cuidadora principal.

Tengo el amarre de mi madre

Esta disposición, esta orientación a las necesidades del otro puede suponer de hecho, una enorme carga para quienes se responsabilizan de su cuidado, sea en cuanto a tiempos, sea en relación con el espacio. Así, algunas entrevistadas que se encargan de cuidar de personas dependientes hablan tanto de la imposibilidad de tiempo para sí mismas como de poder desplazarse fuera de casa cuando lo desean, como Carmina (E8), Isabel (E20) o Juani (E26), que se sienten amarradas por el cuidado de sus madres. El estar pendientes de las posibles demandas de otra persona, opera como cortapisa para ausentarse del hogar. Ello supone que están, en la práctica, confinadas en el ámbito doméstico sea para estar disponible para una demanda puntual, para un cuidado rutinario, o sea para acompañar a ese familiar mayor que no quiere estar solo, lo que es muy habitual entre las mujeres más mayores que son conscientes de su vulnerabilidad (sobre todo las abuelas nonagenarias como Felicidad, Antonia, Josefa o Consolación, entrevistadas E1, E19, E13 y E25, respectivamente).

- Mi madre lleva ya unos pocos de años que ya no se quiere quedar sola de noche. De noche me refiero ya... Yo tengo mucho avío con mis hermanas. Pero cada una está en su casa. Entonces yo, que... Ahora mismo, llega mi marido y me dice: «Pues vamos aquí o allí». Pues yo tengo que decirle a mi hermana: «Mira, vente que voy a aquí o allí». Y tengo que plantear comida. Que no es como la que está en su casa y dice: «Me voy». «Me quedo». «Me voy». Y yo que soy de poco salir, y tengo el amarre de mi madre, pues, no salgo. (Juani, E26)
- Ya me ata mucho. Pero, bueno, la verdad es que... La pobre tampoco es una persona que de mucho... Te da problemas, en el sentido de que te... Hombre, está muy pendiente que yo esté pendiente de ella y... Pero vamos, los niños me ayudan, está bien, pero te ata. No dejas de... Yo no me puedo ir a muchos sitios. Porque, no puedo. (Marisa, E23)
- Nosotros no somos de salir mucho. Así, a las bodas, a las bodas y así. Y, a lo mejor, ahora en Navidad, sí salgo a tomar un cafelito o algo. Pero vamos... Claro, mientras yo voy a tomar un cafelito se tienen que quedar aquí mis hijas, para tampoco dejarla a ella sola.
- ¿Se quedan con ella sus hijas?
- Sí.
- ¿Sus hermanos suelen venir a visitarla?

- Sí, suelen venir. Pero claro, ellos tienen también sus casas y sus ocupaciones. Pues ellos vienen paseando un ratito y se van. Y aquí estoy yo, aquí estoy yo siempre. [risas] (Carmina, E8)

Las entrevistadas madres, que cuidan habitualmente de familiares mayores, dan cuenta de esta dificultad de poder salir del hogar, desplazarse, si no se ha asegurado antes la cobertura del cuidado. Y ello pese a que sus circunstancias son muy diferentes en cuanto a las posibilidades de hacerse cargo del cuidado de sus madres ancianas: unas son amas de casa a tiempo completo, otras trabajan fuera del hogar familiar; unas cuentan con recursos económicos para contratar cuidado en el mercado, y/o con algún servicio público de apoyo, y/o con la ayuda de otros familiares, mientras que otras no cuentan con más recurso que el que ellas mismas puedan movilizar para desarrollar este trabajo. Quienes pueden comprar este cuidado, se sienten obligadas igualmente a garantizar que se preste adecuadamente, que dé respuesta a las necesidades de su familiar y, por ello, supervisan y apoyan el cuidado que se les presta.

Cuando no hay medios económicos para recurrir al mercado, o bien se cuenta con el recurso de algún servicio público, o bien son otras mujeres de la familia las que actúan como sustitutas de la cuidadora principal. Y, sea para asistir a un funeral, salir a tomar algo con los amigos, ir al gimnasio o dar un largo paseo, tienen que organizarse con hermanas, hijas, madres, primas o vecinas, eventualmente, hermanos o marido, para que se queden junto a la persona que necesita esta atención durante su ausencia. Aún cuando ésta no tenga una situación de dependencia grave, el hecho de que sea mayor es suficiente razón como para que no se las deje solas en casa, tal como comentan Isabel (E20) y su hija Mañuela (E21). A los mayores dependientes solo se les deja en casa solos, como le ocurre a Fernanda (E10) cuando no hay posibilidad de hacer otra cosa, y en ese sentido sería una estrategia extrema, tal como lo define Constanza Tobío en relación con el cuidado de los menores (2005), es decir, no se considera una forma adecuada de cuidar de una persona que lo necesita, pero en ocasiones, no hay más remedio.

Eso estaba muy bonito

Algunas abuelas relatan como con las gasas se apañaba para el aseo cotidiano de sus criaturas, secándolas en casa, “en el cisco” (carbonilla, carbón vegetal menudo), perfumándolas con espliego, en los días más húmedos de invierno, y cómo calentaban la ropa y la cama para que las criaturas no cogieran frío:

- ¿Cómo hacían para bañar a los niños? ¿tenían agua corriente en la casa?
- Se calentaba, se calentaba agua calentita y se bañaban. [...] No es cómo hoy. Se echaba su colonia, también, y sus cosas.
- ¿Por qué no es cómo hoy? ¿cómo era antes?
- Hombre, porque ahora hay más cosas, más... Hay otras cosas más cómodas, hay ahora que antes. Antes había más trabajo para las cosas. Hoy todo es más fácil.
- Usted le calentaba agua calentita y, ¿dónde le bañaba?
- Pues, en una palangana grande, una palangana. Se ponía en un calentador a calentar la ropita, porque estaba muy fría. Ahora no calientan ropa ni nada.
- ¿Antes les calentaban la ropita?
- ♦ Dile como lo ponías⁴.
- [risas] Pues se ponía en una silla amplia, una silla se ponía doblada. Pero no estas sillas, otras que había de costilla. Se ponía una copa, se echaba alhucemas y para que le diera el olorcito a la ropa de alhucemas. Eso estaba muy bonito.
- ¿Alhucemas qué es?
- Alhucemas es como una semilla que huele muy bien. Y salía el humito...
- Ah, ¿se le echaba a...?
- A la copa, a la copa de cisco, una copa de cisco...
- ¿En las brasas?
- Eso. Se le echaba así. Y salía el humito. Y esa ropa la recibía y había un olor buenísimo. Incluso aquí en la estufa se le echaba y olía mucho la casa... Y ahora se le echa *flus-flus*.
- Entonces, ¿la ropa de los niños olía a alhucemas, y se la ponían calentita?
- La copa, cuando les acostaba en la cama, les tapaba la cama. Y cogía la copa, se les calentaba la ropa para que no estuviera fría la cama. Para cuando acostaras a tu niño, calentita.
- ¿Se acostaban en la cama calentita?
- Se les tapaba la cama y con la copita de cisco. Cómo estaba calentita por debajo, pues, te calentaba la ropita de la cama para que mis niños no tuvieran frío. (Consolación, E25)

Ahora, hay todo, todo

Efectivamente, además del componente subjetivo que se menciona más arriba, el modo en que se presta el cuidado, está marcado por el contexto material y cultural. De hecho, son muchas las madres que hablan del importante cambio que introduce en el

⁴ Interviene una de las hijas de Consolación que está presente en la entrevista.

cuidado cotidiano de las criaturas el uso de pañales desechables, de la leche maternizada e incluso del agua corriente, como se ha visto en el verbatim citado más arriba.

- Teníamos una palangana, y allí les bañábamos allí, muy bien.
- ¿Cada cuanto tiempo se les bañaba antes a los niños?
- Todos los días, a la mañana y a la noche. [...] El agua se echaba allí. Estaba así templadita, les lavábamos y se quedaban limpiitas que daba gusto verlas.
- Usted me contaba que tenían que ir a buscar el agua a la fuente, que no tenían agua.
- No había agua, no tenía agua nadie.
- ¿Nadie?
- No, todos íbamos a la fuente.
- ¿Qué hacían?, ¿iban a buscar el agua a la fuente dos veces para bañar dos veces al día a la niña?
- Y, para la casa.
- Y, para la casa.
- Claro.
- O sea que, ¿hacían unos cuantos viajes?
- Sí. Y, esperando. Esperando una cola de gente... Que había cola, ¡que se tardaba tanto! Llevábamos un barreño grande y le poníamos agua para la casa. Antes era otra cosa. Ahora hay todo, todo, todo de hacer.... Antes, no había. (Blanca, E22)

- ¿Tenía seis gasas y con las seis gasas...?
- Con las seis, tenía para los dos.
- ¿Cómo hacía?
- Los lavaba y eso. Tampoco tenía lavadora. La primera que compré era de estas que daba vueltas. Pero, había que cogerlas y enjuagarla. Todo eso, mucho jaleo. Así que..., hasta que ya vino la cosa más mejor. Y, mi marido se colocó ahí, y eso. [*en una fábrica*] (María, E16)

- Eran unas lavadoras que las tenías tú que llenarlas de agua. Tenías, después, que soltarlas el agua en un cubo. Y, tenías, aquí, tenía un rodillo para ir sacando los trapos. ¿Ves? Se sacaban así [*gesticula para acompañar la explicación, simulando extraer algo de un cubo*], y desde allí hasta el rodillo,... Hasta que vinieron ya las otras. Pero, bueno, ya aquello era un descanso, aquello era un descanso. Pero, los pañales y eso no se podían pasar ahí, porque los pañales de los niños estaban siempre que si con las caquitas, que si los colores se iban,... Eso tenía que hacerse en un bañillo aparte. Pero, claro, si lo hacías enseguida, pues, enseguida se te quedaban limpios, los ponías en fin, al sol, y para que se te,... Y, yo tenía una terraza muy hermosa [*risas*]. (Encarna, E28)

Simplemente, tener una lavadora en casa, por muy rudimentaria que esta fuera, aligera mucho el trabajo de las madres con bebés o criaturas más pequeñas. Antes de que empezaran a comercializarse los pañales desechables, los “dodotis” como los denominan en un acto de condensación de marca y producto, fruto del desarrollo de la sociedad de consumo, las madres y las abuelas lavaban las gasas a mano o en la lavadora, cuando este electrodoméstico empezó a ser de uso generalizado, desde los primeros modelos más rudimentarios que obligaban a aclarar y escurrir la ropa a las más modernas máquinas que empiezan a instalarse en los hogares más pudientes, el trabajo doméstico asociado al cuidado de los pequeños que aún no controlan sus esfínteres se simplifica enormemente. Las madres que han utilizado este tipo de pañales son las más jóvenes, las más mayores si llegaron a usarlo fue con sus hijos más pequeños, pero relatan cómo el pañal de usar y tirar supuso un enorme cambio.

- Entonces no había *dodotis*, como hay ahora. A mí no me han tocado. Nada más que, quizá con el niño he tenido algunos. Pero, no eran tan frecuentes como ahora, que son los que se ponen siempre. Y, entonces, pues venga a poner lavadoras, lavadoras y lo que se llevaban las gasas. Eso. Y a lavar y a tender. (Andrea, E2)
- Yo tenía las gasas, todavía no había *dodotis* cuando vino mi Juana. Sus gasas y, también, pues, las lavaba. Pero, las podía echar en la lavadora. Ya había lavadora, ya, era otra cosa. Con mi Juana había que quitar la caca. Pero, que quitaba lo que sea, la tiraba al váter. Y, ya a la lavadora. No cómo ella las cosas que las tenía que lavar en frío [*se refiere a su madre*]. Ya las cosas estaban mejor.
- ¿La lavadora que era cómo la que hay ahora?
- No, no, no. Era otra, era otra. Automática, no. Yo no me gasté para la lavadora automática. Yo ya, después, ya me la compré, más tarde ya. (Juani, E26)

9.1.1.3. Lo que vale cuidar en la familia

El dinero juega un papel ambiguo, como equivalente para materializar los intercambios en las relaciones familiares, cuando este se vincula con el cuidado. No obstante, dependiendo de quién preste y quién reciba el cuidado varía enormemente el modo como se percibe el dinero en dichas interacciones. De hecho, si se trata de cuidar de personas mayores (madres, padres, tíos...) es un elemento que perturba enormemente dicha relación. Pero, cuando se trata de criaturas pequeñas, cambia de signo esta consideración: no hay problema en contratar a un familiar para hacerse cargo de su cuidado, es más se prefiere que sea una persona de la red familiar quién cuide de las criaturas a que lo haga una persona ajena a la familia; tampoco hay problema en denominar “trabajo” a este cuidado.

Ayudábamos una manita, que ella no tenía hermanas

Más allá de los márgenes que deja la cultura del *don*, es complicado dar valor al cuidado en términos económicos: regalar un anillo de oro o un jamón está bien visto, cobrar a una tía o a una madre por el cuidado prestado, no tanto. De hecho, el sentimiento de deuda y de obligación hacia las madres mayores atraviesa la relación madre-hija tanto cuando se trata de los aspectos más estrictamente materiales del cuidado como en relación con los simbólicos: *debe parecer* un don.

Consolación (E25) cuenta cómo ha obsequiado con varios regalos a sus hijas y nueras en agradecimiento por el cuidado prestado. Estos regalos tienen un valor económico considerable para ella que tiene una pensión no contributiva, de alrededor de cuatrocientos euros: un anillo de oro para cada una de las mujeres de la familia que cuidaron de su marido hasta su muerte; un jamón, en navidades, para reconocer las atenciones que tienen con ella a lo largo del año.

- A los hijos, un jamón. Cinco jamones, cinco jamones, todos los años. Digo, todos los años digo: «Veremos a ver para el año que viene si os vais a acordar de los jamones como me muera».
- ¿Cómo hace usted?, ¿tiene usted alguna pensión?
- Yo tengo una pensión, no de las grandes. Pero yo soy la que manejo mi pensión, porque, yo tengo mi cabeza buena. Entonces yo reparto lo que me da la gana y lo otro lo guardo.
- ¿Para comprar los jamones?
- Para comprar los jamones. El día de mis nietos, les doy; el cumpleaños, les doy; la pascua, les doy; y, la feria, les doy. [...] No es pensión grande. Yo le doy a mi hija todos los meses. Porque ella no me va a mantener a mí teniendo yo mi pensión, le doy un tanto para mi comida. Y lo demás lo manejo yo. (Consolación, E25)

Pero, para esta abuela, se trata de un reconocimiento simbólico, no lo ve como una forma de intercambio económico. ¿Qué hace que el dinero tenga tan mala reputación cuando se pone en relación con el cuidado que se presta en el marco de las relaciones familiares? Parece que hablar de dinero, de algún modo, resta afecto, resta amor, según revelan los testimonios de las entrevistadas. Efectivamente, los aspectos del vínculo familiar considerados meramente económicos, tales como una ayuda material o la expectativa de una herencia, quedan semi ocultos en los discursos, da mucho pudor hablar de ello, como si la economía contaminase la relación afectiva pura. No está bien visto que puedan existir intereses materiales en las relaciones familiares y en sus intercambios. Incluso la mera suposición de que pueda existir una transacción económica

puede incomodar y perturbar enormemente. De ello da cuenta la reacción de Juani (E26) ante la pregunta que le formula la doctoranda en la entrevista acerca de sus motivos para cuidar de la tía de su marido durante largos años y, concretamente, si a cambio recibió algún tipo de compensación económica. Juani, por toda respuesta se echa a llorar, afirmando que era su tía y la quería, sin más; seguidamente pasa a evocar los momentos compartidos y la ayuda y el apoyo recibidos por parte de su tía a lo largo de su vida; además, remarca que ayudaba a su prima, que era lo que hoy se denomina en el discurso experto “su cuidadora principal”, a cuidar de su tía pues era necesario más de una persona para poder atenderla. Desvincula así el cuidado prestado de cualquier contaminación económica y lo liga con los afectos y con las experiencias vitales compartidas:

- He tenido una tía, que vivía más abajo. Una prima que no tenía hijos, no tenía hermanas ni hermanos y nosotros le ayudábamos. Pero, vamos, que quien la cuidaba era su hija. [...] Nos llamaba ella. Y la ayudábamos porque mi tía pesaba mucho. Pero ella es la que la cuidaba, mi prima. Nosotras le dábamos una manita.
- ¿Para levantarla y eso?
- Sí, exactamente. Cuando tenía que hacer caca, que la teníamos que sentar, la ayudaba yo. Me llamaba ella. Y ya, yo iba. Y le ayudaba a ponerla en el váter portátil ese...
- ¿Cuánto tiempo estuvo ayudándola así?
- Cuatro años estuvo mi tía en la cama.
- ¿Iba todos los días a verla?
- Sí, porque vive dos o tres casas más abajo que yo. Y lo mismo yo que mis hermanas. Estábamos muy unidas. Y ayudábamos una manita, que ella no tenía hermanas.
- Siendo primas también...
- Sí, nosotras nos hemos criado juntas. El otro día no sé quien... que iba yo con ella... Dice: «¡Uy! ustedes, parecen hermanas». Y dice ella: «Es como si fuera mi hermana». Porque es verdad, ella nos tiene un apego a nosotros y nosotros a ella. Porque mi tía ha sido muy buena. Porque lo que te contó mi madre, que esta madre de esta prima mía, pues sus hermanos fue los que les fusilaron que vivía con mi madre, se han criado como hermanas. Y nosotros, como vivimos en la misma calle, pues, seguimos igual. Cualquier cosa estamos juntas.
- ¿Usted por qué iba a ayudarla, por qué...?
- Yo iba a ayudarla... Me voy a echar a llorar... Porque la quería mucho a mi tía... [sollozo] Por ayudarle, a mi prima. Pero, yo quería mucho a mi tía, también...
- Voy a hacerle llorar [en tono de disculpa].

- No, no estoy llorando [*solloza*]. [...] Pero es que yo quería mucho a mi tía y lo hice porque me vino, me apetecía.
- ¿Le apetecía, le salió hacerlo así?
- Sí. Pero yo es que yo estoy muy orgullosa [*solloza*].
- Ya lo siento.
- No, no pasa nada. Ya está. Es que me he acordado hoy de mi tía Felicidad [*risas*]. (Juani, E26)

Es mejor que mis hijos estén con su tía

Sin embargo, tal como se ha avanzado más arriba, en el caso del cuidado de las criaturas, la transacción económica, si es transparente, no supone ningún problema, tiene legitimidad e incluso se prefiere la opción de contratar a una persona de la red familiar para encargarse de los hijos a hacerlo con una persona extraña. Tal como relata Natalia, el que una persona de su familia, una hermana de su marido, se hiciera cargo de sus hijos le dio mucha tranquilidad, pues hay más confianza que cuando existe únicamente un vínculo mercantil:

- He tenido una hermana de Pedro cuidándome... Viniendo aquí por las mañanas a cuidar los niños.
- ¿Y lo hacía remunerado?
- Remunerado.
- ¿Era como..., un trabajo?
- Sí, sí, sí, sí. Porque ella me dijo: «Pues mira, antes de... Yo, ahora mismo, mi niña ya es mayor. Ya va a ir al colegio». Vamos, ya tenía dos años: «Ya va a ir a la guardería. Y antes de que... Yo ya me pensaba buscar algo, pero, tampoco quiero una cosa así. En fin que...». Y entonces, ella venía. Y decía yo: «Pues, mira, qué mejor que mis hijos estén con su tía que se estén con alguien extraño». (Natalia, E3)

9.1.2. Responsabilidad moral del cuidado

Tal como se señaló en el Capítulo 3, *supra*, en este estudio se toma en consideración la dimensión moral del cuidado al hacer referencia al sentido normativo que encierra la responsabilidad de cuidar de otras personas, de uno mismo, del mundo...

La moral sería el conjunto de normas que regulan las relaciones entre los individuos en sus aspectos más básicos, es decir, aquellas ideas, valores, pautas, reglas, por las cuales las personas actuamos o creemos que debemos actuar. Todo ser humano se ve en la necesidad de dar cuenta de los motivos en que se sustenta, esto es, dar una

explicación o justificación moral del sentido de su acción. Y, siguiendo esta reflexión, en las entrevistas se rastrean dichas justificaciones, así como la forma en que las entrevistadas expresan sus dilemas y contradicciones. Pese al aparente carácter abstracto que tiene hablar de moral, se trata de dilemas muy concretos sobre cuestiones candentes de la vida cotidiana que tocan de una forma u otra a todas las personas, independientemente de su edad, género, clase, lugar de procedencia, o cualquier otra posición social que ocupen. Todas las variables aludidas interactúan de forma diferente en la negociación de los principios morales.

Las normas e imágenes operan en la regulación de las relaciones entre las personas en sus vidas cotidianas, es decir, aparecen como expectativas de comportamiento. Los conflictos se generan en torno a los choques de dichas formas de comportamiento con las expectativas que se han depositado en cada agente. Así, por ejemplo, se supone que una madre debe sentir amor y sacrificarse por sus hijos e hijas. Este mandato no está en cuestión en los discursos de las entrevistadas: las madres siempre aman a sus retoños y se dedican a ellos e incluso, cuando es necesario, renuncian a algunos logros personales de libertad e independencia personal. Lo que está en cuestión es hasta dónde debe llegar este sacrificio del tiempo propio, del autocuidado, de otros trabajos o relaciones sociales por parte de las cuidadoras, madres, hijas, hermanas, cuñadas, nueras, nietas, abuelas. Y dónde se fija la frontera que marca lo que es “demasiado”, tal como afirma Rosario (E12), límites de los que se habla con más claridad y contundencia entre las generaciones segunda – las madres – y tercera – las nietas – entrevistadas. Estos dilemas emergen en los relatos de las entrevistadas, en lo que se dice sobre dichas formas de comportamiento o sobre el valor que se les atribuye, en tanto que estos valores son portadores de significado en la comunicación y se actualizan y recrean tanto en la comunicación como en la acción. En torno al cuidado las líneas de transmisión de saberes y competencias continúan siendo femeninas pese a los cambios que se han señalado en el Capítulo 8, *supra*, sobre la participación de los hombres en el cuidar. Por lo tanto, el análisis de los aspectos morales en el marco de las familias aporta luz sobre algunos aspectos sobre la forma en que se transmiten y negocian entre diferentes generaciones los saberes y competencias sobre cuidado.

9.1.2.1. Cuidar, *como es natural*

Cuando se habla del cuidar, las justificaciones halladas en los discursos de las entrevistadas permanecen vinculadas a un determinado modo del deber ser “mujer”. Un deber ser que liga el cuidado con la condición femenina, si bien, para cada una las tres

generaciones cambia el contenido que da forma a la norma de comportamiento femenina. Este nexo aparece en todas las entrevistas, tanto en el cuidado de los progenitores, como en el de los descendientes, y por él son interpeladas las mujeres en tanto que mujeres. Así, por ejemplo, en relación con el cuidado de las criaturas, pese a que el modo en que las madres se implican en su cuidado varía de unas generaciones a otras, se sobreentiende que “los niños son de las madres”. De este modo, el cuidado de los hijos se convierte en un deber materno. Las madres que, por su actividad laboral, por motivos de salud o porque, al mismo tiempo, deban de encargarse del cuidado de varias personas, pueden desviar la práctica del cuidado a otras, que suelen ser también mujeres, aunque la responsabilidad de su provisión es más difícil que la transfieran. Sí ha sido posible identificar claras diferencias en función de la clase social sobre quienes son las personas que asumen dicho trabajo y qué tipo de relación media con ellas. En los sectores sociales más favorecidos es bastante habitual que tenga lugar este desplazamiento de ciertas atribuciones del cuidado de los hijos al servicio doméstico u otro tipo de personal remunerado. En los sectores populares, cuando este desplazamiento se produce, se deposita en otras mujeres de la red familiar y, en caso de salir fuera del entorno familiar, es un servicio público el que se ocupa de prestar el cuidado que también suele estar muy feminizado (Tobío et ál., 2010). Las abuelas entrevistadas que han cuidado de sus nietos consideran que esta es la mejor alternativa cuando las madres, por la razón que sea, no pueden cuidar de sus hijos, o bien sencillamente les echan una mano para que sus hijas trabajen, descansen o puedan tener un rato de ocio y de esparcimiento. De ello dan cuenta Consolación y Blanca, ambas abuelas que proceden de familias muy humildes:

- ¿Quién cree que debe encargarse del cuidado de los hijos preferentemente?, ¿quién tiene que encargarse del cuidado de los hijos?
- Las madres.
- ¿Las madres?
- Claro.
- Y, ¿si las madres están trabajando fuera, como cuando estaba usted trabajando...?
- Hay, hay guarderías, ¿no? Y los abuelos también que., si pueden. Si pueden los abuelos también pueden hacer un favor, los abuelos. Porque si yo pudiera, yo me, yo cogería a la de mí... a la nieta, a la bisnieta... Lo que pasa es que ya no puedo. La brega es que ya no puedo. Ya para bregar con niños no puedo. Eso sí que no. Pero que, si yo pudiera como antes... Vamos a poner, con sesenta años yo lo, lo, la recogía, la tenía aquí todo el día. Pero, cuando no se puede, no se puede.
- ¿Son las madres las que se tienen que encargar de los hijos?
- Las madres, y los abuelos, los... Pero, y si no pueden los abuelos, una guardería. Hay guarderías para eso. Les dan de comer y todo. (Consolación, E25)

- ¿Quién tiene que encargarse del cuidado de los hijos?
- Pues se debe encargar la madre, se debe encargar, si está. Y si no está la madre entonces... Pero si está la madre, la madre. [...] Si no está la madre [*silencio*].
- Cuando son pequeñitos, ¿quién tiene que cuidar de ellos?
- Yo cuido. Ellos marchaban a la noche a cenar por ahí. Yo los bañaba, les daba de cenar, y los acostaba. Y les contaba, porque iban muchos días que contaba cuentos [*risas*] Para contarle, porque ya no sabía. Me dice Mónica: « ¿Cuéntame los cuentos que nos contabas de pequeñas?». Sí, yo les contaba, se quedaban dormidos, Y, después, me acostaba yo. (Blanca, E22)

Es mejor saberlo antes

Se considera que “es natural” que unas mujeres de la familia ayuden a otras en el cuidado de las criaturas. En todas las generaciones y sectores sociales estudiados se han encontrado discursos similares en torno a lo que se considera que es “normal”: que las madres ayuden a sus hijas en el cuidado de los recién nacidos o cuando las criaturas son aún muy pequeñas, siempre que se pueda hacer, en el sentido de que físicamente estén en condiciones de hacerlo. Así lo relatan Felicidad (E1) y Consolación (E25), dos de las abuelas entrevistadas. Felicidad, de un medio social favorecido, se expresa en los mismos términos que Consolación, de un medio popular: “como es natural”. Felicidad confunde a su madre con su hija en un lapsus que resulta muy ilustrativo de cómo entiende ella el sentido de los intercambios, es claro que las madres ayuden a sus hijas en el puerperio, que se instalen en sus casas o bien que las hijas se instalen en las casas de las madres para ser ayudadas y apoyadas por estas; no importa el sujeto que esté ejecutando la acción, el papel es el mismo y una mujer que recibió ayuda de su madre a su vez la prestará en un momento tan especial a su hija y así *ad eternum*:

- Cuando nació mi hija me venía aquí a Sevilla, como es natural, con mi hija para que me... Con mi hija, digo yo, con mi madre, para que me ayudara. Y estaba con ella. Después, me tenía que ir yo para el pueblo con la niña. (Felicidad, E1)

Consolación describe cómo ha sido fundamental contar con el apoyo, que tanto su madre como su hermana, le prestaron para cuidar de sus hijos mientras ella trabajaba en la pescadería que había puesto su marido en el mercado donde ella iba por la mañana y su marido, por la tarde, una vez acababa su trabajo en el matadero.

- ¿Su madre le echaba mucha mano?
- Hombre, mi madre, claro, podía. Si no hubiera podido, pues, no lo hubiera hecho. Mientras pudo [...]

- Ayudó su hermana también, me dijo, ¿no?
- Sí, mi hermana también. Sí, la más chica ésta, por ejemplo, era la más chica, pues, si yo me iba al puesto, pues, mi hermana tenía el cuidado de ella. Ayudaba a mi madre, como es natural. Vivía en el mismo... pues, la ayudaba a arreglar la niña o lo que fuera. A tener cuidado con ella. (Consolación, E25)

Hablar de lo “natural” en moral puede sugerir que no es posible el cambio. Sin embargo, los conceptos morales no son estáticos dependen de la descripción que damos de nuestras existencias así como de lo que es importante para nosotros en la vida ordinaria, se negocian y se recrean constantemente (Paperman y Laugier, 2005: 15-16). Tomar en cuenta esta consideración cobra especial relevancia en un momento en que se están renegociando y redefiniendo diferentes modelos de relaciones de género, y modelos de maternidad y feminidad, de atribución de responsabilidades en el cuidado, que conviven entre sí, muchas veces de forma conflictiva. La forma en que los individuos sopesan, enfrentan sus conflictos morales y tomas de decisiones en su actuar cotidiano no están dadas (Pharo, 2004c:74) y, por tanto, son un succulento objeto de estudio desde una perspectiva microsociológica.

Ha criado mucho a su hermana

Dichas formas de sopesar las alternativas, de tomar las decisiones se pueden hacer visibles cuando se habla de las tareas más básicas del cuidado de las criaturas. Las entrevistadas, en general, y las más mayores, en particular, muestran una enorme dificultad a la hora de recordar cómo cuidaban a sus hijos recién nacidos y en sus primeros años de vida. Apenas recuerdan el modo como regulaban el sueño, la alimentación, el aseo u otras cuestiones acerca del cuidado de sus retoños. No guardan recuerdo acerca del modo en que desarrollaban estas actividades ni de las dificultades a que tuvieron que hacer frente para criar a sus hijos. Es tal la naturalización que no parece que pueda existir un saber, una competencia..., o una gran diversidad de formas de hacer las cosas para dar respuesta a las necesidades de las criaturas, aún cuando son conscientes de que estas formas han cambiado mucho de unas generaciones a otras. Madre e hija ríen mientras cuentan cómo Juani aprendió a cuidar de su hermana con apenas diez años, y la disposición y actitud que mostraba tan atenta y ayudadora para aprender a hacerlo, mientras que la hermana pequeña de Juani no se implica apenas en las tareas domésticas, así muestran cómo el aprendizaje de tareas domésticas y el adiestramiento para cuidar van de la mano:

- En la época cuando nació Juana no tenía pañales de esos, de *dodotis*.
- No, no, no. Iba con las gasas, mi Juana no tenía *dodotis*.
- ¿Y luego?

- Mi chica, sí. Ya después... A lo primero no, ¿eh?
- No, porque yo doblaba gasas.⁵
- Porque mi Juana ha doblado muchas gasas. Y ha tendido gasas de... Sí, ella me ayudaba mucho. Yo tenía mucho...
- Yo tenía casi diez años ya. Sí, estaba grande.
- Que, mi niña cuando nació... Cuando nació ella, le tendía todas las gasas, me hacía todos los mandados. Sí, ella ha criado mucho a su hermana, sí. Hombre ella ha estudiado y ha estado en su colegio y todo. Pero cuando venía, me ayudaba mucho. A quedarse con ella. Y luego, con los mandados. Lavaba yo y me decía: «Mamá voy a tender». Y me tendía en la terraza todas las gasas (Juani, E26)

Las entrevistadas más jóvenes sí recuerdan cómo les han transmitido este saber desde pequeñas. Por ejemplo, Alicia (E6), una de las nietas entrevistadas, recuerda con nitidez como, con apenas ocho años, su tía ya la estaba entrenado para que aprendiera a cambiar los pañales a un recién nacido a la vez que sostenía que “es mejor saberlo antes”; puede que este recuerdo sea tan claro porque Alicia aún no ha sido madre y representa un misterio para ella la maternidad y está atenta a los detalles para aprenderlo todo.

- Soy la mayor. Y fui prima con ocho años y, verás, cómo fui una niña así muy... según mis tíos, yo, hablaban conmigo cómo si fuera una persona mayor. Y lo entendía bien, y yo me acuerdo. Entonces mi tía, en el momento, me enseñó a cambiar pañales, a dar biberones, a todo, me decía: «Ven para acá, que te voy a enseñar, que es mejor saberlo antes». Y me enseñó. Y es verdad, porque, después, quieras que no, a lo mejor, te llevas unos pocos de años sin coger a un niño, pero yo he cambiado los pañales a Concha,... a todos mis primos. (Alicia, E6)

9.1.2.2. Tensiones en el cuidado

Los intercambios realizados dentro de la red familiar se enmarcan en un sistema de reglas que, generalmente, se basa en un sistema de justicia distributiva entre sus diferentes miembros. Pero, tal como se ha indicado más arriba (capítulo 3 *supra*), lo que se entiende por *lo justo* se negocia entre los miembros de la familia, entre mujeres y hombres, entre las diferentes generaciones. Así, el sentido del deber moral que obliga (en gran medida empujado por el afecto que lo sostiene), en ocasiones es percibido por las entrevistadas como algo que es justo (o bien, a la inversa, que no lo es).

⁵ Intervenciones de Juana, entrevistada E27 que está presente en la entrevista realizada a su madre.

Sin tener ningún problema de nada

Cuidar es una actividad que puede llegar a ser agotadora. Los recién nacidos, los bebés, son muy demandantes en sus necesidades, algunas de ellas muy rígidas, que deben ser resueltas sin dilación pues si no hay una respuesta adecuada a las mismas pueden morir, es tal su vulnerabilidad que dependen totalmente del cuidado de otras personas para la supervivencia. Los recién nacidos, los lactantes, tienen unos ritmos de sueño y vigilia muy diferentes a los de los adultos sanos, se despiertan cada dos o tres horas, por lo general, pues tienen que ser alimentados y cambiados con frecuencia bajo riesgo de sufrir deshidratación, hipoglucemias, tener rozaduras, irritaciones o heridas. Pero, las madres, que generalmente se encargan de atender estas necesidades, sobre todo cuando amamantan a sus criaturas, también tienen sus propias necesidades, de sueño y de descanso, que son muy diferentes a las de los bebés. Además, cuando se trata de un hijo biológico, tienen que recuperarse del enorme esfuerzo corporal que supone tanto el embarazo como el parto. Así que, aún teniendo apoyo y unas buenas condiciones materiales para hacer frente a estas necesidades tan diferentes, cuidar de una criatura lactante puede llegar a ser extenuante y, en algunos casos llegar a tener consecuencias fatídicas sobre el equilibrio, el estado de ánimo y el carácter de quien les presta cuidado con más intensidad, que sin excepción, en este estudio, son las mujeres. Juana, una de las nietas entrevistadas relata la confusión que le produce estar cansada y estresada con su maternidad reciente (se supone que debería sentirse feliz y satisfecha en tanto que tiene todo lo que supuestamente podría desear, pero...). Y, describe cómo tanto su marido como su propia madre le reprochan un cambio de carácter que, según afirman, ha tenido lugar tras el nacimiento de su hijo:

- Ha sido muy mal dormilón por la noche. Muy sano, muy buen comilón. Porque no nos ha dado problemas en ese aspecto. Un niño que de día no ha dado problemas. Pero las noches, la verdad, que han sido... Yo, me cambió mucho por eso. Una casa muy grande. Y eso que no trabajaba fuera, pero la casa es muy grande, de mucha gente. Porque aquí venía... como somos la familia tan cercana y la familia te visita mucho. Y el niño sin dejarme dormir de noche, para nada. Y de día no podía descansar por las visitas, por la casa... Pues entonces, me ha costado mucho trabajo.
- ¿Has estado muy cansada?
- Sí. Y te lo vuelvo a repetir, que he tenido ayuda ¡Uf! Un montón.
- ¿Has estado estresada?
- Sí, he estado. De llorar a cada momento. Me ponía como ahí, como un poco... No depresión, pero... O, lo que se llama depresión posparto. Sí, yo he tenido visitas y,

de buenas a primeras, me tenía que meter para dentro a llorar, como una loca. Sin tener ningún problema de nada. Porque, el niño es muy sano. Yo muy bien. Todo muy bien. Pero claro, la adaptación es...

- ¿Te cambió la relación también con tu pareja?
- Sí. Me ha cambiado mucho. Me ha cambiado mucho, porque antes los dos... Vamos yo sigo unida, por supuesto, a él. Y los dos hablamos todo. Pero, sin embargo, el estrés del niño... Y ya vamos mejor. Pero al principio: el estrés del niño, el estrés del niño, de «¡Ayúdame!» Del niño, del niño, de... De estar yo atacada. Yo estaba muy atacada [*suspiro*]. Estaba muy nerviosa, yo. Yo me lo reconozco. Mi madre me decía: «Te ha cambiado». Él y mi madre, porque es con los dos que más me peleaba, claro, los dos más cercanos, los dos más... Me lo decían: «Te ha cambiado el carácter con el niño». Yo soy una persona muy alegre, que hablo mucho. Yo estaba siempre mosqueada y, muchas veces, sigo todavía. Malas contestaciones, malas caras. Mosqueada por todo. La verdad que me ha cambiado mucho. Me ha cambiado también, totalmente, porque vamos, me tiene loca. (Juana, E27)

Vamos a facilitar esto

Andrea (E2) cuenta, un poco avergonzada, cómo ponía azúcar en los purés de verduras de sus hijos para que estos comieran; se las ingeniaba ideando trucos con los que lograr que sus mellizas tomaran su comida y así evitar la tortura que suponía, para ella, alimentarlas cada día. Pequeñas tretas de las que no da cuenta a su pediatra pues, de algún modo, sabe que éste no lo vería con buenos ojos, ya que se salta con ello algunas normas promovidas por los expertos sobre cómo deber ser la nutrición infantil. Carmina (E8) también cuenta como tenía que ingeniárselas de forma similar y le daba de comer a su hija mientras esta dormía aún a riesgo de que se atragantara:

- Costaba muchísimo. Y como eran dos... Yo recuerdo cómo con las mellizas, tremendo lo de dar con la cuchara. ¡Uy! ¡qué difícil! Además, dos. Ponte a pensar: «Hay que estar relajadita, con una sentada. Venga. Y ahora dejas la otra llorando ahí». Entonces no sabía cómo hacerlo. Entonces, ¿sabes qué?, opté muchísimas veces por coger la tetina del biberón, pegarle un tijeretazo, poner ahí la papilla, un poquito más líquida y ponérsela que se la chuparan así. Y muchísimas veces, le echaba azúcar a la verdura.
- ¿Para qué se lo comieran?
- Se lo comieran. Y se lo tomaban así.
- ¿El médico lo sabía?
- Pues no. Eso, no.
- Su familia, ¿qué le decía?

- Pues: «Bueno, pues... Venga sí, para que se la tomen. Venga un poquito de azúcar. Pues sí quizás, pues, venga». Y se han tomado todo estupendamente.
- ¿Fue una ocurrencia suya...?
- Claro porque es que no querían. Y entonces, digo: «Vamos a facilitar esto». Sí, sí, sí. (Andrea, E2)

- Tú no sabes cómo estuvo comiendo hasta más de tres años. Que, dormida dándole la comida, en una mecedora, me ponía. Cuando yo le quité el pecho, que tenía año y medio, me ponía y la mecía en una mecedora. Y con el chupe... El chupete que tiene, y un poco, y un poquito de la verdura que yo la hacía, la cucharita, cogía otro poquito del yogur. Cogía un poquito del yogur, primero. Y el poquito de comida, después. Y entre las dos cosas, se las introducía con el chupe para dentro. Y dormida se lo tragaba. Así le daba, le di yo de comer hasta que estuvo tres años o más. Año y medio más estuvo comiendo así. Paciencia al máximo. Y cuando ya tenía de tres años para delante que ya dije que ya no comía más así, a fuerza de cuentos, a fuerza de tonterías, a fuerza de pamplinas, de que me voy para allá, de que me vengo para acá, de que esto, de que lo otro. Así comía lo que comía, lo poquito que comía. (Carmina, E8)

Siempre preguntando y, después, tu instinto natural

Los estudios sobre desarrollo moral abordados a partir de los años sesenta por autoras como Nancy Chodorow (1984) o Carol Gilligan (1982), al incorporar las emociones, los sentimientos, en el desarrollo moral, plantean nuevos interrogantes sobre el lugar que puede tener el instinto en la “voz femenina” (véase Capítulo3, *supra*). Una línea de estudios que se desarrolla a partir del debate que desencadenan estas publicaciones, en su vertiente más esencialista, vincula el cuidado con la naturaleza femenina. De hecho, uno de las numerosas discusiones que se planteó en torno a este tema es en qué medida cuidar es, o puede ser, considerado como *una labor de amor* (Finch y Groves, 1983). Ante los riesgos de que estos trabajos consolidaran la idea de que hay una supuesta esencia femenina, desde una perspectiva constructivista no se ha dejado de insistir que “cuidar es ante todo un trabajo” (Molinier, 2008), insistencia que se torna aún más pertinente cuando dicho trabajo se desarrolla en el marco de las relaciones familiares.

Tal como se ha señalado en el Capítulo 8, *supra*, la idea de instinto maternal tiene un enorme calado en los discursos de las entrevistadas de todas las generaciones, independientemente del grupo social de procedencia, así como de cual sea la actividad principal desarrollada. Pero, también, se sostiene que dicha inclinación natural puede ser

modelada: por la cultura, por lo que se aprende de otros, por lo que se lee o por la propia experiencia. En una paradoja aparente, las entrevistadas entrelazan el instinto con la construcción social sobre todo cuando se refieren al cuidado de su progenie. Aunque se escoran hacia uno u otro polo en función de qué tipo de argumento les sirve mejor como soporte a su discurso: cuando pretenden reafirmar sus decisiones, se apoyan en la noción de instinto, restándose con ello responsabilidad ante el riesgo de equivocarse o errar; sin embargo, cuando quieren cuestionar algún precepto o tradición, no están de acuerdo con las recomendaciones de expertos o de familiares o, sencillamente, se quieren permitir el lujo de dudar, entonces ponen el acento en la construcción social. Esta contradicción queda cristalizada en algunas expresiones de las entrevistadas que dan forma a la idea de que el cuidado de una criatura no se puede aprender si no es con la práctica a la par que cuando una mujer es madre, hace las cosas “ya por instinto” o “hay un sexto sentido”, como sosteniendo que sin tener consciencia de ello, este saber hacer ya está inscrito en el ser mujer, en realidad ya supiera qué hacer aún sin saberlo. Y ello es visible tanto en abuelas, como Felicidad (E1); madres, como Mary (E17), Andrea (E2) o Marisa (E23); en las nietas, como Julia (E30). Marisa y Josefina, lo expresa como sigue:

- Son muñequitos. A mí me encantaba bañarlos.
- Sí, pero, ¿cómo se aprende?
- Pues se aprende. Igual que un muñeco, ¿tú no jugabas con muñecos? Pues igual. Sí.
- ¿Sí?
- Sí, sí, sí. Se aprende, sí. Te cambia mucho. O sea tú lo ves muy lejos. Pero una vez que lo tienes, parece que tienes las ideas, que te viene todo ya así... Sí, sí, sí. Yo creo que te sale todo, sí. Igual que... igual que el cariño maternal, que cuando ya estás embarazada ya lo vas teniendo. Pues yo creo que igual las otras cosas, las vas haciendo ya por instinto, por...
- ¿Por instinto?
- Sí, yo creo que sí. (Marisa, E23)

- Eso es un... un sexto sentido que te enseña, a tener cuidado con el agua. Eso es por inercia, cuando era pequeña: «Uy, ¿le quemará el agua? Voy a meter el codo, voy a meter la mano, que tiene la piel más sensible». En poco tiempo aprendes tú sola. (Josefina, E20)

- Está muy claro. Por ejemplo, yo cuando era chica, yo tenía el cuarto al lado. Yo me despertaba y, cuando tenía miedo, iba a la cama de mi padre y me acostaba al lado de mi padre. Yo me levantaba y tenía, me dolía la tripa, y me iba al lado de mi madre. O sea quién me cuidaba era mi madre y quién me protegía del miedo es mi

padre. O sea es que eso. Y, a lo mejor, los dos me daban los mismos cuidados pero siempre mi madre es mi madre. Es que eso, es que lo llevas dentro. Es que el cuidado lo llevas cuidando desde que se empieza a generar, ¿sabes? Y, aunque tú quieras hacer cincuenta por ciento. Yo creo que, la madre sin querer siempre va a dar el cien. (Julia, E30)

Los dilemas en torno a estos aspectos aparecen en los discursos de las entrevistadas bajo la forma de la tensión que se da entre el peso que se asigna a la construcción social de la maternidad y el que se atribuye al instinto, entre lo que se considera que es la naturaleza que impulsa y lo que es o puede ser aprendido. Desde las primeras instancias de socialización, la responsabilidad del cuidado de los otros se va construyendo como un deber moral ineludible, transmitido por madres, abuelas, tías y otras mujeres de la red familiar y de la red de amistad; también la forma en que se debe cuidar se modela a partir de los consejos de los expertos (médicos, matronas, farmacéuticos, entre otros), y de las propuestas y sugerencias que se extraen de libros o revistas especializadas. Sin embargo, no hay modo de saber qué hacer para cuidar de alguien, en sentido abstracto, pues es necesario conocer muy bien a quién se cuida para poder garantizar un adecuado cuidado y eso es algo que solo puede proporcionar la experiencia y el conocimiento del otro. El error forma parte de las posibilidades que encierra la acción (y la no acción). Esta posibilidad permanente de errar, al asumir la responsabilidad del cuidado de sus familiares, sobre todo de aquellas personas que presentan una mayor fragilidad (sea por edad, por cultura o por estado de salud) hace más vulnerable también a quien se responsabiliza de ello. Elena así lo expresa: se aprende a ser madre y a cuidar de recién nacidos con la experiencia vivida, no hay más que el ensayo, el error, y aprender sobre la marcha y asumir sus consecuencias. Cuidar de hijos, cuidar de padres, cuidar de animales, cuidar..., es siempre un proceso de aprendizaje, un aprendizaje continuo que se adquiere en la interacción con el ser cuidado:

- ¿Cómo aprendí a cocinar? A base de poner carne. Albóndigas, que me daban sebo en la carnicería, porque yo no sabía pedir la carne picada. O de hacer unos fideos en una cazuela de fideos con los fideos picados, porque yo no sabía que tenían bichos. Aprendes a base de... Pues, con los hijos, pues es igual, ¿es que tú has estudiado para ser socióloga?
- Sí.
- Pero yo [risas] para ser madre... Si algún día lo eres, eso no te lo van a enseñar, ¿eh? Eso te irá viniendo el día a día y observando a tu hijo. Porque, además, es que lo observas las veinticuatro horas. Y si duerme, porque está dormido, si respira más flojo, si respira mal... Pero es que es así. Y tú sola vas aprendiendo, a conocerlo.

Mi perra tiene doce años, al principio se me ha puesto mala del estómago y he ido al veterinario quinientos millones de veces. Ahora sé qué es lo que le tengo que dar, qué no le tengo que dar, qué es lo que le hace daño, cómo cuidarlo, si le pasa algo qué le tengo que hacer, todo lo aprendes. (Elena, E29)

Estos discursos, llenos de ambigüedades y de dificultades, para dotarse de cierta coherencia intentan articular los imperativos de los diferentes modelos de feminidad y de maternidad que conviven entre sí en las generaciones estudiadas, además de los mandatos cambiantes acerca de qué es lo que puede ser considerado como un buen cuidado. Esta tensión es más clara en los discursos de las madres y de las nietas entrevistadas que en las de las abuelas, quienes sostienen que el instinto tiene un mayor peso como explicación de las diferencias entre hombres y mujeres. Y es visible en las siguientes citas extraídas de las entrevistas realizadas a Elena y Andrea, madres entrevistadas de clase media-alta, y a Juana, nieta, de clase popular, que ha experimentado un considerable ascenso social al casarse con un deportista de elite:

- Yo me compraba revistas. Me compraba el *Ser Padres*. Me gustaban mucho las cosas esas de los niños, hablaba con amigas: «¿Tú cómo lo haces?, ¿tú cómo lo has hecho?». Mi hermana que ya tenía sus niñas. Y entonces, yo le decía: «Oye, Amelia... ». Siempre preguntando y, después, pues, tu instinto natural. (Elena, E29)
- Y el doctor Spock decía, los consejos, era: «Déjate guiar por el instinto, lo que te parezca, que te lo quieres meter en la cama, pues te lo metes, que lo pones en la cuna, pues lo pones, lo que te parezca a ti». Entonces eso me confortaba. El instinto es muy fuerte y eso me ayudó. (Andrea, E2)
- Es lo del instinto, que tú al momento es que aprendes,... Porque yo veía amigas mías cambiarle de pañal y decía: « ¡Ay, qué difícil! ». Y es que tú eso lo aprendes al momento. Los primeros días venían ellas y ahora incluso me manejo yo mejor que ellas. Porque, es que tú el instinto lo tienes y lo aprendes muy rápido. Entonces, al principio me lo bañaban ellas, mi madre y mi suegra. Y eso también, el tema de la higiene, los productos, de amigas y de las revistas. Porque, es que he tenido unas cuantas amigas que todas hemos sido madres una detrás de otra y, entonces... Además, yo me metía mucho en Internet, en páginas que había de madres, y... no me acuerdo los nombres porque hace un porrón. Me metía yo mucho. Mamás, títulos de madres todas las páginas, y tú te metías en los chats, y leías los mensajes, los emails. Y la verdad que, muchos consejos de tus madres. Pero ahí también aprendes mucho, y de tus amigas. Porque somos muy modernas, porque tienes otras. [...] Eso no se puede explicar hasta que no lo tienes. Porque te lo dicen y tú dices: «Ah». Pero es verdad, hasta que no lo tienes no sabes lo que es. Porque, nada más verle la carita y... Estos días que ha estado malo he estado, por

ejemplo, una noche desde las cuatro menos cuarto hasta las cinco y media que se le bajaba la fiebre y no te pesa. Estas ahí al lado de la cuna, y te da igual estar. Porque, es el instinto que traes, ¿no? Y te da igual. (Juana, E27)

Doctorado Honoris Causa en madre

En las propias rutinas más o menos conscientes se inscriben las normas sociales y morales, también las justificaciones sobre dichas acciones. En torno al proceso de amamantar una criatura, sin ir más lejos, se van incorporando progresivamente una serie de normas sobre el *deber ser* del cuidado de los hijos, sobre qué se entiende por *buen* cuidado. Ello pese a que, como se destila en los discursos de las tres generaciones estudiadas, los expertos cambian de vez en cuando sus consignas, por ejemplo, sobre durante cuánto tiempo y con qué asiduidad las madres deben dar el pecho a sus criaturas, y sobre si esta práctica es o no recomendable, cuándo y cómo incorporar otro tipo de alimento, u otros muchos aspectos relacionados con la crianza (baño, regulación del sueño, control de esfínteres, etc.).

De igual modo, cambia el contenido de los consejos que las madres dan a las hijas sobre qué es lo que deben hacer cuando la criatura tiene un problema de salud, de alimentación o de comportamiento. Lo que menos ha cambiado, o se mantiene más estable a través de las generaciones, es el sujeto que adquiere la responsabilidad sobre el cuidado y el bienestar de la criatura: generalmente, es la madre quien debe encontrar su propio modo de hacer bien las cosas, combinando las normas y los consejos que le transmiten sus madres, otras mujeres de la familia, las vecinas o los expertos, con su propio criterio (en muchas ocasiones, expresado en términos de instinto) para prestar un cuidado de calidad. Y, son las madres las que se ven empujadas a tomar las decisiones, siendo ellas, en último término las responsables de las mismas (y, claro está, de sus consecuencias). Aunque, en muchas ocasiones, comparten con sus cónyuges o parejas los problemas y dificultades que tienen, son infinitas las decisiones que toman cada día, construyendo el deber ser del cuidado que se entrelaza con su identidad como madres, y asumiendo que pueden cometer errores - y de hecho los cometen-, precisamente con esos seres queridos, que, sea por mucha o poca edad, o por su estado de salud frágil presentan una enorme vulnerabilidad. De ello es consciente Andrea cuando relata cómo tiene que bandearse ante la avalancha de consejos de amigos, familiares y expertos y cómo finalmente toma sus decisiones, apoyándose en las recomendaciones de un manual publicado por un prestigioso pediatra americano que deposita un enorme poder al instinto, tal como lo entiende la entrevistada.

- A opinar: «No, pues no la cojas. Pues sí, la coges». ¡Qué nervios! Yo ya tenía ganas de irme ya a solas. Que no vinieran a mi casa. Pero luego, claro, cuando me quedé sola en mi casa con las dos, de noche, de día. Y ahora, que hay que acudir a todo. ¡Uf! Entonces fue cuando era tremendo, tremendo.
- ¿Cómo hacía para elegir entre un consejo y otro?
- Pues bueno, después, recordaba que en el libro del Doctor Spock, ese famosísimo pediatra americano. Se ha dicho que se han vendido más libros que de la Biblia⁶. Doctor Spock. Que yo creo que ha muerto ya, pero era famosísimo. Es que yo tenía unos amigos íntimos americanos y me lo regalaron. Me lo regalaron en inglés, porque no había en España. Eso después, mucho después, vino la traducción. (Andrea, E2)

El discurso sobre el instinto, en este sentido, es relativamente tranquilizador para poder hacerse con la gestión del cuidado de sus hijos, pues de algún modo garantiza que una madre no se equivoca, que “sabe” como hacer las cosas, como si de algún modo estuviera inscrito en su código genético. No obstante, son los años y la experiencia los que proporcionan un conocimiento real sobre cómo cuidar a las criaturas. Jugando con la formalidad de un doctorado (culminación de estudios de postgrado) y la “informalidad” de un *Honoris Causa*: “un Doctorado *Honoris Causa* en madre”, como expresa con humor Andrea, tras hablar del pesar que siente por no haber tenido la capacidad de ocuparse de sus primeras hijas, mellizas, que ha adquirido con la experiencia misma de cuidar de ellas, y que le ha permitido poder ocuparse mejor de sus otros hijos e, incluso, de sus nietos y ganar más seguridad en sus acciones:

- Entonces, yo ya era *Doctor Honoris Causa en Madre* [risas]. ¡Estaba chupado de fácil! Y entonces, con Natalia, la disfrutamos, lo mismo él que yo, una barbaridad, una barbaridad. [...] Y entonces, la disfrutamos muchísimo, a Natalia. A Natalia, mucho. Yo es cuando podía: «Le voy a poner un pantalón». «A ver este no, le voy a poner otro». Con las mellizas, nada. El pijama o lo que fuera, cambiarle los *dodotis*, yo qué voy a pensar en esto. [...] Entonces ese es el remordimiento que he tenido yo a veces. Ya se me ha olvidado. Pero porque es que con Natalia, fíjate tú y eso era la tercera niña. Que decían: «Uy, tres niñas». Digo: «Pero, si es que esto es un placer. Una, me da igual». (Andrea, E2)

No tengo obligaciones, ¿cómo tengo tantas?

Una de las nietas entrevistadas, Rosario, expresa el conflicto que mantiene con su madre en tanto que considera que no es justo que le imponga la obligación de hacerse

⁶ S. Hays en su estudio sobre la maternidad señala que los manuales sobre crianza infantil más vendidos en Estados Unidos son los de Benjamín Spock, T.D. Brazelton o Penelope Leach (1998).

cargo del cuidado de sus primos pequeños, — lo que le supone mucho tiempo y energía, así como la sensación de cierta pérdida de libertad y de intimidad —, que es excesivo, demasiado para lo que ella está dispuesta a aceptar. Además, describe cómo esta situación la lleva a enfrentarse a dilemas que le ocasionan grandes sufrimientos, porque, si bien, por un lado, necesita tiempo propio, por otro lado, es consciente de que sus primas precisan de su ayuda para el cuidado de sus criaturas, además de que ella presta estos cuidados con placer y afecto. La combinación de ambas perspectivas la lleva a una gran confusión. El conflicto que enfrenta tiene que ver, pues, con un límite que no logra establecer entre sus necesidades de autocuidado (intimidad, tiempo y espacios propios, sentirse libre de la contingencia de los requerimientos ajenos y sus eventualidades), y las necesidades de apoyo que tienen sus primas para cuidar de sus criaturas (recoger a sus hijas de la guardería cada día, darles de comer, y cuidar de ellas en la tarde, llevarles a las revisiones médicas, o en otras situaciones menos cotidianas e, incluso, a circunstancias excepcionales que requieran su colaboración):

- La suerte que tiene mi prima de tener la *Nanny*, o la *Supernanny*, como yo digo...⁷
- ¿Tu madre es la *Supernanny*?
- Sí, la *Supernanny*. Y la de la *Mininanny*, tienen las dos.
- ¿Tú eres la *Mininanny*?
- Sí las dos, de verdad. Porque yo estoy más tiempo con la niña que mi madre, la verdad. La que le da de comer a la niña soy yo, la que le hace a la niña, soy yo, las cosas. [...]
- Me has hablado de *Supernanny*, me has intrigado...
- [*Risas*]
- Quería saber, ¿a qué te referías?
- Lo de la... ¿No sale la *Supernanny* en la tele⁸? Que es el, la que lo arregla todo y para todo [*risas*]. La *Supernanny* parece que es el hada madrina, ¿no? ¡Pues ahí la tienes!: a la *Supernanny*.
- ¿Es el hada madrina?

⁷ Haciendo un gesto con la mano para referirse a su madre que se encuentra en la planta de abajo en ese momento atendiendo su bar y cuidando de su sobrina.

⁸ La entrevistada se refiere a un programa de televisión que protagoniza Rocío Ramos Paúl, emitido por la cadena Cuatro desde el año 2006. Se trata de una emisión de entretenimiento, que pretende tener un fin educativo, ayudar a padres y madres de familia a educar a sus hijos buscando corregir sus problemas de conducta. La institutriz, que tiene estudios en psicología, no se parece a una “típica” niñera, sino que utiliza enfoques psicológicos de corte conductista para ayudar a las familias. [En línea: <http://www.cuatro.com/supernanny/>. Última fecha de consulta: 27/04/2013]

- Ahí la tienes, para todo. Ahora le está cantando ella a la niña, ¿las escuchas? Ahí cantando que, así que, tiene una paciencia para los niños que no la puede remediar, para todo. ¡Ella es horrorosa para eso! [*Con orgullo*] (Rosario, E12)

Las tensiones, los conflictos vividos entre las demandas familiares y aquellas que impone el autocuidado quedan claramente expresados en el fragmento que sigue de la entrevista mantenida con Rosario, en que se puede observar cómo es la responsabilidad del cuidado de varias criaturas de su red familiar, más que los cuidados mismos prestados, lo que la lleva a tener que elegir entre “estar para sí” y estar disponible para los otros, lo que le provoca una enorme tensión:

- Hay veces que tienes cosas que no te pertenecen. Cuando yo digo: «Pues mira, yo no tengo ni novio, ni perro, ni amante, ni nadie que me...». Es lo que yo digo, que yo no tengo obligaciones, ¿cómo tengo tantas? ¿Sabes lo que te quiero decir? Que muchas cosas que, que no son mías y que se te vienen encima. Y en realidad, pues, relajarme, pues tranquilizarme, pues eso, estar para mí, estar sentada... Que si tengo planes, tengo planes. O que si no, no. O que si quiero hacerme de comer, me hago de comer. Que si no llamo al chino o al Telepizza... Y ya está. Pero nadie me dice lo que tengo que hacer. Y tengo: «Mira, que te dejo al niño. Que te voy a llevar al niño». «Hoy a la hora que llevas al médico al *Niño Sano*...⁹» [*risas*] Y ¡coño! digo: «¡Dios!». [*risas*] [...] Si es que esto es todos los días, haciendo eso, ¿no? Si es que es lo que hago todos los días y ¡no son míos!
- Lo cuentas un poco así como... Te noto ahí un poco ahí, como [*La entrevistada pone expresión de fastidio*] que estás... [*risas*]
- [*Silba*] ¡Muy harta! A veces sí, a veces sí.
- ¿Cómo lo describirías?
- Yo los quiero mucho, verás. Claro si no los viera... A mí esas cosas me... Pero, verás lo que te quiero decir... Si me mandan por ahí, o lo que sea, y no los viera todos los días. De tener todos los días, la gente, todo el día rodeada de gente. Esa soledad, por una parte, me vendría bien. Porque la necesito, porque, estoy demasiado recargada de cosas. Pero por otra, yo estoy acostumbrada a estar con mucha gente. Va a tener su lado positivo y su lado negativo. Es lo chungo que yo le veo. Yo estoy acostumbrada a estar con mi familia a todas horas, mis primas todo el día aquí... Que, llega un momento que te agobia, porque te agobia. Porque lo necesitas. Porque, todo el mundo necesita un rato de tranquilidad. Y de soledad y de, de, de intimidad... Y de muchas cosas que todo el mundo tiene en su casa. (Rosario, E12)

⁹ Se trata de un programa público de seguimiento médico y control del desarrollo madurativo de las criaturas que no presentan problemas de salud. Su finalidad es básicamente preventiva y pretende ser una fuente para asesorar a los progenitores sobre nutrición y hábitos de higiene y salud para el cuidado de su prole.

Rosario, que procede de un medio social popular, vive las contradicciones y tensiones existentes entre dos modelos de familia que chocan. Por un lado, el que da soporte a una cultura familiar que, buscando la supervivencia de la parentela, en un sentido amplio, pone en el centro la ayuda de los miembros de la red familiar entre sí (primos, tíos, sobrinos, etc.), donde ocupan un lugar central el cuidado, los espacios, y los tiempos compartidos, sin establecer límites claros que permitan mantener tiempos, espacios y recursos para el desarrollo de la individualidad. Por otro lado, aquellas culturas familiares que tienen como referente el ideal de privacidad e intimidad que proporciona un tipo de familia “normal”, de clase media que, según relata Rosario, es el que tienen en sus casas sus compañeras de estudios. Esta contradicción, que no logra resolver a lo largo de la entrevista, le provoca mucha ansiedad, tanto es así que incluso le ha llevado a buscar apoyo terapéutico. Acude a la consulta de una psicóloga buscando ayuda y orientación para hacer frente tanto a estos conflictos como a los que tiene con su madre en relación con la forma de vida que desean tener cada una de ellas. Se trata de un problema que efectivamente parece de difícil solución, en tanto que introduce un conflicto de clase, de generación, de modelo de familia y de individualización. Como se ha podido desgranar a lo largo de la entrevista, este conflicto ocasiona mucho sufrimiento a la entrevistada.

9.1.2.3. Descubrir el cuidar: desvelos, valor, afecto

Tal como ha puesto de manifiesto Rosario, cuidar es una actividad que reviste una enorme complejidad y que está llena de ambivalencias. Más allá de la generosidad, del afecto y del placer de poder dar a los familiares el cuidado que necesitan..., hay fisuras, dudas, tensiones y sufrimiento. Así, aun cuando el ideal de familia que se inscribe en una lógica familista, muy extendido en los discursos de las entrevistadas, da un valor en sí al cuidado prestado dentro de la red familiar y, lo enmarca en relaciones de solidaridad e intercambio presuponiendo que dichas relaciones son positivas para todos los implicados, estos sistemas de intercambios intrafamiliares muestran signos de encerrar también una parte oscura. De hecho, tal como se ha señalado en otro lugar, unos altos niveles de solidaridad familiar no suponen necesariamente un mayor bienestar ni para quienes prestan ni para quienes reciben cuidado (Agulló et ál., 2012), incluso pueden generar conflictos, estar teñidos, o ser fuente de violencia, de chantaje o de coacción.

Los hombres se lavan las manos

Uno de los aspectos del cuidar que más sinsabores genera es su falta de reconocimiento, su invisibilidad. De las tensiones entre el ideal del cuidar y su práctica, se da cuenta en los testimonios de las entrevistadas de diferentes formas. Así, se expresan como malestar, como ocurre con Rosario, tal como se ha comentado *supra* (9.1.2.2.); y como demanda, más o menos explícita, de un reconocimiento por el cuidado prestado, tal como plantean Mary o Andrea, dos de las madres entrevistadas. La mayor parte del cuidado apenas es visible y, sin embargo, es necesario para el mantenimiento de la vida. Cuando cuidar era una actividad asignada en exclusiva a las mujeres, y no era cuestionada ni por la división del trabajo entre los sexos ni por sus atribuciones y competencias, esta opacidad no era problemática para sus protagonistas, bien al contrario se consideraba natural que las cosas fueran así. Sin embargo, la segunda y la tercera generaciones estudiadas han visto temblar e incluso resquebrajarse algunas verdades aparentemente inamovibles en dicho sistema de relaciones de género y de la división del trabajo entre hombres y mujeres. Y ello ha dado pie a que cuestionen unas atribuciones y competencias que, en la generación de las abuelas, estaban totalmente asumidas por las mujeres como parte de su identidad femenina. De este modo, al comprender que hay mucho trabajo y preocupación que apenas se traslucen en el cuidar y, ante la evidente falta de reconocimiento que este trabajo tiene, en las entrevistas se han encontrado tanto reacciones de rechazo como de denuncia de una situación que no parece justa.

El sentimiento de injusticia está presente, pues, en sus reflexiones. Esa invisibilidad que antes no preocupaba empieza a generar inquietud e insatisfacción. Sea por parte de quienes cuidan habitualmente, como cuenta Mary (E17), en relación con el distinto rasero con que su suegra mide la atención proporcionada por sus hijos e hijas durante una estancia hospitalaria, sean por quienes se responsabilizan de que esos cuidados tengan lugar. Esta sensación está presente e interroga al modo en que se están organizando las relaciones en las familias y acerca del lugar diferente que ocupan en dicha organización los hombres y las mujeres.

- Mi suegra me hacía gracia. Porque decía: «¡Ay!, a mí me da lástima». Cuando se quedaba su hijo, le daba mucha pena porque al otro día iba a trabajar. Cuando se quedaba mi marido por la noche. Y y le decía mi cuñada: «Hombre, de mí no te da lástima porque yo voy a trabajar lo mismo que tu hijo. Yo voy lo mismo. Yo me tengo que ir a las siete de la mañana, igual que tu hijo». Y a ella le daba lástima de sus hijos [*risas*]. Y luego, ella iba a trabajar igual. (Mary, E17)

Tal como lo expresa Felicidad (E1), respecto de las atenciones que recibe de sus hijos, el valor que da al cuidado recibido tiene poco que ver con los aspectos más prácticos o materiales. El *verbatim* que sigue, al igual que el citado más arriba, da cuenta de un claro lineamiento por género que atraviesa esta valoración, además del tipo de cuidado a que la entrevistada concede más valor (ciertamente, una vez que sus necesidades materiales básicas están satisfechas):

- Mi hija es la primera y es... A cualquiera que preguntes, la ponen por las nubes, porque es estupenda: como profesora, como amiga, como persona. Y como todo. Pero, él es muy cariñoso conmigo, más que ella. (Felicidad, E1)

Una de las reivindicaciones más sutiles que se han encontrado en este estudio nace de las reflexiones de Andrea (E2), su hija, quien, sin embargo, apenas presta cuidados directamente a su madre. Pero se esfuerza para garantizarlo a través de la supervisión y el apoyo que da a Inés, empleada doméstica que vive con su madre desde hace varios meses. Andrea entiende y, de algún modo, reivindica que se debe incluir en el reconocimiento del cuidado lo menos visible, es decir, la preocupación, la planificación y la anticipación. Muestra su disgusto ante la falta de consideración que estos esfuerzos tienen. Sea en términos de agradecimiento, sea como expresión de afecto, le gustaría observar otro tipo de reacción por parte de su madre, por la que constantemente se esmera para que reciba todo el cuidado que necesita. Considera, pues, que sus desvelos cotidianos deberían obtener otra respuesta. Es la dimensión que Jean Tronto denomina “responsividad del cuidado” (véase, capítulo III, *supra*). Acepta que las cosas sean así, como son, no sin cierta amargura y resignación: su hermano recibe constantemente muestras de afecto y reconocimiento por parte de su madre aun cuando no asume ninguna responsabilidad en su cuidado cotidiano, “se lava las manos”, como todos los hombres, afirma; mientras ella, que está siempre pendiente de su madre, no obtiene una consideración similar. Le consuela saber que esto no es algo excepcional, lo ha hablado con otras mujeres, entiende que forma parte del modo que adoptan, en la generación de su madre, las relaciones de género.

En ocasiones, el buen cuidado, tal como lo entiende Andrea, pasa por tener que pedir a Felicidad (E1), su madre, que realice determinadas actividades que no son de su agrado, como aquellas relacionadas con el aseo. Gracias a que reside en un edificio que está en la misma urbanización, puede visitar a su madre casi cada día vigilando que no le falte nada, y encargarse también del *cuidado* de Inés: busca que tenga tiempo libre, algunas tardes se queda con su madre para que Inés pueda encontrarse con amigas y “despejarse” un poco, para que esté más contenta y animada, y cuide de Felicidad en las

mejores condiciones posibles. De este modo, Andrea supervisa y coordina el cuidado de su madre. Pero, frente a su solicitud, se siente decepcionada ya que su madre manifiesta reiteradamente, sin disimulo, su predilección por su otro hijo, Francisco, que reside en otra ciudad, lejos de Sevilla. Francisco tiene la costumbre de telefonar cada noche a su madre y conversar un rato con ella y la visita de vez en cuando. Felicidad adora a Francisco y es consciente de los sentimientos que tiene su hija, pero siente que poco puede hacer al respecto, ya que ella valora un determinado tipo de cuidado (la forma en que su hijo le habla con cariño la hace sentirse alegre y jovial) por encima de todas las atenciones y preocupaciones cotidianas que permiten que tenga una buena calidad de vida (las que su hija le presta, o asegura que le presten, cada día):

- Todas las noches, sin falta [*llama su hijo*]. Y anoche yo estaba acostándome, con Inés. Y dice: «Todavía no la ha llamado su hijo». Digo: «Alguna noche puede que no pueda». Y en ese momento llamándome. Y yo lo cojo, estando ya en la cama, en la mesilla. Digo: «Mira, ya Inés decía que no me ibas a llamar». Dice: «Yo no dejo de llamarte ninguna noche». Y así vamos llevando, así vamos llevando. [...] Yo estoy tan contenta cuando me llama. Que es que, como es tan cariñoso y me dice tantos piropos, pues me deshago. Y siempre le digo: «A quién más quiero yo eres tú primero y los demás vienen detrás». Como diciéndole que mi hija va detrás, y es verdad, ¿eh?
- Su hija cuando le escucha, ¿qué dice?
- Pero ella no se entera porque no está aquí, está en su casa.
- ¿No se lo dice?
- Claro decirlo no se lo digo. Pero le digo a él: «Tú eres el primero que quiero y los demás vienen después». Dice: «¿Y, Andrea también?». «Andrea, también, después». Y si es menester, se lo digo a ella. Porque es que ella es menos cariñosa. Es muy amable. Y todo lo que necesito, y todo eso... Pero los piropos que me echa él. De decirme: «Mi chiquitina linda, mi chiquitina», como si fuera una niña. Y decirme tantos piropos: «Mi chiquitina guapa». Pues eso no me lo dice ella. Ella todo lo que necesite. Viene: «Mamá, ¿qué necesitas? Mira que te he traído eso y lo otro, que he comprado lo de más allá». Todo muy atenta, pero, más seria. Menos... Y como... Y cuando yo le digo: «Es que yo a ti te quiero más que a nadie, tú estás el primero de los demás». Dice: «Es porque estoy más lejos». Me dice él: «Es que como no estoy ahí». Digo: «Puede que sea eso». Y es verdad, puede que sea eso. Y ésta la veo todos los días. Viene está un ratito, me da un beso, me dice: «Te he comprado esto, he comprado lo otro, he hecho esto» Pero todo con seriedad y así, más de diario. Pero él como es que está lejos y me dice esos piropos, pues me hago un poco la blanda [*risas*]. (Felicidad, E1)

- Mi hermano vive en Madrid ¡Los hombres! [risas]. ¡Los hombres se lavan las manos! Mi hermano vive en Madrid. Y cuando viene, pues, se mete en su casa. Porque, en su casa hay dormitorio y demás. Y entonces, pues sí, charla mucho,... Pero, fíjate tú, lo que son las cosas, si yo lo he hablado muchas veces con otras. Mi hermano le llama por lo menos una vez al día, a veces dos. Y todas las noches, ¡el rito! Y, mi hermano, pues: «¡Ay! ¿Dónde está...?». Te lo va a decir veinte veces: «¿Dónde está mi chiquitina guapa?». Le dice. Y ¡mi madre se derrite! Y entonces, ayer que estuve yo allí tanto rato: «¡Ay!» -entra, cada vez, como nuevo- «¿Sabes qué? ¡Ay, Francisco!, ¡qué bueno es! Es lo que yo más quiero en el mundo: Francisco. Porque mira, me llama y me dice: «¿Dónde está mi chiquitina guapa?». Fíjate. Y al cabo de diez, otra vez: «¿Sabes qué? ¡Ay, Francisco!». Yo qué sé que le llama, a veces desde la oficina por la mañana un momentito y, por la noche, desde su casa ¡El rito! No se mete en la cama hasta que no llame Francisco. Y claro, es muy zalamero hablando, muy cariñoso. Y además, dice... Me dice a mí: «Si yo no hablo nada. Nada más que digo: “¿Dónde está mi chiquitina guapa? A ver, ¿qué has hecho hoy?”». Y dice: «Podría dejar el teléfono ahí puesto. Porque, ella se pone a hablar y hablar: “Qué bien, qué bien”». Soy yo la que tengo que decir: «Mamá, no hagas esto, no hagas lo otro. Venga que te voy a duchar, hay que ducharte». «Pues no tengo ganas hoy. Tengo frío». Ahora ha empezado con el frío y dirá que siempre tiene frío. Soy yo la que tengo que estar, ¿comprendes? Pero claro, mi hermano es maravilloso [risas]. (Andrea, E2)

A mi madre no la voy a dejar, por supuesto

Las tensiones del cuidar que se alargan en el tiempo, muchas veces de forma silenciosa, latente y que, en general, tienen difícil solución si no se cambian las relaciones de género, encierran sus riesgos. Además de afectos y emociones “positivas”, existen relaciones de poder entre quien cuida y quien recibe cuidado. Un contexto desfavorable, una relación largamente tensada, llevada a su límite, puede propiciar que aparezca el maltrato, la coacción o el abuso. Reacciones con afectos no tan positivos que pueden surgir en, y a partir de, las propias relaciones de cuidado. Ya Françoise Collin hablaba de: “la actitud devoradora y posesiva que encierra ‘el cuidado’” (1992: 87). Sin llegar a posicionarse en una relación de abuso de poder, si es posible encontrar algún ejemplo de este tipo sutil de entrega en una proveedora de cuidado habitual de un familiar, en este caso una hija soltera de setenta y cuatro años, encargada desde hace décadas del cuidado de su madre, Antonia, casi centenaria, que termina desarrollando una actitud, en cierto modo, posesiva, aún cuando sea muy respetuosa y afectiva, con su madre. De hecho, se ufana por tener el control de la organización de la vida cotidiana de las dos y matiza las palabras de su madre cuando está presente en la entrevista como si ella tuviera la voz última en relación con las dos:

- Yo era de gente media, trabajadora pero alta. Aunque no sé si es orgullo decirlo.

- Bueno, mamá, económicamente muy bien situada, pero no eran de los ricos¹⁰.
- Muy bien situada. Teníamos fincas, teníamos un almacén de vino muy bueno.
- Que ella por eso bebe vino todavía comiendo, claro.
- Yo todavía bebo vino tinto.
- Así está usted de saludable con noventa y ocho años, ¿no?
- Eso me preguntó el médico: qué había tomado yo para estar tan bien. Le digo: «Yo el primer biberón que me dieron fue de tinto, de vino tinto de dieciséis grados». Y, se rio el médico.
- Dice el médico que le dé la receta de los vinos para a ver si...
- Claro, para tomarlo, ¿no?
- Sí. (Antonia, E13)

Y, de forma inversa, es posible igualmente que se dé algún tipo de chantaje moral, afectivo o económico hacia quien presta cuidado, por muy sutil que este sea. Consolación (E25), una de las abuelas entrevistadas reside junto con su hija Juani (E26) y su yerno en una vivienda de su propiedad. Juani siente el peso de la responsabilidad de cuidar de su madre hasta el fin de sus días, pues ha vivido durante muchos años bajo su techo con su marido y sus hijos y se siente obligada a ello. Pero si, por un lado, muestra una gran alegría ante el avance del proyecto que tienen en marcha de construirse una vivienda propia y tener una vida más dedicada a su relación de pareja cuando puedan instalarse en dicha vivienda ella y su marido, por otro lado, siente el peso de esta obligación hasta el punto de que se debate entre continuar viviendo con su madre hasta el final o bien aceptar la propuesta de sus hermanas de cuidarla entre todas, para que Juani pueda tener su vida de pareja más independiente, después de tantos años conviviendo con su madre:

- Estoy muy a gusto. Pero una debe comprender que mis hermanas están mejor que yo. Porque cuando a ellas les apetece se van y cuando no, pues están en su casa. [...] Ahora estoy yo muy... con la ilusión de mi niño, de que me estoy haciendo una vivienda, ¿verdad?
- Sí, con la casa¹¹.
- De hacerme un piso. Pues ya estoy yo más alegre.
- ¿Tiene muchas ganas de tener una casa?

¹⁰ La hija que vive con la entrevistada y cuida de ella está presente en parte de la entrevista e interviene en ella como si fuera una conversación a tres bandas.

¹¹ Juana, E27, hija de la entrevistada está presente al principio de la entrevista e interviene en algunas ocasiones.

- Sí. Yo desde luego, yo a mi madre no la voy a dejar, por supuesto. Porque yo quiero que me dure muchos años. Pero, por regla natural, no va a durar. A poder durar, mucho. Y claro, entonces, yo voy a procurar estar ahí a ver... No quiero decir que quiero que se muera mi madre para irme. Que si veo que mi madre sigue con esa naturaleza, y está tan buena... Pues, a lo mejor, me voy. Y compartimos con mis hermanas. Porque están ellas dispuestas. Pero ellas me lo dicen a mí. Mi hermana me lo dice a mí: «Tú cuando termines el piso, te vas. Y nosotras compartiremos esto. Y estaremos todas las noches una, o todos los días una». Hombre, porque mi marido ya tiene sesenta y dos años. Ya es hora de que disfrute yo mi casa. [...] Pero vamos, con eso no quiero yo decir que mi madre me falte y que... Qué cómo mi madre está firmaría yo. Porque como ya te he dicho, no es una persona que hay que lavarla ni que hay que, ni que está empotrada, ni hay que darle de comer ni de nada. Y ella, su cabeza... Me entiendo muy bien con ella. Y estoy muy bien con ella, también. Ahora estoy un poquito más... Mi vida matrimonial, un poquito más, un poquito más...
- Más dejada de lado.
- Más dejada. Pero vamos, lo que te decía antes. Me metí allí con mi marido y ahora tengo que estar. Hombre tengo que estar, no. Cuando llegue la hora pues, mis hermanas me lo dicen a mí... Que nada, que a compartir a ella y ya está. [...] Porque como tú has visto, en esta casa llega mucha gente, que va mi hermano, que va mi hermana. Y él ya está más independizado arriba [*su marido*]. Y así todos estamos mejor. Porque el televisor, ya le he dicho, porque, mi madre nada más quiere cotilleos [*risas*], cotilleos y cosas de esas, el juego de las parejas. Pues mi marido es que él ve películas, le gustan mucho los animales, los documentales y ella no... Y claro, ella como está en su casa, como ella dice, pues ella tiene tu televisor y sus cosas. Pues en la tele ella ve lo que quiere.
- Entonces, ¿ustedes arriba se han montado la salita y hacen su vida, cuando quieren ver la tele...?
- Hombre claro, es que abajo... Él lo que quiere es su independencia. Yo soy la que estoy dividida entre arriba y abajo [*risas*].
- ¿Subiendo y bajando?
- Sí, estoy muy a gusto en mi casa. Pero vamos, también tengo ganas de tener independencia de gente. Que me llevo muy bien con mis hermanas y todo. Pero claro, no tengo la independencia. Y tener lo que tienen ellos. (Juani, E26)

Había muchas mujeres, mujer

Sin embargo, Consolación supone, sin ninguna duda, que Juani cuidará de ella, considera que debe hacerlo precisamente por haber vivido con su marido e hijos en su casa tanto tiempo. No por ello deja de reconocer y agradecer el cuidado que recibe o el que recibió su marido por parte de sus hijas y nueras cuando enfermó y quedó postrado

en la cama hasta su muerte. De hecho, tal como se cuenta en el epígrafe 9.1.1.3., *supra*, intenta compensar económicamente, mediante regalos, a sus hijas y nueras por las atenciones prestadas y también como muestra de su afecto, tal como hizo con “las mujeres de la familia” que cuidaron de su marido en su agonía en el hospital:

- Nos poníamos a lavarlo y habíamos... ¿Cuántos habíamos? Pues estaban tres hijas y dos nueras. Entre todas lo levantábamos arriba de la cama. [...] Yo no tenía queja de mis nueras ni de mis hijas. Cuando se murió, lo voy a explicar también, ¿no? [*Interrogando a la entrevistadora que asiente con un gesto*] Cuando se murió su padre, como sus nueras y sus hijas se portaron muy bien, le compré un anillo de oro a cada una. Claro, claro, porque mis nueras se portaron muy bien. ¿Es mentira o es verdad? [*Mirando a sus dos hijas presentes en la entrevista que asienten corroborando lo que dice su madre*] Eran muy buenas también, hombre, como mis hijas no son mis nueras. Vamos, ¿comprendes? Algo más se quiere a una hija que a una nuera. Pero, se portaron muy bien.
- ¿Los hijos, echaron mano también para cuidar al padre?
- Ellos venían.
- ♦ A cada minuto¹².
- ¿Le ayudaban también a lavarle y...?
- No, los hijos, no. ¡Si había gente!
- [*Dando por supuesto que pensar lo contrario no tiene sentido*]. Había muchas mujeres, mujer. (Consolación, E25)

Si hay mujeres disponibles en la familia, afirma la hija de Consolación, ¿para qué son necesarios los hombres? De este modo, se da muestra de cómo los hombres son excluidos de la posibilidad y de la obligación de cuidar. En todo caso, no descartan contar con ellos si se da la circunstancia de que no hay mujeres que puedan hacerse cargo del cuidado del familiar que lo necesita. Pero las mujeres, deben poder; para conocer cómo se da paso a los hombres en el cuidado de las personas adultas, hay que hablar con las nietas.

Han hecho lo que han considerado. Es su obligación

Efectivamente, en este aspecto, hay diferencias claras entre las generaciones estudiadas. Para las entrevistadas de la primera y segunda generación, como se acaba de ver, son las hijas, las nueras e incluso las sobrinas, quienes cuidan de los padres, tíos o sobrinos; para las de la tercera generación, la filiación se antepone al género, los hijos varones se anteponen a las nueras, en orden a interpelar a los posibles cuidadores. Así,

¹² Hija de la entrevistada que está presente en la entrevista.

por ejemplo, Manuela (E21) cuenta como en la familia de su marido todos los hermanos son varones y cómo para atender a sus suegros, que tuvieron una larga y penosa convalecencia, los hermanos se turnaron entre sí para hacerse cargo de sus padres hasta su muerte. Manuela apoyaba a su marido, estaba a su lado, aceptaba que los fines de semana no pudieran salir ni hacer apenas actividades juntos, cuidaba de él para que este pudiera, a su vez, seguir trabajando y cuidar de sus padres. Pero, no asumía el cuidado directo de sus suegros pues de ello se encargaban, con gusto, su marido y sus cuñados. Durante un tiempo, su entonces novio se encarga de cuidar de sus padres, vivía con ellos; una vez casados, entre todos los hermanos contrataron una empleada interna que cuidaba de sus padres y se coordinaban entre todos con la empleada para cuidarles si uno de ellos estaba hospitalizado. Manuela se siente muy orgullosa del modo como actuó su marido, considera que es su deber moral pero, de todos modos, encuentra su comportamiento honorable, pues en los tiempos que corren no es muy habitual, aunque sea su obligación:

- Mis suegros estuvieron el primer año enfermos, los dos. Ella con diabetes, le cortaron las piernas. Y, él con un cáncer de pulmón. Y murieron en quince días los dos, al final. El primer año fue... Bueno ya el año antes, yo con él no contaba. Él los domingos, a lo mejor, si se iba algún hermano. Era el único soltero de casa y era él el que estaba con los padres. [...] Ya nos casamos. Pusieron a una chica, a una interna en casa. Y ya los cuatro a una. Y claro, siempre decía: «Mi hermano tiene que dejar a los niños para quedarse allí. Y yo no dejo nada».
- ¿Entonces os ibais los dos mucho para allá?
- No, él estaba allí. Y yo si quería verlo iba para allá, trabajar e ir para allá.
- ¿Él estaba viviendo con los padres?
- Claro, viviendo con los padres.
- ¿Cuánto tiempo estuvo viviendo con ellos?
- Pues él ha estado viviendo, siempre, hasta los treinta y cinco. Hasta la boda, era el que cuidaba de los padres. Y ya cuando nos casamos, pusieron una interna. Y ya estaban los cuatro. Y ya era por turnos [...] Si no era uno, era el otro. Si la chica estaba en casa, había otro en el hospital. Sí, la verdad, es que estaba uno en un sitio y otro en el otro sitio.[...] él lo tenía muy claro: estar pendiente de ellos... Y lo tenía que hacer. Después, tiene la vida entera por delante, ¿no? Además, era una circunstancia también muy especial. No es normal que los dos estén mal al mismo tiempo, tanto tiempo. [...] Fue difícil pero bueno, ellos han hecho lo que han considerado. Es su obligación. Lo que hubiera hecho cualquiera. Bueno hoy en día, no todo el mundo creo que actúe así. (Manuela, E21)

9.1.3. Emociones y sentimientos en el cuidado

En el Capítulo 3, *supra*, se subrayó que las emociones están condicionadas por las normas sociales. Esta reflexión lleva a problematizar los lazos afectivos en las relaciones intrafamiliares y a preguntarse cómo se construyen y manifiestan los afectos entre sus miembros y el papel que juegan en dichas interacciones. Los trabajos de A. R. Hochschild (2008), que se basan en la idea de que las emociones son el punto de vista del sujeto, permiten complejizar el análisis del cuidado en las familias.

Siguiendo la propuesta realizada por Juan Manuel Iranzo, incorporar las emociones al análisis del sentido de la acción contribuye a la comprensión de los motivos atribuidos a los actos, la forma como se da cuenta, como se explica la acción (Iranzo, 1999: 11-22). Y, parafraseando a Eva Illouz en su análisis del amor, en sociología se debe examinar este fenómeno, es decir, ¿cómo se entrelazan los afectos con la moral?, o bien, dicho de otro modo, ¿cuáles son los mecanismos sociales que permiten vincular este afecto a un proyecto moral del yo? (2012: 42). Tal como se intenta mostrar en este capítulo, algo que de forma invariable han manifestado de uno u otro modo las entrevistadas es que se entretajan los aspectos afectivos con los morales, de tal modo que resulta casi imposible efectuar un corte entre la transmisión del saber, de la responsabilidad sobre el cuidado y del amor que se deposita en la relación. Y ello ocurre especialmente cuando el hilo conductor transcurre en torno al relato del nacimiento del primer hijo o hija, y la forma de dar respuesta a sus necesidades, como se ha visto en el epígrafe anterior.

9.1.3.1. En nombre del amor

Parece que en las familias se cuida en nombre del amor. Amor convertido en deber, lazo o atadura que obliga a las mujeres a debatirse entre su vida personal o privada y su vida doméstica-familiar. Amor entendido como compromiso moral con los seres queridos. Pero, el altruismo aprendido en la infancia, bajo la forma de amor a los demás, no es igual para las mujeres y para los hombres, ni siquiera es igual para las mujeres de todas las generaciones y grupos sociales estudiados. La modernidad y la industrialización, tal como se ha señalado, propician un modelo de relaciones entre hombres y mujeres que justifica la subalternidad de las mujeres. La identidad femenina se construye como ligada a la maternidad, una maternidad entendida como deber social por el que las mujeres quedan relegadas al espacio doméstico, con plena dedicación a la familia, obligadas a dar muestras de una actitud abnegada hasta el punto de carecer o de

posponer un proyecto de vida propio. Desde *La perfecta casada* al *Ángel del hogar*..., la división sexual del trabajo se ha legitimado sobre la base de las diferencias biológicas (Prieto, 2007). Así, las mujeres en pleno siglo XX, quedaron privadas de un requisito básico de la modernidad: la individualidad.

Dan por sentado que tú tienes que hacerlo bien

Esta perspectiva permite dar una dimensión nueva al “problema sin nombre” del que habló B. Friedan, la soledad, el aislamiento de las amas de casa de clase media, las quiebras emocionales que se han asociado a la insatisfacción. En su mayor parte, dichos problemas han acabado o acaban encontrando su respuesta en un tratamiento psiquiátrico y, por tanto, son soluciones médicas y no sociales a un problema que, definido sociológicamente, abre otro abanico de respuestas. Mujeres, amas de casa a tiempo completo, que han seguido a sus maridos a otras ciudades, a otras regiones, buscando apoyar el desarrollo profesional de estos, y se han encontrado solas y desarraigadas. Han tenido que hacer un gran esfuerzo para adaptarse y sobrevivir a las crisis existenciales a las que el aislamiento y la dificultad de hacerse cargo sin apoyo de la familia de su progenie las abocaba:

- En aquella época los niños chicos que, ya, sabes, cogen el sarampión, las paperas, la no sé cuánto. ¡Dios mío!, era horroroso, era luchar contra un muro. Y además, yo sola, sin familia, sin el apoyo de mi marido. Porque, él decía que él no podía ayudarme. Y me encontré, bueno, pues que me hundí en la miseria, que me hundí en la miseria. Pero además, muy mal, muy mal, muy mal.
- ¿Encontraste ayuda?
- Ayuda psiquiátrica. Pero vamos, un año y pico de psiquiatra estuve. Y bueno, muy mal. Porque yo lo único que quería era morirme. Te lo juro, de verdad. Por eso te digo que ahora yo estoy a gusto en mi casa. Si me apetece hago crochet si no, me voy y doy un paseo. Estoy tranquila. Pero a mí me ha costado esta tranquilidad, me ha costado mucho, mucho. (Elena, E29)
- Yo me fui a vivir a Barcelona. Y lo mandaron aquí. Y entonces, aquí, al principio te costó porque, aunque se vive muy bien, el cambio del norte al sur cuesta. Pero, bien, ahora bien. Te cuesta. (Marisa, E23)

En 1965, Betty Friedan plantea, por primera vez, este tema denunciando el aislamiento y el aburrimiento de las mujeres de clases medias, en teoría, perfectas esposas del modelo ideal de familia nuclear (1974). Cuestionaba así el mito parsoniano de la feliz ama de casa, *el ángel del hogar*, por muy profesionalizada y ensalzada que

estuviera en el imaginario social. También en los relatos de las entrevistadas, sobre todo, de la segunda generación, madres que durante los más cerrados tiempos del franquismo han dedicado su vida a ser amas de casa, se ha identificado este fenómeno que, al igual que se hiciera en EE.UU., en los tiempos que analiza Friedan, es descrito como un problema individual, de carácter psicológico, que se diagnostica como depresión o ansiedad. Problemas con los que han vivido durante décadas al menos dos de las entrevistadas que, además, son mujeres de diferentes medios sociales, una de ellas de clase media alta (v.gr. Elena, entrevistada E29) otra de clase popular (v.gr. Juani, entrevistada E26). Juana (E27), también ama de casa, se refiere a su estado de ánimo irascible, habiendo pasado ya casi unos años de haber sido madre, en términos de “depresión posparto”. Aunque extenso, el *verbatim* que sigue recoge el pasaje en que Elena continúa describiendo cómo vivió aquel momento:

- Yo estaba estudiando. Miguel me dijo: «Vamos a casarnos». Y yo me casé porque él... no podía verlo bajo ningún concepto. Mi padre y mi madre eran muy estrictos a la hora de llegar a casa: nueve y media en invierno, diez en verano. Puntual como un reloj. Y no era vida. Miguel, además, es un hombre muy inquieto y le gusta mucho salir por la noche. Y yo no podía salir. En fin, un montón de problemas y dijimos: «Mira, nos casamos». Y nos casamos, cuando cumplí la mayoría de edad, que entonces era con veintiún años. Mi padre me dijo: «Cuando seas mayor de edad haces lo que te dé la gana». Y me casé [*risas*]. Y entonces, ya nos fuimos a X [*Pueblo de Extremadura*]. Y entonces, ya no, no pude trabajar. Pero, sí es cierto que me he tirado... Hoy se lo he dicho a mi madre. Digo: «Mamá, lo que a mí me habrá costado llorar el amoldarme a ser ama de casa». A ser... a perder la inquietud de decir que, que no he trabajado o que no he hecho algo. Eso me ha costado sudor y lágrimas. Muchas lágrimas, muchas.
- Porque tenías...
- Mucha inquietud, mucha inquietud. Muchas ganas de sentir, pues, quizás esa palabra tan tonta y tan cursi de decir: «No me he realizado». Sí me he realizado en una parte. Pero en otra, pues, yo no sé lo que es, quizás, el egoísmo de decir: «Pues mira, qué bien lo ha hecho Elena». Que te reconozcan algo que tú haces. Porque esto lo dan por sentado que tú tienes que hacerlo bien. O bien o mal. Pero eso es otra historia, el estar aquí. Es otra historia.
- ¿Es otra historia?
- Totalmente distinta.
- ¿Te ha costado muchas lágrimas?
- Muchas, muchas. Y depresiones, y depresiones. Yo en Madrid, acabé hecha polvo, hecha polvo. Porque Miguel se iba a las ocho de la mañana, volvía a las ocho de la tarde, yo tenía tres niños pequeños. Y era vivir para ellos. (Elena, E29)

En este relato que da cuenta de cómo la entrevistada siente la soledad de su posición y el peso del modelo normativo por el que, tal como describió Friedan, en ese momento, supuestamente, debería sentirse feliz y no desgraciada.

9.1.3.2. El buen cuidado

No hay una única forma de entender el cuidado. De hecho, entre las entrevistadas hay diversas maneras de considerar qué es un buen cuidado, qué se entiende por cuidado de calidad. Se han rastreado algunas de las confrontaciones en torno a esta cuestión que, mediante las justificaciones y argumentos empleados para ello, contribuyen a definir para cada generación qué se entiende por cuidado, tanto por parte de quien los presta como por parte de quien los recibe (claro, que se ha entrevistado únicamente a personas adultas).

Tanto cuidado a veces no beneficia

La forma diferente de entender el cuidado en las generaciones estudiadas, se pone de manifiesto en la visión opuesta que mantienen dos entrevistadas, Isabel y Manuela, respectivamente madre e hija (E20 y E21), sobre cómo cuidar de la abuela Josefa (E19). Manuela, por un lado, considera que el mejor cuidado es aquel que fomenta la mayor autonomía posible para su abuela. Isabel, por otro lado, siente que debe hacer todo por su madre, que a ella le dio todo, independientemente de lo sacrificado que sea cuidar con tanta intensidad y dedicación, aunque tanta protección pueda tener como consecuencia que Josefa pierda parte de su capacidad de cuidar de sí misma, de hacer las cosas por sí misma. Isabel teme que su madre pueda caerse o tener un accidente y, por este motivo, argumenta, la protege; en exceso, en opinión de su hija. Esta disputa se destila de las páginas que siguen, donde se extraen partes de las entrevistas realizadas a las tres generaciones para ilustrar esta mirada multifocal:

- ¿Cómo se encuentra usted de salud?
- Pues, estupendamente.
- Y, ¿qué es lo que hace usted para estar tan estupenda con noventa años?
- Yo no padezco de nada. Yo como lo que me ponga mi hija y todo me sienta divinamente. Ahora, ¡las rodillas las tengo! La artrosis, la artrosis que tengo en la rodilla, que tengo la rodilla hinchada [*mostrando su rodilla a la entrevistadora*]. [...]
- ¿Qué hace usted para estar tan bien, entonces?
- Ah, pues yo, nada. Comer de todo y darme la buena vida, ahora aquí.

- ¿Ya está?
- Que, yo tengo que irme a mi casa. La tengo yo abandonada, ¿eh? [...] Mi hija me dice: «Tú qué te vas a ir, tú te quedas aquí». (Josefa, E19)

- Aquí, en la casa, ¿con quién vive, Isabel?
- Ya con mi marido y mi madre. Que está, para ella, provisional. Porque con noventa años le dio un ictus cerebral. Y ya me la tuve que traer para acá el año pasado. El día siete hizo un año, de enero, ha hecho un año. Pero, para ella que, cuando se le pase, se va a su casa. Lo quiere así y ya está. [...] Tiene su casa abierta. Vamos a su casa, a ver lo de allí. Tiene todo allí. Va a darle una vueltecita casi todas las semanas. Y, después, pues,... Pero, está aquí. Con noventa años ya no quiero que esté sola. Y, ya estamos los dos solos, porque somos el matrimonio y una hija nada más. (Isabel, E20)

- Mi madre no la quiere dejar sola. Está muy torpe de las piernas. Pero, yo estoy ahí al lado, también. Si pasa algo, mi madre, si tiene que salir por lo que sea... Por ejemplo, hoy, estoy aquí, porque si no ya hubiera venido tres o cuatro veces, claro.
- ¿Piensas que tu madre ha renunciado a...?
- Yo pienso que, que... Me parece muy bien cómo ha actuado. Es su madre, si le quiere dedicar a ella todo su tiempo, me parece perfecto. Pero, no está en las condiciones para las que ella que está, la está teniendo.
- ¿Por qué?
- Porque mi abuela está más torpe desde que está viviendo aquí. Pienso que tanto cuidado a veces no beneficia: «No te levantes, que yo te lo traigo». ¡No! «Levántate. Y vete para allá, que va a ser para lo poco que te vas a mover».
- ¿No estás de acuerdo con que tu madre proteja tanto a tu abuela?
- No creo que la haga... tanta protección.
- ¿Lo has hablado con tu madre?
- Sí, bueno, día a día [*risas*].
- ¿Y ella que dice?
- Que nada, que no, que todo el mundo le dice lo que tiene que hacer. Y, yo le digo: «Haz lo que tú quieras. Yo te digo lo que opino». Yo pienso que le da más cuidados de los que necesita. Y las cosas en exceso, no. Ni en exceso, ni en defecto.
- ¿Por qué crees que lo hace tu madre?
- Porque, a lo mejor, piensa que así le evita problemas, le evita levantarse, le evita... Y a lo mejor, el «Le evita» es, precisamente, el perjudicarle. (Manuela, E21)

De este modo, se da cuenta de sentimientos de dependencia y de falta de autonomía por parte tanto de quienes reciben cuidados, como por parte de quienes los prestan. El peso de la obligación moral para quienes cuidan de sus familiares, como ocurre con Isabel (E20) a menudo son vividos como una carga ineludible pero no por ello menos pesada, aunque esta entrevistada termine haciendo de la necesidad virtud y manifiesta que en realidad está encantada de cuidar de su madre, aunque ello suponga renunciar a una de las cosas que más le gusta hacer: estudiar inglés (véase, epígrafe 9.2.1., *infra*). Esta triple mirada permite poner sobre la mesa el carácter ambivalente de este tipo de intercambios, los dilemas, las tensiones y las dificultades cotidianas a las que deben enfrentarse los diferentes miembros de las familias que cuidan de otros que necesitan dichos cuidados. Se pone de manifiesto, además, el frágil equilibrio existente entre reciprocidad, afecto y obligación en las relaciones de intercambios de cuidado entre generaciones (Knijn y Komter, 2004). Todo ello, como se ha intentado mostrar con los fragmentos de entrevistas de la tríada número 7, aunque no lleve a provocar una ruptura de las relaciones familiares, las recarga y las tensa.

Todos me vinieron a ver

Las abuelas, consideran como parte del cuidado esos detalles que las emocionan, les dan mucha alegría, como Blanca cuando organizaron una celebración sus hijos y nietos el día de su noventa cumpleaños.

- ¿Tú sabes la alegría que tuve? Todos me vinieron a ver. Con noventa años. Y, todas me llevaban juntos al restaurante a comer juntos [*llora*] [...] A veces estoy triste, pero ellos no quieren [*llora*] Me quieren mucho [*llora*]
- ¿La cuidan mucho?
- [*llora*] Me hacen todo, me dan regalos y me dan... [*llora*]
- Saben que es del Barça y le regalan las zapatillas sus nietos del Barça...
- Sí, hasta Marisa me compra a mí cosas de regalo. Me hizo los pañuelos con los noventa años. Y mi nieta me regaló una foto con Ronaldinho conmigo. (Blanca, E22)

Blanca (E22) pone de manifiesto expresa así, como también lo hace Felicidad (E1), que el afecto en el cuidado, el “mimo”, el detalle que no es estrictamente una necesidad material a la que dar respuesta, es sin embargo de vital importancia para una persona que ve como su vida se va deslizando hacia una mayor dependencia se sienta bien, reconfortada; y, valoran ese cuidado por encima de cualquier otro.

9.1.3.3. Justicia en los intercambios

Mantener el modelo de feminidad abnegado y sacrificial no siempre ha sido fácil. Se trata de un sistema que genera tensiones y violencia en las relaciones familiares. Las consecuencias del ‘*olvido de sí*’ que conlleva se ha vinculado desde la psicología con la pérdida de autoestima, con la depresión e, incluso, con el incremento de la vulnerabilidad ante la violencia en el ámbito familiar. Así, tanto el victimismo, los chantajes emocionales, los dobles vínculos, como las dependencias extremas han permeado este modelo, a veces con consecuencias trágicas. Asimismo, dicha exigencia de “entrega” (Murillo, 1996), del “olvido de sí” genera contraprestaciones que empujan a otro “olvido de sí”, se encadenan las historias de mujeres que se han sacrificado y se sacrifican unas por otras. Para poder ejercer el autocuidado, es necesario tener la capacidad, el poder, así como la voluntad de hacerlo (véase, epígrafe 9.2.1., *infra*).

La tata no da para siempre

El ‘*olvido de sí*’ conlleva generalmente un tipo de vida excesivamente centrada en el otro (absorbente, exigente, anuladora), que, además, limita la capacidad de negociación sobre *qué* le corresponde hacer a *quién*. No es extraño, pues, encontrar un enorme victimismo que se asocia a la idea de sacrificio y abnegación (v.gr., Encarna, E28), pero también un sentimiento de injusticia cuando no hay una clara expectativa de retorno de la ayuda o el cuidado prestado. Este temor subyace a la queja de Rosario en relación con la atención que presta a varias criaturas de su red familiar, sobrinos y primos:

- Ahora lo tienen muy fácil.
- ¿Lo tienen muy fácil?
- Yo creo que sí, yo creo que... Ellas, por ejemplo, lo que yo conozco del tema ¿no?, lo tienen súper fácil. Yo creo que no lo tendría tan fácil si yo tuviera hijos.[...] Ellas están trabajando ¿no? Pero, claro, tienen a la tata y tienen a la prima que está aquí. Sus hijos se quedan aquí. Pero, los que yo tengo, si ella está trabajando y si yo estoy trabajando ¿quién hay? La tata no da para siempre.
- ¿Es muy normal que todo el mundo tenga tata...?
- No, mi madre es *la* tata.
- Ah, la tata...
- La tata de todos.
- Sí, sí, sí.

- La tata, ella es la tata, de todos, ¿sabes? Ahora mismo, sí tienen esa..., esa ventaja. La han tenido hasta ahora. Y, mucha suerte: «Tata, que me voy». Y, los niños aquí. «Que venimos a las doce».
- ¿Os lo dejan a las dos?
- Sí, y tienen suerte. Vienen, comen a casa de la abuela, le tienen preparada la comida. O a lo mejor, la cena por la noche [*suspira*]. Yo de eso, y además, si soy maestra me mandan a Almería. Dime tú a mí. Yo esa posibilidad no la voy a tener. Si yo soy maestra y me quedo aquí, sí. Algo se queda mi... Todo lo que tengan conmigo, ¿Sabes lo que te quiero decir? Yo a ellas no se lo puedo dejar, ellas a mí sí me lo han podido dejar. (Rosario, E12)

Rosario pone en cuestión así la idea de reciprocidad en el intercambio familiar de cuidado. Considera que no hay condiciones materiales para que le puedan devolver sus primas el apoyo que ella les ha prestado cuidando de sus hijos. Y, como no tiene la expectativa de recibir el *contra-don* de lo donado se siente frustrada y, en cierto modo, decepcionada pues considera que este modelo no es justo.

9.2. Ser cuidado, cuidar, cuidarse: un mismo tema bajo tres prismas diferentes

La forma en la que se concibe el cuidado prestado a otros, así como el autocuidado están íntimamente relacionados con cómo se entiende la dependencia y la vulnerabilidad. Las situaciones de dependencia se pueden dar, y de hecho se dan, en todas las etapas de la vida: sea por edad (los más pequeños y los más mayores), por estado de salud (enfermedad puntual o crónica) o por la diversidad funcional (donde se puede incluir la discapacidad más absoluta y adultos sanos que no son capaces de cuidar de sí mismos, aunque se debe advertir que no todas las personas con diversidad funcional son dependientes). Desde esta perspectiva, que considera la condición humana vulnerable cuando se analiza el cuidado, se cuestiona la idea, tan arraigada, de la unidireccionalidad del mismo: una persona que cuida y otra que recibe cuidado (de forma pasiva). Y, al contrario, se reconoce la interdependencia de todos los seres humanos. Nuestra debilidad o inmadurez en la infancia (sobre todo al nacer), nuestras diversas capacidades y limitaciones, nuestros accidentes o enfermedades, las lesiones irreparables, la decrepitud o, simplemente, nuestras cotidianas necesidades afectivas y emocionales..., hacen que sea necesario que nos cuidemos y que cuidemos unas personas de otras. Esta disociación profunda entre quienes prestan cuidado en exclusiva y quienes lo recibe también en exclusiva, se pone en cuestión cuando se incorpora una perspectiva temporal diacrónica.

Se aprende a cuidar ya desde la infancia y se considera “normal”, afirma Alicia, que unos cuiden de otros, en un sentido amplio, pues todos necesitamos de todos:

- Algo que es normal en la vida. A mí me han cuidado cuando chica. Me tocará cuidar el día de mañana a alguien, y algo que siempre te da... Ahora, por ejemplo, cuido a mi perro. Pues siempre, es algo en tu vida que siempre está presente. Que, a lo mejor, estás cuidando a un animalillo, que es lo que te enseñan de chica, más que nada siempre tienes algún perrillo. O algo que te dicen: «Pues, de éste te tienes tú que encargar». Después esas obligaciones de un animalillo te sirven para aprender, para después cuidar a otro y... Se trata de ser un poquito así con el prójimo como te gustaría que fueran contigo.
- ¿Con todo prójimo?
- Sí, me daría mucha lástima que alguien... No sé. Yo no podría ver alguien en la calle así, ¿sabes? Caerse y no levantarlo. ¿Y si me caigo yo qué? ¿Tampoco va a venir nadie a levantarme? Pues es muy feo y es algo que se está perdiendo. Es parte de la educación y creo que se está perdiendo. Ya ahora, vas en el autobús y no se levantan porque haya una embarazada o porque haya un viejo. Están allí los críos rascándose la panza y viendo cómo el viejo está con los vaivenes del autobús o del tren. Y no se levantan. Tienen muy poca vergüenza. Vamos el día de mañana si hacen lo mismo con ellos, que no se quejen.
- Para ti cuidar es una cosa muy amplia, un animal, cualquier persona en el autobús...
- Claro.
- ¿Qué diferencia hay entre cuidar a los familiares o cuidarte a ti...?
- Hombre más cariño cuando cuidas a los demás. Yo conmigo soy más: «Ah, no pasa nada»; o, «Bueno, si hoy no descanso tantas horas no pasa nada»; o, «Si tengo frío no... ». Pero si mi madre tiene frío pues sí le dejo el abrigo. Yo tengo frío pero no pasa nada, ¿sabes? Te vas a resfriar igual pero tú piensas que el otro no. Sobre todo por la conciencia, ¿no? Dices, tú: «Mira, se ha resfriado por mi culpa». A mí, por ejemplo, me da igual. Yo me resfrío pero, bueno, no se ha resfriado el de al lado mío que es el que te importa. Una cosa así. (Alicia, E6)

Si bien es cierto que esta mayor fragilidad que tenemos ante determinadas circunstancias más o menos coyunturales (sea por una enfermedad episódica, o un accidente, sea por una mala racha), o ante situaciones más estables en el tiempo (por una discapacidad limitante, el deterioro irreversible del cuerpo, la mente o ambos, que ocasiona el paso del tiempo o a consecuencia de una enfermedad que se convierte en crónica o agudiza), también lo es que hay personas que presentan una mayor vulnerabilidad, sea por la edad, por la situación económica, o por carecer de cualquier otro tipo de recursos culturales o económicos que la expongan más a ciertos riesgos.

Considerar que la vulnerabilidad es constitutiva del ser humano implica un reconocimiento del derecho a recibir cuidado de calidad, y también a prestar cuidados con calidad. Si el cuidado se presta bien, es más fácil que quede un lugar para el cuidado propio para quienes cuidan habitualmente de otras personas.

9.2.1. El difícil autocuidado

Una construcción de la situación de dependencia como pasiva, unidireccional, estática, tiene su correlato en la de una persona cuidadora, entregada, activa. Sin embargo, como se ha intentado mostrar, se da y se recibe, y las entrevistadas tienen presente este vaivén que no es otro que el de la vida. Pero, si cuidar no es fácil, el cuidarse reviste aún mayor dificultad. Los discursos de las entrevistadas en torno al cuidado se sitúan en un eje que va desde el rechazo de la sobrecarga a, en el otro polo, la satisfacción por estar cumpliendo un papel, de estar aportando algo importante a su familia y a la sociedad y de estar haciendo lo correcto.

9.2.1.1. Ser para otros

Históricamente, ha tenido un gran peso un modelo de relaciones de género que define un claro guión para el papel que debían desempeñar las mujeres y en el que apenas había margen para la creatividad (así como, su negativo, para los hombres). Este papel asocia la feminidad con el sacrificio, la abnegación, la privación de sí. Éste es un código normativo que ha permitido construir a la cuidadora con un “deber ser” moral y afectivo ‘*empático*’, sea como madre, esposa, hija, hermana, nuera, cuñada, nieta o amiga. Además, dicho código moral define un modelo de buen cuidado, es decir, aquel cuidado prestado con amor y sin exigir, aparentemente, nada a cambio.

Una de las nietas entrevistadas, cuya madre es una abnegada ama de casa entregada al cuidado de su familia desde, al menos, el momento en que se casó, señala que estas mujeres tan sacrificadas cumplen, han cumplido, un importante papel para la sociedad, que ahora debe enfrentar nuevos problemas que nacen del hecho de que ellas ya no estén desempeñándolo y describe este cambio con gran lucidez, como un problema generacional. Si estas amas de casa a tiempo completo, como se ha señalado en el Capítulo 8, *supra*, van desapareciendo a marchas forzadas, el futuro del cuidado de los mayores se presenta, cuanto menos, como un gran enigma. Sin embargo, tal como pone de manifiesto Agulló (2001) esta generación de mujeres cuya actividad principal ha sido estar entregada al cuidado familiar, es un grupo poco tomado en cuenta.

- Es que yo veo más sacrificio en la generación de mi madre. Yo veo más sacrificio en esa generación. Tampoco sabemos cómo se va a cuidar a esa generación. Pero, esa generación ha cuidado a sus ancianos, o sea, la verdad es que ... (Ana, E9)

No obstante, aún hoy muchas mujeres continúan encargándose de cuidar de todos los miembros de la familia, incluso del cuidado cotidiano de varones adultos sanos además de los más dependientes, aún cuando también desempeñen trabajos remunerados de carácter extradoméstico. Así, según un modelo de relaciones de género, hoy día en disputa, las mujeres se “sacrifican” en el cuidado de los demás y, en último término, cuando pueden, cuidan de sí mismas. Un autocuidado que se realizan en la medida de sus posibilidades, con el objetivo, más que de poner su propio cuidado en el centro, de no convertirse ellas en una carga para otros, en un claro ejercicio de responsabilidad con los demás (a través de la responsabilidad por sí mismo).

Estar pendiente de los demás para mí es una satisfacción

Una de las madres entrevistadas argumenta que cuidar para ella constituye en sí una satisfacción. Hace con ello de la necesidad virtud y subraya el placer de cumplir con el deber de cuidar, tal como afirma Isabel, aunque ello ha supuesto dejar de estudiar inglés, algo que le encantaba hacer:

- Para mí estar pendiente de los demás, para mí, es una satisfacción. Es como si fuera mi obligación, pero una obligación que lo hago con gusto. Yo. Y además, como he estudiado francés... de mayor. Me ha gustado siempre. Los idiomas me han gustado mucho. Yo había empezado a estudiar, me apunté en el instituto a las clases de inglés. Estuve cinco años dando inglés, fíjate. Eso lo he tenido que dejar, que es mi asignatura pendiente. Porque ya ves... Sólo cinco años estudiando inglés. Porque ya me hacía falta. Mi marido ya se jubiló. Y ahora, viene mi madre y necesita más atención. Y tuve que dejarlo. Eso es lo que hacía para mí. [...] Porque pienso que tengo otras prioridades. Pero me siento con mi madre, pues, disfruto. Aunque un día discuta: «¡Ay, mamá! Que estoy aquí, que no salgo». «Tú no sales porque no quieres». «Sí que es verdad, hija, hay que ver las cosas que digo». (Isabel, E20)

Con bañarme y ponerme la ropa limpia yo creo que tengo bastante

Teresa, madre híper cuidadora, viuda infatigable que lleva trabajando desde los doce años, y que ha simultaneado el cuidado de sus hijos, madre, suegra, marido, sobrinos, sobrinos-nietos, con regentar un bar de su propiedad, apenas concibe la idea de

cuidarse más allá de dormir, comer y asearse. Para ella, bañarse y ponerse ropa limpia es la única modalidad que concibe para el cuidado de sí:

- Me cuido bien, no sé... Me cuido, bueno... Bien. Regular. Yo yo soy diabética. Y entonces, no hago lo que tengo que hacer. Es muy difícil. Ese es el problema que tengo, que no me cuido. Pero vamos, después, bien. Vamos que no... Yo es que lo que pasa que, cómo yo he estado aquí siempre, toda la vida, trabajando, no me he arreglado, no... ni nada... Yo era más... Yo con bañarme y ponerme la ropa limpia yo creo que tengo bastante, ¿sabes? Como yo no he salido nunca. Cuando he salido alguna vez, pues, ha sido un cumpleaños o ha sido a un casamiento de mis hermanos o... cosas de esas. Yo no he podido ir nunca con mi marido porque teníamos el bar. Y él se quedaba en el bar. Vamos él cerraba los fines de semana, cerraba los fines de semana. Pero que, casi siempre iba yo a esas cosas sola. Iba, a lo mejor, iba a la iglesia y me venía. No iba a comer ni nada, porque teníamos el bar. Cerrábamos el domingo pero como se casan siempre en sábado. Se casan o hacen las cosas siempre los sábados, pues, o se casan en domingo o no podía ir. Mi marido decía que no iba a cerrar para ir a eso, porque antes estaban las cosas muy malamente. Y ahora, pues, entonces... Yo nunca me he arreglado ni he ido a la peluquería, ni he ido... nada más que para pelarme. Yo no me pinto yo no fumo ni bebo, ni nada. (Teresa, E11)

9.2.1.2. Un tiempo propio

Resulta muy difícil hablar del autocuidado. Hay cierta resistencia, cierto pudor. En las entrevistas, para hablar acerca de cómo las mujeres que han participado en el estudio cuidan de sí mismas, ha sido necesario “insistir”, especialmente en el caso de las mujeres de clases populares, y en las tres generaciones, si bien más con las abuelas y con las madres. Ha sido común encontrar la expresión “Yo no me cuido nada” (v.gr. Teresa, E11), en aquellas mujeres cuidadoras que cuidan y han cuidado a lo largo de su vida de varios miembros de la red familiar quedando por debajo del umbral del autocuidado, que queda reducido al mínimo. Se ha intentado rastrear, no obstante, preguntando directamente por la salud, el estado de ánimo, la vida social, las relaciones íntimas y las relaciones familiares (véase Anexo I, *Infra*).

En mi ambiente un ratito

Ir al campo, dar un paseo por la playa, leer un libro en el sofá, poder ir de compras con la madre o la hermana, tomar un café con una amiga (v.gr. Julia, entrevistada, E30), pintar o restaurar muebles u otras aficiones (v.gr. Mercedes o Marisa, entrevistadas E14 y E23, respectivamente) dan cuenta de la existencia de un tiempo

propio que reservan para sí las entrevistadas, al menos las más jóvenes y también las de la generación de las madres de los medios sociales más favorecidos, que pueden comprar servicios para el cuidado del hogar familiar y de sus miembros. De este modo, lo relata Marisa, una de las madres entrevistadas:

- Pues nada. No. Para cuidarme, nada. Hago gimnasia. Luego, he estado en... Bueno, la pintura la dejé un poquito. Pero, bueno, restauración de muebles, de todo. Eso me encanta, y eso hago. Hago cosas de platos... Yo hago mil cosas. ¡Que me encantan las manualidades y los muebles! Todos estos muebles también son míos. (Marisa, E23)

Ese algo de tiempo se traduce en cuidar de la salud (sobre todo si ha habido algún diagnóstico preocupante, un “susto”), o de la apariencia física, como ir al gimnasio, a la peluquería, a comprarse ropa nueva, depilarse o arreglarse las uñas, como Juana (E27), en usar cremas, como Elena (E29) o Rosario (E12), en descansar o dedicarse al cultivo de sí, como dar un paseo o leer (Marisa, E23; Ana, E9; o Julia, E30) o en poder compartir un rato con amigas o familiares (Ana, E9). El que sea una u otra de estas modalidades tiene que ver fundamentalmente con la clase social y con la edad, es decir, con los recursos económicos con que se cuente o de qué generación se trate.

- Cuando mi madre se las llevaba los fines de semana, a veces mi marido decía: «Vamos a salir». Digo: «No, no salgo». Yo lloraba de ver las cunas vacías, ¡de felicidad! Pensar que voy a tener una noche entera, que nadie me va a despertar, o ver la televisión. Y quedarte en paz. O que vengan amigos a casa sin tener que... Cuando venían amigos, pues, era la hora. «No, mira, es que tengo que darles la cena, luego el baño. No espérate, voy a preparar la... ». Bueno en fin, era tremendo. Así que no tenerlas, ¡era la maravilla! [*risas*]. (Andrea, E2)
- Yo sola hoy me he ido al Corte Inglés y me he comprado la crema de Estée Lauder, de la antiedad, del yo no sé cuantos y el yo no sé qué. [...] Me cuido, me cuido. Me he dado cuenta de que si tú no haces por ti, los demás, verás, caes como en una rutina en que parece que todo va como, cada uno se va preocupando de lo suyo. Pero, parece como que tú... Esto es así. Y todos vamos para adelante, chiquichi, pero, al final dices tú: «Espera, espera, que yo, éstos van para adelante y parece que yo me estoy quedando un poco atrás». Entonces tú ya coges tu ritmo y tienes que tirar para adelante, porque si no me cuido yo... (Elena, E29)

Así tanto para Marisa (E23), como para Mary (E17) o para Carmina (E8), ir al gimnasio es una suerte de consigna contra el olvido del cuidado propio, como si se lo tuvieran que recordar constantemente, sobre todo ante la perspectiva del envejecimiento, y, en ocasiones, se refieren a esta actividad como algo que deben hacer para sí mismas.

De hecho, esta “afición” tal como es denominada, se describe como ese mínimo autocuidado o el cuidado mínimo que tienen que procurarse para no descuidarse:

- ¿Cómo cuidas de ti, de tu salud, de tu estado ánimo, cómo cuidas de ti?
- Yo, cuidarme, de mí. Hombre, me cuido. Algo me cuido. Me podría, mejor, quererme un poquito más, que me quiero poco. [*silencio*]
- ¿Qué haces para cuidarte?
- Pues voy al gimnasio, para cuidarme. Lo único que hago para cuidarme es que voy al gimnasio. Y procuro... (Mary, E17)

- Ahora estoy haciendo cositas que no las he hecho antes. Porque mira, ahora me he apuntado a la gimnasia por la tarde. Un par de días en semana que voy. Porque es que me estoy poniendo ya... Que me veo que me estoy haciendo mayor y que no hago nada de lo que me gusta, nada de lo que quiero. Y venga a limpiar, lavar, planchar, guisar... Claro, una criada de todos los que están aquí. Y ya está. Y no hago nada de lo que me gusta. Digo: «No, mira, algo voy a hacer». Y como ya cojo una hora en que mi hija llega del trabajo, la chica, se queda aquí en casa. Y si voy una hora, hora y media, entre que voy, vengo, hablo con la gente, en fin, en mi ambiente, un ratito. Porque es que si no es que no hago nada. (Carmina, E8)

Mi viernes para mí

Andrea, ha reducido su jornada laboral como maestra en el colegio en el que lleva trabajando desde que empezó su vida laboral, para tener más tiempo para sí y un ritmo de trabajo más suave. A lo largo de la entrevista, describe cómo distribuye este tiempo recién liberado de las obligaciones profesionales entre realizar alguna actividad con su nieto (por ejemplo, ir a su colegio a leer un cuento a sus compañeros de clase), acompañar a su cónyuge a ciertas actividades culturales o estar pendiente de su madre que necesita cuidados en su vida cotidiana. Sin embargo, cuenta orgullosa como se ha reservado para ella el día que le queda libre con la reducción horaria, el viernes.

- La ventaja es que tengo libre el viernes. Pero ni mi madre ni la muchacha que la cuida lo sabe. Es como secreto, para mí, viernes para mí.
- Me está dedicando la mañana...
- Eso es porque es para mí. [*risas*] Por ahora, el fin de semana pasado nos hemos ido a Madrid. Por la mañana temprano del viernes, que tengo la otra hija allí, para ver teatro y demás. Pero los otros, ¿qué te crees que he hecho? Mi hijo dice: «Hay que ver, mamá, lo tuyo es... ¿No estás harta de niños?». Y ahora, me he ido al colegio de mis nietos a hablar con la profe porque me apetecía entrar a la clase de ellos, que son pequeñitos, y contarles un cuento a la clase entera. Lo voy a hacer más

veces porque me parece que es bonito que ellos en el día de mañana piensen: «Pues, mi abuela venía a la clase». (Andrea, E2)

Tener un momento para mí

Las entrevistadas más jóvenes dan una mayor la importancia a su autocuidado. Para ellas, constituye casi una obligación más: hay que tener tiempo para una misma, estar equilibrada en los diferentes planos de la vida. De este modo, para la tercera generación, sobre todo cuando las entrevistadas aún no son madres, cuidarse significa buscar un bienestar integral, y ello incluye muchos elementos subjetivos (tal como define la OMS la salud) y, sobre todo, significa reservarse un tiempo para sí, tal como cuenta Ana (E9):

- Cómo te cuidas en general... Si le prestas atención, si tiene un lugar...
- ¿Para lo físico, para lo mental o a todo en general?
- Lo que tú entiendas.
- Mira, físicamente, no. Vamos... Además no estoy haciendo gimnasia, ni corro ni nada. Ahora mismo estoy... El gimnasio me gustaría retomarlo. Pero, ¡uf!, cada vez me cuesta más coger un horario, un hábito. Y después, yo me cuido mucho en tener mis momentos para mí, y en eso sí me cuido mucho. Yo creo que es en lo que más, fíjate. Me da igual estar más delgada, estar más gorda, tener los pelos mejor o peor, pero el tener muchos momentos para mí y disfrutar de esos momentos. O sea el ir de compras, ir con mi madre, a lo mejor, antes lo disfrutaba menos. Ya cada vez los disfruto más. También eso nos va acercando un poco. (Ana, E9)

Dormir las horas suficientes, si se puede

Tal como lo describen las entrevistadas, el autocuidado consiste en dejar “algo” de tiempo para una misma, si bien este tiempo, muchas veces, es el resto que les queda disponible de las múltiples obligaciones que tienen, en su mayor parte, de cuidado de otras personas, del mantenimiento de la vida familiar, del trabajo o de los estudios, es un tiempo residual. Su “cuido”¹³, tal como los denomina Lucía, una de las nietas entrevistadas, es algo integral que va más allá de las modas estéticas, incluye la espiritualidad de lo religioso con un planteamiento muy contemporáneo (postmoderno):

- ¿Cómo cuidas de ti?

¹³ La palabra “cuido” está prácticamente en desuso, por eso sorprende que la utilice la entrevistada; y lo hace en varias ocasiones para referirse al cuidado propio. En otro lugar, se ha reflexionado en torno a la propuesta de traducir el término inglés *care* por esta noción, ampliando y matizando su significado (véase capítulo 3, *supra*; y, Martín Palomo, 2008a).

- Pues intento cuidarme de cuerpo, alma y mente. No sé.
- ¿Qué haces para cuidarte?
- No sé pienso que en esta sociedad se le da demasiada importancia al cuidado propio. Entonces, me gusta cuidarme en la higiene personal. Y me gusta cuidarme en la dieta, pero a cuchara limpia, no dieta de todo a la plancha, ni para no engordar ni yogures desnatados, sino lo típico: no picar entre horas, comida sana, natural, casera. Pero la comida de toda la vida. Me gusta dormir las horas suficientes, si se puede. Si no se puede, se pasan crisis [*risas*]. Y ya las ojeras. Y ya cuando puedas. Pero bueno, cuando se puede, intento hacerlo. Me gusta estar informada de, no sé, eso pienso que es un cuido... También me gusta ir a misa, confesarme, pienso que es una limpieza espiritual muy buena, estar un ratito en el sagrario. No sé, son mis cuidados. Después también, hombre, de vez en cuando me pinto. ¿Eso también te refieres? Me lavo el pelo.
- Lo que tú consideres.
- Yo no hago gimnasio pero ando muchísimo porque voy a todas partes andando. Vamos en verano a respirar aire puro, los fines de semana vamos al campo. (Lucía, E15)

Me cuido cuando tengo tiempo

Cuidar de una misma no es una actividad prioritaria, más bien es algo que se hace cuando hay tiempo libre de otras ocupaciones, es muy flexible, frente al cuidado de personas mayores, pequeñas, enfermas o muy dependientes por cualquier otro motivo, el cuidado propio es extremadamente flexible, siempre se puede dejar para otro momento: “Me cuido cuando tengo tiempo. Si un día quiero ir a la peluquería, voy. Si no voy una semana pues voy cuando me hacen falta unas mechas...”. (Isabel, E20)

Esos son los ratitos por los que merece la pena vivir

Julia, otra de las nietas entrevistadas, considera que la frontera entre la cura y el cuidado es bien difusa, el tener un tiempo para sí misma, para su relax y esparcimiento, en tanto que el autocuidado para ella es una cuestión de salud mental:

- ¿Qué haces para cuidarte, para cuidar tu estado de ánimo, tu salud? ¿Qué haces para cuidar de ti?
- Para cuidar de mí, pues, mira: cuidarme psíquicamente. Me voy a la playa, es mi cura. Me voy a la playa y me cura, sobre todo si voy con mi novio [...]Es que pienso que esos son los ratitos por los que merece la pena vivir. Sí. En serio. A mí, estar ahí en la playa, paseando, me encanta. Después, quedar con las amigas y desahogarme, eso también, simplemente me, me gusta. Aunque, ahora estoy pasando una mala época. Pero bien. Y hablar con mi madre, eso me cura

psicológicamente. Y salir, pues no salgo yo mucho. Pero deportes... Bueno antes hacía más, ahora menos. Ahora llego muerta de trabajar y no soy capaz de ir... Y me gusta la verdura [*risas*], fruta de vez en cuando. Y luego, me gusta echarme muchas cremas, eso sí. Entonces por la piel, por la cara y eso me encanta. Y cuando estoy en vacaciones, el fin de semana, por el cuerpo, todo. Pero entre semana no me da tiempo. Porque me levanto muy temprano y si me pongo a echarme crema ya son tres horas y llego tarde. Y no sé, me gusta conducir, eso me relaja mucho, me cura también psíquicamente. No sé. (Julia, E30)

Vivir un poquito de vida mía

Para cuidarse es necesario tener tiempo y darle un valor al cuidado propio. Pero, una maternidad reciente limita los tiempos disponibles para ese cuidado. Se conciba en términos meramente estéticos (depilarse, ir a la peluquería, renovar vestuario), de estar en buena forma física (ir al gimnasio, pasear por la playa o por el monte) o anímica (ir a la iglesia, disfrutar de momentos de soledad e intimidad, hablar con amigas), ha de poder destinarse un tiempo a dicho cuidado. Así lo relata Juana, una de las nietas entrevistadas:

- Me tengo muy abandonada ahora. Pero yo... Pues me ha gustado ir al gimnasio. Iba al gimnasio, a andar por ahí. Después, lo de echarme mis cremitas. A mí mis cremitas... Yo no me acuerdo ahora de que me haya echado una mascarilla desde que he tenido al niño. Ya hace mucho tiempo que no me da tiempo, que no me da tiempo. Yo, mis uñas, mi madre lo sabe, yo he tenido siempre unas uñas largas, preciosas. Y yo, desde que tuve el niño, primero, como es un bebé, que lo podía arañar y dije que yo me las cortaba... Pues ahora todavía no me ha dado tiempo a arreglármelas. Y esas cosas. Pero vamos yo voy a hacerme mi cera, que me hago la depilación. Lo dejo con ella [*se refiere a su madre*] Y me voy a hacer la depilación, a la peluquería, cuando tengo que ir a la peluquería. En rop, estoy un poco más dejada, también porque, la verdad, que no me da tiempo. (Juana, E27)

Y aun manteniendo un modelo tradicional en su organización familiar (ama de casa a tiempo completo/hombre proveedor de los recursos económicos), y de maternidad intensiva, hay una voluntad de cambiar algunos aspectos en relación con el cuidado de sí, pues recuerda cómo era su vida antes de ser madre, y tiene nostalgia de ese tiempo propio (tal vez, se puede conjeturar, esta es una de las ventajas que presenta la maternidad tardía: la experiencia vivida de disponer de tiempo propio, que ha sido intensa):

- Yo no quiero ser como mi madre que está con su madre nada más que sentada. Yo quiero vivir un poquito de vida mía... De gimnasio, de salir, de entrar, de llevar yo mis cosas más...(Juana, E27)

9.2.2. El cuidado de otras personas

Entre las actividades relacionadas con el trabajo doméstico-familiar tiene especial importancia la atención y el cuidado de niños y adultos dependientes por su edad, estado de salud o funcionalidad diversa, pero también de adultos que bien podrían ser considerados independientes y que, por razones culturales, no se proveen de su autocuidado de forma plena y con cierta autonomía. Marisa, una de las madres entrevistadas, de clase media alta, reflexiona sobre los diferentes tipos de cuidados prestados según la edad de la persona destinataria de los mismos señalando las dificultades específicas que presenta cuidar de las personas mayores, en contraste con el cuidado de las criaturas, que considera mucho más agradable. Cuando se trata del cuidado prestado por un profesional a una persona mayor, el trabajo es más duro y desagradable en tanto que hay que mantener contacto con los desechos corporales, algo mucho más difícil de hacer que cuando se trata de una criatura pequeña. Además, cuidar de mayores implica una sujeción al espacio donde se presta ese cuidado, pero con las criaturas el espacio se amplía: se puede cuidar a una criatura casi en cualquier sitio, lo que da una mayor libertad de movimientos para quien cuida:

- Yo creo que a la gente le gusta más. Yo creo que hoy en día, la gente por lo que oigo yo, prefiere un niño a una persona mayor. Entonces creo que hay menos problemas en el sentido que es más fácil cuidar a un niño que cuidar a una persona mayor.
- ¿Es más fácil?
- Yo creo que sí, yo creo que sí.
- ¿En qué sentido?
- Pues no lo sé, porque los niños son pequeños, ¿no? Entonces, eh... hombre, das cariño. Primero, que el trabajo es más agradable trabajar con niños que con personas mayores. Tú coges al niño, te lo coges, y te lo llevas, te lo traes, o... Y claro, a una persona mayor no puedes hacerle eso. Es diferente. A un niño lo manejas mejor, es más agradable limpiarle la caca de un niño que limpiarle a una persona mayor. Vamos yo te lo digo por lo que escucho, que hay gente que incluso para trabajar le gusta más trabajar con niños que con gente mayor. (Madre, E23)

9.2.2.1. Cuidar y educar

La exigencia del cuidado de menores es una preocupación relativamente reciente, de hecho, algunos historiadores destacan el carácter histórico y cambiante de las visiones acerca de la infancia. De este modo, se hace referencia al proceso de “*construcción social de la infancia*”, que se localiza en torno al período de la Ilustración, en los siglos

XVII y XVIII, al tiempo que proclaman nuevas visiones de la tesis sobre el instinto materno y se justifica la necesidad de que la madre se responsabilice del cuidado y la educación de su prole en el hogar, como un aspecto más vinculado con la naturaleza femenina. Maternidad y feminidad se funden en una sola imagen. En estas concepciones, fue determinante el desarrollo de disciplinas como la economía, la demografía e incluso la biología, tal como se ha señalado en el capítulo 1, *supra*. Así, a partir de este momento se sustituye la indiferencia hacia la niñez por representaciones sociales proclives a la necesidad de cuidar y proteger a la infancia que tendrán un protagonismo cada vez mayor en la vida familiar. También, la invención entre las élites en la primera mitad del siglo XIX de la figura de la mujer-ama de casa coincide con el desarrollo del discurso médico sobre el cuidado infantil. En el transcurso de varios siglos, las criaturas han pasado de ser apenas visibles en la vida social premoderna, dependientes y sometidas a las estructuras jerárquicas y autoritarias de la familia burguesa, a ser consideradas como sujetos de derecho.

Hoy en día, los menores no son considerados exclusivamente como receptores pasivos de ciertas prestaciones, sino que también tienen derechos, que se deben respetar, y expresan necesidades propias, a las que la sociedad debe atender y dar cobertura, y que, por tanto, son al mismo tiempo sujetos de ciudadanía. El reconocimiento de este derecho de los menores puede llegar a entrar en conflicto con los derechos de la madre, que en el modelo de la familia tradicional tiene atribuida la responsabilidad de cubrir dichas necesidades más allá de las suyas propias. Sin embargo, en pleno siglo XXI, este modelo de maternidad sacrificial es cuestionado en una sociedad que fomenta y valora un tipo de mujer emancipada y libre que cuida de sí. En las nietas entrevistadas, también en muchas madres, el choque entre ambos requerimientos emerge como conflicto. Así lo relata Lucía, una de las nietas entrevistadas, en relación con su opción de dejar su empleo como profesora para dedicarse al cuidado de su familia y de su hogar y explica lo complicado que es conciliar familia y trabajo remunerado y cómo la vocación de ama de casa ya no está reconocida como legítima, incluso por su propia madre que es ama de casa, pues se ha perdido de vista lo difícil que es cada día intentar armonizar los requerimientos de ambos mundos. En cierto modo, considera que se ha idealizado la imagen de una mujer que trabaja fuera del hogar y que cuida, además, de una familia y hogar.

- Le gusta que trabaje en la calle. Perono sabe por experiencia lo que es trabajar en la calle teniendo una familia. Mi hermana, por ejemplo, la suegra que tiene, sí. Es psiquiatra. Entonces porque su novio es el mayor de los hermanos, tiene hijos pequeños todavía. Entonces ella, a lo mejor, sí puede entender a mi hermana en un

futuro. Mi madre puede, puede quererme, puede... Pero no puede entenderme, aunque ella crea que me entiende. Yo puedo entenderla a ella, a lo mejor, ahora mismo que no estoy trabajando. No sé si me explico.

- ¿Le cuesta ponerse en tu lugar?
- Se pone como cree que sería, pero no como experiencia propia. Es como si a mí me dicen que me ponga, que me empatee con una señora de ochenta años. Yo puedo imaginarme lo que es estar todo el día en casa, que me cuide una persona que no sea mi hija que... Pero me lo estoy imaginando. (Lucía, E15)

9.2.2.2. Cuidar y curar

En nuestra sociedad, el rol adjudicado a la persona enferma, se relaciona en gran medida con la perspectiva desarrollada por T. Parsons, que considera la enfermedad como un estado de perturbación en el funcionamiento normal del individuo en un sentido amplio. En esta idea de individuo total se incluye el estado del organismo como un sistema biológico y el estado de su adaptación personal y social al medio (1975, 1951). La persona enferma no es considerada como responsable de su enfermedad y, se le exime de las responsabilidades y obligaciones que entraña el mantenimiento de su vida cotidiana. Asimismo, se le requiere que manifieste un deseo de mejoría buscando, y acatando con respecto a la autoridad que representan, las recomendaciones técnicamente competentes: las realizadas por los profesionales, esto es, el personal médico y sanitario (Tobío et ál., 2010). En los últimos tiempos, dicha conceptualización de la enfermedad y de la persona enferma está cambiando, y se incorporan a su análisis otras dimensiones de corte subjetivo, económico, social, cultural o religioso tal como se señaló *supra* 4.3.1.2. Todo ello, obviamente, tiene sus implicaciones para el cuidado necesario que garantice el estado de salud de la población.

Cuidar de mayores, incluso en el marco de una relación afectiva fuerte, no siempre es fácil, sobre todo cuando son muy mayores, pues generalmente tienen molestias o dolores, sienten las limitaciones progresivas que aparecen en sus cuerpos, y se quejan del envejecimiento. Son conscientes de la pérdida progresiva de autonomía que conlleva la decrepitud. Cuidar de una persona anciana suele producir cansancio y estrés en quienes están cerca asegurando su cuidado cotidiano o bien prestándolo directamente, por mucho que se esfuercen en ponérselo fácil. Sobre estas dificultades cotidianas de cuidar de una persona que se va deteriorando progresivamente, reflexiona Marisa, que relata cómo necesita descansar del cuidado de su madre los fines de semana y como ello supone hacer cargo de dicho cuidado a sus hijos:

- Cuando no estoy yo, a los niños se le pone mala y... Yo me escapo a la playa porque me gusta... Hombre es que está todo el día, porque luego tiene buen carácter, pero desde la mañana: «Me duele aquí, me duele allá». Todos los días, todos los días. Y yo me voy el sábado y vengo el domingo, y eso es para mí un relax. Pero claro, luego, mis hijos tienen que estar al pie del cañón. No le quiere comer, como una niña chica... (Marisa, E23)

El aumento de la esperanza de vida indica que la población en su conjunto goza de buena salud y este es motivo de satisfacción para una sociedad que se dice desarrollada. Efectivamente, este dato refleja cómo se han experimentado notables mejoras en las últimas décadas debido, en gran medida, a los avances médicos y tecnológicos, cambios en las condiciones de vida, en los hábitos de alimentación e higiene así como el acceso a un sistema de salud pública con una cobertura universal y que presenta un elevado grado de eficiencia, y a un sistema de servicios sociales que, si bien no está en absoluto universalizado, se focaliza hacia sectores de población que tienen, en general más necesidades. Además, la calidad de vida se ha generalizado mucho entre los mayores, gracias a que el sistema de pensiones les ha asegurado unos ingresos mínimos, que incluso entre los más pobres, es mucho más de lo que sus propios padres tuvieron en su vejez, y además, les da más autonomía y poder para gestionar el fin de sus días.

Las mujeres entrevistadas de la primera generación, abuelas (y, de ellas, muchas bisabuelas), todas eran viudas. Una combinación de mayor esperanza de vida para las mujeres y de una media de edad inferior a la de sus maridos, hace que muchas de estas mujeres lleven más de una década siendo viudas, en algunos casos bastante más (v.,gr. Concha, Fernanda o Antonia, entrevistadas E4, E10 o E13, respectivamente). Entre las más longevas, algunas gozan de una salud razonablemente buena, pero todas ellas necesitan algún tipo de asistencia o de cuidado, aunque sea una ayuda mínima para realizar determinadas tareas domésticas (limpiar armarios altos o hacer el cambio de ropa de temporada) o *paradomésticas* (hacer la compra semanal). Así ocurre con María, una de las abuelas entrevistadas (E16), que es acompañada y ayudada regularmente por su hija, Mary (E17), aún gozando de buena salud. Su hija disfruta realizando con su madre estas actividades, aunque proteste divertida ante la actitud curiosa, casi fascinada, de su madre frente a la gran variedad y diversidad de productos que se exponen en el supermercado como si no acabara de adaptarse al universo de la sociedad de consumo. Con estas ayudas que presta a su madre cada semana no solo la orienta en este enorme mar de mercancías que tanto atraen su atención, sino que la ayuda a racionalizar sus gastos para que no adquiera cosas que luego no puede consumir por su diabetes; a la par

que evita que su madre tenga que cargar con peso pues, van a comprar en el coche de Mary:

- Ahora chocamos más. Pero vamos, en el supermercado esta mañana... chocamos más ahora. Porque claro, ella está más, le da igual de todo ya. Y está más... y chocamos más ahora, sí, bastante.
- ¿En qué sentido?
- En qué sentido. De que ella, por ejemplo, como le digo: «Venimos todas las semanas al supermercado, ¿cómo te puedes poner a recrearte a mirar todas las cosas? Si eso te lo sabes. Ya, tú ya tienes que, ya ir cogiendo las cosas sin tener que mirar ni nada». «¡Ay que ver! porque tú como me... ». «Mama, ¡no vayas a comprar esto!». Es diabética y compra muchas chuchearías y muchas... «Mama no vayas a comprar esto que no te viene... ». Y ella compra de todas clases de dulces, de todo, todo. Y no me hace ni caso. Le digo: «No te compres, no te comas eso». Porque, es que le va dar un día una subida de azúcar. Y, además, ya la verás tú ahora, que ella le da igual de todo. Ella pasa de todo. (Mary, E17)

Otras entrevistadas, las abuelas de más de ochenta años, algunas de ellas nonagenarias, generalmente necesitan asistencia diaria, por no tener autonomía para realizar las actividades más básicas de la vida cotidiana (como ocurre con Felicidad, entrevistada E1) o por no poder bañarse o salir a la calle solas (Consolación o Carmen, entrevistadas E25 y E7, respectivamente), por una pérdida gradual de facultades, como ocurre con Antonia que tuvo una caída con rotura de cadera que requirió una operación para insertarle una prótesis y ha perdido mucha visión (está pendiente de ser operada de cataratas): «Me he pasado los pueblos de tres en tres corriendo. Y ahora no me puedo mover. Bueno, qué le vamos a hacer». (Antonia, E13). Consolación describe cómo recibe el cuidado que necesita como *naturalmente* se supone que debe ser, sus hijas le prestan ayuda en todo lo que no puede manejarse por sus propios medios, especialmente Juani (E26) que vive con ella y es su cuidadora principal, que le ayuda a asearse, aunque cuenta orgullosa cómo ella misma se peina y hace su cama cada día:

- Ya no me puedo yo bañar porque no puedo estar de pie, no le digo que me se duermen las piernas... No puedo estar de pie, lo que sí me prepara ella, me lava y me arregla.
- ¿Su hija Juani?
- No, Juani o la que sea. Vamos la que está aquí, si no estuviera ella aquí pues vendría otra.[...] Yo hago mi cama también.
- ¿Se puede arreglar usted su cama?
- No quiere que la haga pero a mí me gusta hacerla. Las Hermanitas de la Cruz vienen algunas veces a verme, sí: «¿Se peina usted?». Y digo: «Pues, yo». Pero sin

espejo ni nada, me peino. Hoy me tuvo que amarrar, porque tengo el pelo muy fino, me lavó ayer la cabeza. Y no podía, era que no podía amarrarme el cordón para ponerme el rodete. [...] Yo tengo tres hijas. Y no creo que dejen de venir ninguna, cuando no será una, será la otra. Y ésta vive aquí ahora, el día que no esté aquí mi hija, que no viva aquí, pues, tendrán que tener sus mañas de venirse una u otra, ¿no me comprendes? Eso cuando llegue la hora, ya se verá. (Consolación, E25)

En las entrevistas, las abuelas son tratadas con mucho respeto y cariño, tanto por sus hijas como por sus nietas. Aunque es cierto que en ello repercute también la censura estructural que presenta el propio dispositivo de investigación, tal como se señaló en el capítulo 5, *supra*. En especial, las nietas, pese a percibir la lejanía cultural en la relación con sus abuelas, en términos de cómo se entiende la vida cotidiana, mantienen o afirman mantener una estrecha relación con ellas; transmiten en sus relatos un gran reconocimiento por la experiencia vivida por ellas y la riqueza que dicha experiencia conlleva. Y, si bien muchas veces este papel de la abuela como vieja narradora de historias se define en términos un tanto estereotipados (la abuelita con sus batallitas), lo cierto es que las nietas se refieren a sus relatos como una vivencia compartida que les proporciona mucho deleite, considerando a las abuelas como las guardianas de la memoria familiar tal como cuentan Julia y Mónica, dos de las nietas entrevistadas (E30 y E24, respectivamente). Del mismo modo, las nietas dan cuenta de la relación de confianza con la abuela, a veces vivida en términos de una complicidad que intenta soslayar el componente normativo que implica la generación intermedia tanto para la abuela como para la nieta, pues una es demasiado mayor y la otra aún demasiado joven.

Las entrevistadas mayores, independientemente de su estado de salud presente, tienen una elevada conciencia de que envejecer supone la pérdida de autonomía a muchos niveles, sobre todo por las necesidades crecientes que tienen, empiezan a intuir, o bien conocen de otras experiencias cercanas o de las suyas propias como cuidadoras de madres, hermanos o cónyuges. Sobre esta conciencia de su mayor vulnerabilidad, o bien tienen ya hecha una reflexión o bien especulan sobre la forma en la que serán cuidadas en el futuro si su estado de salud se deteriora con el tiempo. Así pues, las abuelas son activas en la definición del modelo de cuidado que desean para sí, o bien de aquel que ven factible aunque no sea de su gusto. Y, en esta definición, si bien sufren las restricciones que impone un modelo de sociedad en el que las mujeres en las familias empiezan a no poder estar disponibles como antaño para cuidar de sus mayores, reclaman el derecho a ser cuidadas tal como ellas hicieron con sus progenitores, o lo hacen en la actualidad con sus nietos, como ocurre con las abuelas más jóvenes, e

incluso si físicamente se encontrasen con la capacidad de hacerlo les gustaría poder cuidar de sus biznietos como afirma Consolación (E25). Cuando reclaman este derecho, generalmente lo hacen con un criterio de reciprocidad, de justicia. No obstante, aunque consideren que es justo recibir cuidados ahora o más adelante como un *contra-don*, no significa que se reduzca su incertidumbre en relación con su perspectiva de futuro, pues saben que no depende de su gusto o voluntad ni del gusto o la voluntad de sus hijos, sino de las circunstancias materiales a que deben hacer frente.

En su gran diversidad, los distintos tipos de necesidades de cuidados de este sector de población generan una enorme carga de trabajo y de responsabilidad para las personas que se ocupan de ellos. Esto es algo que se ha identificado con nitidez entre las entrevistadas que son, o han sido, cuidadoras a tiempo completo con una larga duración, a veces años, de sus familiares. Por ello, buscan también respuestas a sus necesidades en tanto que cuidadoras: posibilidades de autorrealización, de tiempo libre, pero también reconocimiento, y más en un plano simbólico que económico. Junto a estas nuevas necesidades de las personas que son cuidadoras habituales de otra mayor dependiente se mantiene igualmente la de quienes reciben estos cuidados cotidianamente. Por ejemplo, entre otras muchas expresan su deseo de ser cuidadas en el propio domicilio, tener la posibilidad de intervenir en el diseño de las actividades a realizar o en el cuidado recibido, fomento de la mayor autonomía posible para quienes ven cómo los años degradan un cuerpo envejecido y/o enfermo, y se niegan a ser pasivas en esta relación, insisten en la necesidad de reconocimiento de sus aportes a la sociedad (lo que se ejemplifica claramente en la actitud de Blanca, E22, quien continúa colaborando activamente en las tareas domésticas aún teniendo necesidad de ayuda en su vida cotidiana), ingresos económicos que les permitan mantener su autonomía en este sentido y poder negociar el tipo de cuidado a recibir (como ocurre, por ejemplo, con Felicidad, E1, y Encarna, E28, dos de las abuelas entrevistadas). Felicidad (E1) intenta negociar con Inés, su cuidadora, una joven inmigrante interna, para que esta le preste ayuda en sus intentos de volver a caminar (ella se encuentra postrada en un silla de ruedas).

Una de las abuelas entrevistadas, que vive en la misma localidad que sus hijas y muchos de sus nietos y nietas, e incluso biznietos, describe cómo considera que son sus hijos quienes tienen el deber de cuidar de ella (“habiendo hijos...”) y, además, deben hacerlo en su propia casa (Consolación, E25). La idea de acabar la vida junto a sus familiares y sus objetos queridos se muestra como un valor que tiene una fuerte carga emotiva. Frente a una perspectiva de envejecer y acabar la vida en el hogar, sea siendo cuidadas por sus hijas y nietas o sea cuidadas por personal remunerado (modalidad

preferida por abuelas, madres y nietas entrevistadas, siempre que se pueda organizar así), la vida en una residencia se ve como el último recurso que solo se acepta cuando la persona mayor no tiene una familia que pueda cuidar de ella. Por tanto, como se verá en el capítulo X, *infra*, que un anciano viva en una residencia se percibe como equivalente a un abandono por parte de la familia, y únicamente es aceptable, y no sin reticencias, cuando hay un grave deterioro cognitivo que, de algún modo, impida tener conciencia de este supuesto “abandono familiar” (v.gr. Alicia, E6). Algunas nietas entrevistadas muestran su rechazo ante la idea de que sus abuelas acaben sus días en una residencia de ancianos. Así, cuentan cómo se les parte el alma viendo el deterioro rápido y fulminante de una anciana vecina tras ser “depositada” en una residencia, e incluso imaginan la posibilidad de hacerse cargo de sus madres cuando lo necesiten (v.gr. entrevistas E6, E30).

Pensando, pues, en su futuro, la mayor ansiedad expresada por las entrevistadas de la primera generación es en torno a que se pueda hacer realidad su deseo de vivir el mayor tiempo posible con calidad de vida, con cierto grado de autonomía, y en caso de que no sea así, ser cuidadas por sus hijas en sus propias casas. Lo expresan como una cuestión de justicia, en tanto que ellas han cuidado de las personas que en sus familias han tenido necesidad de ello. Sin embargo, las madres entrevistadas (v.gr. Mary, entrevistada E17), sobre todo las más mayores expresan con claridad su incertidumbre ante una perspectiva incierta en relación con su envejecimiento. Pese a haberse hecho cargo del cuidado de sus padres y de otros familiares mayores que lo han necesitado, no logran adivinar un futuro similar para ellas. Y expresan esta incertidumbre desde la perspectiva que tiene el intentar ponerse en la piel de sus hijas y de sus nietas cuando estas trabajan fuera; se preocupan constantemente por ellas, consideran que mantienen un frágil andamiaje que les permite desarrollar una carrera profesional y cuidar de su descendencia y, por tanto, saben que, aunque quisieran hacerlo, tendrían muchas dificultades poder cuidar de ellas en el futuro, como ocurre tanto con Carmina, madre de clase popular, como con Marisa, madre de clase media-alta (v.gr. entrevistas E8 y E23).

Muchas abuelas entrevistadas han manifestado cierto temor o ansiedad ante el futuro próximo en el que la muerte está presente, desde el deterioro físico progresivo a la degradación cognitiva, y el peso que esta situación de dependencia tendría para sus hijas como cuidadoras. Sobre todo, temen dar trabajo y expresan esta inquietud con el deseo de “no dar ningún ruido”, como manifiesta Fernanda, (E10) o de “tener una hora corta”, como Encarna (E28). La abuela entrevistada más longeva, casi centenaria en el momento en que tuvo lugar la entrevista, en este sentido es una excepción, tal vez por encontrarse

en un buen estado de salud físico y psíquico, y pese a necesitar ayuda para caminar tras una fractura de cadera, espera recuperarse en breve y seguir con su vida “normal”. De hecho, con una gran lucidez recuerda los sucesos de su infancia y adolescencia, y celebra con alegría su vida tomando su copita de vino cada día, como siempre ha hecho, disfrutando del presente y esperando cumplir los cien años. Vivir tanto en este estado lo considera un auténtico regalo (v.gr. E13)¹⁴.

9.2.2.3. Cuidar para la autonomía

Frente a definiciones estáticas y cerradas de la dependencia y la concepción de autonomía subyacente a ellas, desde los movimientos, que trabajan a favor de la diversidad funcional se ha puesto gran énfasis en destacar cómo también los definidos como dependientes realizan aportaciones a la sociedad (véase epígrafe 4.3.1.1., *supra*). En este sentido, se reivindica un modelo de cuidado, del ‘*buen cuidado*’, como aquel que fomenta la autonomía y que incorpora su diversidad, así como la integridad de la persona, respetando su derecho a elegir el modo como quiere ser cuidado. También, se ha alertado sobre las posibles consecuencias que tendría, o tiene de hecho, en términos de exclusión, la carencia de una provisión adecuada de cuidados o de asistencia (a veces, se demanda tan solo una ayuda técnica).

Entre las entrevistadas, excepto en el caso de la tríada número 10 (Encarna, Elena y Julia, respectivamente, E28, E29 y E30) y una de las abuelas entrevistadas (Fernanda, E10, que habla de una nuera suya con una pierna cortada), apenas hay alusiones a la discapacidad, pese a que las estadísticas arrojan una cifra de alrededor del 8% de la población que tiene algún tipo de limitación incapacitante (INE, 2009: 63). Este porcentaje tan significativo a nivel estadístico contrasta con el hecho de que no se hayan encontrado en las entrevistas apenas referencias sobre este tema. Hecho que podría ser explicado por el estigma que lleva asociado la discapacidad, sobre todo cuando ésta tiene alguna repercusión en el comportamiento, es decir, cuando está relacionado con la salud mental. Efectivamente, Encarnación, una abuela entrevistada que tiene un hijo adulto con una discapacidad psíquica que le impide vivir de forma autónoma, tarda mucho en hablar de ello. Lo hace cuando está avanzada la entrevista, y tras dar varios giros en los que da muestras de incomodidad, por la dificultad para explicar lo que le ocurre a su hijo; en cierto modo, a la vez que da cuenta de la enfermedad mental de Alfonso, su hijo, intenta alejarse de la responsabilidad larvada con que se ha sentido interpelada a lo largo

¹⁴ Efectivamente llegó a ocurrir dos años más tarde (Notas del cuaderno de campo: se trata de una noticia que pudo leerse en la prensa local).

de su vida en relación con el origen de dicha enfermedad, y la el peso que tiene el ser madre de un hijo con problemas de consumos adictivos y de salud mental. Encarna, que es capaz de narrar con detalle y con una expresión exquisita otros acontecimientos de su vida, narra de forma atropellada el itinerario vital de su hijo, los obstáculos y el rechazo social que éste ha encontrado, empezando por el del sistema educativo, hasta recalar finalmente en una institución en la que reside desde hace varios años y donde recibe la atención adecuada a sus problemas de salud mental.

- Tengo un hijo que, no sé si le dije que lo tenía, en la, ¿cómo se llama? residencia de salud mental de B. Tiene cincuenta y cuatro años, Alfonso José, le decimos Pepe. Y no sé por qué motivos... A mí no me convence lo que mis hijas me dicen, que ese niño desde que nació tenía alguna cosa. Yo no lo sé. Yo no se la notaba. Yo lo que sí noté es que con catorce años, el director del C. [*nombre de prestigioso colegio privado de Sevilla*] - que es donde ellos, mis niños han estudiado, los varones-, me dijo... Nos llamó a su padre y a mí, y nos dijo que estábamos perdiendo el tiempo con Alfonso José. Y lo sacamos. Porque nos dijo que estábamos perdiendo el tiempo, gastándonos el dinero. Pero entonces, nosotros éramos muy jóvenes, mi marido y yo, y no supimos reaccionar bien. Porque eso fue su perdición. Con catorce años a un niño le dices tú que no sirve para el estudio. Y el padre que tenía un amigo, que su hijo sabía arreglar televisores, lo puso con él y aquello fue fatal para él. Yo no sé si es que él se sintió, se sintió disminuido, se sintió... como su hermana, su hermana, esta, Amelia, era muy lista y ya estaba estudiando y... Yo no sé. El caso es que él ha ido dando..., Y, no es que haya caído en la droga, no. Beber un poquito sí pero caer en la droga no. Pero su tiempo lo ha ido desperdiciando. Y después, empezó a comprar... Porque alguien le diría que había unas pastillas, que era para que los estudiantes puedan... Para que los estudiantes de noche puedan estudiar hay unas pastillas. Pero que estas pastillas se tomarán, a lo mejor, una o dos por la noche - digo yo. Pero él se tomaba una caja entera diaria. Yo no sé cuántas pastillas tenía... Pero se la tomaba diaria. Estuvo, porque estaba en muy malas condiciones, estuvo ingresado en el Hospital X. [...]. Y salió fatal de allí, salió fatal, delgadísimo. Y entonces, hay una organización que se llama Z. - no sé si usted la conoce. Pues hay una organización para desintoxicar a las personas de lo que sea, no solamente de... de lo que sea y ayudarles. Y estuvo, ha estado por lo menos... Estuvo en M., estuvo en G., estuvo en C., en todos esos sitios. Cambiaba de un sitio a otro y ha estado muy bien. Yo tengo fotografías de él allí y estaba muy bien. Pero llegó un momento en que el médico, el psiquiatra... Porque también, estaba yendo al psiquiatra, dijo que eso no le estaba haciendo nada. Y entonces, se arreglaron los papeles para que ingresara en ese centro. Y lleva allí ya, pues, yo creo que lleva ya más de dos años, y está muy bien. Está estupendamente y, además, ha tenido la cosa, porque él nunca ha tenido novia, no. Y entonces, cuando ha llegado él allí, al poco de estar allí, ha entrado una chica, con una carrera muy bonita, que es Filosofía o... Bueno una

carrera así me parece que era filosofía o no sé, bueno. El caso es que se han hecho novios. Están de novios [*risas*,] y están tan felices. Y vamos a ver lo que el Señor quiera que pase. Porque yo no sé si allí aceptarán, no lo sé, no sé tampoco qué motivo la ha llevado a ella ahí, no lo sé. Pero ella la ve usted y ¡uf! Se la ve... No, físicamente no tienen nada, no se les nota nada, nada en absoluto. Pero sí... Así es que ahí está. (Encarna, E28)

Sin embargo, su hija Elena (Elena, E29), muestra una actitud de más aceptación, como hermana, refiriéndose a estos hechos también con respeto, cariño y preocupación. Es posible identificar en estos silencios (imposible hacerlo sobre lo que nada ha sido expresado a lo largo del desarrollo de las entrevistas realizadas), el rastro del tabú ante la “ausencia de normalidad” del hijo o del hermano.

- Pobrecillo, tiene problemas. Es un encanto de persona pero no supo salir, no supo salir. Y ahora, yo creo que tiene como una especie de esquizofrenia, se da como esa sensación de que... O si no lo hacía bien era porque los demás parecía que estaban en contra. O él ha hecho, él, todo mejor que nadie. En fin una serie de cosas que lo llevaron a beber, lo llevaron a tomarse pastillas. Pues bueno, ha estado dos veces en coma. Lo llevamos mi hermana Amelia y yo recién salido. Un treinta y uno de diciembre, le dio una perforación de estómago por causa de las pastillas. Y en enero cuando salió del hospital. Lo cogimos, tal como salió del hospital, y nos lo llevamos a Ciudad Real a un centro que se llama Z [*nombre de centro de desintoxicación*]. Y, allí lo dejamos. Y eso fue, eso sí que nos marcó a las dos porque decir: «Tomad, ahí lo tenéis». Y el pobre con una cara de infeliz, con esos ojos de: «Pero, ¿qué estáis haciendo?». Pero mira, nunca nos ha dicho nada. [...] Llegó a estar como dependiente, bueno... Yo todavía sabiendo donde está ahora, en Sevilla, hay veces que el psiquiatra que lleva la clínica nos ha dicho: «Pepe sigue con las pastillas». Porque le hacen, por lo visto, análisis de orina cada semana, cosa así. Y le detectan que toma pastillas.
- ¿Dónde vive ahora?
- Pepe está en una clínica en B.[*nombre de clínica de una Fundación*], en una clínica mental, para enfermedades mentales [*suspiro*] ¡El más cuerdo es él! [...] El problema de todo eso es que hace cuarenta y tantos años que él empezó con esos problemas, ¿qué pasaba? Pues que los padres no sabían que existiesen problemas mentales de ese tipo, ni que el niño está raro, ¿por qué actúa el niño así?, ni nada de nada. Entonces, ¿qué pasaba? Pues: «¿Por qué no estudias? Porque eres un vago, porque no vas a llegar nunca a nada». No lo hacían queriendo. Pero quizás ese problema se hubiese podido solucionar un poco. Porque yo sé que la esquizofrenia, yo creo que no se llega a curar nunca, pero...(Elena, E29)

Recapitulando:

En este capítulo se ha indagado en la complejidad que reviste el cuidado en el universo familiar y el modo en que se mantiene y reproduce el deber ser del cuidado para las mujeres, y en esta exégesis se repara tanto en los indicios de cambio como en las permanencias. Tanto en el cuidado propio como en el prestado a otros, la percepción de los agentes implicados carga de sentido la acción de cuidar. Aunque se trate de un trabajo absolutamente necesario probablemente ha sido y es posible ignorarlo porque las mujeres lo realizan de forma gratuita, “presumiblemente por amor”, en el marco de las relaciones familiares. Si se tiene en consideración el componente subjetivo que atraviesa su consideración tanto por parte de quién los presta como por quien los percibe, es difícil tener un rasero material para dar valor a los cuidados efectivamente prestados. Al ser la demanda ajena o la urgencia de dar respuesta a una necesidad que pide ser satisfecha (dar alimentos, limpiar desechos corporales, dar una medicación, cambiar de pañal o de postura...) requiere de una dedicación constante. La disponibilidad para el cuidado encierra una gran complejidad al incorporar tanto aspectos temporales, como espaciales, morales y afectivos. Esta disposición, esta orientación a las necesidades del otro puede suponer de hecho, una enorme carga para quienes se responsabilizan de su asistencia,, sea en cuanto a tiempos, sea en relación con el espacio o con los esfuerzos corporales que hay que realizar en muchas ocasiones (cargar con personas muy pesadas, por ejemplo) e incrementar su vulnerabilidad.

Capítulo X.

LOS CUIDADOS ATRAVIESAN FRONTERAS

La dignidad humana tiene la necesidad de una nueva garantía que se funde sobre un nuevo principio político, una nueva ley sobre la tierra que incluya a la humanidad en su conjunto

(Arendt, 1951: ix)

Si los hombres definen las situaciones como reales, sus consecuencias son reales

(Thomas y Thomas, 1928: 572)

Introducción

Una buena parte de las tareas domésticas y del cuidado se han transformado radicalmente a lo largo del siglo XX. Por un lado, porque se han integrado dentro de diferentes modalidades de consumo mercantil (como, por ejemplo, las comidas precocinadas o el lavado de ropa en lavanderías); por otro lado, porque se realizan o se prestan en el marco de instituciones públicas, privadas y asociativas (cuidado de criaturas, sobre todo de las más pequeñas, cuidado de las personas mayores, de las que tienen una enfermedad crónica o discapacidad que les lleva a depender del cuidado que les presta otros). Mientras que ciertas tareas domésticas se pueden aplazar para el fin de semana o se pueden dejar a cargo de otras personas que los desempeñan a cambio de una remuneración cuando tienen tiempo disponible, cuando se cuenta con recursos económicos para ello en la unidad familiar, el cuidado en cambio no siempre se puede dejar para luego, o para un hueco entre otras actividades o trabajos, sino que tienen que ser cubiertos cuando emerge la necesidad. Hay formas diversas de dar cobertura a dichas necesidades, sea a través de la familia (como se ha visto, sobre todo redes de mujeres), sea a través de las instituciones, sea a través del mercado, sea incluso, a través de la sociedad civil. Es decir, los cuatro ejes sobre los que puede pivotar la provisión de cuidado, en lo que se ha dado en llamar el “diamante del cuidado” (Razavi, 2007). Una figura que presenta caras con tamaños diferentes en cada sociedad, y que en el caso de en nuestro país la sociedad civil tiene un protagonismo pequeño, menos relevante que el adoptado por otras instituciones como la familia o el mercado. Hasta el momento, solo algunas experiencias aisladas han dado cuenta de la potencialidad que la iniciativa ciudadana tiene, o que puede tener, en una sociedad del cuidado (Precarias a la Deriva, 2004, por ejemplo). Es posible, sin embargo, que el desarrollo de políticas que impulsaran nuevas ideas para la sociedad civil en esta línea pudiera incrementar su papel.

10.1. Un futuro que preocupa: ¿Quién va a cuidar? ¿Cómo se va a cuidar?

Tal como se señaló en *supra*, epígrafe 4, la perspectiva política que puede proporcionar el *care* parte de una consideración de las relaciones sociales organizadas en torno a la dependencia y la vulnerabilidad de las personas, es decir, que considera a éstos como rasgos constitutivos de lo humano (Paperman y Laugier, 2005). Eva Illouz señala, además, que la sociología como disciplina parte precisamente de esta noción de ser humano como dependiente (2012). Cuando se incorpora una dimensión temporal, en la que se conjuga la perspectiva sincrónica con la diacrónica, se pone en cuestión precisamente una concepción estática de relaciones asimétricas de cuidado (Paperman, 2004). Esta reflexión acerca de la vulnerabilidad humana constitutiva y la consecuente interdependencia lleva, a su vez, a preguntar (nos) por la responsabilidad moral y política del cuidado y el lugar que debe ocupar en nuestra sociedad (Martín Palomo, 2008a).

En los últimos años el denominado “*déficit en los cuidados*” se ha reconocido como un gran desafío que requiere pensar cómo se va a cuidar en el futuro y cómo se va a organizar la provisión de cuidado en nuestra sociedad, sobre todo para quienes tienen o previsiblemente tendrán, una inexcusable necesidad de ellos (las personas más pequeñas, y las más mayores, las más enfermos, las menos capacitadas para cuidar de sí mismas, etc.). Esta cuestión está presente – cómo no – en el discurso de las entrevistadas. Todas ellas viven con preocupación los cuidados prestados a otros, o un horizonte futuro en el que ellas mismas tengan necesidad de ser cuidadas; una preocupación que choca con la enorme ausencia, o limitación, o puesta entre paréntesis, de la preocupación por su propio autocuidado. Sin embargo, la consideración de este cuidado, y del modo como se debe organizar en el futuro su provisión es ambivalente en el discurso de las entrevistadas. Oscila entre dos vías muy diferentes, que en unas ocasiones se muestran como contrarias, mientras que en otras aparecen como complementarias: por una parte, se insiste en la necesidad de “*profesionalizar*” esta actividad, este trabajo; por otra, se mantiene un discurso sobre el deber familiar de dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus miembros, basado en un modelo tradicional en cuanto a las obligaciones según el género y la filiación.

Así, por un lado, se argumenta que si las mujeres ya no pueden hacerse cargo del cuidado de las personas que lo necesitan en sus familias entonces es necesario contratar a otras personas (por lo general, mujeres) que las sustituyan, que continúen prestando igualmente cuidado en el hogar familiar con una lógica muy parecida a la de las relaciones familiares, es decir, que de algún modo se reproduzcan las condiciones

“ideales” de simpatía y afecto (Consolación, abuela, E25, por ejemplo). Efectivamente, estos discursos “de toda la vida”, sitúan a la familia, concretamente a las hijas para cuidar de los mayores, o las madres para cuidar de los pequeños, en el papel de cuidadoras, en tanto que esta sería su obligación. Las abuelas de clases populares se aferran a esta idea, justificando la raíz de esta obligación en el cuidado que también ellas prestaron cuando podían a otros miembros de sus familias, lo que les proporciona legitimidad para tener la expectativa de ser también cuidadas en el futuro, cuando sean ellas las que tengan la necesidad. La generación de las madres, aun cuando muchas de las entrevistadas en tanto que amas de casa a tiempo completo se han hecho cargo del cuidado de adultos y niños en sus familias, ven con preocupación la difícil situación a la que tendrán que hacer frente sus hijas en el caso de se vean obligadas a hacerse cargo de su cuidado. En cambio, las nietas más jóvenes ven de forma más lejana y, por tanto, más idealizada la situación; algunas de ellas, como Alicia (E6) o Julia (E30), cuentan lo mucho que les gustaría cuidar de sus madres o abuelas en el futuro, fantasean incluso con ello, pero aún les queda mucho tiempo antes de que se lo tengan que plantear como un problema real. Tan solo en algunos casos extremos, es decir, cuando no hay hijas disponibles en las familias este papel puede ser sustituido por el cuidado profesional que puede recibirse, en un geriátrico (situación que consideran aceptable siempre que se dé en otras familias, no tanto en la suya propia). Otras fórmulas son las que se plantean las madres de clase media alta, o las que están encontrando para su cuidado algunas abuelas que cuentan con más recursos: se trata de ser cuidadas en su propio hogar, o bien en el hogar de sus hijas, por una persona contratada para ello. Esta vía solo se considera por parte de aquellas entrevistadas cuyas familias cuentan con una economía lo bastante desahogada como para comprar este tipo de servicios. Madres y nietas entrevistadas son conscientes de que probablemente en un porvenir no muy alejado no habrá mujeres en las familias disponibles para cuidar de ellas o que ellas mismas tendrán grandes dificultades para cuidar de sus madres o abuelas.

Las abuelas que reciben cuidado de sus hijas, consideran que tienen derecho a ser cuidadas en su casa, por sus hijas, lo que se traduce, para sus hijas en un deber de cuidar, que se les ha transmitido. Las de la generación de las madres, debido a la incertidumbre que se abre en un horizonte donde se dibuja un incremento de su vulnerabilidad y, probablemente, de la necesidad de cuidado, y ante las dificultades que encuentran sus propias hijas para cuidar de su descendencia, son conscientes de que este modelo no es sostenible en el futuro y, además, no están dispuestas, afirman en muchos casos, a cargar a sus hijas con este peso.

Es difícil que la gente cuide en casa a los viejos

Sobre estos hechos tiene una enorme concienciación una de las madres entrevistadas, Marisa, de clase media-alta, aún viviendo su madre en casa con ella, tiene la seguridad de que en el futuro difícilmente las cosas van a poder seguir manteniéndose así. La vida de las mujeres para la tercera generación ha cambiado tanto, que mantener a los mayores en casa ya no se percibe como una alternativa viable. De modo parecido piensa Elena, cuya familia también cuenta con recursos económicos suficientes como para que su madre pueda contratar a una empleada interna. Ambas lo ven complicado en el futuro:

- Entiendo que cuando una persona está muy mal, ¡uf!, cuando tiene la cabeza perdida, yo no sé si el hecho de meterlo en un centro, en una residencia, va bien. A lo mejor, incluso estará más cuidada. En el sentido de que si tiene la cabeza mal, no lo sé. Pero, vamos, de todas formas, tiene que ser una buena residencia. Porque, si no hay algunas que son penosas. Te lo digo porque mi suegra estaba en una horrible, uf. Mi suegra terminó en una residencia privada horrorosa. Porque, tenía un carácter muy especial, mi cuñada no la aguantaba. Y yo tenía a mi madre. Y yo no, me hacía cargo de las dos. Y hace tiempo, o sea que era más joven, ella se defendía. Pero... Y entonces, se metió ella en una residencia, se iba por temporadas al pueblo, volvía. Pero, bien,... La vez que te dije que la tuvimos que cuidar, la tenían drogada. Fui allí y tenían uno con la sonda tirado en el suelo..., bueno, deprimente. Creo que luego cerraron esa residencia. Esa la metió mi cuñada, así. Porque, tampoco te podían coger la gente... Entonces, yo no sé, yo ya sé que es difícil que la gente cuide en casa a los viejos. Yo creo que eso ya no lo va a haber. (Marisa, E23)

Si se puede, en su casa

Efectivamente, tal como cuenta Elena, parece que entre las entrevistadas se “prefiere” un modelo de envejecimiento y cierre de vida que tenga lugar en el hogar familiar, en la propia “casa”. Pero, también se es consciente de que esto solo es posible en unas circunstancias muy determinadas, que buena parte de las familias difícilmente puedan llegar a tener.

- Si se puede vivir sola, vivir sola. Si no puede vivir sola, entonces, buscarte un sitio que te cuiden. Pero, nunca, de verdad, si se puede en su casa, en su casa. [...] Yo pienso que eso tiene que ser muy duro, muy duro. Yo prefiero estar aquí sola. Pero, si puedo ir al baño y darme con la manopla prefiero eso, y comerme un jamón york con pan o lo que sea, que no que me tengan en un sitio ahí, no sé. Es un poco deprimente, es un poco deprimente. Prefiero eso, prefiero la soledad. Es malo

llegar a mayor de... Te lo juro, ahora que yo pienso que si, si eres joven lo ves lejano. Pero, con todo y con eso, yo tengo cincuenta y tres y todavía lo veo lejos. Pero, lo veo más cerca. Y, prefiero, prefiero... De verdad, no me querría ir con mis hijos, es lo que no querría. Porque, estoy harta de oír a los hijos quejarse de tener a los padres y no quiero que ni mis nueras, ni mi yerno ni nadie, o mis hijos protesten por tenerme. ¡Por Dios! Es que me agobia. Yo, para eso soy muy especial. Molestar no me gusta para nada [...]Tú estás trabajando, tu marido también o tu pareja, tú imagínate tener a tu madre, ¿quién la tiene? O a tu padre, si los tienes, no sé, no sé tu vida. Pero, es complicadísimo. (Elena, E29)

En lo que a los cuidados – de familiares dependientes, por ejemplo – se refiere es muy significativo también que la presión de las expectativas de la propia familia o parentela sea percibida de manera muy diferente por hombres y por mujeres. Así, en la Encuesta sobre los Tiempos del Cuidado (España, CSIC, 2009) aunque la proporción de varones y de mujeres que afirman que sus familias esperarían que compartiesen el cuidado de un familiar dependiente es la misma (46%), las cosas cambian cuando la pregunta es *si* cree que la familia espera que la persona entrevistada se haga cargo de casi todas las tareas, a lo que responden afirmativamente sólo un 18,7% de los varones frente al 30% de las mujeres (Durán, 2012: 268). Efectivamente, las mujeres siguen considerando que cuidar, sobre todo en el caso de los mayores, es un asunto suyo, y ellas son las que se sienten interpeladas para gestionar la provisión del cuidado que precisen cuando no pueden hacerse cargo directamente (por tener que cuidar de otra persona con una demanda intensa de cuidados, como un recién nacido o una persona adulta dependiente o bien por tener un trabajo remunerado a tiempo completo) o no se ven obligadas a cuidar de sus mayores directamente por contar con recursos suficientes en sus familias para comprar trabajo de cuidados.

10.2. El cuidado más allá de las relaciones familiares

Tal como plantean las entrevistadas, sigue pendiente repensar el cuidado en la esfera pública, más allá de los entornos familiares. Todas ellas son conscientes de que con el modelo de sociedad de mercado, con la división sexual del trabajo tal como se organiza en la actualidad, las familias no pueden hacerse cargo de los mayores. Pero, más allá de las relaciones familiares también expresan muchas dudas acerca del modo que puede adoptar la responsabilidad del cuidado, pues aunque no presten los cuidados directamente, continúan considerando que la responsabilidad del mismo es un asunto de la familia. Demandan al Estado respuestas flexibles para que las familias puedan seguir jugando un papel importante en la provisión de cuidados porque las familias solas no pueden seguir asumiendo la suma de los cuidados a que deben hacer frente.

No obstante, tienen muchas dudas sobre qué, en qué medida y de qué manera puede integrarse en las agendas políticas de las administraciones públicas. El mercado se muestra como una opción mucho más flexible y, en este sentido, es más próximo a la forma de dar respuesta al cuidado que tienen las familias; pero las entrevistadas consideran que las instituciones tienen que dar respuestas para toda la sociedad.

10.2.1. La difícil institucionalización

El ejercicio de la ciudadanía implica ciertas obligaciones a cargo de las instituciones públicas para que éstas den respuesta a los compromisos de participación de los derechos conferidos en tanto que miembros de una comunidad política. La extensión de la ciudadanía, como modo de inclusión, a la mayoría de los habitantes ha sido posible con la incorporación de los derechos sociales a este principio gracias, fundamentalmente, al desarrollo de los Estados de Bienestar. Ello permite una cierta redistribución de recursos públicos, como por ejemplo la universalización de la atención el cuidado universalizable?, ¿Cómo puede formar parte de las políticas públicas? Más aún, ¿cómo convertir el cuidado en objeto de políticas? ¿Cómo entienden las mujeres, que son las proveedoras principales de cuidado en la mayor parte de las familias, esta posibilidad por muy remota que sea?

Siguiendo el discurso de las entrevistadas, sus preocupaciones se centran en dos tipos de instituciones en función de la persona que a su modo de ver tiene necesidad de cuidado: las más pequeñas y las más mayores. Las instituciones a que hacen referencia son las “residencias” o “asilos”, para los mayores, y las guarderías o escuelas infantiles, para los pequeños. Cada una de estas denominaciones tiene una carga de connotaciones diferente, así como un mayor o menor grado de estigmatización, sobre todo las instituciones para mayores.

10.2.1.1. Residencias u otras instituciones residenciales para mayores

Las entrevistadas abuelas o madres, e incluso algunas nietas, perciben, en general, la institucionalización de mayores en residencias como una suerte de traición al *deber ser* de las mujeres en las familias. Lo viven como una falta de amor. Sin embargo, en el caso de las criaturas no se plantean este problema de igual forma, es más, entienden que es lo mejor que se puede hacer, pues así las criaturas se socializan con otros niños, reciben una atención profesional especializada y los estímulos correspondientes para un más adecuado desarrollo. En el caso de las entrevistadas que cuentan con mayores recursos consideran que la vía del mercado es mejor opción que recurrir a la

institucionalización en tanto que permite que la persona mayor continúe residiendo en su propio hogar y, a la vez, recibir aquel cuidado que necesite hasta el final de sus días. Encuentran que esta es la opción más respetuosa en tanto que evita el desarraigo y el supuesto “abandono” con que se connota la vida en una residencia.

Seguro que conmigo no lo hacen

La alternativa de la institucionalización de los mayores no parece atractiva para el futuro. De hecho, las madres entrevistadas, que lo tienen a la vuelta de la esquina y ya empiezan a pensar en ello, sopesan diferentes opciones para el porvenir combinando recursos, a través del Estado y del mercado, cuanto existe esta posibilidad, para poder seguir viendo en su propio hogar, contando con diferentes apoyos externos. Así lo cuenta Marisa, al pensar en si misma de mayores, la idea de acabar sus días en una residencia de ancianos no atractivaza ve con mucho agrado. Marisa da cuenta de la ambigüedad con que vive la falta real de opciones que para ella sean válidas, ninguna de las opciones de las que conoce le parece buena, maneja pues un gran dilema que no acierta a responder a lo largo de la entrevista:

- Es otra manera de plantearte la vida. O sea, lo que yo estoy haciendo con mi madre, seguro que conmigo no lo hacen. Eso lo tengo un poco claro, ¿no? O pienso, aunque mi hija dice que sí, o sea, a mí no me gustaría darle el coñazo a mis hijos. Hoy en día, pues quizá, estés tú más predispuesta a irte a una residencia, ¿no?, que antes. Están más preparadas, de entrada a mí me costaría, a mí, sí. Pero, bueno. Hay otras formas también.
- ¿Qué formas?
- Pues mira, de quedarte en tu casa, de que te cuiden, de que...
- ¿De qué te cuida quién?
- Eh, pues, alguien.
- Alguien ¿de qué, de la familia, del Estado, de...?
- Bueno, yo no sé si del Estado pero hay gente que, ... A mi tía, por ejemplo, pues va la asistente social, le echa una mano. O sea que hoy, quiero decirte que, ... A mí no me gustaría ir a una residencia, eh, lo tengo claro. (Marisa, E23)

Yo no me acostumbraría

Un centro residencial se torna frío, impersonal, obliga a mantener relaciones con personas desconocidas, por eso Blanca no los ve adecuados para lograr el bienestar de las personas que en ellos residan, pues aunque se les preste el cuidado que precise cada persona, este tipo de centros “no sientan bien” como tales. Ella, desde luego, tiene claro

que no se habituaba a vivir allí; ciertamente, sabe que su hija asegurará su cuidado en el futuro y que ella podrá seguir viviendo con ellos en su casa, como ha hecho en las últimas décadas, siendo cuidada por una persona que Blanca acepta, conoce y estima.

- [Una vecina] murió, y se quedó la casa ella de cuidarla. No le faltaba de nada.
- O sea que quién le cuidó fue quién se quedó con todo, ¿no?
- Eran dos vecinas. Cuando iba, pasaba siempre para allí. Y, cuando se puso mala la llevó al sanatorio, a la residencia. Y, ya murió al otro día. Le quedó la casa que tenía de todo.
- En el sanatorio y en la residencia no estuvo mucho tiempo, ¿no?
- No.
- ¿Qué piensa usted de los sanatorios y las residencias?
- Pues, que sientan mal.
- ¿Mal?
- Mal. Pero, bueno, si estás solo te cuidan pero... [...] Yo no me acostumbraría.
- ¿No se acostumbraría?
- No, no me acostumbraría a la gente, a estar ahí con la gente que no conoces. No es un placer. (Blanca, E22)

Parece que la estorbaba

Las residencias de ancianos tienen mala prensa. Esto no es ninguna novedad, son vistas como depósitos de mayores desvalidos y abandonados por sus familiares (Tobío y Martín Palomo, 2003). De esta visión da cuenta Alicia, una de las nietas entrevistadas a raíz de una visita realizada a alguna persona querida en uno de estos centros residenciales. Alicia atribuye el deterioro cognitivo y físico de esta persona, diagnosticada de Alzheimer, no tanto a un empeoramiento por el avance de su enfermedad como al abandono que supuso para ella recalar en la institución:

- Mis abuelos cuidaban de una persona mayor, que yo le decía «Tata». Y, su sobrina le metió, iba a tener un hijo, su sobrina la metió en un geriátrico. Y, a mí, a nosotros, nos dio mucha pena. Estaba en mi casa, dormía allí. Pero, luego, a mi abuela, que la tuvieron que operar de apendicitis, y esos dos días que ella se quedó con su tía parece que le estorbaba y la metió en un geriátrico. Nosotros tuvimos que averiguar dónde estaba y demás. Y, yo, cuando la vi, yo me harté de llorar. Porque, es una persona muy presumida, con su pelo teñido... Me harté de llorar. Tenía el pelo blanco. Ella, se le iba mucho la cabeza, tenía Alzheimer. Pero, como estaba allí con nosotros, quieras que no, esa enfermedad cuando tú estás con una persona más... Cómo éramos muchos siempre, entre mis tíos. Pues, nunca estaba sola. Entonces, quieras que no, esa enfermedad,... Hombre, no le llegó a ser peligrosa,

¿no? Además, una persona mayor no tenía tanta fuerza, ¿no? Pero, cuando la metió allí yo la vi muy estropeada. A las enfermeras las trataba mal y con,... Ya no. Estaba muy desmejorada. (Alicia, E6)

10.2.1.2. Guarderías, escuelas infantiles u otras instituciones para el cuidado de menores

En el caso de los más pequeños, la opción de la institucionalización parcial de su cuidado está más generalizada y “normalizada”. En general, parece ser más aceptada y tener mejor consideración que la de los mayores. Es cierto, que se trata de una parte de la jornada y no de residir allí; además, las escuelas infantiles, desde su propio nombre, tienen una orientación educativa claro que les otorgan legitimidad y son lugares donde los niños suelen disfrutar mucho. Una guardería no es vista como un lugar donde “aparcar” criaturas, del modo como se refieren al geriátrico como el lugar donde se “aparkan” los mayores, aunque a veces algunos mayores sí denominan peyorativamente “guarderías” a los centros de día para los mayores, por ejemplo.

Se queda loca en la guardería

Rosario, una de las nietas entrevistadas, entiende que la escuela infantil es la mejor de las opciones para el cuidado de los menores, precisamente porque allí, además de estar bien atendidas y guardadas reciben una educación:

- Guardería por un tubo.
- ¿Guardería?
- Porque, date cuenta que mi tía, la madre de ella, la abuela, trabaja, las hermanas trabajan, el padre trabaja, ella trabaja, los abuelos paternos están en Barcelona. Así es que no, ¿sabes? No tienen más remedio que hacer eso. Porque, puedes poner una persona que te ayude en tu casa, o una escuela. Y, yo prefiero una escuela, que se relacione con niños, ¿no? Que es como, además, es que está loca con su guardería. Se queda loca en la guardería. (Rosario, E12)

Las escuelas infantiles, públicas y privadas, tienen además ambas una muy buena consideración por parte de las entrevistadas, especialmente las públicas, que dan mucha confianza pues son vistas como centros profesionalizados y avanzados donde los niños están muy bien atendidos. Entre las escuelas infantiles privadas se distingue claramente aquellas que son oficiales y que están reconocidas como centros educativos de las que son informales y tienen una consideración legal incierta.

De hecho, algunas entrevistadas, sobre todo las abuelas, pero también algunas nietas, hablan de un tipo de recurso para la guarda de los más pequeños que se caracteriza por ser informal, relativamente barato, con instalaciones muy básicas o de pequeñas dimensiones. Son las denominadas “*miguillas*”, la escuela donde iban los niños pequeños de todas las edades. Antonia, por ejemplo, cuenta como allí llevaba a sus hijos menores desde que tenían unos tres años, y cómo incluso tenían que llevar sus propias sillas.

- Habían *miguillas*. Una mujer o dos que se cuidaban... [...]. Cada cual llevaba su silla y era un salón un grande y había una maestra o habían dos [...] Te guardaban los niños durante el día.
- ¿Usted los llevaba ahí desde que eran pequeñitos?
- Yo sí desde que eran pequeñitos. [...] Enseguida que ya podía ir, ya los llevaba. Porque estaban diverti... Estaban distraídos. [...] Allí se había de llevar la sillita.
- ¿Había que llevar la silla?
- Había que llevarse la sillita... (Antonia, E13)

Tal como relatan Antonia y Juana, las profesionales que atendían este recurso tenían algún tipo de formación pedagógica, maestras o educadoras infantiles. Era una modalidad de guardería de iniciativa popular, semiclandestina, bastante más barata que una guardería privada tal como comenta Juana. También Rosario (E12) describe cómo durante unos años ella regentó un establecimiento de este tipo en un local que tenía su madre, si bien finalmente lo cerró pues no obtuvo los permisos correspondientes para poder mantenerlo legalmente abierto.

Juana cuenta que para acceder a una plaza en una guardería pública es necesario que ambos progenitores tengan un empleo y ella, al ser ama de casa, no puede conseguir plaza para su hijo. Pero, las escuelas infantiles privadas son muy caras; descarta las *miguillas* porque tiene recursos para poder llevar a su hijo a una escuela privada que es de su gusto, pero cuenta que es muy habitual en su pueblo, y entorno social, el recurso a las *miguillas* entre las madres que trabajan fuera.

- Yo tengo idea de llevarlo a la guardería un par de horas. Que yo, a lo mejor, lo meta a las once, a las doce, a las diez y media cuando él... ¡Que lo mismo está loco de contento y lo meto a las diez de la mañana hasta la dos de la tarde. Porque el niño está allí bien. Que a mí no me preocupa que... Si él está allí bien, yo lo pienso dejar todo el tiempo que él quiera.
- ¿Ya tienes localizada la guardería que quieres...?

- Hombre, hay una que es pública. Vamos, pública, que sólo entran los niños que están trabajando los padres y las madres. Pero, claro, que está al lado del parque. Pero, yo,... Hay muchas por aquí que se le llaman *las miguillas* que ya no es del tipo de locales y,... Pero, a mí, la verdad, me han hablado muy bien de una que hay en una urbanización, que es muy cara. Pero, que me han hablado muy bien de cómo está organizada, y de las cosas que tienen...
- ¿Y cara, cuánto?
- Yo me han dicho que, a lo mejor, rondando los cien o más de cien euros.
- ¿Por un par de horas?
- Es que según ya si come o no come o... Después a lo que le llaman *miguillas* que no son guarderías,...
- ¿*Miguillas*?
- *Miguillas* le llaman. Que, bueno, antiguamente le llamaban *miguillas*, que esas no están legalizadas como guarderías, que no tienen sus papeles en regla, sino que es un... A lo mejor, gente que ha estudiado algo de infancia, o gente que le gusta, pues, que tiene un local pues lo adecua a... Lo pone con moqueta lo pone, y tiene ahí niños metidos. Pero claro, hay niños de meses, de año, de dos años, todos mezclados,... Y las que tienen, las que están legalizadas, pues, tienen cada una un lado para sus niños, cada juguete para su edad. Que esa es a la que yo quiero llevarlo, la verdad.
- ¿Es la que te sale más cara?
- Que es la que sale más cara. Porque las que llaman *miguillas* te puede salir cincuenta euros, setenta euros. (Juana, E27)

10.2.2. El mercado como recurso

Ya en 1993, el Libro Blanco de Delors identifica los denominados “empleos de proximidad” como una vía para la creación de empleo. Con esta propuesta se procuraba dar respuesta tanto a la crisis del empleo como a una demanda creciente de servicios de cuidado. Sin embargo, la precariedad en que nacen estos empleos dejan muy lejano este horizonte doble: por un lado, los contratos de trabajo si existen son muy precarios; por otro lado, el nivel de remuneración es bajo. Por todo ello, se ha señalado que la creación de empleo por esta vía compromete los derechos que se pretendía promover (Del Re, 1996).

10.2.2.1. Cuidado remunerado en el hogar

En su gran diversidad, el cuidado prestado en el entorno doméstico y el trabajo doméstico remunerado tienen en común, tal como se ha señalado en el capítulo 2, *supra*,

que son actividades ejercidas cada vez más por mujeres inmigrantes extracomunitarias. Como cabe esperar, el que tanto las tareas domésticas como el cuidado de niños, mayores, discapacitados y enfermos se deleguen en el servicio doméstico está estrechamente vinculado con que se cuente en la unidad familiar con los recursos para ello. La importante proporción de mano de obra inmigrada que se contrata en dichos sectores da cuenta de que se trata de trabajos que prefieren dejarse a otras personas¹. Así, si bien el recurso al empleo doméstico es un hecho social antiguo, lo que resulta nuevo es que estos empleos se generen en el marco de las clases medias y populares, reforzándose con ello las polarizaciones del empleo femenino, sobre todo en aquellos lugares donde ha tenido un mayor desarrollo, esto es, en la Europa meridional, marcadamente familiarista. Los estudios que incorporan la etnicidad, la posición de clase, el lugar de origen, entre otros aspectos, en el análisis de la provisión de cuidados en los hogares así lo han puesto de manifiesto (Caixeta et ál., 2004; Nakano Glenn, 2000, 1992).

La estrategia de recurrir a empleadas domésticas para solucionar los problemas familiares de cuidados es posible solo si hay trabajadoras inmigrantes que estén dispuestas a prestar sus servicios a muy bajo coste salarial, y que sustituyen el trabajo realizado hasta el momento por las mujeres autóctonas. En contraste, en otros países europeos, como los países nórdicos, donde no se admiten estas condiciones salariales, y, por tanto, no es accesible a la clase media, la redefinición y negociación de responsabilidades compartidas en el ámbito doméstico es más evidente (Suárez, 2004).

Para el cuidado de criaturas

Según la *Encuesta de Compatibilización Familia-Empleo*, en torno al 30% de los hogares cuenta con ayuda doméstica remunerada: el 54,5% de las mujeres de nivel alto que realizan trabajos remunerados; el 29,5% de las de nivel socio-económico medio; y el 11,5% de las de nivel bajo (Tobío et ál., 1998). Se trata de un recurso que las entrevistadas de todas las generaciones ponen en relación con su trabajo remunerado.

¹ Es decir, ello no solo da cuenta de que se prefiere dejar ese trabajo a otras personas, sino a determinadas personas que están dispuestas a hacerlo: probablemente mujeres inmigrantes sin papeles, que dejaron a sus familias en sus países y, por tanto, pueden irse a vivir de internas, que cobran “en B”, probablemente menos de lo que cobraría una empedada de nacionalidad española. Además, está la paradoja de que son mujeres que dejan de cuidar de los suyos (los dejan al cuidado de otras mujeres) para venir a cuidar a familiares de otros desconocidos, con los que en principio no tienen más vínculo que la remuneración.

La articulación familiar

Ante la limitada respuesta pública que encuentran para dar cobertura a estas necesidades cuando hombres y mujeres trabajan fuera, y aun cuando quisieran hacerse cargo de sus mayores, creen que no podrán hacerlo de seguir vigente el actual modelo de trabajo remunerado. Por eso, hay quien, como Andrea se atreve a aventurar una propuesta, pensando en el cuidado de los niños pero que se extendería a los mayores

- ¿Cómo sería? Pues no lo sé... Pero quizás, articular eso, que hubiera un departamento que se diera cuenta de la... lo mismo que los inmigrantes con la reagrupación familiar, pues, de la articulación familiar. Si uno está con tantas horas, pues, que el otro, uno de los dos pueda, que haya flexibilidad en el trabajo, ¿no?, en los horarios, no sé; se trabajara por objetivos, y no tener que ir a la oficina y estar allí, se pueda salir para llevar al niño un día al pediatra, o quedarse un día en casa si el niño está vomitando, esas de como se... Si tienes un pastón o tienes a alguien para pagarlo. Pero es que yo no creo que tenga que estar otra persona. Hombre que te ayuden para limpiar o algo, pero, hombre con los hijos deberían ser los padres los que estén. Bueno, también están los abuelos, yo entre semana no puedo pero me dedico muchísimo a ellos los fines de semana, sí [*risas*]. (Andrea, E2)

Una persona de confianza

Las mujeres de la tríada 1, una tríada que se ha identificado aquí como “moderna de clase media-alta”, todas ellas cuentan, o han contado a lo largo de su vida, con algún tipo de empleada doméstica, sea como externa, varias horas, uno o varios días a la semana, todos o casi todos los días laborables de la semana, a media o a jornada completa o como internas. Se trata de un recurso muy flexible que se adapta a las diferentes necesidades de sus familias y a sus oscilaciones en el tiempo (aseo, cuidados, compañía). Y que, además, se puede modificar en cuanto a los términos del “contrato” en función de las circunstancias, del presupuesto y de las redes familiares con las que se puede contar en cada momento, u otros aspectos de la vida familiar. Las entrevistadas destacan que valoran enormemente tanto la confianza como la afectividad que se genera en la vida cotidiana entre estas trabajadoras y los miembros de la familia, especialmente con aquellos a los que se presta cuidados:

- El padre, siempre, menos puede, o está de viaje o... Y, como hombre, sabe menos. Es más la mujer la que brega con los niños.
- ¿Por qué?

- Porque, es más madre. Sí. La madre es más de los hijos que los padres. Y eso que mi marido era un encanto. Que no puedo decir: «Es que mi marido era frío». Ni hablar, era buenísimo. Pero están menos entrenados. A las mujeres desde pequeñas ya cogemos los niños chiquititos y somos más madres, sí. [...]
- Cómo cree usted que deben organizarse los cuidados de los niños, de los hijos cuando la madre trabaja fuera, como pasaba...
- ¡Ah!, pues tener una persona de confianza. Si no tiene una madre, algunas veces algunas tienen madre que todavía están buenas. Y la madre con una niñera se avía. Pero, si no tiene madre pues la niñera tiene que ser. (Felicidad, E1)

Fácil y barato

El recurso a ayuda externa remunerada, tal como señala Andrea, presenta la enorme ventaja de ser barato, y de tener flexibilidad, “fácil”, tal como lo expresa Andrea. Por lo tanto, ella, que siempre ha podido pagarlo, ha recurrido a domésticas en función de las necesidades de su familia en cada momento.

- Yo tendría, sí, he tenido siempre alguna muchacha, que me venía así... Porque, era fácil y barato. Pero... Y, mis padres, mis padres los fines de semana se quedaban muchísimo con las niñas. Me ayudaban una barbaridad. Para algún viaje o salir a cenar, todo eso, yo no he tenido problema, la verdad, solo que la responsabilidad mental era muy grande (Andrea, E2)

Como si fuera una parte de mi familia

Natalia, la nieta de esta tríada moderna de clase media-alta remarca los aspectos afectivos y de confianza que tiene la relación con una empleada doméstica a la que se contrata fundamentalmente para hacerse cargo del cuidado, en este caso, de sus hijos, pero también para realizar determinadas, o mejor dicho, quizás indeterminadas tareas domésticas. Felicidad, la abuela, tiene una relación más instrumental con sus trabajadoras domésticas, “el servicio”, tal como las denomina en numerosas ocasiones, que se caracteriza por ser invisible, discreto y sin necesidades aparentes; de hecho, se muestra satisfecha de que su empleada interna tenga a su familia en Bolivia, pues así puede dedicarse con más tiempo y con más atención subjetiva a ella, en tanto que no tiene que competir con el afecto y las necesidades cotidianas de otras personas. En cambio, tanto Natalia como Andrea, su madre, insisten en el contenido afectivo de este trabajo y también en la relación de “cuidado” que hay que mantener con las empleadas domésticas, aunque solo sea para que hagan mejor su labor, aquella parte del cuidado a las que ambas dan más valor: cuidar sin “quemarse”, con ganas. Por eso, Natalia afirma que la empleada es como una parte de su familia en tanto en cuando deposita en ella una

enorme confianza; e insiste en que ella siempre ha tratado muy bien a sus “chicas” que, a su vez, la han recompensado portándose muy bien con ella, sobre todo a la hora de cuidar de sus hijos. De hecho, algunas de estas empleadas vienen “recomendadas” por otras amigas o familiares, como ocurre con la empleada, que trabajó con su madre por horas, de la que habla Natalia en el siguiente fragmento de entrevista:

- Yo he tenido siempre mucha suerte, la verdad, con las chicas que he tenido en casa. Será por la manera de tratarlas, que yo no... No sé, que no es alguien... Al revés, como si fuese una parte de mi familia. Porque es que, como no le des la confianza: ¡que le dejas tu casa entera y son tus manos y tus pies! A mí no se puede poner malo [*el niño*], porque si se me pone malo, yo tengo que faltar a la oficina. Entonces, pues, es todo una cadena ¿no? [...] Es más, ¡yo he aguantado! Aunque no me limpiara alguien: «Bueno, da igual. Los niños están contentos ¡Ay! ¿qué más da? Lo tendré que hacer yo, si es que me da...». ¿Sabes? que tampoco me voy a poner en plan estricta: «Por aquí no ha pasado el polvo». Total que tampoco soy yo de esas que están todo el día mirando hasta la última... Porque no parece que toda la vida se vaya en eso. Entonces ella me lo ofreció, sabía que estaba buscando una chica para que se quedara con los niños, yo tenía por la tarde una, la que venía por la tarde. Y entonces, que... De hecho, yo ya la primera vez que Pedro se fue a Kosovo encontré una chica muy buena, que es la que me viene ahora un día a la semana. Y la encontré de casualidad, pero, venía recomendada, vamos. A mí madre había ido a limpiarla alguna vez, en fin. Y cuando la contraté, Pedro vino a los seis meses. Yo ya no la necesitaba, estaba Pedro. Yo le dije a Pedro: «Mira, sabes qué te digo: que esta mujer se queda. Porque, ahora que... Y tú, dentro de cuatro meses te vuelven a mandar fuera. Y, ¿qué hago yo, otra vez?». Porque, además, los militares no te dicen: «No dentro de un mes. Para el día veintitantos, te vas». No, te avisan un sábado y te vas un martes. Entonces, imagínate buscando una chica desde tan poco tiempo, como no sea alguien de mucha confianza no... [...] Pedro ya no está trabajando. Entonces, como te he dicho, por un accidente que tuvo, en fin. Entonces, el año pasado íbamos a decirle ya que no, pero bueno: «Vamos a esperar, ya que termine el curso, que esto». Porque él estaba ahí entre rehabilitación, lo iban a operar. Entonces mientras lo estuvieran operando yo necesito alguien aquí para, si se pone un niño malo o... Más que nada, si Pedro hubiese seguido trabajando, yo tenía que seguir teniendo a alguien. Se pone un niño malo y, ¿qué haces? Yo no puedo decir en el trabajo: «Es que mi niño está con fiebre, no puede ir al colegio». No lo voy a dejar solo, tampoco. Entonces más que nada era, sí, hacer la comida, te limpia. Pero que realmente los niños ya son mayores y no tengo esa necesidad. Tengo una chica que viene un día a la semana y ya más que nada para planchar y un poco de limpieza más fondo. Pero ya este año decidimos que no, porque, eso, él lleva los niños al colegio, él se encarga de hacer un poco la comida, lo dejamos planteado por la noche, organizamos antes de irnos, estiramos las camas, en fin, lo típico. (Natalia, E3)

Como una sustituta

Una persona en casa contratada es “casi una madre” o, como dice Julia en una sorprendente cuantificación, una sustituta de la madre al ochenta por cien. Pero, nunca puede ser igual que una madre, cuyo papel es insustituible, tan solo se puede suplir parcialmente, y al parecer, tal como afirman las entrevistadas, solo por otras mujeres.

- Por la mañana, yo siempre antes de irme le daba, cuando era pequeña, le daba el desayuno. La cocina, siempre me ha dado mucho miedo que se pusiera ella a guisar y la niña, por medio, se quemara. Es decir, que yo hacía la comida, con tal de que ella, se viera, a lo mejor, que estaba llorando y tenía que guisar y me daba mucho miedo. Al mediodía, ella sí le daba de comer a Manuela. Pero, yo llegaba del trabajo, ni baños, ni nada... Ya todo era mío. Ella se sentaba, se ponía a leer o a la televisión. Yo, el tiempo que estaba aquí, la yaya ya no,... La niña para nada, la niña, para nosotros. Para mí, por supuesto, los deberes, todas las cosas. Nosotros, vamos, yo, me hacía cargo de ella. (Josefina, E20)

- Si tú estás trabajando y él también, pues, si no tienes a tu abuela, o sea a tu madre, para que cuide a su nieto, pues, los tendrá que cuidar un profesional. Y, no profesional porque todo lo haga perfecto y sea,... No. Sino como otra madre, como una sustituta. Alguien, nunca le va a dar lo que mi madre. Pero, alguien que le dé el ochenta por ciento de lo que le dé la madre (Julia, E30)

Para el cuidado de mayores

La profesionalización y la externalización del cuidado al mercado están así presentes en las perspectivas de futuro, se dibujan como aquellas alternativas que se sopesan, tanto para proveer de cuidados a sus familiares como para recibirlos ellas mismas cuando tengan necesidad. Ante esta constatación clara de la vulnerabilidad propia, de la vulnerabilidad humana en general, y con la consciencia de que la dependencia se desencadena en diferentes momentos de la vida, tienen presente lo frágil que es la autonomía, tanto si son cuidadoras como si reciben cuidados. Sin embargo, no todos los grupos sociales pueden contar con la opción de comprar cuidados en el mercado; es una alternativa que depende de los medios de que se dispone en la unidad familiar: cuidar de una persona mayor dependiente cuando ya está muy necesitada de cuidados requiere mucha dedicación en cuanto a tiempos y también en cuanto a la solicitud pues son muchas las dificultades, los dolores, las limitaciones a las que la progresiva decrepitud obliga a hacer frente, y ese trabajo tan delicado tiene un precio, incluso cuando no se paga bien. No todas las familias pueden hacer frente a un gasto tal:

las con que poseen menos recursos pueden organizarse o contar con recursos públicos que, en general, son más limitados e inflexibles de lo que puede ser un recurso que se contrata vía mercado.

Encarnación y Felicidad, dos de las abuelas entrevistadas de clase media-alta, viven acompañadas de una trabajadora doméstica interna, procedente de un país latinoamericano, concretamente, de Bolivia. Las dos dan cuenta de cómo para seleccionar quién finalmente vivirá con ellas y cuidará de ellas, han buscado a una persona que reuniera una serie de atributos personales específicos (afectivas, conversadoras, disponibles, sacrificadas, entre otros) y con unas circunstancias también específicas (sin familia que dependa de ellas en España, con permanencia). De este modo, las dos entrevistadas muestran cómo eligen, tanto la forma en que quieren ser cuidadas y dónde, así como por quién.

Que no salga de su entorno

Se valora enormemente en todas las generaciones la permanencia de los mayores en su hogar, sea con ayuda de la red familiar (familias con menos recursos) sea con ayuda de una empleada doméstica (en el caso de las que cuentan con más recursos). Esta es la opción que más gusta a todas las generaciones estudiadas. El problema de este modelo es la sostenibilidad, pues muchas veces se alarga en el tiempo y se agrava también con el tiempo el estado de salud y el nivel de dependencia. Y, es complicado asegurar una respuesta a dichas necesidades si no hay recursos o personas (dinero o mujeres en la familia) que tengan disponibilidad de tiempo (y quieran prestárselo) para acompañarles en el difícil proceso del envejecimiento, en la recta final de sus vidas, en las que se incrementa progresivamente sus necesidades de cuidados y de dedicación.

- Mejor de meterle en una residencia, pues, le buscaría una persona que la cuide en su casa. Por lo menos, que no salga de su entorno, mejor que llevarla a una residencia.
- ¿Las residencias no te parecen muy...?
- Hombre, si no hubiera más remedio. Porque, los hijos no pueden, o no tiene hijos, o no tiene cómo cuidarla, pues,... A mí no me gusta, desde luego.
- ¿No te gusta?
- Hombre, desde mi punto de vista, hombre, no me gusta. Hay gente que no tiene más remedio que estar allí. Pero, gente que tenga familiares directos o se pueda permitir pagar a una persona para estar en tu casa, pues mejor eso que irte a una residencia. (Juana, E27)

El recurso a la ayuda doméstica remunerada es especialmente polémico pues si bien contribuye a que el cuidado se preste más allá de las redes familiares, reproduce y refuerza la división del trabajo entre hombres y mujeres. Y, por tanto, puede generar un nuevo desequilibrio entre mujeres de diferentes estratos sociales, edades o procedencias (Caixeta et ál., 2004; Solé y Parella 2004). Y, también puede reforzar la desigualdad social y económica (Saraceno, 2004; Nakano Glenn, 2000).

Si tienes dinero tuyo, la pagas tú

Tanto Felicidad como Encarna, E1 y E28 respectivamente, viven con una mujer inmigrante de origen latinoamericano que trabaja como interna, lo que significa que cuentan con recursos económicos para pagar el trabajo que ella desempeña, y que tienen una persona a su disposición durante el día y la noche. Felicidad está orgullosa de contar con recursos propios para pagar a su empleada, eso en cierto modo le da también cierta autonomía y poder en la forma de negociar cómo quiere ser cuidada, tanto en relación con sus hijos como con su empleada.

- Cuando tienes problemas, tienes que acudir a tu familia nada más. Per, si tienes dinero tuyo, pues, lo pagas tú. Y y, la familia si viene, es a visitarte o a estar un ratito contigo. O mi hija muchas veces viene y para tenerla contenta a ella [*a la empleada*], viene con costura, dice: «Inés, vete, vete con tus amigas, que yo me voy a quedar con mi madre un rato». Y algunas veces, mi hija la lleva en su coche adonde tiene unas amigas, el día que tiene libre. Porque ésta tiene un día a la semana libre, como si fuera el domingo. Y entonces, le dice: «Inés, prepárate que te voy a llevar donde tus amigas». Porque si va donde las amigas, que tienen entre varias un pisito, pues a reunirse, porque eso es muy lejos. Dice que tiene que coger tres autobuses y tarda más. Dice mi hija: «Voy a llevarla». Digo: «Andrea, pero, ¿ella no tiene autobuses?» Dice: «Mamá, es que tiene tres autobuses. Y yo la llevo en un momento y así se la alarga más la tarde. Si no, tres autobuses tardan una barbaridad en llegar. Y luego volver». Mi hija es que es muy amable y muy cariñosa. Y, la lleva y la trae.
- ¿Su hija también está pendiente de la chica que la cuida?
- Sin que se lo haya dicho nadie. Ella es a la que se le ocurre. Y yo más bien le digo: «Si ella tiene autobuses y puede ir». «Mamá, pero es que tardan tres autobuses mucho y se le va la tarde y luego en volver igual. Yo la llevo en un momento en el coche». Porque es que es muy amable. Y entonces, mi hija la lleva, yo mientras me quedo por un momento sola. Pero por un ratito no me pasa nada. Porque aunque tenga ganas de hacer pipí, me espero un poquito, o antes de irse lo hago. Y mientras me estoy quieta viendo la tele me aguanta. Y luego viene. Y ya se está mi

hija aquí hasta que llega la hora al final. Y a las nueve o las diez y ya va recogerla, la trae, se queda ella. Y mi hija ya se va a su casa. (Felicidad, E1)

Como no tiene a su familia aquí, está conforme

Felicidad, considera que al residir lejos de su familia, Inés, su trabajadora interna, presenta la ventaja de no tener vínculos familiares en España que mantener (afectos y tiempos a compartir con ellos) y, por tanto, su dedicación es más rotunda en cierto modo, en el sentido que Hochschild (2001) habla de las cadenas de cuidados (la transposición de afectos de los familiares ausentes en el cuidado que se prestan de forma remunerada):

- Venía un día o dos en semana a limpiarme. Solamente. Pero nadie más. Pero después ya, al tener niños me convenía una fija. Y ya cuando esto, cuando tengo ésta fija, y algunas veces me viene: «Oye, ¿y María la que tú tenías?». Digo: «Ya la dejé, porque esa era un día o dos. Y a mí me convenía de día y de noche». Porque, es que de noche se me ocurre,... Y como no puedo: «Inés, llévame al servicio». Y me trae la silla de ruedas, me sube a la silla de ruedas, me lleva al servicio y me vuelve a la cama. Eso me lo tiene que hacer a media noche. La necesito de día y de noche. Y, además, ella encantada, porque como no es aquí, que es de Bolivia, quiere estar, que no es como la que vive aquí y quiere de noche estar en su casa. Ésta como no tiene familia aquí, está conforme. Y así estamos las dos muy a gusto. (Felicidad, E1)

Ésta que parece que le gusta

Encarnación, al igual que comenta Natalia (E3) más arriba, ha encontrado a su empleada doméstica a través de una amiga. La confianza en una persona que va a convivir con ella cobra igualmente una enorme centralidad, al igual que los aspectos comunicativos. En suma, los aspectos relacionales son fundamentales en el cuidado prestado en los entornos domésticos, tal como ha puesto de manifiesto numerosas investigaciones. Encarnación cuenta cómo su empleada doméstica le vino “recomendada” por una amiga con la que también trabajó un tiempo. Encarna mantiene un alto grado de autonomía pero, sin embargo, por sus depresiones y estado de ánimo general, decide contratar, con el apoyo de sus hijos (también a nivel económico) a una “chica” interna con la intención de tener, ante todo, compañía. En total ha tenido tres empleadas viviendo con ella probando si hay entendimiento “mutuo” y si, efectivamente, la empleada podía ser tanto doméstica como acompañante. Elena considera el hecho de que su madre pueda vivir en su propio hogar, con sus recuerdos, con sus cosas de siempre, como la mejor de las opciones para su cuidado, además de ser la que su madre ha elegido. Además, al tener a alguien que vive con ella y cuida de ella, la relación con

los hijos está menos cargada de exigencias y de esfuerzos cotidiano, tiene más calidad, los hijos pueden igualmente acompañar a su madre en lo que ella tenga necesidad pero no tienen el peso del sostén cotidiano de su cuidado. Además, el hecho de tener recursos económicos suficientes les ha permitido plantearle a su madre cómo y dónde quiere ser cuidada, también les ha permitido actuar con tiempo en perspectiva para que su madre pueda tener la persona que cuide de ella que sea de su gusto y con quien se entienda bien, ya que durante todos los días de la semana, excepto alguna tarde y el día que toma de descanso su empleada, conviven juntas:

- Nosotros, los hermanos, nos reunimos. Cuando mi madre ya ha llegado a cierta edad. Porque, mi madre, ella dijo: «No, yo sola, yo sola». Entonces, pues, bueno, más o menos le echábamos un vistazo. Pero ella vivía sola. Pero ha llegado un momento en que hemos dicho: «Mamá no puede estar sola, ¿qué hacemos?». Entonces pensamos en ella, pensando en ella - pensamos todos, eh -, que si ella podía pagarlo, que lo podía hacer, gracias a Dios, una persona con ella era lo mejor. Porque estaba en su casa, porque, estaba con sus recuerdos, porque, estaba en su ambiente. Y sacarla siempre es un trastorno. Yo eso de tres meses contigo, tres meses conmigo y tres meses con el otro. Y: «Llévatela ya porque no puedo resistirlo más». No lo podía yo pensar ni... Para mí es horrible, no me quisiera ver así, ¿eh? No me quisiera ver así.
- Entonces, ¿tomasteis la decisión?
- De meterle una chica. Entonces, pues, bueno. Ha pasado primero por una, después por otra, cada una con sus vicisitudes. Una que era una no sé cuántos, la otra que era una no sé qué, hasta que ha llegado ésta, que parece que le gusta.
- ¿Cuánto tiempo hace desde que tomasteis la decisión, de que os reunisteis los hermanos para decidir?
- Pues hará cuatro años, desde los ochenta y uno o cosa así. Hará tres ó cuatro años que nos reunimos.
- ¿Te parece que es una forma de...?
- Sí, porque, además, ella, por ejemplo, dice... Pues tiene esa señora, pero, me llama muchas veces: «María Elena, pues, tengo que ir a hacer tal cosa. Pues quiero que me acompañes». Pues nada: «María Elena, que voy a ir...». Pues, bueno. Pues si puedo, pues, voy. Pero me gusta, nos gusta que tenga a alguien. (Elena, E29)

Está de día y de noche

Elena (E29), al igual que Marisa (E23), cuenta que, en realidad, no es materialmente necesario contar con esta ayuda todos los días. Sin embargo, la contratan en previsión de que en un futuro la salud de su madre pueda verse deteriorada y necesite más cuidados que en la actualidad y con la intención de que ésta se vaya adaptando

progresivamente a su cuidadora y viceversa. Como Encarna ha decidido vivir sola, la trabajadora doméstica la acompaña, además, de noche y de día, lo que proporciona mucha tranquilidad a sus hijos.

Felicidad (E1) sí tiene necesidad de ayuda cotidiana para todas sus funciones vitales básicas, desde comer y asearse a ir al baño. Para ella, su empleada doméstica es fundamental, no podría vivir sin la compañía y el cuidado que ella le presta:

- Está de día y de noche. Es de Bolivia y la tengo hace unos pocos de meses. Como yo estoy tan inútil, yo no puedo,... Yo no puedo andar. Pero, ella me trae,... Yo: «Inés, trae la silla de ruedas». Y me pone aquí la silla de ruedas. Y, me lleva al servicio en la silla de ruedas. Y me lleva a mi cama. Y, me vuelve a traer. Y me vuelve a llevar. Y si es menester salir abajo, que tenemos un jardín ahí, tenemos muchos servicios y piscina, pues también. En el ascensor voy con la silla de ruedas. Ahora ya, siempre con la silla de ruedas. Pero, ella me lleva y me trae. Y hay un día que se va ella de vacaciones. Viene mi hija y se queda aquí. Viene con costuras. Anteayer fue. [...] Mi hija se queda aquí conmigo, por eso, porque yo al no poderme mover, pues necesito para llevarme al servicio, o traerme la merienda, o así,... Y ella vuelve luego y ya mi hija se va.
- ¿La chica le ayuda a levantarse, a bañarse...?
- Sí, a todo, a todo. Me ha bañado, esta mañana me ha bañado. (E1, Felicidad)

Como si fuera de la casa, una más

Tanto Encarnación (E28), como Blanca (E22) y Felicidad (E1), abuelas de clase media alta, cuentan con ayuda remunerada casi todos los días de la semana, sea como internas (Encarnación y Felicidad como se ha visto más arriba), sea como externas (Blanca). Las tres insisten en que la empleada doméstica es afectiva, “es muy buena”, sostiene Blanca, y “tiene conversación”, agrega Encarna. Los aspectos relacionales, afectivos, comunicativos en el cuidado son, además, enormemente valorados por las tres. Blanca, al igual que Natalia afirmaba más arriba, insiste en la familiaridad de la relación.

- Cuando voy a la calle, me voy con la chica acompañada...
- ¿Con la chica que está aquí trabajando en la casa?
- Sí. Con ella me voy de paseo. Vengo a casa y aquí estoy con todos. [...] Es muy buena [*refiriéndose a la mujer que trabaja como asistente en la casa*]. Como si fuera de la casa, una más.
- ¿Lleva muchos años aquí con ustedes?
- Siete. Me quiere mucho.
- ¿La quiere mucho?

- Yo cuando salgo, voy a todos los lados con ella.
- O sea que, ¿le hace mucha compañía a usted?
- Sí, me hace mucha compañía. Porque, ella hace todo, hace la compra, hace plancha, hace los baños, hace las camas...
- ¿Vive aquí, ella duerme aquí también?
- La chica no, que es casada. (Blanca, E22)

La abuela le tiene cariño

Tanto Blanca como su hija Marisa insisten en el aspecto emocional de la relación. De hecho, Marisa ha contratado más horas de las que necesita, según afirma, a su empleada doméstica para que su madre la conozca y se genere cierta confianza y afecto en la relación, en previsión de que en el futuro su madre tenga una mayor necesidad de cuidados en su día a día y la empleada tenga que cuidar de ella con más intensidad, mientras tanto, realiza buena parte de las tareas domésticas del hogar.

- Viajaba y me iba por ahí. Y ella siempre se quedaba con los niños. Hombre, he tenido asistentas que se quedaban, que la ayudaban, pero...
- ¿Siempre has tenido asistenta?
- Hombre, cuando me casé, no cómo ahora que la tengo seguida. Yo también, tengo por la abuela. La hace compañía por las mañanas, yo sí salgo... Ahora mucho. Pero si no, si siempre he tenido alguien que me ayudara.
- ¿Siempre ha tenido alguien?
- Sí, sí. Con los niños, sí.
- ¿Qué tenía unas horas, todos los días?
- Sí, sí. Horas, horas.
- ¿Ahora viene todos los días?
- Ahora viene, bueno, cuatro días. Porque los miércoles no viene. Se lleva muy bien con ella. [...] Quizá, a lo mejor, yo no la necesite tanto. Pero ahora me viene bien. Y la abuela le tiene cariño. Y, bueno, el día de mañana, pues, a lo mejor, me viene mejor. Tengo todos los niños en casa, es que en casa somos seis. A lavar, planchar, y esta casa, este piso es grande. (E23)

10.2.2.2. Profesionalizar el cuidado

En general, en nuestra sociedad se otorga poco prestigio a las ocupaciones que tienen relación con el cuidado, por ejemplo, enfermería, trabajo social, ayuda a domicilio, puericultura, sectores que tienden a absorber a un gran número de mujeres. Generalmente, las cualificaciones y competencias que son atribuidas a las mujeres en

función del género suelen ser sistemáticamente desconsideradas. El vínculo entre identidad de género e identidad profesional complica los esfuerzos para lograr el reconocimiento profesional de dichos trabajos, ya que entran en juego tres cuestiones: la invisibilidad del cuidado, la servidumbre y la profesionalización (Arango, 2011).

En el proceso del reconocimiento de los diversos trabajos de cuidados como profesiones que requieren para su desempeño de una formación especializada en determinados saberes y competencias se han realizado muchos esfuerzos – aún continúan haciéndose–, encaminados al reconocimiento de los saberes y cualificaciones propias de sus desempeños profesionales, los procesos prolongados de aprendizaje y la experiencia que requieren,... Pero, los diversos trabajos de cuidado tienen, a su vez, diferente grado de profesionalismo e institucionalización. Aquellos que son desempeñados en el marco institucional, se trate de empresas, ONGs, administraciones públicas u otros organismos, aún cuando el trabajo sea desempeñado en entornos domésticos, en los hogares donde residen las personas cuidadas, tienen un mayor reconocimiento como profesión, aun cuando no tengan un salario o unas condiciones laborales decentes. Al amparo de la LAPAD estaba previsto impulsar el desarrollo de nuevas profesiones, en tanto que el universo del cuidado, sobre todo en el campo de la geriatría, se quería ver como un nuevo nicho laboral. Los programas de empleo del INEM, de ayuntamientos, ONGs u otras instituciones, han incorporado cursos o módulos específicos en este campo, y han formando a un buen número de amas de casa que, tras haber visto crecer a sus hijos, buscaban retornar a un mercado laboral que no les reconocía cualificaciones formales, o inmigrantes que han querido mejorar sus condiciones laborales especializándose en este sector; de hecho, esta era una vía para realizar capacitaciones rápidas a muchas personas que ya tenían, además, experiencia de cuidar de personas muy dependientes en sus familias, en otras familias, o cuanto menos, de cuidar a sus propios hijos.

Se debe de profesionalizar eso

Las entrevistadas jóvenes apelan precisamente, pensando en el cuidado de personas adultas, a la profesionalización como una vía de dignificación del trabajo de cuidar y también de dar respuesta al problema sociológico del cuidado de los mayores.

- ¿Quién crees que debe encargarse del cuidado de adultos que por enfermedad, por vejez, o por algún tipo de deficiencia?
- Incapacitados.
- Quién crees que debería...?

- Yo creo que, que debe ser un servicio profesional, que... Se debe de profesionalizar eso, que... Que no sé, por el bien de la sociedad, que avance la sociedad. Yo qué sé. Cada persona supongo que tendrá..., dependiendo de las circunstancias familiares. Yo, en mi caso, hum, no creo que tenga que sacrificar mi vida, mi carrera para ese tipo de cuidados, ¿no? Y creo que le daría mejor cuidado si fuera a través de una persona profesional. [...] Hay empresas que ya se están dedicando a estos servicios, empresas de multiservicios que se dedican a tener personal disponible para tener al cuidado de... O bien, para días festivos que necesiten o bien para una noche puntual porque tengan que salir. (Ana, E9)

Los trabajos remunerados de cuidado son desempeñados por mujeres, casi siempre en condiciones laborales y salariales precarias –con jornadas agotadoras, estrés emocional, bajos salarios, rotación de turnos, trabajo nocturno, etc.–, y los sindicatos han jugado aquí un papel ambivalente ya que la precarización laboral afecta especialmente a estas profesiones, incluso aquellas vinculadas a las tareas más “nobles” (vinculadas a la salud o la educación). No obstante, los colectivos de profesionales que se han organizado para reivindicar mejores condiciones de trabajo señalan que dicha precariedad laboral tiene consecuencias negativas tanto para las trabajadoras del cuidado como para las personas cuidadas. Efectivamente, es muy difícil cuidar bien si las personas cuidadoras no mantienen unos mínimos en los que puedan incorporar una razonable dosis de autocuidado.

Se iban colocando en los asilos

Antonia cuenta cómo una de sus hijas trabaja en un geriátrico por las noches, y por el día cuida de ella, que apenas puede desplazarse sola por la vivienda. Como se ha visto en el capítulo anterior, se muestra muy preocupada por el cansancio de su hija, quien trabaja por la noche como cuidadora asalariada y por el día, se hace cargo de su cuidado, como hija. Cuenta que sus hijas, que apenas pudieron acabar la enseñanza primaria, encontraron en el sector del cuidado sus primeros empleos, y que inicialmente cuidaron de niños y, más tarde, trabajaron en geriátricos.

- ¿Hasta cuándo pudieron estudiar sus hijos?
- Mis hijos, porque no había ni para comer. Se iban colocando de niñeras, se colocaban de niñeras y ya, luego, pasaban a los asilos, se iban colocando en los asilos. [...] Mi hija sale a las once de la noche, a las diez de la noche y ya no viene hasta otro día a las nueve. (Antonia, E10)

Para que esté contenta y aguantando

Andrea se preocupa de apoyar y de cuidar a la cuidadora habitual de su madre, empleada interna, tal como se señaló más arriba, para que esta realice su trabajo con más ganas y esté contenta. La entrevistada es consciente del desgaste que supone cuidar cada día, y cada noche, de una persona mayor muy dependiente como es la situación que tiene su madre. Y, aunque Felicidad tiene un carácter muy bueno y no resulta difícil cuidar de ella en este sentido; e Inés, su cuidadora, tiene mucha capacidad para el sacrificio, Andrea es consciente de que se trata de un trabajo duro e intenta descargar unas horas de esta responsabilidad a Inés, la empleada doméstica de su madre, las tardes que puede hacerlo.

- Me voy casi todas las tardes. Y nada más que entro por la puerta le digo: «Venga, Inés. Vete». Y se va abajo, que hay muchas que cuidan niños. Y se pone a charlar, o a casa de una o de otra, que se airee. O, como el otro día que para celebrar su cumpleaños, pues dije: «Venga, a las cinco en punto». Vinieron dos amigas, las metí en el coche y las llevé al centro de Nervión, las llevé allí, las di un dinerito: «Venga, dentro de tres horas». Yo me fui con mi madre, me quedé toda la tarde con ella. Y a las tres horas, fui a buscarla. Y me la traje de vuelta. En fin, hago eso para que esté contenta, para que esté contenta y aguantando.
- ¿Está muy pendiente de que su madre esté atendida...?
- Estoy muy pendiente, hombre, claro, claro. [...] La chica boliviana, y no siempre, pero tenemos una prima. Que, por ejemplo, que me he ido el fin de semana a Madrid, ha venido la prima y se turnan. Y otros días también. No, por ejemplo, mañana también se va a quedar.
- Una prima...
- Boliviana también, una prima de la chica. Y, el domingo, pues... Pero, yo le doy mucho apoyo a la chica. Porque, es que tiene veintidós años nada más, que yo pensé: «Uy, esta es muy joven para estar...». Pero, tiene mucha capacidad de sacrificio... (Andrea, E2)

Tiene que ir a Bolivia a recoger el visado

En todos los casos, la hija entrevistada asegura el cuidado de su madre apoyando y cuidando a su vez de su cuidadora principal, que realiza este trabajo a cambio de una remuneración. En este tipo de comportamiento, planificado con tanto detalle y organización, se pueden leer otros aspectos de la complejidad del cuidado, así como la necesidad de estudiarlos en su dimensión temporal. De forma minuciosa, se organizan en los momentos (descansos semanales de su cuidadora principal, viajes para gestionar papeles como el visado) en que la cuidadora principal debe ser sustituida. También, se pone de manifiesto que las empleadas domésticas son regularizadas en el momento en que

encuentran una familia que las contrata y “están contentas” con ellas, con su trabajo, con su forma de estar y de ser. Con ello, es posible imaginar las enormes dosis de estrés que las empleadas domésticas sufren los primeros meses en los que están trabajando “sin papeles” a la espera de que, tras este periodo de prueba y no solo logren mantener el empleo sino que también logren ser regularizadas y vivir legalmente en el país.

- Ella está viviendo con una chica boliviana y le han dado el visado. Y, entonces, pues, la chica tiene que ir a Bolivia a recoger el visado. Y, entonces, pues, tiene que coger y quedarse sola. Y, no queremos: tiene ochenta y cinco años. Así es que aquí conmigo. (Elena, E29)

Se ha destacado que estas transferencias de cuidado de unas mujeres a otras (de las mujeres de la familia a trabajadoras remuneradas, por ejemplo) pueden tener como consecuencia naturalizar el carácter femenino de las cualidades que acompañan dichos cuidados, reproducir la división sexual del trabajo, e incorporar nuevas divisiones globales del mismo que apuntarían a la consolidación de un nuevo desequilibrio de género, entre mujeres de diferentes estratos sociales, edades o procedencias, que se basan en la etnicidad y en la extranjería, en las que otros aspectos que van más allá de los estrictamente laborales –como la confianza, los afectos, la intimidad o la relación personal- juegan un papel muy importante (Caixeta et ál., 2004).

Las mujeres que trabajan como internas cuidando de personas mayores, como en las situaciones descritas, muchas de ellas también tienen que resolver cómo cuidar de sus familiares dependientes, que muchas veces se encuentran a más de diez mil kilómetros de distancia, como ocurre con las empleadas de las que se da cuenta en este estudio de cuyas vidas poco se puede saber a partir de los discursos de las entrevistadas, como si no tuvieran una vida propia en su país de origen más allá de las escasas relaciones que han logrado tejer el país de llegada. Un mundo invisible, del que apenas hay posibilidad de contar con unos datos fiables de cuantas personas se trata o en qué condiciones desempeñan sus trabajos. Diversos movimientos feministas intentan dar visibilidad y presencia a estas mujeres y luchan por sus derechos, por ejemplo, demandando una legislación que homogeneice las condiciones laborales del servicio doméstico con las de otros sectores del cuidado o de los servicios personales que se desarrollen fuera de los entornos domésticos. Sin embargo, esto conlleva dificultades en tanto que la frontera con la servidumbre es aún porosa en el caso de las trabajadoras domésticas internas (Tobío et ál., 2010).

Es posible, diferenciar el trabajo de cuidado por el tipo de cualificación, si es reconocida como tal y, por tanto, el grado de profesionalización e institucionalización

alcanzados. Así, en las profesiones del cuidado, las mujeres han librado (en el caso de las ya consolidadas) o están librando (en el caso de nuevas profesiones, como las cuidadoras a domicilio) fuertes batallas por el reconocimiento de los saberes y cualificaciones propias de los trabajos que desempeñan, así como el reconocimiento de los complejos procesos de aprendizaje y de formación que requieren. El problema con que se topan, tanto la institucionalización como el reconocimiento de estas nuevas y antiguas profesiones del cuidado, es que emergen en un momento de precarización del trabajo remunerado en su conjunto. No deja de ser paradójico que sea objeto de una retórica de reconocimiento de su importancia social a la par que las condiciones en que se desarrollan este tipo de trabajos revelan el escaso reconocimiento real que tienen, incluso para aquellas tareas consideradas más “nobles”.

Algunos de los problemas que se han identificado para trasladar los trabajos de cuidados prestados en el marco de relaciones familiares, íntimas, a la esfera pública, tienen relación con la forma en que se escinden los atributos asignados a cada una de estas esferas cuando se consideran espacios separados sin interferencias y sin fisuras. Así, al espacio doméstico se le asigna la intimidad, las relaciones afectivas, la expresión emocional, mientras que a la esfera pública se le asigna lo impersonal, lo cognitivo, la racionalidad. Asociado a ello, en la esfera doméstica, el cuidado se prestaría de forma espontánea, no regulada ni remunerada, por personas que tienen vínculos familiares; y en la esfera pública, este trabajo de cuidado aparece revestido de una mayor formalidad, profesionalidad y remunerado. En la esfera pública, existen organizaciones y asociaciones profesionales, empresas privadas, instituciones públicas que intervienen en la negociación y definición de las normas de esta profesionalización (vgr. enfermeras, terapeutas, puericultoras, trabajadoras sociales...). Pero, en el universo de los hogares también entra el mundo extrafamiliar precisamente bajo la figura de las cuidadoras remuneradas. El cuidado es un campo de trabajo muy especial, presenta enormes dificultades para su profesionalización que tienen relación con las emociones o con el sentido del deber tan fuerte que atraviesa las relaciones en que se encuadran, lo que introduce muchos elementos de tensión cuando el cuidado se torna público y que tienen que ver con una compleja combinación de las competencias técnico-profesionales con las habilidades relacionales, las destrezas afectivas y las orientaciones éticas (por ejemplo, valores como el respeto, la integridad, el compromiso con la profesión y con la calidad de vida de las personas). Los trabajos de A. R. Hochschild (2008) sobre el trabajo emocional ponen de manifiesto la complejidad de las formas en que las emociones son procesadas, estandarizadas y sometidas a control.

10.3. La atribución de responsabilidad a las familias, el mercado y el Estado en la provisión de cuidado

En el momento actual, se asiste a una situación de precario equilibrio, en la que las necesidades de cuidado están atendidas gracias a las solidaridades intergeneracionales entre mujeres, principalmente, entretajadas con el recurso al mercado (sobre todo cuando posibilidad en las familias para hacer frente a este gasto) y con el insuficiente apoyo que proporcionan los servicios públicos. Sin embargo, ante las dificultades diagnosticadas para asegurar la provisión de cuidados que parecen aproximarse en un futuro no muy lejano, se plantea como un reto para la sociedad en su conjunto encontrar nuevas formas de reparto del cuidado dentro y fuera de las familias.

Las familias quieren cuidar, las mujeres también, en todo caso, unas y otras en la medida de sus posibilidades, quieren estar cerca del día a día de cómo es prestado el cuidado cuando se hace fuera de las redes familiares. Lo que piden es la posibilidad de hacerlo, apoyo, recursos variados y flexibles y condiciones laborales que les permitan cuidar de los suyos. No quieren un futuro en el que el cuidado de sus personas queridas se asegure a costa de su salud, de su tiempo libre, de su empleo, de sus relaciones de pareja o de amistad, de sus aficiones, de su propio autocuidado. La principal división entre las mujeres entrevistadas parece darse entre las que cuentan o no con recursos económicos para poder organizar sus formas de dar respuesta a quienes tienen necesidades de cuidado que no pueden satisfacer por sí mismas. Pero todas piden que la política ocupe un lugar central a la hora de estructurar una respuesta global que las familias, que las mujeres en las familias ya no pueden dar ni están dispuestas a hacerlo.

Siempre recae sobre las mismas personas: las hijas

Corroborar el anterior diagnóstico, Lucía, una de las nietas entrevistadas, ama de casa por propia decisión y vocación, que avista un horizonte difícil, si no se apoya más a las familias para que éstas puedan cuidar de los suyos en los términos que cada familia considere. Siendo su planteamiento abiertamente familiarista, demanda que las políticas públicas pongan en marcha respuestas diversas para diferentes familias con sus distintas necesidades. Además, tal como plantea Lucía, las personas mayores dependientes son una responsabilidad de la sociedad, a la que han aportado mucho, y las más pequeñas son el futuro en todos los sentidos, también en el de que son los que van a mantener los sistemas de protección social que existen en la actualidad; apela, pues, al pacto entre

generaciones y al papel que las políticas deben jugar para que pueda respetarse y mantenerse el orden social:

- Apoyo habría que prestar en casi todo lo que es la familia, que está muy abandonada.
- ¿Está muy abandonada?
- Totalmente, totalmente. Hoy día tienes que tener una familia numerosa. No tienes apoyo ninguno, cada hijo en un colegio diferente. No hay colegios, no hay sitios. O sea, los mayores, los niños en las guarderías, los mayores en los asilos, la gente en edad de trabajar, trabajando. ¿Eso es la familia? Reunirse en Navidad para pelearse, porque cuando uno no se ve, se termina peleando. Entonces, yo pienso que sí, no sé qué. Porque, si yo lo supiera, la política sería yo, no los que están ahí. Pero, bueno. Pienso que sí, que los asilos van muy bien, de hecho hay asilos estupendos. E, ir a ver a tu madre todos los días cuando no hay otra opción, vas a verla, le llevas su lanita para que haga su punto [*risas*]. Yo qué sé, las cosas que se pueden hacer o decir: «Hoy me la llevo de día». «Me la llevo a casa y está con nosotros un fin de semana». En fin, que hay muchas formas de estar en un asilo también. Pero, es eso, que se podían hacer muchas más cosas, claro.
- ¿Se te ocurre alguna en concreto, aunque no seas política?
- No lo sé. El tema de la vejez no lo tengo... Porque, gracias a Dios, mi abuela está muy bien, el abuelo de Juan vive con su hija. Está muy bien. Pero, es eso, siempre recae sobre las mismas personas: las hijas.
- ¿Las hijas?
- Normalmente. Y las nueras. Que hay nueras muy buenas y que se prestan mucho. Pero, no sé, si por lo menos tienes la cosa de, de, de... No, es que no lo tengo, no es un tema, de niños, sí. Porque, además de ser lo mío, estoy en ello. Cuando vaya mi madre siendo mayor, o mi padre, pues...
- ¿Que se te ocurriría para los niños ya que es el tema que mejor conoces?
- Pues, mira, las bajas maternales de los países de por ahí son estupendas.
- ¿Qué tipo de baja maternal?
- Un año. Porque, es que mi hijo va a ser el que a ti te pague la Seguridad Social, el día de mañana. Eso hay que cuidarlo. Y, también, se me ocurre eso. Pues, facilidades. O sea, poder, yo eso es lo que busco ahora mismo, congeniar vida laboral y vida familiar. Pero, no los fines de semana, sino que, o sea yo, tengo una amiga en Madrid que tiene su trabajo y le dan facilidades, o sea, es un trabajo especializado en darle facilidades a las amas de casa. Y amas de casa somos todas, lo mismo que ellos son amos de casa. Pero, yo quiero tener vida familiar y profesional. Yo. A lo mejor, hay familias donde es él el que quiere compartir, ¿no? Entonces, tener un horario donde puedes llevar a la niña al colegio, por ejemplo. Y recogerla. Y que lleguen, no sé, no lo sé, hay formas. Tiene que haberlas. Se buscan formas para cosas mucho más estrambóticas. Tiene que haberlas. Lo que

tiene que haber es interés, que no lo hay. Ahora mismo la familia está totalmente relegada a un segundo, tercer o cuarto plano. Hay muchas cosas por ahí que no... (Lucía, E15)

Mi madre es un poco privilegiada

Cuando hay recursos económicos suficientes se puede elegir el modo de cuidar y de ser cuidado; cuanto más flexible es el sistema, más contentos todos los implicados en la relación. Isabel (E20) está encantada de poder cuidar de su madre, y no tiene problema en que resida en su casa con ella y su marido. Pero Andrea considera que gracias a los recursos económicos con que cuenta su madre para poder pagar el tipo de cuidado que prefiere y poder seguir residiendo en su hogar, las relaciones con su madre son muy buenas. De hecho, cree que si tuviera que verse obligada a vivir con su madre, sus relaciones se resentirían con toda probabilidad y se cargarían de tensiones. De todos modos, cree que es una cuestión de “educación” el que se vea con buenos ojos o no una residencia, es decir, existe un trasfondo ideológico, cultural, acerca de cómo se consideran este tipo de instituciones. Y además, las residencias no deberían desarraigar de su barrio, de su entorno, a las personas mayores, aspectos que, considera Andrea, deberían cuidarse más de lo que se hace.

- Mi madre es un poco privilegiada porque tiene una buena pensión y le da para pagar todo lo que está pagando. Pero, los que no tienen tanto es... Yo no sé. En cierto modo, también, las residencias no las veo mal. Verás, a mi madre le encantaría. No sé, habrá algunas que, por educación, lo tengan esto descartado. Pero, mi madre le encantaría. Porque, le gusta muchísimo charlar y no es tiquismiquis. Y, tener gente muchísima alrededor, otras, le gustaría mucho. Pero, claro, después, que los hijos vayan, ¿verdad? Esa es otra cosa, que tenga contacto con los hijos. Aquí tenemos una residencia muy cerca. Y, de residencias que haya cerca de la vivienda, no esas que están, que ésas se va una vez al mes, si se va, ¿no?
- ¿Cree que de alguna manera el cuidado de los mayores hay que sacarlo de la responsabilidad de las familias?
- Yo es que, ... A mí me costaría, me hubiera costado mucho tener a mi madre aquí, porque manda mucho. Bueno, verás, si no hay dinero, no hay más remedio. Pero, es que ella, mi padre había dejado un dinerito y bien. Entonces, digamos un lujo más, pues cada uno en su casa [...] Así, tenemos nuestra intimidad cada uno, cada uno, sí. Es que sería difícil, estar nosotros charlando, yo con una amiga y mi madre que estuviera aquí. Tendría que estar en la conversación, a ella le gusta, no es capaz de tener discreción para decir: «Yo me voy a quedar...» ¿Sabes? Entonces, hubiera sido un poquito general, al cabo del tiempo, un poquito de tensiones. Y, eso que yo

quiero, ¡Dios mío!, pagar todo lo que ella ha hecho conmigo, con mis hijas.
(Andrea, E2)

Un aparatito de esos

Las familias están en el trasfondo, sobre ellas descansa la responsabilidad de cuidar de sus miembros, pequeños y mayores. El diamante del cuidado puede tallarse de muchas formas diferentes, será por las mujeres de la tercera generación, será por las políticas....

- Hablando precisamente de las personas mayores que tienen a veces necesidades que les atiendan, porque ya están enfermas o por lo que sea, ¿quién cree que se tiene que encargar de cuidar de ellos?
- [silencio]
- ¿Quién tiene que encargarse de cuidarles?
- Pues los, las personas que no tienen familia cogen a una señora para cuidarla.
(Blanca, E22)

- La verdad que no he tenido. Que conste que son cosas que a mí me dan pena, la gente mayor y eso, me cuesta.
- ¿Te cuesta?
- Sí, sí.
- ¿Te da pena que se vayan a una residencia?
- Sí, sí, me dan pena, mucha. Si yo tengo una pandilla de gente que nos vemos todos los viernes. Y, todas andan que si esto, que si mi madre, que si no sé quién, ¡uf! que no me... [...] Ahora creo que están haciendo más cosas, me parece. Yo creo que sí. Hombre, sobre todo, para la gente mayor ¿no? más importante. Porque los niños se defienden, los niños no es tanto problema como la persona mayor, los niños depende ¿no? Quiero decir, la gente mayor, yo creo que está más abandonada que los niños, ¿no? Ahora, pues, te hablo por mi tía, que mi prima la pobre está agobiada de trabajo, porque está separada, no tiene dinero, se carga con mi tía. Bueno, pues ahora ya tiene una asistente social, por lo menos por la mañana la lava, la levanta, la ayuda. Sólo le va una vez, luego ella tiene que pagar a otra para que vaya por la noche. Mi tía es así, es un cuerpo muerto. [...] Yo quiero buscarle a ella un aparatito de estos de... para que cuando está sola si tiene algún problema, apretar.
- ¿De los de alarma?
- Sí, sí, sí.
- ¿Eso te parece una buena cosa?

- Hombre, ella está muy bien, pero, si algún día se encuentra sola, o un día que yo estaba yo faenando se cayó con la alfombra, que he quitado alfombras, y hasta que no vino Pablo, estuvo tirada en una alfombra. Si tú aprietas pues, claro, la ayuda la tienes antes. (Marisa, E23)

La teleasistencia, a la que alude Marisa, es un recurso que en Andalucía ha experimentado un importante desarrollo desde las instancias públicas. . Denominada en los folletos de información con que se le da publicidad como “el botón de la tranquilidad”, es visto a menudo como un suplemento de atención junto a otros elementos de cuidado que permite a las familias tener una cierta “seguridad” de que sus mayores están constantemente “vigilados” por alguien.

Recapitulando:

En este capítulo se ha analizado el modo como las entrevistadas reflexionan en torno al cuidado más allá de los entornos familiares. Al incorporar una dimensión temporal, combinando la perspectiva sincrónica con la diacrónica, se pone en cuestión precisamente la concepción estática de relaciones asimétricas de cuidado y toma fuerza la idea, apuntada por Carol Gilligan, y que tan claramente se ha podido identificar en el discurso de las entrevistadas, de la dependencia intrínseca y absolutamente contextualizada. Si se admite que existe una vulnerabilidad humana constitutiva, hay personas que son más vulnerables y dependientes que otras, ello empuja a “pensar” en quienes cuidan de otros habitualmente, en las vulnerabilidades intrínsecas al trabajo de cuidado, y en la vulnerabilidad propia. Las mujeres entrevistadas son conscientes de ello, se encargan de asistir a sus familiares más frágiles y necesitados y hacerlo de tal modo que dicha vulnerabilidad no desgaste el respeto al otro; son conscientes de que dicho respeto pasa por conocer a la persona que tiene la necesidad de ser cuidada, y ellas saben que para eso se debe construir una relación, aunque sea de tipo profesional; por eso, cuando recurren al trabajo remunerado para asistir a sus familiares, en tanto que organizadoras principales de su provisión, se esfuerzan por crear unas condiciones de trabajo que “sujeten” a la persona empleada en el tiempo, es decir, que se cree un vínculo (especialmente, cuando se trata de cuidar de los más pequeños o de los más mayores en sus propios hogares). Pero la consideración de este cuidado, y del modo cómo se debe organizar en el futuro su provisión es ambivalente en el discurso de las entrevistadas. Oscila entre dos vías muy diferentes, que en unas ocasiones se muestran como contrarias, mientras que en otras aparecen como complementarias: por una parte, se insiste en la necesidad de “profesionalizar” este trabajo; por otra, se mantiene un discurso sobre el deber familiar de dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus

miembros basado en un modelo más tradicional en cuanto a las obligaciones según el género y la filiación. Así, por un lado, se argumenta que si las mujeres ya no pueden hacerse cargo del cuidado de las personas que lo necesitan en sus familias, entonces es necesario contratar a otras personas (mujeres) que las sustituyan, que continúen prestando cuidados en el hogar familiar, con una lógica parecida a la de las relaciones familiares, es decir, en las que de algún modo se reproduzcan las condiciones de simpatía y afecto. Tan solo en algunos casos extremos, es decir, cuando no hay hijas disponibles en las familias, este papel puede ser sustituido por el cuidado profesional que puede recibirse en un centro residencial (situación que consideran aceptable siempre que se dé en otras familias, no tanto en la suya propia).

La obligación aparece como la razón normativa de quién tiene que cuidar cuando se habla en sentido más abstracto, pero es la responsabilidad hacia el otro la que aparece en las explicaciones (justificaciones) que dan las entrevistadas sobre el cuidado concreto que prestan o han prestado. La otra vía es la que se plantean las madres de clase media alta, o las soluciones que están encontrando para su cuidado algunas abuelas que también cuentan con más recursos: se trata de ser cuidadas en su propio hogar, o bien en el hogar de sus hijas, por una persona contratada para ello. Esta opción solo puede ser viable para aquellos grupos sociales que cuentan con recursos económicos para comprar este tipo de servicios. Tal como plantean las entrevistadas, sigue pendiente repensar el cuidado en la esfera pública, allende los entornos familiares. Madres y nietas saben que probablemente en un futuro no muy lejano no habrá en las familias mujeres con tiempo suficiente para poder cuidar de ellas, o que ellas mismas tendrán grandes dificultades para cuidar de sus madres o abuelas. Saben que en una sociedad de mercado, con la actual división sexual del trabajo, las familias no pueden seguir haciéndose cargo de sus mayores. Pero, más allá de las relaciones familiares también expresan muchas dudas acerca de la forma que pueda adoptar la responsabilidad en el cuidado, pues aunque no se preste el cuidado cotidiano directamente, consideran que la responsabilidad del mismo es un asunto de la familia, independientemente de quien lo haga y donde se presten en concreto dichos cuidados. Al mismo tiempo, se demandan a las políticas públicas respuestas flexibles para que las familias puedan seguir jugando un papel importante en su provisión, pues solas ya no pueden seguir dando respuesta a las necesidades de cuidado de sus miembros. En todo caso, tienen muchas dudas sobre qué tipo, en qué medida y de qué manera puede integrarse el cuidado en las agendas políticas de las administraciones públicas. El mercado se muestra como una opción mucho más flexible y, en este sentido, es más próximo e inmediato a la forma de cuidado que tienen las familias.

Capítulo XI.

CONCLUSIONES

La educación debe necesariamente ser única y la misma para todos, y que el cuidado de ella debe ser común y no privado, como lo es actualmente cuando cada uno se cuida privadamente de sus propios hijos, instruyéndolos en la enseñanza particular que le parece. Es necesario que las cosas comunes sean objeto de un ejercicio común

Aristóteles, *Política*, Libro VIII, 1999:456

En la presente memoria de tesis doctoral se ha tratado de dar respuesta a la pregunta de cómo ocurre para que, aún cuando las mujeres han cambiado su papel en la sociedad, sobre todo en el espacio público, apenas cambie su situación en el ámbito doméstico - familiar en relación con el cuidado. Se ha buscado conocer el modo en el que se organizan las familias para dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus miembros, las justificaciones que posibilitan que la transmisión de habilidades, competencias y saberes, así como la responsabilidad del cuidado, continúe recayendo en las mujeres de diferentes generaciones. Se ha prestado especial atención a los dilemas morales que estas enfrentan para dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus familiares y a sus propias necesidades de cuidado, el papel que desempeñan las emociones en estos procesos, así como el que juegan las políticas públicas en la construcción de los diferentes modelos de cuidado. Se ha partido, para ello, de la presentación del estado de la cuestión de los debates teóricos más actuales desarrollados en torno al cuidado, como marco para mostrar la evidencia que aportan los resultados de un trabajo de campo de tipo etnográfico desarrollado en la provincia de Sevilla. La memoria se ha organizado en dos partes: una primera, que abarca los capítulos uno al cinco, en la que se expone el marco teórico y metodológico de la tesis; una segunda, que engloba los capítulos seis al once, que incluye el análisis cualitativo y las conclusiones generales de la investigación realizada.

El trabajo se inicia con una aproximación genealógica a la sociología del cuidado en la familia. Aproximación que no ha pretendido ser una suerte de estudio histórico, como tampoco se ha buscado realizar una interpretación exhaustiva o detallada de las figuras más emblemáticas de la disciplina o las teorías que éstas postulan. Teniendo presente que cada teoría se inserta en un contexto social concreto, y en un momento de desarrollo del conocimiento, se han identificando ciertos temas, enfoques y preocupaciones presentes ya en los orígenes del pensamiento occidental y que, elaborados en el siglo XIX continúan ahí a comienzos del XXI. Se ha efectuado una relectura de los autores clásicos más relevantes, rastreando cómo aparece el tema del cuidado desde los orígenes de la disciplina, y se ha realizado una revisión crítica desde el punto de vista del género de la obra de aquellos más reconocidos, e incluso enseñados, en las ciencias sociales. En este breve recorrido se ha

tenido en cuenta a quienes más han marcado la evolución de la sociología en nuestro país, sea por su influencia directa o por haber contribuido a formar escuelas de pensamiento, teniendo presente, además, que en sus obras se tratan las grandes cuestiones de las ciencias sociales. Dicha relectura encuentra una tradición de pensamiento, es decir, sopesa en qué medida las teorías sociológicas contemporáneas extraen de las obras clásicas, de forma consciente o no, instrumentos de comprensión útiles para analizar los cambios familiares que se han identificado desde la década de los sesenta del siglo pasado, entre los que son el epicentro aquellos que guardan relación con el cuidado. En primer lugar, se ha revisado la obra de algunos de los más significativos pensadores en la tradición occidental que se inicia con las ideas platónicas en la Grecia clásica. En segundo lugar, se ha explorado la herencia de los maestros fundadores en los inicios de la sociología momento en que la familia se convierte en objeto de estudio científico, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, gracias a autores como Engels, Comte o Durkheim, que empiezan a considerarla como una institución social con una historia propia. En tercer lugar, se han observado algunas de las contribuciones dentro de la disciplina ya consolidada, especialmente los trabajos que se desarrollan tras la Primera Guerra Mundial, momento en que coinciden un importante despliegue de investigaciones empíricas impulsadas por la Escuela de Chicago y el auge de los estudios funcionalistas con Talcott Parsons en EEUU. En este recorrido se han identificado los aportes más relevantes en el campo sociológico actual respecto al cuidado y, para ello, se ha examinado cómo se entiende la institución familiar y el modo en que dicha institución ha cambiado a lo largo de la historia. Y, finalmente, se ha dado cuenta del modo en que el cuidado emerge como un tema central en los estudios sobre la familia, especialmente aquellos realizados con un enfoque de género. Esta nueva etapa va tomando forma a partir de los años setenta del pasado siglo de la mano, tanto de la Sociología Crítica como de los Estudios de Género, así como de los aportes de otras ciencias sociales; en ella se abren nuevas perspectivas, se plantean diferentes y novedosos problemas que dotarán de una mayor complejidad al análisis del cuidado, simplemente al estudiar el lugar diferencial que ocupan hombres y mujeres en las familias. Se destaca asimismo la importancia que tiene el diálogo con otras disciplinas, especialmente con la antropología o la historia, pues a diferencia de la economía o la psicología, las primeras han permitido introducir una perspectiva constructivista en el estudio del cuidado en el universo familiar.

En el primer capítulo se ha realizado una aproximación de corte genealógico del modo como aparece el cuidado en la familia al realizar una lectura con perspectiva de género. Este breve recorrido no podía llegar a un resultado más descorazonador, aún por previsible, dadas las conclusiones que esas primeras páginas arrojan. La sociología es una

ciencia social que se ha construido sobre cimientos que ciertamente ya estaban viciados y, en ese sentido, no corresponde toda la responsabilidad a los padres fundadores ni a quienes realizaron la importante labor de consolidar la disciplina como una ciencia, pues ya los primeros pensadores, en los que estos científicos se basaron para elaborar sus teorías, arrastraban una mirada que por igual invisibiliza y naturaliza el cuidado que le resta valor para la vida social. Con estas premisas, cuando la sociología se institucionaliza en nuestro país no se podía esperar algo sustancialmente diferente, siendo así que la subdisciplina que se centra en el análisis de la familia, la sociología de la familia, encuentra su máximo esplendor en los más oscuros años del franquismo. Pero se debe remarcar, no obstante, que en este camino de construcción de saber, de una disciplina consolidada, no todo han sido miradas misóginas o poco científicas. Hay escasos pero importantes autores y autoras que pueden ser señalados como visionarios y, en verdad, auténticos científicos sociales, pues su mirada ha estado más permeada por la búsqueda del conocimiento y de (o para) la justicia social, que por las estrechas lentes naturalistas de su época o por intereses, marcados por su posición social de clase o de género. A estos autores se les ha querido señalar como los auténticos fundadores de esta otra subdisciplina que bien podría constituir una sociología del o de los cuidados. Se han destacado algunos de ellos desde los más avanzados François Poulain de la Barre, Friedrich Engels, Harriet Martineau, Marianne Weber, Harriet Taylor, John Stuart Mill, hasta el más conservador Frédéric Le Play. Se ha puesto de manifiesto, en este primer capítulo, cómo un asunto que es vital para el desarrollo de la vida humana, para el mantenimiento del vínculo social, el cuidado, ha pasado de tener una casi absoluta invisibilidad o, en caso de aparecer de algún modo, haber sido naturalizado como parte de la identidad femenina y de las atribuciones a las mujeres por la división del trabajo sexual en la familia y en la sociedad, a ir cobrando presencia progresivamente en la investigación sociológica más reciente. También la sociología crítica, la antropología, la demografía y la historia han tenido mucho que ver en esta emergencia del cuidado como tema puntero en la investigación en el siglo XXI.

En el segundo capítulo se ha llevado a cabo una revisión del debate sobre el cuidado prestado en entornos familiares a partir del momento en que empieza a ser estudiado con una perspectiva de género y, por tanto, deja de ser atribuido por una adscripción esencialista o naturalista al universo de lo doméstico y a lo femenino. En este apartado se ha descrito cómo se han organizado los estudios sobre el cuidado en el ámbito doméstico-familiar, en torno a tres ejes de investigación que mantienen múltiples conexiones entre sí: un primer eje, en el que se analizan las actividades realizadas en el espacio doméstico desde la perspectiva del trabajo; un segundo eje, que parte de la interrelación entre los trabajos

realizados en el ámbito familiar y el profesional; y, un tercer eje, centrado en la consideración de la especificidad del trabajo de cuidado. No se ha ofrecido una visión lineal progresiva ni homogeneizadora del pensamiento social en torno al cuidado, del mismo modo que no se puede hablar de una progresión argumentativa, pues ello significaría que cada propuesta ha sido invalidada por las posteriores, cuando más bien se trata de enfoques que dialogan y se retroalimentan, y por tanto, no pueden leerse como excluyentes, pues las líneas divisorias entre ellos no son claras. El primero de los ejes tiene su origen en la sociología del trabajo y en la economía, concretamente en los estudios marxistas sobre el trabajo doméstico, y ha sido fuente de estudio sociológico desde hace varias décadas, cuando algunos científicos sociales iniciaron una ruptura con el concepto de trabajo vigente por aquel entonces; el segundo, proviene de los estudios realizados desde la sociología de la familia y la sociología del tiempo, con sus aperturas hacia, e interrelaciones con, las políticas familiares y las políticas de empleo; el tercero, se gesta en un nuevo campo, el cuidado, y se nutre además de las anteriores de la filosofía moral y política y de la psicología del desarrollo cognitivo y moral. En este segundo capítulo se ha realizado una breve revisión de las bases teóricas y analíticas que han estado detrás de las diferentes aproximaciones al estudio del cuidado como objeto sociológico, partiendo de estos primeros intentos por conceptualizar el trabajo doméstico, al desarrollo de un concepto de cuidado que, avalado por la tradición anglosajona, y más recientemente la francesa, ha suscitado un enorme interés en especialistas en políticas de bienestar y, pese a la falta de acuerdo para definirlo, parece estar teniendo una buena acogida también en el ámbito académico. De tal modo que en el curso de varias décadas se ha pasado de reivindicar las tareas domésticas como trabajo, a una situación en la que el cuidado, para el que se ha reclamado también la consideración de trabajo, ha generado un campo de investigación propio.

En el capítulo tercero se han presentado las bases sobre las que se ha construido el cuidado como un campo de investigación a lo largo de la última década, pese a que continúe aún pendiente consensuar qué se entiende por cuidado(s). En las últimas décadas se ha desarrollado un amplio y variado bloque de estudios sobre el cuidado, en el que existen oposiciones teóricas y diferentes aproximaciones disciplinares (Garrau y Le Goff, 2012). La incorporación del cuidado al saber académico ha tenido lugar por diferentes vías a través de las que se ha buscado su admisión y reconocimiento como objeto, con un campo propio en la disciplina sociológica. En este apartado se subraya que existe un cierto acuerdo en que se trata de un trabajo y, además, de que es una actividad fundamental, pero las definiciones más clásicas se han mostrado como excesivamente restringidas, a la vez que las más amplias han resultado ser demasiado genéricas y, en consecuencia, se torna en un territorio

ambiguo, empezando por la propia denominación del objeto de estudio: cuidado, cuidados, trabajo de cuidado o trabajos de cuidados... Una aproximación a la noción de cuidado desde el campo de la sociología implica revisar qué conlleva este enfoque a nivel teórico, qué implicaciones analíticas tiene y qué figuras le atraviesan. Aquí se considera que el cuidado más que una teoría es una perspectiva de análisis, que tiene vocación transversal, tanto entre espacios sociales como entre disciplinas. Y se ha argumentado que la perspectiva de «cuidado igual a trabajo», una de las vías más transitadas para construir una sociología del o de los cuidados, no es ni la única ni la más relevante para abordar el tema desde dicha disciplina. Y, en este sentido, aún queda mucha elaboración teórica por hacer, tarea que no puede sino ir de la mano de estudios empíricos de diferente calado. El carácter relacional e invisible, así como la transversalidad y la enorme complejidad de las dimensiones que operan en el cuidado, hacen que sea un ámbito de estudio muy escurridizo, sobre todo desde la perspectiva del trabajo. No obstante, el cuidado implica una gran cantidad de trabajo y, generalmente, buena parte de este suele ser realizado en entornos domésticos, en el marco de relaciones familiares, y por parte de mujeres, aunque en el contexto de las relaciones familiares se le defina inicialmente como un deber o una obligación que se adquiere por costumbre o por afectos (tal como hiciera H. Graham, 1983).

En aras de una mayor claridad, se ha considerado necesario delimitar aquí qué se entiende por cuidado: se ha considerado que la más pertinente de las definiciones revisadas es la formulada por Berenice Fisher y Joan C. Tronto en 1990, en tanto que es la más amplia e inclusiva que se ha encontrado. A partir de ella, Tronto pasará a definir el cuidado como proceso, un proceso que perpetua el mundo común (2009a). De hecho, por la pluralidad y diversidad de significados que encierra, por los contornos tan desdibujados que presenta, es habitual encontrar en la literatura especializada publicada en castellano que, más que hablar de “cuidado”, se habla de “cuidados”, en una propuesta tal vez más política que científica de señalar la pluralidad, diversidad y enorme variedad de prácticas de cuidados existentes en nuestra sociedad. Aquí se ha optado por usar ambas: la expresión en singular, para hacer referencia al cuidado en general, en sentido abstracto, mientras que en plural se ha utilizado para nombrar o describir las prácticas concretas de cuidado, y en caso de que ambos significados puedan solaparse por la propia ambigüedad que encierra el cuidar se ha optado por la singularidad. Algunos autores han propuesto usar siempre la palabra inglesa *care*, que permite bandear esta dificultad y además remarcar su dimensión política, como ocurre con la lectura francesa de los trabajos anglosajones sobre el *care*. La doctoranda misma así lo proponía en algún trabajo anterior (Martín Palomo, 2009, 2011). Pero, siendo el término igualmente polisémico, constituiría, en cierto modo, una pérdida

renunciar a una denominación amplia que ya existe en castellano para un campo de estudios emergente. De este modo, en la memoria de tesis doctoral se ha optado por esta explicitación nominal y conceptual del cuidado con la esperanza de ganar en claridad. Con la idea de estructurar los debates sobre el tema, se ha seguido la propuesta de Claude Martin, quien establece tres niveles de discusión (2008), que guardan una estrecha relación con las filiaciones que presenta M. T. Letablier en una de las primeras publicaciones en castellano las que se presenta un mapa global de los estudios sobre el cuidado (2007). El primer nivel, corresponde con el debate filosófico y moral en torno a la ética del cuidado que se interroga por los fundamentos filosóficos y morales del cuidado de los otros, cuestionando la existencia de una moral específicamente femenina. El segundo nivel, que se fija sobre un plano más estrictamente sociológico, analiza las prácticas de cuidado, las categorías sociales y las posturas y actitudes de los individuos en este tipo concreto de relación social. El tercer nivel de discusión, se refiere al conjunto de diferentes reflexiones en el campo de las políticas públicas. En esta aproximación a su estudio, el cuidado se ha revelado como una perspectiva útil, con un enorme potencial crítico. Mary Daly y Jane Lewis consideran que el cuidado define un campo de investigaciones, con sus actores, sus instituciones, sus formas de relación (1998, 2000), situado en la intersección de las familias y las políticas sociales y está vinculado con cuestiones de ciudadanía. Un campo que se ha ido construyendo progresivamente a partir de la observación de las prácticas cotidianas que muestran la complejidad y multidimensionalidad de la cobertura (y de la definición) de las necesidades de las personas, que llevan a plantear que más adecuado sería hablar de *dependencia intrínseca*, tal como lo propusiera Carol Gilligan, en uno de sus primeros trabajos (1982).

Las encuestas de usos del tiempo permiten operacionalizar la noción de cuidado a través del tiempo dedicado a las diferentes actividades, poniendo de relieve que existen importantes diferencias de género y generacionales en los usos del tiempo, sobre todo cuando hay personas que necesitan cuidado con especial dedicación en el ámbito familiar, lo que permite dotar de una enorme visibilidad a los aspectos materiales del cuidado. En cambio, para poder profundizar en otros aspectos que caracterizan el cuidado y le dan coloratura y cuerpo, es necesario recurrir a otro tipo de aproximaciones teóricas y metodológicas, como las que proporcionan, por un lado, la sociología moral y de las emociones, y por otro, las indagaciones empíricas realizadas con las herramientas que proporciona la microsociología, como se ha subrayado en el capítulo quinto. Esta perspectiva doble, la de la sociología de las emociones y la de la sociología moral, se ha mostrado como especialmente adecuada para el análisis del material etnográfico recopilado

en el trabajo de campo con el que se ha buscado conocer e interpretar cómo se transmiten entre diferentes generaciones de mujeres los saberes y competencias sobre el cuidado, así como la responsabilidad moral sobre el mismo. El concepto de cuidado se enriquece con un enfoque que contempla cuestiones afectivas y morales al mismo tiempo que las materiales, en tanto que en el cuidado, tal como subrayó Gilligan (1982), es más la responsabilidad hacia el otro, que el deber, lo que moviliza la acción (y la preocupación). Sin embargo, dicho enfoque está menos desarrollado en el campo de la sociología, tal vez por las dificultades que ha presentado esta disciplina desde sus orígenes para estudiar las emociones en la vida social, así como el olvido, durante los años del auge de las grandes teorías, de la necesidad de estudiar las cuestiones morales, o cómo la moral se entrelaza con los afectos, sin los cuales no sería posible la acción.

El bienestar de las personas se alcanza a partir de un complejo ensamblaje de recursos, generalmente obtenidos a través del mercado, vinculados con las prestaciones obtenidas de los sistemas de protección social, y a través de lo que aportan las propias familias. Por ello, en el capítulo cuatro se subraya como a la hora de analizar el bienestar social, no se puede disociar el Estado, que puede llegar a adquirir un gran protagonismo en la garantía de dicho bienestar, del mercado y de las familias. De hecho, Mary Daly y Jane Lewis han destacado que el tratamiento del cuidado se revela como clave para comprender cómo el Estado de Bienestar (en adelante, EB) se despliega en la actualidad (2000, 1998). Los estudios comparativos de la política social empiezan a poner en su centro el cuidado, siendo esta la actividad principal a la que se dirigen los servicios sociales y de cuya cobertura depende en gran medida el avance en la autonomía de las mujeres de los diferentes grupos sociales.

Las políticas, como conjunto de medidas o instrumentos de actuación que tratan de reconocer y apoyar el papel que se considera deben cumplir las familias, tienen una enorme incidencia directa o indirecta sobre las formas y tipos de relaciones familiares. A lo largo de la historia, la familia ha sido objeto explícito o implícito, directo o indirecto de actuaciones políticas. En el pasado, las políticas de familia se han caracterizado por la defensa de la familia como una institución, con un modelo único e invariable, a la que constantemente se veía en riesgo de entrar en crisis. Sin embargo, desde hace varias décadas, se han transformado los discursos sobre la familia como medio para obtener el bienestar pasan a preocuparse por la satisfacción de las necesidades de todos sus miembros, así como que se respeten sus derechos individuales. Los estudios de género ponen de manifiesto que la familia es parte inseparable de las estructuras del EB, que los sistemas familiares son complejos e involucran aspectos económicos, morales, culturales y religiosos. Se destaca

así que las formas de EB se pueden clasificar desde otras perspectivas que consideren aspectos tales como los tipos de familia que se contemplan en su diseño, los grados de autonomía para las mujeres que fomentan o no, las singulares combinaciones entre las tareas de cuidado a cargo de las familias, el mercado o los servicios públicos. Y se ha reflexionado sobre el *contrato familiar implícito*, es decir aquel que gobierna las relaciones entre los sexos, en términos de derechos y obligaciones (Goldani, 2007). Este contrato, ahora roto por los cambios sociales, económicos, demográficos y culturales, se mantiene, sin embargo, de forma idealizada en el diseño de las políticas públicas orientadas a la familia, al dar por supuesto el altruismo femenino y olvidar el carácter tan complejo de la solidaridad familiar, las tensiones y negociaciones que existen entre sus miembros. Tensiones y conflictos en las relaciones familiares en un marco desigual de poder que pueden tener sus derivas negativas, como ocurre con los malos tratos. También el concepto de ciudadanía ha sido foco de un intenso debate en relación con el cuidado. Una de las voces más críticas con la convencional neutralidad del *ciudadano* ha sido la de Carole Pateman (1996), al sostener que las mujeres se han incorporado al Estado, no como ciudadanas sino como miembros de la familia, poniendo de manifiesto que el carácter doméstico-familiar del cuidado ha servido de base para excluir a las mujeres de los derechos de ciudadanía. En adelante, la preocupación fundamental será contribuir a la construcción del tema del cuidado como un problema público objeto de políticas. Se aspira a que adquiera visibilidad y se valore por su aporte al bienestar social mediante la producción de conocimientos y la discusión y difusión de argumentaciones y propuestas. Se propone que el cuidado sea incluido en las agendas políticas, como ocurrió décadas atrás con la conciliación, con el objeto de lograr mayor equidad entre géneros, generaciones y diferentes estratos sociales. En efecto, la forma en que una sociedad aborda los problemas relativos al cuidado tiene importantes consecuencias para la igualdad de género: sea que se incrementen las capacidades de mujeres y hombres, sea que se perpetúe la reducción de las mujeres a las funciones tradicionales que las vinculan con ciertos modelos de feminidad y de maternidad. Se ha destacado además que la forma en que se lleva a cabo la provisión de cuidado está indisolublemente ligada a otras estructuras de desigualdad tales como la raza, la clase social, el lugar de procedencia, entre otras (Razavi, 2007).

Diversos estudios han destacado que en España, al igual que en otros países de la Europa meridional, se asiste a una situación de frágil equilibrio en la que las necesidades de cuidado están atendidas gracias a las solidaridades familiares intergeneracionales (de mujeres principalmente), entretejidas con el recurso al mercado y el insuficiente apoyo que proporcionan los servicios públicos (Tobío et al., 2010). Los países del sur de Europa se

caracterizan por un modelo de Estado *asistencial familiarista*, en que los niveles de gasto social son bajos (Trifiletti, 1999). Y España, en particular, es un país caracterizado por lo que se ha denominado modelo *familiarista extremo*, basado en la provisión directa de una parte muy importante del cuidado por las familias, lo que significa en realidad que el bienestar en las familias está sustentado por las mujeres fundamentalmente a través de la solidaridad intergeneracional. No obstante, al cambiar el estatus de las mujeres en nuestra sociedad, el modelo ya no es viable. Entre otras razones porque está desarrollándose un proceso acelerado de *desfamiliarización* (Esping Andersen, 2007), en el que el mercado, fundamentalmente a través de los flujos migratorios femeninos procedentes de países más pobres o con menor reconocimiento de derechos, está adquiriendo un nuevo protagonismo. Pero ante las dificultades señaladas para asegurar la provisión de cuidado que parecen avicinarse en un futuro no muy lejano, se plantea el reto de encontrar nuevas formas de reparto del cuidado. En este sentido, las políticas públicas se encuentran ante al desafío de dar una respuesta equitativa a las situaciones diferenciales a que se enfrentan las familias, o bien compensarlas en la medida de lo posible, fomentando la solidaridad y la equidad (Nussbaum, 2002a).

¿Cómo viven las mujeres entrevistadas estos procesos? Los discursos de las entrevistadas han puesto sobre la mesa aspectos muy “banales” de la vida cotidiana, intuitivos, teorizados... pero que difícilmente son verbalizados. La percepción del cuidado se plantea en términos concretos, singulares, tal como lo teorizara Seyla Benhabib (ver capítulo tercero). Una de las conclusiones más relevantes tiene que ver con la importancia que reviste para las entrevistadas la *responsabilidad* en el cuidado de los otros miembros de su familia cuando son ellas mismas las que se ven interpeladas frente a la noción de *deber* que impregna su discurso cuando se refieren al papel que pueden jugar los otros en el cuidado de los suyos, en tal caso lo expresan en términos de “obligación”. En otras palabras, el axioma queda formulado de este modo: las mujeres entrevistadas se sienten llamadas a cuidar en tanto que se perciben como responsables, mientras que otros miembros de sus familias, desde el punto de vista de las entrevistadas, solo serán interpelados desde la obligación. La acción de cuidar está motivada por la responsabilidad hacia el otro, con el que se mantienen unos vínculos afectivos. Más arriba se adelantó cómo los aspectos afectivos y morales se entretajan en el cuidado. Efectivamente, existen múltiples imbricaciones entre ambos aspectos en el modo en que se transmiten los saberes y las competencias del cuidar unas mujeres a otras en las familias. Es más, los afectos están en el sustrato que reproduce el deber ser del cuidado en las líneas de filiación femeninas. Es muy difícil que una persona deje de cuidar cuando se siente responsable del bienestar del otro.

Tal como lo describen las entrevistadas, los hombres se ven movilizados al cuidado de sus familiares desde el deber, y por tanto, solo se verán empujados a la acción cuando no les quede otra alternativa, sobre todo en el caso de las personas mayores. Para el cuidado de su descendencia, este discurso sobre el deber para los hombres está empezando a resquebrajarse: las mujeres de la tercera generación entrevistada destacan cómo los hombres se sienten responsables, pasan mucho más tiempo con sus hijos e hijas que lo hicieran sus propios padres y abuelos, y conocen mucho más sobre sus necesidades de cuidado. La negociación sobre las prácticas y las responsabilidades del cuidado entre hombres y mujeres son muy complejas porque éstas se entretienen con el discurso sobre el instinto y la naturalización del cuidar y el afecto que supuestamente esta naturaleza “programada” para el cuidado conlleva: siempre las madres “están ahí”, pendientes de la logística del cuidado (organizan la ropa, preparan todo para el baño,... se encargan del cuidado de la criatura cuando el padre tiene otras obligaciones ingeniándoselas como pueden, más allá del cansancio y de sus propias necesidades). No obstante, habría que llevar a cabo un estudio sobre líneas de filiación masculinas para conocer algo más sobre el modo en que viven estos cambios los hombres.

El modo concreto en que las tres generaciones de mujeres estudiadas se ven interpeladas a cuidar guarda una estrecha relación con el peso de un modelo de feminidad, el decimonónico, reformulado por las formadoras de la Falange, un modelo de maternidad intensiva entregada, sacrificial y alegre que se construyó en el paisaje cultural del franquismo. Décadas más tarde de que lo hicieran otros países europeos, nuestro entorno geográfico y cultural más inmediato, las mujeres españolas protagonizan la misma revolución silenciosa que ha caracterizado a los países industriales desarrollados en la segunda mitad del siglo XX y que tiene que ver con su participación en la esfera pública, concretamente en la educación y en el mercado laboral formal; en España, y en Andalucía, tiene lugar a partir de los años setenta, siendo el cambio más intenso desde la segunda mitad de los años ochenta. Las consecuencias de los sucesos históricos en la vida personal tienen un impacto diferente según el momento o la fase vital en que se encuentra cada individuo, por ello se ha considerado conveniente encuadrar lo narrado por las entrevistadas, poniéndolo en relación con el contexto vivido. Es lo que se ha hecho en el capítulo seis. Para ello, antes de iniciar el trabajo de campo, así como durante el desarrollo del mismo, se revisó documentación sobre el período histórico en que tuvieron lugar dichos acontecimientos lo que permitió enmarcar las narraciones de las entrevistadas (para cada una de las generaciones de la tríada). Así, se ha trabajado con un planteamiento contextualista que ha sido fundamental para comprender sus discursos y los cambios

generacionales de que dan cuenta en relación con el cuidado. Esta necesidad de incluir el contexto en el análisis cualitativo no es algo nuevo, pues ya desde la Escuela de Chicago en los años veinte del siglo pasado se reclama la reconsideración de los entornos inmediatos de la interacción social en los estudios sobre la vida cotidiana, realizados tanto en EE.UU. como en Europa, mostrándose con ello su ineludible relevancia. En los capítulos seis y siete se han tratado algunos aspectos de dicho contexto tomando en consideración los cambios que han tenido lugar en el modelo cultural a lo largo del siglo XX y los discursos de las entrevistadas sobre su entorno para integrar el análisis global en el contexto cultural, político, económico y social que éstas han vivido. Cambios que se han insertado en procesos sociales vinculados con aspectos culturales tales como la secularización, la individualización, la libertad sexual y una mayor autonomía de las mujeres así como el desarrollo de la sociedad de consumo y la transición a la democracia. Para ello, se ha efectuado un breve recorrido sobre aquellos hechos históricos que han sido más relevantes por su impacto en su vida cotidiana, relacionados con su identidad, muchas veces condicionada por los papeles de esposa y madre. Algunas de estas transformaciones han sido, en gran medida, fruto tanto del impacto de la lucha de las mujeres en su vida cotidiana como de la de los movimientos feministas. El acceso a la educación formal y al mercado laboral supondrá una transformación enorme en la vida de las mujeres, especialmente para las procedentes de medios populares, y en la relación que mantienen con la esfera pública, y con el universo extrafamiliar. Para dar una muestra de este enorme cambio cultural que ha tenido lugar, se han revisado los datos de la explotación *ad hoc* para este estudio de la Encuesta Redes Familiares en Andalucía (ERF) tomando en consideración a las tres generaciones así como los testimonios de las entrevistadas en relación con su acceso a la educación formal. Para los grupos populares, el acceso a la educación era muy restringido en el primer tercio de siglo XX, incluso a la enseñanza básica. Este déficit educativo, de una sociedad apenas desarrollada, se agudiza con la contienda y crece en la fase de reconstrucción de un país arrasado tras la guerra, que se alarga por la política autárquica de la dictadura franquista, y por la II Guerra Mundial. Las posibilidades de tener una educación básica (saber leer y escribir, al menos) han cambiado radicalmente: se ha pasado de una situación en la que la mayor parte de las mujeres eran analfabetas, apenas tuvieron un par de años de escolarización, o no llegaron a finalizar sus estudios primarios, como ocurre con las abuelas, a otra en la que la mayor parte de las mujeres tiene estudios primarios, como ocurre con las madres, o secundarios e, incluso, superiores, como ocurre con las nietas. Por tanto, se ha producido una generalización del acceso a la educación para las féminas de todos los grupos sociales, sobre todo para las de la tercera generación estudiada. Las escasas abuelas que han logrado completar el primer o segundo ciclo escolar,

son parte de un pequeño grupo, un grupo social privilegiado, de un medio dotado de más recursos económicos y culturales. Ya desde la segunda generación estudiada, para todos los grupos sociales, las oportunidades educativas se han incrementado, especialmente a partir de la segunda mitad de siglo, siendo generalizado el acceso a la educación primaria y secundaria. Para los diferentes grupos sociales, tiene lugar una transformación fundamental, en la provincia de Sevilla: del escandaloso 34% de abuelas analfabetas al 35,8% de las madres que han finalizado sus estudios primarios; efectivamente, el porcentaje de madres que carecen de estudios o que son analfabetas desciende considerablemente, a un 7,5%; en la tercera generación los datos son aun más alentadores, ya que alrededor de un 20% de las nietas han finalizado estudios superiores. Ello pone de manifiesto que la educación de las mujeres empieza a cobrar una gran importancia para todas las clases sociales. Hasta el punto de que, entre las clases más acomodadas, de ser un mero ornamento y un “por si acaso”, pasa a ser objeto de una considerable inversión económica familiar que va de la educación infantil bilingüe al postgrado. A lo largo del siglo XX, se experimenta un enorme avance, un salto cualitativo, tal como lo evidencia la ERF, se asiste a la práctica erradicación del analfabetismo para las nietas (0,9% para Sevilla y 0,3% para Andalucía), la generalización de la educación secundaria (casi un 30% para Sevilla y un 28% para Andalucía), el incremento de diplomadas (9,4% para Sevilla y 11,7% para Andalucía) y licenciadas (9,9% para Sevilla y 9,3% para Andalucía), así como un perceptible, si bien pequeño aún, grupo de mujeres que han finalizado estudios de postgrado, con un 0,5% de doctoras para Sevilla y un 0,1% para Andalucía.

En las décadas finales del siglo XX tiene lugar un intenso cambio cultural que viene de la mano de una profunda transformación política y económica en la sociedad española, que se inicia con los convulsos años veinte, pasa por una terrible guerra civil, la consolidación y el declive de la dictadura franquista, y termina con la transición a un sistema democrático de gobierno y con la integración en la Unión Europea. La victoria del denominado bando nacional fue completa, sin perdón ni posibilidad de reconciliación para los vencidos. La sumisión total, la prisión o el exilio fueron las únicas opciones: más de medio millón de españoles cruzaron las fronteras como alternativa a la eliminación física o la cárcel. Las dos Españas, de las que hablara el universal poeta sevillano siguen escindidas tras la Guerra Civil, incluso quedan aún más divididas que nunca a raíz de la barbarie de esos años. De un modo u otro, habiéndoles tocado estar en uno de los dos bandos, para las entrevistadas, que generalmente han mostrado mucho recelo a la hora de hablar de este tiempo, la posguerra es la época del luto, del llanto por los muertos, por el exilio, por las rupturas sociales, comunitarias y familiares, que la contienda y la represión posterior

dejaron. Una historia, además, en la que el miedo a decir, impuesto por una política de represión ideológica que marcó aquel tiempo, lo inunda todo hasta el presente. La reconstrucción del propio mundo de vida se enfrenta con muchas dificultades cuando las entrevistadas son abuelas, desde la precariedad del recuerdo hasta el mutismo plagado de temores, huella de la guerra, de la posguerra, y de una pérdida total de la libertad de expresión. Además de dar cuenta de este silencio, muchas veces a través de su silencio, relatan las dificultades que sufrieron para poder asegurar su propia supervivencia y la de su familia, sobre todo la de las criaturas más pequeñas.

Durante el primer franquismo tan sólo las mujeres solteras y las mujeres casadas que lo necesitan para la subsistencia de los suyos se ven autorizadas a desempeñar trabajos como asalariadas o a cambio de una remuneración que, por lo general, es bastante escasa y considerada como mera ayuda para la economía de la familia. Aun cuando pueda ser un aporte necesario para su supervivencia, el clima social de la época continúa dando legitimidad a un modelo, basado en el sostén económico del varón proveedor que, en las circunstancias de posguerra, no es sostenible para las familias más empobrecidas. Pero, incluso en este momento en el que la participación de las mujeres en actividades remuneradas alcanza las cuotas más bajas en la historia estadística de nuestro país, muchas trabajan en empresas familiares, en el campo, en otros hogares, o realizan en sus domicilios labores remuneradas, pese a que dichos trabajos hayan quedado invisibilizados en los cómputos oficiales (tal como se ha señalado en el capítulo II). En los primeros años de la década de los setenta, son visibles las señales de cambio en el modelo cultural, entre las que son destacables: la caída de la fecundidad, la incorporación paulatina de las mujeres a la educación superior, o la participación cada vez más constante de las mujeres de clase media en el mercado laboral sin interrumpir sus trayectorias profesionales por el matrimonio o la maternidad. Hasta el desarrollismo propio de estos años, el hogar familiar resolvía muchas de las necesidades de sus miembros, la economía familiar, como la nacional, en la mayor parte de los hogares, era de subsistencia.

En las entrevistas se describe el enorme cambio que supone para la vida cotidiana contar con determinados servicios en sus domicilios como el agua corriente, la electricidad o incluso una lavadora y las comodidades que se generalizaron con el desarrollo de la sociedad de consumo. El mercado ofrece una cada vez mayor diversidad de productos, a quienes los puedan adquirir, que va convirtiendo los hogares en unidades de consumo, desde los productos más sencillos, la fregona, un artilugio extremadamente simple, que fue una auténtica revolución nacional para la higiene doméstica, a los más sofisticados, como los electrodomésticos que cocinan solos como la *Termomix*, a la vez que la vida cotidiana

cobra un ritmo cada vez más frenético. También la legislación abre nuevas posibilidades laborales para las mujeres, impulsando un cambio cualitativo en su participación en la población definida como “activa”. Pero el cambio cuantitativo tendrá que esperar aún un tiempo. Las únicas profesiones aceptadas para las mujeres son aquellas que tienen relación de alguna manera con la “maternidad simbólica”, tales como la enseñanza, la enfermería o la asistencia social; o bien el trabajo en las oficinas. Estas serían las primeras salidas profesionales para las mujeres de clase media que se insertaron, a partir de los años setenta del siglo pasado, en el mercado laboral formal. A mediados de los años ochenta, este incremento será cada vez mayor y con una diversificación profesional creciente.

Muerto Franco, la transición fue relativamente tranquila en apariencia, sin juicio a la dictadura, sin cuestionar cómo se forjaron las grandes nuevas fortunas del país o cómo se reforzaron las viejas oligarquías económicas. El país entero deseaba dejar atrás la estela de pobreza y de ignorancia, se daba un portazo al franquismo y se empezaba a fijar la vista en Europa. El paso de la dictadura franquista a la democracia está jalonado por cambios legales y culturales que posibilitan una mayor participación y visibilidad de las mujeres en la vida pública, un más amplio acceso a los derechos de igualdad, a la educación y, por tanto, más autonomía. Finalizada la etapa franquista, si bien la participación de forma igualitaria de hombres y mujeres en tareas y responsabilidades domésticas y de cuidado va ganando terreno frente al anterior modelo de hiperespecialización por género, tanto los estudios sobre usos del tiempo como los estudios sobre conciliación (Tobío, 2005, 2003a, 1998) ponen de manifiesto que se trata de actividades que siguen siendo realizadas fundamentalmente por mujeres. Obviamente, estos hechos tienen repercusiones negativas, derivadas de la dificultad de compatibilizar un trabajo remunerado con el trabajo doméstico y el cuidado, así como la situación de sobrecarga que la doble jornada / doble presencia implica. Cuando no pueden compaginar sus presencias, el desajuste que este hecho produce desencadena muchos conflictos y tensiones en las relaciones familiares y en la calidad de vida de sus miembros, especialmente en la de las mujeres.

En el capítulo siete se han tratado algunos aspectos del contexto centrando el análisis en los cambios que tienen lugar en la participación de las mujeres en el mercado laboral y tomando como referencia los discursos de las entrevistadas sobre dichos cambios. El concepto de trabajo vigente en la actualidad se remonta al proceso de industrialización, cuando el empleo pasa a ser prácticamente la única actividad designada como trabajo, lo que conlleva que otras formas de trabajo queden ocultas o sean marginadas. Todo ello ha sido contrastado en el trabajo de campo desarrollado, empujando a realizar una revisión del concepto de trabajo, a partir del análisis de cómo dicho término ha evolucionado a lo largo

del siglo pasado, para poder abordar desde una perspectiva amplia los trabajos realizados por las entrevistadas. En algunas zonas de Andalucía, hasta bien entrado el siglo XX, tanto en el campo como en las ciudades, las mujeres realizan múltiples actividades remuneradas. En el campo, trabajan como jornaleras, recogiendo patatas o aceituna, venden sus productos en el mercado, son nodrizas, sirven en casas, trabajan como costureras o desarrollan otro tipo de trabajos vinculados a la industria naciente, por ejemplo, limpian pensiones, como ocurre en el caso de una de las abuelas entrevistadas. En las primeras décadas del XX aún trabajan las mujeres de sectores populares como nodrizas, en el campo sobre todo, se han encontrado varios relatos al respecto, tanto de abuelas que cuentan como sus madres, y ellas mismas en algún caso, han recurrido a otras mujeres para amamantar a sus criaturas (y a la inversa). Pero estas actividades, cuando eran aceptadas y permitidas, eran definidas más como una extensión de sus obligaciones domésticas que como trabajo y, como consecuencia de ello, gran parte de dichas actividades han sido ignoradas, incluso por sus propias hijas.

A lo largo del siglo pasado en el marco de un proceso de modernización que ha presentado ritmos muy diferentes, en el mercado laboral han tenido lugar cambios importantes, con periodos de estancamiento (posguerra y primer franquismo) y otros de acelerado cambio (sobre todo en el último tercio del siglo XX). Y, en este contexto, también a lo largo del siglo XX, la creación de empleo se ha ido desplazando de la economía de mercado hacia el sector público y, posteriormente, hacia la economía informal que, en gran medida, está constituida cada vez más por diferentes modalidades de trabajos y empleos flexibles. Si se revisa por sectores de actividad, a grandes rasgos, el anterior siglo ha atravesado tres etapas diferentes: una primera en que tiene lugar una pérdida progresiva de empleos en la agricultura y en la minería, acompañada del auge de la industria; una segunda, en la que tiene lugar una caída de los empleos en la manufactura y en la construcción y un crecimiento del sector servicios, básicamente en el sector público; y, una tercera etapa, que se caracteriza por una disminución generalizada y progresiva del empleo industrial y un estancamiento, e incluso declive, del sector público, a la par que se produce una mayor flexibilización de las condiciones de empleo y de trabajo. El primer período es el contexto para el trabajo desempeñado por las abuelas estudiadas, especialmente por las más mayores que desarrollaron su actividad remunerada sobre todo en la agricultura, con un alto grado de informalidad de sus condiciones laborales, o en la industria, textil o alimentaria, con más derechos, pero igualmente con bajas remuneraciones y apenas reconocimiento de su cualificación. El segundo período es el contexto laboral vivido por algunas de las abuelas más jóvenes así como de la mayor parte de las madres entrevistadas. Las mujeres que trabajan en las industrias manufactureras, tras la crianza de sus hijos, a raíz de cuyo

nacimiento salen temporalmente del mercado laboral, encuentran que gran parte de estas industrias han desaparecido o están desapareciendo y que ellas ya no cuentan con una cualificación reconocida como para desempeñar otro tipo de trabajo similar. Es la generación más cercana al modelo del *male breadwinner* que da soporte a la norma de empleo fordista. El tercer período es el contexto laboral de las hijas o nietas. Un contexto de segmentación de los mercados, de flexibilización y de precarización del empleo. En general, las mujeres ocupan categorías profesionales inferiores, tienen formas de contratación más precarias, ingresos más bajos, y menos continuidad en sus puestos de trabajo: es decir, es el sector de población que sufre de forma más contundente los efectos de la progresiva desregulación y de la flexibilización del mercado laboral.

En la práctica ha resultado muy difícil identificar claramente las trayectorias individuales de muchas de las mujeres de la primera generación, esto es, las abuelas, especialmente las de clases populares, debido al carácter de subsistencia de la economía familiar. Así, estas mujeres han contribuido con sus aportes económicos en formas más cercanas a un modelo de trabajo protoindustrial y premoderno, que al modelo moderno de que partió el diseño de tríadas para la selección de los perfiles de las entrevistas. Esta dificultad de identificar las trayectorias laborales para la primera generación se ha reflejado en el registro realizado en la ERF de la actividad desempeñada por las abuelas. De hecho, al intentar realizar un análisis comparado de la actividad para las tres generaciones, se detectó un problema importante en los datos de dicha encuesta. Así, tanto para Sevilla como para Andalucía en su conjunto, se ha constatado la existencia de una elevadísimo índice de no respuesta para la actividad principal, un 66 % y un 61% respectivamente de “No sabe/ No contesta”. Debido a este elevado índice, los datos relacionados con la actividad desempeñada por la primera generación, esto es, las abuelas, carecen de relevancia para ser estudiados tal cual. Y, por lo tanto, no ha sido posible establecer ninguna comparación en relación con la actividad que mantiene cada una de las tres generaciones estudiadas. Esta constatación, si bien fue decepcionante inicialmente, ha dado sus frutos en tanto que ha propiciado la reflexión teórica y crítica sobre el concepto de trabajo con el que se estaba operando en la investigación desde sus inicios; el mismo concepto que está ampliamente generalizado en las ciencias sociales y, en especial, en el ámbito de la sociología del trabajo (para esta discusión, véase, Martín Palomo, 2008b, 2008c, 2009, 2011). Si bien se ha producido una incorporación generalizada de las mujeres de la segunda y tercera generaciones estudiadas al trabajo remunerado formal, en el caso de la primera generación, su participación en el trabajo remunerado, sobre todo para las mujeres de clases populares, ha tenido lugar por vías más informales, con inestabilidad, temporalidad y, sobre todo,

vinculadas a otros trabajos no remunerados realizados en el ámbito doméstico que permitieran, a su vez, asegurar el cuidado de sus familiares.

También se ha producido una reestructuración de los trabajos que se desempeñaban en el ámbito doméstico. A raíz de la incorporación generalizada de las mujeres al mercado laboral y del desarrollo de la sociedad de consumo, se ha transferido gran parte de las actividades anteriormente realizadas por las familias al sector público y al mercado: muchos de los trabajos que se hacían en las casas pasan a ser extradomésticos, convirtiéndose en ocupaciones independientes y asalariadas. Aunque esta transformación varía considerablemente según las clases sociales. Entre las más pudientes, la entrada en el universo del consumo es, lógicamente, más rápida, en tanto que se cuenta con más medios para modernizar hogares y estilos de vida. Pero, en la segunda generación, el agua corriente, la lavadora y los pañales desechables son el indicio de un cambio colosal en la vida cotidiana y, sobre todo en relación con el cuidado de las personas dependientes, muchas tareas domésticas se simplifican y se reducen los tiempos de dedicación, aunque el trabajo doméstico se llena de nuevos contenidos, que tienen que ver con la reinversión del rol del ama de casa. El mercado laboral es uno de los lugares en que se construyen cotidianamente diferencias y disparidades entre hombres y mujeres. El hecho importante del aumento de la población activa femenina en las últimas décadas, es decir, del número de mujeres que desempeñan trabajos remunerados, con ciertos derechos, va acompañado de un mayor aumento del desempleo femenino y, en general, de unas condiciones más desventajosas, de acceso al empleo y a la formación profesional. Persisten importantes discriminaciones en el mercado laboral (segregación ocupacional, vulnerabilidad y desigualdad en condiciones laborales y salariales), a la par que continúa sin estar resuelta la organización de la provisión del cuidado en los entornos domésticos-familiares, y sus costes en términos de doble presencia/doble jornada. En suma, se han eliminado algunas discriminaciones, pero las dos fuentes de desigualdades básicas con rasgos estructurales apenas se han modificado: la permanente discriminación de las mujeres en el trabajo asalariado, y la ausencia de equidad con los hombres en el trabajo doméstico y, sobre todo, en el cuidado de los miembros de la familia.

En el capítulo ocho se analizan las percepciones de las entrevistadas sobre los cambios en las familias y su impacto en el cuidado de las personas más vulnerables o en situación de dependencia. La extensión vertical y temporal de las familias que caracteriza a la modernidad tardía en las sociedades desarrolladas genera nuevas formas de relación, nuevas necesidades y problemas y, por ende, nuevas, diversas e intensas formas de intercambio. Estas, a la par que permiten mejorar la calidad de vida de quienes intervienen

en ellas (por ejemplo, en el cuidado de las criaturas y de las personas adultas que tienen necesidad de cuidado en su vida cotidiana, en el apoyo en momentos de cambio, de enfermedad, de crisis económica o personal), y producen nuevos modelos de cuidado (como ocurre con los denominados “abuelos golondrina”, “abuelos cuidadores”, “padres implicados”, o el modelo de cuidado que pone “una inmigrante en la familia”), también ocasionan tensiones, crisis, rupturas y violencias.

En el primer tercio de siglo XX, no era extraño que en las clases populares el matrimonio, la reproducción e incluso la residencia, tuvieran poca relación con el modelo del *ganador de pan* descrito por los funcionalistas. De hecho, algunas abuelas entrevistadas describen cómo la maternidad bien podía producirse antes, después, o al margen, de la boda. También entre las clases acomodadas se da cuenta de variaciones en el modelo de familia nuclear, tales como la existencia de una pareja estable con hijos que reside en dos hogares diferentes. Además, a lo largo del siglo, tienen lugar cambios que apuntan a una mayor diversidad de formas familiares y de convivencia que varían a largo del ciclo vital, las relaciones se tornan más democráticas y hay una mayor aceptación social de aquellos modelos que son diferentes de la norma nuclear funcionalista. La familia parsoniana – hombre proveedor de los recursos económicos para el mantenimiento del hogar y de la familia; mujer responsable de la regulación afectiva, del cuidado de la prole y de las tareas domésticas – no constituye ya el referente ideal ni para la mayor parte de las entrevistadas ni para la mayoría de las investigaciones desarrolladas. “La” familia no puede ser considerada ya esa institución inmutable que desempeña funciones esenciales para el bienestar de las personas, se diversifica y se pluraliza en sus formas y en sus estilos de relación. En los albores del siglo XXI, tanto en el imaginario social como en el diseño de las políticas o de los estudios sociológicos, se contemplan y se identifican múltiples formas de familias y de relaciones familiares, que en su diversidad son objeto de regulación y de intervención política. La propia noción de familia deviene un terreno en disputa y de negociación entre los diferentes grupos políticos, pues precisamente de su contenido y definición deriva la asignación o no de determinados derechos y recursos. En tiempos premodernos, la indisolubilidad del matrimonio tenía un fuerte peso. El proceso de individualización que conlleva la modernidad, el auge del modelo del matrimonio por amor y la existencia del divorcio, han modificado esta certeza de que un enlace es para toda la vida y se desarrolla una mayor conciencia de la fragilidad de las relaciones conyugales. De tal modo que, si bien para la generación de las abuelas el matrimonio constituía un compromiso para toda la vida, y la separación era una excepción, ahora esta aparece incluso en el horizonte de aquellas familias más tradicionales y en las, aparentemente, más consolidadas, como un riesgo

intrínseco al propio vínculo matrimonial. A la par que las formas familiares se diversifican, también se democratizan las relaciones entre sus miembros (hombres y mujeres; padres e hijos) y se introducen nuevos problemas, que plantean nuevos interrogantes a la investigación sociológica. En una sociedad contemporánea que también lo es, las familias son más fluidas, lo que añade mayores dosis de incertidumbre ante sus formas futuras. Todo esto tiene sus consecuencias sobre cómo se organiza el cuidado en el universo familiar.

La estructura demográfica envejece, las familias son cada vez más largas y más estrechas; coexisten un mayor número de generaciones, a la par que hay menos hijos, nietos y sobrinos en las familias. La esperanza de vida se incrementa progresivamente (siendo mayor para las mujeres que para los hombres), de tal modo que cada vez es más habitual que tres o cuatro generaciones coincidan en el tiempo (Tobío, 2013). De hecho, en varias de las tríadas estudiadas viven miembros de hasta cuatro generaciones, que mantienen unas relaciones muy activas entre sí. Algunas abuelas entrevistadas dan cuenta, además, de lo intenso que es el vínculo con sus nietos y biznietos. Aún cuando no residan en la misma ciudad o en el mismo barrio, las tecnologías de la comunicación y los sistemas de transporte generalizados en el siglo XX facilitan un contacto más o menos asiduo que les permite estar al tanto de los mas variados aspectos del cuidado y del mantenimiento de la vida cotidiana, o de los éxitos y fracasos en su vida profesional. E, incluso, actúan como potenciales redes que se activan cuando es necesario. Si bien es cierto que, en la actualidad, hay menos criaturas que cuidar (menos hijos y más tardíos) que en otros momentos de nuestra historia (Miranda, 2006), también lo es que la presión para el cuidado de las personas mayores se incrementa con el envejecimiento de la población, sobre todo con el denominado *envejecimiento dentro del envejecimiento*, es decir, el incremento del número de personas mayores de ochenta años, que engloba a las más necesitadas de cuidado. Lo cual redundaría posiblemente en un aumento exponencial de la demanda de cuidado de una población cada vez más envejecida (Durán, 2012). Un grupo de población este que cuenta con una proporción creciente de mujeres; fenómeno al que se ha denominado *feminización del envejecimiento*. Esto que hace referencia a las diferencias, favorables en principio al sexo femenino, en lo que se refiere al aumento de la esperanza de vida, no significa que las mujeres envejezcan en buenas condiciones de salud. Las abuelas octogenarias y nonagenarias, que antes eran una excepción, son ahora un colectivo bastante nutrido de viudas que, en su mayor parte, necesitan algún tipo de ayuda en su vida cotidiana e interrogan a la sociedad en su conjunto y, en especial, a sus familias, sobre cómo se va a dar respuesta a sus necesidades de asistencia. Ellas han cuidado de los suyos, mayores, pequeños, coetáneos,... de todos los miembros de la familia que lo han necesitado, o bien se

han ocupado de que recibieran las atenciones que precisaban; incluso, algunas de ellas, han trabajado prestando cuidado extrafamiliares. Pero, el sistema que aseguraba el cuidado de los más vulnerables y dependientes está cambiando, en buena medida empujado por los cambios demográficos y sociales descritos, y esto genera enormes problemas para sus familias, especialmente en el caso de las de clases populares, que cuentan con menos recursos económicos para poder buscar sus respuestas en el mercado y, que por tanto, dependen de las respuestas públicas y de cómo se organicen sus redes familiares combinando unos y otros recursos para cuidar de los suyos.

El concepto de red familiar ha dado muestras de una gran potencialidad para el análisis del papel que están desempeñando las familias, y en ellas las mujeres, en la provisión de cuidado. Efectivamente, las relaciones intrafamiliares más allá de la convivencia en un mismo hogar son centrales para entender cómo se establecen las relaciones entre los diferentes miembros de la familia; con ello se pone de manifiesto que el concepto “hogar” conduce a una visión reduccionista de la complejidad de la vida familiar pues no permite integrar tres dimensiones en su análisis: la temporal, ya que los hogares representan un estado momentáneo en el discurrir de trayectorias familiares que progresivamente se diversifican y van cambiando su morfología, como lo ilustran los relatos de algunas entrevistadas (Vgr. tríadas 5 y 10); la complejidad de las solidaridades familiares, y la variedad de intercambios intergeneracionales, que tienen más importancia para los individuos, sobre todo los más frágiles; y, el género, que es clave para entender las tensiones y los cambios que atraviesan las relaciones familiares. Ciertamente, poco se sabría de lo que ocurre en el interior de las familias para dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus miembros, si solo se tuviera en perspectiva el hogar, es decir, si no se contemplaran las relaciones que se mantienen más allá de dicho entorno obviando lo que ocurre en la red familiar y cómo dichas relaciones interactúan con otros ámbitos de la vida social (mercado, políticas, sociedad civil). Al tomar como base el individuo, y no el hogar o la unidad familiar, la ERF permite cartografiar la intensidad de los intercambios que tienen lugar en el seno de las familias, así como de su importancia para asegurar el cuidado a sus miembros más necesitados (Fernández Cordón y Tobío, 2007). Dicha ampliación del campo de la familia, desde el hogar a la red, permite hacer visibles las relaciones de solidaridad entre mujeres, especialmente entre abuelas, madres e hijas, pero también con frecuencia entre otras mujeres de la parentela, como primas, tías, sobrinas. E igualmente, permite ver cómo en dichas redes empiezan a participar los hombres, pese a que hasta el momento no han tenido un gran protagonismo; se detectan ya sobre todo en la tercera generación, también algunos de los abuelos más jóvenes, indicios de cambio, en relación con el cuidado

de su descendencia (Tobío y Martín Palomo, 2003). Esta conciencia de la *dependencia intrínseca* que atraviesa las relaciones entre los miembros de la red familiar se trasluce en los discursos de las entrevistadas, que saben de la fuerza y de la potencialidad que encierran estos vínculos, y se esfuerzan por organizar tácticas que les permitan vivir más cerca de aquellos familiares con los que mantienen o pretenden mantener una relación estrecha. Esta cercanía de los lugares de residencia es fruto, generalmente, de una estrategia residencial (Tobío, 2005) con la que se persigue, además de compañía y afecto, poder contar con la parentela más cercana y, cuando sea necesario, movilizar los vínculos con rapidez y eficacia. Para mantener activa la red es fundamental el esfuerzo que despliegan las mujeres en su quehacer cotidiano pero también la planificación y las decisiones estratégicas que toman en momentos clave de sus vidas, en la que también adquieren una enorme importancia ciertos encuentros rituales o habituales que reproducen, regeneran y actualizan el vínculo familiar (desde los cafés de los domingos a las comidas de navidad u otro tipo de encuentros ritualizados). De ello dan cuenta las entrevistadas más jóvenes que buscan o han buscado esta proximidad pensando tanto en el posible apoyo para su propia maternidad futura como en la previsible enfermedad o decrepitud de sus mayores. Se la entienda como red familiar ampliada o como parentesco efectivo, se la describe siempre como una estructura viva y flexible, que reacciona con rapidez a las necesidades de sus miembros cuando existe una relación fluida, se le da un enorme valor y se hacen todos los esfuerzos posibles por mantenerla activa.

En todas las tríadas estudiadas se da cuenta de estas relaciones de apoyo y ayuda mutua, de las responsabilidades contraídas, de una gran intensidad de intercambios; además, se debe tener presente que por el tipo de tríadas seleccionadas (las entrevistadas de diferentes generaciones mantienen aparentemente buenas relaciones), dichos intercambios son frecuentes. Las mujeres de todas las generaciones son muy conscientes de cómo funcionan estos sistemas de intercambio y de apoyo mutuo, sus ventajas e inconvenientes, cuentan con ello para su vida cotidiana, y lo tienen presente en sus proyecciones hacia el mañana. Todas ellas sopesan y valoran sus recursos presentes y futuros, estudiando con detalle con qué y con quién se podrá contar; se esfuerzan en construir, mantener y reforzar estos lazos, y cuidan de ello en su día a día, perpetuando su *mundo común*. Es una suerte de contrato tácito que compromete a compartir todo lo que traiga el porvenir a las familias, un pacto entre generaciones de mujeres. Así, frente a las presiones que ellas tienen, han tenido o prevén tener en el futuro, es difícil encontrar, en las más de mil páginas de conversaciones transcritas, palabras que aludan a la exigencia, al chantaje o al sufrimiento que podrían generar en muchas ocasiones estas situaciones y las responsabilidades contraídas. Es más

frecuente hallar expresiones que se refieren al cuidado prestado en términos de afectos, de una respuesta que se da con gusto a ese familiar con el que mantienen unos lazos estrechos o con quien se siente en deuda. Sí se encuentran frases que dejan entrever las tensiones vividas entre estas demandas y deseos de los otros y el cuidado propio, pero esto ocurre sobre todo en los discursos de las entrevistadas de la tercera generación y en relación con las redes familiares más amplias (tías, primas, sobrinas, etc.). Se recuerdan con detalle las ocasiones en que se ha recibido apoyo y se espera poder hacer lo mismo cuando otra persona de la familia se encuentre con la necesidad. Y este “saber” está cargado de afectos y de valores, así como de responsabilidades. Las madres “saben” que han ayudado, ayudan y ayudarán en todo lo que puedan a sus hijas cuando lo necesiten, cuentan con ello en su agenda vital. Del mismo modo, las abuelas son conscientes de que las cuidan sus hijas, sus nietas e incluso sus nueras, que les proveen de cuidadoras y supervisan su trabajo, o que lo harán en el futuro si surge esta necesidad. Las nietas entrevistadas “saben” que sus madres serán un apoyo fundamental para ellas cuando les toque vivir esta experiencia de maternidad. Es posible identificar una cadencia y una lógica comúnmente aceptada en estos intercambios, un soniquete de *don*. Es una forma de estar que se aprende en la infancia y que forma parte de la cultura familiar, integrándose de tal modo en la cotidianeidad que es considerado como “lo normal”. Las entrevistadas describen intercambios en los que tiene un papel central el cuidado, que se expresa con la lógica del *don-contra-don*. Dicho de otro modo, se crean obligaciones en el tiempo, en el largo plazo, a veces para toda la vida, bajo la fórmula “cuido porque me han cuidado”, o bien “cuido porque me van a cuidar”. Estas prácticas se encuentran entrelazadas con los sentimientos y la responsabilidad hacia el otro con el que dichos afectos se entretejen; responsabilidad por la que, por ejemplo, una entrevistada se siente interpelada a cuidar de la tía de su esposo, necesitada durante años, por hallarse postrada en cama, mientras que su marido, sobrino carnal de la anciana, no se sintió igualmente impulsado a actuar.

Una generación de mujeres se ha visto empujada a cuidar de padres, de hijos y de nietos, la denominada “generación pinza”, “generación sándwich”, se trata de aquellas mujeres que son consideradas por sus familiares como “los pilares”, o los nodos centrales de la red familiar, las que sostienen ese universo compartido que es su familia en sentido amplio. Y, estas mujeres lo asumen como parte de lo que les ha tocado en suerte a las mujeres de su generación, no tanto como algo inscrito en su naturaleza, sino como fruto del contexto sociocultural en que han vivido buena parte de su vida adulta, aunque son conscientes de que no es el mejor de los modelos posibles, y luchan activamente para que sus hijas puedan tener una vida diferente, liberadas del peso de estas obligaciones. Lo han

aceptado como el destino que les ha correspondido vivir, con cierta resignación, sabiendo de los muchos sacrificios que este modelo de feminidad conlleva pero sin saber cómo escapar, o despegarse, al menos un poco, del mismo. Cuando lo hacen es empujadas por sus hijas o por el deseo de estar bien para los otros: dejarse unas horas a la semana para ir a dar un paseo o al gimnasio para mantenerse más saludables. Los cambios en los modelos conllevan negociaciones de cómo va a ser la nueva forma de hacer las cosas, de organizarlas, y a *quién* le corresponde hacer *qué*. Sea entre mujeres de diferentes generaciones, sea entre mujeres y hombres, estos cambios implican ajustes entre los miembros de la familia. Y, donde hay negociación el conflicto está latente. Entre mujeres y hombres, entre diferentes generaciones de mujeres, las tensiones entre los distintos modelos de feminidad están relacionadas con las diferentes culturas del cuidado. Así, en una perspectiva biográfica, ciertas necesidades afloran de una forma privilegiada sobre otras, y permiten capturar los procesos de transmisión de dinero, cuidado, servicios, bienes, valores y afectos, entre otros (Guillaume, 2002). Efectivamente, las necesidades de autocuidado, de tiempo propio, emergen en los discursos de las mujeres más acomodadas de la segunda generación estudiada, así como en los de las nietas de todos los grupos sociales. Pero las abuelas no se llegan a plantear siquiera que esta necesidad de atenderse a sí mismas puede existir más allá de unos mínimos que tienen que ver con la alimentación, la higiene o el descanso, y probablemente esta es una de las razones por las que las mujeres de la primera generación no viven tanto conflicto entre el cuidar de otros y los demás aspectos o facetas de sus vidas.

Las diferentes culturas sobre los intercambios en las familias, así como sus vías de expresión en la forma de responsabilidades y obligaciones familiares, representan un importante aspecto del cambio y de la continuidad intergeneracionales: en los discursos de las entrevistadas se condensa en la forma que adopta aquello sobre lo que se puede hablar. Conviven diferentes formas de entender el cuidado y se le confiere un peso diferente a los aspectos vinculados con la tradición y con el cambio. En unos aspectos se producen transferencias familiares ligadas a valores tradicionales, a la par que en otros, se dan importantes diferencias entre generaciones, incluso la ruptura con los patrones de valores de referencia. El concepto de cultura tiene un valor analítico muy sugerente para dar cuenta no solo de las necesidades sino también de las obligaciones familiares y de las diferentes influencias que puede tener sobre las transmisiones, materiales, culturales, o simbólicas. Además de proveer de cuidado, las mujeres transmiten las culturas sobre el cuidado. Siguiendo la propuesta de Julia Brannen, se han identificado aquí también dos grandes grupos de tendencias culturales, hacia la continuidad y hacia el cambio. Así, ha sido posible

diferenciar entre: a) culturas familiares que prevalecen y se transfieren a lo largo del tiempo; b) culturas que cambian a través de las generaciones, adoptando diferentes valores con consecuencias sobre sus actitudes respecto a las obligaciones familiares (Brannen, 2006). Cambia de unas generaciones a otras lo que se considera *obligación familiar*, así como lo que le corresponde hacer a cada miembro, en función de estos patrones previamente establecidos, así como los elementos emocionales que van asociados a los mismos, pero otros aspectos se mantienen más inmutables. Por ejemplo, el contenido del amor de hija presenta importantes elementos de cambio en la segunda o tercera generación en relación con la primera, mientras que el del amor de madre permanece con mayor firmeza en las tres generaciones estudiadas.

Las *culturas de la continuidad* son las más marcadamente familistas. En ellas, los intercambios familiares generalmente se van acomodando en el tiempo, adoptando la forma de reciprocidades entre individuos específicos y, habitualmente, se transmiten a través de líneas femeninas (Brannen y Nielsen 2003). La responsabilidad moral del cuidado se transmite, generalmente, en forma de incondicionalidad, es decir, que los recursos y servicios se transmiten sin cálculo “racional” de expectativa de retorno, justificado en términos de amor y de afectos (Brannen, 2006). Sin embargo, esta expectativa de retorno está implícita en las propias reglas del juego de los intercambios que se mantienen en la red familiar, y, muchas veces, permanecen invisibles hasta que su ruptura hace emerger el conflicto latente, así como la regla que subyacía y que permitía mantener un orden social y un modelo de relaciones familiares determinados. Esto se pone de manifiesto en las reflexiones que hacen en voz alta algunas entrevistadas abuelas sobre la posibilidad (o imposibilidad) de ser cuidadas por sus hijas en el futuro cuando no puedan valerse por sí mismas en su vida cotidiana. Consideran estas mujeres, que esta suerte de contraprestación es una obligación que se genera en un intercambio justo, en tanto que ellas han cuidado de sus hijos, sus nietos, o de otros miembros de su familia. Sin embargo, las mujeres de la segunda generación estudiada son conscientes de que los tiempos han cambiado, que las circunstancias de las familias en el futuro van a ser muy distintas a las que ellas mismas han vivido. Y, cuando se proyectan en un futuro próximo como necesitadas de cuidado, estiman que los condicionantes que sus hijas tienen (y que previsiblemente tendrán en el futuro) no les permitirán hacerse cargo de su cuidado directo como ellas hicieron con sus propias madres o abuelas. Pero como, a su vez, ellas han recibido ayuda de sus madres o abuelas, intentan o intentarán corresponder en la medida de sus fuerzas, pues se sienten en deuda, responsables, y esta es una de las mayores fuentes de sufrimiento y de los desencuentros descritos entre diferentes generaciones de mujeres.

Las *culturas de la discontinuidad*, que se expresan en una mayor independencia o distancia entre sus miembros, generalmente son características de aquellas familias que han experimentado una considerable movilidad social y geográfica, sea a raíz del acceso a la educación y al trabajo remunerado ‘nuevo’ de la segunda o de la tercera generación, sea por un matrimonio hiper o hipogámico, sea a causa de un proceso migratorio, que muchas veces tiene su origen en la búsqueda de mejores oportunidades laborales. Estas culturas son menos tradicionales en cuanto a las formas del cuidar, menos familistas y desplazan el protagonismo de las mujeres en las familias en la provisión de cuidado, en tanto que otorgan un papel más importante al Estado proveedor o bien depositan buena parte del soporte del cuidado en el mercado. Probablemente, es en las culturas de la discontinuidad donde se puede observar con más claridad cómo se negocian y renegocian la reglas del intercambio intragénero y entre generaciones. Por ejemplo, el concepto de cuidado varía enormemente entre una madre y una nieta en función de cómo entienden que debe ser un cuidado adecuado para Isabel, su madre y su abuela respectivamente. La gran divergencia entre ellas estriba en qué puede ser considerado como cuidado de calidad, si lo es aquel que proporciona la posibilidad de mantener durante un mayor periodo de tiempo la autonomía, o más bien el que pretende proveer de todo lo que necesita la persona cuidada, independientemente de que ésta pueda encargarse de parte de su propio cuidado. El primer modelo, prevalece entre las entrevistadas más jóvenes, sobre todo las nietas. Y, el segundo, entre las madres y abuelas, que tienen un concepto más sacrificial del cuidado de los suyos y sienten un enorme peso por una responsabilidad que toma base y se nutre en los afectos. También se han expresado con más claridad entre las más jóvenes las tensiones entre las exigencias del cuidado de los otros con el cuidado de sí mismas, mientras que las mujeres de la segunda generación (que son las que están cuidando, o bien encargándose de que reciban el cuidado que necesitan, sus madres, hijos y, a veces, nietos) tienden más a ponerse a sí mismas entre paréntesis, con tímidas reivindicaciones del cuidado propio. Así, para la generación de las abuelas es aceptable y razonable, dentro de sus atribuciones de responsabilidades y competencias, aquello que para las nietas bien puede ser considerado servil, todo lo que tiene que ver con el cuidado de adultos cuyas necesidades se definen más por ciertos mandatos culturales que por deficiencias corporales o limitaciones funcionales específicas. Así, tanto lo que es considerado aceptable y respetable, como lo que se considera abusivo o humillante, cambian con el tiempo y con la distribución de poder en las familias entre hombres y mujeres y entre las generaciones.

Las necesidades están sujetas a una continua (re)definición social y a procesos de negociación y, por tanto, deben insertarse en un marco cultural que las reconozca como

tales. Hay un tipo de actitudes que mantienen los hombres, en la generación de las abuelas, que ahora son absolutamente inaceptables para las mujeres de la generación de las madres o nietas, pero que eran consentidos y comprendidos por las abuelas que lo han aceptado como parte de sus obligaciones: por ejemplo, recoger la ropa sucia del suelo del cuarto de baño tras el aseo de su marido o hijo varón. Práctica que provoca irritaciones en las nietas y en algunas madres (como mostró Kaufmann en varios trabajos: 2009, 1999). Del mismo modo, se considera inadmisibles una entrega a los otros excesiva en la generación de las nietas, e incluso de algunas madres de clase media-alta. Por ejemplo, el ideal de un amor de madre que suponga, en cierto modo, la pérdida de los límites de sí empieza a ser cuestionado, sobre todo, por las nietas.

Entre las entrevistadas, es más frecuente encontrar el modelo de continuidad que el de ruptura, aunque se detecten elementos de ambos en diferentes generaciones para cada una de las tríadas de mujeres entrevistadas. El factor clase social tiene un peso muy importante en relación con el papel de las mujeres en el cuidado de sus familiares. Así, no es extraño que las mujeres de clase media-alta, supervisen y/o creen ellas mismas las condiciones para que sus familiares reciban el mejor cuidado posible, “delegándolo” en el servicio doméstico o en una empleada interna dedicada *ex profeso* a cuidar de sus mayores, lo que puede permitir que sus ascendientes continúen residiendo en sus propios hogares. Este es el modelo que prefieren todas las abuelas entrevistadas sin excepción para vivir esta última etapa de sus vidas. Las mujeres sin recursos tienen la opción de residir con sus madres mayores, sea en el domicilio de estas últimas, sea en el suyo propio, cuando las abuelas ya no pueden valerse por sí mismas en la vida cotidiana, o bien recurrir a un geriátrico, opción que está muy mal considerada por todas las abuelas entrevistadas, por muchas de las madres y algunas nietas, pues para todas ellas, residencia de mayores, asilo, geriátrico, se llame como se llame, es sinónimo de abandono. Para estas mujeres que se sienten responsables de cuidar de sus progenitores, el cuidado de sus mayores supone un enorme sacrificio del tiempo propio y para los mayores no poder recibir toda la atención que necesitan.

En los últimos decenios del siglo XX se ha pasado de un modelo familiar y laboral, en el que la división de roles de género era muy marcada a otro modelo en el que hombres y mujeres participan cada vez más a lo largo de su vida del trabajo remunerado (Tobío, 2000). Sin embargo, este cambio de modelo cultural que tiene como protagonistas principales a las mujeres no ha estado acompañado por una transformación de similar envergadura en las relaciones de género que, en lo fundamental, no han sufrido grandes cambios ya que, aún hoy, se mantienen profundas desigualdades en el ámbito de lo doméstico-familiar. Las

mujeres han sido señaladas por diversos especialistas como motor de cambio de las relaciones familiares y conyugales, en tanto que a partir de sus mayores cuotas de independencia económica y emocional, el poder de negociación de las mujeres ha aumentado de forma significativa (Castells, 1998). No obstante, una vez que se encuentran en el mercado laboral no dejan de responsabilizarse del cuidado de los suyos. Pese al incremento de su presencia en la esfera pública, las mujeres siguen siendo las responsables del cuidado, por tanto el modelo sigue perpetuándose. Aun cuando tenga lugar un importante aumento de la participación masculina en las tareas domésticas y de cuidado, el reparto no es equitativo: son las mujeres las principales encargadas del cuidado de niños, personas enfermas y mayores, mientras que los hombres se implican muy poco, y cuando lo hacen es como algo voluntario, o empujados porque no existe otra opción, en todo caso muy positivamente valorado por el entorno social, y solo en un determinado tipo de tareas; por lo general, nada de planchar, limpiar los baños, u otras “tareas sucias” (Anderson, 2000). Pese a que tanto para los hombres como para las mujeres el trabajo femenino fuera del hogar y el ideal de pareja igualitaria están dotados de legitimidad (Alberdi, 1999), son las mujeres de diferentes generaciones – o de “otros” orígenes sociales o étnicos, cuando se opta por el mercado para dar respuesta a las necesidades de cuidado de las familias – las que redistribuyen entre ellas las tareas.

Sin embargo, el modelo de relaciones entre hombres y mujeres no es estático, se va transformando con el tiempo. De tal modo que los límites que se establecen entre lo que es adecuado para dar respuesta a determinadas necesidades de cuidado y la forma en que estos se definen, así como las tensiones que se generan en relación con el autocuidado, van cambiando de unas generaciones a otras. ¿Cómo se negocia en el marco de la pareja y en relación con el cuidado de los descendientes? Buena parte de la desigualdad de género en las parejas heterosexuales, incluso aquellas más cercanas al sostenimiento de relaciones igualitarias, emerge a partir del momento en que se tienen hijos/hijas. El modelo de maternidad intensiva es el referente normativo para las tres generaciones estudiadas y adquiere un gran peso, en tanto que se entreteje con un determinado modelo de afecto maternal. El “amor de madre” se muestra en sus discursos como incondicional, y se traduce en una entrega absoluta de la madre a la criatura. El proceso de individualización y los requerimientos del mundo laboral chocan con dicho ideal de maternidad. La tensión entre un modelo de mujer que expresa la necesidad propia y exige tiempo para sí (en los menos casos), para sus parejas (especialmente entre las entrevistadas más jóvenes) o al menos para el universo laboral (en todas las entrevistadas que desempeñan trabajos remunerados) y los requerimientos del cuidado familiar, que este modelo de maternidad intensiva conlleva, con

su alta exigencia de sacrificio, aboca a los conflictos, al menos en el interior de cada una de las mujeres que se debate entre las demandas de su autocuidado y las del cuidado de otros miembros de su familia y es también una fuente de luchas y disensiones en las relaciones familiares. Todas las entrevistadas se adhieren a la idea de que existe un instinto maternal. No obstante, en sus discursos, naturaleza, cultura y agencia se ensamblan: algo hay de naturalización (la biología impone su peso) pero también de aprendizaje y de elección. Es decir, se considera que la maternidad es un acontecimiento que puede o no suceder, y que cuando acaece puede adoptar diversas formas; también que estas diferentes modalidades están permeadas de “instinto”, aunque este se puede, de algún modo, “educar”. Es decir, se acepta que existe una cierta dosis de construcción social en el cuidado prestado a las criaturas, aunque naturalmente se asigna a la madre, en base al fuerte vínculo biológico que tiene con su descendencia, que presumiblemente se establece con la gestación. Por un lado, las mujeres que trabajan dentro y fuera de sus hogares pelean cada día con dilemas que giran en torno a los mandatos de “*ser una buena madre*” y “*ser persona*”. Por otro lado, las amas de casa a tiempo completo, sufren las consecuencias de una entrega excesiva al cuidado y algunas padecen, o han padecido, depresiones, experimentan o han experimentado sensaciones de vacío o inutilidad en algún momento de sus vidas, o bien ensayan la salida de reinventar y dignificar su papel profesionalizándolo y dotándolo de cualificaciones altamente especializadas, como propusiera a comienzos del siglo XX el *Movimiento para las Ciencias Domésticas*, si bien son sobre todo las mujeres más acomodadas de la tercera generación quienes intentan darle este nuevo barniz al papel, incómodo y complejo, de “ama de casa”.

Tal como se destila del discurso de las entrevistadas y ponen de manifiesto otros estudios, en los hombres no se perciben cambios tan relevantes como consecuencia de tener descendencia—en el ciclo vital, en el uso del tiempo, en su subjetividad—, pues sus prácticas cotidianas no se ven tan condicionadas por acontecimientos como el nacimiento o la adopción de una criatura (Imaz, 2010). Generalmente, tanto hombres como mujeres expresan el deseo de mantener prácticas igualitarias pero las mujeres, incluso las de las generaciones más jóvenes continúan asumiendo mayoritariamente el cuidado de sus familiares así como otros trabajos de mantenimiento de la vida cotidiana desarrollados en el hogar o con la red familiar. Además, las estrategias de negociación, con las que se intenta modificar un determinado equilibrio de poder, pueden tener costes altos, por ello ponerlas en juego debe compensar, tanto cuando se intenta cambiar la situación, como cuando se intenta mantenerla (Botía, 2013). Muy a menudo las mujeres ceden sin llegar a plantear o hacer explícitas las situaciones de conflicto o lo asumen en forma de aparente

consenso, pese al malestar o el desafecto que las genera (Rodríguez, 2008). En otras, los malos tratos se introducen en la escena. La violencia está presente en las narraciones de las entrevistadas, sobre todo en aquellas procedentes de clases sociales más desfavorecidas, así como la consciencia de qué tipo de violencia se puede ejercer en el marco familiar, y quién puede ejercerla en caso de que se acepte en algún grado, hasta qué punto es legítima, cuáles son los límites de lo permitido. Al afirmar esto no se pretende sostener que en las clases más acomodadas no exista violencia intrafamiliar, simplemente se da cuenta de que las entrevistadas que hablan de dicha violencia son todas de clases populares y el resto no han hecho ninguna alusión a este problema. Tal vez porque se trata de un asunto que, o bien es tabú, precisamente porque se le ha asociado a las clases populares o personas con vidas desestructuradas o con consumos abusivos o adictivos de drogas o alcohol, bien por la vergüenza que esta conducta encierra, y la indignidad con la que se reviste a quienes la han sufrido. No se han encontrado en los discursos de las entrevistadas alusiones a malos tratos a las personas mayores en el marco familiar, más allá de las acusaciones de supuesto “abandono” de los más desvalidos en residencias de ancianos, ni de maltrato a hijos adolescentes o jóvenes, excepto algún que otro reconocido “bofetón” más o menos ocasional. La violencia intrafamiliar es un tema del que se suele hablar muy poco (Martín Palomo, 2001), pero además, por el tipo de estudio realizado tampoco era probable que este tema emergiera. No se ha abordado este asunto de forma directa por parte de la doctoranda en las entrevistas dado que no estaba en el foco de la investigación.

Los padres han cambiado mucho en cuanto a implicación en el cuidado de sus hijos, por ejemplo en relación con el aseo. Los cambios son significativos aun cuando lentos. Las abuelas se encargaban del cambio de pañal, del baño, de alimentar y de vestir a las criaturas, era su responsabilidad y no se planteaban nada diferente. Las madres, aun las amas de casa a tiempo completo, empiezan a pedir la implicación de los hombres en alguna de estas tareas, aunque se trate de algo excepcional, las nietas con frecuencia presumen orgullosas de sus parejas, de cómo cambian un pañal o se encargan del baño de su hijo. Hay indicios de cambio en las generaciones más jóvenes: a sus padres les daba *asco* cambiar los pañales y ahora, se cuenta cómo hay muchos padres jóvenes que realizan esta tarea o se encargan de bañar a sus criaturas sin problema (el asco es una emoción que tiene una presencia importante en el cuidado, teniendo presente que este implica un contacto corporal en el que hay olores, colores y texturas que pueden ser poco o nada agradables, entendidas en el marco de nuestra cultura; aunque también es algo construido socialmente, como se puede ver en determinadas reacciones corporales de los padres ante los desechos corporales de sus hijos: del vómito y la arcada ante una caca de un bebé a cambiar un pañal sin problema). O,

algunas mujeres se sorprenden ante la actitud de sus cónyuges o progenitores masculinos que ahora, como abuelos, descubren la ternura en la relación con sus nietos, juegan con ellos, los llevan de paseo, algo que no hicieron con sus propios hijos e hijas. El papel de los hombres en el cuidado está cambiando aun cuando se trate de familias más tradicionales donde las mujeres son amas de casa a tiempo completo: cambiar el pañal al bebé va camino de convertirse en un signo de distinción, una nota de modernidad que va dando forma a un nuevo modelo de paternidad implicada y “amable”, aún cuando no deje de ser considerado como una “tarea sucia”. En cambio, cuando se trata de cuidar personas mayores y/o enfermas, la implicación masculina se da en mucha menor medida. Es decir, que si bien hay algunos hijos adultos que cuidan de sus padres dependientes, ocurre que casi siempre que hay alguna mujer disponible en la familia – hermana, hija, madre, nuera, o cuñada –, es generalmente ella quien más pronto o más tarde asume este cuidado, sea directamente sea encargándose de su cobertura indirecta. Se han podido encontrar, al igual que en la relación con los hijos, muestras de hombres cuidadores de sus progenitores, se trata de la tercera generación, y en el caso descrito (marido de una de las nietas entrevistadas) se trata de hombres que no tienen hermanas y que se organizan para proveer de cuidado a través del mercado y para cuidar en los momentos de descanso de la cuidadora profesional (fines de semana).

Las mujeres, por tanto, continúan mayoritariamente dando respuestas a las necesidades de cuidado de su familia compaginando como pueden las demandas del mundo familiar y del mundo laboral, con numerosas renunciaciones: al tiempo propio, al autocuidado, al cuidado de los suyos, a la promoción laboral, en incluso a tener hijos. En todo caso, la hiperplanificación es fundamental para poder reducir al máximo la brecha de la escisión de presencias, espacios, implicaciones, intereses. Las mujeres que tienen un trabajo remunerado tampoco quieren renunciar a los logros de la independencia económica, pero, igualmente, se resisten a pagar el precio personal de un tipo de emancipación que les exigiera renunciar o postergar indefinidamente una serie de valores relacionados con su identidad personal y su experiencia cultural, como ocurre con el deseo de ser madres. Por eso, se suele estudiar con mucho detenimiento cuál puede ser el momento más oportuno para plantearse un embarazo, incluso contando con una red familiar de apoyo o con recursos económicos para tener algún tipo de ayuda remunerada. El antagonismo entre las exigencias de la maternidad y las del trabajo remunerado está presente ya desde el embarazo (Imaz, 2010), e incluso antes, siendo una fuente frecuente de tensiones y de angustia. Pero las mujeres que tienen hijos ya no interrumpen sus trayectorias laborales por la maternidad, lo que es un comportamiento cada vez más generalizado, sobre todo entre las más jóvenes, es

decir, las nietas, aun cuando sus hijos sean fruto de un embarazo no planificado, experiencia que no es extraña para algunas de las entrevistadas. A través de las tres generaciones estudiadas se ha podido ver cómo los cambios que han experimentado las familias tienen un fuerte eco en las formas de involucrarse en el cuidado de sus criaturas por parte de los progenitores. Por ejemplo, la expectativa de comportamiento en relación con los padres como figura de autoridad ha ido progresando hacia una mayor democratización de las relaciones con sus cónyuges y con sus hijos. Así, “ese respeto que había”, del que hablan las abuelas y algunas madres entrevistadas, teñido de temor y en ocasiones con entreverados rastros de violencia (coacciones, amenazas, y también violencia física), pierde progresivamente vigencia como valor moral, como norma de comportamiento, para pasar a tener un mayor peso los discursos que afirman el valor de las relaciones más igualitarias entre diferentes miembros de las familias, hombres y mujeres también entre padres e hijos. Y empieza a cobrar valor, asimismo, la figura de los hombres cuidadores, sean padres, abuelos, parejas o hijos: si hay igualdad en la pareja, se debe reflejar en el cuidado y afirman, por ejemplo, que “el padre tiene la misma responsabilidad” cuando se pregunta por el cuidado puesto en la educación de los hijos. En el diálogo intergeneracional, la confianza, la negociación ganan peso progresivamente, primero entre algunas de aquellas abuelas que, en gran medida gracias a su mayor autonomía económica por desempeñar algún tipo de trabajo remunerado, han tenido una relación más igualitaria con sus cónyuges que otras mujeres de su generación; pero también, estos discursos más igualitarios van calando entre las madres entrevistadas, y se dan por sentados en las nietas.

En el capítulo nueve se ha indagado en la complejidad que reviste el cuidado en el universo familiar y el modo en que se mantiene y reproduce el deber ser del cuidado para las mujeres, y en esta exégesis se repara tanto en los indicios de cambio como en las permanencias. Pascale Moliner señala que cuidar implica un saber, un saber discreto y de escasa visibilidad. De hecho, es de esta invisibilidad, o al menos de su discreción, de lo que depende e buena medida su éxito. Y, tanto la invisibilidad, como la naturalización del cuidado como parte esencial de la identidad femenina, hacen que el reto de comprender los cuidados prestados en los entornos familiares sea aún mayor. En los Capítulos segundo y tercero, se han destacado las dificultades que conlleva medir los tiempos en los cuidados en tanto que, generalmente, se prestan de forma simultánea a otras actividades y, además, tienen mucho de anticipación y de preocupación además de los aspectos morales y encarnados (Legarreta, 2013). Tanto en el cuidado propio como en el prestado a otros, la percepción de los agentes implicados carga de sentido la acción de cuidar. Aunque se trate de un trabajo absolutamente necesario probablemente ha sido y es posible ignorarlo porque

las mujeres lo realizan de forma gratuita, “presumiblemente por amor”, cuando la acción se desarrolla en el marco de las relaciones familiares y, se prestan aparentemente al margen de cualquier consideración mercantil. Si se tiene en consideración el componente subjetivo que atraviesa su consideración tanto por parte de quién los presta como por quien los percibe, es difícil tener un rasero material para dar valor a los cuidados efectivamente prestados. Al ser la demanda ajena o la urgencia de dar respuesta a una necesidad que pide ser satisfecha (dar alimentos, limpiar desechos corporales, dar una medicación, cambiar de pañal o de postura...) requiere de una dedicación constante. Dedicación que conlleva una sujeción temporal pero también liga a un lugar que, en el marco de las relaciones familiares, suele ser el espacio doméstico, sobre todo cuando se trata de personas mayores que no se pueden transportar con facilidad de un lado a otro como ocurre con un bebé. El estar pendientes de las posibles demandas de otra persona, opera como cortapisa para ausentarse del hogar. Ello supone que están, en la práctica, confinadas en el ámbito doméstico, sea para estar disponible para una demanda puntual, para un cuidado rutinario, o sea para acompañar a ese familiar anciano que no quiere estar solo, lo que es muy habitual entre las mujeres más mayores que son conscientes de su fragilidad. Por tanto, la disponibilidad para el cuidado encierra una gran complejidad al incorporar tanto aspectos temporales, como espaciales, morales y afectivos. Esta disposición, esta orientación a las necesidades del otro puede suponer de hecho, una enorme carga para quienes se responsabilizan de su asistencia, esto es, a sus cuidadoras principales, sea en cuanto a tiempos, sea en relación con el espacio o con los esfuerzos corporales que hay que realizar en muchas ocasiones (cargar con personas muy pesadas, por ejemplo) e incrementar su vulnerabilidad.

Una buena parte de las tareas domésticas y de cuidado se han transformado a lo largo del siglo XX. Por un lado, se han integrado dentro de diferentes modalidades de consumo mercantil (como, por ejemplo, las comidas precocinadas, los pañales desechables o el lavado de ropa en lavanderías); por otro lado, se realizan o se prestan en el marco de instituciones públicas, privadas y asociativas (cuidado de criaturas, sobre todo de los más pequeños, cuidado de las personas mayores, de las que tienen una enfermedad crónica o discapacidad que les lleva a depender del cuidado que les prestan otras personas). Los trabajos domésticos se pueden aplazar para el fin de semana o se pueden dejar a cargo de otras personas que los desempeñan a cambio de una remuneración (unas horas, unos días, todos los días de la semana,...), siempre que se cuente con recursos económicos disponibles para ello en la unidad familiar. Pero el cuidado no se puede aplazar para el fin de semana, o para los huecos disponibles entre otras actividades u otros trabajos, no se pueden concentrar en un par de horas a la semana o al día (excepto alguna tarea de higiene, como por ejemplo,

bañar a una persona mayor, o cortarle las uñas de los pies); al contrario, tienen que prestarse, por lo general, cuando emerge la necesidad. Hay formas diversas de dar cobertura a dichas necesidades, sea a través de la familia (como se ha visto, sobre todo se trata de mujeres), sea a través de las instituciones, sea a través del mercado e, incluso, a través de la sociedad civil. Es decir, los cuatro planos del “diamante”, sobre los que puede pivotar la provisión de cuidado, presentan caras con tamaños diferentes en cada sociedad. En nuestro país la sociedad civil tiene un protagonismo pequeño en cuanto a la provisión de cuidado, menos relevante que el adoptado por la familia o el mercado, si bien algunas propuestas han invitado a pensar en la potencialidad que tiene aquella pensando en una utópica sociedad del cuidado (Precarias a la Deriva, 2004, por ejemplo). En el capítulo décimo se analiza como las entrevistadas reflexionan en torno al cuidado más allá de los entornos familiares. Al incorporar una dimensión temporal, combinando la perspectiva sincrónica con la diacrónica, se pone en cuestión precisamente la concepción estática de relaciones asimétricas de cuidado (Paperman, 2004), y toma fuerza la idea, apuntada por Carol Gilligan, y que tan claramente se ha podido identificar en el discurso de las entrevistadas, de la *dependencia intrínseca* y absolutamente *contextualizada*. Todo ser humano necesita atención y cuidado, pero ciertas personas tienen necesidad de una atención especial pues les puede ir en ello la vida (Molinier, 2009). Es decir, aun admitiendo que existe una vulnerabilidad humana constitutiva, hay personas que son más vulnerables y dependientes que otras (Tronto, 2009a). Lo que implica “pensar” en quienes cuidan de otros habitualmente, en las vulnerabilidades intrínsecas al trabajo de cuidado por su falta de reconocimiento, y en la vulnerabilidad propia, lo que supone caer en la cuenta de que aún siendo adultos, sanos, independientes, somos frágiles. Las mujeres entrevistadas son conscientes de ello, se encargan de asistir a sus familiares más frágiles y necesitados y hacerlo de tal modo que dicha vulnerabilidad no desgaste el respeto al otro; son conscientes de que dicho respeto pasa por conocer a la persona que tiene la necesidad de ser cuidada, y ellas saben que para eso se debe construir una relación, aunque sea de tipo profesional; por eso, cuando recurren al trabajo remunerado de cuidado para asistir a sus familiares, en tanto que organizadoras principales de su provisión, se esfuerzan por crear unas condiciones de trabajo que “sujeten” a la persona empleada en el tiempo, es decir, que se cree un vínculo (especialmente, cuando se trata de cuidar de los más pequeños o de los más mayores en sus propios hogares).

Pero la consideración de este cuidado, y del modo cómo se debe organizar en el futuro su provisión es ambivalente en el discurso de las entrevistadas. Oscila entre dos vías muy diferentes, que en unas ocasiones se muestran como contrarias, mientras que en otras

aparecen como complementarias: por una parte, se insiste en la necesidad de “profesionalizar” esta actividad, este trabajo; por otra, se mantiene un discurso sobre el *deber familiar* de dar respuesta a las necesidades de cuidado de sus miembros basado en un modelo más tradicional en cuanto a las obligaciones según el género y la filiación. Así, por un lado, se argumenta que si las mujeres ya no pueden hacerse cargo del cuidado de las personas que lo necesitan en sus familias, entonces es necesario contratar a otras personas (mujeres) que las sustituyan, que continúen prestando cuidado en el hogar familiar, con una lógica parecida a la de las relaciones familiares, es decir, en las que de algún modo se reproduzcan las condiciones de simpatía y afecto. Efectivamente, el discurso más tradicional, sitúa a la familia, concretamente a las hijas, como las responsables del cuidado de los mayores, a las madres del de los pequeños, en tanto que esta sería su obligación. Las abuelas de clases populares se aferran a esta idea, justificando la raíz de esta obligación en el cuidado que también ellas han prestado a otros miembros de sus familias, lo que les proporciona legitimidad para tener la expectativa de ser también cuidadas en el futuro, cuando tengan necesidad de ello. Las madres viven con ambivalencia este futuro y, aun cuando muchas de las entrevistadas en tanto que amas de casa a tiempo completo se han hecho cargo del cuidado de adultos y niños en sus familias, ven con preocupación la situación difícil a la que tendrán que hacer frente sus hijas en el caso de que ellas tengan que hacerse cargo de su cuidado. Las nietas más jóvenes ven de forma más lejana y, por tanto, más idealizada la situación, algunas de ellas, cuentan lo mucho que les gustaría cuidar de sus madres o abuelas en el futuro, fantasean con ello, pero aún les queda muy lejano en el tiempo como para plantearlo como un problema real. Tan solo en algunos casos extremos, es decir, cuando no hay hijas disponibles en las familias, este papel puede ser sustituido por el cuidado profesional que puede recibirse en un centro residencial (situación que consideran aceptable siempre que se dé en otras familias, no tanto en la suya propia). La obligación aparece como la razón normativa de quién tiene que cuidar cuando se habla en sentido más abstracto, pero es la responsabilidad hacia el otro la que aparece en las explicaciones (justificaciones) que dan las entrevistadas sobre el cuidado concreto que prestan o han prestado. La otra vía es la que se plantean las madres de clase media alta, o las soluciones que están encontrando para su cuidado algunas abuelas que también cuentan con más recursos: se trata de ser cuidadas en su propio hogar, o bien en el hogar de sus hijas, por una persona contratada para ello. Esta opción solo puede ser viable para aquellos grupos sociales que cuentan con recursos económicos para comprar este tipo de servicios. Tal como plantean las entrevistadas, sigue pendiente repensar el cuidado en la esfera pública, allende los entornos familiares. Madres y nietas saben que probablemente en un futuro no muy lejano no habrá en las familias mujeres con tiempo suficiente para poder cuidar de

ellas, o que ellas mismas tendrán grandes dificultades para cuidar de sus madres o abuelas. Saben que en una sociedad de mercado, con la actual división sexual del trabajo, las familias no pueden seguir haciéndose cargo de sus mayores. Pero, más allá de las relaciones familiares también expresan muchas dudas acerca de la forma que pueda adoptar la responsabilidad en el cuidado, pues aunque no se preste el cuidado cotidiano directamente, consideran que la responsabilidad del mismo es un asunto de la familia, independientemente de quien lo haga y donde se preste en concreto dicho cuidado. Al mismo tiempo, se demandan a las políticas públicas respuestas flexibles para que las familias puedan seguir jugando un papel importante en su provisión, pues solas ya no pueden seguir dando respuesta a las necesidades de cuidado de sus miembros. En todo caso, tienen muchas dudas sobre qué tipo, en qué medida y de qué manera puede integrarse el cuidado en las agendas políticas de las administraciones públicas. El mercado se muestra como una opción mucho más flexible y, en este sentido, es más próximo e inmediato a la forma de cuidado que tienen las familias.

El ejercicio de la ciudadanía implica ciertas obligaciones a cargo de las instituciones públicas para que éstas den respuesta a los compromisos de participación de los derechos conferidos en tanto que miembros de una comunidad política. La extensión de la ciudadanía, como modo de inclusión a la mayoría de los habitantes, ha sido posible con la incorporación de los derechos sociales a este principio gracias, fundamentalmente, al desarrollo de los Estados de Bienestar. Ello permite una cierta redistribución de recursos públicos, como por ejemplo la universalización de la atención a la salud o la educación; hasta el momento el camino andado se hizo en esta dirección... Pero, más allá de los interrogantes que se plantean en tiempos de crisis sobre su financiación y sostenibilidad en el largo plazo, ¿en qué medida puede ser universalizable el cuidado? ¿Cómo puede formar parte de las políticas públicas? O, mejor, ¿cómo convertir el cuidado en objeto de políticas? ¿Cómo viven las mujeres, que son las proveedoras principales de cuidado en la mayor parte de las familias, esta posibilidad por muy remota que sea? Las preocupaciones de las entrevistadas se centran en dos tipos de instituciones en función de la persona que a su modo de ver tiene necesidad de cuidado: los más pequeños y los más mayores. Y, las instituciones a que hacen referencia son las residencias o asilos, para los mayores, y las guarderías o escuelas infantiles, para los pequeños (cada una de estas denominaciones tiene connotaciones diferentes y un grado también diferente de estigmatización, sobre todo en las instituciones residenciales para mayores). En general, las entrevistadas abuelas o madres, e incluso algunas nietas, perciben la institucionalización de mayores en residencias como una suerte de traición a la responsabilidad que con ella tienen contraída sus familiares. Lo viven

como una falta de amor. En el caso de las entrevistadas que cuentan con mayores recursos la vía del mercado aparece como la mejor opción pues permite que la persona mayor continúe residiendo en su propio hogar y, a la vez, recibir el cuidado que necesite hasta el final de sus días. Encuentran que esta es la forma más respetuosa en tanto que evita el desarraigo y el supuesto “abandono” con que se connota la vida en una residencia. Sin embargo, en el caso de las criaturas no se plantean este problema de igual forma, es más, entienden que es lo mejor que se puede hacer, pues así las criaturas se socializan con otros niños, reciben una atención profesional especializada y los estímulos correspondientes para un más adecuado desarrollo. Claro que hace unas décadas había un enorme rechazo también a las escuelas infantiles, pues se consideraba que los hijos debían criarse con sus madres hasta la edad de escolarización obligatoria (Abril y Miranda, 1975). Las condiciones materiales junto con los cambios en los valores empujaron en esta línea; tal vez ocurra lo mismo con los mayores, pero para eso habrá que esperar aún algún tiempo.

El cuidado se ha convertido en una rica perspectiva de análisis en la disciplina sociológica, habiendo adquirido además una importante dimensión política, se ha instalado en el lenguaje de los estudios de género, y ha calado en los discursos institucionales de las políticas públicas. Se presenta como un analizador estratégico de las sociedades tardo modernas y del lazo social. La forma que adopte la organización de la provisión de cuidado dará muchas pistas sobre como funciona una sociedad: a efectos de integración social, de equidad y de democracia. La presente tesis ha pretendido ofrecer una mirada transversal analítica y crítica, a las varias capas que componen esta sensible piel de cuidado que recubre toda la existencia humana en sociedad, desde el punto de vista particular de unas mujeres de tres generaciones que se traspasan unas a otras el “testigo” del cuidado de sus familiares. Nuevas investigaciones deberían seguir aportando conocimientos mas precisas de los contornos y las posibilidades de encaje entre las múltiples piezas que componen este complejo puzzle del cuidado, que mantiene en pie nuestro precario e insustible mundo.

ANEXOS

ANEXO I. Pauta para las entrevistas

Presentación:

Socióloga, investigación en la que entrevisto a 3 generaciones de mujeres de la misma familia. Las entrevisto porque me interesa el tema de los cuidados de las personas en las familias a través de las tres generaciones.

1.1.Familia de procedencia (sobre todo para la primera generación):

- residencia, padres, hermanos.
- actividad principal desempeñada por la madre.
- Características hogar: personas con que convive, relación con entrevistada... edad y ocupación de cada uno/a de ellos

1.2.Relación con la actividad:

- Opción por actividad o no.
- Datos generales de la actividad de la entrevistada: interrupciones, motivos, cambios de empleo...

¿En alguna ocasión dejó de trabajar para dedicarse al cuidado de sus hijos o de otras personas en su familia?

¿Cambió de tipo de trabajo por las mismas razones?

- Situación actual

1.3.Nacimiento de los hijos (en el caso de las entrevistadas de la tercera generación que no sean madres se les preguntará exclusivamente por la intención de ser madres...):

- Cuantos hijos tiene: edad, sexo, estudios, ocupación.
- En el caso de las entrevistadas más jóvenes, que no son madres, se plantea en términos de expectativas o de valoración del contexto familiar conocido sobre cuidados...

Cambios que introduce en la vida cotidiana:

¿Cómo se organiza?,

¿Quién y cómo asume la responsabilidad de los cuidados desde el nacimiento hasta que va logrando mayor autonomía?

¿Quién se encarga habitualmente de su cuidado?

Algunos aspectos como:

- Alimentación.
- Higiene.
- Educación: en casa, elección de colegio....
- Juegos.
- Apoyo emocional.
- Salud: vacunas, enfermedades...
- Otras cuestiones: vacaciones...

a) Dificultades que enfrentó y soluciones que encontró:

Describir las características de la ayuda recibida: si recibió ayuda de quien y cómo, condiciones de la ayuda recibida, es decir, si fue a cambio de algo (sea o no explícito), qué costes, que satisfacciones, qué reconocimiento, etc.

¿Algún miembro de su familia la ayudó? ¿Quién?

En el caso de las entrevistadas más jóvenes, que no son madres, se plantea en términos de expectativas, valoración de la experiencia familiar cercana que ella conoce...

b) Descripción de la manera en que adquiere las habilidades y competencias para cuidar de su/s hija/o/s:

- *¿cómo aprende a prestar estos cuidados?*
- *¿quién le enseña?*
- *¿a quién recurre para resolver sus dudas?*
- *¿compartir sus inquietudes, sentimientos, disgustos...?*

- 2) Grado de **identificación con las generaciones anteriores y/o posteriores** de mujeres de la tríada (o de otras mujeres de la familia). En aspectos como: alimentación, higiene, educación, juegos, etc.:

¿En qué medida los consejos y recomendaciones de su madre han sido importantes para el cuidado de sus hijos?

- 3) Papel de los **discursos expertos** en los cuidados prestados, especialmente a los hijos, por ser éste el eje de nuestra investigación: médicos, pedagogos, psicólogos, maestros....)

¿En qué medida los consejos y recomendaciones de los médicos, pedagogos, psicólogos, maestros... han sido importantes para el cuidado de sus hijos?
Aspectos como: alimentación, higiene, educación, juegos, etc.

- 4) **Cuidados prestados a otros miembros de la familia:** motivos, papel que juegan otras personas en la familia, problemas que enfrenta en relación con las necesidades que muestran sus familiares, dilemas... y responsabilidad moral del cuidado de familiares como:

- Padres.
- Hermanos.
- Cónyuge.
- Otros familiares: nietos....

En el caso de ser personas que necesitan cuidados: quién se los presta, cómo, dónde....

5) **Ayudas públicas / mercado:** papel jugado como proveedores de servicios y ayudas para el cuidado

- Hijos.
- Otros familiares que lo necesiten.

Insistir en si han tenido ayuda remunerada o han recurrido a servicios sociales, ayuntamiento.... (Centro de día, ayuda a domicilio, teleasistencia.... guarderías, residencia...)

6) **Cuidado de sí misma:**

- Salud.
- Estado de ánimo.
- Vida social.
- Relaciones íntimas.
- Relaciones familiares.

7) Algunas cuestiones sobre **valores:**

- *¿Quién debe encargarse del cuidado de los hijos preferentemente?*
- *¿Cómo deben organizarse estos cuidados cuando la madre /trabaja fuera del hogar?*
- *¿Qué deben hacer las mujeres? ¿qué papel les corresponde?*
- *¿Qué deben hacer los hombres? ¿qué papel les corresponde?*
- *¿Qué deben hacer otros familiares que no sean los progenitores o tutores legales de la criatura en los cuidados y atenciones que necesita recibir? ¿tienen alguna responsabilidad del cuidado de los menores otros familiares: abuelos, tíos...?*
- *¿Quién debe encargarse del cuidado de adultos que por enfermedad, vejez o deficiencia no puedan tener autonomía en la vida cotidiana?*

ANEXO II. TABLAS

Tabla n.1. Evolución de los niveles de formación completados para Andalucía y para la provincia de Sevilla, por generaciones

<i>Formación</i>	<i>Abuelas</i>		<i>Madres</i>		<i>Nietas</i>	
	Andalucía	Sevilla	Andalucía	Sevilla	Andalucía	Sevilla
No sabe leer ni escribir	29,3%	34,0%	5,2%	7,1%	0,3%	0,9%
Más de cinco 5 años en la Escuela	39,5%	36,3%	11,8%	13,2%	0,5%	0,5%
5 o más años sin completar ciclo	18,1%	15,1%	18,9%	17,0%	8,0%	12,3%
Bachiller Elemental, Graduado Escolar, EGB o ESO completa	8,4%	5,2%	40,5%	35,8%	36,0%	28,8%
Bachiller Superior, BUP, Bachiller LOGSE, COU, PREU	1,5%	1,4%	7,0%	5,7%	21,0%	24,1%
FP I, FP GM, Oficialía Industrial o equivalente	0,0%	0,0%	3,8%	2,8%	5,6%	4,7%
FP II, FP GS, Maestría Industrial o equivalente	0,2%	0,0%	3,9%	8,5%	6,6%	5,7%
Diplomado, Arquitectura o Ingeniería Técnica, 3 Curso Licenciatura	1,5%	4,7%	5,5%	5,7%	11,7%	9,4%
Arquitectura, Ingeniería, Licenciatura o equivalente	0,1%	0,0%	3,1%	3,8%	9,3%	9,9%
Doctorado	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,1%	0,5%
NSNC	1,3%	3,3%	0,4%	0,5%	0,9%	3,3%
Total	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía*, 2005 (IEA)

Tabla n.2 Nivel de Formación Completado para Andalucía y para la provincia de Sevilla, por generaciones

<i>Formación</i>		<i>Sevilla</i>		<i>Andalucía</i>	
		MUESTRA	%	MUESTRA	%
Abuelas	No sabe leer ni escribir	72	34,0%	303	29,3%
	Más de cinco años en la Escuela	77	36,3%	408	39,5%
	5 o más años sin completar ciclo	32	15,1%	187	18,1%
	Bachiller Elemental, Graduado Escolar, EGB o ESO completa	11	5,2%	87	8,4%
	Bachiller Superior, BUP, Bachiller LOGSE, COU, PREU	3	1,4%	16	1,5%
	FP I, FP GM, Oficialía Industrial o equivalente	0	0,0%	0	0,0%
	FP II, FP GS, Maestría Industrial o equivalente	0	0,0%	2	0,2%
	Diplomado, Arquitectura o Ingeniería Técnica, 3 Curso Licenciatura	10	4,7%	16	1,5%
	Arquitectura, Ingeniería, Licenciatura o equivalente	0	0,0%	1	0,1%
	Doctorado	0	0,0%	0	0,0%
	NSNC	7	3,3%	13	1,3%
Madres	No sabe leer ni escribir	15	7,1%	54	5,2%
	Más de cinco años en la Escuela	28	13,2%	122	11,8%
	5 o más años sin completar ciclo	36	17,0%	195	18,9%
	Bachiller Elemental, Graduado Escolar, EGB o ESO completa	76	35,8%	418	40,5%
	Bachiller Superior, BUP, Bachiller LOGSE, COU, PREU	12	5,7%	72	7,0%
	FP I, FP GM, Oficialía Industrial o equivalente	6	2,8%	39	3,8%
	FP II, FP GS, Maestría Industrial o equivalente	18	8,5%	40	3,9%
	Diplomado, Arquitectura o Ingeniería Técnica, 3 Curso Licenciatura	12	5,7%	57	5,5%
	Arquitectura, Ingeniería, Licenciatura o equivalente	8	3,8%	32	3,1%
	Doctorado	0	0,0%	0	0,0%
	NSNC	1	0,5%	4	0,4%
Nietas	No sabe leer ni escribir	2	0,9%	3	0,3%
	Más de cinco años en la Escuela	1	0,5%	5	0,5%
	5 o más años sin completar ciclo	26	12,3%	83	8,0%
	Bachiller Elemental, Graduado Escolar, EGB o ESO completa	61	28,8%	372	36,0%
	Bachiller Superior, BUP, Bachiller LOGSE, COU, PREU	51	24,1%	217	21,0%
	FP I, FP GM, Oficialía Industrial o equivalente	10	4,7%	58	5,6%
	FP II, FP GS, Maestría Industrial o equivalente	12	5,7%	68	6,6%
	Diplomado, Arquitectura o Ingeniería Técnica, 3 Curso Licenciatura	20	9,4%	121	11,7%
	Arquitectura, Ingeniería, Licenciatura o equivalente	21	9,9%	96	9,3%
	Doctorado	1	0,5%	1	0,1%
	NSNC	7	3,3%	9	0,9%
	Total	212	100,0%	1033	100,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía*, 2005 (IEA)

Tabla n. 3. Actividad principal

<i>ACTIVIDAD PRINCIPAL</i>		<i>Sevilla</i>		<i>Andalucía</i>	
		MUESTRA	%	MUESTRA	%
Abuelas	Estudia	0	0,0%	0	0,0%
	Trabaja	1	0,5%	2	0,2%
	Desempleado	0	0,0%	1	0,1%
	Pensionista/Jubilado	40	18,9%	227	22,0%
	Ama de casa - labores del hogar sin remunerar	30	14,2%	169	16,4%
	Otra actividad	1	0,5%	4	0,4%
	NSNC	140	66,0%	630	61,0%
	Total	212	100,0%	1.033	100,0%
Madres	Estudia	1	0,5%	3	0,3%
	Trabaja	66	31,1%	374	36,2%
	Desempleado	18	8,5%	91	8,8%
	Pensionista/Jubilado	12	5,7%	75	7,3%
	Ama de casa - labores del hogar sin remunerar	115	54,2%	479	46,4%
	Otra actividad	0	0,0%	10	1,0%
	NS/NC	0	0,0%	1	0,1%
	Total	212	100,0%	1.033	100,0%
Nietas	Estudia	68	32,1%	378	36,6%
	Trabaja	87	41,0%	398	38,5%
	Desempleado	28	13,2%	129	12,5%
	Pensionista/Jubilado	2	0,9%	3	0,3%
	Ama de casa - labores del hogar sin remunerar	25	11,8%	109	10,6%
	Otra actividad	2	0,9%	14	1,4%
	NSNC	0	0,0%	2	0,2%
	Total	212	100,0%	1.033	100,0%

Fuente: Elaboración propia a partir de la *Encuesta Redes Familiares en Andalucía*, 2005 (IEA)

BIBLIOGRAFÍA

- Abel, Emily K. (1993): "Negotiating Dignity: Family Caregivers and Formal Health Care Providers". *Research in the Sociology of Health Care*, 10, 177-191.
- y Nelson, Margaret K. (1990): *Circles of Care: Work and Identity in Women's Lives*. Albany: State University of New York Press.
- Adam, Barbara (2004): *Time*. Cambridge: Polity.
- (1999): "Cuando el tiempo es dinero. Racionalidades de tiempo conflictivas y desafíos a la teoría y práctica del trabajo". *Sociología del trabajo*, 37, 5-40.
- (1995): *Timewatch. The social analysis of time*. Cambridge: Polity.
- Adams, Douglas (1988): *The Long Dark Tea-Time of the Soul*. UK, William Heinemann.
- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max (1978): *Dialéctica de la Ilustración*.
- Agrela Romero, Belén, Martín Palomo, M^a Teresa, Langa Rosado, Delia (2010): "Modelos de provisión de cuidados: género, familias y migraciones. Nuevos retos y configuraciones para las políticas públicas". En Agrela, Belén / Martín, M^a Teresa / Langa, Delia (coords.), *Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social*, 17, 9-17.
- Aguado, Ana (2011): "Familia e identidades de género. Representaciones y prácticas (1889-1970)". En Francisco Chacón y Joan Bestard (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra, 743-806.
- Aguilar, Pilar (2003): "La presencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española". *Pasajes*, 11, 13-23.
- (1996). *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza Editorial.
- Aguirre, Rosario (2007): "Los cuidados familiares como problema público y objeto de políticas". En Arriagada, Inma (coord.), *Políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros*. CEPAL, Santiago de Chile, 188 y ss.
- Agulló, Silveria (2001): *Mayores, actividad y trabajo en el proceso de envejecimiento y jubilación: una aproximación psico-sociológica*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, IMSERSO.
- (2002): *Mujeres, cuidados y bienestar social: el apoyo informal a la infancia y la vejez*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Alberdi, Inés (2005): "Los cambios en la institución familiar". *Panorama Social*, 1, 17-31.
- (1996): "Parsons. El funcionalismo y la idealización de la división sexual del trabajo". En Durán (comp.), *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: CIS, 233-249.
- y Escario, Pilar (2007): *Los hombres jóvenes y la paternidad*. Bilbao: Fundación BBVA.
- y Matas, Natalia (2002): *La violencia doméstica. Informe sobre los malos tratos a las mujeres en España*. Barcelona: La Caixa.
- Albrecht Gary L, Ravaud JF, Stiker HJ. (2001): L'émergence des disability studies: état des lieux et perspectives [The emergence of disability studies: state of the art & perspectives]. *Sciences Sociales et Santé*, 19(4), 43-73.
- Almaráz, José (1981): *La Teoría sociológica de Talcott Parsons. La problemática de la construcción del objeto*. Madrid: CIS.

- Almeida, M. E. et al (2010): “Nuevas retóricas para viejas prácticas. Repensando la idea de diversidad y su uso en la comprensión y abordaje de la discapacidad”. *Política y Sociedad*, 47 (1), 27-44.
- Amorós, Celia (1997): *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y modernidad*. Madrid: Cátedra.
- Alonso, Luís Enrique (2007): *Crisis de la ciudadanía laboral*. Barcelona: Anthropos.
- (1999): Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial. Madrid: Trotta.
- (1998): La mirada cualitativa en sociología. Madrid: Fundamentos.
- (1982): “Sobre el estatuto teórico del trabajo doméstico en la economía política marxista”. Actas de las primeras jornadas de investigación interdisciplinaria, *Nuevas perspectivas sobre la mujer*, Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid, 191-200.
- Alonso Hinojal, Isidoro (1973): *Sociología de la Familia*. Madrid/Barcelona: Guadiana.
- Álvarez-Fernández, J. I. (2009): *Memoria y trauma en los testimonios de la represión franquista*. Barcelona: Anthropos.
- Álvarez, F., Ángulo C., y Casero, V. (2003): *Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003. Proyecto metodológico*. Madrid: INE.
- Álvaro Page, Maríano (1996): *Los usos del tiempo como indicadores de la discriminación entre géneros*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Alvira, Francisco (1983): “Perspectiva cualitativa –perspectiva cuantitativa en la metodología sociológica”. *REIS*, 22, 56-75.
- Amorós, Celia (1985): *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Madrid: Anthropos.
- Amoroso, María Inés; Carrasco, Cristina. (Grupo Dones I Treballs de Ca la Dona) (2003). *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*. Barcelona: Icaria.
- Anderson, Bridget (2001): *Reproductive Labour and Migration*. Róterdam: Metropolis Conference
- (2000): *Doing the Dirty Work? The Global Politics of Domestic Labour*, Londres: Zed Publishers
- Anttonen, Anneli y Sippilä, Jorma (1996): “European Social Care Services: Is it Possible to Identify Models?”. *Journal of European Social Policy*, 6(2), 87-100.
- Arango, Luz Gabriela (2011): En Pascale Molinier y Luz Gabriela Arango (eds.), *El trabajo y la Ética del cuidado*. Medellín: La Carreta Editores
- Aranguren, José Luís (1990): *Ética*. Madrid: Alianza.
- Arbaiza, Mercedes (2003): “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)”. En Sarasúa y Gálvez (ed.), *op. cit.*, 2003, 189-216.
- (2000): “La ‘cuestión social’ como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)”. *Historia contemporánea*, 21, II, 395-458.
- Arber, Sara y Attias-Donfut, Claudine (2000): *The Myth of Generational Conflict. The Family and State in Ageing Societies*. Londres y N. York: Rutledge/ESA.
- Arendt, Hannah (2001): *El concepto del amor en San Agustín*. Madrid: Ediciones Encuentro.

-
- (1999): *De la historia a la acción*. Barcelona: Paidós.
- (1998): *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- (1986): “Le problème de la femme dans le monde contemporain”, *Les Cahiers du Grif*, 33, 69-72 [1933].
- Aresti, Nerea (2001): *Médicos, Donjuanes y Mujeres Modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- (2000): “El ángel del hogar y sus demonios. Ciencia, religión y género en la España del siglo XIX”. *Historia Contemporánea*, 21, 363-394.
- Ariès, Philippe (1987): *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus. [original: 1960]
- (1948): *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie depuis le XVIII^e siècle*. París: Seuil.
- Aristóteles (1989): *La Política*, libro I. Madrid: Espasa Calpe.
- Arriagada, Inma (2007): “Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina”. En Arriagada (coord.), *Políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros*. Santiago de Chile: CEPAL, 125-150.
- Attias-Donfut, Claudinne (2000): “Rapports de générations. Transfers intrafamiliaux et dynamique macrosociale”. *Revue Française de Sociologie*, 41 (4), 643-684.
- (1992): “Dependencia de las personas mayores y ayuda intergeneracional”. *Papers, Revista de Sociología*, 40, 13-33.
- , Renault, S. y Rozenkier, A. (1994a): *Relations entre générations et soutien familial*. Note de Synthèse, CNAV.
- , Renault, S. y Rozenkier, A. (1994b): *Relations entre générations et soutien familial*. Rapport à usage interne, CNAV.
- y Rozenkier, A. (1995): *Les solidarités entre générations: vieillesse, familles, Etat*. París: Nathan.
- y Segalen, Martine (1998): *Grands-parents. La famille à travers les générations*. París: Odile Jacob.
- y Lapiere, Nicole y Martine Segalen (2003): *Le nouvel esprit de famille*. París: Odile Jacob.
- Aznar, Severino (1926): “La institución de la familia vista por un demógrafo”. Estudios Demográficos V. Madrid: CSIC (especialmente las conferencias impartidas en Oviedo en 1926, que llevan por título “La familia como institución básica de la sociedad”, 1-81). [buena parte de su obra es republicada por el CIS en 2008, edición a cargo de Julio Iglesias de Ussel bajo el título La institución de la familia vista por un demógrafo]
- (1943): “El régimen de subsidios familiares: la fraternidad cristiana y las consignas del nuevo Estado”. *RIS*, 2 (2), 97-100.
- (1942): “La familia como factor demográfico”. *Revista de Estudios Políticos*, 5, 55-94.
- Bachofen, Johann Jakob (1987): *El matriarcado. Una investigación de la ginecocracia en el Mundo Antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*. Madrid: Akal [original: 1861].

- Badgett, M. V. y Folbre, Nancy (1999): “¿Quién cuida de los demás? Normas sociosexuales y consecuencias económicas”. *Revista Internacional del Trabajo*, 118 (3), 347-365.
- Bawin-Legros, Bernardette (2002): “Introduction – Filiations and Identity: towards a sociology of intergenerational relations”. *Current Sociology*, 50 (2), 175-183.
- (1988): *Families, marriage, divorce*. Bruselas: Pierre Mardaga.
- y Jacobs, T. (eds.) (1995): *Transferts, flux réseaux de solidarité entre générations*. Bruselas: SSTC.
- Bacchi, Carol y Beasley, Chris (2004): “Moving Beyond Care and /or Trust: An Ethic of Social Flesh”. Paper presentado en Australasian Political Studies Association Conference, Universidad de Adelaide, Australia, 29 de septiembre-1 de octubre, http://www.adelaide.edu.au/apsa/docs_papers/Others/Bacchi_Beasley.pdf [visitado, 2006, 21 de junio].
- Balbo, Laura (1996): “La colchas locas: replanteándonos el debate del Estado del Bienestar desde el punto de vista de la mujer”. En Showstack (ed.), *Las mujeres y el Estado*. Madrid: Vindicación Feminista, 57-86. [original: 1987].
- (1994): “La doble presencia”. En Borderías *et al* (comp.), *Las mujeres y el trabajo: algunas rupturas conceptuales*. Barcelona: Icaria, 503-513 [original: 1978].
- (1991): *Timpi di vita*. Milán: Feltrinelli.
- (1987): *Time to care. Politiche del tempo e diritti quotidiani*. Milán: Franco Angeli.
- Bandinter, Elisabeth (1991): *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Paidós. Barcelona [original: 1980].
- Barañano, Margarita y de la Paz, José (1999): “Pluralización y modernidad de los hogares y las formas familiares: hacia la familia postradicional”. En González Ortega (coord.), *Seguridad Social y Familia*. Madrid: La Ley, 1-54.
- Barbadillo, Patricia et al (2010): *Las características territoriales en la composición y funcionamientos de las redes familiares en Andalucía*. Sevilla: Instituto de Estadística de Andalucía.
- Barbalet, J. (ed.) (2002): *Emotions and Sociology*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Barrachina, M. A. (2003): “Discurso médico y modelos de género. Pequeña historia de una vuelta atrás”. En Nielfa (ed.), *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política, cultura*. Madrid: Complutense, 97-94.
- Barranquero, Encarnación (ed.). (2010): *Mujeres en la Guerra Civil y el Franquismo: violencia, silencio y memoria en tiempos difíciles*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga.
- Barret, Michèle y McIntosh, Mary (1980): “The family Wage: some problems for socialists and feminists”. *Capital and Class* 11, 51-72.
- (1979): “Christine Delphy: Towards a Materialist Feminism”. *Feminist Review*, 1, 95–106.
- Barton, L. (comp.) (2008): *Superar las barreras de la discapacidad*. Madrid: Morata.
- Bateman, Simone (2004): “L’Expérience morale comme objet sociologique”. *L’Anne Sociologique*, 54 (2) 389-412.
- Battaglioia, Françoise (2004): *Histoire du travail de femmes*. París: La Découverte.

- (1988): *La fin du mariage?* París: Syros alternatives.
- Bauman, Zigmund (2005): *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: FCE.
- (2003): *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Bazo, María Teresa (2008): “Personas mayores y solidaridad familiar”. *Política y Sociedad*, 45 (2), 73-87.
- (2004): “El papel de la familia y los Servicios en el Mantenimiento de la Autonomía de las Personas Mayores: Una Perspectiva Internacional Comparada”. *REIS*, 105, 43-77.
- (2002a): “Intercambios familiares entre las generaciones y ambivalencia: una perspectiva internacional comparada”. *RES*, 2, 117-127.
- (2002b): “Dar y recibir: análisis comparativo de las prácticas de intercambio entre generaciones, referencias y valores en las familias españolas”. *Revista Interuniversitaria de formación de profesorado*, 42, 55-66.
- y Domínguez Alcón, C. (1996): “Los cuidados familiares de salud en las personas ancianas y las políticas sociales”. *REIS*, 73, 43-56.
- Beck, Ulrich y Beck-Gernsheim, Elizabeth (2003): *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- y Beck-Gernsheim, Elizabeth (1988): *El normal Caos del Amor. Las nuevas formas de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- , Giddens, A. y Lash, S. (2003): *Modernización reflexiva*. Madrid: Alianza.
- Beck-Gernsheim, Elizabeth (2003): *La reinención de la familia: en busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona: Paidós.
- Becker, Gary (1997): *Tratado sobre la familia*. Madrid: Alianza [original: 1993].
- (1965): “A theory of the allocation of time”. *The Economic Journal*, 75 (299), 493-517.
- Beechey, Veronica (1977): “Some notes on female wage labour in capitalist production”. *Capital & Class*, 3, 45-66.
- Beltrán, Elena y Maquieira, Virginia (eds.) (2001): *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*. Madrid: Alianza.
- Benería, Lourdes (2008): “The Crisis of Care, International Migration, and Public Policy”. *Feminist Economics*, 14 (3), 1-21.
- (1999): “El debate inconcluso sobre el trabajo no remunerado”. *Revista Internacional del Trabajo*, 118 (3), 321-346.
- (1985): “Trabajo y cultura: consideraciones sobre el libro ‘Gender’ De Ivan Illich”. *Mientras Tanto*, 24, 59-72.
- Bengtson, V. L. y Achenbaum, W. A. (eds.) (1993): *The changing contract across generations*. Nueva York: Aldine.
- Bengtson, V. L. y R. Roberts (1991): “Intergenerational Solidarity in Aging Families: An Example of Formal Theory Construction”. *Journal of Marriage and the Family*, 53 (4), 856-870,

- Benhabib, Seyla (1992b): "Una revisión del debate sobre las mujeres y la teoría moral". *Isegoria*, 6, 37-63.
- (1990): "El otro generalizado y el otro concreto: la controversia Kohlberg-Gilligan y la teoría feminista". En Benhabib y Cornell (eds.): *Teoría feminista y teoría crítica*. Valencia: Alfons el Magnànim, 119-149 [original: 1986].
- Benston, Margaret (1969): "The Political Economy of Women's Liberation", *Monthly Review* 21 (84), 13-27 [Publicado en castellano en 1973: "Para una economía política de la liberación femenina". En María Aurelia Capmany, Anna Balletbó, Lidia Falcón otras, *La liberación de la mujer, Año Cero*. Barcelona: Granica Editor.]
- Berg, Magnus (1990): "Algunos aspectos de la entrevista como método de producción de conocimientos". *Historia y Fuente Oral*, 4, 5-10.
- Bergoglio, María Inés (1986): *La familia: entre lo público y lo privado*. Córdoba, Marcos Lerner Editora.
- Bericat, Eduardo (2001): "Max Weber o el Enigma del Origen del Capitalismo". *REIS (Ed. en español)*. 95, 9-36
- (2000): "La Sociología de la emoción y la emoción en la sociología". *Papers*, 62, 145-176.
- Bertaux, Daniel (2005): *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.
- (1993a): "De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica". En Marinas, J. L. y Santamarina, C. (ed.), *Historia Oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate, 19-34.
- (1993b): "La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades". En Marinas, J. L. y Santamarina, C. (ed.), *Historia Oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate, 149-171. [original: "L'approche biographique: sa validité méthodologique, ses potentialités". *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 69, 1980].
- (1989): "Los relatos de vida en el análisis social I". *Historia y Fuente Oral*, 1, 87-96.
- (1986): "L'imagination methodologique". *RIS*, 44 (3), 265-275.
- (1977): *Destins personnels et structure de classe*. París: PUF.
- y Bertaux-Wiame, Isabelle (1993): "Historias de vida del oficio de panadero". En Marinas, J. L. y Santamarina, C. (ed.), *Historia Oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate, 231-250.
- Bertaux-Wiame, Isabelle (1993): "La perspectiva de la historia de vida en el estudio de las migraciones interiores". En Marinas, J. L. y Santamarina, C. (ed.), *Historia Oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate, 267-281.
- (1987): "Le proyect familial". *Annales de Vaucresson*, 1(26), 61-74.
- , Borderías, Cristina y Pesce, Adele (1988): "Trabajo e identidad femenina: una comparación internacional sobre la producción de las trayectorias sociales de las mujeres en España, Francia e Italia". *Sociología del Trabajo*, 3, 71-90.
- Bertrand, Michel (1999): "De la familia a la red de sociabilidad". *Revista Mexicana de Sociología*, 61 (2). 107-135.
- Bestard, Joan (1992): "Prólogo". En Segalen, *op cit*, 13-15.

- (1980): “La historia de la familia en el contexto de las ciencias sociales”. *Quaderns de L’Institut Català D’Antropologia*, 2, 154-162.
- Bettio, F., Simonazzi, A. y Villa, P. (2006): “Change in Care Regimes and Female Migration: The Care Drain in the Mediterranean”. *Journal of European Social Policy*, 16 (3), 271-285.
- Bettio, Francesca y Platenga, Janneke (2004): “Comparing Care Regimes in Europe”. *Feminist Economics*, 10 (1), 85-113.
- Bettio, Francesca y Prechal, S. in collaboration with Bimonte, S. and Giorgi, S. (1998) *Care in Europe*, Joint Report of the 'Gender and Employment' and the 'Gender and Law' Groups of Experts, European Commission DG V/D/5.
- Bianchi, Marina (1994): “Más allá del «doble trabajo»”. En Borderías et al. (comp.), *Las Mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona: Icaria-FUHEM.
- Bittman, Michael (1991): *Juggling Time: How Australian Families Use Time*, Canberra, Office of the Status of Women, Department of primer minister cabinet, 1991.
- y Folbre Nancy (eds.) (2004): *Family Time: The Social Organization of Care*. Londres: Routledge.
- y Fast, J. E., Fisher, K. y Thompson, C. (2004): 'Making the invisible visible – the life and time(s) of informal care-givers', en N. Folbre and M. Bittman (editors) *Family Time: The social organisation of care*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Blachmann, L. Golay, D., Messant, F., Modak, M., Palazzo, C. y Rosende, M. (2004): “Famille et travail: une perspective radicale?”. *Nouveilles Questions Feministes*, 23 (3).
- Blanco, Oliva (1994): “La Ilustración deficiente”. En Amorós (coord.), *Historia de la Teoría Feminista*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid: 29-48.
- Bloch, M. y Buisson, M. (1994): “La circulation du don entre générations, ou comment reçoit-on?”. *Communication*, 59, 55-72.
- Bolufer, Mónica (2010): “Madres, maternidad: nuevas miradas desde la historiografía”. En G. Franco (ed.), *Debates sobre la maternidad desde una perspectiva histórica (siglos XVI-XIX)*. Barcelona: Icaria.
- Boltanski, Luc (1999): “Critique sociale et sens moral. Pour une sociologie du jugement”. En Yamamoto, T., Andrew, E. G., Chartier, R., Rabinow: (eds.), *Philosophal Desings for a Socio-Cultural Transformation*. Tokio: EHESS, Rowman & Littlefield Publishers, 248-273.
- (2004): *La Condition foetale. Une sociologie de l'avortement et de l'engendrement*. París: Gallimard.
- (1993): “Dissémination ou abandon: la dispute entre amour et justice. L’hypothèse d’une pluralité de régimes d’action”. En Ladrière, Pharo, Queré, L., *La théorie de l’action. Le sujet pratique en débat*. París: Editions du CNRS, 235-259.
- (1990): *L’amour et la justice comme compétentes. Trois essais de sociologie de l’action*. París: Métaille.
- (1969): *Puericultura y moral de clase*. Barcelona: Laia.
- Bonilla, Zamora (1998): “Úteros de alquiler”. *Isegoría*, 18, 205-212.

- Borderías, Cristina (2003): "La Transición de la actividad femenina en el mercado de trabajo barcelonés (1856-1930): teoría social y realidad histórica en el sistema estadístico moderno". En Sarasúa y Gálvez (ed.), *¿Privilegios o eficiencia?, Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante: 241-273.
- (2003b): "La feminización de los estudios sobre el trabajo de las mujeres: España en el contexto internacional (1969-2002)". *Sociología del Trabajo*, 48, 57-124.
- (1996): "Identidad femenina y recomposición del trabajo", en Arantxa Rodríguez y otras eds. *Reorganizar y repartir desde la perspectiva de las mujeres*. Bilbao: Bakeaz, 47-67.
- (1993): *Entre Líneas. Trabajo e identidad femenina en la España Contemporánea. La compañía Telefónica 1924-1980*. Barcelona: Icaria.
- (1989): "Las mujeres, autoras de sus trayectorias personales y familiares: a través del servicio doméstico". *Historia y Fuente Oral*, 6, 105-121.
- (1989) y Carrasco, Cristina (1994): "Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas", en Cristina Borderías, Cristina Carrasco y Carmen Alemany: *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona: FUHEM. ICARIA.
- Borchorst, Anette y Siim, B. (1987): "Women and the advanced welfare state. A new kind of patriarchal power". En Sasson (ed.), *Women and revolution*. Boston: The South End Press.
- Borrás, V., Moreno, S. y Recio, C. (2009): "La incorporación de los hombres en la esfera doméstica". *Sociología del Trabajo*, 97, 97-116.
- Boserup, Esther (1970): *La mujer y el desarrollo económico*. Madrid: Minerva.
- Botía, Carmen (2007): "Una propuesta teórica para abordar las estrategias de negociación de la vida cotidiana desde la perspectiva de género". Comunicación presentada en el Congreso de Sociología organizado por la FES en Barcelona, septiembre.
- Bott, Elisabeth (1990): *Familia y red social. Roles, normas y relaciones externas en las familias urbanas corrientes*. Madrid: Taurus [original: 1957].
- Bourdieu, Pierre (2000a): *Esquisse d'une theorie de la pratique*. París: Seuil.
- (2000b): *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama [1998].
- (1999): *La miseria del mundo*. Barcelona: Akal.
- (1997): "El espíritu de familia". En *Razones Prácticas*. Barcelona: Anagrama, 126-138.
- (1996a): "Des familles sans nom". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 113, 3-5.
- (1996b): *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa [original: 1987].
- (1994): "Stratégies de reproduction et modes de domination". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 105, 3-12.
- (1993): "A propos de la famille comme catégorie réalisée". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 100, 32-36.
- (1992): *El sentido práctico*. Madrid: Taurus [original: 1980].
- (1988): *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus [original: 1979].
- (1986): "L'Illusion biographique". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63, 69-72.

- (1972): “Les stratégies matrimoniales dans le system de reproduction”. *Annales, Economies, Societes Civilisations*, 4/5.
- Brannen, Julia (2006): “Cultures of intergenerational transmission in four-generation families”. En The Editorial Board of The Sociological Review. Blackwell Publishing Ltd, 133-154.
- (2003): “Towards a typology of intergenerational relations: continuities and change in families”. *Sociological Research Online*, 8 (2). En línea: <http://www.socresonline.org.uk/8/2/brannen.html>, 2003. [Fecha de consulta: 28.01.2012].
- (2006): “Cultures of intergenerational transmission in four-generation families”. *The Editorial Board of The Sociological Review*. Blackwell Publishing Ltd, 133-154.
- y Nielsen, Ann (2006): “From fatherhood to fathering: transmission and change among fathers in four-generation families”. *Sociology*, 40 (2), 335-352.
- y Nielsen, Ann (2005): “Individualisation, choice and structure: trends in current sociological analysis”. *The Sociological Review*, 53 (3), 412-428.
- y Nielsen, Ann (2003): “Structure, agency and notions of choice” en Kollind y Peterson (eds.) *Thoughts on family, Gender, Generation and Class*, Goteborg: Goteborg University.
- y Moss, y Mooney, A. (2003): “Caregiving and independence in four generation families”. En J. Brannen y P. Moss (eds.), *Retinking Childen's Care*. Buckingham: Open University.
- Bubeck, Diemunt (1995): *Care, Gender and Justice*. Oxford: Clarendon Press.
- Burguière, Andrée et al. (eds.) (1998): *Historia de la Familia* (3 tomos). Madrid: Alianza.
- Bustelo, María y Lombardo, Enmanuela (eds.) (2007): *Políticas de igualdad en España y en Europa*. Madrid: Cátedra.
- Butler, Judith (2001): *El grito de Antígona*. Barcelona: El Roure.
- (1990): “Variaciones sobre sexo y género. Beauvoir, Witting y Foucault”. En Benhabib, S. y Cornell, D. (eds.), *Teoría Feminista y Teoría crítica*. Valencia: Alfons el Magnánim, 193-211.
- (1989): *Gender Trouble: Feminism and the subversion of identity*. Nueva York: Routhledge.
- Bytheway, Bill, Bacigalupo, Vivien, Bornat, Joanna, Johnson, Julia y Spurr, Susan (ed): (2002): *Understanding Care Welfare and Community: A Reader*. Londres: Routledge/ Open University.
- Caballero, Martha (2007): “Abuelas, madres y nietas. Generaciones, curso de vida y trayectorias”. En Martha Caballero y Patricia García Guevara (ed.), *Curso de vida y trayectoria de mujeres profesionales*. México: Colegio de México, 15-82.
- Caixeta, Luzenir, Gutierrez, Encarnación, Tate, Shirley y Vega, Cristina (2004): *Hogares, cuidados y fronteras*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Callejo, Javier (2007): “Temporalidades y tiempo de trabajo: vivencias de trabajadores y trabajadoras”. En C. Prieto (ed.), *op. cit.*, 142-172.
- Campillo, I. (2010): “Políticas de conciliación de la vida laboral y familiar en los regímenes de bienestar mediterráneos: los casos de Italia y España”. *Política y Sociedad*, 47 (1), 189-213
- Campillo, Neus (1996): “J. S. Mill: Igualdad, criterio de la modernidad”. En M. A. Durán, *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: CIS, 73-111.

- Camps, Victoria (2005): *La voluntad de vivir*. Barcelona: Ariel.
- Cancian, Francesca M. y Olicker, Stacey J. (2000): *Caring and gender*. Oxford: Rowman & Littlefield Publishers.
- Canguilhem, G. (2005): *Lo normal y lo patológico*. Madrid: Siglo XXI.
- Canto-Sperber, Monique (Dir.) (1998): *Diccionario de Ética y de Filosofía Moral*, México: FCE.
- Capel, Rosa María (1986): *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Cardinal, Marie (1977): *Autrement dit*. Grasset
- Carrasco, Cristina (2008): “El tiempo y el trabajo desde la experiencia femenina”. En OPS, *La Economía invisible y las desigualdades de género: la importancia de medir y valorar el trabajo no remunerado*. Washington: OPS, 229-244.
- (2005): “Tiempo de trabajo, tiempo de vida: las desigualdades de género en el uso del tiempo”. En CEPAL, *El tiempo, los tiempos, una vara de desigualdad*. Santiago de Chile: CEPAL, Serie Mujer y Desarrollo, 65, 51-77.
- (1998): “Género y valoración social: la discusión sobre la cuantificación del trabajo de las mujeres”. *Mientras Tanto*.
- (1991): *El trabajo doméstico. Un análisis económico*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- (ed.) (1999): *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, Icaria. Barcelona.
- , Mayordomo, Maribel, Domínguez, Marius y Alabart, Ana (2004): *Trabajo con mirada de mujer. Propuesta de una encuesta de población activa no androcéntrica*. Madrid: CES.
- , Alabart, Ana, Domínguez, Marius y Mayordomo, Maribel (2001): “Hacia una nueva metodología para el estudio del trabajo: propuesta para una EPA alternativa”. En Carrasco et al (ed.), *Tiempos, trabajos y géneros*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- , Borderías, Cristina y Torns, Teresa (2011): “Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes y debates actuales”. En *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: la Catarata, 2011.
- Casado, Elena (2002): “Women’s Studies in Spain: An Update (2002)”. En Braidotti, Nieboier y Hirs (eds.), *The Making of European Women’s Studies*. Utrecht: Dukkerij Zuidam & Uithof, 230-242
- Casanova, José V. (1983): “The Opus Dei ethic, the technocrats and the modernization of Spain, Social Science Information 22(1), 1983, 27-50 [En línea: <http://repository.berkleycenter.georgetown.edu/CasanovaOpusDeiEthicModernizationSpain.pdf> . Fecha de consulta: 09.05.2013]
- Casas, J. I. (1988): “Características del trabajo de la mujer: el caso español”. *Sociología del Trabajo*, 3, 17-33.
- Casero, V. y Angulo, C. (2003): *Una cuenta satélite de los hogares en España*. Madrid: INE.
- Casey, James (2011): “La organización social y las relaciones de poder en la comunidad cristiana”. En F. Chacón y J. Bestard (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra.

- (2003): *Sin distancias. Familia y tendencias historiográficas en el siglo XX*. Murcia: Universidad de Murcia- Universidad Externado de Colombia. Colección Mestizo.
- Castel, Robert (2004): *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial.
- (1997): *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Castells, Manuel (1999): *La sociedad de la información. Vol. 1: La sociedad red*. Alianza. Madrid.
- Castillo, Juan José (2000): “La Sociología del Trabajo hoy: la genealogía de un paradigma”. *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, 3 (II). Disponible en línea: <http://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/S-THOYFINAL.htm> [Fecha consulta: 18/05/2012].
- (1998): “Comisión de Reformas Sociales”. *Diccionario de Sociología*. Barcelona: Ariel.
- Castles, S. y Miller, M. (1993): *The Age of Migration*. Nueva York: The Guilford Press.
- Castro, Teresa (2004): “El escenario demográfico internacional: retos presentes y futuros». En Jesús Leal (coord.), *Informe sobre la situación demográfica en España, 2004*. Madrid: Fundación Fernando Abril Martorell, 29-58.
- y Domínguez, Marta (2008): “Matrimonio «sin papeles»: perfil sociodemográfico de las parejas de hecho en España según el Censo de 2001”. *Política y Sociedad*, 45 (2), 49-71.
- Cicourel, Aaron (1982): *El método y la medida en sociología*. Madrid: Editora Nacional [original: 1964]. [Publicado por el CIS en 2011, con el título más acorde con el original, *Método y medida en sociología*].
- Cicchelli-Pugeault, Catherine y Cicchelli, Vincenzo (1999): *Las teorías sociológicas de la familia*. Buenos Aires: Claves- Nueva Visión -SAIC.
- CIS (2010): Barómetro de septiembre 2010. Estudio 10602. En línea: http://www.cis.es/cis/opencm/ES/2_bancodatos/estudios/ver.jsp?estudio=10602 – (Pregunta 23) [Fecha de consulta: 05.06.13]
- (2006a): Fecundidad y valores en la España del siglo XXI.
- (2006b): Barómetro Marzo. 2636
- (2004): Barómetro Febrero. 2556.
- Cobo, Rosa (1995): *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean Jacques Rousseau*. Madrid: Cátedra.
- Colectivo IOÉ (1996): *Tiempo social contra reloj. Las mujeres y la transformación en los usos del tiempo*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Coleman, David y Salt, John (1992): *The British Population: patterns, trends and processes*. Oxford: Oxford University Press.
- Collin, F. (1992): “Bordeline. Por una ética de los límites”. *Isegoría*, 6, 83-95.
- Coltrane, S. y Galt, J. (2000): 'The history of men's caring', in M. Harrington Meyer (editor) *Care work: Gender, labour and the welfare state*. Nueva York y Londres: Routledge.
- Coenen-Huther, J., Kellerhals, J. y Von Allmen, M. (1994): *Les Réseaux de Solidarité dans la Famille*. Lausanne: Realités Sociales.

- Comas D'argemir, Dolors (1995): *Trabajo, género, cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Barcelona: Icaria.
- (2000): “Mujeres, Familia y Estado del Bienestar”, en Del Valle, Teresa *Perspectivas feministas desde la antropología social*. Barcelona: Ariel Antropología,.
- Combessie, Jean Claude (2000): *El método en sociología*. Madrid: Alianza.
- Combes, D. y Haicault, M. (1994): “Producción y reproducción, relaciones sociales de sexo y de clase”. En Borderías et al.
- Coontz, Sidney H. (1979): *Teorías de la población y su interpretación económica*. México: FCE.
- Coenen-Huther, J., Kellerhals, J., Von Allmen, M. (1994): *Les Réseaux de Solidarité dans la Famille*. Lausanne: Realités Sociales.
- Coulon, Alain (1992): *L'École de Chicago*. París: PUF.
- Cortina, Adela / Martínez Navarro, Emilio (1996): *Ética*. Akal,
- Cresson, G. y Gardey, N. (2004): “Entre famille et métier. Le travail de *care*”. *Nouvelles Questions Feministes*, Famille-travail: une perspective radicale”. 33 (3).
- Crompton, Rosemary (1994): *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.
- y Lyonette, C. (2006): “Work-life balance in Europe”. *Acta Sociologica*, 49 (4), 379-393.
- (2005): “The new gender essentialism –domestic and family ‘choices’ and their relation to attitudes”. *The British Journal of Sociology*, 56 (4), 601-620.
- Chabaud- Rychter et al., 2010
- Chabaud-Rychter, D., Fougeyrollas-Schwebel, D. y Sonthonnax, F. (1985): *Espace et temps du travail domestique*. París: Librairie des Méridiens.
- Chacón, F. y Bestard, Joan (2011): “Introducción”. En F.Chacón y J. Bestard (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra.
- Chanial, 2012
- Chauviré, C. Ogien, A. y Quéré, L. (2009). *Dynamiques de l'erreur*. París: EHEES.
- Chodorow, Nancy (1984): *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona: Gedisa [original: 1976].
- Da Roit, Barbara (2007): “Changing Intergenerational Solidarities within Families in a Mediterranean Welfare State: Eldery Care in Italy”. *Current Sociology*, 55 (2), 251-269.
- y Bernhard Weicht (2013): “Migrant care work and care, migration and employment regimes: A fuzzy-set analysis”. *Journal of European Social Policy*, 23, 469-486.
- Daly, Mary (2004): “Changing conceptions of family and gender relations in European welfare states and the Third Way”. En Jane Lewis y Rebecca Surrender (eds.), *Welfare State Change: Towards a Third Way?* Oxford: Oxford University Press, 135-154.
- (2002): “Care as a good for social policy”, *Journal of Social Policy*, (31) 2, 251 - 270.
- (1994): “Comparing Welfare States: Towards a Gender Friendly Approach”. En Diane Sainsbury (ed.), *Gendering Welfare States*. Londres: Sage, 101-117.

- y Lewis, Jane (2000): “The Concept Of Social Care And The Analysis Of Contemporary Welfare States”. *British Journal Of Sociology*, 1, 281-298.
- (1998): “Introduction: Conceptualising Social Care in the Context of Welfare State Restructuring in Europe”. En Lewis (ed.), *Gender, Social Care and Welfare State Restructuring in Europe*. Ashgate: Aldershot.
- Dalla Costa, María Rosa (2006): “La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguardia de la vida”. En Laboratorio Feminista, *Transformaciones del Trabajo desde una perspectiva feminista. Producción, reproducción, deseo, consumo*. Madrid: Tierradenadie Ediciones, 59-78.
- (1972): *Las mujeres y la subversión de la comunidad*. Madrid: Siglo XXI.
- Damamme, Aurélie (2011): “El cuidado en las familias: perspectiva temporal versus radiografía”. En P. Molinier y L. G. Arango (comp.), *El trabajo y la ética del cuidado*. Cali: La Carreta Social, 157-167.
- Dandurand, Renée B., Jenson, J. y Junter, A. (2002): “Les politiques publiques ont-elle un genre?”. *Lien social et politiques*, 47, 2002: 5-13.
- Daune-Richard, Anne-Marie (2010): “Maurice Godelier. À la recherche des rapports sociaux de sexe: recontres”. En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, pp. 94-106.
- Dauphin S., Sénac-Slawinski. R. (coord.) (2008): *Gender mainstreaming. De l'égalité des sexes à la diversité?*, *Cahiers du Genre*, 44. París: 270 páginas.
- de Beauvoir, Simone (1998): *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra [original: 1949].
- del Campo, Salustiano (coord.) (2001): *Historia de la Sociología Española*. Barcelona: Ariel.
- y Rodríguez-Brioso, María del Mar (2002): “La gran transformación de la familia española durante la segunda mitad del siglo XX”. *REIS*, 100, 103-165.
- De la Barre, Poulain (2007): *La igualdad de los sexos. Discurso físico y moral en el que se destaca la importancia de deshacerse de los prejuicios*. México: Universidad Nacional Autónoma de México (edición de Daniel Cezés), Tomo II [1673].
- De Lucas, Fernando, López de Goicoechea, Javier (1999): “Lección I. Historia de la Teoría Sociológica”, en De Lucas (coord.), *Lecciones de Sociología General*, Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 19-43.
- de Miguel, Ana (1994): “Deconstruyendo la ideología patriarcal. Un análisis de “la sujeción de la mujer””. En C. Amorós, *Historia de la teoría feminista*. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas.
- (2005): “Prólogo”. J. S. Mill, *El sometimiento de las Mujeres*. Madrid: EDAF, 9-55.
- de Miguel, Jesús (1996): “Georg Simmel: la construcción social del género femenino como subcultura”. En M. A. Durán (ed.), *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: CIS, 59-64.
- de Singly, François (1993): *Sociologie de la Famille Contemporaine*. París: Nathan.
- de Tourtier-Bonazzi, Chantal (1989): “Propuestas metodológicas”. *Historia y Fuente Oral*, 6, 181-189.

- del Re, Alisa (1997): "Reproducción social y reproducción biológica en la Italia del fin de milenio". *Papers*, 53, 25-36.
- (1996): "Women and Welfare: Where Is Jocasta?" En Paolo Virno y Michael Hardt (eds.) *Radical Thought In Italy: A Potential Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press
- (1995): "Tiempo de trabajo asalariado y tiempo del trabajo de reproducción". *Política y Sociedad*, 19, 75-81.
- del Valle, Teresa (2003): "Contenidos y significados de nuevas formas de cuidado". En SARE "Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado". Emakunde, San Sebastián 13-14 de octubre.
- Debordeux, Danièle y Strobel, Pierre (dir.) (2003): *Les solidarités familiales en questions: entraide et transmission*. París: Droit et Société, 34.
- Déchaux, J. H. (1995a): "Orientations théoriques en sociologie de la famille: autour de cinq ouvrages récents". *Revue Française de sociologie*, XXXVI, 525-550.
- (1995b): "Les services dans la parenté: fonctions, régulations, effets". En J. C. Kaufmann (comp.), *Faire ou faire faire? Famille et services*. Rennes: PUR, 39-54.
- Delgado, Margarita (coord.) (2006): *Familia y reproducción en España a partir de la Encuesta de Fecundidad de 1999*. Madrid: CIS.
- Delibes, Miguel
- Delphy, C. (1982): "El enemigo principal". En *Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos*. Madrid: La Sal. [original: 1970].
- y Leonard, D. (1992): *Familiar Exploitation: a New Analysis of Marriage in Contemporary Western Societies*. Cambridge: Cambridge Polity Press,
- Dema, Sandra (2006): *Una pareja, dos salarios. El dinero y las relaciones de poder en las parejas de doble ingreso*. Madrid: CIS.
- Desrosières, A. (2004): *La política de los grandes números. Historia de la razón estadística*. Barcelona: Melusina.
- Devreux, Anne-Marie (2010): "Pierre Bourdieu et les rapports entre les sexes: une lucidité aveuglée". En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 77-93.
- (1984): "La parentalité dans le travail. Roles de sexe et rapports sociaux". En AAVV, *Le sexe du travail*. París: PUF.
- Di Febo, J. (2003): "'Nuevo Estado', nacionalcatolicismo y género". En Nielfa (ed.), *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política, cultura*. Madrid: Editorial Complutense, 19-44.
- Díaz, F. (2002): "Introducción: la ubicua relevancia de los contextos presenciales". En F. Díaz (ed.), *Sociologías de las situación*. Madrid: La Piqueta.
- Domingo, Carmen (2007): *Coser y cantar. Las mujeres en la dictadura franquista*. Barcelona: Lumen.
- Donzelot, Jacques (1990): *La policía de las familias*. Valencia: Pre-textos [original: 1977].

- Ducombe, Jean y Marsden, Dennis (1999): "Love and Intimacy: The Gender Division of Emotion and 'Emotion Work': A neglected Aspect of Sociological Discussion of Heterosexual Relationships". En Graham Allan (ed.) *The Sociology of the Family. A reader*. Oxford: Blackwell, 91-110.
- Dumon, Wilfrid (1987): "La politique familiale en Europe Occidentale". *L'Année Sociologique*, 37, 291-308.
- Dumont, Louis (1983): *Essai sur l'individualisme. Une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*. París: Le Seuil.
- Dunaway, David. (1990): "La grabación en el campo de la historia oral". *Historia y Fuente Oral*, 4,
- Durán, María Ángeles (2012): *El trabajo no remunerado en la economía global*. Bilbao: Fundación BBVA.
- (2010): *Tiempo de trabajo y tiempo de vida* Bilbao: Fundación BBVA.
- (2007a): *El valor del tiempo*. Madrid: Espasa.
- (2007b): "El trabajo no remunerado y las cuentas de la economía (las múltiples caras de la economía europea)". En C. Prieto (ed.), *Trabajo, género y tiempo social*. Madrid: Hacer/Complutense.
- (2006a): *La cuenta satélite del trabajo no remunerado en la Comunidad de Madrid*. Madrid: Dirección General de la Mujer.
- (2006b): "Dependientes y cuidadores: el desafío de los próximos años". *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 60, 57-73.
- (1999a): *The future of the work in Europe*. Bruselas: Comisión Europea, D-V.
- (1999b): *Costes invisibles de la enfermedad*. Bilbao: Fundación BBV.
- (1997a): "El papel de mujeres y hombres en la economía española". *ICE*, 769, 9-29.
- (1997b): "La investigación sobre el uso del tiempo en España". *RIS*, 18, 163-190.
- (1996): *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: CIS.
- (1996b): "Ortega como pretexto". En M. Á. Durán (ed.): *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: CIS.
- (1995): "Presentación". *Política y Sociedad*, 19,
- (1991): "El tiempo en la economía española". *Información Comercial Española*, 695, 9-48
- (1988): *De puertas adentro*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- (1986): *La jornada interminable*. Barcelona: Icaria.
- (1977): *Dominación, sexo y cambio social*. Madrid: Edicusa.
- (1975): *El ama de casa: crítica política de la economía doméstica*. Bilbao: Zero Zyx.
- (1972): *El trabajo de la mujer en España: un estudio sociológico*. Madrid: Tecnos.
- y Rogero, Jesús (2009): *La investigación sobre el tiempo*. Madrid: CIS.

- Durkheim, Émile (1988): *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. Madrid: Alianza [original: 1895].
- (1995): *De la división del trabajo social*. Madrid: Akal (tercera edición)[original: 1893].
- (1987): *El suicidio*. Madrid: Akal [original: 1893].
- Eco, Umberto (2001): *Cómo se hace una tesis*. Barcelona: Gedisa.
- Elder, G. (1993): “Historia y trayectoria vital”. En Marinas, J. L. y Santamarina, C. (ed.), *Historia Oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate, 199-230.
- Elshtain, J. B. (1997): “Moral Woman and Immoral Man. A consideration of the Public- Private Split and Its Political Ramifications”. En Goodin, R., y Petitt, Ph., *Contemporary Political Philosophy*. Cambridge: Blackbell, 605-617.
- (1983): “Antigone’s daughters: reflections on female identity and the state”. En I. Diamond (ed.), *Families, politics and public policy*. Nueva York: Longman.
- (1981b): “Kant, Politics and Persons”. *Polity*, 14 (2), 205-221.
- Ehrenreich, Barbara y Hochschild, Arlie R. (2004): *Global Woman. Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy*. Nueva York: Henry Holt & Company.
- Ehrenreich, Barbara y English, Deirdre (1990): *Por su propio bien. 150 años de Consejos de expertos a las mujeres*. Madrid: Taurus.
- Elliot, Faith Robertson (1996): *Gender, Family and Society*. Londres: Macmillan [original: 1976].
- Engels, F. (1963): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. La Habana: Editora Política [original: 1884].
- y Marx, Karl (1998): *El manifiesto comunista*. Madrid: Debate [original: 1848].
- Escartín, J. M. (2003): “Producción dispersa, mercado de trabajo y economía sumergida: el calzado en Mallorca, 1830-1950”. En Sarasúa y Gálvez (ed.), op. cit., 307-331.
- Esping-Andersen, Gosta (2008): “Modelos de sociedad, economía y políticas públicas: un nuevo contrato de género”. En María Pazos Morán (dir.), *Economía e igualdad de género: retos de la Hacienda Pública en el siglo XXI*. Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 31.43. Disponible en línea: http://www.ief.es/Investigacion/Temas/Genero/Esping_Andersen.pdf. [Fecha consulta: 10.07.2008]
- (2002): *Why We Need a New Welfare State*. Oxford: Oxford University Press.
- (1997): “Un nuevo equilibrio de bienestar”. *Política y Sociedad*, 44 (2), 11-30.
- (1990): *The three worlds of welfare capitalism*. Cambridge, Polity (edición castellana de Alfons el Magnànim, 1993).
- EUROSTAT (2008): *Harmonised European time Use Surveys*. Luxemburgo: Eurostat.
- Falcón, Lidia (1992): *Mujer y poder político (Fundamentos de la crisis de objetivos e ideología del Movimiento Feminista)*. Madrid: Vindicación Feminista.
- Feminismo y Cambio Social (2001): “Domesticación del trabajo: trabajos, afectos y vida cotidiana”. En Asamblea de Mujeres de Córdoba la Yerbabuena (ed.), *Actas de las Jornadas Feministas ‘Feminismo es y será...’*. Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 281-298.

- Fernández Cordón, Juan Antonio (1994): "Demografía y política de la familia en España". Emakunde, *Demografía y políticas públicas*. Emakunde: Vitoria-Gasteiz.
- y Tobío, Constanza (2006): *Andalucía. Dependencia y solidaridad en las redes familiares*. Sevilla: IEA, Consejería de Economía y Hacienda, Junta de Andalucía.
- y Tobío, Constanza (1999): *Las familias monoparentales en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Feder Kittay, Eva (2005): "Dependency, difference and global ethic of longterm care". *The Journal of Political Philosophy*, 13 (4), 443-469. [original: <http://www.care-work-network.org>. Fecha consulta: 10.02.2008]
- (2002): "When caring is just and justice is caring: justice and mental retardation". En Feder Kittay y E.K. Feder (eds.), *The subject of Care. Feminist Perspective on Dependency*, Lanham (Md), Rowman and Littlefield Publishers, 257-276.
- (1999): *Love's Labour: Essays on Women, Equality, and Dependency*. Nueva York: Routledge.
- (1997): "Human Dependency and Rawlsian Equality". En Diana T. Meyers (comp.), *Feminist Rethinking the Self*. Boulder: Westview, 219-266.
- Fernández Enguita, Mariano (1996): "El marxismo y las relaciones de género". En M. A. Durán (ed.), *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: CIS.
- Fernández Vargas, Valentina (1996): "El concepto de lo femenino y lo masculino en el pensamiento católico social español". En M. A. Durán (ed.), *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: CIS.
- Ferrándis, Francisco y Baer Alejandro (2008): "Digital memory: The Visual Recording of Mass Grave Exhumations in Contemporary Spain", *Forum: Qualitative Social Research*, vol. 9. No. 3, Atr. 35 [en línea: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1152/2578>; Fecha consulta: 25.06.2013]
- Ferrarotti, F. (1993): "Sobre la metodología del método biográfico". En Marinas, J. L. y Santamarina, C. (ed.), *Historia Oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate, 121-128.
- (1989): "Breve nota sobre historia, biografías, privacy". *Historia y Fuente Oral*, 2, *Memoria y biografía*, 51-55.
- Ferrater Mora, José (1990): *Diccionario de Filosofía*. Madrid: Alianza.
- Ferrera, M. (1996), "The Southern Model of Welfare in Social Europe", *Journal of European Social Policy*, 6(1), 17-37.
- Ferreira, Miguel Ángel (2010a): "Presentación". Monográfico *Por una Sociología de la Discapacidad, Política y Sociedad*, 47 (1), 7-10.
- (2010b): "De la minus-valía a la diversidad funcional: un nuevo marco teórico-metodológico". *Política y Sociedad*, Vol. 47 (1), 45-65.
- Ferrera, M. (1996): "The Southern Model of Welfare in Social Europe". *Journal of European Social Policy*, 6(1), 17-37.
- Finch, Jane (1989): *Family Obligations and social Change*. Cambridge: Cambridge Polity Press.
- y Groves, Dulcie (eds.) (1983). *A labour of love: women, work and caring*. Londres: Routledge.

- y D. Groves (1983). Natural Selection: Perspectives on Entitlement to the Invalidated Care Allowance. En Finch, J. y D. Groves (eds.), *A Labour of Love: women, work and caring*. Londres: Routledge, 148-166.
- y Mason, J. (1993). *Negotiating Family Responsibilities*. Londres: Routledge.
- Fink, J. (editor) (2004) *Care: Personal Lives and Social Policy*. Bristol: Policy Press in association with The Open University.
- Firestone, S. (1976): *La dialéctica del Sexo*. Barcelona: Kairós [original: 1970].
- Fisher, B. y Tronto, Jean (2000): “Toward a feminist theory of caring”. En E. Abel y M. Nelson (dir.), *Circles of Care*. Albany: Suny Press, 36-54.
- Flax, Jane (1978): ‘The Conflict between Nurturance and Autonomy in Mother-Daughter Relationships and within Feminism’. *Feminist Studies*, 4 (2), 171-189.
- Fleck, I. (19185): *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*. Madrid: Alianza.
- Flandrin, Jean-Louis (1979): *Orígenes de la familia moderna*. Madrid: Grijalbo.
- Flaquer, Lluís (1982): *De la vida privada*. Barcelona: Edicions 62.
- Fleck, Ludwik (1986): *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*. Madrid: Alianza.
- (1994): “Sobre la crisis de la ‘realidad’”. *REIS*, 67, 251-261.
- Floro, María Sagrario (1996): “We need new economic indicators to gauge work and well-being”, *The Chronicle of Higher Education*, 45 (15).
- (1995): “Women's well-being, poverty, and work intensity”. *Feminist Economics*, 1 (3), 1-25.
- Folbre, Nancy (2001): *The Invisible Heart: Economics and Family Values*. Nueva York: The New Press.
- (1982): “Exploitation comes home: A critique of the Marxian theory of family labour”. *Cambridge Journal of Economics*, 6 (4), 317-329.
- Foucault, Michel (1999): *Estética, Ética y Hermenéutica*. Obras Esenciales III. Barcelona: Paidós.
- (1996): *Las tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: UAB.
- (1994): *Dits et écrits*. Tome II. París: Gallimard.
- (1991): “La política de la salud en el siglo XVIII”. En: *Saber y verdad*. Madrid: La Piqueta, 89-106.
- (1971): “Nietzsche, la généalogie de l'Histoire”. *Hommage a Jean Hyppolite*. París: PUF.
- Fougeyrollas-Schwebel, Dominique (2010): “Talcott Parsons: un héritage controversé. Rôles de sexes, famille et modernité occidentale”. En Chabaud-Rychter, Daniëlle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 123-134.
- (2002): “Trabajo doméstico”. En Hirata, Laborie, Le Doaré y Senotier (coord.), *Diccionario crítico del feminismo*. Madrid: Síntesis.
- Frader, Laura (1996): “L'éloge de la ménagère dans le discours des œuvres français aux XIX^e et XX^e siècles: bilan et perspectives de recherche”. *Clio, Histoire, Femmes et Sociétés*, 3.

- (1995): “La división sexuelle du travail à la lumière des recherches historiques”. *Les Cahiers du Mage*, 3-4, 143-155.
- Fraga Iribarne, Manuel (2006): “Presentación”. Riesgo Ménguez y Pablo de Riesto, op cit.
- (1956): “La Influencia de Le Play en la Sociología Española del siglo XIX”. *Revista Mexicana de Sociología*, 18 (3)
- Fraisse, Geneviève (2000): “Sevidumbre, servicios de proximidad y democracia”. En Maruani, M., Rogerat, Ch. y Torns, T., *Las nuevas fronteras de la desigualdad*, Barcelona: Icaria, 227-232.
- (1985): “Poulain de la Barre, ou le procès des préjugés”. *Revue de Philosophie, Corpus*, 1, 27-41.
- Franzke, Jens (1990): “El mito de la historia de vida”. *Historia y Fuente Oral*, 2, *Memoria y biografía*, 57-64.
- Fraser, Nancy (1997): *Iustitia interrupta..Reflexiones críticas desde la posición 'postsocialista'*. Santa Fe de Bogotá: Siglo del Hombre.
- (1989): *Unruly Practices: Power, Discourse, and Gender in Contemporary Social Theory*. Cambridge-Minneapolis: Potity- University of Minnesota.
- Frazer, Franklin (1939): *The Negro Family in The Unites States*. Chicago: University Chicago Press.
- Friedan, Betty (1974): *La mística de la feminidad*. Madrid: Júcar.
- Friedman, Marilyn (1993): “Beyond caring: The de-moralization of gender”. En Larrabee. M. J. (ed.), *An Ethic of Care. Feminist and Interdisciplinary Perspectives*. Nueva York: Routledge, 258-273.
- Fundación FOESSA (1975): “La familia española en cambio”. En *Estudios sociológicos sobre la situación social en España*. Madrid: Euramérica, 345-405.
- Gabriel, Nicole (2010): “Georg Simmel, penseur du genre entre Charybde et Scylla”. En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 432-445.
- Gadamer, H. S. (1996): *El Estado oculto de la salud*. Barcelona: Gedisa.
- Gardey, Delphine (2000): “Perspectivas históricas”. En M. Maruani (dir.), *Las nuevas fronteras de la desigualdad. Hombres y mujeres en el mercado de trabajo*. Barcelona: Icaria, 35-58.
- Gardiner, Jean (1975): “El papel del trabajo doméstico”. En *El ama de casa bajo el capitalismo*. Barcelona: Cuadernos Anagrama, 101-123. [original: 1974]
- Garrido, Luís y Gil Calvo, Enrique (eds.) (1993): *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza.
- Gallego, María Teresa (1983): *Mujer, falange y franquismo*. Madrid: Taurus.
- “Notas sobre el poder, la socialización política y la mujer (La Sección Femenina de la Falange)”. En *Actas de las Primeras Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Nuevas perspectivas sobre la Mujer*, Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid: 42-49.

- Gálvez, Lina (2011): “Las mujeres y el cuidado en Andalucía”, en O.D. Marcenaro (coord.), *La cambiante situación de la mujer en Andalucía*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, 75-104.
- García de la Red, Víctor (1997): “La encuesta de presupuestos de tiempo en el País Vasco”. *RIS*, 18, 205-218.
- García Díez, Susana (2003): *Análisis socioeconómico de la estructura productiva de los hogares*. Madrid: CES.
- García Ferrando, Manuel (1987): “La investigación sociológica sobre la familia en España 1959-1984”. En Beltrán, García Ferrando, López Pintor, Rodríguez Cabrero, Thiebaut y Toharía (ed.), *Estudio sobre la familia española*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 297-365.
- García González, Francisco (2011): “Las estructuras familiares y su relación con los recursos humanos y económicos”. En F. Chacón y J. Bestard (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra: 179-189.
- García Sáinz, Cristina (2011): *Inmigrantes en el servicio doméstico. Determinantes sociales, jurídicos e institucionales en la reorganización del sector doméstico*. Cristina García Sainz (ed.), M. Lourdes Pérez y Nelcy Y. Valencia Olivero. Madrid: Talasa.
- (2008): “Entre ciencia y vida cotidiana. El cuidado de las personas como objeto de conocimiento”. En *Sociología y realidad social*. Libro homenaje a Miguel Beltrán. Madrid: CIS, 725-741.
- (2006): “Tiempo de trabajo no remunerado en la C. A. de Euskadi”. En Eustat: *Encuesta de presupuestos de tiempo. 2003. Monográficos*. Vitoria: Eustat, 79-121.
- (2005): “Aspectos conceptuales y metodológicos de las Encuestas de Uso del Tiempo. Aplicación al caso de España”. CEPAL, *El tiempo, los tiempos una vara de desigualdad*. Santiago de Chile: CEPAL, Serie Mujer y Desarrollo, 65, 35-50.
- (2002a): “Entre valor y precio. Notas sobre una valoración económica del trabajo no remunerado”. En Agor@ 2001: Jornades per la integració de l'economia domèstica en el sistema econòmic global. Treball real, economia invisible. Barcelona: Generalitat de Catalunya. Institut Català de la Dona.
- (2002b): “Trabajo no remunerado versus mercantilización”, *RES*, 2, 140-149.
- (1999): *La carga global del trabajo. Un análisis sociológico*, tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid. Dirección de María Ángeles Durán.
- y García Díez, Susana (2000): “Para una valoración del trabajo más allá de su equivalente monetario”. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 17, 39-64.
- y Legarreta, Matxalen (2008): “Tiempos donados y tiempos vendidos Lógicas, contextos y discontinuidades”, en Mendiola, I. (Ed.): *Textos pretextos para repensar lo social*. Libro homenaje a Jesús Arpal, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- García Selgas, Fernando J. y Casado Aparicio, Elena (2001): *Violencia en la pareja: género y vínculo*. Madrid: Talasa.
- Garrigós, José Ignacio (2003): *Frédéric Le Play. Biografía intelectual, metodología e investigaciones sociológicas*. Madrid: CIS.

- Gavron, A. (1966): *The Captive Wife: conflicts of housebound mothers*. Londres: Routledge.
- Gavron, Hannah. *The Captive Housewife: Conflicts of Housebound Mothers*. Londres: Routledge & Kegan Paul, 1983 [first published 1966].
- Gebring, U. y Gebring, M.A. (1991): "Tres generaciones en cuestión (es). Experiencia metodológica con entrevistas de tres generaciones". *Historia y Fuente Oral*, 6, *Otras miradas*, 157-164.
- Geertz, Clifford (1995): *The interpretation of cultures*. Londres: Hutchinson [1973].
- Gerhard, Ute (ed.) (2005): *Working Mothers in Europe: A Comparison of Policies and Practices*. Edward Elgar Pub.
- Gershuny, Jonathan (1991): "International comparisons of Time-budget surveys: methods and opportunities", en W. O'Conghaile y E. Köhler (ed.), *The Changing use of Time: Report from an international workshop*, Luxemburgo: The European Foundation for the improvement of living and working conditions, 11-44.
- , Godwin, M. Jones, S. (1994): "The Domestic Labour Revolution: a Process of Lagged Adaptation" in M. Anderson, F. Bechhofer and J. Gershuny (eds) *The Social and Political Economy of the Household*. Oxford: Oxford University Press.
- Gershuny, J. y Jones, S. (1986): *Time use in Seven Countries*. Dublin: European Foundation for the Improvement of Living and Working Conditions.
- , "Time Budgets: Preliminary Analysis of a National Survey", *Quarterly Journal of Social Affairs*, 2(1) (with I. Miles, S. Jones, C. Mullings, G. Thomas and S. Wyatt).
- Gestin, Martine y Nicole-Claude Mathieu (2010): "Claude Lévi-Strauss et (toujours) l'échange des femmes: analyses formelles, discours, réalités empiriques". En Chabaud-Rychter, Danielle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. Paris : La Découverte, 64-76.
- Gibson, Ian (1993): España. Barcelona
- Giddens, Anthony (2002): *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza.
- (2001): *Sociología*. Madrid: Alianza.
- Gilligan, Carol (1985): *La moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*. México: FCE [original: 1982].
- Giménez, C. (1998): "Cultura". En *Diccionario de Sociología* coordinado por S. Giner et ál.. Madrid: Alianza, 167-169.
- Gittins, Diana (1993): *The Family in Question: Changing Households and Familiar Ideologies*. Londres: Macmillan. [1985].
- Glaser, Barner (1978): *Theoretical Sensitivity: Advances in the Methodology of Grounded Theory*, Mill Valley, C.A. Sociology
- y Strauss, Anselm (1967): *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine.
- Glaude, Michel y de Singly, François (1987): "L'organisation domestique: pouvoir et négociation". *Economie et statistique*, 1.

- Glenn, Eveling Nakano (2009): "Le travail forcé: cityenneté, obligation statutaier et assignation des femmes au care". En P.Molinier, S. Laugier y P.Paperman (dir.), *Qu'es-ce que le care?* París: Payot, 115-131.
- (2000): "Creating a care community". *Contemporary Sociology*, 29, 84-94.
- Glucksmann, Miriam y Lyon, Dawn (2006): "Configurations of Care Work: Paid and Unpaid Elder Care in Italy and the Netherlands". *Sociological Research Online*, 11 (2) 2 [En línea: <http://www.socresonline.org.uk/11/2/glucksmann.html>; última visita: 21.01.2014]
- Goldschmidt-Clermont, L. *Unpaid work in the household: A review of economic evaluation methods*. Women, Work and Development Series, núm. 1, Ginebra, OIT.
- Goffman, Erving (2006): *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: CIS.
- (1981): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goulbourne, H., Reynolds, T., Solomos, J. y Zontini, E., (2010): *Transnational families: ethnicities, identities and social capital* Routledge.
- Gómez Arboleya, Manuel y del Campo, Salustiano (1959): *Para una sociología de la familia española*. Madrid: Ediciones del Congreso de la Familia Española.
- Gómez, María Victoria (2008): "El debate en torno a la regulación de la igualdad de género en la familia". *Política y Sociedad*, 45 (2).
- Goode, William Josiah (1966): *La familia*. México: Unión Tipográfica Hispano Americana.
- Goody, Jack (2001): *La familia europea*. Barcelona: Crítica.
- González García, José María (1996): "Max Weber: Razones de cuatro nombres de mujer". En Durán (comp.) *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: CIS.
- González, J. M. (2011): "El derecho de la Unión Europea en torno a la conciliación de la vida familiar y laboral y su articulación conforme a la dicotomía público/privado". *Quaderns de Recerca, Màster Universitari en Integració Europea*, 14, Universita Autònoma de Barcelona: Bellaterra.
- Gough, Kathleen (1987): "El origen de la familia". En C. Lévi-Strauss, Melford E. Sapiro y K. Gough, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Barcelona: Anagrama.
- Graham, Hilary (1991): "The Concept of Caring in Feminist Research: The case of Domestic Service". *Sociology*, 25 (1), 61-78.
- (1983): "Caring: a Labour of Love". En J. Finch y D. Groves (eds.), *A Labour of Love: Women, Work and Caring*. Londres: Routledge, 13-30.
- Gregory, Abigail y Windebank, Jan (2000): *Women's Work in Britain and France. Practice, Theory and Policy*. Londres: MacMillan Press.
- Guillén, Ana Marta (1999): "Protección social, género y ciudadanía". En Ortega, Sánchez y Valiente (eds.), *Género y ciudadanía. Revisiones desde el ámbito privado*. Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Universidad Autónoma.
- Gurtwirth, Jacques (1978): "L'enquête en ethnologie urbaine". *Hérodote*, 9, 38-55.
- Gutiérrez Rodríguez, Encarnación (2010): *Migration, domestic Work and Affect. A Decolonial Approach on Value and the Feminization of Labor*. N. York/Londres: Routledge.

- (2007): “Reading Affect- On the Heteropian Spaces of Care and Domestic Work in Private Households”, en *Forum: Qualitative Social Research*, vol. 8. No. 2, Atr. 11, <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/240>. [Fecha última consulta: 27-06.2008].
- Hammer, Dean y Wildavsky, Aaron (1990): “La entrevista semi-estructurada de final abierto. Aproximación a una guía operativa”. *Historia y Fuente Oral*, 4, 23-61.
- Haraway, Donna J. (1995): *Ciencia, cyborgs, mujeres: la reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Harding, Sandra (1996): *Ciencia y feminismo*. Madrid. Morata.
- (1995): “Can Feminist Thought Make Economics More Objective?”. *Feminist Economics*, 1 (1), 7-32.
- Hargreaves, Jennifer (2010): “Norbert Elias: Le sexe, le genre et le corps dans le processus de civilisation ”. En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 390-430.
- Harrison, John (1975): “Economía política del trabajo doméstico”. En *El ama de casa bajo el capitalismo*. Barcelona: Cuadernos Anagrama, 7-45 [original: 1973].
- Harrington Meyer, Mona (editor) (2000) *Care work: Gender, labour and the welfare state*. New York / Londres: Routledge.
- Hartmann, Heidi I. (1994): “Capitalismo, patriarcado y segregación de los empleos por sexos”. En C. Borderías, C. Carrasco y C. Alemany, C. (comp.), *Las mujeres y el trabajo: algunas rupturas conceptuales*. Barcelona: Icaria.
- (1980): “Marxismo y feminismo: un matrimonio mal avenido. Hacia una unión más progresiva”. *Zona Abierta*, 24, 85-113 [original: 1979].
- Heer, David (1958): “Dominance and the Working Wife”, *Social Forces*, 3b (May 1958), 341-347.
- Held, Virginia (2004): “Care and Justice in the Global Context”. *Ratio Juris* 17 (2), 141-155.
- (1995): “The Meshing of Care and Justice”. *Hypatia*, 10, 128-132.
- (1989): “Birth and Death”. *Ethics*, 99, 2, 362-388.
- (1987): “Non-Contractual Society: A Feminist View”. *Canadian Journal of Philosophy, Supplementary* 13, 111-137.
- Hernes, Helg M. (1987): *Welfare State and Women Power: Essays in State Feminism*. Oslo: Norwegian University Pres.
- Hill, Reuben (1970): “Une technique de recherche étalée sur trois générations. Nouvelle Méthode d’étude du changement familial et social”. En Michel (ed.): *La sociologie de la famille*. París: Mouton, 85-92.
- (1964): “The American Family of the Future”. *Journal of Marriage and the family*, XXV (1).
- (1958): “Sociology of marriage and family Behaviour”. *Current Sociology*, VII (1).
- Himmelweit, Susan (1995): “The Discovery of ‘Unpaid Work’: the social consequences of the expansion of ‘Work’”. *Feminist Economics*, 1 (2), 1-19 [reeditado en Himmelweit (ed.),

- Inside the household. From labour to care*, Macmillan. Londres: 2000: 102-119; y traducido al castellano en Borderías et al, “El descubrimiento del ‘trabajo no remunerado’: consecuencias sociales de la expansión del termino trabajo”, 2011, 199-224.
- y Mohum, Susan (1977): “Domestic Labour and Capital”. *Cambridge Journal of Economics*, 1.
- Hobson, Barbara (2004): “Madres ciudadanas, padres ciudadanos: las fronteras y los significados de las obligaciones y los derechos se desplazan en la era del cambio en el estado del bienestar”. En Congreso Internacional SARE 2004 ¿Hacia qué modelo de ciudadanía? Bilbao 10 y 11 de noviembre.
- (1990): “No Exit no Voice: women’s Economic Dependency and The Welfare State”. *Acta Sociologica*, 33, 235-250.
- , Lewis, Jane y Siim, Birte. (2002): “Introduction: contested concepts in gender and social politics”. En Hobson, Lewis y Siim (eds.) *Contested Concepts in Gender and social Politics*. Cheltenham: Edward Elgar, 1-22.
- Holmstrom, Nancy (2010): “Karl Marx: En quoi peut-il contribuer à comprendre le genre?”. En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 305-317.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette (2004): “Blowups and Other Unhappy Endings”. En Ehrenreich y Hochschild (eds.), *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*. Nueva York: Granta Books, 55-69.
- (2001): *Domestica: Immigrant Workers Cleaning and Caring in the Shadows of Affluence*. Berkeley: University of California Press.
- hooks, bell (1981): *Bone Black: Memoires of Girlhood*. Londres: Women’s Press.
- Hopenhayn, Martin (2007): “Cambios en el paradigma del trabajo remunerado e impactos en la familia”. En Arriagada, Inma (coord.), *Políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Hochschild, Arlie R. (2012): *The Outsourced Self. Intimate Life in Market Times*. Nueva York: Metropolitan Press.
- (2008): *La mercantilización de la vida íntima: apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires: Katz.
- (2003): *The comercialization of intimate life. Notes from home and work*. Berkeley: University of California.
- (2003): *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley, University of California Press, 1983 [original: reeditado en 2003].
- (1997): *The Time Bing. When Work Becomes Home and Home Becomes Work*. Nueva York: Metropolitan Books.
- (1995): “The Culture of Politics: Traditional, Post-modern, Cold-modern, and Warm-modern Ideals of Care”. *Social Politics*, 2 (3), 331-345.
- (2000): “Global Care and Chains and Emotional Surplus Value”. En W. Hutton y a. Giddens, (ed.), *On the Edge: Living with global Capitalism*. London: Jonathan Cape.

- (1975): “The Sociology of Feeling and Emotions: Selected Possibilities”. En Millman y Kanter (ed.), *Another Voice. Feminist Perspectives on social Life and Social Science*. Nueva York: Anchor Books, 280-307.
- y Machung, Anne (1989): *The Second Shift: Working Parents and The Revolution Home*. Nueva York: Viking.
- Horkheimer, Max (1970): “La familia y el autoritarismo”. En R. Nanda (Ed.), *La familia*. Barcelona: Península, 177-187 (trabajo realizado en colaboración con Adorno, según reconoce en una nota a pie de página, aunque el artículo lo firma únicamente Horkheimer). [original: 1947]
- Hughes, Bill, Mckie, Linda, Hopkins, Debra y Watson, Nick (2005): “Loves’s Labours Lost? Feminism, the Disabled People’s Movement and an Ethic of Care”. *Sociology*, 39 (2), 259-275.
- Hume, David (2006): *Del amor y el matrimonio y otros ensayos morales*. Madrid: Alianza.
- Humphries, Jane y Rubery, Hill (1994): “La autonomía relativa de la reproducción social: su relación con el sistema de producción”. En Borderías et al
- Ibáñez, Jesús (1991): *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Santiago de Chile: Amerinda.
- (1985): “Las medidas de la sociedad”. *REIS*, 29.
- Ibáñez, Jesús (1991): *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Amerinda, Santiago de Chile.
- Ibn Jaldún (1997): *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*. Mexico: FCE [original publicado hacia 1374-1382].
- Iglesias de Ussel, Julio (1998): “Familia y política social en España, 1982-1996”. En Iglesias de Ussel, *La familia y el cambio político en España*. Madrid: Tecnos.
- (1996): “Frédéric Le Play: Mujer y familia en los inicios en la sociología”. En M. A. Durán (ed.), *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. Madrid: CIS.
- y Flaquer, Lluís (1993): “Familia y análisis sociológico: el caso de España”. *REIS*, 61, 52-75-
- y Pau Marí-Klose (2011): “La familia española en el siglo XXI: los retos del cambio social”. En Francisco Chacón y Joan Bestard (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra, 1104 y siguientes.
- Imaz, M. Elixabete (2010): *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación*. Madrid: Cátedra.
- (2007): *Mujeres gestantes, madres en gestación. Representaciones, modelos y experiencias en el tránsito a la maternidad de las mujeres vascas contemporáneas*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Serie Tesis Doctorales.
- IMSERSO (2005): *El libro blanco de la dependencia*. Madrid: IMSERSO.
- INE (2013b): principales resultados de la EPA para el tercer trimestre de 2013. <http://www.ine.es>. Nota de prensa, http://www.ine.es/jaxi/menu.do?type=pcaxis&path=/t22/e308_mnu&file=inebase&L=0 [13.12.13]¹

- (2013a): Indicadores demográficos básicos. <http://www.ine.es/jaxiBD/menu.do?L=0&divi=IDB&his=0&type=db>, [Fecha de consulta: 13/12/2013].
- (2012): *Encuesta de Condiciones de Vida. Año 2012. Datos provisionales*. <http://www.ine.es/prensa/np740.pdf>, [Fecha de consulta: 17/03/2013].
- (2009a): *Mujeres y hombres en España 2009*. Madrid.
- (2009b): *Anuario Estadístico de España*, Madrid.
- (2008): *Encuesta de Discapacidad, Autonomía Personal y Situación de Dependencia (EDAD). Año 2008*, Notas de prensa, 4 de noviembre.
- (2005): Proyecciones a partir del Censo de Población 2001. En Portal Mayores (2006): «Indicadores de población. España 2001-2050», Madrid: *Informes Portal Mayores*, 62, 7.
- INSTRAW (1989): “El trabajo de la mujer. El sector informal”. Noticias. Mujeres y desarrollo. 2. N. York: ONU.
- Iranzo, Juan Manuel (1999): “Emociones globales: la reconstrucción de una teoría de las pasiones”. *Política y Sociedad*, 30, 11-22
- Ironmonger, Duncan (1996): “Counting outputs, capital inputs and caring labour: estimating gross household product”. *Feminist Economics*, 2 (3), 37-64.
- Izquierdo, A. Javier y Martín-Palomo, María Teresa (2004): “Trans-escribir: el despreciable constituyente esencial del análisis sociológico de documentos sonoros”. Ponencia Invitada en el Grupo de Trabajo Metodología, VIII Congreso Español de Sociología, “Transformaciones Sociales: Confianza y Riesgo”. Alicante: septiembre.
- (2005): “On transcribing voice imitations”. Ponencia presentada en el Grupo Qualitative Methods Research Network, Session on audio-visual methods, 7th Conference of the European Sociological Association, Torun, Poland, septiembre.
- Izquierdo, M. Jesusa (2003): “Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: hacia una política democrática del cuidado”. En SARE “Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado”. Emakunde, San Sebastián 13-14 de octubre.
- et al. (1988): *La desigualdad de las mujeres en el uso del tiempo*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Izquierda, José Luís (1996): “Protección y ayuda mutua en las redes familiares. Tendencias y retos”. *REIS*, 74, 189-207.
- Jaggard, Alison (1987): *Feminist Politics and Human Nature*. Londres: Rowman & Littlefield.
- Jamieson, Lynn y Wajcman, Judy (2010): “Anthony Giddens et l'intimité: la structuration oubliée”. En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 107-120.
- Janet, Paul (s.d): *La familia: lecciones de filosofía moral*. Madrid: La España Moderna [original: 1886].
- Jociles, María Isabel y Charro, Cristina (2008): “Construcción de roles paternos en los procesos de adopción internacional: el papel de las instituciones intermediarias”. *Política y Sociedad*, 45 (2), 105-130.

- Junter-Loiseau, A. y Tobler, C. (1999): "Reconciliation of domestic work with paid work. Approaches in international legislation and policy instruments and in the scientific discourse". En Hufton y Kravaritou, *Gender and the use of time*. La Haya: Kluwer Law Int.
- Jurado, Teresa (2005): "Las nuevas familias españolas". En J. J. González y M. Requena (coords.), *Tres décadas de cambio social en España*. Madrid: Alianza, 51-80.
- Kant, Immanuel (2007): *Antropología práctica*. Madrid: Tecnos [original: 1785].
- Kaufmann, Jean-Claude (2009): *Irritaciones*. Barcelona: Gedisa.
- (1999): "La ropa sucia". En U. Beck (dir.), *Hijos de la libertad*, México: FCE, 194-227.
- (1994): "Vie hors couple, isolement et lien social: figures de l'inscription relationnelle". *Revue Française de Sociologie*, XXXV.
- Keith, L. (1992): *Who Cares Wins? Women, caring and disability*. *Disability & Society*, 7(2), 167-175.
- Kellerhals, J., Coenen-Huther, J. y Modak, M (1988): *Figures de l'équité. La construction des norms de Justice dans les groupes*. París: PUF.
- Kemper, Theodore D. (1978): *A social Interactional theory of emotions*. Nueva York: A wiley-Interscience Publication.
- (ed.) (1990): *Research Agendas in the Sociology of Emotions*. Albany: State University of New York.
- Kergoat, Daniele (2002): "División sexual del trabajo y relaciones sociales entre los sexos". En Hirata et al (coord.), *Diccionario Crítico del Feminismo*. Madrid: Síntesis.
- (1998): "La division du travail entre les sexes". En Kergoat el al, *Le monde du travail*. París: La Découverte, 319-329.
- (1978): "Ouvriers=ouvrières?", *Critiques de l'economie politique*, 5, 65-97.
- Kohli, M. (1999): "Private and public transfers between generations: linking the family and the State". *European Societies*, 1 (1), 81-99.
- King Dunaway, D. (1990): "La grabación de campo en la historia oral". *Historia y Fuente Oral*, 4, *Entrevistar... ¿para qué?*, 63-78.
- King, Russell y Zontini, Elisabetta (2000): "The role of gender in the South European immigration model". *Papers*. 60, 35-52.
- Knijin, T. (2000) 'Marketization and the struggling logics of (home) care in the Netherlands', in M. Harrington Meyer (ed.). *Care work: Gender, class and the welfare state*. Nueva York: Routledge.
- Kittay, Eva Feder (2011): "The Ethics of Care, Dependence, and Disability". *Ratio Juris*, 24 (1), 49-58.
- (2002): "When caring is just and justice is caring: justice and mental retardation". En: Feder Kittay y E. K. Feder (eds.), *The subject of Care. Feminist Perspective on Dependency*. Lanham (Md): Rowman& Littlefield Publishers, 257-276.
- (1999): *Love's Labour: Essays on Women, Equality, and Dependency*. Nueva York: Routledge.

- y Feder E.F. (2002): *The subject of care: feminist perspectives on dependency*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- , Jennings, Brucey Wasunna, Angela A. (2005): “Dependency, Difference and the Global Ethic of Longterm Care”. *The Journal of Political Philosophy* 13(4), 443-469.
- Knibiehler, I. (2000): *Histoire des mères et de la maternité en Occident*. París: PUF.
- y Fouquet, C. (1976): *L'histoire des mères du Moyen âge à nos jours*. París: Montalba.
- Köning, René (1970): “Old problems and new queries in family sociology”. En R. Köning y R. Hill (ed.), *Families in East and West*. París: Mouton.
- Kowalewski, Mark y Say, Elizabeth (2004): “La familia y las uniones homosexuales”. *Claves de la Razón Práctica*, 8.
- (1998): *Gays, Lesbians & Family Values*. Pilgrim Press.
- Kröger, Teppo (2001a): *Comparative research on social care. The state of the art*. SOCCARE Project Report 1. Bruselas: European Comision.
- (2001b): “Studyng care strategies of European families (SOCCARE)”. En Hantrais (ed.), *Policy Relevance of 'Family and Welfare' Research*. Bruselas : European Comision.
- Lamo de Espinosa, Emilio (2001): “La Sociología del S. XX”. *REIS*, 96.
- Land, H. y Rose, H. (1985): “Compulsory Altruism for some or an altruistic society for all?”, en P. Bean, J. Ferris y D. Whynes (eds.), *In Defence of Welfare*. Londres: Tavistock.
- Langan, Mary y Ostner, Ilona (1991): “Gender and Welfare: Towards a Comparative Framework”. En G. Room (ed.), *Towards a European Welfare State*. Bristol: SAUS, 127-150.
- Langevin, Anette (1982): *Les maternités que l'on dit tardues*. París: Robert Laffont.
- Lallement, Michel (2010): “Pierre Naville et la división du travail entre les sexes: le système productiv en dernière instance”. En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 330-342.
- Laugier, Sandra (2009): “Le sujet du care: vulnérabilité et expression ordinaire”. En P. Molinier, S. Laugier y P. Paperman (dir.), *Qu'es-ce que le care?* París: Payot, 159-200.
- Laslett, Peter (1987): *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*. Madrid: Alianza [original: 1965].
- (1972): “Introduction: the history of the family”. En Laslett y Wal, 1-73.
- y Wal, R. (eds.) (1972): *Household and Family in Past Time*. Cambrigde: Cambrigde University Press.
- Laugier, Sandra y Paperman, Patricia (2008): “La voix différente et les éthiques du care”. presentación de C. Gilligan, *Une voix différente*. París: Flammarion, III-XLVI.
- Le Gall, Didier y Martin, Claude (1993): “Transformations familieles. Lógicas de recomposition et mode de régulation conjugale”. En Meulders-Klein y Thèry.
- (1991): “L'instabilité conjugale et la recomposition familiale”, F. Singly (dir.), *La famille. L'état de savoirs*. París: La Découverte, 58-66.
- Le Goff, Alice (2013): *Care et démocratie radicale*. París: PUF.

- y Garrau, Marie (2012): *Politiser le care? Perspectives sociologiques et philosophiques*. París: Editions Le Bord de l'eau.
- (2010): *Care, Justice et Dependence- Introduction aux theories du Care*. París: PUF.
- Leal Maldonado, Jesús (1998): *Los retos de la solidaridad ante el cambio familiar*. Madrid: Comunidad de Madrid: Consejería de Sanidad y Servicios Sociales.
- Leira, Arnlaug (1992): *Welfare Status and Working Mothers: The Scandinavian Experience*. Cambrigde: Cambrigde University Press.
- y Saraceno, Chiara (2002): "Care: Actors, relationship and contexts". En Hobson, Barbara, Lewis, Jane y Siim (eds.), *Contested Concepts in Gender and social Politics*. Cheltenham: Edward Elgar, 55-83.
- Legarreta, Matxalen (2008): "El tiempo donado en el ámbito doméstico. Reflexiones para el análisis del trabajo doméstico y los cuidados". *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26 (2), 45-69.
- Lefaucheur, Nadine (1991): "Les familles dites monoparentales", F. Singly (dir.), *La famille. L'état de savoirs*. París: La Découverte, 67-74.
- Leitner, Sigrid (2003): "Varieties of Familialism: the Caring Function of the Family in Comparative Perspective". *European Societies*, 5(4), 353-375.
- Lejeune, P. (1994): "La autobiografía de los que no escriben". En P. Lejeune, *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion, 313-414.
- Lelièvre, E. y Bonvalent, C. (1995): "La construcción de principios para el análisis biográfico del grupo familiar". *REIS*, 70, 123-138.
- Lenoir, Remi (2005): "La genealogía de la moral familiar". *Política y Sociedad*, 39, 209-225.
- (2003): *Genealogie de la morale familiale*. París: Seuil.
- Lerner, Gerda (1990a): *Gender and history: the limits of social theory in the age of the family*. Nueva York: Columbia University Press.
- (1990b): *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica.
- Letablier, Marie Terese (2007): "El trabajo de 'cuidados' y su conceptualización en Europa". En C. Prieto (ed.), *Trabajo, género y tiempo social*. Hacer/Complutense. Madrid: 64-84 [original: 2001].
- Lévi-Strauss, Claude (1987): "La familia". En VVAA, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Barcelona: Anagrama, 7-49 [original: 1956].
- (1988): *Las estructuras elementales de parentesco*. Barcelona: Paidós [original: 1947].
- Levin, Irene (2004): "Living apart Together: a New Family Form". *Current Sociology*, 52 (2), 223-240.
- Lewis, Jane (2002d): "Gender and welfare state change". *European Societies*, 4 (4), 331-357.
- (1998): *Gender, Social Care and Welfare States Restructuring in Europe*. Aldershot: Ashgate.
- (1997): "Gender and Welfare Regimens". *Social Politics*, 4 (2), 160-177.
- (1992): "Gender and the Development of Welfare Regimes". *Journal of European Social Policy*, 2 (3), 159-173.

- (ed.) (1993): *Women and Social Policies in Europe: Work, Family and the State*, Cheltenham, Edward Egar.
- y Barbara Meredith (1998): *Daughters Who Care: Daughters Caring for Mothers at Home*. London: Routledge.
- y Giullari, S. (2005): “The adult worker model family, gender equality and care: the search for new policy principles and the possibilities and problems of a capabilities approach”, *Economy and Society*, 34 (1), 76 - 104.
- Linton, Ralph (1985): *El estudio del hombre*, FCE, México [original: 1945].
- (1970): “Introducción. La historia natural de la familia”. En R. Nanda (Ed.), *La Familia*. Barcelona: Península, 158-210.
- Locke, John (2010): *Segundo Tratado sobre el gobierno civil*. Madrid: Tecnos [original: 1690].
- Lombardo, Enmanuela (2002): “La política de género de la Unión Europea: ¿atrapada en el “dilema de Wolstronecraft”?”. En A. García y E. Lombardo, *Género y derechos humanos*. Zaragoza: Mira Editores.
- López de la Vieja, Teresa (2004): *La mitad del mundo. Ética y crítica feminista*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Lorber, Judith, Rose Laub Coser, Alice S. Rossi and Nancy Chodorow (1981): “On the *Reproduction of Mothering*: A Methodological Debate”. *Signs*, 6 (3), 482-514.
- Luhmann, Niklas (1985): *El amor como pasión. La codificación de la intimidad*. Barcelona: Península.
- Lutero, Martin (1977): Charlas de Sobremesa, 1529-1533, en *Obras*, ed. de Teófanos Egido. Salamanca: Sígueme.
- Lyon, D. (2006): “The organisation of care work in Europe: Gender and migrant labour in the new economy”. *Indiana Journal of Global Legal Studies*, 13 (1), 207 – 224.
- y M. Gluksmann (2008): “Comparative Configurations of Care Work across Europe”. *Sociology*, 42(1), 101-118.
- Macionis, John J. y Plumer, Ken (1999): *Sociología*. Madrid: Prentice Hall.
- Marcu, Silvia (2009): “Inmigrantes rumanas en el servicio doméstico y de cuidados de la Comunidad de Madrid”. *Estudios Geográficos*, 267, 463-489.
- Marcuse, Herbert (1968): *Eros y civilización*. Barcelona: Seix Barral [original: 1936].
- Martin, Claude (2010): “Concilier vie familiale et vie professionnelle: un objectif européen dans le modèle français des politiques de la famille”. *Informations Sociales*, 2010/1, 257.
- (2008): “Qu’est-ce que le social care? Une revue de questions”. *Revue Française de Socio-Économie*, 2, 27-42.
- (1995): “Solidarités familiales: débat scientifique, enjeu politique”. En J. C. Kaufmann (comp.), *Faire ou faire faire? Famille et services*, Rennes: PUR.
- McLaughlin, Janice (2003): “The ethics of care”. En McLaughlin, J., *Feminist social and politics Theory. Contemporary debates and dialogues*, Londres: Palgrave, Macmillan, 70-90.
- (1997): “An ethic of care: A Valuable Political tool?”. *Politics*, 17 (1), 17-23.

- Marre, Diana (2011): "Cambios en la cultura de la adopción y de la filiación". En Francisco Chacón y Joan Bestard (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra, 893-950.
- Martín Artiles, A., Miguelez, F. y Prieto, C. (2007): "Sociología del trabajo". En Manuel Pérez (coord.) *La Sociología en España*. Madrid: CIS.
- Martín Criado, E. (2008): "El concepto de campo como herramienta metodológica". *REIS*, 123, 11-34.
- (2004): "El valor de una buena madre. Oficio de ama de casa, alimentación y salud entre las mujeres de clases populares". *RES*, 4, 93-118.
- (1998): *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo.
- y Moreno Pestaña, José Luís (2006): *Conflictos sobre lo sano. Un estudio sociológico de la alimentación en las clases populares en Andalucía*. Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Salud.
- Martín Gaité, Carmen (2001a): *Retahilas*. Madrid: Bibliotex [Original: 1974].
- (2001b): *Entre visillos*. Barcelona: Destino [Original: 1957].
- (1997): *Usos amorosos de la postguerra española*, Barcelona: Anagrama.
- Martín Gómez, José (1996): *La España del estraperlo (1936-1952)*. Barcelona: Planeta.
- Martín López, Enrique (1993): *Textos de Sociología de la Familia. Una relectura de los clásicos (Linton, Tönnies, Weber y Simmel)*. Madrid: Instituto de Ciencias para la Familia, Universidad de Navarra.
- Martín Palomo, María Teresa (2013a): "Tres generaciones de mujeres, tres generaciones de cuidados. Apuntes sobre una etnografía moral", *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31(1), 115 -138.
- (2013b): "Moral y emociones en los cuidados", en Raquel Martínez Buján y Antía Péres Caramés (eds.), *Mulleres migrantes, traballo de coidados e Servizo doméstico*, Universidade A Coruña, 11-15.
- (2011b): "Domesticar" el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados. En Pascale Molinier y Luz Gabriela Arango (eds.), *El trabajo y la Ética del cuidado*. Medellín: La Carreta Editores, 67-89.
- (2011a): "Nuevas fronteras de la desigualdad: corresponsabilidad y socialización de los cuidados". En José Chivite, M^a Beatriz Hernández y M^a Eugenia Monzón (Ed.), *Frontera y género*, Plaza y Valdés. Madrid: 249-260.
- (2010a): *Los cuidados en las familias. Estudio a partir de tres generaciones de mujeres en Andalucía*. Instituto de Estadística de Andalucía/Consejería de Economía, Innovación y Ciencia, Sevilla. Disponible on line: <http://www.juntadeandalucia.es/institutodeestadisticaycartografia/estudios/3g/3g.pdf> [Fecha consulta 20.1.2012]
- (2010b): "Autonomía, dependencia y vulnerabilidad en la construcción de la ciudadanía". *Zerbitzuan*, 48.
- (2010c): "Profesionalización de los cuidados: de la invisibilidad al reconocimiento". Ponencia V Congreso Andaluz de Sociología. Córdoba: IESA/CSIC [manuscrito inédito]

-
- (2009a): “El *care* un debate abierto: de las políticas de tiempos al *social care*”. *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, 4, 325-355.
- (2009b): “Transformar el silencio en lenguaje y acción”. En Miranda López, M. J., Martín-Palomo, M. P. y Marugán Pintos, B. (eds.) *Amor, razón, violencia*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 195-221
- (2008c): “Domesticación del trabajo: una propuesta para abordar los cuidados”. En Rodríguez, Pilar (Ed.), *Mujeres, trabajos y empleos en tiempos de globalización*. Barcelona: Icaria, 53-86.
- (2008b): “«Domesticar» el trabajo: una reflexión a partir de los cuidados”. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26 (2).
- (2008a): “Los cuidados y las mujeres en las familias”. *Política y Sociedad*, 46(2), 29-49.
- Martínez Buján, Raquel (2010): *Bienestar y cuidados: el oficio del cariño. Mujeres inmigrantes y mayores nativos*. Madrid: CSIC.
- Martínez, A., Mayordomo, Maribel, Recio, Albert y Serrano, M. (2003): *Tiempos, trabajos y flexibilidad: una cuestión de género*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Martínez Soto, A. P. (2003): “La voz silenciada. Sindicalismo jornalero femenino, negociación y dinámica salarial en el área vitícola del sureste español (1914-1936)”. En Sarasúa y Gálvez (ed.), op. cit.
- Martínez Veiga, Ubaldo (1995): *Mujer, trabajo y domicilio*. Barcelona: Icaria.
- Martínez, Ana (2005): “Filmar la vida”. En José Miguel Marinas (coord.), *Ética del espejo. Investigaciones sobre estilos de vida*. Madrid: Síntesis, 72-83.
- Martineau, Harriet (1962): *Society of America*, Garden City, N. York, Doubleday [original: 1837].
- Maruani, Margaret (1991): “La construcción social de las diferencias de sexo en el mercado de trabajo”. *Revista de Economía y Sociología del Trabajo*, 13-14.
- Marx, Karl (2007): *El capital. Crítica de la economía política*. Libro 1, Tomo III. Madrid: Akal.
- (1980): *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI [original: 1859].
- (1974): *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*. Barcelona: Grijalbo. [original de
- Matute, Ana María (1986): *Primera memoria*. Barcelona: Círculo de Lectores [original: 1960].
- Mauss, Marcel (2009): *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz [original: 1923-1924].
- (1968): “L’expression obligatoire des sentiments”. En *Essais de Sociologie*. París: Minuit, 81-88.
- McLaughlin, Janice (2003): “The ethics of care”. En: *Feminist social and politics Theory. Contemporary debates and dialogues*. Londres: Palgrave, Macmillan, 70-90.
- (1997): “An ethic of care: A Valuable Political tool?”. *Politics*, 17 (1), 17-23.
- Méda, Dominique (2002): *El tiempo de las mujeres. Conciliación entre vida familiar y profesional de hombres y mujeres*. Madrid: Narcea.
- Meil, Gerardo (2011): *Individualización y solidaridad familiar*. Barcelona: La Caixa.

- (2003): *Las uniones de hecho en España*. Madrid: CIS.
- (1998): “Sociología de la familia en España, 1978/1998”. *REIS*, 83: 179-215.
- (1997): “La participación masculina en el cuidado de los hijos en la nueva familia urbana española”. *Papers*, 53, 77-99.
- (1995): “La postmodernización de la realidad familiar española”. *Documentación Social*, 98, 25-37.
- , García Sainz, Cristina, Luque, M. Ángeles y Ayuso, Luis (2007): *El desafío de la conciliación de la vida privada y laboral en las grandes empresas*. Madrid: Fundación General de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Merton, Robert K. (1970): “Estructura social anomia: revisión y ampliación”. En R. Nanda (ed), *La familia*. Barcelona: Península, 1970 (el capítulo es una reedición revisada y ampliada de un artículo publicado en 1938, por primera vez, en la *American Sociological Review*, 3).
- (1949): *Teoría y estructuras sociales*. México: FCE.
- Meulders-Klein, Marie T. y Thèry, Irene (comps.) (1993): *Les recompositions familiales aujourd'hui*. París: Nathan.
- Meyers, Diana y Feder Kittay, Eva (1987): *Women and Moral Theory*. Savage: Rowman & Littlefield.
- Michel, Andrée (1974): *Sociología de la Familia y del Matrimonio*. Barcelona: Península.
- Miranda, María Jesús / Marín Palomo, María Teresa / Legarreta, Matxalen (coord.) (2008): *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26(2). Monográfico sobre “Domesticación del trabajo”.
- Mitchell, J. (1969): *Social Network in Urban Situation*. Manchester: Manchester University Press.
- Mill, John Stuart (2005): *El sometimiento de las mujeres*. Madrid: EDAF [original: *The Subjection of Women*. Londres: Longmans, Green, Reader, and Dyer, 1869].
- y Taylor, Harriet (2001): *Ensayos sobre la igualdad sexual*. Madrid: Cátedra [original: 1869].
- Millet, Kate (1995): *Política sexual*. Madrid: Cátedra [original: 1966].
- Mincer, Jacob (1962): “Labor force participation of married women: a study of labor supply”. En H.G. Lewis (ed.), *Aspects of labor economics*. NBER, Princeton University, 63-105.
- Mingione, Enzo (1993): *Las sociedades fragmentadas*. Madrid: Ministerio del Trabajo y la Seguridad Social.
- Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2005): *El libro blanco de la dependencia*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Miranda, María Jesús, Martín Palomo, María Teresa y Marugán, Begoña (2009): *Amor, razón, violencia*. Madrid: La Catarata.
- y Marugán, B. (2008). Breve Genealogía del Grupo de Investigación Feminismo y Cambio Social. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26 (2), 159-161.
- Mogey, J. M. (1956): *Family and Neighbourhood*. Oxford: Oxford University Press.
- Mol, A., Moser, I., et al., (Eds.) (2010): *Care in Practice On tinkering in clinics, homes and farms*. Bielefeld: Transcript.
- Molina Petit, Cristina (1994): *Dialéctica feminista de la Ilustración*. Barcelona: Anthropos.

- Molinier, Pascale (2013): *Le travail du care*. París: La Découverte, 27-39.
- (2010): “Auguste Comte et le génie féminin ou le roman d’une «fatale concurrence»”. En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París
- (2009): “De la maltraitance en régime de gestion hostile”. En M. Jouan y S. Laugier (coord.), *Comment penser l’autonomie? Entre compétences et dépendances*. París, PUF.
- (2008): “Trabajo y compasión en el mundo hospitalario”. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 26 (2), 121-138.
- (2005): “Le care à l’épreuve du travail. Vulnérabilités croisées et savoir-faire discrets”. En Patricia Paperman y Sandra Laugier (eds.): *Le souci des autres, éthique et politique du care*. París: EHESS/Raisons Pratiques, 299-316.
- , Laugier, Sandra y Paperman, Patricia (2009): “Introduction”. En P. Molinier, S. Laugier y P. Paperman (dir.), *Qu’es-ce que le care?* París: Payot, 7-31.
- Molyneux, Maxine (1994): “Más allá del debate sobre el trabajo doméstico”. En Borderías *et al*, 111-149 [original: 1979].
- Moller Okin, Susan (1989) *Justice, gender and the Family*. Nueva York: Basic Books. S. L.
- (1982): “Philosopher Queens and Private Wives: Plato and Women and the Family”. En Jean Bethke Elshtain (comp.), *The Family in Political Thought*. Amherst: The University of Massachusetts.
- Montaño, Sonia (2007): “El sueño de las mujeres: democracia en la familia”. En Arriagada, Inma (coord.), *Políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros*. Santiago de Chile: CEPAL, 77-91.
- Montigny, Edgar André (2011): El declive del cuidado familiar de las personas mayores en Ontario en el siglo XIX realidad o ficción”. En Carrasco, Borderías y Torns (ed.), 177-198.
- Mora, Enrico y Pujal, Margot (2010): “Los conceptos de cuidado, provisión, y servicio como herramientas de análisis de las relaciones de género. Una propuesta teórica”. Ponencia X Congreso Español de Sociología. Pamplona, 1-3 julio 2010.
- Morant, Isabel (2002): *Discursos de la vida buena. Matrimonio, mujer y sexualidad en la literatura humanista*. Madrid: Cátedra.
- y Bolufer, Mónica (1998): *Amor, matrimonio y familia. La construcción histórica de la familia moderna*. Madrid: Síntesis.
- Moreno, Luís (2003): “Bienestar mediterráneo y ‘supermujeres’”. Documento de Trabajo 03-09, Unidad de Políticas Comparadas (CSIC), por cortesía del autor.
- (2001): “La «vía media» española del modelo de bienestar mediterráneo”. *Papers*, 63-64, 67-82.
- Morton, P. (1971): “A Woman’s Work is Never Done”, en E. Altbach (Ed.), *From feminism to liberation*. Cambridge: Shankman Publishers.
- Mosse, C. (1995): *La mujer en la Grecia clásica*. Madrid: Nerea.
- Moya, Carlos (2004): “Notas sobre el nacional-catolicismo”. En J. Díez Nicolás *et al*, *Reflexiones sociológicas. Homenaje a José Castillo Castillo*. Madrid: CIS: 1173-1182.

- (1972): “Familia e ideología política”. En VVAA, *Las ideologías en la España de Hoy*. Madrid: Seminarios y Ediciones, 85-109.
- Müller-Lyer, Franz Carl (1930): *La familia*. Madrid: Revista de Occidente [traducido al castellano por Ramón Gómez de la Serna].
- Muñoz, Olatz (1996): “La problematización del trabajo doméstico familiar”. En C. Brullet y P. Carrasquer (comp.), *Sociología de las relaciones de género. Congreso de Sociología, Granada, 1995*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Muñoz, María Luisa (2003): “Hombres, mujeres y latas: la segmentación laboral en la industria de conservas de pescado”. En Sarasúa y Gálvez (ed.), *¿Privilegios o eficiencia?, Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante: 279-303.
- Muñoz Terrón, José María (2012), “Cuidar del mundo. Labor, trabajo y acción «en una compleja red de sostenimiento de la vida»”, *Isegoría*, 47, 461-480.
- (2010): “Responsividad y cuidado del mundo. Fenomenología y ética del *care*”. *Dáimon. Revista de Filosofía*, 49, 35-48.
- (2007): “La constitución de un saber práctico en el marco de la vida política”. Tema 1 de la asignatura Ética, Curso 2007-2008. Facultad de Humanidades. Universidad de Almería. (Mimeografiado por cortesía del autor).
- Murillo, Soledad (2006)
- (2003): Para formar personas autónomas, hay que compartir el cuidado”. *Emakunde*.
- (1995): "Espacio doméstico: el uso del tiempo". En Tobío y Denche (Eds.), *El espacio según el género, ¿un uso diferencial?* Madrid:, DGM.
- Muxel, Anne (1996): *Individu et mémoire familiale*. París: Nathan.
- Nadel, F. S. (1957): *Theory of Social Structure*. Glencoe, IL, Free Press.
- Nakano Glenn, Eveling (2009): “Le travail forcé: cityenneté, obligation statutaier et assignation des femmes au care”. En P. Molinier, S. Laugier y P.Paperman (dir.), *Qu’es-ce que le care?* París: Payot, 115-131.
- (2000): “Creating a care community”. *Contemporary Sociology*, 29, 84-94.
- Näre, Lena (2011): “The Moral Economy of Domestic and Care Labour: Migrant Workers in Naples, Italy”. *Sociology*, 45 (3), 396-412 .
- Narozky, Susana (2001): “El afecto y el trabajo: la nueva economía, entre la reciprocidad y el capital social”. *Archipiélago*, 48.
- (1995): *Mujer, mujeres, género. Un aproximación crítica al estudio de las mujeres en las Ciencias Sociales*. Madrid: CSIC.
- Nash, Mary (2010): “Maternidad y construcción identitaria: debates del siglo XX”. En G. Franco (ed.), *Debates sobre la maternidad desde una perspectiva histórica (siglos XVI-XIX)*. Barcelona: Icaria.
- (2000): “Maternidad, maternología y reforma eugénica en España, 1900-1939”. En Duby y Perrot (dir.), *Historia de las Mujeres. Vol 5. El siglo XX*. Madrid: Taurus, 687-708.
- (1996): “Pronatalismo y maternidad en la España franquista”. En G. Bock y P. Thane (eds.), *Maternidad y políticas de género*. Madrid: Cátedra.

- (1993): “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX”. En Georges Duby y Michelle Perrot (dir.), *Historia de las Mujeres. El siglo XIX*. Madrid: Taurus, 613-623.
- Navarro, Fernando A. (2000): *Diccionario crítico de dudas inglés-español de medicina*, MacGraw Hill-Interamericana, Madrid.
- Nave-Herz, Rosemarie (ed.) (2002): *Family change and intergenerational relations in different cultures*. Würzburg, Ergon Verlag.
- Naville, Pierre (1954): *La vie de travail et ses problèmes*. Paris: Armand Collin.
- Nielfa, Gloria (2003): “Trabajo, legislación y género en la España contemporánea: los orígenes de la legislación laboral”. En Sarasúa y Gálvez (ed.). op. cit.,
- Niethammer, Lutz (1990): “¿Para qué sirve la memoria oral?”. *Historia y Fuente Oral*, 2, 3-25.
- Noddings, Nel (1984): *Caring: A Feminine Approach to Ethics and Moral Education*. Berkeley: University of California Press.
- Nuño, Laura (2009): “El empleo femenino en España y en la Unión Europea”. *Revista de Investigaciones Feministas*, 1.
- Nurock, Vanessa (2010): “Avant-propos. Et si les poules avaient des dents?”. En Carol Gilligan et l'éthique du care. París: PUF.
- Nussbaum, Martha C. (2007): *Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre la exclusión*. Barcelona: Paidós.
- (2003): *La terapia del deseo: teoría y práctica en la Ética Helenística*. Barcelona: Paidós.
- (2002a): “Amor, cuidados y dignidad”. En Nussbaum, M. C. *Las Mujeres y el desarrollo humano*. Barcelona: Herder, 321-322.
- (2002b): “Human Functioning and Social Justice. In defense of Aristotelian Essentialism”. En N. Naffine (ed.), *Gender and Justice*. Aldershot: Ashgate Daurmount, 223-268.
- Oakley, Ann (1972): *Sex, Gender and Society*. London: Temple Smith.
- Oakley, Ann (1974a): *Housewife*. London: Allen Lane.
- Oakley, Ann (1974b): *The Sociology of Housework*. London: Martin Robinson.
- Oakley, Ann (1980): *Women Confined: Towards a Sociology of Childbirth*. Oxford: Martin Robertson.
- Oakley, Ann (1989): ‘Women’s Studies in British Sociology: To End at Our Beginning’, *The British Journal of Sociology*, 40 (3), 442-470.
- OCDE (1993): *Conducir el cambio estructural. El papel de las mujeres*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- O’Connor, Julia (1996): *From Women in the Welfare State to Gendering Welfare State Regime*. *Current Sociology*, 44 (2).
- (1993): “Gender, Class and Citizenship in the Comparative Analysing of Welfare State Regimes: Theoretical and Methodological Issues”. *British Journal of Sociology*, 44(3), 501-18.
- Ogg, Jim y Bonvalet, Catherine (2004): “Les enquêtes sur l’entraide familiale en Europe”. *Recherches et Prévisions*, 7, 77-85.

- Oliva, Asunción (2005): “La teoría de las mujeres como clase social: Christine Delphy y Lidia Falcón”. En C. Amorós y A. de Miguel (Eds.), *Teoría Feminista: de la Ilustración a la globalización. Del feminismo liberal a la postmodernidad*, Tomo 2. Madrid: Minerva.
- Oliver, Mike (1996): *Understanding Disability. From Theory to Practice*. Londres: Macmillan Press.
- ONU (2006): *Guía para la elaboración de estadísticas sobre el empleo del tiempo para medir el trabajo remunerado y no remunerado*. Nueva York: Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, División de Estadística, Naciones Unidas.
- Orloff, Ann Shola (1993): “Gender and the Social Rights of Citizenship: The Comparative Analysis of Gender Relations and Welfares States”. *American Sociological Review*, 58 (3), 303-328.
- Ortega Gaspar, Marta (2011): *Los cuidados de los hijos y el género*, Pamplona.
- Ortega y Gasset, José (1940): *Estudios sobre el amor*. Madrid: Revista de Occidente.
- Osborne, Raquel (1987): “Simmel y la « cultura femenina » (Las múltiples lecturas de unos viejos textos)”. *REIS*, 40.
- Ostner, Ilona y Lewis, Jane (1994): *Gender and the evolution of European social policies*. Center for European Studies
- Otero, Luís (1999): *La Sección Femenina*. Madrid: EDAF.
- Overbye, Dennis (2005): *Las pasiones de Einstein*. Barcelona: Lumen.
- Pahl, R. (1991): *Divisiones del trabajo*. Madrid: Ministerio de Trabajo.
- Palacios, Luís (2001): *Reflexiones sobre la España de fin de siglo*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.
- Paperman Patricia (2013): *Care et sentiments*. París: PUF.
- (2010): “La voix différente et la portée politique de l'éthique du care”. En Vanessa Nurock (dir.), *Carol Gilligan et l'éthique du care*. París: PUF.
- (2005): “D’une voix discordante: désentimentaliser le care, démoraliser l’éthique”. En Molinier, Paperman y Laugier (dir.), *Que’est-ce que le care?* París: Payot.
- (2005): “Les gens vulnérables n’ont rien d’exceptionnel”. En Paperman y S. Laugier (dir.), *Le souci des autres, éthique et politique du care*. París: EHESS/Raisons Pratiques, 281-297.
- (2004): “Perspectives féministes sur la Justice”. *L’année Sociologique*, 54 (2), 413-434.
- y Laugier, Sandra (2005): “Présentation”. En Paperman y Laugier (eds), *Le souci des autres, éthique et politique du care*. París: EHESS/Raisons Pratiques, 9-22.
- Parella, Sonia (2003): *Mujer, inmigrante y trabajadora: la triple discriminación*. Barcelona: Anthropos.
- Parquer, Roy (1981): “Tending and social policy”, en E. M. Goldberg y S. Hatch (eds.), *A New Look at the personal social services*. Londres: Policy Studies Institute, 17-34. Documento de debate nº 4. (Citado por Carrasquer Oto, *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 31 (1), 2013, 91-113).
- Parreñas, Rhacel (2001): *Servants of Globalization: Woman, Migration and Domestic Work*. California: Stanford University Press.

- Parsons, Talcott (1976): *El sistema social*. Madrid: Revista de Occidente [original: 1951].
- (1975): “The sick Role and the role of the psycian Reconsidered”. Milbank Memorial Fund Quartely/Health and Society, LIII (3).
- y Bales, R. F. (en colaboración con James Olds, Morris Zelditch Jr. y Philip E.Slater) (1955): *Family, Socialization and Interaction Process*. Glencoe: Free Press.
- , Bales, R. F y Shils, Edward A. (1973): “El movimiento de fases en relación con la motivación, la formación de símbolos y la escritura de roles”. En *Apuntes sobre la teoría de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu [original: 1953].
- Passeron, Jean Claude (2011): *El razonamiento sociológico. El espacio comparativo de las pruebas históricas*. Madrid : Siglo XXI [2006].
- (1989): “Biographies, flux, itinéraires, trajectoires”. *Revue Française de Sociologie*, 31 (1), 3-22.
- Pateman, Carol (1996): “Críticas feministas a la dicotomía público / privado”. En Castells, C. (Comp.), *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona: Paidós, 31-52.
- (1989): *The Disorder of Women*. Cambridge Polity Press
- Pautassi, Laura (2007): *El cuidado como cuestión social desde un enfoque de derechos*. Santiago de Chile: CEPAL, Unidad Mujer y Desarrollo.
- Pharo, Patrick (2004a): “Présentation”. *L’Anne Sociologique*, 54 (2), 321-326.
- (2004b): “L’Enquête en Sociologie Morale”. *L’Anne Sociologique*, 54 (2), 359-388.
- (2004c): *Morale et sociologie*. París: Gallimard.
- (2001): *La logique du respect*. París: Les Éditions du Cerf.
- Pedrero, Mercedes (2011): *Valor económico del trabajo doméstico en México, 2009. Aportaciones de mujeres y hombres*. Cuernavaca: CRIM.
- (2008): “Propuesta metodológica para medir y valorar el cuidado de la salud doméstico no remunerado”. En *La economía invisible y las desigualdades de género. La importancia de medir y valorar el trabajo no remunerado*. Washintong, D. C., OPS: 165-178.
- y Teresa Rendón, (2005): “Trabajo doméstico y extradoméstico en España y México en la era de la globalización”. VII Reunión de Economía Global, Congreso de Economía Feminista, *Las nuevas fronteras de la economía más allá del mercado*, UPV [mimeo por cortesía de Mercedes Pedrero].
- Pérez, G. (1998): *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza.
- Pérez Díaz, Víctor, Chulià, Elisa y Valiente, Celia (2000): *La familia española en el año 2000. Innovación y respuesta de las familias a sus condiciones económicas, políticas y culturales*. Madrid: Argenteria/Visor.
- Pérez-Fuentes, Pilar (2003a): “Ganadores de pan y amas de casa: Los límites del modelo de *Male Breadwinner Family*. Vizcaya, 1900-1965”. En Sarasúa y Gálvez, *op. cit.*: 216-237.
- (2003b): “La historia económica y social frente al trabajo femenino. Estado de la cuestión”. En Seminario “Balance y perspectivas de los estudios de las mujeres y del género”. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 236-244.
- Pérez Orozco, Amaia (2006): *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: CES.

- Perrot, Michelle (1989): "La familia triunfante". En Philippe Ariès y George Duby, *Historia de la Vida Privada. Tomo 4, De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Taurus, 99-109.
- (1978): "De la nourrice à l'employée. Travaux de femmes du XIX^e siècle". *Le Mouvement Social*, 4.
- (1976): "Femmes, genre et mouvement ouvrier en France aux XIX^e siècle". *Romanticisme*, 13-14.
- Petit, Emmanuel (2013): *L'économie du care*. París: PUF.
- Petrella, Francesca y Richez-Battesti, Nadine (2009): "Diversité des formes de gouvernance territoriale des politiques sociales et place des organisations d'économie sociale et solidaire: regards croisés sur les services de Care en Europe". *Pôle Sud*, 3 (2), 25-40.
- Pfefferkorn, Roland (2010): "Émile Durkheim et l'unité organique de la société conjugale". En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 40-63.
- Phillips, A. (2013) *Our Bodies, Whose Property?* Princeton: Princeton University Press, (Ch. 3 'Bodies for Rent: The Case of Commercial Surrogacy')
- [Available as an E-book: http://encore.lib.warwick.ac.uk/iii/encore/record/C__Rb2679342]
- Pinchbeck, Ivy (1930): *Women workers and the Industrial Revolution, 1750-1850*, Londres: Frank Class.
- Picchio, Antonella (2011): "La reproducción social y la estructura básica del mercado laboral". En Borderías et al, 2011, op. cit [original: 1981].
- (1999): "Visibilidad analítica y política del trabajo de reproducción social". En Carrasco, C. (ed.), *Mujeres y economía*. Barcelona: Icaria, 201-242 [original: 1996].
- (1994): "El trabajo de reproducción, tema central en el análisis del mercado de trabajo". En Borderías et al, op cit., 451-490.
- (1992): *Social Reproduction: the Political Economy of the labour market*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992.
- Pitrou, Agnès (1996): "Les femmes entre l'état et la famille". *Les Cahiers du Mage*, 3, 65-68.
- (1995): "Le mythe de la famille et du familial". En J. C. Kaufmann (comp.), *Faire ou faire faire? Famille et services*. Rennes: PUR
- (1977): "Le soutien familial dans la société urbaine". *Revue Française de Sociologie*, XVIII, 80-82.
- Platón (1996): *La República o El Estado*. Madrid: Espasa Calpe.
- Platzer, E. (2006): "From Private Solutions to Public Responsibility and Back Again: The New Domestic Service in Sweden". *Gender & History*, 18, 211-221.
- Plummer, Ken (2006): "Prólogo a la edición española de el campesino polaco en Europa y en América. Investigación humanística y El campesino polaco". Madrid: CIS.
- Polanyi, K. (2007) *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Buenos Aires: FCE. [original: 1944].

- Poulain de la Barre, François (2007): *De l'Égalité des deux sexes, discours physique et moral où l'on voit l'importance de se défaire des préjugés*. París: Fayard [original: 1673].
- Precarias A La Deriva (2004): *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Prieto, Carlos (2007): "Del estudio del empleo como norma social al de la sociedad como orden social". *Papeles del CEIC*, Vo. 2007/1, nº 28, CEIC; Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.edu.es/CEIC/pdf/28.pdf>.
- (1999): "Crisis del empleo: ¿Crisis del orden social?", en Miguelez y Prieto (dir. y coord.), *Las relaciones de empleo en España*, Madrid, Siglo XXI.
- , Ramos, Ramón y Callejo, Javier (coords) (2008): *Nuevos tiempos del trabajo. Entre la flexibilidad competitiva de las empresas y las relaciones de género*. Madrid: CIS.
- Prieto, Lucía (Ed.): *Encuadramiento femenino, socialización y cultura en el franquismo*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga.
- Puga, Lola y Abellán, Antonio (2004): *El proceso de discapacidad. Un análisis de la Encuesta Sobre Discapacidades, Deficiencias y Estado de Salud*. Madrid: Fundación Pfizer.
- Ramos Palomo, María Dolores (2011): "El género: su influencia en las formas de pensar la historia", en Oscar D. Marcenado (coord.), *La cambiante situación de la mujer en Andalucía*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, 27-51.
- (dir.) (1998): *La medida del mundo. Género y usos del tiempo en Andalucía*. Sevilla: Instituto Andaluz de la Mujer.
- Ramos, Ramón (2007): "Metáforas sociales del tiempo en España: una investigación empírica". En C. Prieto (ed.), *op. cit.*, 173-204.
- (1996): "Los saberes del patriarca: Émile Durkheim y el suicidio de las mujeres". En Durán.
- (1994): "El trabajo de la mujer desde la perspectiva del uso del tiempo". En Montañés *et al.* (eds). *El trabajo desde una perspectiva de género*. Madrid: Consejería de Presidencia/DGM.
- (1990): *Cronos Dividido. Uso del tiempo y desigualdades entre mujeres y hombres en España*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Rapoport, Anatol (1957): "A contribution to the theory of random and biased nets". *Bulletin of Mathematical Biophysics*, 19, 257-271.
- Rapoport, Rhona y Rapoport, Robert (1971): "Funciones familiares y funciones de trabajo". En Michel Anderson (selec.), *Lecturas Sociología de la Famili.*, Mexico: FCE, 249-274.[extracto de "Work and Family in contemporary society". *American Sociological Review*, 30, 1965, 381-394]
- (1969): "The dual career family". *Human Relations*, 22 (1), 23-30.
- Razavi, Shahra (2007): *The Political and Social Economy of Care in a Development Context. Conceptual Issues, Research Questions and Policy Options*, Gender and Development, Programme Paper Number 3. Switzweland: UNRISD.
- Reher, David S. (1997): *La Familia en España: pasado y presente*. Madrid: Alianza.
- Reid, Margaret (1934): *Economics of household production*. Nueva York: John Wiley.

- Rendón, Teresa (2003): *Trabajo de Hombres y Trabajo de Mujeres; en el México del Siglo XX*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Requena, Félix (1994): “Redes de amistad, felicidad y familia”. *REIS*, 66, 73-89.
- Rich, Adrienne (1996): *Nacemos de Mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Cátedra.
- Richmond, Kathleen (2004): *Las mujeres en el Fascismo español. La Sección Femenina de la Falange 1934-1959*. Madrid: Alianza.
- Riesgo Ménguez, Luís y Pablo de Riesto, Carmen (2006): *La familia. Ideas claras sobre la institución más valorada por los españoles*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Ritzer, George (2001): *Teoría Sociológica moderna*. Madrid: McGrawHill / Interamericana de España [Quinta edición].
- Rivas, Ana María (1999): “Solidaridad intergeneracional: ¿quién depende de quién?, ¿quién ayuda a quién?”. *Sociología del Trabajo*, 36, 109-131.
- Rivera Navarro, Jesús (2001): *Redes Familiares en el cuidado del anciano con demencia: análisis evolutivo de un estudio poblacional*. Madrid: CES.
- Roca y Girona, Jordi (2003): “Esposa y madre a la vez. Construcción y negociación del modelo inicial de mujer bajo el (primer) franquismo”. En Nielfa (ed.), *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política, cultura*. Madrid: Editorial Complutense
- (1996): *De la pureza a la maternidad. La construcción del género femenino en la posguerra española*. Madrid: Ministerio de Educación y Cultura.
- Rohde, D. (1994): “Feminist and the State”. *Harvard Law Review*, 107, 1181-1208.
- Rodríguez, Arantxa (2006): “El tiempo de trabajo en la CA de Euskadi”. En EUSTAT, Encuesta de Presupuestos de Tiempo. 2003. Donostia-San Sebastián, Vitoria-Gasteiz: Monográficos, EUSTAT.
- Rodríguez, Pilar (2008): “El trabajo en las sociedades posmodernas: un puzzle temporal sin solución según las trabajadoras de fin de semana”. En P. Rodríguez (ed.), *Mujeres, trabajos y empleos en tiempos de globalización*. Barcelona: Icaria, 245-250.
- Rodríguez, José Luís (2000): *Historia de la Falange Española de las JONS*. Madrid: Alianza.
- Rogero, Jesús y Martín Coppola, Eva (2010): “El tiempo de trabajo de las cuidadoras inmigrantes de personas mayores”. *Alternativas*, 17, 181-199.
- Rossi, Alice (1973): “The first women sociologist: Harriet Martineau”, *Feminist Papers: from Adams to Beauvoir*, N. York, Columbia University Press.
- Romañach, Javier y Lobato, Manuel (2005): «Diversidad funcional, nuevo término para la lucha por la dignidad en la diversidad del ser humano», Foro de Vida Independiente. Disponible en: <http://www.forovidaindependiente.org/node/45> .
- Roussel, Louis (1995): “La solidaridad intergeneracional. Ensayo de perspectivas”. *REIS*, 70, 11-24.
- (1989): *La famille incertaine*. París: Odile Jacob.
- (1987): “Deux décennies de mutations démographiques (1965-1985) dans les pays industrialisés”. *Population*, 3.
- Rousseau, Jean Jacques (1983) *Emilio o la educación*, Barcelona: Bruguera [original: 1762].

- Rubio, Ana (1995): "Rousseau: el binomio poder-sexo". *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 31, 147-167
- Rubio, Fanny (1982): "El trabajo doméstico y sus vinculaciones con las relaciones de reproducción. Diez años de un debate". En Conde (comp.), *Familia y Cambio Social en España*. Madrid: CIS.
- Ruddick, Sandra (1989): *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace*. Nueva York: Basic Books.
- Ruíz Franco, R. (2003): "La situación legal: discriminación y reforma". En Nielfa (ed.), *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política, cultura*. Madrid: Editorial Complutense, 117-144.
- Sainsbury, Diane (1996): *Gender, Equality and Welfare States*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (ed.) (1999): *Gender and Welfare State Regimes*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (ed.) (1994): *Gendering Welfare States*. Londres: Sage.
- Salazar Parreñas, Rachel (2001): *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*. Stanford: Stanford University Press.
- Sánchez Muñoz, Cristina (2003): "Las exclusiones de la ciudadanía: revisiones desde la teoría feminista contemporánea". En Seminario «Balance y perspectivas de los estudios de las mujeres y del género». Madrid: Instituto de la Mujer, 15-34.
- Santos Juliá (1999): *Un siglo de España. Política y sociedad*. Madrid: Marcial Pon.
- Sarabia, Bernabé (1985): "Historias de vida". *REIS*, 29, 165-186.
- Saraceno, Chiara (2004): "¿Qué derechos y obligaciones, qué tipos de recursos? Visiones de la ciudadanía a través del prisma del género". Congreso Internacional SARE 2004 ¿Hacia qué modelo de ciudadanía? Bilbao 10 y 11 de noviembre.
- (1997): "Family Change, Family Policies and the Restructuring of Welfare". En *Family, Market and Community: Equity and Efficiency in Social Policy*. París: OCDE, Social Politics Studies, 21, 81-100.
- (1995): "Familismo ambivalente y clientelismo categórico en el Estado de Bienestar italiano". En Sarasa, S. y L. Moreno (eds.), *El Estado del Bienestar en la Europa del Sur*. Madrid: CSIC, 261-288.
- (1990): "La estructura temporal de las biografías". *Historia y Fuente Oral*, 2, 41-49.
- (1988): *Sociologia della famiglia*. Bolonia: Il Mulino.
- Saralegui, J. (1997): "Proyecto del Instituto Nacional de Estadística para la encuesta europea de empleo del tiempo en España (EET) EUROSTAT". *RIS*, 18, 193-204.
- Sarasa, Sebastián y Moreno, Luís (eds.) (1995): *El Estado de Bienestar en la Europa del Sur*. Madrid: CSIC.
- Sarasúa, Carmen (1994): *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid: Siglo XXI.
- Sarribe, Graciela (1995): "La solidaridad en familias atípicas". *Papers*, 45, 43-56.

- Sassoon, A. Showstack (1987): "El nuevo papel social de las mujeres: contradicciones del Estado de Bienestar". En *Las mujeres y el Estado*. Madrid: Vindicacion Feminista, 185-220.
- Savater, Fernando (1991): *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel.
- Schlesinger, B. (1970): "Family Life in the kibbutz of Israel: Utopia or Paradise Lost". *International Journal of Comparative Sociology*, II (4),
- Scott, Joan W. (1992): "Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista". *Debate Feminista*, 5, 85-104 [original: 1988].
- (1990): "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En J. Melang y M. Nash (eds.), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnánim, 23-56 [original: 1986].
- (1989): "La mujer trabajadora en el siglo XIX". En G. Duby y M. Perrot, 405-435.
- Schopenhauer, Arthur (1998): "Las mujeres". En *El amor, las mujeres y la muerte*. Barcelona: Edicomunicación.
- Sección Femenina de FET y JONS (1956): *Formación Familiar y Social*. Madrid: Industrias Gráficas Magerit (cuarta edición).
- (1949): *Higiene y medicina casera*. Madrid: Afrodisio Aguado.
- Secombe, Wally (1973): "El trabajo doméstico en el modo de producción capitalista". En *El ama de casa bajo el capitalismo*. Barcelona: Anagrama, 47-90 [original: 1974].
- Segalen, Martine (1992): *Antropología histórica de la familia*. Madrid: Taurus.
- Serra, Màrius (2008): *Quieto*. Barcelona: Anagrama.
- Setien, María Luisa (1998): "Género y cuidados a las personas en el espacio doméstico". *Inguruak. Revista de Sociología*, 22;
- Sevenhuijsen, Selma (1998): *Citizenships and the Ethics of Care: Feminist Considerations on Justice, Morality and Politics*. Londres: Routledge.
- Shakespeare, Tom (2000): "The Social relations of Care". En Fineman y Karpin (ed.), *Mothers in Law. Feminist Theory and the Legal Regulation of Motherhood*. Nueva York: Columbia University Press, 52-65.
- Shorter, Edward (1977): *Naissance de la famille moderne*. París: Le Seuil.
- Simmel, Georg (2001): "Fragmento sobre el amor". En *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península, 69-85.
- (1999): *La cultura femenina y otros ensayos*. Barcelona: Alba [original: esta edición recopila artículos publicados entre 1905 y 1911].
- (1998): "On the Sociology of the Family". *Theory, Culture & Society*, 15 (3-4): 283-293 [original: 1895].
- (1977): *Sociología, Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Edición en 6 tomos de la Revista de Occidente. 1926-1927 [Original: 1908; traducción de José Ortega y Gasset].
- Simonazzi, Annamaria (2009): "Care Regimes and National Employment Models". *Cambridge Journal of Economics*, 33, 211-32.

- Schwartz, Ruth (2011): “La ‘revolución industrial’ en el hogar: tecnología doméstica y cambio social en el siglo XX”. En Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (eds), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*. Madrid: Catarata, 97-115.
- Sgritta, Giovanni B. (1997): “Solidarité étatique versus solidarité familiale. La question des générations”. En J. Commaille y F. Singly (dir.), *La question familiale en Europe*. París: L’Harmattan, 201-220.
- Sojo, Ana (2007): “Estado, mercado y familia: el haz del bienestar social como objeto de política”, en Arriagada, Inma (coord.), *Políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros*. Santiago de Chile: CEPAL, 157-170.
- Spencer, Herbert (s.d.): *Las inducciones de la sociología y las instituciones domésticas*. Madrid: La España Moderna [circa 1900] [original: 1876].
- (s.d.): *La moral de los diversos pueblos y la moral personal*. Madrid: La España Moderna. [ca. 1900]
- Spiro, Melford E. (1987): “¿Es universal la familia?”. En VVAA, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Barcelona: Anagrama, 50-73.
- Stone, Lawrence (1990): *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra 1500-1800*. México: FCE [original: 1977].
- Stone, D. (2000) 'Caring by the book', en M. Harrington Meyer (ed.) *Care work: Gender, class and the welfare state*. Nueva York: Routledge.
- Suárez, Liliana (2004): “Transformaciones de género en el campo transnacional. El caso de mujeres inmigrantes en España”. *La Ventana*, 20, 293-331.
- Schütz, Alfred (2002): *Construcción significativa del mundo social*. Barcelona: Paidós.
- (1995): *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- y Luckmann, T. (1977): *La estructura del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Tarkowska, Elzbieta (1989): “Diferenciación de estilos de vida en Polonia: generación y sexo”. *Historia y Fuente Oral*, 5, 47-70.
- Terrail, J. P. (1995): *La dynamique des générations*. París: L’Harmattan..
- Terrén, Eduardo (1997): “Crítica de libros”. *Sociológica* 2, 165-166.
- Théry, Irène (1996): *Le mariage: Justice et vie privée*. París: Odile Jacob.
- Thiebaut, Carlos (1987): “Los valores morales en la familia española”. En Beltrán, García Ferrando et al, *Estudio de la Familia Española*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 125-130.
- Thompson, Paul (1993): “Historias de vida en el análisis del cambio social”. En Marinas, J. L. y Santamarina, C. (ed.), *Historia Oral: métodos y experiencias*. Madrid: Debate, 65-81.
- Thomas, Carol. (2007): *Sociologies of Disability and Illness, Contested Ideas in Disability Studies and Medical Sociology*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- (1993): “De-constructing Concepts of Care”. *Sociology*, 27 (4), 649-669 [publicado en castellano en Borderías et al, 2011: 145-176].
- Thomas, William Isaac y Znaniecki, Florian (2006): *El campesino polaco en Europa y en América*. Madrid: CIS [original: 1918-1920].

- Tilly, Louise y Scott, Joan W. (1978): *Women, Work and Family*. Nueva York: Holt, Rinehart and Wiston.
- Tobío, Constanza (2010): *Abuelas y abuelos en la red familiar*. Sevilla:, Instituto de Estadística de Andalucía/Consejería de Economía, Innovación y Ciencia.
- (2008a): “Presentación”. Monográfico *las nuevas formas familiares del siglo XXI, Política y Sociedad*, 45 (2),
- (2008b): “Redes familiares, género y política social en España y Francia”. *Política y Sociedad*, 45 (2).
- (2005): *Madres que trabajan*. Madrid: Cátedra.
- (2001): “En Espagne, la *abuela* au secours de mères actives”. En Attias-Donfut, C. y Segalen, M., *Le siècle des grands-parents*. París: Autrement, Collection Mutations, 210, 102-115.
- (1999): “Solidaridad y cambio entre generaciones de mujeres”. En Ortega, M., Sánchez, C. y Valiente, C., *Género y ciudadanía: revisiones desde el ámbito privado*, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer: XII Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- , Martín Palomo, María Teresa y Fernández Cordón, Juan Antonio (2003), *Investigación cualitativa como fase previa al diseño del cuestionario*. En línea <http://www.juntadeandalucia.es:9002/Redesfamiliares/docs/InvestigacionCualitativa.pdf>. [Fecha consulta: 27.07.2011].
- , Agulló Tomás, M^a Silveria / Gómez, M^a Victoria / Martín Palomo, M^a Teresa (2010): *El cuidado de las personas. Un reto para el siglo XXI*, Fundación La Caixa, Colección Estudios Sociales núm. 28. Barcelona. Disponible on line: http://multimedia.lacaixa.es/lacaixa/ondemand/obrasocial/pdf/estudiossociales/vol28_completo_es.pdf [Consulta 20.1.2012]
- Toboso, Mario y Guzmán, Francisco (2010): “Cuerpos, capacidades, exigencias funcionales... y otros lechos de Procusto”. *Política y Sociedad*, 47 (1) 67-83.
- Tocqueville, Alexis de (1978): *La Democracia en América*. México: FCE [1835 y1840]
- Tomas, Willian I. y Thomas, Dorothy S. (1928): *The Child in America: Behavior Problems and Programs*. N.York: Knof (cfr. Macionis y Plumer, 1999).
- Tönnies, Ferdinand (1947): *Comunidad y Sociedad*. Buenos Aires: Losada [original: 1887].
- (1946): *Principios de Sociología*. México: FCE [original: 1931].
- Todd, Emmanuel (1988): *L'invention de l'Europe*. París: Seuil.
- Torns, Teresa (2008): “El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género”. *Empiria, Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 15, 53-73.
- (2001): “El tiempo de trabajo de las mujeres y la vida cotidiana: los límites de la conciliación”. Comunicación presentada en el VI Congreso Español de Sociología. Grupo de Trabajo: Sociología del Tiempo, Sesión 2º, Tiempo, Vida Cotidiana y relaciones de género.
- (2000): Paro y tolerancia social de la exclusión: el caso de España”. En Maruani *et al* (eds.), op. cit., 2000, 311-326.
- , Borrás, Vicent, y Carrasquer, Pilar (2003/2004): “La conciliación de la vida laboral y familiar: ¿un horizonte posible”. *Sociología del Trabajo*, nueva época, 50, 111-137.

- , Borrás, Vicent, Carrasquer, Pilar y Roca, C. (2002), *El estudio de la doble presencia: una apuesta por la conciliación de la vida familiar y laboral (informe de investigación)*, QUIT, Dpto. Sociología- Instituto de la Mujer, Bellaterra.
- Torregrosa, José Ramón (1984): “Emociones, sentimientos y estructura social”. En J.R. Torregrosa y E. Crespo (eds.), *Estudios básicos en psicología social*. Madrid: Hora-CIS, 185-199.
- Trat, Josette (2010): “Friedrich Engels: De la propriété privée à l’assujettissement des femmes”. En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 318-329.
- Trebulce, Elías (1997): “Estudio preliminar”, de Ibn Jaldún, México: FCE, 9-30.
- Townson, Nigel (2004): “Qué habría pasado si Carrero Blanco no hubiera muerto a mano de ETA en 1973?” en N. Townson (Dir.), *Historia Virtual de España (1870-2004)*. Madrid: Taurus, 251-296.
- Trifiletti, Rossana (1999): “Southern welfare regimes and the worsening position of women”. *Journal of European Social Policy*, 9 (1), 49-64.
- , (1998) 'Restructuring Social Care in Italy', en J. Lewis (ed.), *Gender, Social Care and Welfare State Restructuring in Europe*. Aldershot: Ashgate.
- Trinidad, Antonio, Carrero, Virginia y Soriano, Rosa María, (2006): *Teoría Fundamentada. «Grounded Theory»*. La construcción de la teoría a través del análisis interpretacional. Madrid: CIS, Cuadernos Metodológicos.
- Tronto, Joan (2009b): “Care démocratique et démocraties du care”. En P.Molinier, S. Laugier y P.Papernman (dir.), *Qu’es-ce que le care?* París: Payot, 35-55.
- (2009a): *Un monde vulnérable. Pour une politique du care*. París: La Découverte [original: *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*. Londres: Routledge, 1993]
- (2004): “Cuando la ciudadanía se cuida: una paradoja neoliberal del bienestar y la desigualdad”. Ponencia Congreso Internacional SARE 2004 ¿Hacia qué modelo de ciudadanía? [Disponible on line: http://www.sare-emakunde.com/media/anual/archivosAsociados/Tronto.J_04_es.pdf [Consulta 11.1.2012]]
- (1987): “Beyond Gender Difference to a Theory of Care.” *Signs, Journal of Women in Culture and Society*, 12 (2), 644-663.
- Unamuno, Miguel de (1969): *La tía tula*. Biblioteca básica Sa lvat: Barcelona [1921].
- Ungerson, Claire (2006): 'Care, work and feeling', en L. Pettinger, J. Parry, R. F. Taylor y M. Glucksmann (eds.) *A New Sociology of Work?* Oxford: Blackwell Publishing/The Sociological Review.
- (2003): “Commodified Care Work in European Labour Markets”, *European Societies*, 5 (4), 377-396.
- (1999): “Personal Assistants and Disabled People: an Examination of a Hybrid Form of Work and Care”. *Work, Employment & Society*, 13 (4), 583-600.
- (1990): *Gender and Caring: Work and Welfare in Britain and Scandinavia*. Londres: Harvester Wheatsheaf.

- (1995) 'Gender, Cash and informal care: European Perspectives and Dilemmas', *Journal of Social Policy*, 21 (1), 31-52.
- (1983): "Why do women care? En J. Finch y D. Groves (eds.), *A Labour of Love: Women, Work and Caring*. Londres: Routledge and Kegan Paul, 31-49.
- Valcárcel, Amelia (1997): *La política de las mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Valiente, Celia (2003): "Las políticas para las mujeres trabajadoras durante el franquismo". En Nielfa (ed.), *Mujeres y hombres en la España franquista: Sociedad, economía, política, cultura*. Madrid: Complutense, 145-178.
- (1997): "¿Algo más que ganadores de pan?: El papel de los hombre en el ámbito familiar en España (1975-1996)". RES, 79.
- Valles, Miguel S. Corti, Louise, Tamboukou, Maria y Baer, Alejandro (2011): *Qualitative Archives and Biographical Research Methods*, Monográfico publicado en *Forum: Qualitative Social Research*, 12 (3).
- Van der Kaa, D. J. (1987): "Europe's Second Demographic Transition". *Population Bulletin*, 41 (1), 1-57.
- Van Dijk, Teun A. (2000): *Estructuras y funciones del discurso*. México: Siglo XXI Editores, [véase: 58-76].
- Van Hooren, Franca J. (2012): "Varieties of migrant care work: Comparing patterns of migrant labour in social care". *Journal of European Social Policy*, 22 (2), 133-147.
- Vandelac, Louisse (1994): "La economía doméstica a la salsa mercantil... o las variaciones monetarias del trabajo doméstico". En Borderías et al, op. cit., 161-180.
- Varela, Julia (1999): "Mater familias. Modelos clásicos de sociología del género: F. Engels y E. Durkheim". *Política y Sociedad*, 32, 173-188.
- Varikas, Eleni (2010): "Max Weber, la cage d'acier et les dames". En Chabaud-Rychter, Danieelle, Descoutures, Virginie, Devreux, Anne-Marie y Varikas, Eleni (dir.), *Sous les sciences sociales, le genre. Relectures critiques, de Max Weber à Bruno Latour*. París: La Découverte, 373-389.
- (1999): "Extensión ou redefinition de la citoyenneté? Les ruses de la loi Générale et de la loi particulière". En Hufton, O. y Kravaritou, Y. (eds.), *Gender and the Use of Time*. Holanda: Klumer Academic Publishers, 371-390.
- Veblen, Thorstein (1974): *Teoría de la clase ociosa*. México: FCE [original: 1899].
- Vega, Cristina (2009): *Culturas del cuidado. Espacios, sujetos e imaginación en una sociedad de inmigración*. Barcelona: UOC.
- Vincent, Bernard (2001): "Presentación". En Francisco Chacón y Joan Bestard (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra.
- Vilar, Pierre (1979): *Historia de España*. Barcelona: Grijalbo [original: 1963].
- Villarós, Teresa (1998): *El mono del desencanto*. Madrid: Siglo XXI.
- Waerness, Kari (1996): "Sobre la racionalidad del cuidado". En S. Sassoon (ed.), *Las mujeres y el Estado*. Madrid: Vindicación Feminista, 241-272 [original: 1984].

- (1978): “The invisible welfare state: women’s work at home”. Suplemento de *Acta Sociológica*, 21, 193-208.
- Walker, Alexis J. y Thompson, Linda (1983): ‘Intimacy and Intergenerational Aid and Contact Among Mothers and Daughters’, *Journal of Marriage and the Family*, 45, 841-849.
- Waring, Marilyn (1994): *Si las mujeres contaran; una nueva economía feminista*. Madrid: Vindicación Feminista [original: 1988].
- Watson, N., Mckie, L., Hughes, B., Hopkins, D., & Gregory, S. (2004): “(Inter)Dependence, Needs and Care: the potential for disability and feminist theorists to develop an Emancipatory model”. *Sociology*, 38(2), 331-350.
- Watts, Duncan J. (2005): *Seis grados de separación. La ciencia de las redes en la era del acceso*. Barcelona: Paidós.
- Watzlawick, P. Beavin, J. y Jackson, D. (1971): *Pragmática de la comunicación humana*. Barcelona: Herder.
- Weber, Max (1998): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península [original, 1901].
- (1979): *Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva*. México: FCE, 1979 (traducción de José Medina, Juan Roura Parella, Eugenio Imaz, Eduardo García Márquez y José Ferrater Mora para la primera edición en castellano de 1944) [original: 1922].
- Weber, Marianne (1999): “Esposa y madre en el desarrollo jurídico”. *Política y Sociedad*, 36, 190-193 [original: *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung*, Eine Einführung, Tübingen, Mohr, XVI-571: gr- in 81; publicada en *L’Année Sociologique*, vol XI, 1906-1909: 363-369].
- Williams, Fiona y Gavanas, Anna (2008): “The Intersection of Childcare Regimes and Migration Regimes: a Three-Country Study”. En Lutz, H. (ed.), *Migration and Domestic Work*. Aldershot: Ashgate, 13-28.
- Willens, D. (1989): “Lenguaje escrito y lenguaje oral”. *Historia y Fuente Oral*, 1, 97-105.
- Wollheim, Richard (2006): *Sobre las emociones*. Madrid: La Balsa de la Medusa
- Wollstonecraft, Mary (1994): *Vindicación de los derechos de la mujer*. Madrid: Cátedra [original: 1792].
- Wood, Jones Bryn (1984): “Qualifications tacites, division du travail et nouvelles Technologies”, *Sociologie du travail*, XXVI (4), 407-421.
- Young, Iris M. (2000): *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Cátedra.
- (1996): “Vida política y diferencia de grupo: una crítica del ideal de ciudadanía universal”. En Carme Castells (comp.), *Perspectivas feministas en teoría política*. Barcelona: Paidós, 99-126.
- Young, Michael y Wilmott, Peter (1975): *La familia Simétrica, un estudio sobre el trabajo y el ocio*. Madrid: Tecnos [original: 1973].
- (1957): *Family and Kinship in East London*. Middlesex, Maryland: Penguin Books.
- Willmott, Peter y Michael Young (1960): *Family and Class in a London Suburb*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Wilson, Adrian (1985): *Family*. Londres: Routledge.

- Zaretsky, Eli (1976): *Capitalism, the Family and Personal Life*. Nueva York: Harper & Row.
- Zimmerman, Mary K., Litt, Jaqueline S. y Bose, Christine E. (2006): *Global dimensions of gender and carework*. Palo Alto CA: Stanford University Press.
- Zomeño, Amalia (2011): “Sociedad, familias e individuos en al- Andalus”. En Francisco Chacón y Joan Bestard (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra, 35-80.
- (2000): *Dote y matrimonio en al-Andalus y el Norte de África. Estudio sobre la jurisprudencia islámica medieval*. Madrid: CSIC.
- Zontini, Elisabetta (2009): *Transnational families, migration and gender: Moroccan and Filipino women in Bologna and Barcelona*. Berghahn Books.
- Zweig, F. (1952): *Woman's life and labour*, London: Victor Gollancz.

ABSTRACT AND CONCLUSIONS

Care in family. A study by three generations of women in Andalusia

DISSERTATION

AUTHOR María Teresa Marín Palomo

ADVISOR Constanza Tobío

DEPARTMENT *Análisis Social*

UNIVERSITY *Carlos III de Madrid*

ABSTRACT: This report on the PhD dissertation has intended giving an answer to the question about how it is possible that, even though women have changed their role in the society, especially in the public sphere, their status in the domestic-family realm in regards to care giving has barely changed at all. It has been researched how to know the way in which the families manage to give response to the care needs of their members, the justifications that make possible that the transmission of skills, competences and know-how, as well as the responsibility of care, keeps on relying on women of different generations. This thesis has focus with specific attention to the moral dilemmas that are presented to the families when giving response to the care needs of their relatives, and to their own needs of care, the role that emotions play in these processes, as well as how public policies play a role in building different models of care giving. For this purpose an introduction has been set on the state of the question of the most current theoretical debates working around care issues, as a frame to present the evidence produced in the outcome of a fieldwork of ethnographic type, developed in the province of Seville. The report has been organized in two parts: the first one, which includes chapters one to five, where the theoretical and methodological frames of the dissertation are displayed; a second, which includes chapters six to eleven, includes the qualitative analysis and the general conclusions of the performed research. To be able to study in depth other aspects that define care and makes it colourful and full of sense, it is necessary to reach another type of theoretical and methodological approaches, as those that provide, on the one hand, Sociology of Morality and of Emotions, and on the other, the empirical investigations performed with the tools Microsociology provide. This double perspective, that of Sociology of Emotions and Sociology of Morality, has proved to be especially adapted for the analysis of the ethnographic material compiled in the field work with the one that has thought to search and to interpret how knowledge and competences on care are transmitted among different generations of women, as well as care's moral responsibility.

XI. CONCLUSIONS

This report on the PhD dissertation has intended giving an answer to the question about how it is possible that, even though women have changed their role in the society, especially in the public sphere, their status in the domestic-family realm in regards to care giving has barely changed at all. It has been researched how to know the way in which the families manage to give response to the care needs of their members, the justifications that make possible that the transmission of skills, competences and know-how, as well as the responsibility of care, keeps on relying on women of different generations. This thesis has focus with specific attention to the moral dilemmas that are presented to the families when giving response to the care needs of their relatives, and to their own needs of care, the role that emotions play in these processes, as well as how public policies play a role in building different models of care giving. For this purpose an introduction has been set on the state of the question of the most current theoretical debates working around care issues, as a frame to present the evidence produced in the outcome of a fieldwork of ethnographic type, developed in the province of Seville. The report has been organized in two parts: the first one, which includes chapters one to five, where the theoretical and methodological frames of the dissertation are displayed; a second, which includes chapters six to eleven, includes the qualitative analysis and the general conclusions of the performed research.

The research begins with a genealogical approach to the sociology of care giving in the family. This approach has not tried to be a sort of historical research, and neither it has been meant to produce an exhaustive or detailed interpretation of the most emblematic figures of the discipline or the theories that these postulate. Taking into account that every theory is related to a given specific social context, and to a certain moment of development of knowledge, certain topics, approaches and concerns in the origins of the Western thought had already been identified, and developed in the 19th century, they still are valid at the beginning of the 21st century. The most important classic authors have been reinterpreted, tracing how the topic of care appears at the origins of the discipline, and a critical review has been performed with a gender perspective of those more acknowledged, or even more lectured, in the social sciences. This brief glimpse has been framed to those authors who have marked the evolution of the Sociology in Spain, whether it may have been because of their direct influence or for having helped to create schools of thought, also taking into account that in their writings they address important questions on social sciences. The above mentioned proofreading finds a tradition of thought, in other words, it weighs to search to which extent the contemporary sociological theories extract from the classic works, either in a conscious or unconscious way, useful instruments of knowledge in order to analyze the family changes that have been identified from the decade of the 1960s, being the epicentre among those related with care. First of all, the work of some of the most significant thinkers from Western tradition has been checked, starting with the platonic ideas in the classic Greece. Secondly, there has been an exploration of the heritage the founding masters in the beginnings of sociology, time in which the family turns into an object of scientific research, since the second half of the 19th century, thanks to authors as Engels, Comte or Durkheim, who start considering the family to be a social institution with a specific history. In the third place, some of the contributions have been observed in relation to the already consolidated discipline, especially the works that are developed after the First World War, moment in which there is a coincidence of an important development of empirical investigations

impelled by the School of Chicago, and the heyday of the Functionalist studies with Talcott Parsons in the USA. In this itinerary the most relevant contributions have been identified in the current Sociology field, with regard to care giving and, for it, we have examined how the family institution is understood and the way in which this institution has changed along History. Finally, we have accounted the way in which care emerges as a central topic in Family Studies, especially those developed with a gender approach. This new era is taking form since the 1970s of the hand of both the Critical Sociology and the Gender Studies, as well as of the contributions of other social sciences; new perspectives are open in both fields and different and new problems appear, that they will provide a major complexity to the analysis of care, simply on having to study the diverse roles men and women occupy in the families. This research also emphasizes the importance that the dialogue with other disciplines has-especially with Anthropology or History- as in contrast to Economy or Psychology; the first ones have allowed us to introduce a Constructivist perspective in the study of care in the family realm.

In the first chapter care in the family has been studied with a genealogical approach, as there has been a gender perspective reading of the issue. This brief itinerary could not arrive to a more disheartening outcome; regardless it was foreseeable, considering the conclusions that these first pages throw. Sociology is a social science that has been built over foundations that certainly already were corrupted and, in this sense, the whole responsibility does not correspond neither to the founding scientists nor to those who started the important work of consolidating the discipline as a science, since the first thinkers, on whom these scientists based to prepare their theories, were already dragging a view that makes invisible and normalizes at the same time the care, reducing its value for the social life. After these premises, when Sociology becomes institutionalized in Spain it was not realistic to expect anything substantially different, as the subdiscipline is focused on the analysis of the family: Sociology of the Family finds its maximum splendour in the gloomiest years of Franco's regime. Nevertheless, it is necessary to notice, that in this way of knowledge building of a consolidated discipline, not everything has been misogynous or with low scientific content. There are just a few, but important authors and authoresses, who can be seen as visionary and, really, authentic social scientists, since their view has been wider on knowledge search and on social justice (or searching it), than for the narrow naturalistic lenses of that era, marked by their social position of class or gender. These authors have been named as the authentic founders of this another subdiscipline that well might constitute Sociology of Care. Some of them have been noticeable, as the most advanced François Poulain de la Barre, Friedrich Engels, Harriet Martineau, Marianne Weber, Harriet Taylor, John Stuart Mill, to the most conservative Frédéric Le Play. It has been made clear, in this first chapter, how such a matter that is vital for the development of human life, for the maintenance of the social bounds, as care is, started as having an almost absolute invisibility or, in case of being somehow evident, has been naturalized as part of the feminine identity, and of the attributions made to women by the sexual division of labour in the family and in the society, to enjoy an increasing presence in the most recent sociological research. Also the critical sociology, the anthropology, demography and history have had much that to do in this emergence of care as a hot research topic in the 21st century.

In the second chapter we have carried out a review of the debate on care given in family circles from the moment in which it starts, to be researched with a gender perspective and, therefore, not being attributed any longer to Essentialism or a Naturalistic adscription of

the domestic and feminine realms. In this paragraph we have described how the studies on care giving have been organised in the domestic-family realms, around three basis of investigation that support multiple connections among them: the first basis, in which the activities performed in the domestic space are analyzed from the perspective of a work; the second basis, which starts at the interrelation between the jobs performed in the family and the professional settings; and a third basis centred on the consideration of the specificity of the care work. Not a progressive linear vision nor an homogeneous-making one of the intellectual tradition about care have been displayed, in the same way that we cannot speak of an argumentative progression, since that would mean that every proposal has been invalidated by the newer ones, when it is rather a question of approaches that dialogue among them and are nurtured one from each other, and therefore, they cannot be seen as exclusive, since the dividing lines among them are not clear. The first of the basis has its origin in the Sociology of Work and in the Economy, specifically in the Marxist studies on domestic work, and has been a source of sociological research for several decades, when some social scientists initiated a break with the concept of work prevailing at that time. The second basis comes from the studies performed at the Sociology of the Family and the Sociology of Time, with its openings towards, and interrelations with, the family policies and the employment policies. The third basis grows in a new field, which is care, and is nourished in addition to the previous ones with the moral and political Philosophy and with the Psychology of cognitive and moral development. In this second chapter a brief review of the theoretical and analytical bases that have backed the different approaches of care research as a sociological object has been performed. I have started with the first attempts to conceptualize domestic work, towards the development of a concept of care, that endorsed by the Anglo-Saxon tradition, and more recently by the French one, has produced great interest in specialists in welfare policies and, despite the absence of an agreement to define it, it seems to have a good reception, also in the academic circles. This progression has been in such a way that in the course of several decades we have gone from claiming the domestic tasks as a work, to a situation in which care, that has been also claimed to be a kind of job, has generated a specific field of investigation.

In the third chapter the bases on which care has been built as a research field along the last decade have been introduced, although an agreement still needs to be reached to define what is care. In the last decades there has been a wide and diverse amount of studies on care, where theoretical oppositions and different discipline approaches coexist. (Garrau and Le Goff, 2012). The incorporation of care to academic knowledge has taken place throughout different routes across its admission and recognition has been searched as a specific object, with its own field in the sociological discipline. In this paragraph it is underlined that there is a certain agreement about care as a job, and that it is also a fundamental activity, but the most classic definitions have proved to be excessively restricted. Simultaneously the wide definitions have turned out to be too generic and, consequently, it is an ambiguous territory, from the specific denomination of the object of study: care, caring about, care giving work, or jobs on care giving... An approach to the notion of care from the field of the sociology implies checking what this approach bears at a theoretical level, which analytical implications it has, and what features intersect it. Here we considered that care is more than a theory a perspective of analysis, which has transversal vocation, among social spaces and among disciplines. It has been argued that the perspective of «care giving is work», one of the most journeyed paths to create a Sociology of Care, is not the only one nor the most relevant one to tackle the topic of this discipline. And in this

sense, a lot of theoretical producing remains to be performed; it is a task that must be linked to different approaches of empirical studies. The relational and invisible features, as its transversal feature and the enormous complexity of the dimensions operating in care, make it a very slippery research realm, especially from the perspective of work. Nevertheless, care giving implies a big quantity of work and, generally, much of it is usually performed in domestic environments, among family relations, done only by women, although in the context of the family relations it is initially defined as a duty or an obligation that is acquired because of habit or out of affection (as H. Graham wrote, 1983).

For the sake of more clarity, we have considered necessary to delimit here what Care means: we considered that the most pertinent of the definitions is the formulated by Berenice Fisher and Joan C. Tronto in 1990, as it is the widest and most inclusive one. Starting at this definition, Tronto will define Care as a process that perpetuates the common world (2009a). In fact, for the plurality and diversity of meanings that it encloses, and the blurred contours it presents, it is usual to find in the specialized literature published in Spanish that, more than to speak about "*cuidado*" (care) they speak of "*cuidados*" (the cares), maybe in a more political than scientifically sound approach, to stress the plurality, diversity and enormous variety of practices of care existing in our society. We have chosen to use both: the expression in singular, to allude to care in general, in an abstract sense, whereas in plural it has been used to name or describe the specific care performances, and in case both meanings could be in the same concept as ambiguous as care is, "*cuidado*" in singular has been chosen. Some authors writing in Spanish have proposed to always use the word *care* in English, which allows to cross this difficulty and also to notice its political dimension, as happens with French readings of the Anglo-Saxon articles on care. This PhD aspirant herself proposed it in some previous papers (Martín Palomo, 2009, 2011). But, being the term equally polysemous, it would constitute, in certain way, a loss to leave behind a extensive denomination that exists in Spanish for an emergent field of studies. In this sense, the doctoral dissertation report has decided to make explicit this nominal and conceptual care topic with the hope to gain clarity. With the idea of structuring the debates on the topic, I have followed the proposal of Claude Martin, who establishes three levels of discussion (2008), that keep a close relation with the affiliations that M. T. Letablier presents in one of the first publications in Spanish that shows a global map of studies on care (2007). The first level corresponds with the philosophical and moral debate concerning the care ethos, which is questioned by the philosophical and moral essentials care giving of others, questioning the existence of a specific feminine morality. The second level, which is fixed on a stricter sociological realm, analyzes the practices of care, the social categories and the positions and attitudes of the individuals in this specific type of social relation. The third level of discussion refers to the set of different reflections in the field of the public policies. In this approach to its research, care has been revealed as a useful perspective, with a massive critical potential. Mary Daly and Jane Lewis think that care defines a field of research, with its actors, institutions, forms of relationship (1998, 2000), placed in the intersection of families and public policies, and is linked with citizenship issues. A field that has been built progressively from the observation of daily practices that show the complexity and multidimensional coverage (and of the definition) of the needs of the people, who lead to raise that it would be more suitable to speak about *intrinsic dependency*, as Carol Gilligan proposed in one of her first papers (1982).

The time use surveys allow us to make operational the notion of care, in means of the time dedicated to different activities, emphasizing that there are important gender and generational differences of time use, especially when there are people who need care with special dedication are family, allowing us to identify with great visibility the material aspects of care. In contrast, to be able to study in depth other aspects that define care and makes it colourful and full of sense, it is necessary to reach another type of theoretical and methodological approaches, as those that provide, on the one hand, Sociology of Morality and of Emotions, and on the other, the empirical investigations performed with the tools Microsociology provide, as underlined in the fifth chapter. This double perspective, that of Sociology of Emotions and Sociology of Morality, has proved to be especially adapted for the analysis of the ethnographic material compiled in the field work with the one that has thought to search and to interpret how knowledge and competences on care are transmitted among different generations of women, as well as care's moral responsibility. The concept of care gets enriched with an approach that includes affective and moral questions at the same time that material ones, while care, as Gilligan (1982) underlined, action (and worries) are mobilized more due to responsibility towards others than because of a duty. Nevertheless, the latter approach is less developed in the field of Sociology, perhaps for the difficulties this discipline has presented from its origins to study the emotions in social life (Hochschild, 2008), as well as the negligence in the heyday years of the big theories, of the need to study moral questions, or how the morality interlaces with affections, without which the action would not be possible.

People's welfare is reached from a complex assembly of resources, generally obtained across the market, linked with the services obtained from the systems of social protection and with the contribution of families. That is why in chapter four it is underlined that when analyzing social welfare, it is not possible to separate the state from it, which can have a leading role in guaranteeing the mentioned welfare, from the market and from the families. In fact, Mary Daly and Jane Lewis have emphasized that care treatment is revealed as key to understand how the Welfare State (from now on, WS) is displayed now (2000, 1998). The comparative studies of social policies start putting its focus on care, being this the principal aim of social services and which coverage influences to a great extent the autonomy advance of different social groups of women.

Policies as a set of measures or performance tools, that try to acknowledge and support the role that the families are supposed to fulfil, have an enormous direct or indirect incidence on the forms and types of family relations. Along the history, the family has been an explicit or implied, direct or indirect object of political actions. In the past, the family policies have been featured by defending the family as an institution, with one only and never changing model, which constantly was seen in risk of being in crisis. Nevertheless, for several decades, the speeches have swapped from a family as a way to obtain welfare, to focusing to the satisfaction of the needs of all their members, as well as to respect individual rights. Gender studies make clear that family is an inseparable part of the structures of the WS, that the family systems are complex and involve economic, moral, cultural and religious aspects. The types of WS stand out as they can be classified from other perspectives that consider to such aspects as the types of family that are contemplated in their design, for encouraging or not degrees of autonomy for women, the singular combinations of care tasks families perform, the market or the public services. I also have thought of the *family implicit contract*, that is to say whatever governs the relationships between sexes, in terms of rights

and duties (Goldani, 2007). This contract, now broken by the social, economic, demographic and cultural changes, is supported, nevertheless, as an ideal, in the design of family oriented public policies, as it takes for granted female altruism, and has forgotten the complex feature of family solidarity, its tensions and negotiations among its members. Those tensions and conflicts in family relations are set in an unequal frame of power, which can have a negative aftermath, as mistreatment. Also the concept of citizenship has been a focus of an intense debate in regard to care. One of the most critical voices against the conventional neutrality of "*citizen*" has been that of Carole Pateman (1996), as she claims that women have joined the state, not as citizens but as family members, making clear that the domestic-family feature of care has served as an excuse to exclude women from citizenship rights. From now on, the fundamental aim will be to contribute to the topic building of care as a public problem, aim of policies. Visibility is desired to be reached, and also to be valued by its contribution to the social welfare by means of knowledge production and the discussion and spread of argumentations and proposals. It is proposed that care should be included in the political agenda, as it happened decades ago with the work and family life reconciliation, in order to achieve more equality between genders, generations and different social strata. In fact, the form in which a society tackles the problems related to care has important consequences for the gender equality: whether it is an increase in the capacities of women and men, or it is the reduction of women under traditional functions that link them with certain models of femininity and of motherhood. It has been underlined that the way in which care is carried out is indissolubly linked to other structures of inequality such as race, social class, place of origin, among other factors. (Razavi, 2007).

Many studies have emphasized that in Spain, as in other countries of Southern Europe, we are witnessing a situation of fragile balance, in which care related needs are attended because of intergenerational family solidarities (of women chiefly), linked with the market access and the insufficient coverage that public services provide (Tobío *et al.*, 2010). The countries of Southern Europe are defined with a model of *family-centred* welfare state, where the levels of social expenditures are low (Trifiletti, 1999). Spain, in particular, is a country characterized from what it been named as a *extreme family centred* model, based on the direct coverage of a very important part of care by the families themselves, which actually means that welfare among families is sustained by their women, fundamentally across intergenerational solidarity. Nevertheless, as the status of the women in our society has changed, this model does not work any longer. Among other reasons because there is an intensive process of defamilialization (Esping Andersen, 2007), in which the market, fundamentally across the female migratory flows proceeding from poorer countries or with less recognition of rights, is acquiring a new leading role. But before the difficulties indicated to assure the care coverage that seems to be approached in a not very distant future, the challenge of finding new forms of sharing care arise. In this sense, public policies must address the challenge of giving an equitable response to the diverse situations the families are faced, or at least compensating them as much as possible, encouraging solidarity and equality (Nussbaum, 2002a).

How do the interviewed women experience these processes? The speeches of the interviewees have shouting out loud very "banal" aspects of everyday life, learnt by intuition, assumed as theory ... but that hardly are uttered. The perception of care appears in specific, singular terms, as was defined by Seyla Benhabib's theories (see third chapter). One of the most outstanding conclusions has to do with the importance that the interviewees name the

responsibility in the care of other members of their family when they are addressed to the notion of "must do" that impregnates their speech when they refer to the role that others can play in the care of their family members, in that case they express it in terms of "duty". In other words, the axiom remains formulated this way: the interviewed women feel they are called to take care as they are perceived as those in charge, whereas other members of their families, from the point of view of the interviewees, will be addressed only from a duty point of view. The action of taking care is motivated by the responsibility towards the others that share their affection bonds. Before I have referred how the affective and moral aspects are interwoven when dealing with care. Actually, there are multiple overlaps between both aspects in the way that know-how and competences on care are transmitted from some women to other in the families. Moreover, the affections are in the substratum reproducing the care "must" in the feminine lines of affiliation. It is very difficult that a person stops taking care when she feels responsible for the welfare of other. As the interviewees describe it, men turn out to be mobilized to take care of their relatives out of their duty, and therefore, they will only be pushed to action when they have no other alternative left, especially in the case of elderly people. When taking care of their progeny, this speech on the duty for men is starting to be overturned: women of the third generation interviewed emphasize how men feel responsible, as they spend very much more time with their sons and daughters than their own fathers and grandfathers did, and know much more about their care needs. The negotiation on care practices and responsibilities between men and women are very complex, because these are interwoven by positions on instinct, and the naturalization of taking care and the affection that supposedly nature "programmed" for those who take care: the mothers "are always there", taking care on logistics (they organize clothes, prepare everything for the bath... they take charge of the youngest care when the father has other obligations, managing it as they can, beyond fatigue and their own needs). Nevertheless, it would be necessary to carry out a study on masculine lines of affiliation to know something more on the way in which men experience these changes.

The specific way, in which three generations of women studied feel impelled to be caregivers, has a narrow relation with the weight of a model of femininity, the nineteenth-century model, re-formulated by the Falange party creators, a model of intensive dedicated motherhood, sacrificial and blissful that was built in the cultural setting of Franco's regime. Decades after it was achieved by other European countries in our more immediate geographical and cultural environment, the Spanish women lead the same silent revolution that characterized the developed industrial countries in the second half of the 20th century, and has to do with their participation in the public sphere, concretely in education and in the formal labour market. In Spain, and in Andalusia, it takes place since the 1970s, being the most intense change from the second half of the 1980s. The consequences of the historical events in every personal life have a different impact according to the moment or the live phase in which each individual is, so it has been considered suitable to frame the narration of the interviewed, relating it to their living context. This is what has been done in chapter six. For this purpose, before starting the fieldwork, as well as during its development, documentation was checked on the historical periods in which the mentioned events took place, allowing framing the stories of the interviewed (for each one of the generations of the triad). This way, work has been done under a contextualized premise, which has been fundamental to understand their speeches and the generational changes they relate in regards to care. This necessity to include context in the qualitative analysis is not something new, as already the Chicago School in the 1920s reclaimed the reconsideration of the immediate

environments of the social interaction in the studies on the daily life, performed both in the USA and in Europe, showing with it its unavoidable relevancy. In the chapters six and seven some aspects of the above mentioned context have been addressed, taking into account the changes that have taken place in the cultural model along the 20th century and the speeches of the interviewed women on their environment, in order to integrate the global analysis in the cultural, political, economic and social contexts where these have lived. Changes that have been inserted in social processes linked with such cultural aspects as secularisation, individualisation, sexual freedom and an increased women's autonomy, as well as the development of the consumerist society and the transition to democracy. For this purpose, a brief itinerary has been carried out on those historical facts that have been more relevant due to their impact in their daily life, related to their identity often determined by the roles of wife and mother. Some of these transformations have been, to a great extent, so much derived of the impact of the women's struggle in their daily life as of that of the Feminist movements. The access to formal education and to the labour market supposed an enormous transformation in the life of women, especially for those coming from popular environments, and in the relationship that they maintain with the public sphere, and with the extra-family realm. To give a example of this enormous cultural change that has taken place, the information of the development has been checked *ad hoc* for this study of Family Networks Survey of Andalusia (ERF, *Encuesta de Redes Familiares*) taking in consideration three generations, as well as the testimonies of the interviewees, as regards to their access to formal education.

In the first third of the 20th century, the access to the education was very restricted for the popular classes, even for primary education. This educational deficit, in a scarcely developed society, sharpens with the contest and grows in the phase of reconstruction of a country devastated after the Spanish Civil War (1936-1939), which gets longer due to the isolated politics of the Franco's dictatorship, and for the Second World War. The chances of accessing basic education (to be able to read and write, at least) have changed radically: they have moved from a situation in which most of the women were illiterate, then scarcely attended a couple of years of schooling, or did not finish their primary studies, as happens with grandmothers, to other one in which most of the women has primary studies completed, as happens with the mothers, or secondary education and, even higher education, as happens with the granddaughters. Therefore, a generalization of the access to education for females of all the social groups has occurred, especially for those in the third generation studied. The few grandmothers who had managed to complete the first or second school cycle, belong to a small group, a social privileged one, with an environment provided with more economic and cultural resources. Already from the second generation studied, for all the social groups, the educational opportunities have increased, especially from the second half of the century, the access to primary and secondary education is general. For different social groups, a fundamental transformation takes place in the province of Seville: since the outrageous 34 per cent of illiterate grandmothers to 35.8 pc of the mothers who have finished their primary studies. In fact, the percentage of mothers who lack education or who are illiterate descends considerably, to a 7.5 per cent. Among the third generation the information is even more encouraging, since about 20 per cent of the granddaughters have finished University studies. It is clear that women's education starts being of much importance for all the social classes. Up to a point that, among the classes with more income, from being a mere ornament and a "just in case" title, it happens to be an object of a considerable economic familiar investment, that spans from a bilingual kindergarten education to the post-graduate level. Throughout the

20th century, we experienced an enormous advance, a qualitative jump, as the ERF shows, we are witnesses to the practical eradication of illiteracy among the granddaughters (0.9 per cent in Seville and 0.3 in Andalusia), the generalization of Secondary education (almost 30 per cent in Seville and 28 per cent in Andalusia), the undergraduate students increase (9.4 per cent in Seville and 11.7 in Andalusia) and *Licenciadas* (five years of higher education) degrees (9.9 per cent in Seville and 9.3 per cent in Andalusia), as well as the perceptible one, although still small, group of women who have achieved a PhD, being 0.5 in Seville and 0.1 in Andalusia.

In the final decades of the 20th century there is an intense cultural change that comes from the hand of a deep political and economic transformation in the Spanish society, that begins with the convulsed twenties, goes through a terrible civil war, the consolidation and the fall of Franco's dictatorship, and ends with the transition to a democratic system of government and with the integration in the European Union. The victory of the so-called National Front was final, without any pardon or possibility of conciliation with the defeated front. Total submission, jail or exiling were the only options: more than half a million Spaniards crossed the borders as an alternative to the physical elimination or prison. The Two Spains, about which the universal poet from Seville Antonio Machado would write, remain split after the Civil War, remain even more divided than ever immediately after the barbarism of those years. One way or another, the interviewed women placed without an option, in one of the two fronts; women who generally have showed great mistrust at the time of speaking about these years, state that the post-war period is the era of the mourning, of crying for the dead persons, for the exile, for the social, community and familiar ruptures, that the war and the later repression left. A History when the fear of saying, imposed by politics of ideological repression that marked that time, floods everything up to the present. The reconstruction of their own life story faces many difficulties when the interviewed are grandmothers, from the instability of the memory up to the silence become infested with fears, traces of the war, of the post-war period, and of a full loss of speech freedom. In addition to acknowledging this silence, many times also with their own silence when being interviewed, they report the difficulties that they suffered to manage to assure their own survival and that of their family, especially that of the youngest members.

During the first Franco period only single women and the married women who would need it for the subsistence of their own, turn out to be authorized to work as employees or in exchange for a remuneration that, in general, is quite low and considered as mere help for family economy. Even if it could be a necessary contribution for their survival, the social climate of the time keeps on giving legitimacy to a model based on the economic support of the male provider who, in the circumstances of post-war period, is not enough for the most impoverished families. But, even in this moment in which the participation of the women in paid occupations reaches the lowest rate in the statistical history of our country, many are employed in family companies, at the field, at other households, or work for money at their homes, although the above mentioned works have remained invisible in the official calculations (as it has being noted in the chapter two). In the first years of the decade of the seventies, the signs of change are visible in the cultural model, among them we may underline: the fall of fecundity, the gradual incorporation of women to higher education, or the more and more constant participation of middle class women in the labour market without interrupting their professional itineraries, because of marriage or motherhood. Up to

the time of *desarrollismo* those years, the household was solving many of the needs of their own members. Family economy, as the national one, in most homes, was one of subsistence.

In the interviews the enormous change that supposes for the daily life being provided some utilities in their homes as tap water, electricity or even a washing machine is described, as it also is the new services that were generalized by the development of the consumerist society. The market offers each time a larger range of products, to who can pay them, which is turning households into units of consumption, from the simplest products, the wet mop, an extremely simple gadget, which was an authentic national revolution for the domestic hygiene, to the most sophisticated, as the electrical appliances that cook alone as a multicooker, at the same time that the daily life grows with an increasingly frantic rhythm. Also the legislation opens new labour possibilities for women, impelling a qualitative change in their participation in the population defined as "active". But the quantitative change will have still to wait for a time. The only professions accepted for women are those that have relation somehow with the "symbolic motherhood", such as education, nursing or social assistance; or jobs in offices. These would be the first professional niches for middle class women who were inserted, from the 1970s, in the formal labour market. In the middle of the 1980s, this quantitative increase will grow even more in means of professional diversification.

Once Franco died, the transition appeared to be relatively calm, with no trail against the dictatorship, without questioning how the big new fortunes of the country were obtained or how the old economic oligarchies were reinforced. The entire country wanted to leave behind the remnants of poverty and of ignorance, Franco period was closed with a bang, and Spain fixed its eyes in Europe. The steps from Franco's dictatorship to the democracy is marked by legal and cultural changes that make possible an increased participation and visibility of women in the social life, a wider access to equality and education rights, and therefore, to more autonomy. Finished the Franco's era, although the participation of egalitarian form of men and women in tasks of domestic responsibilities and of care is gaining momentum in opposition to the previous model of gender hyper-specialization, both the studies on time use, as the studies on work and family reconciliation (Tobío, 2005, 2003a, 1998) make clear that it is about of activities what keeps on being performed fundamentally by women. Obviously, these facts have a negative aftermath, derived from the difficulty of making compatible a remunerated job with the domestic work and care, as well as the situation of overwhelming overload that the double working day / double presence implies when a family member cannot combine their presences, the imbalance that this fact produces unleashes many conflicts and tensions in family relationships, as well as in the quality of life of their members, especially among women.

In chapter seven some aspects of the context have been addressed centring the analysis on the changes that take place in women's participation in the labour market, and taking the interviewed speeches as a reference on the above mentioned changes. The current concept of work at present goes back to the process of industrialization, when the employment happens to be practically the only activity designated as work, which implies that other forms of work remain secret or are downsized. All this has been confirmed in the field work developed since, leading to a need to review of the concept of work, from the analysis of how this definition has evolved throughout last century, to be able to tackle from a wide perspective the works performed by the interviewed women. In some regions of

Andalusia, in a long portion of the 20th century, both in the rural areas and in cities, women performed multiple market-related occupations. In the fields, they worked as *jornaleras*, or collecting crops in a daily basis, gathering potatoes or olives, selling their products on the market, as wet-nurses, serving in houses, working as seamstresses or performing another type of works linked to the new industry; for instance, they cleaned hostels, as is the case of one of the grandmothers interviewed. In the first decades of the 20th century women of popular sectors still work as wetnurses, chiefly in rural areas, several histories have been found on this matter, so much of grandmothers who count as their mothers, and themselves in some case, have used other women to breast-feed their children (and also the other way round). But these activities, accepted and allowed, were defined more as an extension of their domestic duties than as work and, as consequence of it, a great part of the above mentioned activities have been ignored, even for their own daughters.

Important changes have taken place on the labour market throughout last century in the frame of a process of modernization that has displayed very different rhythms, with periods of stagnation (post-war period and the first Franco period) and others of intensive change (especially in the last third of the 20th century). Furthermore, in this context, also throughout the 20th century, job creation has been moving from the market economy towards the public sector and, later on, towards the informal economy. The latter, to a great extent, is increasingly constituted by different work forms, and flexible employments. If we check comparing sectors of activity, generally speaking, the previous century has crossed three different stages: a first one that had a progressive loss of employments in agriculture and in the mining sector, accompanied by the industry heyday; a second stage, in which takes place an employment fall in manufacture and in the construction sectors, with a growth of the sector services, basically in the public sector; and a third stage, which is characterized by a widespread and progressive decrease of the industrial employment with stagnation, or even decrease of the public sector, while the employment and work conditions are increasingly flexible. The first period is the context for the work performed by the researched grandmothers, especially for the elder that developed their remunerated occupation especially in agriculture, with a high degree of informality in their labour conditions, or in the industry, textile or food industries, with more rights, but with equally low remunerations and scarce recognition of their qualification. The second period is the labour context experienced by some of the youngest grandmothers as well as of most of the interviewed mothers. The women who are employed at the manufacturing industries, after taking care of their children, who immediately after their birth temporarily quit the labour market, see that an important part of these industries have disappeared or are disappearing, and that they are not qualified enough for working in a similar position. This is the generation nearest to the model of the *male breadwinner* that gives support to the Fordist model of employment. The third period is the labour context of the daughters and granddaughters. This is a context of market segmentation, of employment flexibility and precariousness. In general, women occupy professional low categories, have more precarious forms of being hired, lower income, and less continuity in their jobs: that is to say, it is the sector of population who suffers with more intensity the effects of the progressive deregulation and of the flexibility of the labour market.

In practice it has turned out to be very difficult to clearly identify the individual itineraries of many of the women of the first generation, in other words, the grandmothers, especially those of popular classes, due to the subsistence feature of the family economy. In

this manner, these women have contributed with their economic help in forms nearer to proto-industrialisation and pre-modern models of work, than to the modern model from which the design of triads used for the selection of the interview profiles. This difficulty on identifying the labour trajectories for the first generation has been reflected in the record made in the ERF survey of activity performed by the grandmothers. In fact, on having tried to set a compared analysis of the activity for three generations, an important problem was detected in the information of the mentioned poll. In this sense, both for Seville and for Andalusia in its set, has stated the highest rate of non-response about the principal activity, 66 per cent and 61 per cent respectively of “not sure / no response”. Due to this high rate, the information related to the activity performed by the first generation, this is, the grandmothers, lack in relevance to be researched as is. Therefore, it has not been possible to establish any comparison related to the activity each of three studied generations has carried on. This observation, though initially disappointing, has provided some profits, as it has propitiated the theoretical and critical reflection on the concept of work that was happening in the research from its beginnings; the same concept that is widely generalized in the social sciences and, especially, in the context of Sociology of Work (for this discussion, see Martín Palomo, 2008b, 2008c, 2009, 2011). Although there has been a widespread incorporation of women of the second and third generations studied into the monetary formal work, in case of the first generation, its participation in market-related work, especially for the women of popular classes, has taken place through more informal routes, with instability, temporality and, specifically linked to other works with no retribution, performed in the domestic realm that were allowing, in turn, to assure the care of their relatives.

A rearrangement of the works that were performed in the domestic realm also has been restructured. Immediately after the widespread incorporation of women to the labour market and to the development of the consumerist society, there has been a transfer of a large part of the activities previously performed by the families to the public sector and to the market: a lot of works performed at home happen to be extra-domestic, becoming independent and wage-earning occupations. Although this transformation changes considerably according to which of the social classes we focus. Among the wealthiest women, the entry path in the universe of the consumerism is, logically, faster, as they have more resources to modernize homes and life styles. But, in the second generation, availability of tap water, a washing machine or disposable nappies are the indication of a colossal change in the daily life and, especially in regards to the care of the dependent persons, many domestic tasks are simplified and the time involved in each task decreased; although the domestic work is filled up with new contents, which have to do with the housewife role reinvention. The labour market is one of the places where men and women construct themselves in a quotidian manner differences and disparities among them. The important fact of the increase of the female working population in the last decades, that is to say, of the number of women who performed paid works, with certain rights, is accompanied of a higher increase of female unemployment and, in general, of more disadvantageous conditions of employment access and to professional training. Important discriminations persist on the labour market (occupational segregation, vulnerability and inequality in labour and wage conditions), while managing care in the domestic-family environment is still not solved, together with its costs in terms of double presence/double working day. To sum up, some discriminations have been eliminated, but two sources of basic inequalities with structural features have been almost not modified: the permanent discrimination of women in

the wage-earning work, and the absence of equality in relation to men in the domestic work and, especially, in care giving to family members.

In the chapter eight the perceptions of the interviewed women are analyzed around the changes in the families and their impact in taking care of the most vulnerable persons or in situation of dependency. The vertical and temporary extension of the families that characterizes the late modernity in the developed societies generates new forms of relationships, new needs and problems and, therefore, new, diverse and intense forms of exchange. The latter, while allowing to improve the quality of life of those who intervene in them (for example, taking care of the children and of the adults who need care in their daily life, the help at moments of change, of illness, of economic or personal crisis), produce new models of care (as happens with the so called "swallow grandparents", "babysitter grandparents", "implicated fathers", or the model of care that sits "one immigrant with the family"), also causing tensions, crisis, splits and violence.

In the first third of the 20th century, it was not strange that among popular classes the marriage, the reproduction and even the residence, would had little relation with the model of the breadwinner described by the Functionalists. In fact, some interviewed grandmothers describe how the motherhood well could take place sooner, later, or unrelated to a wedding. Also among the well-off classes changes are described in the model of nuclear family, such as the existence of a long-time partner with children who resides in two different homes. Also, throughout the century, there are changes leading to an increased diversity of family shapes and of a coexistence that changes along the vital cycle, becoming the relations more democratic and with a higher social acceptance of those models that are different from the Functionalist nuclear rule. The Parsonian model of family –man provider of the economic resources for maintaining the household and the family; woman responsible for the affective regulation, for the care giving to children and the domestic tasks– does not any longer constitute the regarding ideal, neither for most of the interviewed, nor for the majority of the researches performed. "The" family cannot still be considered to be an immutable institution that redeems essential functions for the well-being of their members, has diversified and makes plural its forms and its styles of relationships. At the beginning of the 21st century, both in the social imaginary and in the design of policies or in the sociological studies, multiple forms of families and of family relations are contemplated and identified, which in their diversity are an object of regulation and of political intervention. The specific notion of family occurs in an area under dispute and of negotiation among different political groups, since precisely from its content and definition it derives the allocation or not of certain rights and resources. In pre-modern times, the indissolubility of marriage had a strong weight. The process of individualization that bears modernity, the heyday of the model of the marriage for love and the existence of divorce, have modified that certainty on marriages for the whole life, and develops an increased awareness of the fragility of the marital relations (Illouz, 2012). In this sense, although for the generation of the grandmothers marriage was a commitment for the whole life, and the separation was an exception, now splitting it appears even in the horizon of the most traditional families and in the seemingly, more consolidated, as an intrinsic risk to the matrimonial bonds itself. While the family forms diversify, it also democratizes the relationships between their members (men and women; parents and children) and new problems appear, which raise new questions for sociological research. In this contemporary society that is contemporary itself,

families are more fluid, which adds more doses of suspense for predicting future forms. All this has its consequences on how care is organized in the family realm.

The demographic structure increases its age: families are smaller and smaller; a higher number of generations coexist, while there are less children, grandchildren and nieces and nephews in the families. The life expectancy increases progressively (being higher for women than for men), in such a way that each time it is more frequent that three or four generations coincide at a time (Tobío, 2013). In fact, in several of the studied triads their members coincide in four generations, with a very active relationship among them. Some interviewed grandmothers verbalize, also, how intense the bond is with their grandchildren and great-grandchildren. Even if they do not reside in the same town or in the same quarter, the technologies of communication and the systems of transport generalized in the 20th century facilitate a more or less assiduous contact, that allows them to be updated on the most varied aspects of care of everyday life, or their successes and failures in their professional lives. Families even act as potential safety nets that are activated when needed. Although it is true that, at present, there are less children to take care of (less children and coming later) than in other moments of our history (Miranda, 2006), it is also true that the pressure for care of the elderly people increases with the aging of the population, especially with the named as *aging among the aging*, that is to say, the increase of the number of persons over eighty years old, which includes the most needed of care. This would possibly redound to an exponential increase of the care demand of an increasingly aged population (Durán, 2012). This is a group of population with an increasing proportion of women: this phenomenon has been named *feminization of the aging*. This alludes to the differences, favourable at first sight for the female sex, in regards of the increase of the life expectancy, which does not mean that all women age in good health conditions. The octogenarian and nonagenarian grandmothers, that before were an exception, are now a quite abundant group of widows who, in most cases, need some type of help in their daily life and question the society in general and, especially, to their families, on how are we going to give response to their care needs. Women have taken care of their children, parents, younger ones, of some the same age as them... of all the family members who have needed it, or even have managed this care, so they had received the care they would need. Some of them even have worked on extra-family care. But the system that used to assure the care of the most vulnerable and dependent ones is changing, in a great extent pushed by the described demographic and social changes, and this generates enormous problems for families, especially in the case of popular classes, which are provided with less economic resources to be able to look for responses out in the market and, that therefore, rely on public responses and on how their family networks are organized, combining one and the other resources to take care of their own.

The concept of family network has exemplified a big potentiality for the analysis of the role that families -and among them, the women- are performing, in the provision of care. Actually, inner family relationships beyond the coexistence in the same home are central to understand how the different members of a family establish the relations among them; this is made clear with the *"household"* concept - that drives to a reductionist vision of the complexity of the family life since it does not allow to integrate three dimensions in its analysis: the time dimension, since households represent a momentary time in the path of family itineraries that progressively diversify and are changing their morphology, as illustrated by the stories of some interviewed (*for instance triads 5 and 10*); the complexity

of the family solidarities, and the variety of intergenerational exchanges, which are more important for the individuals, especially for the most fragile; and gender, which is key to understand the tensions and the changes that hit the family relations. In fact little would be known about what happens inside the families to give response to the needs of care of their members, if only the home would be in consideration, that is to say, if there were not studying the relations that are supported beyond the mentioned environment, obviating what happens in the family network and how the above mentioned relations interact with other realms of social life (market, policies, civil society). When using the individual as a basis, and not the home or the household, the ERF pool allows to survey the intensity of the exchanges that take place in the families' bosom, as well as of its importance assuring the care to their neediest members (Fernández Cordon and Tobío, 2007). The above mentioned enlargement of the family field, from home to the network, allows us to grant visibility to the relations of solidarity among women, especially among grandmothers, mothers and daughters, but also frequently among other female relatives, as cousins, aunts and nieces. And equally, this allows to see how in the mentioned networks men begin to participate, although up to the moment they have not played a leading role; indications of change are already detected especially in the third generation, and also in some of the youngest grandparents, in regard to their offspring care giving (Tobío and Martín Palomo, 2003). This awareness of the *intrinsic dependency* that affects to the relations among the members of the family network are noticed in the speeches of the interviewed women, who know about the force and of the potentiality that these bonds enclose, and strain for organizing tactics that allow them to live closer to those relatives they support or try to keep a close relationship. This residence locations nearness is generally due to a residential strategy (Tobío, 2005) that pursues, in addition to company and affectivity, to be able to rely on the most nearby relatives and, when necessary, to mobilize the net with rapidness and efficacy. To keep the network active the effort that women display in their daily chores is essential, but it also is the planning and the strategic decisions that are decided in key moments of their lives, where certain ritual or habitual meetings grow in higher importance in reproducing, regenerating and updating the family bonds (like the Sunday coffees to the Christmas dinners or another type of ritual meetings). The youngest interviewed are who have foreseen or foresee now the proximity of a possible support for their own motherhood to be, as about the eventual illness or decrepitude of their elder ones. Whether family bonds are understood as an extended family network or as an nuclear family bond, it is always described as an living and flexible structure, which reacts hastily to the needs of its members when there is a good relationship, and it is very appreciated, and all the possible efforts are done to keep it active.

In all the studied triads there are noticed these relations of support and mutual aid, of the assumed responsibilities, with a high intensity of exchange. It is also necessary to take into account that for the type of triads chosen (the interviewed women of different generations are involved in apparently good relations), the mentioned exchanges are frequent. These women of all the generations are very aware of how these systems of exchange and of mutual support work, on their advantages and disadvantages that relate to their daily life, and have it present in their foreseeing the future. All of them weigh and assess their current and future resources, studying with detail with what and with whom will it be possible to count on; they strive to build, support and reinforce of those bonds, and nourishing it in their every day life, perpetuating their *common world* (Tronto, 2009). It is a sort of tacit contract that commits to share everything that the future may bring to the families, an agreement among generations of women. This is how, against the pressures that

women struggle with, they have had, or foresee to have in the future, it is difficult to find, in more than thousand pages of transcribed conversations, words that allude to the demand, to the blackmail or to the suffering that these situations and the assumed responsibilities could have happened in many occasions. It is more frequent to find expressions that refer to the care given in terms of affection, of a response that is happily given to a relative with whom they support narrow bonds or with whom they feel in debt. There are indeed some sentences that allow to point out some tensions lived between these demands and desires of others and the self care, but this happens mostly in the speeches of the interviewed of the third generation, and concerning the widest familiar networks (aunts, female cousins, nieces, and more). The occasions in which support has been received are remembered in detail, and they hope to be able to do the same when another person of the family meets the need. And this "knowledge" is loaded with affections and with values, as well as with responsibilities. The mothers have the "knowledge" that they have helped, that they help and they will help in everything in what they can, to their daughters when they need it, they rely on in their life agenda. In the same way, grandmothers are aware that their daughters, their granddaughters and even their daughters-in-law take care of them, which provides them with care givers and supervise their work, or that they will do so in the future if this need arises. The interviewed granddaughters "know" that their mothers will be a fundamental support for them when they will live in first person the experience of motherhood. It is possible to identify a cadence and a logic commonly accepted in these exchanges, a rattle of the logic of the gift. It is a way of living that is learned during the childhood and that is part of the family culture, integrating in such a way into every day life that is considered to be "normalcy". The interviewed women describe exchanges in which care has had a central role, which expresses itself with the *logic of the gift-for-a-gift*. In other words, duties are created along time, in the long term, sometimes for good, under the formula "I take care because they have taken care of me", or "I take care because they are going to take care of me". These practices are interlaced with the feelings and the responsibility towards others with which the mentioned affections are interwoven; responsibility such as when an interviewed women felt responsible to take care of her husband's aunt, in need for years and restrained in bed, whereas her husband, direct nephew of the elderly woman, did not feel equally impelled to act.

One generation of women has turned out to be pushed to take care of parents, of children and of grandchildren, the so-called "tweezers generation" or "sandwich generation", it is about the women who are considered to be "the foundations" by their relatives or the central nodes of the family network, which support this shared world which is their family in a wide sense. These women assume it as part of what has corresponded to them as women of their generation, not as much like as something claimed as natural, but as a result of the socio cultural context in which they have lived most part of his adult life; although they are aware that is not the best of the possible models, and fight actively so that their daughters may have a different life, liberated of the burden of these duties. They have accepted it as the fate they carry in their life, with certain resignation, knowing about the many sacrifices that this model of femininity bears, but with no resources to escape from it, or to disengage at least a little, from it. When they do detach, it is pushed by their daughters or for willing for others of their welfare: to have some hours a week to go for a walk or to the gym to stay fit. The changes in the models imply negotiations of how the new way of doing things is going to be set, and organizing them, and *who* is in charge to do *what* task. Regardless of being among women of different generations, or among women and men, these changes imply adjustments among the family members. Also, wherever there is negotiation there is a latent conflict. Women

against men, different generations of women against each other, tensions among the different models of femininity are related to the different care cultures. In this sense, in a biographical perspective, certain needs flourish more privileged than others, and allow to capture the processes of transmission of money, care, services, goods, values and affections, among others (Guillaume, 2002). In fact the needs of self-care, of time for one own, emerge in the speeches of the most well off women of the second generation studied, as well as in those of the granddaughters of every social group. But the grandmothers do not go so far as to raise even that this need of attention may exist beyond a few minimums that have to do with food, hygiene or sleep, and probably this is one of the reasons for which the women of the first generation do not live that much conflict between taking care of others, and other aspects of their lives. The different cultures on the exchanges in the families, as well as their ways to express in terms of the shape of responsibilities and family duties, represent an important intergenerational aspect of the change and of the continuity: in the speeches of the interviewees it becomes condensed in such a way that adopts what is possible to speak about. Different ways of understanding care coexist, and there is a different weight awarded to the aspects linked with the tradition and with change. In a few aspects family transferences related to traditional values take place, and in other aspects, important differences occur among generations, even the rupture with the fabric of reference values. The concept of culture has an analytical value, aiding to account not only the needs, but also the family duties and of the different influences that may have on the transmissions, whether there may be material, cultural or symbolic. In addition to providing care, women transmit cultures on care. Following the proposal of Julia Brannen, two big groups of cultural tendencies also have been identified here, one towards the continuity and one towards the change. In this sense, it has been possible to identify: a) familiar cultures that prevail and are transferred throughout the time; b) cultures that change across the generations, adopting different values with consequences on their attitudes in regard to the family duties (Brannen, 2006). What changes from one generation to others is what is considered to be a *family duty*, as well as what is a duty for each member of the family, according to this previously established pattern, as well as the emotional elements that are associated with them, but other aspects remain more immutable. For example, the content of love as a daughter shows important elements of change in the second or third generation as regards the first one, whereas that of the love as a mother remains very ground in the three generations object of research.

The *continuity cultures* are more clearly family-orientated. In them, the family exchanges generally are adapting to their environment along time, and adopt the form of reciprocities between specific individuals; many times they are transmitted across female lines (Brannen and Nielsen 2003). The moral responsibility of care is transmitted, generally, in the shape of unconditionality, that is to say, that the resources and services are transmitted without "rational" calculation of return expectation, justified in terms of love and of affections (Brannen, 2006). Nevertheless, this expectation of return is implicit in the given game rules of the exchanges that are supported in the family network, and often remain invisible until its rupture allows to emerge the latent conflict, as well as the rule that was sub lying, and that was allowing to maintain a social order and a model of determined family relations. This is made clear in the reflections that some grandmothers interviewed express aloud - with words on the possibility (or impossibility) of receiving care of their daughters in the future, when they can not take care of themselves in their daily life. These women think, that this kind of service in return is an obligation that is generated as just an exchange, while they have taken care of their children, their grandchildren, or of other members of their

family. Nevertheless, the second studied generation women are aware that times have changed, that the families' circumstances in the future are going to be very different compared to those that they have lived. Also, when they are projected in a near future in terms of care, they estimate that the conditions that their daughters have (and that probably will have in the future) will not allow them to be in charge of her direct care, as they did with their own mothers or grandmothers. But as in turn, they have received help of their mothers or grandmothers, they try or they will try to correspond as much as they can, since they feel they owe it, to people in charge, and this is one of the biggest sources of suffering and of the misunderstandings described among different generations of women.

The *cultures of the discontinuity*, which are expressed in a higher or lower independence or distance among their members are generally typical of those families that have experienced a considerable social and geographical mobility, whether after the access to education and to the "new" work with retribution of the second or of the third generation, whether due to a hypergamy or to hypogamy, whether it is due to a migratory process, many times because of searching better job options. These cultures are less traditional as for the forms of care, less family oriented, and they displace the leading role of the women in the families in the care provision, while they grant a more important role to the provider state, or if not they trust great part of the care support on the market. Probably, in the cultures of the discontinuity is where it is possible to observe with more clarity how the rules of the exchange are negotiated and renegotiated among those of the same gender, and among generations. For example, the concept of care changes enormously between a mother and a granddaughter according to how they understand what is a suitable care adapted for Isabel, their mother and grandmother respectively. The big difference between them rests on what can be considered to be quality care, if it is one that provides the possibility of supporting her autonomy during a longer period of time, or rather the one that tries to provide with everything what the dependant woman needs, regardless that she can take charge of certain aspects of her own care. The first model prevails among the youngest interviewed, especially among granddaughters. And the second one among mothers and grandmothers, who have a more sacrificial concept of care of their own, and feel an enormous burden for the responsibility that takes base and grows with affectivity. Also the tensions have been expressed with more clarity among the youngest, when contrasting the requirements of care to others with the self care, whereas the women of the second generation (who are those who are caregivers, or make sure that they the care others need is delivered, her mothers, children or even sometimes, grandchildren) tend to put themselves between brackets, with shy claims of self care. In this sense, for the generation of the grandmothers it is acceptable and reasonable, among their attributions of responsibilities and competences, what for the granddaughters is considered to be servile, everything that has to do with the adults' care which needs are defined more by certain cultural orders than by physical shortcomings or functional specific limitations. This way, as much as what is considered to be acceptable and respectable, as what it is thought excessive or humiliating, changes with times and with the power distribution in families, between men and women or among the generations.

The needs are subject to a continuous social (re)definition, and to processes of negotiation and, therefore, they must be inserted in a cultural frame that recognizes as such the needs. There is a type of attitudes that men maintain, in the generation of the grandmothers, which now is absolutely unacceptable for the women of the generation of the mothers or the granddaughters, but that were withstood and understood by the grandmothers,

who have accepted it as part of their obligations: for example, to gather the laundry from the bathroom floor after their husband or son would bathe. This custom is annoying for the granddaughters and for some mothers (as Kaufmann proved in several works: 2009, 1999). In the same way, giving oneself too much to others is considered to be inadmissible in the generation of the granddaughters, and of some mothers of upper intermediate class. For example, the ideal of a mother's love that would imply, in certain way, the loss of her own limits starts to be questioned, especially, by the granddaughters.

Among the interviewed, it is more frequent to find the model of continuity than that of rupture, although some elements of both are detected in different generations for each of the triads of interviewed women. The social class factor has a very important weight in regard to the role of women as their relatives care givers. So it is not strange that upper intermediate class women supervise and/or create themselves the conditions so that their relatives receive the best possible care, "delegating it" to domestic helpers, or to an dedicated in-house employee *ex profeso*, to take care of their elders, which can allow them to remain living in their own homes. This is the model that all the grandmothers interviewed without exception would prefer to experience in the last stage of their lives. Women without resources have the option to reside with their elderly mothers, whether in the above mentioned home, or in her own, when the grandmothers cannot manage well in daily life, or to take them to an elders home, option that is considered as a very bad option by all the grandmothers interviewed, by many of the mothers and some granddaughters, since for all of them, an Elders Home, nursing home or retreat, however it is called, is synonymous of discharge. For these women that feel responsible of taking care of their ancestors, care of their elder means an enormous sacrifice of their own time, and for the elders not being able to receive all the attention that they need.

In the last decades of the 20th century we have gone from a family and labour model, in which the division of gender roles was much marked, to another model in which men and women increasingly take part along their life of work with retribution (Tobío, 2000). Nevertheless, this change of cultural model that has the women as the main protagonists has not been accompanied by a transformation of similar importance in gender relations that, in fundamental issues, has not gone through big changes since, today, deep inequalities still prevail in the domestic-family realm. Diverse specialists have noted women as the engine of change of the family and marital relationships, while from the female highest rates of economic and emotional independence; the power of negotiation of women has increased in a significant way (Castells, 1998). Nevertheless, once women are in the labour market they do not stop being responsible of the care of their own. Despite the increase of their presence in the public sphere, women keep on being those in charge of care giving, therefore the model keeps on being perpetuated. Even if an important increase of the male participation in the domestic and care tasks has occurred, the share-out is not equal: women are the main managers of the children's, sick and elderly people, whereas men get very slightly involved, and when they do, it is as something voluntary, or pushed because there is no other option. In any case very this is valued in a very positive way by the social environment only for a certain kind of tasks: in general, no ironing, bath cleaning, or other "dirty tasks" (Anderson, 2000). Although both for men and for women, the female work away from home and the egalitarian partner ideal are both provided with legitimacy (Alberdi, 1999). They are the women of other generations – or of "other" social or ethnic

origins, when it is decided in favour of the market to give response to families care needs – the ones towards who the tasks are redistributed, among women.

Nevertheless, the model of relations between men and women is not static; it is transforming itself along time. In such a way that the limits that are established between what is accepted to give response to certain care needs, and the form in which these needs are defined, as well as the tensions that spring as regards of self care, all are changing from one generation to another. How is it negotiated in the frame of the partner, and as regards of the progeny care? A good portion of the gender inequality among heterosexual partners, even those who most support egalitarian relationships, emerges from the moment in which children are born. The model of intensive motherhood is the regarding normative for the three studied generations, and it acquires a big weight, as it is related to a certain model of maternal affection. The "mother's love" appears in their speeches as unconditional, and is translated in an absolute giving from the mother to the child. The process of individualization and the requests of the labour world collide with the mentioned ideal of motherhood. The tension between a woman's model that expresses her self needs and demands time for herself (in the least of the cases), for her partner (especially among the youngest interviewees) or at least for the labour realm (in all the interviewed who work in a job) and the requests of the family care, that this model of intensive motherhood bears. With its high demand of sacrifice, this leads to conflicts, at least inside each woman who is debated between the demands of her self care and those of the care giving to other members of her family, and is also a source of struggles and disagreements in family relationships. All the interviewees adhere to the principle that a maternal instinct does exist. Nevertheless, in their speeches, nature, culture and agency are assembled: there is some kind of naturalization (the biology imposes its importance) but also is learned and chosen. That is to say, it is considered that motherhood is an event that can happen or not happen, and that when it happens it can adopt diverse ways. Also that these different forms permeate of "instinct" although it is possible, somehow, to "educate" it. That is to say, it is accepted that there is a certain dose of social construction in the care given to children, although naturally the mother is assigned, based on the strong biological bond that she has with her progeny, which presumably is established at the gestation. On the one hand, the women who work inside and out of their homes fight every day with dilemmas that around "being a good mother" or "being a person". On the other hand, the full-time housewives suffer the consequences of an excessive work of care, and someone of them suffer, or have suffered, depressions, and experiment or have experienced sensations of vacuity or uselessness in some moment of their lives, or test an exit which consists of reinventing and dignifying their role making it professional and providing it with highly specialized qualifications, as it was proposed at the beginning of the 20th century by the Domestic Sciences movement, although they are especially the most well-off wives of the third generation who try to give themselves this new varnished role, an uncomfortable and complex one, as "housewives".

As it comes out from the speech of the interviewed and other studies make clear, among men there are not such important changes perceived as a consequence of having children in their vital cycle, in their time use, in their subjectivity— since their daily practices do not turn out to be so determined by events as birth or the adoption of a child (Imaz, 2010). Generally, both men and women express the desire to support egalitarian practices but women, even those of the youngest generations, keep on holding the most part of the care of their relatives, as well as other works of maintenance of the daily life

developed at home or with the family network. Also, the strategies of negotiation where a certain balance of power tries to be modified, can cost a high price, as putting them into play must pay off, whether when women try to change a situation as when they try to keep it as is (Botía, 2013). Very often women yield, without going too far as to raise or to make the situations of conflict explicit or they assume it in the shape of apparent consensus, despite the discomfort or the coldness that situation produces in them (Rodríguez, 2008). In other cases, mistreatment jumps into the scene. The violence is present in the stories of the interviewed, especially in those proceeding from more disadvantaged social classes, as well as the awareness of what type of violence can be exercised in the family realm, and who can exercise it in case it is accepted in any degree, and to which extent it is legitimate, which are the limits of authorizing this. On having affirmed this, it is not intended to back that in the most well-off classes violence does not exist inside the families; it is a simple account that the interviewed women who speak about the mentioned violence are all of popular classes, and the rest have not mentioned a thing about this problem. Perhaps because it is a matter that may be a taboo, as it has been associated with the popular classes with people who live unstructured lives, or under abusive or addictive consumptions of drugs or alcohol, whether it is because of the shame that this conduct encloses, and the indignity with which picture those who have suffered it, no allusions to mistreatment have been found in the speeches of the interviewed against the elderly people in the family realm, beyond the accusations of assumed "discharge" of the most helpless in elders' homes, nor of maltreatment against children or teenage kids, except for one more or less occasional recognized "cuff on the ears". The inner family violence is a topic that people usually barely mention (Martín Palomo, 2001), but also, for the type of study performed it was not probable either that this topic would emerge. This matter has not been tackled in a direct manner on the part of the PhD candidate in the interviews, since it was not the goal of the research.

Fathers have changed very much as for their implication in their children care, for example as regards to cleaning them. The changes are significant, as slow as they are. The grandmother was taking charge of the nappy changing, of the bath, feeding and clothing boys and girls, it was her responsibility and they were not asking for anything different. The mother, even the full-time housewife, started asking for an implication of men in some of these tasks, although it should be a question of something exceptional, the granddaughter often showed off her partner, and how he could change a nappy or take charge of bathing their child. There are indications of change in the youngest generations: it used to be *disgusting* for his or her father to change the nappies and now, there is an account of many young father who perform this chore or take charge bathing his children with no problem (the disgust is an emotion that has an important presence in care, having present that this involves a corporal contact where to find smells, colours and textures that can in different degrees be ugly, dealt in the frame of our culture; although it is also something socially constructed, like it is possible to see in certain corporal reactions of some fathers when faced to the corporal discharges of their children: vomiting and retching when close to a baby's poo to changing a nappy without a problem). Also some women are surprised with the attitude of their husbands or fathers that now, as grandparents, discover the tenderness in the relation with their grandchildren, play with them, take them for a stroll, something that they did not do with their own sons or daughters. The role of men in care is changing, even if it enclosed in a more traditional family, where women are full-time housewives: changing a nappy to one's baby is about to turn into a sign of distinction, a note of modernity that is giving form to a new model of involved and "kind" fatherhood, even if it is still being considered as a

"dirty task". On the other hand, when it is a question of taking care to elder and/or sick people, the male implication is seen in much lesser extent. That is to say, that although there are some adult men who take care of their dependent parents, it happens that almost always that there is a woman available in the family – sister, daughter, mother, daughter-in-law, or sister-in-law–, she is generally the one who sooner or later assumes this care, may it be directly or may it be managing its indirect fulfilment. As in the relation with the children, there are found samples of men taking care of their parents, it is found in the third generation, and in the described case (husband of one of the interviewed granddaughters) it is a question of men who have no sisters and who manage themselves the provision of care, using the market, and taking care of them the days the caregiver is not working (on the weekends).

Women, therefore, keep on, for the most part of time, giving response to the care needs of their family, combining as better as possible the demands of the family world and of the labour world, with many time spending renounces: of time for themselves, of their own self care, of care to their own ones, of work promotion, and even having children. In any case, an excessive planning is fundamental to be able to reduce to the maximum the breach of such a diversity of presences, spaces, implications, and interests. The women who have a paid salary do not want to resign from the achievements of the economic independence either, but, at the same time, they refuse to pay the personal price of a kind of emancipation that they were demanding to give up or to postpone indefinitely a series of values related to their personal identity and their cultural experience, as happens with the desire to be a mother. That is reason why it is very thoroughly thought which can be the best moment for planning a pregnancy, even when having provided a family network of support or economic resources to have some type of economic aid. The opposition between the requirements of motherhood and those of the paid work is already present from the time of pregnancy (Imaz, 2010), and even earlier, being a frequent source of tensions and of anxiety. But the women who already have children do not interrupt their labour trajectories because of motherhood, which is a more and more widespread behaviour, especially among the youngest, that is to say, the granddaughters. Even if their children come from a not planned pregnancy, experience that is not uncommon for the interviewed. Across three studied generations it has been possible to see how the changes that families have experienced have a strong echo in the ways of interfering in their children care on the side of the ancestors. For example, the expectation of behaviour as regards as the father as authority figure has been progressing towards a higher democratization of the relations with his wife and with his children. This way, "this respect that existed", that the grandmothers and some mothers verbalized when interviewed, impregnated of fear, and sometimes with intermingled tracks of violence (coercions, threats and also physical violence), progressively loses validity as a moral value, as a behaviour standard, and the speeches that affirm the value of the most egalitarian relations among different members of the families, men and women, also among parents and children, happen to have a increasing weight. And the figure of the man starts receiving value, also as care giver, as fathers, grandparents, partners or children: if there is equality in the partner, it is necessary to reflect in the ones needed of care and they affirm, for example, that "the father has the same responsibility" when they are asked about the care put in the education of children. In the intergenerational dialogue, the confidence, the negotiation that gains weight progressively, first among some of those grandmothers who, to a great extent thanks to their higher money related autonomy as perceivers of some kind of salary work, have had a more egalitarian relation with their spouses than other women of their generation;

but also, these more egalitarian speeches are pouring into the interviewed mothers, and are given for granted among the granddaughters.

In the chapter nine there has been a research driven on the complexity that encloses the care in the family world, and the way in which it supports and reproduces the care "must" for women, and in this exegesis it both in the indications of change and the permanence of it are noted. Pascale Moliner points out that to take care implies a knowledge, which is discrete and of scarce visibility. In fact, because of this invisibility, or at least of its discretion, it depends and measures well its success. And both the invisibility, and the naturalization of care as essential part of the female identity make the challenge of understanding the care in the family circles a more difficult one. In the second and third chapters, the difficulties that bears measuring the time spent in care giving has been pointed out, while, generally that time is simultaneously used for other activities and, also, it has much of anticipation and of worrisome in addition to the moral and practical aspects (Legarreta, 2013). Both in self-care and in the care given to others, the perception of the involved agents gives a purpose to the action of care. Although it is a an absolutely necessary work, probably it has been and it is still possible to ignore, because women perform it out of free will "presumably for love", when the action is performed in the frame of the family relations, and seemingly is given away from any mercantile consideration. If the subjective component that crosses its consideration is taken into account, as much on the side of who gives care, as for who perceives it, it is difficult to set a material standard to nail a value of the care actually given. As the demand is from others, or the urgency to give response to a necessity that is asking to be satisfied (to feed, to clean corporal discharges, to give a medication, to change a nappy or a posture...), it needs a constant dedication. This dedication is linked to a temporary subjection, but it also relates well to a place, that in the frame of the family relations, is usually the domestic realm, especially when it is a question of elderly people who cannot be transported easily one place to another as it happens with a baby. Being aware of the possible demands of another person, operates as an obstacle to stay away from home. It supposes that women are, in practice, confined in the domestic realm, for being available for a punctual demand, for a routine care, or to accompany this elder relative who does not want to be alone, which is very usual among women, that the older they are, the more aware they feel about their fragility. Therefore, the availability for care encloses an important complexity, as having incorporated so much temporary aspects, as spatial, moral and affective. This disposition, this orientation to the needs of others can suppose in fact a heavy load for those who take responsibility of care, this is, for the main care givers, even part time ones, also in regards to the space or with the body efforts that are necessary to perform in many occasions (to carry very heavy people, for example) increasing these women's vulnerability.

A good part of the domestic tasks and care have been transformed throughout the 20th century. On the one hand, they have integrated in different forms of money consumption (as, for example, the precooked meals, disposable nappies or washing the laundry in laundromats). On the other hand, these are performed handed in the frame of public, private and non-profit institutions (child care, especially the youngest, elderly people care, of those with a chronic illness or disability that leads them to depend on the care that other people give them). The domestic work can be postponed for the weekend, or can be left in charge of other people, who take care of them in exchange for remuneration (a few hours, a few days, every day of the week...), whenever they are provided with available money resources in the household. But the care cannot be postponed for the weekend, or for

the available gaps among other activities or other works, as it cannot be concentrated on a couple of hours per week or per day (except some hygiene tasks, as for example, to bathe an old person, or cutting one's feet toenails); on the contrary, care has to be given, in general, when the need emerges. There are many ways of giving coverage to the above mentioned needs, let it be with the family (as it has been seen, it is mainly a question of women), be across the institutions, or across the market and, even, across the civil society. That is to say, four sides of the "diamond", on which the provision of care can roll, present faces with different sizes in every society. In our country the civil society has a small leading role as for the provision of care, less important than the one adopted by the family or the market, although some proposals have invited to think about the potentiality that this could have thinking about a Utopian care society (*Precarias a la Deriva* – Precarious Women Adrift, 2004, for example). In the tenth chapter there is an analysis of how the interviewed reflect around the care issues beyond the family circles. As a temporary dimension has been incorporated, combining the synchronous perspective with the diachronic one (Dammame, 2011), it puts in question precisely the static conception of asymmetric relations of care (Paperman, 2004), and it give wings to the idea aimed by Carol Gilligan, that so clearly has been possible to identify in the speech of the interviewed, of the *intrinsic dependency* and absolutely *contextualized*. Any human being needs attention and to receive care, but certain people have a need of a special attention, since their life can be compromised without it (Molinier, 2009). That is to say, even admitting that a constitutive human vulnerability exists, this implies "thinking" about those who take care of others habitually, about the intrinsic vulnerabilities of the care work due to its lack of recognition, and about the own vulnerability, supposing we take into consideration that even we are adult, healthy and independent, we are fragile. The interviewed women are aware if this, they take charge taking care of the most fragile and needy relatives and doing it in such a way that the mentioned vulnerability does not wear out the respect to the other. These women are aware that the above mentioned respect needs to meet the person who has the need to receive care, and they know that for that purpose it is necessary to build a relationship, although it is a professional one; that is why, when they use the paid work of care to take care of their relatives, in the role of main managers of their needs, they struggle to create certain conditions of work that "hold" the employee along time, that is to say, building a bond (especially, when it is a question of taking care of the youngest, or of the oldest, at their own homes).

But the consideration of this kind of care, and how to manage in the future its supply is ambivalent in the interviewed speeches. It ranges between two very different aspects, which in some occasions prove to be opposite, whereas in others they turn out to be complementary: on one hand, there is a stress on "*making professional*" this activity, this work. On the other hand, there is still a speech on the *family duty* to give response to the care needs of their members based on a more traditional model as for the duties related to gender and affiliation. This way, on the one hand, it is argued that if women cannot any longer manage taking care of the people who need it in their families, then it is necessary to hire other people (women) to replace them, and also should give care in the family home, with a similar logic to family relationships; in other words, in some way, the employee should reproduce sympathy and affection. In fact, the most traditional speech puts the family, specifically the daughters, as those in charge of the elders care, and mothers to take care of the small ones, as this would be their duty. The grandmothers of popular classes stick to this idea, justifying the root of this obligation in the care that they have also given to other

members of their families, which provides them with legitimacy, as having an expectation of receiving care also in the future, whenever they may need it. The mothers live with ambivalence this future scenario and, even if many of the interviewees as full-time housewives have taken care of adults and children in their families, foresee worried the difficult situation their daughters will have to face in case they would have to take care of them. The youngest granddaughters view this scenario as more distant and, therefore, they idealize it more. Some of them say that they would love to take care of their mothers or grandmothers in the future, they even daydream with it, but they still are very distant in time to face that scenario as a real problem. Only in some extreme cases, in other words, when there are no available daughters in the families, this role can be replaced with the professional care that can be received in elder's homes (situation that they consider to be acceptable whenever it happens in other families, not that much in their own one). The obligation appears as the normative reason of who has to take care, when one speaks in the most abstract sense, but it is the responsibility towards the others the explicit one in the explanations (justifications) that the interviewed women give on the specific care they have given or are giving. Another itinerary that the mothers of high-middle class raise, or the solutions that some grandmothers who also are provided with more resources, are finding for their care is about receiving care at their own home, or instead at their daughter's home, by some one employed for the purpose. This option can be only feasible for those social groups that have economic resources in order to pay for this kind of services. As the interviewees have raised, care is still an issue to be tackled and rethought on the public sphere, far from family realms. Mothers and granddaughters know that probably in a not very distant future there will not be women with time enough in the families to handle taking care of them, or that themselves will have many struggles to take care of their mothers or grandmothers. They know that in a market society, with the current sexual division of work, families alone cannot keep on taking care of their elder. But, beyond family relations the women express many doubts about the form that the responsibility of care could adopt, as although the quotidian care is not given directly, they think the responsibility of it is a family matter, regardless of who performs it, and exactly where that care is given. At the same time, they demand to the public policies flexible responses, so that families can keep on playing an important role in means of supplying it, as they cannot already keep on giving response to the care needs of their members alone. In any case, they all have many doubts about which type, to what extent and which can be the way care may be integrated in the public administrations political agendas. The market appears as a much more flexible option and, in this sense, it is closer and more immediate to the care manners that families provide.

The exercise of citizenship implies the public institutions to take care of certain duties in order for them to give an answer to the participation commitments the citizens are granted as members of a political community. The extension of the citizenship, as a way of inclusion for the majority of the inhabitants, has been possible with the incorporation of social rights to this principle, fundamentally because of the Welfare States development. This allows a certain redistribution of public resources, like for instance, the universal health care or education: so far, the path has gone this way... but, beyond the questions that appear in times of public budgets crisis and long term sustainability, to what extent can care remain as universal? How can it be a part of public policies? Or more over: how to turn care into a policies aim? How do women, as the principal caregivers in most of the families, experience this possibility as remote as it may be? The worries of the interviewed women are framed in two types of institutions according to the person who in her opinion needs care: the youngest

children and the elderly people. And the institutions to which they allude are the residences or retreats, for the elder, and day care schools or kindergartens, for the smaller children (each of these denominations has different connotations, and also a different degree of stigma, especially in the residential institutions for the elder). In general, the interviewed grandmothers or mothers, and even some granddaughters, perceive the institutionalization of old people in residences as a sort of treachery to the responsibility that relatives should have with them. They see it as an absence of love. In the case of the interviewees who have more resources the market itinerary appears as the best option, since it allows the elderly person remain living in its own home and, simultaneously, to receive the care that he or she needs, until the end of their days. They think that this is the most respectful way to deal with the problem, as it avoids their uprooting and the perceived "neglect" with which life is connoted in a residence. Nevertheless, in case of the toddlers, they do not see this problem under the same light; moreover, they understand that it is the best thing to do, as children are socialized with other children, they receive a professional specialized care and the corresponding stimuli for a more suitable maturing. It was true a few decades ago there was also an enormous rejection to taking kids to kindergarten schools, since it was considered that children had to grow up with their mothers, until they would reach the compulsory schooling age (Abril & Miranda, 1975). The material conditions, together with the value changes have pushed together in this aspect: perhaps the same will happen with the elderly people, but for that it will be still necessary to wait for some time.

Care has turned into an interesting analysis perspective in the discipline of Sociology, having also acquired an important political dimension. It has entered in the language of gender studies, and has infused in the institutional speeches of public policies. It presents itself as a strategic analyzer of the late modern societies and of the social bonding. The form that a management of care provision embodies will give many hints on how a society works: in relation to its social integration, equality and democracy. The present dissertation has tried to offer a transverse, analytical and critical glance to different layers that compose this sensitive care giving skin, covering the whole human existence in society, from the particular point of view of some women of three generations who from ones to others "take the care baton" of their relatives. New research should keep on contributing with more precise knowledge about the outlines and the fitting together possibilities of the multiple pieces that are involved in this complex care jigsaw, which keeps making our precarious and irreplaceable world go round.

